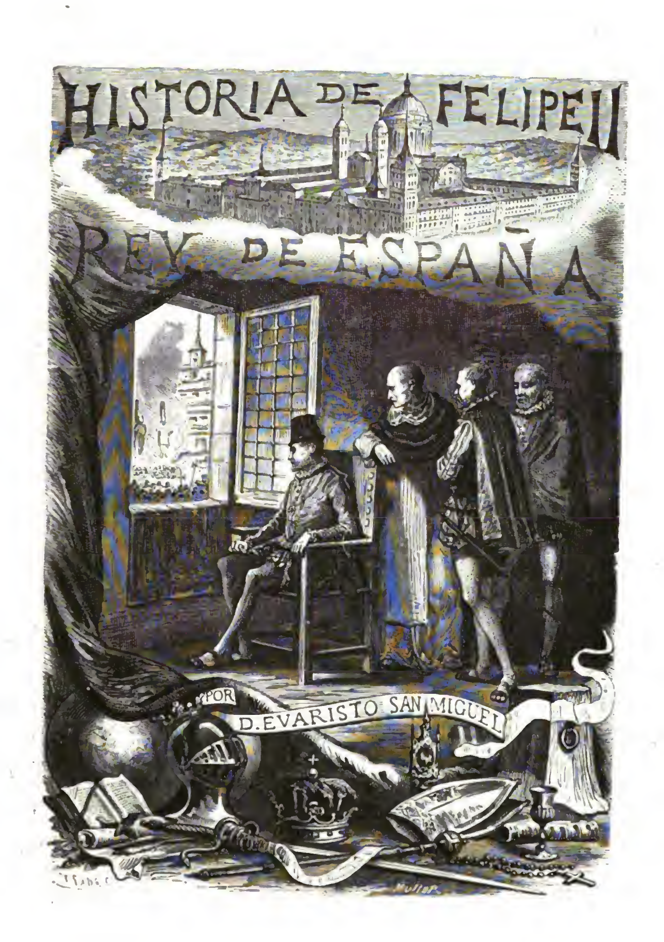





VE RI
TAS

HISTORIA DE FELIPE II

REY DE ESPAÑA.


HISTORIA DE FELIPE II
REY DE ESPAÑA
POR
D. EVARISTO SAN MIGUEL

SALVADOR MANERO, EDITOR.

HISTORIA DE FELIPE II

REY DE ESPAÑA.

POR EL EXCMO. SR.

Don Evaristo San Miguel y Valledor,

DUQUE DE SAN MIGUEL;
GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE;
GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CÁRLOS III Y DE LAS REALES Y MILITARES DE SAN FERNANDO Y SAN HERMENEGILDO; CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES; PRIMER COMANDANTE GENERAL DEL REAL CUERPO DE GUARDIAS ALABARDEROS; GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO Y SERVIDUMBRE; SENADOR DEL REINO; DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, ETC., ETC., ETC.

SEGUNDA EDICION,

REVISTA, CORREGIDA Y REFORMADA POR SU AUTOR,
Y AUMENTADA CON SU BIOGRAFÍA, JUICIO CRÍTICO DE LA OBRA Y UN ESTUDIO SOBRE LA ÉPOCA DE FELIPE II

POR

D. VÍCTOR BALAGUER.

EDICION DE GRAN LUJO,
adornada con láminas en acero y boj representando retratos, batallas, vistas, etc., etc.

TOMO I.



BARCELONA:

ADMINISTRACION.
Ronda del Norte, número 128.

LIBRERÍA.
Rambla de Sta. Mónica, número 2.

1867.

PRÓLOGO.

De todos los ramos del saber y la literatura cultivados desde el principio de las sociedades hasta los tiempos que alcanzamos, ninguno cuenta mas escritores ni lectores que la historia. Natural es, en efecto, que llame la atencion del hombre este gran cuadro de su vida, donde entra lo presente y lo pasado; lo grande, lo magnífico, lo sublime, al par de lo pequeño, de lo feo, de lo horrible; donde su especie aparece bajo formas tan diversas; donde se presentan todas las fases de su condicion, segun la diferencia de los tiempos, de los climas, del grado de civilizacion, de las preocupaciones, de los hábitos. Aun despojando á la historia de su carácter de moralidad, como fuente inagotable de lecciones prácticas, le quedaria una grandísima importancia, considerada como un simple objeto de curiosidad, como un simple espejo en que el hombre contempla su figura. Todas son en efecto dignas de ser vistas; mas no pueden excitar el mismo grado de interés en cuantos la observan. La diferencia de gustos, de índole, de educacion y hábitos, influyen en esta clase de predilecciones. Anteponen unos la historia antigua á la moderna, y al contrario. Busca el uno guerras; el otro transacciones mas pacíficas: sigue este con interés los progresos de las cien-

cias y las artes, mientras se deleita exclusivamente aquel con todo lo extraño y anticuado que ofrezca los menos rasgos posibles de conformidad con lo que existe. En esta inmensa galería, todos buscan, todos hallan sus colores, sus actitudes, sus personajes y grupos favoritos.

Mas cualquiera que sea este carácter ó índole particular, casi todos están de acuerdo en que de las épocas de la historia moderna, ninguna merece preferencia al siglo XVI, ora se atienda á las cosas, ora á las personas; ya á la importancia y copia de los acontecimientos, ya á su influencia en los destinos de la especie humana; siglo verdaderamente grande y magnífico bajo cuantos aspectos se le considere; siglo en que renacieron las artes, algunas de las que adquirieron un brillo y esplendor que no gozaron desde entonces: siglo en que se desenrollaron las ciencias; en que se descubrió el nuevo mundo; en que se agitaron tantas contiendas políticas y religiosas; en que desplegaron su genio, y por distintos caminos se inmortalizaron tantos hombres; donde el taller del artista, el gabinete del sabio, y la arena de las controversias religiosas, ofrecian tantos títulos de renombre y gloria como los mismos campos de batalla.

La historia de nuestra nacion se halla tan enlazada con todos los acontecimientos importantes de aquel siglo, que es imposible escribirla sin entrar mas ó menos en la de los demás pueblos de la Europa. Ocuparon sucesivamente el trono español durante casi todo este período, dos monarcas, que, dominando á mas de este pais en otros muchos, debieron por precision de tomar parte en cuantos negocios importantes ocurrieron durante su reinado: dos monarcas famosos por la actividad de su carácter, por su espíritu ambicioso, por su vasto poderío, por la habilidad que desplegaron en el gobierno y administracion de sus estados. Fueron ambos y son en la actualidad casi igualmente célebres, mas no del mismo modo: los dos figuran en primer término, mas no con un mismo colorido: ambos fueron objeto de rivalidades y de odios, mas con diferentes grados de encarnizamiento: los dos tuvieron sus historiadores, mas

no los hallaron igualmente fieles y hábiles. Bajo ambos conceptos fué mas afortunado Carlos que Felipe. Pocos hombres han sido efectivamente mas que este último, blancos de parcialidad, de prevencion, de mala fe por parte de sus historiadores. Para unos es poco menos que un Dios: para otros un demonio: aquí se pone en las nubes su piedad, su celo religioso: allí se le pinta como un monstruo de superstición y fanatismo: lo que para los primeros fué justicia, fué prudencia, fué política, lo califican los segundos de crueldad, de falsedad y de perfidia. Nada prueba tanto la lucha encarnizada de intereses, opiniones y principios, que, encendida durante su existencia, comunicó su furor á las generaciones sucesivas.

Al emprender la vida y hechos de Felipe II, rey de España, no desconocemos la clase de nuestra tarea, ya atendiendo á lo vasto de las indagaciones, ya al modo de presentar su resultado. Si la historia es en todas ocasiones un estudio serio y grave, ninguna debe de merecer mas este carácter, que la de un personaje tan grave y tan severo en todas las situaciones de la vida, de un monarca tan importante en nuestros anales, tan enlazado con el nombre y las grandezas españolas, y sobre todo cuya memoria excita tan diversos sentimientos. Por mas que se imponga un historiador el deber de indagar los hechos con toda diligencia, de exponerlos con imparcialidad y exactitud, es imposible que no choque muchas veces con sentimientos favoritos, con opiniones dominantes, con las preocupaciones que se adquieren por necesidad, segun el círculo en que se vive, el partido á que se pertenece, etc. Teniendo pues presentes estas consideraciones, y convencidos de la imposibilidad de contentar á todos, diremos de Felipe II la verdad, ó lo que mas probable nos parezca, despues de comparados los datos en las diversas autoridades que consultemos, ora amigos, ora contrarios, pues la justicia exige que se oiga á entrambas partes. Ningun interés tenemos en hermosear, ni menos en cargar el cuadro de tintas demasiado oscuras. Como españoles debemos de propender á lo primero. Y ¿qué persona que lleve este nombre puede prescindir de un movimiento de amor propio al recorrer una época en que su nacion era considerada, res-

petada y colocada por su poder, si no la primera, al menos al par de las primeras de la Europa? Mas haremos por desprendernos de estas ilusiones que tantas veces extravian el entendimiento. El mejor modo de evitar los escollos á que lleva la parcialidad, es presentar los hechos con exactitud y ser parco en reflexiones; escribir para narrar, no para probar; ser lógico en presentar datos, dejando al cuidado del lector el deducir las consecuencias.

La historia de Felipe II, que comprende la segunda mitad del siglo XVI, no abraza sucesos menos importantes que la de su padre, relativa á la primera. Si algunas figuras del primer cuadro son de mas relieve que sus análogas en el segundo, se ofrecen otras en este que en aquel se buscarian muy en vano. Ni España ni Italia presentan á la verdad los acontecimientos que llaman tan poderosamente la atencion, pero en cambio Francia, Inglaterra, Escocia y sobre todo los Paises-Bajos, son de un interés á que no llegan en el primero de los dos períodos. Si han desaparecido de la escena los Leyvas, los Pescaras, los Condestables de Borbon, etc., no aparecen menos importantes los Farnesios, los duques de Alba, los Guisas, los príncipes de Orange. Son tan grandes personajes en Inglaterra las reinas María é Isabel, como su padre: la de Escocia, María Estuarda, es ella sola una novela, un drama que excede en lances peregrinos á cuanto se pudiera inventar en este género; y sin salir de nuestra propia casa, el espectáculo de un Rey que desde el fondo de su gabinete agita el mundo con los resortes poderosos de su ambicion y habilidad en materia de gobierno, casi llama tan poderosamente la atencion como el que pasó su vida en una peregrinacion continua, imprimiendo en los negocios la actividad que no podian menos de recibir de su presencia.

Bajo cuantos aspectos se considere el reinado de Felipe II es un período de grandísima importancia en nuestra historia. En él adquirió España entre las naciones de Europa un nombre y una importancia que no tuvo nunca, pues durante el de su padre fué el *Emperador*, no el *Rey*, quien representó el primer papel en su teatro. Al lado de la política lucieron las artes, las ciencias, hasta donde

entonces alcanzaban, y sobre todo, la literatura que considera aquel tiempo como su edad de oro. Las guerras no siempre felices en que nos vimos empeñados, abrieron un campo de fama á esclarecidos caudillos: y las costas de Africa como la Italia, la Francia como los Paises-Bajos, el mar como la tierra firme, fueron teatro de nuestras glorias militares. Fué este reinado el apogeo de España, considerada como una potencia: desde entonces no hicimos mas que decaer y perder poco á poco nuestra importancia en el mapa político de Europa. ¿No es digna, pues, de grande exámen esta época? ¿no merece este gran cuadro que se le observe, se le estudie y con toda imparcialidad se le analice? Culpa será del escritor, no del asunto, si la tarea que va á emprender no corresponde á su grandeza.

De todos modos está el reinado del hijo tan enlazado con el de su padre, que se puede llamar su série, su continuacion y complemento. Si todo trozo histórico va siempre precedido de una reseña de aquellos sucesos que de mas cerca prepararon é influyeron en los que se van á referir, el prólogo natural de la historia de Felipe II es Cárlos V. Por este se empezará, pues; no para referir su historia, pues en este caso se harian dos en lugar de una, sino para entresacar de ella aquellos objetos de mas bulto que están enlazados con muchos é importantes de la de Felipe. Se dirá de Cárlos V lo que baste para comprenderle. Se le examinará bajo el aspecto de rey, de estadista, de capitan, de hombre adicto mas ó menos á los dictámenes de su ambicion, á sus principios políticos, á sus creencias religiosas. Se hablará con la misma rapidez de los principales personajes de su tiempo, de las guerras que encendieron la Europa, del estado de las ciencias, de las artes, de la literatura, de las contiendas religiosas, figuras tan importantes de este cuadro. Se enlazará, en fin, de tal manera esta especie de introduccion al cuerpo de la obra, que del todo resulte una exposicion de cuanto el siglo XVI produjo de importante, de grande, de influyente en los destinos de los hombres, con la diferencia de que en la parte de Felipe II se entrará en particularidades que por precision tienen que faltar á la primera.

Tal es nuestro plan, objeto de un estudio grave, detenido y meditado. Sobre su ejecucion, nada tenemos que decir al público que va á juzgarla. Cualquiera falta de vigor que advierta en ella, se echará de ver al menos que no somos sistemáticos ni exclusivos, que no pertenecemos propiamente á ninguna de las escuelas en que se dividen los que por escrito ó de otro modo dan al público sus pensamientos. Hombres de hechos, solo en su sencilla, clara y lógica exposicion se cifrará nuestra tarea. No vamos á escribir la sátira ni hacer la apoteosis de Felipe II, rey de España; aspiramos solo á presentar de este monarca y de su tiempo un retrato fiel hasta el punto á donde alcancen nuestras fuerzas.

HISTORIA DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado de la Europa al principio del siglo XVI.—España, Francia, Inglaterra y Alemania.—Italia.—Portugal.—Imperio Otomano.—Fuerzas permanentes.—Poder absoluto.

Anunciaban los últimos años del siglo XV que iba á abrir el XVI una nueva época para casi todas las naciones de la Europa. Los cambios en política y demás asuntos interesantes á la especie humana, que ordinariamente siguen las leyes de una marcha lenta y progresiva, tuvieron el carácter de aquellas transiciones rápidas, que se deben á la mano de las revoluciones. En todos los estados se experimentaron mudanzas de mucha consideracion nacidas, con corta diferencia, de las mismas causas. Mas á ninguno se puede aplicar esta observacion con mas exactitud que á nuestra España. Dividido este pais en tantos estados independientes muy pocos años antes, estaba en vísperas de componer una sola y compacta monarquía. Habia unido un matrimonio feliz las coronas de Castilla y Aragon, y dado la conquista á los Reyes católicos el único reino de dominacion sarracena que restaba en la Península. Igual suerte aguardaba á Navarra, cuya posesion, disputada por las casas de Foix y de Castilla, iba á ser adjudicada á los derechos del mas fuerte. Por uno de estos caprichos tan comunes del destino, el pais, que despues de tantos sacrificios, tan porfiadas guerras durante

muchos siglos, habia llegado al estado de unidad política, debia de hacer parte de un mas vasto Estado, pasando á manos de un príncipe extranjero, dueño ya de muy ricas posesiones; perspectiva grande á los ojos de los que confunden tal vez la felicidad de un pais con la grandeza de sus reyes; mas que turbaba sin duda la quietud de cuantos contemplaban los azares que correria su pais en un cambio nuevo de política.

Fueron sin duda los Reyes católicos los monarcas de mas prudencia, sagacidad y dotes de gobierno, que contaba España en sus anales. Con diferencias tan marcadas en índole y carácter, contribuyeron ambos, sin poderse asegurar de qué parte con mas saber y habilidad, á componer de tantas provincias un grande poderío. Ni á Fernando dominaba Isabel, ni al rey de Aragon rendia obediencia la soberana de Castilla. Eran ambos como dos compañeros de fortuna, que poniendo casi un mismo capital, trabajaban con la misma actividad por sus aumentos de que ambos participaban igualmente. Ningunos fueron mas adelante en los proyectos que entonces animaban á los principales monarcas de Europa de ensanchar los límites de su poder, enfrenando los brios de la aristocracia. Se sabe con cuánto celo se aplicaron á restablecer el órden y tranquilidad en sus estados, á promover los intereses materiales del pueblo, á establecer fuerzas permanentes, que dependiendo en un todo de la corona, le diesen toda la autoridad que tanto ambicionaban. Con la incorporacion en ella de los maestrazgos de las órdenes militares, perdieron estas su poder, y dejaron de brillar con la preponderancia que antes en los campos de batalla. En todo se sintió la mano activa y vigorosa de estos verdaderos reyes. Los grandes, que poseian antes tantos medios de turbarles su reposo, no fueron desde entonces mas que meros instrumentos de su autoridad, que cifraban su prez y su esplendor en contribuir á su grandeza.

La conquista de Nápoles, ocurrida á principios de aquel siglo, contribuyó asimismo al brillo de un reinado, que sin duda atraia poderosamente las miradas de la Europa. Fué una gran felicidad para las armas españolas, que el jefe puesto á su cabeza, hubiese merecido por su habilidad el título de gran Capitan, conferido por amigos y enemigos, sin que nunca la posteridad haya pensado en disputarle un renombre, de que sin duda se mostró muy digno. Otros caudillos le alcanzaron en aquella lucha célebre, y esparcieron en la Europa el brillo militar de una nacion probada en tantas

guerras. La infantería española adquirió desde entonces una primacía, que conservó casi por espacio de dos siglos. El gran Capitan formó una escuela de famosos capitanes, cuyos nombres son citados con estimacion, y cuyas glorias no se han oscurecido todavía.

Para hacer mas singular, para coronar las prosperidades de un reinado tan famoso, les deparó la fortuna y el genio de un grande hombre la adquisicion de un nuevo mundo, que iba á causar una revolucion en los destinos de la especie humana. Sin Colon, no hubiese contemplado Europa este descubrimiento portentoso; mas sin el buen sentido de la reina Isabel, que acogió á Colon despues de haber sido desechado por los mas poderosos príncipes de la cristiandad, hubiese pasado por uno de estos hombres visionarios que creen en sus sueños, y bajado al sepulcro con su genio y su saber, sin quedar de él ni el sonido de su nombre. Los descubridores del nuevo continente fueron los Reyes católicos de España. A ellos se les debe, sin que la envidia haya podido oscurecer una verdad tan gloriosa para nuestra historia.

Para no omitir nada de lo mas importante que á dichos Reyes católicos concierne, no pasaremos en silencio la expulsion de los judíos, y lo que es mas considerable todavía el establecimiento del tribunal de la Inquisicion, ó mas bien su reglamento bajo bases nuevas, y con atribuciones que hicieron de él una institucion tan formidable. No eran tal vez mas intolerantes los Reyes católicos que los demás príncipes de Europa, como aparece de la historia. No hay que olvidar que las primeras hogueras no se encendieron en España; pues en todos los siglos que se llaman la Edad media, no se usaba otro método de castigar á los judíos, á los herejes, á los hechiceros, á los que pasaban por enemigos de Dios, ó de la religion, ó de la Iglesia. Era la jurisprudencia, el derecho público de entonces. Mas de todos modos no hay duda de que el establecimiento de este tribunal, dedicado exclusivamente á castigar delitos contra la fe, revestido de tan grandes facultades, y con un código de procedimientos tan extraordinario, ha influido demasiado en los destinos de esta nacion, para que no se cite como uno de los rasgos mas característicos de nuestra historia.

¿Cuál hubiera sido el destino de España á no haber muerto sin sucesion el príncipe don Juan, único heredero de todas sus coronas, á no haber pasado estas á las manos de un príncipe extranjero? Difícil es conjeturarlo. Mas en la suerte de los hombres como de los pue-

blos influyen combinaciones, accidentes fortuitos, que no es dado ni prever ni alterar á la prudencia humana. Quizá algunos de los españoles de aquel tiempo miraron con aprension y descontento la salida de su corona fuera del pais; quizá otros se entusiasmaron con la perspectiva de un aumento aparente de grandeza. En la historia de los reinados sucesivos se encuentra la solucion de lo que sin duda era un problema para todos.

No se diferencia mucho el estado de la política de Francia del de España en el principio del siglo á que se alude; mas los esfuerzos para aumentar el poder de la corona y disminuir el de los grandes, fechaba de mas lejos. Carlos VII, que habia visto la mitad de sus estados en poder de fuerzas extranjeras, y conquistado, por decirlo así, la herencia de sus padres, se aplicó igualmente á tomar cuantas medidas le parecieron propias para impedir la renovacion de aquellas turbulencias. El establecimiento de las fuerzas armadas permanentes se debe sin duda á estas precauciones, á la ambicion del rey, á su genio belicoso. Su sucesor Luis XI, tan diferente en muchas cosas de su padre, heredó en esta parte su política. Con mas sagacidad, con mas astucia, con toda la fuerza de carácter que supera obstáculos, sin ningun escrúpulo de emplear cualesquiera medios que llevasen á sus fines, ningun rey fué mas temido sobre el trono, ninguno abatió y humilló mas la frente de la aristocracia, ninguno derramó mas sangre de sus súbditos, ninguno trabajó mas eficazmente por los intereses de sus pueblos, en cuanto esto no estaba en contradiccion con los suyos propios, y le servian de instrumento para humillar á la nobleza. El despotismo político, el poder real de los reyes de Francia, acabó de arraigarse en su reinado. Hasta las guerras civiles que ocurrieron un siglo despues, y esto por causas que no pudo prever aquel monarca, no rebulló ningun grande, ninguno de los príncipes feudatarios que contaba entonces la corona. No se hizo conocer su hijo Carlos VIII en los pocos años que ocupó el trono, mas que por su expedicion en Nápoles, que por todos fué graduada de insensata, sin duda por su funesto resultado. Entonces fué cuando las armas españolas se midieron por primera vez con las francesas, y con tanta gloria para las primeras. Luis XII, contemporáneo tambien de nuestros Reyes católicos, fué un príncipe de capacidad y no menos ambicioso, aunque muy poco feliz en las empresas. Tambien guerreó contra nosotros en Nápoles, y con el mismo fruto que su antecesor; mas reparó la mala fortuna de sus

armas en la brillante jornada de Rávena. Luis XII de Francia pasa por un buen rey; obtuvo y mereció sin duda el nombre de Padre del pueblo; mas en la conservacion de todas las prerogativas y preponderancia modernamente adquiridas, no se mostró menos celoso que sus predecesores.

En Inglaterra, Enrique VII, primer príncipe de la casa de Tudor, habia subido al trono despues de una de las guerras civiles mas sangrientas que habian despedazado aquel pais tan famoso por sus convulsiones. Horror inspira la pintura de las luchas encarnizadas, de las venganzas particulares, de los actos terribles de crueldad, de las innumerables víctimas en los cadalsos, que produjo aquella contienda entre las casas de Lancaster y de York, conocida con el nombre de la guerra de las Rosas. Los derechos al trono de Enrique VII, que se decia heredero y representante de la primera de aquellas dos familias, eran muy equívocos. Debió los mas legítimos á la victoria, habiendo derrotado y dejado muerto en el campo de batalla á Ricardo III, que se habia hecho tan célebre y temido por sus atrocidades. El nuevo rey era sagaz y previsor: conocia demasiado la índole de aquellos acontecimientos para no atacar en su gérmen las causas que los habian producido. Con mano firme emprendió y trabajó en su obra. Pocos reyes se mostraron mas contrarios al orgullo y á la ambicion de los barones. Atento á refrenarlos, se aplicó con mucho celo á buscar un apoyo en el aumento del bienestar del pueblo. Enrique VII fué un rey temido, respetado y poderoso, tan resuelto en el gabinete como lo habia sido en el campo de batalla. Sus leyes son citadas con elogio, y su despotismo no fué perdido para los Tudores.

El imperio de Alemania adolecia siempre de los vicios de su institucion; un cuerpo de muchas cabezas con una nominal; una confederacion con vínculos tan flojos, que entre sus miembros tan heterogéneos se introducia á cada momento la discordia. El cetro imperial se hallaba entonces en la casa de Austria. Maximiliano, que lo empuñaba, no era considerado y temido como un monarca poderoso. Dueño por su matrimonio con la heredera de la casa de Borgoña de sus vastos estados en los Paises-Bajos, no parecia que habian aumentado mucho su verdadero poderío. En nada fué objeto particular de nombradía este monarca. Su mayor título á la fama es haber sido abuelo y antecesor de Carlos V.

Hablaré muy poco de Italia, cuyos estados diferentes no tenian

entonces, lo mismo que sucede ahora, mas conexiones que el nombre de italianos, y hablar sobre poco mas ó menos una misma lengua. Era Nápoles teatro de contienda entre la casa de Aragon y Francia, despues que se habian coligado para despojar de él á sus antiguos dueños. La república de Venecia continuaba su estado de prosperidad, y se hallaba en vísperas de ser blanco de una liga que amenazaba su existencia. Era el Milanesado el grande objeto de la ambicion de Luis XII, que reclamaba este pais como heredero de la casa de Visconti, así como en representacion de los derechos de la de Anjou, la posesion de Nápoles. No fué, sin embargo, tan desgraciado en aquella empresa como en esta ; y por algun tiempo se llamó duque de Milan de hecho, como de derecho. Se hallaba la Toscana en un estado floreciente á pesar de sus disturbios, bajo la dominacion indirecta de los Médicis, pues no llevaban todavía el título de duques. El poder de los papas iba muy en decadencia; mas si bajo el aspecto solo de pontífices, no representaban tan gran papel como en tiempos anteriores, se mezclaban como príncipes en todas las contiendas que dividian á los de su tiempo. Poco ó nada diremos de Alejandro VI que al principio del siglo XVI ocupaba la silla de san Pedro. Tampoco entraremos en pormenores de la ambicion, las violencias y las atrocidades de su hijo César Borgia que fué el terror de los pequeños príncipes, á cuyos estados reclamaba la sede pontificia algun derecho, y que despojaba en virtud del derecho del mas fuerte. Los que iban á ser sucesores de Alejandro, no fueron menos célebres, á lo menos por su ambicion y sus intrigas. Julio II, no solo tomó parte en las guerras, sino que fué general de sus ejércitos. El sentimiento general que entonces como ahora dominaba en Italia, era el odio al yugo de los extranjeros; y *arrojad á los bárbaros* de Italia, fué el dicho favorito del último papa que citamos.

Entre los estados de Europa, no olvidaremos á Portugal que no era seguramente el último, bajo cuantos aspectos se le considere. Fué dichoso y próspero el reinado de Juan II que llegó hasta fines del siglo XV. Tambien refundió en su persona los maestrazgos de las órdenes militares de Cristo y Avis, que ejercian la misma preponderancia que las nuestras en Castilla. Con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza se abrió para Portugal un nuevo campo de grandeza, y se echaron los cimientos de su grande imperio en las costas de Africa y de Asia. El rey don Manuel, sucesor

de Juan II, fué uno de los monarcas mas poderosos del siglo, y las alianzas de familia de Portugal con España que entonces comenzaron, dieron con el tiempo orígen á sucesos muy considerables.

Cerrará la lista de los estados europeos de aquel tiempo el de los Turcos Otomanos, que despues de haber invadido y conquistado todos los estados de Asia del imperio del Oriente, habian pasado y llevado á muchos estados de Europa sus medias lunas victoriosas. Hacia solo medio siglo que á los esfuerzos terribles de Mahoma II, habia dado el imperio romano su postrer suspiro en los muros de Constantinopla. Fronterizos de la Hungría, cuyas fuerzas habian derrotado en dos batallas, amenazaban al imperio de la cristiandad entera. Habian sido pisadas ya las costas de Italia por sus armas victoriosas. Estaba en vísperas Selim de añadir el Egipto á sus conquistas, cuya continuacion estaba reservada á su sucesor Soliman el Magnífico, que mereció mejor el nombre de terrible por la sed de su ambicion, y la ferocidad con que llevó adelante sus empresas. Ofrecia entonces el imperio Otomano el brillante espectáculo de todo lo que crece, y con rapidez se desarrolla por la fuerza de las armas. Con muy raras excepciones, todos los sultanes de aquella nueva raza se habian mostrado ambiciosos, valientes, diestros y afortunados capitanes.

Así empezó el siglo XVI para la mayor parte de los pueblos de la Europa. Se manifestaba una revolucion política en las ideas, en las máximas de gobierno que animaban á casi todos los monarcas. Por todas partes se echaban los cimientos del despotismo de los tronos, abatiendo el orgullo de los grandes feudatarios de la corona, alistando fuerzas permanentes. Para todas las naciones comenzaba la guerra á ser considerada como una profesion y como un arte. Si grandes capitanes se cubrieron de laureles en el medio y fines de aquel siglo, no fueron menos esclarecidos los que florecieron en los primeros años del siguiente. En ellos y en los últimos del anterior principió con algunas excepciones el renacimiento de las ciencias y las artes de que hablaremos á su tiempo.

Los resultados de los descubrimientos de Colon y de Vasco de Gama no podian mas que ser hasta prodigiosos: así lo fueron, en efecto. Fué, pues, el principio del siglo XVI el de una nueva época para las naciones del orbe civilizado, trazándose por sí misma la línea de separacion que del anterior le dividia.

CAPÍTULO II.

Advenimiento de la casa de Austria al trono de España.— Felipe el Hermoso.— Celos y rivalidades.—Muerte de Felipe.—Regencia de Fernando el Católico.— Del cardenal Jimenez de Cisneros.—Venida de Carlos I.

A la muerte de doña Isabel, pasaron los reinos de Castilla á su hija doña Juana, conocida con el sobrenombre de la Loca; y por el matrimonio de esta con don Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano I, á dicha casa extranjera, que tanto ascendiente iba á tomar con esta herencia en los negocios de la Europa.

Habia heredado Felipe de su madre María de Borgoña todos los estados de esta casa, á excepcion del ducado de su nombre, que habia sido incorporado en la corona de Francia por Luis XI. Aun con esta rebaja tan considerable, podia considerarse como un príncipe de la primera jerarquía. Dueño ya de las ricas posesiones de los Paises Bajos, heredero de los estados de la casa de Austria, traia en su enlace con la princesa española pocos menos estados que los que recibia. Así iba á ser España una fraccion y aun menos de un mas vasto estado, compuesto de partes heterogéneas, que no podian tener unos mismos intereses; situacion particular que abria para ella nueva época.

Habia mostrado el príncipe en todas ocasiones poca aficion á España y á su esposa. Aclamado rey de Castilla, no hubiese venido á tomar posesion de su corona, á no ser llamado por los enemigos personales, ó los que estaban cansados del dominio de Fernando.



YSABEL, I

Tambien este interpuso sus ruegos, despechado sin duda de las frialdades de una corte, deseosa de ver al señor nuevo. Con entusiasmo fué recibido Felipe por sus súbditos, á quienes se mostró afable, agradecido y franco. Cortés, reservada y fria fué la entrevista entre suegro y yerno, tan diferentes en edad y en genio. Pasó en seguida el rey de Castilla á participar de los festejos de la corte; se restituyó el de Aragon á sus estados, engolfado como siempre en su política. Con el nuevo matrimonio de este rey con Germana de Foix se vieron en peligro de otra separacion las dos coronas: sin duda lo deseaba el de Aragon, para que no pasasen sus estados á una casa extraña: mas no fue dichoso en el empeño.

Felipe el Hermoso no hizo mas que presentarse sobre el trono español, sin dejar en él mas memoria que la de una rivalidad entre nativos y extranjeros, que fué para nosotros con el tiempo muy funesta. Le arrebató la muerte en lo mas florido de la edad, dejando el trono de Castilla á un niño de siete años que fué despues el famoso Carlos V. A mas de este príncipe, tuvo la reina doña Juana al infante don Fernando que fué con el tiempo emperador, y á las infantas doña Leonor, doña Isabel, doña María y doña Catalina que todas fueron reinas (1). La viuda doña Juana, que era la propietaria de Castilla, no figuraba para nada, á causa de su incapacidad mental tenida por demencia. Así á la muerte de Felipe, fué aclamado por rey de Castilla Carlos I en compañía de su madre. El pais necesitaba un regente, y por mucha antipatía que en algunos grandes excitase Fernando de Aragon, el bien del estado pudo mas que individuales sentimientos. Fué la regencia de este príncipe en Castilla, una continuacion de su reinado antecedente. La misma política, la misma tendencia á fomentar los intereses de la autoridad real, la misma índole de moverse de un punto á otro siempre por la línea curva. Se presentaron triunfantes sus armas en Nápoles, y aquel rico pais se hallaba definitivamente incorporado á su corona. Por la patriótica munificencia del cardenal Cisneros, tremolaban los pendones en Oran, en Mazalquivir, en Bujía y en otros varios puntos de Africa. La brillante victoria obtenida en Rávena por las armas de Luis XII rey de Francia, trastornó los planes del

(1) Se casó la primera con el rey don Manuel de Portugal, viudo de dos hijas de los Reyes católicos, y por consiguiente tias de doña Leonor; la segunda con el rey de Dinamarca, Cristierno III; la tercera con Luis de Hungría; la cuarta con el rey don Juan III de Portugal, hijo y sucesor de don Manuel.



rey Católico; mas el reino de Navarra quedó asegurado por la fuerza de las armas á la corona de Castilla, á pesar de la invasion proyectada por aquel monarca.

A la muerte de Fernando el Católico, contaba ya 16 años de edad el rey don Carlos de Austria. En el año que medió hasta su venida á España, quiso su buena suerte que la regencia estuviese encomendada al cardenal Jimenez de Cisneros, hombre verdaderamente insigne por su piedad, por la elevacion de sus sentimientos, por su gran corazon, y, sobre todo, por la energía que desplegó en el gobierno de estos reinos. Se le habia dado como socio y compañero al cardenal Adriano, ayo de don Carlos; mas si no en el nombre, fué en realidad Cisneros el único regente. Protector de las ciencias y las buenas letras, fundador de la universidad de Alcalá, la dotó de cuanto podia contribuir á difundir las luces de aquel siglo, dejando en la publicacion de la Biblia Complutense uno de los mas grandes monumentos de su ilustracion y su munificencia. Sentimos que la naturaleza de este trabajo no nos permita mas pormenores sobre un personaje que bajo el hábito de san Francisco, y con toda la austeridad que esta regla prescribia, se mostró sabio, hábil estadista, gobernante duro y despótico, general de ejército, y hasta orador militar, pues arengó á los soldados en las playas de Africa. En casi todos los historiadores de aquel período están consignados los principales hechos de su vida (1).

En setiembre de 1517 desembarcó en España Carlos, hijo primogénito de Felipe el Hermoso, que inmediatamente tomó las riendas del estado. Le felicitó por escrito el cardenal, mas no se presentó en la corte de donde le alejó una carta fria del monarca, dándole las gracias por sus servicios y deseándole descanso. Muy poco tiempo gozó el prelado de su retiro, oprimido con el peso de los años, y tal vez bastante mortificado y desabrido con una conducta que con el sello de ingrata se mostraba. El cardenal Jimenez de Cisneros dejó sin duda un nombre esclarecido, de los que engrandecen nuestra historia.

(1) Véase entre otros á Alvarus Gomecius, «De rebus gestis Francisci Ximenii.»

CAPÍTULO III. (1)

Gobierno de Carlos V.—Considerado este príncipe como monarca, como capitan.—Su poder.—Su política.—Sus guerras contra Francia.—Con el papa.—Con el turco.—Expedicion en Tunez.

Se veia por la muerte de Fernando el Católico (1516—1535), un príncipe de 16 años dueño de unos estados y con un poderío de que no habia ejemplo en Europa desde Carlomagno. Heredaba en virtud de este último fallecimiento las coronas de Aragon, Nápoles y Sicilia; por la de su abuela materna, las de Castilla, Leon y de Navarra : por la de su padre los Paises-Bajos, el Franco-Condado y todo cuanto poseia la antigua casa de Borgoña, á excepcion del ducado de este nombre. Bien pronto iba á entrar en posesion de los estados de Austria á la muerte de su abuelo paterno el emperador Maximiliano ; pudiendo lisonjearse de que le sucederia igualmente en la dignidad de jefe del imperio. Lo que aquel famoso fundador citado habia debido á treinta años de guerras y conquistas, lo poseia este príncipe en la flor de su existencia. Era la sucesion inmensa, magnífica y brillante; mas los hombres que juzgan detenidamente sin dejar llevarse de las primeras impresiones, no podian menos de reflexionar, que tan grandioso poderío tenia mas de aparente que

(1) Son tan pocos y tan considerables los hechos de que hacemos mencion, tanto en este capítulo como en el siguiente, que casi son inútiles las citas. Los consignan ó á lo menos no los niegan los historiadores de la época, tanto nacionales como extraños : Sandoval, Ferreras, Ulloa, Vera y Figueroa, Zenocaro, Guicciardini, Paulo Jovio, Robertson, Meseray, Anquetil, Daniel, etc.

de real, y que de ningun modo guardaba proporcion con tan vastas posesiones. Se hallaban estas esparcidas en la Europa, separadas unas de otras, no solo por distancias considerables de terreno, sino por hábitos, costumbres y organizacion política. En nada se parecian los castellanos á los flamencos, ni estos á los italianos. El poder que el nuevo soberano ejercia en todos sus estados, se diferenciaba tambien en razon de la diversidad de la índole de sus instituciones. Cuerpos políticos compuestos de elementos tan heterogéneos no tienen las condiciones requeridas para ser robustos. Ninguno puede considerarse como individuo de una gran familia, y si todos contribuyen al brillo y renombre del señor comun, muy pocos ó casi ninguno en realidad prospera y se engrandece. La historia de Carlos V y de su hijo confirma de un modo palpable esta verdad que no dejaba de sentirse entonces, sobre todo de los españoles.

1519. A los tres años de la muerte de Fernando vacó en efecto la corona imperial, y el jóven Carlos la obtuvo sin grande oposicion antes de cumplir 20 años. Bajo esta cualidad de emperador se conoce con el nombre de Carlos V, el que no fué mas que Carlos I en nuestra España. Singular destino el de esta nacion, que despues de ser una sola y vasta monarquía, al fin de siete siglos de luchas tan encarnizadas, se halló como absorbida en un estado cuyo centro se hallaba fuera de su territorio.

Y mientras el nuevo emperador tomaba posesion de su excelsa dignidad, le conquistaba Hernan Cortés el vasto imperio mejicano con un puñado de valientes. Tremolaban sus banderas en las costas del mar del Sur, y bien pronto le iba á someter Pizarro el imperio de los Incas. Estaba próximo á embarcarse el famoso Magallanes, descubridor del estrecho de su nombre, entre cuyos navíos se contaba el que tuvo la gloria de trazar el primero la circunferencia de la tierra. Así merced á unos pocos aventureros, sin nombre antes conocido, gigantes en valor, en audacia, en cuantas pasiones fuertes fermentan en el corazon del hombre, se veia Carlos V en lo mas florido de sus años, dueño allende los mares, de mas vastas, y sin comparacion mas ricas posesiones que las que acataban su nombre en nuestro continente. Tan inmenso poderío no puede menos de imponer á la imaginacion, y muy pocos españoles dejarán de recordarle sin un movimiento de amor propio satisfecho, aunque se hallen de dicha época á distancia de tres siglos.

¿Y qué uso iba á hacer Carlos V de este imperio gigantesco?

¿Cómo se iba á mostrar en el trono el señor de tantos pueblos? Su abuelo Maximiliano habia sido un príncipe de bastante ambicion, mas no de gran capacidad, y mucho menos de fortuna. Habia muerto en la flor de sus años su padre Felipe el Hermoso, con la fama de indolente. Se hallaba su madre doña Juana en un estado de imbecilidad, que le valió el nombre de Loca, con que es conocida en las historias. La habian dejado sus abuelos maternos don Fernando y doña Isabel, grandes ejemplos que imitar; mas sus primeros años no daban indicios de brillar en el trono por sus cualidades personales. No pudo menos de variar esta opinion al presentarse el príncipe en la esfera política del mundo. Como se dijo en el prólogo de esta obra, no es la vida de Carlos V la que se va á escribir, sino bosquejar los rasgos mas principales y salientes de un gran cuadro, para comprender mejor el que vamos á trazar del hijo.

La instruccion de Carlos era escasa. Educado como la mayor parte de los príncipes, tenia en política las ideas dominantes de su siglo, las que mas podian adular el amor propio de un monarca. Mas dotado, como lo hizo ver, de un buen entendimiento, aprendió en el trato de los hombres, en el manejo práctico de los negocios, lo que no le habian enseñado sus maestros. Sin duda tuvo consejeros, y hasta favoritos y privados; mas desde sus primeros años tomó una parte activa, y hasta la principal en el gobierno de sus vastas posesiones. Desde los principios mostró sagacidad, tino, circunspeccion, y cuanta habilidad podia esperarse de un hombre de su inexperiencia. Conforme crecia en años, desplegó mas y mas el don de mando y de gobierno. Muy pronto vió Europa que el señor de tantos dominios no iba á dormirse sobre el trono, y entregar las riendas á manos de sus favoritos. Era ya mucho en un hombre de su condicion, mostrarse digno de tan alto puesto.

Estaba, cuando subió al trono, ocupado el de las principales regiones de Europa, por hombres distinguidos, si no pueden merecer el título de grandes. Reinaba en Francia Francisco I, príncipe de unos pocos mas años, y que se mostró su rival por todo el tiempo que duró su vida. Habia sucedido á Enrique VII de Inglaterra su hijo Enrique VIII, inferior en talentos á su padre; pero mas despótico, mas violento, con mas deseos de figurar en el teatro político de Europa, donde se hizo verdaderamente célebre y famoso, por un estilo que él mismo no se imaginaba. Ocupaba la silla de

san Pedro Leon X, magnífico como príncipe, protector de las artes y las letras, que iba á revestir de nuevo lustre á su familia de los Médicis. Venecia comenzaba la época de su decadencia. Génova entraba en un nuevo estado de esplendor, por la capacidad y servicios eminentes de un grande hombre, Andrés ó Andrea Doria. Milan continuaba siendo teatro de hostilidades entre las armas de Francia por un lado, y por el otro de Italia y del imperio. Estaba próximo á descender al sepulcro el famoso don Manuel de Portugal, que habia llevado el nombre de su pais al apogeo de su grandeza y gloria. Reinaba en Polonia Segismundo I, y en Dinamarca y Suecia Cristierno III, cuñado de Carlos. En la silla del imperio Otomano estaba sentado Soliman, que amenazaba al de Alemania.

Carlos, que á la muerte de Fernando el Católico se hallaba en Flandes, no se descuidó en venir á España á recoger una herencia tan magnífica. Se mostró en ella afable, deseoso de congraciarse el aprecio de sus nuevos súbditos. De las oposiciones y dificultades que encontró en las cortes de sus reinos, hablaremos á su tiempo. Ahora solo queremos dar alguna idea de los principales rasgos de la vida del monarca en la parte política y guerrera. A poco tiempo de su permanencia en España, tuvo aviso de su eleccion de jefe del imperio, é inmediatamente se ocupó de la idea de ir personalmente á recibir la nueva corona que le deparaba la fortuna, á pesar de que España se hallaba entonces en agitacion, y ningun tiempo podia ser menos oportuno para su salida. Mas la urgencia era grande, y por ningun motivo podia diferirla. Se embarcó, pues, para los Paises-Bajos, y pasar de aquí á Alemania; mas sumamente previsor, y como hombre atento á cuanto á sus intereses convenia tuvo cuidado de avistarse en camino con el rey de Inglaterra, y ponerse de su parte en la gran lucha que tan cercana imaginaba.

Mientras recibia en Aquisgran la corona imperial con toda la pompa y magnificencia propia de tan alta investidura, mientras asistia, en Worms, á la dieta que será siempre célebre por la presencia en ella de Lutero y condenacion de sus doctrinas, ardia España en las contiendas y guerra civil promovidas por las famosas comunidades de Castilla. Aunque vencidas, y por el pronto sujetadas, fué precisa la vuelta del emperador á España para la consolidacion de la quietud del reino. Y no se descuidó Carlos de hacer este viaje, que á los 22 años de su edad era el tercero que emprendia. Habiendo ocurrido por este tiempo la muerte del papa Leon X, tuvo el em-

perador bastante crédito y poder para que se eligiese por sucesor á su ayo ó maestro el cardenal Adriano de Utrech, que reinó con el nombre de Adriano VI.

Tres grandes negocios ocuparon casi exclusivamente la vida y el reinado de este príncipe: las guerras con Francia; la preservacion de Alemania contra las invasiones de los turcos; los altercados con los electores protestantes del imperio. En muchas ocasiones se vió con estos tres embarazos á la vez; en ningun tiempo dejó alguno de ellos de ser objeto de sus inquietudes.

Las disensiones con Francia fechaban de mas lejos. Habian luchado en Nápoles las armas del rey Católico con las de Carlos VIII y Luis XII, quedando estas vencidas, y el gran Capitan dueño á nombre de su rey del reino disputado. Habia guerreado asimismo Francia contra el emperador en el Milanesado, otro objeto de grande ambicion para este príncipe. Al reino de Navarra, recientemente incorporado en la corona de Castilla, pretendia tener derechos legítimos la casa de Albret ó Labrit, enlazada y protegida por el rey de Francia. A estas animosidades de nacion se mezclaban pretensiones y rivalidades personales. Francisco I, preciado de ser el primer caballero de su reino, se habia ya ilustrado como militar en Italia, y dado insignes pruebas de su valentía. Rival de Carlos en las pretensiones al imperio, intentaba suavizar la mortificacion del desaire recibido con la superioridad que le daba en su opinion la suerte de las armas. Antes de la elevacion de Carlos al imperio, habian ajustado los dos monarcas paces en Noyon; mas la nueva dignidad encendió una nueva guerra. En tres teatros se ofreció á Francisco la ocasion de lidiar con su enemigo; en Navarra, en los Paises-Bajos, en Italia. En los tres se presentó en efecto; mas en ninguno con ventaja.

1520.—1521. La expedicion de Navarra duró poco: penetraron los franceses fácilmente por aquel pais: sin grande oposicion se apoderaron de Pamplona y llegaron hasta el Ebro; mas las armas españolas acudieron pronto á la defensa del pais que estaba descubierto. Delante de los muros de Logroño se eclipsó la buena estrella de Francisco, mientras llegaban los refuerzos de Castilla. Levantaron el sitio los franceses: fué su retirada precipitada y desastrosa: mas de 6,000 quedaron entre muertos y prisioneros en la batalla que aceptaron durante su marcha. En vano Francisco envió refuerzos y un nuevo general: la misma suerte tuvo la segunda expedi-

cion que la primera, y aunque se apoderaron de Fuenterabía, les duró poco esta conquista.

Igualmente fueron desgraciadas las armas de los franceses en la frontera de los Paises-Bajos. Era conocido entonces con este nombre un territorio mas vasto que el designado hoy con el de Bélgica y de Holanda. La Flandes francesa, hoy departamento del Norte, el Artois ó departamento del paso de Calais, parte de la Picardía, de la Champaña y la Lorena, entraban entonces en el patrimonio de la casa de Borgoña. Así era el rio Somme la frontera por aquella parte. Por una de las singularidades de la suerte, Carlos V como heredero de la casa de Borgoña y señor de los Paises-Bajos, era vasallo de Francisco. Mas ni contra el rival, ni contra el vasallo pudieron nada sus armas en aquella parte.

1522.—1526. Lució mas particularmente la fortuna del emperador en Italia en cuyo pais tan profundas raices habia echado la ambicion del rey de Francia. En tres campañas sucesivas perdió el Milanesado, y si algunas veces le sonreia la fortuna, no era mas que para hacer mas sensibles los desaires. A pesar de los desastres padecidos por los imperiales en el sitio de Marsella y su retirada en Provenza, se mostraron los capitanes de Carlos superiores á los de Francisco. Los Pescaras, los Leivas, los Vastos, los Colonnas adquirieron un lustre á que no llegaron los Lautrech, los Bonnivet, los Brissac, los Montluc. La mala política de la corte de Francia se enajenó el ánimo de un grande hombre de guerra que tan fatal le fué en lo sucesivo. Cada uno dará el nombre que mas le cuadre á la conducta del duque de Borbon; mas todos alabarán la política de Carlos V, en aprovecharse de la falta cometida por Francisco. La bajada de este á Italia, creyendo reparar con esto las faltas de sus generales, no hizo mas que proporcionarle un terrible desengaño. «Todo se ha perdido, menos el honor,» escribió este príncipe á su madre, despues que se vió prisionero en los campos de Pavía. Pocas veces se han visto, en efecto, descalabros mas completos.

Sin duda influye mucho la suerte en los lances de la guerra; mas no se le puede siempre atribuir el éxito de las batallas. Tambien pende este del mayor valor, de la mejor disposicion, de la superior habilidad de los que mandan. Cuando en el discurso de una guerra se ven siempre campañas favorables á una de ambas partes, aquí se debe suponer que está el mayor saber, la mayor capacidad del capitan; pues en cuanto á valor no podian alegar superioridad los

imperiales sobre los de Francia. En el número tampoco habia notable diferencia. En cuanto á la homogeneidad de las tropas, estaban las ventajas del lado de Francisco, componiéndose las del emperador de naciones tan diversas. Consistia, pues, el buen éxito en la mejor direccion, en la mayor capacidad de los generales que servian al emperador, en que eran mas hombres de guerra sin disputa. La presencia de Francisco podia hacer mucho en un sentido, mas no debian ser sus disposiciones de gran utilidad, pues aquel monarca, con tantos títulos para ser tenido por un valiente y bizarro caballero, no alcanzó nunca los de entendido capitan que le hacian mas al caso.

De todos modos, se veia Carlos sin haber sacado la espada, ni movídose de España, victorioso de un rival poderoso y temible, dueño de su persona, árbitro de hacer la paz, bajo las condiciones que fuesen de su agrado. No podia mostrársele mas favorable y risueña la fortuna: muy natural era que no se descuidase el emperador en aprovecharse del buen viento. Quiso verle en España el monarca prisionero, sin duda para sacar el partido menos desventajoso de su mala posicion: no le debia de pesar á Carlos ver el trofeo mas glorioso de su triunfo. Vino á Madrid Francisco sin que se le negase en el tránsito ninguno de los obsequios y honores debidos á tan gran monarca; mas haciéndole ver que era prisionero. Negoció el emperador con su cautivo, y la consideracion de su desgracia no le hizo aflojar un punto las pretensiones que en su opinion le daba el derecho de la espada. No podia menos de resentirse el tratado de Madrid de esta desigualdad de posiciones. Pedia el uno porque especulaba con la posicion de su rival; otorgaba el otro por verse libre de su cautiverio. En este asunto no se mostró Carlos generoso, ni aun político, á menos de abrigar segundas intenciones, pues no podia menos de prever que este tratado de Madrid, firmado y como arrancado por la fuerza, seria gérmen de una nueva guerra (1): asi lo fué en efecto.

El año siguiente de 1527, se ligó Francisco con el papa Clemente VII, sucesor de Adriano, alianza que proporciono á Carlos V un

(1) Era uno de sus artículos el matrimonio de Francisco I con doña Leonor hermana de Carlos viuda de don Manuel rey de Portugal; otro la devolucion de la Borgoña incorporada cincuenta años antes á la Francia; otro un perdon y completo olvido para el condestable de Borbon y sus parciales; otro la entrega de los hijos de Francisco en rehenes del cumplimiento del tratado. Se puede ver en Sandoval esta pieza diplomática, una de las de mas extension que pueden figurar en cualquier época.

triunfo parecido al de Pavía. El condestable Borbon mandaba su ejército en Italia. Exhausto de medios, y viéndose en peligro de ser abandonado de sus tropas que carecian de pagas, no encontró mejor recurso que el saco de Roma, de que no se hallaba muy distante. Con la perspectiva de un botin tan pingüe, no abandonaron las tropas sus banderas, que Borbon condujo con pasos rápidos hasta los muros de esta capital del orbe cristiano, que fué atacada con furor, sin que pudiesen impedirlo los aliados del jefe de la Iglesia. La muerte de Borbon en lugar de batir, llenó de furia el ánimo de los soldados. Por quinta vez sufrió Roma los horrores de un sitio, y las calamidades de un saqueo. Están de acuerdo los historiadores en que no se mostraron menos feroces los soldados del emperador que los godos y los vándalos. Siete meses duraron en Roma los horrores de la ocupacion, las calamidades de la guerra. Fué el pontífice uno de los primeros en ponerse en salvo; mas quedó prisionero, habiendo entregado el castillo de Saint Angelo que le servia de asilo.

Llegó la noticia á Valladolid, donde se hallaba el emperador celebrando fiestas por el nacimiento de don Felipe, objeto de esta historia. Mandó inmediatamente que se suspendiesen, y hacer rogativas á todas las iglesias por la libertad del pontífice que tenia él mismo prisionero. ¿Era esto pura hipocresía? ¿Pudo considerarse como escarnio, cuando estaba en su poder terminar este duelo de los fieles, enviando una simple órden á los que tenian cautivo al jefe de la Iglesia? Es imposible conocer bastante el espíritu de aquellos tiempos de que estamos tan remotos, para conjeturar la impresion que pudo hacer en los ánimos de los católicos de España aquel mandato tan extraordinario. De los sentimientos católicos del emperador en todas las épocas de su vida, hay demasiadas pruebas, para suponer que se permitiese semejante burla, y en España sobre todo. Que reconocia en Clemente VII el jefe y cabeza de la Iglesia, no puede estar sujeto al menor género de duda. ¿Cómo debe traducirse, pues, la órden para semejante rogativa? Como deben traducirse muchas acciones en que los hombres parecen obrar en contradiccion consigo mismos. Respetaba Carlos V al *Pontífice*, veia un enemigo en la persona de *Clemente*. Tal vez estaba escandalizado él mismo del resultado de su victoria: tal vez lo que queria dar á entender era que se pidiese á Dios moviese el ánimo del *Monarca* de modo que accediese á las condiciones que pudiesen allanar las puertas de

la prision para el *Pontífice*. Así fué en efecto. No fué sordo Clemente á la voz de la necesidad: por medio de un rescate logró salir de la prision: con un tratado de paz, ventajosa para Carlos, volvió á términos de buena amistad con este príncipe, y la Iglesia pudo dar gracias á Dios de haber oido sus plegarias.

1527.—1528. En cuanto al rey Francisco tan mala suerte le cupo en esta campaña como en las anteriores. Pusieron sus tropas sitio á Nápoles, que estrecharon por tierra y por mar; pero cuando mas seguras se creian del triunfo, se pasó Andrés Doria general de las galeras de Génova, al servicio de Carlos, y de asediador de la plaza, se convirtió en su amigo. Respiró con esto Nápoles. Para mayor alivio suyo, se declaró la peste en el campo de los enemigos, y fué entonces cuando por primera vez comenzaron á sentirse los estragos de la enfermedad traida segun opinion general por los descubridores del Nuevo Mundo á Europa, y que se llamó mal *francés* ó gálico por esta circunstancia. Se contó entre sus víctimas al mismo general en jefe Lautrech, mas célebre por sus derrotas que por sus victorias. El ejército francés, privado de su jefe, levantó el campo; y viéndose hostigado por los enemigos, tuvo que abandonar el reino de Nápoles, operacion que practicaba por tercera vez en aquel siglo.

En esta retirada de los franceses de Nápoles ocurrió la particularidad de que entre los prisioneros hechos por los imperiales se hallaba el famoso Pedro Navarro, inventor de las minas, compañero del gran Capitan en las guerras de Nápoles, y general de la expedicion de Oran, mandada en persona por el cardenal Cisneros. Habiendo caido prisionero en la batalla de Rávena, pasó al servicio de Francia por no haber querido pagar, segun dicen, su rescate al rey Católico, aunque en esta determinacion pudieron influir mas causas. A su nuevo señor hizo muchos servicios de importancia en todas estas campañas de Italia, y ya muy avanzado en años, vino á morir confinado en su prision de Nápoles.

Por lo que hace á lo demás de esta nueva guerra en Italia, basta decir que el rey de Francia tuvo que ajustar un nuevo tratado de paz con su rival en Cambray á principios del año siguiente 1529. Por uno de sus artículos se puso en libertad á los hijos de Francisco pagando por ella dos millones de escudos. En lo demás se ratificaron casi todos los artículos del tratado de Madrid, insistiéndose sobre el matrimonio del rey de Francia con la reina viuda doña Leonor.

1529. Se podia considerar Carlos V á los veinte y nueve años de edad como un gran favorito de la suerte. Reconocia en él la Europa el mas grande y poderoso de sus soberanos, y la capacidad y genio de sus capitanes le habian hecho triunfar de su rival mas poderoso. Con la sumision de Clemente VII se podia llamar el árbitro de Italia. Y el victorioso emperador no habia visto la guerra todavía. Mas pronto manifestó por sus cualidades personales, puestas á mayor luz, que no era indigno de su gran fortuna,

Cualquiera que observe con alguna atencion esta y las demás épocas de la vida del emperador, observará que España, aunque parte sola de una vasta monarquía, figuraba, y no podia menos de figurar, como la principal, como la de mas preponderancia. Conocia demasiado Carlos V la importancia de esta posesion para no darle toda la consideracion de que era digna. Su larga residencia en ella despues de haber recibido la corona del imperio, manifiesta el interés que tomaba en sus negocios, y cuánto se aplicaba á conocer la índole de sus habitantes. A España vino prisionero el rey Francisco: á España vinieron en rehenes del cumplimiento del tratado de Madrid los hijos de este príncipe: españoles eran un gran número de capitanes que se distinguieron á la cabeza de las armas imperiales, y las tropas de esta nacion alcanzaban menos fama que sus jefes. Sin duda se llamó á España á la parte de las grandezas de su rey, aunque extendia su cetro á mas regiones, y tal vez esta grandeza y esta gloria no contribuyeron poco á amortiguar, sino á extinguir los resentimientos que habia producido la venida de una casa extraña, con otros disgustos de un órden político de que hablaremos á su tiempo. Ningunos síntomas de disgusto público se manifestaban: la nacion parecia tranquila y satisfecha identificada con las glorias de su rey; y esta circunstancia era motivo mas, para que el monarca tratase de trasladarse á otros puntos donde era mas necesaria su presencia. Todos los acontecimientos considerables ulteriores de su largo reinado tuvieron lugar fuera de España. Así la historia de este pais, por lo que está enlazado con la persona de su príncipe, se puede hasta cierto punto llamar la de la Europa.

1529. En Italia se anunció como vencedor, como emperador de los romanos, como el primer personaje de su siglo, como el monarca preponderante entre los príncipes de Europa. Desde Carlomagno, era el primer emperador de Alemania que se presentaba en Italia con todo el brillo de su alta dignidad, sin oposicion por parte

de sus varios estados, ni mucho menos del pontífice que acababa de sacar del cautiverio. En medio de tantos estímulos de orgullo, se mostró sin embargo bastante mesurado. Coronado en Bolonia como emperador de los romanos, afectó la mayor afabilidad con los diferentes príncipes del pais, de quienes se mostró verdaderamente soberano. Con el papa tuvo conferencias de un carácter serio y grave. Colocado al frente de casi todos los grandes negocios políticos del tiempo, no podia menos de ponerse á cada momento en evidencia y mostrar gran sagacidad entre grandes intereses que mutuamente se rechazaban y excluian.

Ocurrió entonces la guerra de Florencia. Es sabida la influencia que desde algunos años atrás ejercia la rica y poderosa familia de los Médicis, que no ejercian verdaderamente autoridad legal siendo considerados solamente como ricos ciudadanos. Mereció el gran Cosme de Médicis, por sus servicios y consideracion, el nombre de padre de la patria. Mas de una vez á pesar de sus riquezas y la habilidad de su política habian sido sus descendientes blanco del furor popular y expelidos del territorio de Florencia. Estaban en efecto desterrados en el tiempo á que aludimos. La guerra que se encendió entre la República y las armas de Carlos V, y Clemente, protector el primero y de la familia el segundo de los Médicis. Vencieron al fin las últimas, y los Médicis proscritos subieron al trono del pais con el título de Duques de Florencia. Alejandro que fué el primero, se casó poco tiempo despues con Margarita de Austria hija natural de Carlos V.

La conducta de los electores y príncipes protestantes del imperio era entonces, y fué en lo sucesivo, el negocio mas embarazoso para Carlos V, la verdadera corona de espinas que entre las diversas que ceñian sus sienes se encontraba. Que aborrecia sus doctrinas bajo el aspecto religioso, lo prueba toda su historia; que consideraba sus pretensiones como un desacato á su elevada autoridad, lo puede suponer cualquiera que conozca el corazon del hombre. Mas le era preciso contemporizar con estos príncipes, cuyas fuerzas necesitaba para contrarestar las del turco, que se mostraba cada vez mas formidable. Acababa Soliman de invadir la Hungría y de destruir su ejército, quedando el rey Luis muerto en el campo de batalla. Se avanzaba el vencedor sobre los estados de Austria, y amenazaba á Viena. No podia Carlos V mostrarse demasiado conciliador con los príncipes luteranos que ya pensaban en organizar una liga contra

su preponderancia. Por esta vez tuvo la destreza de conjurar la tempestad, expidiendo un decreto de tolerancia mientras no fuesen dirimidas las disputas religiosas en el próximo concilio. Satisfechos por su parte estos príncipes que se conocieron despues con el nombre de protestantes prometieron y pusieron en campaña un ejército contra el de Soliman que á grandes marchas avanzaba.

1532. Tuvo Carlos V la gloria de hacer su aprendizaje militar, poniéndose á la cabeza de las fuerzos del imperio en busca del azote y espanto de la Cristiandad entera. Sea que los negocios de Soliman le llamasen á Constantinopla, sea que recelase habérselas con un ejército tan respetable, retrocedió delante del emperador, declarándose vencido sin combate. La gloria personal que adquirió Carlos V en esta ocasion no podia menos de humillar al rey de Francia. Así intrigó de nuevo para hacerse con aliados, mas la ocasion no le era por entonces favorable.

No ignorante Carlos V de estas disposiciones de su competidor, ponia de su parte todos los medios posibles para no estar desprevenido. En Italia, á donde se dirigió de regreso de su expedicion, formó una liga de sus príncipes, de la que se declaró jefe, y dejando allí un ejército bajo las ordenes del español Antonio de Leiva, se puso en camino para España.

A muy poco tiempo de su regreso á este pais, meditó y llevó á efecto Carlos V una expedicion que forma una de las figuras mas brillantes de su vida pública, y hace ver que habia nacido para cosas grandes.

1535. Acababa un pirata, tan sagaz como atrevido, de apoderarse de Argel, y por medio de la traicion mas alevosa, de despojar de sus estados al dey de Tunez. Protegido y alentado con el favor de Soliman, cuyo vasallo se reconocia, se habia erigido en un potentado formidable, y hecho del nombre de Barbaroja, pues con este nombre se le conocia, un objeto de terror para las costas y navegantes del Mediterráneo. Imploró el dey desposeido el favor de Carlos V, en cuyos oidos resonaban á cada momento los gritos de las familias que tenian cautivos en Argel y en Tunez. Preparó el emperador un armamento formidable para destruir un nido de piratas, y siempre animado de sentimientos elevados, quiso tener la gloria de mandarle.

Se embarcó el emperador en Barcelona, para Cagliari en Cerdeña, donde la expedicion se reunia. Treinta mil hombres de todas clases

se embarcaron en quinientas velas. Acudió con sus galeras el famoso Doria. Arribó felizmente la expedicion á las costas de Tunez, á donde iba dirigida. A pesar de la feroz resistencia de los de Barbaroja, se apoderaron del fuerte de la Goleta, á la boca del puerto y que cubria la plaza de Tunez. Con mas dificultades, y haciendo mas esfuerzos de valor, se apoderaron de esta ciudad entrando en ella por asalto. Cumplió el emperador con los deberes de capitan, dando ejemplos de denuedo y de constancia; y la cristiandad entera celebró con entusiasmo este triunfo sobre los infieles. Los veinte mil cautivos que salieron de las mazmorras donde los tenia encerrados Barbaroja, por todas partes celebraron la gloria de su gran libertador, y el nombre de Carlos V resonó con aplauso en todos los ángulos de Europa.

CAPITULO IV.

Continuacion del reinado de Carlos V.—Expedicion sobre Marsella.—Sobre Argel.—Nuevas guerras.—Con Francia.—Con los principes luteranos de Alemania.—Victorias y desastres.—Sitio de Metz.

Se puede considerar la victoria del emperador Carlos V sobre Tunez como el punto culminante de su grandeza y gloria. Los diez y nueve años que llevaba de reinado habian sido señalados todos por prosperidades y ventura. Ningun revés habian sufrido sus armas en los diversos teatros donde habian figurado. La grandeza y poderío de sus mayores heredados, habian adquirido nuevo lustre por sus cualidades personales. Habia sido humillado el rey de Francia, forzado á reconocerle como amigo el jefe de la Iglesia, retrocedido delante de sus armas el terrible Soliman, y mantenídose hasta entonces en los límites de su dependencia y homenaje los príncipes luteranos del imperio. Completaba la victoria sobre Barbaroja esta auréola de gloria que parecia haber puesto el clavo en la rueda de su gran fortuna. Mas no se para ni se fija nunca esta deidad tan veleidosa, y Carlos V no fué eximido de la ley comun que mezcla con tantos disgustos sus favores. Descendió varias veces de su altura, despues de dicha gloriosa expedicion, y no porque dejase de ser siempre el gran emperador, el primer monarca de su siglo; sino porque comenzó desde entonces á ver destruidas con reveses y serios desengaños, las ilusiones que no pueden menos de fascinar á los hombres de su clase. Estaban vencidos unos, y otros en suspension

de hostilidades: mas ninguno destruido, ni sin esperanzas de renovarlas cuando se ofreciese coyuntura favorable. Tenia el rey de Francia siempre presentes sus humillaciones, y aguijoneado del deseo de abatir á toda costa la gloria de un rival afortunado, se preparaba á todas horas á probar de nuevo la fortuna de las armas. Habia vuelto á renovar su liga con Clemente, casando á un hijo suyo con una sobrina del pontífice: entraba en negociaciones con los príncipes protestantes de Alemania, y aunque estos no confiaban en la buena fe de un rey que hacia quemar á los nuevos sectarios en Paris, por precision tenian que aceptar auxilios tan necesarios en su oposicion á Carlos V. ¿Era el Francisco indiferente á las controversias religiosas y obraba en estas tan solamente por política? No es probable. Ni la incredulidad, ni el escepticismo eran cosas de aquel tiempo; mas los hombres no obran en todos casos con arreglo á sus principios. Era el rey cristianísimo tan ambicioso como Carlos, y el deseo de hacerle daño, una de sus pasiones dominantes. Si su conducta no era muy católica, tampoco faltarian en su corte, como en todas, diestros casuistas que saben halagar las pasiones, al mismo tiempo que acallar la conciencia de los poderosos.

Confiado el rey de Francia en los sentimientos hostiles de los luteranos del imperio, se atrevió en fin á declarar la guerra á su rival, haciendo dirigir su ejército á Italia que la invadió por el Piamonte.

No manifestó la conducta de Carlos en estas circunstancias el mismo carácter de moderacion que le habia distinguido en otras ocasiones. Entró triunfante en Roma, que fué invadida y se hizo coronar como emperador con toda pompa. En un consistorio celebrado por su órden, pronunció un discurso de quejas contra la conducta de Francisco, pintándola como artificiosa y pérfida, al mismo tiempo que hacia un elogio de la suya propia. Allí le declaró la guerra del modo mas solemne y le desafió á un combate personal, si preferia este modo de hostilidad por ser mas pronto y expedito. Fué el discurso del emperador una especie de amenaza á todos los que presumiesen habérselas con un soberano de su clase y poderío. No omitiremos la circunstancia de que fué pronunciado este discurso en español, por ser lengua mas grave, (expresiones de un historiador extranjero), (1) lo que manifiesta la preferencia que daba á esta nacion y el papel que entonces representábamos en el teatro de la Europa.

(1) Leti, Vita di Carlo V.

Así, no solo se hacian estos dos príncipes la guerra por los medios ordinarios, sino que se amenazaban, se echaban bravatas, se decian que mentian por la gola y por medio de reyes de armas, y del modo mas solemne se enviaban un cartel de desafío. Habia dado el ejemplo el rey de Francia, despues de salir de su prision, llamando á Carlos por medio de una solemne embajada á un combate singular; mas semejante lid, tantas veces anunciada, jamás llegó á verificarse. Alistó el emperador en Italia un poderoso ejército que se dirigió hácia las fronteras de la Francia. Entre los famosos capitanes que le dirigian, se hallaban el marqués del Vasto y el que fué con el tiempo tan famoso, duque de Alba. Mandaba todo el español Antonio de Leiva que en todas aquellas guerras se habia adquirido tan grande nombradía.

1536. Penetraron los imperiales sin dificultad por la Provenza; mas al querer hacerse dueños de Marsella, experimentaron los mismos reveses que en el sitio anterior, puesto por Pescara. Fué su retirada igualmente desastrosa, y no figura poco en ella la muerte del general en jefe el famoso Antonio de Leiva. Abochornado el emperador del desaire de sus armas, despues de tan pomposa declaracion de hostilidades, dejó su ejército para rehacerse en Italia, y regresó á España. Fué este el primer revés de su fortuna, y fruto de una grandísima imprudencia; si alguna vez formó el proyecto que muchos le suponen, y que no es creible, de establecer en Europa una monarquía universal, debió entonces de convencerse de lo quimérico de sus ilusiones.

Hemos visto el modo solemne é inusitado que tuvo Carlos de declarar la guerra á su rival; el de la contestacion de Francisco fué mucho mas extraordinario. Despues de la evacuacion de la Provenza por los imperiales, celebró el rey de Francia en el parlamento de Paris, lo que entonces se llamaba un lecho de justicia. Llamó allí á su tribunal á Carlos de Austria su vasallo, como señor de los Paises-Bajos, por haber faltado al pleito homenaje, que como á su superior se le debia, dándole un cierto tiempo para responder de su conducta. A este homenaje habia renunciado el rey de Francia por el tratado de Paris; mas justamente la infraccion de este tratado habia renovado las hostilidades en 1527, y provocado aquella nueva guerra. El resultado de la notificacion no podia ser otro, que poner en campaña un ejército de treinta mil hombres, al frente del cual marchó Francisco á la frontera de los Paises-Bajos; esto era lo esencial, pues

lo demás no pasaba de una bravata de mal gusto que nada tenia de imponente. ¿Impuso algo la farsa de aquel paso extraordinario? Pongámosle en paralelo con el discurso imponente, pronunciado en el consistorio de Roma delante del papa y los cardenales, por un monarca victorioso. Si se podia mirar este por un rasgo de orgullo poco disculpable, no debió pasar el otro sino como el despique de una vanidad pueril que en nada se apoyaba. Carlos V declaraba la guerra á un enemigo: declaraba Francisco I rebelde á un monarca superior suyo, bajo mas de un título. Y lo que hizo esta farsa mas ridícula es, que no produjo efecto para el soberano, que intentaba el despojo del vasallo. La campaña de los Paises-Bajos fué un tejido de vicisitudes varias, sin ventaja para ninguna de ambas partes. El primer ímpetu de los franceses los hizo gananciosos al principio: despues se retiraron, abandonando el terreno conquistado. La guerra del Piamonte continuaba igualmente sin definitivo resultado. ¿Cuál fué, pues, el de una contienda que se presentaba tan reñida? ¿En qué vinieron á parar tanta animosidad, tanto denuesto público, tanto desafío? En que el papa, el rey de Francia y el emperador, tuvieron una conferencia en Niza (1538) donde no pudieron convenirse; en que el emperador, á su regreso á España por mar, tuvo en la playa de Aguas-Muertas otra con Francisco, que en aquellos puntos le aguardaba; que allí conferenciaron, se dieron mil satisfacciones, y ajustaron treguas, tan poco cordiales y duraderas, como las paces anteriores.

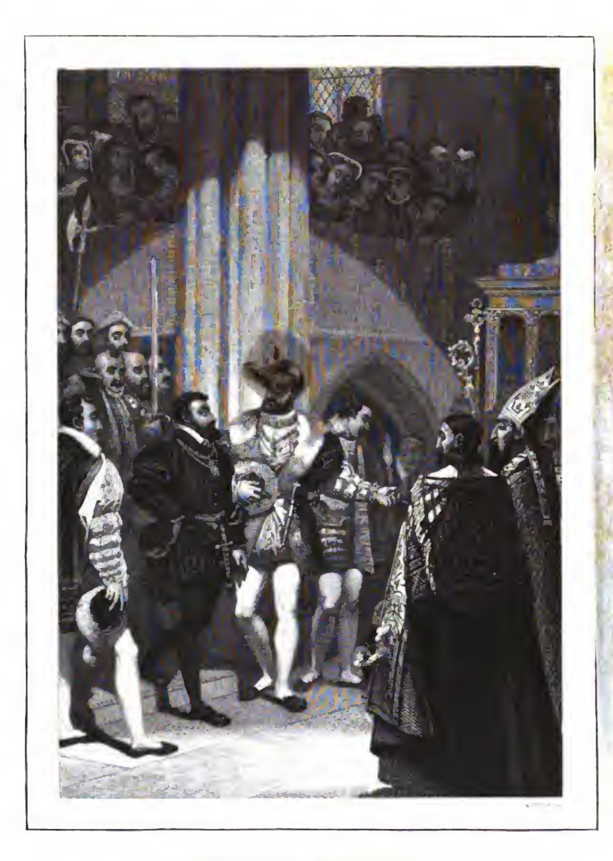
¿Qué papel representaba el rey de Inglaterra en estas luchas? Ya hemos indicado que Enrique VIII era casi de la misma edad que Carlos y Francisco, ambicioso como ellos, igualmente despótico en su carácter, obstinado, inflexible y cruel, menos por temperamento que por no poder sufrir ninguna oposicion á sus caprichos. Poseido de su grande importancia, si no como actor principal, á lo menos en clase de auxiliar, habia adoptado la divisa de, *cui adhaereo preaest*; *prevalece aquel á quien me adhiero*, pronto siempre á unirse con cualquiera de las dos partes que le proporcionase mas ventajas. Así los dos monarcas le hacian en cierto modo la corte, y trataban de ganársele. Le vió Carlos dos veces en Inglaterra, trabajando mucho para poner en sus intereses al cardenal Wolsey, que era entonces su primer ministro. Francisco tuvo con él la primera entrevista, en el campo llamado del Paño de oro, por el lujo y magnificencia que en las fiestas á que dió lugar, se desplegaron. Mas el rey de Ingla-

terra, á pesar de su divisa, influyó muy poco en el resultado de las contiendas de los dos rivales. Al principio se inclinaba á Carlos; propendió despues hácia Francisco; sea por sus proyectos de repudio de su mujer Catalina de Aragon, tia de Carlos, sea porque le instigase á ello el cardenal Wolsey, irritado porque el emperador le habia faltado á su palabra, de apoyarle en sus pretensiones á la silla pontificia. Con el tiempo, habiendo sobrevenido la muerte de aquella reina, se acercó mas á Carlos; mas al momento de esta tregua de que hablamos entre este príncipe y Francisco, habia permanecido casi en completa inactividad el rey de Inglaterra, sea por falta de medios, sea que la ostentacion de poder le halagase mas que su ejercicio.

El negocio de los príncipes protestantes se presentaba cada vez mas espinoso para Carlos V.

Hemos hecho ver que por mil razones debia de sentirse inclinado á extirpar para siempre lo que como católico le escandalizaba, y como emperador le deprimia. Mas sus medios no correspondian á sus intenciones, y su situacion era sumamente embarazosa como la del que quiere conciliar extremos que se contradicen y se excluyen. Por una parte se quejaban los luteranos de su intolerancia; por otra le acusaba el papa de contemporizar con ellos y de favorecer secretamente sus doctrinas: por la otra el rey de Francia buscaba siempre la alianza de estos príncipes que se mostraban cada vez mas exigentes, consolidando la liga que se conocia con el nombre de Smalcáldica. Para contrarestarla, Carlos formó otra con los príncipes católicos, medida que intimidó á los protestantes. Quizá se hubiese aprovechado el emperador de tan favorable coyuntura; mas por una parte la insurreccion de las tropas en Italia por falta de pagas, la mas séria aun de Gante, le hicieron ver lo precario de su autoridad, y lo poco que la solidez en el poder correspondia con la vasta extension de sus dominios.

1540. Las tropas de Italia volvieron pronto á su deber; mas se presentó el asunto de Gante tan serio, que exigia nada menos que la presencia del emperador que se hallaba entonces en España. Hasta aquella ocasion habia hecho siempre su viaje á los Paises-Bajos, por Italia y Alemania, sin tocar en Francia; mas ahora, sea por lo avanzado de la estacion ó por falta de preparativos, pidió Carlos permiso á Francisco para pasar por sus dominios. Si pareció la peticion extraordinaria, se tuvo por sumamente generosa la con-



CARLOS V Y FRANCISCO I

descendencia del de Francia. ¿De qué parte estuvo la mayor gran-
[illegible] rival, ó del
[illegible] mero hubo
[illegible] dencia. Es
[illegible] aber dado
[illegible] no faltaron
[illegible] iones, es
[illegible] a del Mi-
[illegible] aba á en-
[illegible] lió salvo
[illegible] que á la
[illegible] hablare-

[illegible] a de esta
[illegible] os protes-
[illegible] gría. Ja-
[illegible] invasion
[illegible] empera-
[illegible] adversa-
[illegible] os serios
[illegible] mismo á

[illegible] te adivi-
[illegible] n el tur-
[illegible] para so-
[illegible] Soliman
[illegible] De todos
[illegible] sejo; mas
[illegible] ierra for-
[illegible] e embar-
[illegible] galeras de
[illegible] para que

[illegible] Argel por Carlos V nos refiere la historia. En la travesía experimentaron una fuerte tempestad; despues de desembarcados con grandes trabajos y mayor exposicion, padecieron en el campamento y discurso de la noche un tremendo aguacero que los dejó como en medio de un pantano. Un huracan dispersó la escuadra, haciendo estrellar una



CARLOS V Y FRANCISCO I

descendencia del de Francia. ¿De qué parte estuvo la mayor grandeza de alma? ¿De Carlos que se puso en brazos de su rival, ó del rival que le daba un hospedaje tan magnífico? En el primero hubo sin duda mas valor, pero tal vez una gran falta de prudencia. Es probable que en algunos momentos se arrepintiese de haber dado este paso, aun en medio de tanto festejo y regocijo. Que no faltaron por una parte temores, y por la otra muy fuertes tentaciones, es histórico. Francisco pidió á Carlos en Paris la investidura del Milanesado, y la facilidad con que la otorgó el emperador, daba á entender que cuidados mas fuertes le ocupaban. En fin, salió salvo de Francia con las mismas muestras de amor y de respeto que á la entrada, y pudo acudir á sofocar la insurreccion de que hablaremos con mas extension en la historia de su hijo.

Cuando se hallaba el emperador en Alemania de vuelta de esta expedicion negociando asuntos de imposible arreglo con los protestantes del imperio, bajó Soliman por segunda vez á Hungría. Jamás se habia visto tan comprometido ni tan pronto á una invasion el territorio del imperio. Cuando todos aguardaban que el emperador se apresurase á juntar fuerzas para hacer frente á un adversario tan terrible, causó asombro verle hacer preparativos serios para una expedicion sobre Argel, y que se iba á poner él mismo á su cabeza.

El verdadero motivo de este proyecto no podia fácilmente adivinarse. ¿Temia tal vez Carlos V medirse frente á frente con el turco? ¿Le llevaba la idea de distraer todas las fuerzas de este para socorrer al dey? ¿No le pareció bastante séria la invasion de Soliman para distraerle de un proyecto concebido de antemano? De todos modos parece que la expedicion fué reprobada por su consejo; mas no por esto dejó de llevarse á cabo por fuerzas de mar y tierra formidables. Mas de veinte mil infantes y dos mil caballos se embarcaron en Génova con el emperador á la cabeza en las galeras de Doria, sin tener en cuenta las instancias de este veterano, para que no saliese al mar en una estacion desfavorable.

1541. Pocas expediciones mas desastrosas que las de Argel por Carlos V nos refiere la historia. En la travesía experimentaron una fuerte tempestad; despues de desembarcados con grandes trabajos y mayor exposicion, padecieron en el campamento y discurso de la noche un tremendo aguacero que los dejó como en medio de un pantano. Un huracan dispersó la escuadra, haciendo estrellar una

gran parte de los buques contra las rocas de la costa. Sin poder combatir, sin poder embarcarse, expuestos á perecer de hambre y de miseria en aquellos campos anegados, tuvo la expedicion que retirarse por tierra para embarcarse en seguida en algun punto mas retirado de la costa, lo cual verificó al fin despues de mil desastres. El emperador, que en la primera expedicion de Tunez habia dado á todos ejemplo de valor, se mostró en esta un modelo de sufrimiento, de magnanimidad y de constancia. Participó de todas las privaciones, de todos los peligros, y la historia le debe la justicia de que no abandonó la tierra firme de la costa hasta que vió á los suyos todos embarcados.

No deberemos omitir, hablándose de esta expedicion de Argel, que se halló en ella de voluntario el famoso Hernan Cortés, sin que el conquistador de un vasto y rico imperio para la corona de Castilla fuese consultado para nada, ni llamado á los consejos. Al retirarse la expedicion, propuso que se le dejase al frente de algunas tropas, con las que prometió hacerse dueño del pais, mas no fué escuchado.

Natural era que de este desastre del emperador se aprovechase su rival, enojado de nuevo, porque aquel no le habia cumplido la palabra de la investidura del Milanesado, y en quien todos sus amigos le motejaban de crédulo y falto de prevision por dejarse engañar de su enemigo. Un pretexto necesitaba para hacer la guerra; mas cuando hay buena voluntad, se encuentran pronto. Las fuerzas que en esta nueva guerra presentó en campaña fueron formidables. Cinco ejércitos se alistaron para atacar las fronteras de los estados del emperador, que aunque menos preparado, no se descuidó en tan grave coyuntura. Por esta vez se alió con el rey de Inglaterra, mientras el de Francia no tuvo reparo en hacerlo con los turcos. Esta monstruosa liga con los enemigos tan terribles de la cristiandad, fué mirada entonces con horror, y es una mancha verdadera en la memoria de Francisco. El famoso Barbaroja se presentó en Marsella, y se trató hasta de edificar en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos. Mas el rey de Francia los despidió de sus estados, cediendo á los clamores de amigos y enemigos.

1543. Los habia elevado contra él en una dieta Carlos V, acusándole de enemigo de la cristiandad, y halagando por entonces á los electores, aumentó sus fuerzas, y se proporcionó dineros para

hacer la guerra. ¿Y qué resultados produjo este nuevo rompimiento de hostilidades que tan tremendo parecia? Ninguno positivo y de importancia. Lidiaron los ejércitos con fortuna varia por una y otra parte. Consiguieron los franceses ventajas en la frontera de España, y que perdieron : sufrieron desastres en la campaña de Italia, que repararon con la victoria obtenida en Cerisola. Consiguió ventajas muy importantes Carlos V, que mandó en persona el ejército de los Paises-Bajos. Entró en Champaña ; se apoderó de Saint Dizier y otras plazas ; llegó á dos leguas de Paris, mas por falta de víveres se vió en la precision de retirarse. En cuanto á los ingleses, se apoderaron de Boloña y no pasaron adelante. A fuerza de cansancio, y cuando ya no podian mantener sus fuerzas en campaña, se terminó la guerra con la paz de Crespi, en la que no salió gananciosa ninguna de ambas partes.

1545.—1547. Fué esta la última guerra que hizo el rey Francisco. Cuando se hallaba sériamente ocupado en nuevas alianzas con los protestantes del imperio, le cogió la muerte, sin ser viejo todavía. Gran papel hizo este príncipe, y un nombre distinguido ocupa en la historia de su tiempo. Mas valiente caballero que entendido capitan, dotado de mas brillo que de solidez, tan ambicioso ó quizá mas que Carlos V, se quedó muy inferior á su rival en prudencia, en habilidad, en aplicacion á los negocios, en conocimiento de los hombres, en cuantas prendas constituyen á un rey de accion y de consejo. Obraba por arranques de impetuosidad, por llamaradas de pasion que se apagaban pronto; en lugar que en el otro habia un cálculo de accion, un pensamiento fijo que predominaba en sus acciones. Con muchos menos estados que Carlos V, pudo hombrear con él de igual á igual; porque los suyos eran compactos, y formaban un todo sin intermision, en lugar que los del otro estaban tan esparcidos, y eran tan heterogéneos. Así como excedia á Carlos V en brillantes cualidades personales, tenia la desventaja de ser mas disipado, mas amigo de placeres y de vicios. En cuanto á sus principios religiosos, quemaba y hacia perecer con otros suplicios á los protestantes en Paris y otras partes, mientras se asociaba con los de Alemania y con los turcos. Mas ya hemos hecho ver que hay casuistas hábiles que saben conciliarlo todo, y acallar la voz de las conciencias.

Con su muerte no se extinguió en Francia el espíritu belicoso que la animaba contra Carlos. Su sucesor Enrique II heredó igualmente

su ambicion; mas padeció el descuido de no decidirse al momento, dejando tiempo al emperador para entender en los negocios graves, relativos á los príncipes luteranos del imperio.

Analizar todas las negociaciones, controversias y disputas que estos asuntos motivaron, no es de este momento. En mas detalles entraremos, cuando nos ocupemos de las disputas religiosas que hacen tan gran papel en este siglo. Como las de los príncipes con el emperador eran de un doble carácter, trataremos solo del político. Los príncipes protestantes eran fuertes por la union, y como tales se mostraban exigentes. A conservarse en esta actitud cuando llegaron á declararse en lucha abierta contra el jefe del imperio, hubiesen dado la ley; mas esta falange se mantuvo poco tiempo unida. Ya hemos visto que en los grandes conflictos del emperador, le auxiliaban con sus fuerzas, pudiendo sin duda mas en ellos el sentimiento de alemanes, que el de sus intereses y controversias religiosas. Por otra parte reinaban entre ellos las rivalidades que son frecuentes, y abren tanto campo á los que saben explotarlas. El príncipe Mauricio de Sajonia que ambicionaba los estados de su primo el elector se aprovechó de la ocasion y tuvo la habilidad de dividirlos. Cuando debian entrar en accion, se habia disipado ya la liga, quedando el elector y el landgrave de Hesse como solos en la arena. El emperador, que á fuerza de mostrarse inflexible contra sus pretesiones habia desarmado á los demás, cayó sobre estos príncipes, y los derrotó completamente en la batalla de Muhlberg, quedando prisionero el elector, á quien privó de sus estados, haciéndose dueño de ellos el príncipe Mauricio.

Fué el elector de Sajonia tratado con la mayor dureza, y hasta condenado á muerte, por resistirse su mujer á entregar á Magdeburgo, sitiado por los imperiales; mas no llegó á ejecutarse la sentencia. El langrave que se sometió asimismo al emperador, fué recibido con todas las muestras de rigor, precisado á pedir de rodillas su perdon, quedando al fin cautivo como el de Sajonia. A donde quiera que se movia el emperador, le seguian estos dos príncipes en estrecha prision, sin que los ruegos de los principales personajes del imperio pudiesen aplacarle. Severo entonces, en proporcion de lo conciliador y flexible que se habia mostrado en otros tiempos, se conducia como un dictador con amigos y enemigos. Lo quiso ser hasta en materias de conciencia, estableciendo en Augsburgo (1548), un formulario de doctrina ínterin el concilio

no dirimiese completamente todas estas diferencias con los protestantes; pero no por esto se mostró con ellos menos inflexible. Con la misma energía se mostró protector del concilio de Trento contra el cual la Francia misma protestaba; mas mientras el emperador, fascinado acaso con su prosperidad, se creia omnipotente en Alemania, se aglomeraba sobre su cabeza una tempestad, que disipó del modo mas cruel sus ilusiones.

1551. El príncipe Mauricio que se le habia mostrado tan adicto y tan sumiso, que con sus intrigas habia contribuido tanto á su triunfo de Muhlberg, alimentaba contra él una enemiga tanto mas terrible, cuanto la habia cubierto siempre con el velo del respeto mas profundo. Satisfecha su ambicion con los despojos de su pariente el elector, aspiró á la gloria de ser campeon de la causa que habia anteriormente abandonado. Ningun medio omitió de ocultar sus intenciones al emperador, mientras intrigaba en secreto con los protestantes, y entraba en alianza con el rey de Francia. Por complacer á Carlos, adoptó sin ninguna repugnancia el *interim*, y envió un representante al concilio. Cuando tuvo maduros ya sus planes, se atrevió á pedir al emperador la libertad del landgrave, tomando asimismo el nombre de los otros príncipes. Eludió Carlos la súplica, y aunque este paso fué objeto de alguna suspicacia, supo Mauricio disiparla, redoblando sus obsequios y protestas. No solo engañó al emperador, sino hasta sus avisados consejeros, y entre ellos al obispo de Arras, tan conocido despues con el nombre de cardenal Granvela. Seguro ya de sus aliados y del rey de Francia, se declaró Mauricio jefe de la liga protestante, y aquel monarca en guerra contra Carlos. Se hallaba entonces este sin ejército, y consternado con una novedad que tan cruelmente habia burlado á su prudencia, retrocedió delante de un rival muy superior en fuerzas. Mientras este le perseguia sobre Inspruch, avanzaba Enrique con su ejército, y se apoderaba de las plazas de Metz, Toul y Verdun en la Lorena. Jamás se habia visto en un conflicto mas cruel un monarca, que hacia pocos dias se consideraba omnipotente. No hubo mas remedio que ceder á la ley de la necesidad, ó verse prisionero en manos de Mauricio. Dió libertad al elector de Sajonia y al landgrave; y por el tratado de Passau, que ajustó con los príncipes protestantes, se les concedió el libre ejercicio de su culto. Los luteranos no llevaron mas allá sus exigencias, y prometieron sus auxilios contra el turco. El rey de Francia no fué incluso en el tratado; pues Mau-

ricio, satisfecho ya su objeto, no cuidó mucho de los intereses de su nuevo amigo, que tal vez miraba con diversos sentimientos.

1552. Se preparó, pues, Carlos para esta nueva guerra, y entró en campaña con fuerzas formidables. Al frente de cincuenta mil hombres, segun dicen los historiadores, emprendió en persona el sitio de Metz, uno de los hechos de armas mas célebres del tiempo. Mandaba la plaza el duque de Guisa, y las tropas sitiadoras bajo las órdenes del emperador, el duque de Alba, que habia ganado la batalla de Muhlberg. Se estrechó el cerco con vigor: además de la gloria personal de Carlos, estaba en juego la de dos grandes capitanes, el uno ya muy célebre, y el otro que aspiraba á serlo por este cerco tan reñido. Pudo mas la obstinacion, el valor, y si se quiere la superior habilidad de los de dentro, que la impetuosidad de los de fuera. Se declararon enfermedades en el campo del emperador; la inclemencia de la estacion hizo de mas difícil reparo la falta de víveres; y al fin se vió Carlos reducido á levantar el sitio, con la mortificacion que puede suponerse. Con este motivo se le atribuye el dicho: «Bien se conoce que la fortuna, como dama cortesana, favorece á los mozos, y se cansa de los viejos.» Fué tan desastrosa la retirada, como la de hacia diez y seis años, delante de Marsella.

Y con ese hecho de armas concluirán los apuntes sobre el reinado de Carlos V, que creimos necesarios, para entrar en el del hijo. Despues de este sitio tan famoso se hizo otra campaña en los Paises-Bajos, en que los imperiales se apoderaron de las plazas de Terouanne y de Hesdin, y de la de Renty los franceses. La guerra terminó por entonces con una tregua, último tratado que hizo Carlos V; mas la renovacion de las hostilidades pertenece al reinado de Felipe. En él referimos estos últimos acontecimientos; lo que pasaba entonces en Italia y la abdicacion de Carlos V, digno desenlace de uno de los dramas mas célebres en los anales de la especie humana.

Por lo poco que va dicho, se ve que Carlos V por su actividad, por su aplicacion á los negocios, por sus otras cualidades personales no fué indigno del alto puesto á que le habia elevado la fortuna. Se puede decir que nació, vivió y dejó de reinar, siendo el primero de los monarcas de su tiempo. Que no aspiró nunca como algunos lo suponen á la monarquía universal, se puede creer de su buen juicio, de su experiencia, del conocimiento de las cosas y los hom-

bres. Señor de tantos estados diversos, tan separados por la naturaleza, como por su índole, supo hacerlos á todos instrumentos de grandeza. Sus frecuentes viajes manifiestan la gran atencion que daba á los negocios, y su conviccion de lo que la presencia de un príncipe entendido vale en ciertas circunstancias. Sin merecer el nombre de gran capitan, figuraba con dignidad y como correspondia á su alta clase al frente de sus tropas. El tino con que sabia elegir sus generales, honrarlos, animarlos y premiarlos, muestra su gran habilidad y conocimiento de los hombres. Igual tacto manifestó siempre en la designacion de los demás grandes funcionarios del estado. Ninguno de sus servidores le fué infiel, y solo tuvo la habilidad, ó mas bien perfidia, de engañarle el príncipe Mauricio. La segunda mitad de su reinado no fué tan próspera como la primera; mas no puede tampoco llamarse absolutamente desgraciada. Acostumbrado á tantos halagos de la suerte, precisamente sintió mucho sus rigores. La desastrosa expedicion de Argel, la retirada de Marsella, la huida delante del príncipe Mauricio, y el desaire de sus armas en el sitio de Metz, debieron de ser para él disgustos muy amargos; mas supo conservar grandeza de alma en sus desgracias. Lo que perdió, supo repararlo, y ningun tratado de paz le fué desventajoso. Para otro lugar reservamos mas pormenores sobre el carácter de este príncipe, comparado con su siglo; por ahora nos contentaremos con indicar que la magnífica herencia de sus mayores heredada, la trasmitió toda y aun con mejoras á sus descendientes.

Despues de haber examinado los principales rasgos de la vida militar y política de este monarca, entraremos en algunos pormenores sobre la índole del tiempo en que vivia; sobre el estado político, sobre las artes, las ciencias, la literatura, los establecimientos militares, el modo de hacer la guerra, concluyendo con un bosquejo de las disputas religiosas que hicieron un papel tan distinguido en dicha época.

CAPITULO V.

Estado político.—Córtes.—Descontento.—Guerras de las comunidades.—Rentas del Estado.—Recursos y apuros.—Disminucion de la influencia de las Córtes.

La historia de los monarcas españoles escribimos; á España deben de dirigirse con preferencia nuestras observaciones sobre la situacion política de todas las clases de la sociedad en aquel siglo. Hablaremos de sus Cortes. Esta voz con que se designan sus asambleas políticas en toda la Edad media, no envuelve un pensamiento fijo, porque no en todos los tiempos ha tenido igual significado. No se pueden designar con este nombre los antiguos concilios de Toledo en tiempo de los reyes visigodos. En aquellas asambleas se reunian con el rey los magnates, los prelados, todos los que desempeñaban los primeros cargos públicos. La mayor parte de las deliberaciones de aquellas grandes asambleas rodaban sobre asuntos de disciplina eclesiástica, cuyas controversias figuraban tanto en aquella época. Lo que se llama pueblo, ó clases populares, no eran contadas para nada en aquellas grandes reuniones, y en rigor no formaban parte del cuerpo político del estado que se consideraba y era realmente de conquista. Con el tiempo fueron estas clases adquiriendo la importancia, fruto natural de la riqueza producida por la industria. Los reyes á quienes importaba poner un contrapeso á la preponderancia de sus grandes vasallos que se creian sus iguales, emanciparon cuanto les fué posible estas clases industriosas que poco á poco fueron formando corporaciones populares con sus cartas, privilegios y

fueros que les otorgaba la corona. No eran estos iguales; pues no podian serlo las circunstancias y los motivos que los promovieron. Así, cada pueblo, cada villa y cada jurisdiccion, tenia los suyos que se consideraban no precisamente como derechos propios, sino favores en virtud de servicios que habian hecho. Las grandes asambleas políticas que en tiempo de los reyes visigodos no se componian mas que de magnates, tanto eclesiásticos como civiles, comenzaron á admitir en su seno diputados ó representantes de estos lugares ó corporaciones populares. Desde entonces data lo que se conoce con el nombre de Cortes, divididas por lo regular en brazos ó estamentos; á saber: prelados, barones y diputados por las clases populares. Ni el período de las reuniones de estas Cortes, ni sus prerogativas, ni deberes, estaban consignados en alguna ley escrita; todo se hacia por uso y por costumbre, que por necesidad debian de alterarse por el trascurso de los tiempos. Por lo regular era el rey quien las convocaba y disolvia, segun sus necesidades propias ó las del Estado. Se juntaban algunas veces los tres brazos; á veces dos, y otras uno solo. Las clases altas se representaban á sí mismas. Los del tercer brazo, ó sea popular, no se consideraban ni eran en rigor mas que simples delegados de las villas y ciudades que á las Cortes los enviaban con poderes para ello, con instrucciones por escrito de lo que debian decir, otorgar ó suplicar, pues por lo ordinario pedian y se creian con derecho de obtener en proporcion de lo que daban. Estos poderes eran tan estrictos, que en casos extraordinarios, no atreviéndose los procuradores á decidir por sí puntos que no estaban previstos en sus instrucciones, aguardaban para obrar á que se las enviasen. Las comunidades que daban los poderes los quitaban igualmente. Sin embargo, á pesar de esta absoluta dependencia, eran los cargos de procurador considerados como muy importantes y honoríficos. No los obtenian sino los de mas influencia por su riqueza ó capacidad en los pueblos y ciudades, y muy buen cuidado tenian las corporaciones de no enviar á las Cortes hombres que no supiesen ó no quisiesen representar con habilidad y lealtad sus intereses.

Así se pueden considerar las Córtes como unas asambleas que se reunian cerca de la persona del rey, ó para aconsejarle, ó para arreglar con él algunos negocios importantes del Estado, ó para otorgarle subsidios, ó para dar sancion mas solemne á sus actos políticos ó administrativos. Por lo regular juraban al heredero de la co-

rona, le proclamaban á su subida al trono, mandando levantar pendones en acatamiento de su suprema autoridad, y nombraban las regencias cuando no estaban designadas. Entendian hasta en los testamentos de los reyes, alterándolos á veces cuando los creian contrarios al bien público. En vista de tan sencillo enunciado, cualquiera comprenderá que la influencia y preponderancia de estas Cortes debia ser mayor ó menor, segun el carácter del monarca, segun su mayor ó menor habilidad, segun las mas ó menos graves circunstancias que ocurrian; y este mayor ó menor grado de influencia que ejercian las Cortes, consideradas colectivamente, se puede aplicar asimismo á cada uno de los estamentos de que se componian respecto de los otros. Así habia ocasiones en que se presentaban los tres, y otras en que solo se veian en la escena los procuradores de los pueblos. En minorías, en sucesiones disputadas, en tiempos de revueltas y facciones en que todos buscaban su apoyo, se consideraban como el cuerpo preponderante del Estado. Las buscó y halagó muchísimo don Sancho IV el Bravo, cuando se alzó contra su padre, y despues disputó la sucesion de la corona: se echó en sus brazos su viuda doña María de Molina, declarada tutora de su hijo don Fernando el Emplazado; y la misma conducta observó la viuda en la memoria de su hijo Alfonso XI. Debieron tambien de hacer un gran papel en las revueltas y mortales disensiones entre don Pedro y su hermano don Enrique, que le sucedió por fin en la corona. En los reinados, sobre todo de Juan II y Enrique IV, que, como se sabe, fueron tiempos de revueltas y anarquía, ejercieron las Córtes su gran preponderancia. Los poderes de que estaban revestidas eran de hecho: constan de sus actas, sin estar consignadas en códigos, en cuerpos de doctrina, en lo que se llaman constituciones: dimanaban de las circunstancias, de la fuerza de las cosas, del carácter, ó mas ó menos habilidad de las personas; y si se examinan con imparcialidad la mayor parte de las transacciones de los hombres, apenas les descubriremos otro orígen.

Los Reyes católicos que sucedieron á estos tiempos de revueltas, eran demasiado firmes para no poner á raya el humor turbulento de los grandes y los ricos, demasiado sagaces para no tratar de cortar los males en su orígen. Ya hemos indicado el gran celo con que se aplicaron á robustecer el trono, á expensas del poderío de la aristocracia. Eran mas objeto de sus celos los privilegios y las fuerzas de que disponian estos grandes feudatarios, que las cartas

ó fueros otorgados por sus antecesores á las comunidades. Estaba al contrario en su política fomentar el bienestar y prosperidades de estas, para contar con un apoyo mas, contra los que trataban de reducir á mas humilde esfera. Se sabe cuántas disposiciones tomaron estos reyes, cuántas pragmáticas promulgaron para afianzar el órden público, para conservar el respeto á las propiedades, para poner un freno perpetuo á la licencia. Tambien se juntaron varias veces las Cortes durante su reinado; mas sus transacciones, como no pasaron naturalmente de una escala, carecieron del derecho de ser célebres.

El espíritu de faccion, ó de revuelta, ó de privilegio exclusivo de carta, ó si se quiere tambien de libertades, estaba muy amortiguado cuando el advenimiento de la casa de Austria; pero entonces un motivo, y hasta cierto punto muy justo, vino á excitar el descontento de los pueblos, inevitable siempre cuando recayendo la corona en hembra, tiene que pasar por enlaces á familia extraña. El príncipe que viene de fuera á unir su suerte con la reina, no puede presentarse solo á tomar posesion de su alto puesto. Precisamente le acompañan sus amigos, los que hacen parte de su corte, siendo esta brillante y numerosa, á proporcion de su poder ó medios. Por precision han de recaer sobre estos individuos gracias y favores, y otra cosa no puede ser por poco que se estudie el corazon humano. Tambien es imposible que deje de ser objeto de disgusto y envidia para los de casa. Estuvo muy lejos de ser la venida de Felipe el Hermoso una excepcion de aquesta regla. Fueron los flamencos que le rodeaban objeto exclusivo de sus confianzas y favores. Se acusaba á estos extranjeros de codicia, hasta de rapacidad, y los que se mostraron en un principio mas entusiasmados con la subida al trono de un príncipe jóven y afable, que al parecer ponia su estudio en hacerse popular, fueron los primeros en cambiar su adhesion por otros muy diversos sentimientos. Sucedió la misma cosa á la venida de don Carlos: la misma rivalidad, el mismo descontento se manifestó hácia los cortesanos extranjeros que tuvieron una parte casi exclusiva en los favores del monarca. El principal de ellos Xievres ó Chievres, que era su privado y pasaba por director y consejero, tenia la reputacion de juntar á costa del Estado riquezas muy considerables. No solo se les acusaba de estafas y rapiñas, sino que se los veia promovidos á los primeros cargos del Estado. Sucedió al cardenal Cisneros en la silla de Toledo, un sobrino

de Xievres, y se sentó en la de Tortosa el cardenal Adriano, antiguo ayo ó preceptor de este monarca. Este sentimiento de desafeccion ó desvío hácia los cortesanos que rodeaban al que fué despues emperador, se desenrolló en lo sucesivo de un modo muy fatal á la tranquilidad y reposo de estos pueblos.

Para comprender mejor lo que fueron las Cortes de España durante la dominacion de Carlos V haremos un análisis por órden cronológico de sus principales reuniones, comenzando desde el principio de aquel siglo. (1)

En 1505 al fallecimiento de la reina Católica, se juntaron en Toro para reconocer por reina á doña Juana, y por príncipe heredero á su hijo Carlos.

En 1510 se juntaron en Monzon las de Aragon por el rey Católico.

En 1511 se juntaron las de Castilla en Burgos, y entre varios capítulos de menos importancia se estableció que el reino se mantuviese encabezado hasta que se pudiese poner puja al arriendo de las rentas.

A la venida de don Carlos á España se suscitaron en Castilla controversias y disputas sobre cuál habia de ser el título bajo el que debia dirigir las riendas del Estado. Sostenian los enemigos de la corte que no podia ser el de rey, mientras viviese su madre, que era la reina propietaria. Alegaban sus contrarios la absoluta incapacidad moral en que se hallaba esta princesa de entrar á la parte del gobierno de estos reinos. En esta oposicion de sentimientos que dió un gran desarrollo al espíritu popular, se reunieron las Cortes en Valladolid en 1518.

Fueron estas Cortes célebres no solo por el espíritu de oposicion, sino por la importancia de los asuntos que allí fueron debatidos. Como en las de antes, ejerció la parte principal el estamento de procuradores. Comenzaron por manifestar que en caso de que se reconociese á Carlos por rey, no le prestarian juramento hasta que lo hiciese él, reconociendo lo que en las Cortes de Burgos se habia determinado. Tambien se mostraron ofendidos de que se hubiese dado entrada en sus sesiones á extranjeros. Si se reflexiona que el rey se hallaba entonces en Valladolid, y estaba acaso oyéndolos, hay que admirar mas su espíritu de libertad é independencia.

(1) Véase á Sandoval.

Adquirió entonces un nombre célebre el doctor Zumel, procurador por Burgos, que habia llevado la voz principal en aquellas exigencias. En vano trataron de ganarle con promesas y amenazas los partidarios de la corte; el procurador se mostró firme, y siempre intrépido. Se conciben bien las animosidades á que esta desavenencia dió lugar entre los cortesanos y la oposicion, pues con tal nombre podemos designarla. Por último, cedieron los primeros. Entró el rey en las sesiones, y le prestaron juramento el doctor Zumel y los procuradores. Juró el rey por su parte los privilegios de las ciudades y la observancia de las leyes. Insistió el doctor en que jurase tambien lo relativo á la exclusion de los extranjeros de aquel sitio, á lo que accedió Carlos, no sin muestras de grande repugnancia.

Para algunos no fué este último juramento del rey bastante explícito. Con este motivo se volvieron á suscitar los antiguos altercados, distinguiéndose en la misma oposicion el procurador por Burgos. Algunos procuradores no juraron al principio. Por fin se allanaron las dificultades, y Carlos fué jurado solemnemente en San Pablo de Valladolid por rey, juntamente con su madre, poniéndose ambos nombres en el órden de la naturaleza al frente de los actos públicos.

En las mismas Cortes se presentaron á la aceptacion del rey nada menos que 74 artículos. Indicaremos los principales, que nos manifestarán mejor los sentimientos que los animaban, y la índole de aquellos tiempos. Que la reina doña Juana fuese tratada y servida como señora de estos reinos. Que el rey se casase. Que no saliese del reino el infante don Fernando (hermano de Carlos). Que se conservasen las leyes, pragmáticas y privilegios, sin imponer contribuciones. Que en lo sucesivo no se diese nada á los extranjeros. Que el nuevo arzobispo de Toledo viniese á España á disfrutar aquí sus rentas. Que los embajadores de estos reinos fuesen naturales. Que se admitiesen españoles en la casa del rey. *Que hablase castellano*. Que no enajenase nada de la corona. Que no se diesen sobrevivencias de empleos. Que mandase visitar los tribunales. Que los inquisidores fuesen hombres de buena fama y de conciencia. Que no vagasen pobres por el reino. Que se cobrasen las alcabalas por las justicias ordinarias y no por comisionados. Que no se obligase á nadie á tomar bulas. Que testasen los clérigos. Que se guardasen los privilegios de los monteros de Espinosa. Que no se le-

gasen mas bienes raices á iglesias, monasterios, hospitales y cofradías, etc. A todos los artículos accedió el rey, haciendo sobre algunos las advertencias que le parecieron convenientes.

Las mismas dificultades se ofrecieron en las Cortes de Aragon, convocadas en Zaragoza aquel mismo año sobre la jura del monarca, poniéndose siempre el mismo obstáculo de estar su madre viva. La animosidad fué mayor, y de altercados se pasó á hechos. Entre la parcialidad del duque de Zaragoza y el de Aranda, hubo riñas en las calles, que hicieron verter sangre. Por último, le reconocieron y juraron lo mismo que en Castilla. En Barcelona se encresparon tanto los ánimos, que Carlos envió en lugar suyo al cardenal Adriano; mas tuvo que ir en persona como condicion indispensable.

En 1519, siendo ya el rey emperador, trató de convocar las Cortes para el servicio que en su próximo viaje á Alemania le era indispensable. Las mandó reunirse en la Coruña, donde era su intencion el embarcarse. Desagradó muchísimo en Castilla esta determinacion, y se comenzó á ver con odio que se emplease el dinero del reino en gastos extraños, que no iban á producirle la menor ventaja. La convocacion en la Coruña dió márgen á extrañas conjeturas y sospechas. Se atribuyó el proyecto á Xievres, que sintiéndose objeto de odio queria acercarse á la costa para ponerse, en caso de una sedicion, mas prontamente en salvo.

Hallándose el rey en Tordesillas en su viaje á Galicia, se le presentaron los procuradores de Toledo, rogándole que no saliese del reino, y que en caso contrario no les pidiese algun servicio. Se enojó Carlos con la peticion, y los despidió con aspereza, continuando su camino. Otros procuradores imitaron la conducta de los de Toledo, y protestaron contra la convocacion de las Cortes en Galicia. El rey llegó á Santiago, y á pesar de tanta oposicion, hizo llevar adelante su proyecto. Pocos negocios se condujeron con menos tino, con menos conocimiento del estado de las cosas, con resultados mas funestos para la paz de la nacion, que estas Cortes de Santiago. El odio á los extranjeros crecia de punto, y poco á poco, aunque propagada lentamente, cundió la especie que era la mayor calamidad para la nacion, que el rey saliese á recibir la corona del imperio. Llegaron los grandes á aconsejarle que se precaviese del privado Xievres; tal era el estado de irritacion en que los ánimos se hallaban. Mas Carlos, preocupado solo de la idea de ir cuanto mas

antes á recibir la corona imperial, cerró el oido á todas las advertencias y consejos que estaban en oposicion con su deseo dominante.

Las Cortes se reunieron al principio en Santiago, y los procuradores por Toledo declararon nulo cuanto en ellas se hiciese, por el número de procuradores que faltaban, y entre ellos los de Salamanca. Enojado el rey, mandó prenderlos, y al fin se contentó con que saliesen desterrados. Al saberse en Toledo la ocurrencia, se alborotaron, se pusieron en resistencia abierta con el rey, echando al corregidor, y estableciendo su junta de gobierno. Era imposible un estado de mas efervescencia, de mas desconfianza y mas sospechas. Las Cortes se trasladaron á la Coruña, y allí concluyeron como se pudo sus sesiones, negando el servicio los de Leon, Murcia, Madrid, Toro, Córdoba, Toledo y Salamanca. Y hallándose los ánimos en esta situacion, sin haberse apaciguado los disturbios en Toledo, se hizo á la mar el nuevo emperador; tal era su impaciencia, ó tal vez la de Xievres, temeroso de ser víctima de sediciones populares. Quedó de gobernador del reino el cardenal Adriano, hombre de poca energía, y menor capacidad en materias de gobierno.

A muy poco tiempo de la ausencia del emperador, estalló la famosa guerra de las Comunidades, episodio demasiado importante en nuestra historia y la del siglo, para que dejemos de dar de él algunos pormenores, aunque de un modo muy sucinto (1).

Ha desfigurado mucho el espíritu de partido la índole de aquella guerra. Era imposible que los historiadores contemporáneos españoles, y aun los que escribieron en los siglos sucesivos, dejasen de pintar como rebeldes y merecedores de mayor castigo, á hombres que se alzaron armados contra la potestad real, y que trataban de poner un coto á sus prerogativas. Era objeto de celos y odios en España, la codicia y preponderancia de los extranjeros. Veian un jóven rey, extraño á sus usos y á su lengua, entregado á la política de estos extranjeros: hé aquí los principales resortes de este movimiento. Ya hemos visto la poca política de la corte en estas ocurrencias; con qué altivez y desprecio fueron tratados los procu-

(1) Tomamos principalmente por guia en este trozo á Sandoval, uno de los mejores, y segun algunos, el mejor historiador de Carlos V, sobre todo el mas copioso. Habiendo escrito á últimos del siglo XVI ó principio del siguiente, no podia menos de mostrarse contrario á las comunidades. Mas tal es la sencillez con que expone los hechos, la minuciosidad con que los refiere, y la copia de los documentos con que los acompaña, que satisfacen á todo lector imparcial, y le llevan mucho mas lejos de lo que el narrador acaso deseaba. La relacion que de estas guerras hace el padre Maldonado, autor contemporáneo, en nada altera lo que refiere el primer historiador.

radores por Toledo y otras partes. El reino estaba revuelto, en gran fermentacion; y en muchas partes hubo tumultos y desórdenes muy serios. A no haber sido tanta la impaciencia de Carlos de embarcarse, tal vez se hubiesen tranquilizado poco á poco los ánimos; mas su marcha precipitada los irritó de nuevo, inspirando aliento á los mas osados. El cardenal Adriano debia por otra parte de imponerles poquísimo respeto.

Toledo, que se reputaba por la primera ciudad del reino, que se hallaba mas agraviada en la persona de sus procuradores, fué la primera en declararse. Siguió Segovia, donde hubo tumultos serios y hasta muertes violentas de algunos que se suponian habian abusado y recibido favores del monarca. Se siguieron Valladolid, Burgos, Cuenca, Jaen, Badajoz, Ubeda, Baeza, Avila, Soria, Toro, Leon, Madrid, Murcia, Ciudad-Rodrigo, Sevilla y otras varias. Son famosas las cartas que con este motivo todas estas ciudades se escribieron. A esta circunstancia y á la de ser el movimiento enteramente popular, debe esta contienda el nombre de guerra de las Comunidades. Trató la corte, ó los que en nombre de Carlos gobernaban, de sujetar con armas estos alzamientos. Contra Segovia, donde tuvo un carácter tan sangriento y tan feroz, se enviaron tropas, que llegaron hasta las mismas puertas de la ciudad; y bloqueándola, la pusieron en muy grande apuro. Toledo que lo supo envió á su socorro dos mil hombres armados, con artillería, á las órdenes de Juan de Padilla, que se hizo tan célebre en la historia. Se puso en marcha este jefe, y fué objeto de grandes aclamaciones en todos los pueblos de su tránsito. El alcalde Ronquillo, hombre tambien muy conocido entre nosotros, que era el sitiador de Segovia en nombre de la autoridad real, levantó el cerco al aproximarse las tropas de Toledo.

Por otra parte, las tropas reales que se acercaron á Medina para recoger la artillería que en aquella plaza se encerraba, fueron rechazadas por los vecinos que se negaron á entregársela. A esto se siguió un sitio, de cuyas resultas fué la ciudad presa de las llamas.

Todo esto contribuyó á encender la de la insurreccion que cada dia tomaba mayor cuerpo. Era ya un alzamiento, una rebelion, una guerra civil en toda regla. Para dar mayor solemnidad al alzamiento y atender á sus comunes intereses, enviaron las ciudades sublevadas sus representantes á la ciudad de Avila, como pueblo mas central, para celebrar allí una especie de asamblea ó de congreso.

Con efecto, allí se reunieron, y sobre los santos Evangelios juraron servir al rey y á los intereses de la nacion, prometiéndose mutuamente auxilios, y no dejar las armas de la mano hasta ver satisfechos sus agravios. A su junta dieron el título de Santa.

¿Qué eran estos famosos comuneros? ¿Qué querian? ¿Bajo qué aspecto debe considerarse su alzamiento? ¿Aspiraban á sacudir el yugo de la autoridad real? No entraba esta idea en sus cabezas. ¿Trataban de establecer nuevas leyes? No lo dijeron ni entró este asunto en los capítulos de sus peticiones. Todas estas eran personales y de circunstancias. Que volviese pronto el rey: que no diese su confianza á privados extranjeros: que no les confiriese ningun cargo: que los alejase de su lado: que reformase el gasto de su casa y mesa: que celebrase Cortes: que respetase sus usos y privilegios. Tales eran los principales artículos de sus pretensiones, todas justas, todas populares, en que convienen sus mismos enemigos. Mas no eran bastantes elementos de lo que se llama una insurreccion en toda regla. Estaban las comunidades descontentas: no agitadas de espíritu de rebeldía. Era una llamarada de revolucion que daba muestra de apagarse pronto por falta de alimento. No presentaban por otra parte las ciudades sublevadas un cuerpo sólido y compacto. No hubo desde los principios un jefe reconocido en todas ellas como director de la empresa ni en lo militar ni en lo político. Las ciudades mismas no estaban muy de acuerdo. Muchos de los que se declararon al principio, abandonaron á los que habian tal vez inflamado con su ejemplo. Juan de Padilla, despues de haber hecho levantar el cerco de Segovia, pasó á Medina, cuyos vecinos le salieron á recibir con banderas de luto y todas las muestras de afliccion que sus desgracias pasadas hacian tan naturales en aquellas circunstancias.

Inmediatamente tomó el camino de Tordesillas, residencia de la reina doña Juana, madre del emperador, propietaria de las coronas de Aragon y de Castilla. Se hallaba esta princesa en el estado habitual de entendimiento que le valió el nombre de loca con que la designan las historias. No sabia lo que pasaba en España, ni la misma muerte de su padre, que llevaba de fecha cuatro años. Cuando le habló Padilla de estas noticias, dió grandes muestras de extrañeza y aun de pesadumbre. No fué difícil al capitan de Toledo consolarla y persuadirla á que depositase en él y en los suyos toda su confianza, y los considerase como deshacedores de los agravios



que á su nacion y á ella les hacian. Desde entonces obraron Juan de Padilla y los suyos en nombre de la reina, y para dar toda la fuerza posible á esta circunstancia trasladaron la junta á Tordesillas.

Fué un rasgo de habilidad en los comuneros el haberse apoderado de la reina doña Juana, que era la propietaria y cabeza de partido para los descontentos con el emperador, á quien no querian conceder el título de rey en vida de su madre.

Se instaló, pues, la junta en Tordesillas, y comenzó á obrar en nombre de la reina. El paso sucesivo parecia no reconocer con título de rey al hijo; y puesto que habian alzado la bandera de la insurreccion, seguir adelante con la empresa. Mas los comuneros, ó no tenian designios fijos, ó se detuvieron á mitad de la carrera. No fueron osados cuando la ocasion lo requeria, y se vieron víctimas ó de su moderacion, ó de su pusilanimidad, ó de su falta de prudencia; pues muchas veces la prudencia está en la audacia. Las mismas ciudades levantadas no tenian unos mismos designios: algunos de ellos estaban pesarosos de haberse adelantado tanto. Padilla mismo tenia muchos enemigos, y otra cosa no podia ser en aquellas confusiones y revueltas, donde todos querian levantar la voz, donde no habia verdaderamente un hombre grande que á todos impusiese.

Aconsejaba la prudencia á los comuneros enviar inmediatamente tropas á Valladolid, para apoderarse de la junta de regencia y tomar posesion de una villa que hacia un papel tan importante. Despues de haber enviado con esta comision á un fraile, que fué víctima de su atrevimiento, marchó Juan de Padilla á Valladolid con trescientas lanzas y ochocientos piqueros y escopeteros. Inmediatamente puso presos, y llevó consigo, á los del Consejo que no habian huido, volviéndose luego al punto á Tordesillas. Fué una falta en él no haber permanecido en Valladolid, para asegurarse de los ánimos de los habitantes, y sobre todo no haberse apoderado del cardenal Adriano, que aunque incapaz para el gobierno del reino, era un personaje de importancia.

Trató este prelado de marcharse de Valladolid, donde no se tenia por seguro; mas al salir de las puertas fué detenido por una inmensa muchedumbre, que no le permitió pasar mas adelante, obligándole á volver á su habitacion, aunque con todas las demostraciones de respeto debido á su persona. El cardenal, viéndose im-

posibilitado de salir en público, verificó su fuga de allí á pocos dias en secreto.

Se veia la junta de Tordesillas en grandes embarazos. Valladolid estaba dividida y muy remisa. Burgos, que habia expelido de sus muros al Condestable de Castilla, habia vuelto á entrar en la obediencia. En esta coyuntura envió comisionados al emperador con una carta en que manifestaba los agravios de la nacion, y presentaban sus capítulos como condiciones de su vuelta á la obediencia. Era un paso inútil que acaso no sirvió mas que de hacer ver al rey que tenian miedo.

Recibió muy mal Carlos á los embajadores. Ya habia tomado sus medidas para sujetar la insurreccion por la fuerza de las armas. Habia revestido al Consejo de Castilla de nuevos poderes para obrar con energía en estas circunstancias, y asociádole al cardenal, al condestable y al almirante de Castilla. Ya sabia que la nobleza y los grandes del reino no tomaban parte con los comuneros. En efecto, inmediatamente que se supo que el cardenal Adriano habia salido de Valladolid y retirádose á Medina de Rioseco, fueron á reunirse con él muchos caballeros y hombres de distincion con todas las fuerzas que pudieron.

Así estaban de un lado el rey y la nobleza, y del otro los representantes de las clases populares. ¿Cometieron una falta los grandes en unirse á la corona que la habia cercenado tantos privilegios, que habia tratado de disminuir, como disminuyó en efecto, su grande poderío? No es fácil decidirlo. Las comunidades habian manifestado demasiadas pretensiones para que la nobleza no temiese quizá mas de su victoria que de la del monarca. Por otra parte, hubo muchos nobles y ricos hombres del reino que se mantuvieron neutrales sin declararse por ningun partido.

La junta de Tordesillas escribió al rey de Portugal una especie de manifiesto de su conducta y ulteriores intenciones; otro paso tan inútil como el de la embajada á Carlos.

Lo mas importante para la junta era hacerse fuerte, y en esto se mostró activa. Decretó levas en todas las ciudades que reconocian su obediencia. Por todas partes hacian armas. De la tierra de Salamanca enviaron doscientas lanzas y seiscientos infantes.

La junta cometió entonces la falta de nombrar por general en jefe de sus armas á don Pedro Giron, que pertenecia á la grandeza, y que estaba despechado con el emperador por no haberse hecho

justicia á los derechos que alegaba sobre el ducado de Medina Sidonia. Se creyó que tal vez este resentimiento seria un estímulo para conducirse bien con las comunidades ; mas era fácil que se le ganase á un partido donde hallaba sus amigos , sus deudos, y sobre todo que la concesion de la gracia que pedia pusiese fin á sus resentimientos.

Ótro grande inconveniente de semejante nombramiento fué el grande enojo que por ello concibió Padilla, quien se retiró á Toledo de allí á pocos dias con su gente. Entró Giron de Tordesillas con ochenta lanzas, y comenzó á dar disposiciones para el definitivo arreglo del ejército. Una porcion de los jefes y capitanes de las tropas eran individuos de la misma junta. Allí se presentó por primera vez el famoso obispo de Zamora Acuña, que habia sublevado todo el pais en el sentido de las comunidades. Tambien se presentó Francisco Maldonado capitaneando cien infantes.

Fué reconocido el almirante de Castilla por general de las armas del emperador: en Medina de Rioseco se reunieron á su bandera los principales personajes de la nobleza española, que venian con la gente que cada uno pudo allegar para hacer este servicio.

Así la guerra iba á estallar, y las tropas de una y otra parte estaban próximas á entrar en el campo del combate.

La junta de Tordesillas tenia á la sazon reunido un número de fuerzas considerables, que inmediatamente salieron en busca de sus enemigos, dejando de guarnicion en Tordesillas cuatrocientos clérigos, que servian bajo la bandera del obispo de Zamora, animados todos del mismo espíritu que su prelado.

Parecia natural que el ejército de los comuneros avanzase con denuedo, y tratase de acabar en Medina de Rioseco con un ejército muy inferior, ó de adquirir la superioridad moral de la campaña, apoderándose á todo trance de este pueblo. Mas se contentaron con presentar una batalla, que sus enemigos no aceptaron. En Torre de Humos hicieron un alarde de sus fuerzas. Mandaba las gentes de armas, ó la caballería pesada de la vanguardia, don Pedro Laso de la Vega, uno de los caballeros de Toledo, y la infantería de la misma, los dos hermanos Francisco Pedro y Maldonado. Al frente del cuerpo del ejército se hallaba el generalísimo don Pedro Giron, y el obispo de Zamora.

Era interés de los caballeros que se hallaban en Medina de Rioseco, atenerse á la defensiva, mientras llegaba el conde de Haro,

hijo del Condestable, con refuerzos considerables; es decir, las tropas que acababan de batir á los franceses en Navarra. Le importaba mucho ganar tiempo, introducir la division en las filas de los comuneros, aprovechándose del poco acuerdo que reinaba entre ellos, haciendo tratos particulares con algunos, aunque no fuese mas que con la intencion de que los otros sospechasen. Debian, pues, por lo mismo estos últimos moverse, dar golpes atrevidos, comprometer mas y mas á los que estaban pronunciados, no darles tiempo de pensar y echar sus cuentas; legitimar, en fin, sus procederes con el favor de la fortuna; mas acreditaron que no tenian este tino, ó manifestaron que carecian de resolucion, única cosa que podia salvarlos. Se contentaron con retar á sus contrarios, con presentarles batallas que no aceptaron como mas prudentes. Crecia poco á poco el ejército real; tampoco se descuidaban los comuneros de llamar gente á sus banderas; mas estaba abierto su campo á todo género de seducciones. Diferentes emisarios, unos con buenas, otros con malas ideas, venian á proponer convenios, lamentándose de las calamidades que iban á llover sobre España con aquel azote de la guerra. Es preciso considerar en estos casos lo que puede el nombre de la autoridad legítima, que está en el hábito de ser objeto de obediencia y de respeto; y lo que arredra á un hombre que no sea de fuerte corazon, la idea de hallarse con esta autoridad en rebeldía. Cuanto mas tiempo se pasaba en retos infructuosos, cuanto mas duraba la inaccion, mas terreno perdia la causa de las comunidades.

Por último, se separaron estas de los muros de Medina de Rioseco, retirándose á Villalpando, sin que pueda señalarse el motivo de este movimiento, como no fuese la mala disposicion de los ánimos de los caudillos.

Se aprovecharon inmediatamente los caballeros de esta falta, cayendo inopinadamente sobre Tordesillas. Se defendió valerosamente la guarnicion, compuesta como hemos dicho de cuatrocientos clérigos. Mas de doscientos cincuenta hombres por parte de los caballeros, quedaron muertos al mismo pié de sus murallas. Tuvo por fin el conde de Haro que recurrir al expediente de batirlas con artillería; y de este modo pudieron apoderarse de la plaza, que entraron á saco, no sin grande mortandad por ambas partes.

Los caballeros se hicieron así dueños de la persona de la reina doña Juana, pérdida muy grande para las comunidades, que ar-

gnia tanta imprudencia y falta de tino de su ejército, y que se atribuyó naturalmente á traicion por parte de sus jefes.

Quedó don Pedro Giron completamente desconceptuado entre los suyos, y objeto de una grande suspicacia. El obispo Acuña trató por otra parte de sincerarse con los de su parcialidad, alegando ignorancia absoluta del movimiento de los caballeros.

Don Pedro Giron y el obispo se acercaron y entraron en Valladolid, que fué desde entonces el asiento de las juntas de los comuneros.

Juan de Padilla que, como hemos dicho, se habia retirado á Toledo, cuando fué revestido don Pedro Giron del mando del ejército, volvió á Valladolid, capitaneando de dos á tres mil hombres, que fueron un recurso muy precioso para su partido, donde era muy bienquista su persona.

Don Pedro Giron dejó desde entonces de ser jefe del ejército, y se retiró á sus posesiones, aguardando coyuntura de sacar partido de sus circunstancias. Quedó de este modo el ejército sin cabeza, y era preciso nombrar una. Se inclinaba Padilla por don Pedro Laso de la Vega, sea con buena intencion, sea con objeto de ser desaprobado, y de que la eleccion cayese sobre el mismo. De todos modos la eleccion de don Pedro Laso causó mucho descontento, y hasta tumulto, que no pudo sosegar el mismo Padilla cuando quiso arengar á la muchedumbre. Todos los gritos, todas las aclamaciones, fueron para que Padilla se revistiese de las funciones de general en jefe. Y á pesar de la oposicion franca ó simulada de este, quedó, en fin, nombrado capitan de las armas de las comunidades de Castilla.

Permanecia el ejército real en Tordesillas, y extendia su dominacion hasta Simancas. La guerra se redujo desde entonces á escaramuzas y correrías de una y otra parte. Hizo algunas hácia Simancas el nuevo general; tomó á Cigales y Ampudia, habiéndose posesionado del castillo. Los caballeros allí encerrados, pidieron treguas por diez dias; mas no quiso concedérselas Padilla.

Acudian varias tropas á Valladolid que enviaban las comunidades. Tampoco dejaba de reforzarse el ejército de sus adversarios. Permanecia mientras el campo abierto á las intrigas. Era la política de los caudillos del ejército real enviar emisarios á los principales de los comuneros para sondar sus intenciones, y en caso de ganarlos, dar lugar á la reflexion, y hacer que decayese su ardimiento.

El don Pedro Laso de la Vega, de quien hemos hablado, llegó hasta entrar en ajustes con los caballeros. Los emisarios de una y otra parte eran frailes por lo regular; y lo mismo se vió en todo el curso de la guerra. No hay duda de que algunos de estos obraban con el único deseo de atajar aquel azote, que iba produciendo tantos males: mas es un hecho que con esta inaccion y semejantes pasos, se iba quebrantando el ánimo en el ejército de los comuneros.

Se aumentaban las quejas y desconfianzas mutuas que sus jefes se inspiraban. Crecian los apuros de dinero. Era el clamor general, que de un modo ó de otro se acabase pronto con la guerra, y la junta de los comuneros exigia por su parte que se viniese pronto á una batalla decisiva.

Salió Juan de Padilla de Valladolid con siete mil infantes y quinientas lanzas, y cayó sobre el pueblo de Torrelobaton, de cuyo arrabal se hizo dueño, pasando despues á expugnar la fortaleza. Era un punto de importancia, y las tropas que se hallaban en Tordesillas, se pusieron en movimiento para levantar el sitio. Mas despues de medio camino se volvieron. Y fué tanto mas reparable esta falta, cuanto Padilla, viéndose incapaz de tomar el pueblo con las solas tropas que habia sacado de Valladolid, envió por refuerzo para conseguirlo. Así vino al logro de su empresa, sin ser molestado por sus enemigos.

La toma de Torrelobaton dió importancia moral al ejército de las comunidades. Era de su interés el que Padilla saliese inmediatamente para hacer otras conquistas, y extender así poco á poco su causa que contaba ya con pocos partidarios. Mas sea que Padilla se dejase llevar del aura popular, sea que obstáculos verdaderos le impidiesen ponerse en movimiento, cometió la falta de permanecer inactivo en Torrelobaton, cuyas murallas trató de reparar como si hubiese de ser aquel pueblo el punto de su residencia.

En faltas semejantes incurrieron muy frecuentemente las comunidades de Castilla. Se puede decir en general, que se mostraron poco activos, poco audaces, poco previsores. Sin duda ignoraban que es la perdicion de todas las insurrecciones de esta clase no imponer al enemigo con rasgos de osadía, dar con la inaccion tiempo para que se enfrien los ánimos, para que cada uno haga sus cálculos consigo mismo, para que obre el espíritu de seduccion manejada por emisarios hábiles que hablan en nombre de la humanidad, y prometen

perdon, cuando su fin no es otro que sembrar la desconfianza y la discordia.

Los caballeros por su parte, aunque adolecian de la misma poca actividad, tuvieron sin embargo la bastante para aprovecharse de las faltas de Padilla. Cuando le vieron á este tanto tiempo encerrado en Torrelobaton, salieron de Tordesillas con objeto de presentarle una batalla. Dejaron para esto en dicha villa á la reina y al cardenal, encargados á la custodia del marqués de Denia, y enviaron al mismo tiempo el conde de Oñate á Simancas con bastante fuerza, para impedir que Valladolid enviase socorros á las tropas de las comunidades. El 21 de abril de 1521, salió de Tordesillas el conde de Haro, general de las tropas reales, en busca de Padilla. A medio camino hizo alarde de su gente, que se componia de seis mil infantes, dos mil cuatrocientos caballos, entre los que se contaban mil quinientos hombres de armas.

Viendo el de Haro que Padilla no salia, trató de acercarse á Torrelobaton, con objeto de cercarla. Mas Padilla que no se sentia bastante fuerte para salir en busca del enemigo, no quiso aguardarle dentro de sus muros.

Trató entonces de reparar la imprudencia que habia cometido; pero era demasiado tarde. Aunque en fuerza numérica era superior á sus contrarios, no podia considerarse como igual, tratándose de la calidad de tropas. No le quedaban mas recursos que marchar en retirada, saliendo de Torrelobaton antes de amanecer del 23, tomando la direccion de Toro, donde pensaba reunirse con los refuerzos que le enviaban de Zamora, de Leon y Salamanca.

Emprendió la columna su marcha con buen órden. Iba adelante la artillería: seguia la infantería formada en dos escuadrones (1). Cubria la retirada la caballería, á las órdenes inmediatas de Juan de Padilla, que se condujo en aquella jornada como buen capitan y buen soldado. Mas por mucha que hubiese sido la anticipacion con que emprendieron la marcha, no pudieron impedir que fuese sentida por los enemigos, que se hallaban á las inmediaciones.

Fué atacada la columna de Juan de Padilla á las inmediaciones de Villalar por la retaguardia y por los flancos á las cuatro horas de haberse puesto en marcha. Aun dudaban los enemigos si acometerian, pareciéndoles bastante ventaja haber obligado á los co-

(1) Era entonces la voz propia, como haremos ver mas adelante.

muneros á emprender la retirada; mas prevaleció el consejo de otros menos circunspectos que conocieron todas las ventajas de una retirada repentina.

No podian en efecto las circunstancias ser mas felices para las tropas reales. Las de Padilla eran bisoñas, y en caballería inferiores á sus adversarios. Al verse acometidas por la de estos, se desordenaron. Estaba el terreno fangoso por la lluvia que habia caido el dia antes, y seguia cayendo todavía. Los soldados de á pié apenas podian moverse con el lodo hasta las rodillas. La artillería no pudo jugar por esta misma causa, mientras la de los enemigos, hábilmente colocada, hizo destrozos en las filas de los comuneros. Se concibe bien con qué facilidad debieron de desordenarse aquellas tropas bisoñas mal mandadas, aterradas con lo crítico de la situacion, y que se veian acuchilladas por todas partes. Fué la derrota completa y decisiva. Quedó destruido el ejército de los comuneros en Villalar, á pesar de los esfuerzos que hicieron los capitanes y los principales caballeros para restablecer el órden y dar ejemplo de valor á las tropas desmayadas.

En cuanto á Padilla, despues de haberse conducido como capitan y como soldado, arengando á los suyos para que muriesen al menos como valientes, viendo perdida la batalla, y las cosas sin remedio, se metió con cinco ó seis escuderos por los escuadrones enemigos; y habiendo sido conocido por lo apuesto de su persona y rico de sus armas, fué acometido, hecho prisionero y desarmado. Igual suerte tuvieron entre otros Juan Bravo y los hermanos Pedro y Francisco Maldonado.

Los prisioneros fueron conducidos al pueblo de Villalba, que se hallaba inmediato; mas hubo órden de enviarlos inmediatamente á Villalar, donde reconocidas sus personas, y sin formarles causa, se los condenó á morir como traidores.

Los tres castellanos, pues Pedro Maldonado no fué incluso en la sentencia, dieron muestras de valor y de entereza en aquellas circunstancias. Como hombres resignados á su dura situacion, se prepararon á la muerte, y con la misma serenidad y constancia marcharon al suplicio. Como iba delante de ellos el pregonero anunciando en alta voz que morian por traidores, «Mientes» dijo Juan Bravo: «por traidores no: mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino.» Entonces Padilla volviéndose á él le dijo con tono grave: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballero; hoy de morir como cristiano.»

Fueron inmediatamente degollados los tres jefes en la plaza pública. Sus nombres han pasado á la posteridad, y vivirán tanto como los anales de España y aun los de Europa, pues son históricos y de todo el mundo conocidos. El de Padilla se presenta sobre todo rodeado de aquel esplendor que da la fama al hombre valiente y desgraciado que perece en obsequio de la buena causa. Sus mismos enemigos le describen como hombre de prendas distinguidas, como un soldado leal y valeroso, como un buen caballero digno de este nombre en los tiempos que el nombre de caballero tenia un gran significado. La carta que escribió á su mujer pocos momentos antes de espirar es uno de los curiosos documentos de la historia, el mayor que nos pudo quedar de la lealtad, valor y fortaleza de alma de Padilla.

A los expuestos se reducen los hechos principales de la famosa guerra de las comunidades de Castilla. Ellos solos bastan para explicar su índole, sus motivos, de qué parte estaba la razon, y qué es lo que unos y otros iban á perder ó ganar en su definitivo desenlace. Los historiadores de aquel tiempo no fueron favorables ni podian serlo á la causa de los comuneros; mas muchas veces pueden mas los mismos hechos que las ideas y opiniones del que los refiere. Es imposible leer al que hemos ya citado, sin formarlas muy diversas de las suyas propias ó que como tales presentaba.

Al mismo tiempo que las turbulencias de Castilla, otras del mismo género, aunque acompañadas de mas desórdenes, estallaban en el reino. El nombre de germanías ó hermandades con que se designaban los promotores de los alzamientos, corresponde bastante bien al de las comunidades de Castilla. Los movimientos de Valencia no alcanzaron la celebridad de los primeros, ni la fama trasmitió con tanto aplauso los nombres de sus jefes. De todos modos quedaron sofocados aquellos alzamientos por los mismos medios; y como el vencimiento es en tales casos sinónimo de la rebeldía, con este nombre fueron distinguidos por los vencedores. La autoridad real adquirió sin duda nuevos apoyos, mas no quedó por esto todavía del todo sofocado el espíritu de independencia en el seno de las Cortes, como se verá mas adelante.

Ya hemos visto que las turbulencias de Castilla tuvieron lugar durante la ausencia del emperador en Alemania, y que allí llegaron con cartas emisarios de las comunidades. Se puede suponer el desabrimiento con que serian recibidos, sobre todo no ignorando Car-

LOS COMUNEROS PADILLA, BRAVO Y MALDONADO, EN EL PATÍBULO

los el estado en que se hallaban los negocios. Un príncipe jóven educado en las máximas del absolutismo real, ya predominantes en su tiempo, rodeado del fausto y la grandeza inherente á la dignidad del primer personaje de la Europa, vió sin duda con secreta indignacion la audacia de unos plebeyos que así le arrostraban y dictaban leyes. Circunspecto sin embargo, y con mas conocimiento de los hombres y las cosas, que podian esperarse de sus verdes años, disimuló cuanto pudo, incierto como se hallaba todavía de la solucion del problema encomendado al fallo de las armas. Sin embargo, cuando supo que la fortuna se habia decidido á su favor, no se mostró resentido, ni jactancioso, ni arrogante. Usó de su fortuna con moderacion: llevó su indulgencia mas allá de lo que todos esperaban: fué muy parco en los castigos, y se mostró con muchos hasta generoso. Sin duda respetó en esto la opinion pública que no podia menos de simpatizar con la causa de las comunidades. Satisfecho Carlos de haber humillado el orgullo de las clases populares, parece que se empeñaba él mismo en condenar al olvido un acontecimiento que empañaba en cierto modo el brillo de una autoridad de que se mostraba tan celoso.

Tomaremos el hilo interrumpido de los procedimientos de las Cortes durante su reinado.

En 1522 se volvieron á reunir en Palencia, y decretaron un servicio de cuatrocientos mil ducados para los gastos de la guerra. Se decretó tambien que á excepcion de los siervos, todos pudiesen traer espadas. Se prohibió en ellas el uso de las máscaras.

En 1527 se volvieron á reunir en Valladolid por clases, brazos ó estamentos de prelados, caballeros y procuradores. Hubo en ellas disputas sobre los asientos. Se trató de un servicio extraordinario para las necesidades de la guerra. Dijeron los caballeros que no darian para ella, si el emperador no salia á campaña, y en este caso no pagarian nada por via de tributo. Dijeron los eclesiásticos que le servirian, mas no por imposicion ni por servicio decretado en Cortes. Los procuradores hicieron ver que estaban los pueblos muy cargados. No se manifestó, sin embargo, resentido el emperador de semejante negativa.

Las principales disposiciones de las Cortes siguientes reunidas en Madrid en 1534, fueron de que no se usasen mulas de silla, y que los caballeros fuesen todos á caballo.

Las Cortes siguientes reunidas en Toledo en 1538, fueron muy

notables por los grandes debates y espíritu de independencia desplegado en ellas. Se trataba de un servicio muy considerable, necesario con los apuros en que se hallaba el emperador para atender á los gastos de la guerra.

Se reunieron en una sala muchos señores y caballeros, presididos por el Condestable de Castilla. En otra se hallaban los eclesiásticos presididos por el arzobispo de Toledo. En otra se reunieron los procuradores.

Acudieron y se presentaron en estas Cortes algunos personajes extranjeros; el cardenal Farnesio, legado *à latere*, Federico conde palatino del Rhin, el elector duque de Baviera, con su esposa, sobrina del emperador, y otros.

Hizo en estas Cortes el emperador una manifestacion de sus necesidades entrando en pormenores de las causas. Alegó sus guerras emprendidas por bien de la religion y defensa de estos reinos. Concluyó suplicando á las Cortes que proveyesen el remedio, dándole recursos para ello, pagando las deudas grandes que sobre la corona gravitaban.

Uno de los medios que proponia el Emperador era el de la *Sisa* que era una especie de contribucion indirecta apoyada en una disminucion en el peso ó medida pagándose el género como si no existiese tal rebaja.

Los del estado eclesiástico respondieron que por su parte estaban prontos á cuanto pudiesen en alivio del emperador, mas que no pudiendo hacer desembolsos sin permiso de Su Santidad, tratase aquel de negociarlo.

Por los caballeros, respondió el Condestable, que estaban prontos á socorrer al emperador en todas sus necesidades; que si no bastaban los socorros ordinarios, dispusiesen los procuradores que disminuyesen de los censos ó réditos, conocidos con el nombre de juros, lo que fuese necesario para sacar á la corona de su ahogo, haciéndose con preferencia dicha rebaja en lo que se hubiese vendido á menos precio, suplicando él mismo nada se vendiese ni enajenase de las coronas de Castilla. Al mismo tiempo pidieron á S. M. hiciese que los procuradores conferenciasen con ellos las veces que fuese necesario. Y que en cuanto á la sisa, que era lo que pedia el emperador, no podia otorgarla, como un gravámen que dejaba la puerta abierta á tanto abuso, y hasta escándalo en perjuicio de los pueblos.

El emperador respondió, que la sisa era el recurso que se presentaba mas fácil y mucho mas á mano; y que en cuanto á la reunion de los procuradores, no le parecia necesaria.

No estaban acordes los ánimos del emperador y el brazo de los caballeros. El único recurso que queria el primero repugnaba á los segundos. Nombraron estos una comision de doce que los representase á todos, y volvieron á insistir en que se les reuniesen los procuradores; mas el emperador volvió á negarlo.

Por su parte propuso este al brazo popular que sostuviesen el estado y buena conservacion de sus reinos, y que para esto contribuiria S. M. con el servicio ordinario de ayuda: que seria de cargo de ellos sostener las galeras de España, y las de Andrés Doria, y la casa de S. M., consejos, chancillerías, guardias, fronteras y lugares de Africa; mientras S. M. con sus rentas ordinarias de Castilla, y lo que viniese de las islas é Indias, se desempeñaria de los grandes intereses que pagaba.

Mientras tanto temporizaban los grandes por no conceder la sisa, en que Carlos formaba tanto empeño. Obstinado en sostener que era el mejor medio y mas fácil de todos recursos, mandó, con objeto de evitar confabulaciones, que cada uno emitiese en público su voto.

Con este motivo pronunció el Condestable un discurso en la junta, condenando la sisa, no solo por gravosa, sino porque recayendo sobre todos, haria pecheros á los hijos-dalgo que no debian pagar contribuciones, y sí ayudar al emperador en sus guerras, con sus haciendas, sus personas y sus vidas. Que él cien veces negaria la sisa si fuese necesario. Que era mucho mejor que el emperador reformase gastos y se buscasen otros medios. Habló el Condestable con dignidad y energía; mas con mucha moderacion y compostura.

El resultado de esta conferencia, fué que los grandes firmaron una cédula negando la sisa; y al mismo tiempo enviaron al emperador un escrito suplicándole se dejase de guerras, residiese en España y reformase los gastos en su casa. Estaba este papel redactado con moderacion y dignidad, y de letra del conde de Ureña don Juan Tellez Giron, notario mayor de Castilla.

Lo llevaron á palacio tres grandes con el Condestable á la cabeza. Recibió el emperador el escrito y los despidió sin dar respuesta. Poco rato despues se presentó en la junta el cardenal arzobispo de Toledo, y dijo en nombre del emperador, que habia

visto lo que los tres señores le dijeron, y que traia la respuesta por escrito. Estaba esta concebida en muy pocas palabras y tono seco, diciéndoles que tratasen de la sisa, y pronto.

Sucedió todo esto á últimos de 1538. El año se concluyó sin que terminase este asunto tan desagradable, en que por una y otra parte se iban agriando los ánimos sobremanera. A principios de 1539 nombraron los grandes otros diez de su seno para entender en el negocio. Pidieron otra vez que se les reuniesen los procuradores, y otra vez lo negó Carlos. Le volvieron á suplicar que hiciese las paces y no saliese de España. Respondió el emperador que pedia ayuda y no consejos.

Los grandes insistieron en su negativa de la sisa. El emperador los despidió al fin, viendo que ningun partido podia sacar de ellos.

Quedó Carlos muy mortificado y despechado con estas ocurrencias. Hubo muy serias contestaciones con algunos grandes. Autores contemporáneos aseguran que amenazó de echar por un balcon al Condestable, y que este respondió con sangre fria: «Señor, soy chico, pero peso mucho.»

El resultado de estas Cortes tan aparatosas fué que solo las ciudades se prestaron con algun servicio.

Se ve por estas Cortes últimas que el emperador convocó en España, que habia bastante libertad y espíritu de independencia cuando se trataba de pedir dinero; y que aunque los españoles se asociaban á las glorias de su emperador, se resentian de los gastos que les acarreaba su grandeza.

Las rentas de la corona en tiempo de este monarca no eran pingües, á lo menos no cubrian sus necesidades. Costaba la guerra mucho á los reyes de aquella época, y el sistema tributario no podia estar todavía en consonancia con el de mantener tantas fuerzas permanentes. Los antiguos reyes de Castilla tenian este embarazo menos, pues las tropas que entraban en campaña eran los contingentes con que los grandes señores y feudatarios contribuian, como condicion del feudo. Así las guerras costaban mucho á la corona. Con las propiedades de esta que se consideraban como patrimonio suyo; con impuestos locales como pago y retribucion de los privilegios que á los pueblos concedian; con los derechos de portazgo, barcaje y pontazgo como indemnizacion de lo que costaba la proteccion de los caminos; con los impuestos por cabeza sobre los judíos y moros que permanecian en el pais que se

iba conquistando: con otras contribuciones igualmente directas que se pagaban por cada vecino, bajo el título de moneda forera, martiniega, y martazga, yantar del rey, chapin de la reina, etc.; con las multas y penas pecuniarias que por ciertos crímenes y en su expiacion se recogian; con otras contribuciones de un órden igualmente precario, vivian y sostenian su casa y corte aquellos príncipes. Poco á poco fueron viniendo los diezmos, contribucion ordinaria de los moros, que pasó con la dominacion de sus pueblos á los príncipes cristianos; la contribucion de la cruzada para hacer la guerra á los infieles; las tercias reales, ó sea el tercio del diezmo eclesiástico; la renta de las aduanas, la famosa alcabala cuyo nombre indica bien su orígen árabe, contribucion directa sobre todo lo que pasaba de una mano á otra por via de venta, y que al principio ascendia á nada menos que la décima parte de su importe; por fin el monopolio de todas las salinas del reino á favor de la corona; el almojarifazgo, décima parte de las mercancías que entraban en España procedentes de paises extranjeros, que se extendió despues á Indias; pagándose un vigésimo de lo que se embarcaba en los puertos de Andalucía, y otro de lo que desembarcaba en América; el tributo de puertos secos, por el que se pagaba la décima parte de las mercancías que de Navarra, Aragon y Valencia salian para el interior de España, y viceversa; el tributo de lana, por el que se pagaban dos ducados por la salida del reino de cada saca (diez arrobas), si era propiedad de español, y cuatro si de extranjero; el señoreazgo de moneda, por el que de cada marco de plata, valor de seis ducados, se daba al rey un real; el ejercicio, ó sea la contribucion anual que pagaban las provincias de España por los esclavos y galeras; el impuesto sobre las barajas que venian del extranjero, exigiéndose medio real por cada una; el de los paños florentinos, cuya introduccion en España era de seis ducados; la contribucion de millones, por la que todos los años pagaban los pueblos de España dos millones de ducados; la de la Almadraba, sobre la pesca de atun; el subsidio eclesiástico; el producto de las minas de Almaden, Guadalcanal y Sierra Morena.

Sobre todas estas rentas gravitaba el pago de los réditos ó intereses por la deuda del Estado, llamados *juros*, porque como propiedad reconocida y jurada, se trasmitia por via hereditaria ó de otro modo. Estos pagos eran muy crecidos, en atencion á lo que valia entonces el dinero, y la frecuencia con que la corona se ha-

llaba precisada á contraer empréstitos. Así se ve que en las Cortes de 1538 se propuso como un arbitrio, el que se disminuyesen estos pagos ó réditos, en atencion á lo baratos que se habian vendido.

Las rentas de la corona se administraban por arrendadores, que pagaban por ellas una suma fija, entendiéndose ellos mismos con los contribuyentes. Abria este sistema la puerta á mil injusticias, arbitrariedades precedidas de desigualdades de reparto, y al método vejatorio y opresivo con que los impuestos se levantaban y exigian. Tampoco era muy beneficioso á la corona, pues muchas veces no la pagaban los arrendadores, alegando que no eran ellos pagados por los pueblos. Fué, pues, bajo este doble aspecto objeto de clamores, pidiendo los pueblos que se cambiase por el de encabezamiento, comprometiéndose á pagar sin coacciones ni violencias. Así lo hemos visto propuesto en 1511 en las Cortes de Burgos, pidiendo el encabezamiento los procuradores hasta que se pudiese poner puja; prueba de que las licitaciones no se hacian á pública subasta.

Para cubrirse el déficit que estas rentas y contribuciones dejaban, sobre todo en lances extraordinarios, era preciso que las Cortes decretasen lo que se llamaba el servicio, que era mas ó menos extraordinario, mas ó menos cuantioso, pagadero á mayor ó menor plazo. Hé aquí lo que daba á las Cortes tanta importancia en la balanza del Estado; lo que las puso en ocasiones de muy mal humor durante la época de Carlos V; lo que las hacia alzar tantos gritos sobre sus guerras continuas; lo que en último análisis produjo el alzamiento de las comunidades de Castilla. El emperador pedia mucho, y ellas no estaban siempre de humor de ser condescendientes. El arbitrio de la sisa propuesto por la corona en las de 1538, fué, como hemos visto, rechazado, y con mas viveza, por parte de los caballeros, que de los procuradores. Esta contribucion indirecta, que tenia por base una disminucion en el peso ó medida, pagando el género, como si no existiese tal rebaja, se presentaba como un campo abierto á los mayores desórdenes y estafas. Así fué absolutamente negado, y Carlos V tuvo que pasar por ello, viéndose en precision de apelar este emperador á varios arbitrios, en atencion á lo mal que sus rentas cubrian sus necesidades. En 1529 obtuvo bula del papa Clemente VII, para desmembrar de los bienes pertenecientes á las órdenes militares, iglesias y monacales, los

suficientes para formar una renta de cuarenta mil ducados anuales. En 1528 se extendió la misma concesion á los patronatos de legos y primiciales que se hallaban mezclados con las encomiendas, obligándose el rey á indemnizar las órdenes militares con alcabalas y propiedades en el reino de Granada.

En 1546 obtuvo una bula de Paulo III para desmembrar de las iglesias y monasterios, pueblos, castillos y jurisdicciones, mediante su ulterior reintegro, lo necesario para una renta anual de quinientos mil ducados. Se trataba entonces de la guerra que hemos mencionado contra los príncipes luteranos del imperio, y para cuyo fomento se comprometió el papa á mantener seis meses doce mil infantes y quinientos caballos. Además otorgó al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas durante un año, y le dió facultad para enajenar fincas de iglesias y monasterios. Mas fué tal la oposicion de las corporaciones eclesiásticas á esta medida del emperador, que alarmaron su conciencia y le hicieron desistir de este designio.

En el reinado de Felipe II hablaremos de un negocio de esta clase mucho mas ruidoso y complicado en que entendió este príncipe (1553), hallándose entonces de regente del reino con plenos poderes de su padre.

Las Cortes otorgaron á este monarca por via de servicio extraordinario:

En 1517 ciento cincuenta millones de reales cobrados en tres años.

En 1520 trescientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1523 cuatrocientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1525 concedieron para gastos de la boda cuatrocientos mil ducados.

Con el mismo objeto ofrecieron los abades monacales la plata de sus iglesias.

Los comendadores de las órdenes militares cedieron la quinta parte de sus rentas.

En 1527 le dieron los abades de San Benito doce mil doblones.

Además de todos estos arbitrios se suspendieron los acostamientos, ó sea pensiones dadas sobre rentas; se reintegraron muchas alcabalas que estaban enajenadas de la corona; se vendieron nuevos juros sobre rentas, se vendieron asimismo bienes y jurisdicciones de monasterios; se desmembraron cuatrocientos mil ducados de renta de los bienes de las órdenes militares; y quinientos mil ducados de oro, de los monasterios monacales.

A todos estos recursos hay que añadir lo que este emperador recibió de América, que aunque no ascendió á muy crecidas cantidades por lo poco regularizado de las rentas é impuestos de aquellas posesiones, siempre serian muy considerables. Los historiadores no andan bien explícitos sobre su importe, ni están de acuerdo, ó por mejor decir, apenas mencionan el total á que ascendieron sus rentas en España. No hay que perder de vista que á los gastos del emperador acudian tambien Nápoles, Sicilia, el estado de Milan, sobre todo los de Flandes, tierra rica, industriosa, comerciante, de grandísimos recursos. Sin embargo, el emperador Carlos V rara vez salió de ahogos, y murió con deudas.

En el reinado de su hijo entraremos en pormenores mas extensos sobre las rentas del Estado, cuyo importe se fué aumentando poco á poco, con lo cual, y el mejor arreglo en su administracion, la corona se fué emancipando poco á poco de las Cortes. Humillada, pues, la aristocracia, reducida á casi nada la importancia de los procuradores de los pueblos, con tropas permanentes, con rentas fijas y cuantiosas que eran dueños de aumentar por medio de decretos ó pragmáticas meramente administrativas, los reyes de España se hicieron absolutos de hecho.

El rey de Francia era mas despótico en su pais, y disponia con mas desembarazo de los recursos del Estado. Las asambleas, llamadas allí estados generales, se convocaban muy rara vez, y solo en circunstancias muy extraordinarias. Con unos estados mucho menos considerables, pudieron Francisco I y Enrique II hombrear á la par con Carlos V. El primero puso en su última guerra contra el emperador cinco ejércitos en campaña al mismo tiempo (1). Y como esta fuerza al mismo tiempo que instrumento de ambicion de los príncipes en sus contiendas fuera, lo eran á la vez del poder absoluto que ejercian dentro, pasaremos á dar alguna idea de los establecimientos militares en aquella época.

(1) De los parlamentos de Inglaterra y Escocia, que tanta influencia tenian en los subsidios de la corona, hablaremos á su debido tiempo; lo mismo que de los Paises-Bajos, donde la autoridad del príncipe, sobre todo en este ramo, se hallaba bastante coartada.

CAPITULO VI.

Fuerzas militares en tiempo de Carlos V.—Organizacion.—Armas.—Equipo.—Táctica.—Artillería y fortificaciones.—Sitio de Rodas.

Hemos hablado al principio de esta obra del celo con que la mayor parte de los reyes de la Europa se aplicaron á fines del siglo XVI al establecimiento y organizacion de una fuerza armada permanente. Prescindiendo de toda consideracion política, abrió esta importante innovacion una nueva época para el arte de la guerra. Lo que nos dicen de él los historiadores de la Edad media, es muy oscuro, tratándose de la parte material, tan diferente de la que vemos en el dia. Variaron, en efecto, el modo de alistarse los ejércitos, la organizacion de sus diversos cuerpos, las armas del combate, lo que se llama táctica en los diversos movimientos, maniobras y demás operaciones de la guerra. Varió todo, y nosotros no podremos familiarizarnos, con lo que sobre este particular estaba vigente en aquel tiempo, no explicándolo bien los historiadores coetáneos, ó escritores dedicados exclusivamente á la parte técnica del arte. Por otra parte, extraños la mayor parte de estos á la profesion militar, no pensaron que serian sus escritos objeto de muchas investigaciones infructuosas. Cuanto se sabe en esta parte, es solo por conjeturas, por inducciones, por monumentos materiales que nos han quedado, por el conocimiento que tenemos del estado social de aquella época; por reglamentos, leyes, cartas, llamamientos á la guerra, por la relacion de algunas expediciones militares. Sa-

bemos, pues, que cuando convocaba el rey á sus grandes feudatarios, se presentaban estos con sus vasallos en mayor ó menor número, segun sus posibles ó condiciones del feudo; y que con estos contingentes, ó sea tributo de hombres, se formaban entonces los ejércitos, que no estaban sobre las armas sino por el tiempo de la guerra. Sabemos cómo eran las armas ofensivas y defensivas que usaban, pues casi existen en el dia; el poco aprecio que entonces se hacia de la infantería, y el estado de rudeza en que se hallaba. Nadie ignora que el nervio de la guerra era la caballería, y que por el número de lanzas se comenzaba á calcular la fuerza de un ejército. La importancia que se daba á la caballería, se deja ver bien por la institucion de la órden ó asociacion, con este nombre conocida, por las pruebas por que tenia que pasar un hombre para ser armado *caballero*, y por las solemnes ceremonias con que iba este acto acompañado. El brillo, la grandeza de esta institucion, es para nosotros los españoles de una evidencia positiva y práctica, por ir todavía la voz de *caballero* entre nosotros, enlazada con la idea de buena educacion, de honradez y nobleza en las acciones. Hé aquí lo que se sabe de positivo; lo demás es asunto de mucha controversia. Hasta las opiniones varian sobre la introduccion en el arte de la guerra de un agente nuevo y poderoso, á saber, el de la pólvora; sobre el modo de usarla, sobre la introduccion de la artillería, es decir, de las bocas de fuego; pues la voz *artillería* tenia entonces un significado mucho mas extenso. Todos estos puntos históricos han dado lugar á mil sistemas diferentes, y el número de críticos ó comentadores ha sido mayor que el de los autores comentados.

Abrió, pues, la introduccion de las fuerzas armadas permanentes, una nueva época en la historia del arte de la guerra, no solo por la consistencia, la regularidad que se dió á estos establecimientos, sino porque participó el arte de las ventajas de una época de luces. El mismo gusto, la misma aplicacion, contraidos á los demás ramos del saber, se dedicaron á la ciencia de la guerra. Hubo escritores militares, como teólogos y jurisconsultos, y si sobre algunos puntos nos dejaron en la oscuridad, pues escribian para sus contemporáneos, nos ofrecen siempre mayor grado de instruccion que sus predecesores.

La guerra comenzó á ser una profesion, ejercida bajo los auspicios de los que alistaban y pagaban los ejércitos. Aquellas bandas

de condottieri, que en los siglos XIV y XV vagaban de una parte á otra con sus tropas para venderlas á quien mas pagaba, adquirieron mayor regularidad, hicieron un servicio mas estable y permanente. La guerra llegó á ser una industria casi general, y los ejércitos se hicieron poco á poco mercenarios. Aquella órden de caballería, que hizo un papel tan distinguido en la Edad media, fué desapareciendo poco á poco. Las ceremonias de ser armado caballero, fueron ya muy raras, y las mas veces, meras fiestas de aparato. Ya se presentaban los jinetes vestidos de todas armas sin este requisito. Se hicieron los hombres mas positivos, mas calculadores, y el espíritu de investigacion penetró en todas las clases del Estado.

Para comenzar por España, desde la última mitad del siglo XV se hicieron los primeros ensayos de la fuerza permanente. Se puede asignar este principio á la creacion de las famosas hermandades formadas en 1464 por los pueblos de Avila, Arévalo, Segovia y Talavera, para repeler las continuas correrías y violencias que en los caminos eran tan frecuentes. Aprobadas por Enrique IV fueron regularizadas en 1476 por los Reyes católicos, extendidas á varios pueblos de Castilla, pasando á Toledo, y en seguida á Andalucía. Por cada cien vecinos se echó una contribucion de diez y ocho mil maravedises, para mantener un hombre de á caballo. Hé aquí el primer orígen de las hermandades.

Fueron estos soldados divididos en compañías á cargo de sus respectivos capitanes. Tenian además alcaldes civiles que entendian en su organizacion, en sus leyes interiores, y además juntas de gobierno para lo económico y administrativo.

Tenian las hermandades ciertos fueros y privilegios, y entendian privativamente en cierta clase de delitos. Todos los cometidos en caminos públicos, en despoblados; los homicidios, las heridas, los robos, los allanamientos de casas, violencias á mujeres, presos escapados; en fin, toda infraccion de ley cometida á viva fuerza, entraba en su competencia, y era avocada á su tribunal, cuyas atribuciones eran, como se ve, muy extensivas é importantes.

Se pueden comparar los servicios de las hermandades, si prescindimos de su jurisdiccion, con los de la actual gendarmería francesa.

Las hermandades estuvieron en todo su vigor en todo el curso del siglo XV; fueron constantemente tropas de á caballo, y entraban

muchas veces á formar parte del ejército. Desde el principio del siguiente decayeron algo, pero subsistieron.

Se comenzaba, pues, á hacer ensayos de fuerzas permanentes en el año 1493. Despues de la conquista de Granada se instituyeron cuerpos de caballería. Se prohibió á los que habian servido en esta arma la venta de las suyas; se dió órden para que las personas, segun su rango, su condicion y su fortuna, estuviesen siempre provistas de armas para cuando lo exigiesen las necesidades del ejército. Se hizo un alistamiento general, y se mandó que por cada doce vecinos se alistase y armase á su costa un soldado de á pié para cuando se le llamase á la bandera. Se concedieron privilegios, se les asignaron sueldos para cuando entrasen en campaña. Mas aunque se deseaba mucho tener estos cuerpos permanentes, ponia grandes obstáculos su excesivo gasto.

Conocian demasiado los Reyes católicos la importancia de tener tropas á su disposicion para que no fomentasen con ahinco su alistamiento, su organizacion y su enseñanza. Hubo en su reinado campos de instruccion para este objeto, que prosperaron poco, habiéndose tenido que abandonar el establecimiento; tal era el hábito del desórden, la carencia de la táctica, y la escasez de fondos para mantener sobre las armas tanta gente.

Fernando el Católico fué el primer rey de España que tuvo una guardia de á pié armada de picas, espadas y alabardas. Llevaban una especie de uniforme á que daban el nombre de librea.

En medio de ensayos tan imperfectos, se pueden considerar los Reyes católicos como fundadores del ejército español. A pesar de mil obstáculos, la infantería llegó á formarse y merecer aquella fama que tuvo constantemente en toda Europa. Echaron los cimientos de la obra; las diferentes mejoras que hubo despues, partieron todas de este orígen.

En la guerra de Granada aparecen ya este órden y uniformidad que distinguen las épocas modernas. Fué una guerra metódica, bien comenzada, bien dirigida, llevada con tino y con valor á su definitivo resultado. Hubo en ella un conjunto de marchas, expediciones, sitios y tomas de plazas que la hacen objeto digno de estudio para los inteligentes. Las tropas, los aprestos, el material de todo género, las máquinas de batir, todo se presenta allí bajo un aspecto formidable.

Se empleaban en dicha expedicion todas las clases de piezas de

artillería que se usaban en aquella época. Se hace mencion de lombardas, ribadoquines, cerbatanas, pasavolantes, buzanos, etc. El número se ignora, mas consta que en el sitio de Loja habia de lombardas mas de veinte.

Comenzaba la artillería á hacer un gran papel en las guerras de aquel tiempo y aun de tiempos anteriores. En la crónica de don Juan II se hace mencion de las piezas empleadas en el sitio de Septenil al principio de aquel siglo. Se habla allí de una lombarda grande, de otra de Gijon, de otra de la Banda, de otras dos de Fuslera con cureñas, de diez mantas (defensas de madera para los asaltos), con sus pertrechos, de útiles de minas, de alquitran, de pólvora, de arcas de los pasadores (saetas), de nueve fraguas de herreros, de cincuenta quintales de hierros de toda clase de ferramientas, de muelas para afilar, de tacos de lombardas, de truenos (tiros) de carbon, de gente para cortar madera, para cuidar de los carpinteros, labrar piedras para las lombardas, conducir los que han de labrar con hachas, adobar carretas, conducir escalas en acémilas. Para todos estos objetos se designan los bueyes que los conducian, las gentes de armas que los escoltaban, etc.

El ejército que hizo la guerra en Granada, segun el cronista de los Reyes católicos Hernando del Pulgar, presentó en el alarde que se hizo de las tropas despues del sitio de Baza, cuarenta mil hombres de á pié y trece mil de á caballo. El autor da el nombre de *batallas* á los diferentes trozos ó divisiones de que se componia. Así habla de la primera batalla, de la segunda, de la tercera, etc., de la batalla *real*, es decir, de las tropas que rodeaban de mas cerca la persona del monarca.

Despues de la *batalla real* iba otro trozo para separarse del *fardaje*, que venia en seguida y estaba protegido por el último trozo que cerraba la columna.

El autor á quien aludimos inserta todos los nombres de los diferentes jefes que mandaban las subdivisiones de esos trozos ó batallas. Unos las conducian como jefes naturales, otros como subordinados y sustitutos de sus señores respectivos. Era una mezcla del antiguo feudalismo con las instituciones modernas que planteaban los dos reyes. No se ven por toda esta reseña mas que trozos desiguales y sin armonía; unos con infantería y caballería, otros sin esta arma, otros sin la primera. La sexta por ejemplo se componia de trescientas cincuentas lanzas solamente: la séptima de cuatrocientas

veinte lanzas y doscientos peones. Nada hace ver mejor lo escaso de las tropas regulares y los pocos progresos que se habian hecho todavía en este ramo de ejército estable y permanente.

Mas el plan se llevaba adelante, y debia de producir sus resultados. La escuela de la formacion é instruccion de los ejércitos permanentes, no podia ser mas eficaz y mas activa. Las tropas conquistadoras de Granada se embarcaban para Nápoles; se aprestaban expediciones á la costa de Africa, y el reino de Navarra estaba umy próximo á ser presa de las armas castellanas.

El cardenal Jimenez de Cisneros continuó la obra de los Reyes católicos en el establecimiento de tropas permanentes. Fué uno de los primeros cuidados de su administracion, mandar que se hiciesen alistamientos de infantería y caballería en todos los pueblos, segun sus posibles, y el número de sus vecinos. Los grandes se mostraron enemigos de esta providencia, así como ya lo eran de la autoridad del cardenal, cuyo derecho á la regencia disputaban. Era muy grande la complacencia que tenia el prelado en humillarlos. Abatió, en efecto, la arrogancia de aquellos magnates un fraile franciscano, sin mas armas que el ascendiente de su genio. Un dia que le preguntaron en virtud de qué derecho ejercia una regencia que el rey Católico no podia haberle delegado, los llevó á una plazuela que caia á espaldas de su casa, y enseñándoles algunas piezas montadas de artillería: aquí están mis derechos, respondió el cardenal; dejándolos reducidos al silencio. Nada muestra mas hasta qué punto habian descendido los Grandes de Castilla, lo bien que habian trabajado los Reyes católicos en consolidar su nueva autoridad á expensas de la de ellos. Encontró, sin embargo, grandes obstáculos la órden que dió el cardenal de alistamiento. En algunas partes fué desobedecido abiertamente. En Valladolid, en Segovia, corrieron los descontentos á las armas, y llegaron á reunir treinta mil hombres, por las sugestiones de los Grandes.

Quedó el cardenal muy desairado en esta empresa, y murió sin haber visto consolidada la obra del alistamiento. Mas la presentacion de Carlos en la escena política, anunciaba claramente que se llevaria adelante la idea de consolidar la fuerza permanente en lugar de abandonar lo ya emprendido y comenzado. El siglo XVI que se habia abierto con guerras en Nápoles, en Africa, en Navarra, en el Norte de Italia, continuó siendo tan célebre por su espíritu marcial, como por sus artes, sus ciencias, sus descubrimientos y con-

troversias religiosas. No pudo menos de sentir la influencia de reformas y mejoras el arte militar, al cual los príncipes daban una altísima importancia.

Era ya la carcera de las armas, como hemos dicho, una profesion particular separada de las otras, un ramo de industria que proporcionaba mas ó menos ventajas pecuniarias segun la fortuna de las armas, el valor, la capacidad ó el favor de que disfrutaba un individuo. Los alistamientos eran voluntarios, y las tropas iban adquiriendo un carácter tal de mercenarios que despojaban casi de nacionalidad unas contiendas que eran mas bien de príncipe á príncipe, que de pueblo á pueblo. No era muy numeroso el cuerpo de los españoles que combatieron en Italia en las filas del emperador en las campañas de 1521, 1522, 1523, 1525 y demás que concluyeron con la brillante victoria de Pavía. A pesar de la predileccion que tuvo Carlos V por los de esta nacion, no era español el general en jefe Próspero Colonna, ni su sucesor Carlos Lannoy, virey de Nápoles, ni aun en rigor el marqués de Pescara Fernando de Abalos, aunque de españoles descendia. No eran verdaderamente todos estos jefes mas que soldados de fortuna. Eran la mayor parte de sus tropas, italianos, suizos, alemanes que se reclutaban con mucho costo, y no podian retenerse en las banderas sin pagas muy crecidas.

En Suiza y Alemania se celebraban con particularidad estas ferias ó mercados de hombres. Allí acudian indistintamente, tanto los emisarios de Carlos V como los del rey de Francia. No se desdeñaban los hombres mas eminentes de desempeñar la comision del alistamiento de estos mercenarios. Cuando el ejército imperial se retiró de sobre los muros de Parma, estaba esperando un gran refuerzo de suizos que habia ido á buscar el cardenal de Sion, á nombre del pontífice. Cuando marchó Francisco I á poner el sitio de Pavía, estaba ausente del ejército imperial el condestable de Borbon en busca de otro cuerpo de estos mercenarios. Habia de este modo suizos, alemanes é italianos en los dos ejércitos que combatieron en esta batalla memorable.

Para estos aventureros que abrazaban la carrera de las armas como un mero ramo de industria, no habia mas alicientes que la paga y el botin nada escaso, ni poco frecuente en dichos tiempos. Cuando faltaba la primera, lo que no era raro, se abandonaban á excesos de indisciplina, que ponian en crueles embarazos á los generales, obligándolos á dar batallas para proporcionarles los recur-

sos que faltaban en las cajas militares. Ya hemos visto que el asalto y saco de Roma no tuvo por objeto principal sino acallar á los alemanes que estaban en completa sedicion por falta de socorros. Lantrech se vió obligado á dar la batalla de la Bicoca, amenazado por sus suizos de que abandonarian sus filas si no los pagaba ó llevaba al enemigo.

Habia entonces otro ramo de industria militar, ya desconocido en nuestros dias; á saber, el rescate de los prisioneros. Los soldados ó individuos de las clases inferiores que los cogian los vendian por lo regular á los capitanes y jefes del mas alto rango, quienes los mantenian de su cuenta, y se entendian sobre el precio del rescate con ellos ó con sus familias. Despues de la batalla de Pavía, compró el marqués de Pescara por muy poco precio á Enrique de Albret, que se intitulaba rey de Navarra, uno de los prisioneros que se hicieron en aquel encuentro; y como el emperador se le quisiese reclamar en atencion á su carácter de soberano, declaró el marqués que no lo soltaria por menos de cien mil escudos de oro, entrega que no tuvo efecto por haberse escapado el prisionero.

Como la guerra era una profesion, y los soldados se pagaban tanto mas cuanto mayor era su pericia en el manejo de las armas, se dedicaban mucho á la adquisicion de los conocimientos que los hacian tan recomendables. Concluida una campaña, ó tal vez antes, pasaban al servicio del ejército enemigo, sin que se extrañase que los hombres se vendiesen al que mas pagaba. Los soldados así constituidos se enconomizaban cuanto mas podian; y no siendo por la codicia del botin, no podian correr gustosos á un peligro del cual no podian redundarles ventajas materiales. Sea por esta causa, sea por la poca eficacia que hubiese adquirido la infantería, sea por lo cubiertos de hierro, que iban los caballos, eran poco mortíferas entonces la batalla.

La guerra costaba mas entonces (guardando la proporcion de los hombres empleados), en atencion á lo caro de los alistamientos y lo alto de las pagas, teniendo siempre en cuenta el precio del dinero. Y como estos desembolsos eran por lo regular superiores á las rentas de los príncipes, tenian que ser poco numerosos los ejércitos, que licenciaban en gran parte á la conclusion de una campaña. El mayor ejército que tuvo Carlos V fué el que llevó sobre Metz de cincuenta mil hombres, que entonces pasó por formidable.

En cuanto á los españoles nunca fueron mercenarios, es decir,

en el sentido de vender su sangre á potencias extranjeras. Si hacian la guerra en muchos paises de Europa, fuera de su patria suelo, era siguiendo las banderas de sus reyes. En todas partes acreditaban su valor, su displina, su instruccion en el arte militar, su carácter sufrido en medio de las privaciones. A ellos se debieron principalmente los triunfos adquiridos en Pavía.

No se conocian en aquella época lo que llamamos divisas militares. En rigor no habia gran uniformidad ni en armas, ni en vestuarios, de que cada cual se surtia segun su esfera ó sus posibles. Era muy brillante, muy lujoso y muy marcial el traje militar de aquellos tiempos. Las armas eran riquísimas por lo regular; y en su fabricacion esmerada se distinguian los artífices de aquellos tiempos. Casi todos los jefes principales iban armados de corazas, y llevaban por lo regular encima sayos ó sobrevestas de terciopelo forrado de armiños ó telas ricas. Como se maniobraba poco durante una accion, los mismos generales peleaban á veces en persona.

A pesar de que las tropas eran mercenarias, ó quizás porque lo eran, y la milicia una profesion, eran visibles los proyectos del arte, y comenzaba á considerarse como un ramo del saber humano sujeto á observaciones, á reglas y preceptos.

El paso mas importante que se dió en la línea de las reformas de consideracion fué restituir á la infantería la importancia que le habian dado los griegos, y sobre todo los romanos, y de que le habian despojado los siglos que se llaman de Edad media. No gozaba de ninguna consideracion durante esta época una arma que antes se habia reputado como el verdadero fundamento de un ejército. Estaba entonces mal vestida, mal armada, con poca instruccion, compuesta de las clases mas ínfimas de la sociedad, sin que apenas su mas ó menos número fuese de gran cuenta. La base principal de los ejércitos, lo que en la opinion comunmente recibida constituia su fuerza, era la caballería, sobre todo la pesada, cuyos individuos recibian la denominacion de gentes de armas, é iban cubiertos de hierro, extendiéndose la misma defensa á sus caballos. Cada uno de estas gentes de armas llevaba á sus inmediaciones tres ó mas, mas ligeramente armados y montados en guisa de escuderos ó sirvientes, y esta asociacion ó grupo recibia la denominacion de lanza. Así se contaba el ejército y los trozos de que se componia, por lanzas.

Cuando con el renacimiento de las letras se estudió la antigüedad y resucitaron sus grandes escritores, hizo sin duda impresion la importancia que daban á las tropas de á pié, y hasta qué punto formaban el núcleo y la fuerza, sobre todo en los ejércitos romanos. Todos los príncipes de Europa se dedicaron casi á un tiempo á la mejora de su infantería, siendo de notar que la base de las reformas fué una imitacion mas ó menos perfecta de la legion romana, con las diferencias indispensables en la de las armas; comenzándose á introducir poco á poco en la infantería las de fuego. Los pasos que sobre esto se dieron en España, en Francia, en Italia, en Alemania parecen simultáneos. La infantería salió de su abyeccion, y desde entonces fué el servicio en sus filas honorífico, digno de las mayores distinciones.

La infantería española comenzó muy pronto á distinguirse y á adquirir un renombre que no perdió ni en aquel ni en el siguiente siglo. Se hizo objeto de respeto y admiracion en Nápoles, bajo el mando del gran capitan, y este brillo lo conservó en los ejércitos de Carlos V. Cuando describamos las guerras de su hijo, se la verá representar un papel igualmente distinguido.

Los trozos primitivos de esta infantería, que corresponden sobre poco mas ó menos á nuestros batallones, se llamaban *Tercios*; y compuestos de mas ó menos compañías segun las circunstancias del alistamiento. La clase inmediata á la de soldado raso era la de caporal, que corresponde á nuestro cabo. Habia cuatro caporales en cada compañía. Despues seguia la de sargento, nombre bien conocido entre nosotros. Cada compañía tenia su bandera. Era el capitan quien la formaba, alistaba y entretenia. El oficial que llevaba la bandera de la compañía, tenia el título de alférez.

Sobre la clase de capitan habia la de sargento mayor, nombre tambien muy conocido de nosotros. Eran sus funciones parecidas á las que ejercen en el dia los segundos jefes. Entendian en la contabilidad de todo el cuerpo, en los pormenores del servicio, en llevar el alta y baja de las diferentes plazas, en la instruccion y táctica de su tercio respectivo, en todo lo relativo al arreglo de las marchas, al señalamiento y trazado de los campamentos.

El jefe del tercio tenia el nombre de maestre ó mestre de campo, usado tambien por los franceses. Eran sus funciones muy parecidas á las de nuestros coroneles, por lo que no necesitan explicarse.

La infantería iba armada de picas, y una parte mas ó menos considerable, de arcabuces. Eran los cañones de estos mas largos y de mas calibre que los de nuestros fusiles. Los arcabuceros llevaban una horquilla en que los apoyaban en el momento de hacer fuego, y como las llaves no estaban inventadas todavía, usaban para darles fuego de una mecha.

Algunos piqueros iban armados de rodela. No la llevaban los arcabuceros. Tambien se conocian soldados armados de ballesta; mas esta arma habia comenzado á desaparecer á fines del siglo precedente. Desde que se conoció el alcance y eficacia de las balas, quedaron en desuso los demás géneros de proyectiles. Picas y arcabuces eran conocidos en aquel siglo y aun en el inmediato, hasta su último tercio, que quedaron solo mosquetes ó fusiles.

Con cada dos, tres ó mas tercios, se formaba un escuadron, llamado así por la forma de cuadro que se le daba en órden de batalla. Habia *cuadros de terreno* que equivalian á nuestros cuadros actuales de infantería, y cuadros de hombres que venian á ser la falange griega ó macedonia. Regularmente tenian 60 hombres de frente y 20 de fondo, y al revés, 20 en el primer sentido, y 60 en el segundo. Suponemos que la primera formacion seria la de batalla, y la segunda la de marcha ó de columna. Cuando se veia un escuadron amenazado por todas partes de caballería, formaba el cuadro verdadero, bien de terreno, bien de hombres, segun las circunstancias. Los piqueros se consideraban como la infantería de línea; los arcabuceros formaban regularmente en los ángulos del escuadron ó en sus filas centrales, haciendo fuego por encima de los primeros, que se bajaban un poco en el acto de hacer la puntería y los disparos. Tambien se componian por lo regular de arcabuceros las tropas de vanguardia.

Para saber la poca eficacia de esta arma arrojadiza, nos basta leer en Sandoval, que en la jornada de Pavía hubo soldados que dispararon hasta *diez tiros* durante la batalla. Otra cosa no podia suceder tratándose de una arma tan incómoda, tan pesada, que era preciso apoyar sobre una horquilla para hacer bien la puntería, necesitándose además la mecha para dispararla. En las relaciones de conduccion del material de guerra se hace mencion de carros de pólvora y carros de *balas* ó *pelotas* como entonces se llamaban, lo que da á entender que no se conocian los cartuchos. Los soldados llevaban sin duda por separado entrambas cosas. El mismo histo-

riador en la relacion de la batalla ya citada, nos dice que los arcabuceros españoles para cargar con mas velocidad, habian tomado la precaucion de meterse las balas en la boca.

La caballería se dividia en pesada ú hombres de armas, y ligera. Los primeros iban armados de todas armas, de casco, coraza, espada y lanza. Los segundos usaban por lo regular arcabuces, y si algunos llevaban coraza iban sin rodela. Usaban además una especie de pica ó lanza corta á que daban el nombre de jineta. La caballería formaba cuerpos de 400 á 500 hombres.

En cuanto á la artillería, ya se ha conocido su grandísima importancia de mucho mas antiguo. En la construccion de sus piezas, entraba á par que el interés de la defensiva ó la ofensiva, el amor propio y orgullo de los príncipes. Era la construccion de los cañones objeto de un gran lujo, y los reyes rivalizaban sobre quién los tendria mas largos y de mas calibre. No hay mas que ver las molduras, los adornos con que se ha querido engalanar estas máquinas de destruccion, para hacer ver la importancia que se daba entonces á un objeto que hoy parece secundario.

Eran de enorme tamaño y desmesurada carga ciertas piezas que con el nombre de bombardas ó lombardas se emplearon á principios del siglo XV en el sitio de Balaguer y de Setenil, en el reino de Granada. A mediados de aquel siglo, hizo un gran papel en el sitio de Constantinopla un cañon monstruoso que llevaba consigo Mahoma II, como el instrumento mas eficaz de su conquista. Tenia 12 palmos de circunferencia; calzaba una bala de piedra de seis quintales, y era su alcance de una milla. Era tan tremenda su explosion, que para evitar sustos se avisaba antes de ponerle en juego con objeto de probarle. Tiraban de él treinta carros con sesenta bueyes. Iban delante 250 obreros allanando los caminos por donde transitaba, y para andar 150 millas fueron precisos cerca de dos meses. Un cañon mas considerable todavía se conservaba ó se conserva en el castillo de los Dardanelos. Calzaba una bala de quince quintales, y la arrojaba á la distancia de 600 toesas.

En la ciudad de Baza se hallaron 40 piezas abandonadas por el enemigo. La mayor tenia 11 piés y 10 pulgadas de largo y 20 pulgadas de diámetro en la boca. Estaba compuesto el cuerpo de barras de hierro colado de dos pulgadas de espesor, unidas unas con otras como las duelas de una cuba sujetas con aros ó cercos tambien de hierro que servian para darle consistencia. Las piezas

mas largas tenian treinta de estos aros, y diez las de las mas cortas dimensiones.

Se daban á estas piezas nombres diferentes, sacado la mayor parte de ellos, para indicar el terrible efecto de sus tiros, de ciertos animales mas conocidos por dañinos. Así habia cañones *basiliscos*, *dragones*, *sierpes*, *culebrinas*, *falconetes*, segun sus dimensiones. Tambien se conocian los nombres de pasavolante, ribadoquin, jeringa, cerbatana, buzano, esmeril, esmerilejo, etc.

El arcabuz fué la última pieza de fuego inventada por aquellos tiempos; es decir, que se fueron achicando tanto los cañones que se hicieron una arma individual; mas el número de las de fuego era entonces sumamente escaso con respecto al de las picas.

La artillería aunque ya usada á últimos del siglo XV y principios del siguiente, como arma de campaña y de batalla, no entraba como dotacion fija y arreglada de un ejército, segun se practica en los actuales. Se tenia en mas ó menos cantidad, segun los posibles y las circunstancias. La de Carlos V en las primeras guerras de Italia fué sumamente escasa con respecto á la del rey de Francia. No presentó en la batalla de Pavía mas que cuatro piezas, tomadas desde un principio por los enemigos, mientras las de estos eran treinta, que con todo el resto del material cayeron al fin en nuestras manos. Mas si Carlos V tenia en Italia tan poca artillería, no sucedia lo mismo en España donde habia un tren de ella formidable. El lector no verá con disgusto copiada aquí la relacion que hace Sandoval de las piezas que seguian al emperador en su entrada en Valladolid, en 1522 á su regreso de Alemania.

«28 falconetes de á 16 palmos cada uno de largo; 4 de ellos de medio adelante rosqueados y con las coronas imperiales, y los 24 restantes ochavados todos. Por la boca de cada uno cabia un puño grande. Cinco pares de mulas tiraban de cada uno.

»18 cañones de 17 1|2 palmos de largo y la boca de casi un palmo. Los 12 de estos eran con flores de lis. Tiraban de cada uno ocho pares de mulas.

»16 serpentinas de 11 palmos de largo y de boca un palmo. Tiraban de cada una 22 pares de mulas.

»Una bombarda de 10 palmos de largo y 2 de boca, tirada por 30 pares de mulas.

»Un trabuco que decian *magnus draco*, con una cabeza de serpiente á manera de dragon con el rey don Felipe I, dibujado en él

con sus armas reales: tenia 26 palmos de largo y 1 de boca, y tirado por 34 pares de mulas.

»Dos tiros famosos, llamados el pollino y la pollina, de 16 palmos de largo, y 1 1/2 de boca, tirados cada uno por 34 pares de mulas.

»Un tiro llamado Espérame que allá voy, de 17 palmos de largo y casi dos de boca, tirado por 32 pares de mulas.

»Dos tiros llamados Santiago y Santiaguito de 26 palmos de largo y 1 de boca, llenos de flores de lis con las armas francesas. Tiraban de cada uno 36 pares de mulas.

»Un tiro donde venia el emperador dibujado con las armas de sus reinos de 16 palmos de largo y 1 y 1/2 de boca, tirado por 34 pares de mulas.

»Un tiro nombrado el Gran Diablo de 18 palmos de largo y 2 casi de boca. Tirábanle 38 pares de mulas.

»74 piezas por todo, con mas 9 montajes de respeto, arrastrados por 7 pares de mulas cada uno; de modo que el total de mulas era 2,128, y el de carreteros para guiarlas 1,074. Además venian azadoneros para componer los caminos. En Santander quedaban de municion y pelotería (pólvora y balas) mas de 1,000 carros. La marcha del tren era conforme al órden que va escrito, y el todo era precedido de la guia, que era un caballero en un caballo blanco que iba eligiendo el camino.»

Por aquel tiempo, es decir, en la primera cuarta parte del siglo se habian establecido en España fábricas de pólvora y las famosas fundiciones de Málaga y Sevilla. Desde la misma época tuvo un jefe particular la artillería de España. A veces habia un director particular para la artillería de los estados de Flandes, y otro para los de Nápoles.

Por entonces ya habia tenido lugar la invencion de las minas que se debe al español Pedro Navarro, y fueron ensayadas por primera vez delante de la isla de Cefalonia sitiada por las armas de Gonzalo de Córdoba. Mas tal vez no hay en esto bastante exactitud, y habrá comenzado en otra parte su uso, aunque siempre fué en las guerras de Nápoles. Pedro Navarro empleó las minas con igual felicidad en los sitios de Castellnuovo y del Uovo, castillos que se rindieron á nuestras armas en la segunda guerra despues de la vuelta de Gonzalo á Nápoles.

Las minas inventadas por Navarro fueron las de pólvora, pues

sin ella ya se usaban antes. Se hacian galerías subterráneas que apuntaban con maderos á que se daba fuego, para que la fábrica construida sobre aquel terreno se desmoronase. Mas este proceder debió de ser muy lento y de muy poca eficacia, comparado á la terrible voladura de una mina.

El ramo de ingenieros estaba probablemente unido al de artillería, ó por hablar mas propiamente, no componian los dos mas que uno solo. La voz *engeño*, aplicada á toda máquina grande de batir, lo indica suficientemente.

En cuanto al ramo de los sitios, estaba en aquellos tiempos muy atrasado con respecto á los demás que constituyen el arte de la guerra, por ser sin duda el que exige mas método, mas exactitud, mas órden en las combinaciones. El descubrimiento de la pólvora, que aumentó sin duda los medios de ataque, no produjo desde un principio un cambio sensible en los de la resistencia. Las fortificaciones permanecieron en el mismo estado en que se hallaban en los tiempos anteriores; es decir, que la invencion de aquellas terribles máquinas de batir que arrojaban moles de un empuje irresistible, no hicieron aumentar el espesor de las murallas. Sin duda no correspondia el acierto de los tiros á la fuerza de los proyectiles, y la mayor parte de estas máquinas eran mas aparatosas que eficaces. Los sitios eran lentos, y por muchos medios que se empleasen tanto en el ataque como en la defensa, lucia mas en ellos el valor y arrojo del soldado, que la habilidad del ingeniero. La mayor parte de las plazas se tomaban por asalto, empleando siempre el medio de las escaladas. Contrayéndonos á las épocas del siglo XV y mitad del XVI, veremos la confirmacion de aquesto mismo. Duraron mucho en proporcion los sitios de Balaguer, Setenil, de Baza y otros mas puntos fuertes del reino de Granada, que cayeron á fines del siglo XV en poder de nuestras armas. Granada misma le resistió mas tiempo del que debia esperarse del numeroso ejército que la asediaba. Tuvo que retirarse el ejército francés en su expedicion de Navarra delante de los muros de Logroño, que no pasaba por una plaza fuerte. Ni pudo Próspero Colonna en las guerras de Italia entrar en Parma, ni los franceses apoderarse por medio de un sitio, de Milan despues que la ocuparon nuestras armas. Entró prisionero en los muros de Pavía el rey Francisco I, que dos dias antes la asediaba, y un año despues tuvieron los franceses que renunciar á la toma de Nápoles, con que se habia lisonjeado tanto tiempo. El mismo Car-

los V tuvo que retirarse de los muros de Marsella con harta pérdida y trabajos, renovándosele la misma desgracia algunos años despues delante de Metz, á pesar del ejército formidable que mandaba. Muchos ejemplos mas de aquella época nos harán ver lo superior que era la defensa de las plazas al ataque, y que el arte de usar bien las terribles máquinas que contra los muros se empleaban, no correspondian á su descubrimiento. La artillería estaba casi en mantillas, comparada con el gran desarrollo que recibió en los siglos posteriores y la perfeccion á que ha llegado en nuestros tiempos.

El sitio mas célebre en el reinado de Carlos V fué el de Rodas, por lo formidable del ataque, por lo heroico de la resistencia, por el carácter de las dos partes contendientes, por los efectos importantes que produjo. El lector nos permitirá que por via de episodio consagremos unas cuantas páginas á lo que las ha merecido tan brillantes en la historia. Estaban desde el año de 1318 los caballeros de San Juan en posesion de aquella isla, cuya situacion les daba medios de empeñarse en correrías muy felices contra los infieles. Era la órden rica y poderosa, y podia pasar por una potencia marítima, siempre armada y siempre en guerra. Debió pues de ser un objeto de odio y terror para los turcos que ya comenzaban á dominar en el Mediterráneo. Despues de haberse hecho dueño de Constantinopla, extendió Mahoma II sus armas victoriosas á la Grecia, y se aposesionó de varias islas en el archipiélago. Por los años de 1480 cayó con su armamento formidable sobre Rodas, siendo gran maestre de la órden Pedro de Aubusson que hizo su nombre célebre por esta circunstancia. Fué este uno de los sitios mas obstinados y sangrientos, comparable solo con el que tuvo lugar algunos años despues, y que luego va á ocuparnos. Eran muy numerosas, muy escogidas las tropas del Sultan, tan inclinado, tan ansioso siempre de presentarse con un formidable tren de artillería, y aunque el mismo Mahoma no acudió personalmente, sabian bien sus generales que era preciso vencer ó perecer en la demanda. Fué grande el empeño de los jefes, el arrojo de las tropas que embistieron. Varias brechas abrieron sus cañones; mas de una vez subieron al asalto hasta llegar á alojarse en una de sus torres; mas fueron superiores á tanto denuedo el valor admirable y la constancia de los caballeros cuyo gran maestre se condujo en todas ocasiones como gran capitan y gran soldado. Al fin se cansaron los turcos de tan obstinada resistencia. Desmayados con las penalidades de tan largo sitio, con

las enfermedades que se manifestaron en el campo, volvieron á embarcarse; mas el gran Señor no pensaba en otra cosa que en salvar el desaire de sus armas cuando le cogió la muerte en sus proyectos. *Era mi designio sujetar á Rodas*, fué una de las pocas cosas que mandó Mahoma se escribiesen sobre su sepulcro. No se podia hacer del valor de los caballeros de San Juan un elogio mas magnífico.

Los dos sucesores de Mahoma no renovaron las hostilidades en la isla. Bayaceto II no era un gran guerrero, y el breve reinado de Selim I se empleó particularmente en la conquista de la Siria y del Egipto. Soliman II, sucesor de este último, heredó su carácter ambicioso, y si no fué tan sanguinariamente feroz, estaba dotado de mas inteligencia. Subió este príncipe al trono, con muy corta diferencia, cuando Carlos V; ya hemos visto cuánto figura por su poder, por sus conquistas, por sus relaciones con los príncipes cristianos entre los principales personajes de la época. Mereció este sultan el nombre de legislador entre los suyos por las reglas que estableció en la administracion, por la observancia de las formas de derecho y de justicia: en la cristiandad se le conoció, como sabemos, con el dictado de magnífico. Era un coloso, como ya hemos observado, el imperio otomano en aquel siglo. En menos de doscientos años habian pasado los sultanes turcos de emires ó simples jefes de una tribu militar á sucesores de los césares de Oriente. Era como la de los romanos la política de los turcos, la conquista. Una serie no interrumpida de monarcas guerreros y grandes capitanes habian ensanchado á porfía las fronteras de su imperio. Comenzó Soliman su carrera militar con el sitio y toma de Belgrado, plaza fuerte en la confluencia del Danubio con el Sava, y llave por aquella parte de la Hungría: fué su segunda conquista la de Rodas, y en la que pensaba desde su subida al trono. Varios consejeros quisieron disuadirle de un sitio que con tan infaustos auspicios se habia presentado en tiempo de Mahoma II; mas otros cortesanos trataron de halagar su ambicion, dando elogios á la empresa. Quiso sin embargo proceder por vias de negociacion, exigiendo Soliman de los caballeros de Rodas que se le sometiesen, prometiéndoles seguridad por medio de un tributo; mas tuvo la respuesta, que sin duda esperaba, como pretexto de una guerra abierta.

Hacia ya tiempo que veia inevitable esta tempestad Villiers de l'Isle Adam, gran maestre de la órden. Con la anticipacion debida, habia tomado todas las medidas necesarias para poner la plaza

en estado de defensa, allegando víveres y municiones, aumentando la artillería, reparando las murallas, mandando arruinar todas las casas de los alrededores, removiendo y allanando cuanto á los turcos pudiese servir de algun abrigo. Todos los caballeros de San Juan recibieron órden de presentarse inmediatamente en Rodas. A todos los príncipes de la cristiandad se dirigió el gran maestre pidiendo auxilios para una defensa en que tanto se interesaba la Europa entera; mas ninguno de ellos acudió á tan sentido llamamiento. Estaban demasiado ocupados Carlos V y Francisco I en sus contiendas particulares, para consagrar una pequeña parte de sus tropas á un objeto tan patriótico y tan santo. El mismo papa Adriano se mostró sordo á las súplicas del gran maestre, y no quiso desprenderse de tres mil hombres que tenia á su disposicion, por no disgustar al emperador, á cuyo servicio estaban destinados.

Pasó el gran maestre de San Juan revista á sus tropas, que ascendian á seiscientos caballeros y cuatro mil quinientos soldados de la órden. Con tan escasa guarnicion aguardó la llegada de los turcos, que en mayo de 1522 desembarcaron en número de cien mil, segun algunos, y de ciento cincuenta mil, como afirman otros. No hay duda de que en semejantes casos se exagera siempre el número; mas era de todos modos un armamento formidable.

La plaza de Rodas, capital de la isla de este nombre, se hallaba dividida en ciudad alta, donde habia un castillo, residencia del gran maestre, y ciudad baja en la misma playa del mar en forma de media luna, con un puerto á cada extremidad, y en medio de ellos un baluarte. Estaba ceñida de un doble recinto, con dobles torreones y cinco baluartes en las partes mas débiles y expuestas. Para el reparo de las fortificaciones y la construccion de otras nuevas, habian trabajado todos personalmente, sin distincion, desde el mismo gran maestre hasta el último habitante, inclusas las mujeres. Se sabe hasta qué punto llegan en estos casos el ardor y el entusiasmo, cuando hay un jefe hábil que sabe dar ejemplo. Era además aquella, una guerra religiosa en que se trataba de libertar la isla del yugo de los mahometanos.

Desembarcaron los turcos como á unas ocho millas de la plaza que embistieron en seguida; mas fueron sus primeros ataques inutilizados por la artillería de las caballeros. Comenzaron muy pronto á desmayar las tropas turcas por enfermedades, tal vez por recuerdos del sitio anterior donde se habia derramado sin fruto tanta

sangre. Quejas y murmuraciones circularon en el campo, y poco á poco degeneró el descontento en abiertos alborotos. Soliman que supo el estado de las cosas, voló á remediarlas, presentándose en el campo. Inmediatamente hizo comparecer ante su persona al ejército sin armas. Despues de arengarle y afear con rostro y acento terrible su conducta, dió órden á los soldados armados que por todas partes los cercasen. Mas tales fueron las muestras de dolor y arrepentimiento de los culpables, que afectó aplacarse el gran Señor y los volvió á su gracia. Desde este momento se restablecieron el órden y la disciplina, pudiendo decirse con rigor que el sitio comenzaba entonces.

Se continuó la trinchera con ardor: la artillería comenzó á jugar de nuevo por una y otra parte. Derribaron los turcos con la suya la torre de la iglesia de San Juan, cuyas campanas servian de señales, y para dominar las fortificaciones de la plaza, construyeron dos caballeros mas altos que los muros.

Referir uno por uno todos los acontecimientos y lances de este sitio, seria prolijo y daria á nuestro trabajo una extension que desde luego no nos propusimos. Todos los choques se presentaron de igual carácter por la furia del atacador, por la admirable constancia, por la obstinacion de la defensa. Trataron al principio de acometer por varios puntos á la vez; mas fueron repelidos con gran pérdida. Despues reconcentraron sus esfuerzos sobre uno de los torreones llamado de San Nicolás, cuya artillería desmontaron y donde abrieron una brecha muy considerable; mas al marchar al asalto se encontraron con un atrincheramiento que los caballeros habian construido á sus espaldas. Desistieron los turcos del ataque y dirigieron sus baterías contra uno de los baluartes, empleando al mismo tiempo el uso de las minas, por cuyos esfuerzos se abrió una brecha á la que corrieron millares de enemigos. Fueron sin embargo rechazados con notable pérdida. Al dia siguiente renovaron el asalto con fuerzas mas considerables, se apoderaron del baluarte, y ya tremolaba la bandera victoriosa, cuando acudió en persona el gran maestre al frente de unos cuantos caballeros, con cuyo ejemplo se entusiasmaron de nuevo sus soldados é hicieron retroceder á los infieles de lo alto de los muros.

Eran muy frecuentes estos choques en que los turcos salian rechazados con notable pérdida. Ya comenzaba el Sultan á impacientarse, á enfurecerse con tanto revés que comprometia la gloria de

sus armas. Ansioso por salir de aquella situacion, convocó un consejo de guerra extraordinario. Fueron algunos de opinion de retirarse; otros, que conocian mejor el carácter del Sultan, le aconsejaron que llevase adelante las operaciones. Ordenó Soliman un ataque general, que tuvo efecto el 21 de setiembre. Fué espantoso el choque, general el conflicto entre las tropas de una y otra parte. Presenciaba el combate el Sultan desde una próxima eminencia, y animaba á los suyos con la voz y con el gesto. Peleaba como un soldado el gran maestre, acudiendo con su media pica á donde el peligro reclamaba su presencia. Se presentaron los otomanos en un principio victoriosos; llegaron á verse dueños del baluarte de España; mas experimentaron la misma suerte de otras veces. Repelidos, obligados á retirarse llenos de espanto y de consternacion, dejaron mas de quince mil muertos al pié y sobre los mismos muros de la plaza.

Basta el simple relato de estos hechos para que aparezca con todo su esplendor el arrojo y valentía que desplegaron los caballeros de San Juan en aquellos choques memorables. Era un combate á muerte entre rivales de ambicion, de gloria, de creencias religiosas. Combatian los de Rodas por su existencia propia, pues varias veces habia prometido á sus soldados Soliman el saco de la plaza. Por su parte se condujo el gran maestre como jefe digno de estos campeones denodados. Soldado y capitan, á todos daba ejemplo de valor, como de serenidad y constancia. Habiendo sido herido uno de los jefes llamado Martinengo, que dirigia los trabajos de la fortificacion, y estaba encargado de la defensa de un baluarte, se trasladó á su puesto el gran maestre, y allí permaneció noche y dia, mientras aquel estuvo imposibilitado del servicio. Viéndose mas estrechado cada dia, dió órden para que se retirasen á la plaza todos los caballeros que ocupaban los puntos fuertes de la isla y algunos inmediatos; así toda la Orden se hallaba dentro de los muros. Estaba cifrada su esperanza en los refuerzos que aguardaba de varios puntos de la cristiandad; mas sus príncipes no le enviaron nada, y algunos particulares que se embarcaron con socorros, no pudieron llegar á la isla por varios accidentes.

No estaba mucho mas tranquilo Soliman en vista de tan obstinada resistencia. Llegó en su furor á mandar que matasen á flechazos al general en jefe de su ejército; y solo se pudo templar á fuerza de las súplicas y prosternaciones de otros jefes. Cambió el

ejército de general, y el mismo gran señor dió otro giro á su política. Le inquietaba mucho la idea del socorro próximo que esperaban los cristianos, por lo que pensaba en empeñar cuanto mas antes otro lance decisivo; pero muy escarmentado de los anteriores, apeló á la via de las negociaciones, haciendo que llegase á oidos de los habitantes de Rodas que el Sultan proponia una capitulacion, en que les dejaba sus haciendas y sus vidas. Un gran número de vecinos, ya quebrantados con tantos padeceres, acudieron con lágrimas al gran maestre, para que entrase en una negociacion que los salvaba de la ruina. Cerró al principio sus oidos el jefe á la proposicion, esperando siempre algun refuerzo; mas intercedieron por el pueblo los patriarcas griego y latino, que residian en Rodas; pues el vecindario profesaba por la mayor parte el primero de ambos ritos. Por otra parte, se hallaban los sitiados en la mayor extremidad; las obras exteriores, los torreones, los baluartes, á excepcion de uno solo, no eran mas que escombros, y la guarnicion estaba reducida á nada. Por fin, se entró en negociaciones. Tres dias de tregua pidieron los enviados del gran maestre. Los negó Soliman, temeroso siempre de la llegada del socorro, y mandó dar asalto el dia siguiente: mas aunque fueron los turcos repelidos por dos veces, tomaron al fin el único baluarte que restaba. Se retiraron los caballeros al interior de la ciudad, resueltos á defender su último atrincheramiento. Estaba consternada la poblacion, y se escuchaba ya la trompeta de la muerte, cuando volvió á recurrir el pueblo con su clamor al gran maestre. Entonces se decidió este á pedir una capitulacion, cuyos términos prueban hasta qué punto Soliman respetaba todavía un puñado de valientes enterrados entre escombros. Se conservaron por ella las vidas y las haciendas á los habitantes, quedando en el libre ejercicio de su culto; se permitió la salida libre á todos los caballeros de San Juan, con sus galeras y correspondiente artillería. Todo lo demás debia de quedar en manos de los turcos.

Mientras se ajustaban las condiciones del tratado, se descubrieron unas velas. Los turcos que las vieron los primeros, creyeron que eran los socorros que esperaban los cristianos; mas luego conocieron por los pabellones, que el refuerzo venia para ellos mismos. Soliman, con medios nuevos de renovar ventajosamente las hostilidades, guardó sin embargo su palabra; y se dió fin al negocio del tratado.

El 24 de diciembre salió de Rodas el gran maestre de l'Isle Adam, al frente de sus caballeros. El dia siguiente entró en la plaza Soliman triunfante; si se podia llamar triunfo tomar posesion de de tantas ruinas.

Sabido es que el emperador Carlos V hizo entonces á los caballeros de San Juan cesion de la isla de Malta, donde se establecieron en seguida. Ya veremos en el reinado de su hijo, que se volvieron á cubrir de gloria en un sitio tan célebre como el de Rodas, y mucho mas afortunado.

CAPITULO VII.

Artes.—Ciencias y literatura en la época de Carlos V.

Se designa el principio del siglo XVI con el nombre de *época del renacimiento*; como si dijéramos, de la restauracion de las artes, ciencias, literatura y demás ramos, que en los buenos tiempos de Grecia y Roma, habian asignado al hombre inteligente y creador tan alto puesto. Pudiera aparecer de esta expresion de *renacimiento*, tomada en un sentido rigoroso, que todas las naciones de Europa se hallaban en un mismo grado de rudeza; que nada se habia debido al genio ni al saber en los siglos que llaman la Edad media, ó que en la época del renacimiento no se habia hecho mas que restablecer é imitar, sin que los hombres hubiesen pasado á nuevas creaciones. Analicemos, pues, la idea de renacimiento; veamos á qué altura se hallaban las diversas naciones de Europa en dicha época. Comenzando por Italia, sea que ciertos climas se presten mas que otros al vuelo de la inteligencia; sea que el estado de repúblicas en que vivió aquella region desde tiempos tan antiguos, diese mas campo al talento, que es fruto de la libertad, y se desenrolla muchas veces con el mismo fuego de las divisiones intestinas; sea que el comercio y trato con las naciones del Oriente los hiciese imitadores de su industria y de sus artes; sea que en su suelo hubiesen quedado cenizas mas vivas del fuego de la antigüedad que en otros, es un hecho que Italia, desde el siglo XII, dejó de ser lo

que se llama un pais bárbaro, y que en los restantes hasta el llamado del renacimiento, pertenece sin disputa á la clase de naciones cultas. Florecian en un suelo una porcion de repúblicas distinguidas las unas por sus artes y su industria, las otras por su navegacion y su comercio, y todas ellas por un refinamiento en los goces y comodidades de la vida, desconocidas en casi el resto de la Europa. Las mismas guerras mutuas, en que con tanta frecuencia se veian envueltas, aguzaban su ingenio creador, para proporcionarse recursos, y curar las llagas que un estado tan violento producia. Solo al amor del trabajo, al genio de la industria y á los frutos del comercio, se podian deber los armamentos formidables por tierra, y mucho mas por mar, con que se distinguian Estados de un corto territorio, y que en el mapa político apenas hoy figuran. El mismo genio que producia tantos frutos en las artes y en la industria, explotaba el campo del saber en sus diversos ramos. En medio de tantas guerras y convulsiones políticas, florecian las universidades, y se daba á las ciencias y á las artes el fomento y homenaje que las vivifica. De todo lo que es magnífico y habla á la imaginacion se ofrecian algunos monumentos, y la arquitectura no era la que menos brillaba entre las creaciones del ingenio. De todo esto gozó Italia antes de la época del renacimiento. Muy anteriores á ella fueron los Dantes, los Petrarcas, los Bocacios y otros genios célebres. No necesitaron de ella, entre otros, los inventores del álgebra, ni los descubridores de la ajuga náutica.

Las naciones no estaban, sin duda, tan adelantadas. La España que en la línea de la inteligencia seguia á Italia, habia debido mucho á la residencia en ella de los árabes. Se sabe lo que florecieron estos en la industra y en las artes; lo magníficos y brillantes que fueron en la arquitectura; lo zelosos en cultivar y difundir los ramos del saber humano, sobre todo, el de la medicina y astronomía; en fundar escuelas, cuyo nombre es célebre. Desde el siglo XIII comenzaron á florecer en España las mismas, y á desenrollarse el gusto de las letras. Ya se conocen de aquel siglo composiciones poéticas en lengua castellana (1), rudas si se quiere y desaliñadas en sus formas; pero que merecen todavía las miradas de los inteligentes. Las Siete Partidas, prescindiendo de su valor como una com-

(1) El poema del Cid, de autor desconocido; las obras poéticas de Gonzalo Berceo; el Alejandro de Juan Lorenzo, son de dicho tiempo. A él pertenecen algunos otros de menos fama, mas cuyos nombres no se hallan olvidados.

pilacion de leyes, son uno de los grandes monumentos literarios de la misma época. De la misma fechan historiadores, que si no pasan por tan eminentes como fueron considerados en su tiempo, merecerán siempre la reputacion de distinguidos. El siglo XIV en nada desdijo del precedente; y el XV, en comparacion de los otros dos, fué un siglo de oro, antes que se hubiese entrado en el renacimiento.

No seguiremos los demás paises de Europa, porque seria prolijo, y para nuestro objeto muy inútil, Verdaderamente lo que se sabia de verdadera ciencia era poco, casi un punto imperceptible en un campo inmenso de inutilidades y de absurdos, hoy sepultados en el polvo. Las artes eran rudas, excepto algunas consignadas á la fabricacion de las armas, á las ricas telas donde entraba la seda, la plata y oro con profusion: y otras relativas al lujo, que era todo de magnificencia. Entre las que se llaman nobles, solo una se cultivaba con grandeza y esplendor, á saber: la arquitectura, de formas y proporciones muy diferentes de las usadas por los griegos y los romanos; mas de una elegancia, de un atrevimiento, de una aparente ligereza, de un lujo en los adornos que hacen sus monumentos el encanto y asombro de cuantos los contemplan. Con este carácter de magnificencia y de hermosura se erigieron con profusion templos en varias regiones de la cristiandad desde el fin del siglo XI hasta el del XV. Desde entonces ya no se edifica con este gusto; mas hasta ahora nadie se ha atrevido á dar mas mérito al moderno.

No debemos pasar por alto un ramo de literatura muy cultivado en dichos siglos, aun desde los primeros, en que comienza lo que se llama época de las tinieblas; á saber, el de la historia. Pocas naciones han dejado de producir hombres de algun lustre en esta clase, y cuyas obras todavía se consultan. Nosotros los tuvimos desde la época de los reyes visigodos, pudiendo presentar entre otros á san Isidoro, arzobispo de Sevilla, como el primer historiador de aquellos tiempos. Los tuvimos en el siglo VIII (el Pacense); en el IX (Sebastian, obispo de Salamanca); en el X (Vigila, monje de Albelda); en el XI (Sampiro, obispo de Astorga); en el XII (Pelayo, obispo de Oviedo), con otros muchos mas de menor nota. Florecierieron en el XIII tres de gran renombre; á saber: don Lucas, obispo de Tuy, llamado el Tudense, el famoso don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, y don Alfonso el Sabio, quien entre varias obras hizo ó mandó hacer una crónica general de España. Tambien



los hubo en el siguiente. En el XV se compusieron las crónicas de los reyes don Pedro el Cruel, don Enrique II, don Juan I y don Enrique III, y en el siguiente las de don Juan II y Enrique IV. Tambien produjeron sus historias los reinos de Portugal y el que se designaba con el de Aragon en aquel tiempo.

Es digno de atencion que en estos siglos que se llaman de oscuridad se hayan hecho descubrimientos é invenciones que además del carácter de utilidad que los distingue, llevan el sello del verdadero genio. Entre otros, se descubrió el arte de la relojería, el de suplir los defectos de la vista por medio de anteojos; en ellos se construyeron los primeros órganos, instrumento músico, desde entonces no superado por ninguno. A la Edad media pertenecieron los inventores de la pólvora, los de la aguja náutica, los que pintaron por vez primera sobre el vidrio, los que fundieron y emplearon los primeros tipos de la imprenta. El arte de copiar, iluminar, y adornar de cualquier otro modo los libros antes que dicha invencion los hubiese hecho tan comunes, constituia uno de los grandes ramos de la industria. Eran entonces los libros objetos preciosos de gran lujo, y que solo poseian los hombres opulentos. Habia artista cuya vida se pasaba en copiar, iluminar, dorar, hermosear un solo libro. De las riquezas que en este ramo nos dejó la industria de aquel tiempo, deponen los depósitos de los manuscritos que en las ricas bibliotecas se conservan.

La voz pues de *renacimiento* es de poca exactitud tomada en su generalidad; se puede explicar modificándola. Hay épocas en que se desarrolla singularmente el espíritu de imitacion á vista de modelos impregnados de belleza: hay otras en que por circunstancias naturales, morales ó políticas, abundan mas los verdaderos genios. Una y otra cosa tuvo efecto, sobre todo en Italia, ya desde el siglo XII. Aunque desde aquel tiempo habian puesto las Cruzadas á casi todas las naciones de Europa en contacto con el Oriente, ninguna igualaba en esta parte á Italia, no tanto con dicho motivo, cuanto por los intereses de comercio. Entre las repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, las costas de Grecia y escalas de Levante, se habia mantenido una comunicacion no interrumpida en ningun tiempo. De las costas de Italia salian víveres para los cruzados, y aun las escuadras que los conducian. En Venecia y galeras de Venecia, se embarcaron los que iban á Constantinopla en auxilio de su emperador, y concluyeron con apoderarse del imperio del Orien-

te. A Italia vino á implorar auxilios el último emperador latino destronado. A Italia vinieron embajadas de los primeros emperadores griegos que recuperaron su trono de Constantinopla. Cuando la aproximacion de los turcos otomanos desde mediados del siglo XIV inspiró sérias inquietudes á dichos príncipes, fueron mas frecuentes las comunicaciones. Se repitieron las embajadas, y hasta vinieron emperadores mismos á negociar alianzas y socorros. Conforme se acercaba el peligro, llegaban á Italia nuevos personajes; la toma de Constantinopla debió de dar nuevo desarrollo á las emigraciones.

Tan frecuente trato entre el Oriente y el Occidente no podia menos de producir su efecto. Con las embajadas vinieron hombres de importancia y de saber, y entre los mismos emigrados á quienes el temor del peligro al principio, y despues la toma de Constantinopla expulsaba de su hogar, se contaban muchas personas ilustradas. Entonces comenzó á difundirse, comenzando por Italia, el estudio de la lengua griega, tan poco cultivada hasta últimos del siglo XIV, que la ignoraba hasta el Petrarca. Al estudio de la lengua se siguió naturalmente el de sus grandes escritores, y esta nueva aplicacion en lugar de disminuir la de la latinidad, la acrecentó al contrario. El nuevo arte de la imprenta se consagró casi exclusivamente á reproducir y multiplicar los grandes modelos literarios de la antigüedad, cuyo conocimiento se introdujo en las escuelas, y fué un deber entre los sabios. En ellos bebieron como en fuentes de buen gusto los principales escritores, y en su imitacion cifraron sus grandes títulos de fama. Con los escritores, se estudiaron igualmente los artistas; y los escultores, los arquitectos, causaron el mismo entusiasmo que los historiadores y poetas. Todas las cabezas se montaron á la griega y la romana.

La arquitectura mereció sin duda su estudio de predileccion si nos atenemos á los resultados. En los principios de su imitacion se creó un prodigio del arte, la iglesia de San Pedro en Roma. Este ensayo que sin duda fué de los primeros de la arquitectura grecoromana, se quedó igualmente el primero en mérito y magnificencia sin haber sido desde entonces de ninguno excedido ni igualado. Tambien esto se explica. Los grandes monumentos de arquitectura exigen además de genio, enormes gastos. El genio del artífice brilla sin duda en la inmensa mole de la iglesia de San Pedro; de su costo nos quedan, como lo haremos ver luego, monumentos todavía mas durables.



El celo de dos ó tres pontífices que se sucedieron en la silla de San Pedro con una misma idea, las inmensas sumas con que contribuyó la cristiandad, y la imitacion de los grandes modelos de lo antiguo, explican bien la construccion de esta obra gigantesca. Tambien quedaban de aquella edad modelos preciosos de escultura que pudieron inflamar el genio de Miguel Angel, de Celini, de los demás grandes estatuarios de aquel tiempo. ¿Mas sucedia lo mismo en la pintura? ¿Fueron en ella tan felices los antiguos como en la arquitectura y la escultura? ¿Nos quedan á lo menos modelos de imitacion como en las dos últimas artes? ¿Cuáles guiaron, pues, á Rafael, á Leonardo de Vinci, al Correggio, al Ticiano y sus contemporáneos?

Se puede pues decir que si la arquitectura y la escultura renacieron en cierto modo cuando se imitaron con esplendor los modelos de la antigüedad, se creó la pintura que, como lo haremos ver mas adelante, no fué la única creacion que atestigua el genio de aquel siglo. Mas las bellas artes en Italia, ni como renacidas, ni como creadas, aparecieron de una vez á últimos del siglo XV y principios del siguiente. No marcha así el espíritu humano en ninguna de sus producciones. Todo principia, progresa, y al fin se perfecciona. Desde mediados del siglo XIII fechaba en Italia el cultivo de las bellas artes, y la imitacion mas ó menos aproximada del antiguo. Sin duda de Cimabue hasta Rafael hay una distancia inmensa; mas entre estos extremos de la progresion, se ven los términos medios que encadenan digámoslo así la perfeccion del último con la rudeza del primero. Tambien Bramante arquitecto de San Pedro, y el escultor Miguel Angel, tuvieron que echar alguna vez la vista sobre sus predecesores. Mas de sesenta pintores se cuentan en los dos siglos que hemos mencionado, y cuyas obras se ven todavía con placer, y anuncian lo que iba á ser el arte con el tiempo. El número de los arquitectos es mucho menor, y aun desciende considerablemente de este último, el de los escultores.

Se presentó esta que se llama época de renacimiento brillante y magnífica en extremo. De la grandeza de la iglesia de San Pedro no hubo templo alguno en Grecia y en Roma; y ya llevamos dicho que de todos cuantos monumentos de esta clase se erigieron despues, se quedó el primero en mérito y grandeza como en el órden cronológico: los escultores y pintores de la misma época tambien se quedaron los primeros. Los nombres ya citados, los de Miguel An-

gel, de Andrés del Sarto, del Parmesano, del Torrigiano, del Primaticio, de Benvenuto Celini y otros, por ninguno han sido eclipsados ni igualados. Así la primera mitad del siglo XVI fué el apogeo de las nobles artes en Italia, donde parece que la naturaleza tuvo á gala agrupar en aquel período sus mas grandes genios, de modo que la segunda mitad del mismo siglo, aunque tambien de brillo, aparece en comparacion desnuda de interés y mérito.

En España tambien cuentan las bellas artes larga fecha, quizá tan alta como la de Italia. Hasta fin del siglo XV fué mayor el número de los escultores que el de los pintores. Mas de cincuenta se cuentan de los primeros entre entalladores, tanto en piedra y en madera como en estatuarios, cuyas obras se admiran todavía. Las estatuas carecen de correccion y de dibujo; mas en materia de adornos, de sillerías de coro, de lujo y suntuosidad en retablos y sepulcros, nos quedan del siglo XIV y XV monumentos admirables. La arquitectura, era la magnífica que se usaba entonces, y de que tan alta prueba dan nuestras catedrales. En pintura estábamos mas escasos, siendo de notar que este arte floreció mucho menos que el primero tanto en dichos siglos, como en los dos primeros tercios del XVI.

La escuela de nuestros grandes artistas que desde esta época quisieron distinguirse, fué la Italia. Allá corrieron atraidos de la fama de los grandes hombres, bajo cuyo aprendizaje se pusieron, cuyas obras y los grandes modelos del antiguo, eran objeto de su estudio. Sin embargo, los artistas, sobre todo pintores de gran fama, que produjo España, no pertenecen al tiempo de Carlos V. En escultura aprovechamos mas, y entre otros artistas distinguidos floreció Alonso Berruguete, que lució en España las lecciones que recibió en Italia.

Con respecto á la arquitectura restaurada, ó greco-romana, tampoco nada de grande produjo en España durante la misma época. Los grandes monumentos de este género estaban destinados para el reinado de Felipe.

Las demás naciones de la Europa presentan en la primera mitad del siglo XVI incomparablemente mayor escasez que nuestra España. La Francia no produjo en toda esta época un arquitecto, un escultor, un pintor célebre. A últimos del siglo XV se erigió en Inglaterra un grandioso monumento de arquitectura; á saber, la capilla de Enrique VII pegada á la misma iglesia de Westminster;

mas fué por el estilo gótico. Por lo demás, ningun pintor ni escultor, cuyas obras se celebren con elogio. Los Paises-Bajos produjeron al pintor Lucas de Leyden ó Lucas de Holanda, que raya entre los grandes de su clase. Igual suerte tuvo Alemania con Alberto Durer ó Durevo de Nuremberg, y aun mas brillante la Suiza con Juan de Holbein ó Holpein, natural de Basilea, que retrató á Erasmo, al cardenal Wolsey, al famoso Tomás Moro, y por su gran reputacion fué admitido al servicio del rey Enrique VIII de Inglaterra.

Se puede decir que en la mitad del siglo XVI fué Italia la monopolizadora de las nobles artes. Sus profesores debieron adquirir un nombre célebre y famoso entre los mas esclarecidos. Así sus obras fueron apetecidas, deseadas con ardor, compradas á los precios mas subidos por los que hacian de su posesion un objeto de lujo y magnificencia. Así se vieron los artistas mismos objeto de admiracion, de entusiasmo y hasta de respeto, por los primeros personajes de la época. Rafael vivia con toda la riqueza, y hasta el boato y esplendor de un príncipe. Correspondieron las exequias á tanta nombradía, y su cadáver fué acompañado al sepulcro por los hombres mas esclarecidos. En el salon del Vaticano, donde se le puso de cuerpo presente, figuraba como adorno principal su cuadro de la Transfiguracion, que acababa de pintar; el primer monumento de este arte en todo el orbe. No se desdeñó el emperador Carlos V, hallándose en el taller del Ticiano, de coger del suelo el pincel, que por casualidad se habia caido al artista de la mano. ¿Qué favores y obsequios se podian negar á los que imprimian en lienzo ó en tabla con tanta fidelidad y maestría la imágen de los príncipes; á los que dirigian la fábrica de la iglesia de San Pedro; á los que pintaban sus cúpulas; á los que decoraban los salones del Vaticano; á los que adornaban los templos con monumentos tan magníficos del arte? Sus grandes y eminentes profesores han dado en cierto modo la ley en todos tiempos. ¿Qué no debia suceder, cuando eran á la par de eminentes, tan escasos?

El buen tiempo para las ciencias naturales y exactas no habia venido todavía, ni en Italia, ni en las demás naciones de la Europa. No fué en este sentido aquella primera mitad del siglo XVI, época de renacimiento; lo fué de una invencion grande, magnífica, de la mayor importancia, única en su línea. Mientras Rafael pintaba, y Miguel Angel esculpia, meditaba un sabio oscuro del Norte de Ale-

mania su sistema solar ó planetario, en que se daba fijedad al sol, y se hacia mover á la tierra como á los demás planetas en derredor de dicho astro, considerado como centro del sistema. Para algunos no fué Copérnico el inventor; mas siempre será una gloria suya haberle estudiado, modificado y reproducido, sin tener en cuenta la oposicion encarnizada que iba á encontrar en las doctrinas y creencias dominantes. De todos modos, la aparicion de este sistema no hizo gran ruido por entonces. Estaban los papas demasiado ocupados en sus guerras, de sus placeres, de sus artes, y del aspecto religioso que presentaba la Alemania, para dar demasiada importancia á una teoría, que tal vez tomaron como un sueño, como un extravío de la fantasía, como son considerados en un principio todos los inventos. Con el tiempo fueron mas serias las inquietudes, y mas pesados los disgustos.

El descubrimiento de Copérnico fué el único de su clase en aquella primera mitad del siglo XVI: hasta la segunda no fué verdaderamente estudiado, aplicado y meditado. En ciencias exactas y física natural se daban pocos pasos. No habia venido todavía la época de la experiencia, y en las universidades se continuaba bajo la tutela de Aristóteles. Se cuidaban mas los hombres de la astrología judiciaria, que de verdadera astronomía, y corrian con la misma ansia que en los tiempos anteriores, tras de los misterios y ofertas de la alquimia. En matemáticas puras se hacian los progresos que son tan naturales, hallándose bien sentados los elementos de la ciencia; sobre todo, inventada ya el álgebra, uno de los mas poderosos que la desarrollan. En el arte de la navegacion se hicieron, sin duda, los grandes progresos que eran necesarios, en vista de los mares inmensos que en todos sentidos se cruzaban, y los paises vastos y lejanos que se descubrian. Los adelantos de la navegacion y geografía eran precisamente simultáneos. La historia natural, por poco que los hombres se mostrasen observadores, no podia menos de seguir sus huellas.

Las ciencias eclesiásticas tambien debieron sin duda de progresar mucho en aquel tiempo, en que la imprenta se consagraba en gran manera á la difusion de la Biblia y de los santos Padres, en que tantas plumas sabias se dedicaban á traducir en latin los de la iglesia griega, á fin de hacer mas fácil su lectura. Las contiendas religiosas que en aquella época se suscitaron, sin duda sirvieron de nuevo estímulo al estudio, en unos por curiosidad, en otros por

fortalecer sus creencias, y en no pocos para buscar armas con que presentarse en la batalla. Mas de estas guerras, y del movimiento que en el espíritu de los hombres imprimieron, hablaremos con mas extension en adelante.

En cuanto á las letras puramente humanas, eran visibles los progresos en todos los puntos de Europa, y el nuevo gusto que en sus diversos ramos se iba desplegando. Era, como ya hemos insinuado, favorito y como de moda el de los grandes modelos de la antigüedad, que la imprenta infatigable reproducia en diversas formas, originales los unos, traducidos al latin, y aun á lenguas vulgares otros, satisfaciendo apenas el ansia con que se buscaban (1). Los historiadores y poetas eran los mas apetecidos, y los que se imitaban cual mas, cual menos, en todas las composiciones de ambas clases. El arte militar no fué menos objeto de indagaciones que los otros. Con Ciceron y Tucídides, se estudiaba á Polibio, á César, á Vegecio.

Fué suerte de Italia haber florecido en la primera mitad del siglo XVI, tanto en literatura como en artes, hasta el punto de reducir la segunda con pocas excepciones casi á un estado insignificante. Ya desde la última mitad del siglo XV en Roma, en Venecia, sobre todo Florencia, en la corte de los Médicis, florecieron ingenios grandes en verso, en prosa; profesores célebres de literatura antigua, que difundian su gusto en toda Italia. Los Policianos, los Poggios, los Pontanos, los Philelfos eran buscados, protegidos, festejados por los grandes personajes, por los príncipes que tenian á honor el contarlos entre sus primeros cortesanos. A la mesa de Lorenzo de Médicis el Magnífico, padre del papa Leon X, se celebraban y cantaban los poemas de Policiano, el Morgante del Pulci, el Orlando enamorado de Mateo Boyardo. A principios del siguiente, encantó la Italia Ariosto con su magnífico poema, el mas fecundo en bellezas de toda especie que salió de manos de hombre; donde lo maravilloso de la invencion compite con lo ingenioso del tejido; donde se disputan la palma todos los géneros, desde el bufon hasta el sublime; donde se pasea la imaginacion por un laberinto de descripciones que embelesan; donde los personajes son sin número con una variedad de caractéres que sorprende; donde el lector no se pierde en lo enmarañado de

(1) De los progresos que hacia este arte tipográfico, deponen las hermosas ediciones de aquel tiempo, en Italia, Alemania, en los Paises Bajos y aun en algunos puntos de España, aunque en escala mucho menor que en dichos paises extranjeros.

tantas aventuras; donde no se cansa ni fatiga con tantas batallas, y sobre todo con tantos duelos de hombre á hombre; donde el poeta supo celebrar todas las glorias de las principales familias de su tiempo, y tuvo la admirable habilidad de sostener la atencion, y cautivar la curiosidad durante cuarenta y seis cantos cuya circunstancia solo depone de la gran belleza de su poesía. Todo esto se encuentra en el Orlando Furioso, produccion admirada por cuantos hombres aman la literatura, y se precian de buen gusto en todos los paises de la tierra.

En la corte del magnícco Leon X tenian acogida y proteccion cuantos en las letras valian y brillaban. Ningun medio y estímulo se omitia para aunar el ingenio, producir imitaciones y restauraciones de lo antiguo, ó nuevas creaciones. Los cardenales Bibiena, Sadolet y Bembo daban el ejemplo. Delante del pontífice se representaban comedias imitadas de Plauto, dándose al poeta mucha mas libertad y mas ensanche de lo que á los oidos de un vicario de Cristo convenia. Mas dejaremos para su tiempo y lugar semejantes consideraciones. Otro cardenal (el Trissino), publicaba su *Italia liberatta da i Gotti*, que aunque no de un gran mérito, contribuyó al aumento de la riqueza literaria. Al mismo tiempo que tanto se distinguian los poetas, tambien brillaban los prosistas. Guichiardini, Giannone, Paulo Jovio y otros, aspiraban á imitar en sus producciones históricas á los Herodotos y los Tito-Livios, y empezaron la nueva época de los historiadores.

Entre los grandes ingenios de aquel tiempo se debe un lugar distinguido á un hombre célebre por sus producciones igualmente que por las grandes vicisitudes de su vida pública; un hombre que hizo grandes servicios, y desempeñó comisiones importantes y sumamente delicadas; que estuvo en cárceles y sufrió tormentos; que escribió la historia de su patria; que trabajó comentarios sabios sobre Tito-Livio, aplicados á su tiempo, que dió lecciones de reinar á príncipes; que escribió lo mejor que se dió á luz en aquel tiempo sobre el arte de la guerra, y entre otras producciones del género festivos, compuso las dos mejores comedias de la época. El nombre Machiavelli ó Maquiavelo, como nosotros le llamamos, es grande y famoso, sin que los tres siglos que le separan de nosotros le hayan hecho perder nada de su mérito, considéresele bajo cualquiera de los conceptos en que ha brillado. Como historiador es profundo; como publicista sagaz y conocedor de las cosas y los hombres de su

tiempo; como ingenio agudo, lleno de sales, nutrido del buen gusto que animaba á los antiguos; como escritor militar, dió á entender que si no mandó ejércitos, no hubiera tal vez figurado mal á su cabeza. Sobre su tratado del Príncipe, que es una escuela de déspotas y tiranos, se formaron en la Europa diversas opiniones. Al principio se creyó de buena fe que los consejos que daba á los príncipes eran sus propias ideas, lo que imprimió una mancha de infamia en el nombre de Maquiavelo, haciéndole pasar por factor y cómplice de todos los tiranos; con el tiempo se modificó esta opinion, y se quiso ver en el príncipe de Maquiavelo, no consejos dados de buebuena fe, sino verdaderas advertencias á los pueblos. En el dia tal vez revive la primera opinion, y pasa como cosa recibida que el autor expresó francamente sus ideas, y aconsejó á los príncipes lo que estaba mas en las opiniones y política del tiempo. Lo que aparece es que en sus acciones como hombre público se mostró equívoco, y tanto se puede creer que tuviese principios liberales, como los opuestos. Sin embargo fué hasta cierto punto mártir de la libertad de su pais (Florencia), y uno de los grandes apóstoles de la independencia de la Italia.

A España no habia llegado el tiempo de oro literario en la primera mitad del siglo XVI; tal vez no fuimos menos ricos en la última del siglo XV. El rey don Juan II protegia las letras, y no se mostró mal poeta y trovador, distinguiéndose mas en este género que como rey y gobernante. La tierra que cultivaba con amor llevó sus frutos. Los nombres del marqués de Santillana, del marqués de Villena, de don Jorge Manrique, de Juan de Mena, de Macías, del Bachiller de Ciudad-Real, etc., figuran todavía con gran esplendor entre nosotros. Mientras estos ingenios brillaban en el campo lozano de la literatura, escribia sobre materias eclesiásticas y civiles el Tostado obispo de Avila el prodigioso número de volúmenes, cuya vista sola agobia la imaginacion bajo el peso de tal fecundidad quizá única entre todos los escritores antiguos y modernos. En el reinado siguiente, y en el inmediato, florecieron Hernan Perez de Guzman, Hernando del Pulgar, sabio coronista de los reyes Católicos, y entre otros el ingenioso autor de la tragicomedia *Amores de Calisto* y *Melibea,* ó sea *La Celestina*. Y mas al siglo XV que al siguiente pertenece Antonio de Lebrija, célebre humanista historiador, filólogo, gramático, expositor sagrado, poeta, médico, una de nuestras grandes riquezas literarias.

En la primera mitad del siglo XVI descuella un poeta insigne, que fijó á tal punto la lengua de su arte, que aparecen sus obras como si estuviesen escritas de estos dias; poeta que adoptó el endecasílabo italiano como regla; poeta que en sus églogas imitó casi á la letra, é igualó en dulzura varios pasajes de Virgilio, aunque en otros no fué tan feliz, y se mostró sobre todo muy oscuro. Se presentó Garcilaso casi solo en la escena poética del principio de aquella época: no tuvo rivales ni aun participantes de su gloria. Su amigo Boscan, y cuyo nombre va asociado con el suyo, adoptó igualmente, y le sugirió la idea del verso endecasílabo. Mas no alcanzó su fama, aunque las obras de ambos se hayan publicado algunas veces juntas. Al mismo tiempo que la poesía pastoral y lírica comenzaba á florecer, salia de su cuna la dramática. Villalobos, Naharro, Timoneda y Lope de Rueda, presentaban ensayos, ya en versos ya en prosa, ora imitando y traduciendo á los antiguos, ora imaginando asuntos nuevos; aquí en piezas de carácter y de abierta censura de costumbres, allí creando el género novelesco, á cuya invencion rindieron homenaje, consagrándola como ley, los ingenios que les sucedieron. Mas á pesar de lo mucho que se adelantaba, ni en este género dramático, ni en ninguno de los que constituyen la bella literatura, si hacemos excepcion de Garcilaso, pasó la época de Carlos V de ser un simple preludio de la de su hijo.

Lo mismo podemos decir de los demas ramos del saber y la literatura, aunque con excepciones importantes. Acerca de cuatrocientos asciende el número de escritores, cuyas obras se publicaron en España desde principios del siglo XVI hasta 1556, fin de la dominacion de Carlos V. Entre ellos hay algunos que adquirieron el gran lleno de su reputacion, un poco antes ó despues de dicha época; mas los incluimos, por haber tenido lugar en ella la publicacion de alguna ó la mayor parte de sus producciones. Pertenece á la primera clase, entre otros, el historiador y cronista Hernando del Pulgar, Rodrigo Cota, ya citados; y sobre todo, la grande gala española literaria, el gran monumento de lo que entonces se sabia; á saber: Antonio de Lebrija, nacido en 1444, y fallecido en 1522. Así como hemos insinuado, pertenece mas al siglo XV que al siguiente.

Entre estos escritores se encuentran cultivados casi todos los ramos del saber y la literatura en sus diversos géneros. En ellos hay historiadores, médicos, juristas, matemáticos, astrónomos, poetas

en latin y en castellano, traductores tanto de italianos como de clásicos, griegos y latinos. Los mas pertenecen á la clase sagrada y religiosa; ya como teólogos dogmáticos, ya como expositores, ya como controversistas, género tan cultivado en aquella época de contiendas religiosas. Dejando aparte esta clase de autores religiosos, se distinguen entre los escritores de aquella época, los nombres de Perez de Guzman, Perez del Pulgar, Rodrigo Cota y Antonio de Lebrija, ya citados; los de Alfonso de Ojeda, Francisco de Gomorra y Gonzalo de Oviedo, historiadores y cronistas de las Indias; de Bernal Diaz del Castillo, historiador de la conquista de Méjico, obra preciosa, por haber sido el único testigo ocular narrador de aquella empresa; de Florian de Ocampo, que comenzó la crónica general de España, continuada por Morales; de Alfonso de Ulloa (1), historiador de Carlos V y de su hijo; de Alonso Herrera, sabio escritor de agricultura; de Andrés Laguna, sabio médico, ilustrador de Dioscórides, y autor de muchas obras en su ramo; de Alfonso García Matamoros, célebre humanista, que escribió varios tratados sobre la oratoria; de Alfonso de Orozco, que, como excepcion de la regla, mencionamos por la profusion de sus escritos religiosos; de los Argensolas, ya algo conocidos en aquella época (2); de Alvaro Gomez de Castro, biógrafo del cardenal Jimenez de Cisneros; de Alvaro Gomez de Ciudad-Real, historiador y poeta (3); de fray Bartolomé de las Casas, tan conocido por sus obras en favor de los indios; de fray Bartolomé de Carranza, que aunque teólogo, mencionamos, en atencion á lo ruidoso de su nombre en tiempo de Felipe II; de los santos Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, que insertamos por la misma causa; de Diego Cobarruvias y Leiva, insigne jurisconsulto; de Diego Gracian de Alderete, traductor de Jenofonte, Plutarco y Tucídides, historiador, además, y autor militar; de Diego Gomez de Ayala, traductor de Sanazzaro, é imitador de Bocacio; de fray Domingo de Soto, teólogo que tambien mencionamos, por haberse hecho célebre en el concilio de Trento; de Feliciano de Silva, escritor de caballería andante; de Fernando de Córdoba, hombre sapientísimo, que escribió de casi *omni scibili*; de Hernan Cortés, que tambien escribió cosas de Indias; de Fernando de Magallanes, que nos dejó el diario de su navegacion; de

(1) Su nombre pertenece mas al reinado de Felipe II que al de su padre.
(2) Pertenece casi exclusivamente á la siguiente.
(3) Pertenece mas al siglo XV.

Fernando Nuñez de Guzman, traductor en latin de la griega versio de los Setenta; de Francisco de Encinas, traductor del Nuevo Testamento del griego al castellano; de Gerónimo de Chaves, matemático y cosmógrafo; de Gerónimo Sampere, autor de la Carolea, y poeta en verso heróico; de Gerónimo de Zurita, analista de Aragon; de Gerónimo Urrea, historiador humanista, escritor militar, traductor del Ariosto; de Hugo de Urries, traductor de Valerio Máximo; de Juan Strany, expositor de Plinio y Séneca; de Juan Ginés de Sepúlveda, historiador, filósofo, matemático, humanista y jurisconsulto; de Juan Luis Vives, escritor de *omni scibili*; de Juan de Malara, escritor dramático; de Bartolomé de Torres Navarro, Juan de Timoneda y Lope de Rueda, ya citados (1); de don Lorenzo de Padilla, anticuario, historiador, geógrafo; de Martin Cortés, cosmógrafo y navegante; de Miguel de Urrea, traductor de Vitrubio; de san Pedro de Alcántara; de Pedro Ciruelo, lógico, matemático y astrólogo; de Pedro Mejía, historiador y helenista; de fray Francisco de Valverde, historiador de las guerras de América; de Alfonso de Córdoba, doctor en artes y medicina, que publicó tablas astronómicas; de Alfonso de Fuentes, poeta humanista, astrónomo y astrólogo; de Alfonsa de Salmeron (2); de fray Antonio Guevara, cronista de Carlos V; de Antonio de Torquemada, autor del libro de caballería de Olivante de Laura; de Bernardo de Vargas, escritor del mismo género (don Cironguillo de Tracia); de Francisco Sanchez (Brocense) (3); de Gonzalo Perez, traductor de la Odisea de Homero del griego al castellano (4).

Se ve por esta corta enumeracion á que pudiéramos dar muchísimos ensanches, que dejando aparte la teología y demás ciencias religiosas y eclesiásticas, casi todos los ramos del saber y la literatura se publicaban en España en la época de Carlos V (5).

Si pasamos á Francia, encontraremos sobre literatura mas esterilidad que en nuestra patria. En los siglos XV y XVI fuimos, sin duda, mas ricos que ella, en todas clases de literatura. Sus poetas,

(1) Estos dos últimos pertenecen mas al reinado de Felipe II que al de su padre.

(2) No se imprimieron sus obras hasta el reinado de Felipe II.

(3) Pertenece mas al reinado de Felipe II.

(4) Idem.—Tenemos que advertir que una gran parte de estos autores pertenecen en el órden cronológico á las dos épocas de Carlos V y de su hijo Felipe II, por lo cual no se les puede excluir de la primera.

(5) Véase la Biblioteca nueva de don Nicolás Antonio.—Al fin de esta obra se dará un catálogo por órden alfabético, de los escritores, artistas y demás personas de gran nombre que florecieron en España durante el siglo XVI.

sobre todo en la primera mitad del siglo de que hablamos, fueron pocos, y apenas ya leidos, si exceptuamos tal vez á Clemente Marot, del que en otro capítulo hablaremos. Francisco I protegia las letras, aunque probablemente no merece el título de padre suyo, que algunos le regalan. El mismo era poeta, y hacia versos. Entre los prosistas sobresalen Amyot, que tradujo á Plutarco y las pastorales de Longo; la reina de Navarra, hermana de Francisco, que publicó cuentos aun leidos y apreciados en el dia con el nombre de los cuentos de la reina de Navarra; y sobre todos, el famoso Rabelais, cura de Meudon, que en estilo original, y bajo el manto de ficciones alegóricas estravagantes y chocarreras, hizo tanta burla de casi todas las cosas de su siglo (1). La lengua francesa de aquel tiempo distaba mucho del estado en que la vemos en el dia. Apenas estas obras se comprenden sin glosario explicativo, en lugar de que las nuestras de la misma época, son para nosotros claras, á excepcion de alguna que otra voz caida ya en desuso, y de algunos giros de frase tambien condenados al olvido (2).

En Inglaterra y en Escocia todavía encontraremos mas esterilidad que en Francia. Ni poetas ni prosistas de aquella época tienen hoy un nombre y fama en Europa. De esta regla se puede presentar como excepcion á Tomás Moro, tan conocido en el mundo literario por su Utopia, y en la historia por haber preferido un cadalso á la retractacion de sus ideas religiosas. Tambien Enrique VIII figuraba en el mundo literario por un libro de controversia mas famoso por el nombre de su autor, que por su mérito, á lo que dicen los inteligentes.

En general los grandes escritores de aquella época tanto en Inglaterra como en Escocia, como en los Paises-Bajos, como en Alemania, tienen tal conexion con las controversias religiosas que entonces se agitaban, que solo se podrá hablar de ellos cuando se trate esta materia. Tanto dentro de estas como fuera, aunque su carácter fué siempre muy ambiguo, se puede considerar como una gran lumbrera literaria al sabio Erasmo, holandés, autor de muchas obras sagradas y profanas, gran teólogo, gran crítico, grande

---

(1) Rabelais es uno de los autores mas dignos de estudio de la época por su manera original, por el gran fondo de instruccion y de erudicion que en medio de mil extravagancias y obscenidades manifiestan sus escritos.

(2) Sobre los autores extranjeros entraremos en mas explicaciones cuando lleguemos al tiempo de Felipe II.

humanista, helenista distinguido, muy zeloso de la restauracion de los tesoros de la antigüedad, traductor de algunos padres de la iglesia griega, y que por haber escrito casi siempre en latin, y no tener residencia fija en parte alguna, se puede considerar como un hombre sin mas nacionalidad que de europeo.

No terminaremos este artículo relativo al saber de la primera mitad del siglo XVI, sin consagrar algunas líneas á lo que sin duda debió de contribuir al aumento de sus luces; queremos hablar de los descubrimientos, peculiaridad tan gloriosa y distintiva de la época. Increible parece que desde 1492 en que Colon aportó por primera vez á la isla de San Salvador, apenas se pasó medio siglo sin que se hubiesen descubierto, recorrido y conquistado en el nuevo continente mas regiones que lo que abraza el triple de la superficie de la Europa; y no olvidemos que casi al mismo tiempo que conquistaba Cortés el imperio Mejicano, descubria Magallanes el estrecho de su nombre; llegaba á las Indias Orientales por el rumbo del Poniente, tal vez el mismo objeto que Colon se propuso en un principio, y siguiendo siempre la misma direccion, tuvo uno de sus navíos, mandado por el español Sebastian de Elcano, la gloria de ser el primero que recorrió toda la circunferencia de la tierra. Por fabulosas tendríamos aquellas expediciones y conquistas, si no hubiesen sido como de ayer, si los mismos resultados materiales no fuesen pruebas evidentes de los hechos. ¿Qué eran estos otros hombres que tanto osaban y emprendian? Mas todo lo explica el corazon humano, ardiendo en deseos de fama, devorado de ambicion, sediento de oro, á quien se abria en el nuevo mundo un campo de fortuna, cerrado tal vez por falta de nacimiento ó de favor en el antiguo. Así se comprenden aquellas expediciones gigantescas y osadas, emprendidas con tan escasos medios, aquellas rivalidades de los mismos jefes y caudillos, aquellas guerras civiles que en medio de las mismas conquistas se encendian. Conquistó el imperio Mejicano Hernan Cortés contra la voluntad y en completa rebeldía contra el gobernador de Cuba; fué ajusticiado Nuñez de Balboa por los mismos suyos, despues de haber descubierto el mar del Sur; y Pizarro y Almagro se hicieron la mas cruda guerra despues de apoderados del vasto y opulento imperio de los Incas. A una de estas escisiones se debió el descubrimiento de todo el pais que media entre la Florida y el Norte del imperio Mejicano. Por otra separacion de las tropas de Pizarro en disidencia el mismo de

su jefe principal, descubrió Orellana el rio de las Amazonas; y embarcándose en él sin saber su direccion, descendió mas de ochocientas leguas, abriéndose paso por medio de salvajes, hasta que se vió, con gran sorpresa suya, en las costas del Atlántico. Por un efecto de igual desavenencia se conquistó á Chile. Así por una mezcla de casual combinacion de valor, de audacia, de rivalidad y de discordia, desde el orígen del Misisipi hasta el paralelo de la embocadura del rio de la Plata, todas las regiones á donde habian llevado su planta aquellos impávidos aventureros, estaban ya por los años de 1542 sujetas á la corona de Castilla.

CAPITULO VIII.

Contiendas religiosas en la época de Carlos V.—Lutero y Alemania.—Dietas.—Protestantes.—Confesion de Augsburgo.—Guerra de los paisanos.—Anabaptistas.—Interim.—Tratado de Passau.—Primer concilio de Trento.

No sin gran recelo entramos en un asunto tan de suyo delicado, donde es difícil acertar por circunspeccion y prudencia que se observen. No tocaríamos esta parte de las contiendas religiosas del siglo XVI, si en sus anales no hiciesen un papel tan distinguido. Mas creeríamos dejar incompleto el bosquejo que tenemos entre manos, si pasásemos por alto de acontecimientos importantes que influyeron en los destinos de tantas naciones de Europa y aun fuera de nuestro continente. Cumpliremos pues, aunque á pesar nuestro, con el deber de historiadores, penetrados de nuestra incompetencia para ser otra cosa en la materia, que expositores simples de hechos. Narraremos, no demostraremos. Hablaremos de controversias, de escisiones, de guerras religiosas como puntos puramente históricos. Como tales, haremos mencion de hombres, que sin pensarlo ellos mismos, sin prepararse á ello, por una casual combinacion de circunstancias, se hicieron célebres en el mundo, alteraron sus creencias, hombrearon, siendo de una condicion oscura, con los mismos reyes, y en ciertos casos triunfaron de su política, del brillo de su majestad, de la fuerza positiva de sus armas.

Inmediatamente que un dogma teológico ó religioso se establece, surgen en derredor explicaciones y comentarios, que si unos se atienen á su espíritu y contribuyen á mantener la unidad en el

cuerpo de creyentes, se alejan otros de él, formando bandos ó escisiones que muchas veces sin respeto á la conciencia ajena se aborrecen y combaten mutuamente. Cuanto mas superiores son estos dogmas ó creencias á nuestra comprension, mas campo abren á sutilezas, á sistemas ingeniosos, á la ambicion del amor propio, que tanto gusta de lucir y abrirse un camino que el vulgo no conoce, para captarse despues su admiracion, poniéndose á tanta altura de su limitada inteligencia. No se ve, no se ha visto otra cosa, en cuantos sistemas religiosos aparecieron en varios puntos y en diversas épocas. Todos tienen y tuvieron sus escisiones, sus herejías, sus sectas, que se han mirado mutuamente con mas ó menos espíritu de tolerancia, segun la naturaleza de la disputa y los intereses que promueve. No todos los judíos, ni todos los mahometanos, ni todos los adoradores de Brama, piensan absolutamente las mismas cosas, ni están completamente acordes en materias de creencia. Todas estas religiones tienen sus doctores, sus comentadores, que han explicado sus libros sagrados á su modo, y dividido la masa general en tantas sectas, cuantos son los que se erigen en jefes de doctrina.

Lo mismo debió de haber sucedido, y con efecto sucedió en el cristianismo. Desde los primeros siglos de la Iglesia se suscitaron en su seno varias escisiones ó herejías (1), pues con este nombre se conocen. Solo los muy versados en la historia y materias eclesiásticas, son capaces de contarlas, definirlas y explicarlas; tal es su número y la diversidad de sus doctrinas. Mientras la Iglesia permaneció en su oscuridad, meramente tolerada, cuando no abiertamente perseguida, debieron de ser estos heresiarcas poco conocidos de la gran masa de los fieles. Mas despues que la religion se vió triunfante, y como sentada sobre el trono, comenzaron igualmente á adquirir publicidad las sectas heterogéneas que la dividian. Comenzó el amor de la disputa, el gusto de sutilizar, la ambicion de ser jefe de escuela, el espíritu de intolerancia y las demás pasiones que á las primeras son anejas; comenzaron, decimos, á turbar la paz de la Iglesia, en un sentido muy diverso de los emperadores que la habian proscrito. Era un asunto indispensable de que no podia prescindirse, el cortar de raiz esta disidencia en las doctrinas. Para ello fué preciso que los prelados, ó jefes, ó inspectores

(1) Heregía, hæresis, airesis, eleccion, secta.

de las principales iglesias locales, que los presbíteros de mas santidad, mas prestigio y mas ciencia, se reuniesen para explicar, comentar, definir los principales puntos de doctrina, y decidir en cuerpo los que debian admitir y profesar la masa de los fieles. Es lo que hicieron los concilios generales. Cuando al fin de las sesiones de uno, parecia quedar asegurada la concordia de la Iglesia, se suscitaba otra nueva tempestad, que hacia indispensable la celebracion de otro, cuyos resultados eran tan precarios como los del precedente. En ninguna época dejaron de ser indispensables estas reuniones ó concilios; en ningun siglo dejaron de aparecer hombres argumentadores, sutiles y díscolos, arrastrados unos de sus ilusiones, y otros por la mala fe, que propalaban y sustentaban doctrinas nuevas, ó bien anteriormente reprobadas, ó que provocaban nuevos comentarios (1). Cuanto mas se argüia y disputaba, mas y mas se agrandaba la arena de la controversia. En estas disputas y conflictos, no solo se excitaban odios y fomentaba la discordia, sino que el espíritu de intolerancia se manifestaba en hechos. Hubo desórdenes, violencias y persecuciones, obispos expulsados de sus sillas, despojados de su dignidad, confinados en destierros y proscritos. Algunos fueron separados del seno de su grey y vueltos á sus brazos á fuer de tumultos populares. Uno de los primeros prelados, y hasta oráculo de su siglo, san Atanasio, fué por sus doctrinas cuatro veces expelido y restituido otras tantas á su silla patriarcal de Alejandría.

En la iglesia latina no se levantaron tantas herejías como en el seno de la griega. No eran los del Occidente tan sutiles, tan disputadores, quizá tan sabios como los de Oriente. Mas si no se mostraron tan hábiles para argumentar, fueron mas duros en manifestar su intolerancia. Bien conocidos son en la Europa los horrores, la sangre y calamidades de todo género, que á principios del siglo XIII acarreó la herejía de los albigenses, llamada así de la ciudad de Alby, en el Mediodia de Francia, donde tuvo su primer

(1) Se cuentan veinte y cuatro concilios en los tres primeros siglos de la Iglesia; setenta y dos en el cuarto; setenta en el quinto; cincuenta y seis en el sexto; cincuenta y cuatro en el sétimo; veinte en el octavo; ciento y siete en el noveno; cincuenta en el décimo; noventa y seis en el onceno; cincuenta y cinco en el duodécimo; ochenta y ocho en el décimotercio; setenta y tres en el décimocuarto; cuarenta y dos en el décimoquinto; diez y siete hasta el de Trento, inclusive, en el décimosexto. De tantos concilios, solo diez y nueve son conocidos con el nombre de concilios generales; sea por el gran número de prelados que á ellos concurrieron, sea por la importancia de sus decisiones ó por su aplicacion á todo el cuerpo de la Iglesia. Los otros no tuvieron tanta importancia, ó por la naturaleza misma del negocio, ó ser este de un interés local, que no afectaba mas que á una parte de los fieles.



asiento. Se mezcló la política meramente humana en estas controversias, ó por mejor decir, las tomó acaso por pretexto, para fomentar sus intereses. Varios príncipes se declararon en pro; muchos mas en contra. La cosa se presentó tan formal, que le fué preciso al papa Inocencio III predicar una cruzada para la extirpacion de aquella secta. Tuvo esta cruzada efecto, y el pontífice romano fué muy bien obedecido; pocos caudillos ó jefes se podrian encontrar de mas celo, de mas pericia militar, de mas prontitud para proseguir y castigar los enemigos de la Iglesia que Simon de Monfort, á quien esta guerra hizo tan célebre. Fueron los albigenses vencidos en mas de una batalla, y aunque obtuvieron algunos triunfos parciales, los pagaron tan caros como su herejía. Quedaron arruinados, y por el pronto despojados los príncipes fautores. Quedaron los campos asolados, muchas poblaciones yermas, mas de la mitad de las plazas fuertes arrasadas. Un monumento mas durable nos resta aun de aquellas convulsiones; á saber: el establecimiento del tribunal de la Inquisicion en Roma, destinado al castigo y extirpacion de la herejía.

Algun tiempo despues, otra llamarada semejante ocurrió en el pais de Vaud al pié de los Alpes, lo que hizo designar aquellos sectarios con el nombre de valdenses. Aunque se extirpó del mismo modo, no fué de uno tan terrible, por lo menos activo y extendido del incendio.

Comenzaba á prevalecer por aquellos tiempos una opinion, que sin tener nada de herética en sí misma, servia como de argumento para los que en esta escision se declaraban en contra de la Iglesia. Los grandes prelados, los que se decian sus príncipes, no siempre arreglaban su conducta al ejemplo que les habian dejado los apóstoles. Sus grandes riquezas, su lujo, su fausto, el poder de que muchos de ellos estaban revestidos, parecian á los ojos de muchos desdecir de la simplicidad de las costumbres de la primitiva Iglesia. No en todas ocasiones se mostraban los papas, sucesores dignos de san Pedro. Eran visibles los abusos que hacian en varias ocasiones de su autoridad, sea en beneficio de sus propios intereses, ó de las personas que les eran mas adictas. Estas especies se propagaban, hacian impresion y provocaban la censura en cuantos por pensadores se tenian. No dejaba, pues, de ser comun la opinion y el deseo de introducir reformas, no precisamente en el dogma, sino en la disciplina, en la conducta, en las riquezas de los potentados de



WICLEFF

la Iglesia. Los albigenses y valdenses se preciaban de una moral mas austera, mas arreglada al Evangelio y á las costumbres de la primitiva iglesia que sus perseguidores. Ya veremos reproducida esta profesion, y reforzado el argumento de otro modo mas elocuente, con resultados mas positivos y trascendentales.

Todo el resto del siglo XIII se pasó sin novedades de esta especie. A fines del XIV publicó en Inglaterra sus obras Juan Wicleff, en que condenaba los poderes usurpados por la corte de Roma, el abuso que el clero hacia de sus riquezas, con otros mas cargos dirigidos entonces á los altos prelados de la Iglesia. Atacaba además el dogma de la transustanciacion, la invocacion de los santos, el purgatorio. Muy pronto condenó Roma estas doctrinas; mas se dejó morir tranquilo al heresiarca, á favor de ciertas explicaciones de lo que en sus escritos se halló mas digno de reparo. Formaron, sin embargo, los discípulos de Wicleff á su muerte una faccion, que con el nombre de Lolards agitó la Inglaterra durante algunos años, y no pudo ser exterminada hasta ya entrado el siglo XV.

A principios de este mismo siglo se esparcieron por Bohemia los escritos de Wicleff, y sus doctrinas fueron abrazadas por Juan de Huss, Jerónimo de Praga y Jacobo Messein, teólogos de gran reputacion, y conocidos por la severidad de sus costumbres. Inmediatamente comenzaron á esparcir sus nuevas doctrinas por escrito, y con sermones elocuentes. Fué llamado Juan de Huss á Roma á dar cuenta de sus doctrinas; mas habiéndose á muy poco tiempo despues convocado el concilio de Constanza, recibió una órden, y un salvoconducto del emperador Segismundo, para presentarse ante los padres.

Se hallaba entonces despedazada la Iglesia por un cisma que por su importancia se designa todavía con el nombre de gran Cisma de Occidente. Hacia mas de treinta años que los fieles estaban divididos en la obediencia á dos papas que ambos se decian sucesores de san Pedro. No era pequeño el escándalo que con este motivo se habia introducido en el seno de la cristiandad, ni débiles las armas que se daban á los partidarios de reformas. Para cortar estos desórdenes (1418) se habia convocado el concilio de Constanza. En él fué depuesto el papa Juan XXIII, que habia sido elevado á la silla pontificia por una faccion, comprada materialmente segun la opinion general, y declarado cismático Pedro de Luna, que se hacia llamar papa con el nombre de Benedicto XIII. A la silla pontificia fué exal-

tado Martino V, varon cuyo mérito y virtudes le granjearon la opinion de que repararia los desórdenes que daban motivo á tanto escándalo.

En cuanto á Juan de Huss de nada le sirvió el salvoconducto. Inmediatamente que llegó á Constanza, se le puso preso. Habiendo comparecido ante los padres, y héchose cargo de las doctrinas de que le acusaban, las sostuvo en pleno concilio contra sus impugnadores, y fué condenado á ser quemado vivo por no querer suscribir la fórmula de retractacion que se le proponia.

Jerónimo de Praga, discípulo de Juan de Huss, arrestado en las inmediaciones de Constanza, firmó la retractacion; mas arrepentido se desdijo de ella. Presentado ante el mismo concilio, manifestó su pesar por un acto que le habia arrancado un momento de debilidad, persistió en sus doctrinas, y las sostuvo con valor, con mas elocuencia que habia desplegado su maestro, á quien era muy superior en instruccion y en mérito. El destino que le esperaba no podia ser dudoso para nadie. Marchó Jerónimo al suplicio con resignacion; oró al pié del poste, donde le ataron encima de la pira, y en el momento que se levantó su llama, entonó un cántico que se oyó con distincion hasta que exhaló el último suspiro.

Produjo este suplicio de Juan de Huss y Jerónimo de Praga una guerra en Bohemia conocida con el nombre de los husitas, que así se denominaban sus sectarios y discípulos, guerra de venganzas y de sangre; que á pesar de ser terminada al cabo de cerca de treinta años á favor del partido dominante, dejó bajo sus cenizas un fuego oculto pronto á salir de nuevo, como se vió en efecto muy antes de cumplirse un siglo.

Se ocupó el concilio de Constanza en grandes reformas: lo mismo se hizo en los de Basilea, de Florencia y de Ferrara. Para ningun hombre de buen entendimiento era dudoso que los vicios, que los desórdenes introducidos en la Iglesia afectaban en cierto modo las creencias y daban armas á sus detractores. Mas prevalecian las intrigas, los malos hábitos, la corrupcion que se hallaba tan arraigada, y las mas de estas reformas se quedaron en proyectos. Todos los buenos deseos y el celo que á los verdaderos fieles animaban, no pudieron impedir que fuesen exaltados á la silla de san Pedro un Alejandro VI, un Julio II, un Leon X.

Al fin del siglo XV se manifestó en Italia un gran reformador, no de dogmas y doctrinas, sino de los vicios y desórdenes que enton-

ces inundaban á la Iglesia. Jerónimo Savonarola, fraile de la órden de Santo Domingo, tronó en el púlpito contra los vicios de su tiempo; anunció castigos de Dios, se dió como dotado del don de prediccion, y hasta del de milagros. No solo se mostró enemigo de los desórdenes en lo moral, sino que se mezcló hasta en la política. Establecido en Florencia se declaró enemigo de las usurpaciones de los Médicis, y por su influencia se restablecieron instituciones, todas en sentido de la libertad de la república. La influencia que este hombre ejerció en los ánimos de la muchedumbre fué, como puede suponerse, prodigiosa; mas tambien se comprenden fácilmente las rivalidades y animosidad de que debió de ser objeto. Fué su grande enemigo el papa Alejandro VI, cuyos vicios, cuyos desórdenes eran por lo regular el tema de todos sus sermones. Fué fácil á este pontífice condenarle como sedicioso y hasta excomulgarle; mas Savonarola declaraba en el púlpito que no podia privarle de distribuir la palabra de Dios y el pan de vida un pontífice inmoral, incestuoso y simoníaco. Era imposible para este entusiasta luchar por mucho tiempo contra tan formidables enemigos. Instaba Alejandro á que se le hiciese su proceso, como sedicioso, como heresiarca, á un hombre que se jactaba de profeta y del don de hacer milagros. Se le puso preso, se le formó causa, se le dió tormento; y por fin se le condenó á las llamas. Así expió su celo, sus imprudencias, la debilidad, ó tal vez la firme persuasion de que estaba llamado á reformar el mundo.

El terreno estaba, como se ve, bastante preparado, y los ánimos dispuestos, unos á desear simplemente reformas, otros á recibirlas, cuando se manifestaron en el Norte de Alemania á principios del siglo XVI las que nos proponemos bosquejar del modo, como hemos insinuado, mas sucinto y circunspecto.

Se habia proyectado y comenzado á edificar la iglesia de San Pedro en tiempo de Julio II, que manifestó la noble ambicion de erigir un monumento en Roma que superase en grandeza y magnificencia á los antiguos. El mismo ardor heredó su sucesor el papa Leon X. Como sus rentas ordinarias no bastaban ó se destinaban á otros usos, fué necesario recurrir al arbitrio de las indulgencias que se predicaban en las iglesias, y públicamente se vendian como otro artículo cualquiera de comercio. Ordinariamente eran los conventos los sitios donde se despachaban las indulgencias, y cuya distribucion y administracion no era materia de poca consecuencia. En

Alemania habian sido en un principio los frailes agustinos los encargados del negocio, que con el tiempo se trasladó á los padres dominicos. ¿Fué simplemente esta rivalidad ó este pique lo que produjo la mas grande escision que se habia introducido hasta entonces en la Iglesia? ¿Obró simplemente Lutero como un instrumento del amor propio ofendido de sus superiores? Entonces se puede decir que nnnca causa tan pequeña produjo un efecto mas grande y gigantesco.

Cuando un vaso está completamente lleno, con una gota mas desborda. Cuando un terreno está minado, con una sola chispa vuela. Si las revoluciones tienen por lo regular principios tan humildes, es porque las revoluciones ya están hechas. Les faltaba solo la gota de agua, la chispa para consumarse. La gota y la chispa fué pues aquí la venta de las indulgencias.

Hablaremos pues de Lutero, como de un hombre : de lo que hizo, de las consecuencias de lo que hizo, como de hechos que están consignados en la historia. En el exámen teológico de sus doctrinas no entraremos como cosas que no son de nuestra competencia, y sobre todo exceden nuestras fuerzas.

Nació Martin Lutero (Luther, Luder, Lother) (1) en Eisleben, pequeño pueblo del electorado de Sajonia, en noviembre de 1483. Aunque hijo de padres artesanos, le destinaron á una carrera literaria. Mientras cursó primeras letras en Eisenach vivió casi en un estado de mendicidad, cantando delante de las casas como hacian entonces muchos estudiantes pobres de Alemania. Una viuda le recogió por fin en su casa, y le sostuvo los cuatro años que duró su enseñanza en una escuela. En 1501 le envió su padre á la universidad de Erfurth, donde le sostuvo de su cuenta.

Estudió en dicha universidad teología ; gustaba mucho de esta ciencia, de la literatura, y sobre todo de la música, arte que cultivó toda su vida. Antes de decidirse por ninguna carrera, le ocurrió un accidente extraordinario que fijó su suerte. En 1505 hallándose en compañía de un amigo, le mató á este un rayo, de lo que espantado Lutero hizo un voto á santa Ana de hacerse fraile, si le sacaba del peligro. Catorce dias despues tomó el hábito de San Agustin en Erfurth, sin llevar consigo mas bienes que un Plauto y un Virgilio.

---

(1) Con estos tres nombres se ha firmado en varias ocasiones.

Entró en el claustro Lutero sin contar con su padre, que se ofendió mucho de este paso. Abrazó el estado religioso solo por cumplir su voto, sin ninguna vocacion ; él mismo lo confiesa en sus memorias. Tenia gustos demasiado profanos para la austeridad que semejante condicion exige. Ya hemos visto con qué libros se pasó del mundo á su convento. En el mismo donde tomó el hábito, concluyó sus estudios, y recibió órdenes hasta la de sacerdote.

Poco despues emprendió un viaje á Italia. No habia ningun contacto entonces entre la Alemania, pobre, triste, donde nada florecia, y un pais de lujo, de suntuosidad, trono de literatura y de las artes. Debieron de hacerle mucha sensacion novedades tan extraordinarias. El dice en sus memorias, que no le chocaron menos las personas que las cosas. El lujo, la magnificencia de los conventos donde era alojado y la suntuosidad de sus refectorios, no fueron los menores objetos de su asombro. Sin duda le edificó poco la corte de Roma, donde reinaba el belicoso Julio II, papa de sentimientos grandes y elevados, pero muy mundano y muy violento, que se ponia al frente de sus tropas, y sitiaba plazas en persona.

A su vuelta de Italia, recibió el grado de doctor en teología, y obtuvo una cátedra en la universidad de Wirtemberg que acababa de fundar el elector; poco despues fué nombrado vicario provincial de los agustinos, encargado de reemplazar el vicario general de la órden en sus visitas de Misnia y de Turingia. Entramos en estas circunstancias, para ver que Lutero no era un hombre sin consideracion en su pais, cuando se declaró en guerra con la Iglesia.

Por aquel tiempo hacia mucho ruido en Alemania la venta de las indulgencias. Era natural que se activase y fomentase un negocio, del que pendia la continuacion de la fábrica maravillosa de la iglesia de San Pedro. Estaba encargado el dominicano Tetzel de predicarlas y publicarlas ; el arzobispo de Maguncia de fomentar su venta. A nombre, y bajo los auspicios de este prelado, se publicaban los manifiestos de las gracias por ellas concedidas.

Entonces estalló Lutero (1517), declarándose enemigo de las indulgencias. Fué su primer paso dirigirse á su obispo, el de Brandemburgo, para que impidiese predicar á Tetzel. Respondió el prelado que era atacar el poder de la Iglesia, y que no se mezclase en este asunto delicado. Entonces Lutero se dirigió al primado, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, enviándole las proposiciones que se ofrecia á sostener contra la doctrina de las indulgencias.

El arzobispo no le dió respuesta. Lutero que contaba con su silencio, habia hecho fijar al mismo tiempo que daba este paso, en la iglesia del castillo de Wirtemberg, contra la autoridad de conferir indulgencias, contra el poder de conceder las gracias en ella prometidas, veinte y ocho proposiciones, negativas las unas, afirmativas las otras, pero todas en contra las pretensiones de la corte de Roma, y lo que estaba entonces en la Iglesia recibido.

Escritas estas proposiciones en lengua vulgar, y apoyadas en un sermon que en el mismo idioma predicó Lutero, hicieron un ruido extraordinario. Fueron la trompeta de la guerra que se encendió entonces, sin que se pueda decir que se haya extinguido todavía. Consignadas á la imprenta, se despacharon al momento en miles y miles de ejemplares con asombro del mismo Lutero, que aunque lisonjeado con un éxito tan favorable para su amor propio, tal vez sintió que se hubiesen esparcido tanto, poniéndole en un compromiso mayor de lo que eran sus deseos.

Mas el guante estaba echado, arrojado por Lutero, que se mostró agresor en una guerra, cuya importancia ni él mismo preveia. Hizo Tetzel quemar públicamente las proposiciones de Lutero. Quemaron los estudiantes de Wirtemberg en la plaza, las de Tetzel. Esta circunstancia, y la de haber predicado Lutero un sermon en aleman en apoyo de las suyas, manifiesta bien que el terreno estaba preparado, y que en el Norte de Alemania no causaron las opiniones de Lutero el escándalo que debia esperarse.

Ni en Roma misma hicieron toda la impresion que tan naturalmente reclamaban. Las miró desde un principio con desprecio Leon X atribuyéndolas á rivalidades de frailes. Demasiado engolfado aquel pontífice en sus diversiones y en sus artes, no concibió ni presintió el grande alcance de aquel tiro. Por otra parte hacia Lutero profesion y protestas de su mas ciega adhesion y respeto á la persona del pontífice.

Mas este estado de indiferencia duró poco. Al fin se levantaron clamores en la corte de Roma contra la conducta de Lutero, y este recibió órden de comparecer en el término de sesenta dias á dar cuenta de sus doctrinas y opiniones ; compromiso muy fuerte, si el elector de Sajonia no le hubiese sacado del aprieto, obteniendo de Roma que se le oyese y examinase por legados del papa dentro del territorio de Alemania, señalándose para esta conferencia, Augsburgo.

Que el elector de Sajonia protegia á Lutero y se inclinaba á sus doctrinas, es evidente; que fuese el principal instigador, lo ha negado el mismo Lutero en distintas ocasiones. Le favorecia muchísimo este príncipe, que habia pagado los gastos de su doctorado, y conferídole la cátedra que desempeñaba. Es claro que sin su anuencia mas ó menos expresa, no hubiese Lutero publicado sus proposiciones, ni llevado tan adelante la contienda. En vano trató la corte de Roma de despojar á Lutero de la proteccion del elector; en vano para ganarle, le envió la Rosa de Oro, presente que se considera como un insigne rasgo de favor y benevolencia por parte del pontífice. No desistió por esto de su empeño el elector de que Lutero fuese oido en Alemania. Es probable que ni él ni ningunos otros príncipes eran afectos á la corte de Roma, ni miraban sin disgusto que saliese dinero de su pais, para los gastos de la construccion de un templo. No olvidemos que eran muy dominantes las opiniones acerca de reformas, y que muchos se preciaban de vivir con mas arreglo á los preceptos del Evangelio, que los altos prelados de la Iglesia.

Se presentó Lutero en Augsburgo, donde estuvo tres dias sin salvoconducto del emperador; mas habia preparado de antemano los ánimos el elector, á fin de que no fuese por ningun estilo molestado. Inmediatamente que llegó el salvoconducto, se presentó ante el legado del pontífice, á fin de ser examinado. Pedia este una retractacion formal sin entrar en controversia, y como Lutero queria exámen y disputas, era imposible que se conviniesen. Importaba mucho á la corte de Roma sofocar el asunto sin escándalo y sin ruido: no era esta la cuenta de Lutero ya tan comprometido en el debate, cualquiera que sea el motivo verdadero que se quiera dar á su conducta. Ni ruegos, ni amenazas, ni contemplaciones, pudieron recabar de él que confesase que habia errado. A su salida de Augsburgo publicó nuevos escritos que apoyaban sus doctrinas. Parecia la ruptura completa y la guerra declarada. Fué Lutero condenado en Roma, y quemados públicamente sus escritos. Dió la Santa Sede nuevos pasos muy activos con el elector, á fin de que le fuese entregada su persona; mas este príncipe, en medio de sus protestas, de su gran respeto á la autoridad pontificia, eludió la reclamacion al principio, y al fin se negó á ella. Manifestarse defensor de Lutero, equivalia casi á declararse su sectario. La corte romana lo comprendia muy bien; mas tuvo que disimular esta repulsa. Una

prueba de que la conducta del elector no causó grande escándalo, es que habiendo fallecido por aquel tiempo el emperador Maximiliano, fué declarado, durante la vacante de la silla imperial, vicario del imperio.

Seguro ya Lutero de la proteccion del elector, provocado por su condenacion en Roma, continuó las hostilidades con mucho mas ardor, sin consideracion ni miramiento. El respeto que antes manifestaba por la Santa Sede, se convirtió en ataque directo á la legitimidad de su poder, y del exámen de las indulgencias, pasó á cuestiones de mas alta trascendencia. No es de nuestra inspeccion, ni entra en nuestro objeto, pasar revista á los escritos con que su fecunda pluma inundó por aquel tiempo la Alemania. Tratados, sermones en latin, en aleman, todos hacian un ruido extraordinario; todos se leian con ansia, y circulaban á miles de ejemplares. Tampoco estaban mudos por su parte los teólogos católicos, ni tampoco se mostraban muy templados en la impugnacion de las doctrinas del enemigo de la Iglesia. Se convirtió la Alemania en un teatro de controversia y de disputas, donde las partes contendientes se atacaban con la mayor acrimonia y encarnizamiento.

El elector de Sajonia protegia abiertamente á Lutero, y se mostraba inclinado á sus doctrinas. Comenzaba el de Hesse á adoptar sus mismos sentimientos. Todo el Norte de Alemania estaba ya medio conmovido con la nueva secta, y el nombre de Lutero comenzó á presentarse como una potencia formidable.

En las disputas y contiendas religiosas se mezcla de tal modo la política mundana, que es muy difícil distinguir la parte que pertenece á la conviccion ó sea el fuero de conciencia, y la que se apoya solo en ambicion é intereses personales. Cualesquiera que fuesen las opiniones de los principales que desde un principio se mostraron tan favorablemente á las doctrinas de Lutero, y al fin las abrazaron, no hay duda de que iban en ello miras políticas é intereses de importancia. En primer lugar, los hacia independientes de la corte de Roma que, además de ser odiada, les sacaba dineros, considerados en cierto modo bajo el aspecto de un tributo. En segundo lugar les daba importancia á ellos mismos sobre las iglesias reformadas, de las que se erigian en protectores y hasta en jefes. Como en los puntos de la reforma entraba la abolicion de los votos monásticos, eran un nuevo cebo de ambicion los inmensos bienes de los monasterios que iban á entrar en la circulacion general, y en

parte en sus propios patrimonios. Todas estas causas de un órden puramente material y relativos al interés, explican muy bien, prescindiendo de otros, que Lutero debió de ser un apóstol muy popular en aquellas circunstrncias. Encontró el terreno bien preparado y le explotó con una habilidad maravillosa. Poseia cuantas cualidades necesitaba para conmover la muchedumbre. Era elocuente, atrevido, mordaz en sus sátiras, violento en las acusaciones é invectivas, ingenioso y agudo en sus argumentos, con un gran fondo de erudicion en materias eclesiásticas, de que sabia hacer grande uso. Como religioso, gozaba la reputacion si no de santidad, á lo menos de un hombre ajustado en sus costumbres. Como profesor de la universidad de Wittemberg, contaba una muchedumbre de discípulos, entusiasmados todos de su saber y genio. Escribia con la misma facilidad que hablaba, y era tan infatigable con la lengua como con la pluma. Conocia muy bien la índole de los que le leian ó escuchaban, y se plegaba á todo cuanto contribuia á hacerle inteligible. Era jocoso, festivo, hasta chocarrero; no huia de las especies ó expresiones mas acres y punzantes, y sabia el arte de hacer reir á costa de sus antagonistas. Ya hicimos ver que en un principio se mostró circunspecto y hasta respetuoso con la corte de Roma, cuya autoridad apostólica reconocia. Al papa Leon X escribió cartas muy sumisas, en medio de amonestaciones todas reverentes: en Augsburgo se arrodilló delante del cardenal Cayetano Vic que venia á examinarle, mostrándole todo el homenaje posible de veneracion y acatamiento. Mas conforme se fué enfrascando en la disputa, á proporcion que las invectivas de sus antagonistas excitaban su bilis, y le hacian buscar nuevas armas de combate, aumentó su valentía y arrogancia, dió mas y mas pasos en la virulencia, en la importancia de sus aserciones; manifestó lo ilegal, lo nulo de la sentencia, negó la autoridad del Papa, cuya bula de condenacion quemó públicamente; hizo ver en su persona la del Antecristo, y apeló á las decisiones del próximo concilio.

En la corte de Roma no brillaron con este motivo ni la habilidad ni la prudencia. Se tenian ideas muy escasas de Alemania en aquella corte voluptuosa y magnífica, centro del lujo y de las artes. Se despreciaba sin duda un pais que pasaba por agreste y bárbaro. Cuando fué oido por primera vez el nombre de Lutero, tal vez provocó á risa. No es pues extraño que Leon X hubiese dicho al saber de sus proposiciones, que eran disputas de frailes. Si hubiesen co-

nocido el espíritu político del pais, la disposicion de sus príncipes y el carácter personal de Lutero, tal vez con maña, con artificios, con halagos, hubiesen llegado á dar al negocio un giro que le adormeciese. Mas desde un principio se hizo poco caso de la llamarada; cuando se tomó en séria consideracion, era ya un incendio; se creyó que con la amenaza se templaria el espíritu inflexible del reformador, á cuya violencia dió mas temple. Cuando quisieron y pensaron apoderarse de su persona, se encontraron con que estaba protegida por un príncipe de poder, influencia y crédito, á quien estas circunstancias habian elevado al rango de vicario del imperio. Negarse á entregar la persona del heresiarca, era declararse partidario ó partícipe de sus doctrinas; apelar á la decision del concilio para condenarle, como pretendia el elector, era una especie de desafío á la corte de Roma. El negocio se ponia mas serio de lo que esta misma corte imaginaba.

Una de las grandes novedades que la doctrina de Lutero introducia y propagaba, acaso la mayor de todas, no era ni la obediencia negada al papa, ni la abolicion de los votos monásticos, ni otras alteraciones tanto en el dogma como en la disciplina. El mayor movimiento que estas novedades imprimieron en los ánimos, fué la independencia en materias de fe de las autoridades que la interpretaban y explanaban; fué el sostener que la Sagrada Escritura era la mas segura, la sola guia que debia tener el cristiano en estas materias delicadas; fué el sostener que ninguna interpretacion de dichos libros, dada por los hombres, podia ser obligatoria para las conciencias. De aquí el nombre de *libertad evangélica* que los mas cultos y el mismo Lutero dió desde un principio á la reforma. El principio de la autoridad de la Iglesia, de la infalibilidad de los concilios, de la especie de fe que se daba á las explicaciones de los Santos Padres, vinieron á tierra en virtud de esta doctrina. Puesto que las Escrituras eran las solas fuentes de la fe, era natural que los cristianos se dedicasen á estudiarlas, á penetrarse de su espíritu. Uno de los grandes trabajos literarios de Lutero fué la traduccion de la Biblia en aleman, y aunque esto fué algo posterior á su presentacion en Augsburgo, muestra bien el espíritu que respiraban sus doctrinas. De la Biblia traducida al aleman ya se conocian doce ediciones á fines del siglo anterior, mas fué la suya la que adquirió mayor popularidad, sea por su verdadero mérito, ó por otras circunstancias. De la Sagrada Escritura sacaba él la mayor parte de

sus argumentos, y como la autoridad de sus intérpretes, arma grande con que le combatian, era lo primero que él negaba, se hacia la cuestion interminable. La Alemania estaba inundada de argumentos y argumentadores en los dos sentidos. A todo el mundo llamaba, aunque no fuese mas que la curiosidad de saber cuál era el motivo de tanta controversia. Por precision, pues, se habia de preguntar, de inquirir, de leer, de estudiar, de confrontar citas, de nutrirse cada uno, y siempre en progresion, de lo que le era mas necesario para ofenderse ó defenderse. Todo esto circulaba con una rapidez prodigiosa por medio de la imprenta. Así se difundió poco á poco el espíritu de discusion y de disputa. ¿Y quién no ve que la emancipacion espiritual que se propalaba y sostenia, preparaba el camino á la política, si ya no se hallaban enlazadas?

Ya hemos dicho que el emperador Maximiliano falleció durante el gran calor de todas estas controversias. Nombrado el elector de Sajonia vicario del imperio durante el interregno, fué uno de los candidatos para tan alta dignidad; mas tuvo la prudencia de no dejarse llevar de esta ambicion, y contribuyó poderosamente á la eleccion de Carlos de Austria, rey de España. Coronado este emperador en Aquisgran ó Aix la Chapelle, ningun negocio se presentó de mas consideracion y urgencia que el de la escision religiosa que despedazaba la Alemania. Estaba Lutero condenado en Roma, y el papa urgia porque se llevase á cabo la sentencia. Mas el emperador y demás príncipes de la confederacion, consideraron que el negocio tenia al mismo tiempo que religioso un carácter demasiado político, para no ser tomado en cuenta por las potestades temporales. Se creyó que era un asunto bastante digno por su importancia de la convocacion de una dieta que se decidió celebrar en Worms, ante la que debia comparecer Lutero, á dar cuenta de su doctrina y su conducta. Fué en efecto la dieta convocada, y citado á ella el predicador de las nuevas opiniones.

Necesitaba Lutero (1521) un salvoconducto para presentarse en Worms, y aun este documento debia serle sospechoso, recordando que habia sido violado el dado á Juan de Huss por Segismundo. Concedió el salvoconducto Carlos V, y Lutero sin duda fiado en la grande y poderosa proteccion del elector de Sajonia, no dudó de dirigirse á Worms, á donde acudió el emperador con todos los electores, príncipes y dignidades seculares y eclesiásticas que componian aquellas grandes asambleas. Como el asunto era principalmente

eclesiástico, se reunieron muchos teólogos, y entre ellos, los mayores contrarios de Lutero. Hizo gran sensacion en Worms la llegada de este hombre ya tan célebre. Unos por afecto á sus doctrinas, otros por contrarios sentimientos, los mas, atraidos solo del gran ruido de su nombre, acudian á verle por donde quiera que pasaba. Rodeado de una inmensa muchedumbre, llegó al palacio donde estaba reunida la dieta, y se presentó en ella sin dar indicios de intimidarse á la vista de una asamblea tan numerosa y respetable. Le interrogó Eck, uno de sus impugnadores mas encarnizados, y le mandó manifestase si se reconocia autor de los escritos cuya lista iba á leerle. Concluida la lectura, respondió Lutero que todos eran obras suyas; mas que para responder sobre ellas, necesitaba le diesen algun tiempo. Le replicó Eck que puesto que las habia compuesto, precisamente las habia meditado; y que por otra parte era imposible que no hubiese pensado en lo que tenia que responder, sabiendo el motivo con que á la dieta era llamado. Se le dió, sin embargo, un dia de término para que meditase su respuesta. Al siguiente se presentó Lutero de nuevo en la dieta, y pronunció un discurso larguísimo en explicacion y defensa de sus opiniones. Mas la dieta de Worms no habia tenido por objeto abrir un campo de disputa y controversia, sino el pedir cuenta de sus doctrinas, ó mas bien adquirir una certeza legal de si en efecto las habia propalado de palabra ó por escrito. Habiéndose declarado en efecto autor de aquellas obras, se le pidió su retractacion, y esta la negó Lutero. Pensaba el emperador, pensaban los legados del papa y los demás principales personajes que se intimidaria con su presencia el atrevido innovador; mas sea que este hiciese punto de conciencia el ratificarse en sus principios, sea que su carácter resuelto le hiciese prescindir de todas consideraciones personales, sea que se fiase de las simpatías secretas de que era objeto por parte de muchos de la dieta, persistió en su negativa sin mostrarse intimidado.

En cuanto á su persona, ya no quedaba á la dieta mas partido que el despedirle en virtud de un salvoconducto. No faltaron quienes aconsejaron al emperador que se le retirase, haciéndole ver los servicios que en esto haria á la Iglesia; mas á Carlos V pareció una mengua de honor la violacion de la palabra. Se le devolvió á Lutero su salvoconducto, dándole el término de veinte dias para atender á la seguridad de su persona, con la prohibicion de predicar en el camino. Inmediatamente se salió de Worms Lutero con este res-

guardo; mas en cuanto á predicar en el camino, faltó á esta condicion, diciendo que primero era la causa de Dios que la de los hombres. A observar Carlos V este principio, segun lo que por la causa de Dios se entendia entonces, no lo hubiese pasado bien Lutero; pero el emperador se mostró en la ocasion mas generoso.

De todos modos corria la persona de Lutero un gran peligro. Condenado en Worms, como lo habia sido en Roma, sin mas resguardo que un salvoconducto por veinte dias, hubiese sido víctima de muchas asechanzas, sin encontrar asilo seguro en parte alguna, á no haber tomado el elector de Sajonia la resolucion de apoderarse violentamente de su persona, y encerrarle en la fortaleza de Wartzburgo, donde le puso al abrigo de todas las pesquisas.

Poco tendremos que decir de Lutero, debiendo de ocuparnos casi mas de los luteranos que de su persona. Se habia ya impreso un gran movimiento con energía, hasta con violencia, y creado una nueva época en el mundo político, moral é inteligente. Aunque el mismo innovador lo hubiese pretendido, no hubiese ya podido destruirla. Mas no fueron tales sus designios. Encerrado en lo que llamaba su Patmos, emprendió con nuevo ardor sus tareas literarias. Allí comenzó ó concluyó su famosa traduccion de la Biblia y otros tratades teológicos. Vuelto al mundo cuando ya no corria peligro alguno, y al seno de su iglesia y universidad, continuó siendo objeto de entusiasmo, de veneracion y de respeto. Para dar el ejemplo con el precepto, se casó con una religiosa, de quien tuvo hijos, sin que esta union hubiese sido objeto de escándalo para sus sectarios, ni disminuyese la consideracion personal de que gozaba.

Excitó la presencia de Lutero en Worms diversos sentimientos. Sin duda sus secretos partidarios aplaudieron su persistencia y negativa á retractarse; mas no se atrevieron á defenderle abiertamente. Se mostró el emperador muy ofendido con la conducta del innovador, y publicó una carta en aleman, haciendo profesion de su fe católica, declarando que no queria se tuviesen mas consideraciones con Lutero. El salvoconducto que le dió de despedida fué aplaudido por algunos, reprobado por los que mas celosos se mostraban por la fe católica. En el acto de despedir á Lutero, se publicó un edicto de la dieta, condenando sus doctrinas. Se hizo en él enumeracion de todas sus herejías, y de su condenacion por el pontífice. Se daba cuenta de lo ocurrido durante las sesiones de la dieta; que se habia llamado á Lutero á Worms; que se le habia preguntado

si eran suyos los libros que corrian como tales; que en vista de la afirmativa se le habia mandado que se retractase; y que habiéndose negado á ello, se le daba para salir el término de veinte dias, pasados los cuales, se declaraba rebelde, reo de lesa majestad, con órden á todos de que le persiguiesen.

Declaraba el edicto de Worms ilegal la reforma establecida por Lutero; mas estaba demasiado adelantada ya la obra, para que con un pliego de papel viniese al suelo. No disimulaban los príncipes luteranos su intencion y sentimientos. Para muy pocos era un misterio el confinamiento del reformador, y bajo qué auspicios se hallaba al abrigo de todas las pesquisas. Era ya una escision en toda forma, en que la política se hallaba tan mezclada con la religion, que no se sabia á cuál se habia de atribuir la mayor parte. Bajo este doble aspecto debia de ser odiada del emperador; mas como ya hemos dicho en otro lugar, no podia romper por entonces con unos príncipes, cuyos auxilios le eran necesarios contra el turco. Por otra parte, los muchos y complicados negocios que le rodeaban á la vez, le impedian consagrar á todos las mismas atenciones. Despues de publicado el edicto de Worms, tuvo que volver á España, donde le llamaba la situacion del pais, sacudido por la guerra de las Comunidades. En seguida quedó ocupada poderosamente su atencion con las campañas contra los franceses. En 1522 se celebró una dieta en Nuremberg, presidida por el archiduque Fernando, hermano del emperador, á donde mandó un legado el papa Adriano VI, con la comision de promover la ejecucion de los artículos del edicto de Worms, y la liga de los príncipes de Alemania contra Soliman, que avanzaba sobre Hungría. Entraba tambien en sus instrucciones el hacer ver á la dieta, que el pontífice era el primero en reconocer, que el azote de la herejía era una especie de castigo de la divina Providencia, por los pecados de los príncipes y grandes prelados de la Iglesia; por los vicios y abusos que se habian introducido en su gobierno, y que solo con el objeto de trabajar por su reforma, se habia decidido á aceptar su elevada dignidad, á que sin este motivo hubiera renunciado, etc.

Esta ingenua confesion del papa Adriano hace mucho honor á su probidad, á su virtud y á su celo apostólico; mas fué censurada como un rasgo de imprudencia por los magnates de la curia, á cuyos ojos era el nuevo papa incapaz de gobernar la nave de la Iglesia. Hácia sus virtudes manifestaban gran respeto; mas decian que

era preferible para gobernar la Iglesia una gran prudencia con mediana probidad, á la santidad con menos de prudencia (1). Es una verdad histórica que el papa Adriano con sus virtudes, con su celo por la reforma de abusos y costumbres, fué el menos popular de todos los pontífices de aquella época, y que causó tanto disgusto su exaltacion, como su muerte contento y regocijo. Nada retrata mas al vivo aquella corte y aquel tiempo.

La legacion no produjo efecto alguno. Respondieron los de la dieta en los términos mas respetuosos al pontífice, mas que nada podian hacer en las actuales circunstancias. Era la escision un hecho consumado. Lutero habia vuelto á Wittemberg, y públicamente entendia en el arreglo de su nueva iglesia.

Otra dieta se celebró al año siguiente en Nuremberg: tambien envió á ella su legado el papa, que ya no era Adriano VI, sino Clemente VII; mas tampoco produjo resultado en cuanto á la ejecucion de los artículos del referido edicto. La guerra que poco despues se declaró entre el papa y el emperador, no podia menos de ser favorable á los intereses del luteranismo en Alemania.

A la paz entre el Papa y Carlos V, se celebró por órden de este otra dieta en 1529, y se reunió en Spira, á donde concurrieron varios príncipes que ya se habian declarado casi luteranos. Lo que prueba los progresos que habia hecho la doctrina es que pidieron la revocacion del edicto de Worms fulminado contra la persona de Lutero, é indirectamente contra las suyas propias; mas como se hallaba aun en minoría, se vieron rechazados. Contra esta negativa protestaron, y de esto les viene el nombre de *protestantes*, con que se conocen indistintamente en el dia los que entonces y despues se separaron del seno de la Iglesia. Apelaron los protestantes al próximo concilio, cuyo nombre solo llenaba de inquietudes y zozobras á la corte de Roma.

Estrechaba el papa por un lado; los protestantes por otro: el turco amenazaba: Francisco I se mostraba muy propenso á sacar partido de estas disensiones. El emperador aguijoneado de tantas cosas á la vez, convocó una dieta en Augsburgo, hallándose en Italia á su vuelta de España. Se celebró la dieta en 1530 con gran pompa y esplendor, como una reunion de que se esperaba un resultado decisivo. Prepararon los teólogos de ambas iglesias sus armas

(1) Pallavicini. libr. II. La autoridad de este cardenal no puede ser de ningun modo sospechosa.



como para un gran certámen. No asistió Lutero, aunque estuvo á una legua de Augsburgo; mas se presentó su amigo Melancthon que pasaba por su primer discípulo y el mas sabio de su escuela. Redactaron los protestantes los artículos de su nuevo Credo, conocido con el nombre de la Confesion de Augsburgo. Los católicos le rechazaron fulminando un decreto contra ella; con lo que volvieron los luteranos á protestar y á apelar al próximo concilio.

Formaron entonces los protestantes la famosa liga, que tomó el nombre de Smalkáldica, del pueblo de Smalkalde, donde fué ajustada. Todo amenazaba una ruptura, y Francisco I se apresuraba á sacar partido de la ocurrencia uniéndose con los disidentes; mas Carlos V supo por entonces conjurar la tempestad, expidiendo en Spira en 1532 un decreto de tolerancia, ínterin se reuniese el próximo concilio.

Se fortificaba la liga de los protestantes y adquiria cada vez mas importancia. Ya no querian concilio, y en esto eran consecuentes. ¿Qué se habia de discutir y decidir en él á menos de que se compusiese de individuos de entre ambas comuniones? Veia muy bien el emperador que ó tenia que reconocer la nueva religion, ó acudir á la fuerza de las armas. Contra la liga Smalkálica ó protestantes, formó la liga católica, que hubiese impuesto á la contraria, á no haberse empeñado en la desgraciada expedicion de Argel, cuyos resultados motivaron ó aceleraron la ruptura de las hostilidades con la Francia.

No se aprovecharon los príncipes luteranos de estos apuros del emperador para llevar adelante sus designios. En lugar de aliarse con Francisco, acudieron á la dieta que Carlos convocó en Spira en 1543, y le dieron socorros para hacer la guerra. Mas despues de la paz de Crespi, cuando se hallaba el emperador libre ya de este embarazo, fué cuando rebulleron con mas fuerza. En la dieta de Worms, celebrada en 1545, se negaron los príncipes alemanes á concurrir al concilio de Trento y dar auxilios contra el turco: en la de Ratisbona, en 1546, donde los príncipes católicos se adhirieron á las decisiones del concilio, volvieron á protestar los luteranos. Por una y otra parte faltaba la sinceridad y se acumulaban motivos de desconfianza y de sospecha. Los protestantes se sentian cada vez mas fuertes, y en el emperador crecia la intolerancia con la secta y el odio que era natural hácia los que desairaban su autoridad como jefe del imperio.

Por aquel tiempo falleció Lutero tranquilamente en Eisleben, pueblo de su nacimiento, en febrero de 1546. Por lo poco que se ha dicho de su carácter y su vida, se ve que fué un hombre extraordinario. Formaba la obstinacion y la violencia el distintivo principal de su carácter: sin ellas no hubiese triunfado de tantos obstáculos, como debió de encontrar el establecimiento de su secta. Era la virulencia que reina en todos sus escritos el sello de la polémica del tiempo, ni respiran mas indulgencia los escritos con que se combatian sus doctrinas. Era Lutero un hombre instruido, de una vasta erudicion en materias eclesiásticas, infatigable escritor, orador fácil y elocuente. No eran sus conocimientos puramente de un órden teológico, ni sus gustos todos de un controvertista. Era apasionado de la música, que cultivó toda su vida. Tambien manejó algo el pincel, entendió en relojería y jardinería; y de su aficion á las letras humanas ha dejado suficientes testimonios. Nos quedan de él muchas obras en latin y en aleman, muchas cartas familiares, y hasta sus conversaciones de sobremesa, que han trasmitido con gran diligencia sus discípulos. Concluiremos con un dicho suyo, que nos muestra al menos la variedad de sus lecturas:

«Nadie comprenderá á Virgilio en sus Bucólicas, si no ha sido cinco años pastor.

»Nadie comprenderá á Virgilio en sus Geórgicas, si no ha sido cinco años labrador.

»Nadie puede comprender á Ciceron en sus cartas, si no ha tomado parte durante veinte años en los negocios de un gran estado.

»Nadie crea haber gustado bastante de la Santa Escritura, si no ha gobernado durante cien años las iglesias con los profetas Elías y Eliseo, con Juan Bautista, Cristo y los Apóstoles.

Hanc tu ne divinam Æneida tenta,
Sed vestigia pronus adora.

»Somos pobres mendigos. *Hoc est verum*. 16 februarii anno 1546 (escrito en Eisleben dos dias antes de su muerte).»

Hemos visto en el capítulo IV la gran liga que se formó entonces por los protestantes, y de qué modo se separaron de ella la mayor parte de sus miembros, por la política y artificios del príncipe Mauricio de Sajonia. No se concibe fácilmente, como en vista de esta separacion ó defeccion se mantuvieron solos en la palestra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse. Mas la derrota que

padecieron en los campos de Muhlberg por las armas del emperador, se presenta como un efecto natural de su imprudencia. La severidad que Carlos V desplegó despues de la victoria, muestra los verdaderos sentimientos de su alma, y que toda la moderacion y tolerancia que antes habia manifestado, solo se debian á la necesidad, y á los apuros que por todas partes le rodeaban. Victorioso ahora, cambió completamente de tono, y anunció que era un jefe en todo y por todo del imperio. Ya hemos visto con qué severidad, mejor diré, con qué dureza fué tratado el Elector, y en seguida el Landgrave, á pesar de sus humillaciones, y que quiso ser tan absoluto en religion, como en el resto. En la dieta de Augsburgo, celebrada en 1548, se presentó con todo el aparato de la majestad, rodeado de los instrumentos de sus triunfos. Allí dictó el *Interim*, es decir, el estado que el culto habia de tener, y lo que los fieles debian de creer, hasta que el concilio que estaba reunido en Trento, decidiese estos puntos importantes.

No se sabe hasta dónde hubiese llegado la política de Carlos V en esta parte, á no encontrar un enemigo encarnizado, al paso que falaz, en el príncipe Mauricio. Cuando se creia en el apogeo del poder, se vió hostilizado por quien debia considerar como su apoyo, pues era su protegido y su hechura. Cuando seguia su obra de persecucion, se vió perseguido y humillado. Soltó al elector á la fuerza, habiendo malogrado la ocasion de mostrarse generoso; y para complemento de desaire y de violencia, tuvo que firmar el tratado de Passaw, por el que se estableció el libre culto de una religion, de la que habia sido enemigo constante y decidido, por ideas, por convicciones, y por celo de su suprema autoridad como jefe del imperio.

Como fué este el último acto del emperador relativo á controversias religiosas, sobre todo en la Alemania, aquí deberíamos terminar esta materia de luteranismo en aquellas regiones, durante su reinado, si su importancia y poderosa influencia no nos obligasen á entrar en otras consideraciones.

Que el movimiento imprimido por Lutero en los espíritus de su nacion y su siglo fué grande y poderoso, toda la historia de dicho siglo y el siguiente lo demuestra. Otros reformadores, y aun mas atrevidos que él, se presentaron en seguida, como haremos ver muy luego; mas se quedará siempre á su cabeza, por haber sido el primero en aquel siglo, por estar su nombre mezclado con negocios

políticos de grande bulto y trascendencia, y porque los sucesores suyos hicieron poco mas que moverse por sus huellas. No podia menos de originar su doctrina disturbios y escisiones en mas de un sentido, y no solo formar una iglesia separada de la de Roma, sino subdivir la cismática en otras tantas ramas como podian ser los que por conciencia, por ambicion política ú otras causas, se erigiesen en reformadores. Estableciendo Lutero por principio que era nula la autoridad de los concilios, de los santos padres, de la corte romana en materias de dogma, y que la verdadera fuente de la fe se hallaba tan solo en la Escritura, daba á entender que la habian interpretado mal, ó por ignorancia ó por malicia. Esta autoridad de que despojaba á los demás ¿á quién la transferia? ¿Quién era el intérprete legal de unos libros de que otros habian abusado? ¿Lo era él mismo? Mas segun sus propias doctrinas podia tambien equivocarse. ¿Qué derecho tenia nadie, siguiendo este principio, de imponer su opinion ó su creencia á los demás? ¿No era esto lo mismo que decir, que podria haber tantas creencias ó dogmas, cuantos fuesen los hombres, que despues de acudir á la fuente, es decir, á consultar la Escritura, pudiesen interpretarla de distinto modo? Así la diversidad, la discordancia, la anarquía, por decirlo de una vez, en materias eclesiásticas y de dogma, eran una consecuencia natural, inevitable del principio del sacudimiento del yugo de la autoridad, sentado por Lutero. Previó con amargura este innovador que muchos siguiendo su ejemplo sacudirian el de la suya propia, segun aparece de algunos pasajes de sus memorias mismas. Consta tambien de ellas, que tenia dudas de algunas cosas que habia dicho, que le pesaba de haber ido en otras demasiado lejos, y atribuyéndolo á la virulencia con que habia sido tratado por sus enemigos. Sea por esto, ó porque no se tuviese por suficiente autoridad, es un hecho que dejó muchas cosas por decidir de un modo claro, y que sobre otras no quiso pronunciarse. Habiendo abolido los votos monásticos, jamás quiso valerse de su influjo para expeler de los conventos las personas que no querian abandonarlos. Mostrándose enemigo de las misas rezadas, pensó que debian conservarse las cantadas, con tal que se mezclasen en ellas algunos salmos en aleman, que diesen un aire nacional á dicha ceremonia. Sobre el purgatorio no fué explícito; y en cuanto á la presencia real en la Eucaristía, no solo no la negó, sino que se mostró enemigo de los que la rechazaban. Uno de los grandes tormentos de su vida, fué la

muchedumbre de consultas en materias de creencia con que le abrumaban, y á quienes no podia dar una respuesta categórica. Vivió bastante para ver otros innovadores ponérsele delante, y zaherirle por la timidez de sus doctrinas; para deplorar abusos que hacian de ellas la ignorancia y la ferocidad, y para conocer por experiencia, que si los luteranos representaban un gran papel en el mundo, no se hallaba Lutero en el apogeo de su autoridad y de su gloria. No fueron sus últimos años muy felices, y su muerte vino sin duda á libertarle de mucha ansiedad y mucha angustia.

Antes de pasar del luteranismo á otras sectas religiosas que en Alemania y en otras partes se planteaban, nos extenderemos algo mas sobre los efectos que bajo el aspecto político, la reforma en aquel pais produjo. Prescindiendo del influjo que pudo tener la propia conviccion ó la conciencia, hemos indicado que á los príncipes que abrazaron la doctrina de Lutero les asistian motivos políticos para separarse de Roma: el ahorrarse por una parte las contribuciones indirectas con que á los gastos de aquella corte concurrian, y además el aprovecharse de los despojos de la Iglesia, dándose á ellos mismos mas importancia con respecto al jefe del imperio. Los mismos sentimientos que animaban á los grandes hácia otro mayor, debian de influir en los pequeños en sus relaciones con los grandes. A la emancipacion evangélica no podian menos de seguirse disturbios políticos, y una pugna para obtener en lo civil los mismos efectos que en lo religioso. A las opiniones de Wicleff se siguió en Inglaterra la faccion de los Lolardos. Tuvo por consecuencia el suplicio de Juan de Huss y de Jerónimo de Praga la guerra de los hussitas en Bohemia. A los principios de las innovaciones de Lutero, y aun antes, se insurreccionaron una muchedumbre inmensa de aldeanos ó labriegos en Suavia, en Franconia, en Alsacia, en los círculos del Rhin, en otras partes de Alemania, pidiendo con las armas ser libertados del yugo de los señores, alegando los derechos que como á cristianos les estaban asignados en el Evangelio. En doce artículos extendieron las condiciones de su pacificacion y desagravio; debiendo decir por amor á la imparcialidad que muchos parecian justos, y que sus mismas quejas muestran bien el grado de abyeccion y servidumbre en que vivian. Citaremos algunos: que se les permitiese elegir su pastor y deponerle, siendo cuenta de ellos el pagarle: que no fuesen propiedad de nadie: que se aboliese el derecho exclusivo de caza y otras cosas comunes: que

se aliviasen los servicios públicos y que se disminuyesen las contriciones.

Se creyó Lutero como interpelado en esta grave controversia, y tuvo á punto de deber y honra el pronunciarse. En lugar de mostrarse favorable á los labriegos, les afeó su insurreccion y su alzamiento, diciéndoles que no era de cristianos vindicar sus agravios con las armas en la mano: que acudiesen á las de la moderacion y de la súplica. Con la misma energía que á los labriegos, se dirigió á los señores, echándoles en cara su espíritu opresivo, exhortándoles á la misericordia y á la indulgencia; concluyendo por proponer á los partidos una avenencia por medio de mutuos delegados. Con este término medio de conducta que adoptó Lutero por no comprometerse mas abiertamente, no dejó contenta á ninguna de las partes. Se remitió el negocio al fallo de las armas, y se decidió en favor de los señores, quedando sus enemigos vencidos, derrotados y dispersos. Su jefe principal llamado Muncer, hombre osado y feroz, que arrastraba la muchedumbre con su elocuencia violenta y sanguinaria, pereció en el cadalso con los principales de sus cómplices.

No mostró Lutero pesadumbre por este desenlace de la insurreccion de los labriegos. Se consideró al contrario como un justo castigo de un crímen de desobediencia. Y tal vez se alegró en secreto de ver reprimidos unos excesos y desórdenes que los católicos achacaban naturalmente á sus doctrinas.

Fué esta guerra de los labriegos en extremo cruel y sanguinaria. Se abandonaron los insurgentes á toda suerte de furor y desenfreno como toda muchedumbre guiada por sus instintos groseros, que ha sacudido el yugo de la subordinacion y disciplina. Si su conducta y la suerte de sus armas excitó tan pocas simpatías en Lutero, el incendio que promovieron el año de 1534 en Munster los anabaptistas, fué objeto de su cólera y de una indignacion violenta.

Eran los anabaptistas una secta, donde se predicaba, entre otras cosas, que los hombres no debian bautizarse hasta ser adultos; por cuya razon, siendo el bautismo de la infancia nulo, no se podia salvar quien no lo renovase. En apoyo de esta novedad, citaban el bautismo de Cristo en el Jordan, antes de tomar el camino del desierto. Se introdujeron estas innovaciones en Munster, donde, desde el año de 1530, habia penetrado la doctrina de Lutero. No se descuidaron, como sucedia á todos, de propalar y difundir la suya,

que no dejaba de encontrar prosélitos. Iba su predicacion acompañada de vociferaciones, de violencias; y entre los ardientes entusiastas se distinguia un sastre llamado Juan de Leyden, por su elocuencia, y la audacia con que habia contribuido á introducir aquella novedad en Munster. Mostraban hácia la iglesia de Lutero la misma aversion que á la de Roma, lo que era un nuevo motivo de pugna entre ambos bandos. Hay cuatro profetas, decian los anabaptistas; dos verdaderos y dos falsos. Los primeros son David y Juan de Leyden: Lutero y el papa los segundos. Al fin los católicos y los luteranos expelieron de la ciudad á los anabaptistas; mas volvieron en mucho mayor número y con mas audacia, corriendo las calles, exhortando á los hombres á la penitencia, al mismo tiempo que se apoderaban de los puntos fuertes, de la casa de ayuntamiento y de la artillería. Los católicos y protestantes se armaron por su parte para atacar á los anabaptistas, y despues de varios combates sin resultado alguno, se convinieron en que cada uno ejerciese libremente su creencia. Los anabaptistas, sin miramiento á este tratado, llamaron en secreto á los de su persuasion, que se hallaban en los pueblos inmediatos. Cuando los luteranos y católicos vieron que la ciudad se llenaba de gente forastera, se salieron inmediatamente los ricos del pueblo, como pudieron, dejando solo dentro á los mas pobres. Entonces los anabaptistas se apoderaron del mando, depusieron el ayuntamiento y formaron otro nuevo. De allí á unos dias, despojaron los conventos y las iglesias, corrieron las calles, llamando á gritos á los hombres á la penitencia, á que recibiesen el bautismo, amenazando con la muerte á los impíos que no se marchasen al instante. A todos los que no eran de su secta hicieron salir de Munster, sin distincion de edad ni sexo.

Dueños de Munster los anabaptistas, mandó uno que pasaba por profeta, Juan Mattiesseu, que todos pusiesen sus bienes en comun, y que nadie ocultase nada, pena de la vida; apoderándose asimismo de los de los fugitivos. Se mandó asimismo que no se conservasen mas libros que la Biblia. Todos los demás fueron quemados en la plaza de la catedral, estimándose su precio en mas de veinte mil florines.

Habiendo muerto á las puertas de la ciudad este profeta por las tropas del obispo que la sitiaban, le sucedió en el cargo Juan de Leyden, que tomó á su viuda por esposa. Dieron á pocos dias los sitiadores un asalto, que fué rechazado con gran pérdida. Adquirió

con esto Juan de Leyden nuevo crédito, que le hizo mas osado. Nombró doce fieles para que fuesen los ancianos de Israel: declaró que Dios le habia revelado nuevas doctrinas sobre el matrimonio. Los predicadores con quienes la discutió, abrazaron su opinion, y por tres dias consecutivos predicaron la pluralidad de las mujeres; doctrina que fué inmediatamente puesta en práctica, con todas las violencias del mas bárbaro libertinaje.

En la fiesta de San Juan de 1534, un nuevo profeta de oficio platero, llamado Warendorff, reunió al pueblo y le anunció que habia tenido una revelacion en virtud de la que debia reinar Juan de Leyden sobre toda la tierra, y ocupar el trono de David, hasta el tiempo que el Dios padre viniese á pedirle la entrega del gobierno. Los doce profetas fueron depuestos, y nombrado rey Juan de Leyden.

Se rodeó el nuevo monarca de una corte completa, magnífica y pomposa; creó todos los cargos y empleos que se ven en los palacios reales; elevó á una de sus mujeres al rango de reina; se hizo con un tren de cuarenta ó cincuenta caballos, todos ricamente enjaezados. Adornado con los trajes mas magníficos hechos con vestiduras de la Iglesia, se presentaba en la calle con todo el aparato de un gran rey, acompañado de pajes, uno de los que llevaba su Biblia y su corona, y otro su espada desnuda. Al mismo tiempo se abandonaba á todos los excesos de la crueldad, de la licencia y desenfreno. Habiendo dicho una de sus reinas á las compañeras que no creia conforme á la voluntad de Dios que dejase perecer al pobre pueblo de hambre y miseria, la hizo conducir á la plaza del mercado en compañía de sus demás mujeres, y habiéndola mandado que se arrodillase en medio de sus compañeras, prosternadas como ella, la cortó con su misma espada la cabeza. Las demás reinas cantaron gloria á Dios en las alturas, y el pueblo se puso á bailar en torno del cadáver.

Tanto delirio y desenfreno no podian ser de larga dura. Se estrechaba el sitio, y los de adentro estaban reducidos á la última miseria. Llegó á ser tan grande el hambre que se distribuyó la carne de los muertos, exceptuándose solo los que habian tenido enfermedades contagiosas. El dia de San Juan de 1535 se dió otro asalto y se tomó la plaza despues de una obstinada resistencia. Todos los anabaptistas fueron pasados á cuchillo. El rey y su teniente fueron cogidos prisioneros, y despues de mas de seis meses de pri-

sion, salieron al suplicio, donde fueron atenaceados y muertos de una puñalada en el pecho, despues de una hora de tormento.

Esta catástrofe atroz de los anabaptistas de Munster, fué la última de esta clase que tuvo lugar en Alemania en toda la primera mitad del siglo á que nos referimos. Ya veremos repetidos, no precisamente los mismos horrores, mas otros que se les parecen, en Suiza, en Francia, en los Paises-Bajos, en Escocia, dando por resultado la observacion exacta de que las guerras religiosas han sido siempre, en su género, las mas crueles y atroces de las guerras.

Hemos indicado que no se concretó el luteranismo simplemente á la Alemania. En los mismos tiempos de que hablamos, no dejó de penetrar por Francia y por Italia; llegó hasta España, á donde le llevaron los soldados luteranos de Carlos V, pues en las filas imperiales tenian cabida todas sectas y naciones. Una gran parte de los excesos, sobre todo las profanaciones que se cometian en Roma durante su ocupacion por las tropas de aquel príncipe, se atribuye á los soldados luteranos.

Para concluir todo lo relativo á las contiendas religiosas de Alemania en la época de Carlos V, diremos dos palabras acerca del Concilio de Trento, hecho histórico demasiado interesante, para que se pase en silencio tratándose de tales controversias. Como hecho, le bosquejaremos, pues, con sencillez y concision, sin ningun exámen, sobre todo en la parte teológica. (1)

La idea de un concilio ó de cualquiera otra asamblea de esta clase, debió de ocurrir y ocurrió efectivamente en todas las novedades extraordinarias, en todos los graves conflictos, en las escisiones de efectos muy trascendentales, en cuantos peligros amenazaron la nave de la Iglesia. Todos los grandes concilios generales representan efectivamente algunas de estas situaciones. No es extraño, pues, que cuando la herejía de Lutero tomó tanto incremento en Alema-

(1) Entre los varios historiadores que consagraron su pluma á la descripcion de este Concilio se distinguen dos, marcados por la diversa índole y carácter de sus narraciones. El uno es Fra Paolo Sarpi, fraile servita veneciano, nada adicto á la curia romana, y propenso á emplear siempre el lenguaje de la censura y hasta de la sátira. El segundo es el cardenal Palavicini, cuya historia parece principalmente dirigida á refutar los errores del primero que designa con el nombre de *Suave*, pues bajo el pseudónimo de *Suave Polano* publicó en Londres por primera vez Fra Paolo su historia. Como en los hechos substanciales, que son los que nosotros consignamos, convienen los dos con corta diferencia, de cualquiera de los dos podríamos tomarlos, mas para no errar en esta materia delicada nos valdremos exclusivamente de la del Cardenal, y á él exclusivamente nos referimos en un todo sobre lo poco que, segun el objeto de nuestra obra, tendremos que narrar de este Concilio.

nia, se fijase la opinion en un Concilio, como la medida mas eficaz, para curar estos males de la Iglesia. Los mismos protestantes parecian desear esta celebracion, cuando apelaron al próximo Concilio; al protestar contra la decisiones de Spira y de Augsburgo; hasta Lutero tocó esta especie en respuesta á su condenacion en Roma. Deseaba mucho este concilio Carlos V, tanto por objeto de acabar así con la herejía, como con el fin de que se hiciesen aquellas reformas sobre disciplina y gobierno temporal de la Iglesia que reclamaba la opinion, y parecian los medios mas conducentes para que no se renovasen en adelante tan funestas escisiones.

Mas la corte de Roma no vió con los mismos ojos este negocio de concilio. Sin duda recordaba los recientes de Constanza, de Basilea, de Ferrara y de Florencia, en que los padres se consideraron y condujeron como verdaderos representantes de la Iglesia; punto muy delicado para la autoridad del pontífice de Roma. Tal vez creia que un concilio no era ya eficaz para cortar los males que iba produciendo la herejía, y en efecto, á la altura en que se hallaba este negocio, ya era mas asunto de armas, que de controversia. Era preciso ó tolerar la existencia del luteranismo ó extirparle por medios de material coaccion ó de violencia. Así lo veia todo el mundo: así lo conocian los mismos protestantes, que al principio pidieron Concilio, que despues pusieron por condicion que se celebrase en Alemania, y al último no quisieron ya Concilio. Entre el luteranismo y la Iglesia católica se habia abierto ya una brecha inmensa. Eran ya dos cosas inamalgamables, infundibles. Un Concilio compuesto de doctores de ambos bandos con objeto de discutir, era imposible, sumamente peligroso. Compuesto solo de prelados y católicos, tenia que comenzar lanzando condenaciones, censuras y anatemas. La cuestion era, pues, si estas bastarian sin emplear la violencia de las armas.

La cuestion de la reforma en la disciplina y negocios meramente temporales de la Iglesia, era sumamente delicada y espinosa. Esta idea no la desconocia la curia romana, mas sonaba mal, y sobre todo repugnaba el conceder que á los abusos de que tanto se quejaban, se debiesen en parte las herejías que afligian á la Iglesia. Ya hemos visto lo objeto de censura que fué el papa Adriano VI, porque habia hecho ver á la Dieta de Nuremberg que él era el primero en reconocer en el azote de la herejía un castigo de la divina Providencia.

En fin, despues de varios pasos y negociaciones, sobre el punto donde debia celebrarse, despues de haber decidido el Papa que fuese presidido por legados suyos, fué el concilio convocado para la ciudad de Trento en el Tirol, por un decreto del papa Paulo III, expedido en 1.° de mayo de 1542, por el que se mandaba celebrar la primera sesion el 24 de junio de aquel mismo año.

Los legados del papa acudieron con puntualidad para el dia convenido; se juntaron tambien algunos otros padres y prelados, mas fueron en tan pequeño número, que no se pudo reunir el Concilio, y los padres tuvieron que volverse. Por aquel tiempo se celebró la dieta de Spira en 1543, con motivo de los socorro que dieron al emperador contra la Francia. Expidió Carlos el decreto de que no se malestaria á los protestantes, hasta que decidiese los puntos de controversia el próximo Concilio.

Disgustó mucho esta concesion á la Sede apostólica, y alentó en proporcion al partido luterano. Ya no hablaban estos de Concilio, como que á las decisiones de un Concilio no pensaban someterse. La desunion de los ánimos, la desconfianza mútua del emperador y el papa, la guerra encendida entre el primero y el rey de Francia, hicieron que se parase el negocio del Concilio, quedando como muerto, hasta que fué convocado por segunda vez para el 15 de marzo de 1545. Todavía en vista de los pocos que acudieron, se difirió la reunion para el 3 de mayo de aquel año. Mas á pesar de la prisa que ponia el pontífice, fueron tantos los obstáculos, las dificultades que se ofrecieron, la desconfianza en unos, la mala fé en otros, que el Concilio no pudo inaugurarse hasta el 13 de diciembre.

Comenzó la ceremania con una solemne procesion, en que iban por su órden frailes, canónigos, obispos y legados. Se instaló solemnemente el Concilio, pronunciando el obispo de Bitonto el discurso de apertura: determinó abrir sus sesiones para el 6 de enero del año siguiente de 1546.

Fué el Concilio de Trento muy poco concurrido desde los principios. Asistieron á la ceremonia de la inauguracion, cuatro legados, cuatro arzobispos, veinte obispos, cinco generales de órdenes religiosas. De Francia no se presentó ninguno: de Alemania muy pocos. Los oradores del emperador tampoco habian llegado todavía. Dió esta falta de asistencia lugar á inculpaciones, á reprimendas sérias, y hasta indicaciones de acusar de contumacia á los ausentes. Hubo muchas excusas por parte de estos últimos, alegando causas de tardanza, y pidiendo nuevos plazos.

Se emplearon las primeras reuniones en la designacion de los empleados para la direccion de los negocios del Concilio, en decidir de qué modo se habian de contar los votos, y hasta el mismo título que al Concilio habia de darse. Algunos no querian que se llamase universal, por no poder considerarse como representacion de toda la Iglesia, en vista del escaso número que habia concurrido; mas prevaleció la opinion contraria, aunque la denominacion que se dió desde los principios á dicha asamblea, no fué siempre la misma; indicándose con esto que no se hallaba el punto bastante decidido.

En la segunda sesion se dejó ver la diferencia de ideas y miras que animaban á los padres del Concilio. Querian algunos que comenzasen sus trabajos, haciéndose reformas en la disciplina de la Iglesia, en las costumbres de sus prelados, en la administracion de sus negocios temporales. Tales eran las ideas del emperador y de la mayor parte de los prelados de Alemania. Alegaban para ello que así se quitarian muchas armas á los herejes que en muchas de estas corruptelas y abusos apoyaban sus doctrinas: mas la mayoría y el mismo pontífice, á quien Carlos V escribió sobre el particular, rechazaron este órden de trabajos, como derogatorio á la dignidad misma de la Iglesia. Sostuvieron que era impropio para los que se reunian con objeto de pronunciar, de decidir y condenar, dar principio á sus tareas acusándose á sí mismos, y ofreciendo este triunfo á sus contrarios: que de las reformas en la disciplina nadie habia que no reconociese la necesidad; mas que este negocio debia posponerse al de la manifestacion y pronunciamiento solemne sobre el dogma.

Prevaleció esta última opinion, y se decretó que empezase el Concilio sus tareas por el Credo. Se pasó á la inspeccion de los libros canónicos reconocidos como tales hasta entonces. Fué alguno de opinion que se los dividiese en dos clases; unos de fe ciega é implícita, otros de mera edificacion y de consejo; mas fué rechazada casi por unanimidad esta doctrina. Se propuso por otros si estos libros canónicos se debian examinar de nuevo; á lo que se respondió que ya lo estaban por la Iglesia, y que un nuevo exámen seria dar un triunfo á los herejes que deseaban abrir campos de disputa y de contienda. Replicaron los primeros que el modo de convencerlos era examinar y discutir; mas en la votacion tuvo mayoría la opinion contraria. El Concilio se pronunció, pues, solemnemente sobre la admision de lodos los libros canónicos sin distincion, y contra los

que los desechasen ó negasen, decidió lanzar un anatema, por veinte votos contra doce.

Se procedió despues á las tradiciones apostólicas, y despues de varias discusiones, se decidió que les debia la misma fe que á la Escritura, lanzando el mismo anatema contra los que las desechasen. Se resolvió asimismo declarar la Vulgata, único texto canónico entre todas las demás traducciones en latin de la Escritura, excogitando el modo de expurgarle de todos los yerros, que por descuido ó ignorancia de los copistas ó impresores se habian en ella introducido.

Mientras tanto continuaban las quejas contra los ausentes, cuyas excusas fueron todas desechadas. Se llegó hasta formular un decreto contra ellos; mas no fué leido en sesion pública.

Una de las disposiciones tomadas en aquellos dias por el Concilio fué la deposicion del arzobispo de Colonia, acusado de connivencia con los heresiarcas. Con este motivo volvieron muchos á insistir en que se pasase pronto á tratar de las reformas. El emperador lo solicitaba en sus cartas al pontífice, exponiendo la necesidad de que se tratase de esto antes de pasar el dogma. Mas Paulo III desechó de nuevo sus indicaciones, lo que fué motivo de que los oradores del emperador se abstuviesen por un tiempo del Concilio. Los legados que le presidian en nombre del papa, y la mayoría de los padres, combatian con calor esta idea de entrar inmediatamente en las reformas. A nadie se priva, decian, de reformar sus costumbres: todo el mundo es libre de llevar cilicios y ponerse ceniza en la cabeza. La fe es lo primero por ahora; despues se pasará á las obras.

Comenzaron, pues, los padres por el pecado original que declararon como uno de los artículos del dogma. Sobre la inmaculada Concepcion de la Vírgen no se atrevieron á decidir nada, por no herir la susceptibilidad de las órdenes religiosas, entre otras la de los dominicos que la desechaban.

Produjo la discusion grave y detenida sobre esta materia, cinco cánones relativos al pecado original cometido por Adan; á la trasmision de este pecado ó mancha á toda su posteridad; á la abolicion de esta mancha ó pecado por el sacramento del Bautismo, instituido por Jesucristo; á la absoluta necesidad de administrar este sacramento á cada individuo ó persona; á la abolicion por él no solo del pecado original, sino de cualquiera otro que hubiese cometido. En cuanto á la exencion de la Vírgen de la ley comun, se mandó

observar las constituciones de Sixto IV sobre la materia; explicándose este punto en términos que al manifestar lo piadoso de esta creencia de su inmaculada Concepcion, no se acusase de impía ni de irreligiosa la contraria.

Casi al mismo tiempo que se extendian y examinaban estos cánones, se tocaban algunos puntos relativos á la disciplina y gobierno de la Iglesia. Se quejaban los obispos de las usurpaciones de su autoridad que en ciertos puntos cometian los superiores de las órdenes y comunidades monásticas, y se trató de cortar de raiz estos disgustos, restituyendo al poder episcopal sus atribuciones. Se habló de la residencia de los obispos, considerándola como esencialmente obligatoria: se mandó que se erigiesen cátedras tanto en las universidades como en las capitales de diócesis y comunidad religiosas, para la exposicion y explicacion de la Escritura, mandando que no se confiase este cargo sino á personas muy idóneas; que se hiciesen misiones, observándose la misma escrupulosidad con los revestidos del carácter de predicadores; que se abriesen escuelas gratuitas para enseñar á los pobres la gramática latina.

Habia celebrado el Concilio de Trento cuatro sesiones públicas en los cinco meses y mas que de instalacion llevaba. En 17 de junio de 1546, tuvo lugar la quinta, para aprobar los cánones relativos al pecado original y á la disciplina de la iglesia. Asistieron á ella cuatro cardenales, nueve arzobispos, cuarenta y ocho obispos, dos abades de monjes, tres generales de mendicantes, y varios otros teólogos, oradores.

Como se ve, se hallaba todavía el Concilio muy poco concurrido, lo que hacia repetir las quejas y amenazas de costumbre contra los ausentes. De Francia ninguno se habia presentado, hasta que por aquellos dias acudieron tres individuos, que despues de varios debates sobre los asientos, le tomaron al fin entre los padres.

Por aquel tiempo estalló la guerra entre el emperador y los príncipes protestantes del imperio, de que hicimos mencion en su lugar y á la que contribuyó el papa con un auxilio de doce mil hombres de infantería y dos mil caballos que pasaron por Trento en su marcha al teatro de las hostilidades. Con este motivo no creyéndose bastante seguros y tranquilos en esta ciudad los padres del Concilio, trataron de que se trasladase á Italia, mas este punto dió lugar á serios y vivos altercados.

La curia romana que habia siempre propendido á celebrar el Con-

cilio en este último pais, aprovechó gustosa cualquiera ocasion ó motivo de la remocion de Trento, ciudad triste, de pocas comodidades y conveniencias, donde la mayor parte de los padres residian con suma repugnancia. A esta mala localidad se atribuia la poca concurrencia á tan solemne asamblea de la Iglesia. Mas el emperador se habia empeñado siempre en situar al Concilio lo mas próximo posible al teatro de las escisiones religiosas, para que se sintiese mas su influencia. De igual opinion habian sido los prelados alemanes, y hasta los protestantes mismos, cuando querian y pedian Concilio. En esto tambien se llevaria las miras Carlos V, de ejercer mas influencia personal en cuanto el Concilio decretase. De todos modos, cuando se suscitó el punto de la remocion, se mostró tan adverso á la medida, como lo habia estado á su celebracion en algun pueblo de Italia.

La generalidad de los padres deseaba la traslacion por los motivos ya expresados. La deseaba mucho el papa, y aun mucho mas los legados, temiendo los conflictos y embarazos que podrian suscitarse, en caso de morirse el pontífice, ya de edad muy avanzada, durante la celebracion del Concilio en un punto tan distante. Mas el emperador cada vez se mostraba mas adverso á la remocion de la asamblea; y el papa por no disgustarle, temiendo que llegase quizá á convocar un concilio nacional, no daba indicios de insistir mucho en la medida.

Reinaba, pues, en Trento una guerra sorda, entre los que deseaban y combatian la salida. Entre los primeros, los legados trabajaban por llevarla á cabo, haciendo ver á los de la parcialidad del emperador, que era ya imposible al papa continuar con los auxilios de la guerra, mientras continuase el Concilio de Trento, por los muchos gastos que se le seguian, y haciendo por otra parte ver al pontífice la necesidad de suspender el Concilio, en caso de que su traslacion fuese imposible.

El emperador se mantenia obstinado, y Paulo III irresoluto; las intrigas, negociaciones y disgustos iban en progreso, sin que el asunto llegase á su determinacion, cuando se declaró en Trento una enfermedad, que tenia, ó á la que se quiso dar, el carácter de contagiosa; con cuyo motivo, los amigos de la mudanza alzaron mas la voz, y el papa se decidió al fin á dar el decreto para la remocion de él á Bolonia, á donde inmediatamente se trasladaron los prelados. Sucedió esto por mayo de 1547.

Se irritó el emperador con la medida, y pidió al pontífice la vuelta del Concilio á Trento. Lo mismo suplicaron los prelados alemanes. Mas la corte romana no tuvo por conveniente acceder á la pretension, y expidió nuevas cartas de convocatoria, para que los padres del Concilio se encaminasen á Bolonia. Mas no pocos, sobre todo los españoles, de la parcialidad de Carlos V, se negaron á separarse de Trento.

En Bolonia se celebró una sesion, y se decidió que se suspendiesen basta setiembre de aquel año. Mientras tanto ocurrió la victoria de Muhlberg contra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, lo que en lugar de hacerle ceder sobre la traslacion del Concilio á Bolonia, le movió á insistir de nuevo en que volviese á Trento. Mas esta medida era ya imposible, como tambien el que el Concilio continuase sus sesiones en Bolonia, con tantos altercados entre los que la deseaban allí, y los que persistian en permancer en Trento. Así quedó esta asamblea como virtualmente suspendida.

Mientras se suscitaban estos puntos de traslacion y demás negocios puramente temporales, seguian adelante los padres con sus tareas de definir puntos de fe, y tomar medidas acerca de la disciplina de la Iglesia. En cuanto á la primera parte, despues de los cánones ya referidos sobre el pecado original y sacramento del Bautismo, se pasó á los otros; pues sobre su número y efectos de su aplicacion rodada una gran parte de las doctrinas de los heresiarcas. Se extendieron sobre esto nuevos cánones, y se lanzó anatema contra el que dijese y tratase de sostener que los sacramentos eran mas ó menos que siete; que no habian sido todos instituidos por Cristo; que lo estaban ya en lo antiguo; que tan solo los signos pertenecian al Nuevo Testamento; que los sacramentos no eran necesarios; que bastaba la preparacion del alma y deseo de recibirlos, sin que lo fuesen en efecto. En cuanto á disciplina, se continuó el negocio de restituir toda su plenitud á la autoridad de los obispos; se decidió la obligacion de la residencia de estos en sus diócesis; que ninguno, y ni aun los cardenales, poseyesen mas que una, siendo extensiva hasta ellos la obligacion de residencia.

Mientras las contestaciones y negociaciones á que daba lugar la instalacion en Bolonia del Concilio, expidió el emperador su famoso decreto del *Interim* en Alemania, por el que se estableció lo que se habia de practicar y observar por los luteranos, ínterin decidia el congreso sobre aquellas controversias y disputas religiosas. Fué con-



siderada esta medida por los protestantes como un rasgo de tiranía del emperador; en la curia romana causó aun mas desagrado, como atentatorio á la autoridad del pontífice y del Concilio mismo, mezclándose en materias fuera de la competencia de las potestades temporales. El papa trató de modificar este acto, y hacer en él las correcciones necesarias; mas le representaron sus consejeros que en esto mismo se comprometia su dignidad, y se prefirió el silencio á dar á entender de un modo tácito, que el emperador podia tener derecho de expedir decretos semejantes.

Poco despues falleció Paulo III, y fué sucedido por Julio III, que cuando cardenal, habia sido uno de los legados del Concilio. Como el emperador instaba siempre á que volviese esta asamblea á sus trabajos, y no se la convocase mas para Bolonia, expidió el pontífice una bula, para que el Concilio volviese á reunirse en Trento.

Tuvo lugar la primera sesion en 1.° de mayo de 1550, despues de cerca de dos años que se habian suspendido sus tareas. El emperador, creyéndose ya en estado de dar la ley á los protestantes de Alemania, volvió á insistir en que se tratase de reformas en la disciplina, para quitar de un todo los pretextos y motivos que los heresiarcas alegaban. El papa manifestó que entraba perfectamente en sus consideraciones. El Concilio comenzó sus tareas, tratando de dogmas de crencia; extendiéndose mucho sobre el de la Eucaristía tan combatido por la secta de los sacramentarios.

A este Concilio que se consideraba como una mera continuacion del anterior, acudieron tambien prelados franceses; mas se vió como una ofensa en el Concilio, el que las cartas credenciales que se leyeron en su seno, designasen esta asamblea con el nombre simple de *conventus* (reunion) sin emplear el de sínodo ó Concilio. Al fin apaciguaron algo con las explicaciones que los oradores dieron á la de conventus, que en nada derogaba á la importancia y dignidad de la asamblea. Mas la Francia se habia manifestado en todas ocasiones poco adicta al Concilio, sin duda porque el emperador le promovia. Así no fueron admitidas nunca en aquel pais sus decisiones de ninguna época.

Las tareas en esta segunda del concilio de Trento procedieron con mas lentitud que en la primera. A las decisiones sobre el sacramento de la Eucaristía, siguieron las relativas á la penitencia. Se tomó entonces la medida de dejar pendientes ciertos puntos, invitando á los protestantes á que viniesen á esgrimir sus armas en la

controversia, lo que no se habia hecho en la primera época. Mas los protestantes no asistieron: les estaba preparando triunfos mas sólidos y seguros, Mauricio de Sajonia, convertido repentinamente de consejero, de amigo. de protegido del emperador, en su enemigo. Huyó Carlos V de su nuevo rival, y como hemos visto, se vió muy en riesgo de caer prisionero en manos del que hacia poco se llamaba su favorecido.

Tuvieron grande influencia estos acontecimientos en las tareas del Concilio. Llegaron los padres á verse realmente en peligro por la aproximacion á Trento del teatro de las hostilidades. Destruyó completamente el tratado de Passaw las esperanzas que podia tener la corte romana de ver reducidos á los luteranos de Alemania al seno de la Iglesia. Declarada otra vez la guerra entre el emperador y el rey de Francia, necesariamente se habia de resentir de ello la buena armonía del Concilio, donde se hallaban padres de las dos parcialidades. Quedó así suspendida virtualmente esta asamblea, y no volvió á reunirse otra vez hasta diez años despues, cuando llevaba ya Felipe II siete de reinado.

Así el concilio de Trento no produjo efecto alguno en cuanto á la restitucion al seno de la Iglesia de los protestantes de Alemania y otras partes. Estaba ya la escision muy decidida y pronunciada, y á demasiada distancia los principios de los disidentes de los adoptados como bases fundamentales por la Iglesia. Era imposible que apagase el fuego ya tan encendido una asamblea, que no se reunia para examinar y discutir, sino para pronunciar y fulminar anatemas contra los que no adoptaban sus creencias. Entre tratados de tolerancia mutua y guerra abierta no habia medio. En cuanto á reformas en la disciplina de la misma Iglesia católica no dejó de ocuparse de este asunto el Concilio como ya hemos visto; pero como objeto secundario. De la necesidad de estas reformas, como un punto de teoría, todo el mundo estaba convencido y penetrado; mas cuando se llegaba á la práctica se encontraban obstáculos insuperables. Unos no la querian verdaderamente por ser parte interesada. A otros heria y ofendia mucho su amor propio la consideracion de que se hiciesen estas reformas, cediendo á las exigencias y clamores de los mismos heresiarcas. Se mezclaban en estos negocios demasiadas pasiones y parcialidades. Los intereses del siglo y los religiosos se hallaban tan extrañamente ligados entre sí, que era muy difícil decidir la parte que verdaderamente pertenecia á cada

uno. Los papas eran soberanos temporales al mismo tiempo que pontífices: en los demás príncipes subia y bajaba el fervor é intolerancia religiosa segun el barómetro de su política. No miraban precisamente el papa y Carlos V bajo un mismo aspecto las disidencias religiosas de Alemania, ni podian por lo mismo convenir en los medios de extirparlas. De esta divergencia en las miras de los soberanos participaban por precision los mismos padres del Concilio. Así lo hemos visto en completa discordia, marchándose los mas á continuar el Concilio en Bolonia, mientras se obstinaba en no salir de Trento una grande minoría.

CAPITULO IX.

Siguen las controversias y guerras religiosas en la época de Carlos V.—Enrique VIII de Inglaterra.—Ana Bolena.—Cisma.—Movimientos en Escocia.—Asesinato del cardenal Beaton.

La gran revolucion, y este título merece la producida en Alemania por Lutero, tuvo un principio, como hemos visto, muy pequeño, y con visos de ridículo; á saber: la venta de las indulgencias. Uno mas extraordinario, y que hubiera sido imposible imaginar, dió principio en Inglaterra á movimientos de la misma clase, que produjeron casi iguales resultados. Era la Inglaterra eminentemente católica, uno de los paises en que la Sede apostólica tenia mas influencia. A excepcion de la faccion de los Lolardos, que fué disipada á principios del siglo XV, no habia experimentado aquel pais disturbios ni guerras civiles de un órden religioso. El rey Enrique VIII, no solo era un príncipe ortodoxo en toda la extension de la palabra, sino hasta teólogo. Cuando estalló la herejía de Lutero, compuso, ó hizo componer un libro en latin, en que combatia sus doctrinas (1). El verdadero mérito de tal publicacion no hace actualmente nada al caso, mas se tuvo entonces por un gran refuerzo para las filas del catolicismo, cuando valió á su autor el título de defensor de la fe, con que fué recompensado por el papa. Este título de defensor de la fe, lo llevó el monarca aun despues de separado de la Iglesia, y

(1) La obra tiene este título: «Assertio septem Sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ rege et domino Hyberniæ Henrico ejus nominis octavo.»

le trasmitió á sus sucesores, á excepcion de dos solos, todos protestantes. No trató Lutero con mas miramiento al rey de Inglaterra que al papa, y demás altas notabilidades de la Iglesia. Atacó su libro con toda la virulencia, la mordacidad y el torrente de sarcasmos que entraban en sus argumentos, y el monarca replicó por sí mismo, ó por alguno á quien encargó este trabajo. Tenia, pues, Enrique VIII cuentos motivos y compromisos le podian ligar con una causa; creencias, educacion, servicios hechos en su favor como campeon, amor propio llagado que curar como escritor; y si el papa podia contar con la adhesion de algun príncipe católico, debia de ser sin duda con el rey de Inglaterra. Mas el hombre es inconstante y veleidoso. Enrique VIII lo era en alto grado. Pocos príncipes fueron tan despóticos; mas tenaces en llevar adelante una resolucion; mas crueles cuando encontraban obstáculos sus caprichos, ó creia ajado su amor propio. Estaba este príncipe casado con Catalina de Aragon, hija de los Reyes católicos, esposa de su hermano el príncipe Arturo, que falleció antes de la muerte de su padre. No se habia consumado este matrimonio, segun declaracion de la misma princesa; mas prescindiendo de esta circunstancia, otorgó el pontífice dispensa, para que Enrique se casase con la viuda de su hermano. Vivia el rey muy tranquilo en su conciencia, y este matrimonio habia dado por fruto, además de algunos varones que murieron en la infancia, á la princesa María, que despues fué reina. Entre las doncellas de honor que servian á su madre, se hallaba una llamada Ana Bouleyn, ó Boulen, ó Bolena, de singular belleza, de quien tuvo él la desgracia de prendarse. Vehemente en sus deseos, convencido de que para su satisfaccion no habia mas camino que el del matrimonio (1), comenzó á formar escrúpulos sobre la validez y legitimidad del suyo, pareciéndole una especie de incesto estar casado con la viuda de su hermano. Algunos teólogos y cortesanos con quienes consultó, fueron de sus mismas opiniones, y el resultado fué acudir á Roma, solicitando una bula de divorcio. Se cree que el cardenal Wolsey, por vengarse del emperador Carlos V que le habia faltado á la palabra de sostenerle en sus pretensiones al pontificado, era uno de los agentes de estos escrúpulos de Enrique; mas eran sus designios enlazarlos con una

(1) Algunos autores enemigos de la reforma de Inglaterra hablan de Ana Bolena como de una mujer sumamente licenciosa en sus costumbres; mas se pueden muy bien atribuir estas exageraciones á desahogos de partidos. De todos modos, lo que en dicha dama faltaba de honestidad, lo hubo de astucia con el rey, cuando puso á tan alto precio sus favores.

princesa de Francia, ignorando los verdaderos motivos y sentimientos del monarca. El pontífice, que lo era á la sazon Clemente VII, se vió en un grande apuro y en un terrible compromiso. Prescindiendo del caso en sí, conocia por una parte el carácter obstinado y violento del rey de Inglaterra; por la otra temia irritar al emperador, sobrino de la reina. Lo mas prudente que le surigió su política fué ganar tiempo, creyendo que el amor del rey se entibiaria, y aflojaria lo mismo en su propósito; pero Enrique, cada vez mas obstinado, tanto por la vehemencia de sus deseos, cuanto por los artificios de Ana, llevó adelante, y del modo mas serio, su propósito. Pidió él al pontífice un juicio público que pusiese en claro su demanda; y para legitimar mas su pretension, mandó que se consultase el caso con los teólogos mas eminentes, hasta con la mayor parte de las universidades principales de Europa (1). La mayor parte de las respuestas fueron favorables al monarca. El papa por la suya, no pudiendo desentenderse de la peticion, encomendó la decision del caso á dos legados, al cardenal Campeggio y al cardenal Wolsey, muy frio en el negocio ya, pues sabia la intencion del rey, y miraba con repugnancia el enlace proyectado. Se erigió con dichos cardenales una especie de tribunal eclesiástico, y se procedió á la audicion de entrambas partes. Repitió Enrique VIII su demanda, apoyándola en las mismas razones de conciencia que la primera vez; mas la reina cuando fué llamada, declinó la jurisdiccion del tribunal, pidiendo ser oida y sentenciada en Roma, echándose al mismo tiempo á los piés del rey, implorando su favor, mas sin efecto. Sin embargo, se suspendió con este motivo el procedimiento, y la causa volvió á Roma. Se irritó Enrique con este contratiempo, que atribuyó á intrigas de Roma, y llegó á tanto su despecho que desgració á Wolsey, sospechado por Ana Bolena, de estar en connivencia con sus enemigos. En resolucion el papa, ó porque le repugnase acceder á una injusticia tan notoria, ó porque le arredrase incurrir en la indignacion de Carlos V, cada vez dió nuevas largas al negocio, mas no previó el resultado de su irresolucion que podia considerarse como una negativa. Llegó á su colmo el amor, ó la obstinacion, ó la indignacion del rey Enrique. El vínculo, que no quiso el pontífice anular, le rompió él mismo. Con toda pompa y solemnidad se desposó con Ana, y en lugar de mostrarse sumiso,

(1) El caso parecia difícil: los unos citaban en su favor un texto del Levítico: los otros le combatian con otro del Deuteronomio.

arreglando este negocio con delicadeza y miramiento, negó su obediencia al papa, se declaró cismático á sí mismo y á la iglesia de Inglaterra, proclamándose su jefe y su cabeza.

Enrique VIII no dió por entonces mas pasos en la carrera de las innovaciones. Exceptuada la ruptura con el papa, se conservaron en su mismo pié las creencias, las ceremonias, las jerarquías y la disciplina de la Iglesia. Con el tiempo dió otro paso. Por miras políticas, ó porque tentasen su codicia y las de sus cortesanos los pingües bienes de que gozaban los monasterios, se fueron disolviendo unos tras de otros, tanto los propietarios como los simplemente mendicantes. Algunas innovaciones mas se hicieron en el personal y en las rentas del clero secular; pero en rigor el gran cambio, la grande variacion, era la independencia de la corte de Roma, y la admision de otra cabeza de la Iglesia.

Todas estas innovaciones las hizo el rey por medio del parlamento, instrumento de todas sus voluntades y caprichos, como lo fué bajo la dominacion de los Tudores. Los pares habian perdido mucho de su preponderancia. La cámara baja lo era entonces en la cosa como en la palabra. Se reunia para votar subsidios é imponer contribuciones; mas no se le daba parte, ni se le permitia mezclarse en los grandes negocios del estado. Además, en el despojo de los ricos monasterios resultaban muchos gananciosos. No faltaron disturbios y serios alborotos en el pais con motivo de estas invasiones. Mas se las habian con un rey duro, inflexible, tan despótico en materias religiosas como en las políticas. Expiaron entre otros en un cadalso el famaso canciller Moro y Fishez, obispo de Rochester, el delito de no ser de las opiniones del monarca. En adelante fué mirado como un crímen de rebeldía y de traicion el no rendir homenaje al nuevo papa: como crímen de irreligion querer introducir las novedades, que esparcia la reforma en otras partes. Se mostró despues de su cisma Enrique VIII tan enemigo de Lutero como cuando escribia contra él su defensa de la fe; y los reformadores, que á favor de esta novedad creyeron llegado el momento favorable de introducir en Inglaterra sus doctrinas, se llevaron un gran chasco. Algunas hogueras se encendieron en expiacion de herejías; y Enrique VIII, siempre amigo de lucir su habilidad como teólogo, disputó en público con algunos herejes, y no pudiéndolos convencer los condenó al suplicio.

Durante la vida de este rey pocos mas pasos que los indicados

hizo la reforma. La Inglaterra era cismática; mas arreglada en todo lo demás á lo que observaban los de la religion cristiana. Sin embargo, se iba preparando el terreno para otros frutos, cuyo gusto no podia menos de irse introduciendo á pesar de las severas medidas del monarca. Roto el yugo de la autoridad de Roma, precisamente se habian de deducir ulteriores consecuencias. Así en el reinado de su sucesor Eduardo VI, á la ruptura de este vínculo, se siguieron poco á poco las innovaciones que tenian lugar en Alemania, en Suiza y otras partes. Mas como este reinado fué corto, y en el siguiente, que fué el de María, volvió Inglaterra á reconocer la autoridad de Roma, no se arregló definitivamente la Iglesia reformada de Inglaterra, hasta el reinado de Isabel, sucesora de María, como lo haremos ver á su debido tiempo.

En Escocia se habia introducido el luteranismo el año de 1528; mas fué desde un principio perseguido. Expió en un cadalso sus nuevas doctrinas Patricio Hamilton, que fué el primero que trató de propagarlas, y seis años despues tuvieron otros siete mas la misma suerte. Enrique de Inglaterra, aunque enemigo del luteranismo, trató de introducir en Escocia sus nuevas opiniones, é instó al rey Jacobo V á que le imitase declarándose jefe de la Iglesia, apoderándose de sus bienes; mas se resistió Jacobo, y continuó haciendo ejecutar los decretos rigorosos que se habian expedido contra los innovadores. Irritado Enrique, declaró la guerra á Escocia, y entró en la frontera con un ejército, que destruyó al de Jacobo, cuya muerte siguió muy pronto á este desastre en 1542.

Dejó este rey por única heredera á una niña que acababa de nacer, y fué con el tiempo la célebre y desgraciada María Stuarda. La reina viuda María de Lorena era hermana de los Guisas, familia entonces poderosa en Francia. Se formaron con este motivo dos partidos ó acciones en Escocia; uno francés y otro inglés, apoyado el primero por los Guisas y la corte de Francia: el segundo por Enrique VIII. Propendian los protestantes al último, pues á pesar de los suplicios y persecuciones, cada vez iban tomando nuevo cuerpo sus doctrinas. A la cabeza del partido francés ó católico se hallaba el cardenal Beaton (arzobispo de San Andrés), que influia mucho en la persecucion de los innovadores. La regente María de Guisa se conducia por los consejos de sus hermanos, hombres duros, acérrimos enemigos de los protestantes.

La princesa María era un objeto de codicia para las dos cortes.

La queria Enrique II, rey de Francia, para el Delfin, y el de Inglaterra para su hijo Eduardo. Repulsado este en sus pretensiones, envió otro ejército á la frontera que causó bastante estrago en un principio, mas que fué en seguida derrotado. Murió entretanto el rey de Inglaterra, mas continuaron las hostilidades, y los ingleses ganaron la batalla de Pinki, que produjo pocos resultados. Al menos no impidió que la corte de Escocia llevase á efecto su idea de enlazar á María con el hijo primogénito de Francia.

Al abrigo de estas disensiones crecia el protestantismo en el pais; el cardenal Beaton acababa de ser asesinado en su mismo palacio por hombres que quisieron vengar el suplicio de un predicador llamado Visheart, sentenciado por un tribunal eclesiástico organizado y presidido por el arzobispo. El partido francés, que para apoyar mejor sus pretensiones habia hecho venir de Francia un cuerpo de ocho mil hombres, se hacia cada dia mas odioso, y los protestantes se consideraban como del partido nacional. Entre ellos se levantó un hombre llamado Juan Knox, de genio y de saber, cuya austeridad de costumbres, fogosidad de carácter é intrepidez en tronar contra la corrupcion de la Iglesia católica llevaba tras de él la muchedumbre y le constituian en jefe y apóstol de la nueva secta. La pugna entre ambas iglesias se iba haciendo cada vez mas séria; pero los conflictos á que dió lugar pertenecen al tiempo del reinado de Felipe.

CAPÍTULO X.

Sigue la materia del anterior.—Zwinglo.—Suiza.—Ginebra.—Calvino.—Francia.—Dinamarca y Suecia.—Institucion de la Compañía de Jesús.

Tuvo muchos discípulos Lutero: algunos sacudieron el yugo de su autoridad y quisieron ir mas lejos que el maestro. De esto se quejaba amargamente, pero sin motivo, puesto que seguian sus doctrinas y su ejemplo. Como sentaba por principio que la verdadera fuente del dogma se hallaba tan solo en la Escritura, cada uno tenia segun sus principios el derecho de beber, y ninguno el esclusivo de dar su interpretacion como infalible. Ya hemos visto como los anabaptistas contaban entre los profetas falsos á Lutero, del mismo modo que Lutero al papa. Otros innovadores no le trataron con la misma hostilidad; mas le pasaron adelante. No habia él negado la presencia real en la Eucaristía; mas algunos sacudieron y rechazaron completamente aqueste dogma dándose el nombre de sacramentarios (1528). Fué la Suiza el campo de las nuevas predicaciones, y Zwinglo, que era el mas considerado de los innovadores, el principal apóstol de aquellos cantones que con pocos sacudimientos abrazaron sus doctrinas: Berna, Schaffouse y Basilea entraron en el número. Mas la conquista principal fué la de Ginebra.

Se consideraba antes esta ciudad como imperial, y estaba gobernada por sí mism, bajo la autoridad de su obispo, sufragáneo del arzobispo de Viena en Francia. A los principios del siglo XVI, cedió el obispo el derecho que tenia sobre la ciudad á los duques de

Saboya que siempre la habian reclamado como parte de sus posesiones. Cuando trataron de apoyar estos derechos con las armas, se declararon en Ginebra dos facciones, una popular, otra á favor del de Saboya. Acudió la primera por proteccion y auxilio á Berna, que le otorgó al instante. Con este refuerzo quedó victorioso el partido popular; se abolió el culto católico, se hizo salir al obispo, que se retiró á Anneci en Saboya (1); y Ginebra quedó erigida en república democrática, incorporada á la confederacion helvética.

Allí establecieron los sacramentarios el centro de su dominacion y su doctrina, considerándola como capital de su dominio espiritual que por tantas partes se extendia. En Alemania fueron príncipes los que se declararon protectores y partidarios de Lutero, pudiendo creerse tal vez, que el nuevo apóstol no era mas que su instrumento. En Ginebra se estableció una sinanoga de doctores de la nueva ley, que con su ejemplo, la publicacion de sus doctrinas y los misioneros que enviaban en distintas direcciones, aumentaban considerablemente su rebaño. Habia nacido el luteranismo como sobre el trono, con el carácter de monárquico. La nueva doctrina que se difundia sin proteccion de nadie, se presentaba con tendencias y colorido de republicana. Bien pronto vino á aumentar el lustre del consistorio de Ginebra un personaje de extraccion oscura que al fin dió nombre á la secta; Juan Calvino.

Nació Calvino en Noyon, pueblo de la Picardía en Francia, en 1509, de una familia decente, de bastantes medios para proporcionarle una educacion literaria, destinándole al estudio del derecho. Comenzó su carrera en Orleans; la continuó en Bourges, donde oyó lecciones del famoso jurisconsulto Alciat, y aprendió el griego, el hebreo, el siríaco. Pasó despues á Paris, habiéndose adquirido segun dicen sus biógrafos la opinion de estudioso, de ingenio sutil y muy diestro en las disputas. Allí publicó unos comentarios sobre el tratado de la clemencia por Séneca, y comenzó á llamarse *Calvinus*, Calvino, siendo *Cauvin* ó *Chauvin*, su verdadero nombre de familia.

Iniciado desde su primera juventud en las nuevas doctrinas religiosas, trató de salir de Paris donde eran perseguidas, y estaba comprometida su persona. Pasó á Angulema donde subsistia de enseñar, y fué conocido con el nombre del pequeño Griego: despues

(1) Los obispos de Anneci se intitulan todavía obispos de Ginebra.

se trasladó á Poitiers; mas no teniéndose por seguro en ningun pueblo de Francia, se dirigió á Basilea, donde hizo imprimir una especie de apologética dedicada á Francisco I en favor de los nuevos sectarios perseguidos. Despues pasó á Italia donde permaneció muy poco tiempo. A su regreso pasó por Ginebra en 1536 con intencion de tomar el camino y establecerse en Strasburgo; mas tales fueron las instancias que le hicieron los nuevos doctores Guillermo Faret y Pablo Veret para que se quedase á su lado, que al fin hubo de acceder á ello, aceptando no el cargo de predicar, sino el de leer teología.

En 1538 fueron dichos doctores y Calvino expulsados de Ginebra á instigacion de los de Berna por no querer conformarse á decisiones de su sínodo relativas á los sacramentos de la Comunion y el Bautismo, únicos que los sacramentarios admitian. Calvino se dirigió á Strasburgo donde fundó una iglesia de su secta para los refugiados franceses y una cátedra de teología. Pasó dos años despues á Worms y á Ratisbona donde tuvo entrevistas con personajes de importancia de la nueva secta, y lució muchísimo en las controversias que alli se suscitaban. Mas habiéndose mientras tanto sosegado los disturbios de Ginebra y recobrado su ascendiente el partido de Calvino, regresó á dicha ciudad en 1541, y permaneció en ella hasta su fallecimiento, ocurrido en 1564, siendo el patriarca, el apóstol, el doctor, el oráculo de la nueva secta, conocida bajo la denominacion de Calvinista.

Asi pasó la vida de Calvino por casi tantas vicisitudes y peligros como la de Lutero; pero fué mucho mas independiente. Tuvo el último siempre el carácter de súbdito del elector, viviendo de un salario. Calvino, aunque tambien recibia un estipendio, fué considerado siempre como el hombre principal en su república: se le llamaba el papa de Ginebra. Se distinguieron los dos por un carácter atrevido, por la acrimonía y violencia de su ingenio, por su elocuencia popular, por su grande erudicion en letras humanas y sagradas. Fueron ambos infatigables escritores, y publicaron obras en lengua latina y en la propia. Ambos tradujeron, comentaron y explicaron varios pasajes de la Escritura, sobre todo los Salmos; mas Calvino no hizo de ella una version completa. En cuanto al carácter de su estilo, los inteligentes hallan mucha mas mordacidad, mucha mas agudeza, aunque vulgar y chocarrera en el aleman; mas seriedad, mas correccion, mas gusto clásico en el ginebrino. Para

concluir esta especie de paralelo, los dos fueron casados; mas Calvino, antes de tomar parte en la reforma, no tenia ningun carácter eclesiástico: los dos murieron pobres, aunque muchos se enriquecieron con las numerosas impresiones de sus obras: los dos conservaron su consideracion personal mientras vivieron, y fueron acompañados al sepulcro por los que de llevar su nombre se gloriaban.

La misma circunspeccion, ó si se quiere falta de medios que nos ha retraido de entrar en la parte teológica de las doctrinas del reformador aleman, nos dicta igual conducta con respecto al ginebrino. Atentos solo á lo que tiene y tuvo una influencia directa en la conducta de sus sectarios ó discípulos, nos contentaremos con observar que la escuela de Ginebra tiene mas severidad, mas simplicidad de formas, un carácter mas decisivo que la de Lutero. Dejó este muchas cosas por explicar, sea por no comprometerse, sea por temer las consecuencias de una decision: los de Calvino que vinieron despues, que encontraron abierta ya la senda, penetraron por ella con mucha mas audacia. Conservó Lutero muchas de las pompas del culto romano: el de los calvinistas se redujo solo á una congregacion de cristianos, que oran, cantan salmos y oyen á un pastor que les explica la moral del Evangelio. Lutero respetó la jerarquía eclesiástica: el calvinismo no reconoció mas que una y sola clase de sacerdotes; los pastores que distribuyen á los fieles el pan de la palabra.

El calvinismo penetró prontamente en algunas provincias de Francia, sobre todo las del Mediodia. Los primeros prosélitos fueron de las clases bajas. Contribuyó á hacer el culto en cierto modo popular el genio de un poeta contemporáneo (Clemente Marot), quien convertido á la reforma, puso en versos franceses los salmos de David, cantados con mucha devocion y entusiasmo entonces en reuniones de los calvinistas. De las clases mas bajas, pasó poco á poco el nuevo culto á otras elevadas; mas aquellos señores y nobles franceses no eran los príncipes del imperio, soberanos en su pais, que podian proteger abiertamente nuevos cultos. La coyuntura no les era favorable todavía; eran los menos; y el rey Francisco I que buscaba alianza con los príncipes protestantes de Alemania, que las ajustaba con los turcos, que admitia en Marsella á Barbaroja, y aun mandó construir en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos; era por otra parte demasiado buen católico, para no perseguir á sangre y fuego á los herejes de su reino. Algunos his-

toriadores son de opinion que el rey propendia á las nuevas doctrinas y opiniones, imitando en esto la conducta de su hermana la reina de Navarra, que casi las profesaba abiertamente. Mas sea que el hecho fuese falso, ó que se hubiese arrepentido, es muy cierto que se mostró su enemigo acérrimo, y que asistió personalmente con las damas y varios personajes de su corte á varios suplicios, de que luteranos y calvinistas fueron víctimas (1).

Ya antes de la introduccion del calvinismo se habian hecho varios suplicios en Paris en luteranos y anabaptistas. La aparicion de la nueva secta redobló la vigilancia y dió nuevo pábulo al espíritu de persecucion tan propio de aquel tiempo. En otras varias partes de Francia hubo serios castigos y llamaradas de motin que luego se apagaron. En el Meriundol estalló una insurreccion parecida á la de los aldeanos de Alemania, y que á fuego y cuchillo fué reprimida y sofocada; mas las grandes calamidades, la grande guerra civil que iba á estallar en Francia con motivo del calvinismo ó tal vez con pretexto del calvinismo, no pertenecen á la época de Carlos V.

Hemos dicho que Ginebra era el gran centro de la doctrina, la gran sinanoga de los doctores de la ley; la Atenas, donde se formaban é instruian los que la llevaban á otras partes; entre ella se cuenta Juan Knox, que acabamos de ver erigido en apóstol de la Escocia. Hé aquí la razon porque habiendo comenzado á predicarse las nuevas doctrinas bajo los auspicios de luteranos, se adoptaron con el tiempo en su mayor rigidez las de Calvino.

En la relacion de los cambios religiosos durante la época de Carlos V, hemos dejado para las últimas la Dinamarca y la Suecia, no porque les corresponda este órden en el cronológico, sino por la índole particular que manifestó en ambos paises la reforma. En otras partes á las innovaciones en asuntos religiosos se habian seguido conmociones en política. En Dinamarca, sobre todo en Suecia, fueron simultáneas las dos revoluciones. Hallándose sujetos á un mismo cetro ambos paises, se emanciparon casi á un tiempo de su se-

(1) Se empleaba en ellos un método ó sistema particular que no hemos visto mencionar en parte alguna. Se levantaba al paciente en alto por medio de una máquina, y se le bajaba lentamente encima de la hoguera. Despues de algo tostado, se le volvia á levantar, se le volvia á bajar, y así repetidas veces, hasta que se lo dejaba caer de golpe sobre la hoguera, donde se terminaban sus tormentos. Se daba á este suplicio el nombre de *Estrapada*. Los franceses que nos echan en cara, y declaman tanto contra nuestra Inquisicion y fanatismo de aquel tiempo, parece que no se acuerdan de su propia historia.

ñor comun, se declararon independientes de Roma, y sacudieron el yugo de Cristierno. Enrique de Holstein y Gustavo Wasa, en el acto de sentarse el primero en el trono de Dinamarca, y el segundo en el de Suecia, abrazaron el luteranismo, le declararon religion del estado, y se apoderaron de los bienes de la Iglesia; tanto en provecho propio como en el de los soldados que los habian ayudado en su atrevida empresa. En Suecia se abolieron los votos monásticos; se dió licencia de casarse á los sacerdotes tanto seculares como regulares; se confiscaron dos tercios del diezmo en favor del ejército; se abolieron los tribunales eclesiásticos; se vendieron los vasos sagrados para redimir las deudas del estado; se enajenaron del mismo modo los grandes bienes eclesiásticos; se mandó traducir en letra vulgar la Biblia y la Liturgia; se redujo á los obispos á un rango secundario en favor de la nobleza. Todo esto se hizo en un instante por disposiciones del gobierno ó de dietas que él convocaba y dirigia; y esta revolucion religiosa se enlazó tanto con la política, que el mismo Gustavo llegó á declarar que á no ser por ella tendria que abandonar su nuevo trono. En vano se levantó el estandarte de la rebelion por algunos de los desposeidos: el pueblo se mantuvo quieto y dejó consumarse una revolucion que con tantos intereses materiales se cebaba.

Así por los años de 1550, cuando tocaba á su término la dominacion de Carlos V, lo que unos llamaban reforma evangélica, y á lo que daban otros el nombre de herejía, se habia esparcido por Alemania, Francia, Suiza, Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Suecia. No mencionamos los Paises-Bajos, porque el estado de esta region, bajo todos los aspectos, tendrá lugar cuando hablemos de las revueltas y guerras de que fué teatro durante el reinado de Felipe. Se hicieron los hombres de todas condiciones disputadores, argumentadores y controversistas. La Biblia, que antes andaba solo en manos de eclesiásticos, y de estos la mas pequeña parte, llegó á ser una lectura popular y favorita. Produjo el cambio en las creencias, otro en la política, y dió á la ambicion al deseo del poder un nuevo giro, tal vez un pretexto, pues el manto religioso cubrió en aquel tiempo muchos crímenes. Los choques políticos á que esta fiebre dió lugar durante el reinado de Carlos V fueron poca cosa si se comparan con los que produjeron en lo sucesivo. La guerra que hizo ó sostuvo este emperador en Alemania contra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, fué un juego de niños comparada con la que

durante treinta años devastó todo aquel pais en la primera mitad del siglo XVII. Lo que hasta ahora hemos dicho de Inglaterra, de Francia y de Escocia, no es mas que el preludio de lo que la segunda mitad del siglo XVI nos reserva. Sin contar las atrocidades y horrores cometidos por las guerras de los albigenses, de los valdenses, de los lolards, de los husitas, se puede decir que por espacio de dos siglos en la época que se llama de renacimiento y de civilizacion, estuvo Europa mas ó menos parcialmente infestada de controversias y guerras religiosas.

Una sola observacion nos resta que hacer y será breve. Ya hemos visto que el gran principio invocado y alegado por los reformadores era que nadie tenia derecho para erigirse en autoridad sobre la interpretacion de la Escritura. Parecia que la grande consecuencia de este gran principio debia de ser la tolerancia hácia la diferencia de las interpretaciones segun el modo de ver de cada uno; mas esta tolerancia que los reformadores reclamaban contra los católicos, no la observaban unos con respecto á otros. Así está hecho el corazon del hombre. Veia Lutero con disgusto y hasta con escándalo á los sacramentarios; con horror á los anabaptistas. Para estos era Lutero un profeta falso como el papa. Los luteranos y los calvinistas tampoco se veian con ojos de amigos y de hermanos. Si se encendian hogueras en Paris, tampoco faltaron en Ginebra. En ellas expiaron Miguel Serveto y sus amigos el disentir de las opiniones y *haber afligido la Iglesia de Calvino*. En Basilea fueron condanados al suplicio anabaptistas por los mismos sacramentarios. Así abusa el hombre en todas ocasiones de su preponderancia; y el que ayer se quejaba de opresion, hoy oprime si es mas fuerte.

Y para concluir con este asunto por ahora, ¿qué eran los famosos innovadores que en materia de religion conmovieron la Europa, y produjeron á la larga tantos trastornos en política? ¿Qué eran Juan Wicleff, Juan Hus, Jerónimo de Praga, los Luteros, los Zwinglos, los Calvinos, y otros muchísimos que seguian su bandera? Meros teólogos que por convicciones, por inquietud de espíritu, por hacerse un nombre atacaron principios, opiniones que pasaban por inconcusos en materias religiosas. ¿De qué trataron, de qué escribieron? ¿Qué enseñaron en su cátedra? Reformas en teología, en disciplina eclesiástica, en el modo de interpretar los libros santos que siempre produjo alteraciones en el dogma. Las políticas, á que dieron lugar, no entraban en sus planes. En el alzamiento de los Lolards

no se mezcló la persona de Wicleff, y la guerra de los husitas fué posterior á la muerte del patriarca de quien tomó el nombre. Tampoco existia ya Lutero, cuando estalló la guerra del emperador contra algunos de los príncipes protestantes del imperio. Calvino y sus principales discípulos fueron una excepcion de la regla como lo veremos en el curso de esta historia. Mas al establecimiento simple del calvinismo, y no á miras políticas tendieron sus esfuerzos en las guerras civiles que despedazaban la Francia. La política era el terreno de otros; mas no el suyo. Dividieron la Europa en dos campos, sin contar con qué sus tiros no serian de tan largo alcance.

Es singular que en la misma época en que con tantas y tan diversas legiones se atacaba por todas partes la autoridad del papa y de la Iglesia, se les presentase un adalid nada comun en su favor, ofreciendo á sus servicios fuerzas bastante respetables. Se ve que aludimos á la Compañía de Jesús, instituida con expresa aprobacion del papa Paulo III que reinaba entonces.

Fué el fundador san Ignacio de Loyola, hombre verdaderamente singular y extraordinario. Nacido en Guipúzcoa de familia noble, y dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, fué herido, hallándose de guarnicion en Pamplona, en el asalto que dieron á la plaza los franceses en 1521, de cuyas resultas la tomaron. Despues de restablecido en su salud, sea que este contratiempo le hubiese disgustado de la profesion militar, sea que la soledad le hubiese inspirado diversos sentimientos, sea que hubiese hecho un voto expreso para alcanzar su salud, luego que esta tuvo efecto, cambió enteramente de vida y de costumbres, entregándose completamente al ascetismo. Dejó la casa de sus padres, y caminando á pié como peregrino, pasó á Aragon, á Cataluña, y se detuvo algun tiempo en el monasterio de Monserrate, donde hizo penitencia; en seguida pasó á la Tierra Santa. Como conocia que la falta de instruccion en que habia vivido era un obstáculo para sus designíos, se puso á estudiar de treinta y tres años en la universidad de Barcelona. Tambien cursó en las de Alcalá y de Salamanca. Despues se fué á Paris, donde se asoció con varios compañeros, entre otros san Francisco Javier, natural de Navarra, á quienes comunicó é hizo partícipes de su proyecto. Emprendió en compañía de todos ellos en 1534 un viaje á Jerusalen, y á su vuelta en 1536, se ordenó de sacerdote en Bolonia, viviendo siempre en compañía de sus asociados que comenzaban á ensayar su regla. Entonces fué cuando pre-

sentó al pontífice el proyecto de las instituciones de la orden que, con el nombre de Compañía de Jesús, era su intencion fundar para el bien de la Iglesia y en defensa de la autoridad de su pontífice. Semejante proposicion no podia ser desagradable en aquellas circunstancias. Le acogió el papa con bondad, examinó ó mandó que examinasen el proyecto, y como entre sus artículos habia uno expreso de obediencia al papa, se aprobó la idea con algunas pequeñas variaciones, y se expidió la bula de la fundacion é institucion de la nueva órden bajo los auspicios de Loyola. Tal fué el principio de la Compañía de Jesús, tan célebre en el mundo, objeto de tantos encomios, de tantas invectivas, de tantos odios y no pocas calumnias. Hizo su formacion desde el principio rápidos progresos. Aunque san Ignacio no era un hombre de gran fondo de saber, tuvo bastante tacto para asociarse y hacer que tomasen interés en la propagacion de la Compañía hombres ilustrados. Así se desenrolló y creció tan pronto la nueva institucion, que á fines de aquel siglo figuraba ya con esplendor entre las demás instituciones religiosas, teniendo casas y colegios en las principales ciudades de la cristiandad, tanto en el antiguo como en el nuevo continente. No hay duda de que los primeros fundadores fueron hombres de saber y mérito, de gran virtud, de singular perseverancia.

Se ha hablado y escrito mucho sobre las reglas de esta famosa institucion, sobre su política, sobre la admirable disciplina y dependencia en que los inferiores vivian de los superiores, sobre los secretos resortes que movian sus acciones, sobre sus miras ulteriores, sobre el verdadero fin á que aspiraban realmente. Todo se explica con la simple indicacion de que aspiraban á hacer en el mundo político y religioso un gran papel, á ejercer grande influencia, á obtener preponderancia. Es la pasion de todos; de los grandes como de los pequeños, de los individuos como de las corporaciones. Formada y dirigida desde un principio la Compañía de Jesús por hombres superiores, natural es que no omitiesen en su organizacion, en sus reglas de conducta práctica nada que pudiese llevarlos á tan grande objeto. Dedicados á la enseñanza de la juventud, debian de sembrar en sus ánimos sentimientos de respeto hácia su órden. Circunspectos y hasta delicados en la admision de sus novicios, se encontraron con sugetos mas capaces de darle el brillo de ilustrada. Renunciando, como lo hicieron, á las grandes dignidades de la Iglesia, y evitando con esto rivalidades de ambicion, pudieron con

menos obstáculos y excitando menos suspicacia, acercarse al oido de los príncipes y dirigirles las conciencias. Sabian demasiado lo que el deber de la obediencia ciega y el aire misterioso por parte de la autoridad subyugan la imaginacion, para no establecer entre las diversas clases la mas rigorosa disciplina. Su grande objeto fué la dominacion moral sin descuidar la adquisicion de los bienes temporales que dan tanta importancia á los que viven en el mundo. En los medios, si no son apócrifos sus avisos secretos (Monita secreta), no fueron muy escrupulosos. Ni brilla mucho la moralidad en la astucia con que trataban de penetrar en el interior de las familias, extrañando en propio favor sus sentimientos naturales. Fueron dominadores por instituto, intrigantes como uno de los medios mas eficaces para hacer fortuna, orgullosos como una consecuencia del poder, perseguidores como lo son cuantos aspiran á monopolizar su preponderancia. En su historia política, en los planes y tramas que se les atribuyeron y precipitaron sobre todo en España su caida, no entraremos. Bástenos saber que hicieron en el mundo mas ruido del que cumplia á eclesiásticos unidos por votos religiosos, que aspiran á edificar con la humildad de su vida y santidad de sus costumbres. De todos modos la Compañía de Jesús como órden religiosa gozaba un brillo que no era la suerte de las otras, y aunque en rigor no era la mas sábia, se mostraba como la mas culta. No será extraño, pues, que fuese objeto de su envidia, y que su caida excitase tal vez sentimientos de gozo y de satisfaccion en otras órdenes religiosas, sin pensar en que era precursora de la suya propia.

En la misma primera mitad del siglo XVI, tuvieron lugar otras instituciones religiosas. Tales fueron la de los capuchinos, la de los mínimos, la de los de san Pedro Alcántara, que se pueden considerar todas como reformas de la órden primitiva de los franciscanos. Tambien aparecieron por primera vez los religiosos legos de san Juan de Dios, dedicados al servicio, tanto en la asistencia como en la parte facultativa, de los hospitales.

Sentimos haber sido tal vez algo difusos en los diez capítulos que van de nuestro escrito, y que presentamos como introduccion ó exordio de la historia á que principalmente se dedica; mas los hemos creido necesarios para la mejor inteligencia de una época, tan enlazada á la primera, que se puede llamar su continuacion y comple-

mento. Heredó, en efecto, Felipe II, no solo los estados de su padre, sino su política, sus guerras, la animosidad que inspiraba á tantos príncipes de Europa, su celo y espíritu de persecucion hácia los disidentes en materias religiosas, sus embarazos en Italia y los serios que comenzaban á suscitársele en los Paises-Bajos. Fueron sus grandes capitanes discípulos de los primeros, y las ciencias, las artes y la literatura, términos ascendentes con cortas excepciones de una progresion tan visible en la época de Carlos V. Con esta introduccion, pues, pasaremos á la historia de su hijo, no menos fecunda que la primera en guerras y toda especie de agitaciones y revueltas, donde tantas discordias se encendieron, tantos méritos brillaron, tantos crímenes y atrocidades espantaron á la humanidad, y tantas naciones de Europa acudieron como actores á un inmenso drama en que sus intereses y suerte futura se agitaban. El que se imagine que vamos á desenterrar muchos documentos recónditos, á revelar hechos peregrinos y maravillosos de todos ignorados, tal vez verá defraudada su esperanza. Hay puntos históricos que por mas que llamen la curiosidad, es imposible averiguar; tan impenetrable es el velo que los cubre. Entonces se apela á las reglas de la probabilidad, á la lógica de las conjeturas, á lo que dicta el espíritu de la imparcialidad que es la guia mas segura. El historiador no inventa refiere solo lo que está consignado en los documentos esparcidos que consulta. Si en nuestra tarea exponemos con órden, con método, con encadenamiento lógico los hechos principales dignos de saberse de la historia de Felipe II y de su tiempo, si presentamos de él un cuadro completo, aunque no de muy largas dimensiones, si inspiramos á algunos el deseo de pasar á estudios mas detenidos y serios de la época, no tendremos nuestro tiempo por perdido. Con este pequeño preliminar, daremos principio á nuestra historia.



CAPITULO XI. (1)

Nacimiento de Felipe II.—Sus ascendientes.—Su educacion—Estado de España.—Matrimonio de don Felipe con María de Portugal.—Nacimiento del príncipe don Carlos.—Muerte de su madre.—Llama el emperador á su hijo.—Venida á España del príncipe Maximiliano.—Se encarga del gobierno.—Su matrimonio con la princesa María.—Parte don Felipe.—Su desembarco en Italia.—Su llegada á Bruselas.

Nació Felipe II en 21 de mayo de 1527 en Valladolid, hallándose á la sazon su padre el emperador Carlos V en dicha ciudad, considerada como la habitual residencia de la corte. Fué su madre la emperatriz doña María Isabel, hija del rey don Manuel de Portugal, de cuyo enlace con dos hijas de los Reyes católicos y despues con doña Leonor, hermana de Carlos V, hemos ya hablado, así como de todos los hijos que Felipe el Hermoso, padre del emperador, tuvo de doña Juana de Castilla (2). Fué el nacimiento de don Felipe objeto de grande alegría y regocijo, como que era el primogénito y el presunto heredero de los vastos dominios de su padre. Fué bautizado con toda pompa en San Pablo de Valladolid en 5 de julio del mismo año, asistiendo á la ceremonia el emperador con los principales personajes de la corte. Le administró el bautismo el arzobispo de Toledo Fonseca. Fué madrina la reina de Francia, y padrinos nombrados por el emperador, el condestable de Castilla, el duque de Bejar, y el conde de Nassau.

(1) Sandoval, Ferreras, Cabrera, Miñana, Vandeshanmen, Leti, casi todos los historiadores de la época.
(2) Capitulo II.

Cuando mas entregados se hallaban la corte y el público á las fiestas que este acontecimiento producia, llegó á Valladolid la noticia de la entrada en Roma por asalto de las tropas del emperador, y de la prision del papa en el castillo de San Angelo. Inmediatamente mandó Carlos V suspender los regocijos, y dió órden para que en todas las iglesias se celebrasen rogativas por la libertad del Pontífice que él mismo tenia prisionero. Ya hemos tratado de explicar lo que presenta de contradictorio y hasta de doble y falaz esta conducta. Dos años despues (1529) llamaron al emperador á Italia sus negocios, y no volvió á España hasta 1535 á preparar en persona su famosa expedicion á Tunez.

Quedó el príncipe bajo la tutela y cuidado exclusivo de su madre. Cuando salió de lo que se llama la niñez, se le dió por ayo á don Juan de Zuñiga, y por preceptor á don Juan Martinez Siliceo, catedrático de Salamanca, hombre reputado por muy docto, y que con el tiempo fué elevado á la silla de Toledo. Bajo los auspicios de este preceptor y en parte por lecciones directamente suyas, aprendió el latin, el francés, el italiano y la aritmética. La educacion de los príncipes en los ramos que exigen aplicacion y estudio, no puede ser mas que imperfecta. Son tratados con demasiada sumision y sentimiento de inferioridad por sus maestros para que los discípulos los miren con deferencia y con respeto. Dicen los historiadores que don Felipe mostró grande aficion á las matemáticas y mas ciencias exactas, aunque en humanidades hizo poquísimos progresos (1). Se instruyó además don Felipe, y salió diestro en todos los ejercicios corporales, tan análogos á las inclinaciones de la juventud y que tan esencialmente entraban en la educacion de los caballeros principales de aquel tiempo.

Rara vez los primeros años de los hombres dan indicio cierto de lo que serán en los maduros. Por lo regular se forman conjeturas que desmiente el tiempo, gran destructor de sueños é ilusiones. Muchos niños maravillosos no fueron mas que hombres comunes, y algunos que en la edad viril se elevaron sobre la esfera de sus semejantes, no pasaron de iguales ó se mostraron tal vez inferiores á los compañeros de su infancia. Mas cuando se trata de personas como don Felipe, cuyo carácter se conservó igual en todas las épocas y situaciones de su vida, se puede suponer que aparecieron estos ras-

(1) Leti, historia di Filipo II.

gos muy á los principios. Así merecen crédito los historiadores que pintan á este príncipe en sus mas verdes años serio, circunspecto, observador, de pocas palabras, admirando á todos por la oportunidad y sagacidad de sus preguntas, por la viveza y brevedad de sus respuestas.

Fué su gran maestro el mismo que el de su padre, á saber: el tiempo y los negocios en que se inició desde sus primeros años. Como las frecuentes ausencias del emperador le obligaban á depositar en otras manos el gobierno de la España, tomó parte don Felipe antes de llegar á la edad de la discrecion en los principales negocios del Estado, bajo los auspicios de los sugetos eminentes á quienes Carlos V encomendaba este cuidado. Antes de cumplir trece años, despues del fallecimiento de la emperatriz, ocurrido en 1539, se puede decir que fué regente de España, aunque no revestido todavía de este título.

Es muy notable la carta que escribió á su padre hallándose este en Cartagena de regreso de la desgraciada expedicion de Argel; los consuelos que le da en ella haciéndole ver que este contratiempo en lugar de empañar sus glorias pasadas, no podia servir mas que para poner á prueba su magnanimidad y su constancia. Sin duda debió el emperador de quedar muy satisfecho, como aparece de los términos de la respuesta (1).

Se reunieron los príncipes en Ocaña, y juntos tomaron el camino de Valladolid. Debiendo el emperador salir otra vez de España para atender á la nueva guerra en que estaba empeñado con Francisco I (1542), nombró en los términos mas solemnes al príncipe regente de España, durante su ausencia, dándole por consejeros al cardenal Tavera, al duque de Alba y al comendador Francisco de los Cobos.

Se hallaba entonces España en un estado de tranquilidad y reposo. Desde 1521 que se habia terminado la guerra de las comunidades de Castilla, no habia vuelto á ser teatro de conmociones y disturbios. Era tenido en consideracion y respeto el nombre del emperador, y las mayores quejas de los españoles se cifraban en sus largas y frecuentes ausencias del reino, en el mucho dinero que les costaban sus guerras, de tan poco provecho para España. En 1542 acompañó el príncipe la expedicion que marchó á levantar el sitio

(1) Cabrera, l. 1, c. :

de Perpiñan, puesto por el Delfin de Francia (1). En el siguiente de 1543, siendo el príncipe de diez y seis años, se ajustó su matrimonio con doña María, hija del rey de Portugal don Juan III, y de doña Catalina, hermana de su padre. No podrá menos de observar el lector la frecuencia con que desde principios del siglo se realizaban enlaces entre las casas de Portugal y de Castilla. El que iba á celebrar el príncipe de España dió lugar con el tiempo á sucesos de grandísima importancia.

Se celebró el matrimonio con la mayor magnificencia. Salieron á recibir á la princesa á Badajoz entre otros la duquesa de Alba, el cardenal Tavera arzobispo de Sevilla, el duque de Medina Sidonia y el preceptor don Juan Martinez Siliceo, obispo de Cartagena, quienes hicieron su entrada en dicha plaza con un magnífico acompañamiento. Continuaron los regocijos hasta la llegada de la princesa el 2 de noviembre, quien vino acompañada del arzobispo de Lisboa y del duque de Braganza. En seguida caminaron todos juntos en direccion á Salamanca, donde el príncipe los aguardaba acompañado del duque de Alba, el Almirante de Castilla, el conde de Benavente y don Alvaro de Córdoba. Hicieron los novios su entrada en dicha ciudad debajo de palio, y asistieron á los torneos, cañas y demás fiestas con que se celebraron aquellos desposorios. El 2 de noviembre de 1543 fueron velados por el arzobispo de Toledo, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba. Pocos dias despues regresaron á la corte.

En julio de 1544 dió la princesa á luz al príncipe don Carlos, destinado á una existencia poco venturosa, y á representar un gran papel en historias, en dramas y en novelas. Murió su madre á muy pocos dias despues de sobreparto, y la llevaron á enterrar á Granada, donde lo habia sido la emperatriz cinco años antes.

En 1547 celebró don Felipe cortes en Monzon, donde los aragoneses no se mostraron de tan buen temple como hubiera deseado el príncipe. Por mucho que los reinos de Castilla y Aragon se hubiesen amoldado á las circunstancias de los tiempos, rara vez se juntaban las cortes sin que reviviese el antiguo espíritu de independencia, sin que mostrasen marcada repugnancia cuando se les pedian subsidios, lo que entonces se designaba con el nombre de servicio. Las de Aragon se presentaban siempre mas duras que las de Casti-

(1) Leti, l. 12.

lla. La reunion de ambas coronas era todavía muy impopular en aquel reino (1).

Deseando el príncipe don Felipe dar cuenta al emperador de su administracion y enterarle de las cosas de mas importancia que pasaban en España, envió con pliegos al comendador don Alonso Idiaquez, quién fue asesinado en el camino atravesando la Alemania. En virtud de este contratiempo despachó Felipe con la misma comision á Rui Gomez de Silva, despues príncipe de Eboli, encargándole además el felicitar de su parte al emperador por sus nuevas victorias (la de Muhlberg contra el rey de Sajonia y el Landgrave de Hesse).

Encontró Rui Gomez á Carlos V en Augsburgo, y á la sazon enfermo. Se sentia ya el emperador muy achacoso con ataques frecuentes de gota, que reunida á tantos viajes, negocios y guerras, le habia envejecido antes de tiempo. Con las noticias que recibió de su hijo, se le avivaron los deseos que tenia de abrazarle, y tanto por esto, como porque tenia necesidad de conferenciar con él de palabra, concibió el proyecto de mandarle á llamar, y le puso en ejecucion enviándole la órden con el mismo Rui Gomez de Silva, y con el duque de Alba. Debia quedar de regente en España mientras la ausencia de Felipe, el príncipe Maximiliano, hijo del rey de los romanos, prometido esposo de doña María, hija del emperador. Porque este monarca además de don Felipe, tuvo otras dos hijas del mismo matrimonio: una, doña María, y la otra, doña Juana, que se casó con el príncipe heredero hijo de don Juan III de Portugal.

Tan aprensivo estaba el emperador del próximo fin de su existencia, que temiendo no le encontrase en vida, le puso por escrito, y como por via de testamento, consejos sobre su conducta moral, política, religiosa y administrativa, donde con toda extension se hallan marcados todos sus deberes como príncipe, y segun los entendia Carlos V. Nada prueba mas la atencion, el cuidado, la aplicacion del emperador á todos los negocios del estado (2).

Recibió don Felipe dicha órden á la conclusion de las cortes de Monzon, y haciéndola inmediatamente publicar en todo el reino, se marchó á Alcalá donde se hallaban sus dos hermanas y el príncipe don Carlos. Con motivo del proyectado matrimonio de doña María se hicieron grandes fiestas en aquella ciudad, de toros, torneos y ca-

(1) De estas cortes y de los asuntos de Aragon hablaremos á su debido tiempo.

(2) Sandoval 1, 30. párr. 6 inserta íntegro este documento, de una extension muy considerable. Es sin duda una pieza muy curiosa.

ñas, en cuyas diversiones tomó parte don Felipe, aunque con aquella circunspeccion y gravedad que le eran tan características.

1548.—En seguida se dirigió con las princesas á Valladolid á esperar al príncipe Maximiliano y hacer sus preparativos de partida. Una de las cosas mas notables que entonces ocurrieron, fué el cambio que hizo don Felipe en el servicio de su casa y etiqueta de palacio montándole á la borgoñona, dejando la antigua usanza castellana. Fué aquella innovacion de muy poco gusto para los naturales del pais, y se puede concebir muy bien si recordamos su antigua antipatía hácia los extranjeros que trajeron consigo don Felipe el Hermoso y su hijo Carlos V. De todos modos el príncipe para inaugurar el cambio comió en público el dia de la Asuncion de 1548 con gran pompa y aparato, gentiles-hombres de mesa y ministriles.

A poco tiempo despues llegó á Valladolid el príncipe Maximiliano, habiendo sido conducido á Barcelona en las galeras de Andrés Doria, las mismas en que debia embarcarse don Felipe para Italia. Con gran pompa y aparato se celebraron las bodas de Maximiliano y María, habiéndoles dado la bendicion nupcial el obispo de Trento, y sido padrinos don Felipe y la infanta doña Juana.

Despues de haber entregado las riendas del gobierno al príncipe Maximiliano, y arreglado los preparativos de partida, tomó don Felipe en primero de octubre del mismo año el camino de Aragon con mucho acompañamiento, figurando á la cabeza de todos el famoso duque de Alba. Habiendo llegado á Zaragoza, se dirigió á Cataluña, y permaneció algunos dias en Montserrat haciendo sus devociones en aquel santuario tan famoso. Allí vino á buscarle don Francisco de Avalos, marqués de Pescara, hijo del marqués del Vasto, que venia de Italia en las galeras genovesas. En 13 de octubre llegó á Barcelona, donde salieron á recibirle don Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar, capitan general de Cataluña, y don Bernardino de Mendoza, capitan general de las galeras de España.

En Barcelona permaneció tres dias. En seguida se dirigió á Gerona, donde entró bajo de palio con la mayor pompa y aparato. Desde allí marchó á Rosas donde le esperaba Andrés Doria con su escuadra de 58 galeras con otros mas buques. Le recibió el veterano marino con todas las muestras de homenaje y de respeto. Al llegar al príncipe se arrodilló, y en el acto de besarle la mano dijo aquellas palabras de Simeon que se leen en el Evangelio: «*Nunc dimittis, Domine, servum tuum, quia oculi mei viderunt salutare*

tuum» (1). El príncipe le recibió con cortesía, y le levantó con la bondad y deferencia debidas á un hombre de sus merecimientos.

Para aprovechar algunos dias que restaban para el total apresto de la expedicion, visitó el príncipe las plazas de Perpiñan y Salces, porque no hay que olvidar que el Rosellon pertenecia entonces á la España. Concluido todo lo que era necesario se embarcó don Felipe acompañado del duque de Alba, el gran prior de Leon, el almirante de Castilla, el marqués de Astorga, el duque de Sesa, el marqués de Pescara, el de Falces, el de las Navas, los condes de Gelves, de Castañeda, de Fuentes y de Luna (2). Hizo escala en Aguas-Muertas, y despues se dirigió á Savona en el Genovesado. Allí le recibieron don Francisco Bobadilla de Mendoza, cardenal obispo de Coria, don Fernando de Gonzaga príncipe de Mulfeta, el duque Adriano, gobernador del estado de Milan y capitan general en Italia, don Luis de Leiva, príncipe de Ascoli, y don Fernando de Este, hermano del duque Hércules de Ferrara. En Génova fué recibido con grande ostentacion, en presencia de los cardenales Cibo y Doria, y el arzobispo de Metara, nuncio de su santidad, y se alojó en el palacio de Andrés Doria. Allí le esperaban el embajador de Nápoles y Sicilia, y Francisco de Médicis, hijo del gran duque de Florencia. Desde Génova envió á don Juan Lanuza á cumplimentar en su nombre á la señoría de Venecia; y antes de salir del mismo punto recibió 200 arcabuceros de á caballo que el emperador le enviaba. El 20 de diciembre entró en Milan bajo un arco de triunfo con el cardenal de Trento á la derecha, y el duque de Saboya á la izquierda. En Mantua le recibieron el marqués y el duque de Ferrara, y en Villafranca de los Venecianos el duque de Parma Octavio Farnesio.

El príncipe se dirigió al Tirol, y atravesando la Alemania, llegó á los Paises-Bajos, donde fué recibido de los habitantes con todas las muestras del mas vivo regocijo. En Bruselas le esperaba el emperador y tambien sus tias doña María reina viuda de Hungría gobernadora de aquellos estados, y doña Leonor, tambien ya viuda del de Francia (3).

---

(1) Cabrera l. 1. C. 3.

(2) Como los nombres propios toman poco, y los mas que ocurren en esta historia son españoles, insertaremos cuanto sea posible y conciliable con el carácter de concision que sin faltar nada á lo esencial tratamos de dar á nuestro escrito.

(3) De este viaje del príncipe don Felipe á Bruselas hay una historia por Juan Cristóbal Calvete de Estrella.

Causó la llegada de don Felipe á Bruselas la mayor alegría á su padre, á sus dos tias y á toda aquella corte. Se celebró el suceso con regocijos y fiestas. Hubo actos de gracias solemnes en los templos, cañas, justas y todo cuanto de este género se usaba en aquel tiempo. Tuvo el príncipe la felicidad de romper una lanza con el conde de Mansfeld, hombre de gran cuenta como guerrero y como capitan, lo que le valió grandes aplausos de la corte. Todas las ciudades de los Paises-Bajos rivalizaron con la capital en mostrar lo agradable que les era la llegada del príncipe heredero; mas no dejaron de notar con poco gusto suyo la seriedad, gravedad y circunspeccion de sus modales, que formaban un contraste con la afabilidad, llaneza en el trato y mas medios que su padre usaba para captarse la benevolencia y cariño de aquellos habitantes, tan diferentes en índole de los de Castilla. No se puede negar, y en esto convienen casi todos, que don Felipe comenzó á ser impopular en los Paises-Bajos desde el momento que le vieron.

CAPÍTULO XII.

Viaje del emperador con don Felipe á Alemania.—Sus designios frustrados.—Le vuelve á enviar á España con plenos poderes de regentar.—Llega allí don Felipe y toma el mando.—Situacion de Alemania á la sazon.—Desgracias del emperador.—Nueva guerra con Francia.—Proyecta enlazar al príncipe don Felipe con María, reina de Inglaterra.

1550.—A la llegada á Bruselas de don Felipe, se hallaban los negocios del emperador en una situacion muy ventajosa. Estaba en paz con Francia, habiéndose terminado la última guerra con el tratado de Crespí bastante favorable para Carlos. Se veian humillados los príncipes protestantes del imperio; en prision el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, de resultas de la victoria de Muhlberg que habia tenido lugar tres años antes, y todo le hacia lisonjearse de que llegaria á dar la ley á toda la Alemania, sujetándola hasta cierto punto al yugo de la Iglesia. Para dar nueva actividad á estos negocios determinó pasar á Augsburgo con el objeto de celebrar allí una dieta, y en efecto salió de Bruselas para dicho punto llevando consigo á don Felipe y á sus dos hermanas. Un gran designio le ocupaba entonces, y para ponerlo en ejecucion habia hecho venir al príncipe de España. Habia sido nombrado en 1530 rey de los romanos su hermano Fernando, rey á la sazon de Hungría y de Bohemia, en virtud de cuya eleccion, era el heredero de la corona del imperio. El emperador, que habia favorecido y propuesto esta eleccion, habia cambiado de designios, y deseaba que su hermano renunciase á dicha dignidad en

favor de su hijo. No le habia sugerido la experiencia propia que el mandar á la vez estados tan vastos, tan separados unos de otros, tan heterogéneos, es mas embarazoso que útil, un poderío mas aparente y ficticio que positivo y verdadero. En su misma historia podia encontrar esta verdad tantas veces confirmada; mas el deseo de vivir con grande esplendor en su posteridad, le hizo desatender á todas estas consideraciones.

Por fortuna de él, de todos, y sobre todo del mismo don Felipe, se negó Fernando á satisfacer los deseos de su hermano. ni los halagos de las reinas, ni las grandes ofertas del emperador le persuadieron á renunciar á una dignidad que queria transmitir á su familia. Cambió entonces el emperador de plan de conducta, y conoció que frustrada la esperanza de declarar á don Felipe heredero del imperio, nada tenia ya que hacer en Alemania; que su puesto natural era en España, donde se hallaba á la sazon de regente, como ya hemos dicho, el príncipe Maximiliano, hijo de Fernando y por consiguiente el verdadero heredero del imperio.

Desde Augsburgo envió en efecto á don Felipe á España, dándole los poderes mas amplios para gobernar el pais en nombre suyo. Al mismo tiempo enviaba cartas á los gobernadores y principales ciudades del pais haciéndoles ver que el estado de los negocios de Alemania no le permitia regresar á España tan pronto como su amor lo deseaba; que el restablecimiento de la fe católica en aquel pais era demasiado importante á los ojos de un rey católico, para que no lo antepusiese á otras consideraciones; y que en tantos embarazos nada le parecia mas oportuno que enviarles en representacion de su persona la de su hijo don Felipe nacido y educado entre ellos, y de cuyas virtudes y discrecion ya tenian experiencia.

Con estos poderes y cartas (1551), se separó don Felipe de su padre, y emprendido su camino por Alemania pasó por Trento, sitio entonces del Concilio, donde hizo una magnífica entrada en medio de los legados del papa, rodeado y seguido de los principales personajes y prelados de la Iglesia. Fué muy obsequiado en la ciudad y bailó en uno de los festines que le dieron (1). En seguida se dirigió á Italia y desembarcó sin novedad en Barcelona. Despues se trasladó á Valladolid donde se encargó por segunda vez de las riendas del gobierno. El príncipe Maximiliano tomó á su llegada la

(1) Leti, l. XII.

vuelta de Alemania, á donde su padre le llamaba; mas no pudo llevar consigo á la princesa María, por hallarse muy adelantada en su embarazo. Dió á luz esta señora poco despues en Cigales, pueblo inmediato á Valladolid, á doña Ana, que llegó á ser la cuarta y última mujer de don Felipe.

Pocas novedades ofreció España durante la nueva regencia de este príncipe. Los grandes movimientos del mundo religioso y político tenian su teatro todos fuera. Permanecia la Península casi inmóvil en medio de tanta agitacion y tempestad, que solo le trasmitian algun ruido sordo como de lo que pasa á gran distancia. A no ser por los viajes que hacian los príncipes y grandes personajes acompañados de tanto séquito que á su regreso naturalmente contaban lo que habian oido y visto, se supieran pocas de estas novedades en España. Mas en medio de lo precario é imperfecto de estas comunicaciones, en medio de la vigilancia con que se espiaba la introduccion de cualquiera novedad, no quedó, no podia quedar el pais herméticamente cerrado á lo que de tantos modos y con tal teson se difundia. En 1553 se renovó la pretension de enajenar y vender para las necesidades de la guerra, fincas de iglesias y monasterios de que hemos hecho ya mencion (1), mas encontró la misma resistencia que la vez pasada. Los teólogos con quienes consultó don Felipe sobre la justificacion del hecho le condenaron todos como ilegal, como injusto, como depresivo de los derechos y prerogativas de la Iglesia (2). Era imposible que la respuesta fuese otra, ni que dejase don Felipe de darla por decisiva en la materia. El asunto no produjo mas que ruido sin ningun alivio de los apuros del estado.

Otra novedad importante que ocurrió en España durante este breve período, fué el matrimonio de la infanta doña Juana, hermana de don Felipe, con el príncipe don Juan de Portugal, hijo primogénito del rey don Juan III, y hermano de doña María, primera mujer de don Felipe. Acompañó este príncipe á su hermana hasta Toro, desde donde siguió hasta la frontera con una comitiva muy lucida.

Fué muy corta la permanencia de esta princesa en Portugal. A los tres meses de matrimonio quedó viuda y embarazada de un hijo, que fué con el tiempo el famoso rey don Sebastian. Poco despues movida del amor á su pais, y en parte llamada por su hermano,

(1) Capítulo V.
(2) Sandoval.

volvió á España, donde le estaba destinado un cargo importantísimo.

Pero mientras el curso de los asuntos políticos se mantenia en España tan uniforme y tranquilo, aglomeraba negras nubes la fortuna sobre la cabeza del emperador, tan acostumbrado casi en todo tiempo á sus favores. Tenia lugar entonces la defeccion ó mas bien la traicion del príncipe Mauricio, la huida de Carlos hasta Inspruk, el tratado de paz de Passau, la guerra declarada por Enrique II de Francia, la toma por este de las ciudades imperiales de Verdun, Toul y Metz, y el gran desaire personal que llevó el emperador delante de los muros de esta última plaza, que no pudo tomar con un ejército de cincuenta mil hombres, el mayor que se habia visto en aquel siglo.

El emperador se retiró á Bruselas, mientras continuaba la guerra no con mucha actividad por ninguna de ambas partes. No tomaban tampoco para él muy buen semblante los negocios de Italia, y el papa Paulo IV que acababa de ser exaltado á la silla pontificia (1554), se le mostraba muy contrario. Creyó entonces el emperador que un enlace de su hijo Felipe con María de Inglaterra, que acababa de subir al trono, restableceria un tanto sus negocios, y le ajustó con consentimiento de ambas partes. El príncipe habia pensado por su parte pasar á segundas nupcias con otra princesa de Portugal, hermana de la emperatriz su madre, y tia de su primera mujer; mas el proyecto del emperador le hizo renunciar al suyo.



CAPITULO XIII.

Muerte de Eduardo VI de Inglaterra.—Estado del pais.—Partidos.—María é Isabel.—Juana Gray.—Coronada esta, María toma el ascendiente.—Sube al trono.—Suplicio de su competidora.—Capitulaciones del matrimonio de Felipe y de María.—Las firma el príncipe, y encarga la regencia del reino á la infanta doña Juana.—Se embarca en la Coruña y llega á Inglaterra.—Desposorios.—Abolicion del cisma.—Persecuciones y castigos.

No está menos enlazada la historia de Felipe II con la general de Europa, que la de su padre. Ya le hemos visto presentarse en Alemania como un candidato á la sucesion de la corona del imperio. Para comprender la nueva posicion en que le iba á colocar su matrimonio con María de Inglaterra, necesario es que tomemos en consideracion el estado político en que aquel reino se encontraba.

En 1553 murió en los primeros años de su juventud el rey Eduardo VI, hijo de Enrique VIII, príncipe que por su amabilidad, por lo claro de su juicio y lo bondadoso de su corazon hacia concebir de su reinado las mas lisonjeras esperanzas. Habian sido los seis años que estuvo sentado sobre el trono un tiempo de bastantes revueltas y facciones, como sucede en toda minoría, y era inevitable en las circunstancias en que el reino se encontraba. En tiempo de Enrique VIII habia dado pocos pasos lo que entonces se llamaba la reforma religiosa, pues bajo su dominacion despótica nadie se atrevió á ser de otra religion que la del monarca, cuyas pretensiones eran ser jefe de su Iglesia; mas sin alteracion del dogma, tal cual la romana le explicaba y admitia. A su muerte se declararon

abiertamente las opiniones de los que no se contentaban en estos asuntos con cambiar de papa, y tuvieron entrada con profesion pública una porcion de las nuevas doctrinas que habian aparecido en Alemania, Suiza y otras partes de la Europa. El protector del reino, ó porque estas fuesen sus ideas, ó por asegurarse mas en su poder con partidos enemigos, habia mostrado favorecer abiertamente las nuevas opiniones, con lo que se hallaba el pais en pugna abierta entre católicos y protestantes. A los disturbios que no podia menos de producir este conflicto, se unia el de los partidos que originaba la sucesion á la corona, en caso de que muriese el rey sin hijos, como sucedió en efecto. Además de este príncipe, tuvo el rey Enrique VIII á María, de Catalina de Aragon, y á Isabel de Ana Bolena. Declarado nulo ó ilegítimo su matrimonio con la primera princesa, resultaba bastarda la primera hija; en caso de haber sido aquel válido, lo era la segunda. Las dos habian sido en efecto declaradas alternativamente legítimas y bastardas, segun el flujo y reflujo de las pasiones y caprichos de su padre. La princesa María educada en la religion católica, sin haber querido admitir ninguna de las innovaciones que se habian introducido, tenia á su favor todo el partido de dicha comunion, mientras sucedia lo contrario con respecto á Isabel que pasaba por abrigar muy diversos sentimientos.

Además de estos dos partidos, se formaba un tercero, aunque menos numeroso que los otros dos, y que se apoyaba en la bastardía de las dos princesas. El rey Enrique habia tenido una hermana, la princesa María, que despues de haber estado casada con Luis XII rey de Francia, habia pasado á segundas nupcias con el duque de Suffolk, y dejado descendencia (1) A falta de hijos legítimos, esta señora era la heredera de su hermano. Estaban entonces representados sus derechos por una jóven de 16 años, llamada Juana Gray, de familia ilustre, que acababa de enlazarse con otra igualmente distinguida (2). No habia concebido esta señora la idea de presentarse con pretensiones á la sucesion de la corona, mas su padre el duque de Suffolk y el de Northumberland su suegro, padre de lord Guilford, con quien acababa de casarse, ambos hombres am-

(1) No fué esta la única hermana del rey Enrique VIII, como veremos luego.

(2) Juana Gray era hija del marqués de Dorset y de una hija y heredera de la princesa María. Habiendose extinguido el título de duque de Suffolk por la muerte del propietario y de sus hijos habidos en segundo matrimonio, la confirió el rey al marqués de Dorset padre de Juana.

biciosos, no quisieron desperdiciar la coyuntura que se les ofrecia de subir á la cumbre del poder, y con ruegos, con amonestaciones y hasta con amenazas obligaron á Juana á ser instrumento de sus planes. A la muerte de Eduardo logró esta faccion hacer proclamar por reina á Juana Gray en Londres, mientras los partidarios de María se hacian con gente fuera para trastornar la obra de la faccion de su competidora. Estaba aquella princesa en un estado de confinamiento aun mucho antes de la muerte de su padre, y de este retiro fué sacada por su parcialidad que la condujo á la capital con fuerzas muy considerables. El partido de Juana era poco numeroso, propendia la generalidad por temor ó por ideas de sucesion legítima á sostener los derechos de la hija primogénita de Enrique, con lo que entró María en Londres con muy poca resistencia y fué proclamada reina, mientras Juana Gray, su marido y mas jefes de su parcialidad fueron presos y encerrados en la torre.

Bien pronto expiaron el padre y suegro de Juana su ambicion en un cadalso. La desgraciada que se habia prestado á ser su instrumento, no sufrió la misma suerte por entonces; se ignoraba cuál seria su ulterior destino; mas con motivo de una sedicion, ó tal vez sirviendo esta de pretexto, fué condenada con su jóven esposo á perecer por manos del verdugo. Se sometió Juana á su suerte con la mayor resignacion; desplegó en el suplicio mucha mas magnanimidad y fortaleza de la que debia esperarse de sus años y su sexo, y en sus últimos momentos fué objeto de las mas tiernas simpatías. Los historiadores convienen todos en presentar á esta jóven adornada de las mas amables y brillantes prendas. Habia recibido una esmerada educacion, perfeccionada por su aplicacion al estudio y la lectura. Se decia que sabia latin y griego; que se entretenia con Plutarco mientras sus amigas y compañeras se entregaban á otras diversiones, y aun se citan algunos pasajes que escribió en esta lengua pocos momentos antes de entregar su cabeza á la hacha del verdugo. Tal vez se hermoseó demasiado la pintura para hacer mas odiosa á la rival que tan bárbaramente la inmolaba; mas de todos modos fué el suplicio de Juana Gray una de las causas que hicieron tan poco popular el reinado de María.

No debe de sorprender el fin trágico de Juana Gray á los que sepan hasta qué punto eran frecuentes estos actos en aquel pais y en aquel siglo. En un suplicio habia perecido la famosa Ana Bolena que habia encendido en tan frenética pasion á Enrique VIII, primero



JUANA GREY.

su esposo, y en seguida su verdugo. Igual fué la suerte de Catalina Howard, quinta mujer de aquel monarca, acusada de adulterio. Tambien habia perecido en un cadalso el duque de Sommerset, tio del rey Eduardo, y durante su menoría protector del reino. El que lea la historia de los distinguidos personajes que en aquel siglo, en el anterior y aun en el siguiente tuvieron igual fin, no extrañará el dicho célebre de que la historia de Inglaterra deberia estar escrita de mano del verdugo.

Subió, pues, María al trono de un pais agitado de facciones, de disturbios, tanto políticos como religiosos. Libre de la parcialidad de Juana Gray, trató de neutralizar la de su hermana Isabel, encerrándola en una fortaleza y amenazándola con castigos mas severos. Católica de corazon, enemiga de toda innovacion religiosa, aborreciendo á cuantos habian contribuido á las desgracias de su madre, fué uno de los principales pensamientos de su administracion la extirpacion de la herejía, la restauracion en su antigua pureza de la religion católica, y de la vuelta del pais al gremio de la Iglesia. Con este objeto negociaba en Roma la solemne abolicion del cisma, y la absolucion del pais por el pontífice.

En esta situacion se hallaban los negocios de Inglaterra cuando Carlos solicitó la mano de la reina para don Felipe. Solo el deseo que tenia el emperador de hacerse con una alianza que le podia ser de utilidad en la situacion de sus negocios, explica un paso tan extraño, tan á todas luces imprudente. En primer lugar la reina de Inglaterra tenia doce años mas de edad que su esposo, sin que hermosura, ni amabilidad, ni prenda alguna seductora, pudiese reparar dicho inconveniente que ya era en sí muy grande. En segundo lugar privaba á España de un regente que la administraba bien, para empeñarle en un pais extraño, trabajado por facciones y rivalidades. Exponer á quedar sujetas á un mismo cetro dos regiones tan diferentes, tan heterogéneas como España é Inglaterra, era labrar acaso la desdicha de ambas. Mas la manía de ensanchar los límites de la dominacion sin pensar en su verdadera solidez, es una de las enfermedades incurables en los hombres. Estaba destinada la Escocia á componer parte de la monarquía francesa; la Inglaterra, de España, en caso de morir sin hijos el príncipe don Carlos y tenerlos don Felipe de María, como era posible. Si no se realizó ninguna de ambas cosas, fué porque la suerte pudo mas que la ambicion, y sirvió mas á los intereses de los príncipes, sobre todo de

Felipe. Demasiados estados iba á heredar, para que la Inglaterra, sobre todo en aquellas circunstancias, aumentase su verdadero poderío.

Era el cardenal Reginaldo Polo, inglés de nacimiento, y aun algo emparentado con la casa real, el encargado en Roma de negociar la reconciliacion de la Inglaterra con la Iglesia. Tambien tomaba parte activa en el enlace de la reina María con Felipe (1). Con su intervencion se arreglaron las capitulaciones del contrato, que se ajustaron definitivamente en Londres el 2 de abril de 1554. Por ellas conferia el emperador á Felipe el ducado de Milan y el título y soberanía de Nápoles. Los dos reyes debian de ser iguales en autoridad: y en nombre de ambos se debian de expedir todos los despachos, cédulas y provisiones, mas con la firma de la reina solamente. A falta del príncipe don Carlos, los hijos de este matrimonio debian heredar los estados del padre y del abuelo. En caso de morir la reina, debia salir Felipe de Inglaterra. La reina no habia de salir de sus estados ni ayudar en nada en sus guerras al emperador; mas lo podia hacer don Felipe con sus propios medios.

Se enviaron estas estipulaciones á España para que las firmase don Felipe, y él lo hizo sin manifestar gran repugnancia. Se dice que amaba entonces á una dama castellana (2), y á ser esto así, debió de mirar con doble desagrado un enlace con una princesa poco agradable que le llevaba tantos años (3). Mas el amor no era la pasion dominante de este príncipe. Se trataba, pues, de que se pusiese en camino para celebrar el matrimonio; mas desempeñaba la regencia de España, y era preciso buscar persona que le reemplazase. Con este objeto envió á llamar de Portugal á su hermana la infanta doña Juana, viuda del príncipe don Juan, que hacia poco que habia dado á luz al que fué despues rey don Sebastian como hemos dicho. Se puso la princesa inmediatamente en camino acompañada hasta la frontera de órden del rey de Portugal, de los infantes sus cuñados. En la frontera la aguardaban por disposicion de don Felipe los obispos de Osma y de Badajoz, y don García de To-

(1) Algunos, entre otros Leti, l. XII contradicen esta circunstancia, y añaden que el emperador estaba disgustado con el cardenal porque se oponia á sus proyectos. Mas son estos hechos secundarios, cuya dilucidacion importa poco á los verdaderos intereses de la historia, observacion que nos ocurriria muy á menudo. Cualquiera que haya sido el negociador de dicho enlace, arguye muy poca prudencia en los que le concibieron y solicitaron.

(2) Cabrera, l. 1, 3, 4 y Leti l. XII, la designa con su nombre. (Doña Catalina Lener).

(3) El buen Sandoval al mencionar la fealdad y edad ya tan madura de María, dice que el príncipe «hizo lo que un Isaac,» dejándose sacrificar por hacer la voluntad de su padre y por el bien de la Iglesia Lib. XXVI, párr, 8

ledo. El mismo príncipe llegó en busca suya hasta Alcántara, y la acompañó hasta Valladolid, donde tomó todas las disposiciones necesarias para entregarla la regencia. Al mismo tiempo envió á Inglaterra á don Pedro de Avila, marqués de las Navas, encaminándole á Laredo, donde don Bernardino de Mendoza tenia navíos aprestados. Una de sus grandes atenciones antes de salir del reino, fué poner casa al príncipe don Carlos. Dióle por preceptor de gramática á Luis de Vives; ayo á don Antonio de Rojas; gentiles-hombres á los condes de Lerma y Gelves, y don Luis Portocarrero.

En seguida se dirigió á Galicia, pues debia de embarcarse en la Coruña. Se detuvo algunos dias en Santiago donde adoró el cuerpo del Apóstol, confesó y comulgó, y practicó todas las devociones que tenia de costumbre. En la Coruña acabó de despachar todo lo que habia pendiente, y envió á su hermana sus últimas instrucciones por escrito; hé aquí los artículos mas esenciales.

«Que hiciese á todos justicia estricta y severa: que consultase los viernes con el consejo real: que pensase antes en los negocios, y luego los viese con el presidente y secretario: que en el consejo de estado fuese presidente el del consejo real, y vocales el arzobispo de Sevilla, don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, marqués de Corres, don Antonio de Rojas, don García de Toledo y don Juan Vazquez: que tratándose de negocios de la corona de Castilla, se hallasen presentes el licenciado Otarola y el doctor don Martin Velasco; y en negocios de Aragon, el vice-canciller y un regente: que en las cosas de guerra entendiesen los dos marqueses don Antonio de Rojas, don Gaspar de Toledo y el secretario Juan Vazquez, y siendo menester letrado, el doctor Velasco: que señalase el marqués de Mondejar las cartas y papeles que la princesa habia de firmar, y que se juntasen dos veces por semana: que se cuidase de las fronteras, de los encargados de ellas, y de la caballería: que las galeras, estuviesen bien armadas: que la princesa oyese misa en público: que señalase horas de audiencia: que recibiese memoriales: que diese á todos buenas palabras: que el consejo y mas tribunales se reuniesen en palacio: que en el despacho de la cámara entendiesen Otarola, Velasco y Juan Vazquez: que no se proveyese ningun oficio sin contar con el presidente: que se entendiese con el consejo sobre la mudanza de la corte: que los obispos residiesen en sus diócesis: que el presidente de Granada residiese 90 dias inclusa la cuaresma en Avila: que no se legitimare ningun hijo de clérigo: que no

se habilitase para oficios á gente de corona: que no se fundasen mayorazgos mas que por caballeros de calidad: que gobernasen las Iglesias de Granada, gente limpia por generacion y religion.»

Mientras el príncipe se preparaba para darse á la vela, desembarcaron sus enviados en Inglaterra. Inmediatamente dieron noticia de su arribo al conde de Egmont embajador en Londres del emperador, quien pasó á felicitar á la reina con este motivo. Ya no era dudoso en Inglaterra que estaba para llegar el príncipe de España. Tomó María las disposiciones, y dió las órdenes necesarias para que su futuro esposo fuese recibido con toda la magnificencia que por su rango merecia.

Por fin zarpó el príncipe de la Coruña el 11 de julio de 1554 con una escuadra de sesenta y ocho buques y cuatro mil españoles del tercio de don Luis Carvajal. Le acompañaban el almirante de Castilla, su hijo el conde de Melgar y el de Saldaña, los duques de Alba y Medinaceli, el prior don Antonio de Toledo, el príncipe de Eboli, los marqueses de Aguilar, Pescara, Verghen y Valle, los condes de Buendia y Fuensalida, Gutierrez, Lopez de Padilla, don Diego de Acebedo, don Hernando de Toledo, hijo del duque de Alba, don Antonio de Zuñiga, don Luis de Córdoba, don Pedro Enriquez, don Bernardino y don Iñigo de Mendoza, don Alvaro Bazan, con dos hijos, don Pedro de Velasco, don García de Toledo, señor de las Villorias, don Rodrigo de Benavides, hermano del conde de Santistéban y otros. Como se ve, llevaba el príncipe un acompañamiento numeroso y lucido, propio del personaje y del objeto que le promovia.

Al cabo de siete dias de navegacion llegaron al puerto de Southampton, adonde vinieron á cumplimentarle en nombre de la reina el obispo de Winchester, el marqués de Arundel y otros varios personajes. El príncipe siguió adelante hasta Winchester donde María le aguardaba. Se celebró la entrevista con todo el aparato y regocijo propios de las circunstancias. El regente español Figueroa les presentó la renuncia de Nápoles y del ducado de Milan en favor de don Felipe.

En 25 del mismo mes de julio se confirmaron las capitulaciones por los prelados y el conde de Egmont en nombre del emperador; por don Pedro Lazo en el del rey de los romanos; por don Juan Miguel en el de Venecia, y por el obispo de Cortona en el del duque de Florencia. El mismo dia los desposó el obispo de Winchester, y

un heraldo proclamó á Felipe y á María por la gracia de Dios rey y reina de Inglaterra y Francia (1), Nápoles, Jerusalen, Hibernia, príncipes de España, duques de Milan. La ceremonia se solemnizó y festejó como todas las de esta clase con músicas, danzas, banquetes, brindis y demás diversiones que les son análogas. En el festin regio fué servida la reina por grandes de España. Se hallaba la reina María satisfecha; mas no el pais con semejante matrimonio. Sentia el partido protestante mugir ya la tempestad que contra él se preparaba, ni tampoco el católico veia con buenos ojos la preponderancia que iba á ejercer sobre el pais un extranjero. Si con tal alianza consideraba en cierto modo consolidado el triunfo de sus creencias religiosas, este rey extraño, de cuya ambicion habia ya tantas pruebas, heria no poco su orgullo nacional y afectaba su espíritu de independencia. Se mostraba don Felipe atento y hasta afable, mas eran demasiado serias y circunspectas sus maneras para hacerse popular en aquella corte extraña. Estaba acostumbrado á otra atmósfera, á otro modo de ejercer la autoridad, y sobre todo á ser él solo en el poder y mando. Ni las costumbres inglesas, ni la índole de su gobierno, podian ser del gusto é inclinaciones de Felipe. Por otra parte en la reina su nueva esposa, á pesar de la suma deferencia y ternura con que le trataba, no hallaba ni podia realmente hallar nada que le cautivase.

Mientras tanto continuaban en Roma las negociaciones para reconciliar á Inglaterra con la Iglesia. Acababa de ser exaltado á la sede pontificia Paulo IV, á quien los dos príncipes reconocieron y enviaron su homenaje por medio de don Diego Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchon, del Consejo del rey, su mayordomo y tesorero por la corona de Aragon.

El cardenal Polo se dirigió pues á este pontífice con la peticion y pretension del rey y reina de Inglaterra sobre una reunion tan apetecida por entrambas partes. Era un negocio demasiado favorable á los intereses de la santa sede para que esta no se mostrase propicia, aunque de perdon é indulgencia se trataba. Absolvió pues el papa á los ingleses. Fué portador de esta bula el mismo cardenal Polo, revestido además con los poderes de legado. Mientras aguardaba este en Calais permiso para entrar en Inglaterra, convocó la

(1) Los reyes de Inglaterra llevaron el título de reyes de Francia desde Enrique V, coronado como tal en Paris á principios del siglo XV, hasta los del actual que renunciaron á él cuando la incorporacion de la Gran Bretaña con Irlanda.



reina el parlamento y le enteró del negocio, haciéndole ver lo necesario que era acabar cuanto mas antes con un cisma tan contrario al cristianismo. Asintió á la entrada del legado el parlamento tan sumiso en aquel reinado como en los anteriores. Fué Polo recibido con toda pompa en Londres; mas no quiso admitir los honores de legado hasta despues de conferenciar con el rey y con la reina. Admitido con muestras de gran deferencia y regocijo á su presencia, les enseñó las cartas y bulas pontificias, de las que quedaron sumamente satisfechos. En el parlamento que se reunió en seguida se determinó que se hiciese la ceremonia solemne de la reconciliacion con Roma el 30 de noviembre en la Iglesia de San Pablo. Así se realizó en efecto con festejos, músicas, salvas de artillería y cuanto podia contribuir al esplendor y magnificencia de aquel acto. Colocado el prelado en el templo en medio del rey y de la reina, absolvió en alta voz en nombre del padre santo á los ingleses. Terminó el dia con cañas y torneos, y por la noche se festejó tambien la absolucion con muchas iluminaciones. Escribió inmediatamente don Felipe el suceso á todas las cortes de la cristiandad. El papa recibió sobre todo la noticia con grandes demostraciones de alegría.

Habian ido demasiado adelante en los dos últimos reinados las innovaciones religiosas en Inglaterra para que este cambio y esta reconciliacion no principiasen una época de reaccion, de persecucion y de castigo. Era la intolerancia entonces con muy pocas excepciones la manía general; todo el mundo creia que se servia á Dios castigando á los que se mostraban enemigos de su culto. Severa la reina por carácter y tan celosa además por la pureza de la fe, se mostraba poco inclinada á la indulgencia. No era el rey Felipe blando en esta parte, como lo hizo despues ver en tantas ocasiones. Los prelados católicos, recobrado ya el ascendiente y preponderancia de que se habian visto despojados, trataban de que se diese por el tronco al árbol de la herejía y que de una vez se arrancase del campo la zizaña. Se mostraba muy activo en esta obra de reaccion el español fray Bartolomé Carranza, que habia llevado consigo don Felipe, sin prever entonces que algun dia iba á ser él mismo víctima de las persecuciones de que se mostraba tan celoso. Se hicieron reformas en las universidades. Se mandaron cerrar todos los sínodos. Se hicieron hogueras públicas de Biblias traducidas en lengua del pais; y tambien se encendieron para el último suplicio de los principales apóstoles de la reforma que no querian des-

decirse. Subieron á estas piras hasta personas revestidas con el carácter de prelados; tan severo y cruel se mostraba el tribunal eclesiástico que en estas causas entendia. Fueron entre otros quemados en la plaza de Westsmith-Field en Londres, sitio ordinario de las ejecuciones, Ridley obispo de Londres y Latimer obispo de Worcester. Alcanzó su rigor al famoso Crammer, arzobispo de Cantorbery, favorito del rey Enrique VIII. Se dice de este prelado que firmó un acto de retractacion, haciéndosele creer que con este paso evitaria su castigo; mas que habiendo sido condenado sin embargo al suplicio de la hoguera, se quemó antes la mano derecha como para castigarla de un acto de debilidad, y no entró en el fuego antes de caer despegada de su brazo. La absolucion de los ingleses no les costaba poca sangre; mas no se entendian entonces las cosas de otro modo: tanto por los católicos, como tambien por los mismos protestantes.

CAPITULO XIV.

Ajusta el emperador una tregua con Francia.—Llama á don Felipe á Bruselas.—Renuncia en su favor la posesion de los Paises-Bajos y las coronas de España.—Se embarca para este último pais, y se retira al monasterio de Yuste.-Sus ocupaciones.

Deseaba el emperador terminar la guerra con Francia, en que estaba empeñado hacia cerca de cinco años. Desde la retirada delante de la plaza de Metz, no se habian alcanzado ventajas considerables por ninguna de ambas partes. Habian los imperiales tomado las plazas de Terouane y de Hesdin; y apoderádose los franceses de las de Renty y Mariemburgo: hecho aquellos una invasion en la Picardía, y acercádose los segundos á Thionville por los Paises-Bajos; mas no se habia dado ningun golpe decisivo. Con la misma alternativa de próspera y adversa fortuna se batian en las fronteras y varias partes de Italia los ejércitos beligerantes. Reinaba en los dos príncipes enemigos mas cansancio de la guerra, que deseo verdadero de la paz, por los gastos inmensos que la hostilidad les acarreaba. En mayo de 1555 se ajustaron unas treguas en Arras entre ambas coronas que debian de durar cinco años. Concurrieron al acto en nombre del emperador el cardenal Polo, el duque de Medinasidonia, el obispo de Arras, el conde de Lalain y el presidente del consejo de Flandes Viglo Inchieno. Asistieron por el rey de Francia el cardenal de Lorena, y el condestable de Montmorency. Por la Inglaterra se presentaron el obispo de Winchester y el conde de Arundel. Se suscitaron en las conferencias grandísimas dificultades. Pe-

dian los franceses el ducado de Milan y que el duque de Saboya se casase con la viuda del duque de Lorena, y que se diese á Navarra á Antonio de Borbon Vendome, casado con Juana de Albret, hija de Enrique de Albret y Margarita de Valois, hermana de Francisco, difunto rey de Francia. Mas á nada de esto se accedió, y las treguas se firmaron sencillamente sin ningunas condiciones. Se vió así libre el emperador de un peso que le fatigaba; mas le quedaba otro que le era imposible echar de sí por ser producto de sus enfermedades y de la vejez que á pasos agigantados le cargaba. Habia llegado á una época de la vida en que todas las ilusiones se disipan, en que se van todas las flores, quedando solo en lugar suyo las espinas. Habia gozado demasiado pronto de las pompas y prestigio del poder, para no experimentar que la grandeza es humo, que los goces de la ambicion son sueños de que se dispierta rara vez sin amargura. Ninguna gran razon tenia de quejarse de la suerte, mas en el último tercio de su vida, no la habian faltado sinsabores y dolorosos desengaños. Cuando llega el hombre á semejante situacion, no puede menos de deleitarse con las ideas del retiro y del descanso; y si á todo esto se añaden los sentimientos religiosos que hacen tender los ojos hácia lo futuro, no extrañaremos que Carlos V á los cincuenta y seis años de su edad, pensase seriamente en echar de sí un peso que realmente le abrumaba. Hubo quien escribió que entre las causas que le movieron á tomar esta resolucion, ocupa un principal lugar la conducta poco obsequiosa hácia él por parte de su hijo don Felipe, y que prefirió una voluntaria cesion de sus estados á las serias mortificaciones que de su carácter ambicioso y vivos deseos de reinar tenia (1); mas no dieron las acciones anteriores de este príncipe motivo para una imputacion tan grave y seria. Segun dijo él mismo hallándose ya en su retiro de Yuste, se habia ocupado de esta idea en vida de la emperatriz; mas que no habia podido realizarlo por lo complicado que se hallaban sus negocios y falta de un heredero que estuviese en aptitud de reemplazarle. El heredero ya se hallaba en sus maduros años, y el tiempo parecia llegado de adoptar finalmente la resolucion que iba á excitar la admiracion de toda Europa. Con este designio envió á llamar al príncipe á Bruselas, y allí mismo renovó sus negociaciones con su hermano, á fin de que renunciase en favor de su hijo la corona del imperio; mas el rey

(1) Véase á Robertson L. C. XI. en su cita de Lebesque, autor ó editor de las Memorias de Granvela.

de los romanos persistió en su negativa, y el emperador tuvo que renunciar á esta última ilusion de brillo y de grandeza.

Se hallaba Felipe muy poco á gusto suyo en Inglaterra, descontento del pais, cansado de la reina, que nunca habia sido para él objeto de cariño. Aprovechó, pues, con gusto esta ocasion que se le ofrecia de dejar aquel pais, y se apresuró á obedecer los preceptos de su padre. Fué esta partida objeto para la reina de excesiva pesadumbre, trató de impedirla por cuantas razones supo y pudo, alegando su embarazo, que despues resultó ser hidropesía. Mas no tuvo en ninguna cuenta el rey sus ruegos y clamores, y en 8 de octubre de 1555 salió de Inglaterra, encaminándose á los Paises-Bajos, donde le aguardaba un cambio inesperado de fortuna.

Habia convocado el emperador los estados de los Paises-Bajos en Bruselas (1). El 28 del mismo mes de octubre se presentó en su seno, y con toda la solemnidad digna de los tiempos de los Césares renunció en favor de don Felipe la soberanía de los Paises-Bajos que habia heredado de su padre. Con aire de majestad, con noble y augusto continente se presentó y condujo el emperador en tan solemne circunstancia. Se hallaban á la derecha del trono el príncipe de España, el príncipe Maximiliano y Filiberto, duque de Saboya. A la izquierda, las reinas viudas de Hungría y de Francia, María, reina de Bohemia, y Cristierna, hija del rey de Dinamarca, duquesa de Lorena. Comenzó la ceremonia nombrando al príncipe de España caballero del toison de oro, y en seguida el secretario Filiberto Brusseli leyó en alta voz el acta de renuncia del señorío de los Paises-Bajos, hecho por el emperador Carlos V en favor de la persona de su hijo don Felipe. Concluido el acto y apoyando una mano en el hombro del príncipe de Orange, y con un papel en la otra, sin duda para alivio de memoria, se levantó el emperador y arengó en francés por última vez á los estados, haciendo enumeracion de las expediciones que habia emprendido, de los servicios tanto civiles como militares que habia hecho. Les habló de sus enfermedades, de su incapacidad de conservar el cetro con ventajas para el pueblo, y de que en la persona de su hijo les dejaba un príncipe experimentado en todos los negocios del gobierno. No fué menos patético su discurso al nuevo rey que se le puso delante de rodillas, exhortándole á ser justo, á mirar con respeto sagrado las leyes y con amor á sus

(1) Es la fecha que asigna Sandoval á este acto que ocupa en la historia un lugar tan distinguido. Mas en el dia y aun en el mes discrepan la mayor parte de los historiadores de la época.

nuevos súbditos. En todos hizo impresion lo solemne, sublime y tierno de la escena: algunos derramaron lágrimas. El emperador no se apartó un punto de su nobleza y dignidad; ningun soberano al despedirse de su pueblo excitó mas sentimientos de reverencia y pesadumbre. Prometió Felipe á su padre haberse fielmente en su nueva dignidad y arreglarse en todo á sus preceptos. Al dirigirse á la asamblea manifestó que le era imposible expresarse en lengua francesa, por no *haberla deprendido* (1); mas que el obispo de Arras seria intérprete de sus sentimientos. La arenga del prelado á nombre del nuevo señor de los Paises-Bajos se redujo á las promesas de costumbre y que nunca en tales ocasiones se escasean.

En seguida se levantó la reina viuda de Hungría, y se dirigió á los estados dándoles gracias por los favores que la habian dispensado, é hizo renuncia del gobierno de los Paises-Bajos que hacia veinte años desempeñaba en nombre de su hermano.

En 16 de enero de 1556 hizo Carlos renuncia de las coronas de Castilla en favor de su hijo ante Francisco de Eraso, comendador de Montalazy, notario mayor, y de las de Aragon, ante Diego de Vargas, escribano de cámara. Además le dió la investidura del estado de Sena, y el título de Vicario general del sacro imperio. Mas antes de abrir la época de este reinado, tan fecundo en grandes acontecimientos, se dedicarán algunas páginas á seguir las huellas del último monarca despues de su renuncia.

De todas sus coronas se habia despojado Carlos V á excepcion de la imperial que conservaba todavía, siempre con la esperanza de trasmitirla á don Felipe. Inmediatamente que se redujo á condicion privada, pasó á vivir en un palacio particular en compañía de las reinas sus hermanas, pues la de Hungría habia entregado el gobierno de los Paises-Bajos al duque Filiberto de Saboya, por disposicion de don Felipe. El retiro donde era la intencion del emperador fijar su residencia era el monasterio de Jerónimos de Juste ó Yuste, situado en Extremadura cerca de la vera de Plasencia. Mas por lo crudo de la estacion ó falta de preparativos, no pudo ponerse en viaje hasta setiembre del mismo año de 1556 que se embarcó en Zelandia en compañía de las mismas reinas y su privada comitiva, despidiéndose del nuevo rey que le habia acompañado hasta aquel punto. Padeció la pequeña flota una tempestad, y llegó en bastante mal estado á fines del mes al puerto de Laredo, donde tuvo lugar el

(1) Expresion de Sandoval, l. XXXII, párr. 35.

desembarco. Se dice que el emperador besó la tierra al verse en ella, diciéndole que le recibiese como su postrer asilo. Llegó tan fatigado y quebrantado, que solo en litera pudo hacer el viaje hasta Burgos, donde descansó dos dias. A pesar de que debia conocer los hombres, no dejó de extrañar el escaso número de señores y caballeros principales que le vinieron á cumplimentar, tanto en aquel punto como en el camino. En seguida se trasladó á Valladolid, donde no quiso se le hiciese ningun recibimiento, cediendo este honor á sus hermanas, que hicieron su entrada un dia antes. Allí tuvo una entrevista con su hija y regente doña Juana, habiendo visto tambien à su nieto el príncipe don Carlos, de cuyos modales y conversacion, dicen, quedó sumamente disgustado. Querian sus hermanas acompañarle hasta Yuste; mas no lo permitió el emperador, y se despidió de ellas en Valladolid prosiguiendo solo su jornada. Algunos historiadores dicen que tuvo que suspender su viaje por falta de dinero (1); pero esto es muy duro de creer, habiéndose asignado él mismo la corta cantidad de 12,000 ducados anuales por via de pension ó de retiro. Y aunque hubiese sucedido así por escaseces del erario ó circunstancias imprevistas, achacarlo á indiferencia ó tal vez á ingratitud de Felipe, nos parece con demasía aventurado.

A mediados de noviembre del mismo año llegó á Yuste, donde le habian preparado una especie de habitacion particular, pegada al convento, con el que tenia comunicacion aunque del todo independiente. En aquella modesta vivienda, compuesta de cinco ó seis piezas, sencilla y hasta pobremente alhajadas, se encerró el que habia dado leyes á mas de la mitad de Europa, sin que en sus conversaciones, ni en ninguno de sus actos, diese á entender que estaba arrepentido de aquel cambio.

La vida que el emperador llevó en Yuste fué sencilla, dedicada en lo esencial á ejercicios de devocion y de piedad, ocupando las horas de recreo en el cultivo del jardin, ó en la construccion de alguna obra mecánica, sobre todo de relojes, á que era muy aficionado. El grande artífice de aquellos tiempos que excitaba tanta admiracion con lo ingenioso y atrevido de sus invenciones, Juanelo Turriano, le hizo varias visitas en su retiro y le daba lecciones de su arte. Tambien se divertia con la música, en la que dicen era muy inteligente, siendo su voz tan buena y delicada, que algunos religiosos iban en

(1) Entre otros Cabrera, l. 2, c. IV, quien expresa el pueblo de la detencion (Oropesa), el tiempo de la duracion (30 dias), y la cantidad que aguardaba para pagar á sus criados (30,000 escudos).

silencio á escucharle á su puerta cuando cantaba, sobre todo en las horas de la noche. Mas todos esos pasatiempos no le distraian del negocio que le era mas interesante. Sin ligarse con ningun voto, observaba en cuanto se lo permitian sus enfermedades la regla del órden de san Jerónimo á que pertenecia aquella casa. Asistia al coro con frecuencia: todas las mañanas oia misa, y rezaba muchas devociones. A mediodia oia un sermon y á falta suya una homilía de san Agustin, y por la tarde asistia á vísperas. Pasaba asimismo algunas horas en conversacion con el prior y algunos otros graves religiosos del convento con quienes entraba en varios pormenores de su vida, contándolos con afabilidad y sencillez de trato sin ninguna etiqueta y ceremonia. Sandoval, el mas copioso, y tal vez el mejor de sus historiadores, refiere los cargos que le hicieron una vez los visitadores de la órden por las liberalidades que distribuia á varios individuos de la casa, que el emperador escuchó con la mayor docilidad prometiendo enmendarse. Es de un vivo interés una de sus conversaciones con san Francisco de Borja, sobre los motivos que obligaron á este á dejar el mundo y á preferir la nueva órden de los jesuitas á las demás ya antiguas y probadas. Mas dejaremos por ahora á Carlos V en la modestia y humildad de su retiro para volver al gran teatro del mundo, sobre el que comenzaba á representar un gran papel su hijo.

CAPITULO XV.

Estado de la Europa á la subida de Felipe II al trono.—Se declara Paulo IV contra Felipe II.—Pasa el duque de Alba á gobernar á Nápoles.—Ruptura de hostilidades. —Invaden las tropas españolas los estados pontificios.

Se hallaba Felipe II en los 29 años empezados de su edad, cuando por la renuncia de su padre, se vió el primer soberano de la Europa. No heredaba la corona imperial; mas esta brillante dignidad no era en mil ocasiones verdadero poder, y por la proximidad de los turcos acarreaba mas peligros y embarazos que provecho. Sin contar con Inglaterra, de que no era mas que monarca nominal, se veia dueño de España, de los Paises-Bajos, del Franco-Condado, del ducado de Milan, de Sicilia, de Nápoles, de Cerdeña, y del inmenso y opulento imperio que las armas y la audacia de unos pocos aventureros habian dado á Castilla en el nuevo continente. Con razon se decia que el sol no se ponia nunca en los estados de este príncipe.

Era Felipe nuevo rey, mas no nuevo gobernante; pues casi desde su infancia se habia familiarizado con los negocios y debia de conocer los hombres y las cosas. No era menos necesaria una personal capacidad de gobierno para el hijo, que lo habia sido para el padre, hallándose la Europa tan agitada sin dar muestras de mas tranquilidad que bajo el reinado del último monarca. Mandaba en Francia Enrique II, heredero de la enemiga de su padre hácia la casa de Austria. Una tregua acababa de suspender las hostilidades con el emperador, mas solo el cansancio y no un deseo de paz habian dic-

tado esta medida. El calvinismo que en el reinado del anterior monarca no pasaba en aquel pais de una secta oscura, se habia difundido por varias provincias, y era la religion de muchos señores de gran preponderancia, entre los que se contaban hasta príncipes de la sangre. Estaba Inglaterra regida por María, esposa de Felipe, sin que las persecuciones y rigor ejercidos contra los enemigos de la fe católica restituyesen al pais la tranquilidad, y mucho menos la unidad de creencias que se apetecia. Era la reina odiada por mas de la mitad de la nacion que la designaba con el título de sanguinaria, y la irritacion que en ella producia el desvío de Felipe aumentaba la severidad de todas sus disposiciones. En Escocia continuaba la regencia de María de Lorena, ejercida en nombre de la reina María Stuarda que continuaba en Paris en vísperas de ser enlazada con el primogénito de Enrique. Al frente del imperio de Alemania iba á ponerse definitivamente el rey de los romanos Fernando, habiendo por fin enviado desde España el emperador su acto de renuncia. Habian concebido los príncipes luteranos sospechas de que se trataba de falsear el tratado de Passau, al abrigo del cual vivian tranquilos; mas tuvo la habilidad el rey de los romanos de disipar sus inquietudes, habiéndose confirmado en una dieta celebrada en Augsburgo en 1555 las disposiciones del tratado, con lo que permanecia el pais sin aparentes turbulencias. Continuaba en el trono de Suecia Gustavo, fundador de la nueva dinastía. Habia subido al de Dinamarca Cristiano III, sucesor del duque de Holstein, que habia expelido al rey Cristierno. Reinaba en Polonia Segismundo Augusto, y en Portugal don Juan III, sucesor de don Manuel, que introdujo la inquisicion en aquel reino. En 1554 habia bajado al sepulcro el papa Julio III, sucesor de Paulo III; y á la muerte de Marcelo II, que reinó solo veinte y dos dias, fué exaltado al trono pontificio Paulo IV, de quien haremos mas mencion en adelante. En cuanto á Italia, merece noticia particular por la variedad de estados de que se compone y las relaciones é influencia que ejerció en ellos Carlos V. Ya hemos visto como en el reinado de este emperador fueron para siempre expelidos del Milanesado y de Nápoles los franceses que alegaban derechos á los dos paises. A la muerte en 1536, sin hijos varones, de Francisco Sforza, duque de Milan, se hizo Carlos V dueño y soberano del Estado, que como feudo imperial deberia de quedar anejo á la corona del imperio, mas que á pesar de esto hizo parte de la magnífica herencia de Felipe. Era,

pues, dueño de Milan, de Nápoles y de Sicilia, y esta circunstancia por precision le habia de dar gran influencia entre los otros soberanos de la Italia. Venecia que se habia mostrado, cuando contraria, cuando favorable, á los intereses del emperador, se hallaba en un estado de neutralidad á la subida al trono de su hijo. Continuaba Génova bajo el poder y grande influencia de los Dorias, amigos y servidores siempre de la casa de Austria. En 1547 habia abortado en aquel pais la conspiracion de Fieschi, promovida secretamente por Francia y por Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo de Paulo III; mas no fué esta llamarada mas que de un momento, habiendo perecido el jefe de la conspiracion por un accidente inesperado. Octavio, hijo y sucesor del duque de Parma, continuó sus tratos con Francia y fué inducido á recibir en su pais tropas de Enrique II; mas fué descubierto el plan por el emperador y el papa, quienes le declararon la guerra, y le hubiesen despojado de sus estados á no haber el principe alcanzado su perdon, casándose con Margarita, hija natural de Carlos V.

En cuanto á Florencia, ya hemos visto que por los años de 1530 habia pasado del estado republicano á la dominacion de los Médicis, que al principio tomaron el título de duques de Florencia, y en seguida el de grandes duques de Toscana. Una de las operaciones de los franceses durante la última guerra que hemos mencionado fué la invasion y ocupacion de Sena, y con este motivo se apoderaron de algunos otros puntos de la Toscana y el Genovesado; mas de dicha plaza fueron expelidos, despues de un sitio muy tenaz, por las armas de Carlos V y el duque de Florencia. A la subida, pues, de Felipe al trono, tenia por amigas en Italia á Génova y Florencia: por poco amigas y contrarias á Parma, Módena y Ferrara.

Tal era la situacion de Europa al inaugurar Felipe su reinado. No puede menos de abrazar su historia la de casi todos los estados de que esta parte del mundo se compone. No es muy fácil, pues, trazarla con claridad, con método, sin que resulten confusiones. No es posible observar siempre con exactitud el órden cronológico, una de las grandes condiciones de la historia, cuando sucesos contemporáneos que pasan en diversas partes no tienen ninguna conexion ni enlace. Tampoco se puede ni se debe dar al relato de todos igual grado de extension, porque no son igualmente interesantes. Todo esto lo tendremos presente en nuestra narrativa. No escribiremos anales de lo que ocurria al mismo tiempo en todas partes, sino que

pasaremos de un pais ó de un asunto á otro, de modo que la atencion no se fije al mismo tiempo en cosas muy heterogéneas. Así dejaremos por ahora á España, volviendo á ella cuando lo verifique don Felipe, á quien graves negocios detenian en los Paises-Bajos.

Uno de los actos del reinado de Felipe fué la confirmacion de la regencia de España en favor de la infanta doña Juana. Dió á Filiberto de Saboya el gobierno de los Paises-Bajos, y le confirió el título de consejo de Estado, del mismo modo que al duque de Alba, á don Francisco Gonzaga, al Obispo de Arras, al príncipe Andrés Doria, á don Juan Manrique de Lara, á don Antonio Toledo, prior de Leon, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al conde de Chinchon, á don Bernardino de Mendoza, á don Gutierre Lopez de Padilla, al duque de Feria, y poco despues al regente Figueroa. Nombró embajador en Alemania á don Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna, y confirmando en el de Venecia á Francisco de Vargas Mejía. De los cambios que hizo en el personal por lo tocante á España, hablaremos á su debido tiempo.

La tregua ajustada un año hacia entre el emperador y el rey de Francia, se renovó y confirmó entre este y Felipe en Cambray en febrero de 1556, asistiendo en nombre del último Lalaing, gobernador de Haynalt, Simon Reynardo y Carlos Tinsanc, juristas del consejo, y Juan Bautista Escherzo Cremonés, regente de Milan. Por la parte de Francia asistieron el almirante Coligny, gobernador de Pecardía, Sebastian d'Aubepine, del consejo y secretario de Estado, y los abades de Bossen-Fontaine y San Martin; mas esta tregua iba á ser muy corta.

1556. Es un rasgo singular en el reinado de Felipe II, de un monarca tan católico, tan adicto á la sede pontificia, tan hijo obediente de la Iglesia, que su primera guerra hubiese sido con el papa y provocada por este padre de los fieles; mas así es la verdad pura. Fué exaltado como hemos dicho, á la tiara Paulo IV (Pedro Carraffa) por la faccion francesa á despecho de la austriaca, con cuyo motivo concibió un odio al emperador y á Felipe que influyó en toda su política. La historia pinta á este pontífice como hombre de pasiones muy fogosas y violentas en medio de lo sumamente avanzado de sus años, y sobre todo altamente imbuido de las ideas de omnipotencia de la Santa Sede. No se atribuia tanto á sus propios sentimientos esta enemistad hácia los príncipes austriacos como á las intrigas y á la ambicion de su sobrino el cardenal Carraffa, que

se creia ofendido del emperador por lo poco gratos que le habian sido sus servicios. El primer paso del pontífice fué solicitar una alianza con Francia, que entró gustosa en estos tratos y atizó el odio del papa, en medio de estar él mismo ocupado en el ajuste de una tregua con sus enemigos.

Muy singular parece que el rey de Francia se ocupase á la vez de dos asuntos tan contradictorios; mas tal es la verdad confesada por los historiadores franceses, y tal la buena fe que reina en las negociaciones diplomáticas. Halagaba mucho á Enrique la idea sugerida por Paulo IV de recibir la investidura de Milan y de Nápoles para sus dos hijos. Combatió vivamente el mariscal de Montmorency este proyecto de liga: la apoyó fuertemente el partido de los Guisas. Estos Guisas, de quienes se hace mencion tantas veces en la historia, eran príncipes de la casa de Lorena, naturalizados en Francia desde principios de aquel siglo. El famoso Francisco de Guisa, defensor de Metz contra Carlos V, era el segundo duque de esta casa. Tenia entre otros, dos hermanos, ambos cardenales y muy conocidos en su tiempo, uno con el nombre de Cardenal de Lorena, y otro con el de Cardenal de Guisa. María de Lorena reina viuda de Escocia y madre de María Estuarda era hermana de estos príncipes. Mas á pesar de las intrigas de esta familia poderosa; á pesar de que el tratado de alianza con el papa halagaba mas que el de la tregua con el rey de España, se ajustó este el primero. Resolucion que puso muy furioso á Paulo IV. Inmediatamente despachó á Paris á su sobrino el cardenal á exponer sus quejas y hacer presentes sus apuros si la tregua se llevaba á efecto. No fué difícil al cardenal Carraffa remover los escrúpulos del rey acerca de la observancia de la tregua, pues además de que la liga con el papa estaba en sus ideas, supo mover el legado en su corte reortes poderosos entre ellos el de la famosa Diana de Poitiers dama de Enrique II que supo ganar con presentes de parte del pontífice. Quedaron con esto desbaratados los planes de Montmorency, triunfante el de los Guisas. Favorecido además con un breve de absolucion por el pontífice, rompió Enrique virtualmente la tregua con el rey de España, prometiendo al papa tropas que se pusieron en efecto en movimiento. Paulo IV entró en negociaciones con el mismo objeto con los duques de Parma y de Ferrara, indisponiéndolos contra el rey de España. Privó á este del subsidio de cruzada de que gozaban sus antecesores en España, con motivo ó pretexto de la guerra contra los infie-

les, envió guarniciones á las plazas confinantes con el reino de Nápoles, y no omitió medio alguno de mostrar su hostilidad al rey de España. Su embajador en Roma, Garcilaso de la Vega, que manifestaba al duque de Alba el peligro que corria el reino de Nápoles, en una carta interceptada, fué por órden del pontífice preso en el castillo de San Angelo. Allí encerró asimismo al cardenal Santafiore y otros que se oponian á su política hostil con el rey de España. A los Colonnas, que pasaban por amigos de este príncipe, excomulgó, privando á Marco Antonio, jefe de la familia del ducado de Paliano. Y para coronar todos estos actos de animosidad, declaró en pleno consistorio al rey Felipe decaido de su derecho al reino de Nápoles, como infractor de los juramentos que á su predecesor habia hecho el monarca feudatario.

Ya habia consultado el rey, antes de llegar las cosas á esta extremidad, con sus teólogos mas graves si le era permitido en vista de tales agravios hacer armas contra el papa. Los teólogos le respondieron que debia emplear antes todos los medios de la negociacion, de la sumision y de la súplica, y que solo en el caso de apurarse le podria ser lícito acudir á su defensa personal tomando armas contra el pontífice que injustamente le atacaba. Con esta especie de resguardo, dando el rey de España por apurados todos los medios de conciliacion, se pensó en hostilidades, y envió de virey á Nápoles al duque de Alba que habia ya bajado á Milan de órden del emperador, nombrándole generalísimo de sus tropas en Italia.

Pasaba á la sazon don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, por el primer general que tenia España. Desde muy jóven comenzó á distinguirse en los ejércitos de Italia. Mandaba un cuerpo ó division del ejército que en 1536 puso cerco á Marsella: estuvo á la cabeza de las tropas imperiales en la batalla de Muhlberg, y cuando el sitio de Metz sirvió asimismo como general en jefe bajo las órdenes de Carlos V. Era un hombre de guerra activo, valeroso, inteligente, y como jefe, muy duro y muy severo. Aunque se hizo famoso en el reinado del padre, creció mucho, como veremos, su nombre en el del hijo.

Ya era pública la liga del papa y de la Francia. Ya se estaban esperando en Ostia tropas que este último habia prometido, y preparando en Roma cuarteles para recibirlas. Estaba como rota la tregua entre Francia y España, aunque no denunciadas las hostilidades entre las dos potencias. Reunia el duque de Alba como acti-

vo y previsor, en el reino de Nápoles y frontera de las estados de la Iglesia sus tropas, que se componian de 4,000 españoles, 8,000 italianos, 300 hombres de armas, 500 caballos, y 12 piezas de artillería. Mandaba la infantería española su hijo don García de Toledo, y el maestre de campo Sancho Mardoñes; la infantería italiana Vespasiano Gonzaga: los hombres de armas Marco Antonio Colonna; la caballería el duque de Pópoli, y de la artillería estaba encargado Bernardo de Aldana (1).

No quiso el duque romper las hostilidades hasta tener respuesta del pontífice, á quien envió de emisario al príncipe de San Valentino, quejándose en nombre del rey don Felipe de las medidas hostiles del pontífice; de su liga con Francia; de la prision contra el derecho de gentes de Garcilaso de la Vega; de su aproximacion de tropas á la frontera de Nápoles, y sobre todo de su declaracion en el consistorio, destituyendo al rey de sus derechos á este estado. Al mismo tiempo exhortaba á Su Santidad á remover por medios mas pacíficos los horrores de una guerra inminente, y que era inevitable, mientras no diese á su amo una satisfaccion debida. Tardó algun tiempo el pontífice en contestar, y al fin dió una respuesta evasiva con objeto de ganar el tiempo necesario para la llegada de las tropas de Francia que aguardaba (2). Mas el duque de Alba que lo comprendió muy bien, no quisó perder la ventaja de ganarle por la mano y rompió las hostilidades entrándose con sus tropas por el territorio de la Iglesia. Como las fronteras de los estados pontificios no estaban bien guardadas, fué fácil al duque de Alba apoderarse de los puntos de Veruli, Banco, Terracina y los demás pueblos de sus inmediaciones. Inmediatamente pasó á Anagni defendida por 800 hombres; mas viéndose estos en la imposibilidad de resistirse, se retiraron hácia Tívoli, dejando franca la entrada de la plaza, que fué saqueada por las tropas de Alba.

Llenaron estas noticias á Roma de terror y Paulo IV envió con toda precipitacion por las tropas que se hallaban en la Umbría compuestas de 300 alemanes, 1,000 gascones, y 7,000 hombres mandados por Alejandro Colonna. No creyendo suficiente este refuerzo para la de-

(1) Los principales hechos de esta corta guerra de Italia están consignados con poca diferencia en todos los historiadores de la época; Cabrera, Ferreras, Leti, Miñana, Deniel, Meseray, Anquetil, etc.

(2) Algunos historiadores dicen que respondió con altivez; mas hallándose entonces tan desprevenido y en vísperas de verse reforzado, es mas natural que hubiese observado la política que indica el texto.

fensa de la capital, suplicaron los cardenales al pontífice, conjurase aquella tempestad entrando en ajuste con el duque de Alba. Propuso el papa al efecto al español una conferencia con el cardenal Carraffa para la renovacion de las relaciones amistosas. Accedió el duque; mas no habiendo encontrado al cardenal en Gruta-Ferrara, sitio de la cita, y aguardándole allí en vano cuatro dias, calculó que solo se trataba de ganar tiempo para la llegada de los franceses; y así renovó las hostilidades apoderándose de Vahuontone, de Palestrina, de Segni y de Tívoli, al mismo tiempo que Vespasiano Colonna Gonzaga entraba por capitulacion en Vicovaro.

El papa que se veia cada vez mas estrechado, apuraba al rey de Francia á que le enviase los socorros ofrecidos, y buscaba enemigos contra el rey de España entre los príncipes de Italia: mas á excepcion del duque de Ferrara, ninguno abrazó los intereses del pontífice. Supo el rey de España conciliarse la benevolencia y asegurar la amistad del duque de Florencia, concediéndole la posesion de Sena, y del de Parma dispensándole favores no menos importantes.

Para distraer la atencion del duque de Alba, dispuso Paulo IV que algunas tropas que se hallaban en la Marca de Ancona, hiciesen una incursion en los Abruzzos. La expedicion se realizó en efecto mandada por Antonio, marqués de Montebello, sobrino del pontífice, y no dejó de hacer daños considerables en aquel pais; mas su gobernador con un refuerzo que le habia enviado á tiempo el duque de Alba, salió á buscar á los del papa, los destrozó, haciéndoles volver al punto de Ascoli de donde habian salido.

Mientras tanto tomaba el duque de Alba á Frascati, á Ripa del Papa, á Albano con sus pueblos circunvecinos, concluyendo su expedicion con la entrada por asalto en Ostia. Aquí se ajustó una tregua de cuarenta dias; y el general español dejando bien guarnecidos los puntos fuertes que acababa de tomar, aprovechó este tiempo marchando á Nápoles donde se preparó para la próxima campaña. Esta tregua en medio de las grandes ventajas que llevaba el duque de Alba conseguidas, parece una falta militar; mas hay que tener presente que el rey de España hacia esta guerra al papa con grande repugnancia suya, y que probablemente el general participaba de los sentimientos del monarca.

CAPITULO XVI.

Entrada de los franceses en Italia.—Se rompe la tregua entre Francia y España.—Preparativos de Felipe II.—Su viaje á Inglaterra.—Continúa la campaña del duque de Alba.—Paz con el papa.

Llegó por fin el dia de la entrada de las tropas francesas en Italia, tan ansiado por el papa. Mandaba la expedicion el duque de Guisa que tanto se habia distinguido defendiendo la plaza de Metz contra el mismo Carlos V; y bajo sus órdenes se hallaba el duque de Aumale, el de Nemours, con otros principales señores y capitanes de aquel reino que por la gloria de servir en su bandera se presentaron sin mas carácter que el de aventureros. Al acercarse al Milanesado se trató entre ellos si seria conveniente apoderarse de aquel territorio á la sazon mal guarnecido por hallarse sus tropas en el ejército del duque de Alba. Era demasiado tentadora la idea para que no la aprobase el duque de Guisa; mas se veia contrariado en esta parte por sus instrucciones de unirse con las tropas del pontífice y dirigirse á Nápoles. El rey de Francia á quien se consultó, mandó que continuasen directamente su camino, y el legado del papa para dar mas fuerza á la adopcion de esta medida, sacó un Breve de Su Santidad en que se excomulgaba á los que se desviasen de los términos de la alianza entre el pontífice y el rey de Francia. Atravesaron, pues, las tropas de este último por los estados de Parma, cuyo duque no pudo oponerles resistencia alguna; y pasando por

Módena llegaron á Reggio, donde encontró el duque de Guisa al cardenal Carraffa y al duque de Ferrara.

Aunque este último príncipe estaba declarado contra España, no se atrevió á unir sus tropas con las de Guisa y el pontífice, temiendo al gobernador de Milan que tenia vecino, por lo que continuaron sin este auxilio las tropas francesas hasta Bolonia, donde habiéndose pasado revista, se halló que se componian de 4,000 grisones, seis mil franceses, 500 hombres de armas, y 1,500 caballos ligeros. El duque de Guisa pasó en seguida á Roma á conferenciar con el pontífice, de quien recibió los mayores obsequios hasta el honor de sentarse á su mesa, y su ejército permaneció algun tanto en la Romanía, mientras se hacian todos los preparativos para la ruptura de las hostilidades.

Ya habian por aquel tiempo espirado los cuarenta dias de la tregua ajustada entre las tropas pontificias y las del duque de Alba. Se renovaron las hostilidades con pérdida en un principio para las armas de España. Recuperaron los del papa el puerto de Ostia que se rindió despues de un sitio, y aunque la guarnicion se retiró al castillo, tuvo al fin que entregarse por capitulacion, salvando las personas y cuanto pudieron llevar los que se retiraron á Neptuno. Tambien recuperaron los del papa á Mariano, Castel Gandolfo y Palestrina. El conde de Pópulo, que hizo salir de estos puntos á sus guarniciones, reforzó con ellas á Tívoli y Anagni. El conde de Pauliano, uno de los generales del papa, trató de recobrar á Vicovaro á viva fuerza, y fué rechazado con gran pérdida por los españoles; mas habiendo vuelto á la carga dió segundo asalto, y aunque á costa de mucha sangre, logró entrar en la plaza, que entregó á saco, siendo sus defensores pasados á cuchillo.

La tregua entre franceses y españoles estaba rota de hecho con la bajada de estos últimos á Italia y su reunion con las tropas del pontífice, con quien estaba en guerra el rey de España. El verdadero infractor del tratado fué el rey Enrique sin disputa. Podia alegar este que las tropas del duque de Alba habian invadido los estados del pontífice, su aliado; mas el pontífice habia provocado la guerra, tal vez fiado en la alianza secreta con el rey de Francia. Buscar buena fe en el cumplimiento de tratados, y asignar otras causas tanto en su ajuste como en su infraccion que la ley de la necesidad, ó de la mayor ambicion ó la mayor fuerza, es alimentarse con quimeras. Para completar la ruptura de las treguas anun-

ciada con la entrada de los franceses en Italia, el almirante de Coligni, gobernador de Picardía, trató de sorprender la plaza fuerte de Douay, y habiéndose descubierto su designio por una casualidad cuando ya se hallaba cerca de ella, encubierto con las tinieblas de la noche, se esparció por el Artois, desolando el pais, entregando la plaza de Lens al fuego y al cuchillo.

Se vió así Felipe empeñado en una segunda guerra, sin haber concluido la primera. No se descuidó en hacer todos los preparativos que este lance serio requeria. Envió á España á Rui Gomez Silva en busca de socorros, y dar al mismo tiempo parte á su hermana de lo que ocurria. En Inglaterra tenia á su mujer, y aunque no podia contar mucho con las simpatías del pais, debia de estar seguro de las de la reina. Para activar y hacer mas eficaces los auxilios que de ella esperaba en estas circunstancias, formó la resolucion, que llevó á efecto, de hacerle una visita.

Uno de los motivos de la poca popularidad que la reina María de Inglaterra gozaba en el pais, era su matrimonio con Felipe, á cuya influencia, lo mismo que á la de su padre, se atribuian sus medidas y rigores con los protestantes. No hay duda de que estaban estos en el corazon de la reina, dura por naturaleza, y que en su opinion no creia poder manifestar mejor su celo por la comunion romana. Mas de los sentimientos tanto del padre como del hijo hácia los herejes, se puede inferir que añadian nuevo fuego al celo de la reina, y que esta princesa, por complacer á su marido, se mostraria mas rigorosa que si no mediase esta consideracion en que se interesaba su cariño. Por otra parte, como la reina atribuia el desvío de Felipe á las pocas simpatías que encontraba en el pais, estaba muy lejos de propender á la indulgencia. Por una parte su celo mal entendido por el catolicismo, por la otra un esposo despegado, y el sentimiento interior de que le faltaban medios para cautivarle, todo contribuia á ennegrecer su sangre y exacerbar su bilis.

Fué recibido Felipe II de la reina de Inglaterra con su pasion acostumbrada de la corte, con todos los obsequios debidos al rey, pues rey era, aunque nominal, de Inglaterra; del pueblo con sentimientos diversos, segun la diferencia de partidos: era el objeto de su visita tan impopular en el pais como su persona misma. Hacian ver sus enemigos que una guerra emprendida tan solo para fomentar los intereses de este príncipe extranjero, era antinacional y hasta un

absurdo; mas la reina no podia negar nada á su marido. Por otra parte se trataba de hostilizar á una nacion contra la que el odio de Inglaterra ha sido siempre popular, y cuya dominacion en Escocia era cada dia objeto de nuevas inquietudes. Sin contar con su parlamento, declaró la guerra al rey de Francia, y prometió socorros eficaces á Felipe; palabra que cumplió haciendo salir inmediatamente para Flandes un cuerpo de 8,000 hombres á las órdenes del conde de Pembroke.

Regresó el rey á los Paises-Bajos y se preparó para entrar cuanto antes en campaña, poniendo á la cabeza de su ejército al duque de Saboya Filiberto. Los franceses tampoco anduvieron remisos en tomar disposiciones por su parte. Ya habia renovado el rey de Francia su alianza con los turcos, y los esperaba en Marsella para que le ayudasen á conquistar el reino de Nápoles para su hijo segundo; mas los turcos no acudieron.

Se hacian la guerra los españoles y franceses en dos teatros á la vez: en Italia y en la frontera de los Paises-Bajos. Aquí estaba el duque de Saboya enfrente del condestable de Montmorency: allí el duque de Guisa iba á encontrarse con el de Alba. Como ya hemos empezado la primera de estas guerras, la seguiremos antes de pasar á la segunda.

Se hallaba en Nápoles el duque de Alba, como ya hemos dicho, buscando medios de reforzar su ejército y continuar la guerra. Permanecian en la Romanía las tropas del duque de Guisa, aguardando su reunion con las del papa, que debian venir de la Marca de Ancona. Cuando el duque de Guisa creyó que debian estar en marcha, se movió hácia el Abruzzo, pasó el Tronto y cayó sobre la plaza de Civitella, que no pudo tomar á pesar de sus asaltos. Sabedor el duque de Alba del movimiento del de Guisa, salió de Nápoles con 22,000 hombres para socorrer á Civitella, sin que en esta marcha ocurriese mas novedad que una fuerte y sangrienta escaramuza entre dos partidas de reconocimiento, quedando derrotado el conde Paliano, que en seguida se retiró á Ascoli, cuyo camino tomó asimismo el duque de Guisa, retirándose de sobre Civitella á la aproximacion del de Alba, que le era superior en fuerzas.

Tomaba la guerra un aspecto muy poco formidable, siendo de notar la poca fuerza de los ejércitos beligerantes. Se quejaba el duque de Guisa del pontífice por no habérsele reunido las tropas que debian venir de Ancona. Comenzaba á arrepentirse el papa de ha-

ber llevado las cosas á este extremo. Avanzaba hácia Roma el duque de Alba, superior en fuerzas á los dos: mas tal vez no estaba satisfecho ni tranquilo enteramente en su conciencia, guerreando contra el papa. De todos modos, siguió al alcance del duque de Guisa cuando este se retiró de Civitella, pasó el Tronto, se apoderó de Azcarranos de Maligno, saqueando y arrasando á Roca de Muro, que quiso hacerle resistencia.

Aterrada Roma con este movimiento del duque de Alba, llamó el papa á toda prisa al general francés, y juntó además tres mil esguízaros para la defensa de la plaza. El duque de Guisa se dirigió con sus tropas á Spoleto, y pasando el Tíber se situó en Monte-Rotondo. Siguió su movimiento el de Alba y se encontró en la campiña de Roma; mas el general francés no salió á su encuentro, lo que prueba que era el primero en extremo superior en fuerzas. En toda aquella campaña no hubo ninguna batalla campal ni decisiva. Se trabaron combates parciales casi á la vista de Roma; mas el de Alba avanzaba sin que su contrario se le mostrase al frente. El 27 de agosto del año de 1557 llegó casi á los mismos muros de Roma con las escalas preparadas ya para el asalto. Los de adentro se disponian para la defensa, cuando la noticia de la derrota que acababa de sufrir el ejército francés en San Quintin vino á acelerar el desenlace de aquel drama.

Recibió el duque de Guisa órden del rey de Francia de salir inmediatamente de Italia con su ejército y dirigirse á la frontera de los Paises-Bajos. ¿Cómo el rey se habia desprendido en aquellas circunstancias de tan hábil servidor? ¿Cómo le habia enviado á Italia con fuerzas tan inferiores á las del duque de Alba? Sin duda contó mas de lo que debia con las del pontífice y con alianzas quiméricas que no se realizaron. A excepcion del duque de Ferrara, ninguno se declaró contra Felipe, y esta alianza en lugar de ser útil al de Guisa, le obligó á destacar parte de sus tropas para protegerle contra el gobernador de Milan, que invadió su territorio. Era destino de los franceses soñar siempre con Italia, hacer expediciones en Italia, y recibir crueles desengaños en Italia.

En cuanto al pontífice, se creyó poco menos que perdido con la ausencia del de Guisa. Sus cardenales y demás consejeros le instaron y suplicaron que conjurase la tempestad que amenazaba á Roma, que la librase de la calamidad de ser otra vez tomada por asalto y entregada á todos los horrores de un saqueo. Dió oidos el pon-

tífice á ruegos tan en consonancia con sus mismas inquietudes, y pidió una conferencia para negociar al duque de Alba, quien la concedió al momento. Era la paz muy fácil de ajustar: el papa tenia miedo: en el rey como en el duque de Alba habia gran repugnancia de hacer la guerra al papa. Eran positivas y terminantes las instrucciones de Felipe para entrar en negociaciones cuando Paulo IV las pidiese, y de conceder lo que fuese compatible con el decoro de las armas y seguridad de sus estados.

Tuvo, pues, el duque de Alba una entrevista con el cardenal Carraffa, y por la mediacion de la república de Venecia y del duque de Florencia se ajustaron las paces con condiciones muy sencillas. Se separaba el papa de la liga de Francia; el duque de Alba restituia al papa todo el territorio que le habia ocupado, y además la artillería y mas pertrechos de guerra que le habia cogido. Jamás un vencedor habia sacado menos fruto de sus triunfos. Estaba arruinado el pontífice en vísperas de un gran desastre, y tuvo la felicidad de tratar de igual á igual con un enemigo sumamente generoso.

Fué recibida en Roma la noticia de la paz con grandísima alegría, celebrada con todo género de regocijos públicos. Concedió el papa un jubileo plenísimo. Hizo su entrada el duque de Alba en Roma con la mayor magnificencia. Besó el pié al papa; le pidió perdon de los yerros cometidos en la guerra, y á nombre del rey su amo se manifestó con reverencia hijo humilde de la Iglesia. El pontífice recibió al de Alba con mucho amor y cortesía; le hizo muchas honras, le sentó á su mesa y le echó su bendicion, con lo que, y el presente de la rosa de oro enviado por el papa á la duquesa, se volvió muy satisfecho á Nápoles el general español, seguido de su ejército. Algunos dicen que el duque de Alba no adoptaba los sentimientos pacíficos y generosos de Felipe hácia el pontífice; que cuando le dió excusas á este en nombre de su amo por la guerra que se le habia declarado y hecho, añadió, que si él se viera en lugar del rey, en vez de las excusas que Felipe enviaba á Roma, las daria un legado del papa al rey de España en los Paises-Bajos; mas esta especie es improbable por la índole de aquellos tiempos, y sobre todo por el gran respeto y hasta terror que inspiraba Felipe á sus súbditos, comenzando por el mismo duque de Alba.

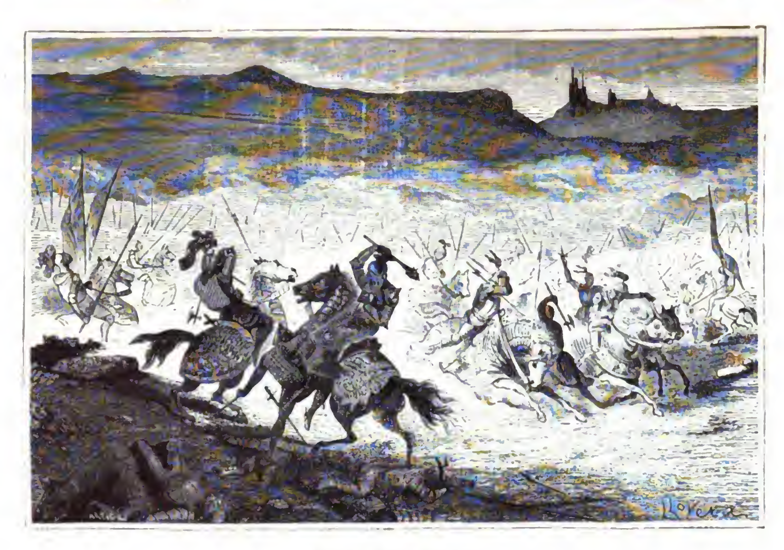
CAPITULO XVII.

Comienza la campaña entre españoles y franceses.—Batalla de San Quintin.—Toma de la plaza y otras varias por los españoles.—Toma de la de Calais por el duque de Guisa.—Batalla de Gravelinas.

Ascendian las tropas que puso en campaña el rey Felipe á cerca de 50,000 (1), mandadas, como ya se ha dicho, por Filiberto, duque de Saboya. A un poco mas de la tercera parte llegaban las de Francia que el condestable de Montmorency acaudillaba. La superioridad del número permitia al primero tomar la iniciativa, y así lo hizo entrándose por Picardía y amenazando ya á uno ya á otro de sus puntos fuertes, hasta que al fin de varias marchas y contramarchas amenazando sucesivamente á Mariemburgo, á Rocroy y á Condé y á Guisa, vino á poner sitio á la plaza de San Quintin sobre el rio Somma.

Trató el condestable de Montmorency, que se habia situado en La Fere, de socorrer la plaza. En ella habia llegado á introducirse el almirante Coligni, gobernador de la provincia, con la fuerza de 600 hombres, habiendo perdido otros tantos en la empresa. La presencia de un jefe tan experimentado en aquellas circunstancias y las acertadas disposiciones que tomó inmediatamente animaron mucho á los sitiados; mas el duque de Saboya, á cuyo campo habia ya lle-

(1) Sobre el total y la composicion de las fuerzas de los ejércitos beligerantes se observa siempre gran variedad en los historiadores. Además de los errores que en estos conjuntos influyen hay que contar con el espíritu de partido ó de nacion que disminuye y exagera. Sin embargo están todos de acuerdo en que el ejército de Felipe era superior al del rey de Francia.



BATALLA DE SAN QUINTIN.

gado el cuerpo de los 8,000 ingleses, estrechó el sitio en tales términos, que el condestable creyó necesaria la introduccion en la plaza de un cuerpo mas considerable. Con este objeto se movió de La Fere con todo su ejército para proteger la entrada de un cuerpo de 2,000 hombres á las órdenes de Autelot, hermano del almirante. Dirigió este jefe mal la operacion, y aunque logró meterse en San Quintin, no fué sin la pérdida de mas de la tercera parte de su gente. En cuanto al condestable, percibiendo que se habia acercado demasiado al ejército enemigo, trató de reparar este error retrocediendo lentamente hácia sus líneas. Mas el duque de Saboya, que advirtió su movimiento, sin desatender al sitio donde dejó parte de sus tropas con el cuerpo inglés, marchó contra el condestable, obligándole á recibir una batalla (1).

La batalla de San Quintin dimanó, pues, de una imprudencia del condestable de Montmorency, quien avanzó demasiado hácia la plaza, ó se retiró de ella demasiado lentamente. Fué para él una batalla no buscada, por consiguiente no era natural que le fuese favorable. Cargó el duque de Saboya por un lado, y el conde de Egmont por otro, ambos con caballería, sobre la caballería francesa y la pusieron en derrota. Abandonada la infantería francesa en el medio, descubierta por ambos flancos no resistió el ímpetu de las fuerzas superiores que la cargaron, y tuvo la misma suerte que la caballería.

Como se ve fué la batalla de muy pocas horas, de muy pocas maniobras, reducida á dos choques de caballería, dejando á la infantería sin ningun apoyo y descubierta. Fué completa la victoria de los españoles y la compraron con muy poca pérdida. En el ejército de Felipe se distinguieron además del general en jefe, el conde de Egmont, los dos duques de Brunswick, los condes de Mansfeld, de Horn, y de Vilayme, todos de caballería, pues á esta arma se debió principalmente lo mejor de la jornada. La mayor parte de las tropas de Felipe eran alemanas y francesas: no pasaban de 3,000 los españoles. De los franceses quedaron de 4 á 6,000 hombres en el

(1) No hay hechos de que se haga mencion mas frecuente en las historias que campañas y batallas: tampoco los hay en que se cometan mas errores, ó por ignorancia ó por mala fe del escritor, y en que los lectores queden en mas oscuridad y dudas. Si para la inteligencia de una campaña en general basta un mapa de muy buena escala y hecho con exactitud, no se puede adquirir el de una batalla sin un plano topográfico de su teatro. Nosotros seremos poco difusos en la descripcion de las batallas que tendremos por precision que mencionar, poniendo un gran cuidado en exponer con toda claridad lo poco que indiquemos. En general, el mejor modo de comprender la importancia de una batalla, es atenerse á sus resultados, pues muy pocas dejan de ser ganancia para unos, y pérdida por consiguiente para otros.



campo de batalla. Tuvieron mas de 3,000 prisioneros y entre ellos mas de 300 todos gente distinguida, entre los que se contaban el mismo condestable, su hijo, el duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, que murió de sus heridas, los duques de Montpensier y de Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés y el Rhingrave que mandaba las trópas alemanas. Perdieron además los franceses una gran porcion de banderas, cañones y todo su equipaje (1).

Tal fué la batalla de San Quintin, tan célebre en la historia. Fué corta; pero muy reñida. Los franceses empeñados en una falsa maniobra se resistieron cuanto lo permitia su mala posicion.—El duque de Saboya como entendido capitan se aprovechó hábilmente de esta circunstancia. La consternacion que esparció en Francia, sobre todo en Paris fué tan grande, que á juicio de algunos historiadores se hubiese medio despoblado esta capital con solo la presentacion de mil caballos delante de sus muros. Al saber la batalla Carlos V, preguntó si no estaba ya en Paris su hijo. Todos pensaban en efecto que el duque de Saboya avanzaria con su ejército, aprovechándose de su buena fortuna, y aun se cita hoy este rasgo de sobrada discrecion ó cobardía; pero los que así juzgan, obran mas por impresiones del momento que por dictámenes de la prudencia. Bien pudieran haber avanzado los españoles, dejando á la espalda plazas fuertes, sin hallar obstáculos por el momento; mas el ejército francés no podia menos de rehacerse y reformarse. A no tomar á Paris de un golpe de mano, hubiera tenido que retroceder, y todos estos pasos retrógrados van siempre acompañados de desastres. El emperador podia recordar los que él mismo habia experimentado al retirarse de Marsella, de Metz y aun de Paris, pues habia llegado á dos leguas de distancia.

No se leen en la historia mas que desgracias, desastres y todo género de calamidades, que siguen tan frecuentemente á estas invasiones imprudentes. No escasean los ejemplos en las guerras que nosotros mismos hemos visto. Para valerme de las expresiones de un historiador de aquel tiempo, refiriéndose á la expedicion de Mar–

(1) Dicen algunos historiadores, entre otros Leti, lib. 12, que durante la batalla estuvo el rey Felipe en oracion en medio de los frailes de San Francisco rogando á Dios por el buen resultado de sus armas Los historiadores españoles omiten esta circunstancia, que no hubiesen dejado de indicar, aunque no fuese mas que por lo que redundaba en los sentimientos de cristiandad y de religiosidad que animaban tanto á don Felipe. Sin duda fué invencion de algun autor satírico, mas con objeto de ridiculizar al rey que de darle opinion de devoto y religioso.

sella, se entra, dice, en el pais invadido comiendo faisanes, y se sale apelando á las raices que á veces escasean.

De todos modos el ejército español sin seguir el alcance del francés, revolvió sobre la plaza de San Quintin, que fué tomada al fin por asalto en 26 de agosto, y saqueada, habiendo sido pasada á cuchillo una gran parte de la guarnicion y vecindario. Quedaron prisioneros el almirante Coligni, su hermano Andelot, y algunos otros jefes de importancia.

Vino el rey de España al campo de San Quintin despues de la batalla, y asistió á la toma de la plaza, haciendo intervenir su autoridad para que se considerase á los prisioneros. Con el general en jefe, duque de Saboya, se mostró muy fino y reconocido, recibiéndole en sus brazos, en el acto de arrodillarse para besar su mano. Igualmente se condujo con grande cortesía hácia los jefes y oficiales del ejército. Era inaugurar de un modo brillante su reinado en esta guerra contra los franceses, aunque no le cupiese personalmente ninguna parte de los lauros.

El general en jefe se apoderó en seguida de las plazas de Chatelet, Ham y Noyon, retirándose despues á cuarteles de invierno, pues la mala estacion se iba ya acercando.

Trató el rey de Francia de reparar con la mayor actividad la gran derrota de sus armas: envió á buscar 12,000 esguízaros y 8,000 alemanes: dió órden, como hemos visto, al duque de Guisa, para que se retirase de Italia con sus tropas, y renovó sus instancias á Soliman, para que enviase al año siguiente su armada sobre Nápoles. Tambien le propuso que le hiciese un préstamo considerable, mas á esto se opuso el gran señor, alegando que su religion se lo vedaba.

Fué recibido el duque de Guisa á su regreso de Italia, como un ángel tutelar que venia á sacar al pais de un gran conflicto. Aumentó prodigiosamente el desastre de San Quintin su gran reputacion, y desde entonces fué su crédito preponderante. Nombrado por el rey Enrique, lugarteniente general de sus ejércitos, se aplicó con gran actividad á la organizacion de las tropas, tanto francesas como extrañas, conduciéndose en todo como hábil guerrero, digno de su fama. En el corazon del invierno, cuando todo se hallaba en inaccion, concibió el proyecto de poner sitio á la plaza de Calais, defendida por dos castillos que hacian su entrada muy difícil, y por un terreno pantanoso, en aquella estacion intransitable. Mas estas

defensas materiales hacian que la guarnicion fuese muy escasa, y que se hiciese el servicio de la plaza con descuido por lo mismo que parecia imposible toda empresa de tomarla. Se aprovechó hábilmente el duque de Guisa de esta misma circunstancia: cubrió su expedicion con el velo del secreto, haciendo creer que se movia en direccion muy diferente: atravesó con toda la rapidez posible el terreno pantanoso que le separaba de Calais y llegó á sus muros antes que se tuviese noticia de su movimiento. Cuando pensó el gobernador en la defensa, ya se habia apoderado Guisa por sorpresa de sus dos castillos. La resistencia fué muy corta y los franceses entraron triunfantes en Calais sin que en el ejército español se supiese nada de aquel sitio.

Hacia mas de 200 años qne los ingleses se habian apoderado de la plaza francesa de Calais, despues de un sitio muy reñido y célebre, puesto en persona por el rey Eduardo III. Se consideraba su posesion como una cosa que no tenia precio, como una de las primeras joyas de la corona de sus reyes. Fué su pérdida como un trueno para Inglaterra, y los enemigos de la alianza con Felipe pusieron sus gritos en el cielo. Para la reina María, fué objeto de tan amarga pesadumbre, que solia decir que si la abrian despues de muerta, hallarian dentro de su corazon la plaza de Calais, á cuya pérdida atribuyen algunos la causa de su muerte.

Cuanto mas sentida fué la pérdida de Calais por los ingleses, mas subió de punto la fama del duque de Guisa que la habia tomado. Por su actividad y energía, recuperó el ejército francés su fuerza moral, perdida en San Quintin, y pasó de la defensiva á la ofensiva. A la toma de Calais, se siguió la de Guines y de Haines, plazas que tambien ocupaban los ingleses. En lo mas recio del invierno, embistió el duque de Nevers la plaza de Evremont en la Champaña que tuvo que rendirse á discrecion despues de haber sido reducida casi á cenizas por su artillería. A la primavera del siguiente año de 1558, se presentó el duque de Guisa á la cabeza de 20,000 hombres delante de la plaza de Thionville que con sesenta cañones batió furiosamente. Habiéndose hecho una brecha considerable de resultas de la caida de un torreon, dieron los franceses el asalto, que fué bizarramente repelido por Juan Gaitan á la cabeza de 400 españoles y walones que habian entrado en la plaza de refuerzo. Siguieron estos el alcance hasta clavar algunas piezas de artillería de los sitiadores; mas no impidió esto que el

duque de Guisa estrechase el asedio y tomase la plaza por asalto, salvándose tan solo de la guarnicion seiscientos hombres. Al mismo tiempo que el duque de Guisa tomaba aquella plaza, envió mil caballos para que se apoderasen de Luxemburgo; mas fueron rechazados.

Para evitar que el rey de España reforzase su ejército con levas en los Paises-Bajos, se mandó al mariscal Termes con 12,000 infantes y 7,000 caballos con direccion á Flandes por el lado de Calais, dándosele órdenes para tomar á Gravelinas; mas no pudo ejecutarlo por la fortaleza de la plaza, y pasó adelante hácia Dunkerque, donde entró á saco, lo mismo que en Newport, destruyendo y talando el pais de las inmediaciones. Sabedor el rey Felipe de la incursion, envió al conde de Egmond, general de la caballería flamenca, con la española y varios regimientos de infantería, así españoles como walones, á cortar la retirada á los franceses. Lo consiguió en efecto el conde de Egmont; situándose junto á Gravelinas á la embocadura del Ha, obligó á Termes á dar una batalla. Se trabó en efecto la pelea, y al primer disparo de la artillería francesa mandó Egmont acometer á los suyos, lo que ejecutaron con denuedo. Los navíos que se hallaban en el puerto, ingleses segun unos, vizcainos segun otros, hicieron disparos de artillería contra los franceses causándoles gran daño. Al fin tuvieron que ceder terreno, y poco á poco se vieron en total derrota. Contribuyeron á aumentar su desastre, los paisanos irritados con los destrozos que habian hecho los franceses y deseosos de venganza. Quedó Termes herido y prisionero, y la mayor parte de los franceses ahogados en el rio. Solo se salvaron 300 caballos, habiendo perdido infantería, artillería, banderas, estandartes, bagajes y cuanto habian robado.

Fué esta victoria de Gravelinas el último hecho de armas de importancia que tuvo lugar en esta campaña y este teatro por entonces de la guerra. Habia aumentado Felipe su ejército con refuerzos recibidos de España y otras partes. Se presentó con los primeros Rui Gomez Silva acompañado del duque de Arcos, del de Villahermosa, el duque de Frocavila, el marqués de Aguilar, el del Valle, el de Corres, los condes de Jeria, Alba, de Olivares, Berlanga, las Navas, de Chinchon, de Buendía, de Aguilar, de Fuen-Salida y otros varios caballeros tanto españoles como napolitanos: tambien habia reforzado su ejército el rey de Francia con toda actividad; mas cuando se creia que por esta circunstancia iba á to-

mar la guerra un carácter aun mas serio, se pensaba y hablaba de negociaciones. Sin duda no se atrevió ninguno de los dos monarcas á correr los riesgos de un choque mas pronunciado y decisivo. El papa Paulo IV que habia tomado una parte tan activa en la contienda, fué de los prncipales promotores de la reconciliacion, á la que ayudaron otros personajes, no siendo el de menos peso el condestable de Montmorency que habia sido prisionero en San Quintin, y puesto en libertad bajo su palabra. Comenzaron las negociaciones para la paz en 15 de octubre del mismo año en la abadía de Cercamp, concurriendo por parte de Felipe, el duque de Alba, el príncipe de Orange, Rui Gomez de Silva, el obispo de Arras, y Viglio Zuchieno; y por la del rey Enrique el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés, el obispo de Orleans y Claudio de Aubepine. Presidia estas reuniones la duquesa de Lorena, siendo uno de los preliminares la suspension de hostilidades.

1558. Concluyó de este modo la guerra por aquella parte. Las hostilidades que habia provocado en otros fueron de mucha menos importancia. Con motivo de la invasion que amenazaba por parte de los turcos, se habian preparado y puesto en estado de defensa los puertos del reino de Nápoles, Sicilia, la Toscana y Génova. A principios de julio de aquel año pasó efectivamente el estrecho de Mesina el capitan-bajá Piali con ciento y treinta galeras, cincuenta y cinco del gran señor y las demás de los corsarios berberiscos. Desembarcó Piali en Maza y Sorrento, llevándose consigo mas de mil quinientas personas de toda condicion y sexo: pasó despues á la isla de Prochita cuyos edificios incendió; mas sin atreverse á nuevos desembarcos en la costa de Nápoles, llegó á Terracina, donde hizo saber que nada tenian que temer de él las costas de los estados de la Iglesia. Tampoco se atrevió á desembarcar en las playas de Toscana, y se dirigió á Córcega, donde creyó hallar al mariscal de Brissac, general de la escuadra francesa, para caer despues juntos sobre Savona ó Niza; mas viendo frustrada su esperanza, se dirigió á Menorca, donde á pesar de la valerosa resistencia de la guarnicion, compuesta de unos cuatrocientos hombres, entró á viva fuerza en el puerto de Mahon, que saqueó y quemó, pasando á sus defensores á cuchillo. Aquí terminó la campaña marítima de los turcos, pues no habiendo encontrado en Marsella al mariscal de Brissac, sin nada de lo que esperaban, tomaron la vuelta de Constantinopla.

A poco despues de concluida la paz con el pontífice, se habia vuelto el duque de Alba á Flandes, y en efecto ya le hemos visto como uno de los comisionados del rey en las conferencias de Cercamp. Envió Felipe II de gobernador de Milan al duque de Sesa, y virey de Nápoles al duque de Alcalá. Los turcos no volvieron á parecer por entonces en aquellas costas. Las hostilidades que tuvieron lugar entre españoles y franceses en las fronteras del Piamonte y Lombardía, no produjeron ni batalla ni sitio de importancia. Se redujeron á correrías, á ataques de puestos, á escaramuzas parciales, á los lances comunes que producen luchas entre fuerzas poco considerables que no están llamadas á decidir la suerte de una guerra. Se debatia la cuestion en las fronteras de los Paises-Bajos: allí comenzó y allí debia ser su término.

CAPITULO XVIII.

Muerte del emperador Carlos V.—Su carácter.

Mientras tocaba á su término una guerra, que en cierto modo habia legado á Felipe II, su padre Carlos V, llegó al suyo la existencia de este gran personaje, que aun en la oscuridad de su retiro, no dejaba de atraer las miradas de la Europa. Le hemos dejado en ella abstraido de cuantas atenciones, negocios y cuidados le ocupaban en el mundo; desprendido sin dar ningunas muestras de pesar, de todas sus pompas y grandeza, dividiendo el tiempo entre recreaciones inocentes y sus grandes devociones, siendo estas sin duda el negocio principal de su existencia. Con el tiempo fueron las últimas las que casi le absorbieron. Creció su asistencia al coro, el número de sus ejercicios espirituales y tambien la austeridad que reinaba en todos los actos de su vida. Los historiadores nos hablan de sus mortificaciones, de sus ayunos, de la sangre en que estaban teñidas las disciplinas con que se azotaba, y hasta de sus quejas porque entre las penitencias á que se entregaba, no podia contar por falta de salud, la de dormir vestido. Se hacia esta falta de salud mas notable cada dia. No era posible que dejase de aumentarse el quebranto corporal en un hombre envejecido antes de tiempo, que á tantas mortificaciones se entregaba; ni podia menos de afectarse su ánimo y su imaginacion, si se compara esta vida con sus anteriores circunstancias. Son algunos de opinion que

no estaba cabal su juicio, en el último período de su vida; y entre otras se alega, como una prueba concluyente, que el emperador se hizo celebrar en vida sus exequias. ¿Es cierto este hecho? de todos modos puede servir lo extraordinario del acto de fundamento de cualquiera hipótesis. Se dice que se verificó la ceremonia con todo el aparato y pompa fúnebre, propia de un personaje de su clase. Se tendió el emperador en un féretro con sus vestiduras reales, en medio de la iglesia, rodeado de hachas de cera, como se acostumbra en tales casos, y con la inmovilidad de un cadáver permaneció, unos dicen durante un rato, otros todo el tiempo que duraron los oficios. Era imposible que la impresion profunda de una ceremonia de esta especie dejase de influir en una máquina tan quebrantada. Así fué en efecto, y entre la apariencia y la realidad, medió muy poco intervalo de tiempo. A pocos dias de la ceremonia, se sintió enfermo el emperador, y resultó ser su mal una calentura maligna, que en lugar de aliviarse, le iba poco á poco acabando con las fuerzas. Se sintió Carlos V próximo á la muerte, y se preparó á este trance como quien le habia hecho objeto de muy serias consideraciones. Recibió los Sacramentos, y al llegar á la Extremauncion, preguntado si queria que se administrase con la ceremonia y formalidades que en la comunidad se practicaban, respondió en la afirmativa, asistiendo en consecuencia al acto todos los religiosos, que en tono lúgubre cantaban los salmos penitenciales, mientras duró la ceremonia. Al dia siguiente pidió otra vez la comunion, y habiéndole hecho presente el prior que tanta frecuencia no era necesaria, respondió que ningun preparativo estaba demás, tratándose de tan largo viaje. Recibió el viático segun sus deseos, y dijo despues del acto con fervor: «*In me manes: ego in te maneam.*» Por la noche se sintió peor, y muy próximo á la muerte: reinaba en derredor de su cama una escasa luz, y en los pocos religiosos y criados de confianza que le rodeaban, el silencio del sepulcro. Muy cerca de amanecer le rompió el emperador, diciendo: «Pocos instantes ya me restan: dadme esa vela y ese crucifijo,» en lo que fué al momento obedecido. Despues de tomar ambas cosas, y con los ojos clavados en el crucifijo, espiró á breve rato, pronunciando un ¡Jesús! con voz tan fuerte, que fué oido en las habitaciones inmediatas.

Tal fué el fin, poco menos que en la celda de un convento, de Carlos V emperador de Alemania, soberano de España, de los Pai-

ses-Bajos, de Milan, de las Dos-Sicilias, de un inmenso continente de la otra parte de los mares. Bajo el aspecto del mando y el poder fueron Carlomagno, él y Napoleon I los tres primeros personajes de la historia moderna de la Europa. No pondremos sin duda á Carlos V al lado de los otros dos en cuanto al genio creador, vasta capacidad y otras mas brillantes cualidades que los distinguieron; mas considerando el siglo ya adelantado en que vivió, y los personajes distinguidos que en su tiempo florecian, no puede menos de decirse que representó muy dignamente su papel y supo llenar su elevado puesto. Ya hemos visto que sin tener título al nombre de gran capitan, figuró noblemente al frente de sus tropas, y supo darles ejemplo de valor, de constancia y sufrimiento. Mas distinguida fué su capacidad en el manejo de los negocios, que en los campos de batalla: pocos le excedieron en prudencia, en sagacidad, en habilidad para sacar partido de las circunstancias. Enrique de Inglaterra y Francisco I, rey de Francia, que aspiraban y se dieron el título de sus rivales, le quedaron muy inferiores en esto, como en otras muchas dotes de gobierno. Su ambicion fué grande, mas no ciega; y aunque no se puede decir que fué siempre muy escrupuloso en los medios, se mostró en esto mucho mas mirado que muchos otros príncipes, tenidos por astutos ó sagaces. De carácter despótico, y criado en los principios del absolutismo, supo muchas veces cubrir su dureza, bajo formas apacibles y hasta populares. El lector ha visto que se mostró mas prudente y circunspecto en la primera mitad de su reinado que en la última. Cuando su primera presentacion en Italia, vencedor de Francisco I, adoptó el lenguaje y la conducta de un hombre moderado, á quien no desvanecia su fortuna. Cuando volvió á ella, despues de su victoria en Túnez, se le vió arrogante y hasta jactancioso, acusando al rey de Francia en pleno consistorio y desafiándole á combate singular, en caso que prefiriese este medio de terminar sus disensiones. En 1530, indujo á los electores á nombrar por rey de los romanos á su hermano, cediéndole, para que sostuviera su nueva dignidad, sus estados hereditarios de Austria. Ninguna resolucion parecia mas prudente que dividir la herencia inmensa que le habia cabido en suerte, como sin duda lo conoció por experiencia. Sin embargo le vemos andando el tiempo, trabajar, afanarse y hasta descender á súplicas, para que este mismo hermano renunciase sus derechos á la corona imperial, en favor de su hijo, que tenia ya tres años de

edad cuando la cesion ya dicha. Con los comuneros vencidos fué algo indulgente; duro y hasta inflexible con los protestantes, que en virtud de su victoria de Muhlberg, creyó para siempre destruidos. Fué su odio á estos sectarios siempre sincero, algunas veces disfrazado con capa de moderacion, en ninguna circunstancia desmentido. Segun su propia confesion, no tenia idea de ninguno de los puntos que daban pábulo á tan encarnizada controversia; y en sus conversaciones con los monjes de Yuste, declaró que jamás habia consentido que se disputase en su presencia, por temor de alguna duda que su fe debilitase. El mismo confesaba que sabia poca gramática, y que sus parientes le habian sacado demasiado pronto de sus estudios para entrarle en los negocios. Es extraño que este emperador, que segun los historiadores fué el primero de Alemania, que desde algunos siglos no sabia latin, hubiese aprendido casi todas las lenguas vivas de Europa, hasta el punto de dirigirse en su lengua nativa á los de diferentes naciones que servian en su ejército; prueba de que su gran maestro fué el mundo y no los colegios ni los libros. Tambien se mostró en dichas conversaciones pesaroso de haber respetado el salvoconducto dado á Lutero para su presentacion en Worms, alegando que ninguna fe ni palabra se debia guardar á los herejes, y que si podia perdonar á un hombre sus faltas y delitos contra otro hombre, de ningun modo los cometidos contra el cielo. Mas tal era la lógica y el modo de ver las cosas en aquellos tiempos; tales las ideas recibidas en el público y adoptadas por los historiadores que ponen estas palabras en boca de Carlos V, como títulos de elogio, y celebran como virtudes su espíritu perseguidor, y el celo con que aun desde el retiro de Yuste excitaba á los inquisidores de España á que fuesen adelante sin intermision ni indulgencia en su trabajo.

Con este motivo añadiremos que segun opiniones modernamente recibidas, se ocupaba mas en asuntos de gobierno que en los relativos á la Inquisicion, aconsejando y hasta dictando providencias en materias importantes de estado.

Terminaremos este bosquejo de Carlos V, diciendo que fué bastante moderado en sus costumbres; que no mostró en su vida privada, ni los antojos ni caprichos crueles de Enrique de Inglaterra, ni los vicios ni desórdenes del de Francia. De dos hijos naturales que tuvo, vino uno al mundo antes de haber contraido matrimonio, y el segundo cuando ya era viudo. Pesadas, pues, todas las consi-

deraciones, y comparando las personas y las circunstancias, ningun hombre imparcial dejará de confesar que Carlos V, como príncipe, como hombre de negocios y gobierno, valió mas que ninguno de sus contemporáneos.

Carlos V dejó de su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, además de Felipe II, á la infanta doña María, casada, como hemos dicho, con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano el rey de los romanos, y á la infanta doña Juana, regenta á la sazon de España. De sus hijos naturales don Juan de Austria y doña Margarita, duquesa de Parma, habrá mas de una ocasion de hablar en adelante.

En cuanto á sus dos hermanas doña María, reina de Hungría, y doña Leonor, reina de Francia, que le habian acompañado de los Paises-Bajos á España, le siguieron ambas con muy poca interrupcion en su sepulcro.



CARLOS I.

deraciones, y comparando las personas y las circunstancias, ningun hombre imparcial dejará de confesar que Carlos V, como príncipe, como hombre de negocios y gobierno, valió mas que ninguno de sus contem[illegible]

Carlos V de[illegible] matrimonio con la princesa [illegible] gal, además [illegible] á la infanta doña María, [illegible] hemos dicho, [illegible] Maximiliano, hijo de su rey de los ro[illegible] á la infanta doña Juana, [illegible] de España. D[illegible] don Juan de Austria [illegible] garita, duqu[illegible] mas de una ocasion [illegible] adelante.

En cuanto [illegible] doña María, reina [illegible] doña Leonor [illegible] se habian [illegible] Paises-Bajos [illegible] ambas con muy [illegible] cion en su s[illegible]



CARLOS I.

CAPÍTULO XIX.

Muerte de María reina de Inglaterra.—La sucede su hermana Isabel.—Protestantismo.—Paz de Chateau-Cambressis.—Muerte de Enrique II rey de Francia.

Otra muerte ocurrió casi por aquel mismo tiempo que tuvo mucha influencia en el pais y no pequeña fuera; á saber, la de la reina María de Inglaterra, mujer de nuestro don Felipe. Habia sido esta princesa desgraciada en su juventud como envuelta en el negocio del divorcio de su madre doña Catalina de Aragon y declarada ilegítima, incapaz de suceder á la corona. Se revocó esta disposicion de su padre cuando despues de la condenacion de Ana Bolena, se consideró como bastarda la hija de este matrimonio. Las dos princesas se vieron en alternativas y vicisitudes de legitimidad y bastardía, segun las olas de las facciones que subian y se retiraban. A la muerte de Eduardo VI, estaba María poco menos que en un estado de confinamiento. Comenzó á reinar en tiempos muy difíciles; se mostró reaccionaria y perseguidora, y tanto por esto como por su matrimonio con el príncipe de España fué muy poco popular á un partido que segun se vió despues era en extremo numeroso. A esta desagradable situacion, al disgusto de considerarse odiada, á la afliccion que le causaba el desvío de su esposo por quien habia hecho tantos sacrificios, se añadió la pesadumbre de la pérdida de la importantísima plaza de Calais en una guerra que habia declarado á Francia solo por el interés de don Felipe. Todas estas causas contribuyeron á la alteracion y pérdida de una salud de suyo nada

buena, y de resultas de una hidropesía que desde un principio se tomó por embarazo, murió María en Greenwich de 43 años de edad, muy poco despues de Carlos V.

La sucedió en la corona sin ninguna oposicion su hermana la princesa Isabel, hija de Enrique y de Ana Bolena, que tambien habia sido el juguete de varias vicisitudes de fortuna. La miraba su hermana María con doble aversion como hija de una mujer por quien su madre habia sido desgraciada, y como adicta á las innovaciones religiosas de las que se mostraba la reina tan contraria. Confinada en un encierro desde su subida al trono, hubiera sido peor su condicion sin la mediacion de don Felipe, que por pura simpatía, ó quizá con otras miras, se declaró protector de la princesa desgraciada.

Por la muerte de María pasó Isabel de la prision al trono, amaestrada en la adversidad, y con bastante tino para conocer la situacion de los negocios. Se dice de esta princesa que aprovechó el tiempo de su confinamiento entregándose al estudio y á la observacion de los disturbios que desde muchos años trabajaban el pais, enlazados algunos de ellos con su propia suerte. Sea por conviccion, sea porque así lo aconsejase su política, tomó á su subida al trono un rumbo opuesto al de su hermana. Como esta se declaró jefe y protectora del partido católico, así se decidió abiertamente Isabel en favor del protestante que fué desde entonces el culto dominante del pais; y tomó el mismo carácter que su padre de jefe y cabeza de su iglesia.

Produjo la muerte de María reina de Inglaterra un cambio importante en uno de los artículos de la paz que entre Francia y España se estaba negociando. Se estipulaba en el tratado el matrimonio del príncipe don Carlos con la princesa Isabel, hija de Enrique II; mas habiendo quedado viudo el rey de España durante estas conferencias, solicitó y obtuvo que la mano de la princesa se destinase para él mismo. Las negociaciones continuaron con grande ardor; tal era el deseo de ajustar cuanto antes definitivamente este tratado. La nueva reina Isabel envió sus plenipotenciarios al congreso.

Dicen algunos historiadores, y puede creerse, que Felipe II trató de negociar la mano de esta princesa para Filiberto duque de Saboya y en seguida para él mismo. Sin duda estaba celoso de la gran preponderancia que iba la Francia á adquirir en aquel pais por el matrimonio del Delfin con María Estuardo reina de Escocia y que ale-

gaba derechos á la sucesion de Inglaterra por la ilegitimidad alegada de la nueva reina (1). Lo cierto es que para manifestar mejor este derecho, habia unido á sus armas las de Inglaterra, lo que ofendió muchísimo á su reina. Mas á pesar del cebo de una proteccion tan poderosa como la del rey de España, tenia esta princesa muy diversas miras y eludió su oferta con plausibles pretextos, alegando sobre todo vínculos de parentesco, lo que fué principio del odio que la profesó toda su vida el rey de España, quien desairado en esta pretension, adoptó la sustitucion que hemos ya indicado.

Se publicó por fin la paz ajustada en Chateau-Cambressis el 5 abril de 1559. Fueron sus artículos principales: la renuncia del rey de Francia á la alianza de los turcos y protestantes: su union con los príncipes católicos, favoreciendo de consuno con ellos la conclusion del Concilio de Trento: su restitucion al duque de Saboya de todo lo que le habia tomado en el Piamonte, á excepcion de cuatro plazas en que habia de establecerse guarnicion, hasta que dentro de tres años se decidiese jurídicamente á quién correspondia aquel estado: su restitucion asimismo á los genoveses de la isla de Córcega y su evacuacion de las plazas de Toscana: los reyes de Francia y de España debian de restituirse mútuamente todo lo que durante la guerra se habian ocupado en la frontera de los Paises-Bajos.

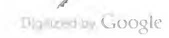
En cuanto á la plaza de Calais se estipuló que quedase en poder del rey de Francia, dando á la reina Isabel ocho años de término para rescatarla por una suma de dinero, y pasado cuyo término quedaba sin ningun derecho á ella.

Las tres plazas ú obispados, como entonces se llamaban, de Metz, Toul y Verdun, quedaron desde entonces incorporados á la corona de Francia, no habiendo asistido al congreso ningun plenipotenciario por parte del imperio que las reclamase.

Además del matrimonio estipulado en el convenio del rey de España con Isabel, hija de Enrique, y con el dote de 400,000 florines, se ajustó el de Filiberto, duque de Saboya, con Margarita, hermana del mismo rey de Francia, con el de 300,000.

Fueron enviados por el rey don Felipe de Bruselas á Paris, con el objeto de que el de Francia firmase el tratado de paz, el duque de

(1) Para comprender esto mejor, téngase presente que una hermana de Enrique VIII rey de Inglaterra fué reina de Escocia, mujer de Jacobo IV, y abuela de María Estuardo. Así alegaba esta sus derechos á la corona de Inglaterra apoyados en la bastardía de Isabel, del mismo que Juana Gray descendiente de otra hermana de Enrique VIII habia fundado sus pretensiones en la ilegitimidad de Isabel y de María.



Alba, el príncipe de Melito, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, llevando además comision de cumplimentar á la reina de Francia y á las princesas prometidas esposas del rey y del duque de Saboya. Por la parte del rey de Francia fueron á Bruselas con el mismo objeto el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa.

Fué celebrado este tratado de paz tanto en Brselas como en Paris con muchos regocijos. En esta última capital se agregaron á ellos las fiestas magníficas que se dispusieron con motivo del matrimonio de la princesa Isabel de Francia con el rey de España, haciendo las veces el duque de Alba en la ceremonia que tuvo lugar el 24 de junio en la catedral de Nuestra Señora, á que asistieron el rey y la reina con toda la grandeza. Mas estas fiestas terminaron de un modo lastimoso y trágico, habiendo sido herido mortalmente el rey de Francia en un torneo justando con el conde de Montgomery, capitan de sus guardias, de cuyas resultas murió dentro de muy breves dias.

Fué la muerte de este rey una verdadera calamidad para el pais en aquellas circunstancias. Aunque no hombre de gran mérito (1), conocia los negocios, habia hecho la guerra y se hallaba en la fuerza de su edad, mientras el heredero que dejaba, jóven de diez y seis años, era tan débil de cuerpo como de ánimo, el menos á propósito para coger lar riendas del estado en aquellas circunstancias. Sus otros hermanos eran niños todavía, y su madre, la famosa Catalina de Médicis, por sus intrigas y por su misma astucia y política torcida se hallaba mas en estado de aumentar y fomentar, que de aplacar los disturbios que amenazaban á la Francia. Una porcion de personajes, entre quienes se contaban príncipes de la sangre, habian abrazado el calvinismo quizá por conviccion, mas tambien por odio á los Guisas, que pasaban por dominantes en la corte. Se contaban entre los religionarios el rey titular de Navarra Antonio de Borbon, su hermano el príncipe de Condé, el almirante Coligni, su hermano Andelot y otros varios personajes. En las provincias del Mediodia sobre todo contaban con muchas ciudades y fieles adhe-

(1) Ocupa este príncipe en la historia un puesto muy inferior al de su padre. Con sus estados heredó su pasion por Diana de Poitiers, creada duquesa de Valentinois, que á los 60 años tenia la habilidad de fascinar á Enrique. Fué muy grande el crédito ó influência que ejerció esta dama en la corte y negocios mas graves del Estado. De ella se valió como de su agente poderoso el cardenal Carraffa, sobrino del papa Paulo IV, para inducir al rey á infringir la tregua que habia ajustado con Felipe.

rentes. La misma corte estaba dividida entre la faccion de los Montmorency y de los Guisas, distinguiéndose estos últimos por su mayor ambicion, mayor capacidad y mas audacia. Era sin disputa el duque de Guisa el que gozaba de mas gloria prsonal en Francia. Muy cercano estaba el dia en que los celos, las animosidades, la ambicion y la intolerancia religiosa iban á encender en el pais el fuego de la guerra civil que tardó mucho mas de un cuarto de siglo en apagarse. Ya veremos lo que con estos acontecimientos está mezclada la historia, si no precisamente de España, al menos de nuestro don Felipe.

CAPITULO XX.

SUMARIO.

Trata Felipe II de restituirse á España.—Estado de los Paises-Bajos.—Bosquejo de su historia durante su posesion por los duques de Borgoña.—Por los príncipes de la casa de Austria.—Disposiciones de Felipe.—Ereccion de nuevos obispados.—Nombramiento de gobernadora de los Paises-Bajos.—De gobernadores de las diferentes provincias.—Se embarca el rey y llega á España.

Mientras tanto (1559) se hallaba impaciente este monarca de volver á España, pais de su nacimiento, de su educacion, de su predileccion, y del que se hallaba ausente desde 1554. Solo la necesidad de atender á los negocios de la guerra le habia detenido en Flandes despues que se puso en posesion de los vastos estados de su padre, por lo que inmediatamente que vió ajustada la paz y celebrado su matrimonio por poder, no pensó mas que en ejecutar su proyecto favorito.

Mas si su inclinacion, el estado de los negocios de España y los ruegos de la regente su hermana le llamaban otra vez á este pais, no debia de mirar sin gran cuidado, sin sérias inquietudes el estado en que Flandes se encontraba. Exige el órden cronológico y la naturaleza de esta obra que antes de pasar adelante fijemos los ojos en un pais que representa uno de los primeros papeles en la historia de Felipe II, como que formaba una parte importante de su monarquía, y fué teatro de los mas grandes acontecimientos que ocur-

rieron durante su reinado. Bajo el aspecto de la localidad, bajo el de su índole, de sus instituciones, de sus convulsiones políticas, de sus guerras formales, es digno este pais de las indagaciones del historiador, de las meditaciones del filósofo. Allí se desarrolló la industria de un modo prodigioso, y florecieron las primeras plazas y emporios del comercio del mundo: allí lucharon del modo mas encarnizado los principios opuestos en religion y en política: allí lucieron su habilidad y genio los primeros y mas esclarecidos capitanes de aquel siglo, tan fecundo en campos de batalla.

La region llamada entonces Paises-Bajos y tambien Flandes, del nombre de una de sus principales provincias, comprendia con alguna diferencia los dos reinos que hoy se denominan Bélgica y Holanda. Formaban los belgas parte de la Galia, segun la descripcion que nos ha dejado de ella Julio César, y se lee repetidas veces su nombre en la descripcion de las guerras que hizo en este pais por espacio de diez años. Tambien el nombre de los Batavos, de los Frisones, provincias de los Paises-Bajos, son conocidos y se hallan enlazados con las conquistas de los romanos en las provincias del Rhin, y las partes de la Germania con este rio confinantes. Cuando la irrupcion de los bárbaros del Norte y trastorno del imperio romano de Occidente, se perdió su nombre y desapareció su historia como la de una infinidad de estados que en la confusion de tantas transmigraciones quedaron como envueltos. Sin duda hicieron parte los Paises-Bajos del imperio colosal que fundó con las armas Carlomagno. Desde los siglos que se llaman la Edad media se les ve aparecer en la historia con los nombres que tienen en el dia, regidos por distintos príncipes de mas ó menos poderío, y que tomaban parte en los diversos negocios públicos de aquellos tiempos. Se ven algunos de ellos figurando en el teatro de las cruzadas, y los mas próximos á Francia entraron á veces en relaciones de alianza y de enlaces matrimoniales con sus príncipes. Por matrimonios, por cesiones, por compras, por otros contratos semejantes se incorporaron la mayor parte de estas provincias desde principios del siglo XV en los estados de los duques de Borgoña. Aumentaron Felipe el Bueno y su hijo Carlos el Temerario estas nuevas posesiones, y con la adquisicion de provincias tan ricas se hizo dicha casa una de las primeras y mas opulentas de la Europa. A mas engrandecimiento aspiraba el duque Carlos, á quien sus guerras y empresas dieron el título de Temerario. Sin duda no hubiese tardado mucho en cam-

biar por el de rey su título de duque, si la muerte en los campos de Nancy no hubiese puesto fin á sus proyectos.

Desearon varios príncipes la mano de su única hija y heredera que dejaba. La obtuvo Maximiliano de Austria, hijo del emperador de Alemania Federico III, y por este matrimonio pasaron con el tiempo los Paises-Bajos al poder de España.

Parecia natural que Luis XI, rey de Francia, solicitase para su hijo la mano de la heredera de Borgoña, mas prefirió apelar á las armas para incorporar este ducado á la corona de Francia, con el pretexto de que era un feudo que no podia recaer mas que en varones. Tambien se apoderó del Artois y de la Flandes francesa, y aunque Maximiliano las recuperó, de resultas de su victoria en Guinegate, se cedieron otra vez á Francia, como dote de la princesa Margarita, hija de Maximiliano y de María, prometida esposa del Delfin, hijo de Luis XI. Mas este príncipe, que fué el rey Carlos VIII, repudió la princesa para casarse con la heredera de Bretaña, y restituyó dichas provincias. Ya hemos visto tratando del emperador Carlos V, que reclamaba como suyo el ducado de Borgoña, como parte de la herencia de su abuela María, y que su cesion fué uno de los artículos del tratado de Madrid que no tuvieron cumplimiento. El ducado de Borgoña habia sido incorporado á la Francia ya de muy antiguo; mas el rey Juan hizo de este pais un infantazgo para uno de sus hijos, de quien los nuevos duques descendian.

Las provincias de los Paises-Bajos reconocian un señor comun, mas no componian un estado. Cada una de ellas tenia un gobierno particular, instituciones y privilegios diferentes, segun los príncipes que los habian dominado, y las diversas causas que en el otorgamiento habian influido. Diferentes en organizacion, lo eran asimismo en índole. Las mas se miraban con rivalidad, como sucede casi siempre á todos los pueblos franterizos. El señorío de todas era hereditario, mas nunca prestaban juramento de obediencia al sucesor, hasta que juraba este por su parte conservar y respetar sus privilegios.

De muy antiguo se habian distinguido estas provincias por su laboriosidad y por su industria. Como las marítimas ocupan una costa frecuentemente inundada por el mar, sugirió á sus habitantes la necesidad, el recurso de poner freno á este elemento, por medio de diques y canales, disputándole así su territorio.—Con esto se

hicieron diestros marinos, atrevidos navegantes. Los varios rios que atraviesan su pais, y le enlazan con Francia y Alemania, les ofrecian la ventaja de combinar el comercio interior con el marítimo; y la fertilidad de algunas de su provincias, al proporcionarles tráfico seguro con la exportacion de sus productos, influia notablemente en los progresos de la agricultura. Con el trabajo y la paz no interrumpida, de que disfrutaban, llegó á florecer en el pais todo género de industria. Con el comercio prosperaron las artes, y con ellas las manufacturas. En los Paises-Bajos, se elaboraban los artículos de mas lujo, en vestidos, muebles y sobre todo armas que se usaban en aquello tiempos. Brujas, Gante, Malinas, Bruselas y especialmente Amberes, llegaron á ser las principales plazas de comercio, En ellas tenian factorías las naciones mas comerciantes de la Europa, y sobre todo Amberes se consideraba como el punto de comunicacion, entre los productos del Mediodia y los del Norte. Era prodigioso el número de buques mercantes que entraban y salian de su puerto: frecuentaban el Báltico, las costas de Inglaterra, las del Mediodia, las escalas de Levante. A principios del siglo XVI era Amberes la primera plaza de Europa, el almacen general de casi todas las producciones, el sitio á donde concurrian los primeros negociantes de la tierra, la salida de todos los frutos del pais y de todo el Norte, y partes interiores de Alemania. El descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, que causó tanto detrimento al comercio de Venecia y escalas de Levante, dió nuevas creces al de Amberes.

La riqueza que es el fruto de la industria no podia menos de ser el patrimonio de los Paises-Bajos: en el mismo sentido creció el número de sus habitantes, de sus poblaciones. Ningun pais de Europa encerraba en un mismo espacio igual número de pueblos considerables, de plazas fuertes, de monumentos de la industria. Todas las artes de lujo y de magnificencia que siguen la adquisicion de la riqueza, todas las que la proporcionan y fomentan, tenian su asiento en los Paises-Bajos. Lo que era la Italia en los siglos XIII, XIV y mitad del XV, con respecto á los demas pueblos de la Europa, lo fueron los estados de Flandes en la segunda mitad de este último siglo y principios del siguiente. La tapicería, la relojería, el arte de pintar en vidrio, los tejidos de las ricas telas de seda, plata y oro; la tipografía, la arquitectura, la pintura, las artes que mas llaman en Italia, habian formado tambien su escuela en los Paises-Bajos.

Eran demasiado positivas las ventajas debidas á esta industria y opulencia, para que desconociesen su valor los príncipes que aquellos estados gobernaban. Era imposible que fuesen avaros de concesiones y privilegios, hácia pueblos que tantos recursos les proporcionaban en sus guerras y otros apuros de la misma especie. En la adquisicion de los Paises-Bajos, tenian los duques de Borgoña una mina de poder y de riqueza, y su pabellon era respetado y temido en todos los pueblos de la Europa. No debian, pues, de pensar en el despojo de privilegios y de libertades que son el alma de la industria, tratándose de los que al abrigo de ella prosperaban. Por su parte los pueblos que conocian el valor de lo que daban eran celosos de la retribucion, y no perdonaban medios para tener en ejercicio sus derechos. En uso estaban de resistir los caprichos de sus príncipes, y habérselas con los mas dominantes é imperiosos. No pudo amoldarlos á su albedrío el mismo Carlos el Temerario, á quien todo se humillaba. Del lado mismo de su hija María, arrancaron en cierta ocasion á favoritos y consejeros, que pasaban por abusar de su confianza. A su esposo, el príncipe Maximiliano, se le resistieron una vez abiertamente, y le hicieron salir de sus estados, por no querer darle la regencia del pais en nombre de su hijo á la muerte de María.

Fué demasiado corta la vida de Felipe el Hermoso, para formar época en la historia de los Paises-Bajos. En su hijo Carlos V, concurrieron opuestas circunstancias.

Bajo la dominacion de los duques de Borgoña, eran los Paises-Bajos la parte principal de sus estados. Cuando subió Carlos al poder, precisamente debieron de decaer de su importancia política, reducidos á una provincia pequeña de una vasta monarquía. Absoluto el emperador con muy escasas cortapisas en España, Nápoles y los demas que poseia en Italia, no era natural que mirase con predileccion los privilegios y constituciones de los Paises-Bajos. En otras partes era rey y monarca: aquí tan solo señor y el primero de sus ciudadanos. En lugar pues de concentrar su atencion en Flandes, miró naturalmente este pais como mero instrumento de ambicion y engrandecimiento en otros puntos. Conocieron muy bien los flamencos su nueva posicion, y por lo mismo que podia mucho su señor, tuvieron despierta á todas horas su atencion y suspicacia. No atentó abiertamente el emperador á sus derechos y constitucion; mas tampoco mostró mucho que las miraba con respeto. En algu-

nas dependencias públicas introdujo extranjeros que no podian tener mas intereses que los del soberano que los empleaba. Tampoco faltaron soldados imperiales en muchas de sus plazas fuertes. No era tampoco muy parco el emperador en pedir los subsidios de que siempre estaba tan necesitado, y que despues de negativas y siempre con grande repugnancia, eran concedidos al fin con el temor de perder sus privilegios. Mas era demasiado prudente y astuto Carlos V para despojarlos de lo que hacia su prosperidad, privándose á sí mismos de la parte á que se llamaba de los frutos de su industria.

Se hallaban las cosas bajo este pié cuando las innovaciones en materias religiosas prepararon en Flandes las calamidades y guerras civiles de que por mas de la cuarta parte de un siglo fué teatro.

No tuvo nacimiento en los Paises-Bajos ni herejía, ni secta alguna de los que se llamaban reformados. Mas en una region tan relacionada por intereses de comercio con Alemania, Francia y Suiza, penetraron fácilmente las nuevas opiniones. Entre los innumerables extranjeros que acudian y habitaban en Amberes, todas las sectas entonces conocidas con el nombre de luteranos, calvinistas, zuinglianos, anabaptistas, etc., contaban con muchos partidarios. Los mismos soldados de Carlos V y en seguida de Felipe eran los introductores de la peste, en cuya extirpacion mostraban tanto afan entrambos príncipes. Hicieron pues las nuevas opiniones rápidos progresos en aquel pais, propalándose en público, en conversaciones, en impresos, en sermones y hasta en los teatros; mas no se habian erigido todavía en lo que se llama Iglesia, ni tenian las nuevas sectas culto público.

Una cosa hay que no se debe jamás perder de vista en los tiempos del establecimiento de estas nuevas sectas, á saber: que todas ellas fueron siempre acompañadas de excesos, de violencias, de toda clase de desórdenes, probablemente contra la voluntad, con marcada repugnancia por parte de sus mismos fundadores. Mas no podian impedir estos que la muchedumbre ciega diese un siniestro sentido á sus palabras y que de ellas abusasen los malvados, para satisfacer sus vicios y pasiones. No podian menos de ser tomadas por muchos la voz de libertad evangélica y de conciencia como sinónima de libertinaje y desenfreno. La especie de que el culto católico era una pura idolatría, debia de arrojar á muchos impelidos de su necesidad ó de otras causas al despojo de los templos, come-

tiéndose en todos estos actos los mayores excesos de violencia: porque jamás se muestra el hombre tan bárbaro y feroz como cuando trata de cubrir sus crímenes con un velo religioso. Se repitieron pues en los Paises-Bajos las escenas que habian tenido y tenian todavía lugar en Francia, Escocia, Alemania y otras partes.

Carlos V, cuyos sentimientos en materias religiosas son tan conocidos, no debió de mirar con espíritu de tolerancia este órden de cosas que se iba introduciendo en los Paises-Bajos. Si consideraciones políticas y falta de verdadero poder le habian hecho contemporizar muchas veces con los príncipes luteranos de Alemania, no sucedia lo mismo con sus estados hereditarios de los Paises-Bajos. Con los innovadores en materias religiosas, se mostró terrible; y para la extirpcion de la herejía apeló á medios tan extraordinarios como perentorios. En las principales ciudades se erigieron tribunales dedicados exclusivamente á perseguir y castigar el crímen de herejía, sin que á su jurisdiccion se pudiese sustraer persona alguna. Se pronunciaron sentencias de muerte contra los propaladores de las nuevas opiniones, sea por escrito ó de palabra, contra los que ocultaban ó daban asilo á los culpables. La abjuracion de los errores no servia para evitar la pena capital, sino para modificarla. Los arrepentidos morian en suplicio comun y ordinario. Los impenitentes eran arrojados vivos á las llamas.

Muchas fueron las víctimas que hizo esta persecucion, mas no producian todavía el efecto deseado. Con el objeto de purgar mas eficazmente de herejía el suelo de los Paises-Bajos, se trató de establecer el tribunal de la Inquisicion como en España, y este solo nombre los llenó de espanto. En Amberes se cerraron los talleres, se suspendieron los trabajos de las manufacturas y pararon todos los negocios de comercio. Se apresuraban los negociantes á realizar, á ocultar su dinero; y los numerosos extranjeros trataban de abandonar la plaza que se hallaba en vísperas de su completa ruina; mas Carlos V renunció á su proyecto en vista de las representaciones que le hizo su tia Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso, gobernadora entonces de los Paises-Bajos.

Eran muy grandes el horror y terror que el nombre solo de la Inquisicion de España imprimia en Francia, en Alemania, en los Paises-Bajos, en Escocia, en otras partes. En todas se quemaban herejes y mas que en España, por la simple razon de que aquí no habia tantos; bien que se suplia esta falta con la muchedumbre de

judíos y mahometanos en que se cebaba entonces la Inquisicion entre nosotros. Mas sea por la antigua reputacion de este tribunal, ya por lo secreto de su modo de enjuiciar ó por su carácter de permanente y fijo cuando los otros eran solo creaciones del momento, se detestaba su nombre, tanto por los católicos como por los mismos protestantes. En los Paises-Bajos, tuvo una influencia á todas luces lamentable.

A pesar de la crueldad de estos castigos, á pesar de la gran propension al despotismo de que Carlos V daba tantas pruebas, fué todavía su nombre respetado y hasta cierto punto querido en los Paises-Bajos. No podia menos de ejercer en tus ánimos el ascendiente que jamás se niega á las grandezas y á la gloria. Amortigua muchas veces su prestigio los sentimientos de libertad é independencia, y cura hasta la suspicacia apoyada en los mas firmes fundamentos. Tambien querian llamarse los flamencos á la parte de la gran fama que alcanzaba su señor, y en su mismo poderío encontraban grandes ventajas para su comercio. En todos los puertos eran recibidos con la deferencia debida á súbditos del emperador y en los estados de este gozaban las mismas ventajas que los naturales. Se puede decir pues que los Paises-Bajos llegaron al apogeo de su prosperidad y grandeza bajo la dominacion de Carlos V. Por otra parte, este monarca que conocia los hombres y tanto partido sabia sacar de sus observaciones, era muy popular en los Paises-Bajos donde habia nacido y se habia criado, cuya lengua hablaba, cuyas costumbres conocia, y de cuya índole participaba. Lo franco de su trato y sus modales templaba en parte lo que podia tener de severo y de duro su gobierno. En Bruselas, donde residia con frecuencia, estaba como desterrada la etiqueta y vivia casi como un simple ciudadano, como un padre en medio de sus hijos. Político y previsor al mismo tiempo, gustaba de emplear en comisiones de importancia á los señores y grandes del pais, lo que al mismo tiempo que halagaba su amor propio, los empeñaba en gastos muy considerables y los hacia depender de sus favores. El príncipe de Orange y el conde de Egmont, que eran los de mas viso en el pais, figuraban en todas las grandes embajadas, en todas las conferencias y ceremonias de aparato. Cualquiera que fuese su sistema de gobierno en el pais, no dejaba en él ninguna duda de que le miraba con gran predileccion y quizá con mas cariño que á todos sus demás estados. Así la abdicacion de este príncipe fué verdadera-

mente sentida en los Paises-Bajos, y en las lágrimas derramadas en aquella solemne ceremonia, hubo sin duda mas profundo sentimiento que el de una pasajera emocion, debida á lo imponente de la escena. No podian menos de hacer un paralelo los flamencos entre el monarca que se iba y el príncipe que le reemplazaba, el reverso para ellos de la medalla de su padre. Lo que este tenia de franco, de afable, de llano en el trato, lo poseia aquel de circunspecto, de serio, de ceremonioso y reservado. Ni sabia su lengua, ni mostraba deseos de aprenderla. Ya hemos visto que en la ceremonia de la abdicacion, respondió en nombre suyo á los estados el obispo de Arras Granvela, en atencion á que Felipe no sabia el francés, lengua que usó el emperador en aquel acto. Porque este monarca sabia hablar y hablaba efectivamente á todos en su lengua propia.

Nada habia mas opuesto á la índole y carácter de los flamencos que el de su nuevo soberano. Ni ellos podian gustar de Felipe II, ni Felipe II gustar de ellos. Un monarca de carácter mas flexible y menos exclusivo se hubiese mostrado muy satisfecho y complaciente al verse dueño y señor de diez y siete provincias; pues fué el primer príncipe que las heredó todas ricas, florecientes en agricultura, en artes, en todos los géneros de industria y de comercio. En un pais que no excede la sexta parte de España se contaban trescientas y cincuenta ciudades, seis mil trescientos pueblos considerables y una infinidad de lugares mas pequeños. Producian entonces los Paises-Bajos mas que la Inglaterra. Era pues su posesion para el nuevo rey de España de una ventaja incalculable.

Mas Felipe II á cuyo buen juicio y penetracion no podian ocultarse estos objetos tan considerables, tenia sin duda consagrada su atencion á otros que le parecian preferibles. El carácter inquieto de los flamencos, su celo por la conservacion de sus derechos, el carácter democrático que predominaba en sus sentimientos, en las asambleas de los estados y sobre todo el incremento que iba tomando en ellos la herejía, le sugirieron sin duda como máxima fundamental de su gobierno, el sujetarlos á la unidad del despotismo político, sobre todo á la unidad del sistema religioso. Uno de sus primeros cuidados además del establecimiento del tribunal de la Inquisicion, del que hablaremos á su debido tiempo, fué el arreglo de las diócesis de los Paises-Bajos. Eran algunos de sus obispos sufragáneos de metropolitanos que residian en Francia y Alemania, y

queriendo Felipe remediar este que le parecia un grave inconveniente, y al mismo tiempo aumentar el alto clero, solicitó bula de Paulo IV para que las provincias de los Paises-Bajos se dividiesen en tres arzobispados y trece obispados, sujetando á estos á los primeros y eximiéndolos de la dependencia de los metropolitanos que se hallaban fuera.

Accedió el papa muy gustoso á los deseos del rey, y expidió una bula creando en los Paises-Bajos las metrópolis de Cambray, Malinas y Utrech; nombrando por sufragáneas de la primera las Sedes de Arras, Tournay, Saint-Omer y Namur que se hicieron obispados: de la segunda las de Amberes, Gante, Brujas é Iprés, Bois-le-Duc y Ruremonde, y de la tercera las de Harlem, Deventer, Leyden, Middleburgo y Groninga. De todas estas Diócesis se marcaron los límites asignándose las rentas á los obispos y mas grandes funcionarios.

Para atender á este último objeto de grave consideracion, se dispuso que los nuevos obispos sucediesen á los abades del pais, y ocupasen sus rentas segun fuesen falleciendo. Produjo esto quejas no precisamente en los abades mismos, sino en los que tenian pretension de serlo. Las produjo en los monjes á quienes se despojaba de sus rentas. Las produjo en los grandes que veian una disminucion de su crédito en la admision de los nuevos obispos en las asambleas de los estados.—Las produjo en el pais en general á cuyos ojos traslimitaba el rey sus atribuciones, dando tantos indicios de querer atentar á sus derechos. Miraban todos esta bula que daba una nueva organizacion eclesiástica al pais, como medida precursora de otras mas considerables. Mas observaremos el órden cronológico dejando para otro tiempo las consecuencias que esta y otras mas innovaciones produjeron.

Contrayéndonos ahora á la persona de Felipe, era para él un negocio de grande consideracion el nombramiento de la persona que debia quedar gobernador de los Paises-Bajos, pues el duque Filiberto de Saboya se volvia en virtud del tratado de Chateau-Cambressis á sus estados. Se presentaba naturalmente como el mas á propósito algun grande de los mas ricos y distinguidos del pais; pero en ninguno tenia gran confianza, y el príncipe de Orange que se reputaba como el principal, era objeto de su secreta antipatía. Pensó primero en la persona del príncipe don Carlos; mas sin duda le detuvo la consideracion de sus demasiado cortos años.—Le aconsejaron el duque

de Alba y algunos otros personajes de la corte entre los que se cuenta al obispo de Arras, que echase mano de la princesa Margarita, duquesa de Parma, que como nacida en los Paises-Bajos, no podia excitar quejas de que se les daba por gobernador á un extranjero. Gustó el rey de la proposicion, y tal vez por no ocurrírsele entonces otra cosa mejor la nombró gobernadora durante su ausencia, dándola por consejero privado al mismo obispo de Arras que fué nombrado despues arzobispo de Malinas.

Nombró además el rey gobernadores en todas las provincias, pero sujetos á la autoridad superior de Margarita. Puso en la de Luxemburgo á Pedro Ernesto, conde de Mansfeld; en la de Gueldres y Zuphten, al conde de Meghen; en las de Flandes y Artois, al conde de Egmont; en las de Holanda, Zelanda y Utrech, al príncipe de Orange; en las de Haynault, Valenciennes y Cambray, al marqués de Vergnes; en la de Tournay, al señor de Montigni; en las de Lila y Douay, al señor de Corviere; en la de Frisia, al conde de Aremberg; en la de Namur, á Carlos Barlimont; y en la de la otra parte del Mosa, al conde de Frisia. Las provincias de Brabante y Malinas quedaron bajo la inmediata autoridad de la princesa Margarita.

Era esta princesa hija natural de Carlos V, y de una dama de los Paises-Bajos, habida antes del matrimonio del emperador, algunos años antes del nacimiento de Felipe. Habia casado en primeras nupcias con Alejandro de Médicis, duque de Florencia, asesinado por su primo Lorenzo, y en segundas nupcias con Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto de Paulo III, y que á la sazon residia en sus estados. Tuvo de este matrimonio al famoso Alejandro Farnesio, mozo entonces de muy verdes años que se criaba en la corte de España al lado del príncipe don Carlos. No contribuyó poco el tener en sus manos esta prenda de seguridad, para que el rey de España la confiase cargo tan considerable. Tambien le movió á ello el interés de tener de su parte al duque de Parma, su marido, que en sus antiguas reyertas con el papa se habia mostrado, sino contrario, vacilante.

Concluyó el rey sus negocios en los Paises-Bajos, celebrando un capítulo de la órden del Toison de Oro, en que se confirió el collar al nuevo rey Francisco II de Francia, al duque de Urbino, á Marco Antonio Colonna, duque de Paliano, al marqués de Renty y á otros varios personajes. En seguida se despidió de los estados reunidos, de órden suya en Gante, diciéndoles que como sus negocios recla-

maban el que se trasladase á España, les dejaba por gobernadora una princesa nacida entre ellos, como todos los demás gobernadores de las demás provincias. Les encargaba que se mantuviesen fieles á la religion católica, y no permitiesen permanecer en las provincias persona alguna infestada con las doctrinas nuevas de Alemania, concluyendo con la indicacion de que no ignorando ellos los crecidos gastos que se le ocurrian, esperaba de su parte un servicio liberal, proporcionado á la exigencia de sus circunstancias. Los estados le ofrecieron nuevecientos mil florines, mas reservándose su distribucion, rasgo de desconfianza de que quedó el rey resentido y enojado.

Arreglados definitivamente, segun él se imaginaba, los negocios en los Paises-Bajos, no le quedaba al rey otro ya que el de embarcarse. Estaba prevenida de antemano una armada de cerca de 70 velas en Zelandia, donde se hizo á la mar el rey el 20 de agosto de aquel año. Fué bastante feliz la navegacion, y Felipe desembarcó en Laredo el 29 del mismo mes. Despues de algunos dias de descanso en aquel puerto, se dirigió á Valladolid, á donde llegó el 8 de setiembre por la noche, habiendo salido á recibirle á fuera el príncipe don Carlos y su hermana, y regente entonces doña Juana.

CAPITULO XXI.

Estado de España á la vuelta de Felipe.—Asuntos domésticos administrativos.—Inquisicion.—Autos de fe.—Cortes en Toledo.—Venida de la reina Isabel.—Jura del príncipe don Carlos.

Encontró Felipe II á España (1559) casi en el mismo estado de tranquilidad y de reposo en que la habia dejado. Algunos disturbios habian tenido lugar en Zaragoza, con motivo de un garrote dado en la cárcel en privado, acto allí considerado como un contrafuero, mas se habian pronto apaciguado (1). Tambien habian ocurrido algunos choques entre el brazo secular y el eclesiástico, con motivo de las hostilidades de Paulo IV contra el rey de España. Se inclinaban los eclesiásticos, como sucede en estos casos, al pontífice, y en esto les dió ejemplo el cardenal Siliceo, arzobispo de Toledo, que tantos favores debia á Felipe y á su padre. Restituyó la paz entre Felipe y el papa las cosas á su primer estado y antigua buena inteligencia. Confirmada la infanta en su cargo de regente, á la subida al trono de su hermano, se adhirió como antes al espíritu de sus instrucciones. Algunas rencillas se suscitaron entre ella y el príncipe don Carlos, jóven avieso, y segun dicen algunos autores muy mal inclinado; mas todos aguardaban que se serenaria la tempestad con la llegada de su padre. Era este el deseo general como sucedió en el último reinado, y en todas las cartas que escribia á Felipe doña

(1) Ya hemos anunciado que trataríamos de las cosas de Aragon, separadamente y á su debido tiempo.

Juana, le mostraba la impaciencia con que se aguardaba su venida (1). Cuando se supo la renovacion de las hostilidades en los Paises-Bajos, se pusieron los gritos en el cielo. Eran estas guerras extranjeras, en España muy impopulares, por lo mucho que costaban, y los recursos del pais se hallaban muy lejos de un estado floreciente. Habia gran trabajo para enviar al rey trescientos mil ducados que pedia. A cuenta de los productos de una mina de plata, que acababa de descubrirse junto á Guadalcanal, y otra cerca de Aracena, se habian tomado en 1556 quinientos mil ducados que ya se habian consumido. Para levantar una suma de seiscientos mil ducados, que las circunstancias hacian necesarias, fué preciso tomar trescientos mil á grandísimo interés de los ferieros de Villalon, satisfaciendo la infanta los restantes, vendiendo diez cuentos y cuatrocientos mil maravedís, de su dote, sobre alcabalas. Habia gastado mucho en sus guerras el emperador, y sus deudas eran muy considerables. Se trató en el consejo de no pagarlas, mas prevaleció la opinion contraria, aunque rebajándose los intereses. Los proyectistas, que no faltan en ninguna época, llamados en aquella tracistas y hombres de prudencia, idearon la venta de encomiendas, juros, jurisdicciones, hidalguías, regimientos, escribanías, alcaidías, baldíos, oficios y dignidades de toda clase. Tambien pidieron un servicio á Méjico y Perú, solicitando además del rey de Portugal una porcion considerable de pimienta, para que vendida en Flandes, sufragase los gastos de la vuelta del emperador y de su hijo. Todo esto no da muy grande idea de los recursos financieros de un pais, que algunos pensarán tal vez se hallaba en el mas alto grado de opulencia.

El negocio que parecia entonces mas urgente en la nacion y excitaba mas el celo del gobierno, era purgar á España de las doctrinas religiosas que á despecho de la mayor vigilancia y precaucion se habian introducido, en virtud de las comunicaciones indispensables entre las diversas partes de una misma monarquía. Iban los españoles á Francia, á Alemania, á los Paises-Bajos: venian naturales de aquellas regiones á España, y del mismo roce y trato no podian menos de resultar prosélitos de las nuevas opiniones. En las tropas del emperador, y aun en las de su hijo, estaban alistados muchos luteranos; mas ya que era imposible cerrar herméticamente

(1) Se deseaba con ansia la presencia de Felipe en España: no era menos necesaria, como ya hemos indicado, en los Paises-Bajos. Nada prueba tanto lo heterogéneo de esta monarquia; lo dificilisimo, si no imposible que era el ser gobernada por un hombre solo.

el suelo español á las nuevas doctrinas religiosas, se trataba de atajar por medio de la persecucion un mal tan contagioso. Redoblaba la Inquisicion su vigilancia y el rigor de los castigos, y aun cuando no estuviese animada de bastante celo, cosa ni verosímil ni creible, recibia frecuentes amonestaciones de Felipe desde Flandes, y aun Carlos V desde el fondo de su retiro no dejaba de exhortar á los inquisidores á no relajarse un momento del cumplimiento de lo que él llamaba sus obligaciones. El cardenal arzobispo de Sevilla don Fernando Valdés, nombrado á la sazon inquisidor general, correspondió completamente á la confianza que en él se habia depositado, mostrándose severo, inflexible, inexorable. La actividad era suma, la vigilancia exquisita, y el mas estricto posible el exámen que se hacia de las doctrinas, de las opiniones, de lo que se hablaba y escribia en materias religiosas, sin que el carácter elevado de la persona ni su anterior reputacion le pusiesen al abrigo de tan exquisita suspicacia. Fué objeto de ella fray Bartolomé Carranza, el mismo teólogo que tanto habia ayudado á Felipe II en la obra de la restauracion del culto católico en Inglaterra, y que en premio de su virtud y de su ciencia acababa de ser nombrado arzobispo de Toledo á la muerte de don Juan Siliceo. Dieron motivo á estas sospechas algunas proposiciones ó doctrinas de obras suyas que corrian impresas, y los inquisidores resolvieron someterle á su tribunal tan formidable. En consideracion á su alta clase, y mucho mas al favor que gozaba con Felipe, escribieron al monarca pidiéndole permiso para proceder contra el prelado, en atencion á lo gravemente que estaba comprometida su persona. Respondió el rey que procediesen en todo y por todo segun les dictaban su deber y su conciencia, y que viviesen seguros de que ningun obstáculo pondria al ejercicio pleno y completo de su autoridad, aunque se tratase de la persona de su mismo hijo. Con esta vénia se procedió á tratar de la prision del arzobispo. Se dispuso que la infanta doña Juana le llamase á Valladolid, hallándose el prelado de visita en Alcalá de Henares. En vista de la órden se dirigió en efecto hácia dicha ciudad; mas habiéndose susurrado algo del negocio, determinaron los inquisidores enviar el auto de prision al pueblo de Torrelaguna, por donde debia pasar el arzobispo, y allí se realizó en efecto. Desde Torrelaguna fué trasladado con todo secreto á Valladolid, donde le encerraron, aunque con toda la comodidad y respeto á su persona, mientras se le instruia su proceso.

De tiempo en tiempo se celebraban autos de fe en público con toda solemnidad, á que este asistia con toda devocion, como á una ceremonia altamente religiosa. En setiembre de 1559, es decir, algunos dias antes de la llegada del monarca, se celebró uno muy solemne en la plaza de Valladolid, á que asistieron doña Juana y el príncipe don Carlos. Mas de treinta personas se presentaron como reos, y entre ellos el doctor Cazalla, dos hermanos suyos, el maestro Perez, el bachiller Herreruelo y otros. Lo mas notable fué que se presentaron igualmente los huesos de Leonor de Vivero, madre del doctor Cazalla. Tambien hubo algunas religiosas, mozas y de buen parecer, segun refiere Gonzalo de Illescas que se halló presente. Quince de estos reos fueron entregados á las llamas, y el bachiller Herreruelo, que murió impenitente, entró en la hoguera vivo, pues los que daban muestras de arrepentimiento recibian la muerte por el método ordinario.

A su llegada á Valladolid tuvo el rey noticia de que se habia celebrado este auto, y como le dijesen que todavía quedaban en la cárcel muchos reos, manifestó al inquisidor general que se holgaria mucho de que se celebrase otro en su presencia, á lo que el cardenal accedió gustoso, ofreciendo la ejecucion cuanto mas antes. El dia 4 de octubre del mismo año se verificó en la plaza de Valladolid con toda solemnidad otro auto de fe, á que asistieron el rey, el príncipe don Carlos, la infanta doña Juana y toda la grandeza de la corte. Se presentaron cerca de cuarenta reos entre hombres, mujeres, monjas, beatas, casadas, de toda clase. Solo dos fueron entregados vivos á las llamas como impenitentes. Uno de ellos, hombre de distincion, llamado don Carlos Sesé, se dirigió al rey en alta voz quejándose de cómo permitia que los quemasen, á lo que respondió Felipe que si su hijo fuese un hereje impenitente, él mismo le entregaria á las llamas, llevando en sus hombros la leña necesaria. Así uno de los primeros actos de Felipe á su vuelta á España fué asistir á un auto de fe cuya celebracion él mismo promovia. Y este y otros rasgos de su especie, los consignan los historiadores españoles de aquel siglo, del siguiente, y aun del posterior como actos de piedad, de celo religioso, de las mayores virtudes de un cristiano. El dicho de entregar su hijo mismo á las llamas no podia menos de reputarse como un rasgo de heroismo, segun las opiniones y lógica de aquellos tiempos. Ya hemos hecho ver que las hogueras contra los enemigos de la fe estaban en uso desde muy antiguo.

Mas solo el rey de España gozaba el privilegio de verlas encendidas en ciertos períodos con tanta solemnidad, por sentencia de un tribunal fijo exclusivamente consagrado á esta clase de delitos.

Partió el rey de allí á pocos dias á Toledo con objeto de celebrar cortes y las fiestas de su desposorio, pues tenia noticia de que estaba para salir de Paris la princesa Isabel con quien por poder estaba ya casado. Para recibir la nueva reina en la frontera envió al arzobispo de Burgos y al duque del Infantado, con otros varios señores principales de la corte. Mientras tanto se abrieron las cortes en Toledo, y entre las cosas que establecieron, fue que no pudiesen tener esclavos los moriscos del reino de Granada.

1560. A principios de este año salió la reina Isabel de Paris acompañada del cardenal de Borbon y del duque de Vendome. Fué recibida en Roncesvalles por el arzobispo de Burgos y el duque del Infantado, y habiendo despedido en aquel punto á la comitiva francesa, continuó con ellos su viaje hasta Guadalajara, á donde se dirigió por aguardarla allí el rey, acompañado del príncipe don Carlos, de la infanta doña Juana y de todos los personajes de su corte.

Llegó la reina á Guadalajara á principios de febrero, y despues de haber ratificado el rey su matrimonio recibiendo las bendiciones del arzobispo de Burgos, partió la corte á Toledo, donde se celebraron los desposorios con todo género de fiestas, habiéndose esmerado aquellos habitantes en obsequio de sus reyes.

Con motivo de la reunion de las cortes, determinó el rey aprovechar esta circunstancia, mandando que fuese reconocido y jurado por heredero el príncipe don Carlos, lo que así se verificó el 22 de febrero en la iglesia catedral con toda pompa, Asistieron á la ceremonia el rey, la infanta doña Juana, don Juan de Austria, todos los señores de la corte y los procuradores de las ciudades de los reinos. Recibió el arzobispo de Burgos, vestido de pontifical el juramento. Le prestó la primera, la infanta doña Juana; siguió don Juan de Austria; vinieron despues los grandes de la corte y los procuradores de los reinos. El duque de Alba se presentó el último. Una triste noticia vino á turbar aquellos regocijos, á saber, la de una derrota que acababan de sufrir las armas españolas en las costas de Africa.

CAPÍTULO XXII.

Asuntos de Africa.—Sumario de las principales ocurrencias en aquel pais desde e principio del siglo XVI.—Barbaroja y Dragut.—Expedicion y derrota de la isla de los Gelves.

Hemos visto en los primeros capítulos de esta historia como los españoles despues de tantos siglos de la ocupacion de la península por los árabes que se habian establecido en el Norte de Africa, pasaron á hacer conquistas importantes en varios puntos de su costa. Se emprendió y llevó á efecto en tiempo del cardenal Cisneros, la de Oran, Bujía, Mazalquivir y otros puntos importantes. Desde entonces no hemos vuelto á ocuparnos mas de estos asuntos; mas seguiremos, aunque muy compendiosamente, la cadena de los acontecimientos desde aquella época hasta el punto en que nos encontramos.

En 1515 emprendimos una expedicion desgraciada sobre la isla de los Gelves.

En 1529 perdimos el peñon, tomado por Barbaroja que le rodeó con cuarenta y cinco buques. El gobernador español Martin de Vargas que tuvo noticia de esta expedicion, pidió socorros, pero fué mal auxiliado. Con tantos negocios como pesaban sobre Carlos V, no es extraño que no atendiese á todos con la prontitud y eficacia que se requeria.

En 1530 recorrieron corsarios dependientes del mismo Barbaroja la costa de Valencia y desembarcaron en Parsent, llevándose preso

á Perandreo que la defendia con siete hombres. Con este motivo salió al mar el capitan Rodrigo Portundo en busca de los tenientes de Barbaroja, y habiéndoles alcanzado en los mares de Levante, trabó con ellos batalla de la que salió roto y destrozado. Tenian Barbaroja y los suyos un grande enemigo de Andrés Doria, que repetidas veces salió al mar en busca suya.

En 1531 desembarcó en Sargel, puerto de la costa de Africa, donde entró á saco llevándolo todo á sangre y fuego. Mas por sobra de confianza cayeron por sorpresa en manos de los enemigos que estaban en acecho y tuvieron que retirarse los de Doria en desórden y con gran pérdida.

En 1532 armó este una expedicion de treinta y cinco velas grandes y otras de menores dimensiones, donde embarcó 10,000 hombres entre españoles, italianos y tudescos, recorrió los mares en busca de los enemigos y puso sitio á Corom en la Morea, que le opuso una gallarda resistencia, y al fin fué vencido despues de grandes actos de valor entrando al asalto los cristianos. Tambien en seguida tomó á Patrás en los mismos parajes, haciéndose dueño de los Dardanelos que son dos castillos fuertes que le defendian. Se mostró en estas dos expediciones duro y terrible con los turcos; mas en el año siguiente de 1533 volvieron sobre Corom los enemigos y le recuperaron despues de una larga resistencia.

En aquel mismo año se apoderó de Bona don Alvaro Bazan, nombre que se hizo muy ilustre como veremos en el decurso de esta historia. Al año siguiente de 1534, contrajo amistad con Barbaroja, el rey de Francia, y por insinuaciones de este, recorrió el primero las costas de Italia, desembarcando, saqueando varios pueblos, llevándose cautivos á los que caian en sus manos. Por aquel tiempo se hizo dueño de Túnez, expeliendo al Dey que vino á pedir proteccion á Carlos V, como hemos hecho ver tratándose de este monarca.

Fué la expedicion sobre Túnez, del año siguiente, una de las mas populares, de las mas reclamadas por las necesidades de la cristiandad, lo que debia inflamar mas el ánimo de un monarca como Carlos V, deseoso de humillar en un todo á su enemigo el rey de Francia. En nuestro concepto, fué esta expedicion en Túnez el acto mas grande y glorioso de su vida, el que fué coronado con el triunfo mas brillante. El emperador concedió mercedes á todos los individuos de su ejército, que tomaron parte en su victoria, acredi-

tándose de monarca dadivoso y reconocido como capitan activo, inteligente y esforzado.

Huido Barbaroja de Túnez, no fué menos molesto y teraible para los cristianos. En todas partes donde desembarcó con su gente, cometió infinitas crueldades. En Mahon hizo un desembarco y le tomó despues de una muy grande resistencia.

El año de 1538, se ligaron el papa y los venecianos contra Soliman, de quien se consideraba Barbaroja como teniente y delegado. Acometió este á Candía, de donde fué vigorosamente rechazado: Tambien fué derrotado cerca de Trevesa en la Morea.

Mas de doscientas velas armó la liga cristiana contra el turco. Iban en la expedicion 11,000 españoles y 5,000 italianos, y todo bajo el mando de Andrés Doria. En aquel tiempo tomaron los cristianos con grande bizarría á Castelnuovo, mas volvieron á perderle con grandes desastres el año siguiente de 1539.

En 1543, se presentó Barbaroja en Marsella, y en seguida desembarcó en Niza, donde cometió las cueldades que tenia de costumbre. En seguida recorrió las costas de España, con la misma suerte que otras veces.

Se acercaba el fin de la carrera de este pirata feroz y sanguinario, mas dejaba una especie de sucesor y de discípulo en la persona de Dragut, renegado como él, y que comenzó su fortuna con muy escasos medios. Sorprendido en 1548 en las costas de Córcega por los de Doria, permaneció cuatro años preso, y puesto en libertad por medio de un canje, volvió á salir al mar incitado de sus deseos de vengarse. Salieron en pos de él las galeras de Nápoles, llevándose cautivos á cuantos cayeron en sus manos, con cuyo botin, y una galera de Malta, que apresó tambien, se volvió victorioso á Argel, que era el depósito de sus robos y despojos.

Deseaba Dragut tener un establecimiento propio suyo en las costas de Africa, y para esto echó los ojos sobre el puerto de este nombre situado en el territorio de Túnez, plaza muy fuerte, perfectamente bien situada con otras dos fortalezas, llamadas Çuza y Monasterio, que aumentaban mucho sus medios de defensa. Estaba la ciudad dividida en facciones, y de esta division se aprovechó Dragut entrando en negociacion separada con cada uno de ellos, á quien prometió ayuda contra sus rivales. Despues de tener su trama bien urdida, se presentó en la plaza con doce hombres solos, y habiendo excitado un tumulto se apoderó de ella con traicion, y asi-

mismo de los dos fuertes ya citados. Despues de haberla pertrechado y dejado en ella una fuerte guarnicion, salió otra vez al mar en busca de aventuras.

Dió gran cuidado á los cristianos el establecimiento de Dragut en su nueva posesion, y trataron de arrancársela. Salió Doria en su busca con cincuenta y tres galeras con objeto de recorrer la plaza de Africa, lo que verificaron tomando á Monasterio, que arrasaron. En seguida se fueron á la Goleta, donde se celebró consejo sobre si emprenderian sériamente el sitio de Africa. Decididos por la afirmativa, se pidió socorro á Nápoles y Sicilia, de donde vinieron refuerzos de infantería y artillería. Comenzaron la empresa poniendo á la plaza en un estado de bloqueo impidiendo entrar víveres; mas en la plaza se habian ya recibido avisos de esta expedicion, y se habian abastecido de lo necesario, habiéndose además reforzado con cuatrocientos soldados y héchose con muchos víveres que por casualidad allí aportaron.

Hizo este sitio de Africa un ruido entonces, y hoy ocupa todavía una página brillante de la historia. Se reunió la armada en Trapana, y con nuevos recursos que se les envió de la Goleta, dieron sobre la plaza y desembarcaron para formar un sitio con todas las precauciones militares, atacando á una partida de los turcos que venian sin duda á reconocer, obligándola á meterse dentro de la plaza. No estaba en ella Dragut, ocupado en sus correrías ordinarias, mas sus tenientes dispusieron con valor todos los medios de defensa. Ascendia la guarnicion á mil setecientos hombres entre todos. Abrieron los sitiadores las trincheras. Situaron las baterías ventajosamente, haciendo gran daña sus morteros (1) á la plaza. Fué infructuosa para los moros una salida nocturna para sorprender á los cristianos: tambien resultó vano el designio de un asalto por los españoles que percibieron en el acto los reparos fuertes que los turcos habian construido detrás de la muralla. Para no malograr su empresa, pidieron mas refuerzos á Nápoles, Sicilia y la Goleta que se los mandaron en efecto. Mientras tanto recorria Dragut las costas de Valencia. Supo su mujer, que residia en Gelves, por unos fugitivos la toma de Cuza y Monasterio por los cristianos, y el sitio que tenian puesto á Africa, y se lo avisó inmediatamente á su

(1) Los historiadores usan de esta voz *morteros*; mas no deben confundirse con los que arrojan *bombas*, pues este proyectil no era todavia entonces conocido. Sin duda se usaban para lanzar piedras enormes, segun se usaba en tiempos anteriores.

marido: buscó este por todas partes socorros, y no siendo feliz en esta empresa, llegó á juntar tres mil hombres con los que desembarcó oculto cerca de la plaza, habiendo avisado de antemano á los de adentro su próxima llegada. Era su objeto sorprender el campo de los sitiadores y se emboscó al efecto; mas habiendo sido descubierto se trabó pelea entre él y un cuerpo del campo de los sitiadores, quedando el otro de observacion junto á la plaza. Murieron en la accion cincuenta turcos, treinta moros, y tuvieron doscientos cincuenta heridos sin contar con los de la plaza, de donde se hizo una salida rechazada por los sitiadores, que tuvieron de pérdida ochenta muertos y ciento cincuenta mal heridos.

Rechazado Dragut, salió en busca de mas recursos; mas no debia de excitar en algunos de los suyos muchas simpatías cuando el dueño de Queram le interceptó ochocientos caballos que le enviaba el Dey de Túnez.

Llegaron nuevos refuerzos al campo de los cristianos de Luca, Génova y Florencia, y un grande ingeniero, llamado Andrónico Espinosa, de Sicilia. Continuaban con actividad y energía los trabajos del sitio. Abrieren una mina para echar abajo los muros; se construyeron nuevas baterías sobre la marina que hicieron mucho estrago en la ciudad: se levantó una sobre galeras desde las cuales se batió la plaza con buen éxito. El 10 de setiembre de 1550 se dió por tierra y por mar el asalto general, atacándose á la plaza por tres partes, destinándose á cada una cinco banderas, mandadas por sus jefes respectivos. Los nombres propios no los damos porque esto es anterior al reinado de Felipe, donde observaremos otro método. Tampoco entramos en los pormenores de este asalto vigoroso donde se peleó con singular denuedo y bizarría. Se habia prometido á las tropas el saqueo, y habia además un jubileo del papa en favor de los cristianos que en la accion muriesen. Dieron la señal los clarines é inmediatamente se pusieron en accion por tierra y por mar los combatientes. Se defendieron con valor los turcos, y despues de ser echados de las murallas se batieron en las calles y defendieron el terreno palmo á palmo. Quedaron las fortificaciones de la ciudad medio destruidas, y los cristianos plantaron al fin sobre los escombros sus banderas victoriosas.

Se celebró este triunfo con grande júbilo en la cristiandad. Se marchó Dragut á los Gelves, y en seguida se presentó en Constantinopla, donde no fué mal recibido por Soliman á pesar de estar

irritado contra él por haberse hecho dueño de Africa sin su consentimiento. Pidió al emperador Carlos V que se la restituyesen con pretexto de que Dragut era su teniente y protegido, mas Carlos V respondió que no reconocia tenientes y protegidos del sultan en los piratas.

Al año siguiente de 1551 emprendió Dragut nuevas correrías sobre las costas de Calabria. Poco despues hizo parte en calidad de consejero y hombre práctico, en una escuadra que mandaba el turco sobre Malta. No habiéndose atrevido á desembarcar, revolvieron sobre Trípoli, que tomaron por traicion, y de cuyo punto quedó dueño al fin Dragut, á pesar de que su posesion le fué negada por Soliman desde un principio. En el capítulo XVII hemos ya hablado de varias correrías hechas por los turcos en los años sucesivos. Al advenimiento de Felipe II al trono de España, se hallaban nuestros asuntos en Africa bastante decaidos, y estábamos amenazados de mas desgracias por el aumento de poder que iban adquiriendo aquellas potencias berberiscas. Para reconquistar el punto de Bugía, ofrecieron en 1557 tropas y dinero los reinos de Castilla, Valencia y Cataluña. Queriendo imitar el cardenal Silíceo la conducta de su antecesor el de Cisneros, se ofreció á capitanear aquella empresa con tal que para ello le diesen trescientos mil ducados; mas habiéndose consultado á Felipe, respondió que se trataria de este asunto cuando regresase á España. Posteriormente vino á ella, como tenemos dicho, Ruy Gomez Silva á buscar recursos para la guerra que se habia vuelto á encender en Flandes, y se aplicaron á estos gastos los caudales que se habian levantado para la reconquista de Bugía. Ya un poco antes el Dey de Argel habia tratado de invadir á Orán, habiendo desembarcado tropas y estrechándola por mar con galeras turcas; mas con fuertes y vigorosas salidas de la guarnicion y la llegada de las galeras de Doria, se habia conjurado aquella tempestad, sobre todo hallándose empeñada la atencion de los turcos á otra parte.

Mientras tanto seguia Dragut haciendo desembarcos y causando todo género de estragos en las costas de Sicilia y Nápoles. Para cortar estos males de raiz, no ocurrió mas medio al gran maestre de la Orden de Malta que emprender la conquista de Trípoli. Felipe II, á quien propuso esta idea, desembarazado ya de la guerra con Francia por el tratado de Chateau-Cambressis, aprobó el plan del gran maestre y dió órden al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, para

que se encargase de esta expedicion, mandando al mismo tiempo al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que pusiese á sus órdenes dos mil hombres de infantería mandados por don Alvaro Sande. Tambien se escribió á Andrés Doria para que ayudase con sus galeras al duque de Medinaceli; asimismo auxiliaron el papa, el duque de Florencia y otros príncipes de Italia.

A principios de octubre se juntó en Mecina la expedicion compuesta de cincuenta y cuatro galeras, veinte y ocho navíos, dos galeones y treinta galeotas ó bergantines con 14,000 hombres. A fin de aquel mes zarparon y llegaron á Siracusa con objeto de pasar adelante; mas los vientos se mostraron contrarios, y además se declaró en la armada una enfermedad que obligó al duque de Medinaceli á dirigirse á Malta, donde fué recibido por el gran maestre con todo género de agasajos y de obsequios. El número de los enfermos de la armada iba tan en aumento que no bastando los hospitales de la Isla, fué preciso establecer uno nuevo para recibirlos. Al fin, aunque no en buen estado, y sin repararse totalmente de sus pérdidas, á principios del año siguiente, 1560, se embarcó de nuevo con su expedicion el duque de Medinaceli, y no pudiendo por los vientos contrarios dirigirse á Trípoli, se encaminó á el Secano de Palo, donde mandó se le reuniesen las galeras y navíos que se habian quedado en Malta.

En la Roqueta trató de hacer aguada, y para asegurarla mandó desembarcar tres mil hombres, con cuyo abrigo se efectuó la operacion; mas no sin ser molestados por los moros, en cuya refriega fueron muertos siete y heridos treinta de los nuestros. Se supo despues que se hallaba en la isla Dragut con diez mil moros y diez mil turcos.

Despues de la partida de la expedicion que llegó felizmente á Secano del Palo, arribaron á la misma isla de la Roqueta ocho galeras que se habian quedado en Malta, cuatro del duque de Florencia, dos del señor de Monaco y las dos patronas de Sicilia y Doria. Trataron tambien de hacer aguada; mas sea por falta de precaucion ó por disensiones que se armaron entre ellos sobre quién habia de mandar la gente, cuando parte de esta se hallaba ya embarcada, cargaron los moros sobre la otra, matando y cogiendo prisioneros á mas de ochenta hombres entre los que se contaron cinco capitanes españoles; á saber: don Alfonso de Guzman, Antonio Mercado, Adrian García, Pedro de Venegas y Pedro Bermudez. Las galeras

siguieron su rumbo y llegaron sin novedad á Secano del Palo, donde se hallaba el duque de Medinaceli.

No se resolvió este á dirigirse á Trípoli, sea por lo contrario ó recio de los vientos, sea porque sabia que Dragut se hallaba con grandes fuerzas á sus inmediaciones. Determinó, pues, entretanto tomar posesion de la isla de los Gelves ya de triste recuerdo para nuestras armas, y para dar mas seguridad á la empresa se ajustó con algunos jeques del pais, tomando á sueldo de cuatrocientos á quinientos caballos que le debian servir contra Dragut. El 2 de marzo llegó á la isla; mas no habiendo podido desembarcar en cuatro dias por los recios temporales, lo verificó en fin enfrente de la torre de Valguarnera, disponiendo inmediatamente sus tropas en órden de batalla. Se componian estas de tres mil españoles al mando de don Alvaro Sande; dos mil alemanes y franceses al de los caballeros de san Juan; tres mil italianos mandados por Andrés Gonzaga, y otros tres mil y quinientos españoles á las órdenes de don Luis Osorio. En el ala derecha formaban seiscientos arcabuceros mandados por el mismo Osorio, y en la izquierda ochocientos arcabuceros italianos mandados por Quirico Espínola. Llevaba además la expedicion cuatro piezas de campaña.

Dispuesto así el ejército se puso en marcha sin hallar oposicion alguna. Al dia siguiente envió al duque un mensaje con dos moros Manzaul, señor de la isla de los Gelves, diciéndole que se considerase como dueño y señor de aquella tierra, puesto que mandaba una expedicion en nombre de Felipe, rey de España; y así le pedia que volviese á embarcarse, prometiéndole para su expedicion de Trípoli cuantos socorros estuviesen en su mano. Le respondió el duque que pues tan celoso servidor de don Felipe se mostraba, lo primero que requeria de él era que se dirigiese á Esdrun á tener una entrevista, siéndole necesario surtirse de agua en los pozos de sus inmediaciones. Se puso en marcha el ejército para dicho punto, y aunque encontró los pozos cegados, le fué muy fácil ponerlos en estado de ser útiles. Se divisaron los moros á lo lejos en actitud de querer hostilizar á nuestra gente; mas el duque habia marchado con toda precaucion, y á las inmediaciones de los mismos pozos se acampó militarmente, rechazando con gran pérdida á los que por todas partes le embistieron, cuando le vieron detenerse.

Acampado el duque, y aumentada la fuerza de su posicion por medio de trincheras, envió á la Roqueta las galeras con objeto de

hacer agua, lo que ejecutaron sin oposicion alguna. Mientras tanto envió Manzaul otro mensaje al duque diciéndole que le dispensaria toda su amistad, mientras tanto que no tratase de llegarse al castillo, en cuyo caso le declararia la guerra. Respondióle el duque que era justamente el castillo el punto de que era preciso apoderarse, para lo que iba á tomar su direccion al frente del ejército. La columna se puso efectivamente en movimiento. Entonces intimidado el moro, y no atreviéndose á hacerle resistencia, propuso al duque que se rendiria y abriria las puertas del castillo, con tal que se le permitiese salir con su gente y sus efectos. Accedió el general español, y habiéndosele avisado al dia siguiente que el fuerte se hallaba ya desocupado, envió al maestre de campo de Baraona con tres compañías, para tomar su posesion, mientras él llegaba con el resto de la gente. Mas habiéndose reconocido que no era de bastante fuerza ni capacidad para asegurar la completa dominacion de aquella isla, se trazó inmediatamente una nueva fortificacion á cuya obra se destinaron todas las tropas del ejército. Como el fuerte debia ser cuadrado, el duque con sus españoles, Andrés Gonzaga con sus italianos, los caballeros de san Juan con los franceses y alemanes, y Doria con la gente de las galeras, se encargaron cada uno de un baluarte y su cortina respectiva, y con la emulacion tan propia en naciones diferentes, se vió la fortificacion al instante concluida.

Por su parte Dragut que veia en mal estado los negocios, imploró socorros de Constantinopla tratando de ganar al gran visir con fuertes dádivas, y haciendo ver el peligro que amenazaba á los súbditos de Soliman y á la religion, si el virey de Sicilia llevaba á cabo su intento de tomar á Trípoli, hallándose ya en posesion de la isla de los Gelves. Accedió á sus ruegos el Sultan é inmediatamente despachó á Piali con ochenta y cinco galeras, haciendo entrar en cada una cien genízaros. Con este armamento llegó Piali el 7 de mayo á Navarino, y habiéndose en seguida acercado á Trípoli y reforzádose con las galeras de Dragut, resolvió dirigirse á los Gelves con objeto de atacar á los cristianos.

Llegó á esta isla la noticia de la aproximacion de la flota otomana por avisos del gran maestre de Malta, del virey de Nápoles y de Juan Andrés Doria. Inmediatamente llamó á consejo el duque de Medinaceli. Fueron unos de opinion de defenderse y de aguardar al turco, con su armada en órden de batalla, colocando los barcos chicos al abrigo de los grandes, é hicieron ver que era cien veces pre-

ferible tentar la suerte de las armas y mas glorioso morir peleando, que vivir esclavos huyendo. Mas Juan Andrés Doria fué de parecer que se retirase la gente en la armada y tomase la vuelta de Sicilia, haciendo responsables á los que no admitiesen su opinion de los daños que sobreviniesen.

Quedó el duque de Medinaceli muy indeciso con esta diversidad de pareceres. Huir parecia mengua, y para sacar la armada en aptitud de aceptar una batalla al turco, se mostraba el viento, muy desfavorable. Mientras tanto acometió Piali, que le tenia muy favorable, y puso en completo desórden á nuestras galeras, que no pudiendo resistir el choque, parte huyeron, parte se recogieron al puerto, y otras fueron tomadas sin ninguna resistencia, mientras la gente se arrojaba al mar ó buscaba tierra, y la mayor parte de ella se ahogaba. Tomaron los turcos veinte galeras y echaron á pique diez y siete, habiéndose salvado las pertenecientes á Génova de los estados de la Iglesia. Consternado el duque de Medinaceli del suceso, encargó el mando del fuerte á don Alvaro Sande, y embarcándose con Doria pudo llegar en salvo á Malta, de donde se trasladó á Sicilia.

Hizo don Alvaro una gallarda resistencia en el fuerte de los Gelves, sitiado vigorosamente por los turcos, inmediatamente que derrotaron nuestra escuadra. Emprendió diferentes salidas en que llegó hasta las trincheras de los turcos, causándoles estragos; mas se veia con fuerzas muy escasas: comenzaron á faltar los víveres, y la artillería del fuerte estaba casi toda desmontada con las baterías de los turcos. En otra salida que hizo don Alvaro fué derrotado y prisionero; la gente del fuerte capituló despues, entregándole y salvando las vidas. Destruyó Piali las fortificaciones, y dejando á Dragut en los Gelves, se embarcó para Trípoli y de allí á Constantinopla, llevándose prisioneros á don Alvaro Sande, don Sancho de Leyva, don Berenguer de Requesens, don Gaston de la Cerda y otros caballeros de importancia.

Puso esta derrota de los Gelves en mucho cuidado á don Felipe, é inmediatamente hizo que se reparasen de nuevo las galeras y se pusiesen en estado de defender y proteger las costas de Sicilia y Nápoles. Sabedor al año siguiente que en Argel se preparaba una expedicion contra Mazalquivir y Oran, despues de dar órdenes para atender á la seguridad de las dos plazas dispuso se reuniesen en Málaga veinte y cuatro galeras con tres mil y quinientos hombres á

las órdenes de don Juan Mendoza. Mas esta expedicion pereció de resultas de una tempestad que, á pesar de tomar puerto en el de la Herradura, se encrespó tanto que hizo estrellarse los bajeles unos con otros, salvándose solo dos galeras de las veinte y cuatro. Perdió la vida don Juan de Mendoza, uno de los principales jefes, con mas de cuatro mil hombres, catástrofe horrorosa en aquellas circunstancias.

Otros acontecimientos de mayor interés y sobre casi igual teatro, ocurrirán en el curso de esta historia y ocuparán en ella su lugar correspondiente. Por ahora nos trasladaremos á otras escenas donde se debatian cuestiones de mas influencia en los destinos de la especie humana.

CAPITULO XXIII.

Estado de la Francia á la muerte de Enrique II.—De su hijo Francisco II.—Facciones en la corte.—Regencia de Catalina de Médicis.—Advenimiento de Isabel al trono de Inglaterra y resultados.—Estado de Escocia en la misma época.—María Estuarda.

Habia comenzado el calvinismo en Francia de un modo obscuro, todo al revés del luteranismo en Alemania. Le adoptaron al principio las clases mas bajas de la sociedad que en granjas, en cuevas, en los sitios mas solitarios celebraban los ritos de su nuevo culto, y cantaban en francés los salmos que la poesía de Marot habia sabido hacer tan populares. Poco á poco se fué difundiendo la secta por las clases altas, por los señores de pueblos, y llegó hasta los príncipes mismos de la sangre. Margarita de Valois, hermana de Francisco I, esposa de Enrique de Albret, príncipe de Bearne y rey titular de Navarra pasaba por dar en sectaria y estar en correspondencia con Calvino. Se hizo con el tiempo calvinista la corte de Bearne, y la misma doctrina abrazó Antonio de Borbon-Vendomne, casado con Juana hija de Margarita, y que á la muerte de Enrique se hizo titular rey de Navarra. Tambien se habian adherido á la propia secta su hermano el príncipe de Condé, el almirante Gaspar Coligni, su hermano Juan Andelot y otros personajes distinguidos. Mas no se atrevieron á declararse durante la vida de Enrique II, príncipe que expidió nuevos edictos de rigor contra los herejes, renovando además los que se habian fulminado en tiempo de su padre. A la muerte de este príncipe, no se mitigó la severidad contra

los calvinistas; los mismos edictos se conservaron en su vigor, y durante el corto reinado de Francisco II hijo y sucesor de Enrique II, no faltaron herejes quemados en Paris, lo mismo que durante los reinados anteriores. Mas la juventud y carácter débil de este príncipe, fomentaron en la corte partidos y facciones que se apoyaban en el celo religioso. Los Guisas, tios del rey por serlo de María Estuarda su mujer, aspiraron y obtuvieron en efecto la direccion de los negocios. Se hallaba el condestable de Montmorenci á la cabeza del partido enemigo de los Guisas, y aunque él no era calvinista, se apoyaba en los Colignis que lo eran y en los príncipes de la sangre, recien afiliados á esta secta, resentidos de la influencia y ascendiente de los Guisas. Así en una pugna de partidos y facciones que se disputaban el poder, se envolvió otra mas encarnizada entre principios religiosos. Salió el calvinismo de la oscuridad y se hizo una bandera que alzaron públicamente los hombres primeros y mas poderosos del Estado. De este modo se echaron las semillas de las guerras civiles, medio políticas, medio religiosas que desolaron la Francia por todo el resto de aquel siglo. Estaban los Guisas al frente del partido católico. En el calvinista aparecia el príncipe de Condé como el jefe mas activo; y los Colignis como personas de mas capacidad é influencia. Propendia la reina viuda Catalina de Médicis al partido de los Guisas, aunque estaba celosa de su poder y con deseos de arrancársele. En cuanto á Montmorenci se volvia al partido de la corte á cualquier síntoma de ruptura con el calvinista ó disidente.

De esta discordia ó pugna de los ánimos, no podia menos de venirse pronto á vias de hecho. Formaron los calvinistas la trama de apoderarse de la persona rey y de los Guisas en Blois á donde se iba á trasladar la corte, y con este objeto habian armado secretamente mil hombres de á pié y quinientos de á caballo. Recelosos los Guisas de la trama, trataron de llevar la corte á Amboise; mas no por eso abandonaron los conjurados su designio. Fueron sin embargo descubiertos, atacados y derrotados en el mismo Amboise, siendo cogido su jefe Renaudie, quien pagó el atrevimiento en un suplicio.

Aumentó esta tentativa el crédito y la influencia de los Guisas, y quedó nombrado el duque teniente general del reino con las mas amplias facultades; mas aunque se vió al parecer triunfante su partido con la tentativa de los calvinistas frustrada en Amboise, no se

dieron estos por vencidos. El príncipe de Condé, preso en un principio, tuvo medios de evadirse de su encierro y pasar á los estados de Navarra. Los Colignis no aparecieron implicados por intrigas de la reina Catalina que aspiraba á servirse de su partido para neutralizar el ascendiente del opuesto. Los demás jefes calvinistas del Mediodia marcharon á su pais con el objeto de prepararse para una guerra abierta, pues en esto se preveia por todos, que iban á parar aquellos altercados.

En esta altura de negocios, apoyaron de nuevo los Guisas el proyecto de establecer en Francia una especie de inquisicion, idea que abrigaban desde largo tiempo. Pareció la medida muy severa y en su lugar se sujetaron á la jurisdiccion y tribunal de los obispos todos los delitos contra la religion, declarando crímenes de lesa majestad todos los escritos á favor del calvinismo. Mas este decreto por su mismo rigor no podia ejecutarse. No era ya esta secta una faccion que se podia echar á tierra por medio de un decreto. A muy poco tiempo de la publicacion de este, llamado por los protestantes establecimiento de la inquisicion de España, presentó el almirante una peticion al rey para que se les permitiesen templos públicos diciendo que estaba en mas de ciento y cincuenta mil firmas apoyada. Fué desechada la peticion; mas prueba este paso lo lejos que se estaba de la extincion del calvinismo.

A últimos de 1560 murió el rey Francisco II, y la tierna edad del sucesor, pues contaba solo diez años, obligó al nombramiento de regencia. Recayó esta en la reina madre la famosa Catalina de Médicis, sobrina del papa Clemente VII, princesa ambiciosa, artificiosa y muy astuta, cuya política consistió siempre en dominar las dos facciones neutralizando con la una la preponderancia de la otra. Al principio pareció propender al partido protestante. Como se la habia dado como una especie de asociado en la regencia al rey de Navarra, se publicaron varios decretos que les eran favorables. Se puso en libertad al príncipe de Condé, cuya vida corria gran riesgo por la causa que se le formaba, y llegaron las cosas al punto que los nuevos sectarios predicaron sermones en Fontainebleau donde se hallaba la misma reina. Mas cuando renovaron la peticion de tener templos públicos, se volvió á negar por un edicto en que se les mandaba atenerse á lo que el Concilio de Trento decidiese.

Los Guisas viendo entonces el semblante que tomaban los negocios, estrecharon mas y mas los lazos con el partido católico, cuyos

intereses con nueva eficacia protegieron. El condestable de Montmorenci que se habia separado de ellos por rivalidades de poder, se unió sinceramente á su partido, y por fin hizo lo mismo el rey de Navarra separándose de los calvinistas. La reina se mantenia dudosa y vacilaba, no porque mostrase propension á las doctrinas de los calvinistas, ya entonces conocidos y designados generalmente con el nombre de hugonotes, sino por creer estaba mas en sus intereses contemplarlos, tal vez por oposicion secreta á los Guisas que se les mostraban tan contrarios.

Mas lo que prueba el progreso que habian hecho las nuevas doctrinas y lo poderoso que habia llegado á hacerse su partido es, que sin aguardar las decisiones del Concilio de Trento, que no se habia todavía reunido sin atreverse á llevar á efecto los edictos contra ellos fulminados, se celebró por disposiciones de la corte en Poissy una conferencia entre los principales doctores de la Iglesia. La reina para simplificar la discusion, mandó que no se reuniesen mas que cinco doctores por cada uno de los dos partidos, lo que así se hizo. Rodó esencialmente la conferencia sobre el sacramento de la Eucaristía, y por fin se extendió una fórmula de fé que pareció satisfactoria á los diez argumentantes. La reina á quien la presentaron, la envió á la revision de los prelados católicos que arreglaban en Poissy varios puntos relativos á la disciplina de la Iglesia.

Pareciendo á estos la fórmula capciosa, extendieron otra en términos claros y explícitos con arreglo á lo recibido por la Iglesia católica, mas esta no la quisieron firmar los calvinistas. Se terminó así la conferencia ó coloquio de Poissy, pues con tal nombre es conocida, sin haber producido resultado alguno. Mas debia esto de preverse en razon á la extrema divergencia de los dogmas de ambas comuniones. Sin embargo los calvinistas obtuvieron por entonces tolerancia de culto y comenzaron á predicar públicamente en todas partes y á cantar sus salmos. Mas estaban tan irritados los principales jefes del partido católico con lo que llamaban insolencia de los hugonotes, y tan ansiosos los caudillos de estos de llegar á la preponderancia del poder en manos entonces de sus enemigos, que era inevitable una guerra civil; así estalló en efecto.

A la cabeza del partido protestante se hallaba el príncipe de Condé despues que su hermano el rey de Navarra se habia pasado á los católicos. Cada parcialidad tenia sus hombres y sus tropas, sus paises de devocion, sus plazas fuertes y castillos.

En Inglaterra se habia experimentado un cambio de mucha consideracion á la muerte de María. Todo cuanto habia trabajado esta princesa tan católica por restituir á su pais el culto de sus padres y volverle á la obediencia de la iglesia: todos los rigores que habia ejercido y las hogueras que habia mandado encender para castigar la impenitencia de los mas culpables, todo fué obra perdida al advenimiento al trono de su sucesora. Era Isabel hija de Ana Bolena y se habia educado en las nuevas doctrinas profesadas por su padre. Confinada en una prision durante el reinado de su hermana, tenia este motivo mas para no mostrarse favorable á su memoria, y por otra parte le dictaba su interés al mismo tiemo que su educacion el moverse por opuesta senda. Segun los principios del catolicismo, no habiendo obtenido Enrique VIII sentencia de divorcio de la reina Catalina, era bastarda Isabel, habiendo nacidoen vida de esta princesa y como tal incapaz de suceder á la corona.

Estaba pues su apoyo en el partido protestante y á él se adhirió del modo mas explícito. Muy luego dejó de ser la religion católica la dominante en Inglaterra. Se declaró la reina Isabel cabeza de su iglesia, y le dió la forma que con muy pocas alteraciones se conserva hoy dia.

La iglesia anglicana no es precisamente luterana ni calvinista, ni adoptó entonces en todo su rigor el rito y el culto prescritos por ninguno de los innovadores de aquel tiempo. Adoptó del luteranismo cierta pompa en el culto y sobre todo la jerarquía eclesiástica; del calvinismo el dogma y las creencias; sus dos solos sacramentos á saber, el bautismo y cena del Señor, negándose lo que se llama la presencia real en la Eucaristía que allí se celebra y venera en recuerdo de aquella ceremonia. De todos modos se introdujo y estableció este nuevo culto en Inglaterra sin grandes violencias ni sacudimientos; los católicos se hallaban en grande minoría, y la reina tan celosa de su dignidad de jefe de la iglesia, estaba dotada de tanta energía y mucha mas sagacidad para llevar adelante sus designios. Y no solo halló medios esta reina de establecer la nueva iglesia ó religion con tranquilidad y calma, sino de fomentar disensiones y debilitar y hasta quebrantar del todo la influencia del partido católico en Escocia.

La reina María Estuarda, esposa del Delfin de Francia que despues fué rey con el nombre de Francisco II, se consideraba como la heredera presunta de Inglaterra, siendo nieta de la reina Margarita

de Escocia, hermana de Enrique VIII. Reputándose Isabel como bastarda, era reina de hecho. A la muerte de Enrique II de Francia cometió por consejo ó precepto de sus tios los Guisas la imprudencia de intitularse lo mismo que el nuevo rey de Francia, reina de Inglaterra, poniendo en sus armas los blasones de este reino.

Causó dicha conducta temores y resentimientos por la parte de Isabel, y fué tal vez el principio de la animosidad que con el tiempo se hizo tan fatal para María. Desde entonces trabajó aquella princesa en destruir la influencia de su rival á cualquier precio.

Los Guisas que veian sobre el trono de Francia á su sobrina concibieron el proyecto de sentarla en el de Inglaterra con el auxilio del partido católico, que aunque no en mayoría era siempre muy considerable. Se hallaba virtualmente María Estuarda á la cabeza de este partido, y era por lo mismo de su obligacion proteger y servir con el mayor celo los intereses de la Iglesia. No creyeron los Guisas que representaria dignamente su papel mientras no se extirpase la herejía que tanto se propagaba en su reino hereditario de la Escocia. Con este motivo enviaron sus instrucciones á la regente María de Lorena para que aumentase el rigor de la persecucion y los castigos, aprovechando cualquier pretexto para adelantar la obra del exterminio del partido protestante. Aunque conocia muy bien la regente que los negocios no se hallaban á esta altura, no dejó de conformarse con la voluntad de sus hermanos.

Los pretextos no faltaban. En ningun pais producia mas conflictos y disturbios la pugna entre los católicos y los que se llamaban reformados. En la destruccion de las imágenes del culto se distinguia con particularidad el celo de los calvinistas, sobre todo de la plebe. En la catedral de San Gil se cometieron excesos de esta clase, llegando hasta quemar la imágen del santo patrono de Edimburgo. Con este motivo citó la reina ante su tribunal á los principales predicadores de la nueva secta. Mas se presentaron rodeados de gente armada de su parcialidad que intimidaron á la reina y á los obispos que iban á juzgarlos. No tuvo pues efecto la medida, y los calvinistas envalentonados con esta victoria, se entregaron á nuevas violencias de quebrar imágenes y destruir los demás objetos del servicio del culto católico, para lo que les alentaban sus predicadores y el mismo Juan Knox que estaba á su cabeza.

Formaba ya el calvinismo un cuerpo numeroso á cuya cabeza figuraban personajes llamados lores de la Congregacion, y co-

mo tales presentaron diferentes peticiones á la reina á fin de que se exhibiese un decreto de tolerancia de su culto, evitando así nuevos conflictos y desórdenes. Parecia ya dicha medida indispensable; pero estrechada siempre María por las advertencias de los Guisas, no les dió nunca una respuesta favorable. Despues de pasado el susto de la aparicion de la gente armada delante de su tribunal, volvió á citar de nuevo á los predicadores y con el mismo resultado, teniendo ella misma que amansar con palabras dulces á los que habia citado como reos. Cuando se creia que habia abandonado del todo este proyecto, volvió á citarlos por tercera vez, y no habiendo comparecido los declaró proscriptos y fuera de la ley; mientras continuaban los desórdenes y los excesos en las iglesias de los católicos y los conventos, despojándolos de sus propiedades.

Se presentaba la regente en todos estos lances con carácter de duplicidad, y era objeto no solo de odio sino tambien de suspicacia. Se sabia el orígen de las medidas que tomaba y que el plan era nada menos que el exterminio completo de la nueva secta. Por esto eran las reacciones y conflictos tan violentos: de estas hostilidades tumultuosas se pasó á una guerra abierta. Reunia la reina sus tropas francesas. Los lores de la Congregacion, sus adheridos y vasallos. Preveian todos los terribles efectos de la guerra civil que iba á encenderse; mas por el semblante que habian tomado los negocios, hallándose la reina apoyada en fuerzas extranjeras y movida asimismo por resortes extraños, se conocia muy bien que iba envuelta en la contienda la libertad civil al mismo tiempo que la religiosa. Hé aquí por qué varios señores católicos se unieron con los protestantes en odio á la ambicion y despotismo de que se suponia animados á los Guisas de quienes la reina no se consideraba sino como instrumento.

Así el partido calvinista se reputaba como el nacional; el católico como extranjero. Afiliados al primero se hallaban ya la mayor parte de los señores y barones principales y entre ellos un hijo natural del rey Jacobo V, conocido entonces con el nombre de prior de San Andrés, hombre emprendedor, ambicioso dotado de cuantas cualidades son necesarias para brillar en conflictos semejantes. Muchos tratados de pacificacion y suspension de hostilidades se hicieron durante esta lucha; mas todos sin efecto y eludidos los mas por la mala fe de una, y quizá de entrambas partes. A favor de los lores de la Congregacion, militaba el mayor número de soldados;

mas no podian sustentarlos en campaña mucho tiempo. Tenia María menos fuerzas; mas eran estas permanentes. Cada uno se aprovechaba de sus ventajas propias y de las desventaja del contrario. Mientras tanto los lores de la Congregacion se habian apoderado de Edimburgo. y en el púlpito de la misma catedral predicaba Juan Knox, que en aquellas circunstancias era una potencia.

Auxilió como hemos indicado Isabel de Inglaterra al partido protestante, tanto por inclinacion y política como por las peticiones y súplicas de los interesados. Al principio fueron interceptados los recursos que envió á Escocia por los partidarios católicos; mas pronto llegaron otros que hicieron gran servicio. Los protestantes conservaban siempre el ascendiente y llegaron á ver su causa triunfante cuando las tropas francesas, apoyo principal de la regente, se retiraron del pais por órden misma de los Guisas.

Desconfiaron estos de poder llevar adelante la obra de la extirpacion del calvinismo.

Con la subida al trono de Francia de María Estuarda, llegaron á creerse omnipotentes y hasta cierto punto con verosimilitud de las cosas para ellos. El calvinismo en Francia iba tomando tales creces, que todos los recursos les parecian necesarios en lo grave de la lucha. Las tropas que tenian en Escocia podian ser muy útiles en aquellas circunstancias. Por esto las llamaron, tratando de pacifificar el pais por medio de un tratado. Se estipuló por él que las tropas extranjeras evacuarian la Escocia, y que no se admitirian otras sin consentirlo el parlamento. Como la regente María de Guisa acababa de morir, se estableció un consejo de regencia, compuesto de doce personas, nombradas siete por la reina y cinco por el parlamento, cuya inmediata convocacion se estipuló como uno de los artículos del tratado. En cuanto á la religion se determinó que los estados del pais propusiesen al rey y á la reina lo que les pareciese conveniente. Tambien se pactó que la reina María y su esposo reconocerian el título legítimo de Isabel á la corona de Inglaterra y que no llevarian mas sus blasones en sus armas. En virtud de este tratado, que fué llamado tratado de Edimburgo, quedó la Escocia pacificada por entonces. Mas no por eso dejó de seguir adelante la obra del protestantismo. Inmediatamente que estuvo reunido el parlamento, recibió peticiones del partido calvinista para el definitivo establecimiento de su culto. Decretó el parlamento la abolicion del católico, prohibiendo la celebracion de la misa bajo las

mas severas penas. Pasó este acto sin ninguna oposicion por parte de los obispos y abades mitrados que en virtud de sus baronías, eran miembros de aquella asamblea, lo que prueba la gran minoría en que se hallaban y que no se atrevieron á contrariar las opiniones dominantes, y los intereses de tantos nobles poderosos que se hallaban en el parlamento. Tal vez contaron con la repulsa que iba á recibir este decreto del rey y de la reina sin cuyo consentimiento no tenia valor de clase alguna.

Fueron en efecto muy mal recibidos de dichos príncipes los comisionados de presentarle el decreto. Fueron aun tratados con mas altivez y mas dureza por los Guisas. De ningun modo consintieron en que su sobrina suscribiese á un acto que prohibia el culto católico en Escocia. Inmediatamente trataron de inflamar el celo del partido en el pais llamándole á las armas en defensa de su culto. Tambien se pensaba en mandar nuevas tropas para dar mas apoyo á los católicos que se preparaban á la ruptura de las hostilidades. Mas la muerte de Francisco II trastornó sus planes. Ya no fueron tan poderosos les Guisas sin el apoyo de aquel monarca, y mucho menos habiendo pasado la regencia á las manos de la reina Catalina. Necesitaban demasiado los Guisas de todos sus recursos en la defensa de su causa en Francia para enviarlos á fomentar turbulencias á paises extranjeros.

Libertados los escoceses de una nueva guerra, no pensaron mas que en arreglar su establecimiento religioso. Abolido el culto católico, se adoptó por religion del pais el calvinismo puro en todas sus formas, dogmas y hasta en la organizacion y gobierno de la Iglesia.

Se dió á la escocesa el nombre de presbiteriana, por no admitir mas que una clase de sacerdotes y ministros, á saber: los presbíteros. Para el gobierno de la Iglesia se instituyó una asamblea general, compuesta de delegados de las demás iglesias, y además de algunos miembros legos que representaban la comunidad de los cristianos. Esta asamblea era independiente de toda autoridad civil, lo que equivale á decir que los escoceses en su calidad de cristianos y en sus relaciones con la divinidad se gobernaban como una república.

En cuanto á la division de los cuantiosos bienes, que poseia la Iglesia católica de Escocia, hubo muchos pareceres. Se pensó primero dividirlos en tres partes, destinando una á la manutencion del

clero; la segunda á obras de beneficencia, y otra á la difusion de las luces estableciendo escuelas y colegios. Mas este plan desagradó muchísimo á los nobles que se veian excluidos del reparto. Se puede decir sin agraviarlos que tanto como su nueva persuasion, habia influido en su conducta la codicia de entrar á la parte de los despojos de la Iglesia. Por el arreglo definitivo decretado por el parlamento se hallaron en efecto poseedores de bienes muy cuantiosos, quedando para la manutencion del clero la mas pequeña parte. Sin embargo aunque esto excitó murmullos de los ministros ó presbíteros, no se llevó menos adelante la obra del nuevo establecimiento religioso.

Hay ejemplos de pocos paises en que un cambio completo de religion se haya verificado en menos tiempo con mas acaloramiento y entusiasmo que en Escocia. El culto católico abolido, era á los ojos de la generalidad del pais una pura idolatría, y la misa la mas grande de las abominaciones. Todas las formas y la pompa de que son sus ceremonias susceptibles, fueron desterradas con horror en la liturgia calvinista. En sus templos se desechó todo ornato, y los ministros afectaban la mayor simplicidad en sus vestidos así como la mayor severidod en sus principios religiosos. En todo trataron de conformarse con lo establecido en la escuela de Ginebra; y ya hemos visto que Juan Knox habia bebido en esta sus principios. Todas las iglesias católicas fueron violentamente despojadas de todos sus adornos, quebradas las imágenes, destruidos todos los objetos é instrumentos del culto, y lo que unos hacian por espíritu de pillaje y de rapacidad era en otros un nuevo fanatismo. De los muebles de las iglesias se pasó á los mismos edificios. Los mas fueron dilapidados, destruidos, derribados sin mas objeto que satisfacer un furor brutal que se llamaba celo religioso, ó la venta á vil precio de los materiales que se destinaban á otros usos. El pais cambió del todo bajo el aspecto moral, bajo el religioso y el político. Cada uno asoció mas ó menos sus intereses del siglo á la nueva forma que se daba á las instituciones religiosas. Bajo su bandera, se desarrollaba la ambicion de muchos grandes que se sentian con medios de ensalzarse. A su nombre se fomentaban asimismo ideas democráticas que tantos resultados produjeron con el tiempo. Porque el calvinismo en su nacimiento, en su propagacion y en el ejercicio de su culto fué una institucion republicana.

Viuda María Estuarda de Francisco II rey de Francia, natural era

que se restituyese á Escocia de cuyo pais era reina propietaria. El parlamento, inmediatamente que vió arreglado el nuevo establecimiento de reforma religiosa, le envió una solemne comision á cuya cabeza iba su mismo hermano natural suplicándola fuese á tomar las riendas del gobierno. Para María, criada en la corte de Francia, acostumbrada al lujo, á sus placeres, á la pompa de sus fiestas, se presentaba como un doloroso sacrificio trasladarse á un pais, que se le pintaba como tan agreste y rudo; mas le fué preciso consumarle. Por otra parte nada tenia que hacer en la corte de Francia, y la reina regente Catalina de Médicis debia de desear que cuanto mas antes partiese para sus estados. Se embarcó la reina María en Calais y llegó á Leith en Escocia sin ningun género de contratiempo. A su desembarco fué muy bien recibida y obsequiada, aunque le chocó muchísimo el poco lujo de los trajes y falta de magnificencia en todas las demostraciones del regocijo público. Con los mismos sentimientos de respeto y simpatía fué recibida en Edimburgo donde su hermosura y juventud no podian menos de cautivar los corazones á primera vista. Pero María tenia á los ojos de los escoceses el gran delito de ser católica, y el fanatismo de la plebe no pudo menos de dar síntomas de desaprobacion en medio de las aclamaciones de su entrada pública. Desde su llegada á la capital de sus estados tuvo que quejarse la reina de Escocia de la intolerancia de sus súbditos, la misma que los primeros protestantes del pais echaban en cara á los católicos, la misma que los Guisas hubiesen establecido bajo las formas mas duras á corresponder sus medios á sus planes. Mas tales son las vicisitudes de los tiempos. La misa que oia la reina en su oratorio era objeto de murmuraciones y manifiestas invectivas. Contra esta misa se tronaba en los púlpitos de Escocia y sobre todo de Edimburgo. Fué precisa toda la proteccion é intervencion de su mismo hermano para que se dijese esta misa sin ninguna interrupcion violenta. Mas ya haremos ver la continuacion y fatal desenlace de un drama que bajo auspicios tan funestos empezaba.

CAPÍTULO XXIV.

Segundo Concilio ó continuacion del de Trento.

Causaban todas estas novedades una desazon mortal á don Felipe. Los progresos que hacia el espíritu de innovaciones religiosas era el primer cuidado que ocupaba su existencia. En cuantas órdenes expedia para los Paises-Bajos, en cuantas comunicaciones tenia con el rey de Francia, inculcaba como una máxima, como un principio indispensable el no hacer concesion ninguna á los protestantes y el extirpar la herejía por medio del rigor y del castigo. Para poner un remedio á tantos males, ninguna medida le parecia mas eficaz que la renovacion del Concilio suspendido desde 1552, en Trento. Con las mas vivas instancias acudió al papa, suplicándole expidiese la bula para su convocacion, exhortando á los demás príncipes católicos á que promoviesen por su parte igual medida. No dejaba de ser deseada la celebracion de este Concilio. Los católicos la consideraban necesaria para asegurar la pureza de la fe y cortar de raiz los escándalos que al abrigo de tantos disturbios religiosos se habian introducido en el seno de la misma Iglesia. Para los mismos protestantes moderados, inquietos de la disidencia y las discordias, que se introducian entre sus diversas sectas, se presentaba esta asamblea tan solemne como un medio de conciliacion y aproximacion de extremas opiniones. Quizá los que mas repugnaban esta

medida era el pontífice mismo y los grandes personajes y prelados de su curia que debian tener tanto interés en promoverla.

Considerando el Concilio como una medida de reforma, como un modo de curar desórdenes, de restablecer la disciplina eclesiástica, de establecer y decretar nuevos reglamentos que el transcurso de los tiempos presentaba como indispensables, tenian gran razon los príncipes y los católicos de buena fe que con ardor le deseaban. Mas si se pensaba que esta asamblea restableceria la unidad de la Iglesia con tantos dogmas y doctrinas heterogéneas en que estaba dividida, era alimentarse de una ilusion como habia sucedido en la época anterior á aquel Concilio. Para esto, era necesario que se compusiese esta asamblea de doctores de los primeros hombres de todas las iglesias, que abriesen un certámen, una inmensa arena de combate en que cada secta apoyase sus doctrinas, y por medio de su discusion venir acaso á una fusion de cosas que aparentemente se excluian. Mas esta idea sobre ser quimérica como á primera vista se presenta, no era la que la Iglesia romana tenia de un Concilio. No debia este reunirse para discutir, y sí tan solo para condenar, no para admitir en su seno á sus enemigos con objeto de oir sus argumentos, sino sus abjuraciones. Así, era ya obrar sobre un principio falso, edificar una obra sin cimientos. Daba por fijo y sentado el Concilio lo que los demás, es decir los enemigos de la Iglesia romana, combatian: hablaban en nombre de una autoridad que ellos negaban, y se daban el poder exclusivo de ser intérpretes de la Escritura, cuando era esto justamente lo que se llamaba el campo de batalla de las sectas disidentes. Así desde las primeras bulas de convocacion y las cartas exhortatorias á todos los príncipes, para que enviasen al Concilio sus representantes, envolvian ya la mas explícita reprobacion de las sectas protestantes. El problema era, pues, si las decisiones, declaraciones y rayos espirituales fulminados por los padres del Concilio, harian mas impresion en los ánimos de los protestantes que las persecuciones civiles, que los edictos á tenor de cuya letra eran castigados; si á su voz se sofocarian las guerras civiles que iban á estallar, y sobre todo si en los estados donde el protestantismo era ya el culto dominante, se cambiaria de religion despues de las decisiones del Concilio. La solucion de este problema no podia ser dudosa. Los protestantes mas moderados y deseosos de conciliacion, rechazaron estos argumentos que sin oirlos comenzaban por condenarlos: los príncipes que habian

adoptado esta secta, se negaron á enviar sus delegados; la reina Isabel de Inglaterra recibió el Breve de convocacion con altivez, teniéndolo hasta como un insulto á su persona, y á su carácter de jefe y cabeza de su Iglesia: los sectarios mas ardientes como los calvinistas de Francia y sobre todo los de Escocia, lo miraron como una profanacion, es decir que se verificó en todo y con mas violencia de oposicion y de pasion lo que habia tenido lugar veinte años antes, en la primera convocacion de aquel Concilio.

Hé aquí por lo que respecta á las sectas disidentes. En cuanto al Concilio como reformador de abusos introducidos en el seno de la misma Iglesia, no faltaban gravísimas dificultades. La curia romana no gustaba de concilios, como una declaracion tácita de la insuficiencia de su autoridad en ciertos lances de que no son omnímodas sus atribuciones. Los recientes de Constanza y Basilea habian tomado demasiado la mano en curar los males de la Iglesia para que Roma los recordase con mucha simpatía. Que existian abusos todo el mundo lo veia, y los bien intencionados lo lloraban. Que á estos abusos, á los vicios de la misma curia se debian en parte las escisiones, que tantos desórdenes causaban, tampoco era un problema para nadie. Mas sucede á ciertos males y abusos lo que á ciertas llagas que nadie se atreve á tocar; tal es la irritacion en que se encuentran. Todo el mundo hablaba de reforma; mas por una parte el amor propio, por otra hábitos inveterados, por otra el gusto del poder y de la represion se presentaban como obstáculos insuperables. Era por ellos mismos por donde debian comenzar estas reformas los principales padres y prelados del Concilio.

Los príncipes católicos, aunque en globo, querian una misma cosa, diferian en medios, en principios, en carácter. Catalina de Médicis, regente de Francia, gustaba de dominar una faccion por medio de la otra á fin de no verse subyugada por ninguna. El rey de España que queria las cosas con teson, que marchaba siempre por la línea recta, sin pararse en obstáculos, aspiraba al exterminio de los herejes, á que se restableciese en su pureza la disciplina de la Iglesia, á que se adoptasen medidas que impidiesen el nacimiento y la propagacion de ideas perniciosas. En su corte no habia facciones ni existia prelado alguno cuyos principios ó intereses se mostrasen contrarios á los suyos. No habia un cardenal de Lorena, con carácter de príncipe, dueño de inmensos beneficios, tan celoso por la conservacion de la Iglesia católica,

como descuidado en presentarse como sucesor de los apóstoles.

El Concilio se abrió en Trento convocado por el papa Pio IV en diciembre de 1562: fué presidido este por legados pontificios, medida que se adoptó igualmente como hemos visto en el Concilio anterior, para dejar bien puesta la autoridad del papa en la asamblea. Como no podia menos de existir la misma mezcla de lo político y mundano con lo religioso, se resintió el Concilio de las mismas desconfianzas, celos y rivalidades que en aquella se habian observado. Fué muy escaso el número de los padres que al principio concurrieron, y aun algunos de estos pidieron pronto permiso para irse, lo que les fué negado.

Pasó pronto el Concilio á negocios teológicos, y en la sesion quinta ó veinte y dos se decretaron algunos cánones sobre el Sacramento de la Eucaristía y comunion bajo ambas especies, una de las cuestiones mas ruidosas que en la Iglesia católica se suscitaron por aquellos tiempos. A esta sesion no asistieron lo prelados y los teólogos de Francia, cuya corte accedia de no muy buena gana, lo mismo que la otra vez, á la convocacion de aquel Concilio. El cardenal de Lorena que estaba á su cabeza y que se hallaba en el camino pidió demora que le fué concedida por tres dias. Algunos deseaban su venida contando con su apoyo: la temian otros teniéndole por contrario. Habiendo llegado al Concilio se mostró con mucha deferencia y respeto á sus decisiones, y fué uno de los que propusieron que se celebrasen solemnes rogativas por los negocios religiosos de Francia, pidiendo á Dios la libertase del azote de la herejía, que tal la lastimaba. Mas ni este cardenal ni los demás prelados y teólogos de Francia se mostraron adictos de corazon al Concilio por intereses y rivalidades políticas con otros soberanos de la Europa.

Con pretexto de lo malsano de Trento pidieron que se trasladase el Concilio á otro punto de Alemania; mas fué desechada esta proposicion por la mayoría, como sospechosa. En la sexta sesion ó veinte y dos, se continuaron las discusiones sobre la conveniencia de distribuir el cáliz á los legos y que excitaba los celos y susceptibilidades de los eclesiásticos. En 9 de diciembre de aquel mismo año se celebró otra sesion, donde se debatieron y decidieron varios cánones sobre sacramentos, disciplina eclesiástica, residencia de los prelados, jerarquía y subordinacion de las clases inferiores á las superiores.

Mientras tanto seguian las negociaciones ó pretensiones de muchos, de que el Concilio se suspendiese ó concluyese: los legados titubeaban, los prelados alemanes y españoles oponian á esta medida una grande resistencia. Por fin se zanjó el punto, y en plena sesion se acordó celebrar la última para diciembre de 1563. En otras dos ó tres que se celebraron antes de llegar este término se tomaron disposiciones y se decretaron cánones sobre muchos puntos, unos de dogma, otros de disciplina y gobierno de la Iglesia. Se dieron cánones sobre el purgatorio, las imágenes, las reliquias, la invocacion de los santos, el arreglo y reforma de los regulares; asunto que dió materia para hasta veinte y dos artículos; sobre las indulgencias, los ayunos, fiestas, catecismo, rezo, misales y breviarios; sobre la sujecion de los obispos á sus metropolitanos; sobre el nombramiento de estos prelados y asimismo de los cardenales, de los curas de almas, de los concursos para obtener estos curatos, en fin sobre todos los puntos en que los eclesiásticos y algunos reyes deseaban prontas decisiones para cortar de raiz los conflictos y desórdenes.

En efecto, en diciembre de 1563, se cerró el Concilio, y para mostrar mejor los padres su obsequio y dependencia de la corte de Roma; se decretó unánimemente que se diesen gracias al pontífice por su condescendencia en haber convocado la asamblea, dándosele el título de sumo pontífice de la Santa Iglesia Universal, lo que excitó aplausos y entusiasmo en el seno del Concilio y en Roma se recibió con mucho agrado.

Sea que este Concilio se llame continuacion del primero, como querian algunos y entre ellos el rey de España, sea que se le designe con el nombre de Concilio nuevo, fué menos teatro de intrigas y disputas que el antecedente. A excepcion de los de Francia, que hacian bando aparte, todos los demás manifestaron estar unidos por sentimientos de concordia. El rey de España, que deseaba con mas ardor que su padre esta asamblea, y se mostró asimismo mas adicto en todas ocasiones á la Santa Sede, ponia cuantos medios estaban en su mano, para que sus obispos y teólogos se mostrasen deferentes y tomasen un vivo interés en la reforma de los males de la Iglesia. A pesar de que varias veces obtuvieron los de Francia un puesto superior á los suyos propios, ahogó este resentimiento sin que hubiese influido en la lealtad y sinceridad de su conducta. Trabajó tambien mas este segundo Concilio que el pri-

mero, habiendo entrado en el exámen y decision de cuantos asuntos ofrecian reparo en el gobierno y disciplina de la Iglesia.

Fué recibido el Concilio de Trento en todos los estados del rey de España, en Italia, en la Alemania católica, en las Dietas de Polonia, en Portugal; mas no lo fué en Francia ni entonces ni despues, como habia sucedido con el Concilio antecedente.

CAPÍTULO XXV.

Asuntos domésticos.—Se manda observar lo dispuesto por el Concilio de Trento.—Concilios provinciales.—Recibimiento en Toledo del cuerpo de san Eugenio procedente de Francia.—Reconocimiento de don Juan de Austria.—Su educacion en Alcalá con el príncipe don Carlos y Alejandro Farnesio.—Venida á España de los archiduques Rodulfo y Ernesto.—Viaje de la reina á Bayona.—Reforma de algunas ordenes monásticas.—Santa Teresa de Jesús.—Carácter, prision, proceso y muerte del príncipe don Carlos.

Inmediatamente que concluyó el Concilio de Trento sus tareas, fué el primer cuidado de Felipe II mandar por un decreto la observancia mas estricta en todos sus dominios de cuanto en aquella asamblea se habia decretado. En Francia y algunas mas partes del mundo católico, no fueron sus decisiones admitidas; mas en España pasaron sin excepcion por poco menos que artículos de fe, y todas las de una aplicacion práctica, se pusieron inmediatamente en uso. Fué sin duda Felipe II el príncipe católico que con mas ardor trabajó y con mas eficacia porque tuviese efecto. Sin duda era el primero de todos ellos en ser y preciarse de ser un hijo obediente de la Iglesia.

Precisamente mientras duraban las sesiones del Concilio y á su terminacion, fué cuando estaba mas viva la pugna religiosa en Francia. La Inglaterra estaba tranquila, mas se agitaba mucho Escocia. Los Paises-Bajos se hallaban muy próximos á una gran conflagracion; mas antes de pasar á estas escenas de desórdenes y sangre,

nos ocuparemos de asuntos interiores de España y casi puramente de familia.

El rey trasladó su corte á Madrid como hemos dicho, y se ocupaba en dar á este pueblo la extension é importancia de una capital, que adquirió en efecto durante su reinado. En el de Carlos V no tenia la cuarta parte de la circunferencia y poblacion con que contaba en el siguiente.

Siguiendo el asunto de los acontecimientos domésticos de aquella época sin que lleven un rigoroso enlace cronológico, porque no es posible, pasaremos al del Concilio de Trento, cuyos decretos no solo mandó el rey por otro suyo que fuesen observado con rigor en todos sus dominios, sino que dispuso que se celebrasen concilios provinciales en todas las metrópolis, á fin de hacer recibir el general en la Iglesia de un modo mas solemne. Así se hizo en Toledo, al que asistieron los obispos de Córdoba, Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca y Osma; el abad de Alcalá la Real, el de Alcalá de Henares y otros: y al mismo tiempo por parte del rey y como su comisionado don Francisco de Toledo. En él se aceptó en todas sus partes el Concilio, y se hicieron estatutos saludables á fin de darle debido cumplimiento.

Durante la celebracion de este Concilio provincial en Toledo, tuvo lugar una fiesta y ceremonia de gran pomba. Deseaba aquel cabildo eclesiástico tener el cuerpo de san Eugenio que habia sido de sus primeros arzobispos y que se hallaba á la sazon en Francia: para lo cual suplicaron al rey y á la reina, interpusiesen su valimiento con su hermano. Condescendió el rey muy gustoso, y dió órden en Paris á su embajador para que en su nombre hiciese esta peticion al rey Carlos y á su madre. Se suscitaron no pequeñas dificultades para la concesion de esta gracia sobre todo por parte del cardenal de Lorena, abad de San Dionisio, donde el cuerpo se guardaba. Mas al fin se vencieron todas, y habiéndose trasladado y depositado con gran pompa en la catedral de Paris, se dijo al rey de España que podia enviar por él cuando gustase.

El cabildo de Toledo comisionó á uno de sus canónigos llamado don Juan Manrique para que pasase á Francia á encargarse del depósito. Se puso este encargado inmediatamente en viaje y llegó á donde el duque de Nevers habia ya traido el cuerpo del santo, metido en una rica caja y sellado por órden del rey Carlos. Así se hizo la entrega con toda solemnidad al encargado del cabildo de Toledo

por el mismo arzobispo de Burdeos, é inmediatamente don Juan Manrique regresó con él á España.

Llegó el cuerpo á Toledo cuando se hallaba allí reunido el Concilio y además la corte con los archiduques. Salieron á recibirle á la puerta de la Usagra (1) con el cabildo, el clero, las comunidades, las hermandades. Las calles se hallaban magníficamente colgadas y no faltaba ninguna de las demostraciones de un gran regocijo. El cuerpo se colocó allí sobre un altar con todas las ceremonias eclesiásticas. En seguida tomaron la caja el rey, los archiduques y demás señores, y echándosela á los hombros la llevaron en procesion hasta la catedral, á cuya puerta la recibieron los obispos y la pusieron en el altar mayor, terminando la funcion con toda pompa y ceremonia.

Uno de los grandes actos de la política interior y doméstica de aquella época, fué el reconocimiento público de un hijo natural de Carlos V, criado hasta entonces bajo un velo misterioso, de la reserva mas profunda. Era don Juan de Austria, destinado á ser tan famoso en nuestra historia. Habia nacido este príncipe en Ratisbona por los años de 1547. El verdadero nombre de su madre es un secreto para muchos. Se creia vulgarmente que no lo era la que pasaba por tal, y habia dado su nombre por salvar la reputacion á otra dama de mas alta esfera. Mas son estos puntos históricos, cuya dilucidacion importa poco. Cualquiera que haya sido la verdadera madre de don Juan, manifestó en todos los lances de su vida que era digno de tener por padre al monarca mas poderoso é ilustre de su siglo.

A la muerte ó mas bien á la renuncia del emperador, se hallaba este príncipe poco menos que en la infancia; mas Carlos V le habia recomendado eficazmente en su testamento al rey Felipe, quien en esta ocasion como en otras muchas, desmintió la acusacion, que le hicieron muchos, de ser ingrato y desconocido á la memoria de su padre.

Don Juan se educó primeramente en Alemania, bajo la direccion de Luis Quijada, confidente y privado del emperador: despues se le trajo á Castilla y lo tenia oculto bajo el traje de labrador en el pueblo de Villagarcía, que era de su señorío. En este traje se presentó á Felipe II por su disposicion en una cacería cerca de Valla-

(1) Ahora se dice de Visagra.

dolid y en medio de su corte. Al arrodillarse el muchacho lleno de la turbacion y temor que es natural, le levantó el monarca con bondad y le dijo con tono dulce y afectuoso: ¿Sabeis de quién sois hijo? Habeis debido el sér al emperador Carlos V, que tambien fué mi padre. En seguida le estrechó en sus brazos.

Así fué instalado en la corte y familia de Felipe II, don Juan de Austria. Reconocido por hijo del emperador recibió todos los honores y distinciones debidos á su orígen. Este reconocimiento, esta acogida tan cariñosa y tan solemne, no era menos honorífica para la memoria del emperador, que para el príncipe que era objeto de ella. Su mayor realce era para el rey, que tan buen hijo se mostraba.

Tres príncipes jóvenes casi de una misma edad se criaban entonces en la corte de Felipe II: don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y su hijo el príncipe don Carlos. En medio de los ejercicios á que se dedicaban como todos los nobles de aquel tiempo que se destinaban á la carrera de las armas, quiso el rey que tomasen alguna tintura de las letras y con este objeto los envió á la universidad de Alcalá que era muy famosa en aquel tiempo. Allí cursaron algun tiempo, mientras bajo otro concepto completaban su educacion de príncipes y de caballeros.

Habia pedido Felipe II al archiduque Maximiliano, rey de Bohemia, y á su hermana María, le enviasen á España á los príncipes Rodulfo y Ernesto sus hijos, quienes habiéndose trasladado á Milan y de allí á Génova, llegaron en las galeras de Doria á Barcelona, donde se hallaba á la sazon el mismo don Felipe despues de haber celebrado cortes en Monzon. Recibió el rey con mucho cariño y agasajo á sus sobrinos, y despues pasó con ellos al monasterio de Monserrate donde asistieron á la fiesta de la Purificacion con toda ceremonia. De Barcelona á donde regresaron en seguida, partieron juntos á Valencia donde nunca habia estado el rey, y tuvieron un magnífico recibimiento. En seguida se dirigieron á Madrid donde se hallaba á la sazon la corte.

No dejó de dar que pensar la venida de los archiduques, y sobre todo la circunstancia de ser llamados por Felipe. Todos la consideraron como una consecuencia de lo disgustado que se hallaba con su hijo. A falta de este príncipe, eran herederos de Felipe los austriacos. Tal vez quiso el rey ponerse al abrigo de toda contingencia, y examinar por sus ojos el mérito de dichos príncipes.

Otro viaje (1565) se verificó despues, que aunque iguatmente de familia, tampoco dejó de encerrar intereses de importancia. La reina de Francia, Catalina de Médicis, deseaba mucho ver á su hija la de España. Para satisfacer estos deseos, concertaron tener una entrevista en la frontera de ambos reinos. Debia de ser el rey tambien del viaje; mas no pudo acompañar á la reina que se puso en marcha en abril, acompañada de don Juan Manrique de Lara, su mayordomo mayor, de los duques de Alba, Infantado y Osuna, y otros grandes señores de importancia. Despues se les reunieron el cardenal arzobispo de Burgos, y los obispos de Calahorra y de Pamplona. Casi al mismo tiempo que la reina de España partió de Madrid, salió de Paris el rey Carlos de Francia con su madre, su hermano y lo mas florido de la corte. El rey y su madre llegaron á Vidasoa, donde recibieron á la reina Isabel con todas las demostraciones de alegría. De allí se la llevaron á Bayona donde se hicieron grandes fiestas, con todo el aparato, gala y magnificencia.

El verdadero fin de la entrevista era político, y la situacion del calvinismo en Francia no era el objeto menos importante. Inmediatamente que se vieron en Bayona, se dió principio á las conferencias, y para que fuesen mas secretas se abrió un paso de comunicacion entre las viviendas de ambas reinas, á fin de que pudiesen verse sin manifestarse en público. Habia dado el rey sus instrucciones al duque de Alba y á don Juan Manrique de Lara, mayordomo mayor de la reina, la que estaba prevenida de no hacer nada ni dar el menor paso sin el consejo de estas dos personas. Lo que se trató entre estos personajes fué un secreto; mas todos y los mismos calvinistas presumian que ellos eran el principal objeto de las conferencias. Se trató entre ellas en efecto, de los medios mas eficaces de acabar con ellos. Y á lo que definitivamente fué adoptado, algunos mas príncipes, que no habian concurrido á Bayona, se adhirieron. Tambien se trató en aquellas conferencias de la boda del príncipe don Carlos con Margarita de Valois, hermana de la reina doña Isabel, y de la del rey de Francia con la infanta doña Juana, ninguna de cuyas cosas tuvo efecto.

La reina doña Isabel se volvió á Madrid terminada que fué la conferencia. Para concluir lo que nos resta de referir de su persona, diremos que el año siguiente de 1566, dió á luz en Balsain, junto á Segovia, á una niña que fué llamada Isabel Clara Eugenia, y que en el de 1568, despues de haber malparido un niño de cinco meses,

le sobrevino una maligna calentura de que falleció al cabo de muy pocos dias.

De esta muerte, que fué objeto de sospechas y calumnias, diremos mas en adelante.

Por aquel tiempo habia promovido el rey alguna reforma en ciertas órdenes religiosas que habian caido en relajaciones y en abusos. Hacia entonces mucho ruido Santa Teresa de Jesús por la fundacion de la órden de carmelitas descalzos, mostrándose muy celosa en llevar adelante aquesta obra. De la reforma de las religiosas, pasó á la de los religiosos en virtud de la bula que alcanzó del papa en 18 de noviembre de 1568. La ayudaron mucho en estas tareas varios religiosos penetrados de su espíritu, entre ellos san Juan de la Cruz, Fr. José de Cristo, Fr. Antonio de Jesús, Fr. Jerónimo Gracian, y otros que son bien conocidos por sus cartas. Con motivo de estas reformas, se hicieron otras en los mercenarios, trinitarios y agustinos.

Los nombres de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio lucirán mucho en el curso de esta historia. El del príncipe don Carlos estaba destinado á otro género de fama. Sobre pocos personajes se han emitido juicios mas diversos, y se ha ejercido mas lo que puede designarse con el nombre de pasion de historiadores. Circunspectos nosotros en un punto tan de suyo delicado y escabroso, seremos muy sobrios de palabras y circunscribiéndonos solamente á lo que resulte ser verdad con el conocimiento de los hechos. Concuerdan los españoles en pintar á este príncipe como flojo, desaplicado, de poca capacidad, caprichoso hasta rayar en maniático, de una edu-educacion muy limitada, mientras los muchos extranjeros le atribuyen cualidades opuestas, nobleza y elevacion de sentimientos, y sobre todo las mas vivas simpatías hácia la suerte de los habitantes de los Paises-Bajos. A estos sentimientos é ideas tan diversas de las de su padre atribuyen el odio de que fué objeto para este monarca, sus padecimientos, sus persecuciones y temprana muerte. Para hacerle enteramente un personaje de romances suponen que este odio de Felipe no procedia solamente de incompatibilidad de principios y opiniones, sino de celos por la inteligencia secreta en que se suponia al príncipe con su madrastra. Y estos amores y la catástrofe que se supone produjeron, han dado alimento á las plumas de los historiadores como de los poetas, sobre todo de los dramatistas (1).

(1) Don Carlos, es una de las principales tragedias del célebre Schiller. A ser cierto lo que pone el autor en boca de su héroe, no hay lágrimas bastantes con que lamentar la suerte de un príncipe



S^{TA} TERESA DE JESÚS

Que el príncipe don Carlos haya sido un jóven desaplicado, obstinado, caprichoso, y de muy mal carácter, nada tiene de inverosímil, ni hay motivo de rechazar el testimonio de tantos historiadores que lo afirman. Que su educacion hubiese sido completamente descuidada, tampoco es un fenómeno. Hay que tener presente que los años mas preciosos para la enseñanza, sobre todo de la moral, los pasó fuera de la vista de su padre. Tal vez la princesa doña Juana no tenia el suficiente carácter y firmeza de ánimo para refrenarle. Es un hecho que habia disgustos y desavenencias entre la tia y el sobrino, y que el emperador cuando le vió en Valladolid en su paso para el monasterio de Yuste, quedó muy descontento de su conversacion y sus modales. Si es así, si el rey Felipe II no veia en la persona de su hijo las prendas y capacidad que naturalmente deseaba en su heredero, si tal vez fueron infructuosos los esfuerzos que hizo para corregirle y mejorarle, no es extraño que en su carácter severo no luciesen grandes sentimientos de cariño hácia un hijo que le daba tan pocas esperanzas.

¿Cuáles eran las ideas de don Carlos acerca de los Paises-Bajos? ¿Cuáles eran sus principios sobre el modo de gobierno que les convenia? Son muy difíciles de dilucidar aquestos puntos, ni es probable que en la cabeza tan poco madura de este príncipe, cupiesen proyectos bien serios y bien meditados, sobre todo en materias de política. Que trataba de ir á Flandes, que tenia el mayor interés en hacer este viaje, que se creia la persona mas á propósito en Flandes en el estado de agitacion en que aquellas regiones se encontraban, es histórico, confesado por los españoles. ¿Nació de él la idea? ¿No seria natural que le hubiese sido sugerida por enemigos de su padre? Si al ser este sabedor de su proyecto aprendió ó le fué apuntado por alguno que su hijo desaprobaba el sistema de gobierno que en los Paises-Bajos se seguia, y sobre todo que sus principios de religion no participaban de la inflexibilidad de los suyos; ¿se admirará nadie de que la frialdad que hemos establecido en la primera hipótesis, llegase á ser antipatía?

Pasemos al punto mas delicado y espinoso. El matrimonio del príncipe don Carlos con Isabel de Valois hija de Enrique II, fué un artículo del tratado de Chateau-Cambressis convenido y firmado por

---

tan desgraciado y benemérito. Es imposible pintar con colores mas negros á Felipe. La pieza interesa, pero no es verdadera. Habrá algunos toques fieles de la época; mas á excepcion del personaje del duque de Alba, hay exageracion y hasta desfiguramiento en todo lo demás.

entrambas partes. Los dos novios eran con corta diferencia de una misma edad, y aunque no se habian visto, es probable que tuviesen sus retratos. Antes de terminarse completamente las negociaciones, ocurrió la muerte de María, reina de Inglaterra, y Felipe II, al verse viudo, pretendió reemplazar á su hijo en el lance concertado. No fué un cambio que se le propuso; fué una sustitucion pedida, solicitada por el mismo, á que accedió el de Francia. La princesa Isabel era hermosa, amable y agraciada, y la prisa que se dió para solicitarla el rey de España, muestra bien que su posesion era á sus ojos de gran precio. ¿Seria pues extraño que el príncipe á quien se supone un jóven de pasiones fuertes, en todo el fuego de la primera edad, halagado desde un principio con la idea de la princesa, mirase en su padre el usurpador de su felicidad, y que el padre á quien no serian desconocidos estos sentimientos, considerase al hijo por lo menos como un rival, suponiendo que la reina misma no tomase parte alguna y fuese del todo indiferente y hasta ignorante de lo que pasaba por don Carlos? Todo es natural y verosímil. Los historiadores españoles nada dicen sobre el particular; mas su silencio no es una prueba de que no sea cierto, porque aunque lo fuese, no se hubiesen atrevido á publicarlo. Algunos de los extranjeros lo aseguran y llegan hasta asentar que era recíproco el amor de la reina hácia el hijastro. De todos modos aparecen pruebas y suficientes razones para explicar el desvío, las prevenciones y hasta el odio mutuo que existia entre Felipe II y el príncipe don Carlos. Los cortesanos, los historiadores de la época naturalmente habian de dar la razon al padre contra el hijo.

A ser ciertos muchos de los rasgos que algunos de ellos nos presentan de las extravagancias de este príncipe, se le debe suponer en un estado de demencia, y esto prueba que algun despecho violento, que alguna fuerte irritacion daba motivo á estos excesos. Se dice que una de sus diversiones favoritas era andarse de noche medio desnudo por las calles, y que en una ocasion habiéndole caido desde una ventana alguna cosa nada limpia, mandó en arrebato de cólera á uno de sus criados entrar en la casa, ponerla fuego y matar á cuantos habia dentro, órden que el criado se excusó de obedecer, alegando que estaban administrando el viático á un enfermo. En otra ocasion, pareciéndole que le estaban algo estrechos unos botines que acababan de traerle, los hizo pedazos menudos, obligando al zapatero que se los trajo á comerse algunos, y dando además un

bofeton á don Pedro Manuel, oficial de la cámara, por haberlos encargado así de órden de su padre. Otra vez por no haber acudido pronto don Alfonso de Córdoba, hermano del marqués de las Navas, á su llamamiento, cogió al gentil-hombre en sus brazos, jurando que le iba á arrojar por la ventana; amenaza que trataba de llevar á efecto cuando á los gritos de don Alonso acudieron algunos criados á salvarle. Un cómico, de los que llaman de la legua llamado Cisneros, salió desterrado de Madrid de órden del presidente Espinosa, y alegó este motivo al príncipe para no hacer papel en una pieza que don Carlos deseaba se representase en su casa. La primera ocasion que el príncipe vió al presidente, asiéndole con la mano izquierda y sacando un puñal con la derecha le dijo: ¡Con que no quereis permitir que Cisneros venga á mi servicio! Por vida de mi padre que os voy á matar en este mismo instante; mas habiéndosele puesto el otro de rodillas, lleno de turbacion y de terror le pidió perdon en términos que se ablandó y al fin le soltó el príncipe. Hallándose un dia en un bosque con su ayo don García de Toledo, porque este caballero trató de hacerle reconvenciones sobre su conducta, trató de apuñarle, lo que evitó don García huyendo á poner la cosa en noticia de su padre. Su conducta con el duque de Alba fué en el mas alto grado reprensible. Habiendo ido á despedirse del príncipe para partirse á los Paises-Bajos, le dijo este que solo á él pertenecia el encargo de ir á pacificar aquel pais, y que arrancaria la vida al que tratase de estorbárselo. Trató el duque de sosegarle, pero montando cada vez Carlos mas en cólera, sacó la daga y arremetió con ella al duque, quien se vió precisado á usar de su fuerza y de la de los demás que á sus voces acudieron para salir de aquel apuro.

Tales son los excesos que los historiadores de aquel tiempo refieren de don Carlos, todos sin duda muy dignos de castigo; algunos improbables, como el último y el del presidente Espinosa, pues no es creible que un monarca tan severo como Felipe, no hubiese castigado de un modo ejemplar semejantes atentados contra la misma dignidad y autoridad de su persona. Por último, llegó á sus oidos la noticia de que el príncipe trataba de escaparse á los Paises-Bajos, y que habia escrito cartas á varios príncipes de Europa pidiéndoles proteccion contra el mal trato de su padre. El director de correos le dió avisos de que se habian pedido postas para el príncipe. Trató entonces el rey de apoderarse de la persona de don Carlos. La no-

che del 18 de enero de 1568, se presentó en su cuarto acompañado de varios personajes de su corte entre otros del príncipe de Evoli y el duque de Feria; se apoderó de sus papeles y de sus armas, sin dejarle ningun instrumento con que pudiese hacerse daño, y se marchó en seguida asignándole su aposento por prision, y encargando rigoroso confinamiento al cuidado de los mismos grandes. Se señalaron seis familias principales para hacer este servicio, y de ellas dos personas velaban al príncipe á todas horas del dia y de la noche.

Así quedó preso el príncipe don Carlos. Hasta este acontecimiento, están casi de acuerdo los historiadores, tanto naturales como extraños. En lo que sigue se encuentran importantes variaciones. En cuanto á los primeros, ningun historiador habla de que se le hubiese formado causa, ni instruido averiguacion de clase alguna, sobre todo públicamente ó sea de oficio. Todos consideran esta medida como simplemente preventiva y correctiva. Si se tomó con este último objeto, produjo un resultado contrario al que se deseaba. En lugar de entrar en sí, y de refrenar la impetuosidad de su carácter, adquirió nueva irritacion y subieron de punto sus caprichos con el confinamiento. Pasaba dias enteros vagando desnudo por sus habitaciones sin querer comer, desquitándose despues en la intemperancia y voracidad que eran consiguientes. Era su delicia beber agua de nieve á todas horas, comer fruta verde, llevarse á su misma cama el hielo; síntomas todos del exceso de bílis que le consumia. Tan insensato régimen produjo sus efectos. Rechazó toda clase de alimentos saludables y aun las medicinas que le administraban para su estómago estragado, y habiéndose apoderado de él una calentura muy maligna, le anunciaron que se hallaba muy próxima su muerte. Dió entonces muestra don Carlos de volver á mejores sentimientos; deseó ver á su padre á quien pidió perdon y cuya bendicion obtuvo, y despues de haber recibido los sacramentos murió en la noche del 24 al 25 de julio del mismo año de 1568.

Adolece este relato del mismo carácter de exageracion que se nota en el de las extravagancias del príncipe antes de tomar su padre la providencia de encerrarle. No se concibe como encomendada su guardia á personas tan distinguidas y celosas, y con instrucciones tan particulares sobre el modo con que habian de conducirse, se permitia al príncipe una conducta que arguye un gran descuido por parte de sus guardadores. Tal es la de andar vagando desnudo

por sus habitaciones, la de ocultar nieve en su cama, y otros mas rasgos propios solo de un demente. Se puede sospechar que no atreviéndose ó mas bien no queriendo descubrir la verdad, trataron de cubrirla con el velo de esta clase de locura, dando toda la culpa al mas débil, al que habia sucumbido. Sin embargo, entre ellos se hallaba Cabrera, criado de la casa que asegura haber sido testigo ocular de todos los hechos que se refieren.

Una gran parte de historiadores extraños dicen que tan luego como fué preso el príncipe don Carlos, pasó su padre relacion de todo á la Inquisicion, donde desde aquel punto comenzó á formársele el proceso; que dicho tribunal, enemigo de la persona del príncipe por lo sospechosos que eran sus principios y sentimientos de católico, se mostró inexonerable hasta el punto de condenarle á muerte. Que se la presentaron al rey, quien fluctuó entre los sentimientos de padre y los que como rey católico debia al culto de Dios y de su conciencia; que se mantuvo algunos dias en esta cruel incertidumbre; que los inquisidores y personas graves de su consejo le hicieron presente su deber de mostrarse superior en semejantes casos á los sentimientos de la naturaleza; que al fin firmó el monarca la sentencia que se la comunicaron al príncipe á quien se dejó la eleccion del género de muerte, representándole en pinturas las varias entre las que tenia libertad de decidirse; que causó esta noticia en el príncipe una profunda impresion hasta el punto de prorumpir en execraciones contra su padre, tomando todos los ademanes de furioso; que permaneció en este estado algunos dias, por lo que no quisieron llevar adelante la sentencia por no exponer su salvacion, hallándose mal preparado; que al fin lograron calmarle é inspirarle sentimientos de resignacion, y que despues de recibidos los sacramentos con muestras de arrepentimiento y de piedad, cumplieron la sentencia de muerte dándosela por medio de veneno.

Todo esto pudo ser muy bien imaginado, mas no es cierto. Al príncipe don Carlos no se le formó proceso á lo menos, no fué su muerte efecto de la sentencia de un tribunal privado ó público. No intervino en el asunto la Inquisicion como algunos historiadores lo escribieron, como tal vez para la generalidad se admite hoy dia. Segun Llorente que estaba en el caso de conocer estas materias muy á fondo, se reduce todo el proceso que medió en el asunto á que el rey encargó el negocio á una junta ó comision formada á Doch entre cuyas personas figuraba don Diego Espinosa, presidente del

Consejo y Ruy Gomez de Silva príncipe de Eboli á quien estaba encomendada la custodia de don Carlos. No se tomó declaracion ni confesion al presunto reo, y solo se atuvieron los jueces en las actuaciones al exámen de las cartas y papeles que le habian cogido. Les parecia tan grave la materia, tan fulminantes los cargos que de sí arrojaba, que tuvieron aquella causa como de muerte para el jóven príncipe. No atreviéndose pues á pasar mas adelante, se lo comunicaron à su padre, haciéndole ver al mismo tiempo que lo elevado de la persona del reo y otras circunstancias particulares podrian influir en la mitigacion de aquella pena, dado el caso que fuese su voluntad de que el proceso pasase por sus trámites legales. Respondió el rey que aunque con extrema repugnancia y reprimiendo los sentimientos de su corazon, no le permitia su conciencia mostrarse indulgente con su hijo de cuya capacidad, falta de instruccion, mala conducta é inclinaciones tan perversas no podian menos de seguirse grandes perjuicios en el reino. Añadió sin embargo que en el estado á que la enfermedad le habia reducido, podrian conducirse las cosas de manera que sin escándalo ni detrimento del honor del príncipe se llegase á obtener el efecto deseado.

Mientras tanto se agravaban los males del príncipe don Carlos. La comision no pasó adelante en sus trabajos y no vino à conclusion alguna. Segun Cabrera escritor contemporánea, criado entonces de la casa, se administró al enfermo por su médico el doctor Olivares una purga que produjo malísimos efectos. Se anunció al príncipe la proximidad de su fin, y don Carlos manifestó oirla con bastante compostura, recibió resignado los sacramentos y en los momentos de su agonía manifestó deseos de ver y reconciliarse con su padre. Acudió este en efecto á la cabecera de su cama la noche misma de su fallecimiento, mas no atreviéndose á dejarse ver del enfermo temiendo causarle una impresion demasiado viva le echó su bendicion por encima de los hombros del príncipe Ruy Gomez de Silva que tenia delante, con lo cual se retiró lloroso à su aposento. A muy poco rato despues terminó la existencia del desventurado príncipe.

Segun el mismo Llorente hay motivos para creer que habiendo manifestado el rey deseos de que terminasen los dias de don Carlos, hicieron insinuaciones al doctor, quien con la administracion de la medicina se prestó á ser instrumento de la voluntad del Monar-

ca. De algunas frases y reticencias del historiador Cabrera se puede sospechar que hubo algun misterio en la purga, mas todo esto no puede pasar de conjeturas á que se da mas ó menos fuerza segun el modo de pensar, las opiniones ó partidos á que perternecen los lectores. Es posible que hubiese mediado una intencion torcida en la administracion del remedio: tambien es muy probable que con purga ó sin ella hubiese muerto un enfermo que se hallaba en tal estado de irritacion que habia echado á perder el estómago con varios excesos y á quien aquejaba tan ardiente calentura, en lo mas recio del estío. De todos modos, aparece claro bajo cualquiera hipótesis que don Carlos estaba condenado á no salir de su prision, y que acelerada ó no, fué autor de su muerte el mismo que lo habia sido de sus dias. De causa ó proceso no hubo mas que el incoado sin producir conclusion alguna. La Inquisicion no tuvo parte en el negocio si hemos de creer al mismo Llorente quien por el cargo que habia ejercido, debia saberlo muy á fondo. Por lo demás no es extraño que este suceso lamentable envuelto en sombras hubiese hecho en Europa tanto ruido y sido objeto de acusaciones é invectivas contra un rey poco querido de los principales católicos, objeto del odio de los protestantes. Así le acusaron muchos á boca llena de ser asesino de su hijo, y el príncipe de Orange le fulminó este cargo como cosa casi generalmente recibida entre sus correligionarios. Desde entonces fué don Carlos una especie de personaje poético en Enropa por las diversas composiciones tanto en verso como en prosa á que dió lugar no siendo pocos los dramas que á su trágico fin se consagraron. No es extraño que en todas estas producciones se desfigurase el carácter de don Carlos y pasase por mártir de sentimientos nobles, de proyectos generosos y hasta de tolerancia religiosa á los ojos de los que tanto aborrecian á su padre. De estos ejemplos hemos vistos muchos. Nada es mas comun que erigirse los hombres en ídolos de la muchedumbre sin mas motivo que haber sido objetos de persecucion para los que eran blanco de su odio.

Para concluir con este triste asunto añadiremos solo que de la muerte de don Carlos no se hizo ningun misterio en la corte de Felipe, que pasó como efecto simple de una enfermedad natural; comunicó la ocurrencia á todas las cortes extranjeras sin ningun rebozo; por último que las exequias fueron públicas con todos los honores, solemnidad y pompa corespondientes al heredero de la monarquía.

Tal fué el fin del príncipe don Carlos hijo, único varon entonces de Felipe. Sobre este suceso no haremos comentarios. Si atendemos al carácter y circunstancias de los dos personajes principales de este drama, á la índole de aquellos tiempos, á la reserva que era indispensable á sus historiadores, pocos puntos hay en todas sus relaciones que sean mas susceptibles de reparos. Mas dejaremos las cosas en su obscuridad y á la falta de datos, corresponderá la misma escasez de conjeturas. Mas cualesquiera que hayan sido los principales resortes de aquella máquina, aparece claro que no medió proceso, que el príncipe murió de enfermedad, sobre todo que no intervino en nada el tribunal de la Inquisicion como se ha hecho ver sobre las tablas del teatro (1.)

(1) Véase la citada pieza de Schiller. En la última escena entrega Felipe II á su hijo en manos del inquisidor general diciéndole: Cardenal, he cumplido con mi deber; cumplid ahora con el vuestro.

CAPÍTULO XXVI.

Fundacion del monasterio del Escorial. (1563.)

La serie y enlace de ciertos acontecimientos nos han hecho dejar atrás otros de data mas antigua, y otra cosa no puede ser en una historia que los abraza de un órden tan diverso. La observancia con vigor del cronológico produciria una relacion de cosas inconexas que sin presentar ningun interés confundiria al lector y fatigaria su atencion por lo mismo de estar tan dividida. No es la primera vez que hacemos esta observacion que no puede menos de ocurrir á cada paso. La muerte del príncipe don Carlos que nos condujo á lo que tuvimos que decir de su persona ocurrió en 1568. Cinco años antes tuvo principio la obra á cuya construccion consagramos este artículo; obra que constituye uno de los grandes episodios de la historia de Felipe II, aunque de un simple monasterio, imprime carácter en la fisonomía de un reinado tan fecundo en cosas grandes.

Se atribuye la fábrica del Escorial á un voto de Felipe durante la batalla de San Quintin, para que Dios le favoreciese en aquel lance; mas el rey no estaba en el campo de batalla, y sin duda ignoraba que se estuviese dando. Por otra parte habiendo tenido lugar en 1557, no se concibe que un rey tan religioso hubiese diferido el cumplimiento de su voto hasta el de 1563, hallándose en España desde 1559. Tambien se dice que labró este edificio para depositar en él los restos del emperador, segun lo habia encargado por su testamento. Ni en este testamento ni en su codicilo se encuentra

dicho encargo. Mas para erigir un grande y suntuoso mausoleo á Carlos V, no faltaban en España templos magníficos donde pudiera estar muy dignamente. No hay necesidad de buscar explicaciones á lo que se explica muy naturalmente. No era Felipe II el primer rey amigo de grandes monumentos de las artes. Concibió el proyecto de erigir un edificio digno del primer monarca de la cristiandad, al menos el mas rico de su siglo. Para unir su gusto por lo grande, con otras inclinaciones en él mas fuertes todavía, este gran edificio fué un convento.

Establecida la corte en Madrid, natural era que para este convento se escogiese un sitio cerca de la capital donde el rey pudiese inspeccionar su construccion sin descuidar las atenciones del gobierno. Consagrado el monasterio á una órden de religiosos, que no edificaban sus casas en poblado, habia que buscar un sitio solitario y algo agreste, y si se quiere inculto donde establecerle. La designacion del que efectivamente ocupa, parece una consecuencia de todos estos datos. Pais yermo, próximo á Madrid, buenas y abundantes aguas, inmensas canteras y demás materiales para la obra, casi á la mano, sitio calculado para el retiro y la contemplacion, era todo lo que podia apetecerse.

Decidido sobre poco mas ó menos el sitio de la fundacion, costó todavía gran trabajo el desmonte de terrenos y su desnivelacion para el asiento. Lo que hoy se llama el Escorial, es decir, el Escorial de Arriba donde el monasterio está situado, no era entonces mas que un terreno de jarales sin habitacion alguna, sin mas frecuentacion que el de la caza mayor que en estos parajes abundaba. Tuvo el rey tal empeño en llevar adelante su intencion con la mayor actividad que fué á alojarse en el Escorial que llaman de Abajo y de donde tomó su nombre el monasterio: allí permaneció varios dias sin ningun género de comodidad, y no solo él y los principales arquitectos sino tambien diferentes monjes que venian á hacer parte de la comunidad, pues primero hubo monjes que convento. En 23 de abril de 1563 se puso la primera piedra con toda la solemnidad posible, y veinte y un años despues, la última que fué en lo que se llama atrio de los reyes.

Es famoso el nombre de Juan de Toledo, y aun mas el de Juan de Herrera, su discípulo, arquitectos de la obra. Presentaron sus planos al rey, quien los aprobó con algunas pequeñas modificaciones, pues nada se hizo en el convento que no se sujetase antes al exámen y aprobacion de este monarca.



De una observacion nos haremos cargo ahora, ó por mejor decir, de un género de impugnacion que algunos han hecho á la creacion de este grandioso monumento. Con las sumas, dicen, que ha costado el Escorial, se pudieran haber construido muchísimos caminos y canales, fertilizado el pais de los alrededores, fomentado la agricultura, y acrecer en todo los desarrollos de la industria. Así será sin duda, mas si son de gran peso aquestos cargos, se deberian igualmente hacer á todos los monumentos de las nobles artes, erigidos en todas épocas en tantos puntos de la tierra. Se deberia declamar contra los que mandaron construir las pirámides de Egipto y tantos magníficos objetos del arte en aquella region, cuyos restos nos sorprenden todavía. Se deberia censurar á los romanos tan pródigos en la fabricacion de templos, de columnas, de estatuas, de otros mil objetos de grandeza y elegancia: se deberia vituperar á los atenienses que en tiempo de Pericles sacrificaron tan enormes sumas para aquel estado tan pequeño, á convertir su ciudad en un museo de todo género de preciosidades de las artes: se deberian, pues, condenar todas las profesiones, todas las ocupaciones y distracciones de los hombres que no tienen por objeto la adquisicion ó fomento de goces materiales. La proscripcion de los arquitectos, de los pintores, etc., se deberia extender á los poetas, á los historiadores, á los que cultivan todo género de literatura, y aun á los sabios que hacen descubrimientos sobre materias que no son de una aplicacion inmediata y práctica á las necesidades de la vida. Las cosas por probar mucho, prueban demasiado; la experiencia y el conocimiento del hombre demuestran suficientemente que el hombre no vive solo de goces y comodidades materiales; que hay placeres de imaginacion y de la mente; que la contemplacion de un objeto grande de las artes, puede ser mas agradable para muchos que el manjar mas delicado y regalado. Dejemos, pues, cuestiones que hoy dia son vanas y por consiguiente inútiles.

El Escorial es lo que es. Es un hecho su magnificencia, cualquiera que sea el género á que pertenezca. Pudiera haber sido otra cosa; pudiera otro personaje haber empleado las mismas sumas en una cosa de mas utilidad, de mas goces materiales, de mas felicidad para las clases pobres é indigentes; mas está ya hecho, y tal cual es atraerá siempre á los curiosos, y será objeto de agradable contemplacion, de asombro y de estudio para los hombres que saben lo que son las bellas artes, y aun para el vulgo que no está iniciado en sus secretos ó misterios.

No entraré en la cuestion de cuál es la forma de edificios y órden de arquitectura mas propio y adaptable al culto religioso. Cuando los cristianos empezaron á construir templos públicos, adoptaron con poca diferencia la forma de los que entonces existian. Algunos pasaron del culto de los dioses de la gentilidad al del Dios de los cristianos, así como es hoy en Constantinopla mezquita principal la antigua basílica de Santa Sofía donde tenian su silla ó por decir mejor su trono sus patriarcas. Grandes y magníficos fueron los templos de la antigüedad. En nada les cedieron los que con el nombre de góticos se erigieron en los tiempos que llaman de la Edad media.

¿Cuáles son mas propios del culto? Es cuestion de gusto y sobre todo del tiempo y de la época. En la de Felipe II habia resucitado la arquitectura antigua con el nombre de Greco-Romana. Hacia ya mas de medio siglo que habia llegado á su terminacion la grande iglesia de San Pedro. La construccion del monasterio del Escorial por el gusto gótico hubiera sido un completo anacronismo. La clase de su arquitectura no era, pues, materia de eleccion; en cuanto á su magnificencia y majestad estaba ya decidida. Dotados de tan poca inteligencia en artes, entramos con cierta repugnancia en este artículo consagrado al Escorial, sobre cuyo monumento hay además noticias tan extensas y tan circunstanciadas. Mas dejar de mencionarle en una historia del reinado de Felipe II, seria mostrar suma ignorancia, ó un sentimiento de desden hácia una obra tan magnífica.

No intentaremos describirla. Su primera impresion sobre todo en la parte exterior es de una cosa meramente grande. A proporcion que se observa y se examina, aparece una obra acabada y magnífica, donde la sencillez compite con la seriedad, con la pureza de las formas. En el templo brillan la suntuosidad y gala del arte en su mas alta perfeccion: donde quiera que la vista se fija, encuentra la grandeza, la elegancia mas correcta y el lujo á donde pueden ir las nobles artes.

En todo el edificio, en las partes grandes como en las pequeñas, en lo principal como en lo accesorio, se ve el mismo carácter, grabado el mismo sello. Es muy difícil examinar con alguna atencion, vagar por aquella escalera, aquellos claustros, sin que la imágen del fundador llegue á tomar parte en aquellas impresiones. Hay muchas cosas inanimadas puramente físicas que llevan completamente la impresion de las morales. Tal vez serán ilusiones de la fantasía;

mas nosotros tan avaros de su lenguaje y mucho mas tratándose de historia, no nos parece que nos alejamos de nuestro objeto haciendo ver que en el Escorial están identificados el carácter, el genio de Felipe, y que su sombra parece que vaga todavía por aquellas bóvedas.

El Escorial fué para Felipe II la ocupacion, el pasatiempo, la distraccion, las diversiones y placeres. Entre las atenciones del gobierno y el Escorial, se dividió completamente su existencia. Aquí fué como el arquitecto principal y el director de sus trabajos. Le veia formarse y crecer piedra por piedra. Cuando se lo permitian sus ocupaciones era el primer sobrestante de la obra. Que era hombre de gusto é inteligencia en las artes, lo prueban las mismas obras que se construian todas como en su presencia. El arquitecto, el pintor y el escultor, todos la sentian igualmente. Naturalmente habria padecido sus equivocaciones y sido á veces injusto con el mérito artístico; mas de estos errores nadie se liberta. Se puede sin embargo decir de él con muy marcadas excepciones que conoció el precio del servicio y fué magnífico en las recompensas.

La situacion de un rey como Felipe II que construia un edificio como el Escorial, era sin duda bajo este aspecto afortunada. Su gusto por las artes; su aficion á lo grande y lo magnífico, el amor propio de monarca, de hombre de poder, sus sentimientos religiosos, todo estaba al mismo tiempo satisfecho: todo se enlazaba, se apoyaba y convergia hácia un mismo centro. Los principales artistas hermoseaban lo que era objeto de su devocion, quizá le daban nuevo pábulo. La casa que segun su expresion construia para Dios, sin duda le hacia á sus ojos mas grande y mas poderoso.

Era un espectácalo singular que mientras en Francia, en Alemania, en los Paises-Bajos y en Escocia, se despojaban, se dilapidaban y hasta se destruian completamente tantos templos, se construyese uno tan grande y tan magnífico en España. Sin duda ocurrió á Felipe II muchas veces esta idea, y tal vez la de reparador en esta época de destruccion, redoblaba su entusiasmo. La fama de la construccion del Escorial era muy grande en Europa en aquel tiempo, bajo el aspecto religioso. Bajo el meramente artístico era un certámen á donde eran llamados los primeros genios de aquel tiempo. A todos los buscó y acogió Felipe dignamente, los de casa como los de fuera. Las mas sencillas construcciones eran obras maestras, donde lucia la correccion del dibujo, la elegancia de las for-

mas. Los meros estantes de libros, los cajones de la sacristía, la cosa mas sencilla llama la atencion. ¿Y cuántos artistas no fueron necesarios para llenar y enriquecer aquella vasta mole de sus producciones? Asi el Escorial era hace poco uno de los primeros museos de la Europa. Algo ha desmerecido en estos últimos años sobre todo en pintura, cuyos cuadros mas preciosos han sido llevados á otra parte; mas prescindiendo de esta falta, es un grande y magnífico objeto de estudio para cualquiera que esté dotado de imaginacion y buen gusto.

Cualquiera que pudiese ser la satisfaccion del rey de España en la construccion del Escorial, debia de hallarse bien neutralizada con cuidados, inquietudes y disgustos. Precisamente por aquellos mismos años estallaban las guerras civiles en Francia, se conmovia de nuevo Escocia, se traducia en abiertos tumultos el disgusto de los Paises-Bajos, estaba el mismo rey empeñado en guerras con los moros de la costa de Africa, se preparaba la tempestad que iba á descargar su furia sobre Malta, y se presentaban anuncios de la rebelion de los moriscos de Granada. Con todos estos negocios, con todas estas regiones estaba mas ó menos enlazado el interés del rey de España. Es preciso recorrerlas todas para no dejar sin mencion nada de lo que pertenece á su reinado.

CAPITULO XXVII.

Estado de Francia.—Triunvirato.—Liga Hugonota.—Situacion de los dos partidos.—Desórdenes en Paris.—En las provincias.—Sublevacion de algunas.—Se toman las armas.—Estado de los ejércitos.—Estalla la guerra.—Sitio de Ruan.—Muerte del rey de Navarra.—Sitio de Orleans.—Asesinato del duque de Guisa.—Batalla de Dreux.—Treguas.—Renovacion de hostilidades.—Batalla de San Dionisio y muerte del condestable de Montmorency. (1561-1568).—Otra tregua.

No produjo, no podia producir el coloquio de Poissy, fusion ni aproximacion entre las doctrinas de los católicos y los hugonotes. Era bajo este aspecto una tentativa tan inútil como celebracion del Concilio en que se habian fundado tantas esperanzas. Tampoco habia introducido un espíritu de paz entre ambos partidos, el decreto de tolerancia que á favor de los hugonotes acababa de expedirse. A las sospechas de mala fe que cada uno abrigaba contra su contrario, se reunia la intolerancia que es tan comun en sectas rivales y contrarias, y á todo esto, el deseo de poder, la ambicion de la supremacía que por todos no se puede ejercer al mismo tiempo. En una época de minoría están mas abiertas las puertas á la ambicion, á los arrebatos, que en tiempos ordinarios. La reina Catalina de Médicis tenia mas astucia en su carácter y energía; los Guisas no poseian la misma influencia que otras veces, y aunque la ejerciesen, las cosas habian llegado á punto en que el rigor no era eficaz, ni la indulgencia remedio suficiente. Cada vez se manifestaba con signos mas visibles el odio y la intolerancia que animaban á los cató-

licos y á los hugonotes. En la masa del pueblo de Paris, predominaban los primeros. En algunas provincias, sobre todo del Mediodia, contaban mas votos los segundos. Eran muy comunes los denuestos y amenazas con que unos y otros se trataban mutuamente: tampoco eran raras las veces que venian á las manos y se exhalaba en violencias su celo religioso. Aqui eran los calvinistas interrumpidos en sus sermones, en sus cenas, en sus cánticos: allí se entraba á mano armada en las iglesias, donde se destruian todos los objetos del culto y se quebraban las imágenes. Fué profanada entre otras la de San Medardo de Paris, donde dentro de sus mismos muros se trabó una pelea que duró mas de media hora, con mucha efusion de sangre por entrabas partes. En una congregacion de calvinistas en Versy, en Champaña, entraron á mano armada los católicos, y sin respetar edad ni sexo, perecieron mas de sesenta personas por este acto de violencia. La mayor parte de estas violencias procedian de amenazas, de denuestos, de provocaciones por algunas de ambas partes. Las corporaciones meramente civiles como tribunales y municipalides participaban de la misma animosidad y la dejaban exhalarse en los actos mas comunes. Las provocaciones se reproducian por medio de la imprenta. Estaba inundado de folletos, la mayor parte de órden satírico, y las canciones populares en que sobresalen tanto los franceses no daban poco pábulo al ardor de la polémica.

En semejante estado de cosas, todos vieron lo inevitable de una guerra abierta. Solo á las armas tocaba decidir y fallar sobre esta gran contienda. Cada uno preparó las suyas y alistó sus fuerzas. Ya hemos dicho que los Guisas penetrados de lo grande del negocio, disponian medidas de accion y de vigor, y que el condestable de Montmorency, renunciando á todas sus relaciones con los calvinistas, se habia reunido francamente á su partido. Los Guisas, el condestable de Montmorency y el mariscal de San Andrés, formaron lo que se conoció despues con el nombre de Triunvirato. Formaron el proyecto de acabar el calvinismo en Francia por medio de las armas, unirse despues con los príncipes católicos de Alemania, para hacer lo mismo con los protestantes del Imperio. Ya entraban en sus cálculos las sumas cuantiosas de que podrian disponer con la confiscacion de los bienes de los señores calvinistas, y por este medio auxiliar mas eficazmente á los católicos de Alemania. El plan era grande y serio, formado bajo los auspicios y proteccion del rey

de España, quien por el órgano de su embajador ofrecia cooperar á él por todos medios.

Por los amaños de este embajador, recibió el Triunvirato un refuerzo en la persona de Antonio de Borbon Vendome, y que se titulaba rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret, representante de los derechos de sus antiguos reyes. Pertenecia este príncipe al partido calvinista; mas cambió por inconstancia de carácter, ó mas bien por promesas que se le habian hecho por el rey de España. Era el grande objeto de su ambicion poseer el cetro que habian empuñado los ascendientes de su esposa, para lo cual no omitia paso alguno que en su opinion podia serle conducente. Si no se le dió palabra de ceder la Navarra en su favor, se le hizo ver que se le indemnizaria con la isla de Cerdeña erigiéndola en reino en favor suyo. Mas lo que hubo de singular en este cambio de Antonio de Borbon, es que mientras se pasaba del bando hugonote al católico, se trasladaba su mujer de estas últimas filas á las otras.

Paris era el centro, el foco, el gran campo del catolicismo. La masa del pueblo aborrecia de muerte á los hugonotes, y en todas partes eran estos objeto de opresion y de violencia. Y eran tan enérgicos estos sentimientos, que los que se hallaban al frente de los negocios públicos, hallaron en ellos cuantos instrumentos se necesitaban para llevar adelante sus designios. Se trató de armar á los vecinos mas en estado de servir, y todos los llamados acudieron á la bandera con ardor y se equiparon á su costa. Temiéndose un efecto demasiado violento de la efervescencia popular, se mandó que todos los calvinistas reconocidos por tales saliesen en veinte y cuatro horas de Paris, bajo pena de muerte. A los meramente sospechados de herejía se les previno que se presentasen ante los delegados del arzobispo de Paris, y que allí abjurasen sus errores. El parlamento y la municipalidad estaban movidos de los mismos sentimientos. Por todas partes se extendian fórmulas de profesion de fe católica, y se removia de los cargos públicos á los sospechados de otros sentimientos. Se hallaba Paris tan lleno de entusiasmo, que se puede decir que era el pueblo el que imprimia el movimiento. El condestable de Montmorency mandaba las armas de la capital y de toda la provincia. Una noche que mandó tocar alarma para examinar el estado de vigilancia de la guardia cívica ó urbana, se halló que sin pérdida de instante acudieron todos á su puesto. De cincuenta mil hombres armados se podia disponer en sola una hora

al mas pequeño aviso. En pequeños y grandes, en todos era igual el entusiasmo.

Era el duque de Guisa el ídolo del pueblo de Paris, que le consideraba como el mas cumplido caballero, el mas valiente capitan, el campeon mas celoso de su culto. Era verdaderamente el jefe, el alma, el hombre de mas capacidad, de mas carácter y energía con que contaba el partido católico. Al frente del Triunvirato, es decir, de la liga católica, dirigia verdaderamente el gran movimiento social del que los destinos de la Francia dependian. Con él se entendian los principales jefes del partido: con él se consultaban los grandes negocios; á él se dirigian los embajadores de los príncipes católicos que promovian ó simpatizaban con su causa. Cuanto mas se acercaba el momento de una crisis, tanto mas necesaria y preciosa se consideraba su persona. Aunque no manejaba ostensiblemente las riendas del Estado, se hallaba la reina regente como abrumada del peso de su influencia y de su crédito.

Entabló entonces la reina una correspondencia secreta con el príncipe de Condé, hermano del rey de Navarra y jefe del partido opuesto, manifestando sentimientos de benevolencia y amistad á su persona, y lo agradecida que le estaba por su lealtad hácia la del rey que siempre conservaba. Respondió Condé que el mejor modo de no comprometer la autoridad del rey, era que se pasase con él á su partido como el solo que estaba animado verdaderamente de leales sentimientos; mas este era tambien un extremo que á la reina repugnaba. No queria echarse en brazos de un partido, sino dominarlos á todos, lo que era imposible en aquellas circunstancias. Para salir de este apuro, y por consejo del mismo príncipe de Condé, se salió de Paris y se retiró á Melun, llevándose consigo á su hijo, pareciéndole con este paso, manifestar que no tomaba parte en las violencias de los partidos. El ejército de los Guisas acampaba en las inmediaciones de Paris, mientras el príncipe de Condé reunió sus fuerzas para entrar en la capital á mano armada.

Se resintió el pueblo de Paris de la partida de la reina y del monarca, y le envió una diputacion diciéndola que su verdadero asilo era el seno de la capital, y ponerse á la cabeza de los católicos ardientes. La reina para manifestar que no tenia miedo á ninguno de los dos partidos se marchó á Fontainebleau con objeto de aguardar allí las proposiciones que los dos le hiciesen. Condé le ofrecia tomar á Orleans, y que allí se estableceria el centro del gobierno; mien-

tras el rey de Navarra la instaba á que volviese á Paris, donde le serian restituidas las riendas del gobierno. Mientras vacilaba Catalina, se presentó este último príncipe de repente en Fontainebleau, y la obligó á segirle á Paris en compañía de su hijo. A los dos dias de viaje se apearon en el Louvre, y desde entonces se vió Catalina á merced de la faccion católica, dependiente en un todo de su impulso.

La guerra iba á encenderse, y los campos estaban completamente divididos. Se hallaban en el católico el rey de Navarra, los Guisas, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés. En el hugonote figuraban el príncipe de Condé, el almirante Coligny, su hermano Andalet y el señor de la Rochefoucauld. Era el duque de Guisa el director, el alma del primero: la misma importancia ejercia el almirante en el segundo.

No se durmieron los calvinistas mientras tan hostiles se les mostraban los contrarios. Al tener noticia del Triunvirato y liga católica, la denunciaron al público, y formaron una confederacion hugonota en contraposicion á la primera. Se establecieron sus bases en un manifiesto que dieron al público, pues en ninguna época los partidos que agitar pueden un pais, hicieron mas uso de la imprenta. Manifestaron los hugonotes que se ligaban y armaban para libertar al rey y á la reina que estaban en el poder y servian de instrumentos de venganza á sus implacables enemigos, que no permitirian en su campo ni crímenes, ni vicios, ni impiedades de ninguna especie; que nombraban por su general al príncipe de Condé como el primero de la sangre real despues de Antonio de Navarra que estaba á la cabeza de sus enemigos; que no dejarian las armas de la mano hasta poner en libertad al rey y á la reina. y asegurar para siempre la libertad de conciencia para los de la reforma.

Se acompañó este manifiesto de un sinnúmero de firmas y se esparció profusamente en todas direcciones. Condé le remitió á la nobleza, á los príncipes luteranos del imperio, á la reina Isabel de Inglaterra, á todas las personas de fuera del reino que podian tener simpatías por su causa. El almirante Coligny que estaba en correspondencia con 2,150 iglesias protestantes les dirigió tambien el manifiesto. Calvino, Teodoro Beza y los demás apostoles calvinistas exhortaban á los ministros; los ministros al pueblo. En todos se difundia el entusiasmo y el fuego de la guerra que tomaba el color de religiosa.

A estas manifestaciones acompañaban profesiones de fe en que se ostentaban principios del mas puro cristianismo. Se veneraba el Evangelio, se adoptaban todos los dogmas que se tenian como de fe en los primitivos tiempos de la Iglesia. Se respetaban y acataban los pastores y ministros que distribuian á los fieles el pan de vida y el de la palabra; rechazaban como una profanacion la autoridad del papa; admitian la cena del Señor en un sentido verdadero; se manifestaban amigos de la paz, enemigos de la efusion de sangre y toda clase de desórdenes. Tenian un grande interés los calvinistas de Francia de purgarse de la acusacion que les hacian los luteranos de Alemania de tener puntos de contacto con los anabaptistas.

Todo estaba en movimiento. La reina Isabel de Inglaterra no podia mostrarse fria espectadora de la lucha. Diferia en mucho la organizacion de la iglesia anglicana á cuyo frente se habia puesto, de la calvinista; mas los Guisas, los principales católicos que los favorecian, eran sus implacables enemigos. En el príncipe de Condé no podia menos de ver un aliado natural, y bajo este concepto, ajustó con él un tratado prometiéndole dinero y gente que le mandó en efecto.

Por la misma razon se dirigió el Triunvirato al rey de España, tan interesado en el triunfo de su causa, pidiéndole socorro y que enviase á su frente al duque de Alba, debiendo de entrar por la parte de Bayona. Tambien se le pedia que hiciese saber á la reina de Inglaterra que cuantos socorros diese á los calvinistas de Francia, se considerarian como actos de hostilidad á su persona.

Se dirigia Condé con especialidad á los nobles del Mediodia sobre todo á los de Bearne, donde el calvinismo habia echado mas raices desde los principios. Es un hecho que era mayor el número de los nobles de su parcialidad que de la contraria, sea por esta misma causa, por el odio que inspirase el Triunvirato, ó por los odios antiguos que se conservaban hácia la corte que los habia despojado de tantos privilegios. Tambien es un hecho que los hugonotes comenzaron á bullir antes que se moviesen los católicos. Los principales jefes tomaban el título de *jefe del ejército, alzado en el reino en favor del rey y de la religion y bajo la autoridad del príncipe de Condé, protector y defensor de la corona y casa de Francia.*

Impuso mucho al Triunvirato el aspecto hostil y medidas de defensa y ataque adoptadas por los hugonotes. Antonio de Navarra volvió á dar síntomas de su carácter vacilante. Entró en algun cui-

dado el mismo duque de Guisa, tan resuelto campeon de su partido, é indujo á la reina á que renovase el edicto de tolerancia del culto calvinista, con excepcion de Paris y sus alrededores. Mas el príncipe de Condé manifestó que no podia hacer caso ni dar crédito á ningun decreto emanado del rey, mientras no estuviese libre su persona.

El aspecto de las hostilidades que se iban á romper arredraban sin duda á las personas moderadas de los dos partidos. La reina negociaba y ponia en juego los intereses y sentimientos de familia. Antonio de Navarra era hermano del príncipe de Condé: el condestable de Montmorency era tio del almirante. Hubo pues de parte á parte mensajes, negociaciones; se celebraron hasta entrevistas; mas todo fué inútil, y esto por dos causas: primera, que estaban todos de muy mala fe y eran objeto de sospechas mútuas: segunda, que la parte exaltada, que constituia la masa de los dos partidos, no queria convenir; unos porque veian en la guerra un cebo de ambicion y de codicia; otros por mero espíritu de fanatismo é intolerancia religiosa. Una gran porcion de extranjeros, sobre todo suizos y alemanes aventureros, soldados de fortuna, habian acudido sin distincion á las filas de uno y otro bando, y eran de los que mas rechazaban la idea de haber hecho un viaje tan inútilmente.

La masa popular de Paris no queria composicion de clase alguna y se tomaban cuantas precauciones militares eran necesarias. Se aumentaba la guardia cívica. Se preparaban cadenas para tender por las calles en caso de aproximacion del enemigo. El parlamento apoyaba y fomentaba estos arrebatos de entusiasmo. Llegó el momento de dar por inútil la via de negociacion, y se encendió la guerra: declaró el parlamento de Paris rebeldes y traidores hácia el rey, á los calvinistas que con las armas en la mano desconocian su autoridad manifestada por el órgano de su madre la reina regente. Respondieron los hugonotes á esta declaracion con otra, tratándoles de que tenian encadenada la voluntad del rey y de la reina. Porque en esta grande época de discusion y controversia todo eran manifiestos y acriminaciones mutuas de injusticias, opresiones y crueldades que además de consignarse á la imprenta, tambien se exponian en pinturas y manifiestos grabados.

Cuando estalló la guerra se hallaban preponderantes los hugonotes en varias provincias sobre todo las del Mediodia. Tenian á su devocion las ciudades de Blois, Angers, Saumur, Mans, Poitiers,

Bourges, Meaux, Rheims, Syon, Chalon, Orleans, el Havre de Gracia, Valencia y Montalban.

Tomó aquella guerra el carácter de encarnizamiento y de ferocidad que se encuentran en las religiosas; en las luchas de aquel tiempo se renovaron con frecuencia. No conocieron freno alguno los hugonotes en el pillaje de las iglesias católicas, en la destruccion de las imágenes y cuanto no podia ser objeto de codicia. Hasta los sepulcros mismos fueron profanados. No les iban en zaga los católicos en castigos, en suplicios que imponian á cuantos hugonotes caian en sus manos. Nunca es mas feroz el hombre como cuando cubre las crueldades con un velo religioso, y se dice vengador de la deidad que está ofendida.

Montluc y el baron de Ardrets, el primero del partido católico, y de los hugonotes el segundo, se distinguieron á un tiempo por sus atrocidades, hasta el punto de considerarse sus personas como representantes de las pasiones de su bando respectivo. Y de estas atrocidades se gloriaban, presentándolas como hazañas de su celo religioso. Se presentaba el primero acompañado siempre de dos verdugos que se llamaban sus lacayos, daban los suyos al segundo el nombre de *Toro* porque con sus astas embestia y despedazaba cuanto se le ponia por delante.

Además de los aventureros extranjeros de que hemos hablado, entraban tropas armadas en favor de uno y otro bando. Se movieron por la frontera de Italia seis mil hombres entre italianos y españoles que enviaba el duque de Milan por disposicion del rey de de España. Habia declarado el nuevo papa Pio V religiosa aquella guerra, considerando á los hugonotes bajo el mismo aspecto que los antiguos albigenses.

La reina regente se manifestaba entonces muy adicta al partido católico; sea de corazon, sea impulsada por la necesidad, ó por la idea política que mas le dominaba en aquellas circunstancias. El duque de Guisa con la declaracion de la guerra se hallaba como en su elemento. Como el alma, como la cabeza y hasta el brazo derecho de su parcialidad, se le consideraba y respetaba.

Su primera operacion fué sobre Normandía, con objeto de oponerse de mas cerca al desembarco de las tropas que enviaba la reina de Inglaterra. Emprendió con las suyas el sitio de Ruan donde entró con alguna resistencia, haciéndose gran matanza en sus defensores y vecinos, y en cuantos eran acusados de hugonotes. La

misma reina regente asistió al sitio y á la toma de la plaza. Murió delante de sus muros de un balazo de arcabuz, Antonio de Borbon, rey de Navarra, personaje de poco mérito y que no fué sentido de ninguno de los partidos. Dejó este príncipe por sucesor á su hijo Enrique, príncipe de Bearne, que tomó el título de rey de Navarra y fué con el tiempo el famoso Enrique IV, primer monarca de la casa de Borbon que reinó en Francia.

Los protestantes perdieron en seguida á Blois, y el príncipe de Condé creyó poder reparar esta pérdida acercándose con su ejército á Paris, mas sin efecto. Tomar la plaza á fuerza de armas era un imposible; intimidarla, una quimera. Estaban los parisienses demasiado entusiasmados á favor de su partido para que les impusiese la presencia del jefe de los hugonotes. Al contrario, se rieron de lo que llamaban su fanfarronada, y le manifestaron que le miraban con desprecio.

Cada uno de los dos partidos recibió refuerzos extranjeros de hombres y dinero. En vano los hombres moderados de los dos tentaron nuevas vias de negociacion: los violentos y exaltados que eran los mas, arrastraban á los menos. Prevalecia en muchos el sentimiento y aun el horror á una discordia que impelia al hermano á derramar la sangre del hermano: los mas se dejaban arrastrar por este instinto brutal de sangre y de venganza, consecuencia natural del fanatismo religioso. En las llanuras de Dreux se dió entre los dos partidos una batalla sangrienta y encarnizada que duró ocho horas, mostrándose por entrambos el mayor denuedo. Quedaron en ella prisioneros el condestable de Montmorency, el duque de Nevers y el mariscal de San Andrés de los católicos, y el príncipe de Condé de los contrarios. En la opinion comun quedó la victoria á favor de los católicos; mas el hecho es que fué celebrado al mismo tiempo que en Paris, en Orleans, que se consideraba como la corte de los hugonotes.

Cualquiera que hubiese sido el partido vencedor, no fué la de Dreux una batalla decisiva. En lugar de preparar la paz, fué un motivo de encender mas la guerra. El duque de Guisa que era del partido extremo, viéndose sin la concurrencia del rey de Navarra y del Condestable, se hizo omnipotente y dominó como quiso los consejos de la reina. En el campo calvinista á falta del príncipe de Condé que era moderado, quedó el mando en Colingy y en Ande-

lot, del partido de Ginebra, que con nada se contentaban si no quedaban del todo dominantes.

Fué recibido el duque de Guisa en Paris como un vencedor en triunfo, con repique de campanas, salvas de artillería, rodeado de la muchedumbre frenética de que era el ídolo, que sus proezas ensalzaban. Quedó como abrumada la reina Catalina bajo el ascendiente de su preponderancia. Llegó á pedirle el duque de Guisa una patente de mariscal de Francia con el nombre en blanco para llenarle con el de la persona que mejor le pareciese, con otros mas de dignidades inferiores. Con el duque de Guisa se entendia todo el mundo, y en especialidad los embajadores de los príncipes católicos, que se interesaban y protegian su partido.

El duque de Guisa marchó poco despues á Orleans á poner el sitio de esta plaza. Delante de sus muros le aguardaba el puñal de un asesino que le hirió por la espalda mientras se hallaba el de Guisa ocupado en expugnar sus arrabales. Pasaba Juan Poltron por pertenecer á la servidumbre del almirante de Coligny, y aun acusó á este de haber inflamado el fanatismo del asesino por medio de agentes que le presentaron la accion como la mas grande y meritoria.

El golpe fué mortal; mas el duque no espiró hasta al cabo de tres dias que empleó en tomar disposiciones, hacer su testamento, y prepararse á la muerte como buen cristiano.

Fué este asesinato como un trueno para su partido; aun el contrario quedó como asombrado. Se levantó inmediatamente el sitio de Orleans, y quedaron como suspendidas y paralizadas las hostilidades.

Recibió Paris con un duelo universal los restos del que pocos dias antes habia sido objeto de tanto regocijo y entusiasmo. Se cubrieron de negro todas las iglesias, todas las corporaciones y comunidades salieron á recibir su cadáver, y con toda la pompa imaginable en tales casos fué acompañado á la catedral el carro fúnebre en todos los templos de la capital. A un mismo tiempo se celebraron sus exequias. Era Francisco duque de Guisa un gran personaje, como capitan, como político, sobre todo como hombre de partido. Nació sin duda para la revolucion y convulsiones en que hizo un papel tan distinguido. Sin su carácter dominante, sus grandes aspiraciones y energía acaso no hubiesen llegado las cosas tan á los extremos; y si las revueltas políticas se encendieron con el

tiempo con un furor nuevo, fué tal vez porque dejó un hijo heredero de su audacia y de su genio.

Por el pronto se presentó su muerte como un medio de negociacion para el partido moderado. Era ya un obstáculo menos para llegar al objeto que tanto apetecia. No era difícil traer á un punto de conciliacion al condestable de Montmorency y al príncipe de Condé que se hallaban prisioneros. Se les puso en libertad, para atender mejor á las negociaciones. El grande objeto á que se aspiraba era la reconciliacion de la familia de los Guisas con la del almirante; mas se oponia á ello el proceso que se seguia en el parlamento de Paris, sobre el asesinato del duque, en que resultaba objeto de acusaciones el segundo. Al fin se vencieron mil dificultades; y en mayo de 1563 se publicó una tregua en que los dos partidos deponian las armas, en que se declaraba á todos buenos franceses, igualmente leales servidores del rey, y se renovaba el edicto de tolerancia del culto calvinista.

Habia sido la reina el agente y resorte principal de todas estas transacciones. Con una mano halagaba á Condé, á Coligny y á los de su partido, y con la otra á los huérfanos de Guisa. Para dar estabilidad á los negocios y quitar pretextos de ambicion á las facciones, se habia creido un gran expediente declarar al rey mayor, apenas entrado en catorce años. Mas habia echado el mal raices demasiado profundas, para que se le curase con semejantes paliativos.

Procedia mas bien la tregua de cansancio y de horror á la guerra que del verdadero sentimiento de paz y de concordia. La mas mala fe reinaba por entrambas partes. Ni los hugonotes podian ser objeto de amistad para la corte, ni sus jefes mirar sin desconfianza á los que se mostraban tan condescendientes tan solo por la fuerza de las circunstancias. El proceso seguido en el parlamento sobre el asesinato del duque de Guisa, llegó á sobreseerse despues de diferentes altercados; mas Coligny era hombre del partido extremo, y el duque de Guisa habia dejado hijos que se le parecian. Era por otra parte un error el pensar que la reconciliacion de las cabezas de partido produciria concordia entre las masas. No habia llegado el tiempo de bastante ilustracion para que pudiesen existir unidas dos religiones de una misma creencia, siendo de un carácter de culto tan diverso. Se mostraban los católicos de Paris intolerantes y enemigos encarnizados de los hugonotes como núnca. Los calvi-

nistas les pagaban hasta con usura la animosidad, y como sabian que eran los menos, estaban trabajados de inquietudes y temores de verse un dia víctimas de alguna traicion ó golpe imprevisto por parte de sus enemigos. El príncipe de Condé y Coligny recibian á cada momento noticias de sus secretos planes de exterminio. La intolerancia religiosa, los agravios recibidos, los odios de partido, todo contribuia á hacer la paz y tregua de menos seguridad que la hostilidad abierta. El partido moderado procedia con la mayor circunspeccion para evitar una ruptura, mas esto mismo probaba lo eminente que era. A las autoridades de los pueblos donde los hugonotes dominaban se les prescribia que se observasen en toda su plenitud los tratados existentes y el decreto relativo á tolerancia: donde eran los menos, se mandaba se procediese con la mayor circunspeccion por no ofender la susceptibilidad de los católicos, por no provocar actos de violencia.

La reina Catalina tan activa y hábil en neutralizar mutuamente las facciones á fin de no ser dominada por ninguna, que se veia libre del crédito de un hombre tan poderoso como Guisa, naturalmente propendia á inutilizar en todo lo posible la influencia del príncipe de Condé, del almirante y sus amigos. Y por mucho que se quiera suponer que se movia por motivos puramente mundanos y políticos, algo hay que atribuir á sus creencias religiosas. La regente era católica, sobrina de un pontífice, y en un equilibrio de otros intereses debia de inclinarse á trabajar en la destruccion del calvinismo. El rey de España, el papa, los príncipes católicos trabajaban de consuno en esta grande obra de la extirpacion de la herejía, y para Felipe II fué el gran negocio de toda su existencia. Ya hemos hablado del viaje á Bayona de la reina y del rey de Francia con objeto de tener una entrevista allí con la corte de España. Hizo el mismo viaje la reina Isabel, y aunque Felipe no pudo acompañarla, envió al duque de Alba quien llevaba comision de hacer sus veces.

La conferencia tenia un objeto político y nadie lo ignoraba. El grande objeto era tratar de los medios de echar abajo el calvinismo. El rey Carlos IX se le mostraba muy contrario. Catalina se habia echado en brazos del partido católico, y estaba muy agriada por algunos libelos de que habia sido objeto por parte de los calvinistas. En el viaje habia hecho muchas observaciones sobre el estado del pais, y tomado medidas indirectas para disminuir las fuerzas ma-

teriales y morales de los disidentes. Por donde pasaba la corte se suspendian las predicaciones de los calvinistas, y en ninguna parte dejaba el rey de manifestar su horror al ver las cruces derribadas, imágenes mutiladas, y demás signos de devastacion religiosa por parte de los calvinistas.

El carácter de este jóven príncipe, apenas salido de la infancia, se desarrollaba de un modo fatal para el partido calvinista. La mas fuerte antipatía se manifestaba en todas sus palabras y hasta en los gestos mas insignificantes de la impaciencia con que sufria el decreto de la tolerancia actual de que gozaban. Al rey Felipe II mostraba la mas grande deferencia, y de todos sus actos y pasos le daba la mas exacta cuenta. Sin su madre y el partido moderado del consejo que soñaba siempre con una amalgama de las dos facciones, no hubiese guardado consideracion ninguna con los calvinistas.

Fueron estos los consejos que dió el duque de Alba en las conferencias de Bayona. No andarse en contemplaciones ni en tratados con los hugonotes: acabar con ellos á toda costa aunque valiéndose del exterminio. Los consejos que daba en Bayona, eran los mismos que iba á practicar en los Paises-Bajos. Era la opinion de todos los católicos celosos, la del pontífice, la del rey de España, de cuantos veian en los herejes los enemigos de Dios y de los tronos.

A la reina de Francia pareció muy violento y sobre todo sumamente peligroso este medio expedito de que hablaba el duque de Alba. Los calvinistas permanecian organizados y armados como en tiempo de la guerra. La misma suspicacia en que vivian con respecto á las intenciones de la corte redoblaba su cuidado y vigilancia. A las conferencias de Bayona habian dado toda su importancia; y los consejos del duque de Alba se los suponian. El príncipe de Condé á quien acusaba de flojo su partido y hasta de connivencia en los designios de la corte, se habia vuelto á poner al frente de los suyos, y representaba sus intereses en cuantas ocasiones se ofrecian. Coligny, á quien llamaban el papa de los calvinistas, su hermano Andelot y los demás jefes, removian y se preparaban para nuevas luchas. La imprenta producia libelos y sátiras de acusaciones y recriminaciones por una y otra parte, y la reina Catalina no era la que se llevaba la menor parte en estas producciones de censura.

El partido moderado trabajaba con mejores intenciones que definitivos resultados. En el mismo acto de la reconciliacion que pudie-

ron conseguir entre el cardenal de Lorena y el almirante de Coligny, no quiso dar á este la mano el hijo primogénito del duque de Guisa. Al salir de la asamblea dijo al almirante el duque d'Aumale otro de los hijos: «¡Coligny! En nada de lo que acaba de pasar he tomado parte alguna; te desafio á tí y á los tuyos por el asesinato de mi padre.»

Por ambos lados se preparaban á una ruptura de hostilidades. Los católicos se organizaban en cofradías en defensa de la religion contra los ataques de los calvinistas. En Paris revivia la antigua exaltacion y espíritu de intolerancia de que se habian dado ejemplos tan terribles. Cada dia se daba algun decreto que restringia mas ó menos las concesiones anteriores hechas á los hugonotes. Se hacian venir de los cantones católicos suizos 6,000 hombres; y las tropas del duque de Alba, que á la sazon se dirigia á los Paises-Bajos costeando la Francia, se presentaban en la opinion como instrumentos de los designios de la corte ó mas bien del rey de España, quien pasaba en la opinion, por director y dueño de los consejos del de Francia.

Los calvinistas creyeron en estas circunstancias que no habia un momento que perder, y por via de precaucion tomaron las armas los primeros. Los nobles dejaron sus castillos y se pusieron en actitud hostil antes que la corte tuviese noticia de sus disposiciones; tal era el secreto que en sus actos presidia. Su proyecto fué el que tuvieron en el principio de estas turbulencias cuando la conjuracion de Amboise; apoderarse de la persona del rey y llevársela á su campo. La corte se hallaba entonces en Monceaux sin tener la menor sospecha del designio. Mas al saberse que se acercaba el príncipe de Condé á la cabeza de cuatrocientos caballos, se determinó tomar inmediatamente el camino de Paris, pues en ninguna parte podia estar el rey mas al abrigo de los hugonotes. Se pusieron en efecto inmediatamente en marcha, mas como el príncipe seguia la pista, se acogieron en Meaux los suizos recien llegados, quienes formando el cuadro colocaron en medio á la corte y la condujeron con toda seguridad á Paris, sin que el príncipe de Condé se atreviese á hacer ninguna tentativa.

La guerra estaba declarada, y se habia vuelto á apelar al fallo de las armas. La campaña fué muy breve y no produjo mas que una batalla; la de San Dionisio, á dos leguas de Paris, tambien perdida por los calvinistas. Terminó en ella su larga vida de mas de

80 años el condestable de Montmorency, hombre muy leal en el partido católico, por principios y carácter; mas no de grande influencia en los negocios de la corte. Como capitan, no dejó gran fama, mas sí como soldado valiente y experimentado. Era ya demasiado viejo para aquella época de violencias en que se necesitaba de impetuosidad y de tanta dosis de energía. En la corte no fué muy sentido; en prueba de lo cual atribuyen á la reina regente el dicho de que tenia que dar gracias al cielo por dos cosas: la primera, porque Montmorency habia vengado al rey de sus enemigos: la segunda, porque los enemigos la habian libertado de Montmorency. Mas pasa este dicho por apócrifo.

Las tropas calvinistas se retiraron hácia la frontera de Alemania, con objeto de recibir los refuerzos que de aquellos paises aguardaban. Legaron en efecto, mas su primer paso fué pedir el pago de lo que se les debia. La caja del ejército hugonote estaba exhausta; mas lo que solo se ve en guerras de esta clase, todos los individuos sin exceptuar clase alguna, hasta los ínfimos sirvientes, escotaron para satisfacer el pago de los alemanes.

Mas la reina habia vuelto á sus sentimientos pacíficos, y la idea de los horrores de la guerra la asustó de nuevo. Para impedir que los soldados alemanes pasasen adelante, se trasladó ella misma al mismo campo de los calvinistas y volvió á abrir el campo de las negociaciones. Se ajustó entre unos y otros nueva tregua. Se ratificó otra vez el edicto de tolerancia, y se concedió á los hugonotes lo que pretendieron; mas sin mas garantías que las palabras del tratado. Es incomprensible que los calvinistas tan suspicaces, que habian tomado las armas los primeros, se retirasen ahora cada uno á su casa de un modo tan tranquilo. Mas sin duda se creian los mas débiles. No era el amor de la paz; era el cansancio, la imposibilidad de hacer la guerra, el alma de estos tratados y avenencias.

CAPÍTULO XXVIII.

Estado de Inglaterra.—De Escocia.—María Estuarda.—Su matrimonio con Enrique Darnley.—David Rizzio.—Asesinato de este.—Asesinato de Enrique Darnley.—Bothwell.—Rapto de la reina por Bothwell.—Se casan.—Insurreccion.—Vencida la reina.—Su vuelta á Edimburgo.—Su cautiverio y destronamiento.—Se escapa.—Vuelta á ser vencida.—Toma asilo en Inglaterra.

Se hallaba á la sazon en un estado de tranquilidad Inglaterra, gobernada por Isabel con casi tanto despotismo como por Enrique VIII, mas con mayor inteligencia. Organizadora de su nueva iglesia, del que era el jefe y la cabeza, tambien se mostraba celosa de su preponderancia y hasta perseguidora de los que se movian fuera de su gremio. Mas conocia demasiado la tendencia del partido católico de su pais, y sus relaciones con los príncipes de su creencia para no fomentar las disensiones que promovian las controversias religiosas. Así protegia con armas y dinero á los calvinistas de Francia, aunque no participaba de sus opiniones, y con el tiempo extendió la misma mano auxiliadora de los Paises-Bajos. Sabia que los príncipes de la liga católica la aborrecian de muerte: era natural que por derecho de defensa propia los tratase de hostilizar por cuantos medios se hallaban en sus manos.

La misma era su política en Escocia. Aquí, además de sus intereses como reina, mediaba un sentimiento personal, que era el de su rivalidad con María Estuarda. No se borraba de su memoria que esta princesa no solamente se consideraba como su heredera, sino

que habia querido suplantarla. Bajo muchos títulos era objeto de su aversion, y no dejaba de aprovecharse de cuantos medios se le podian ofrecer de hacerle daño. El odio de las dos reinas era mutuo; mas en la época á que aludimos vivian ambas en la mejor inteligencia, al menos aparente. La de Escocia habia quitado de sus armas los blasones de Inglaterra, é Isabel parecia haber dado al olvido de sus agravios.

La situacion de la reina de Escocia era singular y acaso única. Nacida y criada en la religion católica, educada por los Guisas, de cuyas máximas participaba, iniciada en todos los planes de acabar con la herejía, gobernaba un pais donde la misa que mandaba decir en su oratorio era objeto de censura y hasta de escándalo. Y no solamente se declamaba contra su religion de lo alto de los púlpitos, sino que los ministros mas celosos creian de su deber el pasar á su palacio á convertirla. Diferentes conferencias tuvo sobre el particular con el célebre Juan Knox, quien no ahorraba ni lo vehemente de la exhortacion ni lo duro de las expresiones. Mas la reina se mostraba indócil, y no cambió de religion á pesar del celo de tantos misioneros; desaire que no le perdonaron nunca, y que influyó en sus destinos mucho mas de lo que ella misma imaginaba.

Era inaugurar su reinado de una manera extraordinaria, y aunque sin duda no le faltaba capacidad en materias de gobierno, se podia presagiar las veces que en mar tan borrascoso perderia sus rumbos. Sus mismas cualidades personales presentaban un grande embarazo para gobernar un pais que se hallaba en aquellas circunstancias. Todos los historiadores de aquel tiempo están acordes en dar grandes elogios á su hermosura, á su gracia, á las brillantes prendas que la distinguian, á su gusto por la literatura de su tiempo, por las nobles artes, sobre todo por la música, y hasta á los dotes de su entendimiento. Se concibe cuántos disgustos la dieron alguna de estas cualidades, sobre todo en sus verdes años, las rivalidades á que darian lugar, no siendo la menos peligrosa la que excitaba sin duda en el corazon de la reina su vecina.

Viuda María en la flor de su juventud, natural era que pensase en contraer segundas nupcias. A pesar de las intrigas de Isabel que aparentó tomar grande interés en el asunto, y que indicaba varios novios con el designio de que María se quedase sin ninguno, se fijó esta en la persona de Enrique Darnley de su misma edad y familia, pues descendia de una rama colateral de los Estuardos. Fué este

enlace sumamente desgraciado, y el primer eslabon de todos los infortunios de María. Era Enrique tan hermoso y agraciado de figura, como falto de capacidad y buen carácter. La reina le colmaba de bondades, y se habia esforzado todo lo posible para adornar su título de rey que habia adquirido por su matrimonio de todo el esplendor que le hiciera respetable. Mas sea que el príncipe tuviese esto por insuficiente, sea que aspirase á manejar las riendas del estado, sea por efecto de su mal carácter, se mostró ingrato á las atenciones de la reina, y no la trataba con aquellas atenciones y obsequio que su superior rango requeria. María era de carácter bastante fuerte para tolerarlo con dulzura, y como sucede en semejantes casos subió de punto la amargura del resentimiento mutuo, por faltar la prudencia de ambas partes; hubo momentos de reconciliacion y vuelta de ternura; mas el mal carácter de Darnley, altivo, presuntuoso, prevalecia siempre en tales altercados. La reina era reina, y al fin se cansó de la sociedad de un hombre que ni le mostraba cariño como á mujer, ni respeto como á reina.

Tal vez habria mas causas para esta clase de ruptura. Es imposible penetrar ni registrar bien el laberinto de intrigas, de chismes, de embustes que por lo regular pululan en las cortes. El marido era de poco entendimiento, suspicaz, violento; la mujer era reina, llena de gracias y hermosura, no muy reservada en las palabras ni circunspecta en obras que se podian traducir siniestramente. Darnley que se veia privado de su confianza, que no estaba ya en su intimidad, concibió sospechas de tener un rival, y estas recayeron en un extranjero llamado David Rizzio.

Era este David Rizzio un italiano que habia llevado en su comitiva un embajador á Escocia. Poseia entre otras habilidades la de buen músico, y en esta capacidad se habia hecho distinguir en algunos conciertos dados á presencia de María. Habiendo agradado y considerándosele útil para los conciertos privados que se daban en la habitacion de esta princesa, pasó á la marcha del embajador á su servicio. Como además de su habilidad en la música poseia algunas lenguas extranjeras, le hizo María su secretario particular para su correspondencia con Francia y otras partes. Le daba este cargo de confianza ocasiones de entrar frecuentemente en el despacho de la reina, quien le trataba con cierta familiaridad creyéndolo tal vez de poca consecuencia; mas algunos cortesanos llevaban esto muy á mal y se indignaban de ver á este extranjero de baja ex-



MARIA STUARDO

traccion llevar pliegos á la firma de la reina. Otros solicitaban su favor con motivos de pretensiones que tenian en la corte, y el italiano hizo alguna fortuna con los presentes que su valimiento y servicios producian.

Algunos advirtieron prudentemente á la reina de las murmuraciones á que daba lugar esta privanza, y de los peligros á que al mismo interesado le exponia; mas la reina contestó que no trataba á Rizzio con mas familiaridad que al secretario su antecesor, y que era dueña de tratar con alguna distincion al que útilmente la servia. Mas cualquiera que fuese la ligereza de la reina en conducirse y expresarse así, ninguno concebia sospechas sobre la naturaleza de sus relaciones, ni la edad, figura y demás cualidades personales de Rizzio daban lugar á suponer posibles tan bajas inclinaciones en María.

Del favor de este mismo Rizzio se habia valido Darnley en el tiempo de sus obsequios á la reina, como de una persona que tenia medios y ocasion de hacer su mérito recomendable. Se interesó en efecto el italiano por el jóven pretendiente, lo que prueba que semejantes sospechas no existian. Para los que mas censuraban, era un favor mal colocado, una privanza de que el extranjero no era digno.

De este Rizzio concibió al fin sospechas el jóven rey en su despecho, teniéndole por un rival favorecido. Otros motivos además incendiaban la llama de su resentimiento. Como Rizzio habia favorecido y recomendado las pretensiones de Darnley, se habia atrevido alguna vez á afearle, aunque en términos respetuosos, su conducta hácia la reina. Para estos motivos y por sospechas de influir María para que no le hiciese partícipe de la autoridad real á que el príncipe aspiraba mortificado de llevar un vano título de rey, concibió contra el italiano un odio mortal que tuvo los mas funestos resultados.

Comunicó Darnley á sus mas íntimos amigos los motivos de sus sospechas y resentimientos. Habiendo tomado todos interés en su elevacion, y mirándolo como hechura de su parcialidad. meditaron proyectos de venganza. El resultado de la deliberacion fué el proyecto de asesinar á Rizzio. Pensaron unos en que fuese en su casa, otros á la salida de palacio. Mas el príncipe declaró que no se daria por vengado suficientemente, si esto no tenia lugar á vista y presencia de la misma reina. Así se acordó por todos. Tal era todavía

la ferocidad de aquellos tiempos, y la brutal estupidez de Darnley, que no tuvo reparo en ofrecer este espectácula á su esposa embarazada de seis meses.

El 9 de marzo de 1566 se hallaba la reina cenando en un pequeño retrete próximo á su alcoba, con Rizzio, la duquesa de Argyle y dos ó tres personas mas, cuando sin pasar recado se presentó de repente Darnley sin saludar á nadie, clavando con ferocidad sus ojos en el italiano. Le seguia el lord Ruthven que acababa de levantarse de la cama donde estaba enfermo, y otras pocas personas mas, pero todas con armas. «Deja ese sitio de que no eres digno,» dijo Ruthven encarándose al pobre Rizzio que en aquel apuro imploró el favor y proteccion de la reina asiéndola de la falda del vestido, mas Darnley le separó de su lado con violencia. Entonces se echaron sobre él los conjurados. Guillermo Douglas le dió allí mismo una estocada con su daga; mas arrastrándole en seguida á un cuarto inmediato, le dejaron cadáver con cincuenta y cinco puñaladas. En vano interpuso la reina sus llantos, sus ruegos y sus gritos. Cuando vió que eran inútiles recobró su semblante sereno, y les dijo: ya no tengo que pensar mas que en venganza. El conde de Morton que por su destino debia velar por la seguridad, habia colocado una guardia de 160 hombres á la puerta del castillo, para poner á los asesinos al abrigo de cualquier peligro.

La reina se salió inmediatamente de Edimburgo y se dirigió á Dumbar, donde se reunió con algunos fieles servidores, con cuyo auxilio levantó un ejército de 8,000 hombres mas que suficiente para sujetar á los asesinos de Rizzio y á sus cómplices. Se vió esta faccion abandonada desde los principios por el mismo Darnley que arrepentido de su accion tuvo la debilidad de volverse al lado de la reina. Los demás viéndose perdidos se dirigieron á las fronteras de Inglaterra. En el camino se encontraron con los condes de Murray, de Argyle, y demás desterrados en este último pais que confiados en la conspiracion contra Rizzio se volvian á Escocia.

La reina, por no verse con tantos enemigos, perdonó al conde de Murray y sus compañeros con la condicion que se habian de separar de los intereses de Morton y los suyos. Esta proposicion surtió sus efectos, y así, mientras Murray y sus amigos volvian de sus destierros, pasaban los cómplices del asesinato de Rizzio á ocupar los puestos que dejaban los primeros.

La reina y su hermano el conde de Murray tuvieron una entre-

vista en la que con todas las muestras de cordialidad y de cariño se dieron mutuamente explicaciones y hasta derramaron lágrimas. No habian nacido ambos para odiarse, para pertenecer á dos distintos bandos; mas en aquella época de intrigas y revueltas, á cada uno arrastraban pasiones é intereses del momento. Murray era ambicioso y dominante: la reina, aunque no de capacidad, carecia muchas veces de prudencia.

Hasta entonces habia incurrido muchas veces María Estuarda en la censura pública por la ligereza de su carácter, poca circunspeccion en sus palabras, y ninguna reserva y detenimiento en muchos de sus actos. Católica, y con tan estrechas relaciones con los príncipes católicos, era un objeto de prevencion y hasta de horror á los ojos de los rígidos presbiterianos. Mujer hermosa, llena de gracias y atractivos, debia de ser blanco de envidia y rivalidades. Mas habian respetado generalmente todos su reputacion, y pasado sin mancha de criminalidad, sus conexiones. En adelante fueron las censuras de otra clase; y si no hubo pruebas bastante positivas y evidentes para condenar, tratándose de absolver, faltó hasta el apoyo débil de las probabilidades.

Hizo la reina firmar á Darnley un documento público en el que aparecia no haber tenido parte en el asesinato de Rizzio, rasgo de debilidad que aumentó el descrédito de que era objeto. El proceso del asesinato continuaba. De siete procesados, solo perecieron dos en un suplicio. Se supone que no pasó adelante el rigor, porque muchos acusados se excusaban con la connivencia del rey, y alegaban sus mismas órdenes para la consumacion del acto.

Quedaron bajo el mismo pié las relaciones del rey y de la reina que al principio. Se acercaron uno á otro, mas sin verdadera reconciliacion, ni muestras de pura simpatía. Siguieron las mismas quejas, las mismas acriminaciones; por parte de Darnley, por ser objeto de poca consideracion; por la de la reina, por no serlo de atenciones y respeto. Las grandes quejas del esposo consistian, en que no se le daba participacion en el poder, para el que los partidarios de María alegaban no tenia capacidad de clase alguna. Es muy difícil averiguar de qué parte está la razon, y dónde el agravio, tratándose de disensiones de un género tan delicado. Es probable que la falta fuese de ambos. La presuncion, la incapacidad y carácter violento de Darnley no eran objeto de duda para nadie. Se puede sospechar en vista de lo que ocurrió despues, que la poca

prudencia de la reina dió pábulo y nuevo realce á estos defectos. De todos modos es un hecho que vivian como separados, y que ni aun el nacimiento del príncipe que se verificó dos meses despues del famoso asesinato, restableció las relaciones de amistad entre los dos esposos.

El rey, viéndose sin ninguna consideracion y tan decaido en el concepto público, trató de abandonar la Escocia y de trasladarse al continente; mas trataron de disuadirle de este proyecto sus parientes, y la misma reina no quiso permitirlo, conociendo que iba á imprimir una mancha en su reputacion, y que podia hacer dudar de la legitimidad del príncipe. Se quedó Darnley en Escocia, por su desgracia, sin que el mismo hecho de renunciar á su proyecto hubiese producido cambio alguno en el estado de sus relaciones con la reina.

Apareció entonces sobre el horizonte de la corte un nuevo favorito de María, mas de clase muy diversa de la del músico italiano. El conde de Bothwell era católico, habia tomado el partido de María de Guisa en los disturbios anteriores, y presentándose siempre al lado de su hija en todas sus reyertas con los nobles. Era hombre ambicioso, altivo y arrogante, de costumbres licenciosas, muy propio para jefe de parcialidad, objeto para algunos de favor; para muchos mas, de envidia y odio. Se hallaba entre ellos el conde de Murray, quien lo hizo desterrar acusándolo de haber querido asesinarle; mas se le alzó el destierro cuando salió del mismo modo el conde de Murray por haber incurrido en el odio de la reina. Conservó siempre Bothwell sus sentimientos de fidelidad á María; cuando el asesinato de Rizzio, la acompañó en su fuga de Edimburgo, y la ayudó á levantar el ejército con que echó del reino al conde de Morton y á sus cómplices. Correspondia la reina á estos servicios de celo y de fidelidad, y en su tratado con el conde de Murray, estipuló como una condicion que su hermano no habia de volver á perseguir judicialmente á Bothwell por intencion de asesinato, á lo que accedió aquel con aquella mala fe que caracterizaba todas estas transacciones.

El conde de Bothwell fué nombrado gobernador del castillo de Dumbar, y del Hermitaje en Liddisdale, dos puestos que por su localidad se consideraban entonces de muchísima importancia. Entonces fué cuando apareció muy alto en el favor de la reina, y los enemigos de esta comenzaron á acusarla de sus relaciones crimina-

les con su nuevo favorito. Comenzaba en la corte y aun en todo el reino á suscitarse contra ella una terrible tempestad que provocaba su fatalidad ó la imprudencia de sus consejeros. La reina de Inglaterra, la mas poderosa é implacable de todos sus rivales, no era la que menos atizaba esta tea de suspicacia y de discordia. A tal punto llevaba su animosidad contra María, que manifestó la mayor pesadumbre cuando supo que habia dado á luz un hijo. Era extraño que Isabel, que no se casaba porque no entraba en sus designios, se hubiese mostrado tan contraria al matrimonio de la reina de Escocia, y que tuviese tanta envidia á su fecundidad cuando estaba en su mano el imitarla; mas tales son las contradicciones de la especie humana. Una de las cosas que mas odiaba la reina de Inglaterra era que le hablasen de herederos, y el saber que los tenia. Lo era la reina de Escocia; tambien lo era, y aun en un grado mas inmediato, su marido. Reunia el recien nacido los derechos del padre y de la madre. En efecto, fué heredero de Isabel, habiendo subido al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo I, á su fallecimiento.

Pero el mayor enemigo de María era ella misma: eran su ligereza, su indiscrecion, el ningun conocimiento de su propia situacion como mujer y como reina. Si sus relaciones con Bothwell no eran criminales, todas las apariencias deponian contra ella. En su cualidad de gobernador del Hermitaje, era la obligacion del favorito recorrer el valle de Liddisdale donde varios foragidos se abrigaban. Sucedió que en una de estas excursiones entró Bothwell en combate personal con uno de ellos, de cuyas resultas fué herido, habiendo tenido al mismo tiempo la suerte de matar á su adversario. Llegó la noticia á oidos de la reina que se hallaba á la sazon ó estaba para llegar á Jedburgo distante del castillo del Hermitaje como unas veinte millas (cinco leguas españolas). Pasó la reina á caballo á visitar á Bothwell, que se hallaba en cama de resultas de su herida. Fué mirado este favor como una muestra positiva de la naturaleza de sus relaciones con el conde. Alegaban los partidarios de María que la vista no habia sido precipitada; que habian mediado mas de ocho dias entre la noticia recibida y dicho viaje; que la reina se habia vuelto en el mismo dia sin hacer mansion alguna, con otras circunstancias atenuantes; mas aun cuando pudiesen entonces disipar algunas impresiones, cada vez las fortificaban, igualándolas con la certidumbre los mismos acontecimientos.

La reina cayó enferma entonces de la fatiga, segun algunos, de

aquel viaje. Darnley, que se presentó á visitarla, fué tan friamente recibido que tuvo que volverse al dia siguiente. Con esto no hacian mas que agravarse las sospechas. De la mala inteligencia en que vivian, cada momento se veian testimonios nuevos. Los mismos confidentes de la reina estaban tan persuadidos de ello, que le propusieron el proyecto de un divorcio, y á la cabeza de este plan se hallaba Bothwell; mas á la reina repugnaba dar un paso que seria perjudicial á la legitimidad de su hijo, por lo cual fué necesario renunciar á la medida. Entonces recurrió el favorito al plan del asesinato.

La reina, que tan implacable se habia mostrado contra el conde Morton y demás cómplices en el asesinato de David Rizzio, los perdonó á todos, á excepcion de Douglas, que le habia dado la primera puñalada, y de resultas de este acto de indulgencia volvieron á Edimburgo. Se dió este paso por sugestiones del mismo Bothwell, quien se estrechó con Morton á pesar de sus antiguos odios. Con él trató de sus planes de asesinar al esposo de la reina, como lo confesó el mismo Morton á la hora de su muerte, aunque negando que hubiese tenido parte alguna en la perpetracion de semejante alevosía.

Mientras tanto se celebró con toda solemnidad en Edimburgo el bautizo del príncipe de Escocia. Se presentó en la ceremonia el olvidado y ya oscurecido esposo de la reina, sin que nadie hiciese caso de él, y despues de permanecer algunos dias sin tomar parte en los festejos se marchó á Glasgow, á casa del conde de Lenno, su padre, donde cayó enfermo de viruelas. Cuando lo supo la reina pasó á hacerle una visita. Los dos esposos tuvieron una entrevista bastante afectuosa y dieron muestras de reconciliarse. Muy poco despues dejaron juntos á Glasgow y se dirigieron á Edimburgo. Mas á Darnley no se dió habitacion en el castillo por temor de que con sus viruelas infestase al príncipe. Se alojó pues en los arrabales de Edimburgo en una casa aislada llamada Kiok of the Field, adonde la reina iba casi diariamente á visitarle, y á veces á pasar allí la noche entera.

En una de enero de 1567 pasó en su habitacion hasta las diez, y se retiró á palacio con objeto de asistir á un baile de máscaras que se daba para celebrar las bodas de una de sus damas. Pasada media noche entró Bothwell con llaves falsas en Kirk of the Field y puso fuego á una mecha que conducia á una porcion de pólvora co-

locada debajo de la habitacion del príncipe. Hecho esto, se salió afuera observando desde alguna distancia el progreso de la operacion, y aguardó á cada momento el resultado. Retardándose este mas que su impaciencia permitia y temiendo que se hubiese apagado sin hacer efecto, envió á uno de sus confidentes para que de nuevo la encendiese; mas este volvió pronto diciendo que no se habia apagado y continuaba su camino hácia la pólvora. A las tres de la mañana una violenta detonacion anunció á Bothwell que su obra estaba consumada. El cadáver de Darnley apareció medio quemado á cincuenta pasos de Kirk of the Field, convertido en un monton de ruinas.

Hizo una profunda impresion este asesinato en los ánimos del público. No era popular Darnley; mas causó lástima y compasion su suerte desgraciada. Nadie dudaba de quién era el verdadero autor; muy pocos dejaban de tener por cómplice á la reina. La circunstancia de haber ido á verle á Glasgow, de haberle traido á Edimburgo, de haberle dado por habitacion una casa solitaria, la de haberle dejado solo tres horas antes de consumarse el acto, y sobre todo el favor siempre en aumento de que gozaba el asesino, eran todos cargos agravantes. A todos se presentaba con todos los colores de la falsedad una reconciliacion tan súbita despues de un desvío tan continuado y una ruptura casi pública.

La reina, acostumbrada en todas ocasiones á salir airosa, cuando se resistia abiertamente á su autoridad, no pudo resistir á este torrente de clamor que se alzaba en todas partes. En las calles, en las plazas se hablaba del asesinato; en todas las esquinas amanecian pasquines pidiendo venganza contra el asesino. El conde de Lenox, padre del príncipe difunto, se presentó con toda solemnidad á la reina pidiendo justicia contra el conde de Bothwell, acusado públicamente de ser asesino de su hijo.

Mandó en efecto María que se hiciese causa á Bothwell y se instruyese su proceso. Mas con escándalo del público, se suprimieron formalidades necesarias á la averiguacion del crímen, ni se tuvieron en cuenta las reclamaciones del conde acusador, que pedia el tiempo necesario para presentar el lleno de sus pruebas. Cuando llegó el dia de la vista de la causa se presentó el acusado en el tribunal, armado, rodeado de todos sus amigos en la misma forma, mas en la actitud de un hombre que va á inspirar temor, que á recibir una sentencia. Sucedió lo que todo el mundo preveia. El conde salió absuelto.

Lo que redobló el escándalo, fué el ver que la reina en nada disminuia sus muestras de favor hácia Bothwell, á pesar de la horrible acusacion de que era objeto. A los cargos que ya ejercia le añadió el de gobernador del mismo castillo de Edimburgo. A los dos dias de haberse terminado su proceso se le vió acompañar en público á la reina, que iba al parlamento llevando su cetro delante con toda ceremonia. En el seno del parlamento confirmó María los favores que le habia hecho, y cargos con que le habia revestido, lo mismo que los demás nobles amigos y valedores de su favorito.

Elevado Bothwell á la cumbre del favor, no le faltaba para coronar la obra mas que la mano de la reina. Los medios de que se valió para conseguirlo fueron tan extraordinarios y tan originales, que parecerian una ficcion, si no fuesen un hecho en que convienen todos los historiadores de la época, tanto de un partido, como de otro, tanto amigos como enemigos de María.

El primer paso de Bothwell fué convidar á sus principales amigos á un banquete, que fué celebrado en una fonda ó taberna, como en aquel tiempo se llamaba. Allí les manifestó sus intenciones de casarse con la reina, y les suplicó como mejor medio de llevarlo á efecto que firmasen un papel que sacó del bolsillo, ya extendido, en que le declaraban libre de toda culpabilidad en el asesinato de Darnley, y suplicaban á la reina que en caso de que pensase pasar á segundas nupcias con un súbdito, era el conde de Bothwell el mejor partido deseable para ella. Los amigos de este se comprometian además á servirle en este matrimonio con todos sus medios y posibles. Los que estaban ya hablados accedieron al instante sin poner obstáculos. Los demás, arrastrados por su ejemplo tampoco hicieron objecion alguna. Fué firmado el papel por ocho obispos, nueve condes y siete lores. Entre los nombres se contaba el conde de Morton, circunstancia muy notable por lo que pasó mas adelante.

Seguro Bothwell del apoyo de un partido fuerte, se puso á la cabeza de mil hombres de á caballo que reunió con pretexto de hacer una visita á las fronteras, y con esta fuerza se apoderó de la persona de la reina, á la sazon que esta se movia de Stirling tomando la vuelta de Edimburgo. Los que seguian á Bothwell dieron á entender á los de la reina que se hacia esta violencia con su consentimiento; los otros, que adoptaron esta suposicion, no hicieron ninguna resistencia. La reina misma aparentando ceder á la ley de la necesidad, permaneció pasiva, y se dejó conducir prisionera sin oposicion de

nadie, atravesando lo mas floreciente y poblado de sus dominios hasta el castillo de Dumbar, donde mandaba el conde.

Con asombro y en silencio, se supo la noticia de un rapto tan extraordinario, aguardando todos con ansiedad el desenlace de este drama. Ninguno se alzó ni tomó armas en defensa de la reina, porque generalmente se supuso que habia habido de su parte connivencia en el atentado de su favorito. Lamentaron sus amigos y partidarios tan funesta ceguedad, mientras sus enemigos la contemplaban con satisfaccion haciendo cada vez mas progresos por la senda del descrédito. Era en efecto imposible para la reina de Escocia dar contra sí misma mas terribles armas.

A los doce dias de su confinamiento en el castillo de Dumbar, fué puesta la reina de Escocia en libertad sin compulsion de parte alguna, por el mismo Bothwell, quien la condujo al castillo de Edimburgo. El primer uso que hizo María de su nuevo estado, fué declarar á la nacion que aunque no podia menos de excitar su descontento la violencia ejercida contra ella por el conde de Bothwell, sin embargo, en atencion á sus muchos servicios, era su intencion no solo perdonarle sino ponerle mas alto todavía. En efecto cumplió su palabra, nombrándole de allí á pocos dias duque de las Orcadas, y casándose con él públicamente en mayo de 1567.

Así se casó María Estuarda con el que pasaba por asesino de su primer esposo. Solo una de aquellas pasiones desenfrenadas que subyugan completamente la razon ó un sentimiento de desprecio por su propia honra ó una inconcebible ligereza de carácter, pudiera arrastrarla á dar un paso que labró para ella tantas desventuras. Sus partidarios la disculpaban, diciendo que dado ya el escándalo de su rapto por Bothwell, ya no le quedada otro medio de lavar la mancha que darle el título de esposo. Mas por enemigos, y aun por hombres imparciales, se consideró este matrimonio como una prueba irrefragable de su complicidad en el asesinato de su primer marido. Y lo que acababa de dar al asunto todo, el feo colorido que podia hacerle completamente odioso, era que Bothwell tenia mujer legítima cuando estaba dando pasos para casarse con la reina, y que su sentencia de divorcio se pronunció unos pocos dias antes de su nuevo enlace.

Lo que hubo de extraño en todas estas ocurrencias es que no causaron por entonces ni conmociones ni ruidos. Todos las contemplaron en silencio: los amigos de la reina, afligidos sin duda de sus des-

aciertos; los enemigos gozándose tal vez en verla despeñarse, para darle despues golpes mas seguros. Es posible que en esto hubiese algun plan, meditado de antemano, y que entrase en él la reina de Inglaterra. Lo cierto es que los que mas adelante se alzaron en contra no dijeron una palabra ni dieron paso alguno para impedir el matrimonio. El conde de Morton, que se mostró de los mas acérrimos enemigos de María, fué uno de los que firmaron en el que se prometia á Bothwell toda especie de auxilio para llevar adelante el proyecto de su enlace.

El primero que castigó á María Estuarda por su imprudencia criminal fué el mismo Bothwell con sus maneras duras y poco delicadas. Darnley era un jóven imperioso, altivo, de mala educacion; mas Bothwell se hacia poco agradable además por sus vicios, por la disolucion de sus costumbres. Desde un principio aspiró á poner enteramente bajo su tutela al jóven príncipe, y esto llegó á excitar las sospechas de María, que temió por la libertad y la vida de su hijo. Bothwell, que encontró en ella una oposicion á sus designios, la trataba con tal aspereza y con expresiones tan marcadas con el sello de la ingratitud, que algunas veces se le oyó decir estaba para darse á sí misma de puñaladas, ó echarse en un pozo de despecho.

Al disgusto, á la indignacion pública que habia excitado el matrimonio de la reina se añadieron los rumores del peligro que en manos de Bothwell el príncipe corria. La indignacion llegó á lo sumo. Varios nobles corrieron á las armas, entre ellos Morton, y juntaron un cuerpo considerable de tropas, con el que tomaron el camino de Edimburgo. Llegó la noticia de la insurreccion á María, hallándose celebrando un banquete con Bothwell en el castillo de Borthwick, cerca de la capital, y poniéndose ambos inmediatamente en marcha llegaron con dificultad al castillo de Dumbar, donde la reina convocó tropas para deshacer á los rebeldes. Muchos acudieron á la bandera real, mas sin el entusiasmo y la buena voluntad que en otras ocasiones; tan impopular se habia hecho María de resultas de su nuevo matrimonio.

Los confederados marcharon hácia Dumbar, y cuando la reina salió á su encuentro en Caberry-Hill les presentó batalla. El embajador francés que se hallaba presente, consiguió que no viniesen á las manos antes de entrar en algunas conferencias. La reina, tan animosa en otros lances de la misma especie, desmayó en esta ocasion al observar la repugnancia con que sus tropas se preparaban al com-

bate. Habiéndosele hecho ver y prometido que los rebeldes volverian á su deber con tal que se separase de Bothwell, perdió este el ánimo á su vez, y en aquel momento se despidió de la reina para siempre. En efecto no volvieron mas á verse. Despues de pasar á las Orcadas, y dedicarse en las costas de la Noruega á empresas de ilícito comercio, fué Bothwell cogido y encerrado en la fortaleza de Malmoe, donde murió al cabo de diez años de confinamiento.

Mas la reina de Escocia, que se habia entregado y depuesto las armas bajo condiciones, en lugar de verse obedecida y respetada del ejército, fué en él objeto de clamores, blanco de duras palabras, y hasta de gestos de amenaza. Mas cruel escena la aguardaba en Edimburgo, donde la muchedumbre la abrumó con clamores, con palabras injuriosas, con todos los gritos y denuestos que produce el desenfreno de la plebe. Fué preciso que la fuerza armada la defendiese de insultos ulteriores. Llevaban delante de ella desplegada una bandera donde estaba representado el asesinato de Darnley, y á su lado arrodillado el príncipe pidiendo al cielo por su padre. Mientras tanto los lores de la confederacion enviaron presa á la reina al castillo de Lochleven, y mientras se tomaba una resolucion definitiva, crearon una junta de gobierno.

Los partidarios de la reina alegaban que no eran estas las condiciones con las que se habia entregado María en Carberry-Hill, y que una vez separada de Bothwell, se debian volver las riendas del gobierno. Mas los contrarios replicaban que María habia faltado á su palabra de romper con Bothwell para siempre, puesto que le habia escrito despues prometiéndole tomar parte en su fortuna. Los lores comisionados se hallaban muy comprometidos y demasiado empeñados en el lance para no llevarle á cabo, y coger completo el fruto de su triunfo. Ninguna seguridad tenian por otra parte que esperar si la reina volvia al ejercicio de su libertad, y al contrario mucho que temer de su resentimiento. Consumaron, pues, la obra, obligando á la reina á renunciar á la corona á favor de su hijo, debiendo de nombrarse un regente para administrar los negocios en su minoría.

Recayó el nombramiento de este cargo importante en la persona del conde de Murray, hermano de la reina. Desde el asesinato de Darnley se habia ausentado del pais, y viajaba por Inglaterra y Francia. Al saber la noticia, regresó con toda brevedad á Escocia, donde tomó las riendas del gobierno y se hizo dueño del castillo de

Edimburgo. El parlamento ratificó muy poco despues la subida del príncipe al trono, y en la persona del conde, el cargo de regente.

Fué para María de Escocia una especie de consuelo que recayese la regencia en su hermano, que no se hallaba con los lores confederados en Carberry-Hill, y en cuya gratitud y antiguo afecto tenia puestas algunas esperanzas. Mas el conde de Murray, ambicioso y adicto á su partido, se mostró adverso á los adherentes de la reina. Permanecia esta mientras tanto cautiva en el castillo de Lochleven, situado en medio del lago Leven, como lo indica la palabra. Esta circunstancia y la de ser dueño del castillo sir Jacobo Douglas, cuya madre era la misma que la de Murray, daba la mayor confianza acerca de la segura custodia de la reina. Mas nada resistia á su hermosura y á sus gracias. Prendado de ellas un hermano del mismo Douglas que mandaba á la sazon la fortaleza, pensaba en proporcionar los medios de su fuga, cuando descubierta la trama fué echado del castillo.

Permaneció este Douglas algunos dias disfrazado del otro lado del lago, pensando en los medios de libertar á María, que probó en efecto á escaparse por su direccion, cuando por una casualidad falló la empresa. Mas otro Douglas pariente de los otros que habitaba en el castillo, quizás movido por los mismos sentimientos, tuvo la maña de sustraer las llaves del castillo, con las cuales se evadió la reina, llegando felizmente á la otra orilla donde la esperaban algunos partidarios. Inmediatamante fué conducida á Hamilton, donde sus parciales alistaron gente y se confederaron para defenderla. Firmaron el documento nueve condes, otros tantos lores y muchas personas de grande conveniencia.

Colocando estos fieles partidarios á la reina en medio de sus batallones, se movieron hácia Dumbar con objeto de depositarla en aquella fortaleza, y marchar despues en busca del regente; mas este que supo moverse con rapidez, salió de Glasgow á la cabeza de un ejército inferior con objeto de interceptar la marcha de los confederados hácia el Norte. Al aproximarse los dos ejércitos, se apresuró cada una de sus vanguardias á apoderarse del pueblo de Langside, como de una favorable posicion tratándose de una batalla. Se encontraron los dos cuerpos y se batieron con sus lanzas y picas con gran furia. Mientras se hallaban así empeñados, se destacó por la derecha Morton y cargó sobre el flanco de los hamiltones, lo que decidió la batalla, quedando desordenadas y en seguida rotas las

tropas de María. Huyó la reina por espacio de sesenta millas sin detenerse un punto hasta la abadía de Dumdreman en Galloway.

Así llegó la reina de Escocia perseguida por sus súbditos hasta la frontera de Inglaterra. No le quedaba ya mas recurso que pasar al otro reino, ó huir como un proscrito al través del suyo propio en busca de un asilo. Se inclinaban sus consejeros á este último extremo como el mas seguro, aunque con tantas apariencias de expuesto y peligroso. Prefirió la reina el primero, sea por cansancio material y desmayo de ánimo, sea con la ilusion de hallar en la reina Isabel al menos simpatía por sus padecimientos. Fué el último acto de libertad que ejerció esta princesa desgraciada. María pasó en efecto la frontera, donde vió tomados de antemano todos los preparativos para recibirla con obsequio. Mas aunque la reina tenia tantos motivos de conocer el carácter de Isabel, estaba muy lejos de presumir á dónde la conducia un camino que tan lleno de flores se le presentaba.

CAPÍTULO XXIX.

Estado de los Paises-Bajos.—Torcida política del Rey de España.—Descontento general.—La princesa gobernadora.—El cardenal Granvela.—El príncipe de Orange.—El conde de Egmont.—El conde de Horn.—Situacion de los partidos.—Conflictos.—Mensajes y cartas al Rey.—Acusaciones contra Granvela.—Salida de este de los Paises-Bajos. 1560.-1565. (1).

Pasemos ahora á un pais cuya historia nos toca mas de cerca, donde no era menos viva la pugna de opiniones, ni menos pronunciado el conflicto de los intereses. Habia, sin embargo, en los Paises-Bajos una circunstancia particular, que distinguia sus disensiones de las de Francia, Inglaterra y Escocia que acaban de ocuparnos. Estaba aquí encendida una guerra, propiamente civil, en que las partes contendientes pertenecian á una nacion misma. Chocaban escoceses contra escoceses, franceses contra franceses, divididos por opiniones, por rivalidades de mando, de poderío, ó de cualquiera otra influencia en los asuntos del gobierno. En los Paises-Bajos, al contrario, tenia la contienda el carácter de nacional, en que lucha un pais contra un príncipe extranjero, en que las clases altas y bajas, de todas condiciones, se unen á la larga bajo la bandera de su independencia.

(1) Strada, guerras de Flandes, Bentivoglio id-Thou ó Tunanus, historia sui temporis.—Vanderhammenn, don Felipe el Prudente.—Terreras, Historia general de España.—Watson, Historia de Felipe II y otros. Prescindiendo del diverso colorido que la diferencia de opiniones, de nacion ó de creencia, da á los hechos que refieren, el fondo del cuadro es casi el mismo.

Nacido don Felipe en España, español tan de corazon como de cuna, español en hábitos, en costumbres, en inclinaciones; era un extranjero en los Paises-Bajos. Se consideraba en ellos su gobierno, no como nacional, formado y apoyado en las necesidades y simpatías del pais, sino en medios tan extraños al pueblo, como el monarca que de ellos se valia. Parece, pues, que aconsejaba la política al rey de España proporcionase en el pais algunos elementos de inclinacion ó de favor, adherirse á mas clases, aunque no fuese mas que para neutralizar la preponderancia de las otras, dividir en fin para reinar, ya que el dominio moral del todo era imposible. Mas la política de contemporanizar, de halagar, de servir á unas pasiones con objeto de combatir las otras, estaba poco en la índole del rey de España. No conocia mas que un arte de gobierno, á saber, la dominacion, el ejercicio directo y abierto del poder, y una mano fuerte para reprimir á los que este poder desconocian. En nada se vió mas este carácter duro de Felipe que en el gobierno y administracion de los Paises-Bajos.

Comenzando por los grandes del pais, si bien los dejó gobernadores de las provincias, como ya se ha visto, estuvo muy lejos de tener miramiento á las pretensiones de algunos de ellos que á condicion mas alta se creian con derechos. Quedó mortificadísimo el príncipe de Orange de no haber recibido el mando de todos los Paises-Bajos; lo quedaron asimismo otros de no haber conseguido puestos mas altos que los que les asignaban. En tiempo del Emperador, que conocia mejor los hombres y las cosas, gozaban estos grandes una parte de su favor y su confianza. Mas con Felipe II, solamente merecian estas distinciones los de España. Los eclipsaba á todos el duque de Alba, cuya aversion á los flamencos se hacia sentir de un modo aun mas positivo que la del monarca. Apoyado este personaje en su favor, en sus grandes riquezas y en las ventajas debidas á su propio mérito, no disimulaba el sentimiento de superioridad con que á los otros contemplaba. Los grandes flamencos no eran por otra parte ricos: habia tenido la corte de España la política de hacerles incurrir en grandes gastos por medio de embajadas y otras comisiones honoríficas que los arruinaban. Los señores españoles gozaban de mas bienes de fortuna; y cuando se presentaban algunos en los Paises-Bajos, desplegaban una magnificencia y esplendor que no podian menos de humillar el amor propio de los naturales.

Era la princesa de Parma verdaderamente natural de los Paises-Bajos; mas aunque criada allí, no habia residido lo bastante para conocer, ni su índole, ni sus necesidades. Enlazada entonces con Octavio, duque de Parma, sin duda consideraba los Paises-Bajos como un pais extraño, donde sus intereses eran por precision de un órden transitorio. No estaba esta princesa bastante calculada para dominar moralmente y tener á raya si fuese necesario á los grandes del pais, que se creian con derechos y méritos superiores á los suyos. Conoció sin duda Felipe esta desigualdad cuando le puso por consejero y director á Antonio Perenot de Granvela, obispo de Arras, uno de los personajes que gozaban mas de su confianza; mas esta política no fué acertada, y el correctivo probó ser de peor condicion que la medida misma.

Era hombre de capacidad y de gobierno este prelado; conocia los negocios y los hombres; se habia educado en todos los pormenores y secretos de la administracion; era instruido, aplicado, laborioso, sagaz y entendido, firme y hábil, como lo habia acreditado ya en tiempo del Emperador que le dejó á su hijo como uno de los legados mas preciosos. Mas estas cualidades dañaron, mas que fueron útiles, á los verdaderos intereses de Felipe. Tan poca aficion tenia á los Paises-Bajos el ministro, como el monarca; la misma inclinacion é índole abrigaba de dominar por medio del teson, de la energía y la dureza que predominaban en el gabinete de Felipe. Entre sus cualidades no dominaba la popularidad, el arte de neutralizar lo duro de la administracion con ciertas formas agradables, que si no satisfacen siempre, consuelan algo al amor propio.

Nombrado consejero de la Gobernadora, no podia menos de dirigir en grande los negocios y ser de hecho el verdadero gobernante. Deferia sin duda la princesa Margarita á sus consejos, cedia naturalmente á la superioridad del genio de su consejero, aunque debia de sentirse muchas veces humillada en la opinion pública al representar de hecho un papel subalterno y secundario: pero si este la privaba de aquella consideracion personal tan ansiada del que manda, amortiguaba al menos el sentimiento de desaprobacion y los tiros de la maledicencia que al ministro con particularidad se dirigian.

Aborrecian los grandes al prelado, algunos por agravios particulares, y todos por las formas duras é imperiosas de que su autoridad se revestia. Para el príncipe de Orange era objeto de singu-

lares prevenciones. Sabia este por sus emisarios la correspondencia directa en que estaba Granvela con el rey de España; que les ocultaba en el Consejo muchos negocios de importancia á él solo encomendados, y que en la mayor parte de las ocasiones eran solo consejeros nominales. Para aumentar su mortificacion, envió al prelado la corte de Roma el capelo de cardenal, sin duda por recomendacion y solicitud del rey de España; mas el obispo de Arras fué bastante cortesano para no revestirse de la púrpura, hasta recibir la aprobacion de esta gracia, y aun el mandato de que usase de ella, de su soberano. Con esto se afirmó mas en el favor de este monarca, así como la púrpura redobló la odiosidad con que sus rivales le miraban.

Sabia muy bien el nuevo Cardenal la animadversion de que era objeto, mas no trató nunca de neutralizarla por aquellos medios directos ó indirectos que curan tantos odios. Severo, reservado y altanero cuanto podia, se mostraba con los grandes de los Paises-Bajos. Con el favor de su rey, se creia bastante fuerte contra tantos enemigos, y como su política era el no ceder jamás, crecia su impopularidad á proporcion de su firmeza y energía.

En cuanto á las clases populares, propendian mas á la nobleza que á la corte, mirando en los primeros un apoyo, y un opresor extranjero en la segunda. Conocian demasiado los nobles su posicion para no cultivar estas disposiciones naturales y fomentar por todas las artes posibles una popularidad que tanto les servia. Encendido el pais con contiendas religiosas, imitaban la conducta de tantos grandes de Francia, manifestándose indulgentes, si no partidarios, de las nuevas sectas. Era herir en lo mas vivo la política y las miras de los altos gobernantes. Hacian en efecto grandes progresos en los Países-Bajos las nuevas doctrinas, cuya introduccion habia sido inevitable por las razones que hemos indicado en otra parte; y como este era el asunto principal, el que llamaba mas la atencion del rey de España, consiguiente era que la Gobernadora y su ministro se manifestasen duros é inflexibles contra innovaciones tan odiosas al monarca. Entraban en esta antipatía las ideas y sentimientos del nuevo Cardenal, no menos intolerante que su amo y no menos celoso que él en el establecimiento de los tribunales de la Inquisicion, único medio en su concepto, á lo menos el mas eficaz, para purgar el pais de la herejía. Pero cuanto mas objeto de inclinaciones y de simpatía era para los gobernantes la

creacion de este tribunal, tanto mas odioso é impopular se iba haciendo cada dia en los Paises-Bajos.

Por otra parte, la formacion de los nuevos obispados, grande golpe de política con que Felipe II pensó curar los males del pais, contribuyó por su parte á hacer odioso y objeto de desconfianza su gobierno. Para dotar los nuevos obispos, se despojó de sus bienes á los abades seculares, lo que por precision excitó sus resentimientos, en que tomó parte el pueblo y hasta los mismos grandes, que con la introduccion de los nuevos obispos en los Estados vieron disminuida algun tanto su preponderancia. Para acabar de hacer odiosa la medida, se confirió al Cardenal el arzobispado de Malinas, ascenso que le presentó como un hombre interesado y egoista que recogia el fruto principal de una medida de que tan celoso y apasionado se mostraba.

Con la indicacion de estos hechos no desmentidos por casi todos los historiadores, se tiene lo bastante para comprender muy bien que el gobierno de los Paises-Bajos no estaba calculado, ni para la fusion, ni amalgama de todos estos intereses, ni para neutralizarlos todos y apagar su voz por medios materiales. Faltaba para lo primero el poder de la opinion, palanca principal de los gobiernos; era imposible lo segundo, porque estos materiales no podian ser mas que extranjeros, y justamente era la salida de las tropas españolas del pais el objeto de las primeras pretensiones de los Paises-Bajos. Todos tenian un interés vital en deshacerse de estos instrumentos que creian de opresion y servidumbre, y los grandes mas que nadie. Ya sobre esto hicieron sus exposiciones al rey mientras residia en los Paises-Bajos, manifestándole la necesidad de esta medida con un tono firme y resuelto, de que se enojó el rey, tan interesado en la quedada como los otros en la salida de las tropas. Tambien era contrario á la medida el Cardenal, que consideraba en estas tropas el apoyo principal de su gobierno. Mas el clamor popular era mas que todas estas consideraciones. Se mandó primero que estas tropas se reuniesen en la provincia de Zelanda, y en esta misma disposicion es creyó ver un designio de servirse de ellas, haciéndoles caer de golpe en cualquier parte. Hubo en dicha provincia alborotos y cesó el trabajo en los diques y arsenales. Los huéspedes aborrecian naturalmente al pais, en proporcion de lo que eran en él impopulares, y por lo mismo en lugar de curar esta llaga se irritaba cada dia. Al fin pudo la Gobernadora, á fuerza de súplicas y exposiciones á

Felipe, hacerle ver lo indispensable, lo urgentísimo de la medida, y las tropas se embarcaron con direccion á España.

Trató la Gobernadora de dar nueva organizacion á las del pais haciendo que los capitanes de los tercios dependiese directamente de los gobernadores de las provincias y castillos, en lugar de los maestres de campo ó coroneles. Pero cuando mas ocupada estaba en este asunto, le ordenó Felipe que enviase á Francia dos mil hombres de á caballo que iban de refuerzo al ejército católico de aquel pais, donde ejercia tanta influencia el rey de España. Mas de esta multiplicidad de negocios y atenciones no podia menos de resentirse el régimen y bienestar de muchos puntos de la monarquía.

Contra esta medida reclamó muchísimo la Gobernadora, exponiendo el vacío que tan gran número de tropas iba á dejar en el pais ; los grandes la resistieron igualmente, porque siendo todas ellas flamencas creian tenerlas á su devocion particular en caso de un conflicto. Mas aunque se mostró en un principio inflexible el rey de España, pudo parar el golpe la Gobernadora, enviando á Francia un auxilio pecuniario en lugar de la gente prometida.

Se planteaban con gran dificultad los nuevos obispados, medida impopular y cuya odiosidad agravaban los enemigos del gobierno. Miraban, en particular los de la provincia de Brabante, como un atentado á sus derechos, alegando que no se podia hacer variaciones en la parte administrativa y económica de la Iglesia sin el consentimiento y cooperacion de los Estados. Repugnaban muchísimo, los de Malinas sobre todo, la exaltacion de Granvela á su silla arzobispal, debiendo observar de paso que fué esta elevacion uno de los principales motivos de la odiosidad con que se le miraba. Enviaron los de Brabante una secreta exposicion al Papa suplicándole la alteracion de la medida, ó á lo menos una rémora. Mas la Gobernadora, ó por mejor decir el Cardenal, que de todo tenia espías, envió por su parte á la corte de Roma una manifestacion secreta en contra de la de los de la provincia, haciéndole ver el espíritu de disidencia y animadversion hácia Roma que en aquellas provincias dominaba. Tambien reclamaron los de Amberes á Felipe, suplicándole no hiciese á su ciudad residencia de un obispo : á lo que les respondió el rey que se suspenderia la ejecucion de esta medida, hasta su próximo viaje á los Paises- Bajos.

Se negaron abiertamente algunas ciudades á la admision de sus

obispos. No los quisieron en Deventer, Ruremonde y Lewarden. Otras, como Harlem, Utrecht, Saint-Omer y Middleburgo los admitieron sin ninguna repugnancia. En Malinas ningun grande asistió á la ceremonia de la solemne instalacion del arzobispo, habiéndose ya declarado una especie de ruptura abierta entre ellos y Granvela. Poco á poco fué tomando este nuevos vuelos, hasta el punto de ser considerado de hecho como de derecho único y solo gobernante en los Paises-Bajos.

Al mismo tiempo se reforzaban los edictos y se tomaban cada vez medidas mas severas contra la herejía, pero con escasos resultados. Poco á poco se iba haciendo la religion del rey de España tan impopular como su gobierno mismo. La mayor parte de los grandes atizaban en secreto, si no se mostraban partidarios abiertos de las nuevas sectas que habian invadido los Paises-Bajos. Luteranos, calvinistas, anabaptistas, todos recorrian el pais y hacian prosélitos. Aunque no tenian todavía estas doctrinas lo que se llama culto público, la imprenta y la predicacion aumentaban cada dia el número de los sectarios. Hubo sérias turbulencias en varios puntos con motivo de estos sermones, sobre todo en Tournay, Lilla y Valenciennes. Para el sosiego de los primeros se acudió muy pronto y con buen éxito, mas no sucedió lo mismo en la última ciudad, donde llevaron presos á la cárcel á Maillar y Taveano, principales misioneros que arrastraban tras sí la muchedumbre. Se trataba de conducirlos al cadalso, mas temian la efervescencia popular y excogitaban los medios de llevar adelante y sin riesgo sus designios. Escogieron para eso un dia en que gran parte del vecindario estaba fuera de la ciudad con motivo de una feria. Mas no dejó por eso de reunirse un número considerable que invadió la plaza de la ejecucion é impidió que se verificase aquel suplicio. Temieron los agentes de la autoridad y volvieron á la cárcel á los reos, seguidos de la muchedumbre que los llenó de aclamaciones entonando cánticos. Pasaron los alborotadores al momento al convento de Santo Domingo, que invadieron y saquearon; á poco despues cayeron sobre la cárcel poniendo en libertad á los dos reos, mas dejaron en ella los que estaban allí por otros crímenes.

Duró todavía algunos dias el tumulto; mas llegaron tropas de afuera que calmaron el desórden. Los dos reos fueron cogidos otra vez, conducidos á la cárcel y poco despues sacados al patíbulo, donde su muerte tuvo efecto, ejerciéndose además otras medidas de rigor con los principales cómplices.



LA MUCHEDUMBRE SACA DE LA CÁRCEL DE VALENCIA Á LOS MISIONEROS PROTESTANTES.

Seguia mientras tanto la disidencia entre los grandes y Granvela. Dejaron los primeros de asistir al Consejo, bajo el pretexto de que no se les daba cuenta de los negocios principales, y que las reuniones eran meramente de aparato. Sabedor de ello el rey por la Gobernadora, envió amonestaciones para que cambiasen de conducta. Mas hicieron poco efecto: primero, porque verdaderamente los grandes hacian poco papel en una reunion donde no se presentaban mas que negocios de poca consecuencia; y segundo, porque en el estado en que las cosas se habian puesto, convenia á los grandes disidentes hacer ver los motivos de queja que les daban. La Gobernadora mandó celebrar entonces una asamblea extraordinaria de los caballeros del Toison de Oro, medida á que se apelaba cuando se trataba de calmar los ánimos y deslumbrar por medio de una pompa tan solemne. Se les dieron tres dias de término para hacer su presentacion en esta ceremonia, por haberse observado la poca prisa con que los grandes acudian á dicho llamamiento. De esta dilacion ó plazo se aprovechó el príncipe de Orange para reunir en su casa á los principales personajes, á quienes hizo ver los peligros que les rodeaban á ellos, los que amenazaban al pais á continuar un sistema de administracion tan mal entendido, con tantas imprudencias apoyado; que era imposible la tranquilidad de Flandes mientras á la cabeza de los negocios permaneciese un prelado de carácter tan inflexible y tan despótico, extraño á sus usos y costumbres. En nada se apartó en su arenga de los sentimientos de fidelidad y de respeto que debian al monarca, política hábil en el príncipe de Orange, tan reservado siempre en todas sus palabras, y que no descubria nunca todo el fondo de su alma.

La arenga hizo impresion, mas encontró disgusto en algunos y abierta repugnancia en otros. Le contradijo el conde de Barlamot, haciéndole ver que se avenia mal el respeto profesado al rey con la abierta resistencia que se hacia á las disposiciones de los ministros y agentes del monarca. Sin embargo, la mayoría de aquella reunion adoptó y tomó parte en los sentimientos del príncipe de Orange.

A la Gobernadora, instruida de esta reunion, le pareció un expediente de necesidad dividir y excitar rivalidades entre personajes cuya union no podia menos de presentarle formidable. El rey de España le daba este consejo, considerándola una medida necesaria. Para llevarla á efecto, mandó de embajador á la Dieta, convocada para la eleccion del rey de los romanos, al conde de Arescot, rival

del príncipe de Orange. Tambien se hicieron distinciones con el conde de Egmont, para ponerle en pugna con la misma persona á quien se mostraba tan adicto; mas los motivos que tenian estos grandes personajes de vivir unidos, eran superiores á todos los intereses que podia crear para ellos la política de la Gobernadora.

Aunque lo dicho hasta el presente, y lo que manifestemos en seguida de algunas personas influyentes de los Paises-Bajos, dén bastantes luces sobre su carácter, indicaremos de ellos algunas particularidades que harán comprender mejor el papel que van á representar en estas turbulencias. Comenzaremos por el mas importante de ellos, á saber, el príncipe de Orange.

Habia nacido el príncipe de Orange el año de 1533, de un padre luterano, capitan entendido, que habia servido con distincion en los ejércitos de Carlos V. Descendia de la ilustre familia de Nassau, cuyos condes, por su enlace con la heredera del principado de Orange, en el mediodia de Francia, tomaban este título de príncipes de Orange. Era príncipe del imperio, y poseia además cuantiosos bienes en los Paises-Bajos. Fué criado el príncipe en la religion católica y en el palacio de Carlos V, de quien era paje favorito, y hasta consejero en muchos casos, pues el emperador hacia aprecio de sus observaciones, y no se desdeñaba de tomar su parecer, á pesar de hallarse con tan pocos años. Siguió, pues, al emperador en todos sus viajes y campaña, gran teatro de observacion para un hombre de su carácter, y escuela práctica donde tomó lecciones que tanto le sirvieron en lo sucesivo. Para comprender mejor lo cerca que estaba siempre su persona de la de Carlos V, basta recordar que en la gran ceremonia de la abdicacion, cuando se levantó el emperador para arengar á los Estados, se apoyó con la mano izquierda en el hombro del príncipe de Orange.

Era este personaje ambicioso, sin cuya cualidad no hubiera hecho un papel tan distinguido. Aspiraba por entonces á la dominacion de los Paises-Bajos, aunque con el carácter de delegado de Felipe. No habiéndola obtenido, considerándose objeto de desconfianza (y lo era en efecto) para el rey de España, trató de hacer á su gobierno cuanta oposicion le era posible, y obtener por este medio lo que el favor le denegaba. No podian serle mas favorables las circunstancias, ni servir mejor á sus designios la política errada de Felipe. Tenia medios de satisfacer su ambicion, haciéndose apoyo de los oprimidos, mostrándose defensor de los privilegios del pais, respe-

tados tan poco por el rey de España. Era el príncipe instruido, observador, gran conocedor de los negocios y los hombres, popular, magnífico, hasta pródigo: sabia conservar en el ruido, y hasta en el tumulto de un festin, sus verdaderos sentimientos, y no decir mas que lo que estaba en armonía con sus designios ó política. Era de una reserva proverbial, tan serio, tan avaro de palabras, que mereció el título de Taciturno. Aunque criado en la religion católica, se hizo siempre sospechoso por sus opiniones, y como para confirmar este concepto, acababa de casarse con una princesa luterana.

El conde de Egmont, otro de los personajes que hacen un gran papel en este drama, alcanzaba casi tanta fama como el príncipe de Orange; mas por medios diferentes. De algunos mas años que el primero, se habia distinguido como cortesano, como hombre de negocios, pues habia sido honrado con varias embajadas, y sobre todo como hombre de guerra, en cuyo teatro lucieron varias veces su capacidad y bizarría. Le hemos visto en la batalla de San Quintin derrotar la caballería francesa al frente de la de Felipe, comenzando de este modo una derrota que hizo tan famosa esta jornada. En la de Gravelines, mandó en jefe el ejército del rey de España. Reunida esta gloria personal á las riquezas, á su posicion en el pais, hacian del conde de Egmont uno de los principales personajes de aquel tiempo.

Era el conde de Egmont tan franco y abierto en sus maneras como reservado el príncipe de Orange; casi se puede decir que alcanzaba mas popularidad por esta misma circunstancia. Manifestaba sus quejas sin disfraz y sin rodeos; con sentimientos mas reales de adhesion y lealtad al rey de España, se expresaba acerca de él muchas veces, sin ninguna consideracion ni miramiento. No disimulaba su adversion al cardenal Granvela, y con la princesa Gobernadora se mostraba franco consejero, y no pocas veces censor bastante duro. Con el príncipe de Orange, á pesar de la poca armonía de carácter, llevaba relaciones de amistad; tan fuertes eran los vínculos con que la política del rey de España hacia unir á los principales personajes de los Paises-Bajos.

Citaremos tambien al conde de Horn, que aunque no de tanta nombradía como los otros dos, era personaje de importancia; de alguna mas edad que ninguno de ambos, militar tambien y de buen nombre, adicto de corazon al príncipe de Orange, que habia sabido ganársele por los medios que en él eran tan comunes.

La regente no pudo, pues, introducir la division entre estas tres personas. Era necesario otro resorte mas fuerte que el de una simple distincion ó gracia de la corte.

Acordaron los tres el escribir al rey de España, exponiéndole los males del pais, produciendo quejas contra la persona del ministro, cuya separacion le hacian ver que era del todo indispensable. Se extendió la carta con la anuencia de otros mas nobles; mas algunos se resistieron á firmar, y no fué suscrita mas que con los tres nombres indicados.

La Gobernadora, que por sus espías era sabedora de todos estos pasos, escribió por parte á su hermano, haciéndole ver la confabulacion en que se hallaban los grandes del pais, y lo fácil que era no le presentasen la verdad con sus colores verdaderos.

Recibió mal el mensaje el rey de España. Respondió que no estaba acostumbrado á destituir á ninguno de sus servidores por las acusaciones de sus enemigos; que presentasen cargos positivos contra el cardenal, y que si querian dar un carácter mas formal á dicha acusacion, viniese uno de ellos á producirla de palabra.

Constante siempre en su máxima de dividir á los que creia cabezas de la oposicion, escribió por parte al conde de Egmont en términos muy expresivos y afectuosos; mas fué en vano, pues volvieron á escribir los tres, diciendo al rey que no se presentaban como acusadores de nadie, sino como hombres que daban un consejo, cuya admision aconsejaba la política. A las amonestaciones del rey para que asistiesen al Consejo, respondieron que era un paso inútil, por cuanto en el Consejo no se trataban en público ningunos asuntos de importancia. El conde de Egmont respondió tambien por parte, diciendo que le era imposible presentarse en Madrid como el rey se lo insinuaba; que este paso, en lugar de ser útil á la causa del pais, arruinaria su reputacion, que podia ser tan útil á los intereses de su soberano.

Así quedaron por entonces los negocios. La mayor parte de los grandes salieron de Bruselas, y el Cardenal quedó, como siempre, omnipotente. Mas creciendo cada dia los odios y las animosidades de los grandes y del pueblo, volvió el conde de Egmont á exponer á la Regente los males que iba á acarrear á los Paises-Bajos la continuacion de este personaje en el gobierno. La princesa, ó bien convencida de esto mismo, ó tal vez disgustada interiormente de un hombre cuya preponderancia y verdadera autoridad hacia á la suya

propia tanta sombra, se decidió por fin á escribir al rey, aconsejándole que tomase este asunto en consideracion, y se penetrase de que era ya necesaria la remocion de su ministro.

En cuanto á Granvela mismo, que no ignoraba ni estos pasos, ni las disposiciones de los ánimos, no tenia por prudente el insistir en conservar un puesto precario, que tantos disgustos le acarreaba. Tambien dió pasos por su parte para su separacion, aunque tanto humillaba entonces su amor propio. Mas de todos modos el rey, á quien tantas quejas y amonestaciones hicieron por fin fuerza, consintió en un acto que le repugnaba como depresivo de su autoridad, y Granvela recibió la órden de ausentarse de los Paises-Bajos.

Preparado á este golpe el Cardenal, habia escrito con anticipacion al duque de Alba pidiéndole sus consejos y su proteccion para que le obtuviese un puesto en la corte de Felipe; mas no quiso comprometerse dicho personaje en dar este paso delicado, y aconsejó al Cardenal que se retirase por entonces á Borgoña ó al Franco-Condado, pais de su naturaleza. Tomó Granvela su consejo, y salió de Bruselas, dirigiéndose á Besanzon, de donde tomó muy luego el camino para Roma.

Ya nos encontraremos mas adelante con este personaje, que á pesar de su separacion de los Paises-Bajos, nunca perdió el favor del rey de España.

CAPÍTULO XXX.

Sigue la materia del anterior.—Edictos sobre la Inquisicion.—Sobre el concilio de Trento.—Confederacion de la nobleza.—Mendigos.—Excesos de los nuevos sectarios.—Represiones.—Medidas medias.—Entrada de tropas.—Recobra la Gobernadora el ascendiente.—Castigos de sectarios.—Disolucion de la confederacion.—Retirada del principe de Orange.—Resuelve el rey de España enviar al duque de Alba á los Paises-Bajos. (1865-1867.) (1)

Fué la separacion del cardenal Granvela de los Paises-Bajos una medida sin duda muy prudente; mas no estaba en esto la verdadera llaga, la verdadera causa de los disturbios que los molestaban. Tal cual Granvela se mostraba, no era mas que el verdadero agente de la política del rey de España. No bastaba, pues, cambiar de brazo ó de instrumento, quedando él mismo el resorte, el alma principal que le movia. Con la política inflexible de Felipe, no podia haber paz ni amalgama entre tantos elementos de disidencia y de desórden, No queremos decir que con otra conducta no hubiese sucedido lo mismo en el conflicto á que habian llegado los intereses, las pasiones, las ideas. Un rompimiento era ya inminente, inevitable, y los pasos que daba el rey no hacian mas que acelerar esta declaracion de guerra abierta. Era ya imposible gobernar aquel pais segun sus máximas de administracion, y en cuanto á purgarle de la herejía, que fué el pensamiento favorito, dominante y exclusivo de Felipe, era verdaderamente una quimera. Todas las cartas del mo-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

narca á la Gobernadora se dirigian á que conservase la religion, á que se persiguiesen y castigasen los herejes, y no parecia sino que á proporcion que el rey se obstinaba en extirpar, se desarrollaban mas y mas las nuevas sectas. En varios puntos se manifestaron los desórdenes que hemos ya indicado, que entonces no eran mas que cosas aisladas, y no efecto de un pronunciamiento abierto. En Amberes tuvo el verdugo que matar á puñaladas á un famoso apóstata llamado Fabricio, á quien el pueblo trataba de arrancarle de la hoguera: en Rupelmonde llegó la desesperacion de un clérigo, tambien hereje, á incendiar un archivo que se hallaba contiguo á la cárcel: en Brujas se alzó el populacho contra los inquisidores, y arrancaron de su mano un preso.

Las medidas que se tomaban en reprimir estos excesos, en vez de apagar el incendio, le daban nuevo pábulo.

La promulgacion del Concilio de Trento era uno de los objetos principales, quizá el mas interesante que ocupaba la atencion del rey de España. Hemos visto que en aquella asamblea, habiéndose disputado la precedencia entre los embajadores de España y de Francia, se decidió la cuestion por este último. La misma determinacion se habia tomado por los cardenales en Roma, á quienes el Pontífice habia encomendado este negocio tan desagradable y espinoso. Al rey de España ofendió muchísimo una determinacion que tuvo por injusta y depresiva. Mas los que se imaginaban que esto habia de influir en la observancia y aceptacion del concilio, no conocian bastante los verdaderos sentimientos del monarca.

Se alegraron muchísimo en los Paises-Bajos, creyendo que semejante injusticia les eximiria de lo que llamaban el yugo del concilio; mas luego llegó órden de Felipe para que se publicase y se pusiese en observancia todos sus decretos y disposiciones. Pareció la medida algo violenta á la Gobernadora, y dudó mucho sobre la publicacion de algunos de ellos. El Consejo, á quien expuso sus dificultades, fué del mismo modo de pensar; mas el Rey se obstinó en que nada se omitiese.

Con esto se pone bien de claro que el rey de España procedia en estos asuntos como un hombre que despues de tomada una resolucion, no se detiene en la naturaleza de los medios de llevarla á cabo. Natural era que reflexionase que la Gobernadora y su Consejo estaban mas al cabo del estado del pais, y puesto que le indicaban los inconvenientes de la adopcion de la medida, accediese á sus miras

y adoptase su política; mas era para él un asunto capital la admision en su totalidad de los decretos del concilio, y todo lo demás le parecia de un órden secundario. Repitió, pues, la órden de que se llevase adelante su decreto, y que nada se omitiese para reprimir y castigar con mano fuerte á los herejes. Mas no bastaba el mandar, pues los obstáculos insuperables que encontraba la Gobernadora eran superiores á estas órdenes. Volvieron á Madrid las representaciones de la Gobernadora y su Consejo. Para apoyarlas de palabra se envió á la corte de España al conde de Egmont, que, como hemos insinuado, no era en apariencia objeto de suspicacia para el rey católico.

Se verificaban mientras tanto las conferencias de Bayona, de que hemos hecho mencion en su lugar correspondiente. Por mas que se quiso dar á esta entrevista un aire de familia, estaba persuadido todo el mundo de que se trataban en ella asuntos de gravísima importancia. Se hablaba de un plan de exterminio total de los herejes; y como en estos casos vuela tanto la imaginacion, así en los que esperan como en los que temen, no era extraño que las cosas se abultasen, aunque en realidad todos los historiadores de aquella época convienen en que el estado de la herejía en Francia y los medios de acabar con ella fueron el asunto principal de aquella reunion famosa. Si el rey de España no asistió personalmente á ella, fué, ó por no comprometerla dentro de un reino extraño, ó no dar mas campo á las sospechas; y sobre todo por no creer este paso necesario, habiendo dado instrucciones al duque de Alba, que en un todo le representaba. Circularon, pues, en los Paises-Bajos con este motivo rumores alarmantes que atizaron el fuego de descontento y aversion al gobierno español, aumentando los embarazos de la princesa Gobernadora y su Consejo.

Llegó á principios del año 1565 el conde de Egmont á Madrid, donde fué bien recibido del monarca. Su respuesta no fué otra que la que habia dado anteriormente; á saber, que se llevase adelante lo mandado, y que se reprimiese y castigase á los herejes. Para dar mayor solemnidad y peso á su determinacion, reunió un consejo de teólogos, á quienes sometió la gravedad de aquellas circunstancias. No todos los individuos de esta reunion aprobaron abiertamente sus sentimientos y medidas de severidad y de dureza. Algunos fueron de opinion de que debia cederse algo al estado de las opiniones y crítico de la situacion, y manifestando al rey su dictámen que podia

usar de tolerancia, si este era un camino de conservar mas fieles adictos á la comunion romana. «No se trata de saber si puedo, respondió Felipe; la cuestion es si debo tolerar en mis dominios á enemigos de la Iglesia.» Como los teólogos propendiesen á la afirmativa, si tal era el estado del negocio, se arrodilló Felipe ante un Crucifijo, diciendo: «Señor, yo prometo no dar nunca leyes ni mandar en region alguna donde os desprecien.»

Con estos datos podemos muy bien conjeturar la respuesta que enviaria á la princesa Gobernadora, aunque Egmont no fué el portador de todas las voluntades de Felipe. Le dió, sin embargo, una instruccion relativa al modo como se habian de conducir con los herejes, instituyendo una junta para ello. Le entregó asimismo 60,000 ducados de oro para la milicia, 200,000 para las guarniciones, 150,000 para gobernadores y magistrados, diciéndole que quisiera mandar mas, pero que tenia que atender á otras obligaciones igualmente perentorias. Tambien le entregó la persona de Alejandro, hijo de la Gobernadora, de diez y nueve años de edad, con lo que dejó á la madre altamente satisfecha. Poco despues se celebraron con gran solemnidad en Bruselas las bodas de este príncipe con la princesa María de Portugal, hija del príncipe don Eduardo ó don Duarte, hermano de don Juan III; mas estas grandes funciones y fiestas de familia no endulzaron la amarga situacion en que se hallaba la Gobernadora.

El conde de Egmont, á quien no se le fiaron todas las instrucciones que envió el rey por carta separada á la princesa, se quejó amargamente de una conducta que tan altamente comprometia su reputacion en el pais, pues se le supondria partícipe de medidas impopulares que fuertemente reprobaba. A pesar de que trabajó el rey en persuadirle de que no habia contradiccion alguna entre las instrucciones de que habia sido portador, y las que habian ido en cartas separadas, no se dieron órdenes menos severas para que se apoyase todo lo posible á los inquisidores, y se publicasen en su totalidad las decisiones del concilio. Se extendió en los términos mas severos el edicto en que esta obediencia y sumision se prescribia, y se distribuyó con profusion en todas las provincias.

Avivó este edicto la llama del descontento, y por todas partes fué blanco de invectivas y censura. En algunas provincias, sobre todo en Brabante, donde apenas pudo procederse á la publicacion del edicto, todas las clases del estado se le mostraron enemigas, sobre

todo los nobles, y mas que nadie el príncipe de Orange, que continuaba aprovechándose de esta disposicion tan favorable de los ánimos.

Se siguió á estos disgustos públicos, ó por mejor decir los inflamó de nuevo, una reunion de nobles que, en número de nueve, celebraron cierta especie de confederacion contra la promulgacion y observancia del edicto. Figuraban á la cabeza, Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, Brederod conde de Utrecht, el conde Carlos Mansfeld, hijo del otro de este nombre, el conde de Kuilenbourg, el conde de Tolosa, el conde de Santa Aldegundis Felipe de Marnix. En noviembre de 1565 extendieron con solemnidad la fórmula de su juramento. Decian en su manifiesto, que engañaban al rey los que le aconsejaban el establecimiento en los Paises-Bajos de la Inquisicion, tribunal de sangre, que además de sus crueldades, envilecia, degradaba y esclavizaba á los hombres, poniendo al bueno, al virtuoso, al honrado padre de familia á merced de infames delatores; que movidos de estos sentimientos, y mirando por la tranquilidad y seguridad de los ciudadanos, se declaraban contra el establecimiento de semejante tribunal, comprometiéndose con sus personas y sus vidas á llevar adelante su propósito, confederándose, prometiéndose ayuda mutua en favor de cualquiera individuo de la confederacion, que sufriese ó fuese perseguido por abrigar estos nobles sentimientos y trabajase por hacerlos efectivos. De la justicia de su causa, de la pureza de sus intenciones, ponian por testigo á Dios, y hacian á su pais la manifestacion mas formal y mas solemne. Se distribuyó esta fórmula, ó sea manifestacion, por miles de ejemplares, y fué recibida del pais con muchísimo entusiasmo.

Abrazaron la causa de los nobles los mercaderes y demás clases populares, y muchos católicos no se manifestaron menos prontos á seguir esta bandera que los disidentes en materias religiosas. Es fácil de conocer que no llevaban unos y otros unas mismas miras; que algunos aspiraban solo á verse libres de la Inquisicion, mientras otros trataban de conseguir una libertad completa de conciencia. De todos modos, se acrecentó muchísimo el número de los confederados, y á pocos dias de la primera reunion, ya pasaban de seiscientos. Se hallaban entre ellos, y los animaban sin duda en secreto, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn; mas ninguno de estos tres se habia declarado abiertamente. Tampoco eran públicas, aunque ninguno las ponia en duda, las relaciones de los con-

federados con la reina de Inglaterra, los hugonotes de Francia y los nobles luteranos de Alemania.

Nada de esto cogia desprevenida á la princesa, pues por todas partes tenia emisarios que le daban cuenta de la conducta de los disidentes. Trataba de neutralizar sus disposiciones, que ya rayaban en hostilidades, por medio de cartas secretas que enviaba á los Gobernadores para que llevasen á rigor las disposiciones de los edictos, inspeccionando castillos y fortalezas, poniéndose de inteligencia con la corte de Francia, á la que hacia saber cuanto pasaba; mas no estaba en el poder de la princesa ni en el de Felipe resistir por medio de decretos, á un torrente que por todas partes desbordaba. Llegó en los nobles el ánimo y la resolucion hasta presentarse delante de Bruselas y pedir admision dentro de sus muros para entregar un memorial á la princesa. Celebrábase entonces en aquella capital una asamblea de caballeros del Toison de Oro. Con este motivo se deliberó en el consejo sobre la peticion extraña de los confederados, sometiéndose á su decision si debian ó no ser admitidos. Opinaron por la afirmativa el príncipe de Orange, el conde de Egmont y sus amigos. Fueron de la opinion contraria entre otros el conde de Mansfeld, y el de Barlamont, que se mostraba siempre contrario á la opinion del príncipe de Orange. Manifestó este que no podia haber inconveniente alguno en recibir la peticion de los confederados, y no dejó pasar la ocasion de censurar la conducta del rey, que tan mal recompensaba los servicios del pais y los sacrificios que en su obsequio hacia. En vano la Gobernadora les hizo ver lo vicioso de su pretension, manifestando que la Inquisicion no era una institucion nueva en el pais, pues llevaba ya de fecha cuarenta años; mas la demostraron que habia mucha diferencia entre la Inquisicion ejercida por los obispos del pais y la que se queria establecer ahora, dependiente en un todo de las voluntades del Pontífice.

El consejo decidió, pues, la admision de los confederados, que entraron en 7 de abril del año 1566 con grande aparato y ceremonia rodeados de la muchedumbre. Fueron hospedados en casa de los demás nobles, y con esto se estrechó mas la liga renovándose juramento de que todos se declaraban mancomunados contra sus enemigos, ofreciéndose proteccion y auxilios mútuos. A los dos dias se presentaron en palacio con Beredod, á la cabeza, quien con todas las demostraciones de sumision y de respeto puso en manos de

la Gobernadora una peticion reducida á tres artículos, solicitando la revocacion de los edictos sobre la Inquisicion y obediencia á las decisiones del concilio. Al mismo tiempo se quejaron á la Gobernadora de las cartas que sus enemigos le habian escrito contra ellos, pidiéndole que declarase los nombres de los delatores. Les respondió Margarita que tomaria el asunto en consideracion, que lo consultaria con el rey, y no les dió mas respuesta por entonces, con la cual se despidieron. Mas al dia siguiente se les devolvió la peticion con un decreto al márgen en que se les ofrecia mitigar los decretos relativos á la Inquisicion y á otros puntos de litigio: con este motivo volvieron los comisionados á palacio y dieron gracias á la Gobernadora.

Se celebró aquel mismo dia un banquete á que asistieron la mayor parte de los confederados. En el calor de la conversacion y del vino se discutió un punto que hasta entonces no se habia tratado, á saber: qué nombre se daria á su asociacion, pues hasta entonces no habia sido designada con ninguno. La decision que se adoptó en el particular fué verdaderamente propia de su sobremesa. Parece que Barlamont ó algun otro de los principales consejeros de la Gobernadora, para indicar lo poco que valian los confederados, los habian designado con el nombre de *mendigos*. Fué esta especie la que con broma y algazara les hizo adoptar el nombre definitivo que se dieron. ¡Vivan los mendigos, vivan los mendigos! se vociferó en la mesa, por cuyos convidados circuló un vaso con unas alforjillas y una especie de taza ó de hortera llena de vino, en que brindaron todos. En el calor de aquella discusion llegaron el príncipe de Orange y el conde de Egmont, con lo que se renovaron los brindis y las aclamaciones.

Tal fué el orígen de los mendigos de los Paises-Bajos, que llevaban por divisa de su confederacion una taleguilla con una hortera al lado, y una medalla al cuello con una inscripcion de ser fieles al rey hasta la talega. Despues de algunos dias de permanencia en Bruselas se salieron del modo mas público, en número de mas de quinientos, recibiendo fuegos de saludo. Brederod se retiró á Amberes y los otros á Gueldres, desde cuyos puntos trataron de esparcir y aumentar la asociacion con toda la actividad posible. En vano envió la Regente un mensajero á Amberes para que se precaviesen de Brederod y espiasen su conducta. No fué por eso menos popular en la ciudad este jefe, y cuando supo la determinacion de

la Gobernadora, salió á las ventanas de su casa con un vaso de vino en la mano y brindó á presencia de la muchedumbre contra una institucion tan aborrecida y detestada.

No le faltaban á la princesa Gobernadora buenos deseos y espíritu conciliador que templase las pasiones; mas se hallaba contrariada en su modo de pensar por las órdenes terminantes de Felipe, á quien procuraba complacer en todo. Convencida de lo imposible que era poner en planta los edictos venidos de Madrid, imaginó uno que conciliase en lo posible las ideas del monarca y las de los confederados, es decir, un término medio igualmente distante de los dos extremos. Habiendo propuesto en su consejo si esta medida se llevaria á efecto ó no, se decidió por la afirmativa el príncipe de Orange, y en efecto se extendió y circuló el edicto. Pero Margarita no le dirigió á todas las provincias á la vez, sino de un modo sucesivo, comenzando por aquellas donde no se manifestaba tanto el espíritu de resistencia á los edictos anteriores. Adoptaron el decreto que se llamó de moderacion, las provincias de Artois, Namur y Luxemburgo. Otras manifestaron que estaban prontas á recibirle con algunas modificaciones; otras abiertamente se negaron. En general fué de tan poca eficacia la medida y tan impopular, que en lugar de llamarle edicto de moderacion, se le dió el título de *moorderation*, que en aquella lengua significa asesinato. Y aun para la aprobacion de esta medida, que tan poco agradable se manifestaba, le era preciso el consentimiento del rey, para lo que le envió de mensajeros á los condes de Montigny y de Berghen.

En el punto donde se habian puesto los negocios, era ya imposible á los hombres de cierta consideracion é influencia en el pais permanecer neutrales, tratándose de cosas que tanto se chocaban y se contradecian. Entre ellos se hallaba principalmente el príncipe de Orange, quien ni amaba al rey ni gustaba de su política ni sus resoluciones, y que por otra parte no queria, ó por principios ó por otras miras ulteriores, manifestarse jefe y afiliado en el partido opuesto. Objeto de la suspicacia de Felipe, no se lisonjeaba de acertar nunca á complacerle, y por otra parte temia perder su popularidad mostrándose celoso servidor de aquel monarca. Hizo, pues, renuncia de sus cargos á la Gobernadora, diciéndola que no necesitaba el rey servidores que eran objeto de sus desconfianzas, y que por lo mismo no podia ser de utilidad en puesto alguno. Siguieron su ejemplo los condes de Horn y de Egmont, marchándose este úl-

timo á tomar baños. Se quejó amargamente de esta conducta la Regente, diciéndoles que ¿cómo la abandonaban en aquel conflicto, y quién podria en adelante apoyar su autoridad, abandonando sus puestos personas de su influencia y nombradía? Retiró el conde de Egmont su peticion y conservó sus cargos. Anduvo mas remiso en eso el príncipe de Orange, que rara vez era muy explícito en sus pasos y en sus determinaciones. En cuanto al conde de Horn, se retiró definitivamente de la vida pública.

Mientras tanto se aumentaba cada dia en los Paises-Bajos el número de los sectarios. En todas partes hacian nuevas irrupciones los luteranos, los calvinistas y los anabaptistas, sin que todas las medidas del mundo pudiesen impedirlo en un pais de tantas relaciones como Flandes con naciones donde dichas sectas pululaban. Por el norte se componia el mayor número de luteranos, como la religion de los príncipes del Imperio; por el mediodia eran especialmente calvinistas, como en estrecha relacion con los de Francia. Se entraban los misioneros con la apariencia y bajo el traje de comerciantes ó artesanos que esparcian en secreto sus doctrinas; pero por la impopularidad del nuevo edicto de la Gobernadora, cobraron mas aliento, y de privadas confabulaciones procedieron á predicar abiertamente en público. En Oudenarde, Gante y casi toda Flandes, se presentó como principal misionero un tal Fernando Striguer, ex-fraile franciscano, que arrastraba tras sí la muchedumbre entusiasmada con una elocuencia que hablaba á su imaginacion y á sus pasiones. Llevaban los mas atrevidos armas de fuego, picas y alabardas con que cercaban el campo donde predicaba el misionero. Con un carro le formaban una especie de púlpito con toldo, para defenderle del sol ó inclemencias de la atmósfera. Allí se predicaba, se cantaban salmos y se administraban sacramentos segun prescribia la doctrina de Calvino. Lo mismo practicaba un tal Ambrosio Ville en Tournay, y Pedro Dathem en Flandes del poniente. De Tournay, que se hallaba sin guarnicion, se apoderaron, poniendo en libertad á los presos por sus opiniones. Ligados los de esta ciudad con los de Valenciennes y Amberes, se reunieron de los tres puntos hasta mas de diez y seis mil con carros y armas para oir sermones y cantar sus salmos. No solo ponian en práctica el culto de las nuevas sectas, sino que hacian burla del de Roma por medio de farsas, en que se ponian en ridículo sus trajes y sus ceremonias.

Comenzaba este desórden á inspirar serias inquietudes. De Am-

beres dieron parte de todo á la Gobernadora, instándola á que cuanto mas antes se pusiese en camino para dicho punto. No atreviéndose á ello Margarita, mandó en su lugar al conde de Mengel; mas su presencia en lugar de aplacar los desórdenes de Amberes, los hizo degenerar en tumulto abierto, prorumpiendo la muchedumbre en vociferaciones contra Mengel, á quien se acusaba de ser portador de órdenes secretas para plantear el tribunal de la Inquisicion, objeto de tanta antipatía. Intimidado Mengel tuvo que salir de Amberes, y con este motivo volvieron los comisionados de esta ciudad con nuevas súplicas á la Gobernadora para que se pusiese inmediatamente en camino, si la queria ver salvada, y en caso de que no pudiese les mandase en su lugar al príncipe de Orange. Aceptó este la comision que le dió para ello Margarita, á pesar de sus resoluciones anteriores, y se dirigió á Amberes, de cuyo pueblo fué recibido con muchísimos aplausos. Participaron todas las clases de estos sentimientos, y los unos como los otros, miraron como un salvador al príncipe de Orange. Sério éste, y circunspecto, aplacó poco á poco la efervescencia popular, y con su carácter conciliador, al mismo tiempo de hacer concesiones á los sectarios, protegió al culto católico contra las violencias de que estaba amenazado.

Mientras tanto la Gobernadora, siempre con desconfianza de unos y de otros, retiró el acto de indulgencia que habia concedido á los confederados. Con este motivo se reunieron estos con Brederod á su cabeza en Santron, y desde allí pidieron á la Gobernadora seguridad personal, manifestando pretensiones poco asequibles, pero con tono muy alto y decisivo. Fué portador de este mensaje el conde jóven de Mansfeld, y la Gobernadora envió á los confederados al príncipe de Orange y al conde de Egmont como sus plenipotenciarios. Preguntaron estos en nombre de Margarita qué pretensiones tenian y por qué se celebraba aquella reunion extraordinaria. Los confederados dijeron que no tenian ninguna seguridad, y que además se veian objetos de desconfianza y calumniados. No accedió la Regenta á sus solicitudes. Destituida de consejo en aquella crisis, con gran falta de recursos, y desconfiando del príncipe y de Egmont, dijo á los confederados que esperasen la respuesta del rey otros veinticuatro dias.

Llegó el conde de Montigny con el de Berghen á Madrid con el mensaje de la Regente, cuyas pretensiones eran, entre otras, la abolicion del decreto de la Inquisicion, ó mas bien, el que se sustrajese

de este lo que era tan odiado de aquellos habitantes. Tambien la convocacion de los Estados generales era una de las medidas urgentes que aquella princesa proponia.

Se hallaba entonces Felipe II en Valsain, cerca de Segovia, é inmediatamente mandó que se juntase el Consejo de Estado, compuesto del duque de Alba, de Gomez de Figueroa, del conde de Feria, de don Antonio de Toledo, de don Juan Manrique de Lara, de Rui-Gomez, príncipe de Eboly, de Luis Quijada, de Carlos Tissenac, presidente del Consejo de Flandes. En el seno de esta reunion se trataron los negocios tan delicados de los Paises-Bajos; se examinó la conducta de los confederados, la irrupcion de los innovadores y sus predicaciones públicas. Se debatió en el Consejo en pro y en contra, como sucede en tales casos, y una de las cuestiones mas importantes fué la de si el rey en aquellas circunstancias debia dirigirse á los Paises-Bajos. Muchos opinaron por la afirmativa: otros alegaron los grandes riesgos á que se expondria el rey, haciéndose al mar en estacion tan avanzada, opinion que prevaleció en la mayoría del Consejo. Tambien hubo opiniones de que se retirasen los edictos y se confirmase el de indulgencia. Despues de oidos á unos y á otros no resolvió allí otra cosa el rey, mas que se hiciesen rogativas y procesiones para que Dios iluminase sus consejos.

Escribió el rey á la Regente que no creia necesaria la convocacion de los Estados, y que por lo mismo no podia acceder á la adopcion de esta medida. La mandó al mismo tiempo que estuviese preparada para la guerra, allegando tres mil caballos y dos mil infantes, mientras él arreglaba un regimiento de caballería. Escribió además á muchos grandes del pais y ciudades principales en los términos mas corteses, exhortándolos á que continuasen con su conducta, y los sentimientos de fidelidad y adhesion á su persona. En cuanto á los edictos, aflojó algun tanto de su rigor acostumbrado. Con estas respuestas se volvió uno de los mensajeros, el conde de Berghen; mas antes de llegar á los Paises-Bajos habian ocurrido sucesos desagradables, de un órden sumamente desastroso.

Desechaban los nuevos sectarios el culto de las imágenes, que por todas partes eran objeto de su antipatía. Ya hemos visto cómo en Escocia, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, fueron muchas veces invadidos los templos, robados los objetos del culto de algun valor, y quebradas las imágenes. De iguales violencias fueron teatro los Paises-Bajos. De las predicaciones en campo abierto, pasa-

ron á hostilizar á los templos de sus antagonistas. Mas de trescientos foragidos se presentaron en las iglesias de la Flandes occidental en Saint-Omer, Iprés, Menin y Oudenarde. Con martillos, con palancas, con todos los instrumentos posibles de dilapidacion y destruccion, invadian los altares y cometian toda clase de destrozos.

Tambien quisieron cometer estos excesos en Amberes, y se hubieran realizado á no imponer su intercesion el príncipe de Orange. Mas restituido á Bruselas, á consecuencia de llamamiento de la Gobernadora, quedó la ciudad abandonada y continuó el tumulto, teniendo por blanco nada menos que la catedral de la ciudad, donde, entre otras imágenes, fué despedazada la de la Vírgen, objeto de gran devocion para aquellos habitantes. Los mismos excesos se cometieron en Gante, en Tournay, en Valenciennes. En Holanda y otras ciudades del norte de los Paises-Bajos se vieron los magistrados en la necesidad de retirar de las iglesias los objetos del culto, á fin de que no fuesen víctima de la codicia y profanacion de los sectarios.

Alarmada la Gobernadora, y atemorizada además, quiso huir de Bruselas. Mas se lo disuadieron sus consejeros, y entre ellos el famoso Viglio que estaba separado, hacia algun tiempo, de sus cargos. Accedió por fin Margarita á sus razones. Nombraron por gobernador de la ciudad al conde de Mansfelt, quien tomó medidas de defensa, aumentando la guarnicion, dando armas á los mismos criados y sirvientes de palacio.

Aconsejaron al mismo tiempo á la Gobernadora que se soltase de la cárcel á los aprehendidos por predicadores; que se diesen á conocer los nuevos edictos conciliadores que habian llegado de la corte de España; que no se hablase nada de castigos; que concediesen la seguridad personal que pedian los mendigos. El príncipe de Orange y el conde de Egmont se mostraron en buenos términos con la Gobernadora durante aquellas apuradas circunstancias, y despues de haberse dado promesas mútuas de sinceridad, se dirigieron el primero á Amberes y el segundo á Flandes.

Igual efecto hizo la presencia del príncipe de Orange en Amberes esta vez, que la pasada. Restituyó á los católicos los edificios del culto, al mismo tiempo que concedió á los protestantes puntos donde pudiesen públicamente celebrar el suyo, debiendo presentarse en estos actos sin espadas, sin ninguna clase de armas. Despues de pacificada Amberes, se dirigió el príncipe con el mismo objeto á Utrecht,

á Holanda y á Zelanda, donde observó la misma conducta, pacificando los ánimos y haciendo justicia á cada uno de los dos partidos.

Tambien en Bruselas trataron de hacerse con templos suyos los de las nuevas sectas; mas se negó á ello la Regente, cuya autoridad, apoyada en la energía del Gobernador y jefe de la guarnicion, fué entonces respetada.

En Tournay se suscitaron muchas disputas sobre la distribucion de lugares de culto. El Gobernador asignó á los protestantes los arrabales de la ciudad para construir sus templos; mas los nuevos sectarios se obstinaban en tenerlos dentro, por hallarse allí el mayor número de sus correligionarios; pero al fin se aplacaron, accediendo á lo que el Gobernador les proponia.

Fué en Valenciennes, donde se suscitaron con estas disputas mas disturbios. Habian sido mas frecuentes en esta ciudad que en ninguna otra, sea porque hubiese mayor número de herejes, ó porque la vecindad á Francia los hiciese mas ardientes y atrevidos. Tenian entonces en su seno, un predicador de esta nacion, llamado Lagrange, que arrastraba á la muchedumbre con el poder de su elocuencia; llegando hasta amenazar á los magistrados con entregar la plaza á los hugonotes, si sus hermanos no entraban en goce del derecho de ejercer en público su culto, como lo hacian los demás cristianos. Se mostró muy celoso el conde de Egmont en Gante, capital de su gobierno, protegiendo á los católicos contra los ataques de los calvinistas, con la restitucion de los templos que les habian usurpado. Solo permitió á los nuevos sectarios uno de su culto fuera de los muros de la plaza.

Se conducian, como se ve, el príncipe de Orange y el conde de Egmont en el sentido del órden y el reposo público, mostrándose muy celosos por la autoridad de la Gobernadora y obsequiosos en servir los intereses del señor de los Paises-Bajos. Mas no por eso se hicieron gratos á este monarca, que con tanta desconfianza los miraba y tan presentes tenia sus pasos anteriores. Además de esto, la contemporizacion con los sectarios que estos príncipes observaban como regla de conducta, no podia ser del agrado de un rey, para quien el nombre de hereje encerraba todas las maldades y crímenes posibles.

Mientras tanto le apretaba con sus cartas la Gobernadora, para que cuanto mas antes se presentase en los Paises-Bajos. Lo mismo le decian el príncipe de Orange, el conde de Egmont y los otros

grandes. Por su parte le proponia el emperador la necesidad de que aflojase algo de sus pretensiones, proponiéndose hasta por mediador si se consideraba este paso necesario.

Si algun pais podia reclamar con urgencia la presencia de su rey, era Flandes sin disputa. Basta lo poco que llevamos dicho para concebir la confusion y desórden en que estaba envuelto. Por una parte, edictos para el establecimiento de la Inquisicion; por otra permisos á los sectarios para que erigiesen templos de su nuevo culto. Aquí pretensiones de gobierno absoluto; allí consentida una confederacion política que imponia condiciones. La Gobernadora no tenia fuerza: los grandes que la auxiliaban no eran siempre sinceros en su profesion de fe política: entre estos mismos, existian diferencias muy marcadas de carácter, sobre todo de miras y segundas intenciones. El único punto al que todas las opiniones y partidos convergian, era el disgusto hácia la dominacion del rey de España.

Se hallaba á la sazon en Segovia este monarca (1566), y todos estos puntos fueron sometidos en el momento á su Consejo. Se mostraron en él los parciales de Granvela muy contrarios á los de los grandes de los Paises-Bajos. A sus manejos, á sus intrigas, á sus pasos ocultos, atribuian los primeros todos los disturbios de que aquella region era teatro. Dijeron que sin su conducta doble y política torcida, no le hubieran inundado los herejes, ni tenido lugar la confederacion de los mendigos, ni dádose el escándalo de las predicaciones en el campo, ni consumádose la iniquidad con el allanamiento de los templos y la destruccion de sus imágenes: que todos eran unos, pero que los grandes eran mas culpables que los chicos; por lo que convenia que sobre los primeros, recayesen principalmente los castigos.

En este punto convinieron casi todos. Tambien se adoptó con unanimidad la idea de que el rey se presentase en Flandes. Mas sobre el modo de hacer el viaje y los que habian de acompañarle, hubo diversidad de pareceres.

Opinó la parcialidad contraria al duque de Alba, y donde figuraba el príncipe de Eboli, que el rey partiese sin ejército, haciendo ver el costo, los embarazos de la traslacion de tantas fuerzas á los Paises-Bajos, el aire de extranjero que daria al rey el presentarse en medio de sus pueblos, rodeado de fuerzas extrañas al pais; lo gravoso que seria su manutencion, y que en lugar de aplacar los

ánimos, este despliegue de fuerza y de violencia los enajenaria mas y mas del rey de España, etc.

Respondió á esto el duque de Alba que nunca eran mas necesarias las fuerzas, que para imponer á un pais que recurria en su desobediencia á medios tan violentos. Que el viaje del rey era mas bien para reprimir, que para conciliar los ánimos; que solo se podian aplacar con el respeto y temor de los castigos. Que todos habian pecado, y por lo mismo debian ser todos merecedores de castigos; que tal vez el rey se expondria á desaires personales, no viéndose rodeado de un ejército disciplinado, que se mostrase instrumento ciego de sus disposiciones.

Prevaleció esta opinion como era de esperarse, y despues se trató de la ruta que seguiria el monarca. Por el mar, era imposible en aquella estacion hacer el viaje. Desembarcando en Italia, se le ofrecian dos caminos, ó por Trento atravesando la Alemania, ó por los Alpes, Suiza y orillas del Rhin; mas ambas rutas tenian el inconveniente de atravesar tierras de príncipes luteranos, ó de calvinistas. Por otra parte, era preciso hacer venir de Italia las galeras en que debia de embarcarse el rey, lo que todavía era obra para algunos meses. No tenia el rey deseos de hacer el viaje de los Paises-Bajos. Jamás hijo en esta parte fué tan diferente de su padre. Tan activo como este se mostraba para presentarse donde quiera que creia necesaria su presencia, tan opuesto era el otro á dejar su gabinete, creyendo tal vez que bastaban sus disposiciones para imprimir un gran impulso en los negocios. Sin embargo, se equivocó mucho en esta parte, y tal vez á su repugnancia en visitar aquel pais, se debieron una gran parte de todos sus disturbios.

Mientras se decidia y ponia en ejecucion este designio de viaje, escribió el rey á la Gobernadora una carta para presentar en el consejo, y otra secreta en el que le daba otras instrucciones que no se leian en aquella, En ambas se mostraba adverso á la convocacion de los Estados generales; lo que particularmente le encargaba era que tomase cuantas medidas pudiese para hacerse fuerte, allegando el mayor número posible de tropas.

Iba en progreso la fabricacion de los templos calvinistas, por las medidas de equidad y de moderacion adoptadas por los gobernadores; se dedicaron con el mayor ardor y celo á llevar adelante una obra en que tanto se interesaban sus creencias y amor propio. Grandes y pequeños sin distincion de clases, todos se apresuraban

á poner los medios que cada uno tenia por su parte; haciendo donativos, llevando piedra y demás materiales, trabajando en cosas manuales cuando era necesario. Solamente el conde Hoogstraten en Amberes hizo la oferta de tres millones de escudos, cuya especie circuló impresa en miles de ejemplares, inflamando el ejemplo de muchos que tambien acudieron con sumas muy considerables.

Habia aflojado mucho el allanamiento de las iglesias; tampoco se mostraban tan estrechos los vínculos de la confederacion donde entraban, como hemos dicho, católicos y protestantes. Miraron los primeros con indignacion una conducta, que tal vez atribuyeron á maquinaciones de los últimos. Con estas recriminaciones, hubo desvíos y sospechas mútuas: muchos, sobre todo católicos, se separaron de una liga que se mostraba en parte tan contraria á sus propios sentimientos.

La Gobernadora que lo supo, pues de todo la informaban sus espías, trató de proseguir esta obra de desconfianza, desuniendo cuanto era posible los ánimos indisponiéndolos unos contra otros. El rey, con quien consultó el negocio, le envió cartas escritas á muchos de ellos de una manera secreta, mas que no dejaba de ser pública. Naturalmente fué el designado del rey hacerlos objeto de suspicacia, para los que no habian sido agraciados con esta deferencia.

Fué el conde de Egmont uno de los que recibieron estas cartas. Franco en todas sus acciones y palabras, este personaje se habia disculpado con el rey de algunas faltas suyas anteriores, y haciendo protestas de su adhesion y respeto á la persona del monarca. Le hizo contestar el rey por medio de su secretario, en términos de reprension, manifestándole que al rey tocaba mandar y al vasallo obedecer ciegamente sus disposiciones: que el conde de Egmont no habia hecho todo lo posible para reprimir los excesos de los enemigos del monarca; mas al mismo tiempo, le dió á entender que estaba siempre en su gracia, y que contaba en todo con su enmienda para en adelante.

Tambien recibió carta del rey el príncipe de Orange, mas su contenido era en tono muy diverso. Habia el príncipe, como hemos dicho, presentado á la Gobernadora la dimision de sus cargos, á lo que no accedió la princesa, manifestándole lo necesario y gratos al rey que eran sus servicios. Lo mismo le dijo Felipe, haciéndole ver que merecia en todo su confianza; y para darle una muestra de la sinceridad de su conducta, le aconsejaba que se precaviese de su

hermano, el conde de Nassau, haciendo todo lo posible para que se alejase de los Paises-Bajos.

Al príncipe de Orange no seducian estas manifestaciones de Felipe. Sabia por sus espías cuanto pasaba en la corte de Madrid, y aun en los consejos reservados del monarca. No le era desconocido su viaje á los Paises-Bajos, y las intenciones que tenia. Sabia el consejo que habia dado el duque de Alba; lo que los de Granvela habian dicho sobre la conducta de él y de los nobles. Recientemente habia caido en sus manos una carta, en que el embajador de España en Francia comunicaba esto mismo á la Gobernadora, y la hacia ver que habia llegado el tiempo de emplear medidas de rigor y de castigo. Con este motivo, tuvo el príncipe de Orange una entrevista con su hermano Luis, con los condes de Egmont, de Horn y de Hoosgtraten, manifestándoles el estado de las cosas, la próxima venida del rey, las resoluciones que le animaban, y el gran peligro que corrian. Inmediatamente su hermano, el conde de Nassau, opinó que se tomasen las armas; que escribiesen á los suizos que impidiesen el paso al rey; que pidiesen auxilios á los hugonotes de Francia, á los príncipes luteranos de Alemania, y que declarasen la guerra los primeros, á fin de no encontrarse desapercibidos. Mas el príncipe se opuso á esta medida tan precipitada, haciendo ver que no habian llegado á este término las cosas; que debian esperar, siempre con toda precaucion, una coyuntura mas favorable para declararse; que era preciso que el rey les diese mas motivos, lo que segun sus temores no dejaria de realizarse prontamente.

En cuanto al conde de Egmont, se mostró incrédulo á las aserciones del príncipe de Orange. Le parecia imposible que viniese el rey con las intenciones que le atribuian: manifestando que él por su parte no vacilaba un momento en los sentimientos de adhesion y fidelidad que debia á este monarca: que algunas veces por su rara desconfianza, habia obrado tal vez fuera de la línea que le trazaban sus deberes; mas que para en adelante, estaba decidido á cumplir en todo con la voluntad del rey, sin apartarse en nada de todas sus disposiciones.

Desbarató algo esta obstinacion del conde los planes del príncipe de Orange, á quien era imposible hacer nada sin ayuda del primero, por su gran popularidad, y sobre todo la influencia que tenia en el ejército.

Los amigos se separaron, y aunque todos tenian que presentarse

en el consejo, donde los aguardaba la Gobernadora, solo acudió el conde de Egmont, á quien Margarita, ya sabedora de la reunion, preguntó lo que habia pasado en ella; mas en lugar de decírselo, el conde la enseñó la carta del embajador de Francia, echándola en cara la doblez con que eran tratados, y la suerte que los aguardaba por parte del monarca. Se turbó algun tanto la Gobernadora; mas vuelta prontamente en sí negó la autenticidad de dicho escrito. Sostuvo que era apócrifo, y falsificado para seducirle y extraviarle con planes suversivos; que á ella no le fáltaba carta alguna del embajador; que todas las habia recibido con sus propias fechas; y además, que era tener poca idea de la prudencia que distinguia tanto al rey de España, suponiéndole capaz de fiar á su embajador secretos de tal grado de importancia.

No es fácil decir la impresion que hizo esta respuesta en el ánimo del conde; mas debió de ser favorable, habiendo este permanecido en la situacion pasiva, que á sus amigos habia manifestado.

Mientras tanto se tomaban disposiciones para una guerra próxima; se hacian venir tropas de Alemania y otras partes, y se distribuian á los gobernadores de las provincias respectivas. Por no excitar la desconfianza del príncipe de Orange, se confiaron tambien algunas á su mando; mas haciéndole vigilar por un oficial de toda confianza de la Gobernadora, á quien daba parte de todos sus pasos y conversaciones. Tambien las recibió el conde de Egmont en su gobierno.

Con la adopcion de estas medidas variaron el lenguaje y conducta de la Gobernadora. Se puso fin al tono de consideracion y de indulgencia; se revocaron las gracias concedidas á los protestantes para erigir templos; se castigó á los predicadores; se persiguió á los que se mantenian aun confederados; se habló en fin de rigor y de castigo, y que habia llegado el término de las condescendencias.

Valenciennes, donde con mas ardor y vehemencia se habian conducido siempre los nuevos sectarios, llamó principalmente la atencion de la Gobernadora, y envió al conde de Noircarmes al frente de tropas para guarnecerle. Al llegar á la ciudad, salieron los magistrados á recibirle, suplicándole no pasase adelante con la tropa; mas él les dió á entender que no les quedaba mas alternativa, que recibir la guarnicion, ó sostener un sitio.

Los magistrados trataban de avenirse al recibimiento de la guarnicion, habiéndose estipulado antes el número de trooas que debian

componerla; mas los calvinistas rígidos, y el populacho, arrastrados por los discursos del predicador Lagrange, resolvieron defenderse hasta la última extremidad, supeditando la voluntad de los magistrados, y de las personas mas pudientes. En vano volvió á intimar la rendicion el general; los de adentro se mantuvieron obstinados. Para privar á la plaza de todos los socorros, ocupó dicho jefe todos los pueblos de los alrededores, habiendo tenido la fortuna de derrotar á varios destacamentos que de algunos puntos les enviaban de refuerzo.

Mientras seguia el sitio de Valenciennes, se iban aflojando poco á poco los vínculos de los confederados. Temerosos los mas comprometidos, enviaron una diputacion á la Gobernadora, pidiendo garantías y seguridades. La recibió la princesa con altivez y con desprecio, diciéndoles que para nada los conocia; que si en algun tiempo habian abusado de las circunstancias para rebelarse contra las leyes, y creerse con derecho de imponer condiciones, se habian cambiado ya los tiempos; que era preciso reconocer y respetar en todos puntos la autoridad y disposiciones del monarca entregándose á discrecion, ó exponiéndose de otro modo á las consecuencias de su rebeldía.

No les quedó, pues, á los confederados otra alternativa que ceder y rendirse á discrecion ó levantar el estandarte de la guerra. Les pareció esto ultimo un partido preferible, y la bandera de la insurreccion tremoló casi abiertamente en Amsterdam, Tournay y en otros puntos. La insurreecion y las hostilidades hubieran sido mas funestas á la Gobernadora, sin la rivalidad de los luteranos y los calvinistas, que no pudieron amalgamarse y convenirse. Es un hecho que cada una de estas dos sectas aborrecia mas á la otra, que á la misma religion católica, que entrambas combatian.

Mientras tanto no estaba ocioso el príncipe de Orange. Todo lo observaba desde Amberes, y de todo llevaba cuenta en conformidad de sus planes ulteriores. Suponiendo que el rey de España iria á desembarcar en la isla de Valkren, hizo que Marnix, conde de Tolosa, se dirigiera á aquellos puntos, poniéndose de acuerdo é inteligencia con los de Flessinga y Middelburgo. Para ayudarle el príncipe sin dar sospecha á los magistrados de Amberes, hizo salir de la plaza á los extranjeros con pretexto de ser perjudiciales; y cuando los tuvo fuera de los muros, los hizo embarcar secretamente en el Escalda. Mas la operacion no tuvo efecto. Sabedora la Goberna-

dora de la expedicion de Marnix, envió á Bruselas en su busca á Lannoy, quien le alcanzo, le derrotó y le hizo encerrarse en una casa fuerte. El conde de Tolosa prefirió ser presa de las llamas á entregarse.

Nadie era sabedor en Amberes de este desastre, á excepcion del príncipe de Orange, que se apoderó inmediatamente de las puertas de los puentes. A la mañana siguiente se avistaron desde los muros las reliquias de los fugitivos: á su vista se llenó el pueblo de indignacion y de lástima, mas al tratar de salir en su auxilio, se vieron encerrados dentro de la plaza. Se marcharon en seguida á los puentes, donde los previno el príncipe de Orange. En vano les advirtió del peligro que iban á correr, pues detrás de los fugitivos se descubria el enemigo en fuerzas respetables. Pero la impaciencia de los habitantes pudo entonces mas que sus consejos. Al fin, no pudiendo contenerlos, entregó la llave á uno de los predicadores de entre ellos, que ejercia mas ascendiente, diciéndole que sobre su cabeza caeria la responsabilidad de cuantos males podian seguirse de su salida al campo. Con estas palabras firmes se aquietaron, y el predicador no se atrevió á hacer uso de la llave entregada por el príncipe.

Dos dias duró la confusion en Amberes, no entendiéndose apenas unos á otros, fluctuando todos entre el temor de los de afuera, y sus rivales ó enemigos de dentro: se mostraban los luteranos desconfiados de los calvinistas, y al contrario. El príncipe de Orange se hizo una guardia de estos últimos, que siendo extranjeros por la mayor parte, tenian mas circunspeccion y necesitaban vivir con dobles precauciones.

Seguia mientras tanto el sitio de Valenciennes, cuyo general habia recibido órden para no estrecharlo mucho, dando tiempo para que llegasen socorros prometidos por el rey de España. Mas aprovechándose los de adentro de esta flojedad, hacian hasta salidas, hostilizándole con cuantos medios estaban á su alcance. Pudo al fin Noircarmes conseguir de la Gobernadora que le dejase apretar el sitio todo lo posible; mas antes de proceder al último ataque volvió á intimar la rendicion, que aceptada por los magistrados, fué desechada por los calvinistas y sus predicantes.

Al fin, se dió el ataque decisivo: por treinta y seis horas se estuvo cañoneando á la plaza, y durante este tiempo se echaron sobre ella tres mil bombas (1). Abierta ya una gran brecha y prontos á

(1) Algunos historiadores hablan de bombas; mas parece que las bombas no estaban inventa-

dar el asalto, quisieron capitular los de dentro ó atenerse á las anteriores condiciones; mas el general sitiador respondió que ya era tarde y que no tenian mas remedio que entregarse á discrecion, lo que en efecto hicieron. Fueron ahorcados el gobernador de la plaza, el predicador Lagrange y otros compañeros, con treinta y seis mas de los principales de la muchedumbre.

Fué un gran golpe la rendicion de Valenciennes para el partido de los insurgentes. A la toma de esta plaza se siguió la de Maestrich, que se rindió sin condiciones. Lo mismo sucedió á casi todas las plazas fuertes, á excepcion de las de Holanda.

Hemos visto á la Gobernadora adoptar un lenguaje fuerte y decisivo, no acostumbrado anteriormente cuando tenia que contemporizar con los partidos. Apenas sabia entonces, cuál de ellos era su apoyo, ó cuál contrario. Mas en el estado á que entonces se hallaban los negocios, vencedora de la confederacion, de los predicadores, de los allanadores de los templos, y de los que se mostraban contrarios ó no completamente adictos á la autoridad del rey, pensó trazar una línea divisoria que distinguiese las dos parcialidades; y con este fin mandó extender una fórmula de juramento de obedecer en un todo las disposiciones del monarca, de proteger la religion católica, de perseguir á los herejes, y extirpar todos los monumentos de su nuevo culto. Le prestaron el duque de Arescot, los condes de Egmont, de Mansfelt, de Meghen, de Barlamont. Le eludieron los de Hoosgtraten y Horn, y dejando á Bruselas, hicieron renuncia ó dimision de sus cargos respectivos.

En cuanto al príncipe de Orange, tenia por entonces otras miras; veia la tempestad que iba á descargar sobre el pais con la llegada del rey de España y de su ejército. Conocia la carencia de medios para contrarestar este poder, hallándose el poco ejército que habia en el pais á la devocion del conde de Egmont, partidario ya declarado del monarca. Convencido de esto, penetrado además del riesgo que corria su persona, blanco de la suspicacia y mala voluntad de la corte de Felipe, determinó ponerse en salvo y retirarse del pais, esperando tiempos mas felices, y mas á propósito para llevar adelante sus designios. A la prestacion del juramento que le pidió la Gobernadora, se negó alegando que como estaba reducido á una condicion privada, era su persona de ningun valor, y sobre todo, que

das todavia. En nada se cometen mas inexactitudes ni se escribe mas á la ligera, que en las circunstancias y pormenores de las operaciones militares.

el juramento podia ponerle en pugna con el emperador, de quien era vasallo como príncipe del imperio, y hasta malquistarle con su propia mujer, nacida y educada en el luteranismo. A los cargos y explicaciones que quiso darle el secretario, se mantuvo inflexible. En seguida escribió á la Regente anunciándole su determinacion de pasar á sus estados de Alemania, protestando siempre sus sentimientos de adhesion á la persona de Felipe.

Antes de su salida de los Paises-Bajos, tuvo una conferencia con el conde de Egmont, consintiendo en ello la princesa Gobernadora. Reprobaron ambos la determinacion que mútuamente habian tomado. Quiso el príncipe llevar consigo á Egmont: manifestó este al otro la imprudencia de su viaje. «Te costará tus bienes y posesiones en los Paises-Bajos,» le dijo. «Y á tí la vida,» contestó el primero. «¿Qué tengo que temer?» repuso Egmont. «No he servido fielmente al rey? ¿No me ha visto siempre en pugna con sus enemigos? ¿No he sido celoso en combatir á los autores de desórdenes, á los predicadores anarquistas, á los allanadores de los templos? ¿Por qué tengo de dudar del reconocimiento de mi Rey?» «No conoces bien su corte,» le replicó el príncipe de Orange. «Le servirá tu persona de puente para la entrada de sus tropas. Conseguida esta, echará abajo el puente, tenlo por seguro.» Así se separaron los dos amigos para siempre, y el príncipe se marchó á Alemania. Se quedó con su ausencia el conde de Egmont el primer personaje del pais, y como era hombre sin doblez, amigo de brillar, arrastrado por las pompas y la magnificencia, se entregó todo á los encantos de su nueva posicion, celebrando fiestas y banquetes, en que no dejaba de tomar á veces parte la Gobernadora, para entretener mas su seguridad y hacer que continuase en su celo por los intereses de Felipe.

Los vínculos de la confederacion quedaron totalmente rotos. Abandonadas desde un principio por los nobles, se sometieron las clases populares al dominio del mas fuerte. Lo mismo hicieron los pueblos de Holanda de allí á muy poco tiempo. Siguió el ejemplo Amberes, donde entró la Gobernadora en triunfo, rodeada de esplendor y pompa. Fué su primer paso presentarse en la catedral, donde habian hecho tantos destrozos los allanadores de los templos. Se resarció el culto católico de todas las pérdidas y volvió á su esplendor acostumbrado. Se persiguió á los predicadores; se arrasaron los templos de los calvinistas; se revocaron todas las disposiciones que se

habian dado favorables á esta secta, se reforzaron los edictos que habian dado lugar á tantas turbulencias.

Se habia, sin embargo, usado en Amberes y en otras partes del pais la indulgencia de permitir la salida á los que no quisiesen conformarse con aquella situacion, dándoles un mes de término para arreglar sus negocios y deshacerse de sus bienes. Con esto pasaron escenas de gran luto y duelo entre personas unidas por los vínculos de la sangre ó los de la amistad, reducidas á separarse acaso para siempre.

Quedó, pues, el pais pacificado y reducido á la obediencia, á lo menos aparentemente. Tal habia sido la buena estrella de la Gobernadora. Gozosa de su triunfo, y de la ocasion de comunicar por primera vez nuevas á su hermano, todas alegres y satisfactorias, se apresuró á darle cuenta de las ocurrencias. Le dijo, que hallándose el pais pacificado, era inútil ya la venida de un ejército; que las tropas que habian conseguido estas ventajas bastaban para confirmarlas y consolidarlas; que se presentase el rey como un padre en medio de sus súbditos, no como un príncipe extranjero que se proponia con sus tropas imprimir terror y hacer alarde de su preponderancia.

Mas el rey de España, en medio de lo satisfecho que le dejaron las nuevas de los Paises-Bajos, no fué de la misma opinion que la Gobernadora sobre lo innecesario de la idea del ejército. En el Consejo, á quien sometió este punto interesante, hubo, lo mismo que en el anterior, diversidad de pareceres. Volvieron á insistir los enemigos de la parcialidad del duque de Alba en que se presentase el rey en aquellos dominios sin ejército; mas los de Granvela apoyaron la resolucion contraria. Habló el duque de Alba, manifestando que la pacificacion de que gozaban por entonces los Paises-Bajos seria efímera mientras no estuviese apoyada en fuerzas imponentes que inspirasen un terror saludable, y contuviese á todos en la raya del deber y la obediencia. Que no se trataba precisamente de asuntos de estado; que iban en ello los intereses de la misma religion, que se habia visto tan amenazada; que habian sido demasiado escandalosos los excesos de sus enemigos y los atentados contra el culto, para que se descuidasen los medios de evitar en adelante estos excesos. Que si las tropas que se hallaban entonces en los Paises-Bajos parecian suficientes para consolidar aquella situacion, la llegada de otras nuevas daria doble seguridad y dejaria el ánimo del monarca mucho mas tranquilo.

Hizo el discurso del duque de Alba la impresion que debia suponerse, conociendo los sentimientos del rey, tan propenso á los rigores, tratándose sobre todo de enemigos de la religion católica. Sintiéndose por otra parte con mas repugnancia que nunca para hacer un viaje que trastornaba el plan y método de su vida ordinaria, y especialmente á un pais que no era objeto de su simpatía, adoptó la determinacion del Consejo, conforme en su mayoría con la opinion del duque de Alba, y dió las órdenes para que este marchase con tropas á los Paises-Bajos.

CAPÍTULO XXXI.

Asuntos de África.—Proyecta Asam, dey de Argel, la conquinta de Orán y de Mazalquivir.—Sus preparativos.—Fuerzas de que dispone.—Sale la expedicion por tierra y llega cerca de los muros de ambas plazas.—Situacion de estas.—Comienza el sitio.—Toman los moros el fuerte de los Santos.—Sale de Argel la escuadra del dey.—Se bloquean las plazas sitiadas.—El conde de Alcaudete en Orán.—Don Martin de Córdoba en Mazalquivir.—Se asedia esta última plaza.—Ataques al frente de San Miguel.—Le abandonan los nuestro.—Varios asaltos á la plaza de Mazalquivir.—Repelidos todos.—Avistan los sitiadores los socorros de España.—Levantan el sitio (1565) (1).

No iban á la sazon muy favorables los asuntos de España en las costas de Africa por lo que hemos visto en el capítulo XXII de aquesta historia. Habian desaparecido muchas de nuestras conquistas sobre las potencias berberiscas, y el reinado de Felipe II no habia sido mas feliz en esta parte que el último período del de Carlos V. Florecian ó por mejor decir se aumentaba la audacia de aquellos Estados tan poderosamente protegidos por Soliman II, enemigo formidable de la cristiandad, tanto en tierra como en el seno de los mares. Ya hemos visto el poder adquirido por el famoso corsario Barbaroja y el que en aquel tiempo desplegaba Dragut, de su misma condicion y antecedentes. Se consideraba este como uno de los principales capitanes de mar al servicio de la Puerta, y ya obrando bajo sus inmediatas órdenes ó por sus propios intereses, habia conseguido establecerse en Trípoli como soberano, mas siempre bajo la independencia de los turcos. Habian sido infructuosos

(1) Cabrera, Herrera, Marmol, Carvajal, Ferreras y otros.

los esfuerzos del rey de España para recobrar esta importante posesion, siendo acompañado este revés con la derrota sufrida en los Galves y la pérdida de esta fortaleza. Continuaba en toda su actividad la guerra entre los españoles y los Estados berberiscos, cuyas inteligencias con los moriscos de Granada y sobre todo con los que habitaban el reino de Valencia llamaron la atencion del gobierno, hasta el punto de expedirse una órden para desarmar y recoger las armas de todos los de esta última provincia. No descuidaba el rey católico, en medio de los graves y complicados negocios que en tantas partes le ocupaban, las costas de Africa; mas por mucho que fuese su poder, no siempre correspondian los medios á sus intenciones. Las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, las solas que con el fuerte de la Goleta ocupábamos en aquellas costas, no se hallaban con bastante guarnicion, y con todos los pertrechos de guerra que necesitaban, en vista de tan activa y tan enconada hostilidad de los mahometanos, circunstancia que les dió aliento para emprender un sitio famoso que vamos á describir, aunque de un modo muy sucinto.

Gobernaba entonces en Argel Asam ó Hascem, hijo y heredero del famoso Barbaroja, que habiendo sido expelido de su trono, y vuelto á recobrarle con auxilio de los turcos, quiso señalar su nuevo poderío con una expedicion, que, agrandando sus dominios, le hiciese grato á sus poderosos protectores. Echó, pues, los ojos sobre las plazas de Orán y de Mazalquivir, tan próximas á su capital, y proyectó sériamente su conquista, pareciéndole la ocasion muy oportuna, tanto por el estado en que se hallaban, como porque sabia muy bien que el rey don Felipe estaba empeñado en negocios muy urgentes. No olvidemos que por aquel tiempo comenzaban á fermentar los disturbios de Flandes, y habia estallado la guerra civil en Francia entre los católicos y calvinistas; siendo este movimiento casi de no menos interés para Felipe, que el estado de confusion en que se hallaban algunos de sus Estados propios.

Constante el dey de Argel en su propósito, y despues de tomar las medidas convenientes para darle término, comunicó sus ideas á los alcaides, jeques ó emires de los puntos inmediatos, de Tremecen, Túnez, Constantina y Miliana, proponiéndoles, en nombre del Gran Turco, que le auxiliasen á emprender una conquista de tanta gloria y provecho para los fieles sectarios de Mahoma. Oyeron con gusto dichos jefes las proposiciones, y cada uno ofreció su persona y

las fuerzas de que pudiese disponer para el logro de la empresa.

A mas de veinte y cuatro mil hombres de tierra ascendió el contingente que presentaron estos caudillos para el sitio proyectado. Abundaba el ejército en caballería, y no faltaban piezas de gruesa artillería de batir, con sus municiones y pertrechos necesarios.

Mientras tanto se preparaba en el puerto de Argel la escuadra que debia proteger y auxiliar á aquella empresa. El punto destinado para la reunion de las tropas, fué el rio Cirite, cinco leguas distante de las dos plazas mencionadas.

Se hallan Orán y Mazalquivir muy próximas una á otra, como ya llevamos dicho, con muy difícil comunicacion entre las dos, sobre todo, por mar, siendo puertos ambas. Está la primera mas internada en el seno que allí forma el mar; y se puede decir que dependia su suerte de la que cupiese á la segunda, como punto avanzado sobre un promontorio. Así se vió bien claro en el curso del asedio. Era gobernador el conde de Alcaudete, quien al recibir avisos de la proyectada expedicion, dió parte al rey, pidiendo auxilios tanto de gente como de municiones y de víveres; no descuidándose por su parte de tomar todas las medidas, para poner las plazas en el mejor estado de defensa.

La mayor parte de las galeras del rey de España estaban entonces en Cerdeña, en Nápoles y en Sicilia. Solo habia disponibles algunas que se hallaban en Cartagena, Valencia y Barcelona. Escribió el rey á todos estos puntos, con órden de que se pusiesen inmediatamente en marcha para las plazas que iban á ser sitiadas, ó que lo estaban ya en efecto, llevando consigo cuantas municiones y pertrechos estuviesen en sus medios. Tambien escribió á los provehedores de Málaga, que enviasen inmediatamente víveres; y las mismas comunicaciones hizo á los vireyes de Sicilia y Nápoles, al gobernador de Milan, al Gran Maestre de Malta, á los duques de Florencia y Saboya, á las repúblicas de Génova y de Venecia; lo que prueba la grandísima importancia que daba á la defensa de estas plazas, y lo desprevenido que en cierto modo le cogia la gran intentona de los berberiscos.

A principios de abril de 1563, se volvió de Argel Asam al frente de sus tropas. Quinientos genízaros, y otros tantos turcos ordinarios, le acompañaban como guardia de su persona. Se dirigió en seguida á Mostagan, y pasando despues á Mazagran, llegó al rio Cirite, punto general de reunion para todas las tropas llamadas al asedio.

Allí se reunieron en efecto todas, con sus jeques ó caudillos ya enunciados. Nada faltaba: ni piezas de batir, ni municiones, ni víveres, ni sobre todo, entusiasmo y gran codicia de arrancar tan rica presa de las manos de los españoles. Despues de reunidos todes, y completar los preparativos necesarios, se movió el campo, y se situó en Aceñuelas, á una legua de las plazas.

Ofrecen los asedios de esta muy poca variedad en el relato de sus pormenores, ora sea la lucha floja, ó muy reñida y obstinada. En el primer caso dan lugar pocos incidentes; en el segundo, son cuadros repetidos de audacia, de arrojo, de obstinacion y ferocidad por ambas partes. No seremos por lo mismo difusos en esta narracion; mas en realidad, el sitio en que nos ocupamos actualmente, adquirió derechos de ser célebre.

Habia reparado y aumentado el conde de Alcaudete las fortificaciones de la plaza, encargando al mismo tiempo la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martin de Córdoba. Eran bastante escasas las fuerzas de uno y otro, y estaban muy lejos de ser abundantes las municiones y los víveres. Ascendia la fuerza á mil quinientos hombres, y el material á noventa piezas de artillería y quinientos quintales de pólvora, con sus correspondientes balas.

Antes de formalizarse el sitio, quiso hacer una salida el conde de Alcaudete, para embarazar al menos á los enemigos, é impedir que se acercasen; mas no hallándose con fuerzas suficientes, retrocedió á la plaza, sin emprender operacion alguna; dando con esto lugar á que Asam se arrimase con su gente á las murallas, y comenzase la obra del asedio. Fué la primera embestida de este contra el fuerte llamado de Los Santos, algo separado de la plaza, con la que interceptó toda clase de comunicaciones. Se defendió el fuerte con obstinacion; mas no pudiendo resistir al excesivo número, tuvo que rendirse, quedando la gente prisionera.

Ya hemos hecho ver que Mazalquivir, como punto en cierto modo mas marítimo que Oran, le sirve de resguardo. Fué, pues, el principal objeto de Asam, para rendir la segunda, comenzar por la primera; y así, dejando al frente de Oran un cuerpo fuerte de observacion, pasó á ponerse delante de Mazalquivir, donde comenzaron las operaciones en grande, pues el fuerte de Los Santos, ya ganado, no era de grande consecuencia.

Para tomar á Mazalquivir, habia que comenzar por el fuerte de San Miguel, que la domina. Allí dirigió el de Argel sus ataques,

pero con muy poco fruto. Dos asaltos resistieron los cristianos, con pérdida de doscientos genízaros y turcos, y veinte solos de los nuestros. Mas volvemos á recordar al lector la suma desconfianza con que deben recibirse el número de muertos, de heridos, de prisioneros, tratándose de guerras y batallas, por las exageraciones á que da lugar el espíritu de partido ó la ignorancia. Tambien se debe tener presente que los historiadores de estas guerras son todos cristianos, es decir, gente de uno solo de los dos partidos.

Mientras estas operaciones, salió de Argel la escuadra de Asam, con direccion al teatro del sitio; mas habiendo experimentado vientos contrarios y una tempestad, tuvo que volver al puerto para rehacerse. Con esta dilacion, desmayaron algun tanto las operaciones de Asam, desprovisto de este auxilio. Por fin, habiéndose reparado las averías en Argel, salió otra vez la flota al mar, y llegó sin contratiempo á la vista del Mazalquivir, compuesta de veinte y seis buques, dos galeotas y cuatro navíos franceses, muy provistos de artillería, municiones y víveres, y muchísima gente de refuerzo.

Teniendo así bloqueada á Mazalquivir por tierra y mar, volvieron á su vigor las operaciones de los sitiadores. Intimó Asam la rendicion al fuerte de San Miguel, ofreciendo á los sitiados las haciendas y las vidas. El parlamento fué recibido á balazos por los nuestros, con lo que dieron los argelinos otro asalto, mas funesto para ellos que los dos primeros, habiéndose incendiado las faginas en el foso, lo que aumentó el estrago de la pérdida. Otro asalto, y aun otro, dió Asam con igual poco fruto, habiendo quedado en el foso el alcaide de Constantina entre los muertos. Deseoso el dey de Argel de hacerse con el cadáver de este personaje, envió un parlamento á don Martin de Córdoba, pidiéndole permiso para retirarle, y ofreciéndole en recompensa no renovar sus ataques sobre el fuerte. Accedió don Martin, y el cadáver del alcaide de Constantina fué recogido por los moros. Mas Asam no cumplió su palabra de suspender los ataques; pues á los dos dias se dió otro asalto, que no tuvo mejores resultados que los anteriores.

A fuer de tanto ataque y de lo obstinado de la resistencia, se hallaba el fuerte de San Miguel en grande apuro. Comenzaban á faltar las municiones y los víveres. Los reparos se hallaban en muy mal estado. Al principio del sitio habia mandado cuatrocientos hombres de refuerzo don Martin de Córdoba, mas no eran suficientes. Los moros tenian interceptado el fuerte del cuerpo de la plaza y

hacian imposibles las comunicaciones. Otros cien hombres, mandados por don Francisco de Cárcarmo, pudieron llegar á duras penas. Mas el fuerte se hallaba en la extremidad, y á no recibir grandes socorros, no podia menos de rendirse. Ocho hombres que se pudieron descolgar por el muro para llevar la noticia á don Martin, fueron cogidos por los moros, á excepcion de uno que pudo llegar á su destino. Informado don Martin del estado de las cosas, envió órden á los del fuerte de que se retirasen. Mas ellos ya se habian anticipado á su disposicion, descolgándose de los muros cubiertos con las tinieblas de la noche. Así llegaron todos salvos á la plaza de Mazalquivir, donde los recibió el gobernador haciendo elogios de su bizarría.

Ocupado el fuerte de San Miguel por las tropas de Asam, volvió este sus ataques sobre el cuerpo de la plaza, creyéndola ya de poca resistencia con la expugnacion de un punto tan interesante. Mas don Martin de Córdoba estaba prevenido por su hermano, y se habia preparado para recibir á los contrarios.

Se acercaba mas y mas Asam á los muros de la plaza. Construyó sus baterías y abrió trincheras para ponerse á cubierto de los tiros de los sitiadores, mas estos le desmontaron dos piezas y comenzaron haciéndole gran daño, sin que Asam pudiese ofenderles, ocupado como estaba en sus preparativos.

Deseando venir á términos mas amistosos con los sitiados envió otro parlamento á don Martin, ofreciéndole las capitulaciones mas honrosas si le abrian las puertas de la plaza, al mismo tiempo que le hacia ver el mal estado en que se hallaba por falta de reparos y de artillería. Don Martin le contestó con entereza, que aquella plaza del rey de España se defenderia por él y los suyos hasta terminar la vida, y puesto que en tan mal estado se encontraba, viniesen los enemigos á asaltarla.

Dispuso al efecto Asam un asalto general, haciéndolo él por un lado con seis mil hombres y por el otro con el mismo número los alcaides de Sargel, Mostagan, Constantina y Bona. El asalto fué furioso; pero la obstinacion de la resistencia correspondió á la viveza del ataque. Mas de dos mil y quinientos enemigos quedaron en los fosos, precipitados la mayor parte en el acto de escalar los muros. En medio de lo mas vivo de la refriega, sobrevino una tempestad que aumentó los apuros de los sitiadores y los estragos de la retirada. Otros ataques siguieron con iguales desastres de los asaltadores.

Las pérdidas de los enemigos eran grandes, y aunque los historiadores exageren, se puede imaginar la mucha mortandad en vista de tantos asaltos infructuosos. Para que la gente no se inficionase, tuvo que recurrir Asam al expediente de quemar los muertos. Los víveres tampoco andaban muy abundantes en su campo. Comenzaban las tropas, unas á desmandarse, otras á perder las esperanzas del rico botin, con cuya idea habian venido tan entusiasmadas. Por otra parte, no podia desconocer Asam, que noticioso el rey de España del sitio de las plazas de Orán y de Mazalquivir se apresuraria á socorrerlas con medios eficaces.

Era la esperanza de este próximo socorro la que alentaba al conde de Alcaudete y á su hermano don Martin en medio del conflicto que los aquejaba. A pesar de la incomunicacion completa en que los sitiadores los tenian, no dejaban de recibir algunos avisos de que se estaban aprestando los esfuerzos tantas veces aclamados. Dos ó tres embarcaciones cargadas de víveres y armas habian podido escapar de la vigilancia y persecucion de los contrarios, llegando felizmente á su destino. Algunos renegados del campo contrario daban noticias á la plaza del mal estado de los sitiadores, escasos ya de víveres y con enfermedades debidas á la estacion calorosa en que las operaciones se emprendian. Con estas esperanzas se mantenia firme en medio de tantos padecimientos el ánimo de los sitiados, mientras Asam se hallaba inquieto y hasta enfurecido con la dilacion del sitio, aumentándose sus inquietudes con las noticias que tenia de la próxima llegada del socorro.

No habian sido expedidas en vano las órdenes del rey de España, relativas á los preparativos del refuerzo. Para el mando de todas las galeras que se allegaban en España, nombró á don Francisco de Mendoza, que desde Málaga pasó á Barcelona para disponer las cinco que allí se estaban fabricando, y de este punto á Cartagena, designado como el de reunion de todas las fuerzas navales de la empresa. En Italia, muchos gobernadores se anticiparon á las órdenes del rey, tomando por sí disposiciones cuando tuvieron noticia del sitio de ambas plazas. Entre ellos el virey de Nápoles, duque de Alcalá, aprestó las cuatro galeras de aquel reino: envió aviso á Juan Andrés Doria, para que trajese de Génova las doce suyas; previno á Antonio Pascual Lomedin acudiese con sus cinco, y avisó al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que alistase dos mil alemanes que debian embarcarse en ellas. Acudieron en efecto las ga-

leras á Nápoles donde el virey hizo embarcar dos mil españoles al mando de don Pedro de Padilla, nombrando por general de todas las galeras á don Sancho de Leiva. Tomó este jefe con ellas la direccion de las costas de Génova; hizo embarcar en el puerto de Spezzia los dos mil alemanes que habia alistado el duque de Sesa, y se dió á la vela para Barcelona. Allí llegaron asimismo tres galeras equipadas y armadas por el duque de Medinaceli, virey de Sicilia, mandadas por don Fadrique de Carbajal: cincó que dió el gran maestre de Malta, mandadas por el prior de Barleta, y tres del duque de Saboya por el conde de Sofrasco. Pasó toda esta fuerza naval de Barcelona á Cartagena, donde se hallaba don Alvaro Bazan con cinco galeras, y el abad de Lupian con otra, habiéndose reunido además en dicha plaza muchos voluntarios de familias nobles de Castilla, Valencia y Aragon, deseosos de hacer parte de la empresa.

Mientras se disponia á hacerse á la vela este armamento respetable, sabedor ya el dey de Agel de la proximidad de su llegada, mandó dar otro asalto á la plaza de Mazalquivir, que tuvo por parte de los sitiadores el mismo resultado que los antecedentes.

Irritado con este desaire de sus armas y perplejo además sin saber ya el partido que tomar, convocó un consejo de guerra, para que se deliberase si convenia abandonar el sitio, ó probar otra vez la suerte de otro asalto. Se inclinaron los mas á que se emprendiese una pronta retirada; mas algunos pocos que conocian el estado de ánimo de Asam, con quien querian congraciarse, opinaron porque se atacase de nuevo á la plaza, aprovechando oportunamente el poco tiempo que mediaba hasta la llegada del refuerzo.

Prevaleció esta última opinion, que era tan del gusto del dey de Argel, y para el 2 de junio de 1563 se dispuso otra asalto por tierra y por mar sobre la plaza de Mazalquivir, siendo esta ya la quinta embestida por parte de los turcos.

Se verificó efectivamente dicho ataque, en que Asam empleó por tierra y por mar toda la fuerza disponible. Don Martin de Córdoba, sabedor del asalto, habia tomado las disposiciones necesarias. Toda la gente se preparó para el combate, habiéndose confesado y comulgado antes, segun práctica constante en estos lances, durante la época que describimos. Recorrió don Martin de Córdoba las filas con un crucifijo en la mano, exhortándolos á que combatiesen con su valor acostumbrado, anunciándoles que segun todos los avisos de socorro, iba á ser el último aquel esfuerzo de su valentía. Res-

pondieron los soldados con aclamaciones á la arenga de don Martin, y todos se pusieron en actitud de aguardar á los enemigos, que ya empezaban á moverse, y llenaban los aires con clamores y el estruendo de sus atabales.

Fué el ataque, si cabe, mas furioso que los anteriores: peleaban los moros poseidos ya de rabia; mas los repelieron los nuestros con su denuedo y constancia acostumbrados.

Ya hemos hecho ver la dificultad de describir con fidelidad pormenores en estas luchas desordenadas, en que se cede solo al instinto de un furor ciego, de una sed rabiosa de carnicería y matanza. La mayor parte de las pinturas que se hacen en estos lances son infieles, y por la mayor parte creaciones de la imaginacion de los historiadores. Ateniéndonos á los resultados, bástenos decir que los esfuerzos de los moros fueron infructuosos y que pagaron mas cara su osadía que en los asaltos anteriores. Quedó cubierto el foso de cadáveres. Fueron muchos precipitados de encima de los mismos muros donde tenian ya enarbolado el estandarte victorioso. Fué enorme la pérdida de los enemigos. Los historiadores avalúan la nuestra en solo quince hombres, exageracion poco digna de escritos serios de esta clase. Entre los heridos se contó á don Martin de una pedrada ó mas bien de un fragmento de muralla, que le tocó ligeramente.

No fué este asalto el último; tan enfurecido estaba Asam y tan rabioso por tomar la plaza. En esta ocasion se puso al frente de las tropas del asalto, armado de alfange y lanza con casco y con adarga. En vano echó en cara á los suyos su cobardía en los asaltos anteriores al dar principio á este que dirigia en persona. Igualmente fué desastroso que los anteriores. Duró cinco horas y siempre con los mismos resultados.

Otro asalto se dió el 6 de junio: otro tuvo efecto el 7. Mas el 8 cambió de repente el semblante de las cosas.

El 6 de junio se habia dado á la vela la escuadra desde Cartagena. Ocupaba el centro el general en jefe don Francisco de Mendoza. Mandaba el ala derecha don Alvaro Bazan, y Juan Andrés Doria el ala izquierda. En esta disposicion se dirigieron á las plazas sitiadas sin detenerse un punto, sabiendo el grandísimo apuro en que Mazalquivir se hallaba. El conde de Alcaudete recibió aviso de la venida, por un buque destacado de la escuadra y que pudo eludir la vigilancia de los turcos, llegando felizmente al puerto. El conde de

Alcaudete lo comunicó á su hermano, y la noticia cundió al instante por las guarniciones de ambas plazas.

En la mañana del 8 no dudó ya Asam de que estaba encima la escuadra castellana, habiendo visto veinte galeras turcas, que venian fugitivas con objeto de guarecerse entre las suyas. Mandó inmediatamente retirar á sus tropas que se disponian para un nuevo asalto, y tomó todas las disposiciones para levantar el campo. Empezaron efectivamente las tropas sitiadoras á emprender la retirada, tomando la vanguardia los turcos como tropa experimentada y aguerrida. Mandó Asam inutilizar y destruir cuantos efectos no pudo llevar consigo por la rapidez indispensable de su movimiento, y para que los cristianos no se aprovechasen de sus piezas de artillería de batir, hizo dispararlas con triple ó cuádruple carga á fin de que reventasen. Sin duda no se usaba todavía el expediente de clavar las piezas.

Se verificaba mientras tanto la llegada de la escuadra. Imagínese el lector los sentimientos de alegría y entusiasmo con que seria recibido en Orán y Mazalquivir un auxilio que llegaba tan á tiempo, y habia sido tan ardientemente deseado. Las dos guarniciones de Orán y Mazalquivir, que habian estado por tanto tiempo interceptadas, se saludaron con las demostraciones del mas vivo regocijo. Resonaron en aquellas playas salvas de artillería y de arcabucería, mezcladas al estruendo de los clarines, con que unos y otros se daban el parabien de aquella reunion tan vivamente deseada.

Inmediatamente que el conde de Alcaudete y don Martin de Córdoba se vieron libres en sus comunicaciones, salieron juntos al campo con toda la gente de caballería que pudieron reunir, en persecucion de los sitiadores que, como hemos dicho, habian levantado el campo. Tambien se reunieron á esta expedicion algunas tropas y caballeros voluntarios, de los que venian en la armada. Mas los enemigos, desembarazados en su marcha de cuanto pudiera retardarla, les llevaban demasiada delantera para que se les diese fácilmente alcance. Así los cristianos, perdida ya la esperanza de conseguirlo, no se empeñaron infructuosamente, y tomaron la vuelta de la plaza.

El general don Francisco de Mendoza, despues de proveer á la reparacion de abastecimiento de Orán y de Mazalquivir con todos los medios que estaban á su disposicion, regresó con la escuadra á las costas de Levante de España, tomando disposiciones para que

las galeras de distintas procedencias regresasen á sus puntos respectivos. Recompensó el rey de España con liberalidad á los que se habian distinguido en el sitio de las dos fortalezas mencionadas, particularmente á don Martin de Córdoba y á Francisco Vivero, gobernador del fuerte de San Miguel; dando otras muchas muestras de satisfaccion, en que le acompañó toda España, por la salvacion de aquellos dos puntos importantes.

CAPÍTULO XXXII.

Expedicion sobre el Peñon de Velez de la Gomera.—Infructuosa.—Segunda tentativa. —Preparativos.—Salida de la expedicion.—Llegan al Peñon.—Le toman.—Envia el rey á don Alonso Bazan á cegar el rio de Tetuan.—Y se efectúa (1).—(1564).

A muy poco despues de los acontecimientos que dejamos referidos, se intentó una expedicion, que no fué seguida de buen éxito. Habia propuesto varias veces Pedro Venegas, gobernador de Melilla, al rey de España, la expugnacion del Peñon de Velez de La Gomera, nido de piratas berberiscos, presentando la empresa como cosa fácil, segun noticias que tenia por dos renegados escapados de aquel punto fuerte. En vista de esto dió Felipe II órden al general don Francisco de Mendoza, para que con silencio y brevedad se dirigiese con sus galeras al Peñon, y se concertase con Francisco de Venegas sobre los medios de expugnarle. Don Francisco Mendoza se hallaba á la sazon enfermo, y no queriendo el rey retardar la expedicion, la encomendó á don Sancho de Leiva, general de las galeras de Nápoles, quien se embarcó con su gente en este puerto, sin que ninguno supiese el objeto de la marcha. En la isla de Arbolan, á treinta leguas de la costa de Africa, dió fondo con su escuadra. Los principales jefes de la expedicion, á quienes comunicó entonces el objeto á que estaba destinada, tuvieron por imposible la toma del Peñon, á pesar de las seguridades que daba para ello el gobernador de Melilla, movido por las noticias de los renegados.

(1) Las mismas autoridades.

Mas don Sancho de Leiva, no atreviéndose á contrariar las órdenes del rey, siguió adelante con su armada, y llegó con ella cerca de Melilla, para comenzar desde aquel punto sus operaciones.

Respondieron los efectos á lo que habian indicado algunos jefes de la expedicion, sobre lo inútil de la tentativa. Desembarcó don Alvaro Bazán, por órden de don Sancho, con sesenta hombres de reconocimiento sobre el Peñon de la Gomera, seguidos de otros sesenta, para dejar en el Peñon, en caso de ser tomado por sorpresa. Mas á pesar del secreto y precauciones de la expedicion, fueron descubiertos y acometidos los nuestros por los moros, que les obligaron á retroceder con alguna pérdida. Desembarcó despues el mismo don Sancho con igual objeto, mas tambien fué sorprendido en su marcha, y obligado á recogerse en Velez, de cuyos habitantes fué recibido sin ninguna resistencia. No desistiendo de la empresa, á pesar de las dificultades que encontraba, y careciendo de víveres su campo, envió al conde Sofrasco, capitan de las galeras de Saboya, con un grueso destacamento á la escuadra con objeto de traerlos. Fué esta fuerza acometida en su marcha por los moros; mas como se movian en buen órden, recibieron poco daño de los enemigos mientras duró el dia. A la llegada de la noche, cambió enteramente el semblante de las cosas. Los moros se acercaron mas, y acometiendo, y arrojándoles hasta peñascos desde las alturas, se desordenaron los nuestros al fin, con mucha pérdida, y tuvieron que tomar la vuelta de Velez, donde fueron recogidos por don Sancho.

Otro reconocimiento tuvo lugar, y con los mismos malos resultados; con lo cual, desengañado don Sancho de lo inútil de la tentativa, y que para la indicada expugnacion se necesitaban mas fuerzas que las suyas, volvió á embarcar su gente, y se dirigió en seguida á Málaga.

A esta tentativa infructuosa sobre el Peñon de Velez de la Gomera, se siguió otra por el mismo estilo de los mismos moros, sobre la plaza de Melilla. Por dos veces se presentaron delante de este punto, hallando las puertas abiertas por disposicion expresa del gobernador, á fin de que entrándose por ellas, pudiesen ser cogidos en las mismas calles. Se atribuye esta estratagema á las noticias que tenia el gobernador por sus espías, de que los moros estaban persuadidos por un alfaquí, Santon entre ellos, de que acometiendo en cierto dia, á cierta hora y con ciertas precauciones, se paralizaria de tal modo la accion de sus enemigos, que quedarian hasta inmóviles. Al

ver el efecto, los moros abiertas las puertas de Melilla; que la artillería no hacia fuego; que no se presentaban ni aun soldados en los muros, creyeron ciegamente en las palabras del alfaquí, y se precipitaron ciegos en la plaza, como queda dicho.

En el año siguiente de 1564 se proyectó otra expedicion sobre el mismo punto del Peñon, y que ejecutada con mayores medios, produjo muy diversos resultados. Se temia entonces una nueva bajada de la escuadra turca, y con este motivo habia dado el rey de España órden para que se aprontasen todas las galeras disponibles. Estaban preparados todos para recibir la visita de los otomanos. Mas se desmintió la noticia de la expedicion; y el rey de España, no queriendo perder enteramente el fruto de aquel grande armamento, estimulado cada vez mas del deseo de acabar con un nido de piratas, dió órdenes, para que desarmándose algunas galeras que no parecian necesarias, continuasen en su estado de guerra las restantes, para marchar sobre el Peñon de la Gomera.

Por jefe de la expedicion fué nombrado don García de Toledo, virey de Cataluña. Se preparó la armada para hacerse cuanto antes á la vela, camino de las costas de Africa. Acudieron con sus galeras el virey de Sicilia, el de Nápoles, el gran duque de Toscana, el de Saboya, el gran maestre de Malta y don Juan Andrés Doria. Tambien el cardenal don Enrique, regente de Portugal, prometió, y aprestó un socorro. Al duque de Sesa, gobernador de Milan, se le dió órden para alistar dos mil alemanes, al mismo tiempo que se ponian sobre las armas seis mil soldados en España.

Noticioso el dey de Argel de la proyectada expedicion, tomó sus disposiciones, poniendo en estado de defensa las plazas de Argel, de Bujía, y otras que estaban á su devocion; mas cerciorado de que el movimiento tenia por solo objeto el Peñon de la Gomera, envió á esta plaza por alcaide á Cara-Mustafá con cien turcos de refuerzo, y los víveres y municiones necesarios para un sitio de seis meses.

Pasó don García de Toledo al puerto de Palamós, en Cataluña, donde habiendo recogido las galeras de Juan Andrés Doria, se embarcó con ellas y las que él tenia, para Génova. Allí se le reunieron otras tres de la República, y siete que le enviaba el Papa, á las órdenes de Marco Antonio Colonna. En el puerto de Savona embarcó mil y doscientos hombres, que habia alistado en Milan el duque de Sesa. Pasó en seguida á Liorna, donde se le incorporaron siete galeras que le enviaba el gran duque de Toscana. Inmediatamente pasó

á Nápoles, desde donde envió á Mesina á don Sancho de Leiva, para que le llevase las galeras de Sicilia, y despues de recogidas, tomó la vuelta de España, donde debia reunirse todo el armamento.

Habia dejado don García en las costas de Génova á Juan Andrés Doria y al marqués de Estepa para que en las galeras del primero se embarcasen otros dos mil alemanes que llegaron de allí á pocos dias con el conde de Annibal Altemps á su frente. Embarcadas en Spezzia pasaron á Niza con las galeras de los duques de Florencia y de Saboya y de allí á las costas de Cataluña, donde por entonces se hallaba don García. Desde aquí, despues de haber recogido de Barcelona la artillería gruesa de batir, se embarcaron todos para Málaga, de donde debia salir la expedicion de sitio.

Mientras tanto se embarcaba en Lisboa Francisco Barreto con las ocho galeras que mandaba de refuerzo el regente don Enrique. En el Cabo de San Vicente se encontró con dos galeras turcas que habia enviado el dey de Argel al reconocimiento de las costas de España; pero siendo mas veleras que las portuguesas, no pudieron estas darles caza. Habiéndose dirigido Barreto á Cádiz, tuvo allí una entrevista con don García de Toledo, en la que arreglaron el plan de operaciones, debiendo dirigirse el primero á Tanger para recoger doscientos hombres de refuerzo, y de allí al Peñon, cuyo camino tomaria en derechura don García desde Málaga.

Al presentarse este general en este último puerto encontró muchísimos voluntarios pertenecientes á las familias mas nobles de España, que le estaban aguardando para acompañarle en su expedicion sobre el Peñon de la Gomera. Tambien se reforzó con cinco mil soldados que le enviaba el conde de Tendilla. Concluidos, pues, todos los preparativos, salió la expedicion el 28 de agosto de aquel año, compuesta de catorce galeras, de don García de Toledo general en jefe; de ocho de Portugal mandadas por el general Francisco Barreto; de cinco de la orden de Malta, á las órdenes de don Frey Juan Ejidio; de trece de Nápoles, mandadas por don Sancho de Leiva; de diez de Sicilia, por don Fadrique de Carvajal; de siete que mandaba don Alvaro Bazan; de siete de Marco Antonio Colonna; de doce de Andrés Doria; de diez del duque de Florencia, de tres del duque de Saboya que mandaba el conde de Sofrasco; de cuatro del marqués de Estepa; ascendiendo el número total á sesenta y nueve galeras. El de embarcaciones menores, como galeotas, fustas, jabeques, etc., pasaban de sesenta.

Se hizo la escuadra á la vela, y á las tres leguas del Peñon mandó hacer alto el general para conferenciar sobre el plan de operaciones con los principales jefes que de su órden se reunieron en la galera capitana.

El fuerte del Peñon de la Gomera de Velez está separado de la costa, lo que le constituye en una verdadera isla. A un lado, se encuentra un castillo llamado de Alcalá, y por el otro el pueblo de Velez que no es fortificado. La expugnacion del Peñon tenia pues que empezar por un bloqueo y por la posesion de dicho castillo y el pueblo de Velez para construir allí las baterías que debian expugnar la fortaleza.

Tal fué el plan del general en jefe, comenzando sus operaciones por el reconocimiento del castillo de Alcalá, de que se apoderaron con poca oposicion, habiendo sido abandonado por los moros. En este castillo estableció don García de Toledo su cuartel general, y colocó quinientos soldados que debian servir para su guardia.

El general portugués Francisco Barreto y el de Malta don Frey Juan Ejidio, que habian ido á Marbella á recoger las galeras del primero, llegaron al Peñon de la Gomera despues del grueso de la expedicion que hallaron ya desembarcada. Los puso esto á los dos en grande enojo: al primero porque era una de las condiciones del auxilio del rey de Portugal, que habian de desembarcar las galeras portuguesas al mismo tiempo que las españolas; al segundo, porque segun él á las galeras de Malta tocaba siempre desembarcar sus tropas las primeras, tratándose de expediciones contra infieles. Mas don García de Toledo apaciguó muy fácilmente á uno y á otro, haciéndoles ver que el desembarco habia sido un acto de necesidad por lo recio de los temporales.

Tomado el fuerte de Alcalá y asegurados los víveres y las municiones, determinó don García ocupar el pueblo de Velez, que aunque no fortificado servia de punto de reunion á las tropas enemigas que recorrian el campo para embarazar las operaciones de los sitiadores.

Se dividió el ejército en dos trozos, marchando delante como descubridor don Juan de Villaroel con los jinetes. Iban en el primer cuerpo don Sancho de Leiva, don Luis Osorio, don Frey Juan Ejidio Parissot, sobrino del gran maestre de Malta, y tres maestres de campo de la misma Orden, capitaneando la infantería de Nápoles, la de Malta y los arcabuceros, llevando adelante cuatro piezas de cam-

paña. Se componia el segundo cuerpo de la gente de Sicilia, de Lombardía y de Portugal, de la bisoña de Castilla y de los dos mil alemanes mandados por el conde Annibal. El general en jefe don García y su maestre general Chiapino Vitelli, iban de una parte á otra como mejor les parecia.

La expedicion no era difícil. Muchos moros se dejaron ver en las alturas, y aunque hicieron amagos de atacar, retrocedieron al ser repelidos por los nuestros. Se apoderó el ejército del pueblo de Velez, que se encontró abandonado por la mayor parte de sus habitantes. Con esta ocupacion quedaba ya completamente bloqueado el Peñon de la Gomera; ya no se trataba mas que de batirle en brecha, porque no habia que pensar en asaltos ni en otro modo de tomarle á viva fuerza.

Mientras se construian las baterías y otras obras para resguardo de los sitiadores, no desaparecian de la vista tropas enemigas. El dey de Fez envió exploradores para enterarse del estado de las cosas, y en seguida puso en movimiento fuerzas con objeto de impedir el sitio. Mas no se trabó batalla alguna entre los nuestros y los mahometanos, reduciéndose todo á escaramuzas.

Don García de Toledo, antes de empezar la batida del Peñon, le intimó que se rindiese; mas Feret su gobernador, puesto por el dey de Argel, respondió que siendo la plaza posesion del Gran Señor le cumplia mantenérsele fiel hasta el último momento de su vida.

Comenzaron con esto á jugar las baterías. Respondieron á las nuestras los del fuerte; pero recibieron estos mas daño del que nos hicieron. Para aumentar el efecto de las suyas, mandó don García colocarlas mas arriba, sin que los de adentro pudiesen impedirlo.

Era fuerte el Peñon por su aislamiento, por lo escarpado de sus muros, mas no correspondia á estas ventajas lo sólido de los materiales. Los de adentro percibieron muy bien que bloqueados como estaban, aunque no pudiesen ser asaltados, no por eso dejaba de ser su ruina inevitable. Comenzó el miedo á apoderarse de sus ánimos, y no atreviéndose á proponer su rendicion, fueron abandonando poco á poco la plaza descolgándose de dos en dos, de tres en tres, hasta que la guarnicion quedó reducida al número de trece. Llevó un renegado esta noticia á don García de Toledo, quien apenas quiso darle crédito, hasta que se cercioró por la circunstancia de ofrecer su rendicion los trece que no habian abandonado el fuerte.

Así cayó en poder de nuestras armas el Peñon de la Gomera el 8 de setiembre del mismo año de 1564. El trabajo de la expugnacion no fué muy grande, como se deja ver; mas solo con aquellas fuerzas, con aquellos preparativos, se podia reducirle al aislamiento y estado de bloqueo que hacian su ruina inevitable.

Fué sobremanera agradable al rey de España la nóticia de la toma del Peñon, y casi se puede decir al todo de la cristiandad; tan objeto de odio y de terror habian llegado á ser los berberiscos y los turcos. Regresó don García con la expedicion triunfante á Málaga. El rey le recompensó nombrándolo virey de Sicilia, no olvidando en sus favores á los demás que los habian merecido. Regresaron las galeras á sus destinos respectivos, y el nuevo virey de Sicilia tomó aquella direccion con las de aquel pais y Nápoles. Los dos mil alemanes con el conde Annibal, fueron conducidos en las de don Alvaro Bazan á las costas de Génova, donde desembarcaron y recibieron sus pagas en el acto del licenciamiento.

A don Alvaro Bazan, destinado á hacer un gran papel en nuestra historia, se le dió al año siguiente la comision de cegar la boca del rio Tetuan que servia de asilo y refugio á tantos piratas berberiscos. Se habia quedado este marino en un principio despues de la toma del Peñon con objeto de abastecer este punto fuerte de víveres y de municiones y de artillarle además; para cuyo efecto introdujo en él diez y ocho piezas de grueso calibre con los pertrechos necesarios. Despues se embarcó para Italia con el objeto que llevamos dicho. A su regreso, se presentó en las costas de Andalucía, y con gran secreto preparó en la plaza de Gibraltar las piedras y el betun que necesitaba, para la empresa que se le habia encomendado. Embarcó todo este material en nueve bergantines, y con ellos se dirigió á Ceuta, posesion entonces de los portugueses, para concertar con el gobernador su plan de operaciones. Se redujo este á que de la plaza de Ceuta saliesen tropas por tierra llamando la atencion de los moros por esta parte, mientras se dirigia don Alvaro por mar á la boca del rio, cuya obstruccion era el objeto de la empresa. Aunque don Alvaro en su primera tentativa sufrió una tempestad que le obligó á retroceder á Ceuta, no por eso desmayó en la operacion y procedió adelante. Salió por segunda vez al mar, y al mismo tiempo por la parte de tierra las tropas del gobernador, aumentándose su número con mujeres, con muchachos, con gente desarmada para darles la apariencia de un ejército. Alarmados los moros con este

movimiento que les pareció tan serio, salieron al encuentro de los cristianos con tantas fuerzas les fué posible, creyendo solo el peligro de esta parte, mientras don Alvaro llegó con rapidez á la boca del rio, echando á pique sus bergantines cargados con la piedra que llevamos dicho.

Los moros que se vieron burlados, pues nuestras fuerzas de tierra habian retrocedido luego que calcularon que don Alvaro habia tenido bastante tiempo para concluir la operacion, trataron de torcer sus fuerzas en direccion de dicha boca, mas ya llegaron tarde. En su despecho hicieron fuego sobre los buque y tropas de don Alvaro, mas les correspondió este, sin que el tiroteo de una y otra parte produjese efectos de importancia. Los moros se retiraron viendo que nada conseguian, y don Alvaro tomó muy pronto la vuelta de Málaga.

En todos estos años que llevamos recorriendo, era continua la guerra é interminables las hostilidades entre los berberiscos y turcos de un lado, y del otro los príncipes y potencias cristianas marítimas del Mediterráneo. Los berberiscos, bajo la proteccion de los turcos, poseian los puntos mas importantes de la costa de Africa, mientras los turcos, dueños de tantas islas del Archipiélago y puntos importantes de la Morea, se daban el aire de dominar exclusivamente en dichos mares. España, por sus posesiones en la Italia, por las costas orientales de la Península, por sus mismas plazas de Africa estaba en colision eterna con las fuerzas de la media luna. La Orden de Malta, que se hallaba entonces en todo su esplendor, no cesaba en sus correrías por aquellos mares. Génova y Venecia eran todavía preponderantes en aquella época. Cualquiera puede imaginarse pues á cuantos conflictos parciales, á cuantos desembarcos, á cuantas correrías y pillajes de costa habrá dado lugar aquella pugna de naciones á naciones, de creencias á creencias. Referirlas todas no seria posible, y además no corresponderia á nuestro objeto. Hasta ahora nos hemos contentado con lo principal, con lo que nos toca mas de cerca. Pero entre tantos choques y hazañas parciales ocurrió una que, aunque no nos dice relacion directamente, obtuvo una celebridad que no permite la condenemos al silencio. Será este hecho tan glorioso de armas asunto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIII.

SITIO DE MALTA.

Situacion de Malta.—Resúmen de su historia hasta la época de Carlos V.—Cesion de la isla á los caballeros de San Juan.—Establecimiento en ella de la Orden.—Proyecta Soliman II el sitio de Malta.—Sale de Constantinopla la expedicion.—Desembarca en Malta.—Rivalidades entre los jefes de mar y tierra.—Sitian los turcos el fuerte de San Telmo.—Lo toman.—Sitian la ciudad del Burgo.—Resistencia.—Varios asaltos.—Llegada del refuerzo de España.—Levantan el sitio los turcos, y se embarcan.—Pérdidas por entrambas partes.—Construccion de la ciudad y plaza llamada La Valette.—Muerte del gran maestre de este nombre (1).—(1565).

Hay puntos casi imperceptibles sobre la superficie de la tierra, que están sin embargo destinados á ocupar páginas muy importantes en la historia. Tal es Malta, pequeña isla del Mediterráneo, situada al Sur de Sicilia, siete á ocho leguas de circunferencia, llamada en la antiguedad *Melita*, por la miel abundante y buena que produce.

Aneja á esta isla de Malta y un poco al noroeste, hay otra mucho mas pequeña llamado Gozo, y en medio de las dos una especie de islote con el nombre de Cumin, designándose por lo regular el grupo de las tres con el general de Malta.

En todas épocas se dió mucha importancia á la ocupacion de la isla de Malta como punto avanzado, y centinela entre el Occidente

(1) Salazar, «España vencedora;» Bosio, «Historia de Malta;» Cabrera, «Historia de Felipe II;» Herrera, «Historia General;» Ferrara, «Historia de España;» Miege (historiador de nuestros dias), Historia de Malta» y otros.

y el Oriente. Sin haber formado nunca lo que se llama un estado, hizo en todos tiempos parte de las posesiones de Sicilia. Fueron dueños de ella en los tiempos antiguos los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los godos, los vándalos, los emperadores griegos y los árabes; y en los de la Edad media los normandos, los emperadores alemanes de la casa de Suavia, los reyes de Aragon desde Pedro III, que se apoderó de Sicilia á fines del siglo XIII, hasta Fernando el Católico, cuya herencia pasó toda á Carlos V. En todos estos tiempos gozó la isla de Malta de grandes privilegios, proporcionados á las ventajas que de ella sacaban sus señores.

Hemos visto (1) á los caballeros de San Juan arrojados en 1522 de la isla de Rodas por las armas de Soliman II, que se hizo dueño de ella, despues de un sitio gloriosísimo para sus defensores. Se retiró á Sicilia el gran maestre L' Isle Adam seguido de sus caballeros, y desde entonces pensó seriamente en la adquisicion de un punto fuerte del Mediterráneo, donde establecer la Orden. El emperador Carlos V le hizo cesion de la isla de Malta; mas este acto no fué espontáneo, ni se verificó sin estipular condiciones que parecieron gravosas á los caballeros. Hubo negociaciones y no dejaron de suscitarse sus dificultades, siendo una de las principales, la repugnancia de los malteses á la admision de una órden que acabaria por dominarlos. Los mismos caballeros estaban divididos sobre la conveniencia de la traslacion, y el gran maestre se mostraba remiso en la conclusion del negocio con las esperanzas de establecerse en otro punto mas favorable á los intereses de la Orden. En fin, despues de haberse allanado las dificultades y sometídose los malteses á la ley de la necesidad, se firmó el acta de cesion en que quedaban á salvo los derechos de soberanía, de que no quiso nunca desprenderse Carlos V; y los caballeros de San Juan tomaron posesion de Malta el año 1530, con gran repugnancia de los habitantes, á cuyos privilegios no se tuvo consideracion en el tratado.

Establecida en Malta la Orden de San Juan, se aplicó su gran maestre, que todavía lo era L' Isle Adam, á poner el pais en estado de defensa, pues no ignoraba el grande objeto de odio que era para el Sultan una órden militar, que por instituto le hacia en todos tiempos cruda guerra. Habiéndola arrojado de Rodas, natural era que la persiguiese en Malta. Mas los caballeros, cuyas galeras iban ca-

(1) Capítulo VI de esta Historia.

si siempre unidas con las de Carlos V y Felipe II, que estaban con frecuencia en guerra con los turcos, no vieron á estos tan pronto como era de temer, delante de sus muros.

En su debido lugar hemos hablado de la cooperacion de los caballeros de San Juan en las expediciones sobre Tunez, Argel, sobre Patras, sobre Modon, sobre Coron, sobre la plaza fuerte de Africa, y en el reinado de Felipe II, sobre Trípoli, los Gelvez y últimamente sobre el Peñon de la Gomera. Irritados los berberiscos y los turcos de esta hostilidad continua, trataron varias veces de acabar con Malta. Hizo en sus costas Dragut varios desembarcos, pero sin efecto, habiendo sufrido bastantes descalabros, sobre todo en el último verificado en Gozo, de donde tuvo que retirarse vergonzosamente. Por fin, llegaron las cosas á tal punto, que Soliman II trató de poner formalmente un sitio á Malta.

Era entonces gran maestre de la Orden, Juan de La Valette, elegido en 1557 por su gran mérito, en atencion al riesgo inminente que corria. Hombre valiente y experimentado, de capacidad y de firmeza, se condujo desde un principio como las circunstancias exigian. Ninguna ocasion perdió de hostilizar á los turcos, haciendo parte de la expedicion de Felipe II sobre Trípoli, seguida de las desgracias que hemos visto; forzando á Dragut á retirarse vergonzosamente de la isla de Gozo, donde habia hecho un desembarco; tomando parte con sus caballeros en la conquista de la Gomera de los Velez; intentando un golpe de mano sobre Malvasía; no perdiendo ocasion de acosar á los infieles por mar; libertando buques cristianos, haciendo numerosas presas, entre las que se contaba un rico galeon turco, cuyo cargamento pertenecia al jefe de los eunucos y á las odaliscas del serrallo. No era necesario tanto para provocar hasta el extremo la cólera de Soliman, quien fulminó al fin contra Malta el decreto de exterminio, que mas de cuarenta años antes habia arrojado á los caballeros de San Juan, de Rodas.

Hacia tiempo que veia el gran maestre aglomerarse la tempestad que á la isla amenazaba. En nada pensó mas desde que se vió elevado á la suprema dignidad, que en prepararse para recibir el golpe. Tomó Malta un aspecto en extremo belicoso; se aprontaron armas; se allegaron víveres y municiones; se impuso sobre los bienes de la Orden, además de las contribuciones ordinarias, un tributo de sesenta mil ducados; se concertaron con el virey de Sicilia los medios mas convenientes de socorro, y se hizo un llamamiento

solemne de honor á los caballeros ausentes, para presentarse sin perder momento á la defensa de la Orden.

La plaza principal de la isla era el Borgo ó Burgo, llamada hoy la Ciudad Victoriosa, situada á la entrada del Puerto Grande y flanqueada por el castillo de Sant-Angelo. Enfrente, y separada por el puerto de las Galeras, se halla la ciudad de La Sangle, entonces sin murallas, defendida por el fuerte de San Miguel, que con el castillo de Sant-Angelo forma la boca de este puerto. A pequeña distancia del Burgo se hallaba el fuerte de San Telmo, en la extremidad del promontorio que separa el Puerto Grande del de María Mussel ó Marza Musel, y donde se construyó despues la ciudad de la Valletta, como lo haremos ver á su debido tiempo.—A distancia algo mas considerable del Burgo, se halla la Ciudad Notable ó Vieja, fortificada ya en aquella época. La Valette circunvaló la ciudad de La Sangle con murallas, hizo completar las fortalezas de San Miguel y San Telmo, fortificando y abasteciendo al mismo tiempo la isla de Gozo.

Era grande el peligro; pero fué mayor el entusiasmo y el valor que supo inspirar el gran maestre en el ánimo de los malteses. Enmudecieron á su voz todas las pasiones, y se sofocaron los resentimientos justos de los habitantes contra una Orden que los habia despojado de sus privilegios. Acudieron con prontitud los caballeros ausentes, y con ellos cuantos soldados, víveres y municiones pudieron procurarse. Se remitieron á Sicilia todos los habitantes que no tenian medios de subsistir, ni se hallaban en estado de tomar las armas; se levantó en masa la poblacion que se encontró apta para pelear, y se organizó bajo todos aspectos una defensa obstinada en toda regla.

Hé aquí el estado aproximativo de todas estas tropas en la revista general pasada el 6 de mayo de 1565 por el gran maestre.

61 caballeros 15 escuderos	de la lengua de Provenza.
25 caballeros 14 escuderos	de la de Auvernia.
57 caballeros 24 escuderos	de la de Francia.
165 caballeros 5 escuderos	de la de Italia.
88 caballeros	de la de Aragon.

1 caballero de la de Inglaterra.
14 caballeros de la de Alemania.
68 caballeros / 6 escuderos } de la de Castilla.
44 capellanes de diversas lenguas.
587 miembros de la Orden.
700 soldados y marinos de las galeras, malteses por la mayor parte.
500 malteses de la compañía del Burgo.
300 id. de Burmola y de La Sangle.
1500 id. de la Ciudad Notable.
560 malteses de la parroquia de Santa Catalina.
680 id. de la de Bircharcara.
560 id. de Kunni.
560 id. de Zorrick.
590 id. de Nasciar.
560 id. de Siggieri.
120 artilleros.
150 criados de caballeros, organizados en una compañía.
1625 extranjeros tomados á sueldo de la Orden.

8992 hombres en total.

Con esta escasa fuerza, compuesta de elementos tan heterogéneos, y la mayor parte escasa de experiencia, ó sin ninguna en el manejo de las armas, se dispuso el gran maestre á recibir el ejército formidable con que Soliman le amenazaba; y no hay que olvidar que la generalidad de estas tropas consistia en malteses, despojados de sus privilegios, abrumados de impuestos, tratados con desprecio por los caballeros de la Orden, heridos en lo que hay mas delicado y sensible para el hombre. Pero se trataba de defender el suelo de la patria, amenazado por los enemigos de la fe católica, á quienes se profesaba un odio inextinguible, y sobre todo, se obraba á la voz, y bajo el ascendiente de un grande hombre.

Habia sido presentado en pleno consejo por el Gran Señor su proyecto de invadir á Malta, y aplaudido, como era natural, con todas las demostraciones de entusiasmo, por todo su consejo. Mientras se hacian preparativos formidables, se enviaban emisarios secretos á la isla, para levantar planos y tomar reseñas de su posicion, fortificaciones, etc. No se omitió precaucion, ni se ahorró gasto alguno que

llevase al objeto de añadir la isla de Malta á las brillantes conquistas de Soliman el Magnífico. Antes de partir las tropas, las arengó el Sultan, diciéndolas que la conquista de la sola isla de Malta era poca empresa para aquel armamento formidable.

Por fin, en 18 de mayo de 1565 se presentó delante de la isla de Malta la escuadra turca, compuesta de ciento treinta y una galeras, treinta galeones y doscientos buques de transporte, al mando de Piali-Bajá, con cuarenta mil hombres, á las órdenes de Mustafá-Bajá. Se hace ascender á sesenta mil el número de los turcos que abordaron á Malta, agregando á las tropas de tierra los marineros de la escuadra, y los individuos que no combatian incorporados á la marina y al ejército. Llevaban estas tropas víveres para seis meses, municiones en proporcion, y un tren completo de sitio, en el que se contaban sesenta y cuatro cañones de batir, con balas de hierro de ochenta libras, y dos morteros de siete piés de circunferencia, para lanzar piedras. Desembarcaron los turcos sin oposicion alguna, y su primera operacion fué talar los campos, quemar los pueblos y degollar á los infelices habitantes que no habian tenido tiempo de guarecerse en los muros de la plaza.—Hicieron los caballeros algunas salidas por órden del gran maestre, y aunque no llevaban lo peor en los encuentros, convencido la Valette de que esto debilitaba sus fuerzas sin utilidad, se encerró dentro de los muros, dejando á los turcos dueños absolutos de todo el terreno no fortificado de la isla.

Procedieron estos inmediatamente al sitio de los puntos fuertes; mas las operaciones adolecieron desde un principio de la rivalidad que reinaba á la sazon entre Piali, general de la escuadra, y Mustafá, á quien se habia dado el mando de las tropas del asedio. Al llegar la escuadra á Navarino, leyó este delante de los principales jefes de tierra y mar el pliego de instrucciones que le habia dado el Gran Señor, á su salida de Constantinopla. Por sus términos, estaba Mustafá revestido del mando general, tanto de las tropas, como de los buques, con cuya disposicion se ofendió Piali, antiguo general de mar, que con tanta gloria se habia distinguido en las campañas anteriores. No es, pues, extraño que se mostrase poco celoso en trabajar por la gloria de un rival, de mérito inferior, al que se veia postergado.

Se juntó un consejo de guerra en el campo turco inmediatamente que fué realizado el desembarco. Queria Mustafá acometer todos los

fuertes á la vez, puesto que se hallaban con tropas bastante numerosas, ó á lo menos empezar el sitio por el Burgo y la ciudad Notable, atacando así como en el corazon las fortificaciones de la plaza. Combatió Piali esta idea, alegando que el primer interés era proporcionar un puerto seguro para sus navíos, lo que no se podria conseguir sin comenzar el ataque por el fuerte de San Telmo, ganado el cual se colocaria la escuadra en el puerto de Muzel al abrigo de cualquier peligro.

Prevaleció en el consejo la opinion de Piali, y comenzaron en efecto las operaciones del sitio por el castillo de San Telmo, situado como se ha dicho á extremidad de un promontorio que divide el puerto de Marza Muzel del Puerto Grande. Mandaba la fortaleza el bailío de Negroponto, quien antes que los turcos embistiesen formalmente á la plaza, dispuso una salida al mando del capitan español don Juan de la Cerda y frey Juan de las Guaras. Derrotaron estos á las tropas turcas; mas en vista de su número considerable tuvieron que retroceder y acogerse á los muros de la plaza.—Grande dificultad encontraron los sitiadores en comenzar los trabajos de sitio por lo duro del suelo, de roca por la mayor parte; mas suplieron esta falta con sacos de tierra, vigas y tablones que les sirvieron para la formacion de las trincheras, siéndoles imposible el uso de la azada. Así pudieron acercarse á los muros de la plaza sin ser molestados por sus fuegos, y proceder sin pérdida de instantes á la construccion de las demás obras que para la expugnacion necesitaban.

No estaba desprovisto de buenas fortificaciones el castillo de San Telmo; pero era demasiado escaso el número de sus defensores para hacer frente á tantas tropas empleadas en su asedio. Y como el gran maestre no podia desprenderse de muchas fuerzas, por la lentitud con que de los diferentes puntos de la cristiandad se procedia para enviarle los socorros que no dejaba de reclamar á cada instante, pareció al gobernador de San Telmo que seria oportuno abandonar la plaza y reunir su guarnicion á la del Burgo, para atender mejor á la defensa de este punto y de sus fuertes. Mas se hallaba el gran maestre demasiado convencido de la necesidad de conservar á toda costa el fuerte de San Telmo, y demasiado confiado en la próxima llegada de los socorros prometidos, para no dar órdenes terminantes al bailío de que defendiese el punto á toda costa. Aun pensó La Valette en trasladarse él mismo al castillo y ponerse á la cabeza de su guarnicion; mas le hicieron desistir de su designio las súplicas y aun

las lágrimas de los caballeros y poblacion del Burgo, para que no los abandonase, cuando les era necesaria mas que nunca su presencia.

Con la resolucion tan positiva y formal del gran maestre, se prepararon el bailío de Negroponto y caballeros del castillo de San Telmo á la mas vigorosa y obstinada resistencia. Atacaron por su parte los turcos con su ferocidad acostumbrada, llevando sus trabajos de sitio hasta el mismo pié de los muros de la plaza. Delante de la muralla principal se hallaba otra fortificacion cuya figura no aparece bien clara por el relato de los historiadores; un poco mas lejos, hácia el campo, se habia construido un rebellin, cuya toma era necesaria para obtener la de la plaza. Hicieron los caballeros una salida en la que derrotaron á los turcos, y por el pronto les destruyeron una parte de sus trincheras y mas trabajos del asedio. Pero como luchaban siempre los cristianos contra una superioridad tan considerable, fué inútil este esfuerzo, pues los enemigos volvieron á la carga, y repararon prontamente las obras destruidas. Para echar abajo el rebellin ya mencionado, construyeron una fuerte batería sobre una especie de plataforma casi de su misma altura, desde donde sin interrupcion le cañonearon. Una circunstancia imprevista los hizo dueños de esta obra exterior mucho antes de lo que esperaban. Habiendo percibido una noche que estaban dormidos los centinelas, y en igual situacion la mayor parte de la tropa, escalaron los muros, y penetrando dos á dos por las mismas troneras, se hicieron dueños del rebellin, pasando á cuchillo á cuantos cristianos encontraron dentro. Trataron inmediatamente los vencedores de pasar á la otra obra exterior, mas ya entonces amanecia y los cristianos estaban vigilantes esperando el ataque de los turcos. Se trabó un combate obstinado en los mismos fosos que duró seis horas. Todos los fuegos de la plaza y de la batería de los turcos se cruzaban á la vez, y si estos estaban animados de una sed de destruccion, no era menos el arrojo con que los cristianos defendieron su terreno. Cedieron en fin los turcos, dejando cubiertos los fosos de cadáveres. Mas el rebellin quedó en sus manos, y les sirvió despues para colocar sus baterías contra el cuerpo de la plaza.

A pesar de que se resistia, como se ve, el fuerte de San Telmo, volvió el bailío á proponer al gran maestre su abandono, no queriendo sufrir los caballeros las consecuencias del asalto que los amenazaba, y al que, segun toda probabilidad no podrian oponer, por

el escaso número de tropas, suficiente resistencia. Otra vez les respondió La Valette que era necesario mantener el puesto á toda costa, recordando al bailío y á los caballeros sus compromisos, sus juramentos de morir en defensa de la religion en cuyas filas peleaban. Para animar su emulacion, ó desconfiando tal vez de su constancia, tomó disposiciones para el relevo de la guarnicion de San Telmo con tropa fresca que debia salir del Burgo. Mas los de San Telmo, avergonzados sin duda de la proposicion, pidieron al gran maestre no les hiciese la afrenta de dudar de su valor, y le prometieron que defenderian el punto á todo trance y verterian gustosos la última gota de su sangre por el honor y en defensa de una órden donde habian hecho votos de combatir siempre y en todo paraje con los enemigos de la fé de Cristo.

Llegó á la sazon al campo turco el famoso Dragut con trece galeras y mil y quinientos hombres, en compañía del renegado Aluch-Alí, que despues llegó á ser dey de Argel, con cuatro bajeles y seiscientos hombres. Fué este refuerzo muy agradable á Mustafá, sobre todo por la persona de Dragut, cuyo valor y capacidad conocia en todas las operaciones de la guerra. Desde el momento de su llegada se le encomendó la principal direccion de las obras de sitio, y con su actividad aumentó los apuros de sus defensores.

Todavía recibian estos de cuando en cuando algunos refuerzos y refrescos que les enviaba el gran maestre; mas convencido al fin Mustafá de la necesidad de cortarles toda comunicacion con los del Burgo, cerró completamente el paso, siendo Dragut el inventor y ejecutor de una especie de valla con tablones, vigas, piedras y fragmentos de barcos destrozados que echó en el mar, á fin de no dejar agua suficiente para el paso de los buques. Murió durante esta operacion el famoso corsario de una bala de cañon disparada desde la plaza, habiendo sido tan sentida su pérdida por los turcos, como objeto de regocijo para los cristianos. Reducidos así los del fuerte de San Telmo á sus propias fuerzas, sin esperanza de socorro ni auxilio de ninguna parte, tomaron la resolucion de hacer la mas obstinada resistencia, de vender caras sus vidas, ya que se vieron en la imposibilidad de conservarlas. Apelaron pues los turcos al asalto, ó mas bien á los asaltos, pues les costó varios la toma de aquella fortaleza. Dieron el primero la noche del 8 de junio, del que fueron rechazados con pérdida de mil quinientos hombres. Perdieron los cristianos cincuenta caballeros, habiendo quedado herido

el capitan la Cerda. Tuvo lugar el segundo asalto el 16 del mismo mes, en el que los turcos perdieron mil y setecientos hombres. Dejaron en el tercero, verificado el 22, dos mil hombres en los fosos y en la brecha; habiendo muerto por parte de los cristianos el capitan español Miranda, el bailío de Negroponto gobernador, el comendador Monserrate, el capitan Mazo y cincuenta mas caballeros de la Orden. No hay necesidad de indicar, pues se concibe fácilmente, el ardor, la ferocidad, la sed de sangre y destruccion que debieron de reinar en estos choques tan tremendos, en que unos combatian por la desesperacion de no poder salvarse, y los otros con el ánsia de apoderarse de una presa tan apetecida. Los caballeros á quienes sus heridas no permitian moverse, se hacian conducir á la brecha, donde del modo que mejor podian, peleaban. Mas era inútil el valor contra tan encarnizada muchedumbre. Los defensores iban muy á menos, el término de la resistencia se acercaba, y cuando en virtud del último asalto, que duró cuatro horas, se hicieron los turcos dueños á viva fuerza de San Telmo, no encontraron mas que escombros y hombres moribundos, pues los cinco ó seis cristianos que aun quedaban sin lesion se salvaron, descolgándose como pudieron por los muros de la plaza.

Cometieron los turcos todo género de crueldades con los vencidos, que respiraban todavía. Las historias dicen que les arrancaban el corazon, y que para causar terror, y hacer al mismo tiempo mofa de los del Burgo, los clavaron en tablas en forma de cruz, poniendo este espectáculo atroz á vista de sus propios muros.

Costó la toma del castillo á los turcos mas de ocho mil hombres. A mil y doscientos ascendió la pérdida de los sitiados, contándose entre ellos ciento veinte y dos caballeros de la Orden, que murieron todos en la brecha.

La pérdida mas fatal para los turcos fué la de cuarenta dias que emplearon en la toma de aquella fortaleza, falta grave que influyó, como veremos mas luego, en el resultado, desatroso para ellos, de aquella formidable empresa.

Volvió, pues, Mustafá sus operaciones contra el Burgo, y los dos fuertes que aumentaban su defensa. Antes de emprender el sitio, envió La Valette un mensaje, intimándole la rendicion con no muy duras condiciones. Mas el gran maestre, á pesar de su amarga pesadumbre por la pérdida y fin lamentable de los defensores de San Telmo, respondió con indignacion á las proposiciones del general

turco, é hizo que sus comisionados examinasen de cerca las fortificaciones de la plaza, diciéndoles que sus fosos eran la sola parte que cederia á los turcos, para que les pudiesen servir de sepultura.

Se preparó el gran maestre al recibimiento de los enemigos. Para aumentar la pequeña guarnicion de la plaza, hizo venir cuatro compañías de malteses que ocupaban la Ciudad Notable, y al mismo tiempo le trajo de Sicilia su sobrino Parissot La Valette un refuerzo de cuarenta y seis caballeros, treinta y seis personajes de distincion, y además quinientos noventa soldados al mando del maestre de campo Melchor Robles; refuerzo escaso, y que de ningun modo correspondia á las promesas hechas por los príncipes cristianos, y cuya pronta ejecucion reclamaba con voz tan sentida el gran maestre.

A ninguno de los reyes de Europa tocaba mas de cerca el interés de la conservacion de Malta, que al de España. Desde que supo los preparativos de los turcos contra la isla, dió órdenes á los vireyes de Nápoles y Sicilia, para que le auxiliasen con cuantas fuerzas estuviesen á su arbitrio. Animaba el Papa por su parte á los príncipes de Italia, para que concurriesen á la santa empresa de librar á la Orden de san Juan de las garras de los turcos. Se aprestaron en Génova algunas galeras, y el duque de Florencia ofreció auxilios. En cuanto al rey de Francia, no se atrevió hacer nada en defensa de la isla, por no irritar á Soliman, con quien tenia grandes relaciones de amistad, como ya llevamos dicho.

Del virey de Sicilia, don García de Toledo, como tan cercano, aguardaba los primeros y mas poderosos auxilios el gran maestre de la Orden. Mas sea porque la escuadra enemiga obstruyese el paso del mar, sea porque inspirase algun recelo el habérselas con tropa tan aguerrida y feroz como la turca, ó por otras dificultades que entorpecen operaciones de esta clase, no partieron los socorros con la oportuna presteza que era deseable. Historiadores hay que atribuyen esta lentitud á torcida política del rey de España, á su poca voluntad de socorrer la isla, ó tal vez á la intencion de aguardar que se hallase en los últimos apuros, para darse de este modo la importancia de su salvador; mas no es creible que se expusiese voluntariamente á tanto riesgo una Orden, que tan útiles servicios prestaba al rey de España. De todos modos es un hecho que don García se mostró en un principio muy remiso; que adolecieron sus

operaciones de poca actividad, dando ocasion á quejas y desconfianzas, no solo de su buena fe, sino tambien de la del rey católico; y que á no haberse detenido tanto los turcos delante de San Telmo, á no haber desplegado en lo sucesivo tanta bizarría y heroicidad en la defensa del Burgo y de sus fuertes, hubiese llegado demasiado tarde un socorro con tantas instancias reclamado.

El 8 de mayo desembarcó en Malta don Juan de Cardona, comandante de las galeras de España, dos compañías de infantería española á las órdenes de los capitanes Juan Miranda y Juan de la Cerda. El 27 de junio llevó á Malta el mismo don Juan de Cardona otro socorro, enviado por don García, compuesto de dos compañías de infantería española, y cuarenta caballeros de la Orden. Mas tuvo grandes dificultades en desembarcar, y despues de haber rodeado las costas de la isla, puso al abrigo de la noche sus tropas en tierra, junto al fuerte de San Miguel, cuando los turcos se habian apoderado ya del de San Telmo.

Mientras se aprestaba en Sicilia una gran expedicion, que aun tardó un mes en hacerse al mar, procedieron los turcos al sitio formal del Burgo y sus fuertes. Llegó á la sazon al campo el famoso Asam, dey de Argel, con veinte y ocho galeras y tres mil turcos, y fué recibido por Mustafá con grandes muestras de alegría. Pidió Asam al general en jefe, que se le encargase la expugnacion del fuerte de San Miguel, y Mustafá se lo concedió gustoso, dándole seis mil turcos, además de los tres mil que ya estaban á sus órdenes. Emprendió Asam la operacion por mar y tierra, encargando la primera á su segundo Candelisa, en quien depositaba su mayor confianza, y tomando á su cargo la segunda. Fueron ambos ataques tan impetuosos como valientemente rechazados. Por dos veces asaltaron las murallas; otras tantas quedaron los fosos cubiertos de cadáveres. Mientras tanto fueron desbaratadas las trincheras de los sitiadores por los comendadores Giou y Quinzi, enviados por el gran maestre. No desistieron los turcos del empeño, y dieron otro asalto cuando estaban ya las brechas mas practicables, y se iban desmoronando los muros del fuerte por las baterías enemigas. Por esta vez pareció mostrárseles mas favorable la fortuna, y casi ya plantaban sus medias lunas victoriosas encima de los muros; mas redobló el esfuerzo de los defensores, y los turcos cayeron precipitados por aquellas ruinas. Llegó á tanto la confusion y su pavor, que huyeron á sus buques con el mayor desórden, sin que les sir-

viese de nada un refuerzo de genízaros que les mandó Mustafá, y que fueron igualmente rechazados.

Se irritó el general turco con tanta resistencia, y creció su indignacion cuando llegó á sus oidos que se aprestaba en Sicilia una grande expedicion para auxiliar á los cristianos. Resolvió, pues, atacar á un tiempo al Burgo y al fuerte de San Miguel, tomando á su cargo la primera expedicion, y encomendando á Piali la segungunda. Fueron furiosos los ataques contra el Burgo. Los enemigos llevaban tablas, vergas, palos de sus buques, piedras y otras materias para cegar los fosos de la plaza. Las baterías hacian fuego sin cesar, y para aumentar los medios de destruccion, usaban los enemigos un proyectil llamado carcassa, que era una especie de pipa ó barrica embreada, y rodeada de materias combustibles que lanzaban sobre los cristianos. Mas hubo muchos de estos tan arrojados, que discurrieron los medios de cogerlas en el aire, y lanzarlas en seguida sobre las filas enemigas. La furia y obstinacion eran recíprocas, y las escenas de destruccion y carnicería tan uniformes, que no ofrecen variedad, por mucho que se esfuerce la imaginacion en crearlas de pura fantasía.

Fué Mustafá muy desgraciado en sus ataques contra el Burgo. Pareció mostrarse mas favorable la fortuna á Piali en la expugnacion del fuerte. Llegaron sus baterías á destruir casi sus murallas. Erigió una especie de plataforma de una altura, superior á la de la misma plaza. Empleó el asalto, y cuando se creyó dueño del fuerte, se halló con un nuevo atrincheramiento, que los defensores habian construido durante la noche, con un foso adelante, que impedia el paso á las tropas del asalto.

Grande era como se ve el denuedo de los caballeros de San Juan, mas cada dia crecian sus apuros; y el socorro tan suspirado no llegaba. Los muros estaban medio derruidos: faltaban las municiones, y los víveres escaseaban hasta el punto de tener que cercenar la racion de agua. Estaban los hospitales y las casas llenas de heridos y de enfermos. Tan triste era el semblante de las cosas, que se propuso seriamente en el consejo abandonar el Burgo y fuerte de San Miguel, y reducir la defensa al fuerte de Sant-Angelo, pero el gran maestre, impertérrito en el seno del Capítulo como se mostraba en medio de los combates, donde se corria mas riesgo, declaró su resolucion de ser fiel hasta el último suspiro al honor y la gloria de la Orden de san Juan, y de permanecer en el Burgo aunque le cu-

piese la suerte de quedar sepultado en los muros de la plaza. «¿A »qué fin mas glorioso puede aspirar, dijo á sus caballeros, un an»ciano de setenta y tres años que ha peleado toda su vida en de»fensa de la fe de Cristo? Traslademos al castillo de Sant-Angelo »los ornamentos del culto, los vasos sagrados, los efectos mas pre»ciosos: mas abandonar estos muros, será lo mismo que entregar »la isla de Malta á los infieles.» No se atrevieron los caballeros á ser de otra opinion que la del gran maestre, y se prepararon de nuevo á todos los azares de aquella lucha encarnizada.

No se hallaba al mismo tiempo en mucho mas feliz situacion el campo turco, escaso de víveres, lleno de enfermos, medio inficionado con tantos cadáveres y el calor tan propio de aquella estacion y de aquel clima. Se hallaba irritado Mustafá con tanta resistencia, con las pérdidas enormes que habia sufrido en los asaltos, y además le aquejaba á cada instante la idea del poderoso refuerzo que aguardaban los cristianos. Algunos de los suyos opinaron porque se levantase el sitio; mas el general en jefe que no ignoraba la resolucion y el carácter feroz de Soliman, declaró que primero pereceria delante de los muros que abandonar una expugnacion que su señor le habia ordenado.

Determinó pues probar de nuevo la fortuna, repitiendo los ataques á la plaza. El 7 de agosto dieron un asalto; pero cuando estaba en su estado mas recio la pelea, llegó á los turcos ,la noticia del desembarco de socorro. Percibieron los cristianos que sus enemigos aflojaban y al fin se retiraban del combate, mas aunque no sabian la causa, se aprovecharon de esta circunstancia, y los persiguieron hasta las trincheras.

No era cierta la noticia del desembarco de las tropas. Aprovechó este retardo Mustafá para renovar el asalto, que tuvo lugar el 13 de agosto. Ya sabia el gran maestre la salida de la expedicion de Sicilia, ó tal vez ignorándola, la comunicó á los caballeros á fin de que resistiesen denodados un asalto que probablemente seria el último. Duró la pelea cuatro horas con los mismos resultados que los anteriores. Ni el fuego de las baterías, ni la furia de tantas huestes como acudieron al asalto, pudieron contrastar al denuedo heróico de los defensores. Corrió la sangre como siempre, se llenaron los fosos de cadáveres. Al recogerse los turcos á su campo, supieron la noticia fatal para ellos, sin que les pudiese quedar la menor duda. Acababa de desembarcar la expedicion que enviaba de Sicilia don García.

Para hacer este refuerzo de mas eficacia, habia mandado construir el virey cien galeras y dispuesto que se cargasen las setenta mas ligeras de víveres y municiones. Embarcó en ellas doscientos cuarenta caballeros de la Orden de San Juan, doscientas personas de distincion de todas naciones, seis mil españoles, tres mil italianos, y mil quinientos aventureros, mandados todos por don Alvaro de Sande. Eran sus maestres de campo Ascanio de la Corgne, Vicente Vitelli, don Sancho de Londoño y don Alonso de Bracamonte. No quiso destino ninguno en la expedicion el marqués Chiapino Vitelli por estar nombrado maestre de campo general el primero de los cuatro ya dichos; mas fueron de mucha utilidad sus consejos por ser jefe de capacidad y de experiencia.

Se habia dudado antes de salir la expedicion si seria mas conveniente atacar los turcos por mar, ó desembarcar la gente para que por tierra los buscasen. Prevaleció la segunda idea, pues de ese modo seria el auxilio de mucha mas eficacia para los sitiados. Tres dias estuvo en el mar la expedicion, no encontrando sitio seguro para echar la gente á tierra sin ser molestados por la escuadra turca. Lo verificaron, en fin, al abrigo de la noche. El gran maestre, sabedor ya de la salida de la expedicion, recibió la noticia de su desembarco con la alegría que puede imaginarse. La guarnicion y habitantes la celebraron con gritos de entusiasmo, y ya ciertos de su salvacion, olvidaron sus padeceres y desastres.

Sobrecogidos los turcos con la llegada de las tropas auxiliares, levantaron el campo con precipitacion, y habiendo recogido las tropas que guarnecian á San Telmo, se refugiaron todos á la escuadra. Despues que estuvieron embarcados, celebró Mustafá otro consejo de guerra sobre el partido que se debia tomar en aquellas circunstancias. Opinaron algunos por el abandono de la isla y regreso á Constantinopla de la armada. Mas el general turco lleno de rabia y vergüenza, temblando á la idea de presentarse vencido ante los ojos del Sultan, determinó volver á desembarcar diez y seis mil hombres de sus mejores tropas, con las que marchó en busca de las españolas. Salieron estas animosas al encuentro; mas los turcos sobrecogidos de terror al primer choque, arrojaron las armas, volviendo en desórden á la escuadra que se dió á la vela el 18 de octubre, tomando el camino de Constantinopla.

Tal fué el desquite glorioso que la Orden de san Juan tomó de las calamidades y desgracias que Soliman II la hizo sufrir cuarenta

y tres años antes, cuando la pérdida de Rodas. Despues de un sitio de cuatro meses con formidables fuerzas por tierra y mar, en que con tanta ferocidad pusieron en juego los turcos todas las artes de destruccion conocidas en la guerra; en que subieron tan frecuentemente y con tan rabiosa sed de destruccion á los asaltos, tuvieron que anunciar al Gran Señor que no era ya invencible. Falleció el Sultan el año siguiente, despues de uno de los reinados mas largos y gloriosos que se cuentan en los anales del imperio turco. De su muerte data la decadencia, tanto por tierra como por mar, de un estado que amenazaba la independencia de la cristiandad entera.

Ascendió á veinte mil hombres la pérdida de los turcos delante del Burgo, que tomó el nombre de ciudad victoriosa, del castillo de Sant-Angelo y del fuerte de San Miguel. La de los sitiados consistió en doscientos caballeros, tres mil soldados casi todos malteses, y seis mil ancianos, mujeres y niños.

Para comprender esta última pérdida hay que tener presente que habia dispuesto el gran maestre fuesen conducidos á Sicilia los que no se hallasen en estado de llevar las armas, mas no pudo realizarse esta órden por la premura del tiempo, habiendo solo partido algunas familias que no quisieron arriesgarse. A la aparicion de los turcos, sobrecogidos los habitantes del campo de terror, huyeron con sus ganados y lo que tenian de mas precioso, buscando un refugio en el Burgo, La Sangle y la ciudad Notable; mas fueron degollados antes de llegar un número considerable. Otros que se refugiaron en cuevas, fueron descubiertos y tuvieron igual suerte. Los que pudieron llegar á dichos puntos en número de veinte y cuatro mil personas, sintieron muy pronto los rigores del hambre; mas el gran maestre acudió á su necesidad distribuyendo trigo al precio corriente á diez y siete mil fugitivos que podian pagarlo, y gratis á los siete mil restantes.

No puede la historia tributar bastantes elogios al gran maestre de la Orden de san Juan, á sus valientes caballeros, á las tropas que combatieron á sus órdenes, á la decision y heroismo de la poblacion maltesa durante este asedio célebre. Tímidos estos al principio, poco familiarizados con el uso de las armas, se hicieron muy pronto á ellas, distinguiéndose no solo en las salidas, sino tambien en las murallas. Los ancianos, las mujeres y los niños, se empleaban con ardor en los trabajos de las fortificaciones, seguian á los combatientes á la brecha, retiraban los muertos, aliviaban y consolaban á los he-

ridos, llevaban á todas partes refrescos, cargaban las armas, hacian llover sobre los enemigos un granizo de piedras, de materias inflamadas, y contribuian por cuantos medios les eran posibles al buen éxito de esta lucha memorable.

Fué celebrada en la cristiandad entera la defensa heróica de Malta, y sabida con regocijo y entusiasmo la retirada de los turcos. De todas partes recibió el gran maestre solemnes felicitaciones, distinguiéndose en esto el pontífice y el rey de España. Presentó el embajador de este monarca una espada y una cimitarra con el puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su amor y su veneracion, ofreciéndole pagar anualmente una cantidad, para ayuda del reparo de las fortificaciones arruinadas. Para perpetuar el recuerdo de la salvacion de Malta, mandó el gran maestre que fuese celebrada todos los años en todas las iglesias de la isla el dia del nacimiento de la Vírgen; que despues del oficio divino, se leyese á los concurrentes la historia del sitio, y que se casasen y se dotasen seis muchachas pobres á cuenta de la Orden. La fiesta subsiste todavía, mas se suprimieron los dotes que eran de cincuenta escudos (400 reales).

No perdia un momento La Valette de la idea, la posibilidad de ser atacado de nuevo por los turcos. Se asegura que para ponerse al abrigo de una nueva invasion fué autor del incendio del arsenal de Constantinopla que tuvo lugar en aquel tiempo; mas cualquiera que haya sido esta cooperacion, apeló La Valette á medios mas seguros y mas positivos. Apenas se alejaron los turcos, hizo destruir sus fortificaciones delante del Burgo, de San Miguel y de San Telmo, construir de nuevo las murallas de este último fuerte que estaban derribadas, y formar nuevos acopios de víveres y de municiones. Mas todos estos preparativos y aun el incendio del arsenal de Constantinopla hubiesen sido insuficientes contra la nueva tempestad que amenazaba, si no la hubiese conjurado de una vez y para siempre haciendo de Malta una plaza inexpugnable.

Ya desde el establecimiento en Malta de la Orden se habia pensado en construir una ciudad fortificada sobre el monte Sceberras que separa el Puerto Grande del de Marza Mussel. Se habia levantado y arreglado el plano por los ingenieros mas hábiles, bajo los diferentes grandes maestres que se sucedieron; mas cupo la gloria de ponerle en ejecucion á Juan de La Valette. Agotado el tesoro, contrajo en Sicilia un empréstito de treinta mil escudos; hizo acuñar

moneda de cobre, é impuso nuevas contribuciones sobre los malteses; mas nada de esto era suficiente. Se dirigió el gran maestre á todos los príncipes de la cristiandad, haciéndoles ver la importancia de la empresa, y de los mas, incluso el rey de Francia, recibió socorros muy considerables. Dió Felipe II noventa mil ducados; el rey de Portugal, don Sebastian, treinta mil cruzados, y la Sicilia envió veinte y dos mil ducados, habiendo impuesto un diezmo sobre los bienes eclesiásticos. El Papa envió además de dinero, setecientos obreros pagados de su cuenta. La mayor parte de los miembros de la Orden se despojaron de sus bienes y hasta de los objetos de mas valor, cuyo importe entregaron al tesoro. Los habitantes todos de la isla, sin perdonar edad ni sexo, se emplearon voluntariamente en la construccion de una ciudad que iba á asegurar su defensa, aumentar su comercio, y llegar á ser el depósito de sus riquezas. Un año solo bastó para poner en estado de defensa la ciudad que tomó al principio el nombre de *Humillísima*, y despues de *La Valette*, que conserva hoy dia. Mas el gran maestre no vió el fin de su trabajo, habiendo fallecido abrumado de fatigas y cuidados en agosto de 1568.

Juan de La Valette fué grande hombre, y su memoria será célebre. Desde su defensa de Malta no cuenta la Orden de san Juan un hecho de armas tan glorioso. De este sitio, data la decadencia de una institucion, que cada dia se iba haciendo menos necesaria. Sin embargo conservó su brillo en el resto de aquel siglo, en el siguiente, y aun muy entrado ya el diez y ocho. Lo que á la terminacion de este llegó á ser, no hay necesidad de indicarlo, recordando que en nuestros dias, aquella ciudad de La Valette, aquella primera fortificacion del mundo, cayó sin la mas pequeña resistencia en poder de Bonaparte, cuando marchaba á la conquista de Egipto. Mas el nombre de Malta ha sobrevivido á la Orden de san Juan, y ocupa todavía en el mapa militar y político de Europa un puesto distinguido.

CAPÍTULO XXXIV.

Guerra de los moriscos de Granada.—Capitulaciones cuando la toma de esta ciudad por los reyes católicos.—Primer arzobispo.—Conversiones.—Alborotos.—Decreto para que abracen la fe cristiana los moriscos.—Todos cristianos.—Acusaciones de su falta de sinceridad.—Nuevas exigencias de la corte.—Nuevos disgustos.—Reclamaciones de los moriscos.—Desoidas.—Tentativa para alzar á los del Albaycin.—Alzamiento de las taas de las Alpujarras.—Excesos y crueldades de los sublevados.—Nombran por su rey á Aben-Humeya.—Sale el marqués de Mondejar de Granada para combatir á los alzados.—Varios encuentros suyos con los moriscos, favorables á las armas castellanas.—Entra en las Alpujarras.—Se apodera de la torre de Orgiva.—Pasa el marqués de los Velez desde Murcia al reino de Granada.—Recibe autorizacion para ello del rey.—Varios encuentros suyos con los moriscos.—Los vence.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Diversidad de pareceres entre el marqués de los Velez y el de Mondejar.—Resuelve el rey enviar por capitan general de Granada á su hermano don Juan de Austria (1).—(1568-1569.)

Vamos á trazar el bosquejo de otra guerra, que si no de carácter puramente religioso, se rozaba con hábitos, con costumbres, y en gran manera, con creencias. Parece fatalidad del siglo XVI, el que cuantas cuestiones se debatian con las armas en la mano, tuvieron, con pocas excepciones, un carácter misto de sagradas y profanas. Católicos contra protestantes; cristianos contra mahometanos; en todas figuraban, á par de los intereses de un príncipe ó nacion, los dogmas de su Iglesia.

La guerra de los moriscos de Granada no fué menos fecunda que las otras en animosidad, en encarnizamiento, en efusion de sangre y todo género de horrores. Es uno de los episodios mas curiosos, al

(1) Don Diego Hurtado de Mendoza y Luis Marmol Carvajal, son los historiadores principales de esta guerra, y los dignos de mas crédito, por haber sido ambos testigos oculares.—La produccion del primero, intitulada: «Guerra de Granada,» pasa por una de nuestras galas literarias. En la del segundo, conocida con el nombre de «Historia del rebelion, y castigo de los moriscos del reino de Granada,» hay mas abundancia de materias, aunque no presentadas con la gravedad elegante de Mendoza. Ambos han sido nuestros principales guias, tanto en este articulo, como en el siguiente.

mismo tiempo que lamentables, de un reinado que tantos títulos ha adquirido de ser célebre.

Los términos de la capitulacion, por la que los reyes católicos tomaron posesion de la plaza de Granada, fueron todos honoríficos y humanos para los vencidos. Nada prueba tanto la resistencia tenaz que los moros opusieron, y sobre todo, el gran deseo que tenian los reyes de Castilla y de Aragon, de añadir á su corona tan magnífica conquista. Por uno de estos artículos, recibian los reyes por sus vasallos y súbditos naturales, y bajo de su palabra, «seguro y »amparo real, desde el rey hasta el último habitante de Granada; »de las fortalezas, villas y lugares de su tierra; dejándoles sus casas, »haciendas, heredades, sin consentir que les hiciesen mal ni daño, »ni quitándoles sus bienes, ni sus haciendas, ni parte de ello, antes »bien acatándolos, honrándolos y respetándolos como por sus súb»ditos y vasallos, como lo eran todos los que vivian bajo su gobier»no y mando.»

Por otro artículo prometian SS. AA. y sus sucesores, «dejar vi»vir para siempre al rey y á todos los demás grandes y chicos en »su ley, sin consentir que les quitasen sus mezquitas ni sus torres, »ni los almoedanes, ni les tocasen en los hábices y rentas que te»nian para ellas, ni les perturbasen los usos y costumbres en que »estaban.»

No es posible concebir un artículo en términos mas expresos y mas positivos. Sin embargo, fué su ejecucion orígen de disturbios y calamidades, que duraron casi un siglo.

Erigieron los reyes católicos en Granada una Silla arzobispal, y su primer prelado, don fray Hernando de Talavera, obispo de Avila, se distinguió mucho por su celo en convertir á los moros á la fe cristiana. Convienen los historiadores en elogiar el modo blando y suave que empleaba en este asunto, tan de suyo delicado, no adoptando mas medios que los de la persuasion y el ascendiente que le daban su edad, su alta categoría y sus virtudes; mas con el tiempo degeneró tanta indulgencia en maneras un poco mas duras, marcadas con el sello de la intolerancia. Era imposible que mezcladas en la ciudad dos religiones tan distintas, pues con la conquista se iba poblando mucho de cristianos, se dejase demostrar, por la parte de los vencedores, aquella aversion con que se miran los hombres que difieren en creencias. No faltó quien aconsejase á los reyes católicos que obligasen á los moros á recibir el bautismo, y de lo con-

trario expulsarlos de la tierra, haciéndoles ver que jamás serian buenos vasallos, mientras conservasen sus creencias, y se manifestasen adictos á sus ceremonias. Mas aquellos monarcas no quisieron infringir tan pronto un artículo tan expreso de los tratados, y se contentaron con que se llevase adelante la obra de la conversion, por cuantos medios se pudiese.

Para ayudar al arzobispo, se llamó al famoso de Toledo, Jimenez de Cisneros, cuyo carácter duro no se desmintió en esta mision tan delicada. Quiso usar de rigor, é irritado con la resistencia que algunos de ellos ponian á la conversion, trató de perseguirlos y castigarlos por su pertinacia. Comenzaron con esto los disgustos, los desórdenes, y hasta los motines. Indignados los moros de que se les quisiese violentar, se levantaron. Mas cedieron á la autoridad del arzobispo Talavera, á quien respetaban mucho, y estaban acostumbrados á ceder en todas ocasiones.

Sirvió este motin de pretexto para volver á la carga los que aconsejaban á los reyes que los obligasen á todos á recibir el bautismo, ó á marcharse á Berbería; dándoles tiempo para arreglar sus negocios y vender sus bienes. Entonces accedieron los dos reyes, y se dieron las órdenes necesarias, que aunque estuvieron suspendidas ocho meses, fueron llevadas á efecto con grande oposicion por parte de los nuevos convertidos.

De un cambio que llevaba visos de tan forzado y violento no podia esperarse mas resultado que redoblar la adhesion y apego á las creencias y ceremonias de que á los moriscos habian despojado. Estallaron al principio del siglo XVI revueltas, á que tuvo que acudir en persona el rey católico, cuyo celo se animaba á proporcion de tanta resistencia. Habiendo quedado vencedor, se creyó con dobles derechos para reducir de grado ó por fuerza á los moriscos á la religion cristiana. Así lo puso en práctica, y en medio de algunas llamaradas de motin y de alboroto, que no pudieron menos de encenderse algunas veces, todos los moros, unos tras de otros, tanto en la ciudad como en las otras poblaciones, recibieron el agua del bautismo.

Los prelados celosos, y otras personas igualmente interesadas, percibieron que no habia bastante sinceridad en los nuevos convertidos, y que solo por temor de los castigos cumplian con los deberes y ceremonias que la nueva religion les imponia. Nada habia mas natural, conociendo los principales resortes de la conversion; mas

esto mismo escandalizaba y encendia en furor á los que no solamente los querian cristianos, sino cristianos fervorosos. Los acusaban de celebrar en secreto y dentro de su casa, el rito prohibido; de lavar los niños que acababan de bautizarse, como para purgarlos de impurezas; de casarse clandestinamente usando sus ceremonias; de celebrar los viernes, como dias festivos; de trabajar los domingos; en fin, de despreciar en secreto, lo que les era forzoso respetar en público.

En el año 1526, hallándose el emperador en Granada, reunió una junta de prelados, para arreglar un asunto que parecia tan espinoso y complicado. Muchos fueron de opinion que mientras los moriscos conservasen el uso de su lengua, el de sus trajes, el de sus diversiones, nunca perderian el afecto á su antigua religion, ni serian súbditos fieles de la corona de Castilla. Por entonces no se dió ninguna provision, ni se trató mas de este asunto en todo el reinado de Carlos I de España; mas en el de Felipe II, se celebró una junta en Madrid, con el objeto de tomar una providencia definitiva sobre el negocio de los moriscos, y en ella se extendieron los capítulos de lo que se habia de observar en adelante. Se reducian estos, á que dentro de tres años aprendiesen los moriscos la lengua castellana; que no usasen de la suya en ningun escrito público; que en adelante no se hiciesen vestidos á su usanza, y sí á la de los cristianos; que no empleasen en las bodas, ni ritos, ni ceremonias, ni aun fiestas ni regocijos, como tenian de costumbre; que tuviesen abiertas las puertas de sus casas los viernes y los dias de fiesta; que no usasen nombres moros; que renunciasen á los baños artificiales; que no tuviesen esclavos negros, á excepcion de aquellos á quienes les estuviese concedida la licencia.

Era imposible idear disposiciones mas depresivas, mas vejatorias, que ajasen mas la susceptibilidad, el amor propio de pueblo alguno, por poco apego que tuviese á sus costumbres. Era atacar, herir al vivo lo que el hombre estima mas que todo, á saber, las costumbres y usos que adquirió desde la cuna. Mas tales eran las preocupaciones que animaban á muchos contra los moriscos; tales los hábitos de intolerancia en materias religiosas, que en 1568 se mandaron estos capítulos al presidente de la Audiencia real, don Pedro Deza, para que los pusiese en práctica.

En los moriscos causaron la impresion dolorosa que puede suponerse. Las razones que alegaban para alejar de ellos tan tremenda

tempestad, no podian ser mas plausibles. En cuanto á la lengua castellana, expusieron la imposibilidad de que pudiesen dejar la suya, sobre todo, los viejos, que la habian usado en toda su vida, y que de ningun modo podrian acostumbrarse á otra.

En cuanto á los trajes, que no indicaban creencias religiosas, y sí solo cosas de moda y de costumbre: que los cristianos en el Oriente iban vestidos como los habitantes del pais, y que entre los mismos mahometanos habia tanta diversidad de trajes como de pueblos y naciones.

Sobre mandar que las mujeres fuesen sin velo, que era dureza hacerlas renunciar á una costumbre que tenian como signo de honestidad: y que los baños que tan frecuentemente usaban, eran meramente un punto de limpieza.

Acerca de los nombres cristianos que habian de sustituir á los antiguos, exponian que los nombres no constituian la esencia del cristianismo; que habia habido cristianos antes que santos; que el agua del bautismo era lo que los habia incorporado en el gremio de la Iglesia, y que el cambio de nombres no aumentaria por ningun estilo ni su firmeza en la fe, ni la adhesion á sus nuevos ritos religiosos.

No tenian estas razones réplica racional y justa; pero se habia tomado ya un partido, y además el presidente de la Chancillería, don Pedro Deza, ante quien los moriscos por el órgano de sus diputados expusieron estas quejas, no podia alterar por sí, lo que en la corte se habia resuelto y decretado. Respondió, pues, á dichas reconvenciones lo mejor que supo y pudo; mas manifestando que era una cosa determinada por S. M., á que debian someterse como irrevocable. Que se les concederia el tiempo suficiente para que pudiesen deshacer sus ropas y darles nueva forma; que se les auxiliaria hasta con recursos pecuniarios á fin de que estos cambios no les sirviesen de perjuicio en sus haciendas y fortunas; que el término que se les señalaba para dejar su lengua nativa, era suficiente para aprender la castellana; que sus fiestas y sus zambras eran demasiado escandalosas á los ojos de los buenos cristianos, para que no tuviesen interés ellos mismos en abandonarlas, si lo eran en efecto; que no podria haber inconveniente ninguno en tener abiertas las puertas de sus casas los viernes, si verdaderamente no celebraban en ellas ningun culto religioso: que el cambio de los nombres tenia por objeto aumentar su devocion dándoles un santo

por patrono, y en fin que todas las innovaciones mandadas por el Rey de España, no se encaminaban á otro fin, que á establecer la igualdad posible entre todos sus vasallos.

Desahuciados así los moriscos, del presidente de la Chancillería, recurrieron por medio de comisionados á Madrid, pidiendo la suspension ó revocacion de una providencia que les era tan molesta; mas el Consejo desoyó sus súplicas, y les hizo saber que no tenian mas remedio que atenerse á lo mandado.

Examinadas las cosas á la luz de la razon y de la imparcialidad, alma y condicion indispensable de este género de escritos, no parece muy difícil decidir de qué parte estaba la razon en esta pugna. No podian ser mas expresos los términos de la capitulacion, en la que se les dejaba el pleno y libre ejercicio de su culto religioso. Si por medio de la persuasion ó apelando á recursos compulsivos se habian convertido á la religion cristiana, no habia motivos para apelar á rigores y á formas que en realidad no atacaban la esencia de su nuevo culto. Ni los nombres, ni los trajes, ni sus fiestas, ni sus baños, ni sus usos domésticos tenian que ver en ningun sentido con el cristianismo. Obligarlos á renunciar á ellos por medios tan violentos; prohibirles hasta el uso de la lengua que habian mamado con la leche, se presentaba intolerable, de muy difícil y hasta de imposible ejecucion para las personas entradas en edad que no habian aprendido ni podian aprender otra. Los cargos, pues, que hacian los moriscos, no podian ser desvanecidos, sino usando del derecho del mas fuerte.

Que los moriscos no eran súbditos leales de la corona de Castilla, se puede presumir muy bien de un pueblo recien conquistado, que apenas se habia mezclado con sus vencedores. De sus sentimientos, por lo menos dudosos en su nueva fe, no podia menos de haber pruebas, conociendo los medios de exaccion, empleados con los nuevos convertidos. Deseable era sin duda el que se hiciesen mas adictos de corazon al cristianismo; que desapareciesen de ellos todos los usos y demás recuerdos nacionales que los ponian en predicamento diferente del de los demás habitantes del pais; mas cualquier hombre imparcial podia conocer muy bien que no eran estos medios violentos, los que producirian efecto tan apetecido: que se podria conseguir mas empleando otros suaves é indirectos, sobre todo apelando á la merced del tiempo, bajo cuyo imperio todo se olvida, y las impresiones mas fuertes y poderosas se destruyen.

La providencia no pareció muy prudente á varias personas de rango y bien intencionadas de Granada, que veian graves males en su ejecucion demasiado rigorosa. El marqués de Mondejar, capitan general del pais, que se hallaba á la sazon en la corte, representó contra lo duro é impolítico de la medida, quejándose amargamente de que no se le hubiese consultado antes de dictarla; mas por toda respuesta, se le previno que se restituyese cuanto antes á Granada, para cuidar de la puntual ejecucion de lo mandado. El Rey de España y su Consejo no sabian lo que era contemporizar, tratándose de materias religiosas. Rigores, violencias, injusticias, todo parecia permitido cuando se trataba de promover los intereses de la fe católica.

A todas estas consideraciones hay que añadir otra de grandísima importancia, á saber: que los moriscos de Granada constituian entonces la gran mayoría de la poblacion de aquel pais, recientemente conquistado. Si á la capital y á otras ciudades considerables habian acudido muchísimos cristianos de diversas partes de Castilla, no sucedia lo mismo con las poblaciones rurales, sobre todo de las Alpujarras, compuestas casi todas de moriscos. Se podia, pues, temer el irritar hasta cierto punto á un pueblo casi dueño del pais, y que al abrigo de sus asperezas podia entregarse á toda especie de desórdenes: mas nada de esto se tuvo en consideracion, y en medio de los conflictos é inquietudes mútuas que producia el nuevo edicto, se acercaba poco á poco el dia fatal prefijado para su ejecucion definitiva. Comenzaron á agitarse los moriscos, perdida ya la esperanza de la revocacion de dicha providencia. Comenzaron á entablarse entre ellos relaciones y planes de alzamiento, poniéndose en contacto los de la ciudad con los de afuera, sobre todo de las Alpujarras, donde su número era mas considerable. Posible es que estos proyectos de insurreccion fuesen ya anteriores á la promulgacion de la pragmática, mas es muy probable tambien que solo hubiesen nacido de esta causa. No faltaban entre los moriscos hombres emprendedores, ambiciosos, que supieron inflamar los ánimos de la muchedumbre, preparándola al cambio que tanto halagaba sus pasiones. Los de la ciudad contaban con sus correligionarios de las Alpujarras, y á estos se les allanaban las dificultades de la empresa, haciéndoles ver que serian aquellos los primeros que se alzasen. Por la interpretacion de varias cartas, no quedó duda á las autoridades de la mala voluntad de los moriscos y planes de la insurreccion,

á que se daba fomento con la circulacion de pronósticos de varios santones de su antigua secta, alusivos á los acontecimientos de los tiempos que alcanzaban. Que el plan era vasto y la insurreccion muy popular en aquellos habitantes, aparece de la simultaneidad de los alzamientos de que hablaremos luego. Antes de verificarse, ya se habian comenzado de cierto modo las hostilidades con el ataque de algunas partidas de tropa castellana por los salteadores del pais, conocidos con el nombre de *monfis;* con varios asesinatos de cristianos en quienes los moriscos ejercieron varios actos de crueldad y de venganza.

Se habia designado el Jueves Santo del año 1568 para el dia del alzamiento general; mas no tuvo esto efecto por varias causas hasta el mes de diciembre del mismo año, ocupándose todo este tiempo en aumentar las relaciones, las comunicaciones mútuas entre unos y otros, tanto los de adentro como los de afuera, fraguándose planes para el asalto y toma de la Alhambra, y ocupacion de los puntos principales de Granada.

No eran ignoradas estas maquinaciones por las autoridades del pais y la poblacion castellana de la capital; mas no se les daba toda la importancia que tenian, ni se creia que su ejecucion estuviese tan cercana. Los moriscos de la ciudad encubrian sus intentos, manifestando deseos de paz y sumision á las órdenes del rey, si bien quejándose siempre de la violencia que se les hacia. Los de las Alpujarras tampoco aparentaban el querer moverse, pudiendo atribuirse los desafueros y violencias que recientemente se habian cometido en los caminos, á excesos aislados de los *monfis*, de que no participaban los demás moriscos.

Cuando los de fuera creian ya preparados completamente á los de adentro, se puso en direccion de Granada uno de los principales instigadores de aquella rebelion, llamado Farax Aben-Farax, á la cabeza de unos doscientos *monfis*, con objeto de alentar con su presencia y su persona el pronunciamiento de aquellos habitantes. Llegó á la ciudad por la noche del 26 al 27 de diciembre de 1568, y habiendo penetrado por ella á favor de sus amigos, se presentó en el Albaycin, barrio donde vivian los moriscos, prorumpiendo en grandes gritos y algazara, tocando sus atabales y otros instrumentos á fin de inspirar á los vecinos la idea de que venia seguido de un número muy considerable. Mas ni esta algazara, ni las invitaciones que él y sus *monfis* hicieron en alta voz á los moriscos para

que se alzasen, diciéndoles que habia llegado la hora de la redencion, surtieron el menor efecto. Los moriscos permanecieron quedos; ninguno abrió sus puertas, desconfiados sin duda de lo que les decia Farax, ó arrepentidos tal vez de su determinacion en los momentos de llevarla á efecto.

Mientras tanto se esparció la alarma en la ciudad, se tocaron las campanas, se pusieron en pié las autoridades y vecinos, mas con la oscuridad de la noche y la incertidumbre de lo que realmente sucedia, todo era inquietud y confusiones. Era muy escasa la guarnicion que habia en Granada, prueba de lo poco preparados que se hallaban en caso de que el cumplimiento de los capítulos encontrase séria resistencia. Prohibió el marqués que nadie se pusiese en movimiento hasta que llegase el dia, temiendo alguna sorpresa envuelta en las tinieblas de la noche. Por otra parte, Aben-Farax y los suyos, desesperanzados de levantar el Albaycin, discurrian por la ciudad temerosos de dar en manos de la guarnicion, y no pensaron mas que en verificar su salida, que se llevó á efecto al amanecer sin que en la ciudad se tuviese todavía idea positiva de lo ocurrido durante aquella noche.

Luego que el marqués de Mondejar se penetró de la verdad del caso, salió de Granada con la gente que pudo allegar en persecucion de Aben-Farax y de sus *monfis;* mas como le llevaban estos una grande delantera, se volvió, temeroso de que la ausencia suya y de sus tropas envalentonase á los moriscos del Albaycin, de cuyas malas disposiciones ya no se podia tener la menor duda.

La cosa era ya muy séria y grave; el atrevimiento de Farax suponia planes de alzamiento en la ciudad, que por fortuna se paralizaron; mas si el resultado de aquella noche pudo tranquilizar los ánimos de las autoridades por entonces, la noticia de lo que habia ocurrido al mismo tiempo en las Alpujarras, redobló las inquietudes.

El 25 de diciembre por la noche habia ocurrido la intentona de Aben-Farax sobre Granada. Tal era la confianza en que se hallaban todos del alzamiento de los del Albaycin, que en aquellos dias se sublevaron los principales distritos ó taas de las Alpujarras, haciéndolo al mismo tiempo las de Orjiva, Porqueyra, Ferreyra, Jubilés, los Ceheles, Uxijar, Verja, Andarax, Dalia, Luchar, Marchena, Boloduiy, Solobreña y otros distritos inmediatos, cundiendo la llama como fuego eléctrico en toda su extension, sin que del incen-

dio quedase exento pueblo considerable alguno. El movimiento fué instantáneo, simultáneo, producto de un plan general fraguado con el mayor secreto, puesto en ejecution con toda la energía de un pueblo agitado por sentimientos de odio y de venganza. ¿Cómo los de Albaicin, principales promotores del pronunciamiento, no le secùndaron cuando las excitaciones para ello de Aben-Farax y de sus *monfis*? no se concibe fácilmente. Se puede suponer que el silencio y tinieblas de la noche encadenaron sus ánimos y que temieron alguna sorpresa ó lazo armado por los de la ciudad, al ver á Farax seguido de tan pocos.

Las manifestaciones, las demostraciones, los excesos y desórdenes á que se abandonaron todas las poblaciones de las Alpujarras en el acto del pronunciamiento, fueron tan semejantes y uniformes, que no descenderemos á particularizarlas. En todas partes se proclamó el culto de Mahoma con demostraciones del mas ardiente desenfreno. En todas se allanaron las iglesias, se profanaron los altares, se quebraron las imágenes, se robaron los vasos sagrados y demás ornamentos, haciendo ludibrio de lo que antes practicaban, manifestando que habian obrado hasta entonces por coaccion y con violencia. En todas partes se cometieron atropellamientos y crueldades inauditas contra los cristianos y los sacerdotes en particular, atormentándolos de mil maneras, y dándoles en seguida la muerte que parecia debia serles mas amarga y dolorosa. La mayor parte de estos infelices se refugiaban en las iglesias y casas fuertes, de donde los hacian salir con promesas de perdonar sus vidas; mas inmediatamente caian víctimas del furor de los moriscos, sedientos de sangre y de venganza. Cuando los hombres se cansaban de saciar su saña en aquellos desgraciados, los entregaban al furor de las mujeres, que con sus agujas, sus tijeras y otros instrumentos de la misma clase se cebaban en atormentarlos. La misma suerte tuvieron cuantos destacamentos cortos de fuerza armada. ignorantes de lo ocurrido, cayeron en sus manos. Sin duda los historiadores á que hemos aludido, como castellanos y católicos, habrán exagerado el cuadro; mas todo puede creerse de poblaciones bárbaras, impulsadas por su fanastimo que creian sacudir el yugo de sus opresores. Los mismos han dejado consignado que ninguno de cuantos cristianos tuvieron palabra de conservar sus vidas con tal que abrazasen la secta de Mahoma, quiso pasar por tan duras condiciones. Tambien esto se concibe y explica fácilmente.

Era pues la insurreccion séria con todos los caractéres de terrible. No ofrecia, pues, el aspecto de un pueblo que reclama la vindicacion de sus agravios, sino de unas gentes que rompian para siempre los vínculos que los unian con su rey, hollando sus leyes, y renunciando del modo mas violento al culto que se les habia prescrito. Para que no se dudase del carácter de la insurreccion, y lo que querian realmente los moriscos, no se contentaron con un caudillo, sino que quisieron tener un rey, alzándole con toda ceremonia y condecorándole con todas las insignias y carácter de monarca.

Se llamaba este nuevo rey de los moriscos don Fernando Valor, y se le creia descendiente de los Califas de Córdoba, de la familia de los Omeyas, que tanto poderío y esplendor habian desplegado en siglos anteriores. Los historiadores le pintan como un mozo de carácter violento y liviano, bastante desarreglado en sus costumbres. Era dueño de abundantes bienes, señor de una veinticuatría de Granada, y esto indica que pertenecia á una clase distinguida. Pero empeñado en mas gastos que sus facultades permitian, estaba preso por deudas en la cárcel de Granada, cuando se fraguaban los planes de alzamiento. En inteligencia con los jefes de la insurreccion, se fugó de la cárcel y escapó de la ciudad, casi al mismo tiempo que se alzaban los pueblos de las Alpujarras. El dia 27 de diciembre llegó al pueblo de Benzar, donde le estaban aguardando sus parientes, y el dia siguiente, reunidos estos y los principales del pais le alzaron por rey, levantando pendones con las ceremonias mas solemnes que supieron idear, y le saludaron con el nombre de Aben-Humeya, que manifestaba de un modo claro su ascendencia. No concurrió al acto Aben-Farax, y aun se dió por muy resentido, cuando aquel dia se presentó en Benzar, de vuelta de su expedicion; mas se logró aplacarle, haciendo que el nuevo rey Aben-Humeya le nombrase su primer alguacil, nombre que entre ellos equivale al de teniente ó de segundo.

Tenia así la insurreccion un jefe supremo, revestido con el título de rey; mas este rey, este jefe supremo, no se hallaba sin duda á la altura de su puesto. De una juventud disipada, sin haber tomado parte en el alzamiento mas que por despecho y lo embarazoso de sus circunstancias, sin tener mas títulos para su elevacion que la influencia de su familia, y la circunstancia casual de su prosapia, no estaba calculado para dirigir con acierto aquel movimiento

que debia encontrar tan séria resistencia. Además de Aben-Humeya y el citado Aben-Farax, figuraba un tio del primero llamado don Fernando El-Zagüer, hombre diestro, sagaz, experimentado y muy rico, que no habia querido ser rey, contentándose con que lo fuese su sobrino. A excepcion de estas tres personas, ningun otro figuraba en primer término, ni se habia adquirido un nombre. La insurreccion fué obra de las masas resentidas por las ofensas que habian recibido, por las que les estaban aguardando. Mas la insurreccion, por terrible y unánime que fuese, no estaba suficientemente organizada; faltaba madurez de planes, de designios fijos; solo se obedecia á un sentimiento ciego, á un deseo de venganza, á estos odios de pueblo á pueblo, de secta á secta, que producen efectos instantáneos y terribles.

La falta de los moriscos del Albaycin que no se pronunciaron cuando los de la Alpujarra, fué un golpe muy funesto para los alzados. Asegurada la capital del reino, libres en sus acciones las autoridades superiores del pais, tuvieron medios de adoptar todas las medidas necesarias para salir á sofocar la insurreccion que estaba fuera. Solo recibiendo los moriscos los socorros, en gente, en armas y en dinero, que de Berbería, y aun por parte de los turcos, aguardaban, pudieran haber hecho frente á los cristianos, ó á lo menos prolongar la contienda hasta que la fortuna se les pudiese mostrar algo favorable. Pero aislados, sin ningunas simpatías, entre los que no eran ni de su nacion ni de su secta, podian entregarse si se quiere á actos de desesperacion y de venganza, mas no luchar de igual á igual con sus numerosos adversarios. Sigamos el hilo de los acontecimientos.

Hemos visto que cuando el alzamiento de las Alpujarras, se hallaba todavía Aben-Humeya en la cárcel de Granada. Inmediatamente que fué alzado por rey, se trasladó á la sierra, donde hizo que se confirmase su eleccion, y tomó algunas providencias, entre ellas las de conferir cargos, nombrando á su tio don Fernando El-Zagüer, capitan general ó jefe de la guerra. Mas el monarca dejó pronto aquel pais, y se retiró á Cadiar, sin que le veamos dirigir en persona ninguna de las operaciones aisladas que entonces se emprendian.

Continuaban los moriscos alzándose sucesivamente en las diversas taas de todo aquel pais, hasta la tierra de Almería, cometiendo en todas parte los mismos desórdenes y excesos. Atacaron la torre

de Orjiva, y no pudieron apoderarse de ella por la tenaz resistencia de sus defensores. Tambien hicieron tentativas sobre la ciudad de Almería, que pensaron ganar por traicion y por sorpresa; mas fueron desbaratados sus planes, y Almería se mantuvo intacta. Ninguna de las ciudades grandes del pais tomó parte en aquella insurreccion. Málaga, Marbella y Ronda, no solamente resistieron á sus amenazas, sino que enviaron gente al campo para perseguirlos. Fué este otro de los grandes contratiempos del pronunciamiento; pues en estos pueblos encontraron grandes recursos para hacer la guerra, las principales autoridades de Granada.

Antes que estos jefes tomasen providencias sérias contra los insurreccionados, habian conseguido los moriscos algunas ventajas parciales contra partidas pequeñas armadas de cristianos que encontraron desapercibidos, ó les hicieron caer en los lazos que tan frecuentemente les armaban. Fué sorprendido en Tablate el capitan don Diego de Quesada, mandado por el marqués de Mondejar á dicho punto, con objeto de guarnecerle, para cuando él entrase en campaña, pues era el paso para trasladarse á la Alpujarra. Tambien mataron al capitan don Juan Zapata, con su gente, en el lugar de los Guajares. Por todas partes llevaban la ventaja que les daba el mayor número, pues la generalidad del pais era toda de su nacion y de su secta; mas un órden de cosas tan favorable para ellos, se acercaba ya á su término.

No estaban mientras tanto ociosas en Granada las autoridades, tanto civiles como militares. Fué su primera providencia asegurarse de los moriscos del Albaycin, á quienes con medidas rigorosas contuvieron en los límites de la obediencia. El marqués de Mondejar alistó gente y requirió auxilios de los principales pueblos del pais y de todos los demás de Andalucía. Una prueba de que anduvo diligente, y se hallaba penetrado de la gravedad de aquel negocio es que, habiendo comenzado la insurreccion el 24 de diciembre, salió el 3 de enero del año siguiente 1569, á la cabeza de 2,000 infantes y 400 caballos, en busca de los revoltosos, dejando á su hijo el conde de Tendilla con el mando militar para atender á las cosas de la guerra, y enviarle á proporcion que llegasen los refuerzos que de varios puntos se aguardaban (1).

(1) La fecha de la salida del marqués y el número de sus tropas, son las que asigna Mármol. Segun Hurtado de Mendoza, salió el dia 3 de febrero con solos 800 infantes y 200 de á caballo. No olvidemos que ambos historiadores eran contemporáneos, y pudieron ser testigos oculares de los hechos. El primero tenia un cargo en el ejército; el segundo se hallaba enlazado con el marqués por un parentesco muy estrecho. La discrepancia es de cuantía, y esto prueba con cuánta desconfianza se deben admitir muchos hechos que nos refieren las historias.

Acompañaban al marqués de Mondejar, su hijo don Francisco de Mendoza, don Alonso de Cárdenas su yerno, don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villa-Roel y otros caballeros. Habia salido de Jaen al frente de la caballería don Pedro Ponce, y Valentin Quirós al de la infantería. Mandaba dos compañías de Antequera el corregidor de aquella ciudad Alvaro de Isla; y la gente de Loja, Juan de la Rivera, regidor; la de Alhama, Hernan Carrillo de Cuenca, y la de Alcalá la Real, Diego de Aranda. No ponemos todos los nombres de las personas de alguna nota que acompañaban al marqués; mas continuaremos en la idea de estampar en todas ocasiones el mayor número que sea posible y esté en armonía con la índole de nuestro escrito.

Como esta guerra de los moriscos de Granada se redujo á ataques de puestos fortificados, y correrías por sierras y parajes montañosos, no ofrece batallas campales, ni movimientos en que brille la estrategia. Las fuerzas de una y otra parte eran muy poco numerosas, y la gente que acompañaba al marqués no merecia el nombre de un ejército. Por la parte de los moros era suma la irregularidad y falta de organizacion, como se puede colegir de aquella gente pronunciada sin preparativos, y por llamaradas de resentimientos. Por esto y por la misma naturaleza de nuestra obra, que no puede descender á muchos pormenores, nos contentaremos con una reseña muy sucinta de los principales hechos de una contienda á todas luces tan funesta.

Pernoctó el marqués aquella noche en Padul, dos leguas cortas de Granada. En Durcal, á una legua de distancia de su posicion, se hallaba el capitan Lorenzo de Avila, y el de igual clase Gonzalo de Alcántara, al frente este de cincuenta caballos, y el primero de un destacamento mas considerable de infantería. Trataron los moros de sorprenderlos aquella misma noche, interceptándolos de la gente de Mondejar, cuyo campo tambien era objeto de sus tentativas. Acometieron efectivamente á Durcal aquella misma noche, mas se hallaban los nuestros apercibidos, y lo mismo el marqués, que tuvo avisos por medio de un espía. Hubo tiros y escaramuzas efectivamente en las calles y plazas de Durcal, mientras una partida de los moriscos se acercaba al campo del marqués, con objeto de darle una embestida. Mas habiendo encontrado los primeros resistencia, y sintiéndose intimidados los segundos con la actitud que tomó el de Mondejar, se retiraron unos y otros aquella misma noche, temiendo ser

atacados por la caballería. El marqués se trasladó al Durcal, donde se detuvo esperando refuerzos que se le iban reuniendo, con muy poca interrupcion, unos tras de otros.

Llegaron de Ubeda y Baeza, mandada la gente de la primera de estas dos ciudades por don Rodrigo de Vivero á la cabeza de trescientos infantes y ciento cincuenta caballos. Iban de Baeza novecientos ochenta infantes, divididos en cuatro compañías, y cuatro estandartes de treinta caballos cada uno. Eran los capitanes de esta tropa veinticuatros y regidores. Mandaban la infantería de Ubeda don Antonio Porcel, don Garci Fernandez Manrique y Francisco de Molina, y la caballería don Gil de Valencia y Francisco Vela de los Cobos. Eran capitanes de la infantería de Baeza Pedro Mejía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides, y Baltasar de Aranda. Mandaban la caballería Juan de Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera. Mas toda esta gente no acompañó la expedicion del marqués, pues volvieron á Granada las cuatro compañías de caballería de Baeza con objeto de guarnecer la ciudad, mientras llegaban nuevas tropas.

Comenzaron á conocer los moriscos el lance sério en que estaban empeñados. Sus hermanos de Granada estaban quedos: los de la Vega no osaban pronunciarse. La salida del marqués en busca suya, les anunciaba la alternativa de someterse, ó correr todos los lances de una guerra en que no podian llevar la mejor parte. Para tentar la primera via, estaban demasiado comprometidos por los excesos y atrocidades que habian acompañado el alzamiento. Para lo segundo, es decir, para seguir la guerra, se veian con pocos medios. Por una parte tenian encima al marqués de Mondejar; por la de Murcia, se aproximaba el de los Velez, de cuyos movimientos hablaremos luego. Sigamos por ahora los pasos de Mondejar.

Se movió este de Durcal en direccion de Tablate, donde hemos dicho habia sido derrotado el capitan don Diego de Quesada, enviado allí por el marqués, como un punto muy importante para el paso de las Alpujarras. Le guardaban pues los moriscos con todos los medios que pudieron idear para estorbar la marcha del marqués. Mas este se presentó en buen órden, y á pesar de haber los primeros desbaratado un puente, y tener otro medio roto con objeto de que las tropas al pasar por él se precipitasen á un profundo barranco donde estaba colocado, siguió adelante el marqués sin pérdida notable, habiendo desbaratado y puesto en huida á los moros, hasta

Lanjaron, donde hizo alto aquella misma noche. Al dia siguiente pasó á socorrer la torre de Orjiva, sitiada y puesta en grande aprieto por los moriscos, hallándose ya sin víveres ni municiones, y próxima á rendirse.

Tan favorable se mostraba el semblante de las cosas, que el marqués de Mondejar no quiso que le mandasen mas refuerzos, por lo cual escribió al Asistente de Sevilla que no le enviase la gente de aquella ciudad, ni la de Gibraltar, Carmona, Utrera y Jerez, que se habian juntado para hacer dicha jornada.

Mientras tanto reunian los moriscos cuantas fuerzas podian allegar para detener la marcha de Mondejar. Noticioso este de que Aben-Humeya se queria hacer fuerte en la taa de Porqueira, se puso en esta direccion y ocupó el pais, á pesar de la resistencia tenaz que le opusieron. Forzó el marqués el puesto, sin que se atreviese Aben-Humeya á sostenerle. Pasó de allí á Pitres de Ferreyra, punto que tomó y defendió en seguida contra los moriscos que le acometieron de noche, causando algunas pérdidas á los nuestros cogidos de sorpresa. En seguida se trasladó al castillo de Jubiles, donde tambien consiguió derrotar á los moriscos que le opusieron resistencia.

Ocurrió en este punto un suceso lamentable. Dió el marqués el pueblo á saco, mas prohibiendo la matanza. Se recogió la gente, especialmente las mujeres, á la iglesia; mas no cabiendo toda, se salió una gran parte á una plazuela inmediata, donde pasaron la mayor parte de la noche. Acaeció en esto que un soldado trató de llevarse consigo una mora; y como esta opusiese resistencia, llamó la atencion de un jóven, que de mujer disfrazado la seguia, tal vez por deudo suyo ó por amante. Embistió el jóven al soldado con una almadara que llevaba debajo del vestido. Al ruido de la pelea que se trabó entre ambos acudieron otros, y fué esto bastante para que se esparciese entre los nuestros el rumor de que entre las moras se hallaban hombres armados vestidos de mujeres. No fué preciso mas para que acometiesen enfurecidos á la muchedumbre. La mortandad fué horrible, y solo tuvo fin cuando llegó la luz del dia.

Pasó el marqués desde Jubiles á Cadiar y á Ujijar, donde entró sin resistencia, habiendo registrado y apoderádose de varias cuevas y cavernas donde habian tomado asilo los moriscos. Todos quedaron cautivos en poder del de Mondejar.

Al punto de Ujijar se habia dirigido Aben-Humeya con el designio de defenderle á toda costa, haciéndole base de sus operaciones

militares. Varios amigos y allegados, entre ellos su suegro, le aconsejaron hacerlo así, representándole la importancia de Ujijar como punto fuerte, con la circunstancia de estar colocado en el centro de las Alpujarras. Mas otros deudos suyos le persuadieron que se retirase á Paterna, donde podia aguardar con mas ventaja á los cristianos. Andaban divididos á la sazon los moriscos sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias. Los mas pacíficos y la gente de arraigo estaban penetrados de lo descabellado del alzamiento y de los terribles resultados que no podia menos de acarrearles. Los mas comprometidos, los principales instigadores de la empresa, los que mas se habian distinguido en las atrocidades de que fué acompañado el alzamiento, conocian que no habia para ellos ni perdon, ni avenencia de ninguna clase, y solo pensaban en los medios de llevar adelante á toda costa la contienda. De aquí la diversidad de pareceres entre los que rodeaban al nuevo rey Aben-Humeya. Los que aconsejaban la quedada en Ujijar, pasaban por aspirar á composicion con los cristianos, y realmente habian dado pasos al efecto. No fué pues difícil á sus contrarios mas feroces hacer creer á Aben-Humeya que los primeros le engañaban y trataban de venderle al enemigo. El rey en su furor hizo dar muerte á su suegro Miguel de Rojas, y á un cuñado suyo, repudiando á su mujer, para cortar cuantos lazos le podian unir á su familia. Tomó, pues, Aben-Humeya el camino de Paterna á la cabeza de sus tropas. Siguió sus huellas el marqués, mas no perdiendo de vista ciertos pasos y negociaciones que se habian entablado con Aben-Humeya á fin de reducirle á la obediencia. No parecia contrario este caudillo á entrar en términos de composicion: por lo menos así se lo habia hecho creer al marqués una persona con quien estaba el morisco en relaciones. Seguia, pues, Mondejar las huellas de los enemigos, sin darse priesa á empeñar una batalla, aguardando el resultado de una carta que con su conocimiento acababa de escribir al rey morisco la persona con quien se entendia. Mas los arcabuceros que iban de vanguardia por los dos lados de la sierra, se avanzaron demasiado y fueron causa de que se empeñase una accion con los moriscos, en que estos fueron derrotados. Creyéndose Aben-Humeya engañado por el marqués, se puso en salvo sin siquiera abrir la carta que acababan de entregarle, dejándola en el suelo, mientras que el segundo, confiando siempre en reducirle á la obediencia, no siguió el

alcance de los vencidos, causando esto no pocas murmuraciones entre los soldados de su mismo campo.

Propendia el marqués de Mondejar á la blandura, y excogitaba cuantos medios le eran posibles para volver á los moriscos á la obediencia del rey, sin reducirlos á la desesperacion, que pudiera producir medidas de exterminio. Ya hemos visto que durante su residencia en la corte habia desaprobado la pragmática, orígen de aquellas turbulencias. Conocia la importancia de una gente activa y laboriosa como los moriscos, y daba oidos á cuantas proposiciones de acomodamiento le venian por parte de los sublevados. Activo en perseguir al enemigo, como los hechos lo atestiguan, no se mostró rigoroso en los castigos. Templó muchas veces el furor de sus soldados vencedores, y por eso fué objeto de murmuraciones por parte de su mismo ejército, donde se queria utilizar todo lo posible la victoria. Por otra parte, los moriscos que pensaban en pacificacion, veian desmentidos los sentimientos que se le atribuian al marqués con la conducta feroz y sanguinaria de los soldados que le acompañaban. Los *monfis* y demás instigadores de la insurreccion, se aprovechaban naturalmente de esta desconfianza de los moriscos inclinados á la paz, para tener siempre encendidas las teas de la guerra. Habia vencido el marqués á los moriscos en cuatro refriegas sucesivas.—Se habia apoderado de los principales puntos fuertes de las Alpujarras; entretenia esperanzas de pacificar el pais; creia muy próximo el momento de que se redujese á la obediencia; mas en Granada no se participaba de sus ilusiones. Se murmuraba allí mucho de su conducta en la parte política, y muy pocos daban la lid por fenecida. El presidente Deza no era su amigo, y trataba de indisponerle hasta en la corte misma. Su hijo el conde de Tendilla trataba de salir con otra expedicion en busca de los enemigos; mas el marqués se opuso á esta medida, y hallándose en Ujijar de vuelta de la expedicion, trató de moverse hácia los Guajares, donde se habia encendido de nuevo la llama de la insurreccion; tan ansioso estaba de concluir por sí mismo aquella guerra, sobre todo de que tomase la menor parte posible en ella el marqués de los Velez, cuya presencia en el pais le importunaba, y cuyos principios é ideas eran tambien diversas de las suyas. Tanto como Mondejar propendia á la indulgencia y á la consideracion, se inclinaba el otro á la dureza y á los malos tratamientos. Queria el primero conservar un pueblo útil sin reducirle á los términos de la desesperacion, mientras el otro

no hablaba mas que de castigos y hasta de exterminio. De la cooperacion, pues, de dos jefes tan diversos que obraban independientes en una misma guerra, no podian menos de seguirse fatales consecuencias.

Hemos visto al marqués de los Velez, capitan general de Murcia y de Valencia, marchar sobre el reino de Granada cuando el principio de dichas turbulencias. Habia dado este paso á instancia y súplicas del presidente Deza, quien imploró sus auxilios, sea para oponer un rival al marqués de Mondejar, ó porque no confiase bastante en los esfuerzos y medidas de este último. Dió parte el presidente al rey de este paso con el de los Velez, y Felipe II aprobó la providencia, encargando al último la mayor actividad en sus operaciones.

Antes de llegar dicha órden del rey, y aun la súplica al marqués de los Velez por parte del presidente don Pedro Deza, habia tomado disposiciones militares cuando llegaron á su noticia los disturbios de Granada. Cumplíale, como capitan general de una provincia fronteriza, prepararse para en caso que llegase allí el incendio, y asimismo tomar una parte activa en el asunto, acudiendo al castigo de los rebeldes por todos los medios que pudiese. De varios puntos del pais le llegaron tropas; de modo que cuando recibió la comunicacion se hallaba ya al frente de mas de cinco mil hombres de infantería, y una fuerza de caballos proporcionados á este número.

Habia recibido en su villa de Velez del Blanco quinientos infantes y trescientos caballos. Recibió de Lorca mil y quinientos hombres de á pié y ciento de á caballo, en muy buen órden, capitaneados por Juan Mateo de Guevara, Pedro Helises, Alonso del Castillo, Martin de Lorita y Luis Ponce. Le enviaron de Caravaca trescientos infantes y veinte caballos, mandados por Andrés de Mora, Fernando de Mora y Pedro Martinez: de Moratalla doscientos infantes y treinta caballos, á cargo de Juan Lopez; de Hellin ciento cincuenta infantes y quince caballos, capitaneados por Pablo Pinero: de Zhegui Francisco Fajardo con doscientos cincuenta infantes y veinte caballos, de Mula doscientos infantes al mando de Diego Melgarejo. Con esta gente escogida, por la mayor parte voluntaria, y la que sacó de otros pueblos, movió su campo el marqués el 5 de enero, es decir, casi al mismo tiempo que el de Mondejar salia de Granada en persecucion de los moriscos. Era la intencion del marqués de los

Velez caer sobre Almería, que suponian en muy grande aprieto por parte de los moriscos; mas habiendo sabido en el camino la derrota de estos en Benahaduz, tomó la direccion del castillo de Xergal, y atravesando la sierra de Filabres, se estableció en el pueblo de Tabernas, donde se detuvo hasta el dia 13, mientras le llegaban la órden de S. M. y los refuerzos que en Murcia dejaba preparados.

Atribuyeron algunos esta precipitacion en el movimiento del marqués de los Velez, á su deseo de que le cogiese dicha órden ya dentro del territorio del reino de Granada, como sucedió en efecto. De este modo se vieron en aquel pais dos capitanes generales que obraban independientes, y cuyo modo de considerar aquella guerra era tan diverso. De esta heterogeneidad no podian menos de seguirse grandes males. Sin embargo, la presencia del marqués de los Velez en el pais fué de grande utilidad, por el terror saludable que inspiró á los moriscos de las inmediaciones, próximos á imitar el ejemplo de los de la Alpujarra. Se movió el marqués de los Velez desde Tabernas, y pareciéndole ya inútil trasladarse á Almería, como el rey se lo habia prevenido, tomó la vuelta de Güecija, donde le esperaban los moriscos que fueron derrotados. De allí se movió á Filix, donde le esperaba un encuentro con los rebeldes que tambien trataban de disputarle el paso. Una circunstancia le proporcionó en aquel punto una victoria, que de otro modo no hubiese sido tan completa. Habiendo sabido en Almería don García de Villa Roel este movimiento del marqués, trató de ganarle por la mano, y con la gente que pudo allegar cayó sobre los moros, tomando la apariencia de ser la vanguardia del cuerpo del ejército que seguia sus huella; mas los moros percibiendo el engaño salieron en busca de don García, quien intimidado al ver la muchedumbre de los enemigos, se retiró en direccion del campo del marqués, dándole parte de las buenas disposiciones que tomaban los moriscos, suponiendo que hubiesen recibido los refuerzos que esperaban de Africa. No titubeó sin embargo el de los Velez en acometerlos, y se movió con su campo, precediéndole la vanguardia acostumbrada. Creyendo los moros que era esta una nueva estratagema de Villa Roel, se hicieron firmes; lo que proporcionó al caudillo castellano la ventaja de derrotarlos, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles muchos prisioneros. Mencionamos esta circunstancia para hacer ver que en esta guerra, donde los caudillos obraban con independencia, se aspiraba á ganar lauros exclusivos, con detrimento de la causa comun por la que es-

taba empeñada la contienda. Por desgracia no fué este el primero, ni el último de los ejemplos, en que se muestra tan á las claras la pequeñez del corazon humano. Tambien es circunstancia digna de reparar, que los moros para hacer creer á Villa Roel que tenian mucha gente, formaron un escuadron de niños y mujeres cubiertos con capas y trajes, que desde lejos parecian soldados. Igualmente hay que notar que en esta accion pelearon valerosamente algunas mujeres moriscas metiéndose por los caballos, arrojando piedras, y á falta de estas, echando polvo en los ojos de los castellanos. Se cogió un gran botin en la refriega, y esto le fué al marqués de mucho daño, pues muchos soldados cargados de despojos dejaron el campo y se volvieron á sus casas. Despues de algunos dias de permanencia en Filix, movió su campo hácia Andarax, y consiguió otra victoria de los moros que le esperaban en las sierras de Ohañez. Así habia conseguido sobre ellos tres victorias, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles un número mucho mas considerable de prisioneros. Mas el marqués de los Velez conocia muy bien que estas desrrotas no ponian término á la guerra, y que en la fragosidad del pais y en lo encarnizado de la lucha, encontrarian obstáculos de mucha monta las armas castellanas, á pesar de que la fortuna se declaraba á su favor en casi todas las refriegas.

Mientras que el marqués permanecia en Filix, se movió de Almería don Francisco de Córdoba sobre el castillo fuerte de Inox, situado en la sierra de este nombre, que tomó á viva fuerza, á pesar de la obstinada resistencia por parte de los moros. Fué la matanza grande, y el botin uno de los mas ricos que se habian hecho en el curso de toda aquella guerra.

Igualmente afortunado fué el marqués de Mondejar en su expedicion de las Guajaras, adonde se habia movido, como hemos dicho, desde Ujijar. La tierra es asperísima, y en el castillo del mismo nombre encontró el marqués tan grande resistencia, que á pesar de su carácter humano, mandó pasar á cuchillo á cuantos moriscos se encontraron dentro. Desde allí se trastadó el marqués á Orjiba para terminar la reduccion de la Alpujarra. No hay que olvidar que se hacia la guerra en tierras ásperas y fragosísimas, en lo mas crudo y recio del invierno. La simple reseña de los hechos que vamos refiriendo, manifiesta la grande actividad que desplegaba el de Mondejar. Mucho le aguijoneaba para terminar la lid la presencia del de los Velez, en el territorio de su mando. Poseido siempre de su

idea de reducir los alzados y no de destruirlos, publicó en la Alpujarra un bando, prometiendo perdon y proteccion del rey á cuantos presentasen sus armas y banderas. Muchos lo ejecutaron, sin duda de carácter pacífico, y animados de buenas intenciones; pero otros muchos, y entre ellos los caudillos, sin duda desconfiaban de las promesas del marqués, ó viéndose demasiado comprometidos, se manifestaban resueltos á seguir la guerra. Aben-Humeya, que habia entrado en conferencias de acomodo, se manifestaba mas contrario que nunca á rendirse á merced del rey, pues otras capitulaciones no podia esperarlas. En los jefes reinaban desconfianzas y discordias, y nadie queria ser el primero en dar un paso tan aventurado. De Africa, donde tenian sus enviados, habian recibido algunos auxilios; y aunque hasta entonces en pequeño número, no perdian la esperanza de que las potencias berberiscas tomasen parte activa en la causa de sus hermanos en España.

Noticioso el marqués de Mondejar del punto donde se encontraban Aben-Humeya, El Zaguer y varios personajes, envió una expedicion secreta con el objeto de prenderlos; mas aunque fueron sorprendidos, pudieron escaparse, dejando burlados á los que los creian ya seguros en sus manos. De este modo debió de perderse la esperanza de entrar en tratos y convenios con el rey de los moriscos y sus caudillos principales.

Visto lo inútil de esta tentativa, hizo otra el marqués de la misma especie y con igual objeto, enviando á los capitanes Alvaro Florez y Antonio de Avila á prender á Aben-Humeya y sus parciales, que estaban reunidos en el pueblo de Valor; y no habiéndolos encontrado allí, saquearon el pueblo, de cuyas resultas se alzaron los habitantes y mataron á cuanta gente acaudillaban los cristianos.

Con estos dos golpes dados tan en vago, se enconaron mas y mas Aben-Humeya y los caudillos que querian á toda costa la prolongacion de la contienda. Se hallaba por lo mismo muy lejos el marqués de satisfacer sus vivísimos deseos de ver pacificada la provincia. En la conducta de sus mismos soldados, codiciosos de botin, propensos á cometer todo género de excesos sobre los vencidos, encontraba asimismo obstáculo á sus designios. Muchos moriscos reducidos á la obediencia eran saqueados y maltratados violentamente, á pesar de su papel de salvaguardia, por los castellanos. Los moriscos pacíficos tenian así sobrados motivos de recelo y desconfianza, mientras los partidarios de las hostilidades explotaban con habilidad estos sentimientos que les eran favorables.

Entre tanto los moriscos de Albaycin, que, como hemos dicho, malograron la ocasion de alzarse cuando fueron invitados para ello por Aben-Farax la noche del 25 de diciembre, experimentaban malos tratamientos por parte de las autoridades de Granada, y tuvieron motivos para arrepentirse de una inaccion que tuvo tanta influencia. El conde de Tendilla, encargado de los negocios de la guerra, hizo alojar en sus casas á las tropas que iban llegando poco á poco, sin hacer caso de sus representaciones, de sus quejas y de sus ofertas de surtirles de cuantos objetos para su acomodo fuesen necesarios. Las tropas alojadas no fueron parcas en abusar de su posicion, y los agravios que de ellos recibieron los moriscos, avivaron el fuego de su resentimiento. Mas se las habian con autoridades que tenian abundantes medios de oprimirlos, y se contentaban con hacer votos en secreto por la buena fortuna de sus compatriotas de las Alpujarras.

El encono de los cristianos contra los moriscos era una pasion nacional, aumentada por la diferencia de religion, y llevada á su mayor extremo por lo encarnizado de la lucha. Al principio de la insurreccion se habian puesto á muchos moriscos presos en las cárceles de la Chancillería; unos que verdaderamente tenian delito para ello, y otros en clase de rehenes que respondiesen de la conducta de los otros. Se esparció un dia en la ciudad la noticia de que venian los moriscos de afuera á libertar á sus hermanos de la cárcel; y sea que hubiese motivo para creerlo así, ó que fuese invencion de gente mal intencionada, se tomaron precauciones dentro de la cárcel, armando á los cristianos presos para evitar cualquier ataque á mano armada; mas esta que se adoptó como medida de precaucion, produjo el efecto de que viniesen á las manos unos contra otros los presos de la cárcel. Peleaban con armas los cristianos; los moriscos con piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes de los calabozos. El resultado fué la muerte de estos últimos, que eran en número de ciento diez y siete, y la de cinco cristianos, que tambien tuvieron diez y siete heridos.

Tal era el aspecto que presentaba la insurreccion de los moriscos del reino de Granada. Habian sido derrotados en todos los encuentros y perdido todos los puntos fuertes, mas la lid no estaba concluida. No se pone con dos ó tres victorias término á una guerra cuyo teatro es áspero y fragoso como el de las Alpujarras, cuando no está vencido el ánimo de los combatientes; cuando hay

caudillos ambiciosos resueltos á probar fortuna, á perder el todo por el todo, para quienes no queda ya esperanza ni de perdon, ni de avenencia. Estaban vencidos los moriscos, pero no domados. Por mucho que fuese el celo del marqués de Mondejar de traerlos á la obediencia, podian mas con ellos sus antiguos odios como nacion y como sectarios de otro culto. La rapacidad de los soldados cristianos apagaba cuantos sentimientos podia haber en algunos en sentido de la pacificacion ; y por estas causas reunidas, estaba la guerra en víspera de ser encendida con mas furor que nunca. A esta mala situacion de cosas se agregaba la discordia entre las autoridades puestas por el rey ; la variedad de pareceres sobre el valor de lo que se habia hecho, y las medidas que en lo sucesivo debian de adoptarse. En la opinion del marqués de Mondejar, estaba la guerra casi concluida : para el de los Velez, no habia verdadera pacificacion en el pais, sin la deportacion ó destruccion de todos los moriscos. Cada uno de los dos marqueses tenian en Granada su parcialidad, que defendia y acusaba segun el caudillo á quien pertenecia. Estaban penetrados todos los hombres imparciales de la falta grave que se cometia encomendando los negocios de la guerra y del pais á dos jefes de tan diverso carácter y modo de juzgar, que obraban del todo independientes. Para sujetar á entrambos á una autoridad comun, pareció á muchos un medio eficaz la ida del rey á Granada, pues era un asunto de bastante gravedad para hacer á lo menos muy útil su presencia. Así se lo pidieron algunas personas de gran peso en Granada, y así opinaron algunos miembros del Consejo. Mas Felipe II, tan activo y laborioso en su despacho, no era hombre que se ponia en movimiento fácilmente, y sobre todo tratándose de la agitacion y conflictos de una guerra. Repugnando, pues, al rey el viaje de Granada, le pareció un buen expediente enviar en su lugar á su hermano don Juan de Austria, que á la sazon se hallaba en su corte, recibiendo la educacion y rodeado del esplendor debido á su alto nacimiento.

CAPITULO XXXV.

Continuacion del anterior.—Parte don Juan de Austria de Madrid.—Su entrada en Granada.—Toma las riendas del gobierno.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Llama el rey á la corte al marqués de Mondejar.—Es asesinado Aben-Humeya por los suyos.—Alzan por nuevo rey á Aben-Abóo.—Sale don Juan de Austria de Granada á combatir á los moriscos.—Se retira el marqués de los Velez.—Se apodera don Juan de Galera, de Seron, de Tijola y de otros mas puntos.—Expedicion del duque de Sesa.—Tratan de someterse los moriscos.—Conferencias en el Fondon de Andarax.—Ceremonia de la sumision delante de don Juan.—Rompe el pacto Aben-Abóo.—Hace asesinar al Habaquí.—Es asesinado Aben-Abóo por los de su mayor confianza.—Entrada de su cadáver en Granada.—Fin de la guerra. (1569-1571.)

Mostró Felipe II en la eleccion de don Juan de Austria, que tenia tacto y conocimiento de los hombres. Daba indicios don Juan, en medio de sus verdes años, de capacidad y de que con el tiempo se adquiriria un gran nombre. Al designarle el rey, manifestó por otra parte la sinceridad de los sentimientos con que le habia acogido y reconocido como hijo del emperador, y que no seria envidioso de la fama y nombradía que sin duda iba á adquirir, revestido de un cargo tan considerable. Partió, pues, don Juan, acompañado entre otros muchos de Luis Quijada, su antiguo ayo y guardador, hombre muy experimentado en asuntos militares. El 6 de abril de 1569 llegó á Granada, donde fué recibido por las autoridades militares y civiles con el aparato y solemnidad debidos á su alta clase y á las funciones de que iba revestido. Inmediatamente tomó la direccion suprema de todos los asuntos del pais; mas le estaba par-

ticularmente encargado por el rey, no adoptar medida ni providencia alguna definitiva, sin que mediase la aprobacion de su Consejo.

El marqués de Mondejar, que se hallaba en Ujijar cuando le llegó la noticia del nombramiento de don Juan, permaneció algunos dias mas en aquel punto sin pasar adelante en sus operaciones. Cuando creyó próxima la llegada del príncipe á Granada, se trasladó á dicha ciudad, donde entró con toda pompa militar, precedido y seguido de gente armada, tanto de infantería como de á caballo. Excitó el aparato de esta entrada diversos sentimientos, pues ya dejamos insinuado que si tenia amigos y apasionados, no eran pocos los que le eran desafectos y censuraban sus operaciones.

No hay duda de que el marqués de Mondejar se condujo en esta guerra con actividad y energía; que siguió sin descanso ni tregua el alcance de los enemigos; que los derrotó en varios encuentros; que les tomó puntos fuertes donde hicieron grande resistencia. Obró sin disputa como general, y como soldado en todas ocasiones. De sus opiniones políticas, de sus ardientes deseos de reducir el pais sin destruir ni deportar un pueblo que tenia por útil bajo muchas consideraciones, deponen todos sus pasos y medidas. A no encontrar oposicion en los ánimos de tantas personas influyentes de Granada, incluso el mismo presidente de la Chancillería; á no presentársele en el pais otro capitan general, que no solo obraba con independencia suya, sino que mostraba opiniones del todo diferentes; á tener mas fuerzas de que disponer, mas recursos con que sustentarlas y pagarlas; á no tener muchas veces precision de tolerar excesos y rapiñas que comprometian el plan de pacificacion, su idea favorita, tal vez hubiera tenido la gloria de poner término á una guerra tan asoladora. Mas por las razones indicadas, fueron casi inútiles todos sus esfuerzos. La division de mandos, la discordia de pareceres, la incertidumbre y conflictos en que tan diversos informes ponian al Consejo de Felipe, hicieron cometer un gran número de faltas, que dieron aliento é inflamaron de nuevo el ánimo de los sublevados.

Penetrado Aben-Humeya de lo apurado de su posicion; dudoso siempre de poder venir á partido con los castellanos, por la enormidad de los excesos perpetrados; sabedor á no caberle duda de los lazos y asechanzas que por parte del marqués de Mondejar se les armaban, cobró nuevo ardor, y se resolvió á correr todos los azares de la guerra. Ya habia recibido algunas armas y refuerzos en hom-

bres del Dey de Argel, y los esperaba hasta del Gran Turco. La falta de concierto y de recursos que notaba en sus contrarios, animaban mas y mas sus esperanzas. Los sentimientos de los pueblos de la Alpujarra, daban sobre todo gran pábulo á tantas ilusiones.

Vejado este pais en mil sentidos; viéndose objeto de malos tratamientos, de robos y rapiñas, á pesar de hallarse tantos pueblos reducidos á la obediencia del rey; penetrados de la inutilidad de su salvo-conducto contra soldados sedientos de botin, volvieron á dar oidos á sus antiguos odios, y se alzaron de nuevo, abandonándose á los mismos excesos que habian señalado su primer pronunciamiento. Con la salida del marqués de Mondejar del pais, no quedaron en él mas tropas que las guarniciones de algunos puntos fuertes y otras que cubrian algunos pasos de importancia. Aben-Humeya le recorrió todo, rodeado de la pompa y aparato posible para dar realce á su régia dignidad; organizó los armados; atendió en cuanto lo permitian sus fuerzas á todas las cosas de la guerra; dirigió alocuciones que inflamaron su entusiasmo, y dividió el pais en mandos militares á cargo de los jefes de mas consideracion por sus servicios é influencia en las clases inferiores, conservando siempre á su lado á su tio don Fernando El-Zagüer, como su privado consejero. Mas el famoso Farax-Aben-Farax, que fué uno de los principales instigadores de la guerra, no tuvo mando alguno por hallarse huido del rey morisco, cuyo resentimiento habia provocado. Mientras tanto le llegaban recursos de Africa, y cada dia veia engrosarse mas las filas de su ejército.

No pudo menos de penetrarse don Juan de Austria, á pesar de su inexperiencia y pocos años, de lo grave del asunto que le estaba encomendado. Inmediatamente que llegó á Granada tomó disposiciones, comenzando á desplegar la actividad que le distinguió en todo el curso de su vida. Le habia mandado el rey tropas de refuerzo, que si no eran las suficientes, prometian impulso eficaz á las operaciones de la guerra. Las organizó don Juan del mejor modo que le fué posible: allegó víveres, municiones y cuantos recursos eran necesarios, y distribuyó igualmente el pais entre varios jefes militares. La naturaleza de su comision no le permitia entrar en campaña en persona, y sí solo dirigir en grande las operaciones de los dos marqueses.

En el consejo que reunió en seguida para tratar del estado del pais, tanto en lo militar como en lo político, hubo diversidad de

pareceres. Insistió el marqués de Mondejar en su idea favorita de reducir el pais y tentar todos los medios de volver á la obediencia un pueblo tan útil, por su industria y su laboriosidad, al rey de España. Opinaron otros, y entre ellos el presidente Deza, por su deportacion é internacion en otras provincias del reino, pues solo de este modo podian dejar de ser enemigos encarnizados y peligrosos del gobierno. Tambien insistió en la necesidad de expulsar de Granada á los moriscos del Albaycin y de la Vega, proyecto á que pareció inclinarse don Juan y lo mismo Luis Quijada.

Mientras tanto se alzaron los pueblos de Peza, Cuentar, Dudar y Güezar, todos fuera de las Alpujarras, hácia el rio de Almería.

Se pronunció asimismo la sierra de Bentomiz, donde se contaban veinte y dos lugares. Pusieron sitio los alzados al castillo de Canilles de Aceituno, que hubiera caido en su poder, á no ser socorrido por Arévalo de Zuazo, corregidor de Velez, que acudió á tiempo con tropas que sacó de dicho punto. Mas este corregidor no pudo hacerse dueño del peñon de Frigiliana, situado cerca de la costa del mar, de que se apoderaron y se hicieron fuertes los habitantes de Competa, otro pueblo de la misma sierra. Para no interrumpir el hilo de los acontecimientos, aunque no guardemos el órden cronológico, diremos que este peñon fué expugnado por tropas que acababan de llegar de la costa de Nápoles, conducidas por don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, segun órdenes que para ello le habia dado el rey de España.

Acudió á dicho jefe el corregidor de Velez, pidiendo auxilios y su cooperacion contra el peñon de Frigiliana. Accedió el comendador; mas como no queria moverse sin estar autorizado para ello por don Juan, le expidió con toda diligencia un mensajero, quien le trajo su consentimiento.

Desembarcó el comendador mayor sus tropas, deseosas de pelea. Eran dos mil soldados de infantería, procedentes todos de Italia, y además cuatrocientos hombres de la tripulacion de las galeras. Se componia esta gente de doce compañías de soldados viejos, diez del tercio de Nápoles, una del Piamonte y otra de Lombardía. Eran los capitanes del tercio de Nápoles el maestre de campo don Pedro de Padilla, don Alonso de Luzon, Pedro Bermudez de Santis, Ruy Franco de Butron, Pedro Ramirez de Arellano, Antonio Juarez, el capitan Martinez, Alonso Beltran de la Peña, el marqués de Espejo, y el capitan Orejon. Mandaba la compañía del Piamonte don Luis Gai-

tan. A estas tropas agregó el corregidor Arevalo de Zuazo, los mil y quinientos hombres que mandaba, cuyos capitanes eran Hernan Duarte de Barrientos, don Pedro de Coalla, Gomez Vazquez, Luis de Baldivia, el jurado Pedro de Villalobos, Antonio Perez, Marcos de la Barrera y Francisco de Villalobos: estando á cargo de Luis Paz el mando de la caballería.

Se emprendió la expugnacion del fuerte con tres columnas, que atacaron con denuedo por diversos puntos; la una por la loma de los pinillos, mandada por don Pedro de Padilla: la segunda por la de Frigiliana, al cargo de don Juan de Cárdenas, y la tercera por otra loma en medio de las dos, al de don Martin de Padilla. Lo escarpado del camino dió grandes ventajas á los moros, que hacian perder el pié y precipitarse por aquellos despeñaderos, á los asaltadores; mas era mucho el ardimiento de estos, sobre todo los soldados de Italia, deseosos de pelear con los moriscos. Se mostró al principio la jornada favorable á estos, habiendo sido los nuestros por todas partes repelidos. Al fin tomaron parte de ellos la resolucion de atacar por lo mas escarpado de la peña, llamada la Conca, que por esta misma circunstancia, no inspiraba ningun cuidado á los moriscos. Con gran trabajo, y trepando por las escabrosidades de la roca, pudieron llegar á lo mas alto del fuerte, donde tremolaron una bandera, que infundió nuevo aliento á los otros que subian, llenando al mismo tiempo de terror al enemigo. Fué desde entonces decisiva la victoria, y los nuestros ganaron el fuerte, haciendo gran matanza en los vencidos. Murieron de estos dos mil, y entre hombres, mujeres y niños, quedaron mas de tres mil en poder de los cristianos. Hubo mujeres moriscas que pelearon con gran denuedo; otras, que viendo las cosas perdidas, se precipitaron con sus hijos de lo alto de la peña: el botin fué inmenso; mas los nuestros no compraron barata la victoria, habiendo tenido cuatrocientos muertos y ochocientos heridos, número de mucha consideracion, si se atiende á lo escaso de la fuerza.

Mientras tanto el marqués de los Velez, aunque supo á su debido tiempo la venida de don Juan, evitó ponerse con él en relaciones, puesto que no habia recibido sobre el particular órdenes, ni provision alguna de la corte. Viendo que habia sido la Alpujarra desocupada por el de Mondejar, trató de ocuparla con sus tropas; mas don Juan que lo supo, le envió órdenes de que no pasase adelante del punto donde le encontrase el mensajero, haciéndole ver

que era mucho mas necesaria su presencia en los que antes ocupaba. Todo esto manifiesta poca inteligencia y armonía entre los diversos jefes, y que el rey don Felipe, al enviar á su hermano á Granada, no habia pensado ó estaba todavía irresoluto sobre las relaciones que habian de existir entre don Juan y el de los Velez.

No fué este feliz en su designio de construir un fuerte en Ravaha, para asegurar comunicaciones importantes entre varias partes de la sierra. Sea que no pudiese proteger la obra, habiendo tenido que alejarse de la Alpujarra; sea que no hubiese enviado bastantes fuerzas para ella, fueron los trabajos destruidos por los moros. Se retiró el marqués á Verja, y despues de haber permanecido allí algunos dias, tuvo la noticia de que iba á ser atacado en sus posiciones por el mismo Aben-Huyema.

Con los muchos refuerzos que habia recibido este de Berbería, se hallaba á la cabeza de nada menos que de diez mil hombres, cuando concibió el proyecto ya indicado. Tuvo avisos seguros el marqués de los Velez del movimiento del rey de los moriscos, y anduvo dudoso sobre si le esperaria ó si trasladaria á otro punto el campo; mas prevaleció el primer pensamiento, tomando todas las precauciones para que no le cogiesen desapercibido.

Pensaba sorprenderle Aben-Humeya, y le atacó de noche al frente de sus tropas. Muy pronto conoció á su llegada á Verja, que el marqués se hallaba sobre aviso. Atacó sin embargo con denuedo, haciendo sus tropas mucho ruido y algazara, y como eran superiores en número, llevaron desde un principio lo mejor del lance. Hubo momentos en que los nuestros se vieron arrollados y en desórden, mas el marqués de los Velez tuvo serenidad para acudir á todas partes, dejando un cuerpo de reserva con objeto de atender á donde fuese mas preciso. Pudo mas el valor y disciplina de los nuestros, que el número é ímpetu de los de Aben-Humeya, quienes acosados, sobre todo por la caballería, se retiraron con precipitacion, sufriendo la pérdida de mas de mil y quinientos hombres, mucho bagaje, y diez banderas.

No se desanimó Aben-Humeya con este contratiempo, y continuó con mas ardor que nunca la obra de los pronunciamientos. A los pueblos de la sierra de Bentomiz, siguieron los del rio de Almanzora. En aquel pais pusieron sitio á dos castillos; al de Tabalí, que fué tomado desde un principio, y al de Seron, que opuso mas seria resistencia. Ocurrió con este motivo una circunstancia digna de

atencion, y que indicamos, para hacer ver que no siempre en esta guerra influian el tino y la prudencia. Noticioso don Juan del aprieto de Seron, envió órden á Luis Carvajal, natural de Jodar, para que con la gente que pudiese allegar, marchase á socorrerle. Se puso Carvajal en marcha, y mientras tanto recibió don Juan comunicacion del marqués de los Velez, que tenia órden del rey para socorrer al castillo del modo que pudiese. No atreviéndose don Juan á obrar contra esta provision del rey, envió órden á Carvajal, que estaba ya cerca del castillo de Seron, para que retrocediese á su villa: lo que realizó en efecto. Mientras tanto el socorro que mandó posteriormente el de los Velez en auxilio de Seron, fué puesto en derrota por los moros, lo que apresuró la toma del castillo. Se ve aquí, que don Juan no tenia de hecho la direccion suprema de las cosas de la guerra, pues el marqués se entendia directamente con la corte; que en este obró mas el deseo de aumentar su propia honra, que el del buen servicio del monarca, y que don Juan obró con demasiada prudencia, ó por mejor decir, con gran falta de resolucion, suspendiendo un movimiento, que cualquiera que fuesen las resoluciones del rey, no podia menos de ser de graciosísima eficacia.

Mientras se realizaban estas expediciones, presentaba Granada un espectáculo, que solo podia tener lugar en una guerra de género tan desastroso. Hemos dicho ya los pareceres que habia en el Consejo, de que solo haciendo internar á los moros del Albaycin y de la Vega en las demás provincias de Andalucía, podian estar la ciudad y sus alrededores libres de sus asechanzas, y perder la ilusion los moriscos sublevados, de alzarse de una vez con todo el reino. Fué probado este pensamiento por el rey de España, y don Juan de Austria recibió órdenes de llevarlo á efecto. Por junio de 1569 se publicó un pregon en Granada, para que se recogiesen á las iglesias de sus parroquias respectivas todos los moriscos que habitaban en el Albaycin y demás barrios de Granada. Desarmados de antemano los moriscos, obedecieron la órden, temerosos de que iban todos á ser sacrificados; mas el presidente, y sobre todo don Juan de Austria, los tranquilizó en esta parte, dándoles palabra de honor de que se respetarian sus vidas. Despues que los tuvieron recogidos en las iglesias, los condujeron por las calles con todas las precauciones de seguridad, los encerraron en un grande hospital que se halla extramuros de Granada, y de allí los fueron internando segun las órdenes del rey, distribuyéndolos en varios pueblos, cuyo

vecindario era todo de cristianos. Concibe bien la imaginacion lo angustioso de la escena que debió de ofrecer un pueblo entero, arrancado con violencia de sus hogares, de los regalos de sus casas, de las comodidades de una holgada situacion doméstica, para trasportarlos á paises extraños, donde los aguardaban el desprecio y la miseria. Los historiadores de esta guerra á que nos hemos referido, pintan este suceso con colores lamentables; y no pudieron menos de pagar un tributo á la miseria de los expelidos, á pesar de no ser ni de su nacion ni de su secta. De todos modos, manifiesta bien este suceso el grado de encono á que habia llegado aquella guerra, y la intolerancia política y religiosa de la época.

La uniformidad del movimiento á que dió lugar esta contienda, y la naturaleza de nuestro escrito, no nos ha permitido hasta ahora referirlos minuciosamente. La misma conducta observaremos en lo sucesivo. Creemos que basta lo poco que hemos dicho, para hacer ver que fué esta una guerra de correrías, de ataques y defensas de puntos fuertes, en que las ventajas del valor y la disciplina estaban por nuestra parte, y por la de los moriscos la superioridad del número, el mayor conocimiento del terreno, y la popularidad de la contienda. No merecian nuestras tropas el nombre de ejército por su poco número; mucho menos las de los moriscos, por su mala organizacion é irregularidad de todas sus operaciones. Se resentian las nuestras de la falta de una cabeza principal, y de un centro de accion, de las rivalidades de los jefes, sobre todo, de la diferencia de miras y opiniones, que á unos y otros animaban. No era el jefe principal don Juan, á pesar de lo amplio de la comision que le habia sido dada por el rey: tampoco lo era el marqués de los Velez, á pesar de recibir órdenes directas de la corte, por lo mismo que no podia darlas él á don Juan de Austria, y tomar por sí mismo medidas conducentes á las operaciones de la guerra. Ya veremos en lo sucesivo, cómo se reparó este error: sigamos ahora de un modo rápido y conciso las operaciones.

Por una parte don Juan de Austria, al saber la toma del castillo de Seron por los moriscos, y que se habia alzado contra el rey todo el pais del rio de Almanzora, envió refuerzos á los pueblos de Velez el Blanco y de Oria, donde estaban las hijas del marqués de los Velez, muy en peligro de ser presa de los moros. Por otra, Aben-Humeya, ya seguro del pais del rio de Almanzora, que acababa de alzarse en favor suyo, juntó su campo en Andarax, para caer so-

bre Almería; mas don García de Villa Roel, que lo supo, le salió al encuentro y frustró sus designios derrotándole en las inmediaciones de Güecija. Al mismo tiempo hacia una expedicion el capitan don Antonio de Luna en el valle de Lecrin, donde sufrió una derrota, habiendo muerto entre otros, un valiente capitan llamado Céspedes.

Dejamos al marqués de los Velez victorioso en el ataque que le habian dado los enemigos mandados por el mismo Aben-Humeya en Verja, donde á la sazon se hallaba. Desde entonces se habia retirado á Adra, donde permanecia inactivo por falta de refuerzos y de víveres. Se trató en el consejo del rey, de que emprendiese de nuevo sus operaciones ofensivas, y para ello se mandó reforzar su campo con todas las tropas recien llegadas de Italia, mandadas por el comendador de Castilla, y todas las demás que pudieron allegársele. Los proveedores del rey en Granada tuvieron órdenes de surtirle de víveres, y poner almacenes en todos los puntos fuertes que ocupabámos de la Alpujarra. Al marqués de los Velez se le dió órden de que se trasladase á este pais, y le allanase, como el teatro principal y asiento de la insurreccion armada. Se movió en efecto el marqués de Adra, y tomó el camino de las Alpujarras. Le salieron los moriscos al encuentro, mas fueron derrotados, y el marqués llegó sin ninguna otra novedad á Ujijar. Allí supo que Aben-Humeya se habia retirado con el grueso de su gente á Valor, y no dudó en ir á buscarle, seguro de vencerle con tal que le esperase. Púsose en efecto en marcha con direccion al pueblo de Valor, y dió sobre los moriscos, que estaban formados por bajo del pueblo. Recorria las filas Aben-Humeya vestido y armado con toda pompa oriental, exhortando á los suyos á que peleasen con denuedo. Mas á pesar del entusiasmo que excitó su presencia en el ánimo de los suyos, no resistieron el encuentro del marqués, y fueron derrotados. Aben-Humeya, no pudiendo contener á los que huian, se salvó como pudo por aquellas asperezas, desjarretando los caballos cansados, haciendo ahorcar al alcaide de Seron, y otros cautivos cristianos que llevaba.

No desmayó sin embargo este caudillo; tal era su confianza en la naturaleza de aquellas asperezas; en la popularidad de la contienda, en el odio inveterado que los moriscos profesaban á los castellanos, y sobre todo, en los refuerzos que esperaba y le tenian prometidos de Africa. Para acelerar su envío, pasó á Berbería un confidente de Aben-Humeya llamado Hernando el Habaqui, quien ha-

biendo tenido buen recibimiento en Argel, regresó muy pronto con cuatrocientos escopeteros, mandados por un oficial turco, y acompañados de una porcion de mercaderes con armas y municiones para venderlas á los moriscos.

Fué este refuerzo de mucha importancia, sobre todo despues de su derrota en Valor, al rey de los andaluces, pues con este título era llamado Aben-Humeya; mas se acercaba el fin de este caudillo, acompañado de circunstancias, que por su singularidad no podemos menos de referir, aunque de un modo compendioso.

Era Aben-Humeya cruel, violento en sus resoluciones, poco político y detenido en los actos de venganza, á que frecuentemente se entregaba.—El asesinato de su suegro Miguel de Rojas, le enajenó los ánimos de muchos de sus parientes mismos. No eran pocos los que andaban recelosos de igual atentado, y sobre todo, que desconfiaban de él, por los tratos secretos con los cristianos, de que se le acusaba. Era por otra parte Aben-Humeya hombre muy vicioso, desarreglado en sus costumbres; y de la facultad concedida por la ley de Mahoma, para tener muchas mujeres, usaba con sobrada destemplanza. Sucedió, que uno de sus oficiales llamado Diego Alguacil, habia recogido una mora prima suya, que acababa de enviudar, y con quien trataba de casarse. Prendado de su hermosura Aben-Humeya, se la arrebató violentamente, cosa que ofendió é irritó sobremanera á Diego, y aun á la misma mora, reducida por la fuerza á componer parte de las mujeres del monarca. Por esta mora, con quien permanecia Diego en relaciones, sabia este todos los pasos de Aben-Humeya, y así vino á ser el instrumento de su pérdida. Escribió Aben-Humeya á otro de sus oficiales llamado Diego Lopez Aben-Abóo, que condujese á los turcos recien llegados de Argel á una expedicion, para la que le auxiliaria Diego Alguacil con doscientos caballos que mandaba. Interceptó este la carta de que tenia conocimiento por su prima, y contrahaciendo la letra y la firma, hizo escribir otra en que se ordenaba á Diego Lopez dar la muerte á los turcos, en lo que le ayudaria Diego Alguacil con la referida. Se quedó sorprendido y atónito Aben-Abóo á la lectura de la órden; mas no dudó de su autenticidad, con la llegada al mismo tiempo de Diego Alguacil con sus doscientos hombres. Tal vez era partícipe en la trama; mas de todos modos, declaró en alta voz, que por ningun motivo seria ejecutor de una órden tan sangrienta, de que hizo sabedores á los mismos turcos, leyéndoles la carta.

Enfurecidos estos, y ardiendo todos en deseos de venganza, se dirigieron á Laujar, residencia entonces del rey, á donde llegaron á media noche, cuando estaba Aben-Humeya sepultado en un profundo sueño. Les fué pues fácil rodear la casa, penetrar por ella, y saquearla sin que Aben-Humeya pudiese hacer ninguna resistencia, dando tiempo á los que venian á prenderle. Segun otros, no lo fué en la cama, y sí á la puerta de su misma casa, con una ballesta armada en compañía de otros dos; mas de todos modos, no habiendo hecho resistencia los soldados del lugar ni los que le guardaban la casa, quedó maniatado en poder de sus enemigos, que tardaron poco en darle muerte, estrangulándole por medio de un cordel que le echaron al cuello, y del que tiraron dos hombres con violencia. Se dice que Aben-Humeya manifestó que no habia llevado otro objeto en su alzamiento, que vengarse de sus enemigos que le habian atropellado y puéstole lo mismo que á su padre en una cárcel pública; que moria satisfecho y vengado y con gusto de que le sucediese Aben-Abóo, pues iba á tener su misma suerte; y que á pesar de todas las apariencias, habia vivido siempre y terminaba sus dias en la fe cristiana.

Tal fué el fin trágico del que se titulaba rey de los andaluces; del descendiente de los antiguos reyes de Córdoba, cuyo nombre famoso es mas debido á las circunstancias que concurrieron á su elevacion, que á su propio mérito. No se necesitaba poco valor atreverse á ser denominado rey en presencia del poderoso de la España. Mas no hay duda de que los moriscos, en la obcecacion de su odio contra los cristianos, contaban con recursos de Africa, y aun de Turquía, bastante poderosos para restaurar bajo su pié antiguo el reino moro de Granada. Es probable que participase de este error Aben-Humeya; tambien lo es que se hubiese decidido á representar tan gran papel, instigado tan solo por sus resentimientos personales. De que era valiente y arrojado, dió bastantes pruebas, pero muy pocas de habilidad y de prudencia. No se mostró á la altura de su nueva situacion, é hizo ver que consideraba su alta dignidad como un medio de dar fácil pábulo á sus apetitos y pasiones. No fué sentida su muerte por los suyos, y á los cristianos aprovechó de poco, pues tuvo por sucesor un hombre que no le era inferior, ni en audacia ni en arrojo. Fué este Aben-Abóo, que tomó el nombre de Muley-Abdalla y el título de rey de los andaluces, aunque en clâse de interino, mientras le venia la confirmacion del

Dey de Argel, que no se hizo aguardar mucho. Se celebraron en la elevacion de Aben-Abóo las mismas ceremonias que en las de Aben-Humeya.

El nuevo rey, despues de haber puesto en órden las cosas de la Alpujarra, reunió sus tropas y las condujo á las torres de Orgiba, que atacó con grande ímpetu, subiendo por dos veces al asalto. Tenian ya en el último plantadas dos banderas sus soldados sobre el muro; mas se rehicieron los cristianos, y los repelieron, no sin gran matanza por entrambas partes. Quedó el castillo por los nuestros, pero cercado por los moros, que le tenian en muy grande aprieto. Sabedor del suceso don Juan de Austria, envió al duque de Sesa á socorrer al fuerte. Levantó el sitio Aben-Abóo, y le salió al encuentro, habiendo avisado de antemano á varias tropas suyas para que viniesen en su auxilio, atajando los pasos del duque, interceptándole los víveres. No fué favorable el encuentro á nuestras armas, á pesar de que pelearon los castellanos con denuedo; pero viéndose inferior en fuerzas, y muy poco favorecido del terreno, tuvo que replegarse el duque de Sesa, volviéndose al sitio del fuerte de Orgiba, el rey de los moriscos. Viendo el gobernador que habian pasado ya los dias en que se le tenia ofrecido un socorro de los suyos, abandonó el fuerte, dirigiéndose con su guarnicion á Motril, evitando así quedar en manos de los enemigos.

En este tiempo se alzó la villa de Galera, y habiendo salido los vecinos de Güescar á libertar á los cristianos de aquella poblacion, refugiados en la iglesia, fueron derrotados por los moros, de cuya resulta trataron á su vuelta á Güescar, de matar á todos los moriscos de aquel vecindario. Así lo llevaron á efecto, llegando á poner fuego en las casas donde estaban encerrados; rasgo de barbarie que hace ver el grado de encarnizamiento á que habia llegado aquella guerra.

Cada vez se presentaba mas difícil la reduccion de los moriscos de Granada. Carecian los castellanos de víveres, por la dificultad de conducirlos en medio de aquellas asperezas, y sus fuerzas eran muy escasas para ocupar el pais y acudir á un tiempo á todas partes. En rigor, no tenian mas terreno que el que pisaban, y algunos puntos fuertes que se podian guarnecer de un modo estable. El marqués de los Velez, despues de algunas correrías, se habia establecido en el fuerte de Calahorra, y su detencion en aquel punto era objeto de grandes murmuraciones en Granada. Permane-

cia el marqués de Mondejar en sus antiguos sentimientos acerca del modo de terminar aquella lucha. Sabedor el rey de la divergencia de opiniones, llamó al marqués á la corte por medio de una carta que copiamos á continuacion; pues da alguna idea del carácter del rey, dispuesto siempre, en medio de su severidad, á guardar consideraciones, aun hácia los que habian incurrido en su desgracia. Decia así:

«Marqués de Mondejar, primo nuestro, capitan general del rei»no de Granada. Porque queremos tener relacion del estado en que »al presente están las cosas de ese reino, y lo que converná pro»veer para el remedio de ellas, os encargamos, que en recibiendo »esta, os pongais en camino y vengais luego á nuestra corte, para »informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta »noticia de ellas: que en ello y en que lo hagais con toda la bre»vedad, nos ternemos por muy servidos. Dada en Madrid á 3 de »setiembre de 1569.»

Fué el marqués de Mondejar bien recibido en la corte, y tratado con gran consideracion, aunque aparente; pues no se dudaba de que habia incurrido en el desagrado del monarca. No volvió mas á Granada, mas el rey, que conocia su mérito, le nombró de virey en Valencia, y á poco tiempo despues con el mismo cargo á Nápoles.

Don Juan de Austria, en la flor entonces de su juventud, deseoso de fama, y penetrado por otra parte de lo desgraciadamente que iban los asuntos de la guerra, representó al rey lo mal que estaba á su buen nombre permanecer ocioso en Granada, mientras duraba una contienda tan reñida, sin trazas de acabarse, y cuya llama podia muy bien pasar á los reinos confinantes de Murcia y de Valencia. En razon de la necesidad de darle fin cuanto mas antes, suplicaba á S. M. que le permitiese salir á campaña, donde emplearia todos sus esfuerzos para servir bien á su rey, y no desmentir la sangre ilustre de que descendia. Debieron de hacer fuerza estas razones en el ánimo del rey cuando accedió á las súplicas de don Juan, mandando que se hiciesen dos campos, uno á cargo de don Juan, sobre el rio de Almanzora y la provincia de Almería, donde mandaba el marqués de los Velez, y otro sobre Granada y la Alpujarra, que debia de estar á las órdenes del duque de Sesa. Quedaba pues por esta providencia, bajo el mando de don Juan de Austria, el marqués de los Velez, que hasta entonces habia recibi-

do órdenes directamente de la corte y obraba casi independiente del primero: prueba de lo poco satisfecho que á la sazon estaba el rey de su comportamiento.

Se hicieron con este motivo nuevos aprestos de hombres, de caballos, de víveres, de municiones y demás material de guerra. Agradó mucho en el ejército la noticia de la salida de don Juan, quien la verificó al momento que acabó de tomar las disposiciones, que eran consiguientes á su ausencia. A su campo acudieron mucha gente voluntaria, que hasta entonces no habian tomado parte en la contienda, y los que pronosticaban su mal éxito, por el desconcierto de sus operaciones, concibieron sobre ella las mejores esperanzas.

Antes de moverse don Juan en direccion de Guadix y Baza, como se le tenia mandado, resolvió proceder á la expugnacion del punto fuerte de Güejar, á pocas leguas de Granada, para quitarse un estorbo que le podria embarazar en sus operaciones ulteriores. Dividió su fuerza, que ascendia acerca de diez mil hombres, en dos trozos, encargándose él del mando del uno, quedando el otro bajo la direccion del duque de Sesa. Cada una de las dos divisiones se encaminó hácia Güejar por distintos rumbos, moviéndose la del duque por el camino mas corto, y dando un rodeo la de don Juan, para cortar la retirada á los moriscos. Quedó el punto fuerte en poder de los cristianos, despues de una corta resistencia, y don Juan regresó inmediatamente á Granada, para concluir sus preparativos de campaña.

Salió don Juan de Granada á últimos de diciembre de 1569, dejando encomendado el mando de la ciudad y su distrito al duque de Sesa con la mitad de la fuerza, para moverse en la direccion que pareciese conveniente, segun lo que deparase á don Juan la suerte de las armas. Estaba Granada tranquila y sin temores de insurreccion, habiendo sido expelidos de sus muros los moriscos, como ya llevamos dicho. No daba la vega indicios de moverse, intimidada sin duda con la suerte que habia cabido á los del Albaycin, hallándose por otra parte aislada de los puntos de los pronunciamientos. Quedaba pues la insurreccion circunscripta á la sierra de las Alpujarras, los rios de Almanzora y Almería; mas se hallaba á tal punto de encendimiento y exacerbacion, que se necesitaba de la mayor energía y un tino consumado para darle término.

Se dirigió á Guadix; de allí pasó á Baza, con objeto de empren-

der cuanto mas antes el sitio del punto fuerte de Galera, ya comenzado por el marqués de los Velez, mas llevado adelante con poca energía, sea por falta de gente, sea porque noticioso de la venida de don Juan, repugnase ser instrumento de su fama. Temia este que el primero levantase el cerco con su aproximacion, y así sucedió en efecto, con gran peligro de nuestra gente, quedando libres de hacer sus correrías los moros de Galera. ¡A tal punto habia lastimado al marqués de los Velez la idea de servir á las órdenes de don Juan de Austria! En vano trató este de tranquilizarle, halagando su amor propio con las protestas mas afectuosas de deferir en un todo y por todo á sus consejos. El marqués tenia tomado su partido de retirarse á su casa, y en su entrevista con don Juan, á quien salió á recibir en Güescar con todas sus tropas y pompa correspondiente á tan alto personaje, le dijo estas palabras: «Yo soy »el que mas ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y ¿quién »mas ganará de ser soldado de tan alto príncipe? Mas si respondo »á lo que siempre profesé; irme quiero á mi casa, pues no convie»ne á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra» (1). El marqués sin apearse, despues de dejar en su casa á don Juan de Austria, se partió á Velez Blanco, seguido de los caballeros de su casa, sin haber tomado mas parte en esta guerra. Citamos este rasgo para hacer ver, que los grandes de aquel tiempo gozaban todavía cierta independencia desconocida en nuestros dias. Un general de ejército, que en tiempo de guerra, y hallándose en campaña, abandonase hoy sus banderas y se marchase á su casa con tan poca ceremonia, seria severamente castigado. No se sabe que Felipe II hubiese tomado providencia alguna con el marqués de los Velez, por una accion que tenia todos los caractéres de un desaire.

Volviendo á don Juan de Austria, se puso inmediatamente en direccion del fuerte de Galera, cuyo nombre se iba haciendo célebre en España. Era el rey sabedor de esta expedicion; motivo mas para que don Juan tratase de acreditar lo acertado de su nombramiento. No se presentaba fácil la toma de Galera, fortificado por la naturaleza y por el arte, defendido por gente numerosa, aguerrida y llena de entusiasmo. Fueron repelidos los primeros ataques de los nuestros. Se dió un primer asalto en que tuvieron que retirarse con

(1) Hurtado de Mendoza. L. IV.

bastante pérdida. Fueron mas desgraciados aun en el segundo, á pesar de que se empleó una mina, que reventó á tiempo, con grande estrago de los enemigos. Mas hubo tanto desórden por parte de los españoles, al entrarse por la brecha, y tal el encarnizamiento con que peleaban los moriscos, que repelieron el asalto, con notable pérdida nuestra, habiendo tenido mas de cuatrocientos muertos, y quinientos heridos, y entre unos y otros, personas de gran cuenta.

No se desanimó don Juan con este desaire de sus armas. Encendido en grande enojo, mandó disponer todo lo necesario para un nuevo asalto, construyéndose para ello dos nuevas minas, que se internaron mas en la poblacion que las pasadas. Arengó el general á los soldados, poniéndoles por delante la mengua en que los habian dejado los dos asaltos repelidos, y la necesidad de volver por su honor en el tercero. Se verificó este con denuedo, y por esta vez quedaron desagraviadas y vengadas las armas castellanas. Fué grande el arrojo y la obstinacion con que se defendieron los moriscos; mas no pudieron resistir á la furia de los nuestros. Tomóse por asalto el pueblo: no se dió cuartel á los vencidos. Todos fueron pasados á cuchillo; ni la edad ni el sexo sirvieron de escudo contra la furia de los vencedores. El mismo don Juan hizo matar á su presencia varios cautivos por mano de los alabarderos de su guardia. Era su proyecto destruir á Galera, y sembrar de sal su territorio; tal fué la frase que le arrancó la anterior desgracia de sus armas. La amenaza tuvo su cumplido efecto.

En seguida se trasladó don Juan á Baza, desde donde envió un destacamento á reconocer el pueblo de Seron; mas sin resultado, pues los nuestros, temiendo verse envueltos por los moriscos, que les aguardaban en terreno ventajoso, se volvieron. Pasados dos dias, se puso en movimiento con el mismo objeto, otro de mas de dos mil hombres, mandados en persona por don Juan, quien emprendió su marcha desde Camles, á las nueve de la noche, dividiendo su fuerza en dos columnas, para que diesen al mismo tiempo vista al pueblo. Caminó la gente toda la noche, y á la mañana llegaron á Seron por distintos caminos, sin que los moriscos les saliesen al encuentro. Sintiéndose, sin duda, inferiores en fuerzas, y viendo que nadie iba en su socorro, abandonaron el pueblo, donde entraron los castellanos sin ninguna resistencia. Pero cuando se hallaban mas desapercibidos, entregándose á los desórdenes de la victoria,

saqueando casas y cautivando moras, cayeron inopinadamente sobre el pueblo de Seron mas de seis mil moriscos, que venian de Purchena y de Tijola, en socorro de la villa. Reunidos estos con los que se retiraban, acometieron á los nuestros, que por muy pronto que quisieron rehacerse, fueron víctimas de su descuido. El comendador de Castilla y Luis Quijada, que se hallaban dentro de Seron, se condujeron en aquel apuro con serenidad, y como cumplia á diestros capitanes; mas no pudieron atajar la confusion inevitable en aquel caso. Huyeron muchos de los nuestros despavoridos, llegando hasta el punto de arrojar las armas. Fueron pues echados los nuestros del pueblo de Seron, y la derrota hubiese sido mas fatal, si las tropas que se habian quedado fuera del pueblo, no hubiesen protegido á los que huian. Se retiró don Juan muy mortificado á Caniles, y entre las pérdidas de aquella jornada desgraciada, tuvo el sentimiento de contar la del ayo y maestro Luis Quijada, que herido mortalmente dentro de Seron, falleció de allí á pocos dias en Caniles.

Despues de haber permanecido algunos dias don Juan en este alojamiento, á fin de rehacerse, se movió de nuevo sobre Seron, del cual por esta vez se apoderó, sin que los moriscos se atreviesen á aguardarle. De allí cayó sobre Tijola, que expugnó felizmente, tomando prisioneros á los que la defendian. En seguida pasó á Purchena, á Ujijar, á Santa Fé de Rioja, sin que los moriscos en su marcha le pusiesen séria resistencia. Muy poco despues, se trasladó á Andarax, donde se le reunió el duque de Sesa, cuyos movimientos seguiremos ahora con la misma rapidez que los del de Austria.

Dejamos al duque de Sesa mandando en Granada á la salida de don Juan, y á la cabeza de la mitad, sobre poco mas ó menos, de la fuerza, para moverse con ella adonde las circunstancias lo indicasen necesario. Se puso efectivamente en marcha con direccion á la Alpujarra, despues de tomadas en Granada las disposiciones necesarias. Salió el 21 de febrero de 1570: se detuvo algunos dias en Padul, aguardando que llegasen al campo víveres y toda la gente que debia acompañarle; y para no estar absolutamente ocioso en aquel punto, mandó hacer correrías por las inmediaciones, á fin de aumentar sus víveres y tomar lenguas de la tierra. Allí supo que se hallaba no muy lejos de él Aben-Abóo, cuyo designio no era impedirle la entrada en la Alpujarra, sino molestarle por la retaguar-

dia é interceptarle sus convoyes, á fin de que se viese en la precision de abandonarla. Despues de haber permanecido el duque en este alojamiento treinta dias, esperando siempre bastimento, se movió hácia Albacete de Orgiva, donde trató de construir un fuerte á fin de asegurar sus comunicaciones. Allí le aguardaba Aben-Abóo, pero mas con intencion de incomodarle y escaramucearle que de presentarle una batalla, pues no tuvo efecto ningun choque de importancia. Antes de partir de Orgiva el duque, desbarataron los moros un destacamento fuerte que conducia un gran convoy de víveres al campo, quedándose con la parte de las bestias; y como se supo por uno de los prisioneros que Aben-Abóo esperaba al duque en tren de pelea con mas de ocho mil hombres á la entrada de la sierra de Porqueira, tomó aquel diferente direccion de la que pensaba en un principio, moviéndose hácia el Algibe de Campuzano, donde se alojó la noche del 6 de abril de 1570, no sin ser molestado por los moriscos, que trataron de estorbarle el paso, y estuvieron tiroteando nuestro campamento la mayor parte de la noche.

Se movia, como se ve, el de Sesa lentamente. En rigor no habia hecho mas de tres jornadas despues de su salida de Granada, verificada á mediados de febrero. Llevaba en su campo mas de diez mil hombres entre infantería y caballería, con doce piezas de campaña. Su plan era al parecer el mismo que el de Aben-Abóo, á saber: el de no empeñar ninguna batalla decisiva, sino interceptarle víveres y molestarle de otro modo; pero hasta allí todas las ventajas habian estado por los enemigos, mas conocedores del pais, y sobre todo mas acostumbrados á sus asperezas. Desde el Algibe de Campuzano se dirigió á Jubiles; de aquí pasó á Cartares, y al dia siguiente se puso en el pueblo de Portugos, siempre á la vista de los moriscos que le embarazaban y escaramuceaban, mas sin atreverse á cosas sérias.

No estaba, como se ve, ocioso Aben-Abóo durante estos movimientos del de Sesa. Hombre activo, empeñado tan seriamente en la contienda, trataba de sacar partido de su posicion, dividiendo su gente y colocándola en los parajes que le parecian mas oportunos, sin atreverse á dar una batalla decisiva por ser inferior en fuerzas; pero molestando siempre al duque en todos los parajes que el terreno se le mostraba favorable. Tambien este por su parte trataba de hacer á los moriscos todo el daño que podia, talando sus campos, destruyendo las mieses, privándoles de sus provisiones para

cuando pudiera el pais proporcionárselas. Mas mientras tan solícito se mostraba en correr las sierras para privar de recursos á los enemigos, se veia él muchas veces falto de víveres en su propio campo, siendo el atender á esta necesidad uno de los motivos de la lentitud con que se movió desde su salida de Granada. De Portugos traslado su campo á Ujijar, adonde llegó pasando por Jubiles, siendo siempre molestado en su marcha, como le sucedia en todas ocasiones. Viéndose aquí sin víveres, envió á buscarlos á la Calahorra una fuerte escolta de mas de mil hombres, mandados por el marqués de Favara; mas los moriscos, aprovechándose de las asperezas del terreno, les salieron al encuentro y los derrotaron á tal punto, que murieron aquel dia mas de ochocientos de los nuestros, habiendo además rescatado los moriscos seiscientas mujeres de su nacion que los nuestros llevaban prisioneras. Sabedor de este fatal contratiempo, se movió el duque de Sesa hácia Adra, adonde llegó su gente con gran necesidad y medio muerta de hambre. De aquí pasó por mar al fuerte de Castilferro, que se rindió sin hacer grande resistencia; de aquí pasó otra vez á Adra, donde halló un aviso de don Juan comunicándole que deseaba conferenciar con él sobre asuntos de la guerra. Tuvo lugar la entrevista entre Andarax y Verja, volviéndose despues cada uno á su punto respectivo, es decir, al primero don Juan y al segundo el duque: mas este tardó muy poco en reunirse con el primero en los Padules, sin separarse de él hasta el fin de la contienda.

Como se ve, no le cupo tanta gloria al duque de Sesa en su expedicion como en la suya á don Juan de Austria, que tomó á los moriscos varios puntos de importancia, habiéndosele resistido obstinadamente algunos, entre ellos los de Seron y Galera. Para ser su primera campaña, no dejó de conducirse con tino, y sobre todo con arrojo y energía. Se conoce que estaba penetrado de lo delicado de su posicion y de la necesidad de manifestar á todos, y especialmente al rey de España, que no habia colocado mal su confianza y sus favores. Que Felipe quedó contento de los servicios de don Juan, aparece claro de la circunstancia de tenerle destinado para un mando de mucha importancia y de mayor gloria, de que daremos cuenta á su debido tiempo. La necesidad de sacar á don Juan pronto de Granada con este motivo, era uno de los que asistian al rey de España para desear la conclusion de la contienda.

No podia menos de fatigar y atormentar á Felipe II una lucha en-

carnizada y desastrosa, causa de tantos desórdenes, excesos y efusion de sangre. Estaban por otra parte penetrados los moriscos de lo duro de su situacion, de lo infaliblemente que corrian á su ruina obstinándose en la resistencia. Separados por los mares de sus correligionarios de Africa, sin ningunas simpatías en toda la península, internados ya en los diferentes pueblos de Andalucía los del Albaycin, cuya medida acababa de ser extensiva á los habitantes de la Vega, no quedaba á los moriscos de las Alpujarras mas alternativa que emigrar al Africa, perecer, ó darse á partido con sus antiguos dueños. Estaba, pues, el deseo de pacificacion y reduccion grabado en todos los ánimos de una y otra parte; y si bien lo resistian algunos, ó porque hallasen ventajas en la guerra, ó porque el recuerdo de sus actos anteriores les hiciese ver imposible la indulgencia, habian llegado las cosas á un estado que hacia muy fáciles las negociaciones. Ya antes de la salida de Granada de don Juan, se daban pasos para obtener y allanar la reduccion de los alzados, siguiéndose trabajando en el mismo sentido durante las dos expediciones. Se entablaron tratos, ó por mejor decir se renovaron los que habian sido comenzados entre personas influyentes de los castellanos y otras de la misma categoría entre los moriscos, con quienes tenian antiguos vínculos de amistad ó relaciones de intereses. El mismo presidente Deza escribió con carácter anónimo una especie de carta persuasoria, en que hacia ver á los moriscos lo extraviados que andaban, y la ruina infalible á que corrian persistiendo en su desobediencia al rey de España, demostrándoles con pruebas evidentes que se habian equivocado mucho en la interpretacion de los pronósticos con que los habian embaucado sus caudillos. Al efecto que estos pasos producian, daban nueva fuerza las ventajas que iba alcanzando don Juan de Austria. Tener que dejar el territorio de España, no podia menos de ser duro para la generalidad de los moriscos; y el deseo de recuperar muchas de sus mujeres é hijas que habian quedado en poder de los cristianos, era un nuevo estímulo para hacerlos entrar en vias de avenencia. Daba por su parte don Juan de Austria pasos con el mismo objeto por medio de sus prisioneros. En Ujijar publicó un bando concediendo el perdon á los que se redujesen dentro de un plazo prefijado, ensanchando los límites de la indulgencia, á proporcion de las armas ó cautivos con que se presentasen. Se dejaba la vida á los que lo hiciesen con solas sus personas; la vida sin esclavitud á los que trajesen su

escopeta ú otra clase de armas. A los que viniesen con turcos cautivos ó los degollasen, se hacian gracias particulares proporcionadas á la importancia del servicio, y se anunciaba al mismo tiempo que se usaria de todo el rigor de la guerra, sin indulgencia ni misericordia, con los que no se diesen á partido. No eran nada suaves los términos del bando; pero todavía mas dura la condicion á que estaban reducidos los moriscos.

Era el principal negociador por parte de estos un tal Hernando el Habaquí, hombre sagaz, astuto, de gran cuenta entre ellos, confidente y una especie de ministro de Aben-Abóo, de quien habia desempeñado comisiones y embajadas en varios puntos de Africa. Prestaba el Habaquí oidos á las diversas proposiciones que se hicieron por parte de los castellanos, y sin doblez accedió á la medida de la sumision, por ser el solo puerto de salvacion que les quedaba. Prometió, pues, á los castellanos hacer todos sus esfuerzos para que se cumpliesen los deseos de unos y otros, y fué en efecto fiel á su palabra. No era fácil empresa hacer entrar en la medida á Aben-Abóo, hombre duro y feroz, pródigo de sangre, y nada mirado en todo género de atrocidades, á quien el recuerdo de sus actos anteriores hacia sumamente suspicaz, y el título de rey de que estaba revestido, orgulloso en demasía. Mas tuvo que ceder á la ley dura de la necesidad, con tantas derrotas en su campo, y fallidas sus esperanzas de recibir de Africa los socorros poderosos que necesitaba. A las cartas que se le escribieron por los castellanos, respondió en términos de desear la reduccion y fin de aquella guerra. En fin, se llevaron las cosas á tal punto, que no faltaba mas que la reunion de los comisarios de una y otra parte, para arreglar las condiciones del convenio.

Se verificó esta en el Fondon de Andarax, el 13 de febrero de 1570. Acudieron por parte de los moriscos entre otros el Habaquí, que llevaba la voz principal en el negocio, y un hermano de Aben-Abóo que llamaban el Galipe. Envió asimismo los suyos don Juan de Austria. Se quejaron los moriscos en las primeras conferencias de los atropellos que los habian obligado á ponerse en armas contra el rey: pidieron entre otras cosas que no se les obligase á dejar sus hogares, y que se permitiese la vuelta libre al Africa de los turcos que habian venido en su socorro. Se atuvieron los castellanos á los términos del bando promulgado por don Juan, y dijeron á los moriscos que pusiesen sus peticiones por escrito. Como estos

alegaron que no sabian los términos de hacerlo, el mismo don Juan les envió su secretario para extender la súplica, lo que se efectuó al momento. Muy pronto se allanaron las dificultades. Urgia mucho al general español concluir este negocio antes que llegase el tiempo de las mieses: los moriscos, que se veian perdidos, no podian arredrarse por duras condiciones. Sobre todo el Habaquí sabia muy bien que cuanto mas solícito y celoso se mostrase por la obra de la reduccion, tantas mas ventajas personales le resultarian. Así se llevó el negocio adelante con la mayor rapidez posible, y ya no faltaba mas que la ceremonia del acto de rendir las armas, que se celebró en los Padules, delante de don Juan, con toda la solemnidad que pudo dársele.

Se presentó delante del alojamiento del general en jefe el Habaquí seguido de varios personajes moriscos, y de trescientos escopeteros que hicieron una salva en el acto de pararse á la entrada de la tienda. Entró el Habaquí con los demás del acompañamiento, llevando en la mano la espada y la bandera de Aben-Abóo, que presentó á don Juan, poniéndosele de rodillas con los otros, pidiendo perdon en nombre de los suyos, prometiendo fidelidad y sumision al rey, á cuya merced y bondades se entregaban. Al mismo tiempo se despojó de la propia espada el Habaquí, haciendo ademanes de entregarla. Estuvo en pié don Juan de Austria durante esta ceremonia, y con palabras corteses mezcladas de seria dignidad, acogió en nombre del rey la sumision de los moriscos, devolvió su alfanje al Habaquí, á quien hizo levantar con grande urbanidad, prometiéndole mercedes y recompensas en nombre del monarca. El morisco y los suyos se despidieron de don Juan con la misma ceremonia é igual salva por parte de los escopeteros, que entregaron sus armas en el acto.

La obra de la reduccion parecia definitivamente concluida, y así lo estaba en cierto modo. Mas el Habaquí no era el representante de todos los moriscos, ni se podia suponer que un pueblo díscolo que se hallaba en un estado de anarquía se sometiese en masa, porque fuese tal la opinion de la generalidad, y de los jefes principales. Hubo, pues, muchos disidentes entre los moriscos: otros que cambiaron de opinion despues de consumado el rendimiento.

Fué uno de estos últimos el mismo Aben-Abóo; tan pesaroso estaba de entregarse á la merced de sus antiguos dueños, sobre todo de renunciar al título de rey que tanto habia halagado su amor

propio. Se unia á estos sentimientos el de la envidia y celos que habia concebido contra el Habaquí, quien por la parte activa que habia tomado en la obra de la reduccion, seria probablemente el que llevase la mayor parte en las ganancias. En esta disposicion de ánimos le cogieron cartas de Argel, en que el Dey le anunciaba un próximo envío de gente, de armas, y demás pertrechos necesarios. No fué preciso mas para que Aben-Abóo rompiese de nuevo toda negociacion con los cristianos, y alzase otra vez el estandarte de la guerra; paso que hubiese sido muy de lamentar si los moriscos no estuviesen tan cansados de la insurreccion, y el crédito de este caudillo no hubiese venido tan á menos.

Sabedor de lo que pasaba el Habaquí, se presentó en el campo de Aben-Abóo, con ánimo de inspirarle mejores sentimientos. Mas confiado en demasía por carácter ó por la especie de favor que gozaba con don Juan de Austria, no sabia que iba á habérselas con un hombre rencoroso, que le consideraba como rival, como mal amigo, tal vez como traidor á su bandera. Aben-Abóo hizo asesinar al Habaquí, y dió parte de su muerte al Dey de Argel, como un castigo de su apostasía.

Mas ni la muerte del Habaquí, ni la conducta obstinada de Aben-Abóo, detuvieron ó paralizaron la obra de la reduccion, que era un acto consumado. Por todas partes los moriscos entregaban las armas y se sometian á la voluntad del rey, por cuya disposicion eran internados inmediatamente por todo el pais de Andalucía. ¡A tan duras condiciones tuvieron que doblarse! En vano se encendieron algunas llamaradas de insurreccion en la Serranía de Ronda, que fueron pronto apagadas por el duque de Arcos, á quien se encomendó esta empresa. Se dió por tan concluida ya la contienda, que se despidió la gente de guerra y se tomaron todas las medidas análogas al gobierno de un pais pacífico, donde eran necesarias ciertas precauciones. Don Juan de Austria regresó á la corte, donde fué recibido del rey con las muestras de aprecio que merecian sus servicios.

Andaba errante mientras tanto Aben-Abóo, convertido de rey en fugitivo, abandonado de los suyos, seguido de unos pocos, en quienes tenia puesta su confianza; mas no hay fidelidad á prueba, cuando median alicientes de violarla, tratándose sobre todo de hombres tales, como podian acompañar al monarca destronado. Uno de ellos, en quien mas depositaba su confianza, Monfi, llamado el Se-

nix, entró en inteligencias con comisionados de las autoridades de Granada, ofreciendo entregar á Aben-Abóo, con tal que le perdonasen á él con sus amigos, y les restituyesen sus mujeres é hijas que se hallaban prisioneras. No fué difícil dar oidos á propuesta semejante; se ajustaron las condiciones del convenio, en cuya virtud se apoderaron el Senix y los suyos de la persona de Aben-Abóo, y le asesinaron, no sin haber mediado una fuerte resistencia. Inmediatamente condujeron á Granada su cadáver, colocado en una mula, entablillado debajo de los vestidos, para darle la actitud de un hombre montado, á fin de que fuese mejor visto de la muchedumbre. Despues de verificada la entrada con toda la ceremonia y publicidad imaginable, le cortaron la cabeza, que fué puesta en una jaula, sobre una de las puertas de la ciudad, con la inscripcion siguiente: «Esta es la cabeza del traidor Aben-Abóo: nadie la quite so pena de muerte.»

Así concluyó la insurreccion y levantamiento de los moriscos de Granada, uno de los episodios mas lamentables del reinado que escribimos. No fué de larga dura la contienda, pero acompañada de todos los excesos, crímenes y horrores, con que se distinguen estas luchas de pueblo á pueblo, cuando están en juego agravios recibidos, deseos vivos de venganza, rivalidades de creencias. Fueron los encuentros parciales, infinitos; pocas las batallas que merezcan este nombre; brillante el arrojo personal de los dos bandos; escasos los laureles que alcanzaron unos y otros. Que la insurreccion fué en gran parte provocada por las máximas de intolerancia que tanto distinguieron el gobierno de Felipe II, es un hecho positivo; que esta intolerancia, sobre todo en materias religiosas, hallaba un eco en los ánimos de sus súbditos, tampoco puede estar sujeto á duda. Por una parte se obligaba á los moriscos á abrazar el cristianismo; por otra, causaba escándalo y horror, el que no se mostrasen adictos á un culto que se les imponia con violencia. Despues de ser vejados en su fe, se los atacaba en sus trajes, en sus usos, y hasta en el ejercicio de su lengua. Cuando un pueblo se halla en esta condicion, precisamente tasca su freno con grandísima impaciencia, y si una vez llega á alzarse, no puede menos de ser espantoso el ruido con que rompe sus cadenas. Se confirmó esta verdad, en los horrores y atrocidades que acompañaron el pronunciamiento simultáneo de todas las taas de las Alpujarras; siendo de notar, que fueron los principales objetos de su encarnizamiento, los eclesiásticos, que los

obligaban á presentarse en la iglesia, y los sacristanes que llevaban cuenta de los que faltaban, á fin de imponerles un castigo. Sa lanzaron los moriscos á la lucha, ciegos de venganza; los castellanos que iban contra ellos, no podian menos de imitar su ejemplo. A estas consideraciones hay que añadir, que en nuestro campo faltaban muchas veces víveres, y que las pagas andaban muy escasas. Así suplia esta falta el botin, y el cautiverio de las mujeres é hijas de los enemigos, no era pequeño aliciente en esta guerra, que no podia menos de ser muy sanguinaria, por una y otra parte. Fué un mal que nuestras armas estuviesen mandadas al principio por dos jefes independientes uno de otro, que no solo rivalizaban en reputacion y fama, sino que veian las cosas de un modo muy opuesto. Algo se reparó este mal con la ida de don Juan de Austria, y retirada del marqués de Mondejar; mas aunque se habia dado al primero la suprema direccion de los negocios, todavía el marqués de los Velez estaba en comunicacion directa con la corte, de la que recibia instruciones. Fué una felicidad la retirada de este personaje de la escena, y que se encomendase, en fin, el mando de las armas á un príncipe jóven, alentado, que deseaba adquirir fama, y que caminaba á su objeto por la via mas corta. A él se le debe la conclusion de esta guerra tan calamitosa. Quedó sujeta la tierra; pero *destruida y despoblada* (1), y aunque acudieron nuevos colonos á habitarla, todavía al cabo de cerca de tres siglos, se echan de menos sus antiguos moradores. De todos modos, no fué este el final desenlace de un drama tan triste y lúgubre. Nuevas miserias aguardaban á un pueblo, cuyo mayor crímen era el haber sido vencido, y criado en creencias muy diversas de las de sus vencedores. (2)

(1) Palabras de Hurtado de Mendoza. L. 4

(2) Es sabido que en el reinado de Felipe III fueron expelidos del reino y trasladados al Africa todos los moriscos, en número de seiscientos mil; otro rasgo de *celo religioso*, que fué muy aplaudido en su tiempo, y hasta por Cervantes, quien puso por dos veces el elogio de esta providencia, en la misma boca de un morisco (Ricote). Véanse los capítulos LIV y LXV de la segunda parte de Don Quijote.

CAPITULO XXXVI.

Asuntos de Italia.—Muerte de Paulo IV.—Exaltacion de Pio IV.—Idem de Pio V.—Anima este á los príncipes cristianos á la guerra contra el turco.—Muerte de Soliman.—Asciende Selim II al trono otomano.—Expedicion de los turcos contra la isla de Chipre.—Toma de la plaza de Nicosia.—Sitio de la de Famagosta.—Promueve el Papa una nueva liga entre España, la república de Venecia y su persona.—Se ajustan las condiciones de la liga en Roma.—Va el cardenal de Alejandría á Madrid.—Confirma el rey las disposiciones del pontífice.—Nombramiento de don Juan de Austria por generalísimo de la liga.—Vuelve este á Madrid de las guerras de Granada.—Se embarca en Barcelona.—Reunion en Mesina de las fuerzas de la confederacion.—Salen en busca de los turcos.—Batalla de Lepanto (1).—1559-1571.

Gozaba Italia de tranquilidad, mientra Francia, los Paises-Bajos, Escocia y aun Inglaterra, eran teatro de tantas turbulencias. No se hallaban en ningun género de mútua hostilidad los diversos estados de aquella region, en que ejercia el rey de España una influencia nada inferior á la que habia alcanzado Carlos V. Señor de Nápoles, de Sicilia y del Milanesado, unido por relaciones de familia con Octavio, duque de Parma, protector de los duques de Florencia, aliado antiguo de la república de Génova, donde los Dorias se hallaban en la clase de sus primeros servidores, se podia casi considerar, exceptuando á Venecia y los Estados pontificios, como el monarca y árbitro de Italia. Conservaba buena armonía con aquella república, tan ocupada á la sazon en sus guerras con los turcos. En cuanto á

(1) Cabrera, Herrera, Ferreras, Vanderhammen, en su Vida de don Juan de Austria y otros.

los Estados pontificios, ya se ha visto con cuánta gloria de sus armas habia ajustado ó mas bien concedido paces al papa Paulo IV. Murió este fogoso pontífice, antes enemigo encarnizado, tanto de Carlos V como de su hijo, á mediados del año 1559. Duró muy poco el cónclave reunido para elegirle sucesor, y en octubre del mismo año fué exaltado á la silla pontificia el cardenal Angel de Médicis, que con el nombre de Pio IV gobernó la Iglesia. No se mostró este pontífice enemigo de Felipe II como lo habia sido su predecesor, puesto que á la mayoría de los votos de la parcialidad del rey era deudor de su alto puesto. Bajo los auspicios de este papa se celebró por los años de 1562 y 1563 el segundo concilio de Trento, ó mas bien la continuacion del primero, tan ardientemente solicitada por el rey de España, á quien el estado de las nuevas sectas religiosas en Europa causaba tal vez mas inquietud que el mismo Papa. De lo actuado en este concilio hemos dado una sucinta relacion en su debido tiempo. Tambien se hizo mencion del puesto preferente que con este motivo se dió á los embajadores de Francia sobre los de España, siendo notable esta particularidad para hacer ver el celo que animaba al rey católico en la celebracion del concilio; pues á pesar de un desaire tan depresivo de su dignidad, no se mostró menos activo en mandar la pronta ejecucion de lo determinado y decidido por sus padres. No entraremos en mas pormenores sobre Pio IV, que murió en el año de 1566, despues de siete años de reinado. Tardó muy poco en ser elevado á la silla pontificia el cardenal de Alejandría Miguel Ghisleri, fraile dominico, que tomó á su exaltacion el nombre de Pio V, tan famoso en la historia de aquel tiempo, como en los anales del pontificado. Fué este Papa de carácter duro, intolerante en cuanto decia relacion á las prerogativas de la Iglesia. Con el rey de España mantuvo buena inteligencia, á pesar de que habiéndose suscitado de nuevo en Roma la cuestion de precedencia entre los embajadores de España y Francia, se decidió en favor de esta última potencia, sin duda porque irritado su rey, no resultase perjuicio á la religion católica tan amenazada en sus estados. Sufrió el desaire el de España, sin tomar otra satisfaccion que mandar á su embajador se presentase á la audiencia del Papa en distintos dias que el de Francia.

Se distinguió sobremanera el papa Pio V por su celo en armar los príncipes de la cristiandad contra las fuerzas de los turcos, no menos temibles sobre el mar que por sus ejércitos de tierra. Mara-

villa causa, y es sin duda uno de los grandes fenómenos de la historia moderna, así como el descrédito de Europa, el que un pueblo salido poco mas de dos siglos antes de las faldas del Cáucaso, hubiese llegado al punto de ser objeto de terror para tantas naciones poderosas. Si sus conquistas por tierra admiran por su rapidez y sucesion no interrumpida, asombra cómo se hicieron tan pronto con fuerzas navales para ser una potencia marítima, acaso la primera del Mediterráneo. Ya el conquistador de Constantinopla habia hecho excursiones en varias islas del Archipiélago, y llevado sus medias lunas victoriosas á las mismas costas de Nápoles, asolada en varias partes con sus desembarcos. Sobre bajeles condujo Selim I la mayor parte de las tropas que le conquistaron el Egipto. Ya hemos hablado de las importantes adquisiciones que hizo Soliman el Magnífico, de varios puntos importantes del Mediterráneo de su toma de Rodas, de los diversos desembarcos en las costas de Nápoles, de Menorca, de Córcega, de la Morea, bajo la direccion de sus capitanes y los famosos Barboroja y Dragut, que obraban en todo bajo sus auspicios. Si las armas de este célebre conquistador retrocedieron delante de Malta, se podia pensar que de un momento á otro volviesen con fuerzas formidables. Temia esto sin duda el papa Pio V, cuando envió al gran maestre de la órden de Malta, La Valette, un gran socorro de hombres y dinero para la construccion de la nueva fortaleza. Por sus consejos se animó el rey de España á enviar considerables refuerzos á las diversas guarniciones de las costas de Africa.

Termino el miedo de una nueva invasion en Malta con la muerte de Soliman (1) en el sitio de Szigheth, plaza fuerte de Hungría, en el año de 1666; mas aunque su sucesor Selim II le era muy inferior en capacidad y en ambicion, no daba muestras de dejar oscurecerse bajo su dominio la gloria esclarecida de los otomanos. Conservaba el imperio toda su grandeza, y las mismas disposiciones que su predecesor anunciaba el nuevo sultan, de ensanchar mas y mas los límites de su poder marítimo. Habia comenzado con una

(1) Algunos, y entre ellos el príncipe Demetrio Cantemiro, en su Historia de los emperadores turcos otomanos, dan á este sultan el nombre de Soliman I y no II. Mas es un hecho que Soliman, hijo primogénito de Bayaceto I, prisionero en la batalla de Ancyra, reinó despues de esta ocurrencia sobre una gran parte de los dominios de su padre, aunque no recogió toda la sucesion, que le fué disputada por su hermano Mouza. Tal vez por la circunstancia de esta guerra civil, ó porque Soliman no recibió la investidura solemne del título de sultan, dejan algunos de incluirle en el catálogo de los emperadores; mas otros le reconocen como tal, llamando Soliman II al mencionado en esta historia.

expedicion sobre la isla de Chipre, en posesion entonces de los venecianos. La mandaba Piali al frente de ciento y sesenta galeras, cincuenta galeotas, ochenta bajeles de carga, que llevaban á bordo cincuenta mil infantes á sueldo, entre ellos siete mil genízaros, y otros treinta mil turcos de milicias ordinarias. En julio de 1570 llegó la expedicion á Chipre, y el ejército turco se presentó delante de los muros de Nicosia, plaza poco fuerte, defendida por mil quinientos italianos á sueldo, tres mil cipriotas, dos mil y seiscientos vecinos del pueblo, y mil y quinientos soldados pagados de los alrededores. Fueron furiosas las embestidas de los turcos. A las cuarenta y ocho horas de sitio ya habian dado cuatro asaltos, siendo el resultado del último la toma de la plaza. Dieron los turcos muerte á los italianos y cipriotas nobles, á treinta mil del vulgo, é hicieron veinte mil cautivos, despues de haber entrado la ciudad á saco y cometido todos los horrores propios de tropas tan feroces.

Mientras los turcos despues de tomar la plaza de Nicosia se preparaban al sitio de la de Famagosta, salieron los venecianos de las costas de Dalmacia, y llegaron á Curfú, donde se les unió Juan Andrés Doria con sus galeras y las del rey de España, llevando en ellas cinco mil españoles y dos mil italianos, provistos abundantemente de víveres y de municiones. Tambien se incorporaron en la expedicion algunas galeras del pontífice, mandadas por Marco Antonio Colonna. Salió de Corfú la escuadra combinada, y en agosto de 1570 llegó á la isla de Candía, posesion asimismo de los venecianos. Allí supieron la toma de Nicosia por los turcos, y con este motivo se propuso en el Consejo que saliesen en busca de la escuadra enemiga, para poner en salvo los intereses de aquella isla tan amenazada. Igual resolucion tomaron los turcos de salir al encuentro de la escuadra combinada; mas sea por la poca voluntad con que obraban unos y otros, sea por desavenencias de los jefes, ó por los estragos que hacia la peste en la gente de ambos bandos, llegó el invierno sin ocurrir encuentro alguno entre los cristianos y los turcos. Se retiró Piali con su armada á Constantinopla, despues de dejar en Chipre todos los aprestos para el sitio de Famagosta, y los de la escuadra combinada volvieron á sus puertos.

Existia, pues, una alianza de hecho entre el rey de España, el pontífice y la república de Venecia contra el turco. Mas no estaba cimentada esta union en capitulaciones expresas, ni hasta entonces habian obrado las tres naciones con todo el vigor correspondiente.

Era inminente el peligro que amenazaba á la cristiandad, y llegado el caso de imponer de una vez á los turcos con un armamento formidable. Cupo la gloria de dar el primer impulso para esta grande obra al papa Pio V. A sus ruegos se reunieron en Roma los comisarios de la liga, y á presencia del pontífice les espuso en un consistorio el cardenal Granvella, los motivos poderosos que debian animar á los príncipes cristianos para armarse nuevamente contra el turco. Hizo aquel cardenal, como hombre hábil y diestro en la elocuencia, una pintura vivísima de los males y desastres que habia hecho sufrir á todos los pueblos de la cristiandad aquella nacion tan feroz, enemiga de Dios y de la Iglesia. Enumeró sus rápidas conquistas por tierra, sus atrocidades, de que habia sido víctima la misma generacion de entonces; y por todas estas causas, manifestó que era ya un deber hácia Dios y hácia los hombres, poner para siempre un dique á tal torrente de calamidades. Concluia su arenga exponiendo al Papa el servicio insigne que aguardaba la religion de su piedad, poniéndose al frente de una liga de príncipes para obrar de concierto en una expedicion tan santa.

Respondió el pontífice alabando el celo del cardenal Granvella, y declarando su resolucion de ser el primero en dar impulso á tan gloriosa empresa. Deploró lo mismo que el prelado las calamidades sufridas por la ambicion y ferocidad de los infieles; pero para animar mas el valor y celo de los príncipes cristianos, hizo mencion de las victorias que estos habian obtenido sobre las armas de los otomanos, entre los que tanto se habian distinguido el rey de Polonia Uladislao, los de Hungría, Juan de Huniades y Matías Corvino (1), el famoso Scanderberg, y sobre todo los caballeros de San Juan en la defensa de su isla.

A pesar de la poca armonía que animaba á los comisarios, de las pretensiones exclusivas de las potencias de que dependian, logró el Papa que viniesen á un definitivo arreglo y continuasen la liga bajo determinadas condiciones. Fué el mismo pontífice quien las propuso, no queriendo adelantarse los enviados del rey de España, por ser la república de Venecia la principal interesada en la liga, ni los de esta última potencia porque no pareciese que se humillaban ante el rey católico. Por fin se convinieron en aprestar entre todos doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil hombres de infante-

(1) El primero de estos dos, padre del segundo, no fué rey si bien gobernó á Hungría revestido del poder supremo.

ría y cuatro mil caballos. Nombraron los venecianos por general de sus fuerzas á Jerónimo Zasse; el pontífice á Marco Antonio Colonna, y el rey de España á su hermano don Juan de Austria. Mas como era preciso que un jefe supremo tuviese la direccion de la escuadra combinada, se suscitó un altercado entre los comisarios de Venecia y los del rey de España, alegando los primeros que tocaba hacer este nombramiento á la república, por ser la guerra publicada contra ellos, y los segundos que pertenecia al rey católico por su alta dignidad, y ser el que con mas fuerzas acudia. Compuso el pontífice la diferencia, y quedó nombrado don Juan de Austria generalísimo de la liga, debiendo de obrar en clase de su segundo Marco Antonio Colonna, jefe de las fuerzas del pontífice.

Se extendió con toda formalidad el tratado de la liga perpétua contra el turco y los Deyes tributarios de Argel, Túnez y Trípoli. Se redujeron los artículos principales, prescindiendo del contingente de la fuerza que cada estado debia aprontar, á los siguientes: Que estuviesen los generales con sus armadas á fines de marzo ó de abril del año 1571 en los mares de Levante; y en caso de atacar el turco alguna de las tres potencias coligadas, enviase la liga auxilio suficiente, ó fuesen todos si era necesario: que se presentasen en Roma los embajadores de la liga por otoño, para deliberar el plan de campaña para la primavera siguiente: que pagase el pontífice tres mil infantes, doscientos setenta caballos y doce galeras. De lo restante debia pagar el rey católico tres quintos, y los otros dos los venecianos: que diese la república al pontífice las galeras armadas y artilladas, pagándolas á dinero ó restituyéndolas en el mismo estado en que fuesen entregadas: que cada una de las partes contratantes presentase en campaña la mayor fuerza disponible, resarciéndose de lo que escediese al contingente señalado: que se comprasen los víveres donde mas abundasen en los estados de los confederados, sin que pudiesen los señores hacer exportaciones, á excepcion del rey para Malta, la Goleta y sus armadas. En caso de no hacerse la campaña y fuese atacado el rey ó la república por la fuerza de los turcos, que acudiese el otro con cincuenta galeras de socorro. Si el rey hiciese alguna expedicion sobre Argel, Túnez y Trípoli, ó la república sobre las fortalezas del mar Adriático, que le ayudase el otro con cincuenta galeras, debiendo tener la preferencia el rey de España, en caso de obrar en el término de un año. Si fuese atacado el pontífice, que se presentasen con todas sus fuerzas

los confederados. Debia ejecutar el generalísimo de la liga lo que votasen los generales del pontífice, del rey ó de la república. No podia usar el generalísimo de estandarte propio, ni tomar otro nombre que el de general de la liga. Debia darse honradísimo lugar al emperador ó á los reyes de Francia ó de Portugal, y á las fuerzas con que cada uno contribuyese para aumentar las de la liga: que procurase el pontífice hacer entrar en ella al rey de Polonia y demás príncipes cristianos: que fuese el pontífice juez en cualquiera diferencia que se suscitase entre los confederados: que ninguno de ellos hiciese paces con los turcos sin participacion y consentimiento de los otros.

Despues de ajustarse con toda solemnidad el tratado de la liga, envió Pio V á su sobrino Fray Miguel Bonelo, cardenal de Alejandría, en clase de legado, á los demás príncipes de la cristiandad, exhortándoles en nombre de la fé cristiana á participar de las glorias de que se iban á cubrir las tropas de la liga. Despues de haber cumplido con esta mision por Italia y Francia, se trasladó á España á presentarse al rey católico, para quien llevaba encargo especial de parte del pontífice.

Fué recibido el legado en España con todas las demostraciones posibles de obsequio y de respeto. Encontró en Barcelona al cardenal de Espinosa y á don Fernando de Borja, hermano del duque de Gandía, quienes le aguardaban de órden del rey, para acompañarle hasta la corte. Salió el monarca á recibirle fuera de las puertas de Madrid, donde entraron juntos, acompañados y seguidos de los principales personajes, entre los que se hallaba don Juan de Austria, ya de regreso de Granada. Se mostró muy inclinado el rey de España á favorecer en un todo las miras del pontífice. Confirmó por su parte todos los artículos del tratado de la liga, y de que estaba ya bien informado. En medio de tantas atenciones como entonces le rodeaban, habia tomado sus disposiciones y hecho sus preparativos como convenia á quien iba á representar el principal papel entre las potencias coligadas. Habia puesto de virey de Sicilia al marqués de Pescara, y conferido el mando del mar á don Luis de Requesens, mientras el príncipe llegaba. Galeras, víveres, municiones, armas, pertrechos, todo se estaba acopiando para una expedicion, la mas importante que hasta entonces habian presenciado aquellos mares.

Arregló al mismo tiempo el legado del Papa con el rey otros asuntos de órden inferior, mas que interesaban tambien mucho á

Pio V. Acababa este de dar el título de gran duque de Toscana á Cosme, duque de Florencia, sin la participacion del rey de España, quien no se manifestó irritado por una concesion que nada le perjudicaba. Asimismo solicitó el pontífice que se hiciesen observar en los reinos de Sicilia y Nápoles algunas disposiciones del concilio de Trento, y cuya observancia descuidaban las autoridades de los dos paises. Tampoco esto fué oido con desagrado por el rey de España, para quien eran las decisiones del concilio de Trento, tan respetables y sagradas.

No pudo entrar en esta liga contra el turco el emperador Maximiliano, por falta de bajeles: tampoco el rey de Francia; tal vez por el recuerdo de las antiguas alianzas con la Puerta, ó por no tomar parte en una empresa, donde se reconocia por jefe y capitan á una persona de la casa de Austria. Se redujo, pues, la confederacion al pontífice, á la república de Venecia y al rey católico, cuya cooperacion debia ser la mas eficaz, por ser tambien mucho mas considerable la potencia. Tambien confirmó el rey muy gustoso la eleccion que se habia hecho de generalísimo de la liga en la persona de su hermano don Juan, quien despues de recibir las órdenes del rey, tomó el camino de Barcelona y se embarcó en seguida para Génova. Salió de aquí para Nápoles, y despues para el puerto de Mesina, en Sicilia, punto designado de reunion de las fuerzas combinadas. Llevaba consigo ochenta galeras, veinte y dos navíos con veinte y un mil hombres de infantería, abundantemente provistos de artillería, municiones, víveres y toda especie de pertrechos militares. Además de los jefes y oficiales que tenian mando efectivo, tanto en la escuadra como en el ejército, se embarcaron con el generalísimo muchos caballeros de distincion, que en calidad de simples aventureros, quisieron tomar parte en una expedicion sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Llegó don Juan á la vista de Mesina en agosto de 1571, y antes de desembarcar celebró á bordo de su capitana un consejo de guerra, al que asistieron los principales jefes de las fuerzas combinadas. Allí les manifestó las instrucciones del rey católico, decidido á que se buscase á la escuadra otomana, y se pelease á toda costa contra los enemigos de la cristiandad que constantemente amenazaban á las potencias del Mediterráneo. Al mismo tiempo les manifestó su propia determinacion de cumplir en un todo con las órdenes del rey, exponiéndose el primero á todos los peligros de la

empresa. Fué oida su arenga con grandísimo entusiasmo, y desde aquel momento se tomaron todas las disposiciones necesarias, para salir en busca de los turcos.

En el verano de aquel año se habian apoderado estos de Famagosta, en Chipre, segunda conquista que hacian las armas de Selim II. Habia opuesto la plaza una fuerte resistencia; mas reducida á los últimos apuros, se vió en precision de rendirse, concediendo el vencedor á los vecinos las vidas, los vestidos, sus armas y banderas, con algunos buques para trasladarse á la isla de Candía. Mas los generales turcos cometieron, á pesar de este convenio, muchas crueldades en los principales personajes, á quienes hicieron morir, en medio de tormentos. Desembarazados de este negocio que tanto les interesaba, continuaron sus correrías sobre el mar, y aun trataron de apoderarse de la isla de Corfú; mas fueron repelidos con notable pérdida, y obligados á abandonar por entonces dicha empresa.

Mientras tanto terminaban los preparativos de la escuadra combinada, reuniendo cada estado su respectivo contingente. Aprontaron los venecianos ochenta galeras á las órdenes de Sebastian Veniero y el proveedor Barbárigo. Llegó con doce de Génova Juan Andrés Doria, y al mismo número ascendian las del pontífice al mando de Colonna. Poco despues aportó don Alvaro Bazan, ya marqués de Santa Cruz, con otras treinta. Era maestre de campo general Ascanio de la Corne; general de las tropas italianas el conde de Santa Flor, y Gabriel Serveloni de la infantería. Mas á pesar de tantas fuerzas reunidas, todavía no se componia la expedicion de todas las que se habian contratado.

No eran muchas las tropas del pontífice; mas suplia esta falta el nombre y la autoridad del jefe de la Iglesia. De su órden se presentó en el campo en clase de legado monseñor Odescalchi, exhortando á la pelea, animando en nombre del Papa á los valientes que concurrian á tan santa empresa. Les habló de revelaciones de Dios, en que les prometia la victoria, y presentó profecías de san Isidro relativas á lo que entonces se estaba proyectando. Se ordenó en todo el campo un ayuno de tres dias, y las tropas confesaron y comulgaron, habiendo además recibido indulgencias en los mismos términos que las concedidas á los que habian conquistado el santo sepulcro algunos siglos antes.

Preparado y listo todo, celebró don Juan otro consejo de guerra,

en los mismos términos que el anterior, sobre el plan de las operaciones. Fueron algunos de opinion que la escuadra se atuviese á la defensiva, esperando que los turcos los buscasen; mas don Juan, insistiendo siempre en su primera determinacion, y apoyado en las órdenes del rey, se decidió por la ofensiva; idea que al fin fué apoyada por todos los jefes del ejército.

Salió la expedicion de Mesina el 15 de setiembre del mismo año (1571), y el legado del Papa, colocado en el punto mas prominente del puerto, echaba su bendicion sobre cada buque conforme iban desfilando. Llevaba la vanguardia Juan Andrés Doria con cincuenta y cuatro galeras, y órden de ocupar el ala derecha en caso de combate. Se componia su division de siete galeras de Nápoles, diez de Génova pagadas por el rey, y otras dos del mismo estado al sueldo de Doria: dos del pontífice, veinte y seis de Venecia, cuatro de Sicilia y dos de Saboya, mezcladas todas para quitar la rivalidad de las naciones y atender á que los barcos chicos estuviesen resguardados por los grandes. Llevaba la vanguardia banderolas verdes para ser distinguida de las otras divisiones. Iba en el cuerpo de batalla el generalísimo, con setenta y cuatro galeras de banderolas azules, habiéndose colocado en la capitana el estandarte de la liga. Navegaba á la derecha de esta capitana, la del pontífice, mandada por Marco Antonio Colonna, y á la izquierda Sebastian Veniero con la de Venecia y la capitana de Saboya, á cuyo bordo iba el príncipe de Urbino. Se componia este cuerpo de batalla de tres galeras del pontífice, trece venecianas, tres de Juan Andrés Doria, tres de España, tres de Malta, que iban todas al mando de Marco Antonio Colonna, y al de Veniero la capitana de Génova, otras tres de España, trece de Venecia, tres genovesas al sueldo del rey, dos al de Juan Andrés, tres del pontífice y una de Nápoles. Constaba el tercer cuerpo, que era el ala izquierda, de cincuenta y cinco galeras con banderas amarillas, al mando del proveedor (1) Barbárigo. Se componia de treinta y cuatro galeras venecianas, ocho de Nápoles y de España, dos del pontífice y dos de Doria. El cuarto cuerpo, que se destinaba á la reserva, estaba al cargo del marqués de Santa Cruz, y se componia de treinta galeras con banderolas blancas, doce de Venecia, cuatro de España, dos del pontífice y doce de Nápoles. Iba de descubierta con veinte ó treinta millas de ventaja don Juan de Car-

(1) El nombre propio en italiano es *proveditore*, inspector, proveedor, etc.

dona con ocho galeras, cuatro de su cargo, dos venecianas y dos de Juan Andrés de Génova. Llevaba este jefe la órden de descubrir y avisar al cuerpo de la armada, de todas las velas turcas que avistase, recogiéndose al cuerpo principal en las horas de la noche.

Caminaba lentamente la escuadra, tanto por conservar la union, cuanto por evitar los malos pasos. En esta disposicion llegó á la isla de Corfú, donde se embarcaron seis piezas gruesas con sus pertrechos y la infantería italiana del cargo de Paulo Ursino. Allí tuvo noticia de que estaba en Prevesa el almirante turco Alí, recien salido de Constantinopla con fuerzas formidables.

Habia tenido avisos oportunos el Gran Señor de la expedicion de los cristianos, y no habia perdido tiempo en preparar sus fuerzas de mar, que salieron de los puertos con órden de buscar á los contrarios. No pensaba el almirante Alí que estos tomasen la ofensiva, y cuando supo que habian salido de Mesina en busca suya, depuso un poco el tono arrogante con que acerca de ellos se expresaba.

Se hallaba entonces la escuadra turca en el trecho de mar conocido con el nombre de golfo de Corinto, y habiendo sabido la proximidad á que se hallaban los cristianos, reunió los capitanes, entre los cuales se hallaba el famoso Aluch-Alí (1), y deliberó con ellos, sobre si deberia marchar á ofrecerles la batalla. Fueron algunos de opinion de que seria muy expuesto buscar á enemigos, cuyas fuerzas deberian de ser muy grandes, cuando habian tomado la ofensiva. Pero el almirante Alí, ó porque fuese de un carácter mas resuelto, ó por su enemistad y odio al nombre cristiano, ó por temor al sultan, cuyas órdenes terminantes habian sido de que se cayese sobre el enemigo donde quiera que le hallasen, se obstinó en aceptar la batalla que los cristianos le ofrecian. Así se encontraron con facilidad las escuadras que mútuamente se buscaban.

Tuvo lugar este encuentro en 7 de octubre, cerca de Lepanto, en el golfo de este nombre, y por una coincidencia singular, no lejos del sitio donde poco menos de diez y seis siglos antes, habia sido disputado por Octavio y Marco Antonio el imperio, con pocas excepciones, del mundo entonces conocido. Tenian los turcos á su espalda las costas de la Grecia; los cristianos el mar abierto con la

(1) Algunos, y entre ellos Cervantes, dan á este renegado el nombre de *El Uchali*, tal vez con mas propiedad, aunque nos parece que viene á ser lo mismo. Sin embargo, nosotros le escribimos tal cual le hallamos en Cabrera y en Ferreras.

dona con ocho galeras, cuatro de su cargo, dos venecianas y dos de

[illegible]

(1) Algunos, y entre ellos Cervantes, dan á este renegado el nombre de *El Uchali*, tal vez con mas propiedad, aunque nos parece que viene á ser lo mismo. Sin embargo, nosotros le escribimos tal cual le hallamos en Cabrera y en Ferreras.



COMBATE NAVAL DE LEPANTO

Morea á la derecha y la isla de Cefalonia á la izquierda: las escuadras se acercaban mútuamente: el combate era por lo mismo inevitable. En el último consejo de guerra celebrado en la escuadra turca, se volvió á obstinar el almirante Alí en buscar á los cristi... en
nos á pesar de las representaciones que le hicieron en ... empeñado
varios capitanes suyos muy experimentados, que ya le ... individual, pues
el consejo de retroceder en otras ocasiones. ... individual, pues

Se componia la línea de los cristianos ... de evoluciones. Sin em-
de frente, mandando la derecha Ju... siempre muy solícitos, para
proveedor veneciano Barbárigo ... lo intentaban, entre ellos y la cos-
en el centro, el cuerpo de ... retaguardia de los nuestros. Se vió en
como de reserva el m... Andrés Doria con la galera de Malta; mas fué
leras, á fin de imp... por la de don Juan de Cardona, aunque Aluch-
los nuestros p... grado separar la capitana de la Orden, y tomarla al
galeras en f... habiendo perecido casi toda su gente, quedando mortal-
frente de l... herido el capitan Pedro Justiniano.
todo par... bien por la izquierda el proveditore Barbárigo sostenia ru-
imáge... choques, habiendo sido atacada por cinco turcas su galera. So-
á b... corrido por otras españolas, volvió á la carga, restableciendo por
t... aquella parte la batalla en que se creian ya los turcos vencedores.

Duraba así el conflicto con ventajas y pérdidas iguales, cuando habiendo hecho un nuevo esfuerzo la capitana de la Liga sobre la turca, se llegó por segunda vez al abordaje. Capitaneados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cardona y don Miguel Moncada, penetraron los nuestros por la galera enemiga, arrollando á la arma blanca á cuantos se les ponian por delante. El almirante Alí fué muerto de un arcabuzaso. Inmediatamente se apoderaron del estandarte imperial turco, al que daban el nombre de Sanjac, y colocaron en su lugar una cruz grande, en signo de victoria. Redoblaron con este espectáculo y el de la cabeza de Alí colocada en una pica, el entusiasmo y furia de los nuestros, y desde entonces comenzó la total derrota de los otomanos. Los forzados cristianos que se hallaban á bordo de las galeras turcas, viendo la ocasion oportuna de romper sus hierros, se levantaron contra sus verdugos y contribuyeron al triunfo de los nuestros. Varios jefes turcos, entre ellos Aluch-Alí, viendo ya infalible la derrota, abandonaron el campo de batalla, sin exponerse á mas azares, maldiciendo al general en jefe, á cuya ciega temeridad habian debido aquel desastre. Sin embargo, era tal la confusion, tal el desórden, que á pesar de

modo mas individuales. Cada buque atacaba al que tenia de frente, y se trababan ambos de cerca por las proas ó bien por los costados, que se venia por lo regular al abordaje, que se peleaba casi siempre
arma blanca. Eran así los combates mas mortíferos, mas saña-
as encarnizados. No podian faltar estos caractéres en la ba-
nto, donde tantas naciones combatian á vista de sus
utaba el imperio del Mediterráneo; donde cada
l como enemigo de su fe, y creia hacer
rocurando su exterminio. No des-
ombate en que todos los bu-
tuamente, donde eran casi
tros peleaban. Varias
mando ó echando á
nosotros per-
que despues
ué lado se
adáveres,
restos
el
,

carnizamiento igual por ambas partes Una vez llegaron á entrar las tropas de don Juan á bordo del bajel contrario; mas fueron repelidas con notable pérdida. Hacia don Juan las funciones de soldado y capitan en su navío animando á todos con su voz y dando ejemplo, colocado en los parajes de mas riesgo. Como general en jefe de la escuadra, debia de cesar su influencia desde que, empeñado el combate general, pendia la victoria del arrojo individual, pues no se trataba entonces ni de movimientos ni de evoluciones. Sin embargo los del ala derecha estuvieron siempre muy solícitos, para que los turcos no pasasen, como lo intentaban, entre ellos y la costa, con objeto de ponerse á retaguardia de los nuestros. Se vió en grande apuro Juan Andrés Doria con la galera de Malta; mas fué socorrido á tiempo por la de don Juan de Cardona, aunque Aluch-Alí habia logrado separar la capitana de la Orden, y tomarla al abordaje, habiendo perecido casi toda su gente, quedando mortalmente herido el capitan Pedro Justiniano.

Tambien por la izquierda el proveditore Barbárigo sostenia rudos choques, habiendo sido atacada por cinco turcas su galera. Socorrido por otras españolas, volvió á la carga, restableciendo por aquella parte la batalla en que se creian ya los turcos vencedores.

Duraba así el conflicto con ventajas y pérdidas iguales, cuando habiendo hecho un nuevo esfuerzo la capitana de la Liga sobre la turca, se llegó por segunda vez al abordaje. Capitaneados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cardona y don Miguel Moncada, penetraron los nuestros por la galera enemiga, arrollando á la arma blanca á cuantos se les ponian por delante. El almirante Alí fué muerto de un arcabuzaso. Inmediatamente se apoderaron del estandarte imperial turco, al que daban el nombre de Sanjac, y colocaron en su lugar una cruz grande, en signo de victoria. Redoblaron con este espectáculo y el de la cabeza de Alí colocada en una pica, el entusiasmo y furia de los nuestros, y desde entonces comenzó la total derrota de los otomanos. Los forzados cristianos que se hallaban á bordo de las galeras turcas, viendo la ocasion oportuna de romper sus hierros, se levantaron contra sus verdugos y contribuyeron al triunfo de los nuestros. Varios jefes turcos, entre ellos Aluch-Alí, viendo ya infalible la derrota, abandonaron el campo de batalla, sin exponerse á mas azares, maldiciendo al general en jefe, á cuya ciega temeridad habian debido aquel desastre. Sin embargo, era tal la confusion, tal el desórden, que á pesar de

estar ya declarada la victoria por los cristianos, continuaba con toda su furia la pelea: ¡á tanto llegó la ciega obstinacion de un gran número de buques turcos! Mas las tinieblas de la noche pusieron fin á la contienda, y los cristianos pudieron celebrar su triunfo con músicas é iluminaciones.

Resonaron en todos los ángulos de la cristiandad los ecos de la batalla de Lepanto. Ninguna fué mas celebrada en aquel siglo, sobre todo, por los príncipes católicos. La victoria fué brillante; mas sobrado cara. Perdimos en ella muchos buques, no pocos esclarecidos capitanes. Todas las naciones rivalizaron en valor y arrojo, y esta alabanza se debe tanto á los turcos como á los cristianos. Pelearon valerosamente entre los nuestros el príncipe de Urbino, Paulo Jordan, el conde de Santa Flor, Ascanio de la Corne, Octavio Gonzaga, Vicente Vitelli, el prior de Hungría, Pompeyo de Lanoy, hijo del príncipe de Sulmona, don Luis Requesens, don Pedro de Padilla, don Bernardino de Velasco y don Martin de Padilla. Merece particular mencion el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, que se hallaba en calidad de aventurero, y entró al abordaje en el barco turco donde iba Mustafá, proveedor de la escuadra, y cuya cabeza fué enarbolada en una pica. Increible parece por lo enorme, la pérdida de los otomanos. Murieron mas de doscientos turcos principales, treinta gobernadores de provincia, ciento y sesenta beyes, agaes y otros principales jefes del ejército. Igualmente perdieron la vida otros treinta mil, ascendiendo á diez mil el número de los prisioneros. Se libertaron quince mil cristianos de todas las naciones, y se tomaron ciento sesenta y cinco galeras, aunque en la reparticion no hubo mas que ciento y treinta, habiéndose quemado las restantes por inútiles.

Pasaron á felicitar al dia siguiente á don Juan de Austria los diferentes cabos de la armada, y se celebró la victoria con toda clase de festejos. Eran muy debidos á tan gloriosa accion; aunque muy pocas fueron seguidas de menos importantes resultados.

Llegó la noticia de la victoria de Lepanto al rey de España, hallándose en el Escorial, con motivo de celebrar la octava de Todos Santos, como lo tenia de costumbre. Recibió y escuchó al mensajero con la circunspeccion y gravedad que siempre usaba, siendo tan mesurado en manifestar alegría, como en dar muestras de tristeza y pesadumbre. Hizo inmediatamente que los monjes la celebrasen con solemnes cultos, y mandó, que se depositase en el

templo el estandarte turco que don Juan le remitia. Refieren algunos (1) que le dieron al rey la noticia cuando se hallaba asistiendo á vísperas; que sin hacer caso en la apariencia de semejante novedad, continuó de rodillas todo el tiempo que duró aquel acto, concluido el cual, se acercó al prior, encargándole mandase cantar un solemne Te Deum, por una gran victoria que acababan de alcanzar sus armas.

(1) Entre otras el P. Siguenza en su historia de la Orden de san Jerónimo.

CAPITULO XXXVII.

Continuacion del anterior.—Pocos resultados de la victoria de Lepanto.—No siguen los cristianos el alcance.—Se retiran las escuadras á sus paises respectivos.—Campaña inútil de 1572.—Ajustan la paz los venecianos con los turcos.—Expedicion de los españoles sobre Túnez.—Le toman.—Manda don Juan de Austria construir un fuerte cerca de esta plaza.—Salida de Constantinopla de la escuadra enemiga.—Se apoderan los turcos de Túnez, del fuerte recien construido, y del de la Goleta (1).—1571-1574.

Estaba la escuadra otomana destruida, y el terror de la derrota ya esparcido en las primeras provincias del imperio. Llegó el espanto hasta los mismos muros de Constantinopla, y el sultan quedó como aterrado al saber un desastre que le llenaba de tanto mas dolor, cuanto esperaba á cada momento la noticia de una gran victoria. Parecia pues natural que los aliados aprovechasen el favor de la fortuna, persiguiendo al enemigo, consumando la destruccion de su escuadra, dando la mano á los cristianos de la Morea, que deseaban sacudir el yugo de los turcos; arrancando á estos las conquistas que habian hecho en varias islas del Archipiélago, volviendo á plantar en las de Rodas y Chipre el pendon de los cristianos. Tal vez si se hubiesen presentado cuando duraba el terror de su nombre delante de Constantinopla, hubiesen conquistado esta silla del imperio turco; pues preparados se hallaban á combatir en su auxilio todos los cristianos de la capital, y sobre todo los innumerables genoveses que habitaban los barrios de Pera y de Galata.

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

Tal era la brillante perpectiva de fortuna y gloria que se ofrecia á los ojos de la escuadra vencedora. Fueron muchos, pues, los que opinaron por la incesante persecucion de los turcos, porque se cogiesen todos los frutos de la gran victoria, en el consejo que se celebró para deliberar sobre las operaciones ulteriores; mas prevaleció el dictámen de los que alegaron la proximidad del invierno, los grandes gastos de la campaña, la dificultad de hacerse con víveres y municiones, y la imprudencia de exponerse á perder, por ganar mas, lo que habian ya obtenido, y que era por entonces de bastante consideracion, para quedar muy satisfechos. Con esta determinacion, á todas luces tan desacertada, se salvaron tal vez los turcos, si no de una ruina total, á lo menos de gravísimos desastres. Aparece probable que no se hallaban en la mejor inteligencia los miembros de la liga; que influyó demasiado en los consejos la rivalidad de naciones, y sobre todo que no era mirada con buenos ojos la república de Venecia, á la que debia adjudicarse por el tratado de la liga, cuanto se conquistase en la Morea.

Habiéndose decidido terminar de este modo la campaña, y no queriendo batir la plaza de Lepanto, cuya expugnacion les pareció difícil, llegaron el 12 de octubre á Santa Maura. Allí dió don Juan gracias á Dios por la victoria con una solemne funcion de iglesia, con misa, sermon y procesion, á que asistieron los muchos clérigos y frailes que iban en la armada. Se procedió despues á la particion de los despojos, en cuyos pormenores entramos, para hacer ver mejor lo decisivo de la victoria de Lepanto. Se asignó al rey la capitana del turco, y además ochenta y un buques, sesenta y ocho piezas menores llamadas sacres, y tres mil y seiscientos esclavos. Al pontífice, veinte y siete galeras, nueve cañones gruesos, tres pedreros, cuarenta y dos sacres y doscientos esclavos. A Venecia cincuenta y cuatro barcos, treinta y ocho cañones, seis pedreros, ochenta y cuatro sacres y cuatrocientos esclavos. Tocaron de derecho al generalísimo diez y seis buques, setecientos veinte esclavos, y la décima parte de todas las piezas que se habian cogido. Tambien quedaron en su poder los hijos de Alí-Bajá, y cuarenta y siete principales personajes turcos.

Hecho este reparto tomó don Juan de Austria la vuelta de Mesina, donde fué recibido como en triunfo por todas las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad, y se celebró de nuevo la victoria con funciones magníficas de iglesia y toda clase de festejos públicos.

Es probable que el generalísimo desease aprovecharse de la victoria conseguida en Lepanto, persiguiendo á los enemigos sin dejarles tiempo para repararse, dando la mano á los pueblos cristianos, que deseaban sacudir el yugo de los turcos. Estaba sin duda en el carácter y en las miras de un príncipe jóven, á quien alentaban sus triunfos anteriores, y se hallaba animado de la ambicion tan propia de su edad y de su clase. Tal vez le arredraron para seguir el alcance de los enemigos, las órdenes terminantes del rey, de no hacer la guerra muy lejos de sus estados de Italia. Mas al tomar semejante disposicion Felipe II, no contaba sin duda con que sus armas alcanzarian la victoria decisiva de Lepanto. Tambien debió de hacer desmayar al generalísimo el poco ardor que en la prosecucion de la victoria mostraron los venecianos, principalmente interesados en las otras ulteriores. De todos modos, manifestaron los jefes de las naciones respectivas, mas deseos de mostrarse triunfantes en sus capitales, que de correr los azares de una nueva campaña en medio del invierno.

Fueron recibidos en efecto en Venecia Sebastian Veniero y el proveditore Barbárigo, con todas las demostraciones de regocijo y alegría, manifestadas siempre á vencedores que vuelven al seno de su pais cubiertos de laureles. En iguales términos hizo su entrada en Roma Marco Antonio Colonna, recibiendo de Pio V las alabanzas á que se habia hecho acreedor, y los honores con que tuvo á bien recompensar el gran servicio que acababa de hacer á los intereses de la Iglesia. Mayores pompas, demostraciones mas solemnes de agradecimiento aguardaban á don Juan para cuando se presentase á recibirlas de manos del pontífice.

Mientras los vencedores se dormian sobre sus laūreles, se afanaba en reparar sus pérdidas el Gran Señor, y en poco tiempo, á fuerza de actividad, y con los grandes recursos de que disponia, llegó á poner en el mar una escuadra casi tan numerosa como la que habia sido destrozada. No eran tan costosos entonces estos armamentos como ahora, y los buques de guerra, como mas pequeños, se construian tambien con mas facilidad y en menos tiempo. Así la derrota de Lepanto no hizo perder al Gran Señor ninguna de sus posesiones marítimas, ni produjo á los cristianos mas ventajas que estériles laureles, acompañados de la mengua de no saber aprovecharlos. Hasta la primavera del año siguiente de 1572, no dieron muestras de ponerse en movimiento. Pasó aquel invierno don

Juan de Austria, tanto en Nápoles como en Venecia y en Corfú, y en todas partes fué recibido con grandísimos festejos. En la capital del orbe cristiano le dió el pontífice todas las muestras posibles de agradecimiento y cordialidad, celebrándose en su obsequio solemnes cultos en la basílica de San Pedro. Se dice que Pio V al abrazarle, le dijo estas palabras del Evangelio; *Hubo un hombre enviado de Dios llamado Juan*, para hacerle sentir lo penetrado que estaba de la importancia de sus triunfos. Era opinion pública, que el pontífice le habia prometido reconocerle por el rey del primer territorio de consideracion, que á los turcos conquistase. Debió sin duda de ser esta oferta muy lisonjera para don Juan de Austria; mas no para su hermano, cuya suspicacia no tenia límites, tratándose de las personas que en nombre suyo ejercian mandos. Desde entonces, no quitó los ojos de todos los pasos de don Juan, hallando cada dia nuevas pruebas de los designios de este príncipe. Con el tiempo haremos ver los graves y hasta funestos resultados que produjo al fin esta desconfianza del rey, ó mas bien su gran disgusto de que don Juan de Austria aspirase á ser mas que el simple agente de sus supremas voluntades.

Llegó don Juan á Mesina por abril, para preparar las fuerzas que debian salir á la mar en la próxima campaña. Subsistia aun la liga ó confederacion entre las mismas tres potencias contra el turco, aunque se habian suscitado quejas y rivalidades de que adolecian las operaciones. Contribuyó asimismo á su poca eficacia la muerte del que habia dado á la liga su impulso principal, á saber, el famoso Pio V (1572), célebre por mas de un título en la historia de aquel siglo. Temia el rey que el sucesor no fuese de su parcialidad; que tal vez favoreciese al rey de Francia, de cuya ruptura con España se hablaba mucho entonces, y se daba casi ya por cierta en vista del favor que los calvinistas gozaban en aquella corte. Como se hallaba entonces la guerra tan encendida en los Paises-Bajos, daba gran cuidado á Felipe II el que Francia llegase á proteger abiertamente á los flamencos. Mas los temores no duraron mucho. Ganó ascendiente en el ánimo del rey de Francia el partido de los Guisas, jefes de la faccion católica, adictos en un todo al rey de España, y por otra parte el nuevo pontífice, Hugo Buon Compagno, que tomó el nombre de Gregorio XIII, al subir á la silla de San Pedro mostró el mismo celo que su predecesor por los intereses de la liga. Dió con esto nuevas órdenes el rey para que cuanto

mas antes se pusiesen sus galeras en campaña, si bien ya se habia perdido mucho tiempo y la ocasion de hacer conquistas.

Mientras don Juan se hallaba todavía en Mesina, salieron de Venecia Marco Antonio de Colonna, jefe de las galeras del pontífice, y el proveditore Barbárigo, en busca de los turcos. Llegaron á Corfú, donde haciendo muestra de la escuadra, se hallaron con ciento sesenta galeras, diez y seis galeazas y veinte navíos. Allí aguardaron á don Juan; mas viendo que no llegaba, ó deseando alzarse solos con la gloria, se pasaron á Cefalonia con objeto de hacer un desembarco en la Morea. Mientras tanto se hallaba en el seno de Epidaura el nuevo almirante otomano Aluch-Alí con doscientas galeras y veinte y cinco galeazas, fuerza, como se ve, superior á la cristiana. Sabedor de su proximidad salió en busca suya, y se dieron vista unos y otros á principios de agosto de aquel año (1572). Se tomaron las disposiciones para una batalla. Mandaba el costado derecho de la armada cristiana el general veneciano Soranzo; el izquierdo el de la misma nacion Canaleto, y el cuerpo de batalla Marco Antonio. Mas los turcos no aguardaron el choque, y se retiraron sobre las costas de la Morea, amenazadas de un desembarco de los venecianos.

Ya el Sultan, sabedor del gran peligro que corria aquel pais, le habia hecho guarnecer de tropas que habian bajado á toda prisa de la Macedonia, atravesando el golfo de Corinto. Así, por la poca actividad perdieron los cristianos la ocasion de apoderarse de una rica provincia que los estaba aguardando con tanta ansia. Lo mismo les sucedió con la Albania y otros paises de aquellas costas, cuyos habitantes estaban preparados á hacer armas contra los turcos inmediatamente que se viesen favorecidos por las fuerzas de la liga.

Se presentó don Juan de Austria en Corfú al regreso de las galeras de Venecia y del pontífice. Mostró mucho enojo por el mal resultado de su operacion, que atribuyó á no haberle aguardado, como estaban convenidos, para obrar de concierto con todas las fuerzas reunidas. Culparon los otros su tardanza y le hicieron ver que no habian podido diferir su salida por la premura del tiempo, hallándose ya la buena estacion tan avanzada. El resultado de todo fué que en el año 1572 nada hicieron las fuerzas de la liga.

El rey de España, cuyos asuntos en Flandes y Francia se hallaban entonces en un estado de prosperidad, como haremos ver en su lugar correspondiente, resolvió hacer nuevos esfuerzos para la pró—

xima campaña de 1573, disponiendo que el número de galeras llegase hasta trescientas; pero cuando mas ocupado se hallaba en estos preparativos, ajustaron la paz los venecianos con Selim, sin dar antes aviso á las otras dos potencias coligadas. Causó esto una desagradable sensacion, y la república pasó por infractora de los tratados, y hasta por traidora á la fe católica por la que todos peleaban. No admitió las excusas el pontífice cuando trataron de darle explicaciones de su conducta, atribuyéndola á lo imperioso de las circunstancias. Respuesta mas agria todavía dió el rey de España á sus embajadores, que intentaron convencerle de su recto proceder, manifestándoles los inmensos gastos y sacrificios que le habia acarreado una guerra, cuyas ventajas iban á redundar principalmente en beneficio de los venecianos, pues á ellos se les adjudicaba cuantas conquistas se hiciesen en la Morea y en la Albania.

A pesar de la separacion de los venecianos de la liga, no desistió el rey de España de los preparativos en que tan empeñado estaba, y ayudado de las fuerzas del pontífice, que se mantuvo fiel á los tratados, resolvió continuar una guerra en que tan interesada se hallaba su reputacion y el bien de tantos estados del Mediterráneo.

Inmediatamente que llegó á don Juan de Austria la noticia de la paz celebrada por los venecianos, quitó de su capitana el estandarte de la liga, sustituyéndole con el del rey de España. Hallándose á la cabeza de ciento y cincuenta galeras, reunió su consejo para deliberar sobre las operaciones de la próxima campaña, manifestando que por haberse separado los venecianos de la liga, no se obraria con menos vigor contra los turcos. Fueron unos de opinion que se marchase en busca de Aluch-Alí, que se hallaba al frente de la escuadra turca despues de la batalla de Lepanto. Aconsejaron otros, y entre ellos el marqués de Santa Cruz, que se cayese sobre Argel, y que despues de ganada esta plaza, se procediese á la conquista de Túnez y de Trípoli. Querian otros que dejando la primera empresa, que se tenia por muy difícil y arriesgada, se marchase en derechura sobre Túnez, como mas fácil y segura. Mas don Juan de Austria no se determinó á resolver sobre estos puntos, sin consultarlos antes con el rey de España.

Dió el rey por respuesta que la expedicion se dirigiese á Túnez, y que conquistado este punto se arrasasen sus fortificaciones, haciendo lo mismo con el fuerte de la Goleta, por los infinitos gastos que ocasionaba la conservacion de unos puntos tan distantes, sin

ningun provecho para España. Tal vez influyó en esta determinacion de arrasamiento el temor de que don Juan aspirase á ser rey de Túnez, segun se lo habia ofrecido el pontífice, como el primer estado que sobre los enemigos de la fé de Cristo conquistaba; mas no hay duda de que en la conservacion de estos puntos fuertes de la costa de Africa se invertian sumas enormes, dando lugar á muchos fraudes en detrimento de la hacienda del rey; tal era entonces la voz pública (1).

(1573.) Mientras se ocupaba don Juan en Nápoles en los preparativos de la expedicion, se acercó Aluch-Alí á las costas de Calabria á espiar los movimientos del ejército cristiano, y luego que se hubo enterado de lo que se trataba, tomó la vuelta de Constantinopla, adonde llegó en setiembre del mismo año. Mas á pesar de la actividad desplegada por el Gran Señor, pues era su designio atacar el fuerte de la Goleta y asegurar el reino de Túnez en la primavera próxima, tuvo antes lugar la expedicion de los cristianos.

Salió don Juan de Nápoles en octubre de 1573, y dejando en Sicilia á Juan Andrés Doria con cuarenta y ocho galeras, á fin de acudir con ellas á Génova si necesario fuese, por los disturbios de que era entonces teatro aquel pais, continuó su viaje con ciento y cuatro, y además cuarenta y cuatro buques de gran porte, doce barcones, veinte y cinco fragatas, veinte y dos falúas, con casi veinte mil infantes, setecientos y cincuenta gastadores, y cuatrocientos caballos ligeros con buena artillería y abundancia de municiones, pertrechos de sitio, y bueyes para arrastrar los cañones. Acompañaban además la expedicion, lo mismo que las anteriores, muchísimos aventureros, caballeros de distincion, tanto españoles como de los diversos estados de la Italia. Aportó don Juan á la isla de Fabiniana, á doce millas de Sicilia, y de allí envió las naves delante á cargo del duque de Sesa, camino de Túnez, á cuya vista llegaron sin el mas pequeño contratiempo.

Obedecia entonces este estado las leyes de un usurpador llamado

---

(1) Es muy curioso lo que sobre el particular dice Cervantes en su *Don Quijote*, y pone en boca del capitan cautivo. Hablando este de la toma de Túnez y arrasamiento del fuerte y de la Goleta por los turcos, se expresa en estos términos: «Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, »que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España el permitir que se asolase aquella »oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí »sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado »la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna que aquellas »piedras la sustentaran.»

Muley-Hamida; y cuando usamos la voz *usurpador*, queremos solo dar á entender que era el último que acababa de hacerse dueño de aquel pais violentamente, pues por lo regular no se apoyaba en otros derechos la posesion de los estados berberiscos. Se hallaba entonces ausente el Dey, y la paz de Túnez guarnecida por seiscientos turcos. Mas á pesar de esta fuerza y de cuarenta mil hombres mas del pais de que el gobernador podia disponer, abandonó la ciudad sin hacer ninguna resistencia.

Entraron en Túnez los cristianos, y á pesar de que los turcos se habian llevado en la retirada objetos de mucho valor, hicieron un botin muy rico, apoderándose además de gran cantidad de pólvora y mas municiones, de cuarenta y cuatro piezas de artilleria, y toda clase de pertrechos militares. A pocos dias llegó don Juan de Austria reforzado con dos mil y quinientos soldados que acababa de sacar de la Goleta, reemplazándolos con otros tantos que no tenian ninguna experiencia de la guerra. A cumplir exactamente con las órdenes del rey, en caso de ser tan terminantes, era todo su negocio desmantelar á Túnez, arrasar sus fortificaciones, y hacer en seguida lo mismo con el fuerte de la Goleta, llevándose la guarnicion consigo; mas la riqueza del pais, y el ser Túnez cabeza principal de un vasto territorio, le indujo á una conservacion, que tuvo con el tiempo funestos resultados. En lugar de arrasar las fortificaciones de Túnez, encargó á Gabrio Serveloni, famoso ingeniero italiano de aquel tiempo, la construccion de un fuerte para la mayor defensa de la plaza.

Inverosímil parece esta conducta de don Juan de Austria, en abierta oposicion con las órdenes del rey, y solo se explica con la hipótesis de que no eran tan terminantes como se ha indicado. Tal vez, al mismo tiempo que manifestaba el rey su voluntad, le dejaria libre de obrar de otra manera si mejor le pareciese. De todos modos, se censuró mucho en la corte de España la determinacion de don Juan, y se le acusó de querer hacerse rey de Túnez. Tal vez fué esta su intencion; mas es un hecho que restituyó su estado á su antiguo Dey Muley-Hamet, que no se hallaba lejos. Despues de haber arreglado todo lo necesario para la pronta construccion del fuerte y la mayor seguridad de la Goleta, donde dejó por general á don Pedro Portocarrero, hombre poco experimentado en la defensa de plazas fuertes, tomó la vuelta de Sicilia, y á principios de noviembre pasó á invernar á Nápoles, *porque la gentileza de la*

tierra y de las damas en su conversacion, agradabu á su gallarda edad (1).

Se alarmó mucho el Gran Señor con la conquista de Túnez por las armas de don Juan de Austria; mas en vez de aflojar en sus preparativos, redobló su actividad para entrar en campaña con el objeto ya indicado. Le incitó mas y mas á la empresa el almirante Aluch-Alí, pues como era Dey de Argel le causaba muchos temores la proximidad de cristianos. Mientras se completaban los preparativos, escribió el Gran Señor á los jefes de los pueblos de la vecindad de Túnez, y con amonestaciones y amenazas se puso en armas todo aquel pais, causando mucha alarma á los cristianos. Entonces se conoció lo prudente que habia andado el rey de España en su órden de desmantelar unos puntos fuertes de que no sacaba la menor ventaja.

Supo don Juan en Nápoles los preparativos de Selim, y aunque conoció tan tarde su gran falta, tomó disposiciones para conjurar la tempestad que á su conquista amenazaba. Mandó á don Juan de Cardona y á don Bernardino de Velasco con refuerzos para Túnez y la Goleta, sacando al mismo tiempo los trescientos hombres que habian quedado en el fuerte de Biserta que desmantelaron. Mas eran pocas estas nuevas fuerzas para los ataques que las aguardaban: se habia adelantado muy poco en la construccion del nuevo fuerte, encargada á Serveloni, sea por descuido de este, sea por falta de recursos necesarios. Se achacaba en parte el atraso de estas obras y la escasez de gente de la guarnicion de Túnez y de la Goleta, á la mala voluntad del cardenal Granvella, virey á la sazon de Nápoles, y que no cumplió el encargo que le hizo don Juan de atender á Túnez, cuando tuvo este que trasladarse á Génova á arreglar los disturbios que dejamos dicho. Así se encontraron por un lado Serveloni, gobernador del nuevo fuerte, por el otro Pedro Portocarrero, comandante en la Goleta, abandonados á sus propias fuerzas, mientras todo el pais estaba en armas, y el alcaide de Trípoli se habia interpuesto entre los dos con cuatro mil hombres para interceptar la comunicacion entre ambos puntos.

Salia mientras tanto, á fines de junio de 1574, de Constantinopla la armada turca, compuesta de doscientas y treinta galeras, cuarenta bajeles de carga y cuarenta mil soldados de Africa y de Europa, y entre ellos siete mil genízaros. Estaba toda esta fuerza

(1) Palabras de Luis Cabrera, en su vida de Felipe II, libro X, capítulo XI.

encargada al mando de Sinam-Bajá, yerno del Sultan, por creer que su nombre seria de mas autoridad entre las potencias berberiscas. A 11 de julio llegaron á vista de Túnez, de cuya plaza se apoderaron los turcos al momento, pues aunque su rey Muley-Hamet se hizo con un cuerpo respetable de infantería y de caballería, se vió abandonado de los suyos, ó por desafecto á su persona, ó por temor á las mayores fuerzas de sus enemigos.

Tomada la ciudad, restaba para concluir la campaña la expugnacion de los dos fuertes. Parecia natural que hallándose en un estado tan imperfecto el nuevo, pasase Serveloni con su guarnicion á la Goleta, que como mas avanzada en el mar, podria resistirse mientras le llegase algun socorro. Mas se obstinó el italiano en mantenerse en su primera posicion, y así se vieron los dos fuertes aislados, sitiados al mismo tiempo por fuerzas formidables. En vano pidieron ambos auxilios al virey Granvella, pues este les respondió que se hallaba con muy pocas fuerzas, y que de ningun modo las podria distraer para otras atenciones.

Aumentaba los embarazos de la situacion el que don Pedro Portocarrero, gobernador de la Goleta, no tenia ninguna experiencia del cargo que le estaba encomendado. Desde el principio de asedio comenzó á titubear, y aun á dar indicios de querer rendirse. Mas los otros capitanes le hicieron ver lo desacertado de su resolucion, y que les restaban todavía muchos medios de resistencia. Así quedó su mando como nulo desde aquel momento.

Sitiaba la Goleta el mismo Sinam-Bajá en persona, mientras el alcaide del Carban hacia lo mismo con el fuerte. Se apretaba muchísimo el cerco del primero. Ya estaban los muros medio derribados por las baterías turcas colocadas á trescientos pasos de distancia. Habiéndose llegado á cegar los fosos con faginas, troncos de árboles y mas materiales que venian á bordo de la escuadra de Aluch-Alí, no restaba ya otra cosa que el asalto. Se verificó este el dia 23 de agosto por tres partes. Atacaron los turcos con furor, y con el mismo se batieron los cristianos; mas reducidos estos á pequeño número y la plaza sin defensas, fué rendida despues de cinco horas de pelea, y los turcos entraron al pillaje, haciendo prisioneros á sus defensores.

Igual mala fortuna estaba reservada al fuerte, que se rindió al fin, pero despues de haber hecho mas resistencia que el de la Goleta. La guarnicion no era tan numerosa, y las obras mas impor-

tantes no estaban concluidas. Llegaron los sitiadores á levantar una trinchera tan alta como el muro, y además apelaron al recurso de la mina. Pero Serveloni, aunque habia cometido algunas faltas, las borró peleando como gobernador y como soldado, poniéndose el primero en todos los peligros. A mil quedaba reducido el número de sus defensores; mas no quisieron entregarse, y aguardaron el asalto. Trescientos murieron en el primero, que duró tres horas. Doscientos mas perdieron en el segundo, que duró cinco. Viéndose reducidos á tan pocos tuvieron que rendirse, quedando prisioneros en poder de los turcos, Serveloni y sus primeros oficiales. Padecieron enormes pérdidas los turcos en estos dos asedios; mas no es creible que hubiese llegado á diez mil el número de sus muertos, como algunos lo aseguran.

Así se perdió la plaza de Túnez que acabábamos de conquistar, y el fuerte de la Goleta que teníamos en nuestro poder desde el año 1535, época de la expedicion de Carlos V. Grave falta cometió don Juan en haber desobedecido las órdenes del rey; pero lo fué mayor todavía el no haber hecho mas por su conservacion, sin contar con las fuerzas formidables de que podia disponer el Gran Señor para arrancarnos la conquista. De todos modos se ve que despues de tres años de expediciones, de enormes gastos, de gran pérdida de gente, y sobre todo despues de una victoria tan decisiva y gloriosa como la de Lepanto, no tuvimos otro fruto ni otro resultado que dejar el fuerte de la Goleta en manos de los turcos.

Hicieron estos lo que antes debiera haber hecho don Juan de Austria, esto es, desmantelarle y arrasarle, practicando lo mismo con el fuerte recientemente construido. En cuanto al rey, en medio de la mortificacion que le causó este desastre de sus armas, dió órdenes para que se reparasen las fortificaciones de Oran y Mazalquivir, haciendo coostruir un nuevo fuerte llamado de Santa Cruz, con objeto de apoyar á las dos plazas.

A fin de 1575 regresó don Juan de Austria á España por mar, en dos galeras, habiendo desembarcado en Barcelona. Segun algunos, fué este viaje contra la espresa voluntad del rey, quien le envió órden para trasladarse en derechura á los Paises-Bajos. Mas esto no es probable, porque don Juan de Austria no fué nombrado gobernador general de Flandes hasta muy entrado el año siguiente, como lo haremos ver mas adelante. Lo que no admite duda es que Felipe II estaba descontento de él por su conducta en Túnez y por sus

aspiraciones al carácter y dignidad de soberano. Mas prescindiendo de estas conjeturas, fué don Juan recibido en la corte sin muestras de desagrado por parte del monarca. Pronto le veremos figurar de nuevo en un teatro donde no le sonrió tanto la fortuna como en los dos primeros.

CAPÍTULO XXXVIII.

Disturbios y alborotos en Génova.—Nobles antiguos.—Nobles nuevos.—Salen de la ciudad los primeros.—Interviene el rey de España.—El legado del Papa.—Pacificacion.—(1573-1574.)

Habiendo hecho mencion de los disturbios que habia en Génova cuando se proyectaba la expedicion de las fuerzas españolas sobre Túnez, creemos de nuestro deber dar una idea sucinta de aquellos acontecimientos, omitidos entonces por no interrumpir el hilo de la historia. No es de este sitio trazar la de aquella república, que ha desaparecido hace algunos años del mapa político del mundo. Floreció como otras muchas en los siglos que se llaman de la Edad media, y á excepcion de Venecia, que le era superior, ocupaba el lugar preeminente. Se distinguia por el comercio, por sus establecimientos marítimos, y hasta por sus conquistas, contando entre sus adquisiciones la isla de Córcega, cuyo territorio excedia en superficie al suyo propio de la tierra firme. Degeneró su gobierno, como sucedió en muchos estados de la propia clase, de democrático que era á los principios, en aristocrático, no saliendo las riendas del estado de las manos de las principales familias del pais, que se repartian el poder con exclusion de las clases inferiores. Habian tenido relaciones de alianza con los reyes de Francia, que con frecuencia se erigian en sus *protectores*, haciéndoles pagar caro este favor, que no les dispensaban sino á título de mas poderosos y mas fuertes.

Tuvieron serios altercados con objeto de sacudir este yugo con los reyes Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, sin conseguir una emancipacion tan deseada. Todavía no tenian entonces un administrador ó magistrado supremo, y en el gobierno habia en rigor tantas cabezas como familias poderosas, ejerciendo la mayor influencia la que entre ellas era la mas rica ó mas servicios prestaba á los intereses del Estado. Ocupaba en tiempo de Francisco I y Carlos V este lugar distinguido entre los magnates de Génova, el famoso Andrés Doria, uno de los principales marinos de aquel tiempo. Ayudaba á Francisco I en sus guerras con sus galeras y gente de mar; pero habiéndose indispuesto con este soberano, se pasó al servicio del emperador, y en seguida al de su hijo, en el que se mantuvo hasta su muerte, habiéndoles mostrado la mayor fidelidad en cuantas empresas se le encomendaron. Siguió su ejemplo su sucesor Juan Andrés Doria, segun acabamos de ver, en las últimas guerras entre los príncipes de la liga y el Gran Turco. Se reconocia á Felipe II como protector de Génova, y bajo sus auspicios se habian hecho algunas reformas en el gobierno del Estado, siendo entre otras la creacion de un Dux ó duque que ejercia las funciones de supremo magistrado. Tambien se habia introducido la innovacion de agregar algunas familias poderosas que llamaban de nobleza nueva, á las antiguas que estaban en posesion de ejercer exclusivamente los principales cargos públicos. Comenzaron, pues, los disturbios por las rivalidades entre estas dos clases de nobleza, pugnando las primeras por no ceder, y las segundas por participar en todo de sus prerogativas. Las cosas llegaron á términos, que el rey de España creyó ser necesario mandarles embajador extraordinario á fin de arreglar sus diferencias. Echó para esto mano de don Juan de Idiaquez, á quien acompañó don Sancho de Padilla, que debia quedar de embajador ordinario cuando se verificase la salida del primero. Llegaron los dos á Génova á mediados del año 1573, y fueron muy bien recibidos de todas las clases de la nobleza, sobresaliendo entre todos el mismo Dux recien electo. Habia salido este alto funcionario de entre las filas de los nuevos nobles, con lo que habia quedado muy contenta esta parcialidad y muy disgustada la contraria. Se hallaban por entonces algo sosegados los ánimos; mas se temian nuevos disturbios á la próxima eleccion de los principales cargos públicos. Pretendian los antiguos nobles que de todos modos les asegurasen la mitad de estas grandes dignidades; mas sostenian los

nuevos, que puesto que las clases se habian igualado, se mezclasen todos los individuos para que de entre ellos saliesen indistintamente los electos. Los primeros se obstinaron en llevar adelante su resolucion; tan desconfiados estaban de obtener en caso contrario la igualdad, y mucho menos la preponderancia.

Se agitaban estos dos partidos con aquella vivacidad que se ha visto y se verá siempre cuando unos pugnan por conservar antiguos privilegios, y los otros aspiran á participar de ellos ó á arrancárselos. Era conocida la parcialidad de los antiguos nobles con el nombre de Portal de San Lucas, y la de sus rivales con la de Portal de San Pedro, por las dos localidades en que celebraban regularmente sus conferencias. Tenian los primeros á su favor el mayor número de propiedades, las simpatías de los príncipes vecinos como el duque de Saboya y el duque de Florencia, sin contar con el virey de Milan. Contaban los nuevos nobles con las clases populares, tan celosas siempre de las prerogativas y de los privilegios de que se hallan las altas revestidas. Era hasta cierto punto una especie de lucha entre el privilegio y la igualdad, entre la aristocracia y el partido democrático.

Propendia, como es de suponer, el embajador extraordinario español, á la clase de la aristocracia, pues tales eran los sentimientos que abrigaba el rey de España; mas como le convenia ser conciliador, trató de arreglar por de pronto la disputa que se habia suscitado con motivo de la eleccion de los oficios. Por sus consejos se decidió que cada dia de las elecciones recayesen los nombramientos alternativamente en las dos parcialidades, y que ningun nuevamente elegido pudiese entrar en funciones hasta que tuviese un compañero de la otra parcialidad, para que resultase de ese modo un equilibrio de influencia y de poder, que era á lo que unos y otros aspiraban. Así se verificó en efecto, y por todo el año de 1573 se mantuvo quieta Génova sin ningunas turbulencias. En cuanto al rey de España, satisfecho de los servicios de don Juan de Idiaquez, determinó que se quedase de embajador en Génova, confiriendo á don Sancho de Padilla el mando del castillo de Milan, en reemplazo de don Alvaro de Sande, ya difunto.

El año siguiente, de 1574, se renovaron las agitaciones entre las dos parcialidades. Además de la animosidad naturalmente encendida entre ambos partidos, no faltaban quienes desde afuera añadiesen pábulo al encono. Por lo mismo que el rey de España pro-

tegia á la alta aristocracia, auxiliaba por debajo de mano el rey de Francia á las clases populares. En Milan tenia siempre dispuestas algunas fuerzas militares el virey, para caer sobre Génova cuando fuese necesario. Las mismas disposiciones manifestaban los duques de Saboya y de Florencia, siendo bien público cuál de las dos parcialidades de Génova era objeto de su simpatía. Se irritaron con esto los del partido popular, y acusaron á los nobles de llamar á los extranjeros con diversos pretextos, y entregarles despues las armas de que estaban haciendo acopios en sus casas. Fuese esto cierto ó no, se hicieron tambien con armas sus contrarios. Eran las apariencias todas de venir á las manos unos con otros; mas por la influencia de don Juan de Idiaquez se hizo salir de Génova á los extranjeros, y se mandó que los que se habian hecho con armas las entregasen, para cortar este gérmen de desconfianza y suspicacia. Quedó la ciudad tranquila, aunque solo en la apariencia; mas temerosos algunos de los antiguos nobles, se salieron de la ciudad, protestando contra lo que llamaban tiranía de sus antagonistas.

Como se consideraba el rey de España como el protector de Génova, se conducia su embajador don Juan de Idiaquez mas como árbitro de las disensiones del pais, que como simple consejero que habla solo por el deseo de ser útil. Trató, pues, de que el partido popular entrase en su deber, exponiéndole lo que debian al rey de España, el interés que tenian por lo mismo en deferir á su alta autoridad, insinuando al mismo tiempo los funestos resultados que podrian acarrearles su falta de sumision y deferencia. Mas le fué respondido por Bartolomé Coronado, uno de los principales del partido popular, que el pueblo de Génova en oponerse á las usurpaciones de los nobles, en proveer á las medidas de su seguridad, no se apartaba nada del respeto que el rey de España merecia, ni se hacia indigno de que le retirase una proteccion, á que por tantos servicios se habian hecho los genoveses acreedores.

Habian llegado las cosas al término, que segun la opinion de muchos no podria decidirse la cuestion sino por medio de las armas. Se habian roto ya las treguas que se habian ajustado en Génova entre las dos parcialidades, y cada dia iba en aumento la emigracion de los de la antigua aristocracia. Se habian algunos retirado al campo, pasado otros á paises extranjeros, y en las cortes de Madrid, Milan, Florencia y Saboya, se quejaban altamente de la tiranía de sus opresores. Continuaban mientras tanto los apres-

tos militares de los príncipes vecinos. El pontífice, deseoso de terminar las desavenencias sin efusion de sangre, mandó á los duques de Saboya y de Florencia se estuviesen quedos, y él por su parte envió por legado á Génova al cardenal Moron, con órden de mediar, con todas las artes que le sugiriese su prudencia, entre las dos parcialidades.

Se presentó en efecto el legado del Papa en Génova, mas produjo poco efecto la mision; ¡tan enconados se hallaban ya los ánimos! Ninguna de las dos parcialidades queria ceder: la del pueblo, porque confiaba en la superioridad del número; la segunda, porque se fiaba en las simpatías de los príncipes extranjeros, entre los que se contaba el rey de España. Sin embargo, continuaban los nobles antiguos desterrados de Génova, y los del pueblo nombraron diputados para que en su nombre pidiesen á la señoría que se les librase de muchas cargas y gabelas. Con el legado del pontífice se mostraron poco obsequiosos, y el cardenal Moron trató de salirse de la ciudad, cuyos disturbios, en su opinion, solo se podian ya componer por medio de las armas.

Estaba el rey católico dudoso del partido que abrazaria en semejantes circunstancias. Seguia desairada su autoridad, y los de Génova le habian faltado á la palabra de arreglar las cosas por su arbitrio. Por otra parte, el duque de Saboya mantenia inteligencias con los nobles desterrados, ofreciéndoles á todos los momentos el auxilio de sus armas; y como no eran ignorados estos tratos del partido popular, crecian las acusaciones y las desconfianzas. El pueblo, cada vez mas animado, continuaba extendiendo la esfera de sus derechos; y aumentándose con esto el número de sus diputados, llegaron á tener en el gobierno los dos tercios de los votos. Todos los ojos estaban fijos en la determinacion que tomaria el rey de España; cada parcialidad alegaba servicios pasados, y los prometian para en adelante. Alegaban los antiguos nobles que tenian posesiones en los estados del rey, que habian militado en su servicio, y pedian, para desagraviarse de sus enemigos, se les permitiese hacer uso de galeras y armas. En cuanto á los nuevos nobles ó parcialidad popular, prometian al rey armarian galeones y galeras, y que le servirian á sueldo como habian hecho en todas ocasiones. Dudaba el rey entre los dos partidos, y tenia motivos para ello. Dar á los antiguos nobles licencia para amar sus galeras, como lo pedian, era declarar la guerra civil en Génova;

armando los de afuera contra los de adentro, comprometiendo de este modo la persona de su embajador, que se veria en precision de dejar la ciudad, con grave detrimento de sus intereses. Declarándose á favor de la parcialidad popular, era temible que desconociese el pueblo sus servicios, ó se desenrollase demasiado el espíritu democrático, que por ningun estilo convenia al rey de España. Por otra parte le interesaba mucho conservar á cualquier precio su influencia y ascendiente en un pais que tanto le servia en todas sus empresas marítimas. En medio de todo le alarmaba la propension y deseo que abrigaba el rey de Francia de tomar parte en la contienda, apoyando al partido popular, para ejercer despues un protectorado parecido al de sus predecesores.

Las disensiones de Génova entre un partido popular que pugna por ensanchar el límite de su poder, y una antigua aristocracia que en sus privilegios se encastilla, fáciles son de concebirse, pues además de estar en el corazon humano, abundan en las páginas de la historia antigua, como en las de la moderna. Tambien son fáciles de imaginarse las pugnas, los conflictos, las acusaciones mútuas de ambos bandos, y las disposiciones de ánimo de los príncipes vecinos, atentos á estos altercados. Aquí, los antiguos nobles como á las puertas de Génova deseosos de hostilizar por mar y tierra á la ciudad; allí, el rey de Francia aspirando á mediar poderosamente en la contienda: por una parte, el legado del Papa intrigando porque se declarase al pontífice árbitro de estas disensiones; por la otra el rey de España trabajando por conservar en Génova su preponderancia. No contento con la persona de don Juan de Idiaquez, creyó dar mas fuerza á su embajador enviando en clase de extraordinario á don Carlos de Borja, duque de Gandía, que llegó á Génova por agosto de 1574. Para corroborar su influjo moral, hizo que don Juan de Austria pasase á Génova con algunas fuerzas. Tambien se conservaba en sus intereses Juan Andrés Doria, que á fuer de noble antiguo, desde Sagona amenazaba la ciudad con sus galeras. Por otra parte, el nuevo virey de Milan, marqués de Ayamonte, habia recibido órden de tener fuerzas preparadas para cuando fuese necesario.

Las precauciones del rey no sirvieron al principio mas que de excitar desconfianzas y exasperar los ánimos. A pesar de la dignidad de grande de España de que estaba revestido el embajador extraordinario, daban preferencia los de la ciudad á la persona de don

Juan de Austria, que sin duda era mas conciliador, mas sagaz, mas entendido en artes de gobierno. La misma presentacion de don Juan de Austria fué mirada con tanto desagrado, que le obligaron á permanecer fuera de la ciudad, y de este modo á tomar parte activa en favor de los nobles desterrados.

Mientras tanto envió el rey de Francia á Génova comisarios de oficio ofreciéndoles proteccion, y hasta por medio de las armas si fuese necesario. Mas tales fueron los recelos que causó su presencia á los embajadores de España, y tales las reconvenciones que sobre ello hicieron á la señoría, que esta dió el paso de aconsejar á los franceses se retirasen de la ciudad, cuyas turbulencias en lugar de aquietarse se aumentaban.

Referir uno á uno los pasos que se daban por entrambas partes para venir al logro de sus fines, las intrigas de las diversas parcialidades, las desconfianzas y acusaciones de unos y otros, seria prolijo y hasta inútil, tratándose de tan pequeño cuadro. Varias veces prorumpió el pueblo en abierta sedicion contra los que acusaba de querer tiranizarle; varias veces don Juan de Austria, Juan Andrés Doria y los nobles proscritos, hicieron amago de invadir la ciudad con fuerza armada. Los embajadores de España, que conocian las intenciones de su amo, trataban de contemporizar y de amortiguar el encono de los ánimos. Lo mismo hacia el legado del Papa, aunque siempre con la mira de dar á este el honor de ser el árbitro supremo de las disensiones. Mas á pesar de sus deseos de conservar la paz, tales fueron los alborotos del pueblo y las acusaciones que se llegaron á hacer al rey de España, que los embajadores de este monarca, el legado del Papa, los comisarios del emperador y otros príncipes de Italia, se vieron en precision de abandonar la ciudad, dejándola envuelta en nuevas confusiones.

Inquieta la señoría de esta ausencia, envió un mensaje á los embajadores y demás comisarios, suplicándoles encarecidamente que volviesen. Si la faccion popular en Génova se hallaba agitada y llena de encarnizamiento, no sucedia lo mismo á los nuevos nobles, que contemplaban con sangre mas fria los peligros que los amenazaban. Sus enemigos eran muchos, y llegado á declararse de una vez contra ellos el poderoso rey de España, no dudaban de su infalible ruina. Por otra parte, estaban ya algo recelosos del sobrado vuelo que habian tomado las clases populares, temiendo, y con razon, que el rigor desplegado contra los antiguos nobles, les alcanzase con el tiempo á ellos.

Fueron estos temores, de que participaban todos los individuos de la señoría, uno de los grandes elementos de la pacificacion que estaba ya tan próxima. Influyó asimismo poderosamente en ella el miedo de que el rey de España se declarase abiertamente por una de las dos parcialidades. Ni le acomodaba dar vuelos á la antigua aristocracia, ni queria que el elemento democrático fuese el preponderante en la república. En el equilibrio entre los dos ponia el principal asiento de su dominacion y de supremo ascendiente que ejercia de hecho, y no titubeaba en reclamar como derecho. Si á todas estas consideraciones añadimos que la ciudad carecia de municiones y andaban en ella ya escasísimos los víveres, concebiremos la facilidad con que se avinieron á una pacificacion que todos deseaban.

Fueron los términos de la paz los mismos en que ya se habian convenido las dos parcialidades antes de venir á la ruptura, á saber: que se ejerciesen los oficios por iguales partes entre los nobles nuevos y los viejos. Para establecer desde un principio este equilibrio, se hizo la primera eleccion por los mismos embajadores y comisarios, nombrando tantos de una parcialidad como de la contraria. Fué celebrada esta pacificacion por todos los interesados, con grandísimas muestras de regocijo y entusiasmo. Hicieron su entrada en la ciudad con todo aparato los nobles proscritos, Juan Andrés Doria y don Juan de Austria. Se celebró la reconciliacion de unos y otros con un *Te-Deum* y una misa solemne, donde celebró el legado de pontifical, concluyendo con distribuir la bendicion á todos en nombre de Gregorio XIII. Quedó por entonces Génova tranquila, y bajo los auspicios del rey de España no fué durante todo su reinado teatro de nuevas turbulencias.

El cuadro que acabamos de bosquejar, ni es vasto, ni abunda en figuras que le dén realce. Se reduce al amago de una guerra civil, que no tuvo efecto por haberse hecho la paz antes de romperse á viva fuerza las hostilidades. Si hemos mencionado estas turbulencias, no fué sino para hacer ver la importancia del rey de España, y el ascendiente que tenia hasta en los paises que no estaban bajo su inmediato mando. En su mano estuvo oprimir á Génova por medio de la antigua aristocracia, ó acabar con esta apoyando á las clases populares; pero fué mas hábil su política. No pudiendo, ó no teniendo por conveniente dominar en Génova por medio de sus armas, eligió el medio moral mas fijo de asegurar su poder en Génova, manteniendo el equilibrio, ó por mejor decir la rivalidad de las

dos parcialidades, que le miraban como el árbitro supremo de sus diferencias.

Habiendo concluido lo que teníamos que decir sobre los asuntos de Italia y guerras en el Mediterráneo contra el turco, pasaremos á otro teatro de pasiones, de rivalidades, de guerras abiertas, á saber, los Paises-Bajos, adonde algunos años antes habia pasado de órden del rey el duque de Alba.

CAPÍTULO XXXIX.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Salida del duque de Alba.—Su llegada á Italia.—Marcha entendida que emprende desde los Alpes hasta la frontera de Flandes.—Su entrada en este pais y entrevista con la princesa gobernadora.—Providencias del duque de Alba.—Prisiones de los condes de Egmont y de Horn.—Descontento de la princesa gobernadora.—Solicita esta y consigue del rey su salida de los Paises-Bajos. Instala el duque de Alba el tribunal de los Doce.—Rigores y castigos.—Se condena por traidor al príncipe de Orange, ausente, y á otros señores flamencos que se hallaban prófugos.—Preparativos mútuos para una próxima guerra.—Invasion de los Paises-Bajos.—Derrota del conde de Aremberg por Luis, conde de Nassau.—Enjuiciamiento y suplicio de los condes de Egmont y de Horn (1).—(1567-1568.)

Se puede decir que la partida del duque de Alba para los Paises-Bajos, dió principio á una época en la historia de aquellas ricas posesiones. Es difícil indicar la direccion que hubiesen tomado sus negocios, á no haber adoptado Felipe II esta medida; mas es un hecho que dió nuevo pábulo al fuego del descontento y odio al yugo español que profesaban los flamencos. Era imposible designar un hombre menos popular en el pais, ni que fuese mirado con mas antipatía por parte de sus grandes. Como de esto nada podia ignorar el rey de España, se puede considerar la providencia mas como de terror para acabar de humillar á los Paises-Bajos, que de precaucion para tenerlos en la obediencia que le debian como súbditos. No olvidemos que en aquella ocasion se hallaban apaciguadas las turbulencias, y que la princesa Margarita acababa de rogar al rey

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII y XXVIII.

su hermano que se presentase en Flandes, no como un señor que va á castigar, sino como un padre á quien ofrecian y daban garantías de futura obediencia sus hijos extraviados. Mas la partida repugnaba mucho al rey de España, y tratándose de súbditos, sobre todo de súbditos herejes, era el carácter de padre el que menos cuadraba con el suyo.

Fueron todas estas representaciones de ningun efecto. Contestó el rey que si bien estaba en ánimo de presentarse en los Paises-Bajos, creia mas prudente el que le precediesen tropas, que al mismo tiempo de afianzar la sumision del pais, aumentasen el temor y respeto á su persona. Que si Flandes estaba sujeto, el aparato de fuerzas no estaria de mas, y que en caso contrario, seria indispensable para tener á raya á los que intentasen promover nuevos alzamientos. Mas era probable, y la experiencia lo confirmó despues, que el rey no trataba sériamente de salir, y que segun su modo de juzgar el estado del pais, creyó que por ninguno estaria mejor representado en Flandes que por el duque de Alba.

Inmediatamente que fué nombrado para esta expedicion, envió el rey órden á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, de que enviasen á Milan todos los tercios de tropas veteranas que allí debian ponerse á las órdenes del duque. Era preferible que emprendiese su marcha dirigiéndose á los Paises-Bajos por lo interior de Francia; mas pareció el paso peligroso, tanto al soberano del pais, como al de España. Temió el primero que la presencia en Francia de los españoles exasperase los ánimos de los calvinistas, creyéndolos llamados para acabar de sujetarlos. Receló el segundo, que la animadversion con que aquellos le miraban, hiciese al rey Carlos empeñarse en algun paso hostil, tan natural por la antipatía de las dos naciones. Para evitar conflictos y no malograr desde un principio el objeto mismo de la expedicion, se determinó que el duque de Alba emprendiese su viaje por Italia.

Arribó este á Génova á principios del año 1567, y de allí pasó á Milan, donde cayó enfermo. Mientras su convalecencia, se fueron reuniendo todas las tropas que de las diversas partes de Italia se habian alistado, con las que el duque de Alba habia llevado de España, y en julio del mismo año pasó á todas revista este jefe superior, en Asti. No era el ejército numeroso, pues no pasaba la fuerza de diez mil hombres de infantería y mil y doscientos de caballería. No habia querido el duque de Alba admitir en las filas á gente bi-

soña, como penetrado de lo preferible que son buenos y pocos soldados, á muchos sin disciplina y experiencia. Era la mayor parte de la infantería toda de españoles, divididos en cuatro tercios, al cargo de cuatro maestres de campo tambien españoles; el resto se componia de soldados alistados en Nápoles, Sicilia, en Milan, en las islas de Córcega y Cerdeña. Figuraban en este pequeño ejército capitanes ilustres, tanto españoles como extranjeros, conocidos por su pericia y valor en los combates. Se contaba entre los primeros á Fernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba, comendador de Castilla, de la Orden de San Juan, y comandante de toda la caballería; Antonio de Olivera, á quien se encomendó un cargo hasta entonces no conocido en el ejército español, á saber, el de comisario general de la caballería; Carlos Dávalos, hijo del marqués del Vasto; Bernardino de Mendoza; Camilo del Monte; Cristóbal de Mondragon; Sancho de Avila, alumno favorito del mismo duque de Alba en el arte de la guerra; Sancho de Londoño; Julian Romero; Alonso de Ulloa y otros varios. Entre los italianos, Chiapino Vitelli, que era maestre de campo general; Francisco Paciotto de Urbino, muy entendido en fortificaciones, y que pasaba por el primer ingeniero de aquel tiempo; Gabrio Serveloni, general de la caballería; Curcio, conde de Martinengo; Nicolás Basti, con otros de no poca nombradía. Se dividió el ejército en tres trozos, capitaneados: el primero por el mismo duque de Alba; el segundo, por su hijo don Fernando de Toledo y Sancho de Londoño; y el tercero por el maestre general de campo Vitelli. Cuidó el duque de Alba de introducir en este ejército el órden mas exacto, la disciplina mas severa, y de uno y otro se dió el mayor ejemplo, en la marcha dilatada que tuvo que hacer hasta llegar á su destino. Iban delante Francisco Ibarra, proveedor del ejército, y Gabrio Serveloni, con objeto de reconocer los caminos, hacer los alojamientos, y preparar los víveres necesarios, observándose el método de pernoctar en el mismo punto consecutivamente los tres cuerpos. Emprendió su camino con direccion al monte Cenis, y pasó á la Saboya por la misma ruta que cerca de diez y ocho siglos antes habia emprendido Aníbal. Continuó su marcha por la frontera oriental de la Borgoña y por la occidental de la Lorena, teniendo gran cuidado de no atravesar el territorio perteneciente al rey de Francia. Observaba sus pasos por la izquierda un cuerpo de cuatro mil franceses mandados por el mariscal de Tavannes, á fin de impedir toda violacion de territorio. Lo

mismo hizo por la derecha un cuerpo de ginebrinos, temiendo una sorpresa del general español; mas tal fué la circunspeccion del duque de Alba, que no ocurrió el menor choque en el camino. Para encarecer la disciplina observada por los españoles en tan larga marcha, se cuenta que no ocurrió en toda ella mas desórden que el robo de tres reses, que costó la vida á sus autores.

Con la aproximacion del duque de Alba á los estados de Flandes, crecieron las inquietudes y los medios de los que tanto se habian asustado con su nombramiento. Fué la princesa gobernadora la que mas se incomodó al ver que á pesar de sus representaciones se realizaba al fin la llegada de un ejército y de un jefe que en su opinion iban á causar al pais tan grandes males. Además de la carta escrita al rey de España, de que hemos hablado anteriormente, le habia escrito otras exponiéndole siempre los gravísimos males que iban á seguirse del envío de un ejército. Algo habia calmado Felipe II sus temores, anunciándola que á la llegada de su ejército seguiria la de su persona, previniéndola que tuviese dispuesta una flota para salirle á recibir cuando tuviese la noticia de su próxima salida. Mas sin duda el rey de España anunció lo que no estaba en su mente ejecutar, como así lo hizo ver el resultado; por lo menos ya estaba la princesa Margarita desesperanzada de su arribo, cuando la presentacion del duque de Alba, en el territorio de los Paises-Bajos. Así nada pudo suavizar en su ánimo cuanto tenia de amargo para ella, la llegada de tan terrible personaje.

Hizo su entrada el duque de Alba en los Paises-Bajos con toda la pompa y esplendor que le daban su cargo importante, y el ejército lucido, aunque no muy numeroso, que le acompañaba. Recibió en Luxemburgo el refuerzo de dos coronelías ó regimientos de alemanes. Salieron muchos grandes del pais á recibirle á la frontera; unos por aficion, los mas de miedo; tal era la aprension que en general causaba su presencia.

Distribuyó el duque la mayor parte de sus fuerzas en diversos puntos, destinando una fuerte division á la plaza de Amberes, cuyo gobierno se encargó á Londoño. Con la que restaba, hizo su entrada pública en Bruselas, imponiendo respeto á la muchedumbre, y pavor á cuantos tenian algun motivo para augurar mal de su llegada. Seguido de un acompañamiento lucido y numeroso, se presentó en el palacio de la princesa gobernadora, quien le recibió con toda la ceremonia debida á su carácter. En presencia de la corte en-

tregó el duque á Margarita el despacho ó provision real que le nombraba jefe supremo y director de todos los negocios militares y de guerra en los Paises-Bajos, dejando intacta la autoridad de la princesa en los civiles. Mas cuando quedaron solos para conferenciar en privado, le enseñó otras instrucciones en que las facultades del duque resultaban ser mas amplias que en el despacho ostensible, pues no solo se le confiaba el gobierno absoluto de las armas, sino poder para levantar fortalezas, deponer autoridades, y entender en las causas de los alborotos pasados y castigo de los delincuentes. Todavía no satisfizo entonces el duque de Alba la curiosidad de Margarita en un asunto que tanto le importaba, pues habiéndole preguntado la princesa si tenia mas que exponer, le respondió el general español que aun le quedaban muchas cosas que decir; mas que las iria manifestando poco á poco, segun ocurriese la ocasion, no pudiendo comunicarlas todas en su conferencia.

Debió de considerar Margarita de Parma desde aquel momento como nula su autoridad en los Paises-Bajos. De tan amplios poderes conferidos al duque de Alba, se quejó amargamente al rey, haciéndole ver por la tercera ó cuarta vez las calamidades de que iba á ser objeto el pais, con el despliegue de una fuerza y de un rigor innecesarios en aquellas circunstancias. Mas Felipe II habia tomado su partido. Sea que hasta entonces estuviese satisfecho ó no de la conducta y política de la princesa gobernadora, creyó que el duque de Alba seria un órgano mas fiel de sus voluntades y opiniones. La mision del duque no era pues de calmar, de reducir los ánimos á la obediencia por la via de templanza y consideraciones, sino de inspirar terror por medio de castigos. Ninguno habia mas capaz de satisfacer estas miras que el duque de Alba, hábil capitan, jefe inflexible, católico intolerante, despótico por carácter, por educacion y por principios. Los de su mando fueron castigar y sujetar á los rebeldes, exterminar, si era posible, á los enemigos del catolicismo, y producir por todas partes escarmientos.

Creyó oportuno el duque de Alba comenzar sus medidas de rigor con los grandes del pais, promotores principales, en su opinion, de los pasados alborotos, resortes activos, tanto en secreto como en público, de la impopularidad y hasta del odio con que era mirado el rey de España. Eran los principales objetos de su animadversion los condes de Egmont y Horn, que habian hecho el principal papel despues del príncipe de Orange. Para hacerse dueño con mas faci-

lidad de sus personas, convocó los principales grandes á Bruselas, á fin de conferenciar con ellos sobre los negocios del Estado. No sospechó nada el conde de Egmont, hombre sencillo, incapaz de suponer en otros sentimientos que su pecho no abrigaba; pero el de Horn, mas cauto, se mantenia á mayor distancia del general español, del que tanto desconfiaba. En vano trató de inspirar al otro sus temores; en vano le hizo ver el peligro de asistir adonde los llamaba el duque de Alba. Insistió el primero en su resolucion, y el conde de Horn se vió en la precision de acompañarle.

Se verificó la conferencia por noviembre de 1567, y en el palacio de Bruselas se reunieron los grandes que habia convocado el duque de Alba. Habia tomado este todas las providencias oportunas para dar su golpe con mas seguridad, poniendo guardia de españoles al mando de Sancho de Avila, que gozaba de toda su confianza. Despues de haber hablado á los grandes de cosas generales, llamó á un cuarto vecino al conde de Egmont, y le dijo con acento entre airado y grave: «Sois preso por órden del rey, entregadme vuestra espada.» Turbado el conde con este golpe inesperado, mas sin perder su entereza, respondió: «Obedezco la órden del rey; aquí está mi espada, que tantas veces se ha desenvainado en su servicio.» Mientras se verificaba la prision de Egmont, se practicaba lo mismo con el conde de Horn por capitanes adictos al duque, y en seguida fueron ambos conducidos al castillo de Gante, donde quedaron encerrados.

Mientras estas prisiones se verificaban, tomaban las tropas de la guardia del palacio todas las medidas que podian imponer á la muchedumbre, haciendo despejar las calles inmediatas. Por el pronto no se quiso creer en Bruselas este paso contra personas que merecian y habian alcanzado la popularidad del pais; mas pronto se disipó la incertidumbre, cubriéndose de luto la ciudad con esta noticia inesperada. El terror que inspiraba. El duque de Alba hizo comprimir en el silencio estos sentimientos de dolor y de desesperacion, consolándose al mismo tiempo muchos con la idea de que el príncipe de Orange habia sabido evitar la suerte de sus compañeros, y que probablemente se veria pronto con los medios de venir á libertad al pais de la servidumbre dura que le amenazaba.

La princesa Margarita, sin cuyo conocimiento se habian hecho estas prisiones, se llenó de indignacion cuando se las comunicó de oficio el duque de Alba, manifestándole que no se le habia dado prévio

aviso, por evitarle el odio de que hubiera sido objeto la princesa en el pais, á ser ejecutadas de su órden. Mas no templó esto el resentimiento de la gobernadora, penetrada mas y mas de lo falso de su posicion, y convencida de que no ejercia en el pais mas que una autoridad nominal, indecorosa para su persona. Hizo con este motivo una exposicion al rey de España, en que sin quejarse de nadie, le pedia encarecidamente la exonerase de un cargo en que habia perdido su salud, y para cuya continuacion le faltaban ya las fuerzas, quebrantadas con los cuidados y afanes que le habian causado tantos conflictos de que habia sido Flandes teatro en los nueve años que llevaba de administracion, haciéndole ver al mismo tiempo que ya era inútil su persona, estando revestida con tan grandes cargos la del duque de Alba. Para acabar con este asunto, aunque nos adelantemos un poco en el órden cronológico, diremos que el rey acogió con todo favor esta exposicion, como quien deseaba probablemente deshacerse de la persona de la princesa Margarita. Así accedió á su súplica, y la escribió una carta muy atenta en que la daba las gracias por lo bien que se habia conducido en la administracion de los Paises-Bajos, concediéndole permiso para retirarse á Italia. Con esta licencia dirigió Margarita á los estados una carta de despedida, entregando el mando al duque de Alba; y acompañada por este hasta la frontera, tomó el camino de Parma, donde la aguardaba su marido Octavio.

Se sintió mucho en Flandes la salida de la duquesa de Parma, por la comparacion entre su persona y la del gobernante que la sucedia. Aun prescindiendo de esta consideracion, es un hecho que la princesa Margarita desplegó tino en su administracion, y que no era extraña á las artes de gobierno. Convienen todos los historiadores en que estaba adornada esta mujer de prendas varoniles, y alegan como una de las pruebas, que se hallaba sujeta á los achaques de la gota. La asociacion del cardenal Granvella, en lugar de aliviarla el peso del gobierno, no hizo mas que crearla nuevos embarazos, por la odiosidad de que fué blanco la persona del prelado. Colocada entre tantas pasiones é intereses, que mútuamente se chocaban y excluian, tuvo que valerse de gran circunspeccion, y no pocas veces que recurrir al disimulo. Necesitó ser astuta y sagaz, fingir simpatías y hasta antipatías, segun lo pedia la ocasion, pues si faltó muchas veces á la sinceridad, del mismo modo la trataban hasta los que mas se la vendian por amigos. Fué activa en su gobierno; no perdió de

vista nada de cuanto podia interesarla; no era descuidada en emplear espías para saber los pasos, tanto de los amigos como de los enemigos, y no perdonó ocasion de informar al rey del verdadero estado de las cosas. Cedia á la tempestad cuando no tenia fuerzas para combatirla. Inmediatamente que podia recuperar el ascendiente, usaba de su superioridad y no era remisa en oprimir con mano fuerte á sus contrarios. Fueron sus últimos consejos al rey dictados por el espíritu de la prudencia, y si se mezclaba en ellos su propia personalidad, redundaban mucho mas en el bien del pais y en los verdaderos intereses de su hermano. El mejor elogio de la princesa de Parma es la administracion de sus tres primeros sucesores en el gobierno de los Paises-Bajos; y si algo la pudo consolar del desvío ó ingratitud del rey, debieron de ser las desgracias que produjo en Flandes la presencia del hombre á que la habia pospuesto.

Fué la prision de los condes de Egmont y de Horn una medida de rigor, pero no un acierto. Si el duque de Alba hubiese cogido en el palacio de Bruselas todos los magnates de los Paises-Bajos que influian en la muchedumbre, se podria tal vez decir que habia cortado de una vez todas las cabezas de la hidra; pero los mas de estos grandes estaban prófugos; el principal, que era el príncipe de Orange, se hallaba salvo en sus estados de Alemania. Por eso el cardenal de Granvella, á la sazon en Roma, al saber la prision de los dos condes, preguntó si entre ellos se hallaba el Taciturno, y al decírsele que no, repuso: «No ha pescado gran cosa el duque de Alba;» dicho agudo y sentencioso, que anunciaba claramente el resultado que iba á tener aquella providencia tan á medias.

Despues de la prision de los dos condes fué instalado por el duque de Alba un tribunal especial, compuesto de doce individuos, para entender en las pasadas turbulencias, llamado con este motivo el tribunal de rebeliones y castigos. En el público se conocia mas comunmente con el nombre de *tribunal de sangre*, por la mucha que vertia. La mayor parte de sus individuos eran españoles, y el resto se componia de algunos personajes del pais, encarnizados enemigos de todos los agitadores. Era su presidente el mismo duque de Alba: el que dictaba definitivamente las sentencias, pues los otros jueces no tenian en cierto modo mas que un voto consultivo. Citó el tribunal por órden del duque á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, Antonio Lañi, conde de Hogstrart, al conde de Culemburgo, Florencio Palanti, á Guillermo, conde de Bergues, á Enrique de

Brederode y otros señores fugitivos, para que viniesen á responder á los cargos que se les hacian. Mas ellos respondieron desde afuera por medio de un escrito, que siendo caballeros del Toison de Oro, solo podian ser juzgados por el rey y por sus pares. Añadió el príncipe de Orange el paso de dirigirse al emperador y á los príncipes del imperio, haciéndoles ver lo comprometido de su dignidad en permitir que el duque de Alba pasase adelante con su tropelía. Manifestaron en efecto estos príncipes al gobernador español la excepcion en que se hallaban los grandes prófugos para ser juzgados por un tribunal ordinario; mas el duque de Alba contestó, que tales eran las órdenes del rey, y que no podia menos de llevar á su debido efecto. No habiendo comparecido, pues, los prófugos, dictó el duque la sentencia que los condenaba á la pena de traidores, é hizo conducir á España al conde de Buren, hijo mayor del príncipe de Orange, cursante en la universidad de Lobayna, sin que su corta edad de trece años, ni los privilegios de la universidad, pudiesen detener el golpe de aquella mano airada.

No fueron aquestos nobles las solas víctimas de los rigores del tribunal de sangre. Algunos otros fueron cogidos y decapitados en Bruselas y otros puntos, por haber hecho gran papel en las pasadas turbulencias. Murieron algunos despues de haber abjurado el culto nuevo y restituídose al seno de la religion católica. Persistieron otros en sus nuevas opiniones, con no poca indignacion y escándalo de los católicos celosos, y al mismo tiempo edificacion y simpatía por parte de los que sus mismos principios abrigaban, como sucede en toda lucha de partidos, sobre todo cuando están en pugna creencias religiosas.

No eran solo objeto del rigor del tribunal de sangre los magnates y los grandes, sino los hombres de las clases medianas, y hasta de la misma plebe. Cuantos eran conocidos por haber tomado parte en los pasados disturbios, en el saqueo y destrozo de los templos; cuantos pasaban por instigadores ó motores del desafecto que se profesaba al rey; cuantos estaban indicados por su profesion abierta ó adhesion al nuevo sistema religioso, fueron objeto de las pesquisas y blanco de los castigos fulminados por un tribunal que parecia sediento de venganza. Así se hallaba el pais entero sobrecogido de terror, y se contaban por miles los individuos que por librarse de la persecucion buscaban asilo en Inglaterra, en Francia y otros paises extranjeros. Habia sido proscripto con las penas mas duras

cuanto tenia hasta la apariencia de culto protestante; pero estas medidas de rigor, que parecia debian aplicarse solo á lo que entonces existiese, tenia efecto retroactivo por excesos pasados, que la política de la princesa Margarita habia sepultado en el olvido.

Era la guerra inevitable. Los proscriptos hacian por todas partes preparativos de una invasion en los Paises Bajos. Ponia en obra el príncipe de Orange todos los medios que le sugerian su genio, su ambicion y sus conexiones con los príncipes del imperio. No se descuidaba por su parte el duque de Alba, impertérrito en medio del peligro, y no cejaba un punto en la carrera de rigor é inflexibilidad que habia empezado. Entre sus medidas de seguridad se cuenta la construccion de la ciudadela de Amberes, en que se emplearon mas de tres mil hombres. Fué dirigida la obra por Paciotto, que pasaba por el primer ingeniero, de su tiempo, y se reputa hoy como el creador de la fortificacion moderna. El castillo de Amberes, erigido mas bien para sujetar y reprimir á la ciudad, que para defenderla contra sus enemigos exteriores, ha sido la primera de las obras fuertes de este género, y como tal servido de modelo á otras muchas que en el discurso de muy pocos años se erigieron. Cada uno de sus cinco baluartes, pues tiene la figura de un pentágono, llevaba el nombre de algun grande personaje, habiendo recibido uno el duque de Alba, y otro el de Paciotto, su ingeniero.

Se aguardaba de un momento á otro la invasion de los proscriptos. Los prófugos trataron de penetrar por el pais, unos por el mediodia y otros por el norte. Fué sin duda el plan del príncipe de Orange llamar la atencion del duque de Alba por varios puntos á la vez, en lo que procedia con prudencia; mas no nos parece habilidad el que dejase de entrar al mismo tiempo con todas las fuerzas que mandaba; pues cuanto mas numeroso fuese el ejército invasor, mas impresion favorable haria en sus amigos, y mas impondria al duque de Alba. Tal vez no estarian completos los preparativos del ejército que organizaba; tal vez querria probar fortuna con ensayos parciales, sin exponer mucho su persona. Dejando aparte estas consideraciones, bástanos saber que los que entraron en Flandes por el lado de Francia fueron desbaratados sin grande resistencia, por el capitan español Sancho de Avila y un cuerpo enviado por Carlos IX en auxilio de los españoles. No cupo igual suerte á los que invadieron el pais por la parte opuesta, mandados por Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. Salió á su

encuentro el conde de Aremberg, gobernador de Frisia; le aguardaba el de Nassau en una fuerte posicion, cubierto con un monte por la espalda, apoyados sus flancos en bosques intransitables, y con un terreno pantanoso al frente. Tenia además oculta una gran parte de sus tropas, para acometer de improviso á los españoles, si cometian estos la imprudencia de atacarle. Tal pareció el acto al duque de Aremberg, jefe de habilidad y de experiencia. Mas se censuró en el ejército su circunspeccion, tachándola de cobardía, y esto fué bastante estímulo para que el general español arriesgase, contra su propio dictámen, una batalla, cuyos resultados preveia. Los españoles atacaron llenos de entusiasmo, contando con un triunfo muy seguro; mas empeñados en un terreno pantanoso con las tropas que tenian al frente, se vieron acometidos de flanco, por las que estaban en celada. Al desórden causado por esta embestida se siguió una derrota completa, y habiéndose puesto en fuga los que no cayeron en el campo de batalla, dejaron en poder del enemigo un gran número de prisioneros, las banderas, los equipajes y la artillería, donde figuraban seis piezas grandes, conocidas con los signos de música, ut, re, mi, fa, sol, la. Quedó entre los muertos el conde de Aremberg, cuya pérdida fué muy sentida de todos, y en especial del duque de Alba.

En vista de un desastre que podia ser seguido de fatales resultados, resolvió moverse en persona el gobernador general con direccion á Frisia; mas no queriendo al parecer dejar enemigos por su espalda, y considerando como tales á los condes de Egmont y de Horn, á pesar de hallarse presos, aceleró su enjuiciamento, no creyéndose seguro, mientras la vida de los dos cautivos pudiese infundir ánimo en sus numerosos partidarios.

Mandó pues el duque de Alba proceder con toda actividad al enjuiciamiento de los condes. Se les hicieron los cargos de querer echar al rey de los dominios de Flandes; de haber solicitado la expulsion del cardenal Granvella; de haber instigado á los enemigos del gobierno español en la resistencia que oponian á las providencias de la gobernadora; de no haberse mostrado enemigos declarados de los confederados, ó sea mendigos; de no haber dado fuerte auxilio á los gobernadores ó magistrados contra los saqueadores de los templos y destructores de sus imágenes; en fin, de ser ocultos é indirectos enemigos del rey de España, aunque sin alzar contra él abiertamente un estandarte. Concluyó el fiscal por la pena de muer-

te, como traidores y reos de lesa majestad, y confiscacion de sus bienes, á consecuencia de este crímen. Contestaron los condes en respuesta á estos cargos, protestando contra la incompetencia de su tribunal, alegando que como caballeros del Toison de Oro, no podian ser juzgados por el rey y el colegio de los de esta Orden. Con esta salvedad, dijeron en descargo, que jamás habian sido enemigos del rey, ni querido despojarle de su dominio de los Paises-Bajos; que jamás habian obrado nada en perjuicio de sus intereses, ni tomado parte por sus enemigos, y los perturbadores de la paz y el órden público; que si no se habian mostrado enemigos declarados de los confederados, y otros que desaprobaban las providencias del rey, habia sido por servirle mejor, empleando vias de conciliacion, preferibles, en su concepto, á las del rigor y del castigo. Respondieron, en fin, lo bastante para ser absueltos en la opinion general, que tanta simpatía mostraba hácia sus personas, y achacaba al rencor y ferocidad del duque de Alba el rigor con que eran tratados; mas no para satisfacer al tribunal, ni menos al duque, quien en nombre del rey, por su especial autoridad, para ser caballeros del Toison de Oro, los condenó á ser degollados por manos del verdugo. Inmediatamente los hizo conducir de Gante á Bruselas, donde debia verificarse la sentencia.

Al ser comunicada á los dos condes, ya de regreso en la capital, manifestaron extrañeza, pues no creian que llegase á tanto el odio de sus enemigos y la animadversion del rey; pero no por eso se abatieron, y como varones esforzados y cristianos se prepararon á la muerte. En aquellos tristes momentos escribió el conde de Egmont una carta al rey en lengua francesa, que por lo sentido de sus expresiones y lealtad que respira, merece ser mencionada por todos los historiadores. Dice así, sobre poco mas ó menos: «Señor: Ha»beis tenido á bien que sea condenado á muerte un súbdito y cria»do vuestro, que jamás dedicó á otra cosa su ánimo y sus fuerzas, »que á serviros. Da testimonio todo lo pasado de que, en ningun »tiempo ahorré mis trabajos ni mi hacienda en vuestro obsequio, y »que expuse á mil peligros la misma vida, que nunca estimé en »tanto, que no la hubiese cien veces trocado de muy buena gana »con la muerte, si acaso en la menor cosa pudiese ser á vuestra »grandeza de embarazo. Por esto no dudo que, despues de haberos »enterado bien de lo que aquí se ha hecho, reconocereis con cuán»to agravio se ha procedido conmigo, cuando os hicieron creer de



SUPLICIO DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORN

te, como traidores y reos de lesa majestad, y confiscacion de sus bienes, á consecuencia de este crímen. Contestaron los condes en respuesta á estos cargos, protestando contra la incompetencia de su



SUPLICIO DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORN

»mí, lo que ni he pensado. De esto llamo por testigo á Dios, y le »pido, que si en algo he faltado á las obligaciones que creí tener al »rey y á las provincias, castigue á esta alma, que ante su tribunal »será hoy mismo presentada. Y así os suplico, señor, no habién»doos de suplicar ya mas, que en retribucion de mis trabajos y »servicios, tengais alguna compasion de mi mujer y de mis once »hijos y criados, que dejo encomendados á algunos pocos amigos. »Teniendo por cierto que por vuestra natural clemencia lo hareis, »voy á padecer la muerte, que recibo resignado, cierto, de que con »este mi fin se satisfará á muchos. En Bruselas á 5 de junio á las »dos horas de la noche, año 1568. De V. M. muy humilde, fiel y »obediente súbdito, y criado preparado para morir. Lamoral, conde »de Egmont.»

Entregó el conde de Egmont esta carta al obispo de Iprés, que le asistia en sus últimos momentos, á fin de que fuese dirigida al rey, y al dia siguiente salió acompañado de su confesor á la plaza pública de Bruselas, donde estaba preparado y tendido de negro su cadalso. Subió á él con paso firme, y se arrodilló sobre un almohadon que delante de un Crucifijo de plata le tenian dispuesto. Despues de un rato de oracion, pasó á manos del verdugo, que le cortó la cabeza, cubriendo en seguida el cadáver con un manto, á fin de que no fuese visto del conde de Horn, que iba á sufrir la misma suerte. Mas no se le ocultó á este lo que acababa de ocurrir, y clavando sus ojos dolorosamente en el cuerpo cubierto de su amigo, pasó igualmente á arrodillarse al pié del Crucifijo, y de aquí á manos del verdugo. Clavaron las cabezas en escarpias de hierro, y despues de permanecer expuestas á la vista del público por espacio de dos horas, se trasladaron los cadáveres á la iglesia mas próxima, en que se les dió decente sepultura. Presenció todo el pueblo de Bruselas con lágrimas, con sentimientos de terror é indignacion, con ardientes deseos de venganza, tan lúgubre espectáculo, que iba á ser seguido de toda suerte de calamidades.

Cualquiera que sea el colorido que el espíritu de pasion ó de partido dé á estos hechos, basta su autenticidad para que el hombre dotado de una sana razon los coloque en el sitio que merecen. Pertenecian los dos condes á las familias mas ilustres del pais, enlazadas con otras de igual rango en Francia y Alemania. Los servicios que el conde de Egmont habia hecho á Carlos V y á su hijo eran

tales, que ningun monarca podia desconocerlos, sin nota de negra ingratitud ó sobra de injusticia. De carácter franco y demasiado comunicativo, si pudo cometer algunas imprudencias de palabra, jamás habian desmentido sus hechos los sentimientos de lealtad y fidelidad que profesaba al rey de España. No podia un señor flamenco, de grande influencia en el pais, aprobar explícitamente la política de este monarca, con respecto al gobierno de su patria. Se mostró enemigo del cardenal Granvella: reprobó los edictos relativos al establecimiento de la Inquisicion, fulminados tan imprudentemente en la corte de Madrid; no se mostró enemigo declarado de los mendigos, pero en todos cuantos lances se vió comprometida la autoridad del rey, tomó parte en su defensa, como cumplia á un buen súbdito, ó sea vasallo, como entonces se decia. No se mostró protestante, ni abogado protector de los que la nueva secta profesaban. Una prueba de lo satisfecho que estaba de haberse conducido bien es, que á pesar de que no podia serle desconocido el carácter severo y suspicaz del rey, no siguió el ejemplo del príncipe de Orange, cuando supo el nombramiento del duque de Alba, para el gobierno general de Flandes. Fué su solo crímen el no haberse mostrado siempre instrumento y ciego aprobador de todas las disposiciones del rey, y haber visto los asuntos del pais con los ojos de un flamenco y no de un español, á quien podian ser indiferentes el bienestar y prosperidad de los Paises-Bajos. Fué bastante este crímen para sepultar en el olvido sus grandes servicios, y hacerle perder su cabeza en un cadalso á la edad de cuarenta y seis años, dejando once hijos huérfanos, como en razones tan sentidas manifestó en su última carta al rey de España. No rodeaba tanto brillo á la persona del conde de Horn, aunque tambien se le puede considerar como eminente personaje. Murió de cuatro años mas de edad que el de Egmont, y tampoco en toda su vida habia mostrado otros sentimientos que los que distinguian á su compañero. Debe pues la historia imparcial considerar el suplicio de los dos, como uno de aquellas atrocidades que solo puede disculpar el espíritu de fanatismo, ora civil, ora religioso, que en todas épocas, y sobre todo en aquella distinguia á los soberanos y á los pueblos; y hay que tener presentes, que en este hecho tuvo tanta y mas parte el rey que su lugarteniente. De todos modos, aun mas que atrocidad, debe ser considerado en política como enorme desacierto. Encendió este su-

plicio de nuevo las llamas de la discordia y de la guerra; y si es verdad, como dicen algunos historiadores, y es muy probable, que en la sangre de los dos cadáveres mojaron muchos habitantes de Bruselas sus pañuelos, se puede decir que fueron estos otros tantos pendones de insurreccion y de venganza.

CAPÍTULO XL.

Continuacion del anterior.—Sale el duque de Alba de Bruselas en busca del conde de Nassau.—Le hace levantar el sitio de Groninga.—Le derrota en los campos de Gemingen.—Vuelve á Bruselas.—Penetra el príncipe de Orange con su ejército en los Paises-Bajos.—Sale de nuevo el duque de Alba de Bruselas y se establece en Maestrich.—Paso del Mosa por el príncipe de Orange.—Presenta batalla al duque de Alba.—No la acepta este.—Escaramuzas.—Se retira el de Orange y pasa el Get.—Derrota del cuerpo que deja á retaguardia de este rio.—Se junta el príncipe de Orange con un cuerpo auxiliar de Francia.—Crecen sus apuros y dificultades.—Se vuelve á sus estados de Alemania.—Entrada triunfal del duque de Alba en Bruselas.—Ereccion de su estatua en la ciudadela de Amberes.—Nuevos rigores.—Contribuciones.—Publicacion del decreto de indulgencia. (1568—1572.)

Desembarazado el duque de Alba de los dos presos, cuya existencia tantos temores le infundia, salió de Bruselas en busca de Luis de Nassau, que despues de su victoria sitiaba la plaza de Groninga, defendida por Vitelli, maestre de campo general de las tropas españolas. Partió para Amberes, y habiendo tomado sus medidas para guarnecer bien el castillo que acababa de erigirse, salió de esta plaza con direccion á la sitiada, habiendo hecho algunos altos en el camino, para recoger la artillería y todas las tropas que debian acompañarle. Llegó el 15 de julio de 1568 á la plaza de Groninga, y sin detenerse casi en ella, marchó en busca de los reales enemigos. Se componia su ejército de diez mil infantes y tres mil caballos. Igual fuerza, con poca diferencia, contaba el de Nassau, aunque con algo menos de caballería. Atacaron los españoles los

reales con gran ímpetu; mas el conde no aceptó la batalla, y despues de algunas escaramuzas, en que los nuestros llevaron lo mejor, se retiró al abrigo de la noche al pueblo de Gemingen, á la entrada de la Frisia, donde tomó una ventajosa posicion, aguardando la llegada de los españoles. Tenia á sus espaldas la ciudad amiga de Hemdem, donde esperaba de un momento á otro refuerzos considerables de su hermano el príncipe de Orange. Estaban defendidos sus flancos por el rio Ems y por lagunas y pantanos casi intransitables. Solo su frente era accesible por medio de un dique, y para defender la entrada, habia construido una fuerte batería, que no se podia atacar sino de frente. Mas todas esas ventajas se neutralizaron por el descontento y la sedicion de sus tropas de Alemania, que á grandes gritos pedian sus pagas devengadas. Sabedor el duque de Alba de esta circunstancia, no perdió tiempo en acometer, separando de su ejército un cuerpo considerable, para hacer amagos por los flancos y la retaguardia. Tomó el duque en persona el camino del dique, como en ademan de atacar la batería; mas mientras llamaba sobre sí toda la atencion del enemigo, marchaba por su órden una columna al mando del capitan español Lope Figueroa, quien haciendo un gran rodeo, y metiéndose por los pantanos atacó briosamente la batería por el flanco, con gran derrota de los enemigos, y abrió al duque de Alba la puerta de su campo. Atacaban al mismo tiempo los españoles por la retaguardia y por los flancos, y aumentándose el desórden con la sedicion abierta de los alemanes, se consumó la derrota ya empezada con la toma de la batería. Fué la victoria sangrienta y decisiva. Los alemanes entregaron las armas; muchos murieron en los reales; otros mas se ahogaron en los pantanos y en el rio. Se hace ascender el número de los enemigos muertos á seis mil, que comparado con el de sesenta que se dice tuvieron los españoles, indica la confusion introducida en el campo enemigo, y lo poco que fué disputada la victoria. Cogieron los españoles veinte banderas, diez piezas de artillería, y además las seis que antes habia perdido el conde de Aremberg; todo el equipaje de los jefes principales, incluso el del mismo general en jefe. Se dice que este se puso en salvo por medio de un ardid, dejando sus vestidos en el campo para que le creyesen muerto, pasando á nado con un disfraz el rio, para no ser personalmente perseguido.

Hizo esta batalla de Gemingen una profunda impresion, tanto en los amigos como en los enemigos. Fué celebrada por los primeros

con grandísimo entusiasmo, y se le dió una importancia tal, que en la opinion de muchos, quizás en la de la generalidad, pasó por milagro. En muchas iglesias fué celebrada con toda solemnidad, y no fué en Roma donde se hizo menos fiesta. No entraremos en infinitos pormenores sobre hazañas particulares. Se hacen grandes elogios del capitan español Figueroa, jefe de la columna que atacó la batería, y el principal autor de la victoria. Los españoles usaron con demasiada largueza, ó por mejor decir, abusaron con crueldad del triunfo conseguido, aunque esta conducta no se debe achacar á influencia, ni aun disimulo, por parte del general español; pues habiendo el trozo de Cerdeña incendiado en su furor algunos pueblos de las inmediaciones, fueron severamente castigados los autores del exceso, y privados de su cargo los oficiales y jefes que lo habian permitido.

Derrotado tan completamente el ejército del conde de Nassau, regresó el duque de Alba á Groninga, y de aquí por la via de Amberes tomó la vuelta de Bruselas, habiendo encontrado en el camino á su hijo don Federico de Toledo, duque de Huesca, que le traia un refuerzo de dos mil hombres, casi todos españoles. A muy pocos dias de su llegada á la capital, tuvo el general español que dejarla, para salir al encuentro del príncipe de Orange, que intentaba invadir el pais, cayendo sobre la provincia de Brabante.

No habia estado ocioso este caudillo durante su permanencia en sus estados de Alemania. Organizó allí cuantos medios le sugeria su genio y su ambicion, para hacer frente al rey de España, dirigiéndose á los príncipes que participaban de sus sentimientos. La prision y suplicio de los condes de Egmont y de Horn dieron nuevos estímulos á su actividad, y suficientes pretextos para las medidas hostiles en que tanto se ocupaba. Para hacerse mas jefe del partido, captarse la confianza de los descontentos y la amistad de los príncipes luteranos, se declaró abiertamente de su comunion, y esto le dió armas para combatir mas de lleno la intolerancia religiosa y el sistema de persecucion que habia adoptado el duque de Alba. Publicó manifiestos contra la política sanguinaria, contra el plan de opresion y servidumbre á que habia condenado á su pais el rey de España. Con su actividad y medios que le daba su influencia personal, allegó un ejército de veinte y ocho mil hombres; diez y seis mil infantes y ocho mil caballos, compuesto de flamencos, franceses y alemanes. En sus filas figuraban, además de su hermano Adolfo, algunas per-

sonas distinguidas, como Casimiro, hijo del conde Palatino, el conde de Schwartzemberg, dos de los duques Sajonia, el conde de Hoogstrat y Guillermo Lumey de la familia de los condes de la Marca. Con estas tropas, pasó el príncipe de Orange el Rhin, y sentó sus reales en las orillas del Mosa, cerca de Maestrich.

No manifestó el duque de Alba mucha inquietud por la aproximacion del príncipe de Orange. A los manifiestos en que este hacia ver los príncipes y potencias que apoyaban su causa y entraban en su alianza, respondió con la enumeracion de otros mas poderosos que estaban á favor del rey de España. Sin detenerse, salió de Bruselas, y se dirigió á Maestrich, separándole solo ya el Mosa del ejército contrario.

No podia estar la guerra ya mas pronunciada. Se habian convertido los antiguos súbditos del rey en abiertos enemigos, con pendon alzado y ejércitos, que buscaban á los de su antiguo soberano. Luchaban en los Paises-Bajos, como en otros de Europa, dos creencias religiosas enemigas, cuyos intereses iban igualmente mezclados con las de la política del mundo. A motivos tan poderosos se unia el espíritu de independencia, el deseo de sacudir el yugo extranjero, pasion ya dominante en los Paises-Bajos. No era el enemigo mas temible para el duque de Alba el príncipe de Orange, sino el descontento general, subido de punto por las persecuciones é inflexibilidad que habia desplegado. A los antiguos ó mendigos, habian sucedido otros mas verdaderos, que con el nombre de *silvestres*, recorrian el pais y se encarnizaban en cuantos soldados del duque de Alba ó partidas sueltas encontraban por los campos. El pueblo entero hacia votos por la suerte favorable de las armas del príncipe, y cada vez se manifestaban mas síntomas de odio al rey de España.

Trataba el duque de Alba de impedir el paso del Mosa al príncipe de Orange; mas conservando este siempre el carácter de agresor, consiguió su intento de ponerse en la otra orilla, haciéndolo sin ser molestado, y fuera de la vista de los españoles. Se dice que, para vadearle con mas comodidad, imitó el ejemplo de Julio César en el paso del Loira, amortiguando el ímpetu de la corriente con su caballería colocada un poco mas arriba del vado, estrechados completamente los caballos y los hombres, que formaban una especie de dique á la corriente. Tan difícil parecia la empresa, que al comunicar al duque de Alba la noticia, preguntó, si las tropas del príncipe tenian alas para pasar un rio tan caudaloso como el Mosa.

A seis millas de los españoles, asentó sus reales el príncipe de Orange. El dia siguiente salió en su busca, en actitud de ofrecerle batalla; mas no quiso aceptarla el duque de Alba, á pesar de que el maestre general del campo opinaba lo contrario.

Era sin duda interés del príncipe el combatir, fiado en la ventaja que le daba la superioridad de sus fuerzas; mas el duque de Alba, tan prudente como esforzado capitan, esperaba la victoria, sin exponerse al azar de una batalla. Sabia que las tropas enemigas tenian pagas para poco tiempo, y confiaba en que el descontento, la indisciplina, y al fin la sedicion, le proporcionarian las mismas ventajas que en Gemingen. Se redujo, pues, la campaña por entonces á escaramuzas, en que las ventajas se equilibraban por una y otra parte. Casi siempre eran los incitadores los del príncipe de Orange, quien no perdonaba medios ni ocasion de provocar un conflicto, haciendo correrías y saqueando pueblos á las inmediaciones de Maestrich, á vista de los españoles. Mas el duque de Alba, constante en su plan, é impertérrito, á pesar de las murmuraciones de su propio campo, permanecia inactivo, ya sabedor de que tardarian poco en faltar víveres y dinero á los del príncipe de Orange. Habia este en vano puesto el sitio á varias plazas del Brabante, con el principal objeto de sacar dinero y víveres; mas fué de todas ellas rechazado, apoyados los de adentro en el ejército del duque de Alba, quien aunque evitaba un compromiso serio, estaba siempre de observacion, y pronto á seguir al enemigo los alcances.

Se movió el príncipe de Orange hácia la plaza de Tongres, y le siguió el duque de Alba, no como quien busca batalla, sino de observacion y en actitud de defender la plaza. Una escaramuza de poca consideracion tuvo lugar entre unos y otros, y aunque fué desventajosa para los de Orange, aguardó á los nuestros, creyendo que se iban á empeñar mas seriamente. Pero firme siempre el de Alba en su resolucion de no pelear, esperando la victoria de otros medios, permaneció inactivo á pesar de las representaciones de sus jefes principales. Comenzaba á resentirse el ejército enemigo de los males que con tanta prudencia habia previsto el duque de Alba. Los soldados carecian de pagas; y hubiese estallado en el campo una abierta sedicion sin la noticia que se tuvo de la próxima llegada de un refuerzo de Francia muy provisto de dinero. A su encuentro marchó pues el príncipe de Orange, despues de una entrada en San Trudent, donde se hizo con víveres y algunos fondos. Le separaba de sus

amigos el pequeño rio Get, y no queriendo ser perseguido por los españoles, dejó á retaguardia al coronel Felipe Marbois, señor de Loverval, con dos mil arcabuceros y quinientos caballos, para entretenerlos mientras su ejército pasaba el rio. Observada esta maniobra por el duque de Alba, mandó á su hijo don Federico y al maestre de campo general Vitelli, que cayesen sin perder instante sobre este cuerpo separado. Atacaron los españoles con ardor, y aunque fueron repelidos con el mismo, tuvieron los enemigos que ceder á fuerzas superiores. Acosados por todas partes, se metieron en una casa fuerte, donde continuaron haciendo una obstinada resistencia. Despues de varias negativas de rendirse, procedieron los españoles al incendio del castillo, á cuyo efecto salieron todos los que estaban dentro embistiendo á los contrarios, trabándose entre unos y otros un combate sangriento al arma blanca. No se salvó ninguno de los del príncipe de Orange, siendo prisioneros los que no murieron. Quedó en manos de los españoles el coronel Loverval con tres heridas, y lo mismo el conde de Hostrart, que murió de resultas de tener atravesado el brazo con tres balas. Dió elogios el duque de Alba al arrojo de los vencedores, y su hijo don Federico no fué el que tuvo menos parte en estas muestras de aprobacion tan justamente merecidas.

Presenciaba el conflicto desde la otra orilla el príncipe de Orange, y aunque varias veces resolvió volver á pasar el rio con objeto de auxiliar los suyos, otras tantas desistió de su propósito temiendo los azares á que se exponia. Así pagó la falta enorme de dejar á retaguardia un cuerpo tan escaso, que no podia menos de ser completamente derrotado.

Por otra parte insistia mas que nunca el maestre de campo general Vitelli en que el duque de Alba pasase el rio y cayese sobre el príncipe de Orange, suponiéndole desmayado con la desgracia de los suyos; pero el general español, siempre inflexible, é irritado además con advertencias que creia depresivas de su dignidad, amenazó con las penas mas severas, y aun la de la muerte, á cualquiera que le hablase de cambiar de propósito y de planes que hubiese concebido.

Se reunió el de Orange con los refuerzos que venian de Francia, compuestos de tres mil infantes y quinientos caballos, al mando del señor de Genlis, maestre de campo del príncipe de Condé; mas en lugar de mejorar esto el semblante de su situacion, aumentó sus



apuros, pues los recien venidos no traian dinero ni proporcionaron medios de subsistencia, que les iban faltando á cada paso. Se aumentó con esto el número de los necesitados, creciendo en la misma razon el descontento. Viéndose en esta situacion el príncipe de Orange, sin víveres, sin dinero, sin poder encender la guerra civil en el pais, sin poder dar batalla al duque de Alba que le venia siempre observando é incomodando en sus movimientos, pensó seriamente en abandonar aquel teatro militar, retirándose á Alemania para aguardar allí mas favorable coyuntura. Así lo hizo, forzando el paso por Lieja, cuyo obispo no quiso concedérsele de grado, y entrando asimismo en Quesnoi, saqueando entrambas plazas. Al tocar en Francia se halló con la negativa del rey Carlos de que entrase en sus estados; y como tratase de penetrar á viva fuerza, se le amotinaron sus soldados franceses no queriendo hacer armas contra su monarca. En esta situacion, deshaciéndose de sus joyas, preseas y cuanto tenia de valor en su equipaje, trató de pagar á las tropas como pudo, y seguido de una parte muy pequeña de las que le habian acompañado, tomó con ellas la vuelta de sus estados de Alemania.

Así terminó en 1569 la primera campaña de la guerra de los Paises-Bajos. Fueron los dos hermanos Nassau poco afortunados en sus expediciones; mas cualquiera echará de ver que cometieron una falta en no haberlas emprendido al mismo tiempo. Acometiendo ambos por un punto, se hubiesen visto muy superiores en fuerza al ejército español: invadiendo por puntos separados, hubiese sido aun mayor la ventaja, por obligar al duque de Alba á dividir sus fuerzas. No se explica fácilmente esta falta de concierto sino achacándola á los pocos medios pecuniarios de que ambos disponian. Probablemente organizó las suyas antes el conde Luis, y tuvo que ponerlas en accion para no pagarlas sin hacer servicio. Sin duda por el mismo apuro, tardó mas el príncipe en acudir al teatro de la guerra. Tambien se puede notar que la invasion de ambos no produjo movimientos populares. Por mucha que fuese la simpatía de que eran objeto probablemente inspiraron poca confianza, cuando no corrieron de varios puntos á sus estandartes.

Expelidos los dos hermanos del territorio de los Paises-Bajos, se podia dar por finalizada la contienda. Así lo creyó al menos el duque de Alba, separando de su ejército una division de tres mil infantes y dos mil caballos, que á las órdenes del conde de Mansfeld,

envió de socorro al rey de Francia, cuyas tropas se distinguieron en las batallas de Jarnac y Montcontour, de que ya hablaremos en su lugar correspondiente. Tan satisfecho quedó el duque de Alba de sus victorias, que hizo en Bruselas una entrada triunfal con la mayor pompa y aparato. Mandó celebrar en todas partes estos sucesos con festejos públicos. En Bruselas se hizo todo esto con gran pompa, y hubo hasta torneos, en que manifestaron su bizarría y su destreza muchos capitanes españoles. Mas el pueblo debió de tomar poca parte en todos estos regocijos, en estos cánticos de triunfo que celebraban su propio vencimiento. No templó el brillo de la victoria el odio que al general español se profesaba, y esta animadversion creció de punto, con la creacion de un trofeo construido con los cañones que se cogieron al conde de Nassau, y colocado en la ciudadela de Amberes con la mas solemne ceremonia. Representaba una efigie armada señalando con el brazo derecho la ciudad, pisando dos estatuas de bronce, que segun la interpretacion general, designaban la nobleza y el pueblo de los estados de Flandes. Tenian las estatuas pisadas muchas manos armadas con librillos, bolsillos y hachas; las caras con máscaras, y de los cuellos les pendian horteras y talegos, haciendo alusion á los confederados ó mendigos. Se leia en el pedestal de la estatua la inscripcion siguiente: «Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, gobernador de Flandes por Felipe II rey de las Españas, fidelísimo ministro del muy buen rey, erige este monumento por haber extinguido la sedicion, expelido á los rebeldes, cuidado de la religion, adelantando la justicia, y de esta suerte asegurado la paz de las provincias.» Adornaban los otros costados varios emblemas alusivos á lo mismo y al pié de toda la obra se leia el rótulo de: «Lo hizo Dockelin (1) del bronce cogido al enemigo.» Fué esta manifestacion fastuosa objeto de tanta envidia y murmuracion en la corte de Madrid, como de odiosidad para casi la generalidad del pueblo de los Paises-Bajos.

Estaban vencidos los ejércitos de los descontentos, mas no vencido el descontento mismo. No se vió menos blanco de odio el duque vencedor, que el que se consideraba como verdugo de tantas víctimas en Flandes. No se templó con los triunfos el sistema de rigor, ni fué menos la actividad con que se perseguia á los acusados de

(1) Strada escribe «Junjelin.» No es este el solo ejemplo de la variedad con que se ven estampados en los diferentes autores unos mismos nombres propios.

herejía ó de desafeccion al rey de España. No pasaron desapercibidas cuantas demostraciones de simpatía se hicieron en favor de las tropas invasoras, cuantos deseos se manifestaron de que fuese el vencido el duque de Alba. Continuaron llenándose las cárceles de acusados políticos, expiándose en el cadalso el delito de no haber sido en todos tiempos fiel súbdito del rey, engrosándose en los paises extranjeros el número de los refugiados y proscriptos. Para poner el sello á tanta odiosidad, impuso el duque la contribucion de la décima parte de todos los bienes muebles que vendiesen; de la vigésima de los inmuebles tambien en venta, y la centésima una vez del líquido valor de unos y otros. Dió el duque de Alba por motivo de esta nueva contribucion el atender á los gastos de la guerra y demás medios que se empleaban para conservar la paz y la tranquilidad en los estados. Mas era esta misma paz y tranquilidad forzada la que llevaban con tanta impaciencia los pueblos de Flandes, y así fué esta contribucion objeto de nuevas murmuraciones, de nuevos disgustos, y su cobro encontró en todas partes la mas viva resistencia, tanto por los contribuyentes, cuanto por los mismos estados del pais, reunidos en Bruselas. Pero á proporcion que se pronunciaba esta resistencia, crecia la obstinacion del duque; manifestando que como era la rebelion de los estados de Flandes obra exclusivamente suya, y por ningun estilo de los españoles, á los primeros tocaba resarcir con dinero los daños y gastos que la guerra habia ocasionado: que el dinero exigido no era de ningun modo para él, y sí para entrarle en las arcas públicas y atender á los crecidos gastos en que por bien del servicio estaba tan comprometido. Mas no por eso se mostraron sumisos los estados, quienes enviaron comisionados á Madrid para quejarse de los gravámenes que iban á pesar sobre un pais, tan menoscabado en su comercio y en su industria.

Se agravió mucho el duque de semejante embajada, imaginando lo que sus enemigos en la corte de Madrid se aprovecharian de estas quejas para ponerle en mal lugar con el monarca. Con objeto de templar un poco la animosidad, trató seriamente en publicar el edicto del perdon, otorgado á duras penas por Felipe II á sus súbditos rebeldes. Habia tres años que la princesa gobernadora habia aconsejado esta medida, como la única capaz de restitutir la calma á los estados, alegando entre otras razones, que siendo infinitos los culpables, era imposible castigarlos todos. Mas Felipe II, poco inclina-

do á la blandura, habia desoido la proposicion, y no entró en ella hasta despues de los suplicios ya expresados y las victorias obtenidas por el duque de Alba sobre el conde de Nassau y el príncipe de Orange. Todavía tardó el duque de Alba un año en publicar este edicto; tan poco inclinado era á cuanto oliese á perdon é indulgencia hácia pueblos que de todo corazon aborrecia. Mas ahora le pareció llegado el caso de hacer ver á los flamencos que tenian un señor muy bondadoso y verdadero padre de los pueblos en el rey de España.

Se celebró en 1570 la ceremonia de la publicacion del edicto en Amberes con la mayor pompa y aparato. Se hizo una funcion solemne de iglesia en la catedral, á la que asistieron el duque con su comitiva, las autoridades del pais y una inmensidad de pueblo. Subió al púlpito el obispo de la diócesis, y leyó en alta voz el breve pontificio, por el que la santidad de Pio V absolvia de herejía á los flamencos. Se oyó la voz del prelado con el mayor recogimiento; mas hácia el fin de su lectura le acometió un accidente que le privó de sus sentidos, y se tuvo por muy mal agüero, como anuncio del poco fruto que se iba á sacar de la indulgencia.

En seguida se dirigió el duque á la plaza pública, donde se habia erigido un gran tablado, y colocado en medio de una especie de solio muy lujoso. Allí se sentó el supremo gobernador, rodeado de los magnates de su corte, adornado con un estoque y un sombrero cubierto de pedrerías que le habia enviado el papa Pio V, cuando le felicitó por la victoria de Gemingen. Despues de impuesto silencio por el pregonero, fué leido por este el edicto del perdon en flamenco y en francés, para que fuese de todos entendido; mas se dijo que se oyó muy poco su voz, sea por la casualidad de estar enfermo, sea por industria del duque, mas deseoso de llamar la atencion del público hácia su persona, que de ocuparle en las palabras del edicto. Hizo en efecto su lectura poca impresion en los ánimos del auditorio. A unos pareció la providencia ya tardía; á otros insuficiente por sus muchas excepciones. Ningun festejo público se siguió á este acto tan solemne. Ni aclamaciones, ni músicas, ni iluminaciones por la noche, dieron á entender que habia contentado un perdon tan diferido, y ya tan tarde otorgado por Felipe.

CAPÍTULO XLI.

Continuacion del anterior.—Siguen los disgustos por la décima.—Inflexibilidad del duque de Alba.—Mendigos marítimos.—Toma del puerto de Brille.—Insurreccion de Zelanda y Holanda.—Entrada de Luis de Nassau en Mons.—Marcha al sitio de esta plaza don Federico de Toledo.—Derrota de un cuerpo auxiliar francés.—Segunda entrada en los Paises-Bajos del príncipe de Orange.—Toma varias plazas del Brabante.—No puede hacer levantar el sitio de Mons.—Se retira á Holanda.—Entra en Mons el duque de Alba.—Van los españoles á las provincias del Norte.—Toma y saco de Zutphen.—Incendio de Naardem.—Obstinada defensa de Harlem.—Toma de esta plaza.—Toma don Luis de Requesens el mando de los Paises-Bajos.—Vuelve á España el duque de Alba.—Es bien recibido del rey.—Sale desterrado a Uceda (1).—(1570-1575.)

Estaba el duque de Alba sumamente descontento de su espinoso cargo, y deseaba restituirse cuanto mas antes á la corte, donde sabia que sus enemigos trabajaban tanto en su descrédito. Se dice que el rey mismo no estaba satisfecho de su administracion, y que habian ofendido mucho el fausto y arrogancia desplegados por el duque en la celebracion de su triunfo sobre los de Nassau, y en la ceremonia de la publicacion del decreto é indulgencia. Se llegó á nombrarle un sucesor, que fué el duque de Medinaceli; mas este no gustó del mando en Flandes por entonces, y el duque tuvo que permanecer á pesar suyo en un puesto donde era tan aborrecido.

Seguia el asunto desagradable de las nuevas contribuciones, sin que aflojase el duque de Alba en la perentoria dureza con que exi-

(1) Las mismas autoridades.

gia los pedidos, ni los estados y el pueblo todo en la resistencia á concederlos. Hubo con este motivo serias turbulencias en varias poblaciones. En Bruselas mismo se cerraron muchas tiendas de comerciantes, de artesanos, hasta de carniceros y panaderos y otros necesarios á la diaria subsistencia. Irritado el duque de este desacato cometido en la capital, y hasta delante de sus mismos ojos, mandó ahorcar á diez que le parecieron mas culpables; pero cuando iban los verdugos á desempeñar su cometido, llegó á los oidos del gobernador general la noticia de mas serias turbulencias.

Hasta entonces habian sido los Paises-Bajos teatro de una guerra promovida por los grandes proscriptos que los habian invadido á mano armada. Por muchas que fuesen las simpatías con que los mirase la generalidad del pais, no se puede decir que el pais estaba alzado. Lo que no habian hecho hasta entonces ni los rigores del duque de Alba, ni la sangre derramada por el famoso tribunal, ni la presencia del príncipe de Orange y de su hermano, fué producido por el tributo de la décima. En materias políticas no todos tienen igual grado de interés; ni las ventajas en caso de victoria, ni los castigos en el de vencimiento, pueden alcanzar á todo el mundo. Mas cuando se trata de contribuciones, todos sienten mas ó menos su gravámen, los pequeños igualmente que los grandes. Las impuestas y exigidas en tono tan absoluto por el duque de Alba, no pudieron menos de consumar el descontento del pais, y hacer mas efecto que las disensiones políticas y religiosas que habian preparado tantas turbulencias. Lo que hasta entonces habian dado los Paises-Bajos, era mas un simple donativo que un tributo; cada pais contribuia mas ó menos, segun la determinacion de sus estados peculiares, que obraban de un modo independiente. Todos los señores habian sido muy parcos en exigencias de esta clase, y el mismo Carlos V, tan despótico en todo, habia respetado en esta parte los usos é inmunidades de los pueblos. Los pedidos del duque de Alba tenian todos los caractéres de odiosidad que podian ofender á los habitantes de los Paises-Bajos. Era un jefe extranjero, instrumento de opresion y servidumbre, que pedia impuestos con el objeto de dar consistencia á un órden de cosas tan impopular y tan odioso. No solo mostraban descontento por estas exacciones las clases populares, sino los mismos estados, y hasta las personas que se mostraban interesadas por la consolidacion del poder del rey de España. De varias partes se hicieron al duque fuertes representa-

ciones pidiendo el pago de una contribucion alzada con preferencia á la de la décima; mas fueron todos estos ruegos desestimados por el duque, tanto mas obstinado, cuanto que atribuia á una sublevacion disfrazada esta resistencia por parte de los pueblos. Algunas ciudades se negaron, y entre ellas la de Utrecht, que ya se habia distinguido en otro tiempo por su adhesion á la causa protestante, hasta el punto de ceder uno de sus templos á los prosélitos del culto nuevo. Expió esta ciudad sus culpas pasadas, juntamente con las nuevas, sufriendo poco menos que los horrores de un sitio, y al fin una contribucion mucho mas gravosa que la que habia resistido. Otros pueblos fueron igualmente objetos del rigor del duque de Alba, resuelto á seguir adelante con sus resoluciones. No es de admirar, pues, que prescindiendo de los daños y perjuicios de los intereses propios, contribuyese esto á mantener vivo el fuego de la sedicion, que el gobernador general juzgaba ya extinguido para siempre. Que el príncipe de Orange se aprovechase hábilmente de esta nueva medida de rigor del de Alba, parece natural, pues era su interés explotar cuanto contribuyese á hacer en Flandes odioso al rey de España. El que habia sabido sacar tanto fruto de todas las faltas y rigores de este gobierno, de la ereccion de los nuevos obispados, de la dureza del cardenal Egmont y de Horn, en fin, de todas las crueldades y violencias sanguinarias á que se habia propasado el duque de Alba, debió de aprovecharse de este impuesto de la décima. Aunque retirado en Alemania, conservaba estrechas relaciones con todos sus partidarios de los Paises-Bajos, sobre todo con los habitantes de las costas de Holanda y Zelanda, donde era mucho mayor el número de sus adictos. Como aquellos pueblos son tan diestros y prácticos en la navegacion, trató de organizar una insurreccion marítima, que no podia menos de ejercer una gran preponderancia. A los mendigos silvestres, de que ya hemos hablado, sucedieron otros con el nombre de marítimos ó acuátiles, y cuya mayor parte se componia de proscriptos. Hacian por mar excursiones parecidas y con el mismo objeto que las de los terrestres. Recorrian en corso las costas de los Paises-Bajos, desde la embocadura del rio Ems hasta el canal de Inglaterra, haciendo presas en todo lo que podia pertenecer al rey de España. Habiendo aumentado su número, creció su osadía, y se apoderaron en 1572 del puerto de Brille, á las órdenes de Guillermo Lumey, conde de la Marca, teniendo por compañeros á Guillermo Blosio, Treslong, un

tal Antelot, bastardo de Brederode, y otros. Allí alzaron el estandarte de la rebelion contra el gobierno del rey, y proclamaron la religion protestante, señalando este celo religioso con todo género de desacatos y de excesos en los templos católicos, como lo tenian de costumbre.

Se debe considerar la ocupacion de Brille como el principio de una nueva época en la historia del pais, como la verdadera cuna de la, con el tiempo, tan famosa república de Holanda. Se hicieron los sublevados fuertes en la plaza, y no solo resistieron la embestida de Bossut, gobernador á la sazon de la provincia de Holanda, quien trató de sofocar la rebelion en su mismo nacimiento, sino que á su vista le quemaron algunas de sus naves que estaban separadas de las otras. Que este movimiento tenia ramificaciones en casi todos los pueblos de la Flandes, y sobre todo de la Holanda, aparece claro por el cambio que produjo en los ánimos de todo el pais, donde fué celebrado con entusiasmo, alimentando nuevas esperanzas de sacudir para siempre el yugo de los españoles. Llevaban los sublevados pintadas en sus banderas diez monedas, haciendo alusion al tributo de la décima, y sin rebozo se reconocian hechuras del príncipe de Orange, á quien pagaban la cuarta parte de lo que sus presas producian. No fué Brille el único pueblo que cerró sus puertas al conde de Bossut. Imitó su ejemplo el de Dordrech, adonde trató de trasladar el conde sus tropas, con objeto de darles algunos dias de descanso. Pasó despues de este desaire á Roterdam; mas aunque esta plaza trató de hacer alguna resistencia, abrió al fin sus puertas, si bien con mucha precaucion, permitiendo solo entrar una por una las compañías que seguian al conde. Mas apenas estuvieron dentro, ó porque quisiesen castigar la desconfianza de los habitantes, ó por desahogar la irritacion de los pasados descalabros, entregaron á saco la ciudad, y pasaron á cuchillo á mas de trescientos de sus moradores. Dió nuevo pábulo aquella atrocidad al fuego de la insurreccion, que ya cundia en aquellas provincias marítimas, donde era de tan antiguo odioso el yugo de los españoles. Se alzó Flesinga, puerto importante de Zelanda, donde por las exhortaciones del párroco, hallándose en el púlpito, se expulsaron á los españoles que la guarnecian, llegando hasta á colgar al gobernador Alvaro de Pacheco, que pasaba por pariente del duque de Alba, en venganza de que este habia mandado degollar á un hermano de Treslong, uno de los principales caudillos del pronunciamento. Coronaron los de

Flesinga su insurreccion demoliendo el castillo ó ciudadela que se acababa de construir por disposicion del duque de Alba.

Siguieron el ejemplo de Flesinga todos los pueblos principales de la provincia de Zelanda, á excepcion de la plaza de Middelburgo, capitan de la isla de este nombre. Pasó á sitiarla el conde de Tserat con un cuerpo de los sublevados. Pero el duque de Alba envió en su socorro á Sancho de Avila con mil hombres, que se embarcaron en Berg-op-zoom, y cayeron tan á tiempo sobre los sitiadores cogidos de sorpresa, que los mataron casi todos. En seguida pusieron sitio los zelandeses á la plaza de Tergoes, en la isla de Sur-Bebeland, con objeto de pasar despues de su conquista á la de Middelburgo. Partieron en su socorro los capitanes españoles Sancho de Avila y Cristóbal de Mondragon; mas no pudieron llegar por la superioridad de los buques enemigos, que ya sobre aviso, acudieron á interceptarles el camino. Constantes sin embargo en su proyecto los capitanes españoles, recurrieron al expediente de hacer la expedicion á pié, aguardando para ello la marea baja. Con el auxilio de un práctico que les enseñó y guió por un vado poco peligroso, se pusieron en marcha las tropas, desnudas de medio cuerpo abajo, llevando en lo alto de las picas saquillos con pan y pólvera. Así llegaron con harta exposicion y trabajo al campo de los sitiadores, que pusieron en derrota.

A la insurreccion de Zelanda siguió la de Holanda; de modo que con la celeridad del rayo, casi las dos provincias, á excepcion de Amsterdam y Middelburgo, sacudieron el yugo de los españoles.

Se pusieron todos estos pueblos sublevados bajo la proteccion, y reconocieron las autoridades del príncipe de Orange, formando una especie de república confederada, y echando así los cimientos de un nuevo estado, que llegó con el tiempo á ser tan célebre. Trató el príncipe de hacerlos prontamente con armas, municiones y navíos, distribuyéndoles las rentas eclesiásticas. Inteligentes y prácticos en la navegacion, en el comercio y en todo género de industria, aumentaron poco á poco sus fuerzas y poder, de modo que al cabo de cuatro meses habian formado en Flesinga una escuadra de ciento cincuenta buques, con que hicieron correrías en puertos de la parcialidad de España, tomando sus embarcaciones.

No se redujo la rebelion á las provincias de Holanda. Habia pasado á Francia, despues de la primera retirada del príncipe de Orange de los Paises-Bajos, su hermano Luis, conde de Nassau, que á

sus cualidades militares reunia las de hábil y activo negociador, sin desconocer las artes de la intriga. Se estrechó el conde con los calvinistas franceses, de quienes esperaba auxilios poderosos; y tan identificado se mostraba por su causa, que se halló en sus filas como simple aventurero en la batalla de Montcontour, donde fueron derrotados. Desmayaron con esto sus esperanzas, mas pronto se reanimaron: primero, por la paz de San German, que fué tan ventajosa para los calvinistas franceses, y despues por la apariencia de favor de que gozaban en la corte del rey de Francia, segun veremos á su debido tiempo. Continuó el conde Luis en Francia en sus estrechas relaciones con el partido calvinista, llegando á tal punto con ellos su privanza, que hizo parte del número de los comisionados que enviaron en mensaje á Carlos IX en una importante negociacion que con él tenia entablada. Utilizó el de Nassau este favor, logrando que le confiasen un cuerpo de su nacion, al frente del cual se puso en marcha para los Paises-Bajos, y se apoderó por sorpresa de la plaza de Mons, ventaja para él tanto mas apreciable, cuanto este auxilio de tropas francesas confirmaba en cierto modo los temores que se habian concebido de la guerra que iba á estallar entre el rey de Francia y el católico.

No se mostraba favorable la fortuna al duque de Alba. Estaba encendido el fuego de la rebelion en el Mediodia y en el Norte, y lo que mas podia aumentar sus aprensiones, era la especie de favor de que gozaban los calvinistas franceses con el rey de Francia. Llamado el gobernador español por dos objetos tan distantes á la vez, deliberó en su consejo sobre cuál debia merecer la preferencia. Opinaron algunos, y entre ellos el maestre de campo general Chapino Vitelli, porque se trasladase á las provincias del Norte, donde la hostilidad se mostraba con tantos síntomas de encarnizamiento. Le hicieron ver lo difícil que seria reducirlos á la obediencia del rey si se les dejaba tiempo para organizar la guerra y aprovecharse hábilmente de las ventajas del pais, cortado por tantos canales donde eran fáciles las inundaciones. Mas el duque Alba, dando sin duda mas importancia de la que en sí tenia á la invasion del conde Luis, y preocupado sin duda con la próxima ruptura entre Francia y España, se decidió como punto preferente por la expugnacion de Mons, y envió con este objeto á su hijo don Federico con el maestre general del campo, mientras él se hallaba pronto á seguirlos despues de algunos dias. Asentó don Federico sus reales en el paraje que cre-

yó mas oportuno, y echó á los enemigos del monasterio de la Espina, que, como punto fuerte, habian guarnecido con un crecido número de tropas. Mientras tanto se hallaba en marcha con direccion á Mons un nuevo cuerpo de franceses que enviaba Coligny á las órdenes del señor de Genlis, hermano de otro de este nombre que habia muerto en un campo de batalla. No queria el conde de Nassau que el de Genlis viniese solo, y sí que se reuniese con el príncipe de Orange, que se preparaba á entrar por los Paises-Bajos; mas, ambicioso el francés de la gloria de salvar por sí solo á Mons, pasó adelante sin aguardar al príncipe, y proporcionó á don Federico una victoria decisiva, en que murieron mil doscientos hombres franceses, habiendo perdido los españoles solo treinta. Quedaron de los enemigos seiscientos prisioneros, entre los que se contó el mismo general en jefe. De estos fueron muchos ahorcados en las plazas vecinas, y otros que andaban fugitivos por los campos cayeron en manos de los paisanos, que ejercieron con ellos todo género de crueldades.

Llegaba mientras tanto á las fronteras de Flandes el príncipe de Orange, ansioso de reparar el desaire sufrido anteriormente, alentado además con el buen semblante que en el Norte del pais sus asuntos presentaban. Venia á la cabeza de seis mil caballos y once mil infantes. Pasó el Mosa á principios de junio de 1572. Tomó de viva fuerza á Ruremunda y penetró por el Brabante, con intento de marchar al socorro de su hermano. Acometió en el camino á Lobayna, cuya plaza se libertó del saqueo por diez y seis mil escudos de oro. Entró en seguida de grado ó por fuerza en Malinas, Nivelles, Diest, Lichen, Tirlemont, Dendermunda, Oudenarde y otros pueblos de menor importancia. Los que le abrieron sus puertas, se rescataron con dinero: los que se resistieron, fueron entregados al pillaje.

Se vieron de este modo los Paises-Bajos teatro de cinco ejércitos beligerantes. Por el Norte infestaba las costas y los pueblos marítimos el conde de Lumey con los sublevados holandeses: por la frontera de Francia habia invadido el conde de Nassau: por la de Alemania el conde de Berges en auxilio del príncipe de Orange: por la del Oriente este caudillo en persona con las tropas que llevamos indicadas, y en el medio, haciendo frente á todos el duque de Alba con sus españoles y demás tropas que servian bajo las banderas de la España.

No es dificil imaginarse los desórdenes y excesos de que el pais

seria teatro en un conflicto de pueblos tan divididos en opiniones y creencias. Cada historiador debilita ó agrava los colores del cuadro, segun el espíritu de nacion ó de partido á que pertenece, pues una imparcialidad exacta es difícil y hasta imposible de encontrar en los que refieren acciones de los hombres. Se escribió mucho en su tiempo de las exacciones y crueldades cometidas por los del príncipe de Orange, del saqueo de las casas, del robo de los templos, de la profanacion de las imágenes, en fin, de la repeticion de cuantos excesos en este género se cometieron en tiempos anteriores. A excepcion de las profanaciones de los templos, no se distinguian menos los católicos en actos de crueldad y de barbarie, aunque algunos los quieren presentar como justos castigos y actos de permitidas represalias. La guerra va acompañada siempre de horrores que no pueden evitar los mismos jefes animados de otras miras, y muchas veces el que se presenta con pretensiones de libertador, suele ser un azote, no por lo que él mismo hace ó manda hacer, sino por lo que se ve precisado á permitir por lo duro de las circunstancias. Es probable que el príncipe de Orange no quisiese hacerse odioso en un pais cuyas simpatías tanto le interesaban: pero escaso de dinero, con tropas extrañas sedientas de botin, no debe parecer extraño que diese en en ocasiones rienda suelta á la codicia de la soldadesca.

Como era su objeto principal hacer levantar el sitio de Mons, donde estaba encerrado el conde de Nassau, no perdió tiempo en trasladarse á las inmediaciones de la plaza. Mas la tenia cercada en persona el duque de Alba, y habia elegido y fortificado con tanta maestría su campo, que le fué imposible al de Orange desposesionarle de él, operacion que debia preceder á su empresa de librar la plaza. La batalla á que llamó á su enemigo en campo raso, no fué aceptada por el general español, siempre circunspecto y determinado á no aventurarse inútilmente con fuerzas inferiores, cuando aguardaba del tiempo una victoria mas segura. No permitian sus circunstancias al de Orange gastar mucho tiempo ocioso, por las mismas razones que hemos indicado en su primera invasion de los Paises-Bajos. Una noticia vino á poner fin á la irresolucion en que se hallaba, y fué la de la matanza de los hugonotes en Paris, de que hablaremos en adelante, ocurrida en 24 de agosto de 1572, y que destruia completamente sus ilusiones sobre la próxima ruptura entre el rey de Francia y el de España. Hizo este acontecimiento en los franceses que le acompañaban una tristísima impresion, y viéndolos en vísperas de



amotinarse, determinó el príncipe levantar el campo, padeciendo muchas pérdidas en su retirada, pues el duque de Alba destacó un cuerpo de ejército que le siguió los alcances toda aquella noche, matándole mas de quinientos hombres, sin dejarle un momento de descanso en sus cuarteles, pues algunos de los enemigos llegaron hasta su misma tienda, y le hubiesen asesinado sin la alarma que dió el ladrido de sus perros. Continuó el príncipe su marcha penosa hasta Delft, en Holanda, mientras su hermano, el conde de Nassau, sin poder ya conservarse en Mons, entregaba la plaza al español, bajo las condiciones de dejar salir la guarnicion, á cuyo frente se dirigió á Dilemburgo, en Alemania.

Entró el duque de Alba victorioso en Mons, y sus tropas recobraron con toda brevedad todos los pueblos y plazas de que se habia apoderado el príncipe de Orange. Si este cometió excesos en su excursion por el Brabante, no fué menos el rigor con que abusaron de su victoria las tropas españolas. Hizo el duque de Alba castigos muy ejemplares en cuantos se suponian de la parcialidad de su enemigo. Malinas, que no habia querido admitir guarnicion española antes de ocuparla el príncipe de Orange, fué entregada á saqueo por espacio de tres dias. Excitó el rigor de estas represalias muchas nuevas murmuraciones contra la severidad del duque de Alba, y este tuvo que justificarse por medio de un manifiesto que, como puede suponerse, no llevó la conviccion al ánimo de sus irreconciliables enemigos.

El príncipe de Orange, aunque fugitivo y sin ejército, encontró en las provincias septentrionales las mismas simpatías de que habia sido objeto tantos años. Estaba ya profundamente arraigado en ellas el odio al yugo español, el espíritu de propia independencia, y sobre todo un celo ardiente por el nuevo culto religioso. Fué desde entonces considerado el de Orange como el jefe civil y militar del pais, y reconocido como tal por sus estados reunidos en Dordrecht con este objeto. No ignoraban aquellas provincias que, reducidas ya á la obediencia del rey las del Mediodía, se dirigirian contra ellas las armas de los vencedores.

En efecto, mientras el duque de Alba se restituia á Bruselas, se encaminaba su hijo don Federico con una fuerte division á la provincia de Güeldres, apoderándose de la plaza de Zutphen que tambien entregó á saco. Por su parte penetraba el capitan Mondragon por la provincia de Zelanda con dos mil hombres, y haciendo con ellos una expedicion por mar, tomó toda la isla de Valckren, de que

se habian apoderado los contrarios. Con igual rapidez se dirigió don Federico desde Zutphen á Nardem, que saqueó é incendió, habiendo hecho pasar la mayor parte de sus habitantes á cuchillo. Nas no fué tan dichoso delante de los muros de Harlem, á cuya plaza, mandada por un jefe holandés llamado Riperda, puso sitio, habiéndose negado los habitantes á abrirle sus puertas, rechazando con desden el perdon con que los brindaba. Habian irritado de nuevo las violencias de los españoles el odio de las poblaciones, y los mendigos marítimos continuaban sus hostilidades con mas ardor que nunca. Se defendian los de Harlem con notable vigor y obstinacion, y el sitio de esta plaza ocupa con razon una de las principales páginas en la historia de las guerras de Flandes, tan célebre bajo cuantos aspectos se la considere. La perseverancia en la defensa fué tan obstinada, y tantas las molestias sufridas por los españoles delante de sus muros, que se resolvió don Federico á levantar el sitio, comunicándoselo así á su padre; mas este desde Bruselas se lo reprobó con los términos de la mas viva indignacion, amenazándole con que enfermo como se hallaba en cama, iria á ponerse en persona al frente de sus tropas para continuar el sitio. Algunos añaden que el duque, queriendo estimular mas el pundonor de su hijo, llegó hasta decirle, que si no tenia valor para concluir la empresa, mandaria llamar á su madre para que viniese á darle ejemplos de animosidad y de constancia. No era necesario tanto para que don Federico renovase con ardor el sitio; mas en igual grado creció la noble obstinacion de los de Harlem, resueltos á sepultarse, antes que rendirse, entre sus muros. En vez de templar el enojo de los sitiadores, le provocaban con estudio, haciéndoles burla y escarnic desde sus murallas. Como Harlem era el principal asiento de la rebelion, y se habian cometido allí mas que en parte ninguna profanaciones de los templos, colocaban sus defensores las imágenes de la Vírgen y de los santos en sus muros, y celebraban farsas religiosas, con lo que ardian mas en coraje los españoles, tan celosos contra tamaños desacatos. A estas burlas añadian los de Harlem la ofensa positiva de colgar muchos prisioneros de sus muros; y una vez que los sitiadores les lanzaron la cabeza de un jefe que marchaba con tropas en su auxilio, respondieron los de Harlem arrojando once al campo español, diciendo que las diez representaban la décima impuesta por el duque de Alba, y la undécima el interés de una deuda tanto tiempo diferida. Se dice que entre los defensores de la plaza se contaba un cuerpo de mujeres

esforzadas, cuya capitana se llamaba Kenaba, que no solamente tomaban parte en todos los peligros, combatiendo personalmente, sino que trabajaban con notable ardor en el reparo de las fortificaciones.

Duraba ya mas de ocho meses el sitio de esta plaza célebre. Habiéndose concluido todos los recursos en municiones y víveres de los sitiados, y medio derruidos los muros por la artillería enemiga, que hizo contra ellos mas de diez mil disparos, cantidad enorme para aquellos tiempos. Viéndose ya en tanto aprieto los de Harlem, trataron de hacer una salida, y de perecer todos entre las filas españolas; mas fueron detenidos á las puertas por los llantos de las mujeres y de los niños, y la plaza, rendida á discrecion, agotados ya todos los medios de defensa. Se concibe bien los rigores que ejercerian contra los vencidos, unos vencedores irritados con tan terrible resistencia. Fueron horribles los castigos que hizo ejecutar don Federico en los principales motores de la defensa, en los que habian tomado mas parte en la pasada rebelion, en los que se habian distinguido mas en el pillaje y profanacion de los templos. A mas de trece mil personas se hace ascender la pérdida de las dos partes. Fué muy grande la experimentada en el campo de los españoles, y la toma de esta plaza debilitó tanto las fuerzas de don Federico, que tuvo que levantar el sitio de la de Alcmar que habia emprendido.

Mientras por tierra se conseguian estos triunfos, alcanzaron los mendigos una victoria en el mar contra el conde Bossut, gobernador de Holanda, y adquirieron desde entonces una superioridad que no perdieron nunca durante toda aquella guerra.

Con los hechos de armas que acabamos de referir, terminó el gobierno del duque de Alba en los Paises-Bajos. El duque de Medinaceli, nombrado sucesor suyo, como ya hemos dicho, renunció el cargo, y en su lugar fué nombrado don Luis de Requesens, comendador de Castilla, de la Orden de Santiago, que se hallaba á la sazon en Barcelona. Partió este en seguida para su destino, acompañado solo de dos compañías de caballería, y á ultimos de 1573 llegó á Flandes, donde el duque de Alba le hizo entrega de su cargo, poniéndose en seguida en camino para España.

Produjo la salida del duque de Alba de Flandes diversas sensaciones, alegrándose unos de verse libres de lo que llamaban su azote, sintiéndolo otros por parecerles que esta misma severidad que distinguia su conducta, contribuia á fomentar el descontento y el odio con que era mirado el gobierno del rey en los Paises-Bajos. En

cuanto al príncipe de Orange, debió sin duda complacerse de la ausencia de un hombre, cuya habilidad y pericia militar habian puesto hasta entonces un obstáculo invencible á sus empresas; porque el talento y capacidad del duque de Alba en cuanto dice relacion á asuntos de milicia, era tan reconocida entonces por amigos y enemigos, como es hoy célebre en todas las historias.

En cuanto al rey de España, aunque en su corte abundaban émulos del duque y censores de su conducta, le recibió con afabilidad, como satisfecho de sus procederes. No hay duda de que la conducta observada por el duque en los Paises-Bajos, habia sido aconsejada y hasta prescrita por Felipe. Por duro y rigoroso que fuese, lo era mucho mas el rey de España; y si impuso castigos tan severos en los Paises-Bajos, estaban en perfecta consonancia con lo que deseaba el amo á quien servia. No podia este, pues, quejarse de quien habia observado con tanta exactitud sus instrucciones, y por lo mismo le conservó, á lo menos en la apariencia, en todo el favor de que habia gozado en su corte durante tantos años. Mas con el tiempo, sea que estuviese en secreto descontento el rey de este servidor, ó por intrigas cortesanas, recibió el duque de Alba órden de salir de la corte y retirarse á Uceda, una de sus muchas posesiones. Atribuyen algunos esta desgracia, á que habiendo su hijo don Federico concertado su casamiento con una dama de la corte protegida del rey, se desposó con otra por consejo de su padre. Mas cualquiera que haya sido la causa de este cambio en el ánimo de Felipe II, no desplegó el duque menos entereza de alma en su destierro, que al frente de los ejércitos de España. Ya veremos con el tiempo salir de la jaula este leon, que en su vejez no habia perdido el fuego y la valentía de sus primeros años.

CAPÍTULO XLII.

Asuntos de Francia.—Consecuencias de la segunda tregua con los calvinistas.—Estado de los partidos.—Vuelta de las animosidades.—Excitaciones á una nueva guerra.—Se declara.—Batalla de Jarnac.—Muerte del príncipe de Condé.—Enrique de Navarra.—Batalla de Montcontour.—Nueva tregua.—Paz de San German.—Verdaderos sentimientos de la corte.—Favor de los calvinistas.—Descontento de los católicos.—Se ajusta el matrimonio de Enrique de Bearne con Margarita de Valois.—Va la reina de Navarra, madre de Enrique de Bearne, á la corte.—Su muerte en Paris.—Entrada en la capital del nuevo rey de Navarra.—Se celebran sus bodas con Margarita de Valois en Nuestra Señora de Paris.—Fiestas con este motivo (1).—(1568—1572.)

Volvamos ahora los ojos hácia Francia, que de todos los estados no sujetos al directo poder del rey de España, era el que mas llamaba su atencion, y donde influia de un modo mas eficaz y activo su política. Nada de cuanto pasaba en Francia se escapaba de su vista vigilante: de todo le daban las noticias mas exactas sus embajadores, y sacaba Felipe II algun partido para el arreglo de su conducta con sus gobernantes y personas influyentes. Nada hay que admirar en esta atencion, en estos cuidados, en esta vigilancia, recordando que estaba encendida en Francia una guerra civil, en que se hallaban de un lado las doctrinas dominantes de la Iglesia católica, y en el cam-

(1) Autoridades. Los principales historiadores de Francia, como Mezerai, el padre Daniel, Anquetil, Lacretelle, Voltaire, Memorias y Correspondencias de Du Plessis-Mernay, de Thou, etc. Nos ha servido particularmente de guia, la «Historia de la reforma, de la liga, y del reinado de Enrique IV,» por M. Capefigue, obra digna de tanto mas crédito cuanto que la mayor parte del texto se reduce á copias literales de toda clase de documentos de la época.

po opuesto las innovaciones introducidas por Calvino y demás sectarios, objeto de tanto odio y execracion á los ojos de Felipe. Vecinos á Francia se hallaban sus estados de Flandes, donde cundian las mismas opiniones, á las que los calvinistas de aquel reino daban pábulo. ¿Qué cosa podia haber de mas interés á los ojos del rey de España, que la extirpacion de esta herejía, que el exterminio, si no habia otro medio, de acabar con todos sus sectarios? Así le hemos visto aconsejar hasta ahora al gabinete de Francia las medidas mas severas y rigorosas contra estos enemigos de la fe católica; así en las conferencias de Bayona, aunque cubiertas con el velo del misterio, se trató de los medios de acabar de una vez con todos ellos, si otros expedientes no bastaban. Con los heresiarcas no comprendia Felipe II la posibilidad de paz, ni tregua. Mas desgraciadamente para su política, la reina Catalina de Médicis no participaba de estos sentimientos tan ardientes, y aunque no se puede dudar de su catolicismo, no la desagradaba emplear el instrumento de los calvinistas, cuando encontraba en sus contrarios algun obstáculo á la preponderancia de que era tan celosa. En aquel pais y época de facciones y de intrigas, cuando se hallaban sobre la escena tantas pasiones é intereses encontrados, no se podia caminar tan en línea recta como lo deseaba el rey de España, acostumbrado á la obediencia ciega y pasiva de sus súbditos. Así le desvelaban tanto los negocios de Francia y excitaban en alto grado su irritacion y su impaciencia. Era aquel un drama cuyo interés iba creciendo cada dia, sin que ningun hombre previsor pudiese calcular cuándo, ni de qué modo llegaria á su completo desenlace.

Fué de tan poca duracion la tregua concluida en 1568, despues de la batalla de San Dionisio, como la anterior, y por las mismas causas. Habian influido en esta suspension de armas el cansancio y fatiga de la guerra por una parte, por la otra las intrigas de la reina Catalina, cuyo poderío solo se apoyaba en que no quedase demasiado preponderante ninguno de los dos partidos. Mas pasado algun tiempo de descanso, volvian á su vigor los resentimientos, las pasiones mútuas, los deseos de venganza, y la voz de los intereses que mútuamente se excluian. En aquellos tiempos de ferocidad, de intolerancia religiosa, no podian vivir en paz dos sectas de un carácter tan distinto. Si en los jefes se mezclaban con las doctrinas religiosas intereses de otra esfera, no sucedia lo mismo con las masas adictas á lo que les sugeria su creencia. Se renovaron los celos, las

inquietudes, las acusaciones, los temores que á cada partido inspiraba la conducta de su antagonista. Eran los católicos los mas, y en sus intereses entraban por política ó fanatismo religioso los personajes mas influyentes, tanto propios como extraños. El rey no gobernaba todavía, mas habia sido educado con todos los sentimientos de intolerancia que animaba á las dos sectas religiosas. Aunque Catalina de Médicis no participaba de este celo ardiente de creencias, no podia menos de propender al triunfo de la religion católica que siempre habia profesado. Con ella estaban los príncipes de la casa de Lorena, representada por el cardenal de este nombre, hermano del difunto duque de Guisa; con ella un gran número de principales de la corte que habian ya combatido contra las armas de los calvinistas. Se mantenia el pueblo de Paris en su antiguo fanatismo, en el horror que profesaba al culto nuevo, y estos sentimientos eran comunes á casi todos los católicos de la monarquía. Prevalecia entonces la opinion de que era lícito faltar á su palabra; no guardar ninguna fe ni juramento tratándose de los calvinistas, y que todos los medios eran buenos con tal que pudiesen conducir á su exterminio. Tal habia sido el parecer del duque de Alba en las conferencias de Bayona. De la misma manera se expresaba el rey de España, en sus comunicaciones con la corte de Francia, y en las cartas que dirigia á los principales personajes de aquel reino. Tal era el lenguaje del Papa Pio V, en las que sobre el particular escribia al mismo rey de España, al de Francia, al duque de Saboya, á los mismos príncipes de Italia. Ya desde entonces se echaban los fundamentos de la liga católica de que hablaremos en su debido tiempo, y aunque ahora no hizo tanto ruido, no dejó de ser una asociacion muy respetable. Estaba á su frente la misma reina Catalina, á quien sugeria su interés mostrarse enemiga declarada de los hugonotes. Se renovaron los rigores contra los sectarios. Se les obligó á someterse á un nuevo juramento de sumision ciega á los intereses del rey, de combatir siempre á su favor, de no tomar nunca las armas contra el trono. Se les obligó despues á renunciar á todos los cargos y empleos de que los habia revestido la corona, dándose á entender con esto que el calvinismo era cualidad incompatible con la de funcionarios del estado. Se llegó por fin á prohibir el ejercicio público del culto protestante, concediéndose solo la tolerancia á las creencias. Todo indicaba, pues, el plan resuelto de destruir para siempre el calvinismo.

Mas no se acaba así con opiniones tan fuertemente arraigadas en las masas, con corporaciones que han llegado á ser tan numerosas, que se han familiarizado con los peligros de la guerra, y que conservan todavía elementos para renovarla. Era, pues, la guerra inminente, y estalló de nuevo, aunque los calvinistas no se hallaban á la sazon en felices circunstancias. Los habia separado la paz, y aunque les infundia grandes temores la conducta de la corte; aunque estaban bien informados de sus pasos, no creian que las cosas llegasen á tal punto, que los pusiesen en el caso de tomar las armas. Corrieron á ellas todos los celosos calvinistas, desde los principales personajes hasta las clases mas ínfimas de la nueva iglesia. El príncipe de Condé, jefe del partido, no se descuidó en esta crisis peligrosa, y antes que le tomasen los caminos, se dirigió en compañía del almirante Coligny á la plaza fuerte de la Rochela, principal asiento de la nueva religion, y considerada desde entonces como su baluarte principal, como la base de sus operaciones militares.

Declarada y encendida de nuevo la guerra civil, se renovaron los furores y calamidades con que en las dos épocas anteriores se habian distinguido. ¡Guerra civil y guerra religiosa! En estas dos palabras están envueltos cuantos desastres pueden afligir á un pueblo que de tales pugnas es teatro. Volvieron los calvinistas á sus violencias de saquear templos católicos, de destruir y profanar las imágenes y objetos de un culto que acusaban de idolatría. Volvieron los católicos á ejercer las mismas represalias en sus conventículos, y á pasar por el fuego y el cuchillo los sectarios de una religion, que designaban con el nombre de impiedad abominable. Para dar una idea del espíritu de intolerancia y fanatismo que á los dos partidos animaba, haremos ver que uno de los jefes calvinistas, llamado Jacobo Crousol, llevaba una bandera de tafetan verde, donde se veia una hidra, cuyas cabezas se hallaban todas con capelos de cardenal, ó mitras ó capuchas de fraile, que él exterminaba bajo la figura de Hércules. Apenas se daba cuartel de una y otra parte. Era mas sombrío, mas solemne el aspecto que los calvinistas presentaban: mas licencioso, el de los católicos; pero no eran menos crueles, menos sanguinarias sus venganzas.

Por todas partes se hacian preparativos para entrar en campaña y buscar los azares de una lucha abierta. Pedia auxilio lo corte de Francia al rey de España. Los esperaban los calvinistas de Alemania. Se dió la primera batalla en las llanuras de Jarnac á principios

de 1569. Mandaba el ejército del rey, su hermano el duque de Anjou, jóven de diez y ocho años, dotado de gran valor, aunque de ninguna experiencia en los combates. Se hallaba al frente de las tropas calvinistas el príncipe de Condé, ya de tanta reputacion por sus campañas. Fué la batalla sangrienta, y el campo quedó por los católicos. Herido mortalmente en ella el príncipe de Condé, pereció á manos del vizconde de Montesquieu, capital de la guardia, su enemigo personal, que le encontró tendido en el campo de batalla. La victoria que se declaró, pues, por las tropas del rey, no fué sin embargo decisiva, ni podia serlo, componiéndose los ejércitos de tan pocas fuerzas, y quedando vivo el cuerpo general que los alimentaba.

Quedaron los calvinistas por entonces sin jefe militar, pues aunque en cierto modo tambien lo era Coligny, no alcanzaba la reputacion del príncipe difunto. Fué sentida tan amargamente esta muerte por los suyos, como celebrada y tenida á castigo de Dios por los contrarios. Era el príncipe de Condé hombre activo, de brazo y de cabeza, hábil jefe de faccion, capitan inteligente, de gran valor y sangre fria en los combates, afable en su trato, extremadamente papular en su partido, dotado de toda la ambicion que no puede menos de distinguir á los hombres que se hallan en su caso, generoso y magnífico, muy querido de las personas del otro sexo, aunque la historia le representa pequeño, feo y hasta un poco contrahecho. Dejó sin duda su muerte un gran vacío; mas luego se vió ocupado su lugar por un jóven apenas salido de la adolescencia. Era este Enrique de Bearne, hijo de Antonio de Borbon, rey titular de Navarra, muerto en el cerco de Ruan cinco años antes. Habia nacido el jóven príncipe en Paris en 1553, y pasado luego al Bearne, donde fué educado por su madre, Juana de Albret, reina titular de Navarra. La historia da muchos pormenores de la crianza de este príncipe, á quien acostumbraron desde su niñez á los alimentos mas comunes, á los ejercicios mas duros, y á todo género de privaciones. No ignoraba sin duda su madre las escenas de revueltas y tumultos á que estaba destinado. A la muerte del príncipe de Condé, presentó á su hijo en el campo calvinista, donde con grandes aclamaciones fué reconocido como jefe del partido, aunque no con asentimiento universal; pues el almirante Coligny, si bien cedia al impulso de la mayor parte, no podia menos de resentirse, de que un niño viniese á usurpar el rango principal á que aspiraba. Hubo pues

dos partidos en el campo calvinista; el del príncipe de Bearne, que tenia á su favor todos los jóvenes militares apasionados del príncipe de Condé, y el de Coligny, que á fuer de calvinista mas rancio, se apoyaba en la masa popular y en los predicantes de Ginebra. La misma escision tuvo lugar en el campo católico. Era jefe de uno la misma reina Catalina, sostenida por su hijo favorito el duque de Anjou, cubierto con los laureles de Jarnac: dominaba en el otro el cardenal de Lorena, apoyado en el recuerdo del duque de Guisa, en las grandes esperanzas que daban sus dos hijos, que habian empezado ya la carrera de las armas. Continuaba siendo esta familia en extremo popular á los ojos de los parisienses, que los consideraban como principales campeones del catolicismo, mientras la reina Catalina excitaba sospechas y desconfianzas por su política artificiosa, que la hacia inclinarse alternativamente á entrambos bandos.

Mientras tanto se dió entre los dos ejércitos la segunda batalla en las llanuras de Montcontour, mas reñida y mas sangrienta que la primera, y donde la victoria se decidió de un modo mas decisivo á favor de los católicos. Fué este triunfo tan brillante, que excitó el mayor entusiasmo, y dió motivo á grandes regocijos y festejos, no solo en Paris, sino en las demás ciudades de Francia, que estaban á la devocion de los católicos. Igualmente fué celebrada la victoria en las cortes extranjeras amigas de la de Francia. Envió el rey de España una embajada extraordinaria con cartas de felicitaciones para el rey, para la reina madre, para el duque de Anjou y para el jefe de la casa de Lorena. A todos exhortaba á que redoblasen sus esfuerzos y siguiesen con constancia el camino que les deparaba la fortuna; á no desperdiciar la favorable ocasion de acabar para siempre con los enemigos de la Iglesia. Mas ya no ofrecian las cosas el buen semblante de que se lisonjeaba el rey católico.

Volvió por tercera vez el cansancio y la fatiga de la guerra. Eran los choques demasiado violentos, para que pudiesen ser de larga dura. A pesar de haber sido tan desastrosa la batalla de Montcontour, no estaban los calvinistas destruidos, ni aun desanimados. Resueltos á probar de nuevo los azares de la guerra, aumentaron los alistamientos, y esperaban á cada momento refuerzos de Alemania. No se mostró inferior á su alto puesto el jóven Enrique de Navarra, y á todos daba ejemplo de magnanimidad y constancia. Catalina de Médicis por otra parte veia muy remota la terminacion de una guerra provocada por el espíritu de intolerancia. Los socor-

ros de España eran pocos y tardíos. A excepcion de un corto número de tropas, que envió el duque de Alba despues de la primera expulsion de los Paises-Bajos del príncipe de Orange, ningun auxilio habia enviado el rey católico. Se defendian los calvinistas en las plazas que les habian servido de refugio. Costaba el sitio de San Juan de Angeli mas gente de la que podia separar del grueso del ejército el partido católico, y los hombres de entendimiento comenzaban á ver, que la guerra estaba en el mismo estado que al principio. Por otra parte inquietaba á la reina madre el crédito de que comenzaban á gozar los jóvenes príncipes de Guisa, y temió que en los campos de batalla llegasen al brillo y esplendor que habian hecho á su padre tan temible para ella. Se dió pues oidos á los hombres del partido medio, que deseaban el término de aquella guerra asoladora. No ponia la corte repugnancia al ajuste de una paz: los católicos la deseaban. Se entablaron pues las negociaciones, y á pesar de varios obstáculos y dificultades, se firmó una tregua precursora de la paz definitiva, y al fin se ajustó en 1570 en San German, á pesar de las murmuraciones violentas de los católicos ardientes y exaltados, á pesar de las manifestaciones en contrario de Felipe II, y á pesar de las reconvenciones y hasta acriminaciones del pontífice, que consideraba como un crímen todo pacto y estipulacion con los herejes. Catalina se mostró sorda á todas estas consideraciones y reconvenciones, y por esta vez se abrazaron los católicos y los calvinistas, aunque con poca sinceridad por ninguna de ambas partes. Quedaron estos con el libre ejercicio de su religion, y el goce de sus derechos civiles, con la posesion de algunas plazas fuertes que les sirviesen de seguridad, sin mas restricciones que la de no poder celebrar sínodos ó reuniones á diez leguas del radio de la capital, donde la religion dominante y exclusiva era la católica, como ya hemos visto.

Tan ventajosa fué la paz para los hugonotes (1) que en vista de lo que sucedió despues, se la creyó un lazo armado para destruirlos mas á mansalva; pero de su sinceridad por parte de la corte, á

(1) Varias veces hemos empleado la palabra de *Hugonotes*, sinónima entonces de la de *Calvinistas*. La hacen unos derivar de la voz *Hugon*, que en algunas provincias de Francia se usaba para atemorizar á los niños, queriéndose dar así á entender el miedo y espanto que los calvinistas infundian. Pero lo mas probable es, que Hugonotes viene de la voz alemana *eidgenossen* (juramentado) aludiendo al juramento que hicieron en Ginebra y varios puntos de Suiza los nuevos sectarios, de unirse estrechamente contra sus antagonistas. En Saboya y demas paises vecinos se pronuncia esta voz *eignots*, que tiene bastante analogía con la de *huguenot* ó hugonote, como en Francia los llamaban.

lo menos de que no era una celada, hay documentos que presentan pruebas positivas. A no ser así, no se hubiese manifestado tan abiertamente el descontento de los católicos ardientes; no se hubiese mostrado tan quejoso y resentido el rey de España; no hubiese tronado tanto el Vaticano. Así como por esta carta hubo disgusto y descontento, se mostraron satisfechos y gozosos los príncipes protestantes de Alemania, que felicitaron por ello al rey de Francia.

A mas de este tratado público de la paz de San German, tuvo artículos secretos, por los que se comprometia Carlos IX á otorgar varias gracias y favores á los jefes protestantes, y sobre todo, á pagar cien mil escudos á los reitres (1) alemanes, á fin de activar su partida, que era tan deseada.

Descansó por un momento la Francia de la agitacion y tumultos que en ella causaba una guerra tan funesta. Se retiraron á sus castillos los calvinistas, despues de haber conquistado con tantos peligros y sangre su tolerancia religiosa. Volvió Paris á su tranquilidad, y la corte á los placeres y devaneos licenciosos, que eran su elemento. Los hombres previsores y de observacion no dejaban de columbrar á lo lejos la nueva tempestad que se iba poco á poco aglomerando; mas esto no impedia que la generalidad celebrase la pacificacion, que este acto fuese objeto en la capital, sobre todo, de fiestas y regocijos públicos, en que el monarca tomaba una parte muy activa.

¿Era sincero Carlos IX en estas manifestaciones? ¿Lo era asimismo Catalina? Posible es, y muy probable, que la pacificacion del reino fuese para los dos motivo de satisfaccion y de alegría. Lo cierto es, que á los principales jefes calvinistas se les prodigaba todo género de agasajos y de obsequios; que Coligny, al venir á Paris, fué objeto para la corte de deferencias y respetos; que hubo embajadas muy cordiales de Paris á los diferentes príncipes luteranos de Alemania; que se enfriaron por entonces las relaciones con España, y que la corte manifestaba adherirse á un partido medio, que se habia formado, y no puede menos de formarse siempre que chocan intereses y principios extremos, que se excluyen mútuamente.

Sin meternos en interioridades, y contrayéndonos á los hechos, se puede asegurar que los dos partidos católico y protestante, por su índole, por sus intereses, por sus miras de política, eran dos

(1) Otros, y en particular los historiadores españoles, dicen *raitres*.

cosas heterogéneas, inamalgamables. Era interés de los calvinistas separar á Carlos IX de la corte de España, unirle con vínculos de alianza con la reina Isabel de Inglaterra, con los príncipes protestantes del imperio, y hacerle tender una mano protectora á los rebeldes de los Paises-Bajos. El almirante Coligny, sin duda demasiado poseido de la idea de favor que gozaba con el rey, y de su preponderancia en el Consejo, escribió una larga memoria sobre la necesidad de romper con España, declarándose altamente favorable á la emancipacion de los Paises-Bajos; mas fué una imprudencia de quien no conocian bastante las personas y las cosas. Informado del menor paso que se daba en Paris el rey de España, tenia mil medios de neutralizar cuanto favor podia gozar en la corte el almirante. Envió Felipe nuevas instrucciones á su embajador (don Francisco de Alava), y tomó disposiciones que provocaron una explicacion de la corte de Francia acerca de los proyectos hostiles que la suponian. La vigilancia del embajador español en Paris fué tal, que disgustada de ello la reina Catalina, pidió su remocion y la obtuvo; mas á pesar de las explicaciones mutuas por entrambas partes, las relaciones quedaron por el momento frias. El matrimonio proyectado entre Carlos IX y la infanta de España doña Isabel Clara Eugenia, no tuvo efecto, y el jóven rey se casó con una hija del emperador Maximiliano, por sugestiones del partido medio.

Se habia colocado la corte de Francia en una posicion que parecia falsa, y en efecto lo era. Por una parte no estaban los calvinistas bastante satisfechos, y Coligny se habia retirado á la Rochela, con el despecho de ver el poco efecto que habia producido su memoria. Por la otra vivia alarmado Felipe II con la idea de la posibilidad de que se declarase el rey de Francia favorable á los Paises-Bajos. Se hallaban, pues, los hugonotes recelosos, los católicos ardientes, indignados. Y como no era posible que la corte de Francia guardase un perfecto equilibrio entre ambas partes, sea por conviccion, sea por capricho, sea porque lo creyese necesario, ó tal vez por fingir mas, pareció inclinarse la balanza del lado de los calvinistas.

Ya habian sido antes estos objeto de particulares atenciones, alterándose en su favor algunos artículos del tratado precedente. Se les permitió tener mas congregaciones religiosas que las estipuladas, y hasta en Paris mismo, aunque sin carácter público. Para mas muestras de favor se envió á la Rochela al mariscal Cossé, en-

cargado de entrar en conferencias con los principales jefes calvinistas, á fin de reparar los agravios de que se quejaban; se invitó al almirante Coligny á que se trasladase á Blois, adonde se dirigia la corte; se habló de un armamento en favor de los Paises-Bajos, de ajustar un enlace entre el duque de Alenson (hermano del rey) con la reina de Inglaterra, y sobre todo de casar á Enrique, príncipe de Bearne, con Margarita de Valois, hermana del monarca.

Hubo un momento en que los calvinistas pudieron creerse árbitros de los destinos de la Francia. Expusieron altamente sus quejas los de la Rochela, en cuya compañía se hallaba á la sazon Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y enviaron una solemne embajada al rey, que la recibió con muestras de favor y de agasajo. Renovó el rey Carlos con este motivo sus instancias á Coligny para que viniese á Blois, y el almirante no dudó en ponerse en marcha, seguido de cuarenta caballeros, mas adictos á su causa.

Se hizo al almirante en Blois un recibimiento cordial y amistoso, mezclado de respeto y reverencia. Desde su llegada fué admitido en el Consejo. Le dió el rey todas las muestras de la mas ciega deferencia: le colmó de favores á él y á los suyos: mandó que se persiguiese judicialmente á los que habian infringido los artículos de la paz de San German, procediendo á medidas violentas contra los hugonotes, y pareció adoptar las ideas que el almirante le habia sugerido en la memoria ya indicada. Se hablaba de próxima guerra contra el rey de España, y de una expedicion á los Paises-Bajos en auxilio de los sublevados. Se dieron patentes de corso á los de la Rochela, permitiéndoles vender las presas en su puerto. Parecia la corte completamente decidida á favor de los calvinistas, y la reina madre se les mostraba aun mas afable y cariñosa que su hijo. Se retiró de Blois la familia de los Guisas, despechada del favor que iban adquiriendo sus rivales. Se presentaba Colingy como hombre omnipotente. Recibió del Parlamento cartas registradas de seguridad contra toda persecucion de los Guisas por la muerte de su padre: sacó cartas de la corte para el duque de Saboya, pidiéndole que diese entrada en sus estados y protegiese á sus correligionarios; y para complemento de la buena voluntad del rey, se pagaron á los reitres de Alemania cuatrocientos mil escudos de sueldos caidos, á fin de que regresasen á su patria.

Podian muy bien todas estas condescendencias y favores no ser mas que un lazo para acabar, para exterminar mas á mansalva al

partido protestante; pero se destruye completamente esta opinion con el proyecto concebido y efectuado al fin de enlazar á Margarita, hermana de Carlos IX, con el príncipe Enrique de Bearne. Parece imposible y fuera de toda probabilidad que se llevase tan adelante la ficcion, y por otra parte no hay que buscar en las acciones humanas causas extraordinarias, cuando se pueden explicar de un modo muy sencillo. Natural era que el rey de Francia, cansado de los horrores de la guerra civil, buscase en el buen trato y concesiones hechas á los protestantes, los medios de sofocarla para siempre; ni tenia nada de extraño que Catalina de Médicis se mostrase inclinada al calvinismo, como un partido débil que necesitaba de su proteccion, con preferencia á los católicos, que se sostenian á sí mismos.

Encontró este enlace, proyectado entre Catalina de Valois y el príncipe de Bearne, gravísimas dificultades. La princesa era católica, y su futuro esposo protestante. Se necesitaba una dispensa formal del Papa, que á la sazon lo era Pio V, y este pontífice, para quien semejante matrimonio era una atroz profanacion, se negó del modo mas duro y mas solemne á concederla. «Lo que nos atormenta incesantemente (tales son las palabras de su carta al rey), »es que se inste tanto en el matrimonio del príncipe de Navarra con »Margarita vuestra hermana, por la vana esperanza de que con»tribuya á reducir al príncipe á la religion católica. ¿No es mas de »temer que la princesa llegue á ser la pervertida? Se expone de este »modo mucho la salvacion de su alma; y aunque ella persista en »vivir católicamente, no tendrá paz ni reposo unida con un marido »hereje.» Sabedor del proyecto el rey de España, trató por su parte de embarazarle, alegando que la princesa estaba prometida al rey don Sebastian de Portugal, en cuyo arreglo habia personalmente intervenido. De esta repugnancia que tenia el Papa y los príncipes católicos en consentir el enlace de Margarita con un calvinista, participaban Juana de Albret, madre del príncipe, y los principales ministros de la nueva secta, por principios y motivos asimismo religiosos. El mismo Coligny llevaba en secreto á mal el matrimonio por la importancia política que iba á adquirir el príncipe de Bearne, considerado ya como jefe del partido protestante, tan en menoscabo de la autoridad del que se reputaba como su patriarca. Mas estaban demasiado empeñados el rey de Francia y su madre en realizar su plan, para que se arredrasen con semejantes repugnancias.

Por el pronto cedió la de Juana de Albret y sus ministros á las razones de conveniencia y utilidad que semejante matrimonio reportaba á su partido, y á invitacion de la corte se presentó en Blois con un acompañamiento numeroso. La recibieron el rey y su madre con todas las muestras de cariño y de respeto, y se dieron nuevos pasos á fin de que cuanto antes se verificase el matrimonio. Como persistiese el pontífice en su negativa, llegó Carlos IX á decir á Juana de Albret: «Tia mia, yo os honro mucho mas que el »Papa, y amo mas á mi hermana que le temo: no soy hugonote, »pero tampoco tonto: así si el Papa se hace demasiado bestia, yo »mismo tomaré á Margarita de la mano, y la haré casar en medio »del sermon en un templo calvinista (1).»

Con la traslacion de la corte á Paris, verificada de allí á poco, perdió mucho terreno el partido protestante. En Blois, ciudad pequeña, podia Coligny ejercer su influencia, sin grande inconveniente, sin chocar de cerca con la falange de sus enemigos. En Paris, iba á ser testigo del favor que él y su partido disfrutaba con el rey, una inmensa poblacion que profesaba el odio mas ardiente al calvinismo. No habia sido el partido extremo católico expectador pasivo del ascendiente que habian tomado sus antagonistas. Se agitaban las masas: los principales jefes católicos daban pábulo á tan ardientes sentimientos. Atento á todo el rey de España, se mostraba naturalmente protector del catolicismo tan comprometido. En Paris se murmuraba altamente de los progresos que, á la sombra del favor real, iba haciendo el calvinismo en todas partes. En las plazas, en los mercados, se hablaba de sus profanaciones, de los ultrajes que de ellos recibia el viejo culto, de los anuncios de la cólera del cielo, de los prodigios, de las señales evidentes de lo que estaba Dios cansado de sufrir mas tiempo el triunfo de los enemigos de su Iglesia. Era objeto de escándalo y horror la presencia en Paris de los malditos hugonotes: por todas partes se les señalaba con el dedo, como hereges, como impíos. No ignoraban Coligny y los suyos estas disposiciones de los ánimos; mas confiados en la proteccion del rey, sin duda despreciaron un peligro cuya extension no conocian.

Poco tiempo despues de la llegada de la corte á Paris, murió Juana de Navarra, de enfermedad natural, segun los católicos; de veneno

(1) Si le Pape fait trop la beste, je prendrais Margot par la main, et la meneral épouser en plein presche.

administrado por órden de la reina Catalina de Médicis, á lo que dijeron entonces los mas fogosos calvinistas. Ningun gran personaje muere, segun la opinion del vulgo, de muerte natural, si hay otros poderosos interesados en su fallecimiento. No fué excepcion de esta regla la reina de Navarra. Vieron los católicos en su muerte un castigo del cielo: los calvinistas, una traicion y alevosía de la reina madre. Se abrió el cadáver por órden de la corte, y los médicos certificaron que la muerte habia sido producida por una calentura muy maligna. En el testamento de la difunta no se halló ningun indicio, de que esta hubiese concebido la menor sospecha. Coligny y los suyos, cualquiera que hubiese sido su sentir, se dieron en público por satisfechos. De todos modos, no alteró esta novedad las ideas de la corte con respecto al matrimonio, y Enrique de Bearne, que á la muerte de su madre tomó el título de rey de Navarra, se presentó en Paris seguido de mas de mil de los suyos á efectuarlo (1572).

La presencia de tantos hugonotes nuevos en la capital, dió nuevo alimento á la cólera del pueblo. «Los hugonotes, ¡los malditos hugonotes! decia el populacho por donde quiera que pasaban: ni se quitan el sombrero delante de las imágenes de Cristo y de los santos, ni se arrodillan delante del Santísimo.» Y mientras se proferian estos gritos, mientras en la masa de la inmensa poblacion fermentaban tantos sentimientos de odio y de venganza, no pensaba la corte en otra cosa que en llevar cuanto antes á su término el proyectado enlace. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de los artículos del contrato matrimonial, para que se juzgue mejor si esta union era un acto de buena fe por parte de la corte ó una verdadera asechanza, como se creyó despues, ó como tal vez se cree en el dia. «Daba el rey en dote á su señora hermana trescientos mil escudos de oro del sol, mediante cuya suma renunciaria á todos sus derechos sucesivos, paternos y maternos en favor de su hermano. Sin embargo, visto el apuro de los tiempos, no se la podia dar esta suma en dinero contante: se satisfaria en compras de rentas sobre la ciudad de Paris, y de las que disfrutaria la referida dama. La reina madre, por el singular amor que profesaba á su señora hija, le daba doscientas mil libras tornesas. Los duques de Anjou y de Alenson le daban veinte y cinco mil libras cada uno. Debia haber comunidad de bienes entre los esposos: en caso de muerte de uno de ellos, tendria, el que sobreviviese, el gobierno y la admi-

nistracion de los bienes é hijos hasta que llegasen á mayor edad, siendo esta para los varones de diez y ocho años, y de quince para las hembras. Dotaria el señor príncipe de Navarra á su esposa con cuarenta mil libras de renta, para gozar de ellas durante su vida. Quedaba á la voluntad de la reina de Navarra y del príncipe, su hijo, dar en favor de este matrimonio las sortijas y joyas que gustasen, y por el precio que les conviniese. Declararia dicha reina, en favor de estas bodas, á su hijo por heredero universal; porque de otro modo no se verificaria dicho enlace. El primer hijo nacido de dicho señor príncipe y de la referida señora, seria declarado heredero universal, y en caso de que el primero muriese sin hijos, lo seria el inmediato, y así de hijo en hijo, haciéndose lo mismo en defecto de varones con las hembras. La reina de Navarra daria á su hijo el usufructo y goce del condado de Armagnac, y le entregaria doce mil libras de renta que gozaba de viudedad sobre diferentes bienes. El señor cardenal de Borbon, en favor de dicho matrimonio y por el afecto que profesaba al príncipe su sobrino, confirmaria en su favor las renuncias de las sucesiones paterna y materna hechas antes por él en el del difunto rey de Navarra.»

El Papa Pio V, que se habia mostrado tan resueltamente opuesto á la concesion de la dispensa, no existia; mas su sucesor Gregorio XIII manifestaba adoptar los mismos sentimientos. El cardenal de Borbon, tio del príncipe, que debia dar la bendicion nupcial, se resistia á consumar la ceremonia, sin el requisito del permiso del pontífice. Murmuraban los calvinistas de tantas dilaciones. En este conflicto apeló la corte á una supercheria, que mencionaremos aquí para hacer conocer mejor el carácter de los tiempos. Se fingió una carta del embajador en Roma, quien hacia saber que el cardenal de Lorena le decia que por su habilidad y destreza habia obtenido al fin, de Su Santidad, el permiso para el matrimonio, y que con el próximo correo enviaria infaliblemente la dispensa, por lo cual podria pasarse á su celebracion sin ningun inconveniente. Aparentó el rey leer el pliego con gran satisfaccion, y lo mismo la reina madre, que fué la forjadora de la carta. No dudó el cardenal de la autenticidad del documento y se prestó á la voluntad del rey, quien dió las órdenes para que cuanto antes se llevase á efecto.

Se verificó el matrimonio el 18 de agosto de 1572, con toda ceremonia y una pompa extraordinaria. Acompañaron á los novios á la catedral de Nuestra Señora, donde se les habia de dar la bendi-

cion nupcial, el rey, la reina, todos los príncipes de la sangre real, todos los grandes personajes de la corte, tanto católicos como calvinistas. Asistian el cuerpo nunicipal, las autoridades militares y civiles, precedidos y seguidos de gentiles-hombres de palacio y de los arqueros de la guardia. Se observó que mientras los grandes personajes católicos se presentaron vestidos con el mayor lujo y magnificencia, llevaban los calvinistas los trajes mas sencillos, lo que excitó la cólera del pueblo, teniéndolo á desprecio de la ceremonia religiosa, y sobre todo del templo católico donde iba á celebrarse.

Se levantó delante de la puerta principal de la catedral un gran tablado, donde el cardenal de Borbon dió la bendicion nupcial al príncipe de Bearne y á Margarita de Valois, á presencia de la muchedumbre. Concluido el acto se separó el príncipe de la comitiva, mientras esta pasó al interior de la catedral á oir una misa solemne á que asistieron todos los católicos. Se quedaron los protestantes todos fuera paseándose en la plaza de la catedral, lanzando miradas de enojo y de desprecio sobre las efigies del atrio y demás adornos, que eran á sus ojos signos y emblemas de la idolatría. El pueblo que lo observaba se entregó á nuevos arrebatos de furor, y no cesaba de maldecir y escarnecer á los malditos hugonotes. No menciona la historia muchos ejemplos de un matrimonio celebrado de una manera tan extraordinaria. Si habia alguna duda de lo inamalgamables que eran, sobre todo entonces, los católicos y los calvinistas, debió de disiparla lo ocurrido durante aquella ceremonia.

Aquel dia hubo un gran banquete y funciones extraordinarias dadas por la corte: al siguiente las dió la municipalidad de no menos lujo, magnificencia y aparato. Pocos preveian que eran precursoras estas fiestas de una catástrofe espantosa.

CAPÍTULO XLIII.

Continuacion del anterior.—Agitacion de los partidos.—Horrible plan del católico.—Asesinato de Coligny.—Matanzas en Paris la noche víspera de san Bartolomé.—Continúan en los dias sucesivos.—Se imitan en los demás pueblos de Francia.—Las aprueba y sanciona el rey.—Nueva insurreccion de los calvinistas.—Sitios de Sancerre y de la Rochela.—Conversion del rey de Navarra y del príncipe de Condé al catolicismo.—Eleccion del duque de Anjou por rey de Polonia.—Parte á tomar posesion de la corona.—Muerte de Carlos IX.—Su carácter (1).—(1572-1574.)

Antes de pasar á los hechos, que son objeto de este capítulo, no estará de mas que volvamos la vista á los que llevamos mencionados. El favor que el partido calvinista disfrutaba hasta entonces en la corte, tenia mas de aparente que de sólido. Sin armarle un lazo como se creyó entonces, como se creyó despues, pudo muy bien Carlos IX considerar su conducta como necesaria para la pacificacion del reino: pudo muy bien la reina madre creer que la convenia por entonces apoyarse en los calvinistas para dominar á los católicos. Mas de esta conducta aconsejada por la política, á la verdadera adhesion, á lo que se llama simpatía, hay una distancia enorme. Los calvinistas, que así se lo persuadieron, se mostraron demasiado crédulos, muy poco conocedores de las cosas y de los hombres. El primero en participar de este error fué el mismo Coligny, que presumió demasiado de su habilidad, y se creyó ya el árbitro de los destinos de la Francia.

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

Catalina de Médicis sin grandes principios, sin creencias muy sólidas, sin mas móvil en toda su conducta que el ejercicio del poder, era mujer demasiado astuta para no tener fija siempre la vista en los dos campos. Conocia sin duda la importancia del calvinista; mas no se la ocultaban las fuerzas del católico. En lugar de pensar seriamente en hacer la guerra al rey de España, mantenia con él una correspondencia muy activa, y se disculpaba lo mejor que podia de los actos que eran objeto de acriminaciones por parte de Felipe. Atento este á todo, en estrecha correspondencia con su embajador, en inteligencia con las personas mas influyentes del partido católico, pasaba por su protector, y por el enemigo mas encarnizado del contrario.

Coligny, que como ya hemos visto se creia en la cumbre del favor y del poder, llevó su ceguedad hasta el punto de querer emancipar al rey de la reina madre, que era la que realmente gobernaba, como si estos lazos formados por la naturaleza, estrechados por el hábito y la misma necesidad, se pudiesen romper por medio de la intriga, y sobre todo por quien tal vez era objeto de una secreta repugnancia. No fué difícil á Catalina conocer este juego del jefe de los calvinistas, motivo mas para separarse de ellos y acercarse al partido de los Guisas.

Mientras la corte permaneció en Blois, figuraba allí mucho el partido calvinista. Trasladada á Paris se absorbió casi en la inmensa mayoría católica exaltada, cuyo furor crecia á proporcion que se suponia en aumento el favor de que disfrutaban en la corte. Ya hemos visto que la presencia de estos *malditos hugonotes* hacia prorumpir al pueblo en expresiones de furor y de venganza. Es preciso conocer muy poco lo que son partidos en política para no concebir las influencias secretas que daban pábulo á estos sentimientos de suyo ardientes y exclusivos. Los jefes católicos mas exaltados eran sumamente queridos de la muchedumbre, y el duque de Guisa, sobre todo, excitaba los mismos sentimientos de idolatría que su padre. Las noticias que circulaban en las plazas, en las calles, en todos los parajes públicos, del ascendiente que iba adquiriendo el hugonotismo en todas las provincias, estaban hábilmente calculadas para encender nuevos odios en la muchedumbre, para hacerles ver el peligro que el culto católico corria, si se toleraban por mas tiempo los enemigos de Dios y de sus santos.

Conocian muy bien algunos calvinistas previsores lo falto de su

posicion, y se llenaban de temores al ver la espantosa minoría en que se hallaban; mas otros, fiados en su favor con el rey, despreciaban á sus enemigos, y respondian á los gritos de cólera de la muchedumbre con amenazas y bravatas. Hubo muchos de entre ellos que vendieron sus haciendas, con objeto de lucirlo en Paris, y presentarse con todo esplendor en las fiestas y solemnidades de la corte; tan ciegos estaban con su aparente prosperidad, y poseidos de su gran valer, por lo mismo que los halagaban. Era Coligny entre todos el mas alucinado, con su presidencia del Consejo, y con las muestras de deferencia y de respeto por parte del rey, que le llamaba padre.

Si toda esta deferencia, si la conducta observada mas de un año hacia por la corte con el partido calvinista, fué una trama, un plan concebido de antemano para adormecerle, para atraerle á Paris, donde se pudiese acabar con él mas fácilmente: si se quiso coronar esta obra de doblez con un matrimonio, que precisamente habia de llamar á la capital tantas personas influyentes, lo mas florido de la hugonotería, se puede decir que era un proyecto tan diabólico como astutamente ejecutado. Mas de que la trama no venia de tan lejos, y sobre todo, de que no entraba en ella el rey de España, depone su correspondencia de aquel tiempo; deponen sus temores, sus sospechas, sus quejas de la conducta de Carlos y su madre. Y no olvidemos una circunstancia en corroboracion de lo que vamos indicando, á saber, que precisamente en estos tiempos, cuando se supone que la corte de Francia meditaba tan grande alevosía, salia de este pais el conde Luis de Nassau á la cabeza de un cuerpo de franceses auxiliares, con el que se apoderó de la plaza de Mons, como lo hemos hecho ver á su debido tiempo. ¿Cómo pudieron llevar tan adelante la ficcion? ¿Cómo guardaron el rey Carlos y su madre una reserva tan inexplicable con el rey de España? ¿No estaban con él en inteligencia desde las conferencias de Bayona, sobre la necesidad de acabar con la secta calvinista? A confiarle su secreto, ¿no se hubiesen libertado de las inquietudes, del embarazo, en que naturalmente les ponian sus reclamaciones.

Todo, pues, contribuyó á juzgar que si en el favor dispensado al partido calvinista hubo su cálculo, y falta de sinceridad, no iba envuelto un plan de alevosía. Las cosas habian llegado á un punto tal, que sin necesidad de proyectos concebidos de antemano era inevitable un conflicto entre partidos, entre opiniones, entre creencias

que mutuamente se rechazaban y excluian. Por una parte el odio de la poblacion de Paris hácia los hugonotes, con tantos testimonios expresado; por otra la desconfianza que comenzaba á apoderarse de este partido, y las acusaciones que públicamente hacia de la perfidia y trato doble de la reina madre; aquí las intrigas de los jefes católicos, del embajador de España y del nuncio de Roma; allí la conviccion en que se hallaban los católicos ardientes, de que solo por el exterminio acabarian con los malditos hugonotes, todos fueron elementos del plan que se adoptó por fin, de recurrir á violentos medios, plan en que probablemente no fué impulsadora la corte, sino arrastrada por el movimiento popular que otras manos dirigian.

La casa de Lorena, siempre violenta, siempre encarnizada contra los calvinistas, sobre todo contra el almirante, acusado del asesinato del duque de Guisa delante de los muros de Orleans, era la que estaba á la cabeza de toda esta muchedumbre fanática, que no respiraba mas que sangre. Enrique, nuevo duque de Guisa, hijo del asesinado, ídolo del pueblo, habia entrado en conferencias secretas con los principales cabezas de motin, con los católicos mas ardientes de la municipalidad, prometiéndoles su cooperacion en el vasto plan de venganza y de exterminio. El horizonte se cubria de nubes que presagiaban una tempestad horrible. Sin embargo, no disminuia el favor aparente que los calvinistas disfrutaban en la corte, y Coligny vivia tranquilo, halagándose siempre con la idea de llegar un dia á ser el solo privado, director y consejero del monarca.

El dia diez y ocho de agosto de 1572 se habia celebrado el matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra. Aquel dia y el 19 se pasó en regocijos y en festejos. El 22, es decir, cuatro dias despues, al regresar Coligny de palacio á su casa, á eso de las dos de la tarde, se le asestó un tiro de arcabuz desde una ventana, que le hirió gravemente en un brazo, llevándole al mismo tiempo dos dedos de la mano. El asesino, llamado Maurevel, dependiente del duque de Guisa, se evadió en el acto, saliéndose por una puerta de Paris, donde tenia un caballo prevenido que le puso con rapidez al abrigo de todas las pesquisas.

Produjo aquel tiro en una calle pública y en la mitad del dia, la misma impresion que el estampido de una tremenda tempestad en el silencio de la noche mas profunda. Para los católicos fué una voz

de alarma, un grito de próxima pelea: para los calvinistas un aun-cio del profundo abismo que ante sus plantas se entreabria. ¡Ya estaba descorrido el velo de sus ilusiones! Ya los Guisas habian per-petrado su gran acto de venganza, pues para nadie era un misterio que el arcabuz habia sido disparado por la mano de los Guisas. Mientras tanto se trasportaba al almirante á su casa en brazos de sus servidores, y rodeado de un acompañamiento numeroso de sus correligionarios. Mostraba Coligny serenidad, mas prorumpiendo de cuando en cuando en exclamaciones contra sus enemigos, de quie-nes esperaba un pronto desàgravio; porque este hombre siempre crédulo, no sabia aun, en medio de aquel conflicto, cuán minado estaba el terreno que pisaba.

Recibió el rey la noticia del asesinato de Coligny con muestras de grande enojo, y mandó hacer pesquisas para la aprehension del per-petrador y cómplices. Pasaba, sin embargo, á los ojos de la genera-lidad por sabedor con anticipacion del hecho, sino por su principal instigador: en cuanto á la reina madre, nadie dudaba de la conni-vencia. Los calvinistas la acusaban altamente, y sea que no creye-sen inminente el peligro, sea que pensasen alejarle no presentán-dose como intimidados, echaban amenazas y se producian con su violencia acostumbrada. Envió el rey un recado á casa del almi-rante, para informarse de su estado y manifestar el interés que le causaba. Los calvinistas, no satisfechos con este paso de atencion, exigieron que el rey le visitase, para dar así á entender la consi-deracion que le merecia su persona; demostracion inútil, si Car-los IX estaba en el complot; inútil tambien, si se urdia este sin su conocimiento.

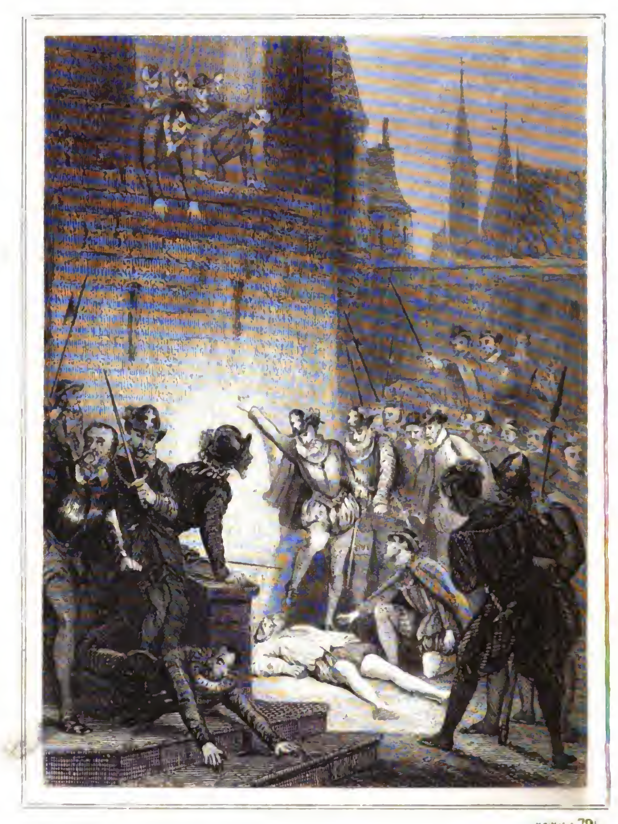
Accedió el rey á las pretensiones de los hugonotes, y acompaña-do de su madre, pasó á visitar al almirante la tarde de aquel mis-mo dia. Mostró el almirante agradecer mucho la visità, hablando al rey en términos muy respetuosos, mas profiriendo quejas sobre la alevosía de sus enemigos y lo mal que los capítulos del tratado de pacificacion estaban observados. Procuró el rey calmarle y sosegar-le hablando en términos afables, prometiéndole pronta satisfaccion y rígida justicia. En los mismos términos, le habló la reina madre, á pesar de que el almirante no disimuló lo poco satisfecho que es-taba de su comportamiento. Ambos mostraron el mayor interés y deseo de su pronta cura, llevando su atencion hasta tocar y exami-nar la bala que habia causado sus heridas. «Gran fortuna es que

»haya salido afuera, señor almirante, dijo con este motivo Catalina, »porque he oido que el difunto duque de Guisa hubiese curado de »sus heridas, á no quedar la suya dentro.» Crueles palabras en aquellos momentos, cuando la herida de Coligny se consideraba como un acto de venganza por aquel asesinato de que se le acusaba.

Mientras tanto crecia en Paris la agitacion, y aquel tumulto sordo que precede al estallido de una tempestad, anunciada ya en los aires. Continuaban los conciliábulos del duque de Guisa con los jefes de la municipalidad y los católicos; se pronunciaba sin ningun disfraz el nombre de Maurevel, asesino de Coligny, y se sabia que en su fuga habia sido recibido con entusiasmo en muchas poblaciones, donde se jactaba de su accion, considerada como heróica, como altamente meritoria. Los calvinistas, agrupados por la mayor parte en derredor de la casa de Coligny, se mostraban armados en ademan hostil, y no cesaban en sus amenazas de tomarse la venganza por su mano, si el rey no se la hacia. Daba Carlos IX todas las muestras de mirar este asunto con calor, y habiéndole enviado á decir el almirante que se notaban síntomas de cierta efervescencia, le envió un piquete de los arqueros de su guardia para el resguardo de su casa.

El 23 hubo un consejo privado y secreto en las Tullerías, convocado por la misma reina madre. Allí se trató seriamente de dar apoyo al golpe de mano que se meditaba. En la trama estaba el duque de Anjou, hermano del rey, y además de los Guisas, que pasaban por motores, los principales señores de la corte que se tecian por católicos mas exaltados. Estaba decidida la reina madre á proteger un movimiento popular que iba á ser la ruina de los calvinistas. El rey titubeaba todavía; mas su madre le hizo ver que siendo el golpe inevitable, quedaria nula y desairada su autoridad si los buenos católicos de Paris tomaban la venganza por su mano sin contar con el monarca; razon plausible, que le hizo impresion y promovió su asentimiento. Mas para los que entonces eran de opinion, y lo son todavía, de que era la misma corte la que concitaba las masas contra el partido calvinista, no hubo tal vacilacion é incertidumbre; al contrario, fué el rey quien convocó el consejo á fin de organizar el movimiento.

Las medidas se tomaron en efecto. Al principio de la noche del 23 al 24, se avistó por última vez el duque de Guisa con sus asociados, y les avisó que lo preparasen todo para aquella noche mis-



pagina 79.

MUERTE DE COLIGNÝ

ma. Se reunió la municipalidad, se distribuyeron armas, se asigna-



ma. Se reunió la municipalidad, se distribuyeron armas, se asignaron los puestos, se dispusieron todos á consumar el plan de venganza que tanto tiempo hacia llevaban en sus corazones. En cuanto á los calvinistas, aunque estaban muy sobre sí, hasta el punto de pensar seriamente en salir de Paris como punto mal seguro, no advirtieron los movimientos de aquella noche, ó no les dieron la importancia que tenian; y cuando ya estaba para sonar la hora de sangre y de matanza, se retiraron tranquilos al cuartel ó barrio que les estaba asignado por alojamiento.

Fué la casa del almirante la primera acometida por el mismo duque de Guisa, el de Anjou y otros personajes acompañados de asesinos. Los príncipes se quedaron en el zaguan mientras subian los segundos precedidos por un tal Behem, muy partidario de los Guisas, casado con una hija bastarda del cardenal de Lorena. Los arqueros que guardaban la casa del almirante, fueron de tan poco auxilio, cuanto su jefe, católico exaltado, iba con los mismos asesinos. Cuando sonaba la gran campana, señal de dar principio á la matanza, estaba leyendo al almirante su capellan algunos pasajes de la Biblia. Al oir el ruido con que habia sido forzada la puerta de su casa, y el estruendo de los que subian la escalera, se armó de serenidad; se vistió aprisa, como mejor pudo, y se apoyó en una pared del aposento. Muy pronto dieron golpes los asesinos á la puerta de su habitacion, diciendo con voces descompasadas que la abriesen. El criado que lo hizo en efecto por mandato de Coligny, fué asesinado en el momento. Entonces se avanzó Behem pálido, desgreñado, y le dijo con voz ronca: «¿No eres tú Coligny?» «El mismo soy, respondió el almirante, y tú, jóven, deberias tener mas respeto á las canas de un anciano; mas cualquiera que sea tu intencion, pocos son ya los dias de que me puede privar un asesino.» A estas palabras se hechó Behem sobre él, y le despachó al momento, ayudado de sus compañeros. Mientras tanto el duque de Guisa, que se habia quedado abajo, daba voces diciendo: «¡Behem! ¿Has despachado?» «Sí,» respondió el otro saliendo á la ventana. «Pues entonces, repusó el duque, arrójanos acá el cadáver, para que estos señores se convenzan de que es el muerto el almirante.» Así lo ejecutó Behem, y el cadáver de Coligny cayó en el patio todo ensangrentado. Para reconocerle mejor le lavaron el rostro; y cuando á la luz de una linterna vieron que en efecto era Coligny,

le dió una patada el conde de Angulema, bastardo de Enrique II, diciendo: Asesino del duque de Guisa, la has pagado (1).»

Con el asesinato de Coligny se dió principio á la matanza de los hugonotes. Para disipar las tinieblas de la noche, se pusieron luces en todas las ventanas. Dió la señal la gran campana de la casa de la ciudad, é inmediatamente se vió la muchedumbre armada dirigiéndose al barrio de los calvinistas y á las demás casas de los personajes de esta secta, que todos conocian. La señal con que los católicos se distinguian, era un pañuelo blanco atado en forma de cruz sobre el sombrero. Fueron los protestantes cogidos de sorpresa, asesinados unos en su cama, otros á medio vestir y levantándose, quiénes haciendo resistencia, quiénes cayendo desarmados como víctimas en un sacrificio, otros despavoridos corriendo por las calles sin saber á dónde, buscando refugio en los pórticos de las plazas, de las iglesias, en el mismo Louvre; por todas partes eran inmolados sin misericordia. Los gritos de la muchedumbre enfurecida, los quejidos y ayes de los moribundos, el estampido de los arcabuces, el sonido de las campanas que tocaban á rebato, no podian menos de imprimir terror y espanto en tan horrenda noche. Los principales personajes del partido católico, daban el ejemplo de ferocidad á la plebe fanática, sedienta de horrores y de sangre. El mariscal de Tavannes recorria las calles gritando: «Sangrad, sangrad: segun dicen los médicos, la sangría es tan saludable en agosto como en mayo.» Los Guisas, despues de despachado á Coligny, buscaban nuevas víctimas, y saciaban la saña que profesaban á los calvinistas.

No suspendió la mañana el furor de la matanza. Con la luz del dia se vieron, se buscaron mejor los que ocultaban las tinieblas. Todos los encontrados cayeron al hierro y fuego de los asesinos. Las calles, los pretiles del rio, se iban llenando de cadáveres. Muchos de ellos fueron arrojados al Sena, cuyas aguas iban enrojecidas con la sangre: los que no perecieron en las calles, cayeron en

(1) No sabemos si Voltaire anduvo feliz en la alteracion que de este pasaje hizo en su poema (La Henriada). Supone que los asesinos de Coligny, sobrecogidos con su aspecto venerable, y sobre todo con sus palabras, se echaron á sus piés, sin atreverse á dar el golpe: que Behem (le llama Besme), que aguardaba en el patio, impaciente con la dilacion, subió apresurado, y al ver á los asesinos inmóviles, se precipitó sobre el almirante, acabándole en el acto. Mas quien aguardaba abajo era el duque de Guisa, y el que subió á perpetrar el asesinato el mismo Behem, ó sea Besme. Por supuesto el asombro ó inmovilidad de los asesinos, es una creacion del poeta; mas es imposible que en actos de esta especie no discrepen las narraciones sobre ciertas circunstancias. Lo sustancial del hecho es que Coligny, hallándose en su casa herido, fué asesinado por impulso del duque de Guisa, su enemigo mortal, que le consideraba como el asesino de su padre.

sus casas: los que buscaron asilo en el palacio del Louvre, fueron fria y bárbaramente asesinados por los arqueros y alabarderos de la guardia. A la matanza siguió el robo y el saqueo. En la mañana y en casi todo el dia 24, fué Paris teatro de confusion, del desórden mas horrible. Las mismas autoridades civiles que habian dado impulso al movimiento, temblaron al ver el carácter espantoso que iba ya tomando, y trataron de poner un freno á la ferocidad; mas no estaba todavía la muchedumbre saciada de matanza. Duraron los asesinatos y el robo todo el dia; los hubo hasta el siguiente. Solo el cansancio y la fatiga desarmaron los brazos de las turbas, sucediendo al ruido espantoso de la destruccion, el silencio del sepulcro.

Estuvo el rey en vela toda la noche en compañía de su madre y otros personajes, testigo silencioso y mudo, segun unos, de lo que pasaba; actor, segun otros, en aquella horrible escena, hasta el punto de hacer fuego con su arcabuz sobre los calvinistas desde uno de los balcones de palacio. Cualquiera de las cosas que haya sido, no hay duda de que tomó sobre sí la responsabilidad toda del acto, y se dió como el principal impulsador de la matanza. El dia 26 salió en público con su madre y una corte muy lucida, y paseó como en triunfo las calles y plazas sembradas de cadáveres. La muchedumbre acogió al rey con los arrebatos del mas férvido entusiasmo; jamás fué tan popular como aquel dia. Se manifestó el rey como satisfecho de la lealtad del pueblo que habia libertado á la nacion de sus implacables enemigos. Quiso ver el cadáver de Coligny que estaba colgado por un muslo de un poste en la plaza de Montfaucon, y le insultó con frases chocarreras. Las mismas damas de la corte examinaron con atencion los cadáveres desnudos, haciendo observaciones que no se creerian hoy; tanto difieren aquellos tiempos á los nuestros (1).

Tal fué la matanza de San Bartolomé, tan célebre en la historia, y en cuyo acontecimiento nos hemos extendido algo mas que de costumbre, para hacer ver el carácter de aquellos tiempos, en que el libertinaje iba unido á la supersticion, y el desenfreno del vicio á toda la ferocidad del fanatismo. Las jornadas de San Bartolomé son únicas en su clase. En las vísperas sicilianas fué un pueblo le-

(1) A oui dire per les demoiselles de Catherine, «que les dames de la suite du roy considéroient toutes les parties du corps des gentils-hommes huguenots, et jugeoient par certains objets quelle etoit leur force au jeu d'amour.»—Memorias de Brantome.

vantado en masa contra sus opresores extranjeros: aquí son franceses que degüellan á franceses por solo fanatismo religioso. La circunstancia de escoger la noche para consumar este acto de barbarie, da al cuadro una tinta que le hace doblemente pavoroso (1).

Fué la matanza de San Bartolomé inmensamente popular en Francia, donde los católicos se hallaban en inmensa mayoría. Como una chispa eléctrica cundió la noticia por todos los ángulos del reino. La medida violenta tuvo eco en Meaux, en Orleans, en Senlis, en Ruan, en Tolosa, en Bayona, en otros puntos donde los católicos fanáticos imitaron la conducta de sus correligionarios de la capital. Se dijo que para esta efusion de sangre habian mediado órdenes del rey, mas no las necesita la muchedumbre cuando está ansiosa de violencias. Entre las dos religiones existia la mas encarnizada antipatía. No era el rey motor de tales violencias, aunque despues de perpetradas, se quiso dar este carácter.

En Paris se sancionaron del modo mas público y solemne estas matanzas. El mismo rey dijo en pleno parlamento, que se habian verificado de su órden en desagravio de la religion; palabras que fueron oidas con aplauso. La poblacion en masa de Paris estaba loca de entusiasmo por tan sangriento triunfo de la fe católica. Todo era fiestas de iglesia, sermones en accion de gracias, solemnes procesiones. Se celebraron juegos, se acuñaron medallas, y hasta se representaron dramas alusivos al asunto (2). La prensa dió á luz una muchedumbre de folletos, en que se ensalzaba la victoria de los católicos en todo género de estilos (3).

El rey de Navarra y el príncipe de Condé, no fueron comprendidos en la proscripcion segun convenio de antemano. Durante las matanzas se aseguraron sus personas, pero el rigor no pasó mas adelante. Sin embargo, no se les concedió la gracia de la vida sin condiciones duras, siendo una de ellas la de abjurar el calvinismo. Se les obligó, so pena de muerte, á dirigirse al Papa, suplicándole que les volviese á admitir en el seno de la Iglesia, y además al rey de Navarra á que expidiese un decreto prohibiendo el ejercicio del calvinismo en sus estados. Por todas partes se estableció la fórmula de

---

(1) Es muy difícil leer la relacion de la matanza de San Bartolomé sin que ocurra el recuerdo de las que tuvieron lugar doscientos veinte años despues y en Paris mismo. Seria muy curioso un paralelo entre las jornadas de agosto de 1572, y las de setiembre de 1792.

(2) Fué el mas célebre de todos la tragedia intitulada: La muerte de Coligny, donde figuran como personajes, el Almirante, Montgomeri, el pueblo, el rey, el Consejo del rey, etc.

(3) Hay entre estos escritos uno de un título demasiado curioso para que no le mencionemos. Passio Domini nostri Gaspardi Coligni, secundum Bartholomeum.

adhesion á la antigua fe católica. El triunfo se cantaba por completo y la ilusion pudo por un momento hacer creer que en Francia habia llegado el fin del calvinismo.

Dió el rey inmediatamente comunicacion de lo ocurrido en Paris á las potencias extranjeras con quienes estaba en relaciones; mas entre estas las habia católicas y protestantes. No podia producir la matanza de San Bartolomé la misma impresion en Inglaterra, en los estados luteranos de Alemania, que en Roma y en España. Así fué muy diverso el estilo de estas piezas diplomáticas. Se dijo á los primeros que el choque habia sido uno de esos movimientos populares, que no está en mano de los gobiernos contener por la gran exaltacion de las pasiones de la muchedumbre; que los hugonotes habian entrado en un plan de conspiracion contra la autoridad del rey y las leyes del estado, proyecto que habian confesado al morir los principales jefes de la secta; que el rey, inmediatamente que tuvo lugar el asesinato del almirante, habia tomado todas las medidas para castigarle y buscar al delincuente; mas que la cólera de sus amigos y correligionarios, habia hecho abortar estas medidas, por haber querido tomar la justicia por su mano; que á pesar de este suceso lamentable, no se alteraban los buenos sentimientos del rey hácia el partido calvinista, y se le dispensaria siempre proteccion segun los términos del tratado, etc. Mas lo sutil y artificioso de estas notas no podia encubrir lo que el acontecimiento tenia de cruel y espantoso, y en todos los estados protestantes no hubo mas que un grito unánime contra la alevosía del partido católico, excitada ó al menos consentida por la corte. La reina Isabel de Inglaterra manifestó quejas muy amargas, á que no pudo satisfacer toda la astucia y sutileza de la reina madre.

Con los estados católicos fué el lenguaje muy diverso. En sus comunicaciones se felicitaba el rey de una ocurrencia que habia purgado el pais de la heregía, dándose por promotor de un acto en que estaba marcada la mano de la divina Providencia, etc., etc.

De que la noticia de la matanza de San Bartolomé causó impresion muy agradable en el ánimo del rey de España, dan testimonio las cartas de felicitacion que escribió sobre ello á Carlos IX, á la reina Catalina de Médicis; y la embajada extraordinaria que con este motivo envió con instrucciones particulares al marqués de Ayamonte, encargado de esta mision para visitar al rey, á la reina, al duque de Guisa, al de Anjou, á los principales personajes que pasaban por



promotores de los asesinatos. Cualquiera que comprenda el odio y el horror profesado por el rey de España á los hereges, concebirá tambien que veia la mano de la Providencia en una medida que se podia considerar como un castigo de sus crímenes. No olvidemos que tales eran los sentimientos dominantes en la Europa. Las sectas religiosas se odiaban, se rechazaban mútuamente, y sea por intereses de ambicion, sea por puro fanatismo, ó por las dos cosas reunidas, ninguna se creia segura y dominante sin la destruccion de su contraria. Felipe II, que veia con tanto disgusto el favor de que en la corte de Francia gozaban los calvinistas tan estrechamente aliados con los rebeldes de Flandes, se regocijó sin duda en alto grado con una novedad que iba á restablecer en aquellos paises su preponderancia.

Fué en Roma donde la noticia de las matanzas de San Bartolomé excitó mas entusiasmo. El cardenal de Lorena, que residia á la sazon en la ciudad eterna, gratificó con mil escudos al correo extraordinario que, ganando horas, le llevó las nuevas. Celebró y aplaudió solemnemente el pontífice la hazaña en pleno consistorio. Hubo con este motivo regocijos públicos, misas solemnes, pomposas procesiones, vistosos juegos de artificio. Se mostraron los franceses residentes en aquella capital arrebatados de alegría. Aun se ve en la capilla Sixtina un cuadro con que se consignaron á la memoria y edificacion de la posteridad tantos horrores.

Cambiaron las matanzas de San Bartolomé la política de Francia. Bajo la influencia de los calvinistas se pensaba en alianzas de familia con la reina Isabel de Inglaterra, en dar una mano protectora á los Paises-Bajos, en formar una especié de liga con los príncipes protestantes del imperio, en una ruptura con España, etc., etc. Tales eran, á lo menos, los planes de Coligny, en que se imaginaba entraria de buena fe Carlos IX. Mas cualquiera que fuesen las verdaderas intenciones de su gabinete, le separó este acontecimiento de los del norte, y volvió de nuevo á la influencia de la política de España. Sin embargo, no convenia á Catalina de Médicis romper con los estados de Alemania, estándose negociando entonces el nombramiento del duque de Anjou para el trono vacante de Polonia.

Mas los calvinistas no se hallaban todos en Paris cuando las matanzas. Habia recibido el calvinismo un golpe atroz, mas no estaba exterminado. Por mucho que sea el furor y la embriaguez de un partido dominante al dictar medidas de rigor, jamás son tales que

corten de una vez todas las cabezas de la hidra. Lo que hicieron aquellos asesinatos, fué marcar con mas distincion y con color de sangre la línea divisoria de ambos campos.

Adquirió el calvinismo nueva energía con tan tremendo golpe. Si se intimidaron algunos, trataron los mas de vender caras sus vidas y repeler la fuerza con la fuerza. Los últimos edictos del consejo proscribian el calvinismo como culto público, mas le toleraban como opinion; y la corte, á quien no eran desconocidos los sentimientos de los disidentes, trató de sosegarlos, dando las órdenes mas estrictas á los gobernadores de provincia, á fin de que no se exasperasen. Mas los calvinistas no se pagaron de estas suaves medidas, y como gente escarmentada y tan vivamente resentida, trataron de hacerse fuertes en los puntos donde realmente dominaban. En el Languedoc, en los Cevennes, en el Vivarés, en el Delfinado corrieron á las armas. Fortificaron y repararon las plazas de Sancerre, de Nimes, de Sousmieres y otras de importancia. En Normandía tambien hubo movimientos serios. Los católicos volvieron asimismo á armarse, de modo que en vez de concluir con el calvinismo la matanza de San Bartolomé, no hizo mas que encender de nuevo los horrores de la guerra.

Era la Rochela el punto fuerte, el baluarte por excelencia, una especie de capital del partido calvinista. Allí se reunieron sus principales medios de defensa, y se prepararon para una obstinada resistencia. Pensó seriamente la corte de Francia en poner sitio formal á esta plaza fuerte, y nombró al duque de Anjou, al vencedor de Moncontour y de Jarnac para el mando de la fuerza asediadora. Se hicieron aprestos de hombres, de artillería, de víveres y de municiones. Se alistaron extranjeros, y Catalina de Médicis imploró los auxilios de España y de Saboya para el triunfo de la santa causa. Hizo donativos al clero, y las municipalidades acudieron con su contingente. Para dar mas aparato á la empresa, se exigió que el rey de Navarra y el príncipe de Condé acompañasen al duque de Anjou, sacrificio al que los dos se resignaron.

Fueron muy grandes los preparativos del sitio; pero mayor la resistencia de los rocheleses. Aquí y en Sancerre hicieron prodigios de valor los calvinistas, resueltos á sepultarse bajo los muros de la plaza. Comenzó á introducirse en el campo de los católicos el desaliento, y no era el duque de Anjou, el vencedor de Jarnac y Montcontour en el campo del asedio. Continuaba este con sucesos

varios, cuando llegó al general en jefe la noticia de su exaltacion al trono de Polonia, vacante por la muerte de Segismundo Augusto, último príncipe de la raza de los Jajelones.

Ya antes de la matanza de San Bartolomé habian comenzado las negociaciones para la elevacion del duque de Anjou, y que la reina Catalina llevaba adelante con su sagacidad acostumbrada. Eran varios los aspirantes á esta dignidad, y entre ellos el archiduque Ernesto, hijo del emperador Maximiliano. Mas la reina madre se sirvió de agentes hábiles, que esparcieron el dinero, hicieron mil promesas, exageraron el poder y la grandeza de la corte de Francia, y sobre todo, supieron sacar partido de la fama militar del duque de Anjou, tan á propósito para ponerse al frente de los polacos en sus guerras con los moscovitas y los turcos. La noticia del acontecimiento de Paris atrasó mucho las negociaciones, habiendo sido acusado el duque de Anjou de haberse puesto á la cabeza de los asesinos. Mas nuevas sumas de dinero, nuevas promesas, nuevas concesiones allanaron estas dificultades, y el 7 de junio de 1573 fué elegido y proclamado Enrique de Valois monarca de Polonia.

Era la reina Catalina persona de gran habilidad, de mucha astucia, nacida sin duda para tiempo de intrigas, de revueltas y de convulsiones. Ya la hemos visto en las crisis mas difíciles desenredarse de mil obstáculos, y salir airosa de entre muchas inquietudes. Los asesinatos de Paris, que la libraron de ciertos cuidados, la crearon otros nuevos. Si los intereses de la religion la ligaban á la España, otros la hacian contemporizar con la Inglaterra, con los príncipes protestantes de Alemania. Mientras con el primero empleaba un lenguaje, hasta de jactancia, al darle comunicacion de lo ocurrido el dia de San Bartolomé, se excusaba del hecho, atribuyéndole á imprudencias de otros, dirigiéndose á los segundos. La Inglaterra podia dañar muchísimo á la Francia, protegiendo desembarcos, y enviando bajo de mano armas y municiones á los calvinistas que se habian alzado en Normandía. Tenian en su mano los príncipes de Alemania el lanzar contra Francia sus reitres y lansquenetes (1). La Suiza tambien se mostraba indignada con la matanza de sus correligionarios. Fulminaban anatemas los púlpitos de Ginebra, y aunque ya Calvino no existia, estaba representado por el famoso Teodoro Beza y otros mas apóstoles de la doctrina. No fué pues poca la as–

(1) Soldados ó sirvientes del pais; de «land,» tierra, y «knecht,» sirviente ó soldado.

tucia y la fortuna de Catalina el haber conjurado todas estas tempestades, mientras aspiraba y trabajaba por tener el honor de ser madre de dos reyes.

Aceptó la corona de Polonia Enrique de Valois, y dejó el sitio de la Rochela, que tan poca gloria le proporcionaba. En su tránsito y estancia en Paris fué objeto de festejos y populares regocijos. Con repugnancia dejaba su pais, para trasladarse á uno agreste como la Polonia, y además tenia la inquietud de perder el derecho á la corona de Francia, en caso de morir sin hijos el rey Carlos. Mas este disipó sus temores declarándole su sucesor, en caso de verificarse la ocurrencia, como sucedió en efecto.

Seguia mientras tanto la resistencia de los de la Rochela y de Sancerre; ni los alzados en el Languedoc, en Vivarais, en Nimes, daban mas muestras de querer sujetarse al yugo con que los amenazaban los católicos. Se habia abatido algo en estos el fuego fanático que animaba á las turbas de Paris, como sucede á toda agitacion violenta que cede poco á poco à la mano de los tiempos. Entre los católicos ardientes y los calvinistas de igual temple, se habia creado un partido medio, ansioso por conciliar los dos extremos. Produjo este estado de cosas otra pacificacion, si no tan lata como la de 1570, derogatoria de las medidas severas que se habian tomado cuando el triunfo de agosto. Por el nuevo decreto se mandaba sobreseer en toda causa que se hubiese instruido con motivo de dichos acontecimientos; se concedia el libre ejercicio de la religion reformada á las ciudades de la Rochela, Montauban y Nimes, y á los demás calvinistas del reino libertad absoluta de conciencia, la celebracion de los sacramentos á su manera, sin poder reunirse mas de diez, á excepcion de Paris y dos leguas en contorno, dándose además permiso á los calvinistas que quisiesen salir del reino, de vender sus bienes y de arreglar definitivamente sus negocios sin coaccion y sin violencias.

Era esta la tercera pacificacion entre el partido católico y protestante, que no fué ni mas sincera ni de mas duracion que las anteriores. Era imposible una amalgama de sectas; lo era mucho mas la de los intereses, de poder y de engrandecimiento, que se habian creado en sentidos tan opuestos. No quedaron contentos los católicos exaltados, y mucho menos los calvinistas, que todavía no habian dejado las armas de la mano. El tercer partido que se habia pronunciado en favor de la pacificacion, fué el primero que rompió los

lazos de la buena inteligencia. Se unieron sus jefes con los principales calvinistas contra el partido de la corte, y su plan era nada menos que trastornar el órden de la sucesion de la corona, anulando la declaracion del rey á favor del rey de Polonia, sustituyendo á este su hermano el duque de Alenson, ahora de Anjou, por la nueva dignidad de que aquel se hallaba revestido. Adoptó este partido en parte los planes de Coligny, contrarios á los intereses de la España, y era su idea enlazar al mismo duque de Alenson con la reina de Inglaterra, dándole además el protectorado de los Paises-Bajos. Era pues la cabeza, al menos nominal, de la conspiracion el duque de Anjou, y entraban en ella el rey de Navarra, el príncipe de Condé, el mariscal de Montmorency, el de Danville, el de Cosseins y otros principales. El principal blanco de sus tiros era la reina madre, cuya influencia en los consejos del rey trataban de destruir por siempre. Fué concebido y tramado este plan durante el viaje de la corte, cuando salió á despedir hasta la frontera al rey de Polonia, y se aplazó la ejecucion á su regreso, debiendo consistir esta en apoderarse de la persona del rey y de su madre, y hacer firmar al primero los decretos que dejasen realizados sus designios. Era un plan muy parecido al famoso de la conspiracion de Amboise, y lo mismo que él fué descubierto. La corte que estaba en San German se trasladó precipitadamente á Paris, poniéndose bajo la proteccion de la capital, de cuya adhesion tenia tantas pruebas. Se procedió á la prision de los principales cómplices; de los mariscales ya dichos, á excepcion del de Danville, que estaba á la sazon mandando en Languedoc; se escribió á todos los gobernadores de provincia encargándoles la vigilancia, y por principal medida se adoptó la captura del duque de Anjou y del rey de Navarra, no habiendo alcanzado este rigor al príncipe de Condé, que previno el golpe por medio de la fuga.

Ocurrió durante estas nuevas turbulencias la muerte de Carlos IX en lo mas florido de su juventud, habiendo estragado su constitucion ya débil de suyo con violentos ejercicios y todo género de excesos. Ya daba síntomas de su cercano fin, cuando la partida de su hermano, á quien la reina Catalina dió á entender que no seria su ausencia larga. Habia tenido esta hábil princesa la precaucion de asegurarse la regencia por una disposicion del príncipe moribundo, quien dió esta última prueba de la ciega adhesion y deferencia que tuvo siempre hácia su madre.

Como todo personaje que vive en medio de revueltas y facciones, fué Carlos IX muy diversamente juzgado por los católicos y los calvinistas. Se encarnizaron estos contra su memoria, haciéndole pasar por un hombre atroz, por un Neron, por un tigre sediento de furores y venganzas. Aseguran que en su última enfermedad le salió la sangre por los poros, y que murió lleno de espanto y de terror, con las visiones sangrientas que le recordaban sus atrocidades. Los católicos sintieron muchísimo su muerte, y de esto daban testimonio los sermones, los folletos, las elegías que con este motivo vieron la luz pública. Se puede suponer muy bien, que si Carlos IX mereció el odio encarnizado de los unos, no fué digno de las alabanzas de los últimos. Fué un príncipe comun, educado en las ideas y principios de su siglo, violento en su carácter, extremado en sus diversiones y sus gustos, á quien no faltaba cierta capacidad y aquella instruccion que usaban los hombres de su clase. Por lo demás no tuvo nunca firme voluntad en materias de gobierno, dejándose llevar en todo de los consejos é influencia de su madre. Hasta qué punto fué cruel y tomó parte activa en la matanza de San Bartolomé, no se sabe aun de un modo auténtico. Mas la historia nos dice que dos dias despues paseó las calles de Paris cubiertas de cadáveres, con aire de triunfo, como dándose por autor de tanto asesinato, y que insultó los restos ensangrentados de Coligny, á quien cuatro dias antes habia dado el título de padre.

CAPÍTULO XLIV.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.—Resultados de la entrada de María Estuarda en el primero de estos reinos.—Escribe á la reina Isabel pidiendo su proteccion.—Embarazos de Isabel.—Responde evasivamente á la de Escocia.—Se niega á verla.—Trata de hacerse árbitra entre la reina María y sus súbditos.—Se resiste esta.—Cede al fin.—Conferencias en York.—Se trasladan á Westminster.—Es acusada la reina de Escocia por Murray.—Presenta este documentos justificativos.—No responde María.—Confinamiento de esta.—Negociaciones entre las dos reinas.—Tramas en el pais á favor de la de Escocia.—Son castigados los conspiradores.—Asesinato del regente Murray.—Le sucede el conde de Lenox.—Continúan las tramas en Inglaterra.—Suplicio del duque de Norfolk.—Muerte del conde de Lenox.—Le sucede el conde de Morton.—Guerra civil en Escocia.—Pacificacion (1).—(1568-1574.)

Hemos dejado á la reina de Escocia, María Estuarda (2), fugitiva de su pais despues de la derrota de Langside, buscando un asilo en el vecino reino de Inglaterra, en cuya frontera fué cortesmente, y con todas las distinciones debidas á su clase, recibida. Era seguramente grave y lleno de amarguras el infortunio de María; mas una princesa de su carácter, juventud, y familiaridad con las desgracias, podia tal vez consolarse con la idea de hallar en la reina de Inglaterra una amiga generosa, una protectora y hasta vengadora de los agravios y rigores que á sus estados la habian conducido. Verdad es que entre esta reina y ella habian mediado disgustos, rivalidades,

(1) Hume, historia de Inglaterra; Robertson, historia de Escocia; Walter Scott, historia de Escocia.
(2) Cap. XXVI.

hasta ofensas; mas en circunstancias tan extraordinarias, debió de imaginarse María que las antiguas animosidades cederian á mas dulces sentimientos. Con esta ilusion escribió la reina de Escocia á la de Inglaterra, comunicándole los motivos que la habian obligado á tomar asilo en su pais, reclamando de ella, como reina y como mujer, todo el interés y simpatía á que eran acreedoras sus no merecidas desventuras. Mas Isabel, mujer astuta, reina ambiciosa y precavida, que no perdia de vista ninguno de sus intereses, en lugar de responder al pronto, sometió á la deliberacion de su Consejo la contestacion que el caso requeria. Reclamaba la generosidad, que la reina de Inglaterra protegiese á una princesa desvalida, en sus estados refugiada. Exigia á lo menos la justicia, que no pudiendo darle auxilios, se le permitiese trasladarse al pais que mas le conviniese. Mas ofrecian ambos partidos muchísimas dificultades. Se enajenaria por el primero la reina Isabel el partido protestante en Escocia, con que habia estado siempre en armonía; por el segundo se daria medios á su reina, trasladada á Francia, de hacerse con fuerzas en este pais, y emprender con ellas una expedicion tan en contra de sus intereses. ¿Qué hacer, pues, con la reina de Escocia? Restaba un tercer expediente, á saber: el retenerla con astucia ó con violencia presa en el pais adonde se habia trasladado voluntariamente; medida odiosa, que violaba las leyes de la hospitalidad, como las de la naturaleza. Sin embargo, á ella se atuvo el Consejo, como á la mas útil, á lo menos no tan perjudicial como las otras, y la misma prefirió Isabel, como la mas en consonancia con sus intereses, con los sentimientos de rivalidad que á María Estuarda profesaba, y que los infortunios de esta no habian extinguido. Mas como no le convenia indicar por de pronto esta resolucion, se decidió que se ganaria tiempo aguardando que María cometiese algun acto de imprudencia y diese algun pretexto plausible á la injusticia proyectada.

Respondió, pues, la reina de Inglaterra á la de Escocia, en términos corteses y hasta cariñosos, manifestando un vivo interés en todas sus desgracias. Mas en cuanto á la entrevista que esta le pedia, no podia menos de hacerle presente, que acusada como estaba de complicidad en el asesinato de su esposo, con quien la ligaban vínculos de tan estrecho parentesco, no le permitia su delicadeza recibirla mientras no hiciese pública su inocencia, cosa de que no dudaba.

La reina de Escocia, sin sospechar ninguna intencion en Isabel,

respondió sencillamente que estaba pronta á dar cuantos descargos fuesen necesarios para responder á una acusacion que tanto la ofendia y denigraba; y que seria gran consuelo para ella manifestar á la reina de Inglaterra documentos que le harian triunfar de sus enemigos y calumniadores. No era sin duda la mente de María acudir á Isabel como juez en un proceso tan odioso; mas la reina de Inglaterra así fingió entenderlo, y regocijada con la perspectiva de las dilaciones que este negocio le ofrecia, designó á York como punto en que debian reunirse los comisionados de la reina de Escocia, y los de sus acusadores. María, que vió el lazo que querian armarle, protestó contra semejante medida, declarando que á nadie concedia ella el derecho de ser juez entre ella y sus súbditos rebeldes. El regente de Escocia, por su parte, notificado á comparecer en York, como acusador de la reina, comprendió lo degradado y humillador de semejante posicion para el jefe de un estado independiente y libre, obligado á presentarse ante una reina extranjera y probar delitos de su propia hermana, ó pasar por un calumniador, que se habia valido de este medio para destronarla.

Pero halagaba demasiado á la reina Isabel la perspectiva de la preponderancia que en los asuntos de Escocia le iba á dar semejante tribunal, para que tan fácilmente renunciase á su proyecto. Como en su concepto le seria imposible á la reina de Escocia defenderse de una acusacion que en pruebas tan plausibles se apoyaba, insistió mas y mas en un proyecto que, abriendo campo á grandes dilaciones, la justificaria de cualquiera medida de rigor que tomase con una reina tan culpable. Se negó por lo mismo de nuevo á la entrevista que le pidió María por segunda vez, y por temor de que hallándose esta tan próxima á la frontera, se volviese tal vez á su pais, mandó internarla y conducirla á Bolton, donde su mansion tenia toda la apariencia, y mucho mas la realidad de un cautiverio.

Intimidada la reina de Escocia con esta medida de rigor, convencida de la inutilidad de pedir de nuevo una entrevista con la de Inglaterra, reflexionando por otra parte que su resistencia á ser oida en juicio equivaldria á una tácita confesion de su culpabilidad, moderó algun tanto la acrimonia de sus manifestaciones, y consintió por fin en mandar á York comisionados que la representasen. Por otra parte, el regente de Escocia, penetrado de lo que le iba en aparecer como calumniador de María, en caso de negarse á comparecer como se le tenia prevenido, se puso en camino para York, teniendo que resignarse á tan duro sacrificio.

Así dió en Inglaterra el espectáculo nuevo hasta entonces, de un monarca erigido en juez entre otro destronado, y sus antiguos súbditos que han sacudido su obediencia. No se puede decir quién hacia allí un papel mas humillador, si María, si el regente.

Jamás la política de un monarca estuvo tan de acuerdo con sus sentimientos personales como en esta circunstancia. Lo mismo que libraba de cuidados é inquietudes á la reina de Inglaterra, servia y adulaba extraordinariamente sus flaquezas de mujer, porque bajo cierto aspecto, jamás hubo mujer mas mujer que esta princesa. Los historiadores que tributan mas elogios á su gran capacidad en materias de gobierno, no tienen reparo en hacer mencion de sus caprichos, de sus veleidades, de su presuncion, tratándose de gracias y hermosura, de su ciega pasion por cuantos adornos y afeites pudiesen realzarla. Mas á pesar de tantas pretensiones y amor propio, no podia menos de sentir por la pública voz y fama la superioridad que en toda clase de atractivos le llevaba la de Escocia. De aquí la doble rivalidad que la profesó toda su vida, siendo tal vez la de mujer mucho mayor que la de reina. Ahora las circunstancias la habian puesto en su poder, tenia en su mano los medios de perderla, al menos de humillarla. ¡Cuántas satisfacciones para su amor propio!

Se hallaba el regente de Escocia en una posicion sumamente delicada. Constituido en acusador de su propia hermana, obligado á probar su culpabilidad en un crímen de tan atroz naturaleza, no podia menos de conocer, prescindiendo de otros sentimientos, el grave riesgo que corria, cualquiera que fuese su conducta. Victorioso en sus cargos, se hacia para siempre el objeto de odio de María, blanco de sus venganzas y las de sus poderosas relaciones. Vencido en la lucha, pasaba por calumniador, y concitaba contra sí todos los rigores de la reina de Inglaterra. De los designios secretos de esta, acaso no dudaba. ¿Mas quién le salia garante de la buena fe de una mujer, cuya duplicidad le era tan notoria? A estas fluctuaciones dió mas alimento una intriga del duque de Norfolk, uno de los comisionados de Isabel, quien concibió el proyecto de enlazarse con María. No fué difícil á este personaje hacer entender á Murray lo preferible que era para él volver al favor de la reina de Escocia, á perderla para siempre en el concepto público.

Se mostró, pues, el regente de Escocia poco acalorado, poco enérgico en la exhibicion de los cargos contra la acusada. Eludien-

do el gravísimo de complicidad en el asesinato de su esposo, se limitó á decir que el escándalo dado á la nacion casándose con su asesino, habia sido motivo suficiente para proceder á su destronamiento. Mas no era esto lo que queria Isabel, á quien no faltaron resortes para mover en otro sentido el ánimo del conde.

Impulsado este en sentidos tan diversos, manifestó al fin que no procederia en aquel asunto sin saber: 1.° si los comisionados por la reina en York estaban autorizados para declarar culpable á María de Escocia por una sentencia judicial: 2.° si darian pronto esta sentencia: 3.° si se tomarian medidas de coaccion á fin de impedir á la reina de Escocia el promover disturbios en el reino: 4.° si la reina Isabel, en caso de aprobar la conducta del partido protestante, estaba resuelta á protegerle.

Los comisionados, que no se hallaban en estado de responder á estas preguntas, las comunicaron á la reina. El duque de Norfolk hizo ver que eran muy graves por la responsabilidad que sobre el regente de Escocia y sus adherentes recaia. Mas Isabel, á quien tal vez no se ocultaban las intrigas y designios secretos del duque, y que veia por otra parte lo poco que el negocio adelantaba en el sentido que ella deseaba, mandó que las conferencias se trasladasen á Westminster, donde estando á la mira de todo, seria mas dueña de la persona del regente.

Hasta entonces se hallaba triunfante en este asunto el partido de María. Su matrimonio con Bothwell era un hecho público, y no podia ser objeto de indagaciones judiciales. De su complicidad en el asesinato de su esposo, Murray no la acusaba. Podia, pues, estar la reina de Escocia bastante satisfecha; mas la traslacion de las conferencias á Westminster despertó su suspicacia, y con gran repugnancia suya permitió hacer este viaje á sus comisionados. El disgusto se convirtió en furor cuando supo que Murray habia sido recibido por la reina con muestras de atencion y preferencia; que se habia concedido á su enemigo, á su acusador, una gracia que ella habia implorado en vano tanto tiempo. En el arrebato de su furor envió órden á sus comisionados, para que se abstuviesen de continuar las actuaciones en Westminster; mas cuando llegó la resolucion de María, habian comenzado ya las nuevas conferencias.

Estaban ya cambiadas entonces las disposiciones y miras del regente. Le habia ganado á sus designios Isabel, haciéndole sentir que le tenia en su poder, y la gravísima responsabilidad del conde,

á no probar la culpabilidad de la reina de Escocia en el hecho de que se le acusaba. Penetrado el regente por un lado de su peligro pasando por calumniador, y separado por el otro de la intriga de Norfolk, de cuyos designios se concibió sospecha, se decidió á echar sus escrúpulos á un lado, y á entrar de lleno en el negocio. Manifestó, pues, á los comisionados que si consideraciones de los vínculos de sangre que le unian con la reina de Escocia, que si respetos de miramiento y hasta de pudor habian impedido hasta entonces tanto á él como á los demás nobles escoceses que le acompañaban, hacer cargos de cierta naturaleza á su antigua soberana, ahora que se veian acusados por ella de rebeldes, y corrian riesgo de pasar plaza de calumniadores, manifestaba del modo mas solemne que María Estuarda no solo habia sido sabedora y consentidora en el asesinato de su esposo, sino que habia auxiliado en los medios de su perpetracion; que se habian cometido las infracciones mas escandalosas de las leyes para dejar impune este atentado: que la reina habia entrado con Bothwell en planes que comprometian la existencia del rey actual de Escocia, y que si alguno se atrevia á negar los hechos que exponia, se hallaba pronto á presentar de ellos las pruebas mas irrefragables.

A tan terrible acusacion nada respondieron por entonces los comisionados de María. La reina Isabel comenzaba á recoger el fruto de tantas intrigas y artificios. Cuando aguardaba con impaciencia el sesgo que tomaria el negocio por la reina de Escocia, se quedó sorprendida con el paso que dieron sus comisionados, de proponer á ella misma el mediar en una negociacion entre ellos y el regente, á fin de llegar á una avenencia; mas Isabel les hizo ver, que habiendo sido tan pública la acusacion, no se podia rebatir satisfactoriamente sino de un modo público. En cuanto á la entrevista vuelta á solicitar por María Estuarda, dijo que entonces mas que nunca se oponia á ella su delicadeza.

Parecia que la obligacion del regente estaba ya cumplida y satisfecha. Habia ofrecido pruebas en confirmacion de los hechos de que acusaba en caso de que alguno los negase; y no habiéndose presentado nadie con esta pretension, era por demás el exhibirlas. Mas la reina de Inglaterra no estaba satisfecha hasta hacerse con estos documentos, y como no los pedian los comisionados de María, hizo ella que los suyos propios afectasen escandalizarse con las atrevidas acusaciones del regente. Murray entonces temiendo siem-

pre el enojo de la reina, y en peligro de pasar por un calumniador, presentó los famosos documentos que consistian en resoluciones del Parlamento, relativas al nombramiento de regente, en declaraciones dadas por los complicados en el asesinato de Darnley, y sobre todo, en un cofrecillo de papeles que habian sido interceptados á la reina, y escritos casi todos de su letra.

Sometió Isabel estos documentos al exámen de su consejo privado. Se compararon los papeles del cofre en su letra y ortografía con las que usaba la reina de Escocia, y resultaron ser idénticos. Hallándose ya en posesion Isabel de documentos tan preciosos, comenzó á tratarla con menos miramiento, creyendo que le seria permitido ejercer cualquiera rigor con una mujer asesina de su esposo.

Convencida ya la reina de Escocia de la mala fe de su rival, irritada con tan duro tratamiento de parte de quien no era mas que una igual suya, se exhaló en quejas, en acriminaciones que en tan dura situacion le eran sin duda permitidas. No se abatió sin embargo, y conservó la dignidad á que estaba acostumbrada en anteriores infortunios. Creyéndola tal vez intimidada la reina de Inglaterra, le hizo proponer como condiciones de su libertad, que abdicase la corona á favor de su hijo, dándole á ella el protectorado del reino durante su menor edad; pero María declaró con indignacion que consentiria primero que la hiciesen mil pedazos.

Parecia en cierto modo concluido el negocio que promovia la conferencia de Westminster, y la reina mandó que no pasasen adelante. Despidió al regente y mas señores que le acompañaban, sin dar á entender que desaprobaba su conducta, mas sin muestras tampoco de que la elogiaba. Sin embargo, Murray partió contento, pues en medio de esta aparente frialdad, tenia pruebas en secreto de que Isabel le protegia.

Sin duda ha puesto la posteridad en los hechos, que tan sucintamente acabamos de narrar, el sello de la injusticia, de la opresion, del abuso mas odioso que se podia hacer del derecho de la fuerza contra una reina desgraciada que habia implorado el auxilio de otra de su clase. En el estado de independencia en que los reinos de Inglaterra y de Escocia se encontraban, ningun derecho tenia la reina del primer pais de intervenir en los negocios interiores del segundo. De las faltas, y si se quiere de los crímenes de María, no podia ser juez Isabel, y si esta no tenia interés ó el poder de protegerla, era

hasta tiranía abusar tan horriblemente de la hospitalidad que una fugitiva imploraba, trabajando con tanta energía y tan traidoramente para envilecerla y deshonrarla. No se puede presentar, pues, con colores bastante negros una astucia, una duplicidad con aspecto de justicia y de delicadeza disfrazadas. Mas cuando se examinan de cerca las acciones de los hombres, preciso es tomar en cuenta las circunstancias que los rodean, los resultados que tendria una conducta diferente, y sobre todo, no perder de vista la época en que viven.

Rodeada de peligros ascendió Isabel al trono de Inglaterra, y si en su conducta mostró grande habilidad, toda la necesitaba para no naufragar en mar tan borrascoso. Comenzó por declararse enemiga suya María Estuarda, reina propietaria de Escocia, reina consorte de Francia, unida con tantos vínculos al partido dominante de los Guisas, campeones del catolicismo. No es difícil concebir los justos temores que semejante enemistad debió de producir en la reina de Inglaterra, objeto de odio para los católicos de Francia, y no de aborrecimiento menos vivo para el rey de España. Por todos los reyes católicos estaba Isabel considerada como bastarda y reina usurpadora, siendo el Pontífice el que mas hostil se le mostraba. Habia sido fulminada contra esta princesa una bula de excomunion por Pio V, y fijada por oculta mano en las puertas del palacio del obispo de Londres, protestante. No hay que perder de vista que la Europa de entonces estaba dividida en dos vastos campos, donde si se combatia por intereses políticos, era bajo un pendon en que estaba escrita una doctrina ó secta religiosa. Se aborrecian los católicos y los nuevos sectarios, que designaremos todos bajo la denominacion general de protestantes, con aquel encarnizamiento que excita casi al exterminio. Se consideraba como lícita toda infraccion de promesa ó juramento, con tal que redundase en utilidad de intereses religiosos. Si bajo este concepto existia una liga de hecho entre el Pontífice, el rey de España y los católicos de Francia, no era menos estrecha la que reinaba entre Isabel de Inglaterra, los príncipes luteranos del imperio, los alzados en los Paises-Bajos, los calvinistas de Francia y los de Escocia, que habian concluido por expeler á la reina de su territorio. Era María Estuarda en calidad de católica enemiga encarnizada de la inglesa. A pesar de la poca autoridad que habia ejercido siempre en sus estados, figuraba entre los primeros y mas acérrimos campeones de la comunion roma-

na. Mientras recibia esta princesa por favor el permiso de oir una misa en su oratorio, tomaba por medio de sus delegados una parte activa en las conferencias de Bayona. Así se explica bajo el aspecto político el encono que la profesaba su rival, y que ofreciéndosele medio de deshacerse de un enemigo peligroso, le hubiese sugerido la razon de estado el proceder, sin atender á otras consideraciones, como lo requeria el interés de su propia conservacion, y el del gran partido á que estaba incorporada.

Gozaba entonces Inglaterra de una paz profunda, y durante los años á que en este capítulo nos referimos, con excepcion de asuntos de la reina María Estuarda, ofrece escasos materiales á la historia. Florecia el pais bajo los auspicios de una administracion bien entendida; y las artes, el comercio y la navegacion, comenzaban ya á tomar el vuelo, que les hizo con el tiempo ocupar un puesto tan esclarecido. A todo prestaba atencion y un ojo vigilante aquella princesa sagaz, astuta, previsora y económica, tan absoluta y despótica como su padre, tan celosa de sus prerogativas como jefe supremo de su iglesia; pero atenta siempre á templar la severidad de su carácter con la afabilidad y las gracias seductoras tan propias de su sexo. Aunque protegia en secreto la causa de los sublevados de los Paises-Bajos, y los calvinistas de Francia, no estaba en guerra, ni con el rey de España ni con el de Francia, siendo de ambos temida y respetada. Si la *mujer* tenia caprichos y flaquezas que á veces la ponian en ridículo; si sus favoritos no eran siempre hombres de mérito, la *reina* sabia echar mano de ministros y consejeros hábiles, de negociadores entendidos, de hombres de tierra y mar que daban gran lustre al nombre de Inglaterra. Con gran tino y habilidad estaba trazada esta línea divisora (1).

Los pequeños disturbios que agitaron algo la Inglaterra, provinieron todos del estado de efervescencia en que Escocia se encontraba, y de la particular situacion de la reina María, soberana sin estados, destronada en beneficio de un hijo menor de edad, prisionera en un pais y por órden de una reina de quien habia nacido y era en realidad independiente. Si en tan angustiosa situacion trató de proporcionarse la libertad que en vano reclamaba; si justamente

(1) El carácter de la reina Isabel está desfigurado en casi todos los historiadores españoles, y aun en otras obras literarias de aquel tiempo. No han considerado en ella mas que la bastarda de Enrique VIII, la fautora de herejes, la enemiga de Felipe II, la opresora de María Estuarda, sin descender á los otros pormenores que completan un retrato. Con el dictado de *loba* la designan muy frecuentemente. Denigrarla era una especie de deber, y á elogiarla ninguno se hubiese atrevido en aquel tiempo.

resentida de la conducta de Isabel y de su hermano, escogitó medios de volver mal por mal y agravio por agravio, disculpable era por cierto, y solo á sus enemigos se podian imputar sus desaciertos. De su victoria en Lanside, que produjo la expatriacion de María, sacó Murray grandes ventajas consolidando un poder, que la evasion de esta reina del castillo de Lochleven habia puesto en tan grande compromiso. Su jornada á Inglaterra, en lugar de hacerle daño, consolidó su favor con la reina Isabel, quien le dió dinero, aunque en secreto, á su salida de Westminster. A su vuelta á Escocia encontró el pais tranquilo; pero pronto le suscitaron disturbios los partidarios de María, que levantaron el estandarte de la insurreccion y fueron al momento derrotados. Una intriga de amor ó de matrimonio, si se quiere, vino á complicar los negocios del regente, y causar á la reina Isabel inquietudes que pudieron ser muy serias.

Hemos hablado de un proyecto de casamiento entre María de Escocia, cuando se hallaba ya en Inglaterra, y el duque de Norfolk, católico, uno de los nobles mas ricos y mas influyentes en el reino. De qué persona nació la idea, no se sabe; mas fué muy gustada de ambas partes; de María, por darse un favorecedor, un protector; del duque, tal vez por ambicion, quizá por haberse prendado, como á tantos sucedia, de la belleza y atractivos de la reina. Quedó Norfolk muy resentido del regente de Escocia, por haberle faltado á la palabra de prescindir en las acusaciones contra María, de cuanto tuviese relacion con el asesinato de su esposo, palabra á que faltó Murray como hemos visto, por parecerle que de este modo se conciliaria la benevolencia de la reina inglesa. Sus amigos los condes de Northumberland y Westmoreland, católicos como él, trataron de vengarle, interceptando el paso del regente á su regreso á Escocia. Sabedor Murray de este designio, prometió á Norfolk favorecer en adelante sus designios de matrimonio con María, por cuyo medio conjuró la nube; mas restituido á Escocia con seguridad, eludió el cumplimiento de una palabra que comprometia su poder y perjudicaba sus intereses. Nolfork no desistió por esto de su proyecto, que tanto halagaba su amor propio. Varios personajes del pais, á quienes le comunicó, gustaron de la idea hasta por política. La reina Isabel permanecia soltera, y no daba indicios de querer casarse. Su heredera era la reina de Escocia sin que nadie pudiera disputárselo, y hasta entonces no tenia mas sucesion que el

rey Jacobo. En caso de faltar este, parecia preferible casar á María con un inglés, en lugar de llamar una familia extranjera á la corona. Se formó pues para llevar adelante este proyecto una especie de liga ó asociacion entre varios personajes ingleses y escoceses. Se le tuvo muy oculto de Isabel, que se disgustaba mortalmente hablándole de sucesor, y jamás habia querido designar á su heredero. Mas como llegase el secreto á traslucirse, el conde de Leicester, favorito de la reina, uno de los partícipes del plan, ó por temor de caer en su desgracia ó tal vez iniciado por órden de Isabel, con objeto de saber lo que pasaba, se lo descubrió todo y puso de patente la correspondencia. Irritada la reina desbarató el proyecto; intimó al de Norfolk que viniese á responder de su conducta ante el Consejo y despues de presentado se le envió á la torre.

Con la prision de Norfolk no vino completamente á tierra el plan del deseado enlace. Le llevaron adelante, sobre todo, los condes de Northumberland y de Westmoreland, y no contentándose con esto, alzaron el estandarte de rebelion contra la reina Isabel, auxiliados de todos los agentes y principales partidarios de María. La reina de Inglaterra hizo trasladar inmediatamente á la de Escocia á Coventry, plaza fuerte, donde la tendria mas segura, y se preparó á hacer frente á los rebeldes. Fueron estos derrotados, y los dos condes apelaron á la fuga. El de Westmoreland se refugió en los Paises-Bajos: cayó el de Northumberland en Escocia en manos del regente, y entregado á Inglaterra, fué encerrado en York, donde terminó sus dias algunos años despues en un suplicio.

Tenia la reina de Escocia á su favor todos los católicos de Inglaterra que entonces no eran pocos, siendo de notar que esta princesa en medio de su cautiverio, se consideró siempre con el alma de un partido separado del dominante en intereses, al mismo tiempo que en creencias. Que estaba con los principales enemigos de Isabel, á lo menos en inteligencia, es muy probable, y otra cosa no se podia ni debia suponer de sus justos agravios y resentimientos. Isabel no lo ignoraba, ni podia dejar de conocer que semejante cautiva la exponia á continuos embarazos. Permitirle salir libremente del pais, traia los mismos inconvenientes de que ya se ha hablado, y restablecerla en el trono era imposible. El único expediente que restaba era entregarla en Escocia en manos del regente, iniquidad que fué abrazada por Isabel, por no adoptar otro partido que le fuese muy funesto. Negoció pues con el regente la entrega de su

cautiva, estableciendo por condiciones el que le conservaria la vida, dándole un trato correspondiente á su alta clase. Los embajadores de Francia y de España reclamaron contra un proceder tan contrario al derecho de gentes; mas para las naciones y para los gobiernos no hay otro derecho de gentes que su conveniencia, cuando pueden obrar impunemente. Sin embargo, los planes de Isabel en esta parte fueron frustrados por un accidente imprevisto y trágico, á saber, el asesinato del regente Murray, que tuvo lugar en 1570.

Jacobo, conde de Murray, hijo bastardo de Jacobo V, y hermano por lo mismo de la reina María, era hombre de valor, de resolucion, de cierta capacidad en las negocios, ambicioso, como muestran serlo los que se mezclan en revueltas y en trastornos. Al principio se mostró favorable á los intereses de la reina en sus diferencias con algunos súbditos rebeldes; mas las imprudencias de esta, que hasta cierto punto no admitian disculpa, le hicieron ladearse hácia el partido opuesto. La ambicion del mando pudo mas en él, que los vínculos de la sangre, y fué uno de los principales agentes del destronamiento de María. Por lo demás, era hombre celoso por los intereses de la religion reformada, adicto de corazon á los intereses del partido. Su muerte fué una pérdida, y principio de nuevas convulsiones.

La faccion de la reina levantó altamente la cabeza, y comenzó una nueva lucha abierta entre los que llevaban la bandera del hijo y los que defendian los intereses de la madre. Varias veces vinieron á las manos con alternativa de ventajas y derrotas, sin que ninguna tuviese probabilidad, ni medios de quedar dueño absoluto del campo de batalla. El pais era teatro de males y desórdenes que cometian unos en nombre del rey, y otros invocando el de la reina. Mientras tanto no se habia nombrado sucesor á Murray, cuya plaza vacante excitaba la ambicion de muchos. La reina de Inglaterra salió al fin de la inaccion aparente que observaba en estos movimientos, y protegió altamente los derechos que alegaba para esta dignidad el conde Lenox, padre de Darnley, y abuelo por lo mismo del rey niño. Residente á la sazon en Londres, se dirigió á Escocia con una fuerza de unos mil hombres con que la reina le auxiliaba. Fué su presencia un bien para el pais, y pronto se vió investido con el título y funciones de regente. Mas no calmó esto los ánimos ni apagó el fuego de la guerra civil, que adquiria cada dia nuevo pábulo. Los dos partidos vinieron varias veces á las manos, con vicisitudes

varias; y llegó á tal punto la division y equilibrio de las fuerzas é importancia, que cada uno convocó y reunió por separado un Parlamento.

Llamaban mucho la atencion de la reina de Inglaterra estos disturbios, que probaban á lo menos la existencia de un partido numeroso á favor de María Estuarda; partido ramificado con el católico, que en su pais aspiraba á destronarla á ella misma en favor de su competidora. Cada vez conocia mas los embarazos y peligros á que la exponia el cautiverio de esta; pero cuanto mas dura habia sido con ella su conducta, mas habia que temer de su resentimiento, una vez que se viese libre y fuera de su poderío. Resolvió, pues, negociar con ella; aunque no fuese con mas ventajas que las de ganar tiempo, y con este objeto le hizo saber, por medio de sus comisionados para ello, personajes todos de importancia, que estaba pronta á restablecerla en su trono, con la condicion de que renunciase para siempre á sus derechos á la corona de Inglaterra, de que perdonase y volviese á su gracia á cuantos habian contribuido en Escocia á su destronamiento, y sobre todo de que se entregase á ella la persona de su hijo, dando rehenes del cumplimiento de lo estipulado. Las condiciones eran duras; mas no podia pasar por otro partido la reina de Escocia, si queria salir de tan triste cautiverio. Los príncipes católicos que se interesaban en su suerte por espíritu de religion y de partido, no podian prestarle en aquellas circunstancias grande auxilio. El rey de España se hallaba todavía muy embarazado con los moriscos sublevados, y aprestaba por otra parte la expedicion contra los turcos. En el mismo negocio estaba ocupado el Padre Santo. En cuanto á Carlos IX le daban demasiado que hacer sus planes con los calvinistas, para poder tenderle una mano protectora, y ademas no estaba lejos de negociar un tratado de alianza con la misma reina de Inglaterra. Dió oidos María, ó fingió darlos, á las proposiciones de Isabel, pues el odio era recíproco, la mala fe el móvil de todas las acciones de una y otra. No dieron, pues, ningun resultado las negociaciones. Mientras tanto el partido católico en Inglaterra, de quien era María el alma y secreta impulsadora, continuaba en sus tramas de subversion, y el duque recien salido de la torre seguia adelante con sus proyectos favoritos, y tomaba parte activa en todas estas tramas. Los planes eran vastos. Se trataba nada menos que del destronamiento de Isabel y del trastorno del protestantismo. Se habia en-

trado en negociaciones con el duque de Alba, vencedor por entonces en Flandes de los príncipes de Nassau, prometiendo el general español desembarcar cerca de Londres seis mil hombres. La conspiracion estaba ya madura, y el alzamiento cerca de estallar, cuando fué descubierto por una persona no iniciada en el secreto, á quien se confió una suma de dinero para uno de los confidentes del duque que se hallaba en la frontera; mas sospechando por el peso que era oro en lugar de plata, como le habian dicho, lo puso inmediatamente en manos del Consejo privado, que ya tenia alguna sospecha del negocio. Se tomaron inmediatamente las medidas mas severas: los cogidos por de pronto confesaron de plano, y la trama se puso toda á descubierto. Los implicados fueron tratados todos con rigor, y el duque de Norfolk perdió la cabeza en un cadalso.

Rompió el descubrimiento de esta trama las negociaciones pendientes de la reina de Inglaterra con María, y se declaró la primera decididamente en favor del partido del rey en Escocia, contra las pretensiones y derechos de su madre. Perdió esta mucho de su popularidad en el pais, por la parte que se le suponia en una trama que iba á atraer sobre la nacion las tropas españolas, y una persona tan odiada como el duque de Alba. Contribuyó á hacerla mas aborrecida y despopularizar completamente su partido, la noticia de las matanzas de San Bartolomé, que como objetos de horror y de execracion se presentaban á todos los católicos. El partido del rey volvió á tomar en Escocia la preponderancia con la declaracion de la reina de Inglaterra, y el conde de Morton, puesto á la cabeza de las tropas del regente, obtuvo grandes ventajas sobre sus antagonistas.

Isabel, verificada ya su abierta ruptura con María, volvió á su antiguo proyecto de entregarla á los escoceses, mas con condiciones muy diversas. Entonces estipulaba que se la tratase con toda consideracion y miramiento. Ahora exigia que se le formase causa por su complicidad en él asesinato de su marido, y que se llevase á efecto inmediatamente la sentencia. Era imposible un proceder mas injusto; mas tal era el deseo en Isabel de deshacerse y vengarse de María. El regente de Escocia no pasó por tan duras condiciones, y la antigua reina de este pais continuó en su triste suerte de cautiva.

El regente, conde de Lenox, murió durante sus negociaciones de reconciliar los dos partidos. En su lugar fué nombrado el conde de Morton, bajo cuyo mando quedó en 1574 pacificada la Escocia, por

medio del tratado de Perth, en virtud del cual se reconoció la religion reformada como la dominante del pais; se prestó por todos sumision á la autoridad del rey y á la del regente Morton, que en su nombre obraba; se declararon nulos todos los actos contra el rey despues de su coronacion; se pusieron en libertad todos los presos por asuntos políticos; se devolvieron todos los bienes confiscados, y se concedió indemnidad por todos los crímenes cometidos desde el 15 de junio de 1567.

CAPITULO XLV.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Toma Requesens el gobierno de los Paises-Bajos.—Su moderacion.—Continúan las operaciones militares.—Expedicion desgraciada de los españoles para socorrer á Middelburgo.—Cae esta plaza en poder del príncipe de Orange.—Tercera entrada del conde de Nassau en los Paises-Bajos.—Es derrotado su ejército por el español, mandado por Sancho de Avila.—Muere el conde en la refriega.—Su carácter.—Sedicion en el campo español por la falta de pagas.—Huye Sancho de Avila, y los amotinados nombran un general con el nombre de electo.—Marchan á Amberes, donde entran sin ninguna resistencia.—Siguen insurreccionados hasta que se satisfacen sus atrasos.—Sitio de la plaza de Leyden por los españoles.—Inundan los enemigos el pais de las inmediaciones, y los sitiadores se retiran con notable pérdida.—Nueva sedicion en el campo español.—Nuevo nombramiento de un electo.—Se van á Utrecht.—Se apaciguan.—Se apoderan los españoles de varias plazas de la Holanda.—Su gloriosa expedicion sobre la isla de Schowen, en Zelanda, y de que se apoderan.—Muerte de Vitelli.—Muerte de Requesens (1).—(1574-1576).

El nombramiento de don Luis de Requesens para sucesor del duque de Alba en el gobierno de los Paises-Bajos, se puede considerar como acto de prudencia, si atendemos al carácter de moderacion que distinguia al primero de estos personajes, y á lo mal que habia probado la severidad fastuosa y arrogante, desplegada en aquella region por el segundo. No hay duda de que el rey estaba algo desengañado ya de su errada política en contener á aquellos súbditos en los límites de la obediencia solo por el rigor de los castigos, cuando nombró para gobernarlos una persona que sin duda conocia muy

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII, XXVIII, XXXVII, XXXVIII y XXXIX.

bien, pues nada se le ocultaba, tanto en hombres como en cosas, de cuanto tenia relacion con las artes del gobierno. Tal vez la eleccion de Requesens ó de un hombre semejante, hubiera sido de gran utilidad cuando se echó mano del de Alba, ó mas bien se hubiese aquietado aquel pais no enviando ningun gobernador, dejando las riendas en las manos de la princesa Margarita; mas las circunstancias ya eran otras, y á los disgustos y turbulencias populares, violentas pero pasajeras, habia sucedido una guerra abierta, en que al estruendo del clarin y con bandera alzada, se habian declarado enemigos abiertos del rey los que eran antes súbditos, y hacian profesion, aunque no sincera, de lealtad y de obediencia. No podian ya retroceder los príncipes de Nassau ni otros muchos caudillos pronunciados; no podian tantos pueblos alzados, declarados enemigos tanto del rey como de la religion católica, comprometidos con tantos actos de ferocidad, de que habian sido alternativamente víctimas y actores, volver por artes de persuasion á la obediencia, ni entregarse á la merced de un señor que tan duro y vengativo se mostraba. No podia, pues, terminarse la guerra sino por la guerra misma, ni encomendarse la reduccion de Flandes á otros medios que el de la fuerza de las armas. Habian llegado las cosas á tal punto, que muchos de los que en un tiempo habian censurado la severidad del duque de Alba, dudaron de la utilidad de darle un sucesor de muy diverso temple; tan convencidos estaban de que habiéndose ya empezado un sistema de rigor, con este sistema se podia tan solo coronar la obra ya empezada. Mas dejando aparte estos problemas históricos, cuya solucion es tan equívoca y sirve de apoyo á sistemas tan diversos, pasaremos á la sucinta relacion de los sucesos mas notables de esta nueva época en la historia de los Paises-Bajos.

De la persona de don Luis de Requesens, se ha hecho ya mencion en varios pasajes de esta historia. Revestido de la dignidad de comendador mayor de Castilla, desempeñó diversos cargos militares mas por mar que en tierra. Acudió con sus galeras y tropas de refuerzo á las costas del reino de Granada, cuando estaba empeñada la guerra contra los moriscos, y se halló en diferentes expediones que tuvieron lugar durante esta contienda. Fué nombrado segundo de don Juan de Austria cuando se le dió á este el mando de las fuerzas navales que aprestaba el rey para entrar en la liga con la república de Venecia y el pontífice, y como tal se halló en la famosa batalla de Lepanto y expediciones sucesivas, donde no fueron inútiles

su pericia y sus consejos. Cuando le nombró el rey gobernador general de los Paises-Bajos, se hallaba mandando en Barcelona. Su capacidad y prudencia para cargos importantes, eran bien notorios en aquella época. Mas el que se le confiaba ahora, exigia talentos no comunes, y una firmeza de alma de que carecia la suya.

Tomó don Luis de Requesens posesion de su nuevo cargo á principios de 1574, y desde entonces observó una conducta diferente en todo de su antecesor, mostrándose afable, circunspecto y moderado, tanto en sus actos como en sus palabras, con lo que se atrajo la aprobacion y la benevolencia de sus nuevos súbditos. Fué uno de sus primeros actos expedir decretos dirigidos á reprimir la licencia de la soldadesca de las guarniciones, de que tanto los pueblos murmuraban. Aumentó su popularidad mandando quitar de la plaza pública de Amberes la estatua del duque de Alba, espectáculo extremamente odioso á los ojos de sus habitantes. Tambien publicó de nuevo el perdon del rey, sin imitar la faustuosa ceremonia desplegada por su antecesor, pero dando mas pruebas y testimonio público de la parte que tomaba personalmente en aquel acto de clemencia. En medio de estas atenciones, no descuidó las que debia al estado de la guerra. Se hallaba entonces todo el Brabante y las provincias de la Flandes meridional bajo la obediencia de los españoles. Acababan de ser, como hemos visto en su lugar correspondiente, reducidas la mayor parte de las plazas rebeldes de Holanda, por las armas de don Federico de Toledo. Se hallaba estacionado en Delft, pueblo de la costa, el príncipe de Orange, despues de su segunda invasion de los Paises-Bajos, de tan pocos felices resultados para él como la primera. Era el principal teatro de la guerra la provincia de Zelanda, compuesta de cuatro ó cinco islas situadas á la embocadura del Escalda, pues en el mar tenian supremacía los alzados con respecto á los súbditos del rey de España. Se hallaba á la sazon el coronel Mondragon sitiado en Middelburgo, capital de la isla de Valckren, que es la mayor de toda la provincia, y habia largo tiempo que se hallaba en el mayor aprieto, habiéndose apoderado los enemigos de los pueblos del contorno. Dió parte Mondragon á Requesens del estado en que se hallaba, y este se puso en marcha con una armada aprestada en Amberes para su socorro. Dividió esta fuerza en dos trozos, que debian marchar á Middelburgo por los dos brazos del Escalda. Confió el mando de uno de ellos, que debia atacar por la izquierda, á Sancho de Avila, y el de la derecha al conde de

Glimen, quien llevaba al capitan español Julian Romero por segundo. Sabedor el príncipe de Orange de esta maniobra, hizo que una fuerza de zelandeses saliese al encuentro de Sancho de Avila, mientras otro cuerpo mas considerable, mandado por el almirante Boissot, marchaba contra el otro de los españoles. No tuvo encuentro alguno Sancho de Avila con los que le venian de frente, y que solo trataban de observarle; mas se trabó un fuerte combate entre el almirante Boissot y el conde de Glimen, cuyas fuerzas eran superiores á las de su contrario. Queria este replegarse sin trabar pelea; mas se vió obligado á mudar de parecer por los consejos y obstinacion que mostró en su opinion Julian Romero. Se declaró la victoria á favor de los zelandeses, superiores en el número de buques, y sobre todo en pericia naval, de que tenian dadas tantas pruebas. Murió Glimen en la refriega, y Julian Romero debió su salvacion á un esquife que le sacó como de entre las garras del enemigo. Fueron la mayor parte de las naves españolas incendiadas, las otras encalladas. A esta victoria se siguió la rendicion de Middelburgo, única ciudad que en Zelanda estaba á disposicion del rey de España. Reducida la guarnicion á los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con los muros medios derribados, se vió obligado Mondragon á entrar en ajustes con los sitiadores. Estipuló con ellos, que si ponian á salvo en las costas de Flandes á su guarnicion, su artillería, equipajes, y las familias religiosas y clérigos, con sus ornamentos sagrados, se comprometeria con Requesens para que les entregase la persona de Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, en cuya libertad tenia gran interés el príncipe de Orange; y que en caso de que el gobernador general se negase á ello, el mismo Mondragon se constituiria prisionero en su lugar en manos de los enemigos. Era tal la opinion que se tenia de la probidad del capitan español, que los sitiadores creyeron su palabra, habiendo sido cumplida fielmente la capitulacion por ambas partes. Produjo la toma de Middelburgo al príncipe de Orange la cantidad de trescientos mil florines con que se redimieron del saqueo.

A pesar de esta ventaja de sus armas, se hallaba el príncipe muy ansioso por la favorable impresion que en su concepto debia de hacer en los Paises-Bajos la circunspeccion y prudencia que el nuevo gobernador manifestaba. Si le habia aliviado de un grave peso la ausencia del duque de Alba, cuya inflexibilidad y talentos militares le habian sido tan funestos, temia ahora que las diversas artes de su

sucesor, amortiguasen el odio del pais hácia el yugo de los españoles. Redoblaron estos temores su grande actividad, y por medio de sus diversos emisarios, no dejó piedra por mover para tener despiertos estos sentimientos de aversion en que cifraba hasta su existencia. Hizo, pues, esparcir la voz de que no era mas que fingida la moderacion de Requesens, y que se trataba con palabras de indulgencia y de templanza adormecer el celo del pais y desarmarle para castigar despues como ya se habia visto, cuando sujetado ya por la princesa Margarita, se habia enviado al duque de Alba á ser instrumento de la ira y venganza del monarca. No dejaron de hacer efecto sus insinuaciones, ni se puede tampoco culpar de esta conducta á un hombre que, comprometido como lo estaba el príncipe, solo tenia que apelar á la buena fortuna de sus armas.

Hacia mientras tanto el conde de Nassau su tercera invasion en los Paises-Bajos, á la cabeza de siete mil infantes y cuatro mil caballos. Y habiéndose acuartelado en Güeldres, intentaba apoderarse de Nimega con objeto de recibir á su hermano el príncipe de Orange. Para impedir que esta reunion tuviese efecto, envió Requesens al encuentro del conde un cuerpo considerable al mando de Sancho de Avila, con órdenes de dirigirse á Maestricht, é impedirle que pasase el Mosa. Se quedaron Requesens y Chiapino Vitelli en Amberes, tanto por temor de una insurreccion en la ciudad como para observar desde allí los movimientos del príncipe de Orange, quien sabedor de la llegada de su hermano, tomaba disposiciones de ponerse en marcha para reunirse con sus tropas.

Se habian hecho nuevos alistamientos en el ejército español, y con algunas fuerzas que se sacaron de las guarniciones, se engrosó la division que mandaba Sancho de Avila. Desbarataron los movimientos del general español los planes del conde de Nassau, que eran apoderarse de Maestricht y otras plazas fuertes. Ya comenzaba á escasear en su ejército el dinero, no habiendo venido esta vez mas provisto de dicho recurso que las anteriores. Como sabia que le era superior en fuerzas Sancho de Avila, no se atrevió á pasar el Mosa, y redujo sus movimientos á reunirse cuanto mas antes con las tropas de su hermano. Mas le previno el español, y atravesando el rio junto á Grave, se encaminó hácia sus cuarteles presentándole batalla. No pudo menos de aceptarla el de Nassau, pues no le quedaba mas alternativa que la de retirarse; por lo que haciéndose fuerte junto al pueblo de Mooch, atrincheró su campo y esperó en esta

posicion á Sancho de Avila. Atacó la infantería ligera española las trincheras, y rechazó á las tropas alemanas que le salieron al encuentro. Se trabó en este mismo punto un combate sangriento, que se iba alimentando con nuevas tropas que de ambas partes acudian. Cedieron los enemigos el campo, y sea por rivalidades entre las diversas naciones de que se componia aquel ejército, ó por descontento en que los tenia la falta de pagas, ó por la verdadera inferioridad del número, se declaró una victoria decisiva por los españoles. Fué, pues, vencido, derrotado y disperso el ejército enemigo, con la pérdida de la artillería, trenes, bagajes, muchas banderas, habiendo quedado el suelo sembrado de cadáveres. Fueron muertos en la refriega de tres á cuatro mil hombres de infantería, quinientos caballos y los tres caudillos principales, Luis de Nassau, su hermano Enrique y Cristóbal Palatino.

Fué la pérdida del conde de Nassau muy sensible para su partido. Capitan valiente y arrojado no carecia de pericia militar, aunque no estaba dotado de la prudencia y circunspeccion que tanto distinguian á su hermano el príncipe de Orange. En aquellas circunstancias y tiempos de revueltas, era hombre de mucha valía por su decision, por su arrojo y su constancia. Además de sus tres invasiones en los Paises-Bajos, habia servido en Francia en las guerras civiles contemporáneas de las que estamos describiendo. Se halló en la batalla de Montcontour, y no solamente figuró en este gran teatro como soldado valiente, sino como negociador, hallándose estrechamente aliado por todos los vínculos de política y de religion, con los reformadores de aquel reino.

Cogieron los vencedores abundantes frutos de aquella batalla en materia de botin y de despojos, y como se componia su ejército de naciones diferentes, cada una se adjudicó la victoria, declarándose los españoles por su jefe Sancho de Avila, los flamencos por Egidio. hijo del conde de Barlamout, y los italianos por el marqués de Monte. A estas disputas, que no tuvieron consecuencias desagradables. fuera de las animosidades pasajeras que produce la rivalidad de las naciones, sucedió un acontecimiento de clase mas trascendental, pues los soldados prorumpieron en sedicion abierta contra sus jefes, pidiendo las pagas que se les debian por espacio de tres años, echándoles en cara que no hacian nada por proporcionarles la satisfaccion de sus atrasos; que los jefes recibian abundantemente el premio de sus servicios. sin que para el pobre soldado hubiese mas que los

peligros, las heridas y la muerte; que pidiéndoles á ellos sus jefes la vida diariamente en los combates, no les era permitido gozar lo que para sustentar estas vidas, era necesario. Llegaron estas voces hasta intimidar á Sancho de Avila, y sin fuerzas para contrastar la rebelion, abandonó los reales. Los soldados viéndose sin jefe, nombraron un capitan, á quien dieron el nombre de Electo, y repartiendo del mismo modo los demás cargos de la milicia, se dirigieron á Amberes sin hacer caso de algunos de entre ellos, que mas cuerdos y saliendo de su error, les aconsejaban mas prudencia.

No abandonó Requesens la plaza á pesar de la llegada de los amotinados; antes bien les salió al encuentro esperando calmar con su presencia la furia de sus ánimos; mas no hicieron caso de sus exhortaciones y amenazas, y llevando adelante su intento, entraron al son de caja y banderas desplegadas en Amberes, donde se alojaron sin ser molestados por los del castillo. Echaron de la plaza la guarnicion flamenca, y como á presencia del mismo Requesens, reiteraron el juramento de permanecer en actitud mientras no se les pagase hasta el último maravedí; comprometiéndose al mismo tiempo con un juramento muy solemne delante del Electo, á no cometer ningun desórden, ni despojar á nadie, mientras se mantuviesen en aquel estado de sedicion armada. Así lo cumplieron, en efecto, y la ciudad atónita, contempló el espectáculo de una turba de soldados en abierta rebeldía contra las autoridades, y que observaba en su régimen interior, las leyes de la mas exacta disciplina.

Para poner fin á un órden de cosas tan embarazoso y contrario á los intereses del rey, puso toda su diligencia Requesens en buscar los medios de satisfacer á la tropa amotinada, y habiendo contribuido para ello los ciudadanos mas ricos con cien mil florines, se vió él mismo precisado á vender sus alhajas y cuanto poseia de algun precio, pudiéndose conseguir así allegar lo necesario, para pagar los sueldos atrasados. Tal vez no hubiese llegado á tanto la insolencia de la soldadesca, bajo el gobierno militar del duque de Alba, cuya inflexible severidad era de todos tan temida. Mas de todos modos se ve por este rasgo, bastante frecuente en aquellos tiempos, con cuánta irregularidad y atraso se suministraban los sueldos de las tropas, y lo poco fuertes que eran los lazos de la disciplina. No será demás que para hacer mejor conocer el genio de la época, añadamos que las tropas amotinadas volvieron al instante á su deber, y que viéndose con tanto dinero, pues eran muchas las pagas devengadas, hi-

cieron cuantiosos donativos á las comunidades religiosas, sea por motivo de pura devocion, sea por expiar en parte su crímen de desobediencia y rebeldía.

Sosegadas las turbulencias de Amberes, se puso en marcha una fuerte columna á las órdenes del capitan español Francisco Valdés, con objeto de asediar á Leyden, una de las plazas mas importantes de los Paises-Bajos. Está situada en un valle no lejos del mar, y atravesada por uno de los brazos del Rhin que la divide en dos partes casi iguales. Se halla cortado el pais de las inmediaciones con un sinnúmero de canales y acequias. Atento el príncipe de Orange á la conservacion de un punto tan importante, habia provisto abundantemente la plaza de víveres, poniendo de gobernador en ella á Juan Vanderoes, hombre de toda su confianza y de un gran mérito, no solamente como militar, sino como escritor conocido en la historia de aquel tiempo. Para impedir ó retardar la llegada de los españoles, envió á su encuentro algunas compañías de aventureros ingleses que estaban á su sueldo; mas fueron estas tropas de muy poco auxilio, siendo tan inferiores en número á las españolas.

Llegaron, pues, estos sin oposicion, y no tratando de emprender un sitio formal de la plaza, la estrecharon fuertemente por medio de un bloqueo, en que la privaron de todas sus comunicaciones con los de afuera, contando con que el hambre haria desmayar el ánimo de sus moradores. Mas á la intimacion que les hizo Valdés de que se rindiesen á la clemencia del rey, respondieron casi en los mismos términos que los de Harlem, protestando que moririan todos en las ruinas de sus muros, antes que abrir las puertas á sus enemigos. Mas llegaron á ser tantos los estragos causados por el hambre, que varias veces el pueblo amotinado amenazó al gobernador y á la guarnicion, con que ellos mismos abririan las puertas á los sitiadores si no se venia con ellos á composicion, librándolos así de tanta miseria como estaban padeciendo. Amenazaba por otra parte Valdés con un asalto si no se entregaban voluntariamente. Mas ni el asalto ni la entrega tuvieron lugar por una de aquellas medidas extraordinarias que solo ocurren en guerras nacionales, cuando los pueblos combaten desesperadamente por su independencia. Estaba Leyden, como hemos visto, privada de toda comunicacion con los de afuera, y estos no podian socorrerla hallándose fuertemente atrincherado el campo de los españoles. En este apuro tomaron la resolucion de soltar los diques y abrir las exclusas que

en aquella region contienen el curso de los rios y hasta el ímpetu del mar, que amenaza tragarse sus orillas. Se inundó de este modo el territorio de Leyden, mas las aguas no llegaron por de pronto á tanta altura que permitiesen el paso á las embarcaciones, ni impidiesen á los españoles continuar el sitio, aunque quedaron expuestos á muchas incomodidades y trabajos. Por fin, á favor de un viento recio que sopló del Norte, se aumentó la inundacion, y todo presentó el espectáculo de un mar á las inmediaciones de la plaza. Se cubrieron las aguas de embarcaciones holandesas, que hicieron grave daño á los españoles. Mas establecidos estos en terreno algo elevado, todavía se obstinaban en continuar tan azaroso sitio, hasta que fueron estrechados á tal punto, que se vieron obligados á dejar los muros de Leyden, emprendiendo su marcha por el terreno que les pareció hallarse menos inundado. Fué la retirada para ellos sumamente desastrosa, perseguidos y acosados á cada momento por los holandeses que iban en sus barcas, sufriendo además los horrores del hambre, pues perdieron en su marcha precipitada su artillería, sus trenes y bagajes.

A esta retirada de los españoles sucedió otra sedicion militar del mismo carácter que la antecedente, agravada aquí por las acusaciones que se hicieron al capitan Francisco Valdés, diciendo que habiá sido sobornado para no dar el asalto de la plaza, con cuyo botin contaban tanto los soldados. Tal vez fué diferido este mas dias de los que el mismo capitan habia prometido, mas es improbable que se hubiese vendido por dinero, aunque se presume que influyeron en esta dilacion los ruegos y lágrimas de una dama de la Haya, de quien el español se hallaba perdidamente enamorado. Llegó la sedicion de los soldados hasta prender al capitan y nombrar en su lugar un electo, pidiendo al mismo tiempo sus sueldos devengados, de que se les habia privado con no entrar á saco en Leyden, segun les tenian prometido. En seguida marcharon á Utrecht, de cuya plaza se apoderaron, permaneciendo en este estado de insubordinacion hasta que á ruegos del mismo Valdés fueron pagados por el gobernador general, con lo que se redujeron otra vez á la obediencia.

Resarció todas estas pérdidas el ejército español con otra expedicion, en que tomaron algunas plazas de las provincias de Holanda y Güeldres, que aunque no considerables, disminuyeron muchísimo el terreno de los sublevados. Se reforzó por el mismo tiempo

este ejército con la llegada de Aníbal Altems, que trajo de Alemania un tercio de cuatro mil infantes. Era este jefe hombre muy perito y experimentado, antigua en la milicia, que habia servido ya con distincion en tiempo de Carlos V, y al mismo rey Felipe en las guerras de Africa y de Italia. Guarneció Requesens con estas tropas las plazas de Brabante, mientras con las otras emprendió una expedicion con que esperaba poner término á la guerra.

Era el principal asiento de la insurreccion la provincia de Zelanda, situada en la embocadura del Escalda, compuesta de islas divididas mas ó menos entre sí por varios brazos, que tanto se pueden considerar de mar como de rio. A estas islas, pues, se dirigió la expedicion del gobernador general; y como carecia de escuadra para invadirlas abiertamente por mar, adoptó el expediente de aprovecharse de los diferentes brazos que podian ofrecer paso á sus tropas donde el agua no estuviese muy profunda. La empresa era arriesgada, por la indispensable exploracion de los pasajes ó vados que fuesen transitables para las tropas, así como de los sitios por donde pudiesen navegar las barcas. Se comisionó para la primera á Juan de Aranda, alférez español muy esforzado, y para la segunda á Rafael Barberino, italiano, y los dos, con auxilio de marineros y gente práctica de aquellos sitios, exploraron los altos y los bajos, tanteando los canales y su altura en las horas de marea baja, construyendo embarcaciones y barcos chatos para trasporte de las tropas y demás cosas necesarias.

Concluidos los preparativos se embarcó la expedicion en Amberes y descendió el Escalda. Estaba encomendado el mando de las tropas que debian obrar por mar á Sancho de Avila, y el de las de tierra á Cristóbal de Mondragon, dándose el del todo al maestre de campo general Vitelli. Ascendian los soldados á cuatro mil, y tomando el camino de Berg-op-zoom, pasaron á la isla de Tholven, única en posesion entonces de los españoles. Se trasladaron desde aquí en barcos chatos á la de Philipelanda, inhabitada. Debian en seguida apoderarse de la de Dubelanda, ocupada por los enemigos y separada por un canal de la de Schowen, cuya capital es la plaza de Ziriczee, principal objeto de la empresa. Ofrecia el paso de Dubelanda muchísimas dificultades, pues además de hallarse fuertemente guarnecida, estaba separada de la Philipelanda por un estrecho de cuatro millas, formado por una reciente inundacion del mar que habia dejado varios escollos y desigualdades en el piso, sin ofrecer

camino seguro ni á la gente que iba á pié ni á la que tratase de trasportarse en barcas. Pero no arredraron tantos peligros á los nuestros, pues mas de mil y setecientos hombres, soldados escogidos, entre los que se contaban muchos capitanes, se presentaron á arrostrar los riesgos de aquel paso. Eran los principales Isidro Pacheco, Gerónimo Serosque, Osorio de Ulloa, y Barberino y Aranda ya citados. A los riesgos del paso se añadieron las dificultades que puso el mismo príncipe de Orange, pues además de enviar algunos regimientos con que reforzó las guarniciones de Dubelanda y Ziriczee, hizo arrimar cuantas embarcaciones pudo á la costa, cerca del estrecho ya citado, para que con su artillería y demás armas arrojadizas, pudiesen impedir el paso. Tomó además la precaucion de introducir por los canales y estrechos, á favor de la pleamar, cuantos barcos pudo llenos de gente, á fin de que encallados á la baja, pudiesen hacer fuego á los españoles, embarazados naturalmente con este nuevo obstáculo. Pero ignorantes de este nuevo riesgo, ó despreciándole tal vez, se echaron por el agua los soldados cuando les avisaron que estaba cerca el tiempo de la marea baja. Desnudos de armas defensivas y vestidos solo con calzoncillos y zapatos, pusieron en las puntas de las picas cada uno dos saquillos, uno lleno de pólvora y otro de pan de municion y queso, llevando además de la espada alabardas, arcabuces, y otros palas y azadones. Tenian que arrostrar tan animosos soldados: primero, el agua por donde transitaban llena de escollos y bajíos: segundo, los enemigos en las barcas, que por los dos lados les amenazaban con su artillería; tercero, la guarnicion de la isla que los aguardaba con trincheras formadas en la playa. Comenzó la marcha á media noche, conduciendo el primer escuadron, compuesto de españoles, Juan Osorio de Ulloa. Iba mandando el último Gabriel de Peralta, capitan perito y esforzado. En medio de los dos trozos iban los gastadores con cien arcabuceros, componiendo en todo el número de doscientos y cincuenta hombres. Se puede concebir fácilmente con cuántas dificultades caminaria esta columna por entre tantos bajíos y escollos, dándoles el agua por mas de la mitad del cuerpo; no pudiendo moverse mas que de dos en dos ó de tres en tres, con paso vacilante, con exposicion de resbalar y de caerse. Se dice que en el momento de emprender la marcha. se vieron en toda la atmósfera exhalaciones y fuegos á manera de relámpagos. Tal vez seria alguna auréola boreal, fenómeno no muy raro en equellas latitudes. Mas cualquiera que hu-

biese sido el hecho, le tuvieron muchos por un fuego celéstial enviado para alumbrar la marcha de las tropas. Aprovechó esta circunstancia el capitan Osorio, que iba de vanguardia, para animar á los suyos, haciéndoles ver que aunque comprada con mil dificultades y peligros, obtendrian infaliblemente una victoria en que se les mostraba auxiliador el mismo cielo, pues enviaba aquellas antorchas para enseñarles el camino. Mas si estas luces fueron favorables á los nuestros, no dañaron sin duda á los contrarios, que los estaban aguardando en el camino. Por una parte les tiroteaban sus barcas, que se iban acercando á proporcion que crecia la marea, llegando algunos marineros prácticos de estos escollos y bajíos, hasta desembarcar y medirse de cerca con los españoles, sin que estos viesen á los que les asestaban golpes á mansalva. Por otra parte les obstruian el camino las barcas que habian dejado encalladas exprofeso, y cuya gente les heria en todas direcciones, teniendo la ventaja de la altura en que se hallaban colocados. Pocas marchas se encuentran en los anales militares de mas peligros, y en que mas brillasen el arrojo y la audacia de un soldado. Se hallaba Requesens contemplando el espectáculo desde la playa, acompañado de un padre de la Compañía de Jesús, que dirigia oraciones por el buen logro de la empresa. Caminaban las tropas con la mayor prisa que podian en medio de tanta incertidumbre, peligros y ansiedades, no siendo pequeña la de ponerse á cubierto de la marea que crecia. Llegó esta tan aprisa por la lentitud con que tenian que moverse, que el trozo de retaguardia se vió obligado á retroceder, desesperanzado ya de continuar su marcha sin riesgo inminente de ahogarse. La del medio, compuesta como hemos dicho de los gastadores y arcabuceros, se vió en el cruel conflicto de no poder seguir á la vanguardia ni tomar el ejemplo de los de la retaguardia; ¡tal era ya la altura á que les llegaba el agua! De los doscientos y cincuenta de que se componia, todos perecieron miserablemente menos nueve, llenando de espanto y de consternacion á los compañeros de su empresa, á los que los contemplaban desde la ribera, y aun causando lástima á los mismos enemigos que tal los hostigaban. Mientras tanto los de la vanguardia, que llevaban mucha delantera, redoblaron sus esfuerzos para vencer la fuerza de la marea, y al amanecer se vieron en el arenal de Dubelanda, donde las tropas de la guarnicion de la isla los aguardaban á pié enjuto y fuertemente atrincherados. No habia para los españoles mas salvacion que la victoria, teniendo

enteramente obstruido el camino de la retirada. Sin detenerse el capitan Osorio en arengar á sus valientes, acometió el primero con espada en mano á los contrarios. Siguieron los suyos con entusiasmo tan valiente ejemplo, y llenos de coraje, aconsejados de su desesperacion, como hombres para quienes no habia mas alternativa que la muerte ó la victoria, arrollaron á los holandeses, quienes viendo muerto á su gobernador Boissot, abandonaron sus trincheras, quedando los españoles dueños de la isla. Costó cara la ocupacion de la isla de Dubelanda á nuestras tropas. Entre los muertos de consideracion se cuenta el capitan Pacheco, quien viéndose mortalmente herido, exhortó á los soldados que trataban de auxiliarle á que le dejasen como cosa inútil y marchasen á tomar parte en la victoria que los aguardaba.

La simple relacion de este hecho de armas envuelve su mayor elogio. Cogieron los españoles el fruto de tanta osadía á la vista de tantos testigos de su triunfo; unos que llenaban el aire de aclamaciones, y otros que quedaron como atónitos al contemplar vencedores á los que daban ya por sepultados en los mares. Abandonaron las naves enemigas aquellos parajes, y se dirigieron hácia la isla de Escaldia para ponerla á cubierto del golpe de mano que la amenazaba, pues suponian que era el blanco principal de la expedicion que habia bajado el Escalda desde Amberes. Con esto facilitaron el paso á Requesens y á los otros jefes que se habian quedado en Philipelanda, y se reunieron en Dubelanda con las tropas victoriosas. Fácil es concebir los sentimientos de gozo con que se vieron estas tropas reunidas, y las alabanzas y felicitaciones de que fueron objeto el capitan Osorio y los valientes que con tanta exposicion habian coronado aquella empresa.

Despues de haber hecho conducir los heridos á Amsterdam, continuaron los españoles su expedicion, y tuvieron que emprender su marcha por los mismos parajes de bajíos y de escollos que los habian traido hasta Dubelanda. Con iguales peligros y dificultades llegaron á la vista de Schowen, donde los enemigos habian acudido á ponerla en estado de defensa. Mas nada detuvo la marcha de los españoles. Antes de llegar á la plaza de Ziriczee, capital de la isla de Schowen, tenian que pasar por tres fuertes ocupados por el enemigo. No hizo el primero resistencia alguna: en la toma del segundo perdieron los españoles sesenta hombres, y entre ellos al capitan Peralta. Mayor resistencia les aguardaba en el tercero, llamado Bo-

men, cuyos fosos á pleamar impedian la aproximacion á dicha fortaleza. Aprovecharon los españoles la bajada de la marea para embestir la plaza; mas habiendo hecho los de adentro una obstinada resistencia, tuvieron los españoles que retirarse de sus muros á la subida de la misma. Volvieron el dia siguiente, aprovechándose asimismo del reflujo. Se trabó un combate tan obstinado como el dia anterior, que duró cerca de cinco horas, confiando los de adentro en que la vuelta de la marea haria retroceder de nuevo á los españoles, y obstinándose de nuevo estos por no sufrir por segunda vez este desaire. Por fin se decidió la victoria á favor de los nuestros, y redoblando el furor de su ataque, entraron victoriosos en la plaza.

Pasaron de este punto al sitio de Ziriczee, fin y término de la expedicion. En vano el príncipe de Orange intentó entrarse en el puerto con sus navíos. Los españoles se lo impidieron cerrando el puerto con fuertísimas cadenas de hierro, quedando así libres y desembarazados para continuar el sitio que pusieron á la plaza. Se defendieron la guarnicion y habitantes con notable obstinacion, y el asedio no fué negocio de muy poco tiempo. Mas al fin, despues de destruidas las murallas y reducidos al mayor apuro los valientes defensores, se apoderaron los españoles de Ziriczee, donde el despojo fué muy corto y no proporcionado á la gloria que adquirieron.

Figura mucho esta expedicion de Zelanda en una guerra tan célebre por su duracion como por las hazañas militares á que dió motivo. En ella adquirieron los españoles grande nombradía como soldados valientes y esforzados; y prescindiendo aquí de la causa política que sustentaban, no se les puede defraudar de los elogios que merecen como militares. Aquellos hombres que hacia poco estaban en abierta rebelion contra la autoridad legítima, se expusieron ahora á los mayores peligros, y corrieron como á una muerte cierta á la voz de los mismos jefes que entonces desoian. Otras sediciones se siguieron, como se verá mas adelante: otros peligros de igual cuantía arrostraron denodados; prueba de lo distinto que es el hombre de sí mismo en varias ocasiones, y lo fácilmente que cede, tanto á la llama pasajera del entusiasmo, tratándose de cosas grandes, como á la de sus pasiones mezquinas en las mas bajas y pequeñas.

Fué seguida esta gloriosa expedicion de la muerte de dos grandes personajes que en ella figuraron, siendo la primera la de Chapino Vitelli, maestre de campo general, italiano de nacion, capitan de esfuerzo y de experiencia, muy entendido en la milicia, que ha-

bia servido con distincion en varias guerras. La eleccion que de él hizo el duque de Alba para su maestre de campo general, es una prueba de su mérito eminente. Mostró en las campañas de Flandes, tanto á las órdenes de este general como de su sucesor don Luis de Requesens, que era muy digno de su cargo. Igualaba su pericia militar á su valor; era hombre tanto de mano como de consejo. Despues de tomar disposiciones para un dia de batalla, combatia con el arrojo de un soldado. Varias veces se presentó herido en las batallas para dar ejemplo, y se puede decir que á este arrojo, que á este poco cuidado por la conservacion de su salud, se puede achacar su muerte, hallándose ya en la edad madura de cincuenta y seis años.

Sintió muchísimo su pérdida don Luis de Requesens, y mandó que fuese sepultado en Amberes con toda la pompa y solemnidad debida á su clase y á su mérito. Mas se hallaba ya como herido de muerte el gobernador general al dar estas disposiciones; pues á los pocos dias de llegar á Bruselas de vuelta de la expedicion, falleció á impulsos de una enfermedad que hacia tiempo le aquejaba.

Fué sin duda don Luis de Requesens hombre de mérito por sus servicios y antecedentes de su larga carrera, consagrada al servicio del Estado. Su nombramiento para el gobierno de los Paises-Bajos, por un rey como el de España, manifiesta que era hombre de valer y de servicios. Su conducta en este cargo, digna de alabanza bajo cierto aspecto, abrió campo á la censura de los que atribuyeron á la suavidad de su carácter los desmanes de las tropas y hasta de los mismos pueblos, á quienes se les permitió la satisfaccion de sus agravios. Es probable que bajo la autoridad del duque de Alba, no se hubiesen atrevido las primeras á prorumpir en abierta sedicion, ni los segundos á mostrarse tan exigentes y orgullosos; mas tampoco figura en sus hechos militares en los Paises-Bajos una cosa tan expuesta y arrojada, como la expedicion de la provincia de Zelanda. Es muy cierto que don Luis de Requesens se sentia abrumado bajo el peso de un gobierno de tanta responsabilidad como el que se le habia encomendado, y que murió con la ansiedad de un hombre cercado de gravísimos cuidados, no siendo el menor el que causaban sus apuros pecuniarios.

CAPÍTULO XLVI.

Continuacion del anterior.—Estado del pais á la muerte de don Luis de Requesens.—Conferencias en Breda.—Toma el Consejo de Estado las riendas del gobierno.—Nueva sedicion de las tropas españolas.—Se apoderan los sublevados de Alost.—Medidas de represion por el Consejo de Estado.—Tumulto en Bruselas.—Deponen al gobernador y arrestan á muchos individuos del Consejo.—Se disuelve este.—Queda el gobierno en manos de los diputados de la provincia.—Confederacion de Gante.—Se traslada á Bruselas.—Decretos contra las tropas españolas.—Adhesion del príncipe de Orange á la confederacion.—Se apoderan los españoles sublevados de Maestricht.—Asalto de Amberes por la guarnicion española del castillo mandada por Sancho de Avila.—Toma y saqueo de la plaza.—Acriminaciones mútuas.—Llegada á los Paises-Bajos del nuevo gobernador general don Juan de Austria (1).—1576.

A la muerte de don Luis de Requesens ofrecian los asuntos de los Paises-Bajos un aspecto mas favorable á los intereses de España, que cuando dejó su gobierno el duque de Alba. Además de que no estaban ya los ánimos tan irritados contra la dominacion del rey, como en tiempo de su antecesor, se habia agrandado el territorio del pais sujeto á su obediencia. Verdad es que se habia perdido la plaza fuerte de Middelburgo; mas la toma tan gloriosa de la de Ziriczee habia compensado aquella desventaja. Con la muerte de Luis de Nassau habia desaparecido uno de los enemigos mas activos y temibles de Felipe II, y la inquietud de otra nueva invasion de las tropas alemanas. Permanecia el príncipe de Orange inactivo, á lo menos en la parte militar, hallándose sin fuerzas para recobrar las plazas que le acababan de tomar los españoles. Estaba reducida la

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

insurreccion á la provincia de Zelanda y las costas de las provincias septentrionales del pais, que se mantenian firmes á favor de la superioridad de su marina. Causa admiracion que el rey de España, dueño á la sazon de tantas galeras, no hubiese enviado á las costas de Flandes una escuadra para cooperar con sus ejércitos de tierra, y mucho mas, que los gobernadores del pais, que tenian á su disposicion tantos puertos de importancia, no se aplicasen á construcciones navales para contrarestar las fuerzas de los zelandeses y holandeses. Algunos ensayos se habian hecho, mas fueron en pequeña escala, y no los suficientes para sofocar en los mares la insurreccion, que parecia ya tan próxima á su fin en tierra. Mas la insurreccion estaba viva como nunca en todas partes, y la muerte de Requesens hizo, como veremos, descorrer el velo que cubria los verdaderos sentimientos de la generalidad de aquellos habitantes.

En medio del tumulto de la guerra no habian dejado de darse pasos para poner fin á un órden de cosas que inquietaba á los príncipes católicos, y cuya duracion se atribuia en parte á lo inflexible de la política de España. Ya en 1568 habia enviado el emperador Maximiliano una embajada solemne á Madrid, á cargo de su hermano el archiduque Carlos, para hacer ver al rey los males que producia en Flandes el demasiado rigor desplegado por el duque de Alba, y aconsejarle en nombre de la humanidad y los intereses mismos de la religion, que se empleasen medios mas suaves en la sujecion de aquellos habitantes. Mas Felipe II habia llevado muy á mal que se mezclase en sus negocios propios un extraño, aunque estuviese revestido con el título de emperador; y si bien procuró expresarse con templanza en la respuesta, dió á entender á Maximiliano que á él solo incumbia excogitar los medios que le pareciesen mas propios para la mejor administracion de sus estados. No insistió el emperador en vista de tan redonda negativa, mas andando el tiempo, por los años 1575, volvió á suscitarse en su ánimo y el de muchos principales católicos el deseo de terminar por medio de una avenencia los disturbios de los Paises-Bajos. Por esta vez no se mostró tan inflexible el rey de España, y dió oidos á las proposiciones que en este sentido se le hicieron. Se reunieron pues con el objeto de entrar en ajustes sobre paz varios comisionados por parte del emperador, del rey católico y de los estados disidentes en la ciudad de Breda; mas fueron las conferencias infructuosas. Ni el de España ni los estados separados de su obediencia querian un arreglo que no

podia menos de estar sujeto á condiciones duras para cada una de ambas partes. No queria ceder nada el rey católico en materia de religion y libertad de conciencia; y estos dos puntos eran tan importantes para los estados, que les era imposible sacrificarlos á consideraciones de ninguna clase. Así pedia cada una de las partes lo que sabia que la otra no habia de conceder, creciendo las exigencias en proporcion de lo que se conocia la fuerza de la repugnancia. Las conferencias de Breda se terminaron, pues, sin resolver nada, quedando cada uno con la conviccion, que el asunto no tenia otro arreglo que lo que decidiese la fuerza de las armas.

Habia nombrado Requesens á la hora de su muerte por gobernador interino de Flandes al conde Barlemont, quedando el mando militar á cargo del conde de Mansfeld. Mas habiendo espirado sin poder firmar el documento, se declaró por nulo. Faltando la persona del gobernador y no estando nombrado ninguno por el rey, tomó, por las constituciones del pais, el Consejo de Estado las riendas del gobierno. Dudó el rey de España si dejaria á esta corporacion continuar en su cargo, ó si mandaria al pais un nuevo gobernante. Designaba la opinion pública á don Juan de Austria para esta dignidad, y aun no faltó quien aconsejase al rey no desperdiciase esta ocasion de enviar á su hermano á un pais, donde las circunstancias todas reclamaban la presencia de un príncipe ya tan famoso por sus hazañas militares; y que además no podria menos de ser muy grato á los flamencos por la memoria de su padre. Habia además otra razon de conveniencia, á saber, que habiéndose proyectado una expedicion á ruegos y por influencia del Pontífice, con objeto de librar á María Estuarda, reina de Escocia, prisionera entonces en Inglaterra, podria don Juan de Austria emprenderla desde Flandes mismo, haciéndose así la travesía mas corta, sin causar sospechas de antemano. Así se lo hizo ver el Papa al rey de España; mas aunque este pareció gustar de sus razones, juzgó que el Senado de Flandes, como compuesto de hombres del mismo pais, mirarian con mas interés la direccion de unos negocios, que les tocaban tan de cerca, y así se decidió á dejar por entonces al Consejo de Estado á la cabeza de los Paises-Bajos.

No brilló en esta determinacion la prudencia tan habitual del rey de España. No era en un pais teatro de revueltas donde podia convenir el gobierno de muchas cabezas, expuestas siempre á la division y á la discordia. Contaba el Consejo de Estado con personas

muy adictas á los intereses del rey, como el conde de Arescot, el de Mansfeld y el presidente Viglio; mas no faltaban otros que miraban de muy mal ojo la presencia en el pais de las tropas españolas. Por una parte, se desdeñaban los grandes de estar sujetos á personas de su misma clase; por la otra, era objeto de descontento para las tropas, el no tener á su frente un gobernador general, de cuya sola autoridad estuviesen dependientes. Se aprovechó hábilmente de esta circunstancia el príncipe de Orange, para atizar el fuego de la discordia en una corporacion donde tenia secretos partidarios, y hacer que todas sus providencias se resintiesen de divergencia de los ánimos. Por sugestion de los que deseaban ver al pais libre de tropas extranjeras, se adoptó la medida de hacer salir á los alemanes mandados por el conde de Altemps, quien se mostró quejoso de la providencia, achacándola abiertamente á intrigas del gobernador de Amberes, Campiñy, hermano del cardenal Granvella, su enemigo personal, y á deseos de echarle de Bruselas con objeto de entregar la ciudad al príncipe de Orange. Mientras tanto los españoles que estaban en Ziriczee, al saber que habian prometido pagas á los alemanes con objeto de despedirlos, mientras nadie se acordaba de ellos, se amotinaron creyéndose desairados; pues la conquista de esta isla de Zelanda, si bien les habia producido mucha gloria, habia sido muy estéril en despojos. Como lo tenian en tales ocasiones de costumbre, prendieron á su jefe Mondragon, y nombraron un electo. En seguida escribieron al Senado, pidiendo sus sueldos en tono de amenaza, como hombres resueltos á hacerse pagar por la fuerza, si no se les satisfacia de grado. Trató de apaciguarlos el Senado, prometiéndoles las pagas, mas habiéndose diferido el cumplimiento de la oferta, por intrigas de algunos senadores enemigos de los españoles, prorumpieron estos en nueva sedicion, y pasando de las amenazas á las obras, se salieron de Ziriczee, que dejaron guarnecida con algunos valones, y se esparcieron segunda vez por el Brabante. En vano el Consejo trató de reducirlos á su deber, prometiéndoles siempre el pago de sus atrasos. Del conde de Mansfeld, que se les envió para reconvenirles por su conducta y volverles al camino del deber, no hicieron ningun caso. Era su intencion, nada menos que apoderarse de Malinas y Bruselas; mas habiéndose preparado estas poblaciones á una séria resistencia, torcieron á la provincia de Flandes, donde se apoderaron por sorpresa de la plaza de Alost, entrándola á saqueo.

Era la cuarta vez que las tropas españolas prorumpian en abierta sedicion, en el transcurso de muy pocos meses. Encendió de nuevo la toma y sacó de Alost el odio que se les tenia, y el Senado en semejante coyuntura dispuso que las ciudades se armasen para atender á su defensa, en caso de verse acometidas. Así se encendió de nuevo la guerra civil en los Paises-Bajos. El mismo Senado daba ejemplo de discordia, pues si algunos, y aun los principales, se mostraban adictos al nombre español, se empeñaban otros en la necesidad de que se les hiciese salir para siempre del territorio de los Paises-Bajos. De aquí nacieron dos partidos, uno con el nombre de español, y otro con el de patriota. Fácil es imaginarse que este era el popular, el que contaba con mas individuos, el que hablaba mas á los corazones de la muchedumbre. La noticia de la toma de Alost causó en Bruselas una sedicion que costó la vida á algunos españoles, y el mismo Senado, ya sin esperanza de que volviesen á su deber las tropas sublevadas, no sabiendo por otros medios calmar la irritacion del pueblo, expidió un decreto, declarando á los soldados rebeldes, enemigos del rey y de la patria.

Así en las mismas provincias que reconocian la autoridad del rey de España, estalló una guerra civil entre los habitantes del pais y las tropas extranjeras, entre las que ocupaban el principal lugar las españolas. Se adoptaron en las provincias medios de defensa contra los que consideraban ya como enemigos. Los españoles por su parte, viéndose tan amenazados trataron de hacerse mas fuertes y estrechar sus vínculos de la fraternidad, pues á esto deberian solo su conservacion en medio de tantos enemigos; y como las medidas que para ello deberian tomar tenian por precision que ser hostiles, encendió esto de nuevo las desconfianzas y los odios. Era á la sazon gobernador del castillo de Amberes Sancho de Avila, que se habia hecho tan famoso. Conociendo este caudillo el mal estado en que iban á verse sus negocios, escribió al Senado, quejándose con acrimonia de que hubiese mandado á las ciudades armarse en su defensa, pues era lo mismo que concitar sus odios contra las tropas españolas. Respondió el Senado, quejándose de la insolencia de los sediciosos de Alost, cuyos desmanes provocaban cuanto los flamencos hiciesen en su legítima defensa. Las cosas llegaron á tal punto, que Sancho de Avila, aunque irritado contra los sediciosos, á fin de ponerlos al abrigo del furor del pueblo, les envió un refuerzo de gente y municiones.

Amortiguó un poco este fuego de la guerra civil, la noticia de la pronta llegada á Flandes de don Juan de Austria, á quien el rey se habia decidido por fin á encargar este gobierno. Por otra parte, como cada uno de los dos partidos temia que le echasen la culpa de ser el agresor, se andaban algo remisos en las hostilidades. Los dos trataron igualmente de ganarse el ánimo del nuevo gobernador, imputando al contrario los males que eran fruto de estas disensiones. Escribieron los del Senado al rey, que en vano trataban ellos de que se conservase buen afecto á los españoles, cuando era general el odio contra ellos: que no habia artesano ni labrador que no comprase un arcabuz ó se hiciese con un arma de otra especie para hostilizarlos: que no servia de freno para la muchedumbre la tropa de los guarniciones: que los mismos españoles atizaban estos odios propasándose á violencias producidas en parte por la falta de pagas, que el Senado no podia satisfacer por la de caudales: que hasta entonces habia ido entreteniendo las esperanzas del pais con la idea y esperanza que llegase pronto don Juan de Austria, por lo que era de gran necesidad de que apresurase su partida. Así lo dispuso el rey, mandando á su hermano que se pusiese cuanto mas antes en camino para Flandes, mas no llegó tan pronto como las necesidades del pais lo requeria.

Aprovechó hábilmente este tiempo el príncipe de Orange, induciendo á los gobernadores de las provincias, para que se declarasen contra el rey en nombre de su libertad é independencia. Algunos llegaron hasta asegurar que el mismo conde de Arescot, tan adicto á la causa del monarca, llegó á entrar en comunicaciones é inteligencia con el príncipe, y que se trató de fortificar esta union con el enlace de sus hijos respectivos. Crecia de punto el odio á los españoles, que no contentos con la ocupacion de Alost, se habian apoderado del castillo de Liquerque, muy cerca de Bruselas. Se trató en el Senado de refrenar esta insolencia, tomando armas contra los soldados sediciosos, y como algunos de los individuos de esta corporacion manifestasen qus esto seria muy desagradable al rey de España, y que se debian tentar todos los medias de miramiento y consideracion hasta que llegase el dinero con que satisfacer sus pagas, fueron tenidos de los otros por traidores. Se sublevó con esto de nuevo el pueblo de Bruselas; y habiendo corrido á las armas, hicieron llevar á la cárcel á los senadores que habian disentido de los votos de la mayoría; depusieron al gobernador y nombraron en

su lugar á Guillermo Horn, con el mando absoluto militar, jóven muy contrario á la causa de los españoles. Su primera operacion fué enviar un regimiento al palacio del Senado, con órden de sacar violentamente de su seno á los condes de Mansfeld y Barlamont, al presidente Viglio y otros designados con el nombre de *hispanienses*, á quienes pusieron arrestados en sus casas para que no trastornasen con sus consejos la tranquilidad y el reposo del estado.

El Senado quedó con esto disuelto y sin autoridad, y la direccion de los negocios en manos de los diputados de los estados, contrarios todos de los españoles. Dieron luego un decreto de que saliesen de Flandes todos los de esta nacion, y en seguida convocaron á los diputados de todas las provincias, para conferenciar sobre los medios de asegurar el órden y la tranquilidad de los estados. Bien sabian que estas reuniones eran contra la expresa voluntad del rey; mas no titubearon en llevar adelante una resolucion en que tenia tanta parte el odio á su gobierno. Acudieron las provincias de Haynaut, Artois y Flandes á Gante, donde ajustaron una especie de confederacion que con el tiempo iba á echar tantas raices en los Paises-Bajos. Se trasladó esta reunion á Bruselas, adonde acudieron diputados por otras mas provincias. Se concretaron entonces todas las manifestaciones y medidas de la confederacion, á la expulsion de los españoles y demás tropas extranjeras, y aunque no hablaban de sustraerse á la autoridad del rey, sabido era que obraban contra sus principios políticos y expresas intenciones. Se dirigió la confederacion á Francia, á Inglaterra y á varios estados de Alemania, pidiéndoles proteccion en su demanda, que tenian por tan justa y razonable. Igual manifestacion hicieron al príncipe de Orange, pidiéndole se juntase con ellos y acudiesen algunas fuerzas á Gante, en cuya fortaleza tenian guarnicion los españoles. No deseaba otra cosa aquel personaje, y así envió al momento un número considerable de tropas, que se posesionaron de dicha fortaleza. A las provincias ya dichas se reunieron las de Holanda y Zelanda, sin ser obstáculo ninguno el que estas dos últimas fuesen el asiento principal de las nuevas sectas religiosas. Para concebir una idea de lo popular que era la medida de la expulsion de las tropas españolas, bastará indicar que muchos prelados y eclesiásticos de elevada clase acudieron á Gante, y manifestaron los mismos deseos de que saliesen de Flandes todas las tropas extranjeras.

Se podia considerar esta confederacion en hostilidad abierta con-

tra el rey de España. Como tal la tomaron las tropas españolas, que miraban aquel pais como suyo, por derecho de conquista. Se declaró una abierta enemistad entre los soldados de uno y otro bando, pues la confederacion alistó tropas en apoyo de sus pretensiones. Fué recibido en Bruselas con muestras de grande regocijo el jóven conde de Egmont, hijo del que habia sido ajusticiado pocos años antes, y revestido de un mando importante, á pesar de sus pocos años y falta de experiencia.

Ya habian comenzado las hostilidades entre las dos facciones. En el primer encuentro fueron derrotados los confederados mandados por el conde de Glimen; mas esto, en lugar de abatir su ánimo, los inflamó de nuevo con los estímulos de la venganza. Corrieron los españoles victoriosos, á las órdenes del capitan español Alonso Vargas, á Maestricht, de donde hacia poco que habia sido expelida su guarnicion por las tropas de los confederados. Para volver á recobrar la plaza, se valieron de la estratagema de llevar delante de sus columnas todas las mujeres y niños que pudieron recoger de los contornos, con lo cual los habitantes se abstuvieron de hacer fuego, por no hacer víctimas á gente indefensa y que les tocaban tan de cerca. Tal vez será esta especie una de las invenciones de la fantasía de los historiadores. Mas como quiera que sea, los españoles entraron á viva fuerza en Maestricht, cuyo pueblo saquearon, por derecho de conquista.

Se declaraba la suerte de las armas por los españoles, mas no seguian menos en su pronunciamiento los confederados. Temiendo por la suerte de la ciudad de Amberes, en cuyo castillo mandaba Sancho de Avila, enviaron allá las tropas de que podian disponer, contándose entre ellas el tercio de Egmont y las alemanas mandadas por el conde de Overtei. Reunidas estas con las de la plaza, que mandaba el conde de Champigny, compusieron una guarnicion muy respetable. Pero dominados por el castillo, construido como hemos dicho, mas con objeto de hostilizar á la ciudad que defenderla contra enemigos exteriores, era preciso que tratasen de apoderarse de esta fortaleza ó que se pusiese al menos á cubierto de sus tiros. Todas las disposiciones de su gobernador se dirigieron á este objeto. Mas no estaba mientras tanto ocioso Sancho de Avila, capitan antiguo, y que sabia cuánto le importaba el ser agresor en esta lucha. Acudieron á su llamamiento todas las tropas españolas que se hallaban en los pueblos inmediatos, capitaneadas, entre

otros jefes, por Francisco Valdés, Julian Romero y Antonio de Olivera. Tambien se presentó en el castillo el capitan Vargas, que acababa de hacer la conquista de Maestricht, y hasta los mismos sediciosos de Alost acudieron con su electo, queriendo sin duda mostrarse agradecidos por los socorros que les habia enviado Sancho de Avila, y dando á entender que en semejantes conflictos todos eran españoles.

Reunido así un cuerpo de cinco á seis mil hombres, encendidos todos contra los confederados, no perdió un momento Sancho de Avila en tomar la ofensiva contra los de Amberes; y habiendo inflamado á sus tropas con una corta arenga, en que se hacia pomposa descripcion de las riquezas de aquel pueblo, bajaron denodadas á dar un asalto que tanto excitaba su codicia. Fué terrible el ímpetu con que embistieron; y las obras que habia mandado construir el gobernador para defensa de la ciudad, quedaron allanadas en el acto. Entraron los españoles, arrollando cuantas tropas se les ponian por delante. Fué el tercio mandado por el conde de Egmont el primero que les hizo frente, y como compuesto de soldados bisoños, al punto desbaratado, quedando su jefe prisionero. No ofrecieron mas seria resistencia las demás tropas de la plaza, entre las que se introdujo el desaliento y el desórden. Mas animosos se mostraron una gran parte de los habitantes de la ciudad, llevados por la desesperacion, al considerar que iban á ser despojados de sus bienes, haciéndose fuertes desde el palacio llamado de la Curia, donde hicieron una obstinada resistencia. Acudieron los españoles al expediente de poner fuego á este edificio, que se incendió con ochenta casas de las inmediaciones, y con esto se dió fin á toda resistencia.

Dueños de Amberes los españoles, procedieron, como era de aguardar, al saqueo de aquella rica poblacion, emporio del comercio de los Paises-Bajos. El botin fué inmenso. Se redimieron muchos habitantes del despojo por sumas muy cuantiosas; mas algunos fueron víctimas de las pugnas que se suscitaban entre los mismos vencedores disputándose las presas. Los desórdenes y crueldades á que dan márgen conflictos tan terribles, son fáciles de imaginarse. Perecieron mas de seis mil personas en Amberes, tres mil pasadas á cuchillo, mil y quinientas que murieron entre las ruinas de los edificios, y otros tantos ahogados en el rio. Se dice que no murieron mas que veinte y cinco de los españoles; mas en estas

evaluaciones se cometen siempre muchísimas inexactitudes.

Causó profunda impresion en el pais la noticia de la toma y saco de una ciudad tan populosa, tan comerciante y tan rica como Amberes, considerada bajo estos tres aspectos como una de las primeras de los Paises-Bajos. Se valuó el botin en mas de dos millones de florines. Se dice que los soldados se enriquecieron tanto, que hicieron de oro macizo las empuñaduras de sus dagas, y hasta petos y morriones, á los que dieron un color oscuro, à fin de ocultar el metal precioso de que estaban construidos. Es natural que hubiese exageracion en estas noticias, como en el número de los muertos y otras atrocidades ejercidas por los españoles. Mas no hay duda que este saqueo acrecentó el odio que se tenia á los de su nacion, y que sin hacer desmayar á los confederados, los animó á pensar en nuevos medios de mas seria resistencia.

Enviaron comisionados á España quejándose de la atrocidad reciente cometida por los españoles, y que habia sido precedida de tantas sediciones, de tantas violencias, de tantos atropellos de sus habitantes. Protestando siempre de su fidelidad á la causa del rey, de su adhesion y obediencia á su suprema autoridad, le decian los confederados que no habia que aguardar tranquilidad para el pais, mientras en él subsistiesen soldados tan atrevidos é indisciplinados. Por otra parte, sabedores los españoles del mensaje, representaron tambien con energía al rey quejándose de los flamencos, haciéndole ver que el odio que les profesaban no era mas que un pretexto para sustraerse á su suprema autoridad : que los confederados, en son de mostrarse celosos por la tranquilidad del pais, no eran mas que rebeldes encubiertos, que en secreto trabajaban para concitar los ánimos contra el rey : que el pais seria pronto teatro de una completa insurreccion si no se acudia al remedio con fuerzas respetables : que los del castillo de Amberes se veian amenazados por los de la ciudad, que habian construido ya obras para hostilizarlos: que la toma de la ciudad no habia sido mas que una medida de justa represalia y de castigo; con todo lo demás que podia ponerles en buen lugar con el rey, cuyo modo de pensar sin duda conocian.

Durante este conflicto y exasperacion mútua de los ánimos, hizo su entrada en los estados de Flandes don Juan de Austria.

CAPITULO XLVII.

Continuacion del anterior.—Llegada de don Juan de Austria á los Paises-Bajos.—Dificultades de los estados para entregarle las riendas del gobierno.—Le imponen condiciones.—Las acepta don Juan.—Edicto perpétuo.—Salen de los Paises-Bajos los españoles y demás tropas extranjeras.—Magnífica entrada de don Juan en Bruselas.—Mútuas desconfianzas y recelos.—Sale don Juan de Bruselas y se apodera del castillo de Namur.—Se declara nueva guerra.—Llaman los estados al príncipe de Orange.—Vuelven las tropas españolas á los Paises-Bajos, capitaneadas por el príncipe Alejandro de Parma.—Celos é intrigas contra el príncipe de Orange.—Llaman los estados al archiduque Matías para gobernarlos.—Su entrada en Bruselas, donde le entregan las riendas del gobierno (1).—(1576-1577.)

Fué prudente la determinacion de enviar á don Juan de Austria á Flandes, mas tardía. Si se hubiese adoptado inmediatamente que falleció don Luis de Requesens, se hubiesen evitado los conflictos debidos á la administracion de un cuerpo de muchas cabezas, como el Consejo de Estado de los Paises-Bajos. No era necesaria mucha prevision para conocer que en la confusion y hasta anarquía que trabajaba aquel pais, se necesitaba la mano firme de un jefe solo, á quien se encomendase la direccion de los negocios. Fué, pues, falta en Felipe II el haber diferido tanto el envío de un supremo gobernante. Pero este monarca tenia su atencion repartida en demasiados puntos á la vez, para no padecer algun descuido, y estaba demasiado lejos de los mas interesantes, para que pudiese tener idea exacta de su estado. Por otra parte, examinada bien la situa-

(1) Las mismas autoridades que en los anteriores.

cion de los Paises-Bajos, se puede decir que ningun medio ni sistema podia conducir á su completa pacificacion y á consolidar en él la autoridad del rey, tal como este la entendia. Habia producido malos resultados el de rigor empleado por el duque de Alba. No los tuvo mucho mas félices la suavidad y templanza de su sucesor; y la administracion que siguió despues, se condujo de un modo que no se sabia si era amiga ó estaba declarada en rebelion contra el mismo soberano que acataba. Los hombres previsores no podian, en la altura á que habian llegado los negocios, concebir grandes esperanzas de la administracion de don Juan de Austria; mas siempre era para ellos una garantía de acierto, la grande nombradía que por su nacimiento y hechos gloriosos alcanzaba.

Tomó la posta don Juan de Austria, segun la órden expresa de su hermano; mas cuando llegó á los Paises-Bajos, ya habia ocurrido la catástrofe de Amberes y manifestádose en abierta hostilidad el Consejo de Estado contra las tropas españolas. Desde Luxemburgo despachó cartas al Senado, enviándole la órden ó comision, en virtud de la cual le nombraba el rey gobernador de los Paises-Bajos, pidiéndoles al mismo tiempo la direccion de los negocios civiles, y el mando militar de todas las fuerzas del Estado. No se mostró muy pronto el Consejo de Estado del pais á cumplir los deseos del nuevo gobernante. En el estado de desconfianza y hasta de hostilidad en que se hallaban contra el rey, necesitaban garantías y poner sus condiciones para la admision de don Juan de Austria. Sin duda influian mucho en esta desconfianza, los consejos del principe de Orange. Mas prescindiendo de este resorte poderoso, hubiese sido grandísima imprudencia en los estados entregarse ciegamente al representante de su antiguo soberano. Así, despues de varias deliberaciones, contestaron á don Juan que estaban prontos á recibirle como su gobernador, despues que hubiese él reconocido las actas de la confederacion de Gante, comprometiéndose al mismo tiempo á hacer salir del pais á las tropas españolas; medida importante y la principal que habian decretado los confederados.

Recibió el mensaje don Juan de Austria sin mostrarse ofendido por este desaire á la suprema autoridad que el rey le habia confiado. Exigia la respuesta algun detenimiento y reflexion, y el príncipe lo consultó con sus dos secretarios mas íntimos, Octavio Gonzaga y Juan Escobedo, cuyo nombre figura mucho en la historia que escribimos. Opinó el primero porque don Juan se negase á las

condiciones que el Senado le imponia, alegando que esta corporacion ocultaba bajo la apariencia de obediencia al rey, los sentimientos de una oculta rebeldía: que su peticion de que se expeliesen las tropas extranjeras, no tenia mas objeto que el de sacudir completamente el yugo español, valiéndose para eso de las nacionales: que todo era artificio del príncipe de Orange, de quien eran aliados y hechuras la mayor parte de los senadores: que el deshacerse de los españoles y demás tropas extranjeras, era presentarse en el pais completamente desarmado y á la discrecion de los rebeldes: que era muy desdoroso á la persona y carácter de don Juan comenzar su gobierno sometiéndose á condiciones impuestas por sus subordinados; y que si queria ser indulgente y perdonar, era preciso reprimir y vencer antes.

Diversos fueron los sentimientos que mostró Escobedo. Dijo que tambien le era doloroso que don Juan pasase por la dura condicion de despedir las tropas españolas; mas que esta medida era popular, hasta el punto de ser apoyada por los votos de todas las clases del estado: que seria incurrir en la animadversion general, obstinarse en conservar unas tropas que, cualesquiera que hubiesen sido los motivos, ya habian ejercido en varios puntos todo género de excesos y violencias: que el saco de Amberes, sobre todo, habia excitado una indignacion universal, sin que nadie pudiese disculpar tal atentado: que obstinarse en esta medida, seria adoptar el plan de severidad desplegada por el duque de Alba, y seguida de tan funestos resultados: que los españoles, sobre todo, no eran necesarios en el pais, pues sin ellos habia gobernado la princesa Margarita, siendo siempre cosa de lamentar, el que no se hubiese seguido su parecer de que no se mandasen á Flandes semejantes tropas.

Se inclinó don Juan de Austria á este último consejo, tal vez por parecerle el mas saludable, tal vez por espíritu de moderacion y de indulgencia, tal vez porque el retener las tropas extranjeras no le expusiese á murmuraciones en la corte de Madrid, no habiendo recibido del rey instruccion ninguna sobre la materia. Por otra parte, nada tenian de chocante para él las determinaciones de la confederacion, en que quedaba salva la autoridad del rey y la adhesion á la fe católica, pues la conclusion de todo lo determinado era la cláusula siguiente: «Nosotros los infrascritos, delegados de los estados, »á quienes tambien representamos, hemos prometido y prometemos

»mantener perpétuamente estos conciertos para la conservacion de »nuestra sacrosanta fe y de la religion apostólica romana: para el »entero cumplimiento de esta pacificacion de Gante: para la expul»sion de los españoles y todos sus aliados; salva siempre la obedien»cia debida á la majestad real.» No queriendo el de Austria partir de ligero, á pesar de esta manifestacion, sometió al exámen de personas doctas todos los capítulos concertados en la liga; y habiéndole manifestado que podian admitirse, por no contener nada contrario ni á la religion ni al rey, los remitió á España, donde fueron aprobados por su hermano. Con este beneplácito, y saliendo por garantes los embajadores del emperador Rodulfo, del obispo de Lieja y del duque de Cleves, se ajustó en enero de 1577 la pacificacion con el nombre de edicto perpétuo, en Marc-la-famine, ciudad de Luxemburgo, por el cual se comprometió don Juan de Austria á disponer la salida de los españoles, y los estados á guardar obediencia al rey y mantener la religion católica.

Se publicó solemnemente este edicto en todas las ciudades principales de los Paises-Bajos, y don Juan de Austria fué aclamado por su gobernador, con demostraciones de regocijo, acompañadas de gran pompa y aparato. Antes de internarse mas en el pais se detuvo en Lovaina don Juan. y desde allí se ocupó activamente en disponer la salida de los españoles, para quienes fué esta disposicion objeto de las murmuraciones mas violentas. Se quejaron de la ingratitud con que eran pagados sus servicios, los grandes peligros á que se habian expuesto en servicio del rey, y la sangre que habian vertido en aquel suelo, donde tanto se les despreciaba. Decian que era tratarlos con la mayor ignominia sacrificarlos al resentimiento y envidia de sus émulos; que en cuantas partes se presentasen, se les daria en rostro con una expulsion que llevaba el carácter de la infamia; que si algunos años antes habian salido del pais, habia tenido esta medida el pretexto honroso de emplearlos en las guerras de Africa y de Italia; mas que ahora se veian expelidos del teatro de sus hazañas para servir de befa á los flamencos, y fomentar los proyectos de insurreccion que abrigaban contra el rey de España. En cuantas guarniciones habia tropas de España y demás paises extranjeros, se oian estas quejas; mas en ninguna parte con tanta vehemencia como en la ciudad de Amberes, donde acababan de ser los españoles tan preponderantes. Llegó el descontento á rayar en sedicion, hasta el punto de creer necesario don Juan de Austria enviar allá su secre-

tario Escobedo, á fin de calmar la efervescencia de los ánimos. Se condujo este con tino y con prudencia, diciendo á los descontentos que nada tenia aquella medida de injuriosa, y sí solo era promovida por la fuerza de las circunstancias: que ni el rey ni don Juan de Austria desconocian el mérito de sus servicios, hallándose siempre prontos á premiarlos; mas que en el conflicto, en el choque de pasiones era preciso hacer algo en beneficio de la tranquilidad de aquel pais, que al gobernador general le estaba encomendada: que quedaba siempre en el mayor lustre la gloria que habian adquirido en Flandes, donde la victoria habia coronado siempre sus empresas; que los flamencos eran los primeros á dar testimonio de la bizarría de los soldados españoles en todos los encuentros: que si en algo habian deslustrado estos laureles por las frecuentes sediciones á que se habian entregado, era la ocasion mas oportuna de merecer el perdon del rey, sometiéndose á sus órdenes. Con estas y otras palabras supo amansar la furia de los ánimos, y los españoles, ó por sentimiento de fidelidad al rey, ó por ver que ya no tenian mas remedio, entregaron los castilos y demás plazas fuertes de que se habian apoderado. Además los calmó mucho un edicto favorable que se expidió á su favor, alabando su comportamiento militar, y dando grandes elogios á su bizarría en los combates.

Se reunieron todos los españoles en Maestricht, donde se hizo el cange de los prisioneros que se habian cogido mútuamente, contándose entre otros, por parte de los flamencos, el conde de Egmont, y por la de los españoles la mujer del capitan Mondragon, que fué entregada á su marido. Para sufragar los gastos de la salida de estas tropas y satisfacer las pagas atrasadas, prometieron los estados aprontar la suma de seiscientos mil florines, pagada la mitad al contado, y la otra con letras de cambio sobre Génova. Pero no habiendo podido satisfacer por el pronto mas que cien mil, adelantó don Juan de Austria los otros doscientos mil por via de empréstito.

Se verificó por fin en abril de 1577 el movimiento de las tropas españolas, italianas y borgoñonas y otros mas paises extranjeros. Se dió el mando de todas estas tropas al conde de Mansfelt á fin de evitar las rivalidades que se comenzaban á suscitar entre los capitanes españoles, Vargas, Romero, Avila y Valdés, pues cada uno se creia con derecho de ser el jefe de toda esta columna. Marchaban las tropas tristes y pesarosas al dejar un pais donde habian residido cerca de diez años, habiéndose algunos casado en él, y echado raices con

otras conexiones. Aumentaba este pesar el sentimiento de verse expulsados del teatro de sus glorias, no excitando poco su indignacion, el contemplar en los pueblos del tránsito las demostraciones de alegría por verse libres de la presencia de estos extranjeros. Así salieron del pais, y atravesando la Lorena, la Borgoña y la Saboya, llegaron á Italia, donde fueron distribuidos en cantones diferentes.

No se presentó don Juan de Austria á revistar las tropas, como estas lo solicitaban antes de emprender la marcha. Sin duda quiso dar esta muestra mas de su sincera adhesion al tratado que acababa de firmar, quitando toda sospecha á que pudiese dar orígen este paso aventurado. Despues de verificada la salida, hizo su entrada pública en Bruselas con todo aparato y magnificencia, acompañado del legado del Papa y los diputados de todas las provincias. En la ciudad, fué recibido con las manifestaciones del mas vivo regocijo, y todos los homenajes de respeto á que era acreedor un príncipe jóven, coronado por tierra y mar con tantos laureles; que además de verse revestido de tan grande autoridad, reunia la circunstancia de ser hijo de un soberano tan popular y querido en Flandes como Carlos V. Se manifestó don Juan sensible á estas demostraciones de alegría y de respeto, acogiendo á todos con afabilidad, mostrándose benigno y propenso á trabajar por todos los medios posibles para hacer feliz al pais, y restituirle totalmente el órden y tranquilidad de que por tantos años habia carecido.

Parecia sincero el lenguaje de don Juan: con igual carácter se manifestaban el amor y la popularidad, de que fué desde un principio objeto para los flamencos. Jóven, afable, bien apuesto en su persona, de carácter franco, de maneras insinuantes, se hallaba con todos los medios de cautivarse las voluntades de sus gobernados. Mas duraron muy poco las mútuas simpatías. Eran demasiado profundas las llagas que las luchas pasadas, que la actual desconfianza habian hecho en los ánimos de la generalidad, para que se curasen con simples apariencias. Comenzó en medio mismo de los regocijos y felicitaciones públicas, á levantarse una sorda tempestad, que iba á estallar del modo mas violento. Acusaban los hombres previsores de imprudencia á don Juan de Austria, de haberse echado sin tropas y como sin defensa en brazos de un pueblo de sentimientos equívocos, y que cualquiera que fuese el amor que le manifestaban, nadie podia dudar de sus verdaderos sentimientos, relativos á la dominacion del rey de España. Estaba el pais en su generalidad eman-

cipado de hecho de aquel monarca, que tenia para ellos todo el carácter de extranjero, y no habia mas medios de contenerle en la obediencia que los de la fuerza, dado caso que fuesen suficientes. Se hallaba don Juan aislado, sin castillos, sin plazas fuertes á su devocion, sin tropas seguras en quienes podia fiarse, en caso de alguna desagradable contingencia. Esparcian por su parte los grandes del pais, enemigos de los españoles, rumores siniestros sobre el carácter y persona de don Juan, y sobre la mision de que estaba revestido. Decian que las tropas extranjeras permanecian muy próximas á la frontera, esparcidas en diversos puntos, prontas á entrar en el pais cuando fuese necesario; que parte de ellas habian ido á continuar sus servicios contra los calvinistas de Francia, aliados naturales de los Paises-Bajos; que eran unos mismos los enemigos de unos y otros. Añadian que don Juan, antes de salir de España, habia prestado en manos del rey un juramento muy contrario al de observar las capitulaciones de Gante, y que como mas antiguo debia de serle mas obligatorio; que aquellas apariencias de afabilidad no eran mas que un velo con que se cubrian siniestras intenciones: que habian andado muy poco cautos los estados entregándole las riendas del gobierno, sin pedir mas condiciones que la expulsion de las tropas extranjeras, cuando deberian exigir la restitucion de los fueros y privilegios del pais, de que habian sido tán injustamente despojados.

No era el menos activo propalador de estas voces, en descrédito de don Juan de Austria, el príncipe de Orange, tan propenso siempre á hostilizar al rey, pues de otro modo, no podia obrar en el sentido de sus intereses. Sus compromisos, sus circunstancias, el nuevo culto que profesaba, aun prescindiendo de los estímulos de la ambicion, todo le obligaba á continuar la guerra, á destruir para siempre la autoridad del rey en los Paises-Bajos. De todos los gobernadores enviados de España, debia de ser enemigo encarnizado. No podia ser excepcion de esta regla don Juan de Austria. Por mas que el espíritu de partido de los historiadores afee ó ensalce la conducta de cada uno de los dos partidos que estaban tan en pugna, es un hecho que la guerra autorizaba, por decirlo así, todos los medios de hostilidad de que unc y otro se valian. Debió de ser un grande pesar para el de Orange la presencia de don Juan en los Paises-Bajos. Que hiciese todo lo posible porque los estados no le entregasen las riendas del pais parece muy natural; otra cosa, seria en él descuido

grave. Tal vez propuso á los estados el que exigiesen por condicion que don Juan firmase las actas de la liga de Gante, esperando que el austriaco rehusase recibir la ley, antes de darla. De todos modos, cuando le vió de hecho gobernador de Flandes, natural era que tratase de desvirtuarle, de deprimir su autoridad, de hacerle objeto de desconfianza y de sospecha. Por lo pronto, no quiso tener con él la mas pequeña relacion política, ni obrar de modo que se creyese reconocer su autoridad; y cuando se le envió un mensaje de Bruselas para que las provincias de Holanda y Zelanda que reconocian su autoridad, se adhiriesen al edicto perpétuo, que unia á las demás, se negó á ello, alegando que siendo dichas dos provincias de distinta religion, no podian convenir con las demás en el juramento de conservar la católica romana.

Produjeron estas artes y maquinaciones el efecto deseado. Vino poco á poco á menos, el crédito de don Juan, hasta convertirse en odio, lo que habia sido antes popularidad y confianza ciega en su persona. Corrieron por el pais copias de cartas de don Juan de Austria al rey de España, interceptadas en Francia, en que pedia dinero y auxilio de gente, pues de otro modo no podia conservar su autoridad en el pais, tan en pugna con las autoridades del rey de España. Dieron estos documentos nuevas armas á sus acusadores. Insistieron en que no se debia dar crédito alguno al juramento del edicto perpétuo, habiendo tantos casos en que se dispensan por bulas pontificias, aquellos que parecen contrarios á la autoridad de los reyes, y al bien de la Iglesia.

Llegaron estos rumores á oidos de don Juan, quien no podia menos de advertir el cambio de los ánimos. Tambien recibió avisos anónimos de que estaba en Bruselas su persona amenazada por mas de un asesino. Sea que esto fuese cierto, sea que lo creyese así don Juan, ó que le sirviese de pretexto para sus planes ulteriores, tomó la resolucion de salirse de Bruselas con pretexto de recibir á la princesa Margarita de Valois, que iba á tomar las aguas de Spá, pero con el objeto verdadero de hacerse con un punto fuerte, desde donde pudiese emprender la guerra contra los estados si llegaba el caso. Pasó á Malinas, donde arregló algunas disensiones sobre pagas de tropas alemanas, y no dándose por seguro en esta plaza, se trasladó á Namur, en cuyo castillo habia puesto ya sus miras. Estando un dia de caza y á vista de esta fortaleza, la alabó muchísimo como hombre que hasta entonces no habia hecho alto en su gran mérito,

y esto dió motivo á que los hijos del gobernador de la provincia que le acompañaban le brindasen para que entrase á verla si gustaba. No se hizo de rogar don Juan, y luego que se vió dentro de la fortaleza, se declaró dueño de ella en virtud de autoridad del rey, guarneciéndola con tropas de su devocion, declarando al mismo tiempo, que era el primer dia de su gobierno real y verdadero en Flandes.

Se dividirán siempre los historiadores sobre el verdadero carácter de este paso tan violento. Le atribuirán unos á la enemistad de que era objeto don Juan de Austria, á los peligros graves que le amenazaban, á las traiciones que le designaban como víctima, mientras los contrarios sostendrán que todo esto no fué mas que un sueño, una invencion, un pretexto para arrojar la máscara y declararse opresor del pais, el que antes se consideraba como el primero de sus magistrados. No hay duda de que una conducta tan extraña da lugar á diversas conjeturas. Si don Juan obró por precaucion en derecho de su legítima defensa, por ejercer dignamente una autoridad que se hallaba despreciada, preciso es confesar que habia cometido una grandísima imprudencia, al entregarse desarmado en brazos de sus enemigos. Si no habia tales temores, si fué en él un rasgo de astucia y mala fé, no puede presentarse esta conducta con otro carácter que el de muy mezquina. De todos modos, fué la violenta ocupacion del castillo de Namur principio de una nueva guerra. Escribió don Juan de Austria desde el castillo de Namur á los estados de Bruselas, manifestándoles que su extraña resolucion de abandonar la capital habia sido motivada por las asechanzas de que se veia blanco su persona, enviándoles al mismo tiempo copia de las cartas en que se le daba parte de las tramas de los conspiradores que atentaban á su vida. Al mismo tiempo les decia que desde aquel momento iba á ser gobernador de los Paises-Bajos, con el decoro y la dignidad que convenia á su persona, no queriendo ser mas tiempo víctima de consideraciones y del carácter indulgente que hasta entonces habia desplegado. Hicieron estas cartas diversas impresiones, alegrándose los unos de que don Juan les diera pretexto de una guerra en que sin dudá llevarian lo mejor, hallándose como indefenso; mas otros tomaron de ello pesadumbre, porque no se les acusase de ser los autores de esta nueva lucha. Contestaron los estados á don Juan, manifestándole las graves consecuencias que iba á producir aquel paso tan extraordinario de su parte, rogándo-

le que se restituyese cuanto antes á Bruselas, donde seguramente no corrian riesgo, ni su autoridad, ni su persona; mas se mantuvo el de Austria firme en su resolucion, y les dijo que permaneceria en Namur, mientras no echasen de Bruselas á todos los traidores y á los que atentaban contra su persona: mientras no cortasen sus comunicaciones con el príncipe de Orange, ó no le obligasen á firmar las estipulaciones ajustadas por las demás provincias en el edicto perpetuo que se habia promulgado.

Mientras tanto intentaba don Juan de Austria apoderarse del castillo de Amberes, como lo habia hecho de la fortaleza de Namur. Mas habiéndose descubierto el plan, echaron del castillo á todos los de su parcialidad, y desde entonces quedó esta fortaleza bajo la inmediata autoridad de los estados.

Crecieron con esto la animosidad y las acriminaciones que se hacian mutuamente don Juan de Austria y los estados. Se acusaba al primero de buscar pretextos para hostilizar al pais, para repetir en él las escenas de crueldad que habia promovido el duque de Alba, inventando conspiraciones y tramas contra su persona, imaginarias todas, mientras don Juan de Austria se quejaba ágriamente de la ingratitud con que se pagaban sus servicios hechos al pais, y de lo expuesta que estaba su persona, en medio de tantos como atentaban á su vida.

De qué parte se hallaban la sinceridad y la falsía, es un punto histórico de difícil averiguacion. Es probable que ninguna de ambas partes procediese de buena fé, y que generalmente se deseaba un nuevo conflicto entre el pais y la autoridad del rey de España. La parte que tuvo este en el paso dado por don Juan, tampoco se sabe á punto fijo; mas el gobernador le dió noticia de las ocurrencias por medio del secretario Escobedo, á quien envió á toda prisa, á fin de recibir sus instrucciones. Por aquel tiempo el nuncio del Pontífice que habia llegado á los Paises-Bajos, con objeto de activar la expedicion de don Juan de Austria á Inglaterra, al ver que el estado de las cosas diferiria su marcha, trató de calmar la animosidad de unos y otros, y á este fin trabajó en Bruselas, porque se sometiesen de nuevo á la autoridad. Mas los estados, aunque recibieron al nuncio con todas las muestras de consideracion y de respeto, estuvieron tan lejos de acceder á sus amonestaciones, que enviaron una embajada al príncipe de Orange, invistiéndole con el carácter y autoridad de conservador del pais ó de Ruvarte, resuci-

tando así una magistratura, que de muy antiguo existia en los Paises-Bajos, y que estaba en desuso hacia mas de siglo y medio.

Ofendió nuevamente á don Juan este paso tan hostil de los estados. Mientras tanto le respondió el rey de España diciéndole, que atendiese antes de todo á la defensa de la autoridad real y de la religion católica, y que los estados expeliesen al príncipe de Orange. ó le obligasen á conformarse con los términos y estipulaciones del edicto perpetuo. Así se lo comunicó don Juan á los estados; mas estos respondieron con la negativa.

Estaba la guerra declarada de hecho al rey de España. A la cabeza de los estados católicos se hallaba el príncipe de Orange, protestante, enemigo irreconciliable del monarca. Casi todas las provincias seguian sus banderas, y en los sentimientos de la insurreccion entraron las personas mas influyentes del pais, incluso los eclesiásticos: unos por espíritu de independencia; otros por verdadera adhesion á los intereses del príncipe; otros por parecerles que era mas fuerte su parcialidad; algunos por no creer de buena fé á don Juan de Austria en esta circunstancia. Habia parecido en efecto su paso de apoderarse del castillo de Namur, tan extraño y poco motivado, que se le atribuyó á un pretexto de nuevas hostilidades. y plan de sujetar al pais por la fuerza de las armas extranjeras.

Las probabilidades del resultado de la lid estaban por entonces contra don Juan de Austria. Todas las provincias reconocian la autoridad de los estados, á excepcion de las de Namur y Luxemburgo, que seguian las banderas del austriaco. A solos cuatro mil ascendian las tropas que pudo allegar este, formadas de alemanes que habian quedado en el pais, y de españoles y borgoñones que se hallaban sirviendo en Francia á la sazon; mientras se componia de quince mil el ejército de los estados, es decir, del príncipe de Orange.

Sea por aumentar mas su popularidad, ó porque teniendo fija su atencion en las provincias de Holanda y Zelanda, tratase de debilitar el resto del pais, mandó el príncipe de Orange que se demoliese la parte del castillo de Amberes que miraba y amenazaba á la ciudad, y ninguna providencia podia ser mas popular en aquellas circunstancias. Fué aquella destruccion obra de un instante; pues en ella se ocuparon indistintamente todas las clases de los ciudadanos, hombres, mujeres, niños, hasta las damas mas principales concurrieron entusiasmadas á un derribo en que cifraba la ciudad

su libertad é independencia. Pero lo que mas contribuyó á excitar el regocijo popular, fué la vista de la estatua del duque de Alba, que encontraron casualmente en una habitacion privada del castillo. Difícil es describir el ardor y el entusiasmo con que fué sacada de aquella oscuridad, golpeada, pisoteada, arrastrada por las calles, como si quisiesen desahogar en la figura de que era imágen, todo el odio que en Flandes se le profesaba. Así como la estatua habia sido construida con cañones cogidos por el duque en el campo de batalla, del mismo modo se la fundió ahora, convirtiéndola en los mismos objetos de destruccion, de que se iban á servir los flamencos contra sus contrarios. El mismo ejemplo de la demolicion del interior del castillo de Amberes, fué seguido en las plazas de Utrecht, Gante, Lila y Valenciennes.

Mientras de una y otra parte se hacian preparativos de guerra, fermentaban en Bruselas rivalidades y odios contra el príncipe de Orange. O porque se arrepintiesen de estar bajo la autoridad de un hombre que les era tan superior en habilidad y en genio, ó porque creyesen que se habian hecho demasiado odiosos al rey de España obedeciendo á un hombre tan enemigo de su persona como de su fé, trataron los estados de darse un nuevo gobernante. Opinaban unos por la reina de Inglaterra: pretendian otros que se llamase al duque de Anjou, hermano del rey de Francia; se inclinaban otros al archiduque Matías, hermano del emperador Rodulfo. Fué desechada la opinion que queria á la reina de Inglaterra, por ser esta una persona extraña que no podia residir en Flandes; tampoco se quiso al duque de Anjou, por sus conexiones y su carácter, que pasaba por ligero; la pluralidad, pues, se decidió por el archiduque, y con este fin le enviaron embajadores secretos para ofrecerle en nombre de los estados el gobierno de los Paises-Bajos. Accedió el príncipe á la invitacion, y con todo secreto dejó la corte de su hermano. Se mostró este ofendido é indignado con la conducta del príncipe; mas algunos le suponen instruido de la negociacion, y que afectó este disgusto para no parecer que trabajaba para incluir á los Paises-Bajos en las posesiones de la casa de Austria en Alemania. En esta connivencia creyó á lo menos don Juan de Austria, y así se lo escribió á Alejandro Farnesio, que se hallaba entonces en camino para los Paises-Bajos. Parece esto lo mas verosímil, pues otra cosa, hubiese sido en el archiduque un acto de desobediencia, ó por mejor decir de rebeldía.

Llegó Matías á Bruselas, donde fué recibido con magnificencia y toda clase de festejos. Los estados le revistieron con una autoridad que no merecia el nombre de suprema, por las muchas condiciones que se le impusieron, llegando á treinta y uno los artículos del tratado presentado por los del pais y firmado por entrambas partes. Para poner mas coto á este mando del jóven archiduque, pues no pasaba entonces de veinte años, le nombraron por teniente ó vicario al príncipe de Orange, que era en realidad el que mandaba.

CAPÍTULO XLVIII.

Continuacion del anterior.—Preparativos de una guerra.—Vuelta á Flandes de las tropas españolas é italianas, mandadas por Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.—Batalla de Gemblours ganada por don Juan.—Toma de algunas plazas por los estados.—De otras por las tropas españolas.—Se apodera Alejandro de las de Diest y Sichen.—Sujeta la provincia de Limburgo.—Toma de Amsterdam por el príncipe de Orange.—Se refuerzan ambos campos.—Va don Juan en busca de los enemigos.—No aceptan la batalla.—Crecen los apuros de los españoles.—Enfermedad y muerte de don Juan de Austria.—Su carácter (1).—(1577-1578.)

¿Qué relaciones existian á la sazon entre los estados del pais y el rey católico? Hallándose en pugna abierta con el gobernador designado como tal por el monarca, se los pudiera considerar separados para siempre de la España. Por otra parte manifestaban reconocer la autoridad del rey, y protestaban que no habian llamado un nuevo gobernante, sino como interino y hasta que se dignase nombrar otro; exigiendo siempre por condicion de su obediencia, que saliese de su territorio don Juan de Austria. ¿Qué significaba, pues, una declaracion tan desmentida por los hechos? A ser sincera, ¿qué necesitaban los estados llamar á un archiduque y traerlo clandestinamente sin conocimiento de su hermano? El problema solo ofrecia ya una solucion, y esta era muy clara. Para Felipe II no habia mas medio, si queria volver á ser soberano del pais, que la fuerza de las armas. Así se comprendia de una y otra parte, allegando cada una las fuerzas de que podia disponer para la próxima

(1) Las mismas autoridades.

campaña. Acudieron los estados á sus alistamientos en Inglaterra y Alemania. Pedia tropas con toda prisa á su hermano don Juan de Austria.

Mientras pasamos á referir de un modo sucinto las operaciones de esta nueva guerra, diremos, para dar una idea mas exacta del estado del pais, que el nombramiento del archiduque no fué tan popular como sus autores esperaban. Para los adictos á la nueva secta religiosa ó encarnizados enemigos de toda dominacion extranjera, fué un pobre expediente recurrir á un príncipe católico tan estrechamente unido por vínculos de sangre y de familia con el rey de España. Por otra parte, para los que se mantenian fieles á la fe católica y sabian que el príncipe de Orange era el alma, ó por lo menos el principal agente en la direccion de los negocios, era repugnante la obediencia que se les hacia prestar á un jefe protestante. Causó muchos disturbios y encontró muchas resistencias la aceptacion de la nueva ley política, pues tal nombre podia darse al tratado que acababa de ser firmado por el archiduque. Sobre todo los jesuitas se negaron absolutamente á adherirse al nuevo órden de cosas, y este ejemplo fué imitado por algunas otras corporaciones regulares. Pero el poder de los gobernantes se mostró mas fuerte que la resistencia, y por medio de castigos, destierros ú otras penalidades, se restableció la tranquilidad en estas provincias disidentes.

Eran entonces muy pocas las fuerzas con que contaba don Juan de Austria, cuya autoridad se extendia á solo dos provincias. Mas no se descuidó el rey en aumentárselas. Recibieron todas las tropas españolas que se hallaban en Italia, órdenes de ponerse en marcha para los Paises-Bajos; disposicion que fué recibida por ellas con grandísimo entusiasmo, creyéndose ya vueltas á la gracia del rey, y deseosas de vengarse de las injusticias y hasta las afrentas que suponian haber recibido de aquellos habitantes. Se movieron estas tropas prontamente con direccion á su destino; y lo que hacia el refuerzo de un valor inestimable, era que se hallaba á su cabeza el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, ya conocido por sus proezas militares, compañero de don Juan de Austria en la famosa batalla de Lepanto.

La presentacion de este nuevo personaje en una escena donde iba á adquirir una fama tan esclarecida como gobernante, y sobre todo como capitan, merece que consagremos algunas líneas á sus

antecedentes y principios, aunque no sea la primera vez que escribimos su nombre en esta historia. Era Alejandro Farnesio hijo de Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto del papa Paulo III (Alejandro Farnesio), quien con el auxilio y favor de Carlos V, habia erigido aquel pais en un estado independiente y soberano. Se casó Octavio Farnesio con Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, viuda entonces de Alejandro de Médicis, duque de Florencia, y de este matrimonio fué fruto, en 1546, el príncipe de quien nos ocupamos. Pasó en Italia los años de su infancia, y siendo todavía niño acompañó á su madre á los Paises-Bajos. Se dice que no tenia mas que once cuando se halló en la famosa accion de San Quintin; mas no es probable que el rey de España permitiera que expusiese su persona en tan corta edad á los peligros de aquella lucha memorable, y es mas natural que le tuviese cerca de su persona, que no asistió, como se sabe, á la batalla. Al regreso de Felipe II á España, se lo trajo consigo para cuidar de su educacion, y segun sienten algunos y es probable, para que le sirviese de rehenes de la fidelidad y buen comportamiento de su madre Margarita, nombrada gobernadora de los Paises-Bajos. Se educó, pues, Alejandro Farnesio en la corte de España, saliendo muy diestro en todos los ejercicios que constituian la mayor parte de la enseñanza de los altos caballeros de su clase. En otra parte hicimos ver que tuvo por compañeros en este aprendizaje á don Juan de Austria y al desgraciado príncipe don Carlos, y que cursaron juntos á la universidad de Alcalá, donde no es probable que hiciesen grandes progresos en clase de estudiantes. Así se mantuvo en España el príncipe Alejandro, hasta la edad de diez y nueve años, que se le ajustó su matrimonio con María de Portugal, hija primogénita del infante don Duarte ó don Eduardo, hermano de don Juan III. Partió la princesa por mar á los Paises-Bajos, donde se celebraron los desposorios con toda solemnidad, á presencia de la princesa Margarita, muy satisfecha de este enlace, sobre todo porque le creia un rasgo de favor del rey de España.

Enviudó pronto el príncipe Alejandro, aunque tuvo hijos de su matrimonio, como haremos ver mas adelante. Pasó despues á Italia, donde se mantuvo en compañía de su padre Octavio, hasta que habiendo sabido la famosa liga que se ajustaba contra el turco, quiso tomar parte en el armamento marítimo que contra aquella potencia se aprestaba. Entró, pues, de voluntario en la escuadra española, y se halló en la batalla de Lepanto, donde se distinguió su

grande bizarría, tomando el navío donde iba Mustafá-Bajá, teniente de la escuadra enemiga, y haciendo otras proezas que le valieron la estimacion general, y los elogios que en público y en sus cartas al rey hizo de su persona don Juan de Austria. Siguió dando muestras de su valor é inteligencia en el resto de aquella campaña memorable, y desde entonces adquirió fama de valiente soldado y de jefe distinguido. Restituido á Italia, recibió la órden del rey para ponerse al frente de las tropas que mandaba á don Juan de Austria de refuerzo. No podia hacer Felipe II una eleccion mas acertada, y esto prueba que aunque este monarca miraba con grandes celos y suma desconfianza el poder y autoridad con que á sus delegados revestia, conocia los hombres y hacia justicia al mérito. Se habló entonces, y parece que fué la primera intencion del rey, enviar al hijo juntamente con la madre, encargando á esta por segunda vez el mando de los Paises-Bajos. Mas no tuvo por entonces efecto la disposicion, y el príncipe partió solo, tomando el camino por la Saboya, la Borgoña y la Lorena, precediéndole las tropas, que marchaban á jornadas regulares.

Fué recibido Alejandro Farnesio por don Juan con todas las demostraciones de alegría, como hombre que conocia su mérito y la grande utilidad que iba á sacar de sus servicios. No podia llegar un refuerzo mas á tiempo en la grave situacion en que se hallaba don Juan de Austria. Los confederados, es decir, las provincias disidentes, hacian sus preparativos para tomar cuanto antes la ofensiva. Verdad es que habian ya cometido la imprudencia que se puede achacar á timidez, no cayendo sobre don Juan cuando este se hallaba con tan pocas fuerzas. Mas tal vez creyeron que intimidado el austriaco con el decreto que le lanzaba del pais, y viéndose tan desamparado, abandonaria el territorio de Flandes, evitando así nuevos conflictos. Mas cuando le vieron reforzado y con firme resolucion de hacer la guerra, debieron de pensar muy sériamente en que á la guerra solo se iba á encomendar la decision de su contienda.

Se mostró la fortuna en un principio mas favorable á los estados que á los españoles. Fluctuaban varias plazas que estaban á la devocion de estos últimos: se entregaban otras de grado, ó con muy poca resistencia á los primeros. Lo fué el coronel Fugier, gobernador de Berghen, por sus mismos soldados á los enemigos, quienes se hicieron de este modo dueños de la plaza. Se presentó delante de la de Breda el conde de Holack, y del mismo modo cayó en manos

de los enemigos. Se defendió esta plaza con valor, mandándola el coronel Fronsberg, jefe del tercio de los alemanes. Mas hallándose en grande apuro de dinero por sediciones de la tropa, envió secretamente á don Juan de Austria un mensajero pidiéndole socorro. Habiendo caido este en manos de los enemigos, lo detuvieron algunos dias que podria tardar de ida y vuelta, y entonces fingiendo lá letra, enviaron otro á la plaza con una carta fingida, mandando á Fronsberg que se entregase. Mientras tanto, se apoderaron los sediciosos del gobernador, y habiendo entregado la plaza al enemigo, salió la guarnicion precisamente cuando ya se avistaba desde lejos un socorro que le enviaba don Juan de Austria. No fué igualmente dichoso el conde de Holack delante de los muros de Ruremunda, de donde fué repelido por Egidio de Barlamont, á la cabeza de sus tropas, que se mostraron fieles á la causa de los españoles. Don Juan de Austria no hacia por su parte presa alguna importante sobre el enemigo; mas no era menor la actividad con que organizaba sus tropas, ayudándole mucho en esto el príncipe de Parma, que ya se preparaba á coger los laureles que alcanzó con tanta abundancia en los Paises-Bajos.

Mientras se hacian estos preparativos de guerra, y habian comenzado de una y otra parte las hostilidades, se hablaba de arreglos amistosos y de paces. Ofreció la reina de Inglaterra su mediacion; mas es probable que no hubiese buena fe en todas estas proposiciones que parecian tan benévolas. No querian los estados darse el aire de agresores, y buscaban aparentemente negativas, para hacer ver que se los obligaba á defenderse. Es probable que don Juan de Austria queria la guerra como el único medio de sujetar y tener á raya un pais, del modo que lo entendia su hermano. En cuanto á la reina de Inglaterra, era natural que propendiese á fomentar la insurreccion de los estados, por la enemistad que casi abiertamente profesaba al rey de España. Así, despues de la ruptura de las negociaciones, envió algunas tropas y dinero á los insurgentes, aunque no de un modo oficial, para no romper con Felipe II abiertamente. Y si bien no se puede llamar esta guerra religiosa, pues en las provincias disidentes se profesaba generalmente la fe católica, obraban por la mayor parte bajo la influencia de los protestantes, entre los que estaba alistado abiertamente el príncipe de Orange.

Se acercaba el momento de una gran batalla: hicieron los disi-

dentes muestra general de sus tropas; y la misma operacion practicó don Juan de Austria. Era este inferior en número, pero contaba con tropas mas aguerridas y experimentadas. A diez y ocho mil ascendian la fuerza de su ejército; á veinte y siete mil el de los contrarios. Se dice que el Papa Gregorio XIII expidió una bula muy solemne á favor de los españoles, en que les daba plena absolucion de todos sus pecados, con tal que se mostrasen fieles á sus obligaciones, y que leido este documento al frente de banderas, causó en las tropas grandísimo entusiasmo. Experimentaba, sin embargo, algunas deserciones el campo de don Juan, y esto le dió mas prisa para salir en busca de los enemigos. Se movieron estos al mismo tiempo al encuentro de los españoles. Llevaba la vanguardia Manuel Montigny y Guillermo de Hez con sus tercios, precedidos de caballería y arcabuceros, flanqueados por ambas partes por dragones. Mandaban el cuerpo del ejército el conde de Bossut, el señor de Campigny, con dos tercios alemanes y valones, tres regimientos de franceses, y trece de escoceses é ingleses. La retaguardia, compuesta en gran parte de caballería, estaba á cargo del conde de Egmont con sus flamencos. Al frente del ejército marchaban gastadores, y en el centro iban colocados los equipajes y la artillería. Era general de este ejército el conde de Coigny, capitan antiguo, que habia servido á Carlos V, distinguiéndose mucho en la batalla de San Quintin; mandando en segundo los auxiliares que se habian enviado á Francia. No se hallaba en el ejército el archiduque; y lo que es mas extraño, ni el príncipe de Orange, que tan vivo interés debia tener en el buen éxito de la batalla.

Mandaba en persona el español don Juan de Austria, que habia salido de Namur al mismo tiempo que sus enemigos. Envió delante á Antonio Olivera y Fernando Acosta con infantería y caballería, para descubrir el pais y despejarlo de enemigos: dejó en las márgenes del Mosa un cuerpo considerable á las órdenes de Carlos Mansfelt para que sirviese de reserva. Al frente del cuerpo principal se colocó él mismo, teniendo á su lado al príncipe Alejandro. Iban en la vanguardia los arcabuceros, bien flanqueados por la caballería, y á cierta distancia cuerpos de infantería con lanzas, seguidos de algunos caballos ligeros. Se componia el centro de dos escuadrones de arcabuceros y piqueros españoles y alemanes, y la retaguardia de otro tercio de valones. Mandaba la vanguardia Octavio Gonzaga, y la retaguardia el conde Mansfelt, maestre de campo general. En

el estandarte de don Juan se veia una cruz con la inscripcion siguiente: «Con esta señal vencí á los turcos: con esta venceré á los hereges.»

A la vista ya del enemigo, y enterado don Juan de Austria por Oliveira de sus designios y del órden con que caminaban, destacó á Gonzaga y Mondragon con seiscientos caballos y mil infantes, para que con toda precaucion los atacasen por la retaguardia. Mientras tanto, marchaba el enemigo por un camino hondo y fangoso, que le obligaba á dar algun rodeo para pisar un terreno mas cómodo y mas seco. Con esto se desordenó algun tanto, lo que percibido por Alejandro Farnesio, trató de aprovechar la ocasion atacándolos de repente, antes que saliesen de aquella especie de embarazo. Acometió, pues, con un trozo escogido de caballería, seguido de algunos capitanes españoles, entre ellos Bernardino de Mendoza, Fernando de Toledo, Martin Mondragon, que quisieron tener parte en aquel lance. Tuvo la embestida el mejor éxito. Se desordenó la columna enemiga, y murieron muchos sin poder siquiera defenderse, embarazados con el mal terreno. Otros, que huyeron precipitadamente, arrollaron en su fuga á su propia infantería, que iba á retaguardia, dejándola á merced de nuestra caballería, que los atacó en seguida. Introducido así el desórden en el ejército de los estados, se siguió una derrota general, siendo completa la victoria de los españoles. Fué muy poca la pérdida de estos: á diez mil ascendió entre muertos, heridos y prisioneros la de los contrarios. Perdieron treinta y cuatro banderas, toda su artillería y equipaje, y entre los prisioneros hubo muchas personas de distincion, siendo una de ellas la del mismo general en jefe.

Pasó el ejército roto y dispersado á la plaza de Gemblours, que se hallaba á las inmediaciones y que dió su nombre á la batalla. Mas la evacuaron por la mayor parte, no atreviéndose á esperar á nuestras tropas. Trataron de capitular con don Juan los que quedaron, y al fin tuvieron que rendirse á discrecion; ¡tan pocos eran, y sin ningun medio de hacer resistencia, aquellos restos del ejército enemigo! Fué de mucha importancia para don Juan la toma de una plaza en que los estados habian hecho grandes acopios de víveres, municiones, y todo género de pertrechos militares.

Celebró solemnemente don Juan de Austria la victoria de Gemblours, que tantos triunfos ulteriores prometia. Formado su ejército fuera de las puertas de la plaza, á todos dió las gracias en nombre

del rey, nombrando en alta voz los que mas se habian distinguido. En cuanto al príncipe Alejandro, afectó el de Austria reprenderle por su temeridad, dándole á entender que el valor era mas propio del soldado que del general; y como el de Parma le respondiese que no se podia ser general sin el valor que caracteriza al buen soldado, le abrazó don Juan de Austria y le aclamó á la vista de todo el ejército como valiente y esforzado capitan, á cuyo arrojo se habia debido principalmente la victoria. Así comenzó la gran reputacion que en las guerras de Flandes alcanzó el príncipe de Parma.

Causó la derrota de Gemblours la mayor consternacion y espanto en los estados. Antes de saberse la noticia, trataba el príncipe de Orange de acudir en persona con el archiduque al refuerzo de su ejército; mas cerciorado de la ocurrencia, salió de Bruselas con el mismo Matías, con el Senado y los principales de la corte, y tomó la direccion de Amberes, no creyéndose seguros en Bruselas, donde quedó una guarnicion por si se acercaba el de Austria.

¿Cómo no lo hizo el general español en alas de una victoria tan brillante? ¿No debió de esperar que cayese en sus manos una ciudad sobrecogida del miedo, y abandonada de los jefes principales? Si en su campo empezaron á notarse síntomas de sedicion tan frecuente por la falta de pagas, ¿no era este un motivo mas para excitar su ardor con el aliciente del saco de la plaza? Parecia, pues, muy natural esta conducta; mas cualquiera que hubiese sido el real motivo, es un hecho que don Juan se quedó en inaccion con el cuerpo del ejército, y destacó varios trozos mandados por jefes escogidos, para que se apoderasen de ciertas plazas menos importantes. Se entregó Lobayna sin ninguna resistencia. Lo mismo hicieron Judoyne y Tirlemont, siguiéndolas Arescot, aunque esta última no tan fácilmente. Tambien se rindió la plaza de Bovines; mas no abrió sus puertas sin haber hecho una fuerte resistencia. Era el plan tomar igualmente á Vilvorde y á Malinas, mas se desistió de esta empresa por entonces.

Encargó don Juan de Austria al príncipe Farnesio el sitio de la plaza de Diest, de la propiedad del príncipe de Orange. Mas Alejandro, por no dejarse á las espaldas la de Sichen, comenzó por esta sus operaciones. Envió con este objeto á Lanzaloto Barlamont con el tercio de alemanes; pero como hizo la plaza mas resistencia de la que se creia, tuvo el príncipe que ir en persona á dirigir el sitio. Despues de haberla batido en brecha ordenó el asalto, que fué em-

prendido por tropas alemanas, lorenesas y españolas, asignando á cada nacion un puesto, á fin de que los animase mas el espíritu de emulacion, combatiendo unos á presencia de otros. Ordenó al mismo tiempo, que algunas compañías se corriesen á la parte opuesta, á fin de que simulasen por allí un ataque, despues de empeñado ya el asalto. Acometieron con intrepidez las tropas de España, y no fueron repelidas con menor ardimiento y coraje por los defensores; mas habiendo oido que se atacaba la plaza por el otro lado, comenzaron á ceder el terreno y á desordenarse. Unos se rindieron, se retiraron otros al castillo; otros que se escaparon de la plaza, cayeron en manos de la caballería que con este objeto habia colocado en las orillas del rio el príncipe de Parma. Fué entregada la ciudad á saco; pasados á cuchillo los habitantes que se resistieron; perdonados los que se entregaron.

En seguida se trató de la expugnacion del castillo, bien fortificado y separado de la plaza por medio de un trincheron ó foso que era preciso cegar para llegar á sus murallas. Consiguió lo primero prontamente el príncipe, habiendo hecho reunir cuantas palas, azadones y picos fueron necesarios para abrir un camino de zapa y cegar la trinchera, dando él mismo ejemplo, y trabajando con un azadon al frente de las tropas. Hicieron los del castillo poca resistencia. Pidieron á Farnesio les perdonase las vidas; mas les fué negado, pues pertenecian á los prisioneros cogidos en Gemblours, á quienes se les dió libertad con la condicion de que no volverian á tomar las armas contra el rey de España. Fueron colgados los principales jefes y oficiales, y los demás, en número de ciento sesenta, pasados á cuchillo.

Tomada la plaza de Sichen, pasó el príncipe Alejandro á la de Diest, principal objeto de la empresa. Se la intimó la rendicion, y los de adentro vacilaron algo, esperando refuerzos del príncipe de Orange: mas viendo que estos no venian, y aterrados con el ejemplar de los de Sichen, abrieron sus puertas sin hacer ninguna resistencia. Les trató el príncipe de Parma con benignidad, no tocando á sus haciendas, dando libertad á la guarnicion, sin dejarles mas armas que la espada. Pero al desfilar delante de Alejandro, reparando este en su buena presencia y disposicion, les ofreció servicio con el rey, lo que aceptaron al momento. Nada habia mas comun entonces que este paso de tropas, del servicio de un príncipe al de su enemigo. De igual grado y con iguales condicio-

nes abrió la plaza de Leyva sus puertas al príncipe de Parma.

En seguida envió el don Juan de Austria á Carlos Mansfelt á poner sitio á la plaza de Nivelles. Mas habiendo esta hecho grande resistencia, se trasladó al sitio el general español con Alejandro. Se convinieron por fin los habitantes en rendirse, mas querian por condicion el que no entrasen en ella los franceses, nacion con quien habian estado en guerra muchas veces. Antes de la entrega de la plaza estalló otra sedicion en el campo de don Juan por los alemanes, que pedian algunos meses de pagas atrasadas. Escribieron los amotinados al general, pidiendo que se les satisfaciesen, ó que de lo contrario les diesen el saco de la plaza. Sin dar ninguna respuesta don Juan, mandó separar las compañías mas alborotadas con pretexto de una expedicion que les ofrecia gran despojo. Cuando estuvieron ya algo lejos del campo, las hizo rodear por las otras tropas, que las despojaron de sus armas. Se procedió despues al castigo de los delincuentes. Fueron ocho los sorteados para morir en el suplicio. Se redujo este número á cuatro, despues á dos, y al fin fué uno solo quien espió con su sangre el crímen de los otros.

Sosegada la sedicion se entregó Nivelles á las tropas españolas, sin sufrir saqueo ni las demás calamidades de este clase. Salió la guarnicion sin armas, y se mandó que se depositasen estas en la plaza de la municipalidad, á fin de repartirlas á los franceses por via de despojo. Al apoderarse de ellas, se siguió una especie de tumulto, queriendo arrancárselas mutuamente unos á otros, lo que ocasionó muchas heridas con algunas muertes.

Poco despues pidieron los franceses licencia á don Juan para salir de su servicio. Se atribuyó esta determinacion á varias causas, siendo la mas probable, que deseaban reunirse con el duque de Anjou, teniendo noticia de la próxima expedicion á los Paises-Bajos. Así tuvo don Juan que combatir poco despues con los mismos que acababan de militar en sus banderas; mas por el pronto no sintió su despedida, y antes les dió gustoso su licencia; tan difíciles de gobernar eran estas tropas, propensas á la indisciplina, y sedientas á todas horas de pillaje.

Despues de la toma de Nivelles se entregaron sin resistencia á las armas españolas varios pueblos poco considerables de la provincia de Haynaut; mas la plaza de Philipeville sufrió un sitio. Era esta fortaleza de nueva construccion, y estaba situada en una llanura sin punto alguno que la dominase. Para concluir mas pronto

el sitio, acudió don Juan al recurso de la mina, y sin esperar que pasasen adelante los preparativos del ataque, se rindió Philipeville con muy buenas condiciones, sin que se tocase á las haciendas, y mucho menos á las vidas. Las tropas de la guarnicion que quisieron pasar al servicio de España, recibieron tres meses de paga. A los otros se les dió la libertad, con la condicion de no tomar las armas contra el rey durante aquella guerra.

Progresaba como se vé la causa de don Juan con la ocupacion de tantos puntos, aunque de poca importancia los mas de ellos. Mas nada se operaba en grande. Si se destacaban del grueso del ejército varios trozos que se emplearon en sitios, no habia apariencias de otra nueva batalla, ni que don Juan penetrase de una vez en el Bravante. Por mas que el espíritu de partido desfigure los hechos, á los resultados definitivos hay que acudir para penetrarse de su grave importancia. No se puede dar mucha á estas varias ventajas por parte de don Juan, cuando no se atrevia á caer sobre Bruselas, sobre todo, hallándose esta capital abandonada por sus gobernantes. Los mismos enemigos zaherian á las tropas del rey, por dirigir sus armas á pueblos de poca consideracion, á plazas de órden subalterno.

Sin duda pensaba don Juan de Austria en empresas de mayor cuantía. Mas decaia visiblemente su salud, que no habia sido buena desde su presentacion en los Paises-Bajos. Habiéndose agravado su enfermedad, se vió al fin obligado á retirarse á Namur con objeto de curarse; mas por fortuna suya y la de las armas del rey, tenia en el príncipe de Parma un hombre de capacidad y esfuerzo que podia muy bien suplir sus veces. A este dió, pues, la comision de apoderarse de la provincia de Limburgo, que aunque pequeña en extension, era importante por su localidad, hallándose en la frontera de Alemania, por donde recibian refuerzos los estados. Se encargó Alejandro gozoso de esta empresa, pues queria disipar el ruido de que las tropas españolas no se empleaban mas que en pequeñeces. Se encaminó, pues, con sus tropas á la ciudad de Limburgo, capital de la provincia, plaza fuerte sobre una eminencia, y situada de manera que podia recibir socorro sin impedírselo sus sitiadores. Marchaba en la vanguardia de Alejandro el capitan Niño, con algunas compañías de arcabuceros, siguiéndole Camilo del Monte con caballería. Iba detrás la infantería, mandada por el príncipe en persona. Recorrió este los alrededores de la plaza, y eligió una

eminencia que la dominaba, para construir sus baterías. Entre esta y Limburgo mediaba un valle, donde mandó abrir trincheras; y como el terreno era en extremo pedregoso, suplió lo que no podia cavar la hazada, con faginas y cestones. Antes de pasar seriamente á las hostilidades, intimó Alejandro la rendicion, prometiendo las condiciones mas favorables si le abrian sus puertas, volviendo á la obediencia de su soberano. No dieron los habitantes respuesta formal, y despues de una hora de deliberacion, dijeron al mensajero que volviese al dia siguiente, que entonces responderian de un modo decisivo. Cuando regresó el mensajero cumplido el plazo, pidieron de término otro dia; mas indignado el general español de que tratasen de entretenerle, aguardando sin duda algun refuerzo, mandó disparar su artillería y acercarse al mismo tiempo sus tropas á la plaza. Hicieron su efecto los cañones de Farnesio: cuando los habitantes vieron derribada una porcion considerable de sus muros, tuvieron miedo y trataron de rendirse. Para aplacar mas el ánimo del sitiador, se presentaron en lo alto de las murallas las mujeres y los niños. Les dió Farnesio solamente una hora para resolverse, y antes de cumplirse el término se abrieron las puertas de la plaza. No recibieron los habitantes daño alguno, y se respetaron las haciendas lo mismo que las vidas. La guarnicion, en número de mil hombres, pasó al servicio del rey de España; mas el gobernador, que era aleman, tomó pasaporte para su pais, despechado por el poco valor desplegado por los soldados y los habitantes. Se condujeron en efecto estos blandamente, pues el asalto ofrecia aun muchísimas dificultades, y la plaza tenia fortificaciones interiores con suficiente artillería y víveres para prolongar el sitio. Así lo reconoció Alejandro luego que se vió dentro; doble motivo para que se regocijase de un triunfo que tan poco habia costado.

Con la caida de Limburgo se atemorizaron las demás plazas de la provincia de este nombre. No sucedió lo mismo con Dalem, que dió apariencias de no querer sufrir la suerte de las otras. Destacó Alejandro á Camilo del Monte para que le pusiese sitio, dándole para ello algunas compañías de infantería, pues la plaza parecia de poquísima importancia. Cedió pronto esta á las armas españolas; mas no el fuerte contiguo á la plaza, que estaba guarnecido por tropas holandesas, todas á devocion del príncipe de Orange. Despues de una fuerte resistencia, fué tomado por asalto, y esto produjo la matanza y el pillaje que van siempre en seguida de estos lances.

Produjo sensacion en Amberes la ocupacion de esta provincia de Limburgo. Mas el príncipe de Orange, atento siempre á las cosas de Holanda y demás provincias del Norte, donde tenia puestas sus miras ulteriores, resarció en parte estas pérdidas con la toma de la plaza de Amsterdam, donde habia hecho anteriormente algunas tentativas sin provecho. Por esta vez la estrechó tan de cerca, que tuvo que rendirse con buenas condiciones, habiendo sido respetadas las personas y las vidas. Hizo el príncipe de Orange de Amsterdam el principal asiento de su dominacion y futuro poderío, guarneciéndola con tropas enteramente suyas, é introduciendo en ella ministros protestantes que le aseguraron de las disposiciones pacíficas de sus vecinos.

Se volvió á hablar nuevamente de convenios y de paces. Volvieron á Madrid mensajeros que se habian mandado por una y otra parte, produciendo quejas y pidiendo desagravios, mas con el objeto principal de sondear el ánimo del rey de España. Parecia, segun las relaciones de estos, que Felipe se hallaba entonces en las disposiciones mas pacíficas, que tenia la mejor voluntad de perdonar la disidencia de los estados, con tal que reconociesen de lleno su autoridad y se adhiriesen con sinceridad á la religion católica; que retiraria del pais, puesto que era objeto de sus repugnancias, á su hermano don Juan de Austria, dejándoles en su lugar al príncipe de Parma, etc., etc. Las cosas manifestaban el color mas apacible; pero por ninguna de ambas partes habia buena fe, ni deseo sincero de entrar en ajustes amistosos. Desconfiaba el rey de los estados, y por su carácter y experiencia no concebia el que pudiese ejercer jamás su autoridad en los Paises-Bajos sin el terror debido á la fuerza de las armas. Si sospechaba el rey de España de los estados, no sospechaban estos menos de las intenciones del monarca. Habian sido ya demasiado grandes los agravios de una y otra parte, y se hallaban en demasiada contradiccion los intereses, para que volviese á reinar entre ellos una buena inteligencia. No queria convenio alguno el príncipe de Orange, resuelto ya á ejercer el poder de soberano, puesto que tantos riesgos é inconvenientes tenia para él la condicion de súbdito. Que estos sentimientos pacíficos estaban asimismo lejos del corazon de don Juan de Austria, lo prueba muy bien su salida precipitada de Bruselas y su ocupacion del castillo de Namur, sin haberse especificado bien qué agravios habia recibido su autoridad por parte de los estados, sin haberse alegado otra cosa

que asechanzas contra su persona por algunos individuos. Si pásamos al modo de pensar en esta parte de Alejandro, le hallaremos con humos aun mas belicosos que los de su tio y el mismo príncipe de Orange, pero manifestados con mas franqueza, como jóven á quien adulaba la gloria de las armas. Cuando se le instó á que influyese en el ánimo de don Juan de Austria para que admitiese las treguas propuestas por el de Orange, se negó á ello redondamente, diciendo que jamás aconsejaria semejante ajuste; y al oir que el rey de España tenia intencion de dejarle por gobernador, declaró que no aceptaria jamás el gobierno de Flandes, si la concordia habia de ser con las condiciones que se habian concertado antes con don Juan de Austria. Véase lo que en carta particular decia á su padre Octavio: «Seria esto arrojarme en las manos de estos hombres como en prisiones, y obligarme á una vida cautiva, ociosa y sin gloria, y por lo menos, para mi condicion, sumamente desgraciada; porque yo siento en mí cierta violencia natural que me arrastra á merecer la inmortalidad de la fama con la gloria de las armas, y confio en el favor divino que este empleo ha de labrar en mí algo que exceda á la comun esfera. Y digo esto con mas libertad, porque aun al mismo rey, juzgo le conviniese el atemperarse á la inclinacion de cada uno de los suyos en las ocupaciones que les encarga.»

No necesita esta carta comentarios. Ofrecian los disturbios de Flandes un cebo á la ambicion, un teatro de hazañas y proezas militares, en que los unos labraban su fortuna y otros alcanzaban la fama de grandes capitanes. Lo que deseaba cada uno de los dos partidos, era que recayese sobre el otro la odiosidad de la agresion, y darse el aire de atacado y ofendido.

Por aquel tiempo llegaron al campo de don Juan algunos personajes de España, entre ellos Pedro de Toledo, hijo de don García, virey de Sicilia; don Lope de Figueroa, maestre de campo de uno de los tercios españoles, que traia consigo las guarniciones veteranas de Italia; don Alfonso de Leiva, hijo de don Sancho, virey de Navarra, con una escogida compañía de nobles españoles, en que era su hermano don Sancho de Leiva teniente, y alférez don Diego Hurtado de Mendoza, tio por parte de madre del mismo don Alfonso. Habia vuelto poco antes Gabrio Serveloni, muy querido de don Juan de Austria, famoso por su larga experiencia en el servicio, y no menos ejemplar en las artes de la disciplina, capitaneando un tercio de dos mil italianos, levantado en el estado de Milan por dis-

posicion de don Juan de Austria. Pero lo que mas agradó al ejército, fué la vuelta del presidente Viglio desde España, trayendo consignados para el austriaco trescientos mil escudos de oro cada mes, para mantener treinta mil infantes y seis mil caballos, manifestando de parte del rey, que era todo lo que podia y queria dar para aquella guerra, sin que se pensase que enviaria mas sumas. Se mandó al príncipe de Parma que recibiese doce mil escudos de oro cada año por su sueldo, y dos mil para su comitiva y soldados de su escolta. Confirmó el rey en el puesto de general de caballería á Antonio de Gonzaga, con sueldo de quinientos escudos de oro cada mes. Señaló á Cristóbal de Mondragon, y á Francisco Verdugo, maestres de campo españoles, ochocientos escudos al primero, quinientos al segundo, y trescientos á Antonio Olivera, comisario general de la caballería. Envió de donativo al conde Carlos de Mansfelt, diez y seis mil escudos de oro, é hizo algunos otros presentes á los capitanes que mas se habian distinguido. Entramos en estos pormenores para hacer ver las cuantiosas sumas, á lo menos para aquel tiempo, que gastaba el rey de España en la guerra de los Paises-Bajos. Y no hay que olvidar que otras mas considerables expendia á la sazon en Francia, donde era el alma, como hemos hecho ya ver y diremos en seguida, de una faccion considerable y poderosa que servia á sus designios.

Supo por aquel mismo tiempo don Juan de Austria, que se estaban haciendo en Italia nuevas levas para los Paises-Bajos, y que habian sido nombrados por el gobernador de Milan para maestres de campo de esta gente, Alfonso, conde de Somaya, milanés; Vicente Carrasa, prior de Hungría, napolitano; Pirro Malvezi, bolonés, y Estéban Mutini, romano; todos igualmente distinguidos por su nacimiento, como por su pericia en el arte de la guerra, Ofendió mucho á don Juan de Austria que los ministros del rey se metiesen á elegir los cabos de su ejército, por lo que escribió á España que para nada necesitaba las tropas de Italia, pues ya tenia designados jefes antiguos y experimentados para que trajesen de Alemania algunos regimientos, parte de los cuales habian ya llegado; y que no bastando la suma recibida para mantener las tropas que se le iban allegando, mal podria hacerlo con las que se alistaban en Italia.

Se deshicieron en efecto, dichas levas; mas nada sobraba para alentar al campo real, y reforzarle suficientemente contra los preparativos que hacian sus contrarios. Por todas partes llegaban no-

ticias que se habia formado un ejército en Alemania por disposicion de los estados, y que habiendo pasado el Mosa, se habia acuartelado cerca de Nimega: que el duque de Anjou estaba en marcha para Mons con sus tropas francesas, y que habia tomado ya el camino de Nimega Juan Casimiro con las suyas, que eran numerosas. Trató él austriaco de salirles al encuentro antes que se reuniesen todos, para poderlos batir mas fácilmente; mas por los descuidos y dilaciones, muchas veces necesarias, se verificó esta union del ejército de los estados con las tropas auxiliares en Malinas, primero que don Juan pudiese recoger las tropas de las guarniciones y pasar revista al todo de su ejército. Trató sin embargo de buscar el ejército contrario, y para esto llamó á consejo de guerra á los principales capitanes. Causó admiracion el que mostrándose casi todos ellos inclinados al proyecto de don Juan, difiriese de opinion el de Parma, tan conocido por la impetuosidad natural que le arrastraba á los peligros. Manifestó por lo mismo Alejandro los motivos en que se fundaba su dictámen tan inesperado, y eran, que el enemigo, poderoso por su número, por el sitio y la comodidad de recibir socorro, seguro en sus cuarteles, suficientemente atrincherado, y puesto á cubierto por las selvas vecinas en que se apoyaba, era dueño de aceptar ó rehusar batalla: que en este último caso no tendrian ellos ningun modo de sacarle á la pelea, y que seria por lo mismo inútil hacer ostentacion del ejército despues de haber llegado con tanta molestia, dejando las plazas, con tan poca guarnicion, expuestas á la invasion de los franceses: que si el no aceptar la batalla se podia considerar como una confesion tácita de su inferioridad, se podia tambien presentar bajo el aspecto contrario, el desaire de los que habian salido á buscarlos y se habian vuelto sin lograr su objeto: que en caso de no aceptar la batalla, molestarian á las tropas reales en su retirada; y en el salir al campo, todas las probabilidades estaban de la parte de los enemigos: que si estos llevaban lo peor, aun les quedaban mas tropas auxiliares para resarcir la pérdida, en lugar de que hallándose en el camino todas las fuerzas del rey, quedaria destinado el ejército á padecer una derrota; y que si estas perdian la batalla, aun siendo este vencido, quedaria tan debilitado que apenas podria hacer frente á los franceses cuando se le presentasen.

Parecia especioso y fundado este dictámen de Alejandro; mas á excepcion de Serveloni, no fué aprobado por ninguno. Consideraba el maestre de campo general conde de Mansfelt, que seria suma-

mente decoroso á las armas del rey atacar á los rebeldes en sus propias madrigueras, añadiendo otros capitanes lo útil que seria aprovechar el entusiasmo en que se hallaban entonces las tropas reales, y cuyo ardor se redoblaria al ver que se tomaba la ofensiva. Tambien contaban con las desavenencias de algunos cabos principales del ejército contrario, y recordaban que se habia ganado en parte la batalla de Gemblours, por semillas de discordia que en su campo germinaban.

Adoptada esta resolucion, se enviaron á los capitanes de caballería Mucio Pagani y Amador de la Abadía, para que fuesen á reconocer los cuarteles enemigos y sitio mas á propósito para la batalla. Volvieron diciendo que habian sentado sus reales no lejos de Malinas; que estaban cubiertos por la espalda con la aldea de Rimenant, con selvas y bosques por entrambos flancos, y con una trinchera de frente que tocaba á los dos lados; que delante de la trinchera se hallaba un campo espacioso de batalla, pero que para atacar la aldea no habia mas camino que uno estrecho cerca del bosque de la mano derecha, y solo capaz de seis ó siete hombres de frente. Con estas noticias se movió el austriaco, habiendo mandado antes algun refuerzo á las plazas fronterizas de Francia. A los dos dias se presentó en la llanura que estaba enfrente de la trinchera de los enemigos; y al fin de llamarlos á la pelea, se puso en tren de batalla, disponiendo sus tropas, que se componian de doce mil infantes y cinco mil caballos. Pidió á don Juan el príncipe Alejandro que se le permitiera ir delante de los maestres de campo, en la primera fila del escuadron de los españoles, á quienes tocaba principiar la accion; dando á entender que si habia aconsejado antes no moverse, como tocaba á un prudente capitan, queria dar ahora ejemplo de valor como un soldado. Se resistió don Juan á complacerle, haciéndole ver el mucho riesgo que correria; mas hubo de condescender, pareciéndole por otra parte que ganaria mucha ventaja un escuadron en que fuese su persona.

Estaba en tren de pelea el ejército español, mas se hizo sordo el enemigo al obstinado llamamiento que por tres horas le hicieron las cajas, los clarines y trompetas de los nuestros. Empeñado don Juan en sacarle al campo, mandó á Alfonso de Leyva, que se hallaba entonces al frente de un escuadron ligero, que se dirigiese con su gente á la entrada del bosque con objeto de atraer á los enemigos, mas sin internarse mucho ni empeñar batalla, mandando al mismo tiempo

al marqués del Monte con tres compañías, para que le cubriese las espaldas. Envió asimismo el general enemigo al coronel inglés Norrís al encuentro de Leyva, sin mas objeto que el de escaramucear, ordenándole no se alejase de los reales. Desempeñaron los dos capitanes mútuamente su comision; mas percibiendo el conde de Egmont que el inglés perdia mucha gente, marchó en su auxilio, lo que hizo avanzarse por su lado al marqués del Monte que se hallaba á retaguardia de Alfonso de Leyva. Otros dos refuerzos recibieron estas tropas de vanguardia: por parte del ejército de los estados, el coronel inglés Roberto Stuart, y por la del ejército real Fernando de Toledo, con el escuadron de caballería que mandaba. Juzgando el austriaco que todo el ejército enemigo saldria de sus reales, y que se empezaria el combate que tanto deseaba, se acercó mas hácia ellos para recibirlos con mayor ventaja. Entonces el príncipe de Parma se apeó del caballo, y cogiendo una pica se colocó, segun lo habia solicitado, entre los alféreces de primera fila, debiendo pelear así como simple soldado delante de los maestres de campo.

Mas el enemigo no hizo movimiento alguno fuera de sus reales. La vanguardia de los españoles, alentada en el calor de la refriega con el terreno que ganaba, creyendo que seria seguida del grueso del ejército, continuó su marcha, llegando hasta los mismos reales enemigos. No aguardaron estos el choque, y se retiraron sobre la aldea que estaba á sus espaldas. Tampoco se hicieron firmes en esta posicion, y despues de incendiar algunas de las casas, emprendieron su retirada, pero sin desordenarse. Continuó el alcance la vanguardia del ejército español, y cuando se creian ya seguros de la victoria, percibieron, aunque ya muy tarde, que los verdaderos reales enemigos no eran los que acababan de tomar, sino los que vieron á su frente en un campo cerca de Malinas, defendidos por la derecha al abrigo del rio de Mer, y por la izquierda por una selva ó bosque inaccesible. Ya habia concebido sospechas el príncipe de Parma que la retirada de los enemigos era fingida, con objeto de atraer á los nuestros á terreno mas desventajoso, puesto que en los primeros reales no habian hecho defensa sus cañones como que no tenian en ellos ninguna batería. Así lo hizo presente á don Juan de Austria, quien concibió la misma idea, lamentándose aunque tarde de su fatal error, en esperar en aquel sitio la batalla. Mientras tanto, la vanguardia española, separada del cuerpo del ejército, se vió en la mas dura situacion, teniendo que combatir

sola en el campo raso delante de los reales enemigos, que le hacian grandes estragos con su artillería. Combatieron, sin embargo, con el mayor denuedo sin querer volver pié atrás, enviando mensajeros á don Juan de Austria, para que sin pérdida de tiempo les enviase algun socorro. Dudó don Juan si accederia á sus ruegos, temiendo enflaquecer mucho el grueso de su ejército; mas tuvo que ceder á lo duro de las circunstancias, por salvar de una cierta ruina á los que, si habian obrado con imprudencia, peleaban al menos con un arrojo y valentía, que lavaban su gran falta. Marchó Alejandro en su socorro, seguido de Gonzaga con su caballería, mandando á este que entretuviese al enemigo, auxiliando la retirada de la infantería, á la que indicó ciertos senderos estrechos y quebrados que, ocupados una vez, la ponian al abrigo de ser ya perseguida. Cumplió Gonzaga la órden con exactitud; la infantería española pudo, al abrigo de este refuerzo, batirse en retirada y dejar el campo llano, tomando los senderos indicados. Tambien efectuó la suya Gonzaga, despues de ver en salvo los infantes; y aunque se podia temer que el enemigo siguiese á los que abandonaban el campo de batalla, cesó con este movimiento la refriega, recogiéndose la vanguardia española al grueso del ejército, que tambien emprendió la retirada.

Tal fué el resultado del encuentro que tanto deseaba don Juan de Austria. No se concibe cómo dejó de seguir el movimiento de su vanguardia, cuando se apoderó esta del campamento enemigo, y puesto que se le rehusaba la batalla delante de los reales fingidos, no fué á buscarla al frente de los verdaderos. Tal vez estaria el segundo campo mejor fortificado que el primero, ó demasiado avanzada ya la hora para empeñar seriamente una refriega. Tampoco aparece claro cómo los enemigos no siguieron el alcance sobre los que se retiraban, y no en grande órden como puede suponerse. Mas volvemos á indicar que se debe desconfiar mucho de estas relaciones de batallas, que cada uno describe sobre informes donde domina tantas veces el error, y muchas veces el espíritu de pasion ó de partido. En rigor ninguno de los dos ejércitos se pudo considerar como vencedor en este encuentro: no el enemigo, que permaneció en sus reales, ni mucho menos el austriaco, que se retiró sin haber salido con su intento. Fué casi igual la pérdida por entrambas partes, siendo algo mayor el número de muertos y prisioneros de los españoles. De que combatieron estos con mucho arrojo, depone su

mismo avance hasta los reales, y el haber continuado peleando sin volver pié atrás, separados del grueso del ejército, y puestos á las baterías enemigas. Se citan entre los nombres que mas se distinguieron, el del capitan Perrotto, Annibal, Gonzaga, Flaminio Delfino, Juan Manrique, Lepido de Romanis, Laurencio Tuchi, Nicolás Cesis, que alternativamente desempeñaron las funciones de capitanes y soldados.

Dió parte don Juan de esta accion, en que no le cupo tanta gloria como en la anterior de Gemblours, pero donde lucieron igualmente la pericia y el valor del príncipe Alejandro, tanto por haber disuadido el movimiento emprendido por el general español, como por su prontitud en reparar las faltas cometidas.

Se aumentó con la refriega que acabamos de describir, la fuerza moral de los estados. Crecia el número de sus partidarios, y cada vez se engrosaban mas sus fuerzas. Disminuia en la misma proporcion el poder de don Juan, y á tal punto vacilaban algunas plazas que estaban á su devocion, que tanto por temor de traiciones, como por reforzar su ejército, hizo retirar de ellas las tropas que las guarnecian. Escribió en este conflicto al rey de España, pidiéndole tropas y dinero, mas respondió el monarca que no podia enviarle ni uno ni otro, y que tratase de ajustar las paces del mejor modo que pudiese. Los estados, que tambien deseaban avenencias, se aprovecharon del buen viento que entonces les soplaba. Exigieron de don Juan tres condiciones: primera, que se conservase por su gobernador el archiduque; segunda, que entrasen en el arreglo el duque de Anjou y el príncipe Juan Casimiro; tercera que don Juan de Austria les volviese la provincia de Limburgo, recientemente conquistada.

Amarga fué para don Juan esta exigencia de los estados, pues envolvia la separacion de su persona. Consultó en este conflicto con el príncipe Alejandro, y este hombre, á quien hemos visto últimamente tan belicoso, con tanta repugnancia á recibir la ley de los estados, aconsejó á don Juan que cediese á la necesidad sin obstinarse en luchar con obstáculos insuperables. Le hizo ver el aumento que recibian los recursos de los enemigos, mientras los suyos iban disminuyendo sin esperanzas de reparar las faltas, pues ya no podia contar con recibir mas fuerzas, ni con robustecer la fidelidad de los que le iban abandonando poco á poco. Hicieron fuerza á don Juan de Austria estas razones, mas no le decidieron á entrar en un

convenio que tanto ofendia á su amor propio. Trató, pues, de reforzarse en cuanto sus medios alcanzasen, contando mucho con que el espíritu de discordia se apoderase al fin del campo enemigo, compuesto de elementos tan heterogéneos. Otra vez escribió al rey de España en peticion de fuerzas y dinero, quejándose agriamente del abandono en que se le tenia, que en lugar de enviarle los recursos de que necesitaba se le pagaba con buenas palabras, como si tuviera la habilidad de convertirlas en dinero; que en España no hacian mas que dar aliento á los rebeldes, cuyas proposiciones de paz y de obediencia no eran mas que fingidas, hallándose resueltos en secreto á sacudir para siempre la autoridad del rey católico, etc.

No desconfió don Juan de hacerse al fin con medios de continuar la guerra. Para llevar adelante su determinacion, encargó á Serveloni la construccion de un nuevo fuerte, no lejos de Namur, bien auxiliado por la naturaleza, y que le sirviese de depósito de víveres y demás materiales de guerra, y al mismo tiempo de base de sus operaciones. Se aplicó á la obra Serveloni con toda actividad; mas antes de estar perfectamente concluida, cayó enfermo de mucha gravedad, y á poco tiempo se vió en el mismo estado don Juan de Austria, cuya salud acabó de destruirse, cuando mas ocupado estaba en sus proyectos militares.

Se hizo trasladar don Juan de Austria al fuerte, á pesar del estado imperfecto en que se hallaba. Allí cayó en cama, donde duró poco tiempo su existencia. Agravándose mas y mas su enfermedad, entregó en 21 de setiembre de 1578 el mando al príncipe de Parma, nombrándole gobernador de Flandes y capitan general de las tropas, mientras confirmaba la providencia ó determinaba otra cosa el rey de España. Dudó Alejandro si aceptaria un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias, exponiéndose además á la nota de ambicioso, y sobre todo, al desaire que le podia dar el rey, revistiendo á otro de este cargo. Mas segun se explicó en sus cartas á su padre el duque Octavio, se decidió por fin á tomar tan grave peso sobre sus hombros, por sola la consideracion del estado lastimoso en que las cosas del rey se hallaban á la sazon en Flandes, pareciéndole que seria cobardía y hasta traicion á los intereses del monarca no admitir un puesto que no le ofrecia mas que disgustos y peligros.

Ya no daba esperanzas de vida don Juan de Austria. A muy pocos dias de haber entregado el mando al de Farnesio, recibió los

sacramentos en su tienda; pues tal nombre merecia el aposento que le dispusieron en el fuerte. A poco tiempo despues le sobrevino un terrible y furioso delirio, en que no hablaba mas que de campamentos, de guerra, de batallas, de asaltos, indicio claro de lo que pasaba en su alma, cuando bajo el peso de su enfermedad quedó postrado. A este estado de delirio siguió un desmayo de que no volvió, habiendo espirado el 28 del mismo mes de setiembre, á los 33 años no cumplidos de su edad.

Fué la muerte de don Juan de Austria un acontecimiento de suma importancia en Europa, tanto por el cargo que desempeñaba, como por lo famoso y esclarecido de su nombre. De las particulares de su nacimiento, educacion y reconocimiento por Felipe II, hemos ya hablado en su debido tiempo (1).

No puede menos de elogiarse la conducta que tuvo el rey de España con don Juan, y lo dispuesto que estuvo siempre á colocarle en puestos, donde lucieron su capacidad y servicios distinguidos. Adoptó el pensamiento de Carlos V, de que siguiese don Juan la carrera de la Iglesia; mas hubo de ceder á la fuerte inclinacion que mostraba su hermano á la de las armas. Comenzó brillantemente esta carrera, como hemos visto, sujetando los moriscos de Granada, y poniendo término á una guerra tan desoladora. Se vió en un teatro mas brillante, mandando en jefe el armamento de la liga contra el turco, y puso un sello á su gran nombre militar con la gloriosa victoria de Lepanto. En su campaña sucesiva no fué tan afortunado ni podia menos de descender, cuando tanto habia subido; pues en la historia de los hombres eminentes hay siempre un punto culminante que tiene que exceder á los otros en altura. Es cierto que el rey quedó descontento de la conducta de don Juan en Tunez, y que agravaron este disgusto y afectaron su suspicacia, los rumores que llegaron á sus oidos de que don Juan intentaba hacerse rey con dicho título. Fué, sin embargo, bien recibido á su regreso en la corte del monarca; mas Felipe II no accedió á las pretensiones de don Juan, de obtener los honores y consideracion de infante ó príncipe de España. Remiso anduvo en nombrarle gobernador de Flandes, cuando la opinion le designaba para este puesto á la muerte de don Luis de Requesens, y es muy probable que en el ánimo del monarca se renovasen las sospechas de que don Juan trataba de hacerse independiente. Le mandó á Flandes sin ejército; aprobó sin dificul-

(1) Capítulo XXI.

tad los artículos de la confederacion de la liga de Gante, por los que debian salir del pais las tropas españolas. Es posible que obrase así por dejar mas aislado á don Juan; pero mas probable que fuese por contemporizar entonces con la voluntad de los estados. En cuanto á la conducta de don Juan en Flandes no fué muy digna de elogio, por el carácter de duplicidad con que á los hombres imparciales se presenta. A poco tiempo de firmar la liga de Gante, se puso en hostilidad con los estados, encastillándose en Namur, y llamando en su auxilio á las tropas que acababan de salir de Flandes. Si le dieron motivo ó no los estados para semejante agresion, parece problemático para los hombres de buena fe. Mas todo se explica con la suposicion de que por ninguna de las dos partes habia sinceridad ni deseo de concordia. La campaña de don Juan en los Paises-Bajos no puede compararse en brillo con las anteriores, pudiendo decirse que con motivo de su enfermedad, ó por otras causas, se vió un poco eclipsado su nombre por el del príncipe Alejandro. Causa extrañeza que habiéndose quejado don Juan de las levas que se hacian en Italia de tropas del pais graduándolas de inútiles, insistiese despues tanto con el rey para que se le enviasen nuevas fuerzas. Mas todo se explica con el aspecto vario que presentaba aquella guerra, y con las animosidades á que el espíritu de ambicion y el deseo de ganar favor en la corte daban orígen. En cuanto al rey, crecieron sin duda sus sospechas contra don Juan, despues de su presentacion en los Paises-Bajos, dando pronto oido á los rumores de que su hermano trataba en secreto de casarse con la reina Isabel de Inglaterra, siendo uno de los capítulos la libertad de conciencia á los habitantes de los Paises-Bajos. La muerte del secretario Juan de Escobedo, de que hablaremos en su lugar, confirma estas sospechas, ó por mejor decir, el enojo del rey con tal motivo. Causó una grave pesadumbre á don Juan la muerte de su secretario, y algunos la designan como la causa principal de su muerte tan temprana.

Que en virtud de la muerte de Escobedo se haya llegado á suponer que en el fallecimiento del príncipe intervino la agencia de un veneno, no puede parecer extraño, supuesta la gran facilidad de atribuir á causas de esta especie la muerte de los príncipes; mas son especies que solo como rumores pueden tener lugar en una historia.

Fué muy sentida la muerte de don Juan en el ejército, donde era

muy querido, tanto por los jefes como por las tropas. Todos los historiadores convienen en decir que era afable, generoso, muy gentil y apuesto en su persona, espléndido en todas las ceremonias de aparato, tan humano con los amigos como valiente y esforzado en los campos de batalla. Se suscitaron disputas en el campo entre los españoles, los flamencos y los alemanes, sobre quienes habian de llevar el féretro cuando se trató de sus exequias. Pretendian la preferencia los alemanes por ser don Juan nacido en su pais: los españoles, porque era súbdito del rey de España, y los flamencos por el sitio de su fallecimiento. Mas decidió la contienda el príncipe Alejandro, disponiendo que fuese sacado el cuerpo de la tienda por la gente de su casa y familia, y que le entregasen á los maestres de campo de la tropa cuyos cuarteles estuviesen mas cerca de su tienda, y que así fuese pasando de unos á otros, segun las distancias, al alojamiento. De esta manera fué conducido con toda solemnidad y pompa el cadáver, vestido de sus armas, con corona en la cabeza, hasta Namur, marchando en escuadrones la caballería y la infantería. Iba el féretro en hombros de los maestres de campo y capitanes de la nacion, cuyas tropas le seguian segun el órden con que se iban relevando durante el camino, como ya hemos dicho. Llevaban los cordones el conde de Mansfelt, maestre de campo general, Octavio Gonzaga, general de la caballería, Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y Juan Croy, conde de Reulx. Cerraba la marcha el príncipe Farnesio, rodeado de los jefes y oficiales mas distinguidos del ejército. Así llegó la pompa fúnebre hasta la ciudad ya dicha, donde fué el cadáver recibido por los magistrados y llevado á la iglesia principal, en la que se celebraron los funerales con la solemnidad que á tan alto personaje se debia.

Para concluir con todo lo concerniente á don Juan de Austria, diremos que pidió antes de morir al rey tres gracias: primera que mirase por la persona de un hermano suyo, hijo de Bárbara Blomberg; prueba de que nunca habia llegado á sus oidos de que no era esta su madre verdadera: segunda de que favoreciese á las personas de su servidumbre: tercera de que fuesen depositados sus restos junto los de su padre Carlos V. Causó extrañeza que entre estas peticiones no hubiese ninguna relativa á dos hijas naturales suyas, llamadas Ana y Juana, habidas una en Nápoles de una dama de Sorrento, y otra en Madrid de Juana de Mendoza. Tal vez no quiso disgustar al rey con esta declaracion, ó quizás lo habia he-

cho antes de caer enfermo. Murió la una de prelada de las monjas Benitas de Burgos : se casó la otra con el príncipe de Botero en el reino de Sicilia.

Accedió el rey á la peticion relativa á la traslacion de su cadáver. Mas para evitar los inconvenientes y los gastos de su conduccion de un modo público, luego que se redujo el cuerpo á esqueleto, se separaron los huesos por sus coyunturas y se les colocó así en una especie de arca ó de maleta, y de este modo fué conducido privadamente á España, donde por medio de alambres se volvieron á juntar los trozos separados. Despues se rellenó de lana y se le revistió con un traje magnífico y el baston en la mano, poniéndole de cuerpo presente á los ojos de la corte y el público, que tributó homenaje de respeto y de dolor á los restos del capitan esclarecido. En esta disposicion y con toda solemnidad y pompa, fué depositado en el panteon destinado en el monasterio del Escorial á los infantes y demás individuos de la casa real, que no son ni reyes, ni reinas que han dado sucesion á la corona. En aquel sitio permanecen sus restos en el dia.

Dudó el rey de España si confirmaria ó no el nombramiento que don Juan de Austria hizo al morir de Alejandro de Parma para gobernador de los Paises-Bajos. Hubo muchas dificultades, y no faltaron intrigas para que recayese el nombramiento en otro ; mas el rey, sin tener en cuenta los motivos que le alegaban para alejar al príncipe de Flandes, le revistió al fin con el cargo de supremo gobernante; eleccion que, como veremos despues, fué la mas feliz y acertada de cuantas se habian hecho hasta entonces para aquel gobierno.

CAPÍTULO XLIX.

Asuntos interiores de España.—Muerte de la reina doña Isabel de Valois.—Pasa el rey á cuartas nupcias con doña Ana de Austria.—Venida de la nueva reina á España. Viajes del rey á Córdoba y Sevilla.—Muerte del cardenal Espinosa.—Nacimiento del príncipe don Fernando.—Id. de don Carlos.—Id. de don Diego Félix.—Muerte de la princesa doña Juana.—Progresos de la obra del Escorial.—Formacion del archivo de Simancas.—Publicacion de la Biblia Regia en Flandes.—Muerte del arzobispo don Bartolomé de Carranza.—Entrevista del rey en Guadalupe con el de Portugal, don Sebastian.—Nacimiento del príncipe don Felipe.—(1568-1578).

Si el monarca que da el título á esta obra no hubiese sido mas que rey de España, pocas páginas llenaria en la historia, que se alimenta por la mayor parte de guerras, de revoluciones, de trastornos, de cuantas vicisitudes se presentan con el carácter de violentas en la vida humana. Mientras eran en efecto teatro de convulsiones y revueltas, Francia, los Paises-Bajos, Inglaterra y Escocia; mientras tantas batallas se daban casi á un mismo tiempo, ya en tierra, ya en el seno de los mares, gozaba España de una tranquilidad no interrumpida, sin que se pudiese decir que la debiese al despliegue de la fuerza armada, ni á ninguno de otros medios de coaccion con que á falta de los morales se asegura el órden público y la obediencia de los pueblos. Se habian sofocado en los campos de Villalar los últimos alientos de libertad é independencia con que las comunidades de Castilla manifestaron al principio repugnancia declarada, y en seguida oposicion abierta á las arbitrariedades del monarca. Amoldados poco á poco los hombres á la sumision y á la

obediencia, entusiasmados tal vez con la grandeza y poderío de sus reyes, veian en el trono una emanacion de la suprema voluntad de Dios, y en el gobierno absoluto la mas legítima de las autoridades. Tenian, pues, las instituciones un apoyo natural en la opinion, en los principios de los pueblos por ella gobernados, y no se podia considerar como yugo lo que no estaba en pugna con ninguna voluntad, lo que en nada chocaba, tratándose de la generalidad, con las opiniones recibidas. No podemos menos de suponer que tendria excepciones esta regla general; mas eran tan pocas, que apenas pueden entrar en cuenta, cuando se examina la situacion política de una nacion como la España. Respetaban, pues, los españoles el trono de su rey, y para considerarle como un delegado, como un órgano de Dios, no necesitaban ninguna clase de violencia. La misma deferencia mostraban á las autoridades subalternas que de la primera emanaban; y si de la parte civil pasamos á la religiosa, veremos aun mas ciega la sumision, porque era mas elevado el orígen de los sentimientos. Todas las instituciones religiosas, todas las asociaciones que tenian por objeto fomentar el culto, todos los conventos establecidos para hacer mas abundante el pasto de los fieles, eran objeto de respeto y de veneracion para los españoles de todas clases con muy pocas excepciones. Si algunos se permitian sátiras y censuras sobre el particular, recaian á todo mas sobre algunos individuos, nunca sobre los establecimientos en general, pues los censores serian tenidos por reos de blasfemia. Hasta el mismo tribunal de la fe, cuyo nombre horroriza hoy á los hombres de alguna ilustracion, era entonces, al mismo tiempo que objeto de un gran temor, venerado como un santo establecimiento por los que de sentimientos religiosos se preciaban. No habia á la sazon en España los que se llama escépticos, ni mucho menos incrédulos ó ateos; contando siempre con las excepciones, que como casi todas podia tener aquesta regla. Los dos principios favoritos de Felipe II, unidad de gobierno y unidad de culto, eran los dos principales artículos de la fe política y religiosa de los españoles. Estaba el pais cerrado á las nuevas sectas religiosas, objeto de tanto horror para los pueblos como para el rey, y aunque no habian dejado de penetrar por varias partes, era demasiado el celo y vigilancia de los argos de la inquisicion, para que el inclinado á las nuevas doctrinas, no las sepultase en su pecho, sin atreverse á que fuesen objetos de la observacion ajena. Los descuidados en esta parte pagaban muy

cara su imprudencia, sin ser objetos de la compasion de nadie, pues á los actos de fe donde se espiaban estas disidencias religiosas, acudia el pueblo, acudian todas las clases del estado, desde la mas baja á la mas alta, como á un espectáculo de edificacion que redundaba en pro y en gloria de la religion católica. De estos sentimientos participaba, como hemos indicado, todo el mundo. Ninguno de los principios ó sentimientos que agitaban á tantos pueblos de la Europa, podia tener lugar ni ejercer accion alguna en nuestra España. Era pues su tranquilidad por lo general obra de las ideas y de las creencias, sin que se pueda negar en ciertos casos la influencia de las coacciones.

Un pueblo que vive de esta suerte suministra pocos objetos de curiosidad, y no está calculado para ocupar en gran manera la musa de la historia. Así hemos consagrado pocas páginas á lo que pasaba en España, al paso que nos hemos estendido mas tratándose de algunas estranjeras. Para no dejar incompleto el cuadro que nos hemos trazado, volveremos los ojos á nuestra propia casa, y bosquejaremos compendiosamente algunos hechos que tienen relacion principal con la persona del monarca.

Dejamos la narracion de los asuntos domésticos de España en la muerte del príncipe don Carlos, acaecida en 24 de julio de 1568. Se verificó pocos meses despues la de la reina doña Isabel de Valois, á la flor de sus años, pues no habia cumplido aun los veintitres. No es estraño que los que atribuyeron el primero de estos acontecimientos á celos del rey por las relaciones amorosas de don Carlos con la reina, viesen en el segundo el golpe de la misma mano. A esto dió tambien lugar la extraña enfermedad de la princesa, ocurrida en el quinto mes de su tercer embarazo, pues segun relaciones, padecia desfallecimientos y desmayos, pesadez, y al fin una hinchazon en todo el cuerpo que la postró en cama. Se le declaró una calentura maligna, que pareció mortal á sus facultativos. El 1.° de octubre recibió los sacramentos: agravándose la enfermedad, pidió el 3 que la vistiesen el hábito de San Francisco, y al fin del mismo dia espiró rodeada de su confesor, del cardenal Espinosa y otros prelados que la auxiliaban en sus últimos momentos.

Dos dias antes de morir le hizo una visita el rey, y la moribunda le manifestó su pesar de no dejarle un hijo varon, cuya vista le mitigaria el dolor de su fallecimiento; que era mucha su afliccion de dejar sus hijas huérfanas en tan corta edad, mas que la consolaba

la idea de que supliria su falta un padre tierno y cariñoso. Le recomendó al mismo tiempo hiciese mercedes á sus criados extranjeros, y que conservase siempre buena amistad con su madre y hermano, como el mejor medio de defender la fé católica; que por lo demás tenia gran confianza en los méritos de la pasion de Cristo, para ir donde *pudiese rogar por la larga vida, estado y contentamiento de S. M.* (1).

La contestó el rey en términos generales, que aun esperaba que Dios la volviese á su estado de salud; mas en el caso de no ser así, cumpliria con sus deseos por los muchos respetos á que le estaba obligado, y que descansase enteramente en su buena voluntad, que le induciria á mirar con ojos de gratitud todo cuanto fuese concerniente á su memoria.

Amortajada con el hábito de San Francisco, fué sepultada la reina el dia siguiente en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de que acababa de ser fundadora la princesa doña Juana, y á este acto asistieron los prelados y magnates de la corte, con todos los principales oficiales de su casa y servidumbre, siendo testigos de la depositacion del cadáver el obispo de Cuenca, que celebró la misa el cardenal Espinosa, el nuncio de Su Santidad, el embajador de Francia, el de Portugal, el duque de Medina de Rioseco, el marqués de Aguilar, el conde de Alba de Aliste, el de Chinchon, don Fadrique Enriquez de Rivera, presidente de órdenes, mayordomo del rey, Luis Quijada, presidente de Indias, don Antonio de la Cueva y don Juan de Velasco, mayordomo de la reina. Poco despues se le hicieron las exequias con toda solemnidad, tanto en la corte como en toda España.

Fué celebrada la reina doña Isabel de Valois, llamada de la Paz, por su grande hermosura y las gracias que adornaban toda su persona. Sus supuestos amores con el príncipe don Carlos, y las sospechas á que dió lugar su muerte tan temprana, contribuyeron á hacer de ella un personaje de novelas y de dramas. Mas estos campos de ficcion están vedados á la historia, cuya divisa es la verdad desnuda, no admitiendo nunca como tal lo que puede, á todo mas, tener visos de probable. Dejó doña Isabel dos hijas, la una llamada doña Clara Eugenia, nacida en 1564, y la otra doña Catalina Eugenia, que vino al mundo en octubre de 1567.

---

(1) Palabras de Cabrera, libro VIII, cap. VI.

Viudo el rey de España por tercera vez, no tardó mucho en pensar en cuartas nupcias, siendo de notar que aun no habia dado fin el año de 1568 cuando se le propuso el casamiento con doña Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano y de María, hermana del monarca. Estaba la princesa prometida al rey de Francia, Carlos IX, y una hermana suya que tenia el nombre de Isabel, al rey don Sebastian de Portugal. Con la muerte de la reina de España, cambió la emperatriz de resolucion, y concibió vivos deseos de que la princesa doña Ana se casase con su tio. Escribió con este objeto á Madrid á la princesa doña Juana y á otros personajes, á fin de que hablasen sobre el asunto al rey, pues se queria que este diese los primeros pasos. Estaba contra este proyecto, el del casamiento de don Felipe con Margarita de Valois, hermana menor de la difunta. Ofrecia este enlace la ventaja de asegurarse mas y mas la amistad del rey de Francia, al que se suponia vacilante y hasta resuelto á declarar la guerra al rey de España. Mas á favor del matrimonio con doña Ana, mediaba la razon poderosa de hacerse con la alianza del emperador, quien se comprometeria á impedir que de Alemania se enviasen socorros en auxilio de los rebeldes de los Paises-Bajos.

Por aquel mismo año de 1568 se presentaron en Madrid dos grandes personajes extranjeros; uno el archiduque Carlos, hermano del emperador, portador del manifiesto ó sea advertencias que hacia el jefe del imperio al rey de España sobre su política en los Paises-Bajos, y de que hicimos ya mencion en su lugar correspondiente. Fué el segundo el cardenal de Lorena, que venia á dar al rey el pésame por el fallecimiento de la reina, y al mismo tiempo á tratar del nuevo enlace de Felipe II con Margarita de Valois, hermana menor de la difunta. Fueron recibidas estas dos personas con el agasajo y distincion que requeria su alta clase; y aunque al rey no le fué agradable el mensaje del emperador, se manifestó sumamente afable y complaciente con su primo. El proyecto del duque de Lorena le agradaba mucho por miras de política. Pero debieron de hacerle mas fuerza los deseos é insinuaciones de la emperatriz sobre el matrimonio de doña Ana, y se decidió al fin á pedirla por esposa, habiéndose determinado al mismo tiempo que su hermana Isabel, destinada al rey de Portugal, se desposase con el rey de Francia, y que se casase con el monarca portugués la princesa Margarita.

A la princesa doña Ana se habia dirigido ya el príncipe don Carlos solicitándola por esposa cuando se hallaban en mas vigor sus

desavenencias con su padre, habiendo sido este paso un motivo mas de resentimiento contra el hijo. Era, pues, destino de Felipe II ser en cierto modo su rival, y todo por una combinacion singular de circunstancias que no se podian prever por ninguna de ambas partes.

Se negó al principio el Papa Pio V á conceder su dispensa para este matrimonio, pues el rey era tio de su futura esposa. Mas al fin hubo de ceder en obsequio de los grandes servicios que iba el rey á hacer á la cristiandad, tomando una parte tan activa en la liga contra el turco. En enero de 1570 se ajustaron en Madrid los contratos matrimoniales, hallándose presentes, entre otros personajes, Fray Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, confesor del rey; Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli; el duque de Feria, todos del Consejo de Estado, y el doctor Martin Velasco de Velasco, del de la Cámara de Castilla. Representaba al emperador Adan de Dyech-Tristayn, y al rey don Felipe el cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla. Se estipuló ante todos estos personajes el casamiento del rey de España con su sobrina doña Ana, hija del emperador de Alemania. Se le asignaron por dote cien mil escudos de oro de á cuarenta placas, moneda de Flandes, pagados en Amberes ó Medina del Campo, cuyo valor se debia asegurar sobre villas y lugares, sus rentas y jurisdiccion. En caso de morir sin hijos, dispondria del tercio de esta suma, y además el rey le debia dar cincuenta mil escudos en joyas, para que los legase á quien quisiese. Le consignaria además renta estable para el sustento de su casa, con el número y clase de criados que señalase el rey conforme á su grandeza. En caso de que la reina le sobreviviese, se le deberian dar, no pasando á segundas nupcias, cuarenta mil ducados anuales, con lo demás de su dote y arras, y además las villas donde residiese, con jurisdiccion y provision de los oficios de ellas en naturales de estos reinos, y en caso de salir de España pudiese llevar sus criados, equipaje y muebles. Debia renunciar la reina ante notario, la herencia y cuanto por derecho de su padre y madre le perteneciese. Debia ser conducida con la decencia y decoro correspondientes á su clase, hasta Génova, á expensas de su padre, reservando el resto del viaje á la eleccion del emperador, y el rey de España. Ajustados que fueron los contratos, se desposó á nombre y con poder del rey, don Luis Figueroa con la infanta doña Ana, y desde el momento se trató de conducir la reina para España. No

tuvo efecto la primera intencion del rey de que se dirigiese á Italia y en seguida á Paris, para hacer despues su entrada en España por Roncesvalles, que era el mismo camino tomado anteriormente por la difunta reina. No fiándose entonces mucho el rey de las intenciones de la corte de Francia, resolvió que la nueva reina se dirigiese á los Paises-Bajos, tomando despues el camino por mar con direccion á España. Así se hizo en efecto, y la nueva reina se presentó en Flandes con una brillante y numerosa comitiva. El duque de Alba, deseoso de dejar el gobierno de los Paises-Bajos, solicitó acompañarla hasta España, aprovechando este pretexto honroso de abandonar un pais que aborrecia. Mas el rey, aunque habia ya designado nombrarle sucesor, no accedió á sus instancias, y le mandó que en lugar del padre, la sirviese su hijo don Fernando.

Antes de verificar el rey su cuarto matrimonio, hizo un viaje á Córdoba, en cuya ciudad se detuvo algunos dias, muy obsequiado por sus habitantes. Visitó y admiró mucho la fábrica de su catedral, antes gran mezquita de los monarcas mahometanos de aquella capital y reino. Tambien visitó los sepulcros y se hizo enseñar los restos del rey Fernando IV y de su hijo don Alfonso, que murió en el sitio de Algeciras. Habiéndose quitado la gorra todo el tiempo que permanecieron abiertas las cajas en que están depositados. En seguida se trasladó á Sevilla, tanto por la invitacion que para ello le hizo esta ciudad, como por ponerse mas cerca del reino de Granada, donde estaba en todo su fuego la guerra contra los moriscos. Festejaron al rey los sevillanos con todo género de regocijos y magnificencia. Hizo el rey su entrada por el mismo rio, en donde se presentó rodeadc de toda pompa, mientras las orillas tremolaban mil banderas y disparaban fuegos de artificio. Con músicas y acompañamiento muy lucido, se presentó delante de la puerta del Arenal, que halló cerrada; y como le dijese el Asistente de la ciudad que no se le abriria hasta que jurase la observancia de sus privilegios, y que era una formalidad usada de muy antiguo con todos los reyes que visitaban á Sevilla, accedió gustoso el rey, diciendo que todo se lo merecia una ciudad magnífica, cuyos habitantes mostraban tanta lealtad á su persona, y le daban tan favorable bienvenida. Abierta la puerta, acompañado de todas las autoridades civiles y eclesiásticas y de un gentío inmenso que le victoreaba, pasó á la catedral, á cuya puerta le aguardaba el arzobispo, vestido de pontifical, y todo su cabildo. Despues de cantado un solemne *Te-Deum* y orado el rey

puesto de rodillas, como lo tenia de costumbre, pasó al alcázar, seguido de la misma comitiva.

Pocos dias se detuvo el rey en Sevilla, á pesar de lo que le agradaba la ciudad, la hermosura del pais y lo puro y benigno de su cielo. Recibió allí todo género de agasajos, que tan geniales son á sus moradores, y el ayuntamiento le adelantó por via de empréstito seiscientos mil escudos para gastos de su matrimonio. Igualmente complacido quedó de las ciudades de Ubeda y de Jaen, donde tambien se detuvo á su regreso.

Se embarcó la reina doña Ana en los Paises-Bajos, por setiembre de 1570, y desembarcó en Santander á principios del siguiente mes de octubre. La estaban aguardando allí don Gaspar de Zúñiga, arzobispo de Sevilla, y don Francisco de Zúñiga, hermano suyo, duque de Béjar. Envió al rey á felicitarla al conde de Lerma, y en compañía de estos personajes y don Fernando de Toledo, que la venia acompañando desde los Paises-Bajos, hizo su entrada pública y triunfal en Burgos, donde fué obsequiada con grandes festejos por sus autoridades y vecinos. Fué recibida en Santo-Venia por sus hermanos los archiduques Rodulfo, Ernesto, Alberto y Wenceslao, y con ellos llegó á Segovia, donde la aguardaba el rey con su hermana doña Juana. Hizo su entrada debajo de palio, con el mayor aparato; solemnidad y pompa, preparados de antemano por la ciudad, pues allí era donde se debian celebrar las bodas. El 12 de noviembre recibieron la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Toledo, siendo el rey entonces de cuarenta y tres años y medio de edad, y la nueva reina de veinte y uno. Fueron padrinos el archiduque Rodulfo y la princesa doña Juana. Tres dias despues se velaron los reyes en la catedral, celebrando misa de pontifical el cardenal de Espinosa. Para dar una idea de la solemnidad con que se celebró este enlace, indicaremos que asistieron á la misa de velacion el arzobispo de Sevilla, el arzobispo de Rosano, nuncio de Su Santidad; el obispo de Segovia y el arzobispo de Armagh en Irlanda; don Iñigo Fernadez de Velasco, condestable de Castilla; don Luis Enriquez de Cabrera, almirante de id.; su hijo don Luis, conde de Melgar; don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; don Francisco Lopez Pacheco de Cabrera, marqués duque de Escalona; don Lope de Figueroa, duque de Feria; su hijo don Lorenzo, marqués de Villalba; don Pedro Giron, duque de Osuna; don Manrique de Lara, duque de Nájera; Ruy Gomez de

Silva, príncipe de Eboli y duque de Pastrana; don Antonio de Toledo, prior de Leon; don Fernando de Toledo, prior de Castilla; don Luiz Manriquez, marqués de Aguilar, cazador mayor; don Francisco de Sandoval, marqués de Denia; don Francisco Ruiz de Castro, marqués de Sarriá, mayordomo mayor de la princesa doña Juana; don Pedro de Zúñiga y Avellaneda, conde de Miranda; don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Mondejar; don Diego Lopez de Guzman, conde de Alba de Aliste; Vespasiano Gonzaga, príncipe de Savionella; don Pedro Fernandez de Cabrera, conde de Chinchon; don Enrique de Guzman, conde de Olivares, su contador mayor y presidente del tribunal de cuentas; don Lorenzo de Mendoza, conde de la Coruña; don Pedro de Castro, conde de Andrade; don Francisco de los Cobos, conde de Rida; don Antonio de Zúñiga, marqués de Ayamonte; don Gerónimo de Benavides, marqués de Fromista; don Rodrigo Poncé de Leon, marqués de Zahara; don Juan de Saavedra, conde de Castellar; don Francisco de Rojas, marqués de Poza; don Luis Sarmiento, conde de Salinas; don Francisco de Rojas, conde de Lerma; don Francisco de Zúñiga, conde de Velalcazar; don Fernando de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla; don Pedro Lopez de Ayala, conde de Fuensalida; don Juan de Mendoza, conde de Orgaz; don Gabriel de la Cueva y de Velasco, conde de Ciruela; el conde Ferrante Gonzaga, marqués de Castellon, italiano; el de la misma nacion, conde Alfonso de la Sumaria; el conde Buisiguerra de Arcos, y el conde Ludovico de Arcos, ambos alemanes, y el conde de Tribulcio.

El 26 de noviembre hizo la reina su entrada pública en Madrid, cuyo corregidor, á la cabeza del ayuntamiento, salió á recibirla á las puertas y le hizo una arenga de bien venida, al fin de la cual le besaron la mano todos los municipales. Lo mismo hizo el cardenal Espinosa con el consejo real y alcaldes de corte y los demás tribunales, habiendo comenzado por el de la contaduría mayor de cuentas. Estaba la reina acompañada de todos los grandes títulos y principales caballeros de la corte, y con todo este aparato pasó debajo de arcos triunfales por las calles de Madrid hasta el alcázar, seguida de la inmensa muchedumbre que la victoreaba.

El 4 de diciembre de 1571, dió á luz la reina un niño, que fué bautizado con el nombre de Fernando en la iglesia de San Gil, el 16 del mismo. Fueron padrinos el príncipe Wenceslao y la princesa doña Juana. Precedian el acompañamiento los maceros y mayordo-

mos de la reina y de la princesa, y cuatro reyes de armas. Seguian el duque de Gandía y el prior don Antonio de Toledo, el conde de Alba de Aliste, el marqués de Aguilar y el de Mondejar. Llevaba el duque del Infantado el capillo, el conde de Benavente la vela, el duque de Osuna el mazapan, el de Nájera el salero, el de Sesa un aguamanil y toalla, el de Medina de Rioseco una palangana y otra toalla, y el de Béjar el niño envuelto en mantilla de terciopelo verde. A su derecha iba el nuncio de Su Santidad, á la izquierda el embajador del emperador, y delante los de Francia, Portugal y Venecia. Seguia despues la princesa doña Juana con el padrino á su izquierda, con el marqués de Andrade, mayordomo mayor de la reina, y el conde de Lemos que lo era suyo. Cerraban el acompañamiento las señoras de la corte, las damas de la reina y de la princesa, sin *galanes* (1). Aguardaba á la puerta del templo el cardenal Espinosa con cuatro obispos vestidos de pontifical, y detrás los consejos por órden de su presidencia. Se colocó la pila bautismal en medio de la capilla mayor, debajo de un dosel. Concluida la ceremonia volvió la comitiva á palacio, y la reina recibió el parabien de los embajadores y demás personajes de la corte.

Al año siguiente de 1572, fué jurado este príncipe por heredero de los reinos con toda pompa y solemnidad, en cuyos pormenores no entramos por ser una mera repeticion de lo que llevamos dicho. Fué lo único notable en este acto, que el príncipe estuvo dormido durante la ceremonia, y que solo despertó cuando el órgano preludió el *Te-Deum*. Tuvieron algunos esta circunstancia á mal agüero, y en efecto tardó poco en morir este príncipe, que no llegó á dos años de edad.

En agosto de 1573 nació en Madrid el hijo segundo del nuevo matrimonio del rey, y fué bautizado con el nombre de Carlos, siendo padrinos el archiduque Alberto y la princesa doña Juana.

Murió este príncipe en Madrid en 1575, año en que la reina dió á luz el hijo tercero, quien recibió en nombre de Diego Félix, siendo padrinos el archiduque Alberto y la infanta doña Clara Eugenia.

Fué un acontecimiento de alguna novedad en el año 1572 la muerte del cardenal don Diego de Espinosa, inquisidor general, presidente del Consejo de Castilla, atribuida á palabras desabridas que le dijo el rey, despachando con él sobre asuntos de los Paises-Bajos.

(1) Expresion de Cabrera en su vida de Felipe II.

Era un hombre que gozaba gran poder y privanza, con reputacion de mucha prudencia, instruccion y grandes dotes de gobierno. Es probable que la suma autoridad á que habia llegado, causaron descontento en el ánimo del rey, arrepentido de fiar tantos negocios á su cargo; y esto apareció con toda claridad, porque deliberándose sobre la eleccion de sucesor y encareciéndose mucho las prendas que debian adornar á quien iba á ejercer tan grandes cargos, respondió el rey que no serian tan grandes como los que acababa de desempeñar el cardenal, pues se hallaba resuelto á dirigir algunos de estos negocios por sí mismo; palabras que descubren el carácter de un rey tan suspicaz, desconfiado y hasta celoso del poder y autoridad con que revestia á sus mas fieles servidores. Recayó la eleccion en don Pedro Covarrubias, varon distinguido por su gran piedad y la instruccion que hizo célebre su nombre. No gozó este de la autoridad del cardenal, ni aun la ambicionaba, pues con gran repugnacia suya abandonó la diócesis, y sobre todo la vasta biblioteca de su propiedad, donde pasaba tantas horas de su vida.

En el año de 1573 ocurrió la muerte de la princesa doña Juana, hallándose esta en San Lorenzo, y fué enterrada con gran pompa en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de que era fundadora. Ocupa esta señora un lugar muy distinguido en la historia de estos reinos. Se celebró mucho en su tiempo su hermosura, y no con menos encomio su sagacidad é ingenio. Ya la hemos visto gobernadora de estos reinos, de cuyo cargo la revistió su hermano don Felipe cuando pasó á Inglaterra á celebrar su matrimonio con la reina María. Cuando este ascendió al trono, la confirmó en su poder, en prueba de la satisfaccion que le causaba su conducta. Obró en efecto la princesa con circunspeccion y cordura en el ejercicio de tan grande autoridad, conformándose en todo con las instrucciones que la dió su hermano por escrito, y que tambien dejamos mencionadas. Al regreso de don Felipe á España permaneció en su corte, donde fué tratada con toda distincion, como se merecia por sus prendas eminentes. La consideraba mucho el rey, y sintió muchísimo su muerte. En el invierno del mismo año pasó al Escorial á celebrar la Octava de Navidad, como lo tenia de costumbre. Crecia aquella suntuosa fábrica en razon de la actividad y celo, que en su construccion el monarca desplegaba. Ya tenia habitaciones para los monjes de la comunidad, para el mismo rey cuando iba á visitarla, y los oficios se celebraban en la iglesia que aun hoy se

llama vieja, no estando todavía acabado el magnífico templo con que fué sustituida. La grandeza de las artes, lo rico y precioso de los vasos y ornamentos, todo se derramaba con profusion sobre aquella obra, que despues de los negocios del gobierno, era la cosa principal que absorbia la atencion del rey de España. Allí estaban sus distracciones y sus pasatiempos. Los historiadores españoles se hacen, lo que se dice, lenguas de su gran piedad, de la devocion con que asistia á los oficios divinos, del respeto y veneracion que á los monjes profesaba, del entusiasmo con que celebraba la construccion de un nuevo adorno, la ereccion de una nueva capilla, la colocacion de una nueva reliquia, de la humildad y devocion con que el dia de Pascua de 1572 besó en compañía de los archiduques la mano del sacerdote que decia la misa nueva, y hasta de las advertencias que hacia en el coro sobre faltas que en el canto cometian algunos religiosos. Todo es muy posible y muy probable. De estos sentimientos da testimonios la misma construccion del monasterio, donde tantos tesoros fueron consumidos, á cuya construccion contribuian las provincias de España, muchas extranjeras, y hasta las de América con sus piedras, sus mármoles, sus maderas y otras producciones necesarias á la obra; donde el pintor, el arquitecto, el estatuario, el iluminador, derramaban todos los productos del genio cada uno en sus distintos ramos. El mismo celo mostrado en los adelantos de la obra, en adornarla con cuantas riquezas y lujo podian convenir á un edificio de esta clase, lo manifestó el rey en recoger por todas partes cuantas reliquias pudo, para formar la vasta coleccion que aun hoy dia se conserva. Por todos los paises del orbe cristiano se dispersaron sus gentes en busca de estos restos, encargándoles muy particularmente se hiciesen con documentos que atestiguasen su autenticidad, y no fueron escasas las sumas empleadas por el rey en este acopio. Para dar al edificio la importancia de tan costosa construccion, mandó que se considerase como el sepulcro de los reyes de España, comenzando por traer á él los restos de su padre, sacados del monasterio de San Yuste, y los de su madre, que hizo venir de la catedral de Granada, donde estaban sepultados.

Aunque reservamos en esta obra un lugar para el análisis de las ciencias y literatura de España en aquella época, mencionaremos aquí dos hechos por la influencia directa que en ellos tuvo el rey como emanados de su órden. Fué el primero la formacion de un

archivo en Simancas, donde se recogiesen todos los papeles pertenecientes á estos reinos. Estaban algunos reunidos en esta antigua fortaleza antes que el rey tomase esta disposicion, mas se hallaban confundidos sin órden, sin método, sin catálogo, y colocados además en parajes húmedos, donde se iban destruyendo poco á poco. Por otra parte, no era este el solo depósito donde se encontraban manuscritos del Estado. Dió el rey comision á Diego de Ayala para que examinase los papeles, los distribuyese por clases y por fechas, y los colocase en el sitio mas conveniente para su custodia y conservacion, y le confirió el título de archivero con el sueldo de cien mil maravedís de salario, conservando además treinta y cinco mil que ya tenia sobre un asiento de contino en la casa de Castilla. Le señaló además un oficial que le sirviese de ayudante. Desempeñó Ayala el cometido del monarca á toda su satisfaccion; examinó y colocó por clases los papeles que se hallaban en los desvanes de aquella fortaleza; recogió los infinitos que estaban esparcidos en varias ciudades de Castilla, y con todos ellos formó el archivo de Simancas, que se conserva hoy dia enriquecido, como puede suponerse, con los papeles que debieron de producirse en poco menos de tres siglos. Mas esta idea se debe á Felipe II, quien además ordenó la construccion de nuevas salas y cajones lujosos para contener los papeles, y en cuya obra llegó á entender el mismo Juan de Herrera por mandado del monarca.

En el segundo hecho que vamos á exponer brilló igualmente su celo, y aun mas su real munificencia. Habia enriquecido el famoso cardenal Cisneros al orbe literario con la publicacion de la Biblia Poliglota, trabajada en su famosa universidad de Alcalá, y que por esta circunstancia tomó el nombre de Biblia Complutense. Escaseaban ya los ejemplares de una obra tan magnífica, y con este motivo propuso Plantino, impresor famoso en Flandes, al rey la reimpresion de la Biblia Complutense, ofreciéndole emplear en ella caractéres mas limpios y mucho mas hermosos, segun la muestra que de ellos remitia. Accedió el rey á la proposicion, y para inspeccionar el trabajo, puso los ojos en Benito Arias Montano, uno de sus capellanes, hombre muy instruido, muy versado en letras humanas y sagradas, y que segun sus biógrafos, entre antiguas y modernas, poseia trece lenguas. Tuvo Arias Montano conferencias sobre el particular con los hombres mas eminentes de la universidad de Alcalá, y despues de haber oido su dictámen y anotado sus

indicaciones, partió para los Paises-Bajos con cartas de recomendacion del rey para su gobernador general, que lo era á la sazon el duque de Alba. Fué Montano muy bien recibido de este personaje, quien se valió de sus consejos para la expurgacion de algunos libros, y la prohibicion de otros en que se ocupaba entonces, queriendo coronar de este modo sus victorias sobre los herejes de los Paises-Bajos. Por su órden se reunió una junta de los teólogos que pasaban por mas sabios y mas versados en la Sagrada Escritura, para que asociados á Montano, procediesen de consuno á llevar adelante la empresa importante que se le habia confiado. Comparando entre sí los diversos ejemplares, que tanto de España como de otros puntos de Europa se habian reunido, corrigiendo algunos pasajes que estaban oscuros, y haciendo expurgaciones de algunos errores que se habian introducido, se reprodujo con el auxilio del arte de Plantino la obra admirable de Alcalá, no solo con mejores y mas limpios caractéres, sino corregida, aumentada con alteraciones en el órden de los libros, y notablemente enriquecida. Se imprimió la Biblia en ocho tomos. Contienen los cuatro primeros los libros del viejo Testamento en lengua original hebrea con la version Vulgata Latina, y la griega de los setenta intérpretes con su version Latina. Y como en la Biblia Complutense no se habia impreso la paráfrasis Caldea mas que en los cinco libros de la ley, se acordó se prosiguiese este trabajo en todos los demás del viejo Testamento. Contiene el quinto tomo el nuevo Testamento en griego con la version vulgata, y en siriaco con la traduccion latina, cuyo último trabajo no se habia hecho en la Biblia Complutense. Los tres últimos tomos recibieron el nombre de Aparato. Contiene el primero todo el viejo Testamento en hebreo con la interpretacion latina interlineal de Santes Pagnino, doctísimo dominicano, aun mas reducida al rigor de la letra hebrea en muchas partes por el mismo doctor Arias Montano, y tambien el nuevo Testamento en griego con version interlineal, palabra por palabra, obra del mismo. Contiene el segundo tomo del Aparato gramáticas y vocabularios de las lenguas hebrea, caldea, siriaca y griega. Contiene el tercero varios tratados para la inteligencia de las Escrituras por el mismo doctor, quien en este ramo era eminentísimo. Se entra en estos pormenores para hacer ver que la Biblia Regia fué la produccion mas perfecta de su clase, no solo por la grandeza del asunto, sino por la extension que habia sabido dársele, añadiéndose á esto en la parte ma-

terial, la hermosura del papel, lo acabado de los caractéres y otros ornamentos de lujo que hicieron de esta obra el primer monumento de la excelencia de las prensas de Plantino. No se perdonó por órden del rey gasto alguno para que saliese la Biblia digna de su nombre. Con la misma liberalidad recompensó las tareas del doctor Arias Montano, quien aumentó notablemente con ellas la gran celebridad de que ya gozaba entonces. Se envió la Biblia á todos los príncipes y repúblicas católicas, quienes la aprobaron y aplaudieron. Fué tanto del agrado del Pontífice, que envió su bendicion apostólica á cuantos con sus luces, industria ú obra de manos contribuyeron á su publicacion, y recibió con suma afabilidad y muestras de benevolencia al mismo Arias Montano, quien en nombre del rey le presentó un ejemplar impreso en vitela, pronunciándole una oracion latina en el acto de entregarla.

Los archiduques Rodolfo y Ernesto volvieron á Alemania en el año 1571, habiéndose embarcado en Barcelona con don Juan de Austria, cuando pasó este á tomar el mando de la escuadra de la liga contra el turco. Tres años despues ascendió el primero de estos príncipes al trono imperial, por la muerte de su padre Maximiliano II, príncipe dotado de buenas cualidades y de cierta tolerancia religiosa que le hacia mirar con aversion los procederes de su primo en los Paises-Bajos. El nuevo emperador no alcanzó tan buena fama como el padre, aunque no carecia de instruccion y de inteligencia, y sobre todo, en artes de mecánica, manifestó poca disposicion y menos capacidad en materias de gobierno.

Por los años de 1576 falleció en Roma el famoso Fray don Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, preso en España por órden de la Inquisicion en 1557. Habia sido este prelado, como ya hemos dicho, muy favorito de Carlos V y de su hijo, quien le llevó consigo á Inglaterra, donde trabajó mucho en el asunto del restablecimiento del catolicismo en aquel pais y en la persecucion de los herejes. Fueron recompensados sus servicios con su promocion al arzobispado de Toledo, vacante por la muerte del cardenal Silicio. Mas no le valió todo el favor de que gozaba contra los tiros de sus enemigos, quienes le denunciaron á la Inquisicion, en virtud de cuyas providencias fué arrestado. Es innecesario entrar en los pormenores de un proceso que fué muy ruidoso, y uno de los mas célebres en los anales del Santo Oficio consignados. Despues de varias actuaciones en España, y donde nada fué probado contra el arzo-

bispo, se avocó su causa á Roma; por un breve de Pio V expedido en setiembre de 1566, el arzobispo fué trasladado por aquel mismo tiempo á dicha capital, donde se siguieron con lentitud los trámites de su proceso, sin que se sacase nada en limpio contra varias obras del prelado, donde algunos quisieron hallar proposiciones heréticas ó que sabian á herejía. Era Carranza eclesiástico de excelentes costumbres, de vasto saber para aquel tiempo, y de una suavidad de carácter que le conciliaban el amor y el respeto hasta de sus mismos enemigos. Mientras permaneció preso en España, fué tratado con todo el decoro correspondiente á su alta clase. En Roma fué respetado, y recibió todas las atenciones que el Pontífice podia tener con un hombre que se hallaba en su categoría. Por último se pronunció la sentencia, reducida á que abjurase diez y seis proposiciones, que ni habia pronunciado Carranza, ni aparecian claramente en sus escritos, mas que se deducian solamente de algunos pasajes arbitrariamente interpretados. Sin embargo, se sometió Carranza, y en su virtud fué absuelto. Mas cuatro dias despues falleció el prelado, dejando fama de un eclesiástico ejemplar, y muy poco merecedor de la prision en que permaneció los diez y ocho últimos años de su vida.

Tuvo lugar en este mismo año, 1576, un viaje que hizo el rey á Guadalupe, con motivo de tener allí una entrevista con su sobrino el rey don Sebastian de Portugal, ocupado entonces con el proyecto de expedicion al Africa. Pero de esto hablaremos con mas estension al dar cuenta de aquella campaña.

En 1578 dió la reina á luz el hijo cuarto y último, llamado Felipe, el tercero de este nombre que figura en el catálogo de nuestros reyes.

A los referidos se reducen los principales hechos públicos (1) de alguna importancia, ocurridos durante los diez años á que dice relacion este capítulo. Uno tuvo lugar en el curso de 1578, mas digno de llamar la atencion que ninguno de los otros, á saber la muerte de Juan Escobedo, secretario de don Juan de Austria, ejecutadá por órden del rey mismo. Mas como este acontecimiento fué principio de un drama, que no llegó á su desenlace hasta despues de

(1) Los relativos á las cortes y todos los ramos de administracion interior tendrán lugar en los apéndices ó artículos suplementarios con que se dará término á la obra.

muchos años, le reservaremos para otro capítulo, en que todos los hechos se encadenen. Por ahora volveremos á salir de España, pasando á Francia, donde con el advenimiento de un nuevo rey, estaban en fermentacion nuevos elementos de discordia y de desórden.

CAPITULO L.

Asuntos de Francia.—Enrique de Valois en Polonia.—Descontento del rey.—Sabe la muerte de su hermano Carlos.—Se evade de Polonia.—Pasa por Alemania é Italia á Francia.—Se declara del partido católico.—Sus devociones y mas actos religiosos. —Es coronado y consagrado en Reims.—No edifican sus devociones al pais.—Se censuran sus vicios.—Se le acusa de hipocresia.—Formacion de la liga católica sin contar con el monarca.—Indole de esta asociacion.—Sus designios secretos.—Vacila el rey sobre el partido que le conviene adoptar.—Convocacion de los Estados generales.—Se reunen en Blois.—Piden los Estados la revocacion del último edicto. —Accede el rey.—Se declara jefe de la liga católica.—Nueva guerra.—Nuevo tratado de pacificacion.—Descontento del rey de España (1).—(1574-1578.)

Fué recibido Enrique de Valois en Polonia con admiracion, por su gallarda presencia, gracias personales y fama de su nombre como capitan, al mismo tiempo que con disgusto, por el recuerdo de su participacion en la matanza de los calvinistas. Se puede decir que excitó desde un principio mas odio que cariño, y que á lo menos fué objeto de una suma desconfianza. El mismo desvío que mostraban los polacos hácia el rey, animaba al monarca con respecto los polacos. Ni el clima, ni el suelo agreste, ni aquellas costumbres groseras y marciales, ni aquellas Dietas, ni aquellos palatinos y hombres tan celosos por la conservacion de sus derechos, podian ser del gusto de un príncipe jóven, acostumbrado á los devaneos y pasatiempos de una corte galante, voluptuosa y corrom-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XL y XLI.

pida; corte en que Enrique figuraba como en primer término. Participaba la juventud francesa que le habia acompañado, de sus mismos sentimientos, y los recuerdos del Louvre, de sus fiestas, de sus bailes, de sus máscaras, de las damas que los habian favorecido en otro tiempo, eran los solos recursos con que llenaban el vacío de una existencia monótona y triste. Con el tiempo se mitigaron las antipatías, y debilitaron en gran manera los recuerdos. Fué ganando poco á poco el rey las buenas voluntades de sus súbditos, y como siempre estaban amenazados de guerra con los turcos, no les pesaba tener á su frente un príncipe jóven, que ya se habia cubierto de gloria en los combates.

Cuando se hallaban en esta situacion las cosas, llegó á oidos del rey la muerte de su hermano. Ya antes de su salida de Francia contaba con su sucesion, y la misma reina madre le habia dicho al despedirse de ella: «no estarás por allá, hijo mio, mucho tiempo.» Al comunicarle esta princesa tan importante novedad, le instaba á que se pusiese cuanto antes en camino para Francia, donde los negocios reclamaban su presencia; y le encargaba además que no se descuidase en enviar la confirmacion de su nombramiento á la regencia. A la muerte de Carlos IX, quedó, como sabemos, Catalina revestido de este cargo, que ejercia con su habilidad y sagacidad acostumbradas. Eran siempre difíciles las circunstancias en que se hallaba el pais, donde el horizonte no acababa jamás de serenarse. Continuaba la union entre los calvinistas y el partido político, ó sea moderado. El rey de Navarra y el nuevo duque de Anjou, jefes de este partido de fusion, habian sido perdonados, pero permanecian en la corte casi en condicion de presos. Se habia refugiado á Alemania el príncipe de Condé, y manifestaba hacer preparativos para entrar á mano armada en Francia, á la cabeza de los antiguos reitres. Se hallaban llenos de esperanza los calvinistas de dentro, y los católicos de su partido estrechaban los vínculos de una alianza, que consideraban como la base de su engrandecimiento. Llegó la publicidad de todos estos sentimientos, hasta el punto de celebrar los protestantes una asamblea muy solemne en Milhau, donde se establecieron las bases de una conducta para lo futuro, ya de paz, ya de guerra, segun las disposiciones de la corte. Revivia, pues, el partido calvinista, y la reina madre, tan ansiosa siempre de tener á raya el dominante por medio de la influencia del contrario, no propendia á desplegar un sistema de gran severidad, en medio

de las inquietudes que la actitud de los calvinistas la inspiraba. Tales eran las importantes noticias que al rey de Polonia comunicaba Catalina. El disgusto de vivir en aquel pais del Norte, el deseo de volver á Francia, y el cuidado en que le tenian sus negocios, fueron otros tantos estímulos, que le impulsaban á salir cuanto mas antes de Polonia. Mas, se le ocurrió una gravísima dificultad, á saber, que los polacos recelosos de que los abandonase el rey, espiaban todos sus pasos, y le guardaban como si se hallase preso. No le quedaba á Enrique otro recurso que la fuga. Por la primera vez se vió el ejemplo de un rey evadiéndose del pais donde ocupaba un trono, y de donde sus súbditos no le permitian marcharse por amor á su persona. Salió bien Enrique con su tentativa. A favor de un disfraz, pasó sin obstáculo la frontera de Polonia. Atravesó la Alemania, de cuyo emperador fué acogido con muestras de grande estimacion, y tomando la via de Italia, pasó por Venecia, por los Estados de Milan y el Piamonte, recibiendo por todas partes obsequios y toda especie de homenajes.

Se aguardaba en Francia con muchísima inquietud la llegada del rey, porque se ignoraban sus ideas acerca de los partidos que la dividian. Muy pronto se disiparon las dudas, y se puso en claro su resolucion de adherirse en un todo á los católicos, con exclusion de sus contrarios. Manifestó á estos últimos que no era su intencion molestarlos en ningun sentido, ni tampoco el perseguirlos, con tal que se mostrasen fieles al culto católico y á las antiguas leyes, que dejasen las armas y restituyesen las plazas que ocupaban, pues de lo contrario serian expulsados del reino, llevándose sus bienes adonde mejor les pareciese. Para mostrar mas la sinceridad de estos sentimientos, asistia en público á todos los actos religiosos, se incorporaba en las procesiones, se afiliaba en las cofradías de los penitentes, tan comunes en aquella época, vistiéndose de su saco negro ó blanco, pues los habia de los dos colores. De esta manera se condujo en Marsella, en Aviñon, en Lyon y en todos los pueblos de su tránsito hasta Reims, donde fué consagrado y coronado. En Paris, donde hizo su entrada pública de allí á muy pocos dias, crecieron sus manifestaciones de celo por la religion católica, sus actos devotos, su asistencia á las procesiones de los penitentes, sus visitas á los conventos y demás casas reliosas, no descuidando en fin ninguna ocasion de presentarse al pueblo de Paris y á la Francia entera, como el alma principal de los católicos.

Que tal era su plan, lo manifestaba su conducta, aunque en realidad tampoco se pueden achacar estos actos á pura hipocresía, conociendo la índole del tiempo. Tal vez era una política acertada; mas Enrique III, á pesar de su alta dignidad, no era hombre para representar el principal papel en cosa alguna. Desde las dos victorias conseguidas en su primera juventud, habian decaido singularmente su crédito y prestigio. Ni sus costumbres, ni su carácter, le daban medios de ser jefe de ningun partido. Los moderados que favorecian á los calvinistas, vieron en el rey un obstáculo á sus planes favoritos: los católicos ardientes que reconocian al duque de Guisa por su jefe, no se pagaban de sus actos devotos, de su hábito de penitente y otras mas demostraciones que no se tenian por sinceras. Unos y otros hacian la sátira de sus amores, de sus vicios, de sus costumbres licenciosas, llegando á acusarle de desórdenes feos á que se entregaba, bajo el manto de sus devociones.

En cuanto á los calvinistas, no se arredraron con los sentimientos hostiles del monarca. En lugar de rendir las armas, de entregar sus plazas fuertes, se movian y agitaban mas que nunca. El príncipe de Condé en Alemania, procuraba el alistamiento de los reitres, y el rey de Navarra no pensaba mas que en sustraerse de una corte donde se hallaba como esclavizado. El duque de Anjou dejó á Paris, y se retiró como fugitivo á sus Estados. Todo hacia creer en una próxima ruptura, que al fin tuvo lugar, á pesar de toda la astucia conciliadora de la reina. Los reitres de Alemania entraron, y aunque fueron vencidos por el duque de Guisa, no sufrieron una derrota decisiva. El rey de Navarra por su parte, habia llevado á efecto su plan de evadirse de la corte, dirigiéndose á sus Estados de Bearne. Luego que pasó el Loira, arrojó de una vez la máscara que llevaba hacia tres años, y renunciando á la comunion católica, se volvió á declarar altamente protestante.

Comenzó Enrique III á sentir todas las amarguras de su posicion, tan desdorosa para la dignidad de un rey de Francia. Los calvinistas, el partido político ó moderado, los católicos ardientes, hasta su mismo hermano el duque de Anjou, todo se le mostraba hostil, ó al menos no amistoso. Los partidos tenian sus jefes, y en realidad no estaban con ninguno. La guerra en que estaba ya medio empeñada toda la nacion, manifestaba un aspecto muy dudoso. Era, pues, de toda necesidad conjurar la tormenta y apelar á la via de las negociaciones. La reina Catalina que conocia esta verdad mejor que

nadie, puso en movimiento los resortes de toda su política. Se dirigió á los calvinistas, quienes sin dificultad adoptaron gustosos los términos de conciliacion favorables á sus intereses. Se ajustó, pues, un tratado de paz en 1576, y era el cuarto despues de aquellas contiendas tan reñidas. Se dió dinero á los reitres para que volviesen á Alemania. Quedaron los calvinistas con el libre ejercicio de su culto, y la posesion de las plazas fuertes que tenian como en rehenes; en fin, en los mismos términos y bajo el mismo pié que en el año 1570.

Perdió con este tratado el rey de Francia todo su crédito con los católicos ardientes. Los sacrificios que habian hecho de tantos años atrás para acabar con el partido calvinista, las matanzas de San Bartolomé, todo habia sido inútil, puesto que sus enemigos se hallaban triunfantes que nunca. Los jefes de este partido, en quienes intereses de poder y de ambicion ejercian por lo menos tanta influencia como los puramente religiosos, daban pábulos á estos sentimientos de indignacion que les abrian una nueva carrera de engrandecimiento. No es un rey afeminado y corrompido, decian, el verdadero representante del catolicismo en Francia. Sus devociones, sus penitencias, no son mas que una máscara con que oculta sus vicios y sus disoluciones. Su último edicto de pacificacion manifiesta bien que prefiere una indolencia vergonzosa á la noble ocupacion de acabar con los enemigos de su reino: pues bien, si el partido católico necesita obrar con energía para su propia salvacion; si carece de una cabeza que le dé el impulso; si el rey se halla incapacitado de ponerse á su frente, ¿no es justo, no es necesario que los católicos se unan, se liguen y encuentren en los vínculos de su asociacion la fuerza que no les da el poco celo y libre disposicion de su monarca? ¿Qué recurso nos queda mas que el de esta liga, si no queremos caer por castigo de nuestra negligencia en las garras de los malditos calvinistas?

Tales fueron las insinuaciones que esparcieron unos, las ideas que concibieron otros, los sentimientos que animaban en fin á los católicos ardientes. El temor por un lado, la ambicion por otro, el deseo de humillar al rey y trabajar en su descrédito, tales fueron los móviles de la vasta asociacion católica que con el nombre de *santa liga* se formó en Francia, sin contar con el rey, y desafiando en cierto modo toda la autoridad de que estaba revestido. Al frente de esta liga figuraban los príncipes de la casa de Lorena, y especialmente

Enrique, duque de Guisa, tan querido, tan ídolo del pueblo, como lo habia sido su padre en otro tiempo. Activo, generoso, magnánimo, brillante con todos los adornos exteriores, dotado de la misma afabilidad y maneras cariñosas hácia el pueblo, tan valiente y afortunado capitan, católico tan celoso y tan ardiente; en todo era Enrique de Guisa digno heredero de su padre. En las matanzas de San Bartolomé habia representado el principal papel, y dado el impulso mas eficaz y mas activo. Ultimamente se habia distinguido contra los reitres de Alemania, habiendo contribuido una herida que recibió en la cara, al aumento de su prestigio con el pueblo, que desde entonces le designó siempre en sus momentos de entusiasmo con el epíteto de *Balafré* (Chirlado).

Era, pues, el Chirlado uno de los hombres que podian hacer una sombra á la autoridad de un rey, y Enrique III, que á pesar de su ligereza y hábitos indolentes no carecia de entendimiento, estaba muy penetrado de lo mismo. En caso de ignorarlo, allí estaba su madre, astuta y sagaz, que no podia menos de hacérselo presente. Pero tenian que tolerarle á pesar suyo y poner buena cara á un personaje popular que ejercia tan positivo poderío. Que el duque de Guisa estaba apoyado por el rey de España, de quien recibia instrucciones por medio de su embajador, lo acredita la activa correspondencia entre uno y otro, que todavía existe en los archivos. Para el rey de España era digno de su favor y de sus auxilios cuanto podia promover en Francia los intereses del catolicismo puro, en detrimento y hasta exterminio de los calvinistas. Todos los actos de pacificacion y tolerancia con estos sectarios, excitaban su indignacion y provocaban sus reclamaciones. Los calvinistas de Francia fueron para él una continua pesadilla. Como herejes los aborrecia; como aliados naturales de los flamencos, eran [para él objeto de eternas inquietudes.

El advenimiento de Enrique III no debió de tranquilizar á un rey de vista tan penetrante, y que por conductos tan seguros debia de estar bien informado de lo que pasaba. Ni la declaracion de Enrique, ni sus devociones, ni sus penitencias, debieron de hacer grande impresion sobre el ánimo de Felipe II, que tendria buenos datos de la indolencia, de los vicios y de las disoluciones de aquel príncipe. El último tratado de pacificacion irritó probablemente tanto al rey de España como á los ardientes católicos de Francia. Demasiadas pruebas tenia de que Catalina de Médicis se movia mas

por intereses puramente políticos de poder y mando, que por principios religiosos. En cuanto al rey, acababa de dar una prueba evidente de que si se mostraba buen católico, sabia ceder á la furia de las tempestades en lugar de oponerles un corazon decidido y animoso.

Hé aquí todas las consideraciones que hacen creer, aunque no constase por cartas fidedignas, que el rey de España miró con agrado y ojos de favor la formacion de una liga destinada á reparar los males que habia causado y podia causar en adelante la política torcida del monarca. Si Felipe II no fué el primer promotor, se puede considerar como el grande aliado, el alma de esta asociacion, identificada con sus sentimientos, tan útil á sus intereses. Por esta estrecha conexion entre Felipe II y los grandes acontecimientos que tenian lugar en Francia, entramos en tantos pormenores acerca de su naturaleza y sus tendencias.

Volviendo al hilo de la santa liga, cundió la asociacion desde Paris, que era su gran centro, á todas las provincias en que el catolicismo dominaba. Todos los hombres celosos por la conservacion y lustre del antiguo culto, corrieron á alistarse en sus banderas. Todo el fuego del fanatismo manifestado cinco ó seis años antes en los terribles choques con los calvinistas, revivió con la misma actividad, con el mismo deseo de venganzas, con la misma sed de sangre. En todas partes se presentó la asociacion, sin velo ni disfraz alguno: el estandarte de la liga santa se alzó del modo mas público y solemne.

Cuando se forman asociaciones de esta clase á presencia y con aislamiento de un monarca que hasta cierto punto pertenece á las mismas opiniones, se puede decir que este rey ha perdido su prestigio, que este rey se halla virtualmente destronado. Una asociacion calvinista nada hubiera tenido de humillador para Enrique III; mas una liga de los católicos celosos sin contar para nada con un rey que de católico tan celoso blasonaba, le hacia ver que no podia ó no queria defenderlos, que no les parecia en fin digno de ponerse á su cabeza. Era sin duda tan duro el lenguaje, como difícil y espinosa la situacion del rey con quien se usaba.

¿Y qué partido tomaria? ¿Disiparia por un acto de su autoridad la santa liga? No tenia bastantes fuerzas para ello. ¿Estrecharia sus relaciones con los calvinistas? Era un paso en extremo peligroso, pues además de quedarse en minoría, iba á concitar contra él la masa nacional, con gran peligro de su trono. El asunto era muy

sério, el tiro de muy largo alcance. La liga se fortificaba mas y mas y el número de los prosélitos aumentaba en todos los ángulos del reino. Se armaban las ciudades principales en defensa de la fé católica, y los deseos de todos eran unos. Si los mas moderados no pensaban por este acto sustraerse á la autoridad del rey, entre los mas ardientes y fanáticos se trataba nada menos que de destronarle. Y para allanar mas el camino de la sucesion al ídolo del pueblo y de la liga, al duque de Guisa, llegaron á forjarle sus parciales un árbol genealógico que le hacia descender de Carlo Magno; genealogía muy falsa, mas que no por esto hacia menos impresion en los ánimos de la muchedumbre.

Indeciso el rey, creyó salir de este cuidado convocando los Estados generales para Blois, adonde debian concurrir para el 15 de noviembre de 1576, segun órdenes expedidas al efecto. Se componian estas asambleas de tres estados, brazos ó estamentos. Figuraba en primer lugar el alto clero; en segundo la nobleza; en el tercero los representantes de las ciudades, villas ó corporaciones populares. Se daba á este último el nombre de tercer estado (tiers état). Deliberaban por separado los tres brazos, y solo ejercian el derecho de peticion ó súplica, que en ciertos casos como el que nos ocupa, equivalia á una exigencia.

A pesar de las intrigas de la córte para que viniesen á la asamblea hombres de todos los partidos, recayeron las elecciones del tercer estado por la mayor parte en los liguistas. Los nombrados de entre los hugonotes eran detenidos en el camino por sus contrarios, quienes para que no se presentasen en Blois ejercian en ellos toda suerte de violencias. Estaban tan lejos de tener cumplimiento los artículos del último edicto de pacificacion, que aun no se habian restituido y puesto en libertad los prisioneros de una y otra parte. Los calvinistas se quejaban, pero sin efecto, pues mas poderosa que el gobierno era la liga. Mientras se reunian los Estados deliberaba el rey en su Consejo sobre la conducta que deberia seguir en esta efervescencia de los ánimos. Y como se creia que una de las peticiones de los estados habia de ser la revocacion del último edicto, y que no se tolerase en Francia mas culto que el catolicismo, se decidió al fin que diese el rey su asentimiento á la medida.

En 6 de setiembre del mismo año se abrieron solemnemente los estados. Les dirigió el rey un discurso desde el trono, lamentando los males que afligian al pais por la animosidad que agitaba á los

partidos, pidiendo á los estados le auxiliasen en la obra difícil de establecer la paz y la concordia entre sus súbditos. No tocó el rey el punto de la liga, ni dió á entender que era sabedor del gran proyecto de sus partidarios.

No tardaron estos en manifestar al rey sus intenciones, pidiendo con solemnidad la revocacion del edicto de pacificacion, suplicando al rey no permitiese en Francia el ejercicio de otra religion que la católica. Dió gratos oidos Enrique III á esta proposicion de los estados, y prometió su cumplimiento segun la resolucion tomada en el Consejo. Para dar muestra de que adoptaba las ideas de la asamblea y entraba en ellas con sinceridad, se declaró jefe de la liga santa y firmó los capítulos de esta asociacion, en que los miembros mas poderosos é influyentes aspiraban sin duda á destronarle.

Gradúan todos los historiadores de gran debilidad este acto del monarca. Mas ¿qué otro recurso le quedaba? ¿Permaneceria fuera de la vasta asociacion que blasonaba de representar los verdaderos intereses de la Francia? ¿Chocaria de frente con los que se llamaban campeones de la religion católica? ¿Disolveria violentamente una asamblea convocada por él mismo, y cuyas peticiones tenian todo el aire de un mandato? Para Enrique III no habia ya eleccion. Al triste papel de *jefe nominal* de la liga tenia que reducirse, si no queria pasar por mas sérios desaires, por humillaciones mas marcadas. Se puede decir que Enrique III dejó de hecho de ser rey, desde el momento que el gran partido católico, es decir, la mayoría nacional, cesó de considerarle como su representante.

Además del gran asunto de la revocacion, se ocuparon los estados de Blois en arreglos interiores de un órden secundario, relativo á la organizacion del pais, y sobre todo de las municipalidades. En todos estos actos traspiraba la tendencia á fortificar el poder de las asociaciones populares contra las influencias del monarca. Es muy de notar que el mismo espíritu republicano que animaba al calvinismo, se manifestaba en los católicos que desconfiaban de la corte, y en los esfuerzos de su propio valor, cifraban la victoria sobre sus rivales.

Revocado el edicto de pacificacion, necesario era que los católicos se preparasen á una nueva guerra. No habian estado dormidos los calvinistas durante todos estos pasos, ni estaban dispuestos á ceder sin disputa el campo que ocupaban. Ya habian formado entre ellos y los príncipes protestantes del Imperio una asociacion, á la

que dieron el nombre de *contra liga*, en oposicion de la católica. Se prepararon todos á encomendar su causa á los azares de la guerra abierta. Los católicos la deseaban con ardor, fiados en su superioridad de número y recursos pecuniarios. Mas por una contradiccion que no deja de explicarse, anduvieron muy remisos los estados en aprontar al rey los fondos necesarios para hacer la guerra; tan desconfiados estaban de la sinceridad del monarca; tan interesados en que otro fuese la cabeza pública y ostensible de tan grande empresa.

La reina Catalina, sagaz siempre, sin perder nunca de vista el pro y el contra de todas las cuestiones, á quien cegaba poco la pasion, y los objetos le presentaban siempre su semblante verdadero, conoció muy pronto los graves peligros que corria el Estado y su propio poderío, en caso de empeñarse sériamente aquella nueva guerra. Sabia mejor que su hijo las tendencias y aspiraciones de la liga católica, contrarias á ella y al trono, y se horrorizaba con la idea de que al fin quedase completamente vencedora. Por otra parte contemplaba á los calvinistas siempre decididos á correr los azares de una lucha, cuyos resultados no podian preverse. Puso, pues, en juego esta princesa los resortes de su política, haciendo que los miembros mas influyentes del partido medio interpusiesen su mediacion para evitar el choque próximo de los dos partidos. Fueron ineficaces sus intrigas, y la guerra tuvo efecto, siendo los resultados muy prósperos desde un principio para los católicos. Perdieron los calvinistas varias plazas, y entre ellas la de La Caridad, punto importante por su posicion central en las orillas del Loira, sin que por esto desmayasen. Crecian al contrario de dia en dia sus elementos y medios de defensa. Reclutaba el príncipe de Condé á toda prisa alemanes y suizos, ya próximos á entrar en Francia. Igual marcha estaba emprendiendo á la sazon el príncipe Juan Casimiro, hermano del Elector palatino, á la cabeza de un cuerpo poderoso de auxiliares.

Volvió á apoderarse el cansancio, como tantas veces sucedia, de las filas de los combatientes. Era demasiado viva la llama de la pasion que provocaba todos estos choques, para que fuese duradera. Habia disminuido mucho el ardor de los católicos á la vista de las nuevas dificultades que les oponian los contrarios. Por otra parte, la guerra les ocasionaba cuantiosos desembolsos, y además se hallaban roidos de la inquietud, de que la corte no hiciese buen uso

de tan enormes sacrificios. Abrió este desmayo nuevo campo á las intrigas de la reina madre. Dirigiéndose alternativamente á unos y á otros, poniendo en movimiento los celos, las desconfianzas mútuas, inspiró generalmente el deseo de una nueva pacificacion, que al fin se ajustó en Poitiers á mediados de 1577. Para hacer ver lo inútil de estas luchas y lo imposible que era acabar con opiniones arraigadas en todo un partido numeroso cual lo era á la sazon el calvinista, pondremos en estracto los capítulos de este nuevo arreglo. Se permitia por él á los hugonotes el ejercicio libre, público y general de la religion llamada reformada, en todas las ciudades y lugares del reino pertenecientes á los de la religion, y en cualquiera otro sitio, con tal que fuese con el consentimiento de los propietarios: se les permitian sermones, oraciones, cantos de salmos, administracion del bautismo y de la cena, abrir escuelas públicas, edificar templos para el ejercicio de su religion, á excepcion de Paris y de sus arrabales, y dos leguas en contorno. Se les permitia el matrimonio de los sacerdotes y otras personas religiosas, sin que por ello se les molestase ó persiguiese, y se levantaba todo obstáculo en materia de religion para recibir á los calvinistas en universidades, colegios y hospitales. Se permitia al rey de Navarra y príncipe de Condé celebrar oficios en los lugares de su pertenencia, hallándose ausentes. En los parlamentos de Paris, Roma, Dijon y Rennes, donde los calvinistas debian tener una sala compuesta de un presidente y cierto número de consejeros; debian ser estas personas elegidas por el rey, mas sometiéndose la lista al rey de Navarra y á los interesados, que podrian recusar á los que les pareciesen sospechosos. Debia conceder el rey al de Navarra ochocientos hombres para guarnecer las ciudades que se le diesen en custodia, debiendo gravitar igualmente sobre todos los súbditos de S. M. todas las sumas que se aprontasen para pagar á los reitres, tanto en estas últimas como en las anteriores turbulencias.

Así, despues de tantos conflictos, de tantos desastres, de tanta sangre derramada, quedaron los calvinistas por este tratado de Poitiers bajo un pié tan favorable como por la paz ajustada en San German ocho años antes. Mas como la experiencia es enteramente inútil cuando habla fuertemente la voz de las pasiones, no sirvió de nada este escarmiento para impedir nuevas luchas de esta especie, como lo haremos ver mas adelante.

El rey de España que tenia puestos sus ojos en todos estos acon-

tecimientos, que habia sabido con gran gusto suyo la providencia tomada en Blois de revocar el último edicto de pacificacion, que escribia cartas sobre cartas á su embajador y á otras personas influyentes, para que mantuviesen al rey en sus resoluciones, recibió la noticia del tratado de Poitiers con las muestras del mayor disgusto. Se dice que exclamó en un momento de enojo: «Es incompatible la conservacion de la fe católica en Francia con la familia de Valois; es preciso buscar el remedio en otra parte.» Si las palabras no son ciertas, son al menos muy probables, tanto por lo que pasaba entonces en el ánimo del rey, como por su conducta sucesiva. No podian estar mas en oposicion las ideas y carácter del monarca español con las de la corte de Francia, porque tampoco podia ser mas diversa la posicion en que unos y otros se encontraban. Felipe, dueño absoluto de su casa, acostumbrado á la obediencia ciega de los españoles, sin mas creencias religiosas que una, sin facciones, sin partidos depresivos en lo mas mínimo de su autoridad, apenas podia concebir el estado convulsivo de la nacion vecina, por tantas facciones destrozada. En vano le escribió la reina madre, haciéndole ver los embarazos que rodeaban la corte, impulsada en diversos sentidos por las pasiones é intereses que mútuamente se excluian. A estas manifestaciones daba poco crédito, y solo se le halagaba tomando sérias medidas para acabar de una vez con los nuevos sectarios, que con tal encarnizamiento aborrecia. Temeroso siempre del auxilio que de los calvinistas de Francia recibian los rebeldes de los Paises-Bajos, veia en esta última pacificacion el principio de una nueva alianza. Y como se hablaba mucho entonces de que los Estados de Flandes llamaban al duque de Anjou para ponerle á la cabeza del gobierno, concibió el rey de España nuevos temores, de que Enrique III se declarase protector de los Paises-Bajos. Pero coincidiendo esta medida con el principio del mando del príncipe de Parma en Flandes, dejaremos este asunto para el artículo siguiente, relativo á la administracion del nuevo gobernante.

CAPÍTULO LI.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Gobierno de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.—Situacion del pais.—Disturbios.—Entrada en Flandes del duque de Anjou, y su salida.—Movimiento del príncipe de Parma.—Pasa el Mosa.—Llega hasta los arrabales de Amberes.—Retrocede, y pone sitio á la plaza de Mastrich.—Defensa heróica de los sitiados.—Asaltos inútiles de los españoles.—Se regulariza el sitio.—Apuros de los de adentro.—Nuevos asaltos.—Toma de la plaza.—Los vencedores la saquean (1).—(1578-1579.)

Aspecto poco favorable presentaban los asuntos de España en los Paises-Bajos, cuando tomó las riendas del gobierno el príncipe de Parma. De las diez y siete provincias que los componian, solo tres se hallaban á su devocion, y estas contenidas en cierto modo por la presencia de sus armas. En un campo fortificado, con todas las precauciones de la guerra, á las inmediaciones de Namur, se hallaba el ejército de que disponia, con grandes temores de que le interceptasen los víveres y comunicaciones por medio de los rios Sambre y Mosa, que tenia á su espalda. Se hallaban al contrario muy pujantes los confederados, engrosando mas y mas sus filas, con refuerzos que les enviaban los príncipes luteranos de Alemania. Tambien los aguardaban de Francia, donde el partido calvinista consideraba como aliados unos pueblos que se hallaban en guerra contra un enemigo comun, á saber, el rey de España. Ya hemos visto al duque de Anjou, hermano de Enrique III, colocado al frente de un partido

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXXVII, XXVIII, XXXIX, XLIII, XLIV, XLV y XLVI.

medio, entre la corte y los calvinistas, sin que se pudiese decir si se conservaba fiel, ó se declaraba en pugna abierta contra aquel monarca. En un pais despedazado por parcialidades, y con una corte, donde tantas intrigas en mil sentidos pululaban, nada tomaba un carácter determinado, ni de union, ni de hostilidad constante; y si Enrique III no podia ver con buenos ojos á un hermano que se emancipaba tantas veces de su autoridad, tal vez dió sincero asentimiento, cuando supo que el duque de Anjou era llamado á los Paises-Bajos por los enemigos de España, cuya amistad hácia él no podia menos de serle sospechosa. Como agente principal de esta llamada del duque de Anjou, se designa á la princesa Margarita de Valois, su hermana, y mujer, como se ha visto, de Enrique de Navarra. Aprovechó Margarita la ocasion de un viaje á los baños de Spá, ó mas bien tomó este pretexto para presentarse á los Paises-Bajos, donde supo insinuarse con destreza en los ánimos de muchos de los personajes de la confederacion, presentándoles las ventajas de poner á su cabeza al duque de Anjou, lo que les proporcionaria sin disputa la proteccion y alianza del mismo rey de Francia. Dieron oidos á la proposicion los que la creyeron ventajosa, ó los que deseaban alguna novedad que mejorase su fortuna propia. Fué en las dos provincias de Artois y de Haynault, donde el duque de Anjou ganó mas partidarios, y por donde se concertó su entrada en los Paises-Bajos. Lo verificó el príncipe francés á mediados del 1578, cuando todavía mandaba don Juan de Austria. Llevaba consigo algunas tropas, que si no parecieron muy considerables á los que les llamaban, les satisfacian en parte, por las numerosas que para tiempos mejores anunciaban. Mas lo que parecia un grande refuerzo y un considerable aumento de poder para los confederados, no fué verdaderamente mas que un principio de desunion y una manzana de discordia. En primer lugar, se disgustó mucho con la venida del príncipe francés el archiduque Matías, reconocido ya por gobernador de los Estados, y que se vió como suplantado por el recien-venido; por otra parte, los que no habian tenido parte en la llamada del francés, pues fué obra solo de una parcialidad, miraron con desconfianza el refuerzo de un auxiliar, que tal vez no venia con las mejores intenciones. No era en efecto la persona del duque de Anjou muy á propósito para inspirar confianza á pueblos celosos de sus privilegios, y que en los extranjeros buscaban solo proteccion, mas no señores. Demasiado jóven, de carácter ligero, de

poca capacidad, licencioso como un príncipe criado en la corte de Francia, sin mas instinto fuerte que el de una ciega ambicion que no se apoya en plan alguno, se presentó en los Paises-Bajos, conduciéndose, y sobre todo, expresándose de un modo, que daba á entender que los consideraba como su dominio propio. Excitó esto la suspicacia de los flamencos, y no fué poco el disgusto del duque de Anjou, al verse objeto de homenajes, de respeto aparatoso y toda clase de acatamientos, sin ejercicio ninguno del poder; al ver que ni para el pago de las cortas fuerzas que le acompañaban, ni para los gastos de su persona, le contribuian en nada los Estados. Se disgustó pues muy pronto el príncipe del pais, y despues de algunos dias de residencia en Mons, dejó los Paises-Bajos y se retiró á Francia, donde continuó siendo objeto de celos é inquietud para su hermano.

Adolecian los Estados confederados de los Paises-Bajos del espíritu de desunion, que inevitablemente se introduce donde los intereses no están todos de acuerdo; donde no hay una cabeza, un hombre de poder y de prestigio, capaz de encadenar las voluntades. Matías no era mas que jefe nominal, un príncipe extranjero, llamado para dar al menos una sombra protectora á los confederados. El príncipe de Orange, aunque de gran capacidad y nombre en el pais, no ejercia bastante poder, ni gozaba tal prestigio, que le reconociesen por jefe y director todos los Estados de la Liga. Una prueba de que él comprendia esto mismo, y de que evitaba con cuidado alarmar la susceptibilidad de sus rivales es que no solo tuvo parte activa en el llamamiento de Matías, sino que apoyó despues con eficacia la ida á Flandes del duque de Anjou, aunque no desconocia sin duda las pocas prendas que alcanzaba. Segun hizo ver este príncipe por toda su conducta, no aspiraba al dominio absoluto de los Paises-Bajos, y sí tan solo al mando y posesion de las provincias de Zelanda y Holanda, y las demás del Norte confinantes.

No podian ser los Paises-Bajos mas que teatro de intrigas y facciones, así como de combates. Poco antes de la entrada del duque de Anjou, se habia apoderado de Gante y otras plazas, echando de ellas á sus gobernadores un nuevo partido en abierta rebeldía contra los Estados, y que obraba, segun opinion comun, bajo la influencia secreta del príncipe Juan Casimiro. Como eran por la mayor parte los de este partido individuos de las nuevas sectas religiosas, se señaló la faccion con nuevos despojos y allanamientos de

los templos católicos, aumentándose el desórden de aquellas turbulencias. Contra esta parcialidad se levantó otra en las provincias del Artois, del Haynault y de la Flandes Meridional, que con el nombre de *malcontentos*, se declararon campeones del catolicismo, y en abierta oposicion con la política de los Estados, que dispensaba tanta proteccion á las nuevas sectas religiosas. Fueron principalmente estos descontentos los que llamaron á Flandes al príncipe francés, y los primeros que dudaron de sus buenas intenciones, obligándole á dejar un pais, donde no se hallaba con bastantes fuerzas para mantenerse. Así pululaban los celos, las desconfianzas, las disensiones mutuas, atizadas, no solo por los naturales, sino por la política poco franca de las cortes extranjeras. No se sabia á punto fijo, si Enrique de Francia protegia ó no cordialmente el establecimiento de su hermano en Flandes. En cuanto á la reina de Inglaterra, á pesar de haber dado en otro tiempo oidos al ajuste de sus bodas con el duque de Anjou, de haber agasajado muchísimo á este príncipe cuando su presentacion en Londres, estaba muy lejos de pensar seriamente en semejante enlace, y además se hallaba sumamente recelosa de la influencia que iba á ejercer el rey de Francia en Flandes, por la investidura de su hermano. Por esta causa, á pesar de una liga de hecho que existia entre Isabel y los confederados, no solo cesó de enviarles socorros pecuniarios, sino que exigia el pago de las sumas que les habia prestado. Por otra parte, Felipe II, siempre desconfiado de la política poco segura y decidida de Francia, comenzaba á considerarle casi como enemigo por la expedicion del duque de Anjou, y trató de ponerse de acuerdo con la reina de Inglaterra, aunque con tan poca sinceridad de una y otra parte, como puede suponerse. Lo que habia de real en todas estas combinaciones, era la desconfianza, los celos, el deseo mutuo de hacerse daño, que á los tres soberanos animaba. Y solo con estos datos suministrados por todas las historias, se puede concebir que estando todas las provincias de Flandes, menos tres escasas, insurreccionadas contra el rey de España, hallándose con fuerzas superiores, no llegasen á echar de una vez á los españoles de su territorio. Pasemos ahora á las operaciones militares del príncipe de Parma.

Trató Alejandro de tomar la ofensiva; y otra conducta no podia adoptar, hallándose como encerrado en su campo, á las inmediaciones de Namur, y hasta con apuros para la subsistencia de sus

tropas. Les pasó revista, y se halló con veinte y cuatro mil hombres de á pié, y cerca de siete mil caballos, casi todos alemanes. Era maestre de campo general, Pedro Ernesto, conde de Mansfelt; general de la caballería, Octavio Gonzaga, y comisario general de la misma, Antonio de Olivera. Mandaba la artillería, Egidio, conde de Barlamont, al cual auxiliaba para todo género de construcciones de guerra, Gabriel Serveloni, nombre ya conocido en esta historia, y de otros tres capitanes de infanteria, célebres ingenieros italianos.

Con este ejército, pues, se decidió Alejandro Farnesio á correr los azares de la guerra; pues aunque el rey de España le escribia entonces que tentase los medios de ajustar una paz con los Estados, creyó que seria el mejor modo de conseguirlo, alcanzando ventajas militares. Deliberó pues en su consejo sobre el camino que emprenderia la expedicion, y aunque opinaron los mas que se trasladase el ejército á las provincias de Flandes y Brabante, y pusiese sitio á Amberes, se decidió á dirigirse con ellas hácia el Norte, y ocupar á Mastrich, para impedir mejor la entrada de los alemanes auxiliares.

Mientras tanto sitiaban los Estados la plaza de Deventer, en posesion entonces del de Parma; y aunque este príncipe se apresuró á marchar en su socorro, la entregaron los alemanes que la guarnecian antes de la llegada del refuerzo. No impidió esto que el general español continuase su expedicion hácia la plaza de Mastrich, á cuyas inmediaciones llegó á principios de 1579. Antes de emprender seriamente el sitio, se apoderaron sus tropas de algunos pueblos considerables de las inmediaciones. Entró el capitan español Cristóbal de Mondragon en Carten, que hacia poco se habia sublevado, y ahorcado al gobernador puesto por los españoles. Reparó Mondragon el ultraje, dando el mismo castigo al gobernador puesto por los sublevados, y dejó por jefe de la plaza al español Fernando Lopez. Despues pasó Mondragon á la plaza de Erclens, que se entregó sin resistencia, y en seguida, despues de una refriega en que derrotó á tropas que venian en su encuentro, se apoderó de la plaza de Estrala, en cuya expugnacion apeló al recurso de la mina. Mientras tanto obtuvo una ventaja Pedro Tasis de importancia sobre el enemigo, habiéndole derrotado y perseguido hasta las puertas de Venloo. Otra derrota hizo sufrir el marqués del Monte á un cuerpo de caballería, muy superior en número. Eran muy

frecuentes estas escaramuzas ó combates parciales en una guerra, donde se reducian casi á sitios de plazas las grandes operaciones militares. Alentado con estas ventajas Alejandro, ó por desistir ya de su proyecto de sitiar la de Mastrich, ó por ocultar mejor su designio al enemigo, resolvió penetrar por el Brabante. Mandó para esto echar un puente de barcas sobre el Mosa, á favor del cual pasó todo el ejército, sin ser molestado; á pesar de que habiéndose desbaratado el puente, cuando se hallaba todavía la mitad de las tropas en la orilla izquierda, les hubiese sido fácil aprovecharse de la confusion que origina siempre un accidente de esta clase. Mas probablemente no tenian los enemigos noticia de este movimiento, lo que prueba el descuido ó falta de concierto que reinaba en sus operaciones militares. Así es que cuando Alejandro Farnesio entró en la provincia del Brabante, comenzó á introducirse en ellos nuevamente la discordia, echándose mutuamente en cara el desacierto de sus operaciones. Para ponerse al abrigo de la tempestad que los amenazaba, adoptaron el plan de repartir una gran parte de sus tropas entre las plazas de Malinas, Mastrich y Breda, dejando un grueso cuerpo cerca de Eindoven y de Bois-le-Duc, para observar los movimientos de Alejandro.

Volvió este á pasar revista á su ejército, algo engrosado con refuerzos de Alemania, y se halló con veinte y cinco mil hombres de infantería y ocho mil caballos, sin contar las tropas que habian dejado atrás, á las órdenes de Cristóbal de Mondragon y el marqués del Monte. Hallándose con un número de caballos demasiado considerable para sus operaciones en aquel punto, resolvió licenciar algunos recayendo esta medida sobre cuerpos alemanes, de cuya disciplina y comportamiento no se hallaba satisfecho. Por entonces no tenia falta de dinero, pues acababa de hacerle una remesa considerable el rey de España.

Con una parte del ejército mandada por el coronel aleman Altemps y el maestre de campo Francisco Valdés, se emprendió el sitio de Vort, que se rindió á viva fuerza, sufriendo en seguida un saqueo por las tropas vencedoras. Las que la guarnecian fueron ahorcadas. Al mismo tiempo hacia Octavio Gonzaga una expedicion sobre la plaza de Eindeven, y derrotó á las tropas enemigas que salieron al encuentro. Persiguieron los nuestros á los fugitivos hasta las mismas puertas de Oriscot; y cuándo pensaban entrar detrás de los contrarios, se alzaron los puentes y la plaza se puso en

estado de defensa. Por su parte se movió Alejandro con las tropas de Mondragon, Tassis y Altemps, hácia el campo fortificado de Tornhut, entre Bois-le-Duc y Amberes, donde estaban situados los reitres alemanes que Juan Casimiro habia llevado á los Paises-Bajos. Se hallaba el príncipe á la sazon ausente en la corte de Inglaterra, donde en nombre de los Estados habia ido á solicitar socorros de la reina, muy poco propicia entonces á proporcionar auxilios de que probablemente se aprovecharian los franceses. A pesar del buen recibimiento que hizo al príncipe aleman, eludia sus proposiciones con respuestas evasivas, y teniendo en poca cuenta las ofertas que en pago de sus servicios la hacia el príncipe de Orange, exigia plazas fuertes por seguridad de sus empréstitos. Así pasaba el aleman su tiempo entretenido y divertido en la corte de Inglaterra, cuando era su presencia al frente de sus tropas tan indispensable.

Las mandaba en su ausencia un príncipe de Sajonia, deudo suyo, y no atreviéndose á esperar al de Parma, se retiró hácia la plaza de Bois-le-Duc para hacerse fuerte en ella. Temerosos los habitantes de que una vez entrados los alemanes se quisiesen apoderar de la ciudad, les cerraron las puertas y no quisieron una proteccion que podia serles tan costosa. Disgustados los alemanes, viéndose por otra parte muy poco seguros en aquel pais, pensaron en tomar la vuelta de su patria. Con este objeto se dirigieron al príncipe de Parma, prometiéndole retirarse del teatro de la guerra con tal que satisfaciese sus atrasos. Mas les respondió Alejandro que los alemanes en lugar de exigir dinero para irse, deberian darlo para que se les permitiese emprender su retirada; que por lo mismo seria ya demasiada su bondad en darles salvo-conducto para que nadie los molestase en el camino. Se dirigieron los alemanes con esta salvaguardia á su pais, sin exigir mas condiciones, y pasaron el Mosa sin que en nada los incomodasen las tropas de Alejandro.

Supo esta funesta noticia el príncipe Casimiro cuando se creia en el apogeo de su favor con Isabel, cuando acababa de recibir de esta princesa la condecoracion de la Liga, que en aquel pais tan solo á los mas altos personajes se concede. Desilusionado el aleman con dicha nueva, salió prontamente de aquella corte, donde tan malamente habia perdido el tiempo, y sin detenerse en los Paises-Bajos se retiró á Alemania. Con este motivo perdieron los Estados un cuerpo considerable compuesto de tropas escogidas, que les po-

dia ser tan útil en aquella guerra; prueba evidente de lo mal que estaba dirigida. En cuanto al príncipe Alejandro, no contento con estas ventajas parciales, trató de dar un golpe mas importante atacando el campo enemigo situado en Burgerhout, inmediato á Amberes, guarnecido con auxiliares ingleses, franceses y escoceses, á cuya cabeza se hallaban el francés Lanoue y el inglés Norrís. Trataron algunos de su Consejo de impedir la expedicion, tachándola de temeraria y del todo improductiva. Mas sostuvo el príncipe de Parma que no podia serlo una empresa que presenciarian los de Amberes por hallarse tan próximo aquel campo; que la seguridad de una pronta retirada al abrigo de sus muros, seria causa de que los enemigos hiciesen poca resistencia, mientras los de la plaza, al contemplar la bizarría y denuedo de los españoles, les darian gran fuerza moral y se prepararian á recibirlos como sitiadores cuando llegase el caso conveniente. Con arreglo á esta resolucion se puso en movimiento Alejandro, y en una llanura muy cerca del campo atrincherado, dispuso sus tropas de un modo que ofreciesen un aspecto mas imponente y mas vistoso, tanto para los del campo como para los de la ciudad, que estaban observando el movimiento. Formó en medio un escuadron en cuadro, colocando arcabuceros en los dos costados. Le apoyaban por la derecha los reitres alemanes mandados por Francisco de Sajonia, y por el otro un cuerpo de coraceros por Pedro de Tasis. Estaban colocados delante de este escuadron tres tercios pequeños mas de gente escogida y muy probada. A mano izquierda, enfrente al castillo de Amberes, colocó los españoles con Lope de Figueroa: en medio los flamencos mandados por Valdés, y los valones (1) por Altemps. Cada uno de estos tercios llevaba cien mosqueteros, y algunos iban provistos de un puente para pasar un arroyo que corria en frente del campo atrincherado. A la retaguardia del escuadron formaba Octavio Gonzaga con un gran cuerpo de caballería como reservas y por los claros que dejaban los tercios y otros huecos entre el escuadron y los cuerpos de caballería que los flanqueaban, discurrian algunos caballos ligeros que servian de corredores de campo y hacian el servicio de vanguardia. Dispuestas así las tropas, arremetieron en seguida. Avanzaron los tercios con la animosidad que les inspiraba la

(1) Se daba en aquel tiempo, y aun en posteriores, el nombre de Valones ó Walones á los habitantes de la parte meridional de la provincia de Flandes, llamada Galicana ó Francesa; y lo mismo, aunque no tan propiamente, á los del Artois, del Cambresis y del Haynault

rivalidad de las naciones, deseando cada uno ser el primero en echar su puente. Cupo esta suerte al tercio de los valones mandados por Altemps; mas los otros no fueron remisos en hacer lo mismo, y así casi acometieron todos de una vez el campo atrincherado. Defendian los enemigos su puesto con mucha animosidad, y todavía pelearon esforzadamente despues de asaltadas por los nuestros las trincheras. Obligados á ceder, se retiraron á guarecerse en los muros de la plaza. Siguieron los nuestros el alcance: movió su cuadro el príncipe Alejandro, y tuvo el placer de poner fuego á uno de los arrabales de Amberes, cuyos habitantes presenciaban el espectáculo desde sus murallas con el espanto y consternacion que pueden concebirse.

No estaban ociosos los negociadores durante todos estos movimientos. Se trataba, aunque inútilmente, de convenios, de reconciliaciones y de paces. Por no interrumpir el hilo de la narracion, dejaremos este asunto por ahora, y seguiremos al príncipe de Parma en sus operaciones militares.

Despues del golpe sobre los arrabales de Amberes, se movió Alejandro hácia la plaza de Mastrich, segun su proyecto anterior de ponerla formalmente un sitio. Por qué no hizo esta operacion en la plaza de Amberes, cuando la tenia tan cerca, cuando habia incendiado ya uno de sus arrabales, no se comprende ni se sabe á punto fijo. Conformándonos á la historia, que coloca el sitio de Amberes en un tiempo muy posterior, daremos preferencia al de Mastrich, que tuvo en efecto lugar cinco años antes.

Llegó, pues, el príncipe Alejandro en 8 de marzo de 1579 á las inmediaciones de Mastrich, esparciendo la consternacion tanto en la plaza, como en los pueblos de las inmediaciones. Una gran parte de los habitantes del campo se retiraron al territorio de Lieja; parte á los muros de la misma plaza. Se halla construida sobre el Mosa, que la atraviesa, dividiéndola en dos partes desiguales. La mas considerable, situada en la orilla izquierda, es el verdadero Mastrich, dándose el nombre de Wich á la que cae á la derecha.

Se hallaba á la sazon Mastrich con todas sus fortificaciones, unas reparadas, otras construidas de nuevo, pues habia contado el príncipe de Orange con todas las probabilidades de un asedio. Estaba abastecida abundantemente de víveres, municiones y toda clase de pertrechos militares. Ascendia su poblacion á treinta y cuatro mil almas, con mil quinientos hombres de guarnicion, franceses, in-

gleses y escoceses, con otros seis mil mas soldados del pais que acababan de alistarse. Estaba designado por gobernador el francés Lanoue, que servia de cuartel-maestre general en el ejército de los aliados; mas á pesar de la diligencia con que este se puso en camino inmediatamente que tuvo noticias del próximo asedio de la plaza, no pudo llegar á ella por hallar todos los caminos interceptados por los nuestros. Quedó, pues, de gobernador el aleman Schwartzemberg, teniendo por segundo el conde de Erle y Sebastian Tapino (1), ingeniero distinguido, que habia sido director de las nuevas fortificaciones.

Trataron los enemigos de incendiar todas las casas y aldeas de los alrededores, á fin de privar de todos recursos el campo de los nuestros; y hubiesen consumado la obra de la destruccion, si por órden de Alejandro no se hubiese adelantado Lope de Figueroa con el objeto de impedirlo. Apagado el fuego se presentó pronto Alejandro delante de los muros de la plaza.

Puso su cuartel general el príncipe en el pueblo de Patersen, á media legua de Mastrich, y queriendo inaugurar la empresa de un modo que le hiciese grato á sus soldados, les dió á saco el pueblo, donde á pesar de su poca aparente consideracion, fué el botin abundantísimo, tanto en víveres como en efectos de valor, y hasta dinero. Con esto objeto se introdujo la alegría y buen humor en el ánimo de los soldados, para quienes era este pillaje como preludio del que les aguardaba dentro de la plaza.

Comenzó el príncipe de Parma sus operaciones por un bloqueo para hacer mas fácil el asalto. Mandó al efecto construir dos puentes de barcas apoyados en baterías, uno por encima de la ciudad, otro por bajo de la misma, y encerrada así por agua, la privó tambien de comunicaciones por tierra, por medio de torreones que hizo construir; cuatro sobre la orilla izquierda, y dos enfrente del pueblo de Wich, por la derecha. Mientras tanto no se descuidaban los sitiados de hacer salidas, escogiendo para ello las horas de la noche. Imaginando los sitiadores que el no emplear el dia era efecto de su poco arrojo, no observaban en la construccion de las obras, todas las precauciones necesarias; y así, aprovechándose de este descuido, los sorprendieron en una ocasion, matando á muchos trabajadores, y destruyendo en gran parte las trincheras. Con esto

(1) Algunos y entre ellos Strada, le dan el nombre de Panoti.

fueron los sitiadores mas cautos, y no dieron lugar á que se repitiese la desgracia. Como careciese el campo español de trabajadores y peones suficientes para las obras del sitio, se suplió esta falta con soldados, y aun con oficiales. El mismo Farnesio dió el ejemplo cogiendo un azadon; tan interesado estaba en el éxito feliz y pronto de una empresa que iba á tener una grande influencia en las operaciones ulteriores de la guerra.

Terminadas ya las obras de circunvalacion, privados los sitiados de todas sus comunicaciones con los de afuera, y facilitados los aproches, pensó seriamente el príncipe de Parma en un ataque formal que preparase los asaltos. Se deliberó en el consejo sobre qué punto comenzarian á jugar las baterías, y aunque él se inclinaba hácia la puerta de Bois-le-Duc, se decidió por consejo de Barlamont, recien llegado al campo con la artillería gruesa de batir, que comenzase el ataque sobre la de Tongres. Se construyeron al efecto baterías con cestones, donde se colocaron cuarenta y seis piezas de gruesa artillería que comenzaron al instante á hacer fuego sobre la parte de la muralla que parecia mas débil. Al mismo tiempo recorrian tropas ligeras los alrededores, con objeto de recoger faginas, piedras y demás materiales para la cegadura de los fosos. Enfrente de Wich se habia situado Cristóbal de Mondragon con su tercio, y Octavio de Gonzaga estaba apostado con cuerpos de caballería ligera, para hacer frente á cualquiera socorro de gente que pudiera llegar á los sitiados.

Abrieron las baterías de los sitiadores brecha, mas se percibió por la abertura que estaba detrás un terraplen con su foso, con lo que se vino en cuenta que habian comenzado por el paraje mas fuerte el ataque de la plaza. Dispuso inmediatamente Alejandro que se dirigiese otro por la puerta de Bois-le-Duc, como habia sido su primer proyecto, no suspendiéndose por esto el ya comenzado por el otro punto; con lo que fué atacada la ciudad por las dos partes. Apelaron los españoles al recurso de las minas, que el enemigo neutralizó por medio de la contramina. Hubo con este motivo de una y otra parte peleas subterráneas, en que los sitiados mostraron mucho arrojo; mas los sitiadores llevaron al fin las ventajas, y dirigidos los trabajos por un famoso ingeniero, llamado Plati, muy inteligente en estas construcciones, continuaron la mina por debajo del foso, y pusieron el cofre ú hornillo debajo de un baluarte. Concluidos los preparativos, se dió fuego, hallándose las tropas prepa-

radas al asalto. Voló en efecto una parte del baluarte, y aunque la brecha era poco practicable, subieron por ella los mas esforzados, y llegados á la altura, se hallaron con que en medio del baluarte habian colocado los enemigos una trinchera con foso, y estacadas, de donde les hicieron fuego con toda seguridad, sin ser molestados por los nuestros. No atreviéndose estos á pasar adelante, conservaron su terreno, y quedaron dueños de los fosos de la plaza. Al mismo tiempo batia el conde de Mansfeld la puerta de Bois-le-Duc, con veinte y ocho cañones, y habiendo aguardado á que se secase un poco el foso que acababa de ser inundado por una avenida del Mosa, se preparó un asalto, tanto por esta parte, como por la correspondiente á la de Tongres. Todas las baterías hacian fuego al mismo tiempo, y las tropas estaban formadas delante de los puntos que les habian designado; por la parte de la puerta de Bois-le-Duc, el tercio de Lope de Figueroa, el de Francisco Valdés; diez compañías del conde de Altemps, compuestas de alemanes y borgoñones, con otras cinco de quinientos valones. Otras ocho de este mismo jefe, estaban de guarnicion en uno de los fortines de que la línea de circunvalacion se componia. Se hallaban hácia la puerta de Tongres el tercio de Fernando de Toledo; seis banderas alemanas de Jorge Fronsberg, los que mandaba el conde de Barlamont, parte de los de Carlos Fugier, habiendo quedado la otra en la guardia del fortin que tenian á su cargo. Antes de dar la señal de asalto arengó el príncipe de Parma á los soldados, haciéndoles ver la importancia de la toma de una plaza frontera de Alemania, y á cuya conquista seguiria la de todas las provincias valonas fronterizas á la Francia. Les hizo ver que sobre ellos estaban fijos los ojos, no solo de los Paises-Bajos, sino de toda Europa, por donde habia cundido la fama de aquel sitio; que de sus esfuerzos iba á depender el buen éxito de las conferencias celebradas entonces en la ciudad vecina de Colonia, donde el rey de España tenia sus negociadores; que la guarnicion de la plaza de Mastrich se componia de hombres, á quienes acababan de vencer en las cercanías de Amberes, y por último, que no dejaria de asistirles la victoria, por ser la causa que servian la de Dios, habiendo ya recibido una indulgencia plenaria por el órgano de su vicario. Si estaban inflamadas de entusiasmo las tropas sitiadoras, no se hallaban abatidas las sitiadas. Tanto los vecinos de la plaza como los soldados, habian mostrado el mayor celo en la construccion de las obras de defensa

y demás cosas necesarias. Todas las clases rivalizaban en ardor, y las mujeres no se mostraban menos animosas que los hombres. Se regimentaron una porcion de estas, haciendo el servicio importante de conducir faginas, víveres y municiones á los parajes mas expuestos, de retirar y cuidar de los heridos. A veces combatian en persona en los parajes mas peligrosos. Sebastian Tapino daba á todos el ejemplo, y hacia ver lo importante que era para la causa de los Paises-Bajos la defensa de una plaza como Mastrich, llave de la frontera, por donde les entraban tantos socorros de Alemania.

A la señal del asalto, embistieron de una vez todas nuestras tropas. Acometió por la puerta de Bois-le-Duc el tercio de Figueroa, donde se hallaban una porcion de aventureros italianos. Aunque llegaron estos á colocarse sobre los muros de la plaza, hallaron una resistencia tal, que tuvieron que retirarse con muy grande pérdida. Se rehicieron sin embargo, pronto, y volvieron al asalto, trepando por las ruinas de la brecha, pero con muy poco órden. Defendíanse los de adentro con mucha valentía. Hasta los paisanos y labradores recogidos dentro de la plaza, acudieron con hoces, con guadañas, con instrumentos de trillar, con aros de barricas, embreados y encendidos, con piedras, con agua hirviendo, y diversas materias inflamadas. Se trabó con esto una sangrientísima pelea, y aunque crecia el coraje de los asaltadores con tanta resistencia, tuvieron que ceder el terreno, y abandonar la esperanza de subir á lo alto de los muros. Por otra parte les ofendia mucho una especie de castillo ó torreon, que situado á un lado de la puerta de Bois-le-Duc, los batió de flanco, mientras los de enfrente, cuyo número crecia á cada instante, los repelian muy encarnizados. Al fin se vieron obligados á retirarse los asaltadores, despues de haber tenido muchos muertos, y llevándose consigo mayor número de heridos.

No fueron mas felices los que atacaron por la puerta de Tongres, donde capitaneaba á los de adentro el capitan español Manzano, que daba un grande impulso á la defensa por sus compromisos personales, siendo desertor de las filas españolas. Con igual furia fueron repelidos los asaltos, y los mismos instrumentos de resistencia se emplearon por los paisanos, y hasta las mismas mujeres, que con frecuencia se presentaban en las brechas. Valió poco en estos dos asaltos una estratagema empleada por el maestre de campo general, conde de Mansfelt, haciendo esparcir entre los asaltadores de la puerta de Bois-le-Duc, que se habian apoderado ya de los

muros, los que acometian por la de Tongres, y á estos, que se habian conseguido iguales ventajas por aquellos. Al principio redobló esta noticia los esfuerzos de unos y otros, no queriendo ser menos que sus compañeros; mas llegó pronto el desengaño, convirtiéndose en desmayo lo que habia sido un acrecentamiento de coraje. Sirvió esto mismo para encender de nuevo el de los defensores por el sentimiento de rivalidad que naturalmente animaba á los que resistian á los españoles por una y otra puerta.

Se obstinaba Alejandro, á pesar de estos desastres, en no dar la órden de recogerse á los asaltadores. Para animarlos con su ejemplo, quiso correr á las brechas, armado de una pica; mas habiéndoselo disuadido los suyos, por los desastres á que los expondria el aventurar de este modo su persona, se vió obligado á mandar lo que tanto lastimaba su amor propio.

Fué este asalto en extremo desastroso para las armas de Alejandro. A cuatrocientos llegó el número de los muertos, y al doble el de los heridos que quedaron fuera de combate. Creció con esto el ardor y denuedo de los sitiados, que contaban siempre con los auxilios que les habia ofrecido el príncipe de Orange. Pero el de Parma, en lugar de arredrarse con los tristes resultados de una inútil tentativa, trató de regularizar mas el sitio, y asegurar su campo contra los ataques de los de afuera antes de acometer la plaza á viva fuerza. Construyó para esto una línea de contravalacion, que terminaba en las mismas orillas del rio por sus dos riberas. Se erigieron en la parte de la izquierda cinco fortines ó castillos, que se flanqueaban mutuamente, y el mismo número por la derecha. Y tal fué la maestría con que estaban estas obras construidas bajo la direccion de Serveloni, que hallándose ya en camino el cuerpo auxiliar que enviaba el príncipe de Orange al mando de su hermano, tuvo que retroceder convencido de lo inútil de la tentativa.

Acudió entonces el príncipe de Orange á la junta ó asamblea de Colonia, y que mencionaremos á su debido tiempo, para que mandase suspender el sitio de Mastrich, como que eran incompatibles aquellas hostilidades con unas conferencias, en que se trataba de establecer la paz en los Paises-Bajos. Mas Alejandro hizo que no se diesen oidos á esta insinuacion, exponiendo el derecho que tenia el rey de España de continuar las hostilidades contra sus súbditos alzados, á pesar de que se negociase al mismo tiempo en favor de los que en lo sucesivo volviesen á entrar en la obediencia. Así no se

suspendieron las operaciones del sitio ni un momento, y Alejandro, mas mirado en dar asaltos, trató de destruir por medio del cañon las obras de defensa en que mas se apoyaban los sitiados.

Habian construido estos por la parte de la puerta de Bois-le-Duc una obra avanzada, especie de rebellin, á quien daban el nombre de broquel, con dos recintos, defendidos cada uno con su foso y cortaduras. Para su expugnacion, hizo construir Alejandro, con tierra, con vigas y tablones, una especie de plataforma en cuadro, de ciento y quince piés cada lado, y de altura ciento treinta y cinco. En su altura mandó colocar cuatro piezas gruesas de batir, que dominaban la obra exterior de los sitiados. No resistió esta mucho á los tiros de la plataforma. Mientras caian sus murallas, avanzaban las tropas de Alejandro, y de un recinto á otro, llegaron á hacerse dueños de la fortaleza.

Destituida la plaza de esta defensa, y con sus brechas á cada momento mas abiertas, se ofrecia mejor coyuntura al príncipe de Parma para ordenar un nuevo asalto. Pero sabedor de que los enemigos habian construido detrás de las murallas un nuevo atrincheramiento con su foso, trató de llevar su artillería sobre los mismos muros, para combatir desde allí la nueva obra construida. Era dificultosísima la operacion, pues se necesitaba construir un puente sobre el foso, que tenia de ancho mas de treinta varas. Sin embargo, con tablas, con vigas, con auxilio de mas de tres mil trabajadores, se consiguió el objeto deseado. No desmayaban por eso los de adentro. Detrás de su nuevo atrincheramiento aguardaron un asalto, que tuvo lugar el 24 de junio de 1579. Se renovaron con este motivo las escenas de animosidad y de furor, con que unos y otros se embistieron. Fueron los españoles no tan desgraciados en este asalto como en el anterior; mas aunque hicieron retroceder á los sitiados de su atrincheramiento, al que por su figura daban el nombre de media-luna, todavía les quedó á estos otro refugio, al abrigo de una especie de trinchera que se habia construido detrás de la primera.

Por entonces enfermó Alejandro, y aunque no de modo que le impidiese dar órdenes y tomar disposiciones, tuvo que guardar cama mientras se acercaba, y tuvo lugar aquel asedio. Se hallaban ya dueños de cerca de media ciudad los españoles, y el príncipe, deseoso de salvar de la destruccion una plaza tan rica é industriosa, les ofreció una capitulacion, con no muy duras condiciones. Tan

animosos estaban los de adentro, tan ilusionados con la esperanza de un próximo socorro, ó tal vez tan desconfiados de un buen trato por parte de los vencedores, con quienes se hallaban por la mayor parte muy comprometidos, que negaron oidos á la proposicion, exponiéndose á los azares de otro asalto.

Tuvo este lugar el 29 del mismo mes y año, y por esta vez se decidió la fortuna completamente en favor de los asaltadores. A pesar de la obstinada resistencia, de la desesperacion con que vendian caras sus vidas, quedaron destruidos sus últimos reparos, y los de Alejandro dueños absolutos de la plaza. Usaron de su victoria con una furia proporcionada á la resistencia, y sedientos de venganza, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron. No se ensañaban menos en las mujeres que en los hombres, recordando la parte activa que habian tomado en la defensa. Recorrieron las calles, las plazas, buscando víctimas, y de los balcones y de los mismos techos arrojaban á la calle las personas que encontraban. Saciada la sed de sangre, comenzó el pillaje. Por tres dias duró el saqueo de aquella ciudad rica, manufacturera, provista de grandes almacenes, donde se encerraba el producto de sus artefactos. Cupo al arrabal de Wich la misma suerte que al cuerpo de la plaza. En sumas inmensas se evalúa el botin de las tropas vencedoras. A grandes cantidades ascendió el rescate de los prisioneros, y de los mismos géneros de que se desasieron los vencedores, por serles de ningun valor para su uso propio.

Cayó la plaza de Mastrich al fin de cerca de dos meses de un asedio tan obstinado por una y otra parte. Perecieron ocho mil de los sitiados, y entre ellos nada menos de mil setecientas mujeres, prueba evidente del valor con que estas habian contribuido á la defensa. A dos mil quinientos ascendió el de las tropas sitiadoras, pérdida considerable, que manifiesta bien la valerosa obstinacion de los sitiados.

Mientras tanto permanecia enfermo en su campo el príncipe Alejandro, llegando sus dolencias al punto de temerse por su vida. No tardó mucho en recuperar la salud, aunque pasó algun tiempo antes de volver á su actividad acostumbrada. Cuando se hallaba en su primera convalecencia, le aconsejaron los suyos á que entrase en la ciudad á gozar el espectáculo de su conquista. Así lo verificó el príncipe, con todo el aparato y pompa militar de un triunfo. Le precedia lo mas escogido de las tropas, tocando sus clarines con

banderas desplegadas. Iba el príncipe sentado en una silla cubierta de paño de oro, llevada en hombros de cuatro oficiales españoles, que de trecho en trecho se relevaban por otros de la misma nacion, pues quisieron tener exclusivamente dicho honor, y al rededor de su persona marchaban á pié el maestre de campo general y los principales jefes del ejército. En esta forma llegó el acompañamiento á Mastrich, en donde entró por la brecha que se habia practicado cuando el primer asalto por la puerta de Bois-le-Duc, dirigiéndose en seguida todos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias.

CAPITULO LII.

Continuacion del anterior.—Conferencias en Colonia.—Sin resultado.—Se ajusta el tratado de conciliacion entre las provincias Valonas y el rey.—Salen de Flandes las tropas españolas y otras extranjeras.—Formacion de un nuevo ejército (1).—(1579-1580).

Por no interrumpir el hilo de los sucesos y causar confusion en las materias, hemos reservado hasta ahora el hacer mencion de las conferencias que durante el sitio de Mastrich, y aun antes de empezarle, se celebraron en Colonia con objeto de poner término á las turbulencias de los Paises-Bajos. Sea con objeto de ganar tiempo y hacer ver que deseaba sinceramente reconciliarse con sus súbditos alzados, ó porque juzgase necesario apelar á las vias de avenencia, en la situacion tan embrollada á que habian llegado los negocios, nombró el rey de España por árbitro en estas contiendas á su sobrino el emperador Rodulfo. Al mismo arbitraje se adhirieron igualmente los Estados confederados de los Paises-Bajos. Designó el emperador como punto para ventilarse estas cuestiones la ciudad de Colonia, por su proximidad á dicho territorio, y á este punto convocó á los comisarios de todas las partes contendientes. Antes que se verificase la reunion, mediaron secretas negociaciones y hasta intrigas, que manifestaban la poca sinceridad que á unos y á otros animaba. Nombró el rey de España por su representante á don Carlos de Aragon, duque de Terranova, hombre de su confianza

(1) Las mismas autoridades.

por los diversos cargos que á su satisfaccion habia desempeñado. Le dió instrucciones de oficio y presentables, acompañadas de otras secretas que le debian servir de luz para la mejor inteligencia de las públicas, con encargo de no comunicarlas sino al príncipe de Parma. Constaba de las primeras que el rey deferia en todo á lo que Rodulfo dispusiese acerca del modo de sosegar las turbulencias de Flandes, con tal de que no se apartasen en nada de la fe católica y la obediencia debida á su persona. Confirmaba lo determinado en Gante, menos la permanencia de la confederacion y los arreglos que habian hecho con el príncipe de Orange. Se le decia en las instrucciones reservadas, que en caso de una séria obstinacion en conservar la liga, se pasase por alto de este punto. Tambien se le encargaba el que no se consintiese en aflojar nada de los edictos contra los herejes; y en caso de que le fuese inevitable el suscribir á ciertas modificaciones, se hiciese con maña y de modo que el rey pudiese entablar con el tiempo el sistema de rigor á que tanto se inclinaba. Acerca del príncipe de Orange, era la intencion del rey que saliese para siempre de los Paises-Bajos, sin que constase nunca que se habia comprado su ausencia, ni que el príncipe imponia condiciones para realizarla. Sin embargo, se le podia conceder por via de gratificacion, y como un acto de favor, la suma de cien mil escudos, y trasferir la posesion de sus Estados y castillos á su hijo, que se pondria en libertad inmediatamente, confiriéndole además los cargos que su padre habia desempeñado en las provincias del norte, menos el de almirante con que acababan de revestirle los Estados. Por último, acerca de las treguas en que estos insistian como preliminares de las conferencias, no se opusiese á la medida, con tal de que en ella conviniesen el emperador y el príncipe Alejandro

Con tales instrucciones tomó el duque de Terranova el camino de Alemania. Basta su simple enunciado para prever el poco fruto que se iba á sacar de aquellas conferencias. Faltaba en todos la sinceridad, y nada mas se traslucia que el deseo de ganar tiempo y de que recayese el cargo de la agresion en su contrario. Sabedor el de Parma de la embajada y de las instrucciones del embajador, le escribió una larga carta haciéndole saber que todas aquellas negociaciones y conferencias no eran mas que intrigas del príncipe de Orange, deseoso siempre de introducir la confusion y de embrollar á todos los partidos, á fin de que le sirviesen de escalon á su engran-

decimiento. Que precisamente trataban de celebrar estas conferencias, á fin de suspender las negociaciones que él tenia pendientes y llevaba muy adelantadas, dirigidas á que los valones volviesen á su deber sin condicion ninguna. Que si traia instrucciones del rey para conceder treguas, tuviese entendido que por ningun modo seria de su consentimiento, convencido como estaba que no tenian otro objeto que el de ganar tiempo para reforzar su ejército.

Casi del mismo parecer que Alejandro era el duque de Terranova con respecto á las treguas. Mas el emperador Rodulfo, con quien el embajador extraordinario tuvo sus entrevistas antes de comenzar las conferencias en Colonia, le indicó ser un punto necesario ajustar la suspension de hostilidades antes de pasar al ajuste de las diferencias de las partes contendientes. A esta manifestacion dió el embajador extraordinario respuestas evasivas, haciendo ver que era un punto en que se necesitaba el consentimiento de mas voluntades que la suya: que estaban de por medio por una parte el príncipe de Parma, el archiduque Matías, el duque de Anjou, el príncipe de Orange y el príncipe Casimiro, pues todas estas parcialidades obraban en distinto sentido y con diversos intereses en el seno de las provincias sublevadas. Y como replicase el emperador de qué modo habian de llegar los comisarios á Colonia atravesando un pais teatro de la guerra, respondió Terranova, refiriéndose á las indicaciones de Alejandro: que podia muy bien continuar la guerra, dándose órden al mismo tiempo de que cesasen las hostilidades en aquellos puntos que se asignasen á los comisarios como itinerario para trasladarse al pueblo de las conferencias.

A pesar de que se hallaba Rodulfo poco satisfecho de estas explicaciones, y de que miraba con suma prevencion la conducta del príncipe de Parma, determinó llevar adelante el proyecto de la conferencia, y el 7 de mayo de 1579 estaban ya reunidos en Colonia los plenipotenciarios de todos los que en ella tenian que debatir algunos intereses.

Fueron entrando sucesivamente y por su órden en dicha ciudad, el obispo de Herpíbolis; el duque de Terranova; Enrique Oton, conde de Schwartzemberg; el arzobispo de Rosano, nuncio del pontífice; el arzobispo de Tréveris, elector del Imperio; el arzobispo de Colonia, asimismo elector; los plenipotenciarios del duque de Juliers y Cleves; los consejeros del duque de Terranova, enviados por el

príncipe de Parma con encargo de suministrarle cuantas luces necesitase acerca de las leyes y costumbres de los Paises-Bajos. Tambien acudieron los comisarios de las provincias confederadas y representados en la persona del duque de Arescot, que era uno de ellos. Así las partes contendientes principales en esta disputa, eran el duque de Terranova, enviado del rey católico, y el duque de Arescot, representante de Matías, y las provincias confederadas, que tomaban por juez árbitro del emperador Rodulfo. Suplian la ausencia de este soberano los obispos electores, el de Herbípolis con el conde Oton, y los representantes del duque de Juliers. Y para dar mas solemnidad á las negociaciones, se acordó el celebrar una solemne procesion en que el nuncio apostólico llevaba la hostia consagrada en medio de los dos electores, seguidos de los prelados y personajes principales de entre los comisarios y plenipotenciarios.

Se dió principio el 9 de mayo á las conferencias de Colonia. Como el emperador Rodulfo habia sido revestido con el cargo de juez de la Confederacion, se reunian sus delegados ó plenipotenciarios, y llamaban alternativamente á los comisarios del rey y á los de las provincias confederadas, para oir las pretensiones y descargos de unos y otros. Se comenzó por la verificacion de los poderes. No ofrecieron ninguna dificultad los que presentó el duque de Terranova, y por lo mismo fueron aprobados. No sucedió lo mismo con los de las provincias confederadas, pues además de traer comision por el solo término de seis semanas, no estaban firmados por ninguna provincia, á pesar de que en nombre de todas se hallaban extendidos. Se halló además la novedad de que tenian estos pliegues por armas un leon y una columna, nunca estilados hasta entonces en los Paises-Bajos. Sin embargo, se admitieron estos poderes en clase de provisionales, por no entorpecer las conferencias, encargándose el duque de Arescot de enviar á pedir otros que tuviesen los requisitos necesarios.

Allanada esta dificultad, comenzaron quejándose los comisarios de las provincias segun una carta que acababan de recibir del príncipe de Orange, de que Alejandro de Parma, sin tener en cuenta las conferencias de Colonia, proseguia en el tratado de reconciliacion con las provincias valonas, faltando en eso á la deferencia debida á la persona del emperador, declarado árbitro de estas diferencias. Habiendo presentado estos cargos los delegados del emperador al

duque de Terranova, respondió este: que el arbitraje con que al César se le habia revestido, nada tenia que ver con el reconocimiento voluntario que algunas provincias hiciesen de la autoridad de su antiguo soberanó. Que estaba en el derecho del gobernador general de Flandes dar los pasos conducentes al efecto, sin que en ningun modo se faltase á la dignidad del emperador, pues que á su decision no se habian sometido las provincias valonas, que no tenian representantes ni comisarios en Colonia. Pareció esta respuesta satisfactoria á los delegados del emperador, manifestando que en nada habia ofendido á su dignidad la conducta del príncipe de Parma. En seguida exhortaron al duque de Arescot, representante, á que reunido con los demás comisarios, discutiesen sobre los capítulos que les pareciesen mas á propósito para la conclusion de la paz, á fin de que fuesen presentados en seguida á los colitigantes. Respondieron los comisarios que no les tocaba á ellos el proponer nada, sino el oir y saber lo que el rey de España queria de sus súbditos. A esto reputó el embajador de España, que habiendo sido ellos los que buscaron al emperador por medianero, y consentido el rey en el arbitraje de este soberano, á ellos les tocaba decir lo que querian y pedian á su señor, para que en vista de sus quejas y reclamaciones se les pudiese hacer justicia. Habiéndose por fin convenido á esto último los comisarios de los Estados, expusieron las condiciones de concordia y vuelta á la obediencia del rey, en diez y ocho artículos, de que expondremos aquí los principales. Prometian, pues, hacer paces con el rey católico, príncipe natural suyo, con la condicion de que ratificase todo lo hecho por el archiduque Matías, que habia de quedar gobernador de los Paises-Bajos: de que se entregasen á los Estados todas las ciudades, fortalezas y lugares tomados por don Juan de Austria y el príncipe de Parma: de que continuase ejerciéndose sin perjuicio alguno la religion reformada en todos los puntos donde ya estaba establecida: de que pagase el rey á los Estados un millon de coronas, para resarcirse del dinero que habian gastado en las guerras anteriores.

Se atribuye generalmente lo excesivo de estas peticiones al mal estado en que se hallaban los negocios de Alejandro cuando se extendieron en Amberes. Aunque estaba puesto ya el sitio de Mastrich, se tenia gran confianza en la bizarría de los defensores, y aun mas en que seria levantado el cerco por las tropas del príncipe de Orange. Tambien corrian las noticias de que las tropas sitiado-

ras carecian de pagas, y que esta falta producia en el campo frecuentes sediciones. Esta última noticia era muy cierta. Los mismos apuros molestaban á Farnesio que los que habian producido tan lamentables resultados en tiempo de sus predecesores. Atento entonces el rey á los negocios de Portugal, que mencionaremos á su debido tiempo, no se hallaba con grandes fondos que remitir á los Paises-Bajos, á pesar de las reclamaciones de Alejandro. Tuvo este que recurrir á su padre Octavio, al duque de Terranova, á los principales personajes de la parcialidad del rey que se hallaban en Colonia, y hasta se vió precisado á vender y enajenar parte de su plata y efectos mas preciosos. Aun con estos recursos hubiese difícilmente contenido en la obediencia á las tropas sitiadoras, á no estar animada su codicia con la esperanza del saqueo de la plaza, que, como hemos visto, tuvo efecto.

Excesiva pareció en efecto á los delegados del emperador la peticion de los Estados, y mucho mas al duque de Terranova, á cuyas instrucciones, tanto públicas como secretas, se oponian. Presentó él, pues, los artículos de sus condiciones. Por ellas se obligaba al rey de España á hacer salir de Flandes las tropas extranjeras; á conferir los principales cargos públicos civiles y militares tan solo á los naturales de los Paises-Bajos; á poner en libertad al conde de Buren, hijo del príncipe de Orange, y conferirle el mando de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht; que la religion católica quedaria dominante y exclusiva, dándose á los reformados cuatro años de término para arreglar sus negocios y retirarse de los Paises-Bajos. En cuanto á gobernador, deberia salir el archiduque Matías, nombrándose un príncipe de sangre real, para estar á la cabeza del pais en nombre de su señor el rey de España.

Mientras tanto llegó á Colonia el conde Juan de Nassau, hermano del de Orange, y su primer paso fué renovar la peticion de treguas, haciendo ver lo incompatibles que eran aquellas conferencias con las hostilidades del príncipe de Parma. Respondió el duque de Terranova que estaba en el derecho del general español atacar plazas que legítimamente pertenecian al rey; que en vista de las tergiversaciones, de la poca buena fe que á los estados animaba, seria imprudencia en Alejandro dejar las armas de la mano, exponiéndose á perder lo cierto por lo dudoso; que el modo de tener treguas y con el tiempo paces, seria avenirse pronto á las condiciones de amistad que en nombre de su rey les proponia. A estas condiciones

se oponian los Estados por los capítulos concernientes á la religion, y por no entregar al gobernador general las provincias y plazas, en que su autoridad no estaba á la sazon reconocida. Tampoco querian la salida del archiduque del pais, ni que el rey tuviese la facultad de nombrar por sí solo el gobernador general de las provincias.

Trataron los delegados del emperador de mediar entre ambos extremos, y al fin propusieron otro tratado de pacificacion en veinte y dos artículos, reducidos á que el archiduque no fuese confirmado en el gobierno de Flandes, pero que se considerasen por válidos sus actos; que las plazas se entregasen en manos del gobernador; pero que sus jefes, todos flamencos, prestasen juramento al mismo tiempo que al rey su señor, á los Estados; que el rey no pudiese poner en Flandes un gobernador que no fuese del gusto de los Estados; entendiéndose por esto el que no diese á sus súbditos causa justa de descontentarse; que se observase la fe católica, segun se habia prometido en el edicto perpetuo, dejándose por entonces como excepcion las provincias de Holanda y Zelanda; que á pesar de esto, en atencion á que muchos habitantes profesaban ya otro culto, no se les molestaria, suspendiéndose la ejecucion de las leyes penales hasta que se modificasen por todos los Estados convocados al efecto por el rey, ó por el gobernador en nombre suyo. Manifestaron los comisarios de los Estados aprobar este proyecto de pacificacion, y el duque de Arescot, su principal representante, prometió que las enviaria inmediatamente á todas las provincias. Con este motivo se renovó la peticion de treguas, manifestando la imposibilidad de que pasasen libremente los correos mientras permanecia el pais teatro de las hostilidades del príncipe de Parma. Persistiendo el duque de Terranova en su primera determinacion, contestó á ello que no habria inconveniente alguno para el tránsito libre de los mensajeros; que al efecto enviaria un traslado de los artículos al general español, á fin de que este dictase sus disposiciones al efecto. Así lo hizo el duque de Terranova, pidiendo al mismo tiempo al príncipe su consejo y parecer acerca de los términos de este convenio. Respondió Alejandro que todo le parecia sospechoso; que se hallaba perfectamente convencido de que por los Estados no tenian otro objeto las negociaciones que el de ganar tiempo; que todo eran intrigas del príncipe de Orange, que por ningun modo queria, por sus compromisos, que se viniese á términos de avenencia con el rey, pues

no queria salir de los Paises-Bajos, que era una de las condiciones; que mientras se trataba tanto de paces, se hacian nuevos preparativos para continuar la guerra; que en cuanto á treguas no tendria inconveniente en concederlas; mas que esto no tendria lugar hasta que los comisarios se presentasen con nuevos poderes, pues los que tenian hasta entonces no eran considerados sino como provisionales.

Tal vez tenia razon el de Parma en sospechar de los Estados; la tenian los Estados en sospechar de la buena fe del rey de España. Estaban desde muchos años rotos de hecho los vínculos de union entre los Paises-Bajos y Felipe. Habia concluido el poder moral de este monarca, casi se puede decir, desde el año 1559 que salió de Flandes. Los historiadores de estas turbulencias, hombres generalmente de partido, se inclinan demasiado á uno de los dos, haciendo recaer la odiosidad de la agresion ó de injusticia sobre el otro. La falta grande estaba por parte de Felipe, cuyo dominio era imposible en los Paises-Bajos. La historia de este pais, cuyos disturbios duraron casi tanto tiempo como su reinado, confirman una verdad, de que no quiso penetrarse nunca hasta los últimos años de su vida.

Para seguir el hilo de la narracion, diremos que los Estados de Flandes estuvieron lejos de adherirse á los términos de la pacificacion, presentados por los comisarios de Rodulfo. El mismo Matías propuso mil dificultades, en que se manifestaba su repugnancia de salir de los Paises-Bajos. Por aquellos dias se presentó en Colonia el famoso Felipe de Marnix, conde de Santa Aldegundis, echado sin duda por el príncipe de Orange, para introducir nuevos embarazos en el curso de las negociaciones. Al fin se disgustaron todos con tantas pruebas de poca sinceridad, y los delegados del emperador rompieron las conferencias, que en siete meses no produjeron resultado alguno. Sin embargo, algunos comisarios de los Estados, entre ellos el duque de Arescot, y Oton, duque de Scwartzemberg, hicieron su ajuste particular con el rey de España, y volvieron á su gracia. En cuanto al duque de Terranova, se dirigió á los Paises-Bajos, donde trabajó como negociador en auxilio del príncipe de Parma. Cuando terminaron las conferencias de Colonia, hacia mas de tres meses que habia caido la plaza de Mastrich en poder de los españoles. Tambien habia llevado á término Alejandro su negocio de pacificacion con las provincias valonas, en el que entraron las de

Artois y de Haynault, siendo las bases de este arreglo el que saliesen de Flandes las tropas extranjeras, reclutándose el ejército con las nacionales.

Para el ajuste definitivo del tratado, cuyos preliminares se habian arreglado en Arras con conocimiento de Alejandro, se reunieron en Mons los comisionados por estas provincias. Estaba representada la de Artois por su gobernador Roberto Melun, marqués de Richeburg; Juan Saracen, abad de San Vedasto; Francisco Doguie, señor de Beaurepaire y de Beaumont, y algunos otros. Eran diputados por la provincia de Haynault, Felipe, conde de Lagnini, gobernador de la provincia; Jacobo Froy, abad de San Pedro de Hasnau; Jacobo de Croix, señor de Saumont; Francisco Gualtiero, síndico de Mons, con otros varios. Se presentaron en nombre de Lila, Douay y Orchies, plazas correspondientes á la Flandes francesa; su gobernador Maximiliano Ville, señor de Rasingen; Adriano de Ognies de Villerval; Vander-Haer; Eustaquio Jumeyes, y otros. Habia enviado Alejandro para tratar en nombre del rey, á Pedro Ernesto, conde de Mansfelt, maestre de campo general, con otros señores y personas de distincion entre los que se contaban algunos jurisconsultos. Les encargó muchísimo el que tratasen de recavar de la asamblea, el que aflojasen algo sobre el artículo de las tropas extranjeras, haciéndoles ver que era en cierto modo una imprudencia la despedida tan de pronto de unas fuerzas, que con el tiempo tal vez echarian de menos por las turbulencias que tanto afligian á los Paises-Bajos. Mas en este punto se mantuvieron inflexibles. Despues de zanjadas varias dificultades que á unos y otros ocurrian, se ajustó á fines de 1579 el tratado de reconciliacion en veinte y ocho artículos, cuyos principales contenian lo siguiente: Que todos los habitantes de todas condiciones de las provincias reconciliadas, inclusas las autoridades, tanto civiles como militares, jurasen la religion católica, y obediencia para siempre al rey de España; que dentro de seis semanas, desde que se publicase la reconciliacion, saliesen del pais los soldados españoles y demás tropas extranjeras, sin poder volver, á menos que ocurriesen graves motivos para ello, segun el parecer de las provincias; que á la partida de dichas tropas, se formase á expensas del rey y de las provincias un nuevo ejército, compuesto de gentes del pais, ó de otros, segun á las provincias pareciese; que no nombrase el rey por supremo gobernador de Flandes, sino algun príncipe de su sangre; que en el ínterin go-

bernase el pais el príncipe de Parma, por el término de seis meses, pasado el cual, en caso de que el rey no le confirmase en este cargo, ó nombrase otro gobernador de su familia, residiese el gobierno en una junta de los Estados reconciliados, nombrada libremente por el rey, con tal de que la eleccion recayese en naturales.

Al paso que fué muy satisfactorio para el de Parma este tratado de reconciliacion, le mortificaba el tener que despedir las tropas, por la dificultad de formar un nuevo alistamiento. A dicha condicion habia tenido que conformarse, no solo por la insistencia de las provincias, sino porque el rey mismo aprobaba la medida. El motivo verdadero que tenia Felipe para consentir tan voluntariamente en la salida de las tropas extranjeras, y sobre todo de las españolas, no es muy fácil de explicar, sino atribuyéndole al temor de que los que habian sido instrumento de la gloria personal del príncipe animasen su ambicion de un modo peligroso. Cualquiera que sea la clave de esta conducta, mortificó mucho al de Parma el haber encontrado tan poco apoyo en el rey, y á esto se atribuye el permiso que le pidió para dejar su servicio y retirarse á Italia. Mas Felipe desechó su súplica, animándole con palabras de satisfaccion, á que cuanto mas antes pensase en el cumplimiento del tratado de la pacificacion, relativo al nuevo alistamiento del ejército. Constaba entonces el de Alejandro de quince tercios de infantería; cinco alemanes, cinco valones, dos borgoñones y tres españoles, todos desiguales en fuerzas, siendo los españoles y alemanes los que tenian mas gente. Se componia la caballería de cuarenta y dos escuadrones, llamadas entonces tropas ó cornetas, los mas de reitres, de borgoñones y alemanes. Era grandísima la dificultad de deshacerse de pronto de toda esta gente, que aunque atrasada en sus pagas, seguia sus banderas por el cebo del botin, y otras ventajas que la guerra les proporcionaba. Mas ahora habia que satisfacerles cuanto se les debia, y la caja militar no se hallaba en estado de saldar aquestas cuentas. Pedia Alejandro con instancia al rey, que se le enviase cuanto antes el dinero que necesitaba para cumplir con sus disposiciones. Mas el monarca, empeñado entonces en la guerra de Portugal, parecia dar pocos oidos á sus instancias reiteradas. Fué preciso que para hacer mas fuerza al rey, cada maestre de campo hiciese el ajuste de lo que su tropa devengaba, enviándose además de estas cuentas, lo que importaba el gasto de la casa militar del príncipe, entonces bastante numerosa. El rey envió auxilios, mas

no los necesarios. Hubo con este motivo frecuentes sediciones en el campo; llegaron los alemanes hasta amenazar la persona de Alejandro. Se cometieron actos de marcada desobediencia; mas se calmaron los desórdenes por la presencia de ánimo del príncipe, y por su severidad en el castigo de los autores principales. Por fin, salieron del pais las tropas extranjeras, primero las españolas, en segúida las borgoñonas, y las últimas las alemanas. Los españoles se trasladaron á Milan, donde recibieron órdenes para pasar á España é incorporarse en el ejército de Portugal; mas tuvieron en seguida contra-órden, y por entonces quedaron estacionadas en Milan, Sicilia y Nápoles.

Despedidas todas estas tropas extranjeras, forzoso le fué al príncipe Alejandro pensar en la pronta formacion de un nuevo ejército. Se formó este hasta número de treinta mil de á pié y cinco mil caballos, debiendo darles el rey á cuenta de sus pagas, cada mes, doscientos cincuenta mil escudos de oro, y el resto las provincias. Se encargó el mando de la caballería al marqués de Rubais, del pais, hombre consumado en el ejercicio del arte militar, y se nombró por comisario general de la caballería á Gregorio Barta, originario de la Albania, que aunque extranjero, se le dejó permanecer como otros muchos, por considerárseles como individuos de la familia ó casa militar del príncipe. Tambien arregló Alejandro otros negocios cencernientes al estado civil segun los términos de la pacificacion; sobre lo que hubo dificultades, y hasta pugnas abiertas entre los dependientes del rey y las autoridades del pais, y que se vencieron al fin con no poco trabajo por una y otra parte. Las provincias se habian reconciliado; mas los disgustos, las desconfianzas, los recelos estaban vivos en los ánimos de todos, como en el principio. Los males no nacian precisamente de los hombres, sino de la situacion falsa y equívoca en que unos y otros se habian colocado.

CAPITULO LIII.

Continuacion del anterior.—Confederacion de Utrecht.—Llegada á los Paises-Bajos de la princesa Margarita de Parma, nombrada gobernadora por el rey.—Quejas de Alejandro.—Revoca el rey la órden, y queda el príncipe de Parma otra vez de gobernador general de los Paises-Bajos.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Se socorre la plaza de Groninga, sitiada por los confederados.—Toman los de Farnesio á Nivelles, á Malinas, á Courtray.—Amenazan á Cambray.—Toma la contienda un nuevo aspecto.—Se declaran independientes los Estados de Flandes.—Eligen por nuevo príncipe al duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia.—Pnblica el rey de España un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange.—Responde este con un manifiesto.—Entra el duque de Anjou en los Paises-Bajos.—Toma á Cambray.—Pasa á Inglaterra.—Vuelve.—Su entrada en Amberes.—Atentan á la vida del príncipe de Orange.—Sigue la guerra.—Toma Alejandro las plazas de Tournay y de Oudenarda.—Vuelven á los Paises-Bajos las tropas españolas é italianas.—Entran asimismo de refuerzo mas francesas.—Toma de mas plazas de una y otra parte (1).—(1580-1582.)

Ocurrian en el pais en cuyos disturbios nos estamos ocupando, demasiados acontecimientos á la vez, para que no sea difícil presentarles con el órden y la claridad indispensables en toda narracion histórica. Aquí se combatia, allí se negociaba: con el tumulto de la guerra iban mezcladas intrigas de toda especie, combinaciones diplomáticas, encaminadas á objetos muy diversos. A pesar de ser aquellas regiones de tan corta extension, eran teatro de choques y batallas que se estaban dando casi á un mismo tiempo. Pocas naciones de Europa dejaban de tener mas ó menos interés en estas lu-

(1) Las mismas autoridades.

chas, y de contribuir con sus naturales á la formacion de sus ejércitos. Españoles, franceses, ingleses, italianos, alemanes, todos se hacian distinguir tanto como los mismos habitantes del pais en estas contiendas, que son sin duda uno de los rasgos mas característicos en la historia del siglo XVI, tan fecunda en toda clase de acontecimientos. Por eso ocurren tantas dificultades al historiador, al trazar todos los acontecimientos de este drama, sin poner al lector en confusion y dejarle como perdido en un laberinto sin salida. Nosotros, que en esta parte de la claridad ponemos gran cuidado, aislamos los acontecimientos para no confundirlos todos, y dar á cada uno el lugar que en la parte cronológica les corresponda.

Mientras se hallaba tan solícito Alejandro Farnesio en la reconciliacion de las provincias valonas con el rey, no se descuidaba el príncipe de Orange en neutralizar la operacion con otra que debia ser muy funesta á los intereses del monarca. Casi al mismo tiempo á poco despues que se firmaron en Mons los artículos de dicha pacificacion, se ajustaba bajo los auspicios del príncipe una especie de liga ó confederacion entre las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, una gran parte del Brabante y Flandes, á la que se dió el nombre de confederacion de Utrecht, por haberse en esta ciudad concertado sus artículos. Fueron los principales: 1.° que se unian las provincias para formar un cuerpo político, comprometiéndose á no separarse nunca unas de otras, pero reservándose cada una el derecho de gobernarse y conservar los privilegios de que hasta entonces disfrutaban: 2.° que se ayudarian mutuamente las provincias para repeler toda agresion por tropas extranjeras, y sobre todo cualquier acto de hostilidad y violencia á que se quisiese propasar el rey de España, con pretexto de establecer la religion católica; dejando á la generalidad, es decir, á los comisarios de dichas provincias, el determinar el contingente con que debia contribuir, tanto en dinero como en gente, cada una: 3.° que no se profesaria en Holanda y Zelanda otra religion que la que estaba establecida, y que en las demás provincias se pudiera ejercer la católica ó la reformada, ó las dos juntas, segun se creyese conveniente: 4.° que se devolverian á las iglesias y conventos los efectos de que habian sido despojados, á excepcion de las provincias de Holanda y Zelanda, donde servirian para asignar pensiones á los sacerdotes católicos, quienes las recibirian en cualquier punto donde quisiesen fijar su residencia: 5.° que en todas las ciudades

donde se creyese oportuno hacer fortificaciones por decision de los Estados de las provincias, corriese el gasto por cuenta de la generalidad y de la provincia á que la ciudad perteneciese; mas que si se tuviese por conveniente la ereccion de una fortaleza, y no conviniese en ella la provincia, fuese á costa de la generalidad: 6.° que todas las plazas fuertes recibirian la guarnicion que tuviesen por conveniente los Estados el enviar á ella; mas que dichas tropas harian antes juramento de fidelidad á la ciudad y á la provincia, aun cuando le hubiesen prestado antes á los Estados generales: 7.° que no pudiesen estos declarar guerra, imponer contribuciones, hacer tratado de paz y tregua, sin contar con el asentimiento y concurso de la mayor parte de las provincias y ciudades de la Union, ni estas ajustar por su parte alianza con ningun príncipe extranjero sin el consentimiento de los Estados generales: 8.° que todos los varones de las provincias confederadas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, se alistarian un mes despues de firmada el acta de union, á fin de que en vista de estas relaciones, pudiesen los Estados generales saber la fuerza de cada provincia y los nombres que debia presentar en la defensa comun: 9.° que para proporcionarse el dinero necesario para la manutencion del ejército, se arrendasen las rentas é impuestos á favor del que mas diese, y que se aumentarian ó disminuirian segun las necesidades de la confederacion.

Tal fué la famosa confederacion de Utrecht, considerada y reconocida por la historia como la cuna y principio de lo que fué despues la república confederada con el nombre de Provincias Unidas ó de Holanda. Como no se hablaba en sus artículos de conservar la obediencia al rey, ni tampoco de renunciar completamente á su dominio, se podia considerar este silencio como una declarada independencia. Grande rasgo de habilidad en el príncipe de Orange era el ir preparando poco á poco el acto decisivo al que hacia tantos años aspiraba, por el que se movia con tal perseverancia.

Antes de volver al hilo de las operaciones militares, terminaremos por ahora este cuadro político con la extraña resolucion que tomó por entonces el rey de enviar por segunda vez á su hermana la princesa Margarita de gobernadora á los Paises-Bajos. Extraña pareció en efecto la medida á los hombres imparciales, que no podian estar en las interioridades del monarca. Tal vez creyó Felipe que en enviar á su hermana se conformaba mas al espíritu de la capitulacion, por la que se pedia para gobernante un príncipe de la

sangre real que inspirase confianza y amor á las provincias: tal vez los estrechos vínculos naturales que unian á Farnesio y á la princesa Margarita, le hicieron creer que no podria introducirse entre ellos sentimiento alguno de rivalidad; pero es lo mas probable, que desconfiado siempre y receloso de la autoridad que sus delegados y representantes ejercian, no veia con buenos ojos el ascendiente que adquiria Alejandro y la gran fama que por sus hechos militares alcanzaba; que trataba de neutralizar su gran poder, circunscribiéndole á los asuntos militares, confiando á su hermana la direccion de los políticos. Algunos dicen, y es probable, que Margarita admitió el cargo con grande repugnancia. De todos modos, obedeció la órden del rey, y se presentó en Namur á tomar por segunda vez las riendas del gobierno.

La recibió su hijo con todas las distinciones de obsequio, de amor y veneracion que á su persona se debia: mostró regocijarse mucho de que el rey le enviase un asociado de tal naturaleza; mas quedó muy mortificado tanto de tener que partir su autoridad, como de la desconfianza que con este paso se le manifestaba. Fué sin duda grave falta ó demasiado torcida intencion, poner en pugna á dos personas tan ligadas por los lazos de la sangre. Expuso Alejandro al rey por medio del cardenal-Granvella, entonces ministro de asuntos exteriores, lo poco que cumplia á su servicio el dividir la autoridad en Flandes, cuando sus disturbios reclamaban tanto el mando de uno solo. Añadió que era un desaire para su persona, y una especie de ingratitud, el despojarle de una autoridad que siempre habia ejercido en servicio de sus intereses; que semejante paso seria para los Paises-Bajos una especie de declaracion de que estos servicios no habian sido gratos; y que por estas consideraciones le pedia encarecidamente permiso para dejar un pais donde ya no podia ser objeto de aprecio y respeto su persona.

En estos mismos sentimientos entraba la princesa Margarita. Desde su vuelta á los Paises-Bajos se penetró muy bien de lo cambiado que estaba para ella aquel teatro. Conoció lo penoso de su administracion en medio del tumulto de las armas, y que no podia menos de ejercer de hecho ó de derecho la principal autoridad el que dirigiese los ejércitos. No queria verse tal vez en choque, en pugna abierta con el jefe militar, aunque fuese su hijo, y quizá mas á causa de esto mismo. Por esta razon pidió al rey la relevase de un cargo, que no era ya para sus años. A pesar de estas razo-

nes, se mostró desde un principio Felipe inflexible en su resolucion, y reiteró sus órdenes, tratando por otra parte de calmar la irritacion del príncipe con pretextos plausibles que alegó para esta nueva providencia. Igual teson mostró Alejandro con la repeticion de sus quejas y su súplica. Por fin cedió el rey y revocó el nombramiento de la princesa Margarita, renovando el que ya tenia el príncipe Alejandro. Mas por no aparecer desairado ó con otros designios, mandó que permaneciese por algun tiempo en los Paises-Bajos, lo que sucedió en efecto. Como quedó desde entonces anulada su autoridad, y su persona no es ya de ninguna importancia en los negocios ulteriores del pais, nos contentaremos con decir que se retiró á Italia, donde permaneció por el resto de sus años.

Las operaciones de la guerra fueron por aquel tiempo de poca importancia, reduciéndose á encuentros parciales en que intervenian simples destacamentos ó trozos poco considerables. Habia hecho la toma de Mastrich una impresion muy favorable á las armas españolas. O por temor de experimentar igual suerte, ó por estar cansados de disturdios, se mostraron algunas plazas inclinadas á volver á la obediencia de Felipe. Abrió sus puertas la de Bois-le-Duc, habiendo expelido antes á los calvinistas. Lo mismo hizo Malinas, extipulando adherirse á las condiciones del tratado de paz con las provincias valonas. Igual hubiese sido la conducta de Brujas, á no haber tenido los Estados noticia de lo que pasaba, y enviado inmediatamente á ella tropas de su devocion á fin de sostenerla en la obediencia.

Estuvo muy próxima á correr igual suerte la provincia de Frisia, donde mandaba el conde de Renneberg, puesto allí por los Estados. Entabló con él una negociacion secreta el duque de Terranova, haciéndole presente lo precario de su situacion y de las provincias disidentes. A los reparos que le puso el gobernador sobre una mudanza de conducta, respondió el español que con condiciones honoríficas y provechosas para las provincias valonas, habian vuelto á reconocer la autoridad del rey los principales personajes de las mismas; que por muchos que fuesen sus compromisos con el príncipe de Orange, eran mucho mas antiguos los que le ligaban con su antiguo monarca; y por último, que tuviese entendido, que estando Farnesio en vísperas de invadir la Frisia, reflexionase las fatales consecuencias que tendria para él caer en poder de los que tenian el derecho de tratarle como traidor al rey de Espa-

ña. Movido de estas razones accedió Renneberg á la proposicion de Terranova, bajo las condiciones: de que se le dejase el gobierno de su provincia con nombramiento real, y el sueldo de veinte mil florines; que se le hiciese marqués; que se le propusiese para el collar del Toison de oro en la primera promocion que hubiese de esta Orden; que le entregase Alejandro dos tercios de infantería para distribuirlos en los puntos de su provincia como mejor le pareciese; que se le diesen de contado veinte mil escudos de oro en el momento que prestase juramento al rey. Habia otros artículos en el tratado relativos á diversos jefes y magistrados civiles, cuya suerte se aseguraba por la parte que tomaban en la incorporacion de esta provincia con las otras que habian vuelto á la obediencia del monarca. Y aunque las condiciones parecieron duras al príncipe de Parma, no titubeó en confirmarlas; tan importante era para él la adquisicion de una provincia cuya conducta podia influir en gran manera sobre las demás del Norte.

Se hallaba ya este negocio casi concluido, cuando sabedor de lo que pasaba el príncipe de Orange, dispuso que el conde de Holach entrase con tropas considerables en la Frisia. Habiendo salido vencedor en un encuentro que tuvo con las de Renneberg, obligó á este á encerrarse en la plaza de Groninga. Para sacarle Alejandro del apuro, le envió de socorro tres mil infantes y ochocientos caballos á las órdenes del general Schenk, quien hizo levantar el sitio despues de un encuentro ventajoso con el enemigo.

Por aquellos dias tuvo un encuentro el marqués de Rubais con el general francés Lanoue, que trataba de sitiar la plaza de Enjemmunster. Fué vencedor el general español, y el enemigo perdió seiscientos hombres, diez y siete banderas, cuatro estandartes y tres cañones, quedando en el número de los prisioneros el mismo Lanoue, sobre cuya suerte, como hombre de tanta consideracion, consultó el príncipe Alejandro con el rey de España. Mas Felipe, reservado en todo, y cauteloso en decir su opinion, respondió á la carta en que se le comunicaba la victoria, sin hablarle nada de tan importante prisionero. En virtud de este silencio le hizo encerrar el general español en la ciudadela de Limburgo, donde el francés divirtió sus ocios escribiendo varios tratados sobre la política y el arte militar, que fueron muy aplaudidos en su tiempo.

Como se hallaba entonces el rey en su expedicion de Portugal, circularon en los Paises-Bajos varias especies de derrotas y desca-

labros en su ejército, llegando hasta esparcirse la noticia de su muerte. Con este motivo se alentaron de nuevo los confederados, dando por seguro el triunfo de su causa. Tambien se armaron varias tramas contra la persona de Alejandro, hallándose Guillermo de Horn señor de Heez, al frente de los conjurados. Era su designio matar al príncipe y entregar el pais al duque de Anjou, que intrigaba mucho en aquel tiempo para hacerse señor de los Paises-Bajos. Previno la traicion el marqués de Rubais, prendiendo al principal conspirador, quien no pudo menos de hacer confesion de su delito. No atreviéndose el príncipe de Parma á decidir por sí sobre su suerte, pidió órdenes al rey, quien decretó al momento su suplicio. Tuvo este lugar en la plaza de Quesnois, donde el señor de Heez fué degollado en un cadalso.

Seria muy ocioso y hasta ajeno de la naturaleza de esta obra, entrar en los pormenores de todos los encuentros que ocurrian, hallándose aquel pais lleno de tropas que le cruzaban en todas direcciones. En unos pueblos se abrian las puertas á los españoles, otros que se habian reducido á la obediencia, volvian de nuevo al poder de los contrarios. Fué uno de los mas importantes entre estos últimos la plaza de Courtray, y hasta Malinas sufrió un saqueo por parte de los confederados. Por aquel tiempo atacó el conde de Mansfelt, maestre general de campo del ejército español, la plaza de Buchain; y despues de tenerla en grande aprieto, entró en convenio con los sitiados, y les permitió que saliesen los que quisiesen de la plaza. Mas la dejaron minada, y la mecha encendida en tal disposicion, que solo podria producir su efecto cuando los vecinos estuviesen ya distantes de sus muros. Así sucedió en efecto, y cuando se hallaban ya en camino los soldados y demás gente de la guarnicion, y los sitiadores ocupados en aposesionarse de la plaza, reventó la mina. Sin embargo, no hizo todos los estragos que los enemigos aguardaban, aunque no dejaron de volarse mas de treinta casas, con peligro de encenderse toda la ciudad, á cuyo remedio se acudió muy prontamente.

No andaban acordes los ánimos del marqués de Rubais y el conde de Mansfelt; veterano este en el servicio del rey, pues llevaba las armas á su favor desde el principio de los disturbios de los Paises-Bajos; recien admitido el otro en sus filas en la última organizacion que habia dado al ejército el príncipe de Parma. Se inclinaba Alejandro mas al último, tal vez por esta misma circustancia, ó

porque le hacia sombra la reputacion de Mansfelt, adquirida en tantos campos de batalla. Se hizo mas notable la poca armonía entre estos dos personajes, en un consejo de guerra celebrado á presencia de Alejandro. Opinaba Rubais porque se moviese el campo sobre Cambray, importante por su situacion y por los muchos partidarios del duque de Anjou que la consideraban como la base de sus operaciones. Pero el conde de Mansfelt rebatió este dictámen, sosteniendo que merecia ser preferida la plaza de Nivelles, por estar mas próxima y ser su expugnacion como preludio necesario para la toma de la otra. Entre estos pareceres propendia al primero el príncipe de Parma, por la importancia de ocupar la plaza de Cambray, donde á cada momento aguardaban refuerzos de Francia; mas no por eso dejó de aprobar la opinion del conde de Mansfelt, por no contrariarle demasiado. Abrazando, pues, los dos objetos que al mismo tiempo le ofrecian la ventaja de separar á los dos jefes rivales, encargó al marqués de Rubais la expedicion sobre Cambray, encomendando á Mansfelt la de Nivelles.

Fué muy brevemente terminada esta última. Se rindió Nivelles á los tres dias de sitio, y la guarnicion quedó prisionera. Era mucho mas difícil la empresa de Rubais por lo fuerte de Cambray, y el gran partido que tenian en ella los franceses. Cuando estaba ya en camino destacó al conde de Montigny con objeto de tomar la plaza de Condé, muy cercana á Valenciennes. La evacuó la guarnicion sin aguardarle, retirándose á Tournay, con lo que le fué muy fácil á Montigny apoderarse de lo que estaba abandonado. Mientras tanto llegó Rubais á las inmediaciones de Cambray, y comenzó la operacion del sitio; pero cuando mas ocupado estaba en llevarle á feliz término, ocurrió en Flandes otra novedad que alteró notablemente el semblante de las cosas.

Hasta entonces no habia tomado el pronunciamiento de los Paises-Bajos un carácter de rebelion abierta contra el rey de España. Si habian corrido á las armas y ejercido actos de hostilidad contra sus tropas, manifestaban dar estos pasos para defender sus privilegios hollados por el rey; mas que de ningun modo dejaban de reconocerle como su señor natural, á cuya obediencia deseaban volver cuando se hiciese justicia á sus reclamaciones. Ni en las actas de la confederacion de Gante, ni cuando llamaron al archiduque Matías, se habia tenido otro lenguaje. En los capítulos ajustados en Utrecht, nada se decia á favor del rey; tampoco en contra. Invocan-

do su nombre se expedian todos los decretos que daban los Estados: de ningun sitio público se habian quitado las armas reales, y con su nombre y busto corria la moneda. De que habia buena fe en todas estas manifestaciones, pueden quedar dudas: de que el príncipe de Orange preparaba así las vias para llegar de una vez al fin de sus designios, hay los testimonios mas probables. Estaba el rey de España destronado de hecho, sobre todo en las provincias del Norte y en gran parte de las de Flandes y el Brabante; mas conservaba todavía una sombra de autoridad, y se podia decir que aunque desobedecido, era todavía señor nominal de los Paises-Bajos. Con la realidad, vino asimismo á destruirle la apariencia. Habian llegado las cosas al punto de constituir en verdadera anomalía un dictado que estaba en contradiccion tan abierta con los hechos. Se aprovechó, pues, de la ocasion el príncipe de Orange para promover eficazmente el objeto tan apetecido para él de la absoluta independencia. Aunque su ambicion le sugeria naturalmente el sustituir su persona propia á la del rey, era demasiado hábil para ignorar que no tenia bastante partido para ser el nuevo soberano de los Paises-Bajos. Le excluia para ello entre otras cosas, su cualidad de protestante, cuyo culto no dominaba mas que en las provincias de Holanda y Zelanda, hallándose solo tolerado en las demás donde la religion de la generalidad era católica. Necesitaba, pues, el de Orange un príncipe extranjero de esta comunion, mas que diese bastantes garantías de respetar la libertad de las conciencias. El archiduque Matías, que hacia cuatro años residia en el pais con el título nominal de gobernante, no satisfacia las miras del príncipe por ser de la familia de Austria, que deseaba alejar para siempre de los Paises-Bajos. Echó, pues, los ojos sobre el duque de Anjou, cuyos vínculos de sangre con el rey de Francia y relaciones que tenia entonces con el partido calvinista, ofrecian la perspectiva de una poderosa proteccion de la potencia vecina, á que los príncipes de Nassau habian acudido siempre por socorros en todos sus conflictos. En Francia tenia el príncipe de Orange relaciones de parentesco, y hasta los Estados á que debia su título. Habia pasado á segundas nupcias con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier, viuda de Teligny, hijo del almirante de Coligny, asesinado la misma noche que su padre. Mediaba además la consideracion, de que siendo el duque de Anjou príncipe jóven, de poca experiencia, y menos que mediana capacidad, seria dirigido naturalmente por el prín-

cipe de Orange, quien conservaria de hecho el supremo poder aunque no el título de supremo gobernante.

En el tratado de la confederacion de Utrecht ya habia puesto el príncipe los cimientos del edificio que pensaba levantar, haciendo que se omitiese el nombre del rey, cuya autoridad ni se reconocia, ni se desechaba. No tardó mucho despues de este acto en convencer á los Estados de la necesidad de dar un paso mas, para salir de aquella situacion equívoca que los exponia á tantos embarazos. Fácil le fué hacerles ver, que no pudiendo en el estado en que se hallaban llegar á una reconciliacion sincera con el rey de España, era ya lo mas seguro para ellos romper para siempre los vínculos que con él los unian, llamando á otro señor, á favor de cuya poderosa proteccion saliesen vencedores en la lucha. Les designó la persona del duque de Anjou como de mucha importancia para ellos por sus inmensos bienes, por sus poderosas relaciones en Francia, por el favor de que disfrutaba entonces con la reina de Inglaterra. Dieron oido los Estados á razones é insinuaciones, tan hábilmente presentadas. En agosto de 1580 se reunieron en Amberes, y despues de algunas conferencias, decretaron: «Que por no haber guardado el »rey Felipe á los flamencos los privilegios jurados, habia caido del »principado de Flandes; y que por esta causa, libres ya los pueblos »de la fe y obediencia que le habian jurado, elegian con todo su »acuerdo y voluntad por su nuevo príncipe á Francisco de Valois, »duque de Anjou, hermano del rey de Francia.» En virtud de este decreto, habiéndose reunido otra vez los Estados en la Haya, se expidió un solemne edicto declarando lo mismo, con órden á todos los magistrados y funcionarios del pais, de prestar juramento de obediencia á dicho príncipe, de derribar las armas reales, de que desapareciesen los sellos y cualquier otro signo de soberanía del rey de España, dejando desde aquel momento de estamparse su nombre en la moneda. Y aunque esta órden encontró en un principio bastantes obstáculos, pues no todos los flamencos se hallaban de este parecer, arrastró á lo menos la opinion de los mas, y unos tras de otros todos prestaron el juramento requerido.

Así quedó el rey de España despojado de derecho como de hecho del señorío de los Paises-Bajos, á excepcion de las provincias donde imperaban las armas de Alejandro. Se concibe fácilmente la profunda indignacion que debió de causar á Felipe II una resolucion que sin duda no aguardaba. Objeto ya de tanto odio para él el príncipe

de Orange, fué el principal blanco de sus iras. Inmediatamente lanzó contra él un decreto de proscripcion, en que despues de sacar á plaza su ingratitud, su rebelion, su apostasía y sus traiciones, se ofrecia al que le matase la suma de veinte y cinco mil escudos de oro para él ó sus herederos, concediéndole además la nobleza personal, y en caso de ser noble, el perdon de todos sus crímenes y delitos, cualquiera que ellos fuesen.

Fué en Felipe II este acto, á la par que bárbaro y atroz, una gran falta; pues no podia pensar que semejante decreto de proscripcion quedase sin respuesta. Así la tuvo muy cumplida por parte del príncipe de Orange, que en son de hacer su apología, publicó un manifiesto contra su antiguo señor, donde no se escasearon ni el rigor de los cargos, ni lo duro de las expresiones. Pocos documentos ofrece el siglo XVI mas célebres que este manifiesto. En él se vindicaba el príncipe de la acusacion de ingrato, haciendo ver que sus títulos y posesiones eran propiedad de familia, sin debérselos á Felipe y á su padre; que si habia tomado las armas contra el señor de los Paises-Bajos, era por las infracciones cometidas por este de los privilegios que habia jurado tan solemnemente; que habia sido súbdito de Felipe, señor de los Paises-Bajos, no de Felipe, rey de España; que si las crueldades del rey don Pedro de Castilla se habian tenido por suficiente causa para que entrase á sucederle en la corona un príncipe bastardo, sin tener en cuenta los derechos de la hija del monarca asesinado, habia perdido del mismo modo el derecho de mandar en los Paises-Bajos un rey que por el órgano é instrumento del duque de Alba habia cometido en el pais tan inauditas crueldades. Además de tan terribles cargos, acusaba el príncipe de Orange al rey de haber asesinado á su hijo el príncipe don Cárlos, y acortado los dias de su mujer doña Isabel de Valois por medio de un veneno; de estar ya casado en secreto cuando su primer matrimonio con doña María de Portugal, echándole en cara otros desórdenes feos que trataba de cubrir con el manto de la hipocresía, etc. Predomina sin duda en el escrito el calor y la virulencia que son tan naturales á un ánimo ofendido. De muchos hechos, no alegaba mas pruebas que los rumores esparcidos por los enemigos de Felipe. Mas si este escrito no se puede considerar como un documento auténtico de acusacion, contribuyó entonces á aumentar la odiosidad de que era objeto el rey de España. Le acogieron los Estados de Flandes con las muestras de la mas viva sim-

patía, y los protestantes todos con demostraciones de entusiasmo.

Poco tiempo despues de la declaracion hecha en Amberes y del edicto de la Haya, salió de los Paises-Bajos el archiduque Matías (1), sumamente descontento del desaire que con el nombramiento del duque de Anjou se habia hecho á su persona. Al mismo tiempo enviaron los Estados embajadores á este último príncipe, haciéndole saber la determinacion que habian tomado. Los recibió el duque de Anjou con bondad, y aceptó el cargo con que los de Flandes le habian revestido. ¿Qué parte habia tomado en todo esto el rey de Francia? ¿Habian obrado los estados de Flandes por sus insinuaciones, ó á los menos con su consentimiento? Las dos cosas son posibles y aun probables, á pesar de que el rey de Francia temia mucho el comprometerse con el rey católico. Verdaderamente, la autoridad del rey Enrique III en sus Estados era muy precaria, supeditado como estaba por la liga santa, que recibia otras influencias que la suya. Por una parte, no le podia ser desagradable la idea de deshacerse de un hermano, cuyas intrigas y conexiones con sus propios enemigos le suscitaban á cada paso disgustos y embarazos: por la otra debia de halagarle la influencia que sin duda por la eleccion del príncipe de Anjou, iba á ejercer en los Paises-Bajos. Consintió, pues, en lo que tal vez no podia impedir, en lo que debia serle útil bajo dos aspectos; mas receloso siempre de ofender á Felipe II, le envió un embajador para darle parte de sus embarazos protestando que no habia tomado la mas pequeña parte en la declaracion de los Estados, así como no podia impedir el que su resolucion se llevase á sú debido efecto. Para dar mas pruebas de su sinceridad, dispuso que no acompañasen al príncipe tropas suyas, y sí que echase mano de voluntarios que sirviesen bajo su propia bandera, y fuesen pagados asimismo por su cuenta.

Al rey de España, no satisfacieron las protestaciones del de Francia. Mas á pesar de lo ofendido que se hallaba de este príncipe, á pesar de lo que acrecentaba su indignacion contra los Estados los refuerzos que iban á recibir del príncipe francés, aparentó quedar tranquilizado con las explicaciones de Enrique III, y no pensó en hostilizarle abiertamente. En esto se condujo con habilidad y como cumplia á su política. Dueño entonces en cierto modo de la liga

(1) Este archiduque fué elevado á la silla del imperio en 1611, á la muerte del emperador Rodulfo, que no dejó hijos, habiendo ya fallecido tambien sin sucesion todos sus hermanos, pues Matías era el último.

santa, tenia mas medios de hacer daño al rey de Francia, que por los de una guerra abierta. Recurriendo á este último extremo, concitaba contra sí los ánimos de toda la nacion francesa, en lugar de que permaneciendo pasivo tenia ganada la generalidad, pues casi todos los católices ardientes eran miembros de la liga.

Mientras se llevaban adelante estas negociaciones, perdió el príncipe de Orange por sorpresa la plaza importante de Breda, ciudad de su propio patrimonio. Por otra parte, el marqués de Rubais estrechaba la plaza de Cambray, poniendo cuantos medios podia para apoderarse de ella antes que llegase el príncipe francés, quien se movió de Paris á la cabeza de doce mil hombres de infantería y cuatro mil caballos con direccion á los Paises-Bajos. Envió delante una division de cuatro mil hombres para que entrasen en Cambray; mas no pudieron conseguirlo por los esfuerzos del marqués de Rubais que de cerca la estrechaba. Con este motivo tuvo el duque de Anjou que avanzar con el grueso de su ejército. Deliberó el príncipe de Parma en su Consejo sobre si se saldria al encuentro del francés; mas por lo escaso de su fuerza entonces, que no llegaba á seis mil hombres, se resolvió levantar el sitio de Cambray, retirándose para buscar mas dichosa coyuntura. Con esto entró el duque de Anjou sin obstáculo en la plaza, donde fué recibido con festejos, con aclamaciones, y hasta con el título de padre de la patria. Mas aquí terminó por entonces la expedicion del duque de Anjou, seguido de tropas mercenarias, cuyas pagas no podia continuar por falta de recursos, y que se le iban desertando poco á poco por esta misma circunstancia. Así cuando los Estados de Flandes y aun el mismo príncipe de Orange, sabedores de su entrada en el pais, le instaron á que pasase adelante y se aprovechase de su próspera fortuna, le respondió el príncipe francés que le era imposible hacerlo por falta de tropas y dinero. Sin duda contaba el duque de Anjou con hallar grandes recursos en los Paises-Bajos, así como los Estados imaginaban que el príncipe francés se presentaria muy provisto de dinero y seguido de fuerzas muy considerables.

Se apoderó sin embargo el duque de Anjou, á pesar de sus apuros, de Cateau-Cambresis y del fuerte de Chatelet. Mas viéndose abandonado de sus tropas, sin tener con que pagarlas, sin recibir socorros de su hermano, por no atreverse Enrique III á romper tan abiertamente con el rey de España, tomó la resolucion de marcharse á Inglaterra, esperando poderosos auxilios de la reina

Isabel, con quien tenia pendiente la negociacion de matrimonio.

Es un hecho singular que esta princesa tan hábil, tan entendida en todas las materias de gobierno, tan resuelta, como lo manifestó en todo el curso de su vida, á permanecer soltera, por no partir con ninguno la autoridad, de que era tan celosa, hubiese tratado cuatro ó cinco veces de casarse, sin intencion de verificar su enlace con ninguno. En medio de su gran prudencia, cedia demasiado á los instintos de mujer, y le halagaba extremadamente la idea de ser buscada, requerida y obsequiada. Se habia creido que se desposaria con el conde de Leicester, su privado y favorito: despues le asignó la fama por esposo á don Juan de Austria, al mismo Enrique III, rey de Francia, y á otros personajes, siendo el duque de Anjou el último de sus presuntos novios. Parecia una locura el proyecto de enlace con este príncipe, veinte y un años mas jóven, que ni poseia las gracias de una persona bien apuesta, ni se hallaba adornado de un mérito ó de una ilustracion que pudiese hacerle agradable á los ojos de la reina. No dejaban de vituperar esta eleccion sus celosos consejeros creyéndola sincera; mas los hechos hicieron ver que no era para ella mas que un agradable pasatiempo. En esta segunda visita á la reina Isabel, halló el duque de Anjou la misma acogida, las mismas demostraciones de obsequio, las mismas expresiones de cariño de que habia sido objeto en la primera, sin que en medio de tantas fiestas, tantos regocijos y todo género de diversiones, se adelantase nada en el asunto de la boda. Acaso no pensaba ya sériamente en ella el príncipe francés; mas como este segundo viaje tenia asimismo un fin político, cual era obtener auxilios de Isabel para hacer efectivo su nombramiento de príncipe y señor de los Paises-Bajos, no se contentó con palabras la reina de Inglaterra, y la que tres años antes habia visto con tanta inquietud la entrada del duque de Anjou en los Paises-Bajos, le proveyó ahora no solo de dinero, sino de buques y soldados con que pudiese presentarse en sus nuevos Estados con dignidad y medios de llevar adelante un proyecto en que se interesaba la política de la reina inglesa, tan deseosa siempre de arrancar á los Paises-Bajos de la dominacion del rey de España.

Se despidió el duque de Anjou de Isabel, agradecido á sus favores, aunque con menos ilusiones que la vez pasada sobre el proyectado matrimonio. Se embarcó en sus navíos con direccion á los Paises-Bajos, y en la primavera de 1581 llegó á Amberes, donde

le aguardaban los Estados, los principales personajes del pais, con el príncipe de Orange á la cabeza. Fué su entrada magnífica, acompañada de todo el aparato, pompa y esplendor, con que se empeñaron los flamencos en recibir al nuevo príncipe. Iba vestido con todas las insignias de duque soberano, como en aquellos tiempos se estilaba; y rodeado de magnates, entre el estruendo de la artillería, repique de campanas y la música de varios instrumentos, prestó juramento en manos de los Estados, de respetar las leyes y privilegios del pais, guardando en todo las cláusulas y condiciones de su nombramiento.

Fué la llegada del duque de Anjou muy bien acogida, tanto en Amberes como en el resto de los Paises-Bajos. Aunque en dicha ciudad no se profesaba desde algun tiempo el culto católico, se mandó abrir en obsequio del nuevo señor un templo para los de esta comunion; rasgo de obsequio que agradó sobremanera al príncipe. Por muchos dias duraron los festejos con que se celebró su llegada á esta capital de los Paises-Bajos. Mas fueron terminadas tantas demostraciones de alegría con un suceso lamentable.

Producia su efecto el decreto de proscripcion, lanzado por el rey Felipe contra la persona del príncipe de Orange. Al cebo de los veinte y cinco mil escudos de oro prometidos, se agregaba el mérito contraido por un católico, en asesinar á un príncipe enemigo de Dios y de su Iglesia, acto que en aquellos tiempos pasaba por eminentemente religioso, por altamente heróico. Concibió el proyecto de asesinato un tal Anaster ó Anastro, mercader de Amberes, y aun se dice que para ello recibió sugestiones de España, y hasta cartas del rey, con oferta de ochenta mil escudos, á mas de los veinte y cinco mil que estaban prometidos. No atreviéndose Anastro á cometer el acto por sí mismo, lo encargó á un criado suyo, llamado Juan de Jáuregui, vizcaino, jóven robusto, educado, como es de suponer, en el culto católico, y enemigo mortal de los herejes. Recibió este la comision con muestras de alegría, y al hablársele de la recompensa ofrecida por el rey á quien ejecutase el acto, respondió que no necesitaba premio alguno para emprender una accion tan grata á Dios, tan útil á los intereses de la Iglesia. Se preparó pues á ella con fervor; confesó con un fraile dominico, llamado Pigmerman, y recibió la comunion de manos de este religioso. Lo único que pidió á su amo, fué, que como él estaba seguro de morir, suplicase al rey atendiese á la subsistencia de su anciano padre.

Cumplió el jóven vizcaino su palabra. Como sabia bien la lengua del pais, no le fué difícil penetrar en el palacio del príncipe de Orange, á la sazon que este daba un banquete á sus amigos. Concluido el festin, pasó el príncipe á su cuarto, y el vizcaino, que en medio de la confusion de los criados y sirvientes no le perdia de vista ni un momento, siguió sus pasos, y cuando halló ocasion, le disparó una pistola, cuya bala le atravesó las dos mejillas, sin dejarle muerto. Entonces quiso el vizcaino recurrir á otra pistola para acabarle; mas por la casualidad de estar demasiado cargada, reventó, iuutilizando la mano y la accion del asesino. Al ruido acudieron los amigos y criados del príncipe, de cuyo furor fué víctima Jáuregui en el acto. Pronto se conoció que la herida no era mortal, con lo que se sosegó algun tanto el ánimo de sus allegados.

Mas el lance pudo ser mas serio por las circunstancias que le acompañaron. Inmediatamente que fué público en Amberes, se esparcieron los rumores de que el golpe habia sido provocado por el príncipe francés, deseoso de deshacerse de una persona, cuya autoridad é influencia en el pais tal vez le molestaban. No se habia borrado todavía el recuerdo de las matanzas de San Bartolomé, precedidas por el asesinato del almirante Coligny, y en que habia tomado una parte tan activa el que era entonces rey de Francia. El miedo en unos, y el deseo de venganza en otros, hizo correr á las armas á los habitantes de Amberes, y estaba ya muy próximo á estallar entre ellos y los franceses un conflicto serio, cuando por casualidad se halló en los bolsillos del asesino un escrito, en que constaba su nombre y demás circunstancias que habian mediado, y dejamos referidas. Inmediatamente se apresuró el príncipe Mauricio, hijo del herido, á divulgar esta especie en la ciudad, con lo que se aquietaron los ánimos amotinados. Se expuso al público el cadáver del asesino, que se reconoció por criado de Anastro, y como este se puso en fuga, se prendió á su secretario, cómplice del acto. Tambien se echó mano al fraile Pigmerman, y habiendo confesado los dos su participacion en el delito, fueron ajusticiados en garrote, y hechos despues cuartos, colocándose los trozos en las principales puertas de la plaza.

Curó pronto de sus heridas el príncipe de Orange, y recobró la salud que necesitaba, para dirigir con toda actividad los negocios que estaban á su cargo. En cuanto al peligro que acababa de correr, conocia demasiado las costumbres y tendencias de su siglo, para no

presentir la infinidad de puñales que habia afilado contra su pecho el decreto de proscripcion del rey de España.

No se descuidaba mientras tanto el príncipe de Parma en llevar adelante las operaciones militares. Sus tropas no eran muchas, y los enemigos se habian reforzado con las que acababan de llegar de Francia. Cada vez se le hacia mas sensible la falta de los españoles y mas tropas extranjeras que habian salido del pais, en virtud del último tratado de pacificacion con los valones. Deseoso vivamente de su vuelta, sondeó Alejandro á los principales personajes del pais que mas se habian empeñado en la expulsion, y logró con insinuaciones indirectas, no solo vencer sus repugnancias, sino hacerles desear la vuelta de las tropas extranjeras, como indispensables para llevar adelante la guerra con buen éxito. Las mismas autoridades del pais le propusieron que las pidiese al rey, y Alejandro se aprovechó al momento de tan favorable disposicion, haciendo ver á Felipe II la necesidad de la medido. Accedió el rey, como puede suponerse, y mandó inmediatamente que se pusiesen en movimiento para Flandes cuatro tercios españoles, que componian entre todos diez mil hombres, con lo que se aumentaron considerablemente las fuerzas del príncipe Alejandro; mas antes de su llegada, que tuvo lugar á mediados de 1582, ya habian comenzado las operaciones militares de este príncipe, y que vamos á recorrer del modo sucinto, y usado hasta ahora; pues la relacion circunstanciada de todas las batallas, sitios de plazas, y de todo género de encuentros que tuvieron lugar en estas guerras, ocuparia mas espacio del que hemos destinado á toda la historia en que nos ocupamos.

Dejamos al príncipe en retirada de las inmediaciones de Cambray, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacer cara al duque de Anjou, que á dicha plaza se acercaba. A esta especie de derrota, se siguió la pérdida del fuerte de San Guillen; mas volvió este pronto á caer en nuestras manos.

Entre tanto recelosa siempre la corte de Francia del enojo que causaria al de España la expedicion de los Paises-Bajos del duque de Anjou, envió un comisionado al príncipe Alejandro, para hacerle ver la ninguna parte activa del rey en un movimiento que habia tenido lugar, sin prestarle por su parte ningun género de auxilios, y del que no podia redundarle la menor ventaja. Sin duda tuvo esta mision por objeto, el averiguar de mas cerca, si se habia creido llegar el momento de romper las paces que existian de he-

cho entre España y Francia; mas Alejandro, habiendo recibido cortesmente á los enviados, les respondió que era un asunto concerniente al rey, á quien debian dirigirse, y de ningun modo á su persona, pues por su parte no tenia mas negocios que el de continuar la guerra, que contra los enemigos de su rey estaba ya empezada.

El conde de Renneber, gobernador de Frisia, vuelto poco tiempo hacia al servicio del rey, acababa de morir en la flor de su edad, atribuyéndose este acontecimiento por los confederados á castigo del cielo, por haber abandonado su causa, y pasándose al rey, á quien se llamaba tirano de los Paises-Bajos. Varios personajes del pais desearon reemplazar al gobernador difunto; mas el príncipe de Parma prefirió para este cargo á Francisco Verdugo, capitan español, que se habia distinguido en aquellas guerras, y cuya fidelidad estaba á toda prueba. Además, reunia la circunstancia de hallarse enlazado con una de las familias mas ricas del pais, y de estar personalmente interesado en la restauracion del poder del rey de España. Habiendo puesto á su disposicion bastantes fuerzas para sostener la campaña por el lado del Norte, tomó otra vez el hilo de sus operaciones por el del Mediodía.

Fué su primer movimiento de importancia embestir la plaza fuerte de Tournay, en la provincia de Flandes, en los confines del Haynault, ciudad ademas muy importante, por los muchos refugiados de la religion reformada que habian tomado asilo en sus muros, procedentes de Condé, Nivelles, y otros mas puntos que acababan de caer en manos de los españoles. No pensaba el príncipe de Orange, con que el de Parma emprenderia el sitio de una plaza tan fuerte á la entrada del invierno; mas Alejandro hizo ver que era muy serio su designio, pues haciendo conducir por los rios que corren cerca de Tournay, y sobre todo el de Escalda, víveres en abundancia, municiones y piezas gruesas de batir, puso el sitio formal á la plaza el 1.° de octubre de 1581. Estaba ausente á la sazon el gobernador Pedro Melun, príncipe de Espinois; mas suplia á la sazon sus veces Francisco Diobiou, capitan valiente y experimentado, quien no hizo sentir la falta del antiguo jefe, aunque tambien concurrian en la persona de este prendas de militar valiente y experimentado. Se preparó animosa la guarnicion á todos los azares del sitio, y en la decision del vecindario, encontró el gobernador auxilios de grandísima importancia.

Comenzó el ataque de los españoles por el del baluarte de San Martin, situado en la puerta de este nombre, y como aislado del resto de las fortificaciones. Despues de varias embestidas, en que los enemigos hicieron gran resistencia, se apoderaron los nuestros de los fosos, y por medio de escalas llegaron á lo alto de los muros, de que se apoderaron; ventaja de consideracion, pues desde dicho fuerte dominaban el resto de la plaza.

El gobernador, príncipe Espinois, en la imposibilidad de penetrar con auxilios en Tournay, se situó en Oudenarda, á tres leguas de distancia, con objeto de hacer reconocimientos y hostilizar las líneas de los sitiadores; mas sus tropas enviadas á este fin, fueron rechazadas por las de Alejandro, quien no perdonó medio alguno de alejar constantemente al enemigo de las inmediaciones de la plaza.

Cuando mas empeñado se hallaban en sus operaciones, vino á aumentar el entusiasmo de sus tropas las noticia de una victoria, conseguida por Francisco Verdugo, en Frisia, contra Adolfo de Nassau y el coronel inglés Norris, que habia atacado su campo atrincherado. Inferior al español en caballería, se habia atenido á la defensa de sus líneas; mas cuando el enemigo, seguro de la victoria, se acercaba ya á tomarlas, puso en movimiento su infantería, la que rechazó á los asaltadores, y los puso en dispersion, con grande pérdida, habiendo quedado heridos Adolfo de Nassau y el coronel de los ingleses.

Despues de emplear el uso de la mina, que causó bastantes destrozos en los muros de Tournay, trató Alejandro de atacarla por dos partes, habiendo precedido una arenga suya militar, segun acostumbraba en lances de esta clase. Atacaron sus tropas con denuedo, mas no fueron felices en la tentativa. Se hallaba la guarnicion muy animada contra las tropas de Farnesio, y además el gobernador, que era un hombre de mucha actividad y de experiencia, no perdonaba medio de sacar utilidad de las buenas disposiciones de los defensores. Por otra parte, se hallaba dentro de la princesa de Espinois, esposa del gobernador ausente, mujer animosa y esforzada, que corria á los parajes de mas riesgo, animando con su voz y su ejemplo á los soldados: A pesar pues de los ejemplos de Alejandro y de las exhortaciones de los jefes principales, tuvieron que retirarse las tropas del asalto, no pudiendo resistir á la furia de los de adentro, que con armas, con piedras, con

materias inflamadas, les causaban grande mortandad, habiendo precipitado á muchos de ellos en el foso. Aunque no fué grande la pérdida del ejército español, la hizo muy considerable el número de los jefes de distincion que quedaron fuera de combate. Salió herido el mismo Alejandro de una pedrada que le dejó por un tiempo sin sentido; mas se restableció pronto con grande alegría de los suyos, que ya le daban por perdido.

Mientras el príncipe de Parma tenia tan cercada la plaza de Tournay, estuvo á pique de perder la de Gravelinas, que fué atacada una noche de improviso por tropas inglesas, y de los confederados, que estaban de inteligencia con parte de las tropas que la guarnecian. Cuando los llevaban ya escalada la mayor parte de los muros, recibió aviso oportuno el gobernador, y acudió inmediatamente con las tropas fieles. Los asaltadores desistieron del intento, y se alejaron de la plaza, cubiertos como las tinieblas como habian venido. El jefe de los ingleses, llamado Preston, no queriendo acogerse á los buques que los esperaban, tomó con sus tropas el camino de Tournay, con objeto de meterse dentro de la plaza, lo que ejecutó, habiendo tenido la noticia del santo que habian dado aquella noche á las guardias avanzadas. Con este seguro pasó por medio de los enemigos, y entró sin novedad por las puertas de Tournay, sin que lo sospechase nadie. Cuando se supo el engaño y se quiso echar tras de ellos, ya era tarde. Sirvió esta estratagema para que el príncipe de Parma prohibiese dar ningun santo en adelante, mandando que nadie pasase de un punto á otro durante la noche, sin previo reconocimiento de los puestos avanzados.

A pesar del pequeño refuerzo que recibió la plaza de Tournay, á pesar del desafecto que algunos en el campo español profesaban á la causa de los españoles, lo que se echaba de ver por las inteligencias que tenian con los enemigos, era ya imposible á los de la plaza el sostener por mas tiempo un cerco que los tenia reducidos á los mayores apuros, privándolos de toda comunicacion con los de afuera. Sabian el mal resultado de la intentona sobre Gravelinas, y además los inútiles esfuerzos que hacia el príncipe de Espinois para acometer el campo de Alejandro. Ni los esfuerzos del gobernador, ni las persuasiones de la princesa, fueron suficientes para que el vecindario quisiese arrostrar por segunda vez los horrores y consecuencias de un asalto. Fué, pues, preciso rendir la plaza bajo condiciones, que por su poca dureza manifiestan los grandes deseos

que animaban al de Parma, de hacerse cuanto mas antes dueño de ella. Se permitió la salida con sus armas á las tropas de la guarnicion, y asimismo á los vecinos que quisiesen llevarse sus efectos; se dejó en libertad de conciencia, mas sin ejercicio público de su culto, á los de la religion reformada que quisiesen permanecer en la ciudad, permitiéndoles en todo caso la salida con sus efectos, en caso de tomar este último partido. Se cumplió la capitulacion con fidelidad por ambas partes; mas los magistrados de la ciudad se quejaron al príncipe de Parma, de que entre los efectos de la princesa, del gobernador y otros principales personajes, iban muchos vasos sagrados y efectos de particulares, que desde el principio del sitio habian sido trasladados á la ciudadela. Así se vió en efecto, cuando por órden de Alejandro fueron registrados los equipajes de las personas ya indicadas. Volvieron los objetos á sus dueños, y esto dió á los magistrados mas facilidad para cubrir los pedidos, que por via de indemnizacion les hizo el príncipe de Parma.

Se tomó la plaza de Tournay en 30 de noviembre de 1581, sin que en todo aquel invierno se hubiese emprendido operacion ninguna de importancia. En la primavera del año 1582 emprendió Alejandro el sitio de Oudenarda, situada sobre el Escalda, que la divide en dos partes casi iguales. Se consideraba entonces como una de las plazas mas fuertes de los Paises-Bajos; tanto que el francés Lanoue, uno de sus principales ingenieros, le daba el nombre de segunda Rochela. Se admiró este, y asimismo el príncipe de Orange, que el de Parma se atreviese á tanto; mas como habian salido errados sus pronósticos cuando el cerco de Tournay, no dudó Alejandro en acometer esta segunda empresa, que produjo para él los mismos resultados que la otra. Algo paralizó sus operaciones de sitio un motin que se suscitó en su campo, promovido por las mismas causas que habian excitado tantos movimientos de esta clase, á saber, el atraso de las pagas. Comenzó la sedicion en el tercio de alemanes, quienes al recibir una mensualidad que se daba á todo el ejército por órden de Alejandro á cuenta de sus alcances, declararon que no la querian sino doblada, pues así se les debia. Volvieron los rebeldes pronto á su deber por la presencia de ánimo de Alejandro, que corrió á ellos sin tener en cuenta las picas vueltas contra cualquiera que tratase de acercárseles. Llegó el valor del general español á penetrar en medio del tercio y sacar arrastrando á uno de los alféreces y entregarle al preboste para que le ahorca-

sen al momento, sin que se atreviesen á proferir una palabra los alemanes, atónitos con esta intripidez y sangre fria. Entonces mandó Alejandro á la caballería que rodease el tercio, é intimó al coronel la órden de que por cada compañía le enviase dos para ser ahorcados al momento. Salieron efectivamente veinte de las filas: con el espectáculo de su suplicio quedaron los demás arrepentidos, é imploraron la misericordia del general en jefe, quien los volvió á su gracia, resignándose los alemanes á recibir el dinero que les estaba destinado. Eran muy frecuentes estos alborotos en el curso de aquellas guerras, por los atrasos con que recibian las pagas; mas tambien puede decirse que no pocas veces habia Alejandro sosegado esta clase de alborotos, presentándose solo en medio de los sediciosos, contando siempre con el prestigio que rodeaba su persona.

Sosegada la sedicion volvió Alejandro á las operaciones del sitio de Oudenarda, sirviendo de estímulos á su actividad, por una parte los movimientos que hacian los enemigos para socorrerla, y por la otra la jactancia de estos de que se estrellarian en una plaza tan fuerte todos los esfuerzos del príncipe de Parma. Costó en efecto muchos trabajos á sus tropas el apoderarse de una media luna ó rebellin que los sitiados defendieron con gran tenacidad; pero al fin, apoderados los nuestros de esta obra exterior, tuvieron mas facilidad para atacar el cuerpo de la plaza. Varias salidas hicieron las tropas de su guarnicion, pero sin efecto. Tampoco fueron eficaces en un principio nuestras baterías; pero colocadas despues con mas acierto, abrieron una brecha suficiente para emprender la obra del asalto. Hablan los historiadores de un grave peligro que corrió Alejandro durante el sitio, y se cita el hecho para manifestar la gran serenidad que en semejantes lances desplegaba. Hallándose un dia á la mesa, acertó una bala de cañon enemiga á dar en su barraca causando la muerte de dos, é hiriendo á muchos de los circunstantes. En medio de la confusion causada por el accidente, sin levantarse Alejandro de su asiento, mandó que removiesen los manteles y platos, ensangrentados todos, y trajesen otros nuevos, diciendo con tranquilidad que no queria que los enemigos se alabasen nunca de hacerle perder su terreno, cualquiera que fuese la situacion en que se hallase. Sin responder de la autenticidad del hecho, no es inverosímil este rasgo de serenidad en quien manifestaba con tanta frecuencia el buen temple de su ánimo.

Preparadas todas las cosas para el asalto, no quisieron exponerse á sus azares los habitantes de Oudenarda; y aunque las tropas sitiadoras deseaban apoderarse á viva fuerza de la plaza, por la rica presa que les ofrecia, no quiso Alejandro causar la destruccion de la ciudad, y la tomó con capitulaciones parecidas á las de Tournay, imponiendo una contribucion para los gastos de la guerra.

Causó admiracion y llenó de sentimiento á los confederados la toma de una plaza que pasaba por uno de los principales baluartes de los Paises-Bajos. Cuando tuvo lugar este suceso, se hallaba á legua y media de distancia el duque de Anjou con fuerzas de socorro; mas retrocedió inmediatamente y tomó la vuelta de Gante, aguardando á cada momento que llegasen á los Paises-Bajos nuevas tropas que le enviaba el rey de Francia.

Entraron los españoles en la plaza de Oudenarda por julio de 1582, y en el siguiente mes de agosto se reunieron en su campo las tropas españolas é italianas con que el rey le reforzaba. Ascendia el número de los españoles á cinco mil, y á cuatro mil el de los italianos. Se pusieron los primeros á las órdenes de Cristóbal de Mondragon, capitan experimentado que habia hecho grandes servicios en aquella guerra, y los segundos á las de Camilo del Monte, bien conocido asimismo en los Paises-Bajos. Vinieron en estos tercios gran número de personajes distinguidos, tanto italianos como españoles, en clase de aventureros, á quienes atraia la gran fama que entonces alcanzaba el príncipe Alejandro. Con muestras de grande alegría fué recibido este socorro por el general español, y en verdad no podia llegar á mejor tiempo. Casi simultáneamente habian entrado en los Paises-Bajos las tropas que enviaba el rey de Francia, en número de siete mil infantes y tres mil caballos, á las órdenes del mariscal de Biron y el duque de Montpensier, cuñado del príncipe de Orange. Y aunque semejante acto de hostilidad hácia el rey de España no era ya susceptible de paliativo alguno, todavía supieron cubrir las apariencias Enrique III y su madre Catalina de Médicis, haciendo ver que sin su consentimiento se movian estas tropas hácia Flandes. Mas Felipe II, aunque no engañado, dió muestras de serlo, pues en realidad no le convenia declarar la guerra al rey de Francia. Harto mas fatal era para Enrique la encubierta que le hacia, influyendo tan poderosamente en el inmenso partido cuyos principales jefes aspiraban sin duda á destronarle.

Con este refuerzo en los dos campos pasaron adelante las operaciones militares por una y otra parte. Se apoderó el príncipe Alejandro de las plazas de Menin, Xervic, Poperinge, y entró por sorpresa en la de Lira, que aunque no muy fuerte. se hallaba abundantemente abastecida de víveres, municiones y pertrechos militares. Tambien se apoderó de Catau-Cambresis, Clusa, Ninove y Gasbec, mientras el duque de Anjou entraba en algunas plazas insignificantes. Dos choques tuvieron, aunque no de consecuencia, los dos caudillos; uno en San Vinoc, habiendo atacado Alejandro la retaguardia del príncipe francés, y el segundo en las inmediaciones de Gante, persiguiendo el de Parma á su enemigo, que se refugiaba en los muros de esta plaza. Era la intencion de Alejandro entrarse en ella al mismo tiempo que sus enemigos, aprovechándose del desórden. Mas los de adentro, apercibidos, tomaron sus precauciones y le hicieron retroceder con pérdida no pequeña, pues entre muertos y heridos tuvo fuera de combate muy cerca de ochocientos hombres.

No estaba por su parte ocioso Francisco Verdugo, que en nombre del rey mandaba en Frisia. Puso sitio á la plaza de Lochen, y aunque la tenia en muy grande apuro y próxima á rendirse, se vió precisado á levantar el sitio, por el refuerzo que el duque de Anjou le envió oportunamente. Fué mas feliz Verdugo en la plaza de Stenowich, que tomó por sorpresa, estando el gobernador y los principales jefes de la guarnicion celebrando un festin por una victoria que habian conseguido algunos dias antes, proporcionándoles el saqueo de un pueblo muy considerable de las inmediaciones. Y mientras estos sucesos ocurrian, intentaron las tropas de los confederados otra sorpresa en la plaza de Lovayna, y que no tuvo efecto, pues cuando ya habian escalado y subido á lo alto de los muros, cubiertos con las tinieblas de la noche, acudió la guarnicion á tiempo á la voz de su gobernador, repeliendo á los asaltadores con gran pérdida.

Así continuaba la guerra por una y otra parte, siempre con mayores ventajas para el príncipe de Parma, cuando acontecimientos de un órden mas importante vinieron á dar realce al cuadro en cuyo bosquejo nos estamos ocupando.

CAPÍTULO LIV.

Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Paises-Bajos.—Su ataque infructuoso sobre Amberes.—Resentimiento del pais contra los franceses.—Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.—Infructuosas.—Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.—Se retira este á Dunquerque.—Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.—Batalla de Emistemberg.—Se retira á Francia el duque de Anjou.—Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.—Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.—Pide mas refuerzos al rey y los consigue.—Guerra de Colonia.—Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.—Se rinden las dos primeras plazas.—Fluctúa la tercera.—Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.—Muerte de este príncipe.—Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.—Su carácter.—Le sucede el príncipe Mauricio.—Piden los Estados la proteccion del rey de Francia.—Negativa.—Acuden á la reina de Inglaterra (1).—(1581-1584.)

Estaba desazonado el duque de Anjou por el poco poder que ejercia realmente sobre sus nuevos súbditos. Habian estos restringido demasiado los límites de su autoridad para halagar la ambicion de un príncipe educado en los principios de un gobierno absoluto, y que además se consideraba heredero de una corona tan poderosa como la de Francia. Participaban de sus sentimientos la mayor parte de los jefes franceses que corrian su fortuna, y sus consejos no servian mas que para encender el ánimo de un príncipe inconstante por naturaleza, amigo de novedades, y de ninguna sinceridad en sus palabras. Le decian que los Estados del pais habian querido adularle con el vano título de duque de Brabante, sin darle rentas, sin poner

castillos ni fortalezas á su devocion, sin conferirle un poder real, pues nada podia hacer el duque de Anjou sin su consentimiento. Que igual suerte habia cabido al archiduque Matías, gobernador nominal, y que solo habia servido para cohonestar la rebelion de los Estados contra el rey de España; que el verdadero director, el verdadero gobernador en los Paises-Bajos, era el príncipe de Orange, á cuyos consejos tenia el conde de Anjou que deferir como si fueran verdaderas órdenes; y en fin, que esta restriccion de facultades, este simulacro de poder, eran la verdadera causa de la frialdad con que era auxiliado por su hermano. ¿A qué empeñarse en efecto en gastos, á qué hacer grandes sacrificios que ningun beneficio habian de producir ni para el rey de Francia ni para el mismo duque, reducido á un papel tan subalterno?

No podia menos de encenderse con estas insinuaciones el enojo del príncipe francés, tan inclinado de suyo á partidos violentos, que se creia agraviado y ofendido. Para sondar las intenciones del pais y tener un pretexto de ruptura, hizo proponer á los Estados que hallándose estos con tanta necesidad de los socorros de Francia, para acabar de sacudir el yugo de la España, declarasen que en caso de morir sin hijos el duque de Anjou, seria su heredero el rey su hermano, en cuyos Estados se incorporarian definitivamente los Paises-Bajos. Mas estaban estos muy lejos de asentir á una medida que amenazaba tan de cerca su propia independencia.

En vista de esta negativa, se decidió el duque de Anjou á poner en planta el proyecto que le sugirieron sus principales allegados. Se reducia por entonces á echar las tropas del pais de las plazas donde se hallaban jefes franceses de gobernadores, y declararlas bajo la inmediata dependencia del príncipe de Francia. Para esto se dió órden de que provocasen de cualquier modo un alboroto popular ó cualquiera otro desórden que hiciese algo plausible la adopcion de la medida. El mismo duque se encargó de esta operacion en Amberes, donde entonces residia.

Pretextó para este objeto la necesidad de pasar una revista á las tropas de su nacion en las inmediaciones de la plaza. Tuvo lugar la reunion al pié de las mismas esplanadas. Cuando mas descuidados estaban los de adentro, se destacaron del cuerpo ó division hasta tres mil infantes y ochocientos caballos, que con la velocidad del rayo se apoderaron de los puentes levadizos y principal puerta de Amberes, cuya guardia pasaron á cuchillo. Inmediatamente se preci-

pitaron sobre la ciudad, que trataron de ocupar militarmente, dando las dos solas voces de *misa* y *duque*, con que querian dar á entender el restablecimiento de la fe católica y el poder absoluto del nuevo gobernante. Habia dado el duque de Anjou órden á estas tropas de que pensasen solo en ocupar militarmente la plaza, sin propasarse á excesos ni desórdenes; mas en medio de esta preocupacion, tuvo lugar el saqueo y el pillaje, sin duda por no querer los que entraban antes partia el botin con los compañeros que despues llegasen.

Se quedaron al principio atónitos los vecinos de Amberes con los gritos y alborotos, que estos desórdenes causaron. Se creyó al principio que era una riña de estas que ocurren tan frecuentemente entre militares y paisanos. Mas cuando se enteraron del hecho, cuando vieron que se convertian en enemigos los que habian entrado como aliados, y el eminente peligro en que se hallaban su libertad, sus haciendas y sus vidas, pensaron seriamente en defenderse y oponer, aunque en desórden, la mas obstinada resistencia. Inmediatamente atrancaron las puertas de sus casas, barrearon las calles, y se subieron á las ventanas y tejados, de donde hicieron fuego sobre los franceses, arrojándoles además piedras, agua hirviendo y toda especie de materias inflamables. Era muy poca la fuerza que habia entrado para vencer la resistencia de una poblacion tan considerable, dedicada todo á su exterminio. Los que estaban ocupados en el pillaje fueron víctimas de su codicia. Los demás desatentados, consternados en alas del pavor, se dirigieron á la puerta por donde habian entrado; mas aquí se encontraron con un obstáculo que aumentó el desórden y la carnicería.

Aguardaba con ansia el duque de Anjou desde afuera el resultado de la intentona sobre Amberes. Al oir los gritos y el tumulto que se habian levantado en la ciudad, creyó que los suyos estaban en peligro, y que de todos modos convenia enviarles tropas de refresco. Inmediatamente destacó otro cuerpo, que corrió precipitado á la ciudad; mas al llegar á la puerta se encontró con el primero, que corria perseguido por la muchedumbre. Causó este encuentro repentino entre unos y otros la confusion que puede imaginarse, y como los fugitivos tuvieron que detenerse en su marcha, pudo cebarse mas en ellos el furor de aquellos habitantes. Embarazados unos con otros los soldados, no podian hacer uso de sus armas; con los que habian entrado antes perecian asimismo los que habian

venido á socorrerlos. Se cubrieron poco á poco de cadáveres los fosos: muchos fueron precipitados de lo alto de los muros. La mortandad fué grande. En dos mil se computó la pérdida de los franceses en aquella refriega, que acabó para siempre con el prestigio y fuerza moral de aquellos imprudentes extranjeros.

Salvada de este modo la plaza de Amberes, y avergonzado el duque de Anjou de lo mal que le habian salido sus designios, se retiró con sus tropas, y no pudiendo emprender su marcha por el Escalda, cuyo paso le tenian los del pais interceptado, tomó un rodeo para llegar al punto de Vilvorde, donde hizo alto para deliberar sobre sus operaciones ulteriores.

Al mismo tiempo que se verificaba el ataque de Amberes, intentaban la misma operacion, segun las órdenes del duque de Anjou, en otras plazas de los Paises-Bajos. Se apoderaron los franceses por los medios que se les habian indicado, de Terramunda, Dismunda y Dunkerque. Mas se les resistieron las de Newport, Ostende y Brujas.

Fácil es imaginar cuán agradable debia de ser á los ojos de Alejandro aquel suceso tan desgraciado para los franceses. Rotos en cierto modo los vínculos que unian al duque de Anjou con los Estados, no podian ya naturalmente contar estos, ni con las tropas ni con la proteccion del rey de Francia. En la altura á que se hallaban los negocios, tres expedientes le propuso el Consejo al príncipe de Parma: ó que se dirigiese á los Estados, negociando de nuevo una reconciliacion con su antiguo señor, ó que negociase con el duque de Anjou la entrega de la plaza que ocupaban los franceses, ó que sin perder tiempo, continuase las operaciones militares, aprovechándose de la confusion y el desaliento, que no podia menos de producir la separacion de los franceses.

El primer proyecto no era practicable. Estaban demasiado empeñados los flamencos en la obra de su insurreccion, para pensar seriamente en volver á la obediencia. Por otra parte, era imposible que obrando estos bajo la direccion del príncipe de Orange, consintiese este en semejante paso, con un rey que le tenia proscripto, con quien estaba empeñado en una guerra encarnizada á muerte.

Con el duque de Anjou no eran tan difíciles las negociaciones, por lo irritado que estaba este príncipe con los Estados. No era en verdad de poca monta la entrega de tantas plazas que estaban en su poder; mas algunas situadas en el interior del pais, no le podian

servir de alguna utilidad, teniendo que evacuar á Flandes. Se entablaron, pues, de una y otra parte negociaciones, pero sin efecto. Pedia el duque de Anjou por las plazas, cuya entrega solicitaba el príncipe de Parma, otras no menos importantes, que se hallaban en las fronteras de la Francia. Sin duda contaba demasiado el de Parma con el despecho del príncipe francés, y este tenia algunas miras á volver á términos de buena amistad con los flamencos.

A pesar de la irritacion que habia producido en el pais la conducta pérfida del duque de Anjou, no desconocian su posicion, hasta el punto de negar oidos á proposiciones de esta clase. El príncipe de Orange, siempre sagaz y previsor, sin tratar de defender ante los Estados la conducta del duques antes bien vituperándola como era justo, les hizo ver lo peligroso que era para ellos llegar á una ruptura abierta, con un príncipe que podia disponer de muchos medios, tanto suyos como de su hermano, hallándose sobre todo los Estados con muchos apuros, y sin esperanzas de ningun aliado poderoso; que la misma reina de Inglaterra, tan favorecedora en otro tiempo de los Paises-Bajos, miraria con disgusto que desechasen para siempre un príncipe, á quien daba pruebas claras de su benevolencia, y sobre todo que reflexionasen los males incalculables que caerian sobre el pais, si aprovechándose Alejandro de esta desunion, conseguia hacerse dueño de tantas plazas importantes, que estaban á la sazon en poder de los franceses.

Las razones del príncipe de Orange no podian ser mas convincentes, y aunque se las sugeria en parte su propio interés personal, era tambien el de los Estados escucharle. No estaban ya los ánimos cerrados á una avenencia que pudiese neutralizar los males ya causados. Por otra parte, el duque de Anjou habia hecho en cierto modo apología de su anterior conducta. Los Estados comenzaron pues á aflojar, dejando de interceptar el paso al duque de Anjou, que se hallaba cercado tanto por mar como por tierra. Sin concluirse pues nada de una y otra parte, se dirigió el príncipe francés á Dunkerque, para entablar desde este punto las negociaciones.

Restaba pues al príncipe Alejandro el tercer expediente que le habia propuesto su Consejo, á saber: el continuar la guerra con actividad sin pérdida de tiempo. Era sin duda el mas prudente y el mas análogo al carácter del general español, tan entendido en las artes de la guerra, como entusiasmado por las glorias militares.

Fué su intento principal caer sobre Dunkerque, donde estaba encerrado el príncipe francés; pero para llevar á mejor efecto este designio, y adormecer al duque de Anjou en brazos de la seguridad, se dirigió Alejandro hácia el Brabante, y en el término de tres meses se apoderó de las plazas de Eindoven, Dalem, Sichen y Vesterloo, mientras los franceses se hicieron al mismo tiempo dueños de otros puntos menos importantes. Se hallaba el mariscal de Biron á la cabeza de doce mil hombres; mas compuesta esta division de flamencos y franceses, que se aborrecian de muerte por lo acaecido en Amberes, no se ofrecian al general grandes elementos de victoria, por lo que inmediatamente que supo que el marqués de Rubais por encargo de Alejandro se acercaba á Rosembal, donde se habia situado á la sazon, se refugió á la plaza marítima de Estemberg (1), seguido de los franceses y alemanes, dejando á retaguardia á los flamencos con los escoceses, para tenerlos separados durante la marcha de los otros.

Mientras el marqués de Rubais seguia el alcance del mariscal de Biron, marchaba Cristóbal de Mondragon con Montigny y otros jefes sobre Dunkerque, con órden de Alejandro de bloquear la plaza por tierra y por mar, mientras llegaba el momento de sitiarla formalmente.

Se dirigió entonces Alejandro sobre Estemberg, y como no dejaba de ser el punto susceptible de defensa, se resistió en él el mariscal de Biron, hasta el punto de empeñar una batalla. Salieron vencedoras las tropas de Farnesio, con grande pérdida de los enemigos; pues segun el cómputo mas corto, ascendieron á mil y quinientos los que quedaron tendidos en el campo. Recogió el mariscal de Biron las reliquias de su gente en naves que tenia dispuestas al efecto, y se dirigió á las costas de Francia, donde las desembarcó, sin volver mas á los Paises-Bajos.

Concluida esta operacion, se dirigió sin pérdida de tiempo el príncipe de Parma á la plaza de Dunkerque. Cuando comenzaban las operaciones del sitio, recibió una embajada del rey de Francia, quejándose de lo irregular de su conducta en atacar una plaza, donde se hallaba su propio hermano, pues equivalia esto á una guerra declarada; á lo que respondió Alejandro que era deber suyo

(1) Este punto no es marítimo en el dia. En ninguna parte como en los Paises-Bajos, han cambiado mas con el transcurso del tiempo las circunstancias de localidad de los diferentes pueblos, por las retiradas y avances del mar, así como por los canales y demas obras de la industria humana, que alteran á cada instante estos accidentes del terreno.

recuperar por la fuerza, si no habia otro medio, los lugares y plazas pertenecientes á los Estados de su rey que habian sacudido la obediencia. El mismo duque de Anjou cortó el nudo de la dificultad, abandonando á Dunkerque con direccion á Francia, en cuyas costas desembarcó con auxilios y socorros mas considerables, que sin duda aguardaba de su hermano.

Apenas hizo resistencia Dunkerque, cuando se vió estrechada por tierra y mar, y batida por veinte piezas de cañon, que estuvieron haciendo fuego por espacio de doce horas, concluyendo por derribar un fuerte torreon, y la parte de la muralla con que estaba unido. Preparadas las cosas para el asalto, pidió el general francés capitulacion, y la obtuvo, habiéndosele permitido salir con sus tropas con armas, pero sin banderas ni equipajes. Con el vecindario se condujo el de Parma cortesmente, y la contribucion que le impuso por indemnizacion de los gastos de la guerra, no excedió á los medios de una ciudad populosa y rica por sus manufacturas y comercio.

Despues de la toma de Dunkerque, acaecida en julio de 1583, llevó Alejandro sus armas á la plaza de Newport, que se entregó tambien sin mucha resistencia. Con igual rapidez cayeron en sus manos las de Berghen, San Vinoe, Dismunda y Menin, mientras que Juan Bautista de Tassis, teniente de Francisco Verdugo, se apoderaba de la de Zutphen, una de las mas considerables del Norte de los Paises-Bajos.

A pesar de lo favorable que se presentaba la fortuna al príncipe de Parma, le aquejaban siempre los apuros de dinero, y además le faltaban fuerzas para llevar adelante sus conquistas con la rapidez que le era necesaria. Volvió, pues, á suplicar al rey, al mismo tiempo que le daba comunicacion y el parabien por las ventajas de sus armas, que le enviase cuanto mas antes abundantes refuerzos de dinero y tropas; pues el número de estas últimas se iba debilitando con las guarniciones que tenia que dejar en las plazas conquistadas, hasta el punto de no tener mas que seis mil hombres para un dia de batalla; que nunca se ofreceria para el rey ocasion mas favorable de recobrar de una vez su autoridad en Flandes, hallándose ausente el duque de Anjou, mortalmente enemistados los franceses y flamencos, y blanco de muchas acusaciones y sospechas el mismo príncipe de Orange, que solo cayendo sobre todos los puntos con una fuerza formidable, se apagaria de una vez el

fuego de la insurreccion, en lugar de que obrando con lentitud, se renovarian cuando menos se pensase las hostilidades.

Mientras llegaba la respuesta del rey, siguió Alejandro el curso de las operaciones, y con objeto de tomar la plaza de Iprés, levantó un fuerte enfrente de la ciudad, que la privaba de sus comunicaciones y socorros que pudiese recibir de Brujas y de Gante. Despues se hizo dueño del punto de Echeloo, de Sas de Gante, de Gwaes, de Ritemunda, de Acsel, de Hulzt y otros puntos poco importantes, y por fin, de la de Aloste, que pasaba por la primer ciudad de la provincia de Flandes, y que le entregaron los ingleses, quejosos de que no los pagaban los Estados.

Despues de la toma de estas plazas, volvió á Tournay el príncipe de Parma. Aquí recibió la contestacion del rey, en que le decia de su puño, que habiéndose concluido ya la guerra de Portugal y de las islas Terceras, enviaba á Flandes toda la infantería española, distribuida en tres tercios, que ascendian á seis mil y quinientos hombres. En cuanto á dinero, le hacia ver que habia mandado depositar en el castillo de Milan un millon de escudos de oro, de los que se le enviaran inmediatamente trescientos mil para que los gastase como mejor le pareciese. Que de los otros setecientos mil se irian sacando mensualmente ciento cincuenta mil para las pagas del ejército. Concluia la carta, mandando al príncipe de Parma no dejase de enviar algun socorro á los habitantes de Colonia, que estaba á la sazon en guerra contra su antiguo arzobispo, Gerardo de Truschen, expelido de sus muros. Y como el príncipe de Parma cumplió inmediatamente este encargo del rey, daremos por via de episodio una idea sucinta del motivo que habia encendido la guerra civil en el territorio y arzobispado de Colonia.

Ocurrió á Gerardo de Truschen, arzobispo y elector de Colonia, la fatalidad de enamorarse de una canóniga ó canonesa, llamada Inés de Mansfelt, dama de peregrina hermosura, quien al parecer no se mostró insensible á los obsequios del prelado. Llegó la intimidad de estas dos personas á ser objeto de escándalos en el pais, y el amor de arzobispo á términos, de que olvidándose de sus órdenes sagradas y de su carácter de príncipe y prelado católico, resolvió casarse con su dama. Segun algunos, se vió obligado á dar este paso por los parientes de la señora, como una justa reparacion de los perjuicios que habia sufrido su honor con tan estrechas relaciones. Fué celebrado el matrimonio con solemnidad, en Bonna,

ciudad del Electorado, y les echó la bendicion nupcial un sacerdote calvinista. Entendieron los católicos que equivalia esta conducta de Truschen á una renuncia indirecta de su dignidad de arzobispo y elector; mas los príncipes protestantes que habian influido en dicho matrimonio, se empeñaron en que permaneciese en su silla arzobispal, separándose de este modo el electorado de Colonia de la comunion romana. Tal vez con este objeto habian fomentado unos amores, de que se escandalizaban los católicos, y aconsejado un matrimonio, que era en su sentir una manifestacion de guerra abierta.

Pero el Senado, el cabildo eclesiástico y el pueblo de Colonia, estuvieron tan lejos de entrar en las miras de los protestantes, que se pronunciaron abiertamente contra el arzobispo, y lo expelieron de sus muros. Se declaró asimismo el emperador Rodulfo contra el príncipe prelado, que se separaba de la comunion católica. El Papa por su parte envió un legado á Colonia, y en virtud de sus informes, excomulgó solemnemente al arzobispo, quien fué depuesto asimismo de su electorado. En seguida se procedió al nombramiento de su sucesor, que recayó en Ernesto de Baviera, hermano del elector y duque de este nombre.

Se suscitó con esto una guerra, en que los intereses religiosos iban envueltos con los mundanos, como tan frecuentemente se veia en todos los conflictos de aquel siglo. Defendieron la causa del arzobispo depuesto los príncipes luteranos, entre los que se contaban el duque de Dos-Puentes, el conde de Salm-Salm, el famoso Juan Casimiro, tan conocido en las guerras de Flandes, y Carlos Truschen, hermano del arzobispo depuesto, á cuyas banderas acudieron tropas, no solo de Alemania, sino de Flandes, á cargo de Juan de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y hasta de Francia, que habian militado con el duque de Anjou, y estaban á cargo de Carlos de Mansfelt, hermano de la desposada. Por parte del arzobispo nuevo se pusieron tambien tropas en campaña, á las que se reunieron tres mil infantes y quinientos caballos, que bajo las órdenes del conde de Aremberg, enviaba de refuerzo el príncipe de Parma. Pelearon unos y otros con sucesos varios; mas al fin se decidió la fortuna á favor de la parcialidad del nuevo arzobispo, y los de Truschen, despues de haber perdido todos los castillos y plazas fuertes del electorado, se recogieron á Bonna, la sola ciudad que les restaba. Era gobernador de esta plaza Carlos Truschen, hermano del

arzobispo; y aunque trató al principio de hacerse fuerte, fué preso por la misma guarnicion, que abrió las puertas á las tropas de Baviera. Quedó, pues, triunfante la causa del arzobispo nuevo, y el depuesto abandonó el pais, retirándose á Delft, en Holanda, poniéndose bajo la proteccion del príncipe de Orange.

Fué de corta duracion esta guerra de Colonia, y su resultado de grandísima satisfaccion para el príncipe de Parma; pues á terminarse de otro modo, hubiesen los príncipes luteranos vencedores aprovechado la ocasion de enviar refuerzos á los confederados. Continuó, pues, el príncipe la guerra con toda su actividad acostumbrada. Era su principal objeto apoderarse de las tres plazas de Iprés, Brujas y Gante, que pasaban por las mas fuertes de los Paises-Bajos, para caer despues sobre Amberes, punto principal á que se encaminaban sus operaciones. Mas no hallándose con fuerzas suficientes para ponerles á la vez un sitio formal, trató de interceptar sus comunicaciones, de privarles de recibir víveres, construyendo fuertes de campaña á sus inmediaciones, haciéndose dueño de los canales y rios por donde se transportaban los géneros de su comercio. Por aquel tiempo recibió mas refuerzos de Italia, que incorporó á los tercios de esta nacion, y así se vió con medios mas eficaces de llevar adelante sus designios.

Se hallaba en grande apuro la ciudad de Iprés, delante de la que habia construido el punto fuerte que la dominaba, y que ya hemos mencionado. Poco despues cayó en sus manos un convoy de víveres y municiones que mandaban á dicha plaza los de Brujas, habiendo derrotado á quinientos hombres que le custodiaban. De este modo se aumentaron los apuros de Iprés, y quedaron los de Brujas sin gran parte de las tropas que la guarnecian.

Con el sistema de bloqueo, adoptado por el príncipe de Parma, sufria Iprés los horrores del hambre, creciendo tanto los apuros, que abrió sus puertas á los españoles, reconociendo la autoridad del rey, con facultad de crear magistrados á su arbitrio. Las tropas de la guarnicion tuvieron permiso de salir sin armas, sin banderas, ceñidas solamente las espadas, prestando antes juramento de no tomar nunca las armas contra el rey de España. A muy pocos dias despues se rindieron casi con las mismas condiciones los de Brujas. Se capituló entre otras cosas, que se tolerarian los calvinistas por un cierto tiempo, con tal que viviesen sin causar molestia á nadie, dejando al arbitrio del rey el arreglar definitivamente este negocio.

A pesar de hallarse los de Gante casi en los mismos apuros que los de Iprés y Brujas, no daban indicios de seguir su ejemplo. Ya habia enviado la ciudad comisionados al general español que se hallaba en Tournay, para arreglar las condiciones de la entrega; mas se habian roto las negeciaciones por la influencia superior que ejercia en la plaza la parcialidad contraria á la del rey, dirigida por el príncipe de Orange. Sin embargo, la entrega de dos plazas como Brujas é Iprés, era un negocio de demasiada consideracion para no causar recelos é inquietudes serias á los confederados. En vista de la actividad y talentos desplegada por el príncipe de Parma, tuvieron que pensar sériamente en su propia posicion, que comenzaba á ser crítica y sumamente peligrosa. Sirvió esto de motivo al príncipe de Orange para hacer ver á los Estados la necesidad de reconciliarse con el príncipe francés, cuyas imprudencias habian sido tan fatales para él y para ellos. Dieron los Estados oidos á la proposicion, y enviaron al duque de Anjou comisionados con objeto de anudar los vínculos de amistad que se habian roto. Mas se habia tomado muy tarde esta medida, por la muerte de dicho personaje, acaecida en aquel mismo tiempo, segun unos de enfermedad natural producida por la melancolía y el despecho, y segun otros, cuya opinion es menos verosímil, á impulsos de un veneno.

Dejó este jóven príncipe pocos motivos de hacer recomendable su memoria. Sin talento, sin capacidad, sin mas resortes de accion que una inquietud natural que sin cesar le devoraba, fué casi siempre instrumento de intrigas ajenas, á pesar de que sus inmensos bienes y posicion social debian de constituirle en jefe de partido. De que estaba dotado de ambicion, da testimonio toda su conducta; mas sin conocimiento de los hombres y su propia situacion, incurrió en muy notables desaciertos. De poca sinceridad, de ninguna buena fe, se mostró digno hijo de Catalina de Médicis, digno hermano de los tres príncipes que consecutivamente ocuparon el trono de Francia. Educado en la religion católica, se unió no pocas veces con los calvinistas; heredero de Enrique III, y por lo mismo su aliado natural, le causó mil disgustos y le suscitó embarazos de que debia resentirse él mismo si alguna vez llegaba á la corona. Aceptó el gobierno de los Paises-Bajos sin penetrarse de los compromisos en que se ponia. Atentó á las libertades del pais, desconociendo que si el pais peleaba desde tantos años, era justamente en obsequio de estas libertades. No es extraño que el recuerdo de estas fal-

tas emponzoñase su existencia, y que viéndose aborrecido en Flandes, poco considerado de su hermano, y sin los auxilios de los que habian sido sus aliados, se abandonase al despecho que conduce muchas veces á la desesperacion y es síntoma de muerte. Con la de este príncipe solo quedaba un varon de la casa de Valois, y este era Enrique III, cuya sucesion, por falta de hijos, pasaba á Enrique de Navarra, calvinista. Así fué este un acontecimiento importantísimo para los jefes de la santa liga, sobre todo para el rey de España, que en esta asociacion por medios tan poderosos influia.

Fué seguida la muerte del duque de Anjou de otra mucho mas importante para los Paises-Bajos. El príncipe de Orange, objeto de tanto horror para los católicos, proscrito por el rey de España, blanco de las muchas asechanzas que tan fatal decreto producia, pereció por fin en Delft, víctima de un asesino. Cuatro diferentes y por separado meditaban á un tiempo dicha empresa; mas cupo la horrible distincion de ejecutarla á un tal Baltasar Gerard, natural de Borgoña ó del Franco Condado, quien habiéndose introducido en su casa con pretexto de entregarle cartas del duque de Anjou, disparó á traicion al príncipe un pistoletazo, que le dejó muerto en el instante. Tomó inmediatamente la fuga el asesino; mas fué cogido é interrogado con el auxilio del tormento. Declaró que habia comunicado el proyecto de matar al príncipe, á su confesor, á dos jesuitas, al conde de Mansfelt y al príncipe de Parma; mas nada le pudieron arrancar acerca de los cómplices en la perpetracion del acto, manifestado siempre que no tenia ninguno, y no habia obrado con otro motivo que el de vengar la religion católica de los agravios recibidos por el príncipe de Orange. Persistiendo en la misma negativa, sufrió los horrores del suplicio, en que fué descuartizado vivo. Se hallaba el asesino en la flor de su edad, y aunque es probable no estuviese solo en la trama, tampoco es imposible que el fanatismo religioso, tan comun en aquella época, le hubiese arrastrado á una accion que no solo él, sino los católicos ardientes, tuvieron por altamente meritoria.

Así pereció á la edad de cincuenta y dos años Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el enemigo mayor, ó á lo menos el mas odiado por el rey de España. Pocos hombres fueron juzgados mas diversamente entonces y aun despues por los historiadores; y no podia ser otra cosa, en vista de la pugna de opiniones y el encarnizamiento con que cada partido político ó religioso trataba á sus

antagonistas. Como rebelde, como ingrato, como fautor de la herejía, como hombre de astucia diabólica, debió de ser tratado por los católicos adictos á la parcialidad del rey de España; mientras los protestantes, los que tomaban tanto interés en la revolucion de los Paises-Bajos, le pintan como eminente patriota, como político consumado, como defensor y mártir de las libertades de su pais, como uno de los grandes apóstoles de la verdadera religion evangélica, cuyos principios desconocian los católicos. Examinando bien estos dos cuadros y despojando los hechos del espíritu de parcialidad, no es difícil reducirlos á sus justas proporciones. Que el príncipe de Orange fué un hombre sagaz, político, entendido, justo apreciador de las circunstancias que le rodeaban, conocedor en fin de los hombres y de las cosas, no puede estar sujeto á duda. Ninguno sabia sacar mejor partido de las faltas de sus enemigos; en los desaciertos políticos del rey de España ó de sus agentes en el gobierno de los Paises-Bajos, encontró un campo fecundo en todo género de hostilidades. En los verdaderos motivos que le impulsaron á declararse en guerra con el rey, no necesitamos internarnos; mas es un hecho, que cualesquiera que hubiesen sido, sirvió á una causa popular, altamente patriótica, que debia arrastrar en pos de él los ánimos de la muchedumbre. El fué el primer impulsador de un alzamiento que ocupa un lugar distinguido en la historia del siglo XVI, y desde el primer acto de su hostilidad, disfrazada entonces bajo el velo del obsequio, hasta el fin de sus dias, no perdonó ocasion ni medio, ni dejó de trabajar un solo instante por llevar á su término la grande obra comenzada. Hombre ya eminente por sus riquezas y prosapia, magnífico, generoso, muy popular en medio de su cualidad de taciturno, activo y perseverante, atento, cualquiera que fuese su ambicion, á manifestar que no era el móvil principal de su conducta, tenia todas las cualidades necesarias para ser un gran jefe de partido. Aunque el todo de los Paises-Bajos no sacudió la dominacion del rey de España, cupo al príncipe de Orange la gloria de ser el fundador de la república de las Provincias Unidas, ó de Holanda, del nombre de una de ellas, y de que sus descendientes rigiesen con muy pocas interrupciones los destinos del pais, contándose entre ellos el que actualmente le gobierna con el nombre de rey de los Paises-Bajos. Por lo demás, si el príncipe de Orange ocupa tan alto puesto en la historia como hábil político, como grande hombre de Estado, como activo gobernante, no nos

parece que como hombre de guerra, como capitan, tiene derechos á un título muy distinguido. En las dos entradas que hizo en los Paises-Bajos, quedó totalmente eclipsada su estrella por la del duque de Alba. Desde entonces no le vemos al frente de los ejércitos, ni concurrir con su persona á ninguno de los infinitos choques que en campo raso ó con motivo de sitios de plaza se trabaron entre las armas de España y las de los confederados. Ni en el gobierno de don Luis de Requesens, ni con don Juan de Austria que dió batallas en persona, ni con el príncipe de Parma, que dirigia tantas operaciones de sitio, se midió nunca el príncipe de Orange. Sin querer, pues, defraudar su reputacion militar, debemos pensar que fué inferior, y tal vez lo reconocia él mismo, á los capitanes ya citados.

A proporcion que fué celebrada la muerte del príncipe de Orange por la parcialidad de España, causó un profundo dolor y cubrió verdaderamente de luto á los confederados. Se celebraron sus exequias con toda pompa y solemnidad en Delft y en todos los pueblos considerables de la Holanda. En medio de su afliccion tuvieron los Estados el consuelo de que Mauricio, hijo segundo del difunto (pues el primero estaba preso en España), jóven de diez y nueve años, daba esperanzas de seguir las huellas de su padre. Así lo acreditó con el tiempo el príncipe Mauricio, desplegando igual actividad, igual genio en política, igual conocimiento de las cosas y de los hombres. Le invistieron los Estados con el gobierno de las provincias regidas antes por su padre, nombrándole al conde de Holach por su principal director y consejero.

Privados los Estados de Flandes del duque de Anjou y del príncipe de Orange, amenazados de perder sus principales fortalezas por la habilidad que desplegaba el de Parma, se vieron envueltos en terribles embarazos. Se abrió con esto nuevo campo á los agentes de España para proponer vias de avenencia y conciliacion con su antiguo soberano; mas se habian contraido demasiado grandes compromisos para que se pensase con sinceridad en semejante arreglo. Volvieron de nuevo sus ojos los confederados hácia Francia, y enviaron una solemne embajada á Enrique III, solicitando su proteccion y auxilios, ofreciéndole recibirle y reconocerlo por señor con ciertas condiciones. Era tentadora la proposicion, y no podia menos de halagar á Catalina de Médicis y aun á su hijo, que no ignoraba la guerra sorda que le estaba haciendo el rey de España. Mas dominaban en el Consejo los jefes de la liga, tan estrechamente unidos

á este último, é hicieron ver á Enrique III los graves peligros á que expondria el pais aceptando una soberanía que le acarrearia mil gastos sin utilidad alguna. Vaciló el rey como lo tenia de costumbre, y no siendo en realidad el mas fuerte, cedió á influencias extranjeras, dando una negativa formal á las proposiciones que le hacian los de Flandes. Con este motivo se vieron estos en necesidad de buscar otro protector y auxiliador, que hallaron al fin en la persona de la reina de Inglaterra. Mas antes de pasar á este nuevo órden de cosas en los Paises-Bajos, necesario será que retrocedamos algo y nos ocupemos en los asuntos de Portugal, de tanta importancia y bulto en la historia que escribimos.

CAPITULO LV.

SUMARIO.

Asuntos de Portugal.—Muerte de don Juan III.—Regencia del cardenal don Enrique. —Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.—Toma las riendas del gobierno. —Su primera expedicion al Africa.—Vuelve á Lisboa.—Hace preparativos para una nueva empresa.—Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.—Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.—Se embarca con su ejército.—Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.—Plan desacertado de campaña.—Batalla de Alcazarquivir.—Total derrota del ejército portugués.—Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.—Pormenores de la pérdida.—Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa (1).—(1557-1578).

Particularidad es de grande consideracion en la historia de Felipe II, que habiendo heredado de su padre la monarquía mas vasta entonces de la Europa, hiciese adquisicion de otra, que si no muy grande por su territorio de esta parte de los mares, formaba por sus ricas posesiones de la otra una de las principales potencias en el orbe culto. Se ve que hablamos de Portugal, cuya historia, en todos tiempos tan enlazada con la nuestra, se puede considerar como la misma en lo que nos resta del reinado que escribimos.

A la muerte de don Manuel, ocurrida en 1521, subió al trono su hijo don Juan III, hermano de la emperatriz Isabel, y casado con Catalina de Austria, hermana de Carlos V. Los historiadores hacen

(1) Herrera, Historia de Portugal; Cabrera, vida de Felipe II; Ferreras, Historia general de España; La Clede, Historia de Portugal; Mello, id.; Vasconcelos, Anacephaleosis.

todos mencion muy buena de este príncipe por su amor á la justicia y capacidad en materias de gobierno. Se hallaba entonces en un estado de brilló y de grandeza por sus vastas posesiones de Africa y Asia, que daban al comercio y á la navegacion tan gran fomento; mas de esta materia trataremos en su lugar correspondiente. Bajo el reinado de don Juan III se introdujo la inquisicion en Portugal por las artes de un impostor que se dijo nuncio de Su Santidad, con poderes para ello.

Murió este monarca en 1557, dejando la corona de Portugal á su nieto don Sebastian, de edad solo de tres años. Habia estado casado el padre de este príncipe é hijo de don Juan, con la princesa doña Juana, hermana de Felipe II; y como la primera mujer de don Felipe, doña María, habia sido hija de don Juan, era el rey de España tio doble del rey niño. Estos enlaces tan frecuentes entre las casas de uno y otro reino, dieron lugar á sucesos de muchísima importancia, segun veremos luego.

Quedó encargada de la regencia de Portugal la reina viuda doña Catalina; mas por la retirada total de esta princesa de los negocios del mundo, hizo renuncia y pasó á manos del cardenal don Enrique, hermano de don Juan y de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. La administracion de ambos fué bastante feliz, y en sus manos no perdió Portugal nada del lustre y consideracion pública que bajo los dos reinados anteriores disfrutaba.

Mostró el rey don Sebastian desde sus mas tiernos años vivo ingenio, entendimiento claro, deseos de instruirse y de gobernar con arreglo á leyes y á justicia; mas entre todas estas cualidades se distinguia un gusto por la profesion militar, que con el tiempo llegó á ser pasion desenfrenada. No fermentaban en la cabeza del jóven Sebastian mas que imágenes de guerras contra moros, excitándose su ardiente fantasía con los recuerdos de las proezas de los portugueses en las costas de Africa en el siglo anterior y en tiempo mas reciente. No poseia ya el Portugal de todas sus conquistas en esta parte, mas que los tres plazas de Ceuta, Mozagan y Tánger. Con la reunion de los cuatro estados de Fez, Tremecen, Suz y Marruecos, se acababa de formar en aquellas regiones un imperio formidable. Habian sido sitiadas con notable pérdida y matanza de los sitiadores, por las tropas del emperador Muley-Abdalla, las plazas de Mozagan y Tánger (1565), y el rey de Portugal, no siendo entonces de mas edad que la de once años, comenzó á anunciar el

proyecto de pasar al Africa y restablecer allí la dominacion de las armas portuguesas. No faltaron en su corte consejeros hábiles, hombres de prudencia, que espantados de las consecuencias para el reino de tan funesta propension, trataron de inspirar al rey sentimientos pacíficos; pero fueron mas los cortesanos que se decidieron á halagarla por espíritu de adulacion ó de partido.

Desde que llegó el rey á la edad de catorce años, término de su minoría, no se ocupó mas que de la guerra de Africa, sueño de casi toda su existencia. Ni los consejos, ni las representaciones de los bien intencionados, pudieron desviarle de una idea tan perjudicial al reino, como en sí misma extravagante. A la organizacion, á la instruccion de su pequeño ejército, á la lectura de las expediciones que habian cubierto de gloria el nombre portugués, se consagraban casi todos los momentos de su vida. Para ensayarse en la profesion militar, para examinar de cerca el pais que iba á ser teatro de su gloria, proyectó una expedicion al Africa, y seguido de solos mil quinientos hombres, se embarcó en 1574 en medio de las lamentaciones del pueblo, de las lágrimas de su tio y de su abuela, que no le pudieron disuadir de su proyecto. Desembarcado en Tánger, recorria sus inmediaciones con la misma confianza que si estuviese en Portugal, cuando percibiéndolo los moros le atacaron de sorpresa con fuerzas superiores. Fué el encuentro muy sangriento, y aunque los enemigos quedaron al fin desbaratados, no debió don Sebastian su salvacion mas que á su valor desesperado y temerario. Este accidente, que debia de hacerle entrar en sí, no hizo mas que confirmarle en su resolucion de empeñarse en otra tentativa mas en grande, y de cuyos preparativos comenzó á ocuparse desde su regreso á sus Estados.

Dió nuevos estímulos á las miras ambiciosas de don Sebastian la guerra civil encendida entonces en Marruecos. Por la muerte del emperador Muley-Abdalla, habia subido al trono su hijo Muley-Hamet, en perjuicio de sus tios, hermanos del difunto, llamados á la sucesion por las leyes del pais, con preferencia á su sobrino. Uno de ellos, llamado Abdel-Muley-Moluc, despues de haber errado prófugo por varias cortes de Africa, se hizo al fin con un ejército, al frente del cual volvió á Marruecos á vindicar sus derechos usurpados. Decidió la cuestion una batalla en que fué el sobrino derrotado y compelido á huir, dejando á Muley-Moluc en la posesion del trono. Recurrió el fugitivo emperador á varios príncipes de

la cristiandad, ofreciéndoles vasallaje si le daban medios para volver á sus Estados. Fué uno de ellos el rey de España; mas este se negó á entrar en tratados con el moro. Habia entonces entablado Felipe II negociaciones con Abdel-Moluc, con el fin de evitar que este coadyuvase con sus fuerzas á los designios del nuevo sultan Amurates III, hijo de Selim II, deseoso de arrancar las plazas de Oran y Mazalquivir de la dominacion del rey católico. Por otra parte le parecieron muy débiles los recursos con que contaba Muley-Hamet, y no quiso por lo mismo aventurar en una expedicion que le ofrecia pocas ventajas, las tropas y recursos que tanto necesitaba en otra parte.

Dió oidos don Sebastian á lo que desechaba el rey de España, ofreciendo á Muley-Hamet restituirle lo perdido, bajo las mismas condiciones, y desde aquel instante se entregó de nuevo á sus sueños de victorias y conquistas, lisonjeándose tal vez de plantar los pendones de Portugal sobre los muros de Constantinopla. Le halagaban los embajadores de Muley-Hamet con la idea de que inmediatamente que desembarcase en Africa se le abririan las puertas de Arcilla, una de las plazas mas fuertes de la costa, donde podria establecer la base de sus operaciones.

A los vastos designios de don Sebastian, correspondian poquísimo sus medios. Estaba el pais exhausto con las guerras anteriores, y la grandeza de Portugal tenia mas de brillante que de sólida. Con cortas fuerzas y medios pecuniarios muy escasos, apeló el rey á contribuciones extraordinarias, que se recaudaron con tanta mas dificultad, cuanto era muy impopular en el reino la expedicion que meditaba. Viendo que á pesar de sus esfuerzos no podia allegar fuerzas adecuadas á la empresa, acudió Sebastian á su tio el rey de España; y para tratar con mas extension de este negocio, hizo un viaje á Guadalupe, en Extremadura, adonde le habia citado Felipe II á instancias suyas. Se verificó la reunion á últimos del año 1577; y aunque el monarca portugués fué bien recibido por el español y tratado con las consideraciones debidas á su clase y tan estrecho parentesco, no produjeron para él las conferencias el resultado que esperaba. No solo se manifestó contrario el rey de España á la idea de tomar parte en el negocio y concurrir á los gastos de semejante expedicion, sino que trató de disuadirle de una guerra que no podria ocasionarle mas que gastos y desastres, sin ninguna sólida ventaja. En caso de que se obstinase en llevarla á

cabo, le aconsejó al menos que no la mandase en persona; y si aun se empeñaba en ello, que por ningun motivo se alejase de la costa. Hay historiadores que atribuyen á Felipe II lenguaje diferente, suponiendo que aconsejó á don Sebastian la expedicion, con las miras de sucederle en la corona en caso de un desastre. Sin tratar de sondar las intenciones, es un hecho que le aconsejó como buen pariente, como hombre cuerdo y experimentado. Mas ni estos consejos, ni las súplicas de don Enrique, ni las amonestaciones de sus consejeros, ni la consternacion del pais, que ya lamentaba los desastres de la expedicion, hicieron desistir á don Sebastian de su proyecto. Viendo Felipe II que nada le hacia fuerza, le prometió un cuerpo de cinco mil hombres, y aun se encargó de enviar una persona entendida y de confianza, á fin de que explorase en las costas de Africa el verdadero estado de las cosas. Este viaje tuvo efecto, mas se redujeron á dos mil los cinco mil hombres prometidos, por las noticias que tuvo el rey de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á los Paises-Bajos.

Despues de haber completado los preparativos ó los que él reputaba como tales, y formado un Consejo de regencia, por no haber querido encargarse de ella don Enrique, se embarcó don Sebastian en junio de 1578 con la expedicion, compuesta de nueve mil portugueses, dos mil españoles, tres mil alemanes, seiscientos italianos, en todo quince mil hombres, con doce piezas de campaña. A los inconvenientes de tan pequeño ejército, se agregaba el de la escasez de los caballos, que no pasaban de mil y ochocientos, habiéndose embarcado sin ellos una gran parte de los jefes principales.

Estaba nombrado capitan general del ejército don Luis de Ataide; capitan general de la armada don Diego Sosa, y capitan de los caballeros aventureros que seguian al ejército, don Cristóbal Tabora. Entre los principales personajes que acompañaban al rey, se encontraban don Federico, hijo del duque de Braganza, y don Antonio, prior de Crato, que con el tiempo hizo tan gran papel en la historia de este reino.

Llegó la expedicion en el curso del mismo mes á Cádiz, donde fué recibido el rey con todo aparato y solemnidad por su gobernador don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sexto duque de Medinasidonia. Le rogó este personaje á nombre del rey que no pasase adelante y que esperase allí el resultado de la campaña, encomen-

dándola al general en jefe. A este consejo no quiso dar oidos el rey don Sebastian, creyéndose lastimado en su amor propio, y se volvió á embarcar, embriagado mas que nunca con la ilusion de restablecer con un puñado de gente á Muley-Hamet sobre el trono de Marruecos.

Desembarcó la expedicion entre Tánger y Arcilla, sin que don Sebastian tuviese formado un plan de sus movimientos ulteriores. De Tánger salió á recibirle el emperador desposeido Muley-Hamet, llevándole de auxilio cuatrocientos moros, y los dos monarcas se dirigieron á la plaza de Arcilla, á cuyas fortificaciones añadió don Sebastian reparos nuevos. Despues de quince dias de irresolucion, en que consumieron la mayor parte de sus provisiones, determinó el rey comenzar la campaña por la toma de la plaza de Larache; mas en lugar de hacer la expedicion por mar, como el buen sentido se lo aconsejaba, decidió ir por tierra, teniendo que atravesar en lo mas fuerte del estío un pais árido, arenoso, que no le ofrecia agua ni recursos de ninguna especie. En vano los capitanes mas prudentes y el mismo Muley-Hamet se esforzaron en hacerle ver lo desatinado y hasta peligrosísimo de semejante expedicion, habiendo ejercido mas imperio en su ánimo las insinuaciones de algunos, que conocedores del carácter del rey, le hicieron ver que hallándose ya los enemigos á la vista, seria reputada esta expedicion marítima como una fuga, ó al menos retirada.

No habia estado dormido mientras tanto Abdel-Muley-Moluc, emperador reinante de Marruecos, contra el que don Sebastian tan pocas fuerzas desplegaba. Los historiadores convienen en alabar mucho la actividad y genio militar de este monarca. Como no habian ofendido en nada al rey don Sebastian, se admiró mucho que se declarase su enemigo y aspirase á destronarle. Aun dió con él pasos de avenencia, ofreciéndole algunas plazas, con la condicion de que abandonase la causa del sobrino. Cuando supo que eran todos infructuosos, y que el rey de Portugal se obstinaba en llevar adelante su designio, escribió á los deyes, sus aliados, y tomó todas las medidas necesarias para sacar á campaña el mayor número de tropas posible, á cuya cabeza se puso en persona, aunque conducido en litera, hallándose aquejado por una grave enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro. Se componia su ejército de treinta y seis mil caballos, entre los que se hallaban dos mil con arcabuces, siete mil infantes, todos arcabuceros, y treinta y cuatro

piezas de campaña, sin contar con una porcion de tropas irregulares árabes que igualmente le seguian. Con toda esta gente caminó hácia Arcilla, observando los movimientos de los portugueses. Sabedor de la desacertada jornada que estos emprendian, envió tres mil hombres para ocupar un vado por donde tenian que pasar el rio Larache; y los portugueses, destituidos de este recurso, creyendo haber encontrado otro, se hallaron con la novedad de que estaba intransitable. En aquel conflicto, sin poder pasar adelante, sin poder ni querer retroceder, hallándose sin víveres, no se presentó mas recurso que el desesperado de dar batalla al moro, que se hallaba con fuerzas tan superiores á las portuguesas. El 4 de agosto del mismo año, en un sitio llamado Alcazarquivir, tuvo lugar esta refriega, una de las mas desastrosa que están consignadas en la historia. Arengó á sus tropas don Sebastian: el emperador marroquí mandó que se llegasen á su litera los principales jefes del ejército, y les recomendó que peleasen con valor por la causa de la fe de Mahoma, y obtuviesen á toda costa una victoria, ya de ningun provecho para él, hallándose tan próximo á la muerte. A su hermano Muley-Hamet que le acompañaba en la expedicion, y tenia el mando de la caballería, hizo aparte el mismo encargo, amenazándole en nombre del profeta con que le haria cortar el cuello á la primera señal que diese de cobardía ó negligencia.

Se componia la vanguardia del ejército portugués de tres escuadrones de infantería: en el costado izquierdo los castellanos mandados por don Alonso de Aguilar; á la derecha los alemanes por el coronel Talver, y en el medio los aventureros portugueses al cargo de Cristóbal de Tabora. Componian el cuerpo de batalla los tercios de infantería portuguesa mandados por don Miguel de Noroña y Basco de Silveira, y la retaguardia otros dos tercios de la misma nacion al cargo de Diego Lopez Siquera y Francisco de Tabora. Iban los tres cuerpos flanqueados por mangas de arcabuceros de todas naciones, y la caballería formaba dos alas en el cuerpo de vanguardia. El rey, que hacia veces de maestre de campo general y de general en jefe, pues todo lo disponia por sí mismo, marchaba en el cuerpo de batalla, llevando á su lado á Muley-Hamet, seguido de sus cuatrocientos moros. Los bagajes iban protegidos por la caballería, y las piezas de campaña en los huecos que dejaban los tres cuerpos ó trozos del ejército.

Tomó Abdel-Moluc las disposiciones que la situacion le sugeria,

dando á su línea de batalla una forma semicircular con el objeto de envolver á los contrarios. Los portugueses no aparentaron arredrarse con tal disposicion, y se prepararon para la batalla como cumplia á soldados tan valientes. Comenzó la accion por descargas de artillería de una y otra parte; mas como la de los moros era tan superior, no quiso don Sebastian exponer á los suyos á un desórden manteniéndose parados, y mandó que la vanguardia atacase la línea de los moros. Se desordenaron estos en el acto, y aunque Muley-Moluc envió la órden de que los reforzasen, no pudieron á su vez romper la línea de los portugueses. Mientras se combatia aquí con gran ventaja de estos, se corrieron los moros por los dos flancos, y atacaron la retaguardia que fué desordenada. En aquellas llanuras, en aquella estacion, en aquel clima, no era dado á la infantería portuguesa, aunque superior, resistir el ímpetu de tantos caballos que por todas partes sobre sus filas se arrojaban. Eran precisas otras disposiciones, y para tomarlas un hombre de mas capacidad ó de mas genio. Quedó derrotada la retaguardia portuguesa; se fué destrozando poco á poco toda la vanguardia, en medio de grandes esfuerzos de valor, abrumada bajo la superioridad del número. Se movió entonces don Sebastian al frente del cuerpo de batalla, resuelto á vender cara su vida, y ya que no á vencer, á salvar los restos de su ejército. De que hizo heróicos esfuerzos de valor, dan testimonio su carácter y el arrojo que habia ya desplegado. En varias partes se le vió combatir ya á caballo, ya á pié, pues tuvo dos muertos durante la refriega. Llevaron al principio lo mejor los portugueses, arrollando las líneas enemigas; mas acosados al fin en todos sentidos por tantos de á caballo, cupo al cuerpo del ejército la misma suerte que á los anteriores. Se introdujó el desórden en las filas; al desórden siguió la derrota, acompañada de la mortandad, y en medio de increibles esfuerzos aislados de valor, de la confusion, de los gritos feroces, de todas las escenas de horror que abraza la imaginacion, mas no pueden describirse, se iban cubriendo los campos, ó por mejor decir aquellos arenales abrasados, de cadáveres. Pocas batallas tuvieron un fin tan desastroso. De los quince mil hombres á que ascendia, sobre poco mas ó menos, el ejército portugués, todos quedaron muertos ó cautivos, á excepcion de cuarenta y cinco hombres que llevaron á la plaza de Ceuta la noticia del desastre. Fué mayor que el de los muertos el número de los cautivos; el botin inmenso, pues el rey y los nobles

portugueses se habian esmerado en presentarse con todo el lujo y magnificencia posibles en aquel pais que consideraban como de glorias y conquistas.

En medio de los desastres que hacen tan memorable esta jornada de Alcazarquivir, contribuye á su celebridad la circunstancia de haber ocurrido en ella la muerte de tres reyes. El emperador Muley-Moluc, al querer pasar de su litera á un caballo por creer en mal estado la batalla, se desmayó con el esfuerzo; y aunque volvió en sí, espiró pocos momentos despues, poniendo un dedo en la boca, dando á entender á los que le rodeaban que no lo divulgasen. Manifiesta bien este rasgo, aunque parece tan sencillo, el temple de alma de un emperador, que á la orilla de su tumba con tan sangre fria tomaba las disposiciones de batalla semejante. Fué la órden obedecida, y tan guardado el secreto de su muerte durante la refriega, que los principales oficiales de su comitiva continuaba acompañando la litera, inclinándose á veces, en actitud de hablar con él y recibir alguna órden. El pretendiente ó mas bien desposeido Muley-Hamet, murió en la retirada al querer pasar un vado. De la muerte del rey de Portugal se dudo mucho entonces; y una prueba de que no fué creida generalmente en el pais, es que muchos impostores se presentaron con su nombre. Segun unos murió peleando, haciendo prodigios de valor, suerte que ya habia cabido á cuantos le rodeaban. Dijeron otros que habia sido hecho prisionero y que le habia dado muerte un jefe moro, al ver que se habia suscitado una contienda sobre quién se habia de llevar tan rica presa. Mas es lo cierto que á los dos dias despues fué descubierto de entre un monton de cadáveres el suyo, y aunque ya desnudo, reconocido por sus sirvientes y otros caballeros cautivos, que dieron este testimonio con sus lágrimas. Conservó con cuidado este cadáver el nuevo emperador, hermano de Muley-Moluc, y sin ningun rescate, le entregó á un comisionado del rey de España, quien mandó se depositase en Ceuta. De aquí se le trasladó á Lisboa, donde á pesar de la oscuridad en que estaba envuelto este suceso, no quedaba ya duda de su muerte.

CAPÍTULO LVI.

Continuacion del anterior.—Resultados de la muerte de don Sebastian.—Subida de don Enrique al trono. Pretendientes á la sucesion.—El rey de España.—Don Antonio, prior de Crato.—El duque de Braganza.—El duque de Saboya.—Raynuci, príncipe de Parma.—Reunion de las Cortes.—Designacion de los jueces para dirimir la disputa.—Muere don Enrique.—Partidos.—Disturbios.—Reunion de un ejército español en Badajoz.—Llegada de Felipe II á dicha plaza.—Consulta.—Manifiesta el rey sus derechos á la corona de Portugal, y los de valerse de la fuerza si voluntariamente no le reconocen.—Se pronuncia el prior de Crato.—Se apodera de Santarem, Setubal y Lisboa.—Proclamado rey.—Pasa el rey de España revista á sus tropas.—Entrada del ejército en Portugal á las órdenes del duque de Alba.—(1578-1580.)

Llenó de luto á Portugal la derrota desastrosa de su ejército y fatal destino del monarca. Al duelo de la inmensa pérdida, se añadia la consideracion de que habiendo muerto sin hijos el rey don Sebastian, y no pudiendo tenerlos tampoco el cardenal don Enrique, ya rey de Portugal por aquel fallecimiento, iba á ser el pais teatro de intrigas y acaso de revueltas por las disputas sobre la sucesion á la corona. Así sucedió en efecto inmediatamente de subir al trono el nuevo rey, de todos los hijos de don Manuel, el solo qne restaba. Los otros hobian dejado sucesion; mas presentaban demasiado campo de disputa sus derechos, para esperar que se decidiese la cuestion, sin violencias y trastornos.

Para comprender bien las disensiones que ya desde entonces comenzaron á tener lugar, necesitamos tener presente que los hijos

de don Manuel en el órden natural, fueron: 1.° don Juan III, su sucesor, casado con doña Catalina, hermana de Carlos V, padre de doña María, primera mujer de don Felipe, y abuelo de don Sebastian: 2.° doña Isabel, mujer de Carlos V, madre de don Felipe: 3.° doña Beatriz, mujer de Carlos, duque de Saboya: 4.° don Luis, que murió sin mas sucesion que la de un hijo bastardo llamado don Antonio, prior á la sazon de Crato: 5.° don Enrique, cardenal, monarca á la sazon reinante: 6.° don Duarte ó don Eduardo, casado con doña Isabel de Braganza, de quien tuvo dos hijas, la mayor doña María, casada con Alejandro Farnesio de Parma, y la segunda doña Catalina, con don Juan, duque de Braganza.

Los reclamantes ó aspirantes á la sucesion de la corona de Portugal, eran: 1.° Felipe II, como hijo de doña Isabel y marido de doña María, hija de don Juan III: 2.° Manuel Filiberto, duque de Saboya, como hijo de doña Beatriz: 3.° don Antonio, prior de Crato, alegando que el infante don Luis se habia casado realmente con su madre: 4.° Raynuci, príncipe de Parma, hijo de Alejandro Farnesio y de la infanta doña María, primera hija de don Duarte: 5.° Juan, duque de Braganza, casado con doña Catalina, segunda hija de don Duarte. Se puede contar tambien entre el número de los pretendientes á la reina Catalina de Médicis; mas apoyaba sus derechos en razones tan extrañas, que desde luego se reconocieron por de ningun valor, y no se tuvieron en cuenta en las ulteriores conferencias.

Como en Portugal heredan las hembras el trono, aparece á primera vista que el pretendiente á quien asistian mas derechos era el rey de España, por ser su mujer hija de don Juan III, y no haber quedado otra sucesion ni de este, ni del hijo, ni del nieto. Mas á estos derechos se oponian las Constituciones de Lamego ó las que pasaban como tales, por las que toda princesa de Portugal que se casaba con un príncipe extranjero, renunciaba en el mismo hecho á todos los derechos á la sucesion del trono. Es evidente que esta provision tenia por objeto impedir que Portugal llegase por medio de enlaces matrimoniales á ser provincia de otro reino, y sobre todo de Castilla. Se hallaban vigentes estas constituciones, y aun mas en el corazon de los portugueses que en sus códigos. Hacia cerca de dos siglos, que habiendo tenido el rey don Juan I de Castilla pretension de poseer el Portugal como marido de doña Beatriz, única heredera del rey don Fernando, se resistieron á él los portugueses, decidiéndose la cuestion á favor de ellos en la famosa accion de Aljubarrota.

Tan popular era entonces la ley de exclusion, que los portugueses prefirieron conferir la corona al bastardo Juan, gran maestre de Avis, á que pasase á la familia de Castilla.

La ley que rechazaba al rey de España, producia el mismo efecto con el duque de Saboya y el príncipe de Parma, por ser ambos extranjeros. Quedaban, pues, don Antonio y el duque de Braganza, que reclamaban como portugueses naturales, y no tenian derechos á trono alguno extraño. Estaba el primero, don Antonio; mas como se tuvieron por documentos falsificados los que exhibió para probar el matrimonio de su madre, se presentaba como legítimo heredero de Portugal el duque de Braganza. Así estaba escrito al menos en las leyes del pais: así lo queria la generalidad, que odiaba el dominio castellano.

Aunque no ignoraba Felipe II estas disposiciones de los ánimos en Portugal, no se descuidó en hacer valer lo que llamaba sus derechos. Eran para él dos rivales insignificantes los príncipes de Parma y de Saboya; de mucha importancia y cuidado don Antonio y el duque de Braganza. Era el primero de los dos objeto de la enemiga del rey don Enrique, quien pronunció ser falsos los documentos que de su legitimidad le presentaba. Indignado este de la decision, y valiéndose del fuero eclesiástico de que gozaba, apeló á la jurisdiccion del Papa; con cuya conducta se aumentó tanto el disgusto del rey, que le desterró de sus Estados. Las inclinaciones de este príncipe eran hácia el duque de Braganza; mas por política ó por temor, se mostraba igualmente propicio al rey de España.

No habia omitido Felipe II ninguna diligencia para hacer ver sus derechos á la sucesion tan disputada. Desde el momento de la subida de don Enrique al trono, envió á Lisboa negociadores de su mayor confianza, quienes no escasearon el dinero ni las dádivas, presentando por una parte la perspectiva de la grandeza de Portugal reconociendo la autoridad de un rey tan poderoso, y por el otro los peligros que le amenazaban obligándole á usar del terrible derecho de la fuerza. Mas nada podia vencer la grande repugnancia de los portugueses á recibir por su rey al de Castilla.

En esta diversidad de opiniones y conflicto de intereses, ocurrió á las personas mas influyentes del pais, como medio de cortar de una vez todas las disputas, la idea de que se casase el rey, alegando que no seria difícil obtener para ello una bula de Su Santidad, en vista de la gravedad de aquel asunto de Estado, en que iba envuelto



el bienestar del reino. Mas no era el principal obstáculo las órdenes sagradas de que estaba revestido el rey, sino la edad de setenta y cuatro años con que ya frisaba. Al saber Felipe II este nuevo proyecto de los portugueses, envió una solemne embajada á don Enrique, presidida por un fraile de la Orden de Santo Domingo, quien en el tono mas resuelto y con textos de los santos padres é historia eclesiástica, hizo ver al rey la irregularidad y hasta poca decencia del paso que le aconsejaban. No era necesaria ninguna coaccion de esta clase para un rey que entraba en el proyecto de matrimonio con la mas decidida repugnancia. Mas no contribuyó poco este paso de Felipe II para aumentar la animadversion de que era objeto su persona para la generalidad de la nacion portuguesa y para el mismo anciano rey, aunque en la apariencia mostraba disposiciones diferentes. Para dar por de pronto vado á este negocio, y viendo ya su fin cercano, convocó los Estados ó Cortes del reino en Almerin, y dispuso que nombrasen quince personas para escoger de entre ellas otras cinco revestidas de la facultad de nombrar ó designar el legítimo sucesor de la corona.

Las Cortes se reunieron en efecto, y con arreglo á la disposicion de don Enrique, se nombraron los comisionados; mas la voluntad de estos apareció ser muy diversa de la del cuerpo de diputados. Propendian los últimos á los dos pretendientes portugueses, mientras los primeros estaban en los intereses de la España.

Murió el rey Enrique (enero de 1850), sin haber podido decidir esta gran contienda. Declaró en las últimas horas de su vida la legitimidad de los derechos del duque de Braganza y del rey de España; mas en favor de ninguno de los dos dió su voto decisivo. A su fallecimiento, quedaron interinamente con las riendas del gobierno los cinco nombrados por las Cortes, á cuya sentencia debia de arreglarse por el testamento del rey difunto la sucesion de la corona. Tenia el fugitivo don Antonio á su favor á los diptados del reino, y tambien podia contar con la buena voluntad de las cortes de Francia y de Inglaterra, en tan poca armonía entonces con Felipe. Sin embargo, tuvo conferencias con los embajadores de España, prefiriendo una avenencia á luchar abiertamente con rival tan poderoso. Como condiciones de su renuncia á los derechos de la sucesion, exigió, entre otras cosas, una pension de trescientos mil ducados, la regencia de Portugal por toda su vida, y un estado para su hijo. Rechazó el rey esta proposicion, y como estaba persuadi-

do de que tendria al fin que apelar á la fuerza de las armas, hizo sus preparativos, como convenian á la adquisicion violenta de un reino poderoso, donde las voluntades se le mostraban tan contrarias. Escribió á todos los gobernadores, á todos los señores del pais, para que alistasen inmediatamente cuantas tropas estuviesen en sus medios. Hizo venir de Itália algunos tercios, que se hallaban procedentes de los Paises-Bajos: mandó hacer acopio de armas, allegar víveres y municiones, y poner en estado disponible todas sus galeras. Cuando todos se hallaban en expectacion sobre el jefe á quien confiaria el mando de un ejército, á tan alta empresa destinado, no se quedaron poco sorprendidos, al ver que recaia la eleccion en el famoso duque de Alba, en desgracia entonces con el rey, y desterrado de la corte. Mas Felipe II hizo ver en esta como en otras ocasiones su gran tino, aprovechándose de la capacidad de un hábil general, sin tener en cuenta que estuviese resentido ó no de sus procedimientos. Se mostró el duque de Alba, en efecto, sumamente reconocido á la gran confianza que le manifestaba el rey, y olvidó los desaires recibidos. Aceptando el cargo de que le revestian, pidió al rey el permiso de besarle la mano, y el asistir á la ceremonia de la jura del príncipe don Diego. Mas ambas cosas le negó el monarca, mandándole que se trasladase sin dilacion á Extremadura, para entender mas de cerca en los asuntos de la guerra que le estaba encomendada.

Mientras tanto, volvió á escribir el rey de España á los regentes de Portugal, exponiéndoles sus derechos á la sucesion; mas los gobernantes les respondieron que era necesario aguardar la sentencia definitiva que iban á pronunciar sobre el asunto once individuos, que para el efecto habian sido designados. Las mismas súplicas ó representaciones hacian los otros pretendientes, y con el mismo efecto. Los extranjeros no tenian ninguna simpatía en el pais. Don Antonio, que era el mas activo y osado de los dos portugueses, no estaba bien visto por los nobles; el duque de Braganza, que contaba con mas popularidad, tenia muy pocos medios de competir por via de las armas con el rey de España.

Cierto ya este de lo inevitable de la guerra, se movió de Madrid con la corte, y se situó en Guadalupe, pueblo de Extremadura, para atender mas de cerca á sus preparativos. Se iban poco á poco reuniendo tropas y alistándose galeras. Nombró por general de estas á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y confió el

mando de la artillería á don Francisco de Alava. Se entendian estos jefes para todo con el duque de Alba, quien tenia la suprema direccion de todos los negocios de la guerra.

No contento el rey con estos preparativos de fuerza, quiso dar á entender que le era indispensable usar dicho recurso, en apoyo de los derechos de justicia que le asistian, para ser sucesor de don Enrique. Consultó el caso con su confesor don Diego Chaves, con varios teólogos y principales jurisconsultos del reino, quienes le dieron, como puede imaginarse, toda la razon, declarando que en su conciencia tenia derechos imprescriptibles á la corona de aquel reino. Para mayor abundamiento dirigió el rey la misma consulta á la universidad de Alcalá, una de las mas famosas de aquella época. Son tan curiosos los puntos que se sometieron á su exámen, que no podemos menos de insertarlos, aunque del modo mas breve y compendioso.

Preguntó el rey: 1.° si estando cierto de su derecho de suceder á la corona de Portugal, estaba obligado en conciencia á la decision de un tribunal que le adjudicase dicho reino: 2.° si no queriendo Portugal reconocerle por rey sin que se estuviese á derecho, como los otros pretendientes, podria tomar posesion del reino por su propia autoridad con las armas en la mano: 3.° si habiendo jurado los gobernantes de Portugal no reconocer por rey sino al que fuese declarado como tal por sentencia de los jueces, se podia alegar legítimamente dicho juramento, como excusa para no recibirle por su rey, hallándose con tantos derechos para serlo.

Respondieron los teólogos de Alcalá sobre el primer punto, que el rey no estaba sujeto á tribunal alguno, y por sí mismo tenia autoridad para adjudicarse el reino de Portugal y tomar posesion de su corona: que ni aun le tocaba este conocimiento al Sumo Pontífice, por ser negocio meramente temporal, ni menos al emperador, del que la corona de España estaba del todo independiente: que no tenia necesidad alguna de sujetarse al juicio de los portugueses, porque cuando las repúblicas eligen el primer rey, con condicion de obedecerle á él y á sus sucesores, no les quedaba arbitrio para juzgar al rey ni á su verdadero sucesor, pues en la primera eleccion quedaban elegidos los verdaderos sucesores: que el rey don Enrique no podia ser juez de lo que sucediese despues de su muerte, y que con ella habia espirado cualquiera comision que para este juicio hubiese dado á los gobernadores. En cuanto al segundo punto,

ateniéndose á muchas cosas que habian expuesto en el primero, añadieron que no tenia el rey católico ninguna obligacion de mostrar á los gobernadores el derecho que tenia: que podia en caso de resistencia tomar su propia autoridad posesion del reino, usando de las armas si fuese necesario, lo que no se podria llamar fuerza, sino defensa de su derecho y castigo de los rebeldes. Sobre el tercer punto respondieron que el juramento de los gobernantes era nulo, por ser en perjuicio de su preeminencia real, y pues que no era obligatorio, no les podia servir de excusa para no recibirle como rey. Y aunque los otros pretendientes se habian comprometido á estarse á lo decidido por el tribunal, no era motivo para que el rey de España reconociese por rey á quien no lo era.

Prescindiendo de los principios de derecho público de la época, consignados tanto en la pregunta como en la respuesta, se ve que los argumentos de los doctores de Alcalá se apoyaban en un fundamento que podia ser falso, á saber: el derecho que asistia al rey para suceder á don Enrique. Era justamente este derecho el que entonces se discutia con los de los otros pretendientes, en aquellas conferencias. Mas el verdadero derecho iba á ser la fuerza que cada uno de ellos desplegase, y las ventajas estaban todas en esta parte por el rey de España.

En vista de sus preparativos le enviaron los gobernantes portugueses una solemne embajada á Guadalupe, suplicándole que aguardase la sentencia que se iba á pronunciar en Portugal, y que no dudaban que le fuese completamente favorable. Mas Felipe II les respondió empleando los mismos raciocinios de que se habian valido los doctores de Alcalá, y pasó adelante con sus armamentos.

En seguida se trasladó á Badajoz, para dar la última mano á los preparativos de aquella gran jornada. Ya antes de emprender este movimiento habia admitido en su presencia al duque de Alba, recibiéndole con todas las demostraciones de favor, mandándole cubrirse, y ofreciéndole un asiento para que pudiese con mas comodidad conferenciar sobre los grandes negocios que traian entre manos.

Llegado Felipe á Badajoz, y dispuesto ya todo para verificar la entrada en Portugal, se deliberó en el Consejo sobre si el rey deberia seguir el ejército ó permanecer en dicha plaza. Hicieron ver algunos las grandes ventajas que produciria la presencia de Felipe II en Portugal, por la poca necesidad de emplear las armas ha-

llándose presente el nuevo rey, ante el que se allanaria toda resistencia. Mas otros, menos deseosos del acierto, que de su favor, fueron de opinion de que era ajeno de la majestad del rey exponerse tan de cerca á un desaire en caso de padecer sus tropas algun descalabro, y que seria por lo mismo muy del caso que marchase el ejército delante, verificando el rey su entrada cuando aquel le hubiese allanado las dificultades. Se atuvo Felipe II á esta última opinion, como se debia aguardar de su carácter y sus hábitos, y determinó quedarse en Badajoz, enviando por precursor suyo al duque de Alba.

Mientras tanto, era teatro Portugal de disturbios, de desacuerdos entre las autoridades, de una especie de desórden que se acercaba á la anarquía. Los gobernadores estaban en desavenencia con las Cortes: cada pretendiente intrigaba por su parte, y á excepcion de don Antonio y el duque de Braganza, ninguno gozaba de popularidad en aquel reino. Entre tantas pasiones á que daba lugar aquel conflicto de intereses, predominaba la aversion y el disgusto con que se miraba la dominacion del rey católico, tanto mas inminente, cuanto eran sabidos los medios poderosos de que disponia. Apelaron los gobernadores en esta situacion á las cortes de Francia y de Inglaterra, donde se miraba con malos ojos, como era natural, la adquisicion importante que pensaba hacer el rey de España. Tambien acudieron al pontífice. Mas aquellos monarcas se hallaban lejos, mientras el rey católico amenazaba la frontera, reuniendo fuerzas formidables. Razones hay para creer, y en respetables autoridades se fundan, que parte de los gobernantes propendian al rey católico y estaban determinados á decidirse á su favor. Mas les repugnaba la idea de que este monarca se quisiese hacer justicia por su mano.

Se tomaron algunas disposiciones en son de prepararse á una guerra próxima. Mas Portugal se hallaba en mal estado de defensa. Las fuerzas eran pocas: se hallaban los ánimos divididos, y á mas atormentados de temores. Los regentes tenian muy pocos partidarios, y aunque contaba muchos don Antonio, no eran de gran peso, ni daba garantías su persona, notada ya por la irregularidad de sus costumbres y su carácter inconstante. De todos modos, los gobernantes quisieron hacer algo, y pidieron á las Cortes mas amplitud en el ejercicio de sus atribuciones; y como se negase á ello la asamblea, resolvieron los regentes disolverla, lo que causó gran-

dísimo disgusto, tanto al pais como á los otros pretendientes, que hallaban en esta corporacion mas apoyo que en los gobernantes.

Sabedores estos de la actividad con que el rey de España organizaba el ejército invasor, le enviaron otra embajada suplicándole que dilatase su marcha mientras se diese la sentencia, que no podia menos de serle favorable. Dió Felipe II por respuesta, que semejante dilacion no serviria mas que de aumentar los disturbios del pais: que él para nada necesitaba á los regentes ni reconocia su autoridad tratándose de la posesion de un reino que le pertenecia por derechos tan incontestables: que para darles lugar á que le declarasen dueño de lo que era suyo, habia diferido la jornada y gastado tres meses en trasladarse de Madrid á la frontera; y que en vista de tantas tergiversaciones, en vez de considerarlos como gobernadores de Portugal, los trataria como traidores y rebeldes, si oponian resistencia al ejercicio de una autoridad que legítimamente le correspondia.

Sobre estos principios, y apoyado en las mismas consideracionee, publicó el rey un manifiesto que circuló por Portugal, España y los demás reinos de Europa, haciendo ver que siendo rey legítimo de Portugal por derecho de sucesion, le cumplia apoderarse de su herencia, empleando las armas en caso de que sus nuevos súbditos le olligasen á usar este medio de asegurar la obediencia que como á su soberano le debian. En los mismos términos hizo escribir una carta circular á los gobernantes y á todas las autoridades militares y civiles de Portugal, manifestando que habia concluido el término de la contemplacion, y que sobre ellos solos, si no hacian reconocer su autoridad, caerian los males, los perjuicios, y hasta la sangre que se derramase oponiendo una inútil resistencia. Igual recado llevó de palabra el doctor Andrés Molina, á quien envió el rey para que oyesen de su boca la resolucion que habia tomado, y les hiciese al mismo tiempo una reseña de los medios materiales que iba á emplear para asegurar su reconocimiento y obediencia.

Impaciente entre tanto don Antonio con la dilacion de los regentes, viendo próxima la entrada de las tropas de Felipe II en Portugal; trató de ganarle por la mano, tomando por medidas violentas el título que los jueces le negaban. Reunió para eso un gran número de partidarios suyos en Santaren, quienes le proclamaron por rey de Portugal, con grande aplauso de la muchedumbre, á cuyos

ojos era grata la persona del prior, como ya llevamos dicho. Inmediatamente pasó á Setubal, donde tuvo lugar la misma escena. Seguido de la gente armada que pudo reunir, de muchos aventureros que se habian declarado por su causa, pasó inmediatamente á Lisboa, de cuya capital huyeron los regentes cuando supieron su aproximacion, retirándose á los Algarves. Hizo el prior su entrada pública en Lisboa, cuyos habitantes, declarados en su favor, le proclamaron por rey, lo mismo que los de Santaren y de Setubal. Inmediatamente organizó don Antonio como pudo una especie de gobierno, allegando fuerzas y adoptando mas medios de defensa contra la tempestad que por parte de España estaba ya tan próxima.

Con la declaracion de don Antonio vió Felipe II que no habia que perder momento alguno en verificar la entrada en Portugal, especialmente hallándose completos todos los preparativos. Pasó una muestra ó revista á su ejército, reunido para esto en Cantillana, distante de Badajoz como cosa de una legua. Se erigió con este motivo un gran tablado, donde se presentó el rey sentado con la reina y demás personajes de la corte. Al lado del monarca se hallaba el duque de Alba, á quien tambien se dió un asiento. Luego que se enteró Felipe II de la disposicion y modo con que las tropas estaban colocadas por armas y naciones, se bajó del tablado y procedió á un exámen de mas cerca, recorriendo las filas, inspeccionando la infantería, municiones, pertrechos, las tiendas y demás enseres de campaña. Manifestó quedar satisfecho de su buen órden, y dió las gracias por ello al duque de Alba.

Tuvo lugar esta revista el 13 de junio de 1580. A los dos dias se publicó en el ejército un bando ú órden general relativo á la conducta que debian observar las tropas durante la próxima campaña. Sus disposiciones eran todas de órden y las mas adecuadas para asegurar la obediencia y mantener la mas exacta disciplina. Se prohibia bajo las penas mas severas toda especie de excesos, de pillaje, de violencia. Se recomendaba el mayor respeto á todas las personas, sobre todo á las revestidas del carácter religioso. No se omitió en el bando la mas pequeña circunstancia, ni dejó de preverse ningun caso de todos los posibles, á fin de que las tropas no pudiesen alegar ningun pretexto de ignorancia. Cualquiera conocerá que un documento de esta clase, emanado de un jefe como el duque de Alba, y á la presencia de un rey como el de España, de-

bió de ser severo, como convenia á un ejército que iba nada menos que á hacer la adquisicion de un reino.

El 27 de junio del mismo año hizo su entrada en Portugal el ejército español, desfilando por delante del rey, que desde una eminencia le observaba. No era muy numeroso, pues no pasaba de veinte y seis mil hombres; mas las tropas eran buenas, experimentadas, y animadas de la esperanza de vencer, mandadas por un hombre como el duque de Alba. Iba delante la caballería, repartida en dos trozos de tres escuadrones cada uno, colocados á derecha é izquierda de la infantería de vanguardia. Se componia el primer escuadron del ala derecha de doscientos arcabuceros de á caballo, sacados de las compañías de don Martin Acuña, Estéban Illan de Liébana y Diego Melgarejo; el segundo de doscientos caballos ligeros de las compañías del marqués de Priego, don Alonso de Zúñiga y don Luis de Guzman; y el tercero de cien escogidos hombres de armas, mandados por don Alvaro de Luna, señor de Fuenteigüeña. Entraban en el primer escuadron del ala izquierda ciento setenta arcabuceros de á caballo, á cargo de don Sancho Bravo de Acuña y Diego Osorio-Barba; en el segundo doscientos ginetes de la costa de Granada, con el marqués de Mondejar, don Luis de la Cueva, Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Gasca de la Vega; en el tercero seiscientos setenta hombres de armas, á las órdenes del conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla, el conde de Buendía, el Adelantado de Castilla don Fadrique de Guzman, el marqués de Montemayor, el marqués de Denia, don Enrique Enriquez, señor de Bolaños, el conde de Priego, don García de Mendoza, don Bernardino de Velasco y don Bertran de Castro. Iban un poco adelante estos dos trozos ó alas, compuestas de mil cuatrocientos y treinta caballos, de los tres escuadrones ó columnas de infantería de vanguardia que marchaban pareadas. Ocupaban el centro los alemanes con su coronel el conde Jerónimo de Lodron, en número de tres mil ochocientos setenta y siete, formados en diez y seis compañías ó banderas. A mano derecha iban los españoles venidos de Nápoles, Lombardía y Sicilia, de igual número que los alemanes en diez y nueve, y á mano izquierda la infantería italiana, en número de cuatro mil, en cuarenta y seis, mandados por su capitan general don Pedro de Médicis. Dejaban estos tres escuadrones un intervalo de ochenta pasos, y cada uno de ellos estaba flanqueado por su manga de arcabuceros. En los costados del escua-

dron de los alemanes, la artillería con sus trenes y demás pertrechos. Seguia el cuerpo de batalla, de diez y siete banderas de infantería castellana, del tercio de don Luis Enrique levantado en Andalucía, y compuesto de dos mil ochocientos y cinco soldados, con una manga de arcabuceros por cada uno de sus flancos. Marchaban en la retaguardia los tercios de la misma gente, divididos en tres escuadrones pareados. Ocupaba el costado derecho el de don Antonio Moreno, compuesto de trece banderas levantadas en Andalucía, con la fuerza de mil nuevecientos cuarenta y siete soldados. Iba en el izquierdo el de don Pedro de Ayala, levantado en Toledo, de dos mil infantes; y en el centro el de don Gabriel Niño, de trece banderas de Rioja, tierra de Soria, Sigüenza y Medinaceli (1). Llevaba cada uno de estos tercios sus mangas de arcabuceros por los costados, y por la retaguardia los seguia un cuerpo mas numeroso de esta misma arma. A mano derecha, y algo desviado del ejército, marchaban los equipajes y carros formados en hileras de tres en tres y de cuatro en cuatro. Ascendian los carros á ocho mil trescientos ochenta y seis; los seis mil ochenta y seis tirados de mulas, y los dos mil y trescientos de bueyes. Llegaban á trescientas las acémilas, y á dos mil quinientos los gastadores, con la demás gente de servicio y de la artillería, á que estaban destinadas doscientas ochenta personas, quinientos carros de mulas y trescientos de bueyes, sin contar los equipajes de los que iban en clase de aventureros. Marchaba el duque de Alba acompañado del gran prior don Fernando, su hijo, de don Francisco de Alava, maestre de campo general, y otros caballeros de su comitiva, en la vanguardia, en el espacio que dejaban los escuadrones de caballería.

Se ve que esta formacion, mas que de marcha y de camino, era puramente de parada, en honor al rey que la estaba presenciando, y que sin duda debió de quedar muy complacido del buen órden con que marchaban las tropas, de su vistosidad, del buen estado del personal, como de la artillería y mas enseres materiales. Tenia un papel ó estado de los cuerpos con la disposicion en que estaban colocados; que consultaba á menudo, segun iban con paso lento desfilando. Despues que hubo pasado el ejército, volvió el duque de Alba acompañado de su estado mayor á presencia del rey, y habiendo

(1) Nuestro principal objeto al entrar en todos estos pormenores, es hacer ver que á pesar de estar entonces tan adelantado el arte militar, se hallaban todavía muy distantes los principales cuerpos de un ejército de la organizacion metódica, tanto en composicion como en fuerza, que tienen en el dia.

tomado sus últimas órdenes y besádole la mano, atravesó inmediatamente la frontera. El rey se retiró á Badajoz para aguardar el resultado de sus operaciones.

Mientras tanto el marqués de Santa Cruz, encargado del mando de las fuerzas navales que á la guerra de Portugal se destinaban, se hizo á la vela en el Puerto de Santa María, con cincuenta y seis galeras de España, Nápoles y Sicilia, en que iban don Juan de Cardona y don Alfonso de Leiva, habiendo recibido en ellas cuarenta y seis banderas de infantería, compuestas de cuatro mil y setecientos hombres. Tomó inmediatamente el rumbo el marqués hácia la boca del Guadiana, y á la altura del puerto de Ayamonte dió fondo, esperando las comunicaciones del duque de Alba, para arreglar á ellas sus operaciones ulteriores.

CAPÍTULO LVII.

Continuacion del anterior.—Campaña de Portugal.—Entra el duque de Alba sin resistencia en varias plazas.—Llega á Setubal.—Expugna su castillo.—Se embarca en el Tajo.—Se apodera de Cascaes y de la torre de Belen.—Huye don Antonio.—Entra en Lisboa el duque de Alba.—Sale Sancho de Avila en persecucion de don Antonio.—Se retira este á Oporto.—Pasa el Duero Sancho de Avila.—Entra en Oporto.—Huye de Portugal don Antonio.—Queda todo Portugal por don Felipe.—Sale este de Badajoz.—Entra en Portugal.—Celebra Cortes en Tomar.—Es reconocido por rey de Portugal.—Su entrada pública en Lisboa (1).—(1580-1581.)

No era difícil conjeturar la suerte que estaba reservada á un ejército tan bien dispuesto, mandado por un jefe de la merecida reputacion del duque de Alba. Estaba el pais que iban á invadir dividido en diferentes parcialidades; y aunque la causa del rey de España era tan impopular, no habia en Portugal otra bandera á cuya sombra estuviese acogida la generalidad del reino. Entre todos los aspirantes á la corona de Portugal, solo habia tomado las armas don Antonio; y aunque contaba este con un gran partido, no era bastante para asegurar sus pretensiones. Estaba quieto el duque de Braganza, calculando mejor los obstáculos que se oponian á la vindicacion de sus derechos. Se habian reducido al silencio los agentes de los dos príncipes extranjeros, y si los gobernadores estaban irritados de que el rey de España quisiese hacerse justicia por su mano, propendian, tal vez por miedo, mas á su causa que á la de los otros pretendientes. A pesar de que el pueblo portugués, en ge-

(1) Las mismas autoridades.

neral, aborrecia la dominacion de España, no le faltaban á este numerosos partidarios, ya por aficion, ya por temor, ya por conviccion de que era el mas fuerte de todos sus rivales. Ya antes de moverse el duque de Alba habian acudido muchos á Badajoz á presentarse al rey y rendirle su pleito-homenaje. El duque de Braganza estaba con él, si no en abierta inteligencia, á lo menos muy en vísperas de entablar un tratado de reconocimiento. Continuaba don Antonio organizando á toda prisa su nuevo gobierno y preparándose con sus fuerzas á medirse con las castellanas. Eran aquellas muy escasas, y el prior se hallaba con muy pocos medios de pagarlas, mucho menos de aumentarlas. En lo demás del reino no se habian pronunciado todavía contra ninguno de los pretendientes, ciñéndose todos, por lo general, á obedecer las órdenes de la regencia. Las plazas del interior no eran fuertes, ni sus guarniciones numerosas; y como todo el poco ejército disponible para entrar en campaña se hallaba en la misma costa, no podia temer el duque de Alba encontrar ninguna resistencia. Así entró su ejército en Portugal como pudiera hacer en un pais amigo. Ocupó sin ninguna resistencia las plazas de Elvas, Olivencia y Montemayor. Lo mismo hizo en Estremoz; y aunque el castillo trató de resistirse, lo rindieron pronto los españoles, habiendo cogido prisionero á Juan de Acevedo, su gobernador. Sin duda para inspirar miedo á los demás jefes que tratasen de imitarle, le condenó á muerte el duque de Alba; mas se templó su rigor á ruegos de los cabos de su ejército, y se contentó con mandarle á Villaviciosa en calidad de preso. Tuvo además la buena política de poner en Estremoz guarnicion portuguesa, mandando tambien que se guardasen y respetasen los privilegios de la villa. Despues de algunos dias de descanso en Estremoz, se movió el ejército español, y con la misma facilidad se apoderó de los pueblos de Evora, Arroyuelo, Alcázar de la Sal, sin que las poblaciones hiciesen movimiento alguno de hostilidades, si bien tampoco daban muestra alguna de contento, y menos de entusiasmo. Sin detenerse, marchó el duque hácia Setubal, donde estaba reconocida la autoridad de don Antonio. La ciudad abrió sus puertas sin ninguna resistencia, habiéndose retirado las tropas al castillo, que fué sitiado inmediatamente por los españoles. Como el punto es marítimo, acudió en auxilio de nuestras tropas con sus galeras el marqués de Santa Cruz, á quien habia dado oportuno aviso el duque de Alba. Las galeras portuguesas que salieron en

reconocimiento de las nuestras, fueron apresadas en el acto. En seguida se acercó el marqués con sus fuerzas navales, á las que se rindieron sin resistencia todos los galeones portugueses, y despues dirigió el almirante español sus baterías sobre el fuerte. Estrechado así por mar y tierra, y sin esperanzas de socorro, abrió las puertas á los españoles, quedando prisionera su guarnicion, con gran detrimento de las fuerzas de que entonces disponia don Antonio.

Estaba reducido este á una condicion que parecia ya desesperada. Sin tropas, sin dinero, sin poseer en Portugal mas que á Lisboa y sus inmediaciones, acosado por un ejército español mandado por un capitan de tanta nombradía , sin duda habia llegado ya el caso de que pensase seriamente en venir á términos de un convenio con el rey de España. Mas se enfurecia la muchedumbre que á todas horas le rodeaba, á la sola idea de reconocer por monarca al rey católico. Es un hecho que entre los partidarios de don Antonio se encontraba un número muy crecido de frailes , que con sus discursos inflamaban los ánimos del populacho. Por sus consejos no dió paso alguno el prior de entrar en arreglos , pues le hacian ver que por poco que se prolongara la contienda, le vendrian refuerzos de Francia y de Inglaterra, donde sin duda se veria con muy malos ojos el acrecentamiento del poder del rey de España. Tambien le hablaban de socorros del pontífice, disgustado como estaba con la entrada del ejército español en Portugal , sin aguardar la decision de los jueces encargados de asignar su corona al hombre mas legítimo.

Era esto último muy cierto. O porque lo considerase en efecto Gregorio XIII como una tropelía, ó porque le causase tambien celos la buena fortuna de Felipe, envió para prevenir el golpe á Badajoz en clase de legado al cardenal Riario ; mas llegó tarde , cuando el duque de Alba habia plantado la bandera españolo en las murallas del castillo de Setubal. Trató, sin embargo, el legado de pedir audiencia al rey, aunque ya conocia que era inútil. En efecto , Felipe II se mostró sordo á las insinuaciones del pontífice; y como habia ya encargado á las armas la vindicacion de sus derechos, aguardaba tranquilo la sentencia de este tribunal, que tan favorable se le presentaba.

Dueño el duque de Alba de Setubal, no pensó en otra cosa que en seguir adelante con la empresa sin perder momento. Deliberó en

su Consejo si seria preferible dirigirse á Santaren, declarada por don Antonio, ó emprender inmediatamente la toma del pueblo y castillo de Cascaes para caer despues sobre Lisboa. Parecia el primer proyecto mas seguro, pero dilatorio. Ofrecia el segundo mas peligros, pues habia que embarcar el ejército y pasar así la boca del Tajo para emprender el sitio de Cascaes, que está en la orilla derecha; pero se abreviaba muchísimo la operacion de apoderarse de Lisboa, que era el grande objeto á que aspiraba el duque de Alba. A este proyecto se atuvo pues el general en jefe, aunque ofreció inconvenientes por las muchas galeras portuguesas que corrian el Tajo, tanto de observacion como para impedir que se verificase un desembarco.

Se hizo á la vela, pues, el ejército español la noche del 20 de agosto de 1580, con la artillería, municiones y víveres necesarios. No se mostraba favorable el viento, y el marqués de Santa Cruz fué de opinion que se difiriese para la noche siguiente; mas se empeñó el duque en que se pasase adelante, y aunque corrieron graves riesgos, llegaron al amanecer muy cerca de la costa. Inmediatamente procedieron á saltar á tierra, verificándolo los primeros Sancho de Avila, don Rodrigo Zapata, Próspero Colonna, don Pedro Sotomayor, el ingeniero mayor Juan Antoneli con una banda de los mas escogidos mosqueteros españoles. Al abrigo de estos, desembarcaron los tercios alemanes, formándose en columna conforme se veian en tierra.

No pudieron llegar los españoles sin ser percibidos por la guarnicion del fuerte de Cascaes. Inmediatamente hizo una salida el gobernador don Diego Meneses con cuatrocientos caballos y tres mil infantes. Mas habiendo visto desde lejos el buen órden con que los españoles procedian al desembarco, detuvo su columna sin atreverse á dar sobre ellos. Cuando se formó toda la gente desembarcada en son de acometer, se recogió el portugués con la suya al castillo con una pieza de artillería que arrastraban. Los españoles se acamparon á las inmediaciones de Cascaes, y se prepararon para el sitio.

Al mismo tiempo llegó el marqués de Santa Cruz con nuevas galeras, que se pusieron en actitud de batir al castillo de Cascaes, mientras emprendian la misma operacion por tierra los del duque de Alba. Confió este la operacion de expugnar el castillo á su hijo don Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; mas la operacion

duró muy poco, pues los de adentro apenas hicieron resistencia. Muy pronto tremolaron en los muros del castillo de Cascaes las banderas españolas, no sin grande asombro y consternacion de las galeras portuguesas y tropas de tierra de don Antonio que andaban por las inmediaciones. Mandó el duque de Alba ahorcar al gobernador del castillo de Cascaes, y se mostró igualmente rigoroso con el de la plaza don Diego de Meneses, que fué degollado de su órden por manos del verdugo en un cadalso. Se atribuye esta sobrada severidad á tropelías cometidas antes por Meneses sobre tropas españolas: otros al designio del duque de Alba de infundir terror y preparar de este modo la obediencia al rey de España. De todos modos, era en él un rasgo ordinario del carácter duro y hasta feroz que habia desplegado en tantas ocasiones.

Mientras tanto hervia Lisboa en confusiones y desórdenes. Atemorizados ya los habitantes con la toma de Setubal, se llenaron de terror al verlos en Cascaes tan cerca de sus muros. A todos los traia consternados la idea de un sitio, y sobre todo de un saqueo. Querian unos que se reconociese por rey al de España, antes de provocar nuevos rigores por parte de su general: los de la parcialidad de don Antonio, y sobre todo, los frailes que se habian mostrado tan adictos á su causa, se obstinaban en llevar adelante la empresa, viendo en la continuacion de la guerra el solo puerto de salvacion que les restaba. Titubeaba don Antonio, y pareciéndole que aun se hallaba en caso de entrar en convenios con el español, llegó hasta solicitar una entrevista con don Fernando de Toledo, que debia tener lugar á bordo de una galera española. Mas habiendo entrado en desconfianzas, y animado cada vez mas de sus parciales, se dispuso á disputar como mejor pudiese el terreno palmo á palmo. Eran pocas sus fuerzas, pues no pasaban de diez mil hombres, mal organizadas, mal armadas, sin ninguna experiencia de la guerra, alistadas tumultuariamente, sacadas algunas de las cárceles y de las clases mas bajas de la plebe. Para atender á su subsistencia, se adoptaron medidas opresoras y violentas. El pueblo, tanto de Lisboa como de las inmediaciones, aunque desafecto á la dominacion del rey de España, se estaba quieto, sin pronunciarse y promover una guerra nacional, la sola cosa que podia sustraerlos al yugo de los extranjeros.

Con la llegada de los españoles á Cascaes, se habia declarado á su favor el pueblo de Cintra, en las inmediaciones de Lisboa. In-

mediatamente se trasladaron á él tropas de don Antonio, que le saquearon en castigo de su desobediencia. Al saber este desastre el duque de Alba, le envió de socorro á Sancho de Avila al frente de algunas banderas españolas; mas como los portugueses, sabedores de este movimiento, evacuasen á Cintra, se volvió del camino Sancho de Avila, viendo que su expedicion era inútil por entonces.

Dueños de Cascaes los españoles, necesitaban para llegar al frente de Lisboa hacerse dueños del fuerte de San Juan de Guerra y de la torre de Belen, que en cierto modo son sus obras avanzadas. Don Antonio, que sabia esto mismo, trató de embarazar la expedicion, poniendo en movimiento las galeras y acercando sus tropas á tierra; mas el duque de Alba aparentó hacer poco caso de esta actitud guerrera, por parte de un rival que cada dia inspiraba menos miedo.

El 8 de agosto se movió el ejército desde Cascaes, tomó posicion en frente del castillo de San Juan, y se puso en actitud de emprender las operaciones del asedio. Es marítimo el fuerte de San Juan de Guerra, sobre la misma orilla derecha del Tajo, un poco mas afuera de su barra. Entre este y Lisboa, se halla la torre de Belen, que está contigua á las primeras casas ó sean arrabales. A esta torre de Belen se habian arrimado las galeras de don Antonio; mas como se hallaban á la vista las de Santa Cruz, fueron de muy poca utilidad para la defensa del fuerte de San Juan de Guerra. El dia 10 comenzaron á jugar las baterías de los españoles. Las del fuerte respondieron, mas las operaciones del sitio se redujeron á un amago. Tuvo medios el duque de Alba de que se diese á entender á Vaes, gobernador de San Juan, el grave riesgo á que se exponia, empeñándose en una inútil resistencia. Pasó este en secreto á verse con el duque de Alba, y se convino con él en que le rendiria el castillo, reconociendo en el acto al rey de España; para lo que contaba con ganar las tropas que le guarnecian. Mas para esto no tuvo que emplear ningun trabajo, pues al regresar al fuerte, encontró la guarnicion amotinada, pidiendo que se abriesen las puertas á los españoles. Así se verificó, en efecto, haciéndose estos dueños del castillo sin ninguna pérdida.

A la toma de San Juan de Guerra se siguió la de otro fuerte pequeño, llamado Cabeza Seca, abandonado por los portugueses á la aproximacion de los españoles. Se rindió la torre de Belen, sin ninguna resistencia. El ejército español se hallaba ya á las puertas de Lisboa.



Se ve por esta concisa relacion de las operaciones del ejército español, que su campaña desde los muros de Badajoz se habia reducido á un paseo militar, con muy pocas excepciones. Era mucha la fuerza moral y ascendiente que ejercian estas tropas sobre un pueblo dividido en partidos y opiniones, donde apenas se sabia quién mandaba; ¡tan desconcertados y con poco tino obraban las autoridades! Si se miraba con malos ojos la dominacion de los españoles, no era bastante fuerte este sentimiento para producir insurrecciones populares. Los emisarios de Felipe II trabajaban mucho y con acierto, y como no escaseaban ni las dádivas, ni las promesas, mezcladas de amenazas oportunas, desconcertaban mas los ánimos de los portugueses. Se mostraba el duque de Alba digno representante del monarca, que habia sabido emplear tan oportunamente sus servicios. A la edad de setenta y tres años conservaba intacta su reputacion de hábil y entendido capitan, de jefe rigoroso y duro, de promotor de la mas severa disciplina. No dejaba, mientras combatia, de negociar y hacer manifiestos en lengua portuguesa, que preparaban grandemente el camino á sus conquistas.

En cuanto á don Antonio, se hallaba verdaderamente reducido á situacion muy lastimosa. Con pocas y malas fuerzas, sin dinero con que pagarlas, sin mas apoyo verdadero que algunos de la poblacion, y muchos frailes adictos de corazon á su partido, acosado por unos para que defendiese la capital á todo trance, por otros para qué no la comprometiese, exponiéndola á un saqueo, era muy difícil adoptar un plan fijo de conducta. Aconsejado de su desesperacion, resuelto á probar fortuna, sacó toda su fuerza de los muros de Lisboa; en actitud de ofrecer batalla al duque de Alba. Al mismo tiempo dió órden á sus galeras para que hiciesen frente á las españolas, queriendo disputar así su nuevo trono sobre ambos elementos. Aceptó el envite el duque de Alba, y en una órden general de 24 de agosto dió todas las disposiciones para la batalla del siguiente; asignando con admirable precision el puesto que habian de ocupar, y movimientos que debian de hacer los diversos puestos de infantería y de caballería, en combinacion con el juego de las piezas de campaña de tierra, y las de las galeras que debian de avanzar, guardando el costado derecho del ejército. Se volvia á prohibir en esta órden general el robo y el saqueo, no haciendo el enemigo resistencia; y se encargaba expresamente que en caso de emprender la retirada el enemigo, nadie entrase en Lisboa si

guiendo los alcances, hasta que lo hiciese el todo del ejército.

Se esperaba, pues, delante de los muros de Lisboa una batalla decisiva: desde el amanecer del 24 comenzó á jugar la artillería de ambas partes, y las tropas á moverse. Arremetió el primero, y sin órden, el cuerpo de italianos, mandados por Próspero Colonna; y como los portugueses por aquella parte estaban muy apercibidos, por ser la mas flaca de la línea, recibieron con arrojo á los italianos, y los desordenaron. Hizo poco caso el duque de este contratiempo, y dió la órden de ataque, segun las disposiciones de la víspera. El resultado no podia ser dudoso, tratando de dos ejércitos tan desiguales en número, tan diversamente organizados.

Se pusieron los portugueses muy pronto en retirada. Tomó de los primeros la fuga don Antonio, habiendo sido herido, y sin detenerse un punto en Lisboa, salió de la capital con las tropas de su devocion, resuelto á probar en otra parte la fortuna. Mientras se dispersaba de este modo el ejército de tierra portugués, se apoderaba el marqués de Santa Cruz de sus galeras, que se entregaron asimismo sin hacer ninguna resistencia.

Estaban así abiertas para el ejército español las puertas de Lisboa. Los vecinos que habian vivido hasta entonces tan inquietos, con la idea del saqueo, comenzaron á tranquilizarse, viendo las disposiciones pacíficas del duque de Alba, y las medidas que para evitar este desórden adoptaba. Se colocó de su órden el prior mayor de Castilla, con varios jefes principales y un cuerpo escogido del ejército en la puerta de Santa Catalina, con objeto de evitar que entrasen en la capital los soldados castellanos, mezclados con los portugueses fugitivos. Con igual objeto estableció el marqués de Santa Cruz sus galeras á la boca del puerto, impidiendo todo desembarco por parte de los nuestros. Con esto los magistrados de la capital evacuada ya por don Antonio y las tropas portuguesas de su parcialidad, se presentaron en las puertas de la capital, ofreciendo al duque de Alba que las abririan gustosos, con tal que se respetasen sus privilegios, y que se les hiciese el mismo partido que á demás pueblos del reino que los habian recibido. Otorgóselo el duque, como que esto estaba tan expresamente mandado por el rey en el bando general, dado al ejército antes de comenzarse la campaña. Arregladas estas condiciones, entraron las tropas castellanas triunfantes en Lisboa, sin propasarse á exceso alguno, tan contenidas estaban por las leyes de la mas severa disciplina. El duque las

mandó alojar en los arrabales de la ciudad, y desde aquel momento fué reconocida del modo mas solemne en la capital de Portugal la autoridad del rey de España.

Para colmo de fortuna, á los dos dias de la entrada de las tropas españolas en Lisboa, se presentaron en la boca del Tajo los galeones portugueses, que volvian de las Indias orientales con ricas mercancías. Mas no sufrieron vejacion alguna por el duque de Alba, quien, contentándose con recoger la parte que al rey correspondia, hizo que se entregase religiosamente á los particulares lo que tocaba á cada uno.

Se podia dar la guerra de Portugal por concluida, por adjudicado definitivamente este pais al rey de España. Don Antonio, despojado de la capital, no tenia medios de hacerse temible en parte alguna. Seguido de las reliquias de su ejército, se dirigió á Santaren; mas no teniéndose por seguro en esta plaza, se marchó á Coimbra, donde pudo reunir hasta seis mil hombres con los que llevaba, y los descontentos que quisieron probar fortuna, tomando abrigo en sus banderas. Para perseguir á don Antonio, envió el duque de Alba á Sancho de Avila con cuatro mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, habiendo hecho acantonar la demás tropa en Setubal y varios pueblos inmediatos á Lisboa, donde no se habia alterado la tranquilidad con las buenas medidas de gobierno, adoptadas por este general en jefe.

Salió Sancho de Avila de Lisboa, á principios de setiembre de 1580. Detuvieron su marcha mas de lo que era preciso las recias lluvias que sobrevinieron, dejando intransitables los caminos. Pero el capitan español no omitió diligencia para llegar cuanto mas antes á Coimbra. Sabedor don Antonio de su aproximacion, evacuó la plaza, y se retiró á la de Aveiro que entregó al saqueo, viéndose asimismo en la imposibilidad de conservarla. De este punto se trasladó á Oporto en la orilla derecha del Duero, segunda capital del reino entonces, como lo es hoy dia, donde pensaba hacerse fuerte, contando con sus numerosos partidarios.

Siguió Sancho de Avila sus huellas, y aunque en los diferentes pueblos de su tránsito ninguna manifestacion se hacia al rey de España hasta verse ocupados por sus tropas, tampoco le ponia impedimento alguno el desfavorable espíritu de las poblaciones. Así llegó hasta el Duero, en cuya orilla izquierda no halló barca alguna en que pudiese verificar su paso á la otra parte, habiéndolas lle-

vado todas don Antonio. En esta situacion se vió precisado á enviar varios destacamentos rio arriba, para hacerse con cuantas encontrasen; mas ninguna vieron á la orilla izquierda. Se dice que para salir de este conflicto, se disfrazó con algunos otros de la mayor confianza, y presentándose con este traje, hizo creer á los pescadores de la otra orilla que eran fugitivos del ejército de don Antonio, con quien deseaban reunirse. Una barca se destacó en efecto á recibirlos, y llegó adonde estaba Sancho de Avila. Acudieron entonces á una señal soldados que estaban escondidos, y dueños de la barca, les fué ya muy fácil apoderarse de las otras.

Dispuestos así los medios de transporte, procedió Sancho de Avila al ataque de la plaza. Aunque se hallaba con tan pocas fuerzas, la dividió en dos trozos para conseguir su intento. Quedó con el mando del primero el capitan Gerónimo Zapata, quien debia amagar el paso del rio por Piedra-Salada, mientras el mismo Sancho de Avila con el otro, se puso en marcha rio arriba, para pasarle por Abintes. Jugó, pues, Zapata dos piezas de artillería que acompañaban á la division, y haciendo ademan de querer embarcarse, llamó la atencion de los de Oporto por aquella parte. Mientras tanto, despues de haber pasado el Duero Sancho de Avila, atacó realmente la ciudad por el extremo opuesto. Fué seguida esta maniobra del mas favorable resultado. Sobrecogidos los de la ciudad con esta repentina aparicion de Sancho de Avila, comenzaron á desordenarse. Los soldados de don Antonio no se atrevieron á hacer frente á las tropas españolas. Se vió el prior de Crato en la necesidad de evacuar á Oporto, y tomar la direccion de Viana como fugitivo. Sin embargo, todavía permaneció muchos dias en el pais, abrigado por gente de su parcialidad, sin que todas las pesquisas de los españoles pudiesen descubrir su paradero. Al fin, cansado de semejante situacion, temeroso de caer en manos de los de la parcialidad del rey, que habia ofrecido ochenta mil ducados á quien le entregase vivo ó muerto, halló los medios de embarcarse y trasladarse á Francia.

Abandonada Oporto por las tropas de don Antonio, no pensó en hacer ninguna resistencia, y abrió las puertas á Sancho de Avila, dándose al mismo partido que las demás ciudades donde habian entrado tropas españolas.

Se exhalaron en Oporto los últimos suspiros de la independencia portuguesa. Bastó una campaña, ó mas bien un paseo militar de

unos pocos meses, para hacer dueño y absoluto señor de Portugal al rey de España. Cuando le llegaron tan prósperas noticias, hacia poco que acababa de salir de una enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. A este contratiempo se agregó la muerte de la reina doña Ana de Austria, su cuarta mujer, que falleció en la temprana edad de treinta y un años. Pero estas calamidades domésticas, cualquiera que fuese la impresion que causasen en el corazon del rey, no le estorbaban para atender á todos los cuidados y negocios del gobierno. Al mismo tiempo que Portugal, habian reconocido la autoridad del rey las plazas de sus posesiones en las costas de Africa. Siguió su ejemplo la isla de la Madera; mas no sucedió lo mismo en las Terceras, donde fué reconocido don Antonio. Mientras tanto se mandaban emisarios al Brasil y posesiones de los portugueses en las Indias orientales. Pronto fué reconocida la autoridad de Felipe II en tan ricos y vastos dominios, mientras las islas Terceras, fieles siempre al pendon de don Antonio, se preparaban á la mas séria resistencia.

Era ya tiempo que el rey se moviese de Badajoz para tomar posesion del nuevo reino. Se puso en marcha efectivamente el 5 de diciembre de aquel año, acompañado del archiduque Alberto y algunos mas grandes, pues no quiso llevar mucha comitiva, intentando engrosarla con los nobles portugueses. Encontró en Elvas al duque de Braganza, quien le aguardaba allí con objeto de darle acatamiento como cabeza y representante de la nobleza portuguesa. Le acogió con afabilidad el rey de España, y le agració con el collar del Toison de Oro. En seguida se dirigió por Campomayor, Arronches, Portoalegre, Crato y Abrantes á la villa de Tomar, para donde habia convocado á cortes. En los pueblos de su tránsito hallaba un recibimiento reservado y frio; mas en ninguna parte se manifestaban síntomas de abierto descontento.

Llegó el rey el 16 de abril de 1581 al pueblo de Tomar, donde le aguardaban los prelados, los nobles, los procuradores del reino, convocados de su órden. Allí se hizo la solemne proclamacion del nuevo rey, habiendo precedido el juramento de una y otra parte. Fué la ceremonia magnífica, rodeada de la mayor pompa y aparato. Solo concurrieron á ella los grandes y demás personajes portugueses, habiéndose quedado en sus casas los españoles de la comitiva, incluso el archiduque Alberto. Se presentó el rey vestido con la mayor magnificencia en un tablado donde le tenian preparado un

trono. Inmediatamente que se sentó en él, pusieron en su mano derecha un cetro de oro. En derredor se colocaron los prelados, los grandes portugueses de la comitiva, quedándose fuera los procuradores que no pudieron coger en el tablado. El obispo de Leiria, en nombre del alto clero portugués y de los grandes, saludó á Felipe como rey de Portugal, reduciéndose en su larga arenga á decirle, que en virtud de sus derechos incontestables de sucesion, le acogian los portugueses por rey y señor de aquellos reinos. En los mismos términos le habló don Damian de Aguilar á nombre de los procuradores. Concluidas las arengas acercaron al rey una mesa con un Crucifijo y un misal, y el monarca entonces puesto en pié, hizo el juramento de regir y gobernar bien y derechamente, de administrar justicia en cuanto lo permitiere la flaqueza humana, y de guardar á los portugueses sus buenas costumbres, privilegios, gracias, mercedes, libertades y franquezas que por los reyes pasados sus antecesores les fueron dados, otorgados y confirmados. Concluido el juramento, se sentó Felipe, é inmediatamente se pronunció por el secretario de Estado en voz alta la fórmula del que debian prestar al rey los tres Estados del reino, de reconocerle por su señor y de rendirle pleito-homenaje, segun fuero y costumbre de estos reinos. Inmediatamente pasaron á prestar el juramento, poniéndose uno á uno delante del rey, y besándole la mano despues de concluido el acto. Comenzó el duque de Braganza, siguieron los grandes y prelados, los consejeros de Estado, los señores de pueblos y lugares, y en seguida los procuradores de las corporaciones y ciudades que tenian voto en Cortes. Concluido todo, proclamó un rey de armas por rey de Portugal al muy alto y poderoso señor don Felipe, á cuya voz correspondió el pueblo con aclamaciones, al son de músicas, fuegos de artificio, disparos de artillería, y las campanas que habian echado á vuelo. Terminó la funcion una magnífica que se dió en la iglesia, adonde se trasladó inmediatamente el rey seguido de su nueva corte. Fué recibido á la puerta del templo por todo el clero y los obispos vestidos de pontifical, quienes oficiaron en el solemne *Te-Deum* para dar gracias á Dios por aquel grande acontecimiento.

Al dia siguiente se celebró igual ceremonia para jurar por heredero de Portugal al príncipe don Diego.

Despues comenzaron las Cortes del reino sus trabajos ordinarios, y de que haremos mencion á su debido tiempo. Mientras tanto ex-

pidió el rey un decreto en que perdonaba á todos los portugueses declarados contra sus derechos que habian servido á don Antonio ó ejercido hostilidades de otro género. Solo fueron exceptuadas del perdon cincuenta y dos personas, contándose entre ellas al obispo de la Guardia y al conde de Vimioso, general de don Antonio. Tambien quedaron excluidos los frailes que se habian declarado parciales del prior, privándolos de todos los beneficios que de él habian recibido, é inhabilitándolos para ejercer ningun cargo en adelante.

Hicieron las Cortes portuguesas algunas peticiones al rey, que fueron satisfechas. A otras que tuvo por imprudentes y fuera de lugar, respondió con evasivas ó negándolas redondamente. Entre estas indicaremos tres: primera que no hubiese guarniciones en el reino: segunda que se permitiese á los portugueses el traficar libremente en las Indias occidentales: tercera que otorgase á los portugueses carta de naturaleza en Castilla. Tambien pidieron que el príncipe heredero fuese educado en Portugal, á lo que dió una formal negativa el rey católico.

En compensacion otorgó el rey varias gracias á muchos portugueses de distincion, confiriéndoles hábitos en órdenes militares, encomiendas, títulos, etc.; pero el instrumento mas importante y formal que se extendió á su favor fué la promesa solemne que todos los gobernadores de Portugal, todos los grandes funcionarios, tanto militares como civiles y eclesiásticos, serian naturales del pais, y que solo á portugueses se conferiria todo cargo público; que no se tocaria á los usos, á las costumbres, á las leyes, á los privilegios del pais, sin expreso consentimiento de las Cortes.

Setenta dias se detuvo Felipe II y I ya de Portugal en el pueblo de Tomar, mientras las Cortes entendieron en los negocios que habian dado motivo á su convocacion. Y pareciéndole al rey que ya era tiempo de hacerse vér en la capital de su nuevo reino, salió de Tomar seguido de una corte brillante y numerosa, en 24 de junio de 1581, y tomó el camino de Lisboa, pasando por los pueblos de Santaren, Almerin, Salvatierra y Villafranca, situada sobre el Tajo. Aquí encontró comisionados de las principales autoridades de Lisboa con una barca magníficamente decorada, para que continuase por agua su camino. Tambien encontró al marqués de Santa Cruz que venia con sus galeras principales. Se embarcó el rey y caminó rio abajo hasta el pueblo de Almada, que se halla en la orilla iz-

quierda, frente á Lisboa, donde se detuvo por súplicas que le hicieron las autoridades de la capital de que aguardase un dia mientras se completaban los preparativos que se hacian para su recibimiento. A este pueblo de Almada pasó á visitarle el duque de Alba, á quien recibió Felipe II con las muestras de mayor cordialidad, manifestándole lo gratos que le habian sido sus servicios. El 29 de junio de 1581 verificó Felipe su entrada pública en Lisboa con toda solemnidad, habiendo salido á recibirlo á la puerta las principales autoridades militares y civiles. Entró á caballo, debajo de palio de brocado de oro, al son de músicas, de campanas mezcladas con el estruendo de la artillería. Despues de haber paseado las calles principales de Lisboa, se encaminó á la catedral, á cuya puerta salió á recibirle el arzobispo vestido de pontifical, á la cabeza de otros mas prelados y un clero numeroso. Despues del solemne *Te-Deum* que se cantó en accion de gracias, se dirigió el rey en la misma forma debajo de arcos triunfales al palacio real, donde le esperaba el duque de Alba para darle posesion de aquella mansion de los antiguos reyes.

Así quedó solemnemente instalado en la gran capital de un nuevo reino, el señor ya de inmensas posesiones. Si no se podia considerar Portugal una grande adquisicion, considerada la superficie del pais, era de la mas alta trascendencia para Felipe II verse dueño absoluto de toda la península ibérica ó española, que por primera vez reconocia el dominio de uno solo. Con el Portugal habia adquirido sus inmensas posesiones allende de los mares: el Brasil, de reciente conquista, y las ricas regiones de la India Oriental, de donde se extraian tan ricas mercancías, productos de su suelo y de su industria. Con razon se dijo entonces que el sol no se ponia nunca en los Estados del poderoso rey de España. Ora atendiendo á la inmensa extension del territorio, ora á la riqueza de su suelo, no habia hecho mencion la historia de mas vasta monarquía. La plata, el oro, las producciones mas esquisitas, las manufacturas de objetos mas apetecidos, todo se criaba profusamente en los Estados del nuevo señor de Portugal, quien sin duda se debió de penetrar de orgullo con la grande altura á que habia llegado su potencia.

No es extraño que este aumento de poder del rey de España hubiese aumentado los odios, los temores de sus abiertos enemigos, y causado nuevas inquietudes á los que manifestándose sus amigos no podian menos de mirarle con recelo y con envidia. Recibió en

Lisboa felicitaciones del pontífice, de los príncipes de Italia, de la república de Venecia, del emperador, y hasta de Enrique, rey de Francia. No hay necesidad de indicar la poca sinceridad que debió de haber en muchos de estos cumplimientos.

Dueño Felipe II de la península española y de tan inmensos dominios de la otra parte de los mares, que le constituian en la primera potencia marítima del mundo, natural era que pensase en establecer la silla de tan vasto imperio en un gran puerto donde pudiesen abrigarse los bajeles que traian á la madre patria los productos de todos los paises de la tierra. Todas estas ventajas se reunian en Lisboa, ciudad populosa á las puertas del Atlántico, situada en la anchurosa boca del rio que de todos los de la península lleva mas caudal de agua al seno de los mares. Estaba, pues, llamada Lisboa á ser la capital de todos los dominios españoles. A estas razones de un interés material, se unian las de la política, tan interesada en la conservacion de un nuevo reino adquirido, y en la fusion con el tiempo de dos naciones llamadas por la naturaleza á no formar mas que una. No sabemos si esta idea ocurrió entonces á Felipe II y á los principales de su Consejo; mas en la edad presente es un objeto de censura esta falta del rey, y una de las causas á que se atribuye la pérdida de Portugal en el reinado de su nieto. De todos modos era el rey de España demasiado español para pensar en vivir en ninguna parte que no fuese España. Madrid era su hechura: el monasterio del Escorial una de sus mas grandes ocupaciones, de sus mas agradables pasatiempos: vivir fuera de Madrid y del Escorial, no era vivir en su elemento.

CAPÍTUO LVIII.

Continuacion del anterior.—Administracion de Felipe II en Portugal.—Le niegan la obediencia las islas Terceras.—Reconocen por rey á don Antonio.—Primera expedicion de los españoles sobre las Terceras.—Infructuosa.—Don Antonio en Francia.—Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.—Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.—Combate naval en que sale victorioso.—Vuelve á Lisboa.—Muere en esta capital el duque de Alba.—Regresa el rey á España.—Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.—Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceras.—Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal (1).—(1581-1583).

A pesar de la impopularidad de la persona de Felipe II y de su gobierno en Portugal, no dejó de conducirse con moderacion, como un príncipe hábil que deseaba captarse la benevolencia de sus nuevos súbditos. Ya le hemos visto en Tomar dispensando diferentes gracias personales, además de la otorgacion de las que al todo de la nacion se referian. La misma conducta observó en Lisboa, mostrándose afable y accesible, llevando el deseo de hacerse grato á la nacion hasta el punto de vestirse con traje portugués, en la mayor parte de las fiestas y solemnidades públicas. Tomó además providencias de buen gobierno, y como era un príncipe tan amante del órden y estricto observador de la justicia, se aplicó con celo á corregir varios abusos y males, unos que habian hecho hondas raices en el pais, y otros que eran productos de los últimos disturbios.

(1) Las mismas autoridades.

Creó una nueva audiencia en la provincia de Entre Duero y Miño, y se mostró muy solícito en hacer otros arreglos que varios ramos de la administracion pública exigian. Mas con todos estos cuidados y atenciones, con todo este celo que por el bien público mostraba, no podia curar la grave herida del amor propio de los portugueses, viéndose sujetos á la dominacion de un príncipe extranjero, y lo que era mas sensible, del soberano de Castilla. Conservaba muchos partidarios el duque de Braganza. Mas numerosos eran todavía los que echaban de menos la dominacion de don Antonio. Desterrado este del pais, se hacia tanto mas popular cuanto era objeto de proscripcion, hasta el punto de estar pregonada su cabeza por el rey católico. Por la vuelta de dicho personaje se hacian votos secretos en el pais, sobre todo en Lisboa y en la provincia de Entre Duero y Miño, donde estaba muy arraigado su partido. Todos creian que la presencia del prior en Francia y sus relaciones con la reina de Inglaterra, le proporcionarian recursos para expeler al fin de Portugal al rey de España.

No se descuidaba en efecto don Antonio en interesar á su favor á las dos cortes de Inglaterra y Francia. En Ruan y en Diepa, donde alternativamente fijó su residencia, tuvo entrevistas con personajes de la primera distincion del pais, y recibió muestras de benevolencia por parte del rey Enrique III y de su madre. De sus sentimientos, por lo menos equívocos hácia el rey de España, habian ya demasiados testimonios para que Felipe II necesitase de este nuevo. Sin rebozo alguno se alistaban tropas en Francia, y acudian personas de distincion á servir bajo las banderas de don Antonio. En Inglaterra se hacian asimismo armamentos de igual especie en favor del mismo príncipe. Estaban destinadas todas estas tropas á las islas Terceras, donde se mantenia vivo el partido del prior de Crato.

De todos los dominios de la corona portuguesa, eran las islas Terceras los solos que no habian querido reconocer la autoridad del rey de España. Como fueron en seguida teatro de una guerra, ocupan un lugar no despreciable en nuestra historia. Descubiertas á mediados del siglo XV por un príncipe de Portugal, se hallan en el Océano Atlántico como á trescientas leguas al Occidente, y con la misma latitud sobre poco mas ó menos que la de Lisboa. Se dió á estas islas el nombre de *Azoras*, por el gran número de azores que en ellas se vieron cuando su descubrimiento, y tambien el de Ter-

ceras por el de una de ellas considerada como la principal, llamada Tercera, á causa de haber sido la tercera descubierta. Se llaman las otras ocho, pues componen todas el número de nueve, San Miguel, Santa María, San Jorge, la Graciosa, Pico, Fayal, Flores y Cuervo. No es la Tercera la de mas extension de todas; pero se consideró siempre como su capital por su posicion central, por su mejor terreno, por ofrecer mejores puertos y puntos mas susceptibles de defensa. Sus tres pueblos principales son Angra, la Playa y el Fanal, todos puertos, siendo el primero la capital de las islas y el punto de residencia de sus gobernadores.

Ejercia esta autoridad en nombre de don Antonio, Cebrian de Figueredo, cuando la entrada del rey católico en Portugal; y á pesar de las órdenes que recibió del gobierno para poner las islas á la obediencia del rey, manifestó que no abandonaria jamás el pendon de don Antonio. Puso esta resistencia en grave cuidado al rey, no solo por la accion en sí, sino por el apoyo que encontraban las disposiciones hostiles del prior, en Francia. Se aguardaban además por aquel tiempo los galeones de las Indias Occidentales, y se temia que recalando en las Terceras como lo tenian de costumbre, fuesen cogidos por el gobernador á beneficio de don Antonio. Motivos eran de interés para que el rey pensase seriamente en ocupar á viva fuerza el pais que le negaba la obediencia, cortando de raiz la guerra que le estaba preparando don Antonio desde Francia.

Salió, pues, de Lisboa el capitan Pedro Valdés al frente de algunas galeras, donde iban embarcados hasta seiscientos hombres, sin mas objeto por entonces que el de aguardar en las islas Terceras á dichos galeones y avisarles de lo que pasaba. Se hizo á la vela Valdés; mas antes de llegar á las islas habian ya aportado á ellas los buques que aguardaba. No cayeron sin embargo en poder de Cebrian de Figueredo, porque recelosos los capitanes con las ofertas que les hizo de saltar á tierra, y habiendo hallado contradiccion en las noticias que acerca de Portugal les dieron, formaron sospechas de la mala fe de aquel gobernador, y sin detenerse en las costas, prosiguieron el rumbo directamente á su destino.

Valdés que supo esta ocurrencia, no tuvo por conveniente desembarcar en la Tercera, tanto mas, cuanto aguardaba á Lope de Figueroa, que con mayor número de galeras y de tropas debia salir pronto de Lisboa para reforzarle. Mas un sobrino suyo llamado Diego Valdés, mozo de resolucion y de poca prudencia, le rogó en-

carecidamente le permitiese saltar á tierra con alguna gente escogida el 25 de julio, á fin de festejar dignamente el santo tutelar de España. Verificado el desembarco entre el puerto de la Playa y Angra, recorrieron los españoles el pais, saqueando cuanto podian y haciendo otros estragos. Mas salió de Angra el gobernador Cebrian de Figueredo con tres mil hombres de á pié y cuatrocientos de á caballo, con cuya fuerza, aprovechándose del desórden de los españoles, les puso en derrota, obligándolos á reembarcarse con enorme pérdida, pues entre muertos y heridos tuvieron mas de trescientos hombres fuera de combate. Llegó pocos dias despues Lope de Figueroa, y tanto por el descalabro en que halló á Pedro Valdés, como por los nuevos preparativos que hacian en la Tercera para oponerse á un desembarco, como por lo avanzado ya de la estacion, que hace insegura la permanencia en aquellos mares borrascosos, tomaron los españoles la vuelta de Lisboa, sin que en todo aquel año se hiciese otra cosa contra las Terceras, mas que prepararse para la próxima campaña.

Trató el rey de reorganizar los elementos de la expugnacion en toda forma. Se dieron órdenes al marqués de Santa Cruz para que apresurase en Sevilla la construccion de galeras y el apresto del demás material que se considerase necesario. Se allegaron víveres y municiones. Se pusieron en movimiento hácia la costa dos tercios de infantería española que acababan de salir de Portugal, no creyéndolos de necesidad en aquel reino. Se nombró jefe de la expedicion naval al marqués de Santa Cruz, que ya pasaba entonces por el primer general de mar de España. A treinta y uno ascendia el número de buques mayores de que se compuso la escuadra, sin contar con buques de menor porte: á cinco mil, el número de tropas de tierras españolas, formando dos tercios, uno á las órdenes de Lope de Figueroa, y otro á las de Francisco de Bobadilla. Además se embarcaron quinientos alemanes mandados por Lodron. No se puso en las galeras caballería de ninguna especie.

Mientras se preparaba esta expedicion, se envió á don Fernando de Toledo á Oporto con fuerzas suficientes para contener aquel pais, donde con tantos partidarios contaba don Antonio. Tambien se envió á la isla de San Miguel, que no seguia su parcialidad, á Pedro Peixote de Silva, quien se hizo á la vela con catorce galeras recien salidas de Guipúzcoa. Mientras preparaba Felipe II su expedicion, hacia lo mismo con la suya el prior, quien se trasladó á Burdeos

con objeto de vigilar de mas cerca las operaciones. Hasta seis mil aventureros pudo reunir entre franceses é ingleses, no dejando de encontrarse entre ellos personas de suposicion, sobre todo de los primeros. No teniendo bastante confianza en el gobernador de la Tercera, Cebrian de Figueredo, por creérsele en vísperas de venir á términos de acomodo con el rey de España, puso en lugar suyo á Manuel de Silva, por juzgarle de mayor resolucion y mas adhesion á su persona.

Casi á un mismo tiempo se hicieron á la vela y con un mismo destino la expedicion española y la francesa. Salió de Lisboa el marqués de Santa Cruz el 10 de julio de 1582, y aunque no omitió diligencia alguna, llegaron á la isla de San Miguel antes los franceses. Inmediatamente desembarcaron entregándose al pillaje. Salió en busca suya Pedro Peixoto á la cabeza de dos mil y quinientos hombres entre españoles y portugueses; mas los de esta última nacion no militaban de buena fé contra la parcialidad de don Antonio. Así lo hicieron ver cuando se encontraron con las tropas enemigas, tomando la fuga, dejando en la refriega solos á los españoles. Fueron estos arrollados y puestos en la necesidad de refugiarse en el castillo. Los franceses victoriosos con don Antonio á la cabeza, se hicieron inmediatamente dueños de la ciudad, que entregaron al pillaje.

Intimó don Antonio la rendicion al castillo, mandado entonces por don Lorenzo Noguera, aunque herido de resultas del último encuentro. Le hizo ofertas ventajosas si le entregaba aquella fortaleza de su pertenencia, amenazándole en caso contrario con todos los rigores de la guerra. Respondió el español, que perteneciendo todas las posesiones de Portugal al rey de España, no reconocia mas que á él por dueño de aquel fuerte, y que no le entregaria á ninguno, aunque perdiese, por conservarse fiel, la última gota de su sangre.

Cuando en virtud de esta respuesta se prepararon los franceses al ataque del castillo, recibieron la noticia de la aproximacion del marqués de Santa Cruz al frente de su escuadra. Con este motivo no pensaron mas que en volverse á embarcar, lo que verificaron inmediatamente, dejando abandonada su conquista.

Se hallaba el marqués de Santa Cruz á la cabeza de veinte y siete navíos; y aunque estos eran en general de mas porte que los de la escuadra enemiga, llevaba esta á la española gran ventaja en el

número, pues ascendian á cerca de sesenta. Se hallaban en ella de jefes principales el conde Vimioso, general de don Antonio, el italiano Francisco Strozzi, general en jefe de la expedicion, y el francés Brissac su segundo; todos hombres muy experimentados en la guerra. En cuanto á don Antonio, aunque hacia parte de la expedicion, como ya hemos visto, no mandaba en realidad, ni tomó parte activa en ninguna de sus operaciones. Sabian los franceses que el marqués de Santa Cruz no se habia dado á la vela con todas sus fuerzas navales, y que esperaba muchos buques que debian salir de Sevilla y de Ayamonte. Trataron, pues, de marchar en busca suya antes que se engrosase, segun era su esperanza. Las mismas noticias tenia el marqués de refuerzos que aguardaban los franceses; y de este modo, como trataban las dos escuadras de encontrarse, era ya inevitable la pelea.

Interpuestos los franceses entre la isla de San Miguel y el marqués de Santa Cruz, se hallaba este en la mayor confusion sin saber lo que ocurria y habia ocurrido en dicha isla. Esto le animó mas á dar cuanto antes la batalla, para lograr su evacuacion en caso de que los franceses la ocupasen, y de todos modos para apoyarse en ella y proporcionarse los refrescos que necesitaba.

Dos dias se buscaron las dos escuadras enemigas, y y aunque se avistaron al fin, no emprendieron nada de importancia, sea porque no tuviesen el viento favorable, sea porque cada una de ellas, por medio de maniobras, tratase solo de proporcionarse esta ventaja. Al tercero se pusieron una en frente de otra, y pasaron todo el dia casi en inaccion, contentándose con cañonearse mútuamente desde lejos.

El cuarto, que era el 25 de julio, dia de Santiago de 1582, vinieron á las manos seriamente. Ya entonces se habia disminuido la escuadra del marqués, reduciéndose á veinte y cuatro navíos, pues se habian perdido de vista, ó tal vez huídose, llevándose á bordo un gran número de tropas alemanas. Tomó sin embargo el general español todas las disposiciones que le cumplian, como entendido capitan de mar, empeñado en un lance muy serio, por la superioridad de las fuerzas del contrario. Dividió su pequeña escuadra en tres divisiones, y en su galera capitana distribuyó por sí mismo los capitanes, tropa y artilleros que debian combatir en sus diversos puestos.

Eran cinco solos los navíos del marqués, de un porte muy superior á los franceses, siendo el principal el llamado San Mateo. Ha-

bian estos desde un principio adoptado el plan de atacar separadamente cada uno de estos cinco buques, con cinco ó seis de los suyos, de modo que supliese esta superioridad la del mayor porte del contrario. A ejecutarse este plan con toda exactitud, hubiera sido fácil á la escuadra francesa envolver á la enemiga. Mas el marqués de Santa Cruz, que era un hombre muy hábil de mar, maniobró, de modo que cada uno de sus cinco buques grandes tuviese auxiliares que entretuviesen las fuerzas enemigas, á fin de desplegar su accion con toda su eficacia y maestría.

El combate se hizo general: jugaba al mismo tiempo toda la artillería de las dos escuadras. Cada buque atacó al contrario, aferrándose mútuamente por las proas ó por los costados, mientras los grandes buques del marqués se prevalian de las ventajas que les daba esta circunstancia. Fué acometida la capitana francesa y puesta en gran peligro; mas al fin fué socorrida por los suyos. Tambien estuvo en grandes apuros el San Mateo; por cinco veces se le vió arder, mas fué socorrido á tiempo por los capitanes Oquendo, Villaviciosa y Venesa, que se hallaban cerca. A bordo de la almiranta francesa llegaron á entrar los españoles, cuando acudiendo nuevas fuerzas de la primer nacion, se dió fin á la sangrienta refriega que se habia trabado á bordo, teniendo que retirarse los españoles con gran pérdida.

El marqués de Santa Cruz acudia á todas partes, tomando disposiciones como capitan, y peleando cuando llegaba la ocasion, como soldado. Por fin se trabaron por las proas las dos capitanas francesa y española, y se dió principió á un combate con arcabuces, con pistolas, con sables, y toda especie de armas, tanto de fuego como blancas. Fué tremendo el choque, y aunque los franceses pelearon con gran valor, vencieron los nuestros, penetrando como un torrente en la capitana enemiga, llevándolo todo á sangre y fuego. Mas de trescientos enemigos perecieron á bordo de este buque. En vano intentaron socorrerle los de su nacion. La capitana francesa cayó definitivamente en poder nuestro, y con esta presa importante, se decidió la victoria á favor de los españoles. Quedaron los buques de los franceses, unos echados á pique, otros cogidos, otros destrozados. Fué tanto el número de los que cayeron en nuestras manos, que no sabiendo qué hacer de ellos el marqués, tuvo que echar á pique la mayor parte.

Fué esta batalla una de las mas sangrientas y decisivas que se

dieron en los mares. Pasaron de tres mil los franceses que perecieron en los diferentes abordajes. Hubo muchísimos heridos, contándose entre ellos los tres jefes conde de Vimioso, Strozzi y Brisac, que murieron muy pronto de los golpes recibidos. No fué muy grande el número de los prisioneros, en razon del excesivo de los muertos.

En cuanto á don Antonio, se mantuvo toda la jornada fuera de combate, donde ondeaba el estandarte de sus armas. Cuando vió la accion perdida, se dirigió á la Tercera para acudir á los medios de su defensa, pues presumia con razon que sobre esta isla volveria el marqués sus tropas victoriosas.

No se puede encarecer bastante el valor de nuestros jefes y oficiales que tan importante victoria alcanzaron, á pesar de ser tan inferiores en fuerzas á sus enemigos. Todos desplegaron grande bizarría, y los hombres de mar lucieron mucho su habilidad en las diversas maniobras á que dió lugar esta pelea tan reñida. Se distinguieron mucho don Francisco Bobadilla, don Lope de Figueroa; los capitanes don Miguel de Cardona, Cristóbal de Paz, Pedro de Santillana, Juan Labastida, don Juan de Vivero, Juan de Bolanos, segundo comandante de artillería. No se debe omitir el nombre de Antonio de Sevilla, marinero guipuzcoano de una nave de esta provincia, que se apoderó del estandarte real de Francia, aunque á costa de un brazo que le llevó una bala de cañon, en el acto de perpetrar su hazaña.

Despues de esta victoria, se trasladó el marqués de Santa Cruz á la isla de San Miguel, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, y como su libertador los de la parcialidad del rey; y con temor de castigos los de la contraria. Allí puso en tierra los heridos en número de doscientos, y acabó de destruir los buques cogidos á los franceses, por carecer de gente para tripularlos. En cuanto á los prisioneros, usó con ellos de un rigor tenido generalmente por excesiva crueldad, aunque el marqués alegó sus razones para justificar el acto. Cuando se aprestaba la expedicion en Francia, se quejó el embajador español á la corte, como de un acto de completa hostilidad al rey de España. Le fué contestado que no podia impedir la expedicion el rey, y que no eran los que la componian sus súbditos, que no debian ser tratados en caso de vencimiento sino como piratas. Como tales, pues, consideró el marqués de Santa Cruz sus prisioneros. Los dividió en dos trozos, colocando en uno

la gente principal, que hizo degollar por mano del verdugo, haciendo colgar á los restantes, que pasaban de trescientos. Que no eran piratas verdaderos harto se sabia, como estaba harto patente la mala fe con que en este negocio procedia el rey de Francia. Mas convenia al marqués de Santa Cruz tomar este pretexto, y creyó servir los intereses del rey, tratando con tal rigor á extranjeros, que sin provocacion ni declaracion de guerra, venian á invadir sus posesiones. Se podia responder á esto, que dichos extranjeros eran soldados de don Antonio, quien, creyéndose con derecho á la corona de Portugal, la disputaba con las armas en la mano. Cualesquiera razones que se aleguen en pró del acto del marqués, no es posible su justificacion para los hombres imparciales. La verdad es que fué llevado muy á mal por sus mismos capitanes y oficiales, quienes alegaban con razon, que igual suerte les cabria á ellos mismos si llegaban á verse prisioneros.

Entre tanto llegaron con felicidad, sin contratiempo alguno, los galeones de la India, cuya captura habia sido uno de los objetos de la expedicion de los ingleses y franceses. En Lisboa confirmaron las nuevas de la victoria del marqués, que habian llenado de satisfaccion al rey de España.

Mientras tanto tomaba don Antonio en la Tercera todas las disposiciones para recibir la visita del almirante español, que le parecia muy próxima. No se descuidó en efecto el marqués en dirigirse á la isla para reconocerla y tomar lengua, mas no con el objeto serio de invadirla. Se hallaba la estacion muy avanzada, y no le pareció cuerdo mantenerse en el mar, que en aquellos parajes se presenta sobrado embravecido. Tal vez no fué este el solo motivo de desistir por entonces de la expugnacion de la Tercera. De todos modos, en todo el mes de setiembre tomó la vuelta de Lisboa con sus naves victoriosas, dejando á don Antonio por entonces pacífico poseedor de una isla, á que estaban reducidos todos sus dominios.

Recibió Felipe II al marqués de Santa Cruz con todas las muestras de satisfaccion, y dispensó muchas mercedes á los oficiales é individuos de tropa que mas se habian distinguido en el combate, haciendo cuenta de que con otra expedicion al año siguiente, acabarian de expulsar de las Terceras á cuantos su autoridad desconocian.

Trataba en aquel tiempo el rey católico de restituirse á España; tal era la fuerte inclinacion que hácia Madrid y el monasterio de

San Lorenzo le arrastraba. Mas al poner su proyecto en ejecucion, sobrevino la muerte de su hijo, el príncipe don Diego. No le pareció, pues, prudente salir de Lisboa antes de celebrar la jura del príncipe don Felipe, que fué su heredero, y era el cuarto y el último varon que hubo de doña Ana.

Un suceso ocurrió entonces de importancia en aquella capital, á saber: la muerte del famoso duque de Alba, muy sentido del rey, que conocia y sabia sacar tanta utilidad de sus servicios. Aunque lo dicho hasta ahora de tan ilustre personaje basta sin duda para darle bien á conocer, no extrañará el lector que consagremos algunas líneas mas á su memoria. Es sin duda el duque de Alba una de las mas grandes figuras que brillan en el cuadro colosal de este reinado. Dedicado desde su primera juventud á la carrera de las armas, terminó su vida á la edad de setenta y cuatro años, dando fin á una campaña, que si no de mucho mérito por lo reñida, será siempre célebre por lo importante y útil á los intereses de la España. Si el brillo de su nombre llegó á su mayor altura bajo el reinado de Felipe II, ya era muy grande y distinguido en el de su padre, que tuvo á sus órdenes los primeros capitanes de su siglo. Muy jóven todavía, comenzó á lucirse en la campaña de Provenza: se halló en Tunez y en Argel: mandó en jefe, siendo hombre ya entrado en años, la batalla Muhlberg, y asimismo el sitio que á la plaza de Metz puso Carlos V. De sus acciones en el reinado de Felipe II, hemos dado una idea ya bastante extensa en el curso de esta historia. Fué admirable la disciplina que supo introducir y mantener en los ejércitos; singular la vigilancia con que atendia á todos los pormenores de su mando militar, y consumada la prudencia que en todos sus pasos y movimientos observaba. Sabia combatir y abstenerse de empeñar batallas, cuando podia de otro modo conseguir victorias. Sus inferiores le obedecian y respetaban á par que le temian, reconociendo en todo lo superior de su capacidad, y lo llamado que estaba por el órden de las mismas cosas á mandarlos. Tuvo como cortesano la misma superioridad de brillo y de importancia, que cuando se hallaba al frente del ejército. Fué el duque de Alba el hombre de todas las confianzas de Felipe II, de todos sus viajes, de todas sus negociaciones, y al parecer depositario de todos sus secretos, es decir, de todos los que podian ser comunicados. Si cayó por un tiempo de su gracia, fué para levantarse de ella con mas esplendor, y hacer ver al rey lo difícil que le era des-

cartarse de un hombre de su clase. Activo, duro, inflexible, sin misericordia, instrumento ciego de sus voluntades, tenia todos los requisitos necesarios para captarse su benevolencia. Como el servido era el servidor, con la diferencia que podia haber entre el político sagaz y el fiel soldado. Era católico por educacion, intolerante por carácter, por hábitos; porque era tal la índole del tiempo; sanguinario por temperamento, tal vez porque en su opinion iba en ello el interés de la justicia. Aborrecia á los protestantes con furor, y no le inspiraban los flamencos sublevados mas suaves sentimientos. Como odiaba, fué odiado; pocos hombres fueron mas objeto de terror; en pocos retratos se imprimieron mas las tintas que podia producir el espíritu de indignacion y de venganza. Para completar este bosquejo, diremos que un hombre tan grave, tan entero, tan inflexible, tan objeto para todos de respeto y de temor, como el duque de Alba, se sentia como anonadado en la presencia de Felipe II, y que solo una mirada, una frase algo severa de este rey, bastaba para intimidarle.

Poco despues de la muerte del duque de Alba, ocurrió asimismo en Lisboa la de Sancho de Avila, que de paje suyo habia pasado á ser su favorito y alumno predilecto en la escuela de la guerra. Correspondió el discípulo á la excelencia de tal maestro; y aunque no alcanzó fama de un insigne capitan, adquirió derechos legítimos á una fama bastante distinguida. Lució este soldado de fortuna por su valor y habilidad, en varios teatros, sobre todo en Flandes, donde varias veces hicimos de su nombre mencion muy honorífica. Ya le hemos visto en Portugal, sirviendo bajo las órdenes del duque de Alba, como lo tenia de costumbre, y dando fin á la guerra, en su marcha desde Lisboa á Oporto, donde quedó destruida por entonces la parcialidad de don Antonio. Apreciaba el rey á Sancho de Avila, y todavía existe una carta que le escribió directamente este monarca, dándole gracias por su comportamiento, y ofreciéndole mercedes. Se dice de Sancho de Avila, que los muchos encuentros y vivas refriegas en que se encontró durante su larga vida militar, no le costaron ni una gota de sangre, circunstancia feliz que ocurre á pocos. Una coz de caballo mal curada puso término á sus dias, cuando todavía no pasaba de la edad madura.

Despues de verificada en Lisboa con toda solemnidad por los tres Estados del reino la jura del príncipe don Felipe, y nombrado por gobernador y virey de Portugal al archiduque Alberto, salió Feli-

pe II de Lisboa á principios de 1583, y tomó la vuelta de España, dirigiéndose sin detencion á Madrid, donde fué recibido con una pompa extraordinaria. Pocos dias despues se dirigió al Escorial, donde los monjes le festejaron con el entusiasmo debido á un poderoso protector, que tan magnífico establecimiento les proporcionaba. Sin duda no fueron menos vivos los sentimientos de placer con que el rey se vió restituido á una mansion tan suspirada.

Volvamos á Portugal, cuyos dominios no estaban aun todos sujetos á la autoridad del rey de España. Hablamos de las islas Terceras, donde dejamos á don Antonio respirando con la marcha del marqués de Santa Cruz, quien aplazó para ocasion mas oportuna la conquista de la isla. Empleó don Antonio el invierno 1582 á 1583 en fortificarla del mejor modo posible, para recibir la visita que la amenazaba. Hizo aumentar la guarnicion de Angra y de los demás puntos fuertes con aventureros que de Francia, Inglaterra y otras partes acudian; se proporcionó un gran surtido de municiones, piezas de artillería y otros pertrechos de guerra, cogidos en las islas de Cabo Verde por una expedicion que salió al efecto de Angra, y entró á viva fuerza en la de Santiago, habiéndola entregado además al pillaje y al saqueo. Al mismo tiempo pedia nuevos auxilios á Inglaterra y Francia, haciéndoles ver la importancia de aquellas islas, para hostilizar al rey de España en sus posesiones de la otra parte de los mares.

Todavía no habia llegado para la reina de Inglaterra la ocasion de declararse en guerra abierta con Felipe II, aunque indirectamente le hostilizaba en todo lo posible. En la misma situacion se hallaba el rey de Francia, dispuesto siempre á dañar al de España, sin atreverse á declararse su enemigo. En la primavera de 1583 se alistó en sus puertos una expedicion de dos mil hombres, que á las órdenes de M. de Joyeuse, se dirigió á la Tercera, adonde aportó sin contratiempo alguno. Con tan oportuno y considerable refuerzo cobró nuevo vigor el ánimo de don Antonio, quien se creyó asegurado para siempre en una posesion que le iba á abrir la puerta para todas las que reclamaba. No descuidaba entre tanto Felipe II un negocio que le traia tanta cuenta como el de arrojar para siempre al prior de Crato de todos los dominios portugueses. A su salida de Lisboa, dejó dadas sus disposiciones para un armamento tal, que asegurase la conquista de la isla disputada. Se nombró por su jefe al mismo marqués de Santa Cruz, que se habia distinguido tanto

en la anterior expedicion, y bajo los auspicios de este general, se puso la escuadra en estado de salir al mar, como se verificó el 23 de julio de aquel año. Se componia la escuadra de treinta naves gruesas, dos galeazas, doce galeras y cuarenta y siete buques de mucho menor porte. Iba de maestre de campo general Lope de Figueroa con veinte banderas de su tercio, que componian una fuerza de dos mil y setecientos hombres. Embarcó el conde Lodron mil quinientos alemanes, todos escogidos. Mandaba el maestre de campo, don Francisco Bobadilla, dos mil doscientos soldados españoles formados en doce banderas; don Juan de Sandoval otras quince, compuestas de mil quinientos cuarenta y cuatro soldados españoles y doscientos cincuenta y cuatro italianos. Se embarcaron además ciento veinte caballeros portugueses, todos personas de distincion, ochenta y seis soldados que habian sido oficiales, y cincuenta caballeros castellanos que iban todos como aventureros.

Llegó la escuadra á la isla de San Miguel el 3 de julio, y desde el momento hizo el marqués de Santa Cruz que pasase á su bordo un tercio de españoles de dos mil y cuatrocientos hombres al mando de su maestre de campo Agustin Iñiguez, que era al mismo tiempo gobernador de aquella isla. Hechos los preparativos para caer sobre la Tercera, llamó el marqués de Santa Cruz á consejo, en el cual se reunieron don Pedro Toledo, duque de Fernandina; el maestre de campo general don Lope de Figueroa; el conde de Lodron, y los maestres de campo don Francisco Bobadilla, Agustin Iñiguez, don Juan de Sandoval, don Pedro de Padilla, Juan Martinez de Recalde, don Cristóbal de Eraso, Juan de Urbina y don Jorge Manrique. Se deliberó en la junta sobre los puntos donde debia desembarcar la expedicion, y las demás medidas para llevar adelante la conquista, para lo que despues de depositar en la isla de San Miguel los enfermos de la armada y puesto nuevo gobernador en dicha isla, se llevó consigo todos los barcos chatos que habia mandado construir el invierno anterior para auxiliar el desembarco.

Se hizo á la vela la expedicion desde la isla de San Miguel, y el 24 del mismo aportaron á las costas de la Tercera, cuyo gobernador habia tomado cuantas disposiciones le fueron posibles para oponerse al desembarco.

Comenzó el marqués de Santa Cruz sus operaciones enviando un parlamento al gobernador, en que ofrecia perdon en nombre del

rey á todos cuantos voluntariamente se rindiesen á su autoridad, y asimismo salvoconducto á los franceses para retirarse libremente con todos sus efectos. Fué recibido el parlamento, ó por mejor decir devuelto al marqués, desechando todas sus ofertas; y aunque las renovó por medio de un manifiesto á los habitantes de la isla, tuvo maña el gobernador para recoger el documento y guardarlo, sin que fuese sabido tal perdon por los interesados.

Empleó el marqués el dia de su llegada y el siguiente en hacer reconocimientos de las costas para buscar los puntos de mas fácil desembarco. Despues de muchos tanteos y diversos pareceres, se decidieron á verificarle cerca del puerto de la Muela, defendido por un fuerte, á dos leguas de Angra, capital de la isla, como ya se ha dicho.

Se verificó el desembarco el dia 26 con cuatro mil hombres de los tercios de Agustin Iñiguez y don Francisco Bobadilla, á quienes estaba esta empresa encomendada. Fueron tomando tierra poco á poco las tropas, no sin dificultad, por lo difícil de acercar bien las lanchas que las conducian. Conforme iban desembarcando se formaban en escuadron, pues los enemigos se hallaban muy próximos, y del fuerte de la Muela los estaban cañoneando, aunque inútilmente. Mientras tanto que se verificaba el desembarco, se aproximó cuanto pudo el marqués con su galera á las murallas del fuerte por via de reconocimiento, ó mas bien para entretener á la guarnicion, que le hizo muchos disparos, distrayendo su atencion de las tropas que desembarcaban.

Aunque no faltaban tropas en la Tercera en bastante número para medirse con las del marqués, y ofrecerle á lo menos una obstinada resistencia, costó muy poco á los nuestros la expugnacion de este baluarte en que tantas esperanzas tenia puestas don Antonio. No reinaba la menor inteligencia entre el jefe de las tropas francesas y el gobernador portugués Juan Antonio de Silva, cuya dura y arbitraria administracion le habia hecho objeto de odio para casi todo el vecindario. Eran demasiado desiguales las fuerzas de don Antonio y del rey católico, para que los habitantes de la Tercera no se arredrasen con las consecuencias de una lucha abierta. Segun informes que tuvo el marqués, ascendia á nueve mil el número de las tropas enemigas, casi el doble de las suyas propias. Mas eran bisoñas, acabadas de alistar, con poca instruccion, con menos disciplina. No dejaron sin embargo de presentarse á las nuestras in-

mediatamente de verificado el desembarco. Formaron su campo, asegurado por medio de trincheras: lo mismo practicaron las tropas españolas. Todo aquel dia del desembarco se pasó en escaramuzas de muy pocos resultados por ninguna de ambas partes.

Para dar una idea del mal estado en que se hallaban las tropas portuguesas y francesas, mencionaremos una estratagema de que se valieron, muy rara en los anales de la guerra. Hallándose el marqués celebrando un consejo de guerra muy cerca de ponerse el sol del mismo dia 26, tuvo que suspenderle por un ruido y alboroto extraordinario que se movió en su campo, y procedido todo de la singular invencion que tuvo el enemigo de soltar como unas mil vacas y dirigirlas al campo de los españoles. Mas este ganado se desordenó por precision á los primeros tiros de los nuestros, que les disparaban desde lo alto de sus trincheras sin que se atreviesen á saltarlas. Así no sirvió esta escaramuza mas que de risa para el campo español, donde se debió de conocer con qué clase de enemigos se hallaban empeñados.

Al dia siguiente tuvo lugar un lance mas serio, en que los franceses llevaron al principio lo mejor, habiendo con mucha bizarría obligado á los nuestros á cederles el terreno. Mas fué esta ventaja para ellos de muy poca dura, habiendo tenido al fin que retirarse al otro extremo de la isla en que se situaron. Así quedó abandonado el puerto de la Muela, y asimismo el de Angra, que se hallaba sin fortificaciones.

Habia ofrecido el marqués dar á saco á sus tropas la isla por tres dias. Usaron de ese permiso en el puerto de la Muela; lo mismo se verificó en Angra, adonde las tropas se dirigieron en seguida. Mas el botin fué sumamente escaso, pues el pueblo estaba abandonado y los vecinos habian llevado consigo sus efectos mas preciosos. Así solo cayeron en poder de los nuestros algunos muebles de poco valor que para nada les servian; mas hicieron una presa considerable en los esclavos del pais, hasta el número de mil y quinientos que se repartieron.

Si se encontraron pocas riquezas en Angra, no sucedió lo mismo con el material de guerra. Se hallaron noventa y una piezas de artillería en los bajeles, y en los fuertes doscientas diez y nueve, pertenecientes muchas de ellas á los franceses, con las armas reales de aquel reino. Se cogieron además muchas balas, pólvora, jarcia y demás pertrechos militares, tanto de mar como de tierra.

Inmediatamente echó el marqués un bando para que se recogiesen á sus casas los habitantes que andaban vagando por los campos y habian tomado asilo en las montañas. Poco á poco depusieron estos el temor, y la isla volvió á su estado de tranquilidad acostumbrada. En cuanto á los portugueses armados y franceses que se retiraron de la accion, se hallaban en un pueblo llamado los Altares, en la parte mas occidental de la Tercera.

Mientras se negociaba de una y otra parte sobre la suerte ulterior de estas tropas, despachó el marqués de Santa Cruz parte de sus galeras para volver á la obediencia del rey las demás islas que todavía estaban á la devocion de don Antonio. Se rindió la de San Jorge sin ninguna resistencia; mas la puso la de Fayal á don Pedro de Toledo, que tuvo que desembarcar á viva fuerza. Las tropas que se le presentaron en la costa huyeron inmediatamente y se refugiaron al castillo de Orta. Mas este fuerte se rindió muy pronto á las armas de don Pedro, quien hizo colgar al gobernador, como el principal motor de aquella resistencia.

Dió el capitan español la isla de Fayal á saco por tres dias, y despues de haber puesto nuevo gobernador en el castillo de Orta, se encaminó á la isla de Pico, que se entregó sin resistencia. Desde allí se dirigió á la Tercera, habiendo hecho rendirle obediencia en el camino á las islas del Cuervo y la Graciosa.

Mientras tanto habian hecho proposiciones los franceses de la Tercera para que el marqués les permitiese retirarse á su pais con sus banderas, armas y artillería, llevándose consigo á Manuel de Silva y otros portugueses de importancia, comprometidos en la defensa de la isla. Mas se hallaban los franceses en sobrados apuros para quedar libres con tan suaves condiciones; por lo que tuvieron que pasar por las que les impuso el marqués de Santa Cruz, á saber: que se rindiesen salvando las vidas, entregando las banderas y las armas excepto las espadas, pudiendo en seguida trasladarse á Francia, quedando prisioneros los franceses que habian sido cogidos durante la pelea. A tenor de estas condiciones el 4 de agosto se presentaron los franceses en el castillo del puerto de Angra, donde entregaron diez y ocho banderas, las armas de todas clases, menos las espadas, y demás efectos de guerra que tenian. Ascendian á dos mil y doscientos los franceses que se rindieron á los españoles; mas todavía faltaban cerca de seiscientos para completar el número de los que habian aportado á la Tercera, pudiendo presumirse que se

habrian escondido unos, evadido otros secretamente de la isla, y otros muertos en el campo de batalla.

Andaba el gobernador Juan de Silva vagando por la isla, por las pesquisas que de todas partes se hacian por órden del marqués, que habia puesto á precio su cabeza. Al fin cayó en manos de un soldado llamado Juan Espinosa, quien le puso en las del marqués el 10 de agosto. Fué conducido inmediatamente á la galera capitana, y de aquí al puerto de Angra, donde tres dias despues fué degollado por manos del verdugo, al mismo tiempo que algunos otros principales partidarios que habian seguido el pendon de don Antonio. Tambien fueron ahorcados otros de menos nombradía.

Aunque se perdonó la vida al vecindario de la isla, no dejó el marqués de Santa Cruz de tomar medidas de rigor que le parecieron necesarias. Mandó hacer muchas prisiones, sobre todo de frailes, que se suponia tenian la parte principal en la resistencia de los habitantes. Confiscó, mientras el rey disponia otra cosa, los bienes de todos los vecinos de las seis islas que habian negado su obediencia al rey católico. Puso en libertad á todos los presos que habia por asuntos políticos, y decretó indemnizaciones de los perjuicios que se les habian irrogado. Despues de arreglar todos estos negocios y asegurado los puntos fuertes con buenas guarniciones y gobernadores leales, se embarcó el marqués de Santa Cruz á últimos de agosto, y tomó la vuelta de Lisboa, adonde llegó á principios de setiembre.

Así con la conquista de las islas Terceras, quedó Felipe II pacífico dueño y señor de todos los dominios de la monarquía portuguesa.

CAPÍTULO LIX.

Asnntos de los Paises-Bajos.—Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.—Dificultades de la empresa.—Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.—Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.—Descripcion de la obra.—Toma de Gante.—Intentan los sitiados desbaratar el puente.—Brulotes. —Voladura de una gran parte de la construccion.—Desastres.—Se repara el daño. —Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.—Son rechazados con gran pérdida.—Abren sus puertas Bruselas y Malinas.—Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.—Se ven precisados á rendirse.—Condiciones de la entrega.—Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.—Su entrada triunfal en Amberes (1).—(1584-1585).

La incorporacion del reino de Portugal en los vastos dominios que ya poseia el rey católico, acrecentó naturalmente el miedo, la suspicacia, la secreta envidia de que era objeto para los que se llamaban sus amigos, así como dió nuevo fuego al odio de sus enemigos declarados. Se hallaban estos en los Paises-Bajos, en Inglaterra, y aun puede decirse en la corte de Francia, donde tantos medios directos se empleaban para suscitarle hostilidades. Se acercaba el tiempo del desenlace de los grandes dramas que entonces se representaban en esta parte de la Europa; donde tantas pasiones, tantos intereses, tantas creencias religiosas se hallaban en una pugna abierta. No es posible comprender bien el reinado de Felipe II sin pasar en revista todos estos grandes acontecimientos; y nosotros, que en este trabajo nos hemos propuesto por objeto presen-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos concernientes á los Paises-Bajos.

tar un cuadro, aunque abreviado, no solo de lo que hizo un rey, sino de lo que pasó en su siglo, le tendríamos por incompleto si no echásemos los ojos á menudo sobre otros Estados donde influia por unos medios ú otros su política. Para continuar nuestra tarea, volveremos por ahora á los Paises-Bajos, donde dejamos al príncipe de Parma aprovechándose hábilmente de los dos grandes acontecimientos que habian ocurrido, á saber: la expulsion de los franceses y la muerte del temible príncipe de Orange. Acababan de caer en sus manos las plazas fuertes de Iprés y de Brujas. Vacilaba Gante estrechada por la fuerza, agitada además por muchos elementos de discordia que fermentaban dentro de sus muros. Mientras padecia tanto esta ciudad, en mil sentidos diferentes combatida, concibió y puso en ejecucion el príncipe de Parma un proyecto mas grande, mas importante, á saber: la expugnacion de Amberes, sitio principal de la insurreccion, asiento por entonces de su gobierno, la plaza mas importante del pais por su poblacion, por sus riquezas, y sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Bajo el aspecto político, y aun bajo el militar, por ser uno de los hechos de armas que mas ruido hicieron en la última mitad de aquel siglo, merece el sitio de Amberes una relacion algo menos sucinta que las que hasta ahora hemos consagrado á las empresas militares. Está situada esta ciudad, conocida tambien con el nombre de Antuerpia, en la orilla derecha del Escalda, tan ancho por aquella parte, que la constituye en un verdadero puerto de mar, adonde llegan y fondean con comodidad navíos de alto bordo. Aunque despues de la época á que nos referimos han recibido sus obras marítimas una extension tal, que forman de Amberes el puerto principal del mar Germánico ó del Norte, ya entonces eran de bastante importancia para hacerle representar un gran papel como emporio de comercio. De sus riquezas, de sus manufacturas, de los buques de todas las naciones que á sus muros acudian, hemos hablado en su debido tiempo. En lugar de haberle privado de su importancia la guerra viva de que eran teatro los Paises-Bajos, se la habia aumentado en sentido político y militar, pues aunque no lo era en realidad, se la consideraba como la verdadera capital de Flandes.

Concibió, pues, el príncipe Alejandro un gran plan, cuando pensó tan decididamente en poner sitio á una ciudad á todas luces tan considerable; pero pareció demasiado atrevido y casi de imposible ejecucion á muchos de sus capitanes. Alegaron lo fuerte de la

plaza, lo difícil y casi imposible de privarla de recursos por el mar, lo azaroso de emprender un sitio dejándose á la espalda á Gante y Terramunda, la escasez de tropas que tenia Alejandro á su disposicion para abrazar y acudir á tantos puntos á la vez, la facilidad en que se hallaban los de Amberes para soltar las esclusas de los diques y canales, y causar una inundacion en el campo de los sitiadores, como habia sucedido en Leyden, etc. Mas á estas razones respondió Alejandro, que en ocasiones como la presente se debian emprender acciones arrojadas que impusiesen terror al enemigo; que presentándose las cosas tan favorables á la causa del rey con la muerte del príncipe de Orange, se debian aprovechar estos momentos de desmayo y fluctuacion en que se hallaban los flamencos; que no era difícil cortar la comunicacion de Terramunda y Gante con Amberes; y que aunque el Escalda corria tan ancho por aquella parte, no faltarian medios, sino para impedir el que recibiesen socorros por mar, á lo menos de disminuirlo hasta el punto de causar en la ciudad escaceses y apuros, aumentándose así el número de los descontentos de aquel estado de cosas, y creándose elemenmentos de discordia y anarquía, que tan eficazmente servirian al objeto de los sitiadores.

Se resolvió, pues, definitivamente en setiembre de 1584, el sitio de Amberes, y con este motivo se pusieron en movimiento las fuerzas disponibles que no eran en otra parte absolutamente indispensables. Se hallaban parte de ellas en Frisia, bajo las órdenes de Francisco Verdugo, que tenia al frente á Guillermo de Nassau, teniente de Mauricio, nuevo príncipe de Orange. Estaban situados en Colonia dos regimientos alemanes al mando del conde de Aremberg: en Zutphen algunas tropas de caballería; y el marqués de Renty con su tercio de valones hácia el Mediodía, para oponerse á cualquiera movimiento que por el Artois y el Haynault hiciesen los franceses. En Brabante y la provincia de Flandes, á las órdenes inmediatas de Alejandro, militaban cuatro tercios con cuatro regimientos extraordinarios, y además otros tres que acababan de llegar de España despues de sujetadas las Terceras. Con todas estas tropas, que ascendian á diez mil infantes y mil quinientos caballos, procedió Alejandro Farnesio á las operaciones del asedio.

Estaba preparada Amberes para hacer frente á la tempestad que ya veia tan próxima. Aumentó todos sus medios de defensa su gobernador Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, quien despues

de la muerte del príncipe de Orange, era la persona de mas influencia entre los confederados. No se intimidaron los habitantes por ver á los enemigos tan cerca de sus puertas, pues aunque no podian recibir socorros por tierra en razon á la escasez de tropas que entonces habia en el pais, confiaban en su puerto y en su rio, que les proporcionaba comunicacion con todas partes, y la facilidad de no carecer jamás de víveres y demás provisiones necesarias. A la seguridad, á la fortificacion de las dos riberas del Escalda, consagraron, pues, sus primeras atenciones. Construyeron en la derecha, que corresponde á la provincia del Brabante, y á tres leguas por bajo de la ciudad, el fuerte de Liefkenshoec; y en la izquierda, que pertenece á Flandes, añadieron nuevas defensas al de Lillo, que ya lo habia sido por el duque de Alba. Además establecieron varios reductos entre los dos fuertes y la plaza, teniendo tambien el medio de coronar todas estas precauciones con la de inundar el pais que corresponde á la última provincia. Aunque con experiencia de la actividad y saber que desplegaba en todas ocasiones el príncipe Alejandro, no concibieron grandes temores de su tentativa. Mas el general español tuvo medios, como se verá, de acabar con tan gratas ilusiones.

El mismo interés de los de Amberes en fortificar las dos riberas del Escalda, manifestó su enemigo en destruirles sus trabajos; tan convencido estaba de que no cerrándoles este caudaloso rio, jamás se apoderaria de la plaza. Habia llegado ya á la sazon cerca de sus muros con todas las fuerzas disponibles, y establecido su campo en Beveren, á dos leguas de distancia. Fué su primera operacion destacar dos cuerpos considerables, uno de cuatro mil hombres de infantería y ocho compañías de caballería, á las órdenes del marqués de Rubais, para expugnar el fuerte de Liofkenshoec, y otro mandado por el conde de Mansfeld, compuesto de tres mil infantes y cuatro compañías de caballería, con objeto de practicar la misma operacion en el de Lillo. Mientras tanto envió otros destacamentos con objeto de impedir toda comunicacion entre Amberes, Terramunda, Gante y Malinas, colocando como puesto principal en Villebroock el tercio de Agustin Iñiguez, que acababa de llegar de la Tercera.

Fué dichoso el marqués de Rubais en su ataque sobre el fuerte de Liefkenshoec, que se le rindió sin grande resistencia ni pérdida considerable de los suyos. Mas no sucedió lo mismo al conde de Mans-

feld en el de Lillo, mucho mas fortificado que el primero. Hicieron los sitiados una salida que causó grave pérdida á los españoles. En cuantos ataques á viva fuerza dieron estos contra los del castillo, fueron constantemente repelidos. Con esto y las nuevas inundaciones que produjo el rompimiento de un dique, tuvo que desistir el conde de Mansfeld, y se retiró á los cuarteles de Alejandro.

Ya con la expugnacion del fuerte de Liefkenshoec, comenzaron los de Amberes á sentir dificultades en sus comunicaciones por el rio. No escaseaban los españoles sus fuegos contra todas las embarcaciones que subian y bajaban. Mas esto era poco para el príncipe de Parma, que aspiraba á cortar sus comunicaciones por entero. Para conseguir su objeto concibió el plan de construir una especie de puente ó de barrera, que partiendo de las dos orillas, cerrase completamente el puerto. Se burlaron mucho los habitantes de Amberes, y sobre todo su gobernador, cuando supieron el designio del de Parma, que atribuyeron á locura. Mas palparon pronto, á pesar suyo, la realidad de una empresa que en vista de los dos mil y cuatrocientos piés que tiene de ancho por aquella parte el rio, les parecia tan quimérica.

Para llevarlo á cabo eligió Alejandro dos puntos adonde el rio se presentaba un poco mas estrecho, llamados Callóo y Ordan; este en la orilla de Flandes y el segundo en la de Brabante. Eran inmensos los materiales que en vigas, tablas y otros artículos se necesitaban para esta obra gigantesca. Mas por la actividad desplegada en su acopio por el príncipe de Parma, se pasaron muy pocos dias antes de empezarla.

Se redujo la operacion á clavar fuertes estacas en el fondo del rio y asegurar sus cabezas por medio de vigas cruzadas que se colocan horizontalmente, enlazándolas unas con otras con objeto de hacer la trabazon lo mas sólida posible. Sobre las vigas se colocan tablas que constituian el suelo de la obra, y donde los hombres estaban á pié enjuto. En las dos orillas se construyeron dos castillos de madera, tomando el de la parte de Brabante el nombre de San Felipe en honor del rey, y el de María madre de Dios el de la de Flandes. Se dió al tablado de estos dos castillos las dimensiones suficientes para que pudiesen contener con bastante holgura cincuenta hombres. Los dos ramales que desde ambos castillos se avanzaban sobre el rio, no tenian mas que doce piés de anchura, de modo que diesen paso á ocho hombres de frente. A las extremidades

de esta especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de parapeto de cuatro piés de altura, á prueba de bala de arcabuz ó de mosquete.

De este modo, y mientras lo permitió la poca altura de las aguas se construyó una línea de puente ó de estacada de nuevecientos piés por el lado de Brabante, y por la de Flandes de doscientos solamente. Entre los extremos de los dos ramales quedaba un hueco de más de mil doscientos piés, donde era imposible la fijacion de estacas por la gran profundidad del rio y lo rápido de la corriente. Ideó el príncipe de Parma llenar este hueco con buques, lanchas ó cualquier género de embarcaciones. Mas no pudo por entonces hacerse con los suficientes, pues tenia que surtirse para esto de Dunkerque.

Mientras se procedia á la construccion de este puente, que era entonces asombro de la Europa, hacia expugnar Alejandro la plaza de Terramunda, situada tambien sobre el Escalda, para acabar así con toda comunicacion entre este punto y Amberes. Hizo la plaza bastante resistencia, sobre todo en su baluarte principal, y al principio sufrieron los nuestros graves pérdidas. Por fin tomaron los españoles este baluarte el 15 de agosto, y el 17 tuvo que rendirse la plaza, pagando sesenta mil florines para indemnizar los gastos de la guerra. Salió la guarnicion en número de seiscientos hombres sin armas ni caballos. Juró la ciudad obediencia al rey de España, y á los calvinistas se les dió dos años de término para arreglar sus negocios, al fin de cuyo plazo tendrian que evacuarla.

Al saberse en Gante la noticia de la toma de Terramunda y los peligros que amenazaban sériamente á Amberes, trataron de entregarse al príncipe Alejandro, bajo las mismas condiciones que antes lo habian hecho los de Iprés y Brujas. Se negó el general español á la propuesta, haciendo sentir á los comisionados de la ciudad que vinieron á su campo, cuán diversas eran ya las circunstancias. Al fin se convinieron, pues si los de Gante tenian miedo, no eran menos los deseos de Alejandro de ocupar á Gante. Reconoció la ciudad la autoridad del rey, y pagó doscientos mil florines. Se sacaron de la cárcel todos los retenidos en ella por ser de la parcialidad del rey. Se restituyeron los templos al culto católico, y volvió su ejercicio al estado acostumbrado. En cuanto á los calvinistas, quedaron privados del suyo, y recibieron órden de evacuar la ciudad,

aunque se les dió algun tiempo para que arreglasen sus negocios.

Con la ocupacion de Gante hizo Alejandro la adquisicion de los buques que necesitaba para dar fin á su famoso puente. No habia dificultad en hacerlos trasportar hasta cerca de Amberes, siendo ya dueños los españoles de Terramunda y Rupelmunda. Mas tenian que hacer un rodeo para llegar al punto de su destino, hallándose en medio Amberes, debajo de cuya plaza el puente se formaba. Para obviar este inconveniente mandó Alejandro hacer dos cortaduras en el dique de la Escalda; una en Callóo, por debajo de Amberes, otra en Bortcht, por encima; con lo que habiéndose formado una inundacion entre ambos puntos, pudieron llegar las naves al primero sin tropezar con la ciudad que les cortaba el paso. Y habiéndose inutilizado este expediente por un reducto que los de Amberes construyeron en Borcht, tomó Alejandro el partido de abrir un canal de mas de cinco leguas, que aseguraba la comunicacion entre Callóo y un pequeño rio que desagua muy cerca de Gante, en el Escalda.

Así se hizo Alejandro, sin molestia por los de Amberes, con veinte y ocho ó treinta naves, suficientes para llenar el hueco entre los dos ramales de la estacada ó puente de madera. Los colocó á lo largo, á veinte pasos uno de otro de distancia, sujetándolos con anclas y gruesas cadenas de hierro, cuyas extremidades estaban fuertemente ligadas con los dos extremos de este puente. Para asegurar la comunicacion de un buque á otro, se colocaron gruesas vigas cubiertas de tablas, dando á cada uno de estos puentes la misma anchura y colocando en ellos los mismos parapetos que en los dos construidos sobre estacas.

Así se cerró completamente la comunicacion de Amberes con el rio. Para dar mas seguridad y aumentar la eficacia de este puente, se echaron otros dos, uno en la parte superior y otro en la inferior del Escalda, con simples barcas ligadas entre sí del mismo modo que los buques grandes, con fuertes barras puntiagudas de hierro por uno de los lados, para oponer mas obstáculos á los navíos que se presentaban. En cada buque se colocó artillería, y la misma operacion tuvo lugar en cada uno de los barcos chicos.

Bajo cualquier aspecto que esta construccion se considere, fué una obra admirable para aquellos tiempos, y aun es digna de las mayores alabanzas en los nuestros, donde tan adelantados se hallan todos los ramos del arte de la guerra. Mas que el ingenio del arte

lució en la construccion del puente de Amberes la audacia de haberle concebido, el arrojo y la constancia con que en medio de tantos obstáculos se consiguió llevarle á cabo. No se apartaban un momento de la obra los ojos vigilantes de Alejandro, y eran muy frecuentes las ocasiones en que para animar y entusiasmar á todos con su ejemplo, echaba él mismo mano al pico y á la azada. En los habitantes de la ciudad hizo una impresion dolorosa tanto mas profunda cuanto se habia tenido á sueño y hasta escarnecido dicha obra, como fanfarronada por parte de Farnesio. Quedaba Amberes sin comunicacion ninguna con el mar, de donde aguardaba toda especie de auxilios y recursos. Con tan pocas fuerzas de tierra como tenian los confederados, en las comunicaciones por agua estaba puesta toda su esperanza. Por eso se esforzaba tanto Alejandro en cortárselas, reduciendo á bloqueo un sitio en que no se podia operar á viva fuerza.

Hemos visto ya, por disposiciones hábilmente tomadas, caer en sus manos la plaza fuerte de Gante, situada tambien sobre el Escalda. La misma suerte aguardaba á Bruselas, donde comenzaban ya á sentirse los horrores del hambre, bloqueada como estaba por las tropas de Alejandro. Un convoy enviado por los de Malinas y Amberes, custodiado por mil hombres, cayó en una emboscada de los nuestros, en cuyas manos quedaron todos prisioneros. Privada la ciudad de este recurso, y sin esperanza de otros nuevos, trató de abrir sus puertas al de Parma, con cuyo objeto le enviaron embajadores á su campo de Beveren, donde al fin de dificultades y altercados, se rindieron bajo las condiciones de que los ciudadanos volviesen á la obediencia del rey y fuesen restituidos á su gracia; que se devolviesen á los templos católicos todos los efectos que les habian robado; que las demás restituciones y reparaciones quedasen á cargo de los tribunales ordinarios; que dejasen los herejes la ciudad al cabo de dos años, dándoseles este término para el arreglo de todos sus negocios; que saliese la gente de guerra libre con sus armas y equipaje, pero sin banderas, sin mechas encendidas, sin tocar cajas ni trompetas, habiendo jurado primero que en cuatro meses los soldados y en seis los oficiales no tomarian las armas contra el rey de España.

No fueron las condiciones, como se vé, muy duras. Ninguna contribucion en dinero se impuso sobre el pueblo de Bruselas. Mas no le convenia á Alejandro el ser muy exigente, ocupado como estaba

en el sitio de Amberes, y sobre todo tratándose de la ocupacion de una ciudad tan importante, considerada como la capital de todos los Paises-Bajos.

A la rendicion de Bruselas se siguió la de Nimega, capital de la provincia de Güeldres, que abrió sus puertas sin grande resistencia, aterrada probablemente con el ejemplo de las otras plazas fuertes que acababan de caer en manos de Alejandro.

Creció con estas pérdidas la turbacion y el miedo en los de Amberes. Comenzaban ya á mostrarse síntomas de descontento; mas el gobernador Santa Aldegundis, hombre de resolucion y de firmeza, supo tranquilizar los ánimos de los habitantes. La masa de la poblacion estaba enconada contra el rey católico. Allí tenia su asiento principal la insurreccion de los Paises-Bajos, y desplegaba la energía y política de los confederados. A pesar del puente echado sobre el rio, no habian perdido las esperanzas de comunicarse al fin con el Océano. En Middelburgo se preparaba una escuadra. con cuyo auxilio y los esfuerzos que se hiciesen por el lado de la plaza, aguardaban romper aquella barrera formidable.

Se hizo en efecto á la vela dicha expedicion marítima, mandada por Treslong, y aunque Farnesio no la creia de grande importancia por los disgustos que segun era fama mediaban entre aquel general y los confederados, no dejó Treslong de cumplir con su deber, subiendo el Escalda con su escuadra, sin que Farnesio pudiese por falta de navíos oponerle resistencia. Cayeron los confederados sobre el fuerte de Liefkenshoec, que tomaron sin grande resistencia. Tampoco la encontraron en el de San Martin, otro mas pequeño de las inmediaciones, que ocuparon en seguida. Irritado Farnesio de tanta flojedad por parte de los suyos, trató de hacer un escarmiento público, mandando degollar á los principales jefes sobre el mismo dique del Escalda, á vista de los enemigos.

Dueños así los confederados de estos dos fuertes y del de Lillo, que está enfrente, dominaban completamente el Escalda desde estos dos puntos hácia abajo. Lo mismo sucedia á los de Amberes por la parte superior; mas en medio se encontraba como una barrera insuperable el fatal puente.

A derribar, pues, esta especie de muralla, se dirigieron los esfuerzos de unos y otros. En su conservacion cifraba Alejandro todos los medios de tomar la plaza. Creyó en un principio que procederian los ataques mas activos de la escuadra establecida en la parte

inferior; mas era en Amberes donde se tomaban las medidas mas eficaces para acabar con una obra que los amenazaba con la ruina. Trataron primero de cortar, al amparo de la noche, las maromas ó cables que sujetaban los buques del puente; mas Farnesio inutilizó su tentativa, sustituyendo las maromas con cadenas de hierro, que no la exponian al mismo inconveniente. Si era grande en unos la actividad para destruir, mayor era la del de Parma para reparar, sin perdonar diligencia alguna, los daños de su puente ó cortadura.

Residia á la sazon en Amberes un ingeniero italiano llamado Giambelli ó Jambelo, hombre de recursos, de cuyos consejos hacian mucho caso aquellos habitantes. Construyeron por su direccion una porcion de barcos chatos, muy altos por los dos costados, con suelo ó fondo de cal y de ladrillo, sobre el que colocaron un cofre de mina con su galería en direccion de popa á proa, lleno de pólvova, balas y otros proyectiles. Todo el hueco entre los costados de la embarcacion y la mina, se ocupó con piedras y mas materias pesadas, cuantas podia recibir el buque. En todo este aparato no faltaba su mecha, que iba oculta y preparada como las de las minas ordinarias.

De esta especie de brulotes se aprontaron hasta quince, cuatro grandes y once algo mas pequeños, ascendiendo á setenta quintales de pólvora la carga de los cuatro mas considerables. Se preparó todo este artificio con el mayor secreto, y aunque se susurraba en el campo de Alejandro que los de Amberes preparaban medios de destruir el puente, no llegaron á conjeturar de qué especie eran.

Se lanzaron, pues, rio abajo los quince brulotes, disparando sus tripulaciones fuegos de artificio para excitar mas la sorpresa de los sitiadores. Asombrados se quedaron estos, en efecto, al ver una acometida tan extraña, é ignorantes del peligro que corrian, la aguardaban sobre el mismo puente, pensando en neutralizarla por los medios ordinarios. La contemplaba asimismo atónito Alejandro desde el castillo de Santa María, acompañado del marqués de Rubais y otros jefes principales. A ruegos de algunos oficiales se alejó de aquel sitio, donde tan graves riesgos corria su persona; mas no siguieron su ejemplo Rubais ni los otros jefes; tan ajenos estaban de sospechar que eran minas lo que se acercaban. Estaban coronadas las dos orillas del Escalda de gente que acudió á presenciar un espectáculo tan extraordinario, y cuyo secreto era sabido de muy pocos. Caminaban mientras tanto los brulotes, hábilmente dirigidos por

marinos prácticos. Cuando estuvieron á cierta distancia del puente, pasaron á las lanchas que llevaban para ello preparadas, habiendo puesto el fuego á las mechas de antemano, sin que fuese observado por los espectadores, por estar ocultas en los mismos buques.

Abandonados así los brulotes á su propia direccion, cedieron al impulso natural de la corriente. Los once mas pequeños se desviaron del camino y vararon en la orilla. Pasaron mas adelante los cuatro grandes; mas á los tres de ellos les sucedió lo mismo que á los otros, quedando medio sumergidos. Solo llegó uno á su destino, que los nuestros no pudieron detener, reventando la mina en el mismo instante de tocar el puente. Fué espantosa la explosion, y sus efectos superiores á cuanto pudiera describirse. Se estremeció al estampido el suelo de los alrededores; se oscureció el aire como en medio de un violento huracan, mientras volaban hechos pedazos las piedras, las vigas, los maderos, todo el material del castillo de Santa María y de la estacada inmediata, con mas de ochocientas personas que la coronaban. Penetró en la atmósfera un hedor intolerable, efecto de los mistos de la mina, que sofocó á varios y privó á muchos del sentido. Se cubrieron en pocos instantes las aguas del rio, las riberas y los campos de toda suerte de destrozos, de cuerpos mutilados chorreando sangre, ennegrecidos por el humo: algunos se ahogaron en el rio: quedaron otros sepultados en los fragmentos de piedra y maderos, y no pocos que no perecieron en el acto, luchaban con las aguas agitadas del rio, ó lanzaban en los aires gemidos dolorosos.

Si los demás brulotes, ó á lo menos una gran parte, hubiesen llegado igualmente á su destino; si los de Amberes y los de Lillo hubiesen acudido con sus fuerzas inmediatamente que tuvo efecto la explosion, hubiese tal vez desaparecido el puente y desordenádose completamente el campo de Alejandro. Mas por ninguna parte se presentaron los confederados. Autores dicen que nada supieron de lo que allí pasaba, hallándose sin noticias por espacio de dos dias. Si esto es cierto, aunque de ningun modo verosímil, arguye mucho descuido en los sitiados, que por otra parte debian de estar muy ansiosos de saber el resultado de su tentativa.

No perdió su presencia de ánimo Alejandro en medio del dolor, de la consternacion que le causó una pérdida tan espantosa, menos sensible por las obras destruidas, que por tantos valientes, víctimas sin gloria de una explosion que no se habia previsto. Entre ellas se

contaba al marqués de Rubais, general de la caballería, esclarecido capitan y muy querido de Farnesio. Atendió este con su actividad acostumbrada al alivio y curacion de los heridos, á restablecer el órden, y sobre todo á la reparacion de las obras, levantando nuevas estacadas, colocando otros buques en el puente, aunque sin la debida trabazon; de modo que á la mañana del dia de la explosion conservaba de lejos la apariencia de estar como antes, sin ninguna ruptura perceptible. Con la misma actividad se llevó adelante la obra de la reparacion, de modo que dos dias despues no solo estaba el puente repuesto, sino muy mejorado.

No desmayaron los de Amberes por el poco efecto de su tentativa. Nuevos brulotes construyó Giambelli; mas habiendo desaparecido la impresion producida por la novedad, fueron aun mas inútiles que los anteriores. Llegaron los soldados de Farnesio hasta apagar la mecha de que venian provistos, y con garfios de hierro y otros instrumentos los desviaban hácia las orillas, donde quedaban varados y medio sumergidos. Recurrieron tambien al artificio de lanzar varias lanchas trabadas entre sí, para que chocando contra el puente, arrastrasen consigo algunos de los buques en que se apoyaban. Mas tambien los españoles se precavieron contra este accidente, preparando huecos por donde las lanchas se escurrian. Recurrieron los sitiados por último á la construccion de un enorme navío armado de espolones de hierro, que lanzaron á favor de la corriente y la marea, lisonjeados de que al choque de tan enorme mole cederian los barcos y se destruiria la trabazon de las demás partes que á la formacion del puente concurrian. Mas no fue esta máquina, á la que dieron el nombre pomposo de *Fin de la guerra*, de mejor efecto que las anteriores. Despues de abandonado á su propia direccion, torció su curso, y fué á varar en la orilla derecha, cerca de Ordan, sirviendo de mofa á los sitiadores, quienes la llevaron al príncipe de Parma.

Perdida la esperanza de destruir aquella barrera fatal que los tenia incomunicados con el mar, resolvieron los de Amberes abrirse otro camino sin que pudiese estorbárselo el puente de Alejandro. Para comprender la operacion de que esperaban este efecto, se tendrá presente que coronaban las riberas del Escalda, como las de casi todos los rios del pais, diques de bastante elevacion, con que evitaban la inundacion de los campos en la crecida de las aguas. Para la comunicacion de los diques con las tierras altas cuando la inun-

dacion tenia lugar, habia otros diques ó murallones llamados contradiques. Entre el dique de la orilla izquierda del Escalda del lado de Flandes y un pueblo inmediato situado sobre una elevacion, llamado Colvesteins, existia un contradique de este mismo nombre. Dueños los de Amberes de abrir el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y los de Lillo de practicar lo mismo por debajo, podian proporcionarse una inundacion tal que les abriese comunicacion con el mar, quedando de este modo inutilizada aquella obra. Mas para que se mezclasen las aguas del rio por entrambas partes, era necesario destruir el contra-dique de Colvesteins que estaba de por medio. De este punto se habia apoderado de antemano el príncipe Alejandro, preveyendo lo importante que podia serle en sus operaciones; y como anticipándose á los designios de sus enemigos, habia fortificado el punto con algunos castillos que se apoyaban en el mismo dique. Enfrente, es decir, en el pueblo y colina donde terminaba el contradique, hizo construir un baluarte, desde donde se podia ofender á los que por una y otra parte le atacasen.

A la expugnacion de este contra-dique se aplicaron con suma tenacidad los de Amberes, pues aunque el gobernador Santa Aldegundis y Giambelli se obstinaban en hacerles creer que aun se podia destruir el puente de Farnesio, daban por inútil ya esta empresa.

Se hicieron contra el contra-fuerte de Colvesteins dos tentativas. En la primera atacaron solo los de Lillo con el conde de Holak á la cabeza, contando con que lo harian al mismo tiempo por su parte los de Amberes. Embistieron con furia los buques de los confederados; llegaron á situarse sobre el mismo contra-dique, haciendo replegarse por un tiempo á las tropas que le coronaban; mas con los fuegos que estas les hicieron desde los castillos, tuvieron que abandonar el terreno y volverse á sus navíos. Viendo por otra parte que no acudian los de Amberes, desistieron de la empresa, no sin haber dejado en el contra-dique algunos muertos, y causar casi la misma pérdida á los enemigos.

La segunda embestida al contra-dique de Colvesteins fué mucho mas séria, y el lance infinitamente mas reñido. Por esta vez atacaron los enemigos por ambos lados de la inundacion; los de Amberes conducidos por Santa Aldegundis; los de Lillo al mando del mismo conde de Holak, acompañado entre otros de Justino Nassau, hijo bastardo del príncipe de Orange. Ascendia á doscientos el número

de buques que atacaron por entrambas partes. Llevaban consigo fuegos de artificio para deslumbrar con la llama durante la noche, y ofender con el humo á los del contra-dique, pues se verificó la embestida á la caida de la tarde. Llevaban además sacos de tierra, tablas, faginas y otros materiales para construir trincheras y ponerse á cubierto cuando llegasen á tomar tierra, tanto en el mismo contra-dique, como enfrente de los castillos que le defendian.

Pareció al principio mostrarse la fortuna favorable á los asaltadores. Cayeron con furor las tropas situadas en el contra-dique, y con el mismo hicieron fuego á los castillos. Llegaron á establecerse en tierra, y por medio de la trinchera que inmediatamente levantaron, pudieron ofender, poniéndose á cubierto de los tiros enemigos. Llegaron hasta á ganar uno de los fuertes llamado la Palada, volviendo su fuego contra los restantes. El ataque del contra-dique fué tán sério, y tan obstinada la furia de los confederados, que lograron hacer una abertura de bastante extension para abrir paso á una de las naves que cargadas de víveres aguardaban en la parte inferior del rio el resultado de las operaciones. La llegada de esta nave á Amberes produjo las mayores demostraciones de alegría, sobre todo manifestándoles Santa Aldegundis, que regresó en ella á la ciudad, que estaba destruido el contra-fuerte, aseguradas ya sus comunicaciones con el mar, y que nada tenian ya que temer del puente de Farnesio.

Se condujo con sobrada ligereza Santa Aldegundis dando prematuramente la feliz noticia, y sobre todo abandonando el campo de batalla antes de estar decidida la victoria. El príncipe de Parma, que se hallaba con los que guardaban su puente aguardando allí un ataque mientras tenia lugar el conflicto de que hablamos, se trasladó volando al campo del peligro cuando supo el que corrian sus tropas de ser envueltas por los confederados. Con su presencia se reanimó el valor de los que daban el lance por perdido; y á su voz, que los trataba de cobardes, y aun mucho mas con su ejemplo, se precipitaron los soldados hácia donde los enemigos trabajaban por ensanchar la brecha que habian abierto al contra-fuerte. Sobre aquel terreno estrecho en que de un lado y otro se hallaban las aguas de la inundacion, se trabó una reñida pelea en que los hombres combatian cuerpo á cuerpo, luchando cada uno por no apartar el pié del terreno que una vez habia ganado. Mientras tanto acudia al teatro de la accion el tercio situado en la colina de Colvesteins, bajo la

vigilancia del conde de Mansfeld, y este refuerzo fué de mucha importancia para redoblar el valor de los nuestros y aumentar la confusion de los contrarios. Llegaron los primeros á arrojar á los confederados del contra-dique, y á volver á cegar con piedras, faginas y tablones, la brecha ó boquete que habian llegado á abrir los enemigos. Continuaban estos peleando obstinadamente desde sus navíos. Por fin, despues de siete horas de batalla reñida, abandonaron estos la empresa y emprendieron la retirada para los puntos de Amberes y de Lillo. Mas tal fué el desórden de este movimiento, tal el estado de destrozo, que discurriendo los nuestros por el dique del Escalda y echándose otros á nado, se apoderaron de muchos buques que iban rezagados.

Pocos combates se dieron nunca en terreno tan estrecho. En pocos se derramó mas sangre, teniendo en cuenta el número de los combatientes. Dejaron los confederados tres mil cadáveres en el contra-dique; perdieron mas de noventa piezas de campaña en los veintiocho buques que les fueron tomados por los nuestros. A setecientos asciende el número de los muertos que tuvo Farnesio; á quinientos el de heridos. Renunciaron por entonces los de Amberes á la esperanza de abrir sus comunicaciones con el mar, y desde este momento debieron tener por segura su pérdida si no les venia algun auxilio que los indemnizase de tan sensible pérdida. Habia agotado Giambelli todos los esfuerzos de su imaginacion: se mantenia firme como siempre el puente de Farnesio: el contra-dique estaba reparado, y en igual caso las fortificaciones que le defendian.

Para el aumento de los apuros de la ciudad sitiada, llegó á sus oidos la noticia de la pérdida de Malinas, que privada de sus comunicaciones, como lo habian sido las demás plazas fuertes de Flandes, habia tenido que abrir sus puertas al príncipe de Parma. Aun tenian puestas algunas esperanzas los de Amberes en las mieses de las inmediaciones, próximas á su madurez, pues ocurria esto en los meses de verano de 1585. Mas Farnesio, atento á todo, y engolfado siempre en la idea de tomar la plaza á cualquier precio, envió tropas que talaron los campos de las inmediaciones. Ya era tiempo de que Amberes pensase en librarse de una ruina inevitable.

Se hallaban cortadas las comunicaciones con el mar, sin esperanza de remedio; en poder de Farnesio todas las plazas fuertes de los alrededores en que tenian puesta su confianza; taladas las mieses de las inmediaciones; tomados ya por las tropas españolas los

mismos arrabales. Comenzaba ya á sentirse en la ciudad la falta de víveres, y á la vista de los habitantes se presentaba la horrorosa imágen del saqueo que el general español habia prometido á sus soldados si tomaban la plaza á viva fuerza. Se introdujo, pues, el descontento en la generalidad, y sin rebozo manifestaron deseos de que se entrase en capitulaciones con el príncipe de Parma. Le enviaron con este objeto embajadores, y aunque el vencedor se mostró al principio bastante airado por la resistencia que habian opuesto á las armas de su rey, manifestó deseos de entrar en negociaciones y venir á términos amistosos con aquellos habitantes. Era en él mucho el deseo de reducir á la obediencia del rey aquella importantísima ciudad, y por otra parte estaba siempre receloso de que alguna nueva embestida ú otro accidente imprevisto le desbaratase el puente, que consideraba como el solo medio eficaz de hacerse dueño de la plaza. Despues de varios pasos y negociaciones, se convinieron de una y otra parte en los capítulos: de que quedase en Amberes, como sola religion, la católica: que se restituyesen los templos que se habian quitado á dicho culto, y se volviesen á levantar los destruidos á expensas de los autores de este estrago: que el de Parma estableciese en Amberes guarnicion de naciones amigas de la ciudad, exceptuándose los italianos y españoles: que aprontase la ciudad cuatrocientos mil florines para indemnizar los gastos de la guerra : que los protestantes pudiesen permanecer en la ciudad por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales la dejarian para siempre : que se indultarian los demás excesos cometidos contra el rey, cuya autoridad se volveria á reconocer por todos los habitantes y autoridades de la plaza.

Las condiciones no eran duras considerando el aprieto de la poblacion; mas todavía titubeaban en aceptarlas los principales habitantes mas influyentes, que se veian en la necesidad de someterse al rey de España. Por aquellos dias circularon por la ciudad rumores de próximos socorros de Francia y de Inglaterra; mas desengañados, no pensaron mas que en abrazar el partido que el vencedor les ofrecia.

Mientras el de Parma, estipuladas ya las condiciones, se preparaba á entrar en la ciudad, recibió la insignia del Toison de Oro que en premio de sus servicios le enviaba el rey de España. Con este motivo hubo grandes festejos en su campo, donde era sumamente querida la persona de Alejandro. Para que pudiese entrar en

la ciudad adornado con esta nueva insignia, se la puso con toda solemnidad el conde de Mansfeld, caballero asimismo del Toison, en la capilla del castillo de San Felipe, habiendo celebrado la misa de pontifical el arzobispo de Cambray á vista de los principales jefes del ejército. Mientras tanto estaban las tropas formadas en las dos riberas del Escalda, y con la arcabucería y las piezas de todos los castillos inmediatos se hicieron varias salvas, que realzaban el aparato y solemnidad de aquella ceremonia.

Dos dias despues tuvo lugar la entrada del príncipe en Amberes, y que merece bien el nombre de triunfal, no solo por la gran victoria adquirida, sino por el aparato y pompa militar que le rodeaba. Entró acompañado de los principales jefes del ejército, entre los que se distinguian el duque de Arescot, el príncipe de Chimay, el conde de Egmont, el de Aremberg, el de Mansfeld y Altatenne, todos flamencos, pues no se habia permitido la entrada en la ciudad, segun las capitulaciones, á los italianos y españoles. Fué recibido Farnesio por los magistrados de la ciudad con todas las muestras de sumision y de respeto: por la generalidad de los habitantes con silencio respetuoso, en que manifestaban considerarle solo como un vencedor á quien abrian las puertas por necesidad y no sufrir mas las calamidades de la guerra. No hay necesidad de indicar mas circunstancias que ocurrieron en esta ceremonia de aparato, casi tan iguales en todas las de aquesta clase. Pasó Alejandro á la catedral, donde se cantó un magnífico *Te-Deum;* tomó en seguida providencias de órden y buen régimen, mostrándose celoso porque se cumpliesen religiosamente las capitulaciones por una y otra parte. Hizo abatir de todos los edificios y demás parajes públicos las armas é insignias del duque de Anjou y cuantas daban indicio de que aquella ciudad habia estado bajo otra dominacion que la del rey de España. Fueron restauradas las armas de este soberano con la mayor solemnidad, y desde entonces volvió á regir su voz en aquella ciudad tan floreciente.

Sujetada Amberes, nó tardó Farnesio en continuar el curso de sus operaciones militares. Habia puesto el sitio y toma de esta plaza el sello á su gran reputacion, y colocádole en la clase de los primeros capitanes. En todo aquel siglo fué el tercero de los hechos de armas de esta clase dignos de mas celebridad y de mas fama. Despues del de Rodas y el de Malta viene el de Amberes, sin que ningun otro le pueda disputar este alto puesto. Otro ocurrió despues de tanta nombradía, en que hallaremos la persona de Alejandro como uno de los actores principales de aquel drama.

CAPÍTULO LX.

Continuacion del anterior.—Resultados de la toma de Amberes.—Conflictos de los Estados.—Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.—La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.—Sale de Inglaterra para los Paises-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.—Su buen recibimiento.—Toma el mando del pais.—Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el príncipe de Parma.—Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.—Toma é incendio de esta plaza.—Pasa al sitio de Ruimberg.—Retrocede á socorrer á Zutphen.—Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.—Descontento en el pais con este general.—Pasa á Inglaterra.—Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.—Vuelta de Leicester.—Sus tentativas infructuosas de socorrer la Esclusa.—Nuevos disgustos.—Nuevo regreso de este general á Inglaterra.—Situacion del pais.—Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra (1).—(1585-1587.)

Con la ocupacion de Amberes por Farnesio, quedaba á su disposicion el mar y libre el camino para cuando quisiese intentar una expedicion sobre la provincia de Zelanda. A excepcion de la plaza de Grave y otros puntos de menos consideracion en el Bravante, habia ya reducido este hábil capitan á la obediencia de Felipe II todas las provincias meridionales de los Paises-Bajos. En la de Güeldres, considerada como septentrional, solo le restaba la expugnacion de la plaza de Venloo, situada como la de Grave sobre el Mosa. Quedaba, pues, reducida la insurreccion á los paises del Norte, mucho menos fértiles y ricos que los otros, pero donde el odio al rey de España habia echado raices muy profundas. Era, pues, imposible para los Estados el sostener la guerra por sí solos contra un adver-

(1) Las mismas autoridades.

sario tan temible, poderoso y hábil á quien halagaba la fortuna; y se veian por lo mismo en la triste necesidad de echarse en brazos de un príncipe extranjero, para librarse de caer en manos de otro extranjero tambien, mas cuya dominacion les era bajo muchas consideraciones tan odiosa. Ya hemos hablado de lo infructuoso de sus tentativas cuando se dirigieron al rey de Francia, ofreciendo reconocerle como soberano si les enviaba auxilios bastante poderosos para hacer frente y arrojar del pais al rey de España. Agradable debió de ser la perspectiva para Enrique III, de la adquisicion de tan ricas y fértiles provincias; mas impotente en realidad contra una vasta faccion en la que ejercia Felipe II tanta influencia, tuvo que renunciar á este aumento de poder, negándose rotundamente á las súplicas de los embajadores. No restaba, pues, otro recurso á los confederados de los Paises-Bajos, que dirigirse á la reina de Inglaterra con las mismas pretensiones. Aunque Isabel los habia socorrido muchas veces con tropas y dinero; aunque se habia mostrado tan interesada en promover los intereses y asegurar la dominacion del duque de Anjou, nunca se habia atrevido á declararse abiertamente su aliada y protectora, temiendo ponerse en abierta hostilidad con su antiguo señor, que le parecia un enemigo formidable. Habian variado algun tanto las circunstancias para esta princesa, y le pareció que habia llegado la ocasion de romper abiertamente con quien algun dia, y sobre todo despues de la conquista de Portugal, podria caer sobre sus Estados con fuerzas poderosas. Cada dia ganaba mas terreno Felipe II en Francia, donde tan hábilmente ponia en juego su política y con gran tino esparcia el dinero entre los que tan dóciles se mostraban á sus voluntades. Trató, pues, la reina de Inglaterra de oponer la fuerza á la fuerza, pues ya no habia para ella otros medios de conjurar la borrasca que la amenazaba. Acogió, pues, la reina de Inglaterra á los comisionados de los Paises-Bajos. Oyó su peticion con muestras de contento, y les dijo: que aunque por entonces no podia darles una respuesta positiva, oirian su determinacion tan luego como consultase á su Consejo.

Hubo diversidad de pareceres entre los individuos de esta corporacion, que con tanta habilidad dirigia la conducta de la reina. Dijeron algunos que era imprudencia declararse en abierta hostilidad con un rey que tenia tantos medios de dañarla, dándole así motivos manifiestos de desahogar con justicia los sentimientos de odio que la profesaba desde tantos años. Mas opinaron otros que por lo mis-

mo que existia este odio y que no se podia nunca cambiar en amistad, debia prevenirse la reina tomando para su conservacion las medidas que mas oportunamente se le presentasen: que no era posible libertar á los paises-Bajos de la dominacion de Felipe II sin un socorro eficaz y poderoso: y que solo ella les podia proporcionar, habiéndose negado el rey de Francia á protegerlos, no por falta de voluntad sino por impotencia: que siendo imposible enviar este socorro sin declararse enemiga de la España, que era preferible asegurarse un pais de la importancia de los Paises-Bajos, á permitir volviese á las manos del rey de España, y fuese así uno de los instrumentos de su propia ruina.

Prevaleció esta opinion en el consejo y fué aprobada por la reina. Respondió esta princesa en consecuencia á los embajadores que estaba resuelta á enviarles recursos y declararse protectora suya: mas que por razones de estado y por bien de ellos mismos se veia en precision de renunciar el título de soberana; que les enviaria tropas y dinero; que les asistiria hasta con sus buques si fuese necesario, tomando de su cuenta el obrar de modo que su proteccion fuese efectiva y tan eficaz que los salvase del riesgo inminente que corrian.

Siguieron á las palabras las acciones. Por un convenio ajustado con los embajadores se comprometió Isabel á enviar por de pronto cinco mil hombres de infantería y mil caballos pagados y mantenidos de su cuenta.

Para ponerse á la cabeza de estas tropas, nombró la reina á su favorito el conde de Leicester en cuya eleccion no anduvo tan acertada como solia estarlo en otras ocasiones. Era el conde de Leicester recomendable por las cualidades personales, muy dignas de atraerse el cariño de la reina; mas no poseia otras dotes que le hiciesen acreedor á cargos de importancia. En ninguna cosa era hombre superior, ni en materias de gobierno, ni en el arte de la guerra, y por otra parte con demasiado orgullo y presuncion por el favor que disfrutaba, no estaba calculado para captarse popularidad en los Paises-Bajos. Fué recibido en ellos con las mayores demostraciones de entusiasmo. Entró en el Haya. punto de su desembarco, con toda pompa y aparato, recibiendo cuantos festejos, cuantas muestras de satisfaccion y de alegría podian darle sus vecinos. Confirmaron los Estados estos sentimientos de benevolencia, y no solo le admitieron como delegado y representante de la reina de Inglaterra, sino que

le revistieron con el cargo de gobernador de todas sus provincias.

Se disgustó ó aparentó disgustarse la reina Isabel de que llegase á tanto la deferencia de los Paises-Bajos, manifestándoles que solo habia sido su ánimo enviarles un general y no un supremo gobernante. Mas habiendo insistido los Estados en que se llevase adelante el nombramiento, se aplacó la reina y no fué el decreto revocado.

Era el conde de Leicester el tercer jefe extranjero que venia á tomar las riendas del gobierno de los Paises-Bajos. Ya hemos visto lo poco útiles que fueron el archiduque Matías y el duque de Anjou á los verdaderos intereses de aquella region tan conmovida. Nos dirán la operaciones ulteriores si fueron mas dichosos con el gobernante inglés que con el austriaco y el de Francia.

No mostraba mientras tanto dormirse sobre sus laureles el príncipe de Parma. Despues de arreglar los asuntos civiles y militares en Amberes y de tomar todas las disposiciones para la reparacion del castillo que se habia demolido por órden del príncipe de Orange, tomó la vuelta de Bruselas, donde preparó otras operaciones militares. Mientras se ocupaba en persona en el sitio de Amberes, ocurrieron escaramuzas de poca importancia en Frisia, entre el capitan Francisco Verdugo y las tropas del príncipe de Orange. En Bonmel, isla formada por los rios Waal y Mosa, estuvo bloqueado Francisco Bobadilla con su tercio por el conde de Holak, quien le tenia interceptadas todas las comunicaciones, y reducido por falta de subsistencia á los últimos apuros. Mas sobrevino un tiempo frio que heló las aguas de la costa y paralizó los movimientos navales del general holandés, permitiendo al español evadirse por agua como si fuese tierra firme.

Ya desembarcado el conde de Leicester, comenzó sus operaciones por el sitio de Grave el príncipe de Parma. Envió al conde de Mansfeld con tres mil hombres y la órden de bloquearla, lo que ejecutó Mansfeld completamente por los dos lados del Mosa, privando á la plaza de todas sus comunicaciones. Sabedor del sitio el conde de Leicester envió desde Utrech, donde entonces residia, un refuerzo de dos mil hombres formados en dos cuerpos de mil cada uno: este de ingleses por el coronel Norris, y otros de tropas del pais mandadas por Holak. Llegó este cuerpo antes que el primero, y habiendo trabado batalla con las tropas españolas que guarnecian el puente echado junto á Grave, se vieron en precision de replegarse. Con la llegada

de los ingleses se renovó el combate, mas quedaron dueñas del puente las tropas españolas.

Acudió de allí á muy poco Alejandro con fuerzas de refresco y se formalizó el sitio de la plaza. Mandaba en ella un jóven llamado Enrique, baron de Emert, de muy poca inteligencia y menos experiencia, quien por consejo de oficiales cobardes y mal intencionados, apenas hizo resistencia alguna. Sin brecha abierta, sin apuros de ninguna especie, abrió las puertas á los españoles, que permitieron la salida á la guarnicion con sus armas, banderas y bagaje. Pagó muy cara el gobernador su traicion ó su falta de experiencia, pues el general inglés le mandó formar consejo de guerra, por cuya sentencia perdió la vida en un cadalso.

Mayores dificultades ofreció al de Parma la expugnacion de la plaza de Venloo, situada igualmente sobre el Mosa algunas leguas mas abajo. Era menor su guarnicion, pero mejor mandadas las tropas y mucho mas animosos sus vecinos. Se convirtió el sitio en bloqueo, pues todo el cuidado de Alejandro se dirigia á que no introdujesen recursos en la plaza Martin Schenk, su gobernador, que se hallaba afuera por casualidad y se encontró á su vuelta interceptado por el príncipe de Parma. Varias tentativas hizo el general flamenco con un cuerpo de dos mil hombres escogidos para romper la línea de Alejandro. Mas todas fueron infructuosas. Abrieron brecha las tropas sitiadoras en un rebellin que se hallaba en la parte superior del rio, al mismo tiempo que se apoderaron de una isleta de la parte superior donde establecieron una batería de seis piezas gruesas.

Estaban las tropas de Farnesio muy deseosas del asalto con la idea del rico pillaje que les aguardaba. La guarnicion y habitantes daban indicios de esperarle denodados; mas arredrados al fin con la perspectiva del saqueo, comenzaron á entrar en sentimientos mas pacíficos, y enviaron comisionados al de Parma ofreciendo entregarse con condiciones honoríficas. No titubeó el general español en concederlas, y casi en iguales términos que las capitulaciones de Grave, entró victorioso en la plaza de Venloo, no sin grave descontento de los suyos defraudados de la esperanza del pillaje.

Con la ocupacion de las plazas de Grave y de Venloo, quedó todo el Mosa sujeto por los españoles y asegurado el Brabante contra toda invasion por parte de Alemania. Con este motivo tuvo medios Alejandro de llevar á cabo una expedicion fuera del pais, y que

desde la toma de Amberes tenia proyectada. Ya hemos hablado de las turbulencias ocurridas en Colonia con motivo de la expulsion del pais del arzobispo Truschen, refugiado á la sazon en las provincias septentrionales de los Paises-Bajos. Mas todavía quedaba por la parcialidad del antiguo arzobispo la plaza fuerte de Nuiss, Noess ó Novesia, donde estaba de gobernador un tal Cloet, jóven activo y emprendedor, que tenia asolado el pais con correrías que no encontraban ninguna resistencia. Careciendo el nuevo arzobispo Ernesto de Baviera de fuerzas suficientes para expugnar una plaza que tal le molestaba, imploró los auxilios del príncipe de Parma. Para hacerle mas fuerza, pasó disfrazado á Flandes, y en su campo de Amberes tuvo con él una conferencia personal, donde le expuso su dura situacion y hasta que se hallaba resuelto á abandonar su electorado, si no le socorrian eficazmente las tropas del rey, pues de su hermano el elector de Baviera no tenia que esperar auxilio alguno. Conoció Alejandro lo importante que le era la toma de una plaza tan cercana á las fronteras de los Paises-Bajos, ocupada por enemigos irreconciliables de su rey, y creyó hacerle un servicio acudiendo con sus tropas á reducirla á la obediencia del nuevo arzobispo. Ofreció, pues, á este socorros eficaces luego que se viese desembarazado del sitio de Amberes y otras mas plazas importantes, y, en efecto, luego que se hizo dueño de la de Venloo, trató seriamente de cumplir con su promesa.

Mientras tanto sabedores los de Nuiss de la entrevista del arzobispo y de Farnesio, se aplicaron con celo al aumento de las fortificaciones de la plaza, surtiéndola abundantemente de víveres y municiones y toda clase de pertrechos. Al mismo tiempo acudian á sus muros aventureros de varias partes de Alemania unidos con vínculos de religion con sus habitantes y las tropas que la guarnecian.

Está Nuiss situado sobre el Rin, y aunque este rio no toca precisamente sus murallas, las rodea una especie de brazo ó desague que unido con el rio Estrem, forma de la plaza una especie de isla. Con esta defensa natural y las demás que proporcionaba el arte, esperaban las tropas de la guarnicion con muy pocos temores la llegada de Farnesio.

Se puso este en marcha con una parte muy considerable de su ejército, ascendiendo su fuerza á seis mil infantes y dos mil caballos. Dividió sus tropas en cinco trozos, situando cada uno al frente

de una de las cinco puertas de la plaza. Fué su primera operacion apoderarse de dos castillos situados en la isleta formada por el brazo del Rin, que los enemigos abandonaron no creyéndose bastante fuertes para sostenerla. Estableció desde estos dos puntos baterías á la plaza, y por el lado opuesto la batió asimismo en brecha, resultando de esta operacion que subiendo sus tropas al asalto, se apoderaron de un lienzo de la muralla que formaba el recodo del Rin con dicho brazo ó acequia, y al mismo tiempo de un torreon opuesto. En ambos puntos se alojaron y atrincheraron con faginas, sacos y cestones de tierra, y dirigieron nuevas baterías contra el muro interior, pues la plaza tenia doble recinto y doble foso. Todo un dia se estuvieron cañoneando los de Farnesio desde el exterior y los sitiados desde el otro. Llegó la noche sin ventaja de una y otra parte. Durante la oscuridad descendieron al foso los sitiados para coger por la espalda á los enemigos; mas sintiéndolo los españoles, bajaron al mismo sitio donde se trabó una gran pelea sin que resultase ventaja por ninguna parte. Mas los sitiados experimentaron una gran pérdida en la persona del gobernador, que habiendo acudido á la refriega, cayó herido sin poder tomar mas parte activa en las operaciones de aquel sitio.

Se aguardaba el asalto de un momento á otro. Los españoles estaban encendidos de enojo por la atrocidad cometida en dos de los suyos que habiendo caido prisioneros, fueron quemados vivos en la plaza pública. Irritados por otra parte los sitiadores por no haber obtenido el saqueo de Venloo, pensaban desquitarse en esta plaza. Mas los habitantes trataron de prevenir el golpe, enviando comisionados á Alejandro para arreglar las condiciones de su entrega. Ocurrió durante esta conferencia que algunos soldados de los sitiados hicieron fuego desde el muro sobre los españoles, ó bien ignorantes de lo que se trataba, ó con intencion de que no se ajustasen las capitulaciones. De todos modos se rompió la conferencia, y el príncipe Alejandro se retiró á sus reales ofendido de tal comportamiento, con propósito firme de castigarle ejemplarmente.

Al dia siguiente preparado todo ya para el asalto, volvieron nuevos comisionados al príncipe de Parma. A pesar de lo ocurrido el dia anterior, todavía se manifestó este propenso á entrar en convenios para salvar á la ciudad de su ruina inevitable. Mas al saber las tropas sitiadoras que se trataba de un arreglo sin esperar órdenes, sin hacer caso de las amonestaciones del general en jefe se

arrojaron al asalto, penetraron por las brechas y se derramaron por la ciudad, sin que pudiese detenerlos nadie. Fué inmenso el despojo; pero por sobra de codicia ó exceso de ferocidad, quedó la mayor parte de él inutilizado por el fuego que se apoderó de la ciudad y convirtió en ruinas por lo menos sus tres cuartas partes. Fué increible la matanza y superiores á toda descripcion los desórdenes y horrores que se cometieron. Pereció toda la guarnicion fuera de trescientos hombres que se habian refugiado en un templo inmediato. Igual suerte cupo á dos mil habitantes indefensos. Fué degollado en la cama el gobernador y entregada su mujer al príncipe Alejandro. Mas el de Parma le volvió la libertad, haciéndola salir inmediatamente de la plaza con una buena escolta y órden de que se tratase con todo respeto su persona.

Victorioso Alejandro de Nuiss, quiso solemnizar este acontecimiento con una insigne ceremonia que no habia podido tener lugar en Flandes, con motivo de la precipitacion de su salida. En premio de sus servicios á la fé católica, le habia enviado el pontífice un magnífico sombrero y una riquísima espada, benditas ambas cosas de su mano. Lo mismo habia hecho el papa Pio V con el duque de Alba despues de la batalla de Genmingen. Tuvo lugar la ceremonia de esta entrega en el mismo punto donde habia situado su cuartel el príncipe de Parma, pues no quiso que se celebrase en Colonia como lo deseaba el arzobispo. Formaron las tropas con sus banderas y estandartes. Entre salvas de arcabucería y artillería celebró la misa vestido de pontifical el obispo de Vercelis, acompañando en este acto al príncipe los principales jefes del ejército. Recibió Alejandro la comunion de manos del obispo, y en seguida acercándose el abad de San Guidan, portador del presente, le entregó con toda solemnidad al príncipe, haciéndole una arenga en nombre del pontífice.

Falleció por aquellos dias Octavio, duque de Parma, padre de Alejandro, con lo cual heredó este su título y Estados.

No quedada en todo el electorado de Colonia mas plaza á disposicion de la parcialidad del antiguo prelado, que la de Rimberg, á donde se trasladó inmediatamente el nuevo duque. Sin perder momento emprendió su sitio, pero cuando mas empeñado estaba en las operaciones, recibió de los Paises-Bajos noticias que le pusieron en la precision de suspenderlas.

Mientras el sitio de Nuiss, no habia estado ocioso en sus cuarteles de Utrech el conde de Leicester. Se hallaba en graves compro-

misos por su propia reputacion, por el honor y dignidad de la reina á quien servia, de dar muestras públicas de que no en vano habian venido á Flandes las tropas auxiliares de Inglaterra. Ascendian sus fuerzas á ocho mil infantes y tres mil caballos, componiéndose un gran número de las tropas de irlandeses y escoceses, gente feroz acostumbrada á las inclemencias de la atmósfera, familiarizada con todo género de peligros y penalidades. No faltaban en su campo jefes entendidos, de experiencia, algunos de los cuales como Norrís y Morgan, habian hecha la guerra en los Paises Bajos. Tambien se hallaba en su campo en calidad de aventurero don Antonio de Portugal, tan frecuentemente mencionado en nuestras páginas.

Comenzó sus operaciones el conde de Leicester enviando un cuerpo de tres mil hombres á las órdenes de Mauricio príncipe de Orange, que comenzó entonces su carrera militar, en que alcanzó una fama y nombradía igual por lo menos á la de su padre. Acompañaba á este príncipe el inglés Sir Felipe Sidney, uno de los hombres de su tiempo mas distinguidos por sus gracias personales, su instruccion, la generosidad de su carácter y por cuantas cualidades constituian entonces un cumplido y perfecto caballero. Tambien era este su primer paso en la carrera de las armas, para él muy corta, como ya veremos.

Se dirigia este destacamento á la plaza de Axel en el pais de Waes en Flandes, de la que se apoderó por sorpresa, entrada ya la noche. La misma tentativa hizo en la plaza de Alost; mas fueron repelidos los ingleses con alguna pérdida, y viendo frustrada su empresa se volvieron al campo de Leicester.

Deliberó este en su consejo sobre si tomaria la direccion de Nuiss para levantar el sitio que habia puesto á la plaza el príncipe de Parma; mas sabedor de lo pronto que habia quedado en su poder, pasó á poner sitio á la plaza de Zutphen en la provincia de Güeldres, situada sobre el Issel entre el Rin y el Mosa. Su gobernador Juan Tassis se hallaba ausente á la sazon, entendiendo en un servicio de importancia que le habia encomendado el general en jefe.

Con estas noticias deliberó Alejandro sobre si convendria mas continuar el sitio de Rimberg, ó levantarle para marchar en auxilio de la plaza amenazada por Leicester. Expusieron muchos los graves males que iban á seguirse para el electorado de Colonia, dejando á Rimberg en manos de los enemigos tan encarnizados del nuevo arzobispo; pero otros sostuvieron y con mas razon que era

todavía mas importante el no dejar caer en las de los ingleses una plaza tan importante como la de Zutphen. Adoptó el duque de Parma un medio expediente entre la continuacion del sitio y su total levantamiento. En frente de Rimberg, situada sobre el Rin, se halla una especie de isleta desde donde se podian cortar sus comunicaciones con el rio. Hizo el duque atacar este punto á viva fuerza, y sus defensores le evacuaron sin ninguna resistencia, refugiándose á la plaza. En dicha isleta estableció el general español mil hombres que con el auxilio del arte hicieron de ella un punto fuerte, con medios de hostilizar á Rimberg é interceptarle sus convoyes. Para completar el bloqueo hizo Alejandro levantar otros dos fuertes del otro lado de Rimberg, y cuyas guarniciones podian darse la mano con la de la isla.

Establecida asi esta cadena de interceptacion, levantó su campo y tomó la direccion de Zutphen, cuyo sitio no se hallaba entonces bastante adelantado á pesar que los ingleses se habian hecho dueños de Doesburgo, otra plaza pequeña á sus inmediaciones, situada asimismo sobre el Issel. Envió delante á Tassis y Verdugo con órden de entrar en Zutphen y tomar el mando de la plaza como su gobernador, y el segundo de situarse en Burcheló, punto importante de sus inmediaciones, donde debia fortificarse mientras llegase el cuerpo del ejército. Para dar mayor impulso á las operaciones y asegurar la comunicacion con la plaza sitiada se adelantó el mismo Alejandro con quinientos hombres y un convoy considerable al frente del cual entró en Zutphen sin encontrar ningun obstáculo.

Penetrado de la importancia de esta plaza, se inclinó el duque á quedarse en ella de gobernador mientras durasen las operaciones del sitio. Mas le hicieron ver sus principales capitanes lo indecoroso que seria para su persona, y el cargo de que estaba revestido, quedar encerrado en una plaza por tropas extranjeras; y que toda la importancia de la plaza de Zutphen, era nada en comparacion con los perjuicios de estar privado de su inmediata comunicacion, todo el pais que se hallaba bajo su mando. Se mostró dócil el duque de Parma, y salió inmediatamente de Zutphen á reunirse con sus tropas, dejando con el cargo de gobernador á Verdugo que merecia toda su confianza.

Lo que mas urgia era enviar un nuevo convoy de víveres á Zutphen, pues los introducidos por el mismo Alejandro, no podian satisfacer las necesidades de la plaza. Se preparó, pues, un gran con-

voy y se dió al marqués del Vasto el cargo de escoltarlo con un cuerpo de tres mil hombres. Habiendo caido en manos del general inglés el aviso que se daba á Verdugo de la salida del convoy, envió Leicester un cuerpo considerable mandado por Roberto Devereux, quien con el título de conde de Essex, se hizo tan famoso en la historia y en la fábula.

Llegó el marqués del Vasto sin novedad con su convoy al pueblo de Varunsfeld, á legua y media de la plaza. Aquí mandó hacer alto para dar á sus tropas algun momento de descanso. Sin tener noticia alguna de los movimientos de los enemigos, se vió acometido de repente por el cuerpo inglés que habia permanecido en emboscada. Se trabó entre los dos una pelea muy reñida y muy sangrienta en que los españoles atentos á la conservacion de su convoy y á pelear al mismo tiempo, se vieron muy comprometidos desde que se dió principio á la refriega. Por las dos partes se combatió con obstinacion y gran valor, pues se median muy de cerca. Al fin pudieron desembarazarse los españoles de su convoy, que mientras hacian cara á los enemigos, hicieron mover con mucha rapidez hácia Zutphen, donde entró felizmente protegido por salidas que se hicieron de órden de Verdugo. Los ingleses viendo frustrado su proyecto se retiraron, y lo mismo hicieron los españoles volviéndose á su campo. Quedaron en la accion de una y otra parte muchos heridos y no pocos muertos. Se contó entre estos últimos á sir Felipe Sidney, de quien hemos ya hablado, herido mortalmente de un lanzazo. Sobre las particularidades de la muerte de este famoso personaje se refieren anécdotas, todas en realce de su fama y mérito. Aunque sin ningun cargo importante en el ejército, fue sentida mucho su muerte en el pais donde se celebraban tanto sus virtudes, su instruccion y su talento.

Con la introduccion en Zutphen del convoy y el refuerzo de guarnicion, estaba la plaza por un tiempo sin peligro de caer en manos de Leicester. Aprovechó este respiro el duque de Parma, para salir en busca de dos mil reitres alemanes, que aguardaban los ingleses. Llevó consigo para ello un cuerpo de mil y quinientos hombres de caballería; pues era su objeto, menos pelear con ellos que el atraérselos á su partido, y esto, no porque necesitase dicho refuerzo, sino por quitársele á sus enemigos.

El resultado satisfizo en parte sus deseos, pues los alemanes por sus persuasiones, se volvieron á sus casas, con la promesa de lla-

marlos cuando fuesen necesarios, y además una suma no poco considerable que les hizo entregar el general español por premio de su deferencia.

Mientras tanto se apoderó, el conde de Leicester, de una isleta llamada Velau, situada en el Issel en frente de Zutphen, guarnecida con un castillo, abandonada por su gobernador que hizo poca resistencia. A pesar de esta ventaja, no cometió mas actos de hostilidad el inglés contra la plaza, sea que los creyese infructuosos hallándose esta bien guarnecida y bien provista, sea que le impusiesen las tropas de Alejandro, situadas ventajosamente en las inmediaciones. Por otra parte, el invierno, que estaba ya encima, paralizó aquel sitio y puso fin á la campaña por entrambas partes. El conde de Leicester se retiró á la Haya, donde celebraban su asamblea los Estados, y el duque de Parma tomó el camino de Bruselas.

Sea que Alejandro estuviese cansado de la guerra, ó que desease verdaderamente trasladarse á Parma para tomar posesion de sus Estados, pidió al rey la licencia de dejar su mando y de marchar á su pais, alegando lo apurado de las circunstancias en que se hallaba su familia, privada tambien desde algunos años antes de su madre. Mas Felipe II, con tan fuertes motivos para no deshacerse de un hábil gobernador de Flandes, de tan entendido capitan, respondió al de Parma con una absoluta negativa. Le hizo ver lo imposible de su ausencia en aquella situacion, cuando tanto importaba que su valor y capacidad coronasen una obra con tanta gloria del príncipe empezada. Que en cuanto á los apuros domésticos de que se quejaba, tomaba por su cuenta acudir con remedios prontos y eficaces, que disipasen todos sus cuidados.

Si el rey de España se hallaba, ó mostraba hallarse, tan satisfecho de la conducta del duque de Parma, no sucedia lo mismo á los confederados con respecto al conde de Leicester. Desde el principio de su administracion, se mostró duro y altanero manifestando tener en poco los consejos, afectando una absoluta independencia de los Estados, como si no hubiese otro soberano en el pais que la reina de Inglaterra. Con nadie contaba para sus operaciones: conferia de su propia autoridad los principales cargos del pais, y de los caudales que se ponian á su disposicion hacia el uso que le parecia mas conveniente sin dar cuentas. Excitó esta conducta descontento sumo en los magnates y personas mas considerables, aun-

que por el respeto que les inspiraba la reina Isabel, no se atrevian á pronunciarse abiertamente contra su valido. Se le acusaba hasta de culpable negligencia y dañada intencion en su gobierno, de haber consagrado á otros usos el dinero con que se debian alistar los reitres alemanes, de no echar mano mas que de ingleses para cargos importantes; de confiar el gobierno de algunas plazas á hombres sospechosos que habian ya militado á las órdenes del rey de España. Por su parte, se mostraba quejoso el conde de Leicester de que los Estados no demostraban deferencia á su suprema autoridad ni agradecimiento á los favores de su reina; de que mientras tantos sacrificios hacia esta por librarlos del yugo de sus opresores, andaban ellos en ocultos tratos solicitando volver á la gracia de su antiguo dueño. Y no carecia para esto de razones el general inglés, pues en medio de los conflictos de una guerra tan porfiada, jamás habian faltado, aunque sin buena fé por una parte y otra, negociaciones de pacificacion tan pronto rotas como principiadas.

Sabedora Isabel de estas disensiones, llamó al conde á Inglaterra para enterarse mejor de sus motivos. Anunció Leicester su partida á los Estados, y aunque mostró intenciones de que le sustituyese otro de su misma nacion en el cargo de supremo gobernante, se resistieron á ello abiertamente. Se presentaban naturalmente como candidatos para esta dignidad, entre otros, el conde de Holak y el príncipe Mauricio. Mas los Estados, restableciendo el uso antiguo de quedar el Senado de gobernador por ausencia ó muerte del propietario, le invistieron de este poder, determinando que usase en sus órdenes y determinaciones superiores el nombre y el sello del conde de Leicester.

Así terminó sin mas novedades el año 1586, permaneciendo en Bruselas el duque, preparándose para la próxima campaña. Se abrió esta para él bajo auspicios muy felices. Se apoderó sin resistencia de las plazas de Woue y de Deventer muy cercanas á la de Zutphen. Tambien cayó en sus manos el castillo de Velan sobre la isleta de este nombre que servia como de obra exterior á dicha plaza y de que se habia apoderado el general inglés, cuando trataba de sitiarla.

La circunstancia de ser gobernador de Deventer un general inglés llamado Stanley, y de mandar el castillo de Velan otro inglés con el nombre de Rolando York, confirmó las sospechas y renovó las acusaciones que se hacian á Leicester de confiar las plazas á

personas desleales. Los dos gobernadores habian servido antes á las órdenes de España; los dos alegaban como escusa de su debilidad ó su traicion el deber de entregar las plazas á su antiguo dueño. El primero, que era católico, fué remunerado por Felipe II por este gran servicio, mas no tocó al segundo ninguna recompensa sin duda por no ser objeto de tanta confianza para el rey de España.

Escribieron los Estados diversas cartas á la reina de Inglaterra, quejándose de nuevo de su lugar-teniente. Conservándose este en el favor de Isabel, no le fué difícil deshacer los cargos acriminando á sus acusadores. Sin embargo, la reina siempre cautelosa ó tal vez para acreditarse de imparcial y justa, envió á los Paises-Bajos á Tomás Sackville, lord Burckhuss, para tomar informaciones y oir á los quejosos. No tardó este mucho tiempo en penetrarse del justo motivo de las acusaciones y de los pocos servicios que habia hecho el conde Leicester á los intereses y buen nombre de la reina. Así se lo comunicó con franqueza y lealtad, mas no se hallaba dispuesta esta princesa á castigar á quien estaba con ella tan en gracia. Trabajó sí por calmar las animosidades y restituir la concordia entre su general y los Estados; tan penetrada estaba de la necesidad de continuar sus auxilios á los Paises-Bajos. No le fué difícil allanar este terreno é inspirar en los Estados el deseo de la vuelta de su favorito, por la necesidad en que se hallaban de socorros extranjeros. Se decidió, pues, la vuelta del conde de Leicester á los Paises-Bajos, é inmediatamente se hizo á la vela con refuerzo de buques, de gente y de dinero.

Mientras tanto proseguia el duque el curso de sus operaciones. Dueño ya de todas las plazas fuertes del Brabante solo le restaba en la provincia de Flandes la expugnacion de las de Ostende y de la Esclusa. Decidido á comenzar por esta última, hizo un amago sobre la de Berg-op-zoon para llamar la atencion del príncipe de Orange. Pero mientras volaba en su socorro torció el duque la direccion y marchó apresuradamente camino hácia la Esclusa en cuya inmediacion sentó sus reales.

Es la Esclusa una plaza que merece el nombre de marítima, pues la une con el mar un ancho canal, por donde llegan á sus muros todo género de embarcaciones. Se subdivide este canal desde la plaza hácia la parte de Oriente en otros varios que se comunican entre sí por medio de ramales, dejando á la ciudad inaccesible por aquel paraje. El único terreno por donde puede un sitiador aproximarse

se halla en la direccion de Brujas, y aun es sumamente estrecho y tan blando y fangoso, que es muy difícil formar en él trincheras, ni otras obras sólidas de sitio. Entre la ciudad y el mar se halla la isleta de Cadsan, que sirve á la plaza de obra exterior por aquella parte. A la derecha y á muy poca distancia se halla el puerto de Flesinga, capital de la isla de Valkren de donde podia recibir socorros por agua, mientras le llegaban por tierra de la plaza de Ostende, que se halla á la izquierda. Para asegurar las comunicaciones entre Ostende y la Esclusa, habian construido los confederados el castillo de Blackemberg, donde habian puesto guarnicion que podia dar auxilios á cualquiera de las dos plazas en caso de verse amenazadas.

Convencido el duque de lo indispensable que era para la toma de la Esclusa, el privarla de sus comunicaciones con el mar, adoptó el mismo sistema que habia seguido en la expugnacion de Amberes. Se apoderó con este objeto de la isleta de Cadsan, fortificándola de nuevo para hacer frente á los buques que viniesen de Flesinga. Hizo inútiles cuantas tentativas empeñaron estos para introducir socorros en la Esclusa; y para interceptar completamente la comunicacion, echó sobre el canal dos puentes partiendo de la isleta, en todo parecidos al que habia construido en el Escalda. Con esto, y con haberse apoderado del castillo fuerte de Blackemberg, cortó enteramente las comunicaciones de la Esclusa, dejándola reducida á sus recursos propios.

Se componia la guarnicion de mil seiscientos hombres mandados por el coronel Groembert, jefe valiente y de experiencia. Con tan pocas fuerzas á su disposicion, no le fué posible impedir las operaciones preliminares de Alejandro, y como ni el príncipe Mauricio ni los demás generales de su parcialidad tuvieron noticia del proyecto del duque de sitiar la Esclusa, terminó sus operaciones sin que ninguno por parte de tierra le inquietase.

Apoderado de Cadsan, abrió este sus trincheras por el lado accesible de la plaza. Y aunque avanzaban poco los trabajos se procedió á la expugnacion de un fuerte exterior que el gobernador habia mandado construir de la otra parte de los fosos. Hizo el fuerte alguna resistencia, de modo que entretuvo por algunos dias á los sitiadores. Mas temeroso el gobernador de que con su expugnacion á viva fuerza perderia la gente que le guarnecia, y creyendo que no era indispensable para la ulterior defensa de la plaza, dispuso que la

evacuase en el silencio y tinieblas de la noche. Dueños los españoles de este punto fuerte, se sirvieron de él para dirigir sus tiros al cuerpo de la plaza.

Mientras tanto desembarcaba en Flesinga el conde de Leicester con los refuerzos que habia traido de Inglaterra. Ascendia á siete mil el número de sus soldados bien provistos de todas las cosas necesarias. Fué su primer designio socorrer la Esclusa por mar, mas no pudieron los navíos forzar los dos pasos que se hallan entre la isla de Cadsan y las orillas del canal, por el que comunica con el mar la plaza. Repelido por todas partes el general inglés, se dirigió á Ostende para dar la mano por parte de tierra á los sitiados. Mas no se atrevió á expugnar el fuerte de Blackemberg, por donde tenia que pasar, estando situado entre las dos plazas como ya hemos dicho.

Así se vió la Esclusa destituida de socorros, á pesar de hallarse tan cercanas las tropas auxiliares. Comenzaba á estar en apuros la guarnicion, y las municiones iban escaseando lo mismo que los víveres. Avisó secretamente el gobernador al conde de Leicester la situacion en que se hallaba, manifestándole que á no recibir socorros prontos, se veria en la necesidad de entrar en convenios con los sitiadores. Fué esta carta interceptada y cayó en manos de Alejandro, que continuaba estrechando la plaza para llegar pronto al momento del asalto. No aguardaron este lance serio los sitiados. Acogió el duque con benignidad á los comisionados que le envió el gobernador con proposiciones de entregar la plaza, solicitando por sola condicion el que se permitiese salir con todos los honores de guerra á las tropas que mandaba. Así se verificó en efecto, y el duque de Parma añadió la Esclusa al número de sus conquistas.

Mientras tanto habia hecho Mauricio una incursion en el Brabante, dirigiéndose á las plazas de Bois-le-Duc y Engen. Cuando trataba seriamente en poner sitio á la primera, tuvo que acudir á Flesinga para recibir al duque de Leicester. No adquirió este, como se vé, mas gloria sobre la plaza de la Esclusa que sobre la de Zutphen. Con este motivo se renovaron los descontentos, las acriminaciones de una y otra parte. Iban demasiado mal los negocios para qué los Estados no se condujesen y expresasen con aquella acrimonía que sigue siempre á todo descalabro. Les habia hecho ver demasiado la experiencia, que ningun paso habian dado en el sentido de su emancipacion con la venida de aquellos extranjeros, y que el

conde de Leicester no habia probado de mejor condicion que el duque de Anjou y el archiduque austriaco. Con esto se encendió mas la discordia, y hubo divisiones entre los mismos naturales del pais, inclinándose los mas á la causa de los Estados, mas sin carecer de parcialidad y de valedores el conde de Leicester. No faltaban fraguadores de tramas subversivas en favor del general inglés, y hubiese caido en sus manos la plaza de Leyden á no descubrirse la traicion por medio de la que se pensaba renovar en ella lo acaecido pocos años antes en Amberes cuando habia tratado el duque de Anjou de apoderarse de ella á viva fuerza. No fué esta la ciudad de los Paises-Bajos la sola donde se hicieron semejantes tentativas, pues al duque de Leicester no le faltaban poderosos partidarios, aunque la generalidad, y sobre todo los magnates del pais, se le mostraban tan contrarios. Se hallaban á la cabeza de estos el príncipe de Orange, los demás individuos de la familia de Nassau, y los generales flamencos que mas fama habian adquirido en aquellas contiendas tan reñidas. Fáciles son de concebir las animosidades, las desconfianzas que en tales casos se introducen entre las gentes del pais y auxiliares extranjeros, sobre todo cuando estos abusan de los favores que dispensan, y el jefe que se halla á la cabeza no sabe mitigar á favor de servicios eminentes el disgusto que causan sus maneras arrogantes y las pretensiones de dar enteramente la ley donde solo viene á dar auxilios. No era, pues, culpa de los Estados el que tuviesen que poner la persona del conde de Leicester casi al nivel de la del duque de Anjou y de su antecesor el archiduque austriaco. Ni tino, ni habilidad, ni genio militar, ni don de mando habia sabido desplegar el general inglés, á quien no asistian mas títulos ni derechos que el favor de una reina á quien ofuscaba la pasion, para no conocer el poco mérito de su cortesano. Sin embargo, recibió sin notable disgusto las quejas que por todas partes la llegaban, tanto de las autoridades del pais, como de las personas que ejercian mas influencia. Atormentada por otra parte con las acusaciones que el mismo conde hacia de sus enemigos, tuvo por conveniente llamarle por segunda vez á Inglaterra. Partió, pues, Leicester de los Paises-Bajos, y se restituyó con poca gloria á su pais, donde tardó pocos años en llegar el instante de su fallecimiento. No acompañaron al general inglés todas sus tropas, siendo de notar que Isabel, á pesar de esta especie de ruptura, conservó todas las apariencias de amis-

tad hácia los Paises-Bajos, y no dejó despues de socorrerlos con tropas y dinero.

Con la salida del conde de Leicester de Flandes calmaron mucho las agitaciones que turbaban el pais, y el príncipe Mauricio recobró del todo el ascendiente que verdaderamente merecia por su habilidad, tanto en campaña como en los asuntos de administracion y de política. Fué en todo digno sucesor de su padre, y supo obrar de modo que se echaba poco de menos al hombre distinguido que se podia considerar como el principal autor de la independencia de su patria. Florecian las provincias del Norte sujetas á su principal administracion, por su industria, por el desarrollo de la navegacion, que hicieron muy pronto de este pais una de las principales potencias marítimas de Europa. Era general en él este espíritu de libertad, resorte de tantas cosas grandes, y la resolucion de no volver nunca á sufrir el yugo de un príncipe extranjero. En las del Mediodia, sujetas con pocas excepciones á la obediencia de este rey, fermentaba todavía el descontento. La lucha de las dos religiones producia efectos mas visibles; y como por otra parte habian sido por mas tiempo teatro de una guerra activa, sufrian todas las calamidades que son inevitable resultado de estos choques tan violentos.

Fueron muy pocas las operaciones militares durante todo el curso de 1587. Mientras el duque de Parma se hallaba sobre la plaza de la Esclusa, se entregó la de Güeldres á los españoles sin ninguna resistencia. Los confederados sitiaron y tomaron despues de una larga defensa y una batalla en sus inmediaciones la plaza de Engel; mas no fueron igualmente dichosos con la de Bois-le-Duc, que se resistió, obligándolos á levantar el sitio.

Uno de los grandes inconvenientes que ofreció esta larga contienda en los Paises-Bajos, fué que ninguno de los dos partidos tuvo fuerzas suficientes para dominar completamente un pais que, á pesar de su corta superficie, se halla atravesado por tantos rios, cortado con tantos canales y erizado con tantas fortalezas. Fueron cortas las del duque de Alba, y del mismo defecto adolecieron las de Requesens y don Juan de Austria. Mas numerosas eran las que mandaba el duque de Parma, pero nunca le bastaron para tantas atenciones. Engrosado con tantas conquistas y en posesion de una fama tan esclarecida, se hallaba ahora con todos los medios suficientes de aumentar considerablemente sus filas con los infinitos que buscaban su fortuna en las batallas, y tenian á honor el servir bajo un cau-

dillo de tanta nombradía. A este objeto, pues, se consagraban todos los cuidados de Alejandro durante su residencia en Bruselas, adonde se trasladó despues de la toma de la Esclusa. Pero su ejército, que tanto se aumentaba, no tenia entonces por objeto la sujecion total de los Paises-Bajos. Otra mas importante empresa tenia fijos sobre sí los ojos de la Europa. Habia llegado el tiempo de pronunciarse en llama abierta el fuego oculto del odio que Isabel y Felipe II se profesaban mútuamente. Ya la reina de Inglaterra se habia declarado enemiga del de España enviando tropas auxiliares á los Paises-Bajos. Ya habia cometido actos de abierta hostilidad protegiendo á don Antonio de Portugal, enviándole á las islas Terceras provisto de buques, de tropas y dinero. Otras manifestaciones de la misma clase hacian aventureros marítimos, que bajo sus auspicios y con su bandera, infestaban nuestras posesiones del nuevo mundo. Declaró, pues, la guerra en toda forma Felipe II á la reina Isabel, y las palabras iban á ser acompañadas de los hechos. Mas antes de ocuparnos de ellos, necesitamos hacer otra excursion por Francia é Inglaterra, donde veremos nuevas causas de una contienda, en que para Felipe II se trataba nada menos que de la ruina de su antagonista.

CAPITULO LXI.

Asuntos de Francia.—Siguen los procedimientos de la Santa liga.—Encono contra los calvinistas.—Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.—Todas infructuosas.—Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.—Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.—Tratado de Nemours.—Ruptura del tratado de pacificacion.—Se pone el rey al frente del partido católico.—Excomulga Sixto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.—Protesta en contra del primero.—Guerra.—Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.—Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.—Nuevas intrigas.—Nuevos odios contra el rey.—Entrada del duque de Guisa en Paris.—Jornada de las barricadas.—Se retira el rey de Paris y se dirige á Chartres (1). (1580—1588.)

El último tratado de pacificacion entre el partido católico y calvinista ajustado en Francia, segun hemos hecho ver en el capítulo X, no podia menos de adolecer de la instabilidad que distinguia á los otros de la misma clase. Si era imposible la continuacion por mucho tiempo de la guerra por falta de recursos de una y otra parte, era igualmente imposible una paz sincera, y por lo mismo sólida entre partidos que mútuamente se excluian. En Francia se hallaban frente á frente los dos campos religiosos y políticos en que entonces estaba la Europa dividida. En otros paises habia una unidad de religion ora católica, ora protestante: en otros se hallaba una de ellas en grande minoría y sometida por lo mismo á la rival que dominaba. Solo en Francia luchaban abiertamente como dos

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo L.

contrarios que se creen con bastantes fuerzas para obtener un triunfo decisivo. Teniendo en consideracion el carácter intolerante de la época, se puede imaginar que existia en Francia una agitacion, una guerra civil en permanencia, pues no podian vivir en paz dos religiones que difiriendo tanto en principios daban por resultados en política dos sistemas asimismo opuestos. La religion en efecto que escribia en su bandera el libre exámen en materias de creencia, debia de tener tendencias muy diversas de la que profesaban por principio inconcuso la ciega sumision á la autoridad y decisiones de la Iglesia. Bajo este punto de vista se deben considerar estas famosas contiendas que tanto distinguieron el siglo XVI, que se propagaron hasta el XVII, y aunque muy débilmente hasta el XVIII. Así la Inglaterra, la Escocia, los insurgentes de los Paises-Bajos, y los príncipes luteranos del Imperio por una parte, y del otro lado el emperador, los príncipes de Italia, el rey de España y el papa sobre todo, contemplaban con intenso interés esta lucha de sus principios y opiniones respectivas con tanto calor empeñada en el suelo de la Francia. Por esto los adalides de las dos facciones tenian sus aliados naturales en los paises extranjeros y de ellos aguardaban y recibian efectivamente auxilios mas ó menos poderosos.

En cuanto al rey de España, cuyo reinado describimos, ya se sabe cuál de los dos partidos que despedazaban á la Francia era objeto de sus simpatías. Hemos visto con cuánto descontento suyo se ajustó el tratado de Poitiers, y las resoluciones que manifestó se veria obligado á tomar despues de este suceso. Además de lo incapaz que le parecia Enrique III para asegurar de una vez el triunfo del catolicismo en Francia, estaba resentido de este rey por el apoyo al menos indirecto que daba á los alzados de los Paises-Bajos. La expedicion del duque de Anjou en que no pudo menos de tener participacion el rey de Francia, dió nuevo pábulo al disgusto y resentimiento de Felipe, y si no estalló entonces una abierta hostilidad, fué porque se hallaba con medios de hacérsela mayor sin mostrarse abiertamente su enemigo. Debian de ser y lo eran en efecto todas las simpatías del rey, por la santa liga católica formada en Francia sin la participacion del rey Enrique, y cuyos vínculos se iban haciendo cada dia mas estrechos. En todas las ciudades tenia ramificacion y contaba con las personas mas ricas é influyentes. En las municipalidades se hallaba su asiento principal, y con las manifestaciones mas públicas apoyadas en ceremonias y pompa religiosas,

se hacian hasta un deber de proclamar abiertamente su existencia. A la cabeza de esta vasta asociacion continuaban los príncipes de la casa de Lorena constantes campeones del catolicismo, descollando entre ellos Enrique, duque de Guisa, jefe á la sazon de la familia. Con los príncipes de Lorena se hallaban muchos grandes personajes del pais, aspirando todos á obrar con independencia de un monarca no solo poco estimado sino hasta blanco de desprecio. ¿Cuántos motivos no debia de tener pues el rey de España para animar, para auxiliar con su consejo, con su proteccion y hasta con medios pecuniarios esta santa liga tan celosa, tan entusiasmada en defensa de la religion católica, tan inconciliable enemiga de los hugonotes á quienes tenia jurada su completa ruina? Toda su correspondencia de aquel tiempo, da claros testimonios de la parte activa que desde el fondo del Escorial tomaba Felipe II en las turbulencias de la Francia. Era el duque de Guisa el principal objeto de su simpatía, en quien tenia puestas sus grandes esperanzas, á quien escribia frecuentemente dándole consejos, animándole á seguir adelante con su empresa, ofreciéndole para ello toda especie de recursos. Con el pseudónimo de Mucio se comunicaba el de Guisa con Felipe, y tales eran las esperanzas de la poderosa proteccion del rey que casi se consideraba á este como el jefe supremo de la liga. Así mandaba de hecho, aunque no de un modo ostensible, el rey de España en la porcion mas numerosa, mas influyente, mas poderosa de la Francia.

Tenia esta vasta asociacion un fin político de grande trascendencia, y que no apoyaba menos Felipe II que los otros puramente religiosos. Se hallaba sin hijos, y con la reputacion de no poder tenerlos Enrique III, último vástago de la rama de Valois, habiendo muerto tambien sin sucesion el duque de Anjou, último de sus hermanos. Extinguida esta familia quedaba la mas próxima al trono la casa de Borbon descendiente de un hijo segundo de San Luis, casado con la señora de Borbon que dió su nombre á la familia. Era su representante el jóven Enrique de Navarra, y considerado por lo mismo como el heredero legítimo y forzoso. Mas ¿qué perspectiva se ofrecia, á la Francia católica, cuando llegase á tomar posesion de la corona un rey hereje? La exclusion, pues, de Enrique de Navarra de la sucesion, debió de ser uno de los grandes objetos de la santa liga. Así lo fué en efecto. Para suceder á Enrique III designó al mismo duque de Guisa, á favor de cuya idea se forjó un árbol

genealógico por el que aparecian los príncipes de la casa de Lorena descendientes del mismo Carlo-Magno. Aunque era falso, no reparaba el espíritu de partido en este inconveniente, ni importaba mucho á los intereses de la liga que fuese el de Guisa heredero por la ley, con tal que de otro modo resultase serlo de hecho. Apoyó Felipe II esta intriga que aunque secreta, no dejaba de ser en cierto modo pública. Se llegó á firmar un tratado secreto en Joinville entre Felipe II y los indivíduos de la casa de Guisa, cuyas disposiciones principales eran : primera, la exclusion absoluta del trono no solo contra el rey de Navarra, sino contra todo príncipe de sangre real de Francia que no fuese católico : segunda, el reconocimiento del cardenal de Borbon, por heredero de la corona en caso de fallecimiento de Enrique III sin hijos varones legítimos : tercera, la prohibicion en Francia del ejercicio de toda religion que no fuese la católica romana : cuarta, la admision en Francia del Concilio de Trento : quinta, la restitucion á España de Cambray, sola plaza que poseia la Francia por la empresa del duque de Anjou en los Paises-Bajos. Bajo estas condiciones se comprometia Felipe II á pagar á la liga cincuenta mil escudos de oro al mes para hacer la guerra al partido calvinista. Por este tratado no solo quedaba excluido de la sucesion Enrique de Navarra, sino tambien su primo, el príncipe de Condé, asimismo protestante. Los dos eran jefes de las dos ramas de la casa de Borbon entonces existentes. El cardenal de Borbon nombrado en el tratado era tio paterno de Enrique de Navarra, hermano de su padre Antonio. Y á su fallecimiento por precision tenia que pasar el trono, segun los términos del tratado, á otra familia. De la de Guisa no se hacia mencion, mas era entre todos un tácito convenio. Tampoco convenia á Felipe II mostrarse explícito ni obligarse á nada por razones que despues veremos.

Para la completa sancion del tratado, no faltaba mas que la aprobacion del Papa que todavía lo era Gregorio XIII, aunque sobrevivió muy poco á este convenio. Se prestó propicio el Pontífice á los deseos de la liga, manifestados por sus órganos principales, entre los que figuraba en primer término el rey de España, y autorizó una estipulacion que redundaba en tanta utilidad para la religion católica.

La anunciacion sola de un hecho semejante en Francia sin participacion ninguna de su rey, muestra bien á las claras á qué punto de desestimacion habia llegado su persona. Sin voluntad propia,

pues se hallaba siempre bajo la influencia de su madre, sin energía ninguna en medio de este conflicto de partidos, no era en realidad mas que una sombra y fantasma de monarca. Con tantas manifestaciones públicas de catolicismo, con tantos actos de devocion á que á vista de todos se entregaba, no era menos objeto de desprecio y hasta de odio, para los católicos ardientes. En todas partes llovian censuras y acriminaciones sobre su conducta. Se llegaba hasta á predicar en los púlpitos contra sus vicios, sus disoluciones y su hipocresía. Reproducia la prensa en mil sentidos esta invectiva, y hasta no faltaban caricaturas que manifestaban á las claras el desprecio con que lo miraban los liguistas.

Unirse con los calvinistas era para él sumamente peligroso, pues daria orígen á abiertas sediciones. Permanecer neutral entre los dos partidos contendientes, le exponia á quedarse aun sin la sombra de autoridad que le restaba. En tanta perplejidad no le quedaba mas partido que echarse en brazos de la liga, que ir hácia quien no le buscaba ni llamaba, que declararse jefe nominal de los que tenian ya sus caudillos designados. A esta resolucion se atuvo pues, como hacia algunos años antes, pasando por la humillacion de firmar actas y disposiciones cuyo objeto final era nada menos que de destronarle.

Su madre, Catalina de Médicis. princesa hábil y astuta que durante tantos años se habia engolfado en un mar de intrigas, á fin de neutralizar uno con otro los dos partidos rivales; que habia sabido quedar siempre con la influencia principal en el gobierno, ya inclinándose á estos, ya á los otros, comenzaba á sentirse inferior á tantos rivales poderosos y sin fuerzas para salir airosa en los nuevos conflictos que se preparaban. Instigadora principal en esta resolucion que tomó el rey de declararse por la liga, conoció muy pronto que era en ella de tan poca importancia su persona como la del mismo Enrique. Consistian todas sus esperanzas en el partido medio, cuyos esfuerzos se dirigian todos á embotar las armas que por entrambas partes se afilaban. No querian los hombres del justo medio de entonces ni la influencia del rey de España, ni la preponderancia de los Guisas, ni la exaltacion del partido extremo católico, ni mucho menos el triunfo completo de los calvinistas. Neutralizar todos estos elementos á la vez no era muy fácil. Así no fueron felices en sus negociaciones.

Uno de los objetos á que aspiraban los hombres del partido me-

dio á quienes daban el nombre de *políticos*, era la conversion de Enrique de Navarra, creyendo que con esto se desarmarian los que en su cualidad de herejes se apoyaban para privarle de la sucesion á la corona. Era sin duda este paso deseable, y tal vez hubiesen neutralizado los esfuerzos de los directores de la liga. Mas se hallaba demasiado comprometido el de Navarra con los jefes y demás personas influyentes de su parcialidad para hacer una abjuracion que le hubiese deshonrado en su concepto, tal vez sin adelantar nada con los de la contraria. Hacia tan poco tiempo que habia vuelto de nuevo al seno del calvinismo, que seria hasta una mengua suya semejante inconsecuencia. Y aunque á la verdad no era este príncipe demasiado adicto y apegado á creencias religiosas como lo hizo ver algunos años despues de estos sucesos, entonces se mantuvo tan fiel á su partido y prefirió sus peligros y sus glorias á la fortuna que tal vez le aguardaba, adoptando las creencias de sus antagonistas.

Así quedaron frustrados los designios de la reina madre y demás personas que querian evitar á toda costa la guerra que á Francia amenazaba. Los instigadores de esta contienda, los jefes ardientes de la liga deseosos de cerrar todo camino á las negociaciones, sugerian medidas que llevasen las cosas al punto de ser inevitable una ruptura. Titubeaba siempre el rey, á pesar de haberse declarado jefe de la liga, mas los principales directores de la asociacion, sin tener en cuenta su repugnancia, ó tal vez deseando que sirviese de pretexto para dar pasos aun mas atrevidos, se mostraban cada vez mas exigentes y trataban de sujetar á Enrique con nuevas condiciones. A mediados de 1585 celebraron conferencias en Nemours y vinieron á un tratado definitivo cuyas condiciones fueron: que se expidiese un decreto perpetuo é irrevocable, para prohibir todo ejercicio del culto calvinista, declarando que no hubiese en adelante otra religion que la católica, apostólica y romana; que se obligase á dejar el reino á todos los súbditos que no quisiesen vivir en dicha religion; que se declarasen todos los herejes incapaces de todo cargo público, oficio y dignidades; que se devolviesen quedando en libertad las ciudades que para su seguridad se habian dado al partido calvinista; que aprobase el rey todos los alistamientos y demás actos de hostilidad por parte de los príncipes, oficiales de la corona, prelados, señores, ciudades y comunidades que habian tenido por objeto la conservacion de la religion católica, apostólica, romana; que se conservase en sus destinos, en sus cargos y mandos á los

gobernadores generales que hubiesen seguido el partido de estos príncipes; que se entregasen al cardenal de Borbon y á los jefes de la familia de Guisa algunas plazas fuertes para su seguridad; que se diese licencia á los lansquenetes y reitres alemanes, y que se pusiesen en libertad los prisioneros sin rescate alguno. Se firmó este tratado en Nemours por la reina Catalina, por Carlos, cardenal de Borbon, por Luis, cardenal de Guisa, por Enrique de Lorena, duque de Guisa, por Carlos de Lorena, duque de Mayena. Por él pasaba de hecho el gobierno del Estado y la direccion de la fuerza pública á manos de los hombres de la liga.

Sometido de este modo el rey de Francia á todo el influjo de un partido inmenso organizado contra su misma voluntad, tuvo que sufrir sus consecuencias. El primer paso que se vió obligado á dar, fué un decreto contra los protestantes á tenor de lo convenido en el tratado, prohibiéndoles el ejercicio de su religion, mandando salir del reino al que no se conformase con el de la católica, y declarando libres las ciudades que para su seguridad se les habian señalado. Era una declaracion de guerra en toda forma. Partidos tan vastos y tan ramificados como el de los calvinistas en el reino, no se destruyen por medio de un decreto.

Resonaron en todos los ángulos del reino los acentos de una guerra que iba á ser mas larga y desastrosa que las otras. Preparados los de la liga á este conflicto, no anduvieron remisos en alistar hombres, en aprontar armas, en tomar disposiciones para llevar lo mejor de la lid, en suministrar subsidios pecuniarios. Las peticiones que con este motivo hizo el rey á las diversas corporaciones municipales no fueron desairadas. Acudió el clero igualmente con cuantiosos subsidios. No faltaron tampoco por parte de Felipe II, uno de los resortes principales de este movimiento. La corte tambien se preparó á la guerra y se rodeó de los principales personajes que, sin pertenecer á la liga, trataban de seguir en todo la fortuna del monarca.

A grandes apuros se veia reducido Enrique de Navarra, puesto á la cabeza de un partido valiente, decidido, entusiasmado, mas cuyas fuerzas no podian competir con las de su contrario. Hasta entonces se habia lisonjeado de que el rey de Francia colocado entre los calvinistas y los jefes fogosos de la liga, neutralizaria con todas sus fuerzas los proyectos de sus ardientes enemigos; mas cuando le vió á la cabeza de esta santa asociacion, y ciego, aunque involunta-

rio instrumento de todas sus antipatías, se creyó destituido de todos sus auxilios. En sus correligionarios de afuera, en Isabel de Inglaterra, en los insurgentes de los Paises-Bajos, en los príncipes luteranos del Imperio, en los predicantes de Ginebra, tenia cifradas sus principales esperanzas; mas los socorros que podian enviarle, se hallaba lejos todavía. Para complicar los embarazos vino á herirle la bula de excomunion que la liga habia llegado á conseguir del Papa. Acababa de morir Gregorio XIII, dejando la silla pontificia á Félix Pereti, cardenal de Montalto, que la ocupó con el nombre de Sixto V, tan famoso en aquella época, y que ocupa un lugar tan distinguido en todas las historias. Este pontífice que adquirió la fama de enérgico, de fogoso, de campeon intolerante de las prerogativas de la Iglesia, se mostró sin embargo algo remiso en adoptar la medida de la excomunion que por parte de la liga se le reclamaba. Tampoco se manifestó en un principio muy adicto á esta famosa asociacion que de tan católica blasonaba; pero despues de la accesion ó la aquiescencia explícita del rey, se declaró mas propenso y decidido á fomentar sus intereses, que eran en realidad los de la Iglesia.

Mientras tanto se dieron nuevos pasos para la conversion de Enrique de Navarra, único medio de disipar la tempestad que tenia ya encima. Le enviaron con este objeto una abadesa de sangre real llamada madama de Soissons; pero no fué mas dichosa esta señora que otros á quienes se habia confiado el mismo encargo. El rey de Navarra y el príncipe de Condé, en la entrevista que tuvieron con madama de Soissons, respondieron que no eran niños á quienes se amenazaba con azotes: que los únicos medios de que se habian valido en la corte de Carlos IX para hacerles abjurar el calvinismo, no habian sido mas que los de la compulsion y el terror, sin que entrase para nada la conviccion, la sola que se debia emplear en tales casos: que por lo mismo nada era mas natural de que puestos en libertad hubiesen vuelto al seno de la religion en que habian sido criados y educados, y que sostendrian con teson á la cabeza de todo su partido.

Entonces se lanzó por fin la fatal bula. En virtud de ella declaraba excomulgados el papa Sixto V á Enrique de Borbon, ex-rey de Navarra, y á Enrique de Borbon, ex-príncipe de Condé, que desde su niñez seguian las herejías de Calvino. Se manifestaba en la bula, que á pesar de los esfuerzos que se habian hecho para resti-

tuirlos á la fe católica, apostólica y romana, á pesar de haberse convertido à ella, habian abrazado de nuevo el calvinismo, conmoviendo y armando á los sediciosos herejes, de que eran jefes, guias y protectores en Francia, y grandes defensores de los extranjeros. Por lo mismo, queriendo Sixto V desenvainar contra ellos el cuchillo segun correspondia á su cargo, y al mismo tiempo muy sentido de que le fuese necesario usar esta arma contra una generacion bastarda y detestable de la ilustre familia de Borbon, pronunciaba y declaraba á los dos individuos ya dichos, herejes y relapsos en herejía, reos de lesa majestad divina, enemigos jurados de la fe católica, imponiéndoseles por sentencia y pena, segun los santos Cánones, el ser destituidos: Enrique de su supuesto reino de Navarra, asi como del principado de Bearne; y el otro Enrique de Condé, de todos los principados, castillos, ducados y señoríos; privados ambos de toda dignidad, honores, bienes, cargos, oficios, declarándolos incapaces é inhábiles de toda sucesion, y sobre todo al reino de Francia, contra el que habian cometido tan enormes crímenes; privándolos de esta corona no solo á ellos, sino á toda su posteridad, alzando el juramento de fidelidad á cuantos se le hubiesen prestado. Se mandaba además á todos los obispos y arzobispos, que hiciesen publicar la bula, que se fijaria en la puerta del Príncipe de los apóstoles.

En lugar de sentirse aterrado Enrique con aquestos rayos hizo hizo fijar en Roma, á la puerta del palacio pontifical, y sobre las puertas de las principales iglesias, la protesta siguiente, que no podemos menos de insertar por la curiosidad del documento: «Enrique por la gracia de Dios, rey de Navarra, príncipe soberano de »Bearne, primer par y príncipe de Francia, se opone á la declara»cion y excomunion de Sixto V, que se llama papa de Roma; la »declara falsa, y àpela de ella al tribunal de los pares de Francia, »de quienes tiene el honor de ser el primero; y en lo que toca al »crímen de herejía, del que se halla falsamente acusado por la de»claracion, dice y sostiene que Sixto, llamado papa, ha mentido »falsa y maliciosamente, y que él mismo es hereje, lo que probará »en pleno concilio libre y legítimamente reunido, al cual, si el di»cho Sixto no se somete, como está obligado á ello por los mismos »cánones, sostiene y declara que es hereje y ante-Cristo, y que en »esta cualidad le hará una guerra perpetua; protestando contra la »nulidad del acto de la excomunion, y que reclamará contra él y

»sus sucesores para la reparacion de la injuria que se le ha hecho »á él y á toda la casa de Francia, como lo requiere el hecho y la »necesidad presente. Que si en otras ocasiones los príncipes y los »reyes sus predecesores, han sabido castigar la temeridad de las »gentes como este llamado papa Sixto, cuando se han olvidado de »sus deberes y pasado de los límites de su vocacion, confundiendo »lo temporal con lo espiritual, el dicho del rey de Navarra, que no »es nada inferior á ellos, espera que Dios le haga la gracia de vengar la injuria hecha á su rey, á su casa y á su sangre, y á todos »los parlamentos de Francia sobre el que se llama papa y sus su»cesores, implorando con este motivo la ayuda y socorro de todos »los príncipes, reyes, ciudades verdaderamente cristianas á quien »concierna el hecho.»

No contento Enrique de Navarra con esta manifestacion, se dirigió á los Estados de Francia justificando su conducta, mientras sus principales partidarios hacian circular folletos en que se denunciaba la ambicion de los príncipes de la casa de Guisa y de cuantos atizaban la guerra ya declarada entre los católicos y los reformados. Mas la guerra ya era un hecho positivo. Pronunciado con tanta solemnidad el Vaticano á favor de los liguistas, estaban resueltos á sostener mas que nunca esta decision con las armas en la mano.

Los protestantes eran los menos; mas no por eso dejaron de acudir animosos á ponerse bajo la bandera del jóven Enrique de Navarra. Mientras tanto se presentaban los emisarios de este príncipe en la corte de Isabel y en la de los luteranos del Imperio. No permanecian ociosos por su parte los pretendientes de Ginebra, solicitando auxilios en obsequio de la santa causa. El famoso Teodoro Beza iba en mision por todas partes, poniendo en accion el inmenso ascendiente que ejercia en todos sus correligionarios. Por sus exhortaciones enviaron los príncipes del imperio comisionados á la corte de Francia, con objeto de hacer entrar al rey en sentimientos mas pacíficos, Mas como no era el rey Enrique III el autor de aquella guerra, no pudo dar respuesta satisfactoria á los embajadores. Entonces los príncipes echaron mano de un medio mas eficaz, poniendo en movimiento cuerpos numerosos de reitres alemanes, que se dirigieron á la frontera de Francia á darse la mano con las tropas de Enrique de Navarra.

Estaban ya los ejércitos de uno y otro bando en movimiento; á cada instante se aguardaban noticias de batallas. A favor del calvi-

nista estaba la experiencia de la guerra, y un valor nunca desmentido en los combates. Todos los señores de esta persuasion dejaron sus hogares, seguidos de todos sus dependientes y vasallos. Consistia su mayor fuerza en caballería, y los hombres iban cubiertos de hierro como los caballos. Reinaba en su campo aquel silencio religioso, aquella gravedad y hasta austeridad en sus obras y palabras, que era entonces el carácter dominante en cuantos se preciaban de seguir las nuevas doctrinas religiosas. El ejército realista, si se le puede dar este nombre, reducido como entonces estaba el rey á una especie de fantasma, era mucho mas numeroso, aunque heterogéneo. Por un lado se hallaba la gente alistada en las ciudades bajo la influencia y direccion de los jefes mas ardientes de la liga: del otro las tropas que pertenecian directamente á la corte, y en cuyas filas se hallaban un gran número de caballeros afiliados al partido medio, que no aprobaban aquella guerra, mas que no podian menos de obedecer las órdenes que, á pesar suyo, les daba su monarca.

Con las tropas del rey ó de la liga, se hicieron seis cuerpos de ejército. Se envió el uno, á las órdenes del duque de Joyeuse, contra Enrique de Navarra, que se hallaba entonces entre el Loire y el Garona. Partió al frente de otro, Enrique, duque de Guisa, á salir al encuentro de los reitres alemanes. Cubria con otro á Paris el duque de Mayena, por si dichos reitres eludian el encuentro del de Guisa, ó tal vez le derrotaban. Se cubrian con otros dos la Auvernia y el Delfinado, y con el último la Normandía para impedir que se juntasen con el de Navarra los auxilios que este esperaba de los aliados extranjeros.

Ocurrió el primer encuentro cerca del pueblo de Coutras en el Poitou entre el duque de Joyeuse y Enrique de Navarra. Fué el choque violento, la batalla sangrienta, y la victoria decisiva por parte de los calvinistas, á pesar de que á favor de sus contrarios militaba la superioridad del número. Apenas entró en accion la infantería. Quedó cadáver en el campo el duque de Joyeuse, y con él un gran número de caballeros, peleando todos con denuedo. La superioridad fué toda por parte de los calvinistas, que si no estaban dotados de mas valor, tenian de su parte la mayor pujanza personal, y el estar endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Se condujo en la accion Enrique de Navarra con el valor é intrepidez que tan famoso ya le hacian.

Causó la noticia de este desastre sensacion profunda en el campo

católico, y mucho mas en la corte, donde el duque de Joyeuse era uno de los principales favoritos. Quizá por esta circunstancia se enconaron mas contra el rey los liguistas exaltados, echándole la culpa de la pérdida de la jornada.

No fué de grande utilidad para los calvinistas una victoria tan brillante y decisiva. En aquella lucha de partidos, los ejércitos combatientes no eran mas que una pequeña fraccion de los que en ellos se hallaban afiliados. Se podia destruir un ejército sin acabar con una parcialidad que estaba siempre viva. Por otra parte los calvinistas que no podian sostenerse mucho en campaña, por precision tenian que retirarse á sus casas, aguardando nueva ocasion para ponerse en movimiento.

La desgracia sufrida por el duque de Joyeuse en las llanuras de Poitou, fué reparada con usura por el duque de Guisa en las fronteras de Lorena. Avanzaban los reitres alemanes lentamente con todas precauciones por el odio de que eran objeto en todo el pais que atravesaban. Se levantaban las poblaciones en masa y echaban contra ellos las campanas á rebato. En esta situacion atacó inopinadamente el campo de estos extranjeros el duque de Guisa y los derrotó completamente, haciéndoles retirarse en dispersion y dejar para siempre aquel territorio que tan fatal habia sido para ellos.

Llegaron hasta el cielo las alabanzas cantadas por los jefes de la liga á favor del príncipe de Lorena que acababa de prestar tan útiles servicios á la santa causa; de un príncipe defensor ardiente del catolicismo. El paralelo que se hizo entonces entre el jefe de la liga vencedor y el general de la corte destrozado, redundó en nuevo descrédito del rey con quien se tenian cada dia nuevas consideraciones. A desvirtuarle, á hacerle objeto de desprecio, á convertirle en una completa nulidad, aspiraban los jefes ardientes de la liga. No se contentaban sin duda con excluir de la sucesion á los príncipes calvinistas; el deshacerse de su persona misma, era el último resultado á que aspiraban; designio que se concibe muy bien, teniendo presente que Enrique III era mozo, casi de menos edad aun que el mismo Guisa.

No contento con las condiciones que le habian impuesto en el convenio que habia dado principio á esta guerra, se juntaron en Nancy los jefes principales, y despues de varias conferencias, se determinó intimar al rey, que se mostrase mas abierta y públicamente protector y amigo de la santa liga; que quitase las plazas, esta-

dos y oficios importantes á las personas que se le designasen; que hiciese publicar el Concilio de Trento en toda Francia, de que estableciese la Inquisicion á lo menos en las ciudades que tenian el título de buenas: que se pusiesen en las manos de los que se le nombrasen las plazas fuertes de importancia: que igualmente se le designarian, las en que harian las fortificaciones é introducirian la gente de guerra que mejor les pareciese: que pagase en la Lorena y en las inmediaciones un número de tropas suficiente á fin de impedir una invasion de soldados extranjeros: que para cubrir otros gastos se vendiesen lo mas pronto posible y sin ninguna formalidad, los bienes de todos los herejes y sus asociados: que en adelante no se diese cuartel á ningun hereje á no ofrecer una seguridad válida de ser buen católico y pagando el valor de sus bienes en caso de no estar vendidos.

Tales fueron las nuevas condiciones que desde Nancy se enviaron al rey á Paris para que las firmase si queria continuar en la posesion de la corona. Que en esta conferencia, en este negocio estaba la persona del rey de España como la mas influyente, además de ser tan probable, consta de documentos auténticos como son las cartas frecuentes que escribia á sus embajadores. Estaba esta conducta en su política, en sus ideas, en sus proyectos ulteriores. Queria que la Francia fuese tan católica como España, queria la expurgacion absoluta de los protestantes, que desapareciese de aquel trono un monarca débil é inconstante de cuya amistad no tenia pruebas, habiéndolas antes recibido ya de lo contrario, por la entrada en los Paises-Bajos del príncipe de Anjou, por el apresto de la expedicion enviada á la Tercera. Lo que queria Felipe II era un rey de Francia ardiente católico enteramente á su disposicion; es decir, reinar él mismo de hecho aunque otro estuviese en posesion del título.

Mientras se extendian en Nancy los nuevos artículos que debia firmar el rey de Francia, se hallaba este entregado á los actos públicos de devocion que le eran ya tan habituales. Asistia á las procesiones, se mezclaba con los penitentes, visitaba los conventos: nada omitia para hacer ver la sinceridad de sus principios católicos. Mas por una fatalidad de este monarca, se obstinaba el partido ardiente de la liga en hacer ver que todos estos actos llevaban el sello de la hipocresía. A pesar de haberse declarado protector y jefe de la liga, no cesaban de declamar contra sus vicios, contra sus disoluciones hasta de lo alto de los mismos púlpitos.

Firmó Enrique III los artículos relativos á la admision del Concilio de Trento, al establecimiento de la Inquisicion, aplazando los relativos á la entrega de las ciudades, confiscacion de los bienes de los calvinistas y otros de este género. Así quedó por entonces indecisa la liga, y neutralizadas sus hostilidades. Mas volvió á encender pronto la llama del descontento, subiendo mas de punto las exigencias de un partido que no queria amistad con el rey, á menos que se sometiese á ser el ciego instrumento de toda su política.

Permanecia el duque de Guisa en la corte de Lorena rodeado de sus mas celosos partidarios, cada vez en correspondencia mas activa con Felipe II, á quien hacia ver la urgencia de enviarle los auxilios pecuniarios que tantas veces le habia prometido. No era sin duda avaro el rey de España, sobre todo tratándose de fomentar empresas que favorecian sus miras y servian su política, pero sobrado cauto y receloso, desconfiando tal vez de la buena fé con que le ayudaban sus partidarios en Francia, gastaba con ellos mas palabras que obras y por ningun estilo les enviaba todo el dinero que pedian. No era extraño que el lujo, la esplendidez en que vivian todos los magnates de aquel reino disgustase á un hombre tan rígido, tan parco, tan mesurado en sus costumbres. Sin embargo, tenia que servirse de ellos como instrumentos necesarios á lo menos por entonces, reservándose otra conducta para cuando se mostrase mas despejado el horizonte.

Mientras los Guisas intrigaban en Lorena, los liguistas de Paris mas celosos, mas ardientes, mas desinteresados, menos calculadores, acusaban á los primeros de tibios, de remisos en venir al seno de la capital á consumar la obra de lo que ellos llamaban el triunfo de la religion católica. Enemigos cada vez mas declarados del monarca y de los hombres del partido medio á quienes profesaban poco menos odio que á los calvinistas mismos, temian con razon que disgustado y ofendido el rey, y viendo el borde del abismo en que le habian colocado, despertase del letargo, se rodease de sus muchos y celosos servidores, y, acordándose de que era el rey, diese un golpe de estado en Paris mismo, apoderándose violentamente de las personas de los jefes populares. Tal vez era este el designio de Enrique III, quien no carecia de valor, y probablemente no se habia olvidado de los triunfos obtenidos en sus primeros años. Sin duda estaba esto en las miras de la reina Catalina, de los políticos y de todos los que veian con inquietud los funestos progresos

de la liga. Por eso los jefes de esta parcialidad enviaban espreso sobre espreso al duque de Guisa para que viniese cuanto mas antes á ponerse al frente de los buenos católicos que se hallaban en peligro, llegando hasta á decirle que en caso de vacilar cuando el combate era indispensable, no les faltaria otro jefe que quisiese conducirlos al peligro.

El rey por su parte sabedor de todas estas tramas, prohibió al duque de Guisa y á los parciales que le acompañaban en Lorena, volver á Paris sin que precediese para ello una órden suya. Al mismo tiempo hacia que se acercasen á la capital las tropas que le eran mas leales, tomando otras disposiciones para neutralizar las de los vecinos de Paris y refrenar al menos su osadía. Habia pocos momentos que perder: de una y otra parte se estaban preparando para una lucha abierta. La colision que pocos años antes habia tenido lugar entre católicos y calvinistas, iba á realizarse ahora entre católicos fanáticos, y los que á los ojos de los primeros pasaban por tibios y por indiferentes. Era la misma intolerancia, el mismo deseo de persecucion el que á los parisienses agitaba. Antes, se habia mostrado el rey instrumento dócil de sus voluntades. Ahora era el rey el blanco de todos sus enojos. Se trataba nada menos que de un destronamiento, porque Enrique III, á las ojos de la liga, no *tenia de católico mas que la apariencia*.

El duque de Guisa, penetrado de que no habia ya momento que perder, voló á Paris, á pesar de la prohibicion expresa del monarca. Aunque hizo su entrada en ademan de disfrazado, fué reconocido por los suyos y acogido con demostraciones de entusiasmo. Pronto se supo en todo Paris la llegada de este famoso personaje. Se alarmó la corte, y el rey se llenó de indignacion al ver tanta osadía por parte de su súbdito. Pero este súbdito, mas soberano en Paris que el mismo Enrique, arrostró su cólera presentándose en el Louvre, donde dió sus excusas por su venida á la capital sin órden del monarca.

Hubo de contentarse el rey con ellas, puesto que le admitió á su presencia y le hizo un recibimiento favorable, aunque marcado con un tono de reconvencion que daba mas realce á su flaqueza.

Ya no era tiempo de tergiversar para ninguno de los dos partidos. O el rey ó Guisa iba á quedar en Paris de soberano. Puso el primero sus tropas en movimiento para sujetar la capital: organizó la capital sin tropas sus medios de defensa. Los vecinos acudieron

á sus puestos. Se cerraron las tiendas y las puertas de las casas: se coronaron las ventanas y los techos de personas en actitud de lanzar proyectiles y toda clase de materias inflamadas. Mientras las tropas penetraban por la capital y se apoderaban de los puntos principales, se barreaban las calles con cadenas de hierro, estacas y demás obstáculos. Se vieron así las tropas embarazadas en sus movimientos, privadas de sus mútuas comunicaciones, á merced del populacho que los acometia al abrigo de aquella clase de fortificaciones, acosados por los golpes que les venian de lo alto, sin ser bastantes á apagar los fuegos de aquellas baterías. La partida no era igual: corrian los invasores á una ruina inevitable, empeñándose en seguir adelante con la empresa. Tuvieron, pues, que retroceder del mejor modo que pudieron, pues los vecinos, percibiéndolos en retirada, trataron de facilitársela sin cometer con ellos mas hostilidades.

Esta famosa jornada, conocida en la historia con el nombre de Jornada de las Barricadas, no fué muy sangrienta, como se deja ver por este relato tan conciso; mas fué un triunfo para el pueblo de Paris, un triunfo para la santa liga, un triunfo sin igual para el duque de Guisa, que se atrevió á medirse frente á frente con el rey de Francia. Contemplaba este desde el Louvre con todos los sentimientos de tristeza, de la indignacion mas viva, este desaire de su autoridad, esta victoria de sus encarnizados enemigos. ¿Qué le restaba que hacer en tan triste coyuntura? ¿Permaneceria en Paris donde se hallaba su cetro destrozado? ¿Aguardaria en el Louvre que viniesen á sitiarle é imponerle mas duras condiciones? Consistia, pues, su salvacion en alejarse de Paris: así lo hizo en efecto al dia siguiente, dirigiéndose á Chartres con la reina madre y sus fieles servidores.

Tocaba el drama ya á su desenlace; mas por ahora volveremos á otro de no menos interés, y en que tambien hacia papel el rey de España.

CAPÍTULO LXII.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.—Regencia del conde de Morton en este último pais.—Mayoría de Jacobo VI.—Proceso y suplicio de Morton.—Situacion de Inglaterra.—Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares.—Conspiracion de Babington.—Implicacion de María Estuardo.—Proceso de esta reina.—Es condenada á muerte.—Su suplicio.—
—Su carácter (1).—(1577-1587.)

Los negocios de Escocia y de Inglaterra se hallan tan estrechamente unidos casi en todo el reinado de Isabel, que apenas se pueden tratar por separado. Era tal la influencia y hasta la preponderancia que ejercia esta reina en el primero de los dos paises, que casi puede decirse dominaba en ambos. Venia ya esta prepotencia desde muy antiguo, y en todas las épocas, á pesar del odio nacional que mútuamente se profesaban ambos pueblos, siempre se hacia sentir en el escocés el ascendiente del vecino. Fomentó Enrique VIII los disturbios religiosos que comenzaron á agitar la Escocia en el reinado de Jacobo V, ó por mejor decir, protegió en cuanto pudo al partido reformista. Igual conducta observó el protector del reino duque de Sommerset, durante la minoría de Eduardo VI, y la misma fué la clave de la política de Isabel durante todos estos choques.

Ya hemos visto sus muchos y poderosos motivos para mezclarse en los asuntos de aquel reino, y la influencia preponderante de su

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLIV.

voz en las contiendas y hasta guerras declaradas entre los partidarios de María y los adictos á las nuevas doctrinas religiosas. ¡Feliz el que de estos litigantes encontraba mas favor á los ojos de la que se erigia nada menos que en juez suyo! Cupo este favor, al que mejor representaba los intereses de Isabel, al jefe del partido protestante. Quedó al fin vencedor este preponderante en Escocia, y solo perdonados y vueltos á la posesion de sus haciendas los que habian ejercido hostilidades contra el rey Jacobo, tomando la defensa de la madre. Los principales considerados como jefes de rebeldes, por no haber querido dejar las armas durante las negociaciones, expiaron su obstinacion en un suplicio, y en el territorio inglés donde estaban presos. Así quedó por entonces triunfante en Escocia el pronunciamiento contra la antigua fé; el pronunciamiento contra la reina, cuyo mayor crímen á los ojos de sus súbditos, era acaso su constante adhesion á esta fé, que se presentaba con el color político de obediencia ciega y de dependencia de la Francia.

Bajo estos auspicios inauguró su regencia el conde de Morton, sucesor, como hemos visto, de los de Murray y de Lenox, asesinado aquel y muerto este en medio de sus mas activas diligencias para asegurar la paz del reino. Era Morton un hombre activo, emprendedor, hábil en la guerra, entendido en los negocios, de genio turbulento, de carácter duro, que se habia mezclado en todas las revueltas; hombre, en fin, de aquellos tiempos. Estaba, ó habia quedado en la apariencia, pacífico el pais; mas ni habia bastante vigor en las leyes, ni bastante energía y prestigio en los que gobernaban para reducir al silencio tantas pasiones agitadas, tantos intereses que mútuamente se excluian, tantas ambiciones defraudadas, tantos gritos de amor propio herido con el reciente vencimiento. Habia venido muy á menos el partido de María; mas estaba vivo tanto en Escocia como en Inglaterra, siendo objeto de gran atencion que una reina presa en manos de otra, fuese el alma y el jefe del partido numeroso que política y religiosamente aspiraba á la destruccion de la segunda. Las mismas pugnas de que eran teatros Francia, los Paises-Bajos y otras regiones de Europa, tenian lugar en Escocia y en Inglaterra, con la diferencia de que en este último pais, donde se sentia mas de cerca la mano firme de Isabel, se gozaba de cierta tranquilidad, mientras que en el otro se presentaba el fuego de la discordia con toda su energía, y en ciertos casos con todos sus furores.

Nosotros no escribimos la historia de Inglaterra ni de Escocia; solo hablamos de los paises extranjeros en lo que tiene relacion con la del nuestro, y sobre todo del rey de España, objeto de este escrito. Las relaciones que existian entre Felipe II y los católicos de Francia, tenian lugar entre los de Inglaterra y de Escocia y María Estuardo, que representaba un partido político al mismo tiempo que un partido religioso. Eran unas mismas las ideas, las aspiraciones, el exclusivismo, la intolerancia política y religiosa que influian en la conducta de unos y otros.

Se atrajo Morton en Escocia muchos odios y rivalidades por su carácter duro y poco conciliador en aquellos tiempos de revueltas. Con gran celo se aplicó á reparar los infinitos desórdenes que aquejaban al pais; mas perdió todo el mérito de este servicio por la avaricia de que se le acusaba, llegando hasta exigir multas por crímenes imaginarios y disminuir el peso de la moneda, conservando esta el mismo precio. Se hallaban algunos nobles disgustados de su administracion, y por otra parte no estaba el clero satisfecho, pugnando siempre por destruir en un todo lo poco que del órden episcopal se conservaba. Hervia el reino en delatores y en denuncias, y las gracias y favores del gobierno se distribuian con aquella parcialidad tan inevitable en choques de partidos, no siendo pocos los que se conferian al que mas generosamente los pagaba.

Salia el rey de su estado de menor, y se hallaba muy cerca de empuñar las riendas del gobierno. A este astro que se levantaba se volvieron, como es natural, todos los descontentos contra el regente. No fue difícil sembrar en aquel jóven corazon desconfianza del poderío y designios del que entonces gobernaba. Con la pintura de su poder tiránico, le hicieron creer que aspiraba á destronarle, ó al menos á prolongar su minoría. No son nunca sordos los reyes á insinuaciones de esta clase, y desde entonces Jacobo miró con malos ojos al regente. Noticioso este de la tempestad que le amenazaba, viéndose abandonado de muchos nobles y objeto de la irritacion y rencor de otros, renunció á su cargo y pasó á una condicion privada. Mas pronto concluyó el triunfo de sus enemigos. El ex-regente que expiaba desde su retiro todos sus movimientos, halló coyuntura de volver á la antigua auteridad que ejerció con mas rigor que nunca, provocando nuevos odios y creando elementos de vengarse. Y aunque redujo por entonces á sus enemigos al silencio, se mantenian vivos los resentimientos, cuando habiendo llega-

do el rey á su mayoría, comenzó á reinar efectivamente por sí mismo.

Habia sido educado este príncipe con bastante negligencia. No le faltaba instruccion de cierta clase; pero no de la que mas necesitaba. Formó desde un principio de sus prerogativas como rey, una idea mas alta que las circunstancias é índole de su gobierno permitia. En oposicion de estas ideas elevadas se hallaba su carácter irresoluto y hasta tímido. Con un monarca de este temple era muy fácil la privanza, y así el jóven rey de Escocia manifestaba hácia sus favoritos una debilidad que fué el carácter distintivo de su reinado.

Se aprovecharon de esta circunstancia los enemigos del ex-regente Morton y trataron de hacer revivir las activas acusaciones de que habia sido objeto, es decir, de complicidad en el asesinato del último monarca, padre de Jacobo. Fué Morton preso y encausado por este delito. La historia no ha podido poner en claro la parte que tomó al efecto el ex-regente en atentado tan horrible. Que tenia noticias de él, es un hecho positivo y confesado por él mismo; mas negando siempre que de su perpetracion le tocase cosa alguna. Estrechado y reconvenido porque habiendo tenido noticia de tan negro plan, no lo habia revelado, respondió que le habia sido imposible por la circunstancia de las personas á quienes hubiera debido descubrirlo; que el rey asesinado era un hombre sin carácter, sin prudencia, capaz de comprometerle sin ninguna utilidad, y que la reina siendo cómplice del mismo crímen, no podia sacar utilidad de una noticia, de que estaba demasiado ya bien informada.

A pesar de estas aclaraciones que parecen tan plausibles, á pesar de que no pudo ponerse en claro la complicidad de que se le acusaba, fué condenado Morton á perder su cabeza en un cadalso. Oyó el reo su sentencia con la firmeza de un hombre de valor que en tiempos de revueltas está familiarizado á todas las vicisitudes de la suerte. Con igual serenidad se mantuvo todo el tiempo que medió entre la comunicacion y ejecucion de la sentencia. Arregló sus negocios con tranquilidad, conversó con familiaridad con sus amigos y ministros de su religion que le asistian en tan duro trance: cenó con apetito, durmió profundamente; con planta firme se encaminó al cadalso. No omitiremos la circunstancia de que el instrumento de su suplicio fué una especie de guillotina inventada por él mismo, y que habia hecho venir de Carlisle en Inglaterra. Así este aparato

que hizo tanto ruido en nuestros tiempos como invencion moderna de la época, es de fecha mucho mas antigua.

No calmó esta muerte el furor de los partidos. En ningun pais de Europa se hacian sentir mas los desórdenes que siguen á una guerra civil, que en el de Escocia. La mayoría del rey nada habia remediado en el particular, como sucede siempre cuando el que manda se halla destinado por la naturaleza á ser por otros gobernado. Era juguete de las pasiones y caprichos de su favorito el rey de Escocia, mientras la mujer que mandaba en Inglaterra lo avasallaba todo con el ascendiente de su genio. Muchos de los disturbios de Escocia eran obra de las intrigas de esta reina, cuya política era la de dividir, á fin de dominar mas fácilmente. Conocidamente los rivales y enemigos de los privados y favoritos del rey obraban por sus instigaciones, cuando vieron el paso atrevidísimo de apoderarse de la persona de Jacobo y de tenerle en su poder cautivo, á pesar de que no le escaseaban las demostraciones de respeto. Tuvo este arrojo la aprobacion del cuerpo eclesiástico, y muchas corporaciones respetables del estado; tan poco popular era el rey, tan escaso el crédito de que gozaba. Mas por la mediacion del embajador de Francia y aun de la Inglaterra, no fué su suerte tan dura como todos aguardaban. Al fin pudo evadirse Jacobo de tan estrecha prision y recobrar su antigua autoridad con grandísimo contento suyo. Se verificó una verdadera reaccion en el manejo de los negocios y ejercicio del poder: sin embargo, los conspiradores que se habian apoderado de la persona del rey no fueron castigados, gracias á la mediacion de la reina de Inglaterra.

Florecia mientras tanto este pais bajo los auspicios y vigilancia de una reina hábil y entendida, rodeada de consejeros que sabia escoger y que con el mayor celo correspondian en todo á su confianza. Con la agricultura marchaban las artes, con las artes el comercio, á que deben su grande desarrollo. Fué una de las primeras atenciones del gobierno de la reina hacer de la Inglaterra una gran potencia marítima, segun estaba llamada á ello por la situacion y mas circunstancias de su suelo. Eran en aquella sazon superiores en esto los flamencos y sobre todo los holandeses, despues que sacudieron el yugo de Felipe; mas se preparaba la Inglaterra á tomar la preponderancia marítima que desde principios del siglo XVII conserva sin interrupcion hasta estos dias. Eran entonces objetos de gran codicia las ricas é inmensas posesiones que en el otro hemis-

ferio habian conquistado nuestros navegantes y guerreros, y no fueron estas adquisiciones lo que menos influia en el odio que á nuestros reyes profesaban á la sazon los extranjeros. El vivo deseo de entrar á la parte del despojo, formaba intrépidos marinos, que unas veces por su propia cuenta, y otras protegidos abiertamente por su gobierno recorrian las costas de aquellos paises, y ora haciendo desembarcos, ora atacando nuestros propios buques llenos de oro y mercancías, volvian á sus casas llenos de botin, inflamando los ánimos para empresas nuevas. Se echa de ver la proteccion que daria la reina Isabel á semejantes expediciones que, redundando en el enriquecimiento de sus propios súbditos, causaban tantos daños á los del rey que aborrecia. Descollaba entre estos aventureros Francisco Drake, que de la condicion de simple marinero se habia elevado por sí mismo á la de un jefe entendido en todas las cosas de mar, cuyo valor é intrepidez hacian su nombre ya famoso. En 1577 salió del puerto de Plymouth, al frente de una expedicion que tenia por objeto recorrer las costas australes de la América. Llegó con ella á la entrada del estrecho de Magallanes, y habiéndole pasado sin contratiempo alguno, continuó su curso por el mar Pacífico. Atacó en las costas de Chile muchos buques españoles que apresó haciéndose con un botin considerable. Temeroso de volverse por el mismo camino, continuó su curso hácia el norte creyendo que por el extremo septentrional del América encontraria tal vez un paso para volver al mar Atlántico. Defraudado de esta esperanza torció su curso hácia el poniente, llegó á los mares de la India, dobló el cabo de Buena-Esperanza y volvió á su pais, siendo el primer inglés á quien cupo la gloria de dar la vuelta al mundo. Continuó su vida aventurera haciendo varias escursiones por su cuenta hasta últimos de 1585, en que determinada ya Isabel á no guardar consideraciones con el rey de España, le puso á la cabeza de una escuadrilla de diez y ocho buques, destinados á tomar las naves de la India. Llegó con ellos á la boca del Miño y por medio de un desembarco en las inmediaciones de Bayona de Galicia, hizo correrías en el pais robando muchísimo ganado. Mas el gobernador de la plaza don Luis Sarmiento juntó inmediatamente la gente de que pudo disponer, y con los paisanos armados de las inmediaciones dió sobre los ingleses que á duras penas se volvieron á sus buques, dejándose atrás los ganados y demás efectos de que habian hecho presa. Levó anclas el comandante inglés y se dirigió á las Canarias, donde

encontrando la gente apercibida no fué mas feliz que delante de Bayona. Pasó despues á las islas del Cabo-Verde, posesion portuguesa donde mandaba á la sazon como en todas las demás el rey de España. Desembarcó en la de Santiago, la entró á saco, y se marchó cargado de botin sin pérdida ninguna. Dirigió despues su rumbo á las Antillas: se presentó delante de Santo Domingo en enero de 1586; desembarcó junto á la ciudad de este nombre, y entró en ella sin ninguna resistencia. Se apoderó de los pocos buques que estaban en el puerto, saqueó ochenta casas y amenazó entregar al fuego la ciudad si los habitantes no la rescataban. Se le dieron, para que no llevase adelante su propósito, veinte y cinco mil ducados y en seguida abandonó la costa. Por la suma de diez mil y doscientas barras de plata pertenecientes al rey, se rescataron los de Cartagena de Indias á donde se presentó en seguida el inglés aventurero. De aquí pasó á la Habana, donde no pudo hacer desembarco alguno por hallarse preparado á recibirle su gobernador don Pedro Fernandez de Quincoces. Pasó despues á la Florida donde saqueó el pueblo de San Juan. Tambien hizo botin considerable en las costas de la Jamaica, y sin proceder á mas operaciones se restituyó á Inglaterra cargado de despojos en buques, dinero, efectos preciosos y material de guerra, ascendiendo á doscientos el número de cañones de todos calibres.

A mediados de 1587, volvió á salir sir Francisco Drake, pues la reina le habia elevado á la dignidad de caballero, con seis galeones y diez y nueve buques de mediano porte. Se dirigió á la bahía de Cádiz donde puso fuego á veinte y seis buques españoles que debian hacer parte de la armada que á la sazon preparaba Felipe contra la Inglaterra. Amenazó Drake con un desembarco la ciudad, mas Juan de Vega su gobernador mandó cerrar las puertas, alzar los puentes, la guarnicion sobre las armas, preparándose á la mas rigorosa resistencia. Tuvo medios el gobernador de avisar al duque de Medinasidonia, residente entonces en Sanlúcar, quien habiendo armado sus vasallos dispuso un cuerpo de cuatrocientos hombres de á caballo y otro de mil de infantería que se pusieron inmediatamente en marcha para impedir el desembarco de los enemigos. No se atrevió Drake á pasar adelante en vista de tales preparativos, y tomó la vuelta de Inglaterra sin otro suceso de importancia.

Debian estas agresiones aumentar la grande irritacion que otras anteriores habian ya causado al rey de España. Otro grande acon-

tecimiento se estaba preparando en Inglaterra que iba á tener resultados mas terribles.

Hacia mas de catorce años que se hallaba la reina de Escocia cautiva de otra reina de quien no habia nacido súbdita. De simple detenida, habia crecido poco á poco el rigor de su confinamiento hasta el punto de verse encerrada en una fortaleza. Cómo Isabel se atrevió á tanto, cómo no reclamaron eficazmente contra esta violacion atroz del derecho de gentes, los príncipes de Europa unidos con María Estuarda por vínculos estrechos, no se concibe fácilmente. En Francia dominaban los Guisas, hijos de un hermano de su madre: el rey de España, aunque no pariente suyo, debia considerarla como el adalid del poco catolicismo que restaba en los dos reinos. ¿Cómo permanecia cautiva María Estuarda? Repetimos que no sabemos explicarlo, mas que es un hecho que presenció con asombro la Europa de aquel tiempo. Si Isabel era enemiga de María por sentimiento de rivalidad por el temor que le inspiraba su persona, ora cautiva en su poder, ora puesta en libertad con medios de buscar el asilo que mejor le acomodase, la enemistad de la Escocia á la de Inglaterra debia de ser mas viva, mas sañuda; mas acompañada del deseo de venganza, en razon de que era la agraviada y víctima de tan indigno tratamiento. Como estos sentimientos no podian menos de ser públicos ó de pasar por tales aunque realmente no existiesen, se veia la reina de Escocia, con voluntad ó sin ella, resorte y alma de cuantas tramas contra su rival se urdian. Eran muy temibles los enemigos de Isabel, pues aunque la mayoría del pais estaba á favor de la reina por espíritu de secta y de nacion, habia muchos católicos ardientes que por sus propios sentimientos ó por instigaciones ajenas se hallaban en conspiracion permanente contra ella. Habia sido solemnemente excomulgada por el Papa la reina de Inglaterra; y en aquellos tiempos de supersticion y fanatismo, equivalia este acto á una sentencia de exterminio. Santificaba la religion semejantes manifestaciones, y no habia medio alguno de realizarlos que dejase de ser altamente meritorio. Con los herejes no debia guardarse consideracion ni miramiento de ninguna clase: con tal que se purgase la tierra de los enemigos de Dios y de los hombres todo era permitido; tales eran las ideas y opiniones de aquella época de intolerancia religiosa. No olvidemos que las horribles matanzas de san Bartolomé fueron altamente aplaudidas por los que de católicos celosos se preciaban, que el Padre Santo les dió

en Roma una sancion solemne hasta mandar que en la capilla Sixtina la celebrase y eternizase la pintura.

No ignoraba la reina Isabel todas estas disposiciones de los ánimos. Al paso que la esclavitud de la reina de Escocia halagaba su orgullo y la ponian al abrigo de muchas inquietudes, era por otra parte un grande embarazo para ella, uno de los cuidados mas grandes que sin cesar la atormentaban. Varias conspiraciones se habian descubierto, si no de un plan de asesinarla, al menos de trastornar el pais en favor de su competidora. Se habian encontrado los papeles de algunos que por sospechas habian sido encarcelados, hasta planos de diversos puertos de mar de Inglaterra con la altura del agua en cada uno, y asimismo los nombres de los principales católicos de aquel reino. Que se proyectaba algun desembarco en el pais, aparecia sino claro y evidente, al menos muy posible y hasta muy probable. Algunos años antes habia tenido lugar uno en Irlanda, por unos ochocientos hombres españoles é italianos aventureros que daban indicios de obrar á nombre del Pontífice, y aunque aquella invasion produjo malos resultados, no era extraño se intentasen otras en Inglaterra. Habia en el pais muchos agentes de los Guisas, del Papa, de Felipe II, espiando á todos momentos ocasiones de hacer daño. No es extraño que la reina Isabel, sabedora de todos estos planes, se irritase á su vez, é hiciese caer el peso de su indignacion sobre los sospechosos y mucho mas sobre los que por indicios claros aparecian en ellos complicados. No era pequeña la parte que de estos rigores alcanzaba á la desgraciada María Estuardo. Cada vez se la trataba con menos miramiento, y se estrechaba los límites de la poca libertad de que en su encierro disfrutaba. Así crecian los resentimientos mútuos, y caminaba la contienda á un punto en que no podia menos de teñirse en sangre.

No presentaban, pues, en aquella época las cosas un semblante muy risueño para la reina de Inglaterra. En los Paises-Bajos llevaba Felipe II lo mejor, con las victorias del príncipe de Parma. El rey Enrique III de Francia, que se mostraba amigo de Isabel, se veia casi despojado de su autoridad por la influencia y prestigio de la santa liga á cuyo frente se hallaban los Guisas, que se podian considerar como los verdaderos soberanos. Influia mas que nunca el rey de España en los consejos de aquel pais, y en estrecha comunicacion con el duque de Guisa, no escaseaba ni la advertencia ni el dinero que podian contribuir á la ejecucion de sus designios.

Por todas partes se anunciaba una tempestad contra la reina herética de Inglaterra.

Ya sabemos como esta se decidió entonces de un modo mas franco y mas explícito, enviando socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos. Se unió al mismo tiempo de un modo público con los calvinistas de Francia, reanimando cuanto le era posible aquel partido, entonces en mucha decadencia. Redobló la vigilancia en sus Estados, creó ó hizo que se crease una vasta asociacion de los ingleses que se mostraban mas celosos por la conservacion de su trono, y que se ligaron con los juramentos mas solemnes de contribuir con sus haciendas y sus vidas á destruir á cuantos enemigos quisiesen trastornarle. No olvidemos que la reina Isabel era sumamente popular y querida en el pais que bajo los auspicios de su buena administracion se enriquecia y prosperaba. Cuantas mas tentativas de insurreccion abortaban, tanto mas odio se concitaba en el pais contra los enemigos de la reina. Y estos sentimientos de adhesion llegaron á ser tan vivos, tan apasionados, que las desgracias de la reina cautiva dejaban de excitar la compasion del público, porque se la creia impulsadora de todos estos movimientos.

Atenta la reina Isabel á promover en un todo cuantos medios podrian ofrecérseles de seguridad, trató de recuperar en Escocia la influencia que recientemente habia casi perdido por las convulsiones y disturbios de que aquel pais era teatro. El rey Jacobo recibió con muchas demostraciones de benevolencia á los embajadores de Isabel, y la misma acogida tuvieron en su corte los de Escocia. Supo inspirar la reina de Inglaterra temores á Jacobo sobre lo inseguro de su trono en caso de que se llevasen adelante las maquinaciones de los católicos contra los dos Estados. Y llegó á arraigarse tanto esta idea en el ánimo de aquel jóven rey, que se entibiaron mucho sus relaciones con su madre á quien siempre mostraba sentimientos de buen hijo en medio de la especie de guerra política que entre ambos existia.

Mas ni toda esta vigilancia, ni todas estas precauciones de Isabel impidieron que se urdiese una vasta trama de conspiracion contra su persona, y cuyo desenlace fué verdaderamente lamentable.

Concibió por sí mismo, ó por inspiracion de otros, un tal Savage, el proyecto de asesinar á esta princesa. Segun historiadores, por la mayor parte protestantes, se hallaba este hombre movido por varios personajes, hasta por príncipes, hasta por prelados que le ha-

bian hecho ver el grande mérito de aquesta obra y encendido su fanatismo hasta el punto de abrirle las puertas del cielo en caso de ser mártir en tan alta empresa. Tambien se le supuso en relaciones con don Bernardino de Mendoza, embajador de España, y con el duque de Parma, quienes estimularon asimismo su celo religioso. Todo es creible y muy probable segun el modo de pensar de aquellos tiempos.

Comunicó Savage su resolucion á otros, ó tal vez fueron todos ellos encargados en un principio de esta empresa. Figuraba entre los principales un tal Antonio Babington, persona distinguida del pais, cuyo nombre citamos por haberle dado á la conspiracion conocida así en la historia. Como el acto debia ser seguido de trastornos no era posible concentrarse el secreto en pocos, por las grandes medidas ulteriores que se debian tomar perpetrado que fuese dicho asesinato. Se celebraron varias conferencias entre un número considerable de conspiradores. Se designaron las personas que debian asesinar á la reina Isabel, las que se habian de apoderar inmediatamente de las riendas del gobierno, las que debian de ser envueltas en la suerte de la reina, las que debian llevar las comunicaciones á las cortes extranjeras, con todos los demás pormenores á que semejantes asociaciones dan orígen. Estaban los planes muy adelantados y la cosa á punto de verificarse, cuando fueron descubiertos por un emisario que llevaba cartas á María de Escocia. Como los agentes del gobierno vivian con tanta vigilancia, no les era difícil dar con los hilos de estas tramas, que á veces se descubrian por medio de espías disfrazados con el manto de conspiradores. Llegó pues así la cosa, á oidos del secretario de Estado sir Francisco Walsinghan, y este la puso inmediatamente en conocimiento de la reina. Convinieron ambos en no comunicarla á nadie, ni aun á los del Consejo privado mientras se dilucidaba mejor este misterio. Se depositaban las cartas dirigidas á la reina de Escocia en un sitio convenido de la cerca de los jardines de su confinamiento. Antes que llegasen á su destino se abrian y deshojaban por Walsinghan, quien las volvia cerradas y selladas sin que se sospechase el fraude. De este modo se llegaron á saber muchos pormenores de la trama, hasta los nombres de los conspiradores, y hasta las señas y el traje de los encargados personalmente del asesinato de la reina. Mas temiendo esta que por querer profundizar la cosa demasiado la ganasen los asesinos por la mano, suspendió de repente todas las pes-

quisas mandando prender á todos los complicados en la empresa, inclusos los dos secretarios de María que llevaban su correspondencia. La prision se llevó á efecto: muy pronto expiaron los conjuradores en un cadalso su delito.

Causó el descubrimiento de este plan una profunda impresion en Inglaterra. Se llenó la generalidad del pais de asombro y de indignacion al ver el peligro que habian corrido los dias de su reina. Redoblaron el celo y las manifestaciones de fidelidad por parte de los individuos de la asociacion, y se esparció la idea de que ya no podia haber tranquilidad en el pais ni seguridad para la vida de la reina, mientras viviese la de Escocia, alma de todas las conspiraciones. ¿Y qué hacer con esta reina? ¿Qué partido se tomaria con ella despues de sofocada tan culpable empresa? Algunas veces la acusaban de complicidad: sus dos secretarios convenian en lo mismo. Hé aquí lo que ocupaba sériamente al Consejo de la reina. ¿Se pondria en libertad á una princesa tan justamente irritada, que en todas partes hallaria vengadores? ¿Quedaria sin castigo tan grande acto de complicidad? ¿Se dejaria á la mano del tiempo, á la de los rigores del confinamiento, el terminar una existencia tan fatal á los intereses de la Inglaterra? ¿Se pondria en tela de juicio á María Estuarda? Era de todos, el partido mas osado y mas violento. A él se atuvo definitivamente el Consejo, con el consentimiento y aprobacion de la reina, resuelta á todo con tal que saliese de una vez de tanta inquietud y satisfaciese del todo sus resentimientos.

La reina de Escocia era extranjera en el pais, una reina independiente, una cautiva por la violacion mas atroz de toda justicia, de toda razon, de toda sombra de derecho. Su enjuiciamiento se presentaba, pues, con el carácter de absurdo, de ilegal y de escandaloso. Mas habian llegado al extremo la irritacion en unos, el temor en otros. Lo que se llama razon de estado triunfó de todas las consideraciones. Se abusaba sin reparo del derecho de la fuerza.

Con el descubrimiento de la trama habia crecido el rigor del confinamiento de María. Se la trasladó del castillo de Boston, donde se hallaba bajo la custodia del conde de Shrewsbury, al de Fortheringay, encomendándola á la guarda de otras personas de inferior rango, considerando que, siendo gentes de menos educacion, no la tratarian con tanto miramiento. Se la destinaron las habitaciones mas frias y mas húmedas, se le escasearon las comodidades, se restringieron sus paseos, se disminuyó el número de sus criados, se hizo,

en fin, todo lo posible para que mirase con tedio su existencia. No desconocia la reina de Escocia el triste fin que la aguardaba. Cuando supo el desenlace de la conspiracion y el encarcelamiento de sus secretarios, se dió en un todo por perdida.' Aguardaba á cada instante ser víctima de la venganza de su enemiga por medio de un veneno ó cosa semejante, pues otro modo de que se acabase con ella no le comprendia. Así se quedó como atónita, cuando se le presentaron cuarenta comisionados y cinco jueces que por comision del Consejo privado venian á formarle causa como cómplice en la conspiracion fraguada contra la vida de la reina de Inglaterra.

Respondió á los jueces María Estuarda que para nada reconocia su autoridad, y que nadie en Inglaterra tenia derecho de juzgarla; que nacida igual de la reina Isabel y constituida en la misma dignidad, no tenia mas dependencia de ella que la que da el dominio de la fuerza. Esta habia venido á pedir asilo, y solo habia recibido una prision y los mas duros tratamientos: que si no podia desagraviarse de las ofensas recibidas, no las olvidaba ni creia que se quedasen sin su pago merecido; que resignada á todo lo que podia sucederle de peor, no queria agravar su situacion con una bajeza indigna de su rango.

Dos dias resistió María en su resolucion sin que pudiesen persuadirla las razones de aquellos personajes. Mas habiéndosele hecho la reflexion de que esta negativa equivalia casi á una tácita confesion del crímen que se le imputaba, cedió por fin, mas protestando siempre contra la validez de los procedimientos.

Se le leyeron entonces á la reina de Escocia las declaraciones de sus supuestos cómplices; las de sus dos secretarios, y las copias de las cartas que le habian sido interceptadas. Respondió María que ninguna fuerza podian tener las declaraciones de los reos arrancadas muchas veces ó por la esperanza del perdon, ó por el temor de la tortura; que la misma observacion se debia hacer respecto de sus secretarios, cuyo juramento tenia muy poca fuerza habiendo ya violado el que le habian hecho á ella misma de guardar secreto; que en cuanto á las copias de sus cartas, nada habia mas fácil que forjar semejantes documentos. Mostró la reina de Escocia mucha circunspeccion y compostura durante el interrogatorio, y no dió muestras de hallarse intimidada.

¿Era cómplice la reina de Escocia en el plan de asesinato de Isabel? Difícil es el no creerlo así, en vista de lo desesperado de su si-

tuacion, de tantas declaraciones que lo aseguraban, del testimonio de sus propios secretarios y del concepto de honrado y justificado que gozaba Walsingham, ante cuyos ojos se habia descifrado la correspondencia, como ya hemos dicho. Que Walsingham fuese enemigo de María, puede suponerse fácilmente, mas entre esta cualidad y la de un bajo falsificador habia una enorme diferencia. Por otra parte, ¿cómo no se le enseñaron á María mas que las copias de sus cartas y no los originales? ¿Cómo no la carearon con sus secretarios que todavía estaban vivos cuando el enjuiciamiento? Son misterios que la razon no alcanza, que abren para la posteridad un campo de conjeturas y controversias. Mas es un hecho, que las principales pruebas de complicidad, las cartas originales de María, no figuraron en aquel proceso.

Los jueces comisionados partieron de Fortheringay, y se dirigieron á Westminter sin haber pronunciado la sentencia. En este punto volvieron á reunirse despues de varias deliberaciones del Consejo. Ante el tribunal volvieron á presentarse los secretarios de María, que se ratificaron en sus declaraciones. Al fin pronunciaron los jueces la sentencia, y unánimes declararon que habian sido cómplices en la conspiracion de Babington, *María, hija y heredera de Jacobo V, último rey de Escocia, comunmente llamada reina de Escocia, reina viuda de Francia*, pues con tales títulos era designada.

El Parlamento confirmó inmediatamente la sentencia que envolvia la pena de muerte, y envió á la reina un mensaje en que se le suplicaba la hiciese ejecutar en el momento.

En procedimientos promovidos por el espíritu de partido, por el calor de las pasiones, por la sed de represalias y venganzas, no hay que buscar ni regularidad, ni imparcialidad, ni buena fe, ni menos aquella calma y circunspeccion indispensables en todo lo que va á decidir la suerte de los hombres. En el proceso de María se violaron todas estas leyes, como asimismo las de la humanidad, de la hospitalidad, y hasta las de la decencia. Estaba la parte protestante de la nacion inglesa furiosa con tantos planes de conspiracion contra la vida de su reina, ébria de venganza, espantada con la perspectiva de las tormentas que provocaba sobre el pais la mano de María. En esta ocasion siguió el impulso del Parlamento manifestando sus vehementes deseos de que se llevase á ejecucion la sentencia recientemente pronunciada. Debió de estar satisfecha la reina de Inglaterra con tantas pruebas de adhesion á su persona y de odio

á su competidora. Mas á pesar de verse como al fin de sus deseos, no estaba todavía libre de perplejidades.

Cundió con la velocidad de un relámpago la noticia del proceso de María Estuarda. Causó en los católicos una mezcla de sorpresa y de dolorosa indignacion no fáciles de describirse. Inmediatamente hicieron representaciones en favor de la reina desgraciada de Escocia, los de Francia, de España, los príncipes católicos de Alemania y otros puntos de la Europa. Se deja concebir el tono de calor y vehemencia con que estarian concebidos todos estos actos. El rey Jacobo, sensible á la voz de la naturaleza, abogó con ardor por una madre cuyo suplicio iba hasta imprimir una mancha indeleble en el carácter de que estaba revestida. Hacian naturalmente todas estas manifestaciones una impresion desagradable en Isabel, quien si deseaba la muerte de su competidora, no queria cargarse con la odiosidad de ella misma la que expidiese la órden de la ejecucion de la sentencia.

Por algunos dias se mostró indecisa, manifestando su gravísimo pesar por verse precisada á cumplir con un deber fatal que reclamaba de ella la seguridad y tranquilidad de sus estados. Mientras tanto se manifestaba mas y mas la opinion del pais en contra de María, con lo que se lisonjeaba muchísimo el amor propio de la reina de Inglaterra.

Todavía vacilaba, tal era su opinion, la mancha que iba á echar sobre ella la ejecucion de la sentencia. Varias veces manifestó su despecho, quejándose de que sus fieles servidores no previniesen sus deseos sacándola de tan cruel conflicto. Los dos principales encargados de la custodia de la reina, sir Amias Paulet y sir Drue Drury, á quienes se hizo en frases no muy oscuras esta insinuacion, aparentaron no comprenderla. Al fin se les manifestó por lo claro que harian un gran servicio á la reina anticipándose al verdugo en la ejecucion de la sentencia. Mas estos hombres llenos de honor, aunque no muy blandos y mirados en su comportamiento con María, se indignaron al verse tenidos en tan poco que se les hiciesen proposiciones tan odiosas, y declararon que eran fieles servidores de la reina, mas no viles asesinos. Cerrada así la puerta para toda ejecucion secreta, no quedaba mas medio que el de hacerla pública. Con este objeto mandó la reina que se extendiese la órden (warrant) de la ejecucion y se la llevasen, mas todavía se mostró irresoluta en el acto de firmarla.

Al saber la reina de Escocia la sentencia de muerte que sobre ella gravitaba, no mostró ni gran temor, ni gran sorpresa. Dijo que estaba ya muy preparada á este rigor de la fortuna. Que no estrañaba estuviesen sedientas de bañarse en la sangre de una reina estraña, las manos acostumbradas á teñirse en la de sus propios reyes. Mientras tanto, estaba tratada con la última dureza, se la habia despojado de todos los signos y consideraciones debidas á la dignidad real, quitándose el dosel que se hallaba en su aposento, sus mismos guardas le faltaron á toda consideracion, presentándose delante de ella con su sombrero puesto.

Entregó Isabel la órden firmada de la ejecucion al secretario de Estado, Davison, con el encargo de presentarla á los señores del Consejo. Apoderados de tan importante documento, sin conferenciar mas con la reina ni tomar sus órdenes ulteriores, entregaron el papel á los condes de Shrewsbury y de Kent, para que inmediatamente pasasen al castillo de Fothenringay á poner en ejecucion lo que en él se prescribia.

Partieron los condes acompañados del dean de Peterboroug al punto designado, y presentados á la reina de Escocia le hicieron saber la órden que llevaban previniéndole se dispusiese para su ejecucion al dia siguiente. Recibió María la comunicacion con rostro firme y sereno, con aquella dignidad que en ciertas ocasiones le era tan característica. Dijo que debia darse por satisfecha y agradecer á Dios hubiese elegido su persona para dar un testimonio de su adhesion á la religion católica en cuya defensa perecia. Inmediatamente se preparó para la muerte, tomando todas las disposiciones con tranquilidad y compostura. Escribió su testamento, distribuyó sus muebles, vestidos y otras alhajas entre sus doncellas y otros servidores, consolándolos á todos con la esperanza de mejor fortuna. Pidió que se le permitiese un sacerdote de su religion que la asistiese en sus últimos momentos; mas le fué esta gracia denegada. Solicitó tambien que se le permitiese morir rodeada de sus servidores para que diesen testimonio de su comportamiento, y fué igualmente desechada aquesta súplica, esceptuándose solo tres que la acompañaban hasta los últimos instantes. Pidió en seguida que se trasladase á Francia su cadáver á fin de que allí le enterrasen en sagrado, á lo que dieron los condes su consentimiento.

Pasó María el resto de la noche rodeada de sus servidores, cuyos gemidos y sollozos no podia reprimir su autoridad, ni el ejem-

plo que daba de serenidad y de firmeza; cenó parcamente como lo tenia de costumbre, y bebió à la salud de cada uno de los que la acompañaban. En seguida se recogió á su aposento, y por la última vez se entregó al sueño.

Al amanecer del dia siguiente, 27 de febrero de 1587, se levantó, pasó á su oratorio, tomó una forma consagrada que le habia enviado Pio V y guardaba en secreto con el mayor cuidado, previendo la triste situacion en que se hallaba. En seguida hizo que la vistiesen con toda la posible magnificencia que su equipaje permitia. Mientras tanto pasaba los instantes en actos de devocion, sin dar oidos á las exhortaciones del ministro protestante que trataba de ausiliarla en sus últimos momentos.

A eso de las nueve de la mañana se presentó en su habitacion el Sheriff del condado y le anunció que habia llegado su último momento. Se hallaba María de rodillas al recibir esta visita. Sin responder nada, se levantó inmediatamente y con paso lento, apoyada en dos de sus doncellas, se encaminó al sitio del suplicio. Iba vestida magníficamente con manto de terciopelo morado, diadema en la cabeza, en el cuello un Agnus Dei, en la cintura el rosario y un crucifijo de marfil en las dos manos. Así entró en una sala del castillo tendida de negro donde estaban el tajo, las hachas y los verdugos preparados para su suplicio. La acompañaban tambien los dos condes que se le habian reunido en la escalera y el dean que no cesaba en sus exhortaciones, empleando frases duras, á proporcion que la reina se negaba á valerse de su auxilio, diciéndole que no se molestase, pues queria conservarse fiel á su religion hasta el último momento. Al fin impuso silencio al dean el conde de Shrewsbury en vista de lo inútil de la conferencia.

Comunicaba la sala con una especie de patio lleno de espectadores sumidos en silencio. Subió María las dos ó tres gradas de la especie de tablado donde estaba el instrumento del suplicio, mientras se leia en alta voz la sentencia de su muerte. Concluido el acto oró la reina en alta voz por las necesidades de la Iglesia, declaró que moria fiel á los dogmas del catolicismo, que solo esperaba misericordia por la muerte de Cristo, á los piés de cuya imágen iba á derramar su sangre. Entonces levantó en alto el crucifijo y le besó, entregándole en seguida á una de sus doncellas, mientras otras le ayudaban á quitarse el velo y demás adornos de la cabeza para pasar á las manos del verdugo. Con rostro sereno, y la fortaleza que

no la abandonó en ninguno de estos críticos momentos, despues de una corta oracion puso la cabeza en el tajo, y mientras uno de los ejecutores la tenia de las manos, le separó el otro la cabeza del cuerpo con un par de golpes. En seguida la levantó en alto y la enseñó al pueblo chorreando todavía en sangre, y el dean de Peterboroug exclamó en alta voz: Así perecen todos los enemigos de la reina Isabel; á lo que el conde de Kent respondió: Amen. Los espectadores se retiraron entonces sin prorumpir en voz de clase alguna.

Así murió á los cuarenta y cinco años comenzados de su edad María Estuarda, una de las mujeres mas eminentes de su siglo por su hermosura, por sus gracias, por la gentileza de toda su persona, por lo agudo y vivo de su ingenio, por lo fascinador de sus maneras y conversacion, por sus habilidades y conocimientos de la literatura de aquel siglo. Diestra en todos los ejercicios de las damas distinguidas de su tiempo, hablaba con gracia, escribia con elegancia, tanto en su lengua nativa como en la francesa, que con preferencia usaba como la mas conocida y la mas culta. Si como mujer poseyó muchas dotes con tanta perfeccion, no fueron pocas sus faltas y extravíos como reina. Algunos de ellos fueron como inevitables, como efectos forzosos de sus circunstancias. No estaba destinada por la naturaleza, la hermosa, la amable, la elegante y sobre todo la católica á reinar en un pueblo donde el espíritu de independencia y libertad tomaba tanto vuelo, donde todo respiraba guerra civil, controversia religiosa. Ni aquel pueblo podia ser sensible á las gracias, al mérito en su línea de la reina, ni esta comprender todo el interés de aquellas luchas tan encarnizadas. No conoció su posicion y obró en cierto modo á la aventura. Era María una de aquellas mujeres á quienes la falta de circunspeccion origina desazones y pone muchas veces en graves compromisos, en quienes se confunde la demasiada afabilidad con el demasiado desahogo y la ligereza de manera con la licencia de costumbres. Cometió mas imprudencias que faltas graves, y mas faltas graves que extravíos criminales. Procedia la mayor parte de estas faltas de la ligereza de su carácter, de la obstinacion, fruto de una voluntad que no se habia nunca contrariado, de los principios supersticiosos en que la habian imbuido desde la cuna, y tambien de los malos ejemplos que habia visto en la corte de Francia, donde se habia educado. Impetuosa, ardiente, movida por los caprichos de su imaginacion, ligera en amar, pronta á aborrecer, no habia entre tantas pasiones,

entre tan brillantes cualidades, sitio para la prudencia. De su desvío hácia su primer marido, la disculpa la conducta poco atenta de este; mas las circunstancias de su asesinato, deponen fuertemente contra ella. Si verdaderamente no habia sido cómplice en este acto tan criminal, tan alevoso, la sola circunstancia de haberse casado con el que públicamente se designaba como el asesino, imprime una mancha indeleble en su memoria. Por lo demás si María Estuarda fué culpable de muchos extravíos, los expió de la manera mas cruda y mas horrible. Se contrista la imaginacion al contemplar aquella mujer en lo mas florido de sus años detenida en cautiverio en el pais en que habia buscado un asilo, y recibiendo tan malos tratamientos de otra persona de su mismo sexo y de su rango. Los diez y nueve años en que sufrió tan duro cautiverio bastarian para quebrantar el corazon mas entero, para abatir el alma de mas temple. María, sin embargo, no perdió nunca la dignidad de su carácter, ni Isabel triunfó jamás de su constancia. Cuanto mas se agravaba su posicion, menos humillada la encontraba su competidora. Durante la última crisis se mostró magnánima y en sus últimos momentos admirable. Si tuvo parte en los planes de conspiracion contra Isabel, la ponia en tan dura precision la conducta tiránica de esta princesa. Nunca se cometió una violacion mas horrible del derecho de gentes, ni se abusó con mas descaro del de la fuerza. La historia y suplicio de María Estuarda forma una de las figuras mas singulares en el gran cuadro del siglo XVI, y se le tendria por una creacion poética si no supiésemos ya por experiencia que la historia se presenta á veces con colores mas fabulosos que la misma fábula.

No abandonó la reina Isabel de Inglaterra su papel de hipócrita aun despues de la bajada al sepulcro de su competidora. Al contrario, fué esta misma circunstancia la que dió mas realce á la falsedad que durante este drama habia mostrado. Al recibir la noticia de que se habia llevado á efecto el suplicio de María, aparentó la mayor sorpresa mezclada del dolor é indignacion mas viva. Se encerró en su cuarto sin querer hablar con nadie, prorumpiendo en exclamaciones contra sus malos servidores que sin su conocimiento se habian apresurado á remitir la fatal órden con tanta rapidez obedecida. Mas esta órden la habia firmado ella misma y sido llevada al Consejo privado por el secretario de Estado, y encargo de la reina. Los ministros se aterraron con estas demostraciones del dolor

y sentimiento, y el secretario de Estado se tuvo desde entonces por un hombre perdido sin remedio. Así lo fué en efecto. Necesitaba la reina de Inglaterra una víctima para que cargase con la responsabilidad del suplicio de María. Se le puso preso en la torre, se le formó su proceso y se le condenó á pagar la enorme suma en aquel tiempo de diez mil libras esterlinas, dejándole reducido á un estado poco menos que de mendicidad, sin haber vuelto nunca á la gracia de la reina. Si los guardadores de la de Escocia hubiesen cedido á las insinuaciones que se les hizo de terminar sus dias sin aguardar la mano del verdugo, regularmente hubiesen sido castigados despues como viles asesinos.

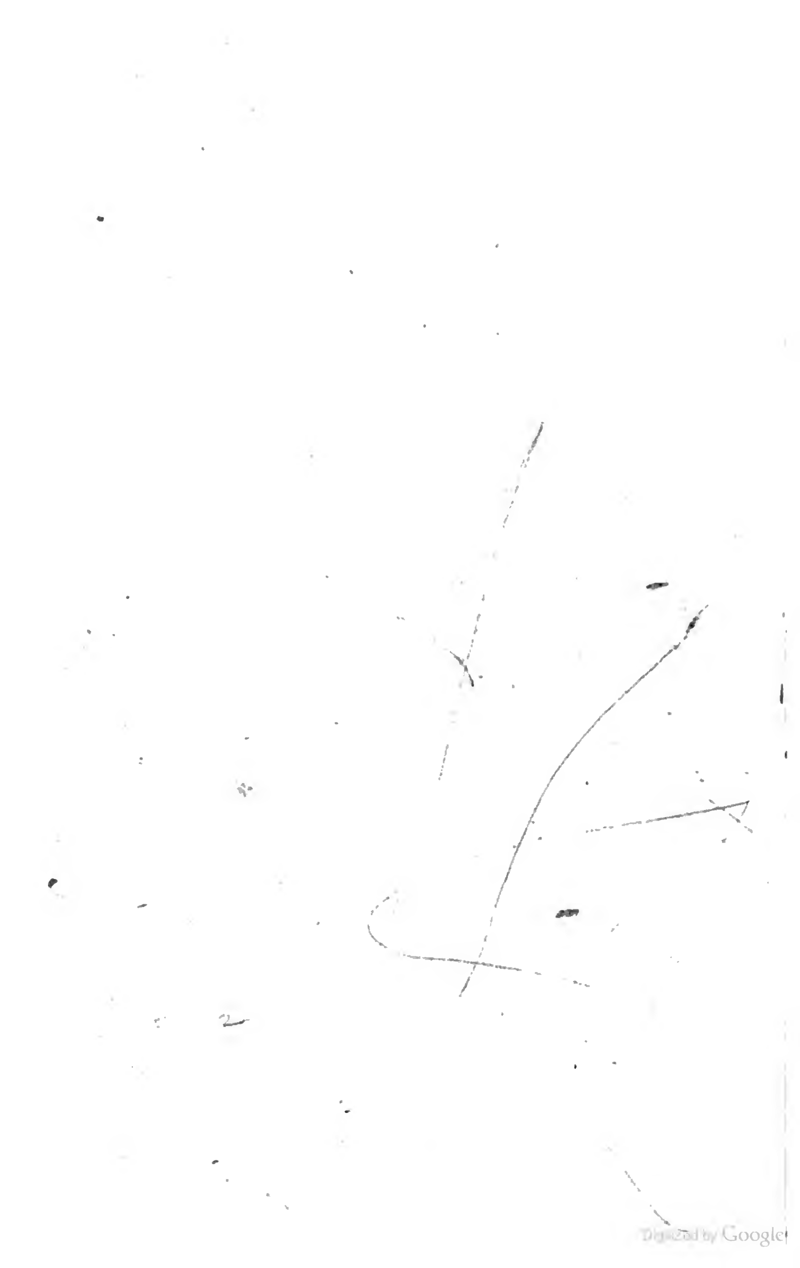
Resonó en todos los ángulos de Europa el suplicio de la reina de Escocia; la indignacion de algunos de sus príncipes fué extrema. Su hijo, el rey de Escocia, puso, como era natural, los gritos en el cielo. Por mucho que trató Isabel de templar aquella irritacion, tal vez el suceso lamentable que la producia, aceleró el estallido de la tempestad que desde España se estaba preparando contra ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.






Widener Library
3 2044 089 365 399